SAN AGUSTÍN DE HIPONA

La Ciudad de Dios

De Civitate Dei

SABBATISMUS

San Agustín de Hipona (354–430)
De Civitate Dei · La Ciudad de Dios

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

LOS VEINTIDÓS LIBROS DE SAN AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, A MARCELINO SOBRE LA CIUDAD DE DIOS CONTRA LOS PAGANOS.

LIBRO PRIMERO.

Censura a los paganos, que atribuían las calamidades del mundo, y especialmente la reciente devastación de la ciudad de Roma por los godos, a la religión cristiana, por la cual se prohíbe el culto de los dioses. Trata de las ventajas y desventajas que entonces, como suele suceder, fueron comunes a los buenos y a los malos. Finalmente, reprime la insolencia de aquellos que objetaban que la castidad de las mujeres cristianas había sido violada por los soldados.

PREFACIO.

Del propósito y argumento de la obra emprendida.

La muy gloriosa ciudad de Dios, ya sea en este curso de los tiempos, cuando viviendo de la fe (Hab. 2, 4) peregrina entre los impíos, ya sea en aquella estabilidad de la sede eterna, que ahora espera con paciencia (Rom. 8, 25), hasta que la justicia se convierta en juicio (Sal. 93, 15), que alcanzará después por su excelencia mediante la victoria final y la paz perfecta, he emprendido defenderla en esta obra, instituida a petición tuya y debida por mi promesa, contra aquellos que prefieren sus propios dioses a su Fundador, mi queridísimo hijo Marcelino. Obra grande y ardua, pero Dios es nuestro ayudador (Sal. 61, 9). Pues

sé de qué fuerzas es menester para persuadir a los soberbios cuán grande es la virtud de la humildad, por la cual sucede que una altura, no usurpada por la soberbia humana, sino otorgada por la gracia divina, trasciende todas las cumbres terrenales que vacilan con la inestabilidad temporal. Pues el Rey y Fundador de esta ciudad, de la cual nos hemos propuesto hablar, reveló en la Escritura a su pueblo la sentencia de la ley divina, donde se dice: Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Sant. 4, 6; y 1 Ped. 5, 5). Esto mismo, que es propio de Dios, también lo afecta el espíritu hinchado de un alma soberbia, y ama que se le diga en sus alabanzas: Perdonar a los sometidos y abatir a los soberbios (Virgilio, Eneida, lib. 6, v. 853). Por lo cual, también acerca de la ciudad terrena, que cuando desea dominar, aunque los pueblos le sirvan, ella misma es dominada por esa misma libido de dominar, no debo pasar en silencio lo que requiera la razón de esta obra emprendida y se me conceda la facultad de decir.

CAPÍTULO PRIMERO.

De los adversarios del nombre de Cristo, a quienes los bárbaros perdonaron por amor a Cristo en la devastación de la Ciudad.

Pues de esta ciudad surgen los enemigos contra quienes hay que defender la ciudad de Dios: muchos de los cuales, sin embargo, corregido el error de su impiedad, se hacen ciudadanos bastante idóneos en ella; pero muchos arden contra

ella con tales fuegos de odio, y son tan ingratos a los manifiestos beneficios de su Redentor, que hoy no moverían sus lenguas contra ella, si no hubieran encontrado en sus lugares sagrados la vida de la que se enorgullecen, huyendo del hierro enemigo. ¿Acaso no son esos mismos romanos hostiles al nombre de Cristo, a quienes los bárbaros perdonaron por amor a Cristo? Testigos son de esto los lugares de los mártires y las basílicas de los Apóstoles, que en aquella devastación de la Ciudad recibieron a los que se refugiaban en ellas, fueran propios o extraños. Hasta allí se ensañaba el enemigo cruento; allí recibía su límite el furor del matador: allí eran conducidos por enemigos compasivos aquellos a quienes incluso fuera de esos mismos lugares habían perdonado, para que no tropezaran con quienes no tenían similar misericordia. Quienes, sin embargo, incluso siendo ellos mismos en otra parte feroces y ensañándose a la manera hostil, después que llegaban a aquellos lugares donde se había prohibido lo que en otra parte era lícito por ley de guerra, toda la crueldad de herir se refrenaba, y se quebraba la codicia de cautivar. Así escaparon muchos, que ahora denigran de los tiempos cristianos, e imputan a Cristo los males que aquella ciudad padeció; pero los bienes que se les hicieron para que vivieran, por el honor de Cristo, no los imputan a nuestro Cristo, sino a su destino: cuando más bien deberían, si tuvieran algún sentido recto, atribuir aquellas cosas que padecieron ásperas y duras de los enemigos a aquella divina providencia que suele enmendar y quebrantar

las corruptas costumbres de los hombres con las guerras; e igualmente ejercitar la vida justa y loable de los mortales con tales aflicciones, y una vez probada, o bien trasladarla a cosas mejores, o bien detenerla todavía en estas tierras para otros usos: pero aquello que se les perdonó, ya fuera en cualquier lugar por el nombre de Cristo, o en los lugares dedicadísimos y amplísimos al nombre de Cristo, y elegidos por una mayor misericordia para la capacidad de la multitud, los truculentos bárbaros les perdonaron contra la costumbre de las guerras, esto deben atribuirlo a los tiempos cristianos; por esto dar gracias a Dios, por esto acudir verdaderamente a su nombre, para que escapen de las penas del fuego eterno; nombre que muchos de ellos usurparon mentirosamente para escapar de las penas de la destrucción presente. Pues a quienes ves insultar petulante y procazmente a los siervos de Cristo, hay entre ellos muchísimos que no habrían escapado de aquel exterminio y matanza si no hubieran fingido ser siervos de Cristo. Y ahora con ingrata soberbia e impiísima locura resisten a su nombre con corazón perverso, para ser castigados con tinieblas sempiternas, nombre al cual se refugiaron con boca engañosa para disfrutar de la luz temporal.

CAPÍTULO II.

Que nunca se han hecho guerras de tal modo que los vencedores, por amor a los dioses de aquellos a quienes habían vencido, perdonaran a los vencidos.

Tantas guerras se han hecho y escrito, ya sea antes de la fundación de Roma, ya sea desde su surgimiento e imperio: lean y muestren que alguna ciudad haya sido tomada por extranjeros de tal modo que los enemigos que la tomaron perdonaran a aquellos que encontraran refugiados en los templos de sus dioses; o que algún jefe de los bárbaros mandara que, asaltada la ciudad, nadie fuera herido que fuera hallado en tal o cual templo. ¿Acaso no vio Eneas a Príamo «manchando con su sangre los fuegos que él mismo había consagrado en los altares»? (Virgilio, Eneida, lib. 2, vv. 501, 502). ¿Acaso Diomedes y Ulises, «muertos los guardias de la excelsa ciudadela, no arrebataron la sagrada efigie y, con manos ensangrentadas, osaron tocar las ínfulas virginales de la diosa»? Sin embargo, lo que sigue no es verdad: «Desde entonces empezó a diluirse la esperanza de los Dánaos y, retrocediendo, a ser llevada hacia atrás». (Ibíd., vv. 166-170). Pues después vencieron, después destruyeron Troya con hierro y fuego, después degollaron a Príamo cuando se refugiaba en los altares. Ni Troya pereció porque perdió a Minerva. Pues ¿qué había perdido primero la misma Minerva para perecer? ¿acaso a sus guardias? Esto es ciertamente verdad: pues muertos ellos, pudo ser robada. Porque no los hombres eran guardados por el simulacro, sino el simulacro por los hombres. ¿Cómo, pues, se la adoraba para que custodiara la patria y los ciudadanos, si ella no pudo custodiar a sus propios guardias?

CAPÍTULO III.

Cuán imprudentemente creyeron los romanos que los dioses penates, que no habían podido custodiar Troya, les serían de provecho.

He aquí a qué clase de dioses se regocijaban los romanos de haberse encomendado para la guarda de la Ciudad. ¡Oh error sobremanera miserable! Y se enojan con nosotros cuando decimos tales cosas de sus dioses, y no se enojan con sus propios autores, a quienes pagaron para aprender de ellos; y además consideraron a esos mismos maestros dignísimos tanto de un salario público como de honores. Ciertamente en Virgilio, a quien por eso leen los niños, para que, a saber, un poeta grande y entre todos el más preclaro y óptimo, bebido por las mentes tiernas, no pueda ser fácilmente borrado por el olvido; según aquello de Horacio: «La vasija guardará por mucho tiempo el olor con que una vez fue empapada cuando nueva» (Epíst. lib. 1, ep. 2, vv. 69, 70); en este Virgilio, pues, se introduce a Juno como hostil a los troyanos, diciendo a Eolo, rey de los vientos, para incitarlo contra ellos: «Una raza enemiga mía navega el mar Tirreno, llevando a Ilión a Italia, y a sus penates vencidos» (Eneida, lib. 1, vv. 67, 68). ¿Acaso a estos penates vencidos debieron los hombres prudentes encomendar Roma para que no fuera vencida? Pero estas cosas decía Juno como mujer airada, ignorando lo que hablaba. ¿Qué hay del mismo Eneas, tantas veces llamado «piadoso»? ¿acaso no narra así: «Panto, hijo de Otreo, sacerdote de la ciudadela y de Apolo, él mismo

arrastra los objetos sagrados, y a los dioses vencidos, y a su pequeño nieto, y demente corre hacia el umbral»? (Eneida, lib. 2, vv. 319-321). ¿Acaso no afirma que los mismos dioses, a quienes no duda en llamar vencidos, le fueron encomendados a él más bien que él a ellos, cuando se le dice: «Troya te encomienda sus objetos sagrados y sus penates»? (Ibíd., v. 293). Si, por lo tanto, Virgilio llama a tales dioses tanto vencidos como, para que aun vencidos escaparan de cualquier modo, encomendados a un hombre; ¿qué demencia es pensar que Roma fue sabiamente confiada a estos tutores, y que si no los hubiera perdido, no habría podido ser devastada? Al contrario, dar culto a dioses vencidos como si fueran presidentes y defensores, ¿qué otra cosa es que tener no divinidades buenas (numina), sino presagios malos (omina)? Pues ¿cuánto más sabiamente se cree, no que Roma no habría llegado a aquella matanza si ellos no hubieran perecido primero; sino más bien que ellos habrían perecido hace tiempo, si Roma no los hubiera conservado cuanto hubiera podido? Pues ¿quién no ve, cuando lo advierte, con cuánta vanidad se ha presumido que no se puede ser vencido bajo defensores vencidos, y que por eso se pereció, porque perdió a los dioses custodios; cuando pudo ser la sola causa de perecer el haber querido tener custodios que habrían de perecer? No fue, por tanto, que a los poetas les pluguiera mentir cuando se escribían y cantaban aquellas cosas sobre los dioses vencidos, sino que la verdad obligaba a los hombres juiciosos a confesarlo. Pero estas cosas han de ser tratadas

más oportunamente en otro lugar, diligente y copiosamente: ahora explique brevemente, como pueda, lo que había comenzado a decir sobre los hombres ingratos: que imputan a Cristo, blasfemando, aquellos males que padecen merecidamente por la perversidad de sus costumbres; pero que incluso a tales hombres se les perdone por Cristo, ni se dignan advertirlo, y ejercitan contra su nombre esas lenguas con demencia de sacrílega protervia, con las cuales lenguas usurparon mentirosamente el mismo nombre para vivir; o qué lenguas reprimieron por miedo en los lugares a Él consagrados, para que allí, seguros y protegidos, donde por causa de Él estuvieron ilesos de los enemigos, prorrumpieran desde allí en maldiciones hostiles contra Él.

CAPÍTULO IV.

Del asilo de Juno en Troya, que a nadie libró de los griegos, y de las basílicas de los Apóstoles, que defendieron de los bárbaros a todos los que se refugiaron en ellas.

La misma Troya, como dije, madre del pueblo romano, no pudo en los lugares sagrados de sus dioses proteger a sus ciudadanos de los fuegos y el hierro de los griegos, que daban culto a esos mismos dioses: es más, incluso «en el asilo de Juno, guardias elegidos, Fénix y el fiero Ulises, custodiaban el botín; allí, de todas partes, el tesoro de Troya, arrebatado de los santuarios incendiados, las mesas de los dioses, cráteras de oro macizo y vestiduras cautivas se amontonan: niños y temerosas madres en larga fila están

alrededor». (Virgilio, Eneida, lib. 2, vv. 761-767). Fue elegido, a saber, un lugar sagrado a tan gran diosa, no donde no fuera lícito sacar a los cautivos, sino donde fuera lícito encerrar a los cautivos. Compara ahora aquel asilo, no de un dios cualquiera de la grey o de la turba del pueblo, sino de la propia hermana y esposa de Júpiter y reina de todos los dioses, con las memorias de nuestros Apóstoles. Allí, incendiados los templos y arrebatados los dioses, se llevaban los despojos, no para ser devueltos a los vencidos, sino para ser divididos por los vencedores; aquí, en cambio, incluso lo que en otra parte se halló que pertenecía a estos lugares, fue devuelto con honor y observancia religiosísima. Allí se perdió la libertad, aquí se conservó; allí se encerró la cautividad, aquí se prohibió; allí eran oprimidos por los enemigos dominantes para ser poseídos, aquí eran conducidos por los misericordiosos para ser liberados: finalmente, aquel templo de Juno se lo había elegido para sí la avaricia y la soberbia de los ligeros griegos; estas basílicas de Cristo, la misericordia y la humildad de los mismos bárbaros feroces. A no ser que, por ventura, los griegos en aquella victoria suya perdonaran los templos de los dioses comunes, y no se atrevieran a herir o cautivar a los miserables y vencidos troyanos que allí se refugiaban; pero Virgilio, a la manera de los poetas, mintió en aquello. Al contrario, él describió la costumbre de los enemigos que destruyen las ciudades.

CAPÍTULO V.

De la costumbre general de los enemigos que destruyen las ciudades vencidas; qué sintió César.

Esta costumbre tampoco César (como escribe Salustio, historiador de noble veracidad) deja de conmemorar en su sentencia, que tuvo en el senado sobre los conjurados: «Que las vírgenes y los niños son arrebatados; los hijos arrancados del abrazo de los padres; las madres de familia sufren lo que pluguiera a los vencedores; los templos y las casas son despojados; se producen matanzas e incendios; finalmente, todo se llena de armas, cadáveres, sangre y luto» (Salustio, Conjuración de Catilina, cap. 51). Aquí, si hubiera callado sobre los templos, pensaríamos que los enemigos suelen perdonar las sedes de los dioses. Y estas cosas temían los templos romanos, no de enemigos extranjeros, sino de Catilina y sus socios, nobilísimos senadores y ciudadanos romanos. Pero estos, a saber, eran hombres perdidos y parricidas de su patria.

CAPÍTULO VI.

Que ni siquiera los mismos romanos tomaron de tal modo ciudad alguna, que en los templos de ellas perdonaran a los vencidos.

¿Por qué, pues, ha de discurrir nuestro discurso por muchas naciones que hicieron guerras entre sí y en ninguna parte perdonaron a los vencidos en las sedes de sus dioses? Veamos a los mismos romanos: a ellos mismos, digo, recordemos y miremos, de cuya principal alaban-

za se dijo: «Perdonar a los sometidos y abatir a los soberbios»; y que «preferían perdonar antes que perseguir la injuria recibida» (Salustio, Conjuración de Catilina, cap. 9); cuando destruyeron tantas y tan grandes ciudades asaltadas y tomadas para dominar a lo ancho, léasenos qué templos solían exceptuar para que, quienquiera que se hubiera refugiado en ellos, fuera liberado. ¿O es que ellos lo hacían y los escritores de aquellas mismas hazañas callaban aquello? ¿De veras sería así, que quienes buscaban sobre todo qué alabar, pasaran por alto estos preclarísimos indicios de piedad según ellos mismos? El egregio de nombre romano, Marco Marcelo, que tomó Siracusa, ciudad ornatísima, se refiere que lloró primero por ella antes de su ruina, y antes de su sangre derramó por ella sus propias lágrimas. Tuvo también cuidado de la castidad, que debía conservarse incluso en el enemigo. Pues antes de que el vencedor hubiera mandado invadir la ciudad, estableció por edicto que nadie violara un cuerpo libre. Sin embargo, la ciudad fue destruida según la manera de las guerras, y en ninguna parte se lee que fuera mandado por un general tan casto y clemente que quienquiera que hubiera huido a tal o cual templo, saliera ileso. Lo cual de ningún modo se pasaría por alto, cuando ni su llanto, ni lo que había decretado para que la castidad no fuera violada, pudo callarse. Fabio, destructor de la ciudad de Tarento, es alabado por haberse abstenido de la depredación de los simulacros. Pues habiéndole sugerido un escriba qué mandaba hacerse con las estatuas de los dioses,

que se habían capturado en gran número, sazonó su continencia incluso bromeando. Preguntó, en efecto, de qué clase eran: y cuando le informaron que no solo eran muchas y grandes, sino también armadas, dijo: «Dejemos a los tarentinos sus dioses airados». Así pues, si los escritores de las hazañas romanas no pudieron callar ni el llanto de aquel, ni la risa de este, ni la casta misericordia de aquel, ni la graciosa continencia de este; ¿cuándo se pasaría por alto si hubieran perdonado a algunos hombres en honor de cualquiera de sus dioses, de tal modo que prohibieran que se hiciera matanza o cautiverio en templo alguno?

CAPÍTULO VII.

Que cuanto se hizo ásperamente en la destrucción de la Ciudad, sucedió por la costumbre de la guerra; pero cuanto se hizo clementemente, provino del poder del nombre de Cristo.

Cualquier devastación, matanza, saqueo, incendio y aflicción que se cometió en aquella reciente calamidad de Roma, lo hizo la costumbre de las guerras. Pero lo que se hizo de un modo nuevo, que con una inusitada apariencia de las cosas la ferocidad bárbara se mostrara tan suave que se eligieran y designaran basílicas amplísimas para llenarse con el pueblo al que se perdonaba, donde nadie fuera herido, de donde nadie fuera arrebatado, a donde muchos fueran conducidos por enemigos compasivos para ser liberados, de donde nadie fuera llevado a la cautividad ni por enemigos crueles; quienquiera que no vea que esto debe atribuirse al nombre

de Cristo y al tiempo cristiano, está ciego; quienquiera que lo ve y no lo alaba, es un ingrato; quienquiera que se opone al que lo alaba, está loco. Lejos de cualquier persona prudente imputar esto a la ferocidad de los bárbaros. Aquel aterró, aquel refrenó, aquel templó maravillosamente sus mentes truculentas y saquísimas, quien tanto tiempo antes predijo por el profeta: «Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados; pero no apartaré de ellos mi misericordia» (Salmo 88, 33, 34).

CAPÍTULO VIII.

De las ventajas y desventajas que son comúnmente comunes a los buenos y a los malos.

1. Alguien dirá: ¿Por qué, pues, esa divina misericordia llegó incluso a los impíos e ingratos? ¿Por qué pensamos, sino porque la otorgó aquel que diariamente «hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos»? (Mat. 5, 45). Pues aunque algunos de ellos, considerando estas cosas, se corrijan de su impiedad arrepintiéndose; otros, en cambio, como dice el Apóstol, «despreciando las riquezas de la bondad y la longanimidad de Dios, según la dureza de su corazón y su corazón impenitente se atesoran para sí ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno según sus obras» (Rom. 2, 4, 5, 6): sin embargo, la paciencia de Dios invita a los malos al arrepentimiento, así como el azote de Dios instruye a los buenos en la paciencia. E igualmente la misericordia de

Dios abraza a los buenos para ser fomentados, así como la severidad de Dios arrebata a los malos para ser castigados. Pues plugo a la divina providencia preparar para el futuro bienes para los justos, de los cuales no disfrutarán los injustos; y males para los impíos, con los cuales no serán atormentados los buenos. Pero estos bienes y males temporales quiso que fueran comunes a ambos: para que ni los bienes se deseen con demasiada avidez, que también se ve que tienen los malos; ni los males se eviten torpemente, con los cuales también los buenos son afligidos frecuentemente.

2. Pero importa muchísimo cuál sea el uso tanto de aquellas cosas que son prósperas como de aquellas que se dicen adversas. Pues el bueno ni se engríe con los bienes temporales ni se quebranta con los males; el malo, en cambio, es castigado con esta clase de infelicidad por esto, porque se corrompe con la felicidad. Sin embargo, Dios muestra a menudo su operación incluso en la distribución de estas cosas más evidentemente. Pues si ahora todo pecado fuera castigado con pena manifiesta, se pensaría que nada se reservaba para el juicio final; por el contrario, si la Divinidad no castigara ahora ningún pecado abiertamente, se creería que no hay providencia divina. Igualmente en las cosas prósperas, si Dios no las concediera a algunos que las piden con evidentísima generosidad, diríamos que estas cosas no le pertenecen a Él; e igualmente si las diera a todos los que las piden, pensaríamos que no se le debe servir sino por tales premios; ni nos haría

piadosos tal servidumbre, sino más bien codiciosos y avaros. Siendo esto así, cualesquiera buenos y malos que han sido afligidos por igual, no por eso ellos mismos no son distintos, porque no sea distinto lo que ambos padecieron. Pues permanece la disimilitud de los que padecen incluso en la similitud de los padecimientos; y aunque bajo el mismo tormento, no es lo mismo la virtud y el vicio. Pues así como bajo un mismo fuego el oro brilla y la paja humea; y bajo la misma trilla las pajas se desmenuzan y los granos se limpian; ni por eso se confunde el alpechín con el aceite, porque se exprime por el mismo peso de la prensa: así una misma fuerza que irrumpe prueba, purifica y derrite a los buenos; condena, devasta y extermina a los malos. Por lo cual, en la misma aflicción los malos detestan y blasfeman contra Dios; los buenos, en cambio, oran y alaban. Tanto importa, no qué cosas, sino qué clase de persona sea la que padece. Pues movido por el mismo impulso, el lodo exhala horriblemente y el ungüento fragancia suavemente.

CAPÍTULO IX.

De las causas de las correcciones, por las cuales tanto los buenos como los malos son azotados por igual.

1. ¿Qué sufrieron, pues, los cristianos en aquella devastación de las cosas, que no valiera más para su provecho si consideraran estas cosas fielmente? Primero, que considerando humildemente aquellos mismos pecados por los cuales Dios, indignado, llenó el mundo de tan grandes

calamidades, aunque estén lejos de los facinerosos, flagiciosos e impíos, sin embargo no se consideran tan ajenos a las culpas que no se juzguen dignos de padecer incluso males temporales por ellas. Pues exceptuando que cada uno, por muy loablemente que viva, cede en algunas cosas a la concupiscencia carnal —si no a la inmensidad de los crímenes y al abismo de los flagicios y a la abominación de la impiedad, sí al menos a algunos pecados, o raros o tanto más frecuentes cuanto menores—; exceptuando esto, ¿quién se encuentra fácilmente que tenga a esos mismos, por cuya horrenda soberbia, lujuria y avaricia, y execrables iniquidades e impiedades, Dios, como predijo amenazando, quebranta las tierras (Isaías 24, y en otros lugares), tal como deben ser tenidos? ¿que viva con ellos de tal modo que se deba vivir con tales personas? Pues frecuentemente se disimula mal el enseñarlos, amonestarlos, y a veces incluso reprenderlos y corregirlos; ya sea cuando cansa el trabajo, o cuando nos avergonzamos de ofender su rostro presente; o cuando evitamos enemistades, para que no impidan y dañen en estas cosas temporales, que o bien nuestra codicia desea aún alcanzar, o bien nuestra debilidad teme perder: de modo que, aunque la vida de los malos desagrade a los buenos, y por ello no incurran con ellos en aquella condenación que se prepara para tales después de esta vida; sin embargo, porque por eso perdonan sus pecados condenables, mientras los temen en los suyos, aunque leves y veniales, con justicia son azotados temporalmente con ellos, aunque de

ningún modo sean castigados eternamente. Con justicia sienten amarga esta vida cuando son afligidos por disposición divina junto con ellos, por amar cuya dulzura no quisieron ser amargos para ellos cuando pecaban.

2. Pues si por eso alguien perdona a los que obran mal de ser reprendidos y corregidos, porque busca un tiempo más oportuno, o teme por ellos mismos, no sea que por esto se hagan peores, o impidan a otros débiles que deben ser instruidos en la vida buena y piadosa, y los opriman y aparten de la fe; no parece ser ocasión de codicia, sino consejo de caridad. Aquello es culpable: que los que viven de otra manera y aborrecen los hechos de los malos, perdonan sin embargo los pecados ajenos, que deberían desenseñar o reprender, mientras evitan sus ofensas, para que no les dañen en aquellas cosas de las que los buenos e inocentes usan lícitamente, pero con más codicia de la que convenía a quienes peregrinan en este mundo y llevan delante de sí la esperanza de la patria celestial. Pues no solo los más débiles, que llevan vida conyugal, que tienen hijos o buscan tenerlos, que poseen casas y familias (a quienes el Apóstol se dirige en las Iglesias, enseñando y amonestando cómo deben vivir tanto las esposas con los maridos, como los maridos con las esposas, y los hijos con los padres, y los padres con los hijos, y los siervos con los señores, y los señores con los siervos [Colosenses 3, 18-22]), adquieren de buen grado y pierden con molestia muchas cosas temporales, muchas cosas terrenas, por las cuales no se atreven a

ofender a los hombres cuya vida muy contaminada y muy criminal les desagrada; sino que incluso estos que ocupan un grado superior de vida, y no están enredados en vínculos conyugales, y usan de escaso alimento y vestido, frecuentemente mirando por su fama y salud, mientras temen las asechanzas y los ímpetus de los malos, se abstienen de su reprensión. Y aunque no los teman tanto que cedan a cualesquiera de sus terrores e impropiedades para perpetrar cosas semejantes; sin embargo, esas mismas cosas que no perpetran con ellos, no quieren frecuentemente corregirlas, pudiendo quizás corregir a algunos corregiéndolos; no sea que, si no pudieren, su propia salud y fama corra peligro y ruina: y no por aquella consideración por la cual ven que su fama y salud es necesaria para la utilidad de los hombres que deben ser instruidos; sino más bien por aquella flaqueza por la que deleita la lengua lisonjera y el día humano (1 Cor. 4, 3), y se teme el juicio del vulgo y el tormento o la muerte de la carne; esto es, por ciertos vínculos de codicia, no por los oficios de la caridad.

3. No me parece, por tanto, que esta sea pequeña causa de por qué junto con los malos son azotados también los buenos, cuando a Dios le place castigar las costumbres perdidas incluso con la aflicción de penas temporales. Pues son azotados a la vez, no porque a la vez lleven una mala vida, sino porque a la vez aman la vida temporal; no ciertamente por igual, pero sí a la vez: la cual los buenos deberían despreciar, para que aquellos, corregidos y enmendados, consiguieran

la eterna; para conseguir la cual, si no quisieran ser compañeros, fueran tolerados y amados como enemigos: porque, mientras viven, siempre es incierto si habrán de cambiar su voluntad para mejor. En lo cual no tienen ciertamente igual, sino mucho más grave causa aquellos a quienes se dice por el profeta: «Él ciertamente morirá en su pecado, pero su sangre la requeriré de mano del centinela» (Ezequiel 33, 6). Pues para esto los centinelas, esto es, los puestos al frente de los pueblos, han sido constituidos en las Iglesias, para que no perdonen los pecados reprendiéndolos. Ni por eso, sin embargo, es totalmente ajeno a esta clase de culpa quien, aunque no sea superior, conoce sin embargo en aquellos a quienes está unido por la necesidad de esta vida muchas cosas que deben ser amonestadas o argüidas, y las descuida, evitando sus ofensas, por aquellas cosas de que en esta vida no indebidamente usa, pero se deleita más de lo que debió. Además tienen otra causa los buenos por la que son afligidos con males temporales, cual la tuvo Job: para que el mismo ánimo humano sea probado y conocido por sí mismo, con cuánta virtud de piedad ama a Dios gratuitamente.

CAPÍTULO X.

Que nada pierden los santos en la pérdida de las cosas temporales.

1. Rectamente consideradas y examinadas estas cosas, atiende si algo de mal les sucedió a los fieles y piadosos, que no se les convirtiera en bien:

a no ser que quizás deba pensarse que es vana aquella sentencia apostólica, donde dice: «Sabemos que para los que aman a Dios todas las cosas cooperan para el bien» (Romanos 8, 28).

[CAPÍTULO X.] Perdieron todo lo que tenían. ¿Acaso la fe? ¿acaso la piedad? ¿acaso los bienes del hombre interior, que es rico ante Dios (1 Pedro 3, 4)? Estas son las riquezas de los cristianos, con las cuales decía el Apóstol que era opulento: «Pero gran ganancia es la piedad con suficiencia. Porque nada trajimos a este mundo, pero ni podemos llevarnos nada: teniendo, pues, alimento y vestido, con estos estemos contentos. Pues los que quieren enriquecerse caen en tentación y en lazo, y en muchos deseos necios y nocivos, que sumergen a los hombres en la ruina y en la perdición. Pues la raíz de todos los males es la avaricia; la cual algunos deseando, se extraviaron de la fe, y se traspasaron a sí mismos con muchos dolores» (1 Tim. 6, 6-10).

2. A aquellos, pues, a quienes las riquezas terrenas les perecieron en aquella devastación, si las poseían tal como habían oído de aquel hombre pobre por fuera pero rico por dentro; esto es, si usaban del mundo como si no lo usaran (1 Cor. 7, 31): pudieron decir, como aquel que fue gravemente tentado y de ningún modo vencido: «Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré a la tierra. El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le plugo, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor» (Job 1, 21): para que el buen siervo tuviera como grandes facultades la misma voluntad de su Señor, enriqueciéndose en

su mente como su seguidor, ni se entristeciera por quedar privado en vida de aquellas cosas que pronto habría de dejar al morir. En cambio, aquellos más débiles, que aunque no antepusieran estos bienes terrenos a Cristo, se adherían sin embargo a ellos con alguna pequeña codicia, sintieron al perderlos cuánto pecaron al amarlos. Pues tanto dolieron cuanto se habían traspasado de dolores; como recordé arriba que había dicho el Apóstol. Pues convenía que a ellos se les añadiera incluso la disciplina de las experiencias, por quienes había sido por tanto tiempo descuidada la de las palabras. Pues cuando el Apóstol dijo: «Los que quieren enriquecerse caen en tentación», y lo demás; ciertamente reprendió en las riquezas la codicia, no la facultad: quien mandó en otro lugar, diciendo: «Manda a los ricos de este mundo que no sean orgullosamente sabios, ni esperen en la incertidumbre de las riquezas; sino en el Dios vivo, que nos presta todo abundantemente para disfrutar; que obren bien, sean ricos en buenas obras, den con facilidad, comuniquen, atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera vida» (1 Tim. 6, 17-19). Los que esto hacían de sus riquezas, han consolado las leves pérdidas con grandes ganancias; y se han alegrado más por aquello que, dándolo fácilmente, conservaron con más seguridad, que entristecido por aquello que, reteniéndolo con temor, perdieron más fácilmente. Pues pudo perecer en la tierra lo que pesó trasladar de allí. Pues los que recibieron el consejo de su Señor, que dice: «No os amontonéis tesoros en

la tierra, donde la polilla y el orín los destruyen, y donde los ladrones minan y roban; sino atesoraos tesoros en el cielo, donde ni el ladrón se acerca ni la polilla corroe: porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mat. 6, 19-21); en el tiempo de la tribulación probaron cuán rectamente fueron sabios, no despreciando al veracísimo Maestro y al fidelísimo e invictísimo custodio de su tesoro. Pues si muchos se alegraron de haber tenido allí sus riquezas adonde aconteció que el enemigo no llegara; ¿cuánto más cierta y seguramente pudieron alegrarse los que por amonestación de su Dios habían emigrado allí adonde de ningún modo se pudiera llegar? Por lo cual nuestro Paulino, obispo de Nola, de opulentísimo rico hecho paupérrimo por voluntad y abundantísimamente santo, cuando los bárbaros devastaron la misma Nola, estando él retenido por ellos, oraba así en su corazón, como después supimos de él: «Señor, no sea yo atormentado por el oro y la plata; pues dónde estén todas mis cosas, tú lo sabes». Pues allí tenía todas sus cosas, donde le había mostrado que debía guardarlas y atesorarlas aquel que también había predicho que estos males vendrían al mundo. Y por esto, los que habían obedecido a su Señor que les amonestaba dónde y cómo debían atesorar, ni siquiera perdieron las mismas riquezas terrenas al irrumpir los bárbaros: pero los que se arrepintieron de no haber obedecido, aprendieron qué debía hacerse de tales cosas, si no por la sabiduría precedente, al menos por la experiencia subsiguiente.

3. Pero ciertamente algunos hombres buenos, incluso cristianos, fueron atormentados para que entregaran sus bienes a los enemigos. Pero ellos no pudieron ni entregar ni perder aquel bien por el cual ellos mismos eran buenos. Pero si prefirieron ser atormentados antes que entregar el mammon de la iniquidad, no eran buenos. Pero debieron ser amonestados quienes padecían tanto por el oro, cuánto debiera sostenerse por Cristo: para que aprendieran a amar más a Aquel que enriquecería con eterna felicidad a los que hubieran padecido por Él; no el oro y la plata, por los cuales fue misérrimo padecer, ya fuera ocultándolos con mentira, ya fuera entregándolos diciendo la verdad. Pues entre los tormentos nadie perdió a Cristo confesándolo; nadie conservó el oro sino negándolo. Por lo cual quizás eran más útiles los tormentos que enseñaban que se debía amar un bien incorruptible, que aquellos bienes que atormentaban a sus dueños con el amor de sí mismos sin ningún fruto útil. Pero algunos, incluso no teniendo qué entregar, mientras no se les cree, fueron atormentados. Y estos quizás deseaban tener, y no eran pobres por santa voluntad: a los cuales debió demostrarse que no las facultades, sino las mismas codicias son dignas de tales tormentos. Pero si por propósito de una vida mejor no tenían oro ni plata escondidos, no sé ciertamente si a alguno de tales le sucedió que, mientras se cree que tiene, fuera atormentado; sin embargo, aunque sucediera, ciertamente quien entre aquellos tormentos confesaba la santa pobreza, confesaba a Cristo. Por

lo cual, aunque no mereciera ser creído por los enemigos, no pudo sin embargo el confesor de la santa pobreza ser atormentado sin recompensa celestial.

4. [XI.] A muchos cristianos, dicen, los consumió también un hambre prolongada. Esto también los buenos fieles lo convirtieron en provecho propio tolerándolo piadosamente. Pues a quienes el hambre mató, los arrebató de los males de esta vida, como una enfermedad del cuerpo; a quienes, en cambio, no mató, les enseñó a vivir con más parquedad, les enseñó a ayunar más prolongadamente.

CAPÍTULO XI.

Del fin de la vida temporal, ya sea más larga o más corta.

Pero ciertamente muchos cristianos fueron también muertos, muchos consumidos por una torpe variedad de muchas muertes. Si esto ha de llevarse con pesadumbre, es ciertamente común a todos los que han sido procreados en esta vida. Esto sé: que nadie ha muerto que no hubiera de morir alguna vez. Pues el fin de la vida hace lo mismo de una vida tan larga como de una tan breve. Pues no es una cosa mejor y otra peor, o una mayor y otra más breve, lo que ya igualmente no es nada. ¿Qué importa por qué género de muerte se acabe esta vida, cuando aquel para quien se acaba no es obligado a morir otra vez? Pero cuando a cada uno de los mortales, bajo los casos cotidianos de esta vida, le amenazan en cierto modo innumerables muertes, mientras es

incierto cuál de ellas ha de venir; pregunto si es preferible padecer una muriendo o temer todas viviendo. No ignoro con cuánta mayor inercia se elige vivir mucho bajo el temor de tantas muertes, que muriendo una vez no temer ninguna en adelante. Pero una cosa es lo que el sentido de la carne, débilmente pavoroso, rehúye, y otra lo que la razón de la mente, diligentemente analizada, convence. No debe pensarse mala la muerte a la cual haya precedido una vida buena; pues no hace mala la muerte sino lo que sigue a la muerte. Por lo cual no debe importar mucho a los que han de morir necesariamente qué suceda para que mueran, sino a dónde sean obligados a ir muriendo. Sabiendo, pues, los cristianos que fue mucho mejor la muerte del pobre religioso entre las lenguas de los perros que le lamían, que la del rico impío en púrpura y lino fino (Luc. 16, 19-31); aquellos horrendos géneros de muertes, ¿en qué dañaron a los muertos que vivieron bien?

CAPÍTULO XII.

De la sepultura de los cuerpos humanos, la cual, aunque les fuera negada a los cristianos, nada les quita.

1. Pero ciertamente en tanta matanza de cadáveres ni siquiera pudieron ser sepultados. Ni la fe piadosa teme demasiado eso, manteniendo lo predicho: que las bestias devoradoras no dañarán a los cuerpos que han de resucitar, de los cuales ni un cabello de la cabeza perecerá (Luc. 21, 18). De ningún modo diría la Verdad: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el

alma» (Mat. 10, 28); si algo obstaculizara la vida futura, cualquier cosa que los enemigos hubieran querido hacer con los cuerpos de los muertos. A no ser que alguien sea tan absurdo que sostenga que no se debe temer antes de la muerte a quienes matan el cuerpo, para que no maten el cuerpo, y que se debe temer después de la muerte, para que no dejen de sepultar el cuerpo muerto. Es falso, pues, lo que dice Cristo: «Los que matan el cuerpo y después no tienen qué hacer» (Luc. 12, 4); si tienen tantas cosas que hacer con los cadáveres. Lejos esté que sea falso lo que dijo la Verdad. Pues se dijo que hacen algo cuando matan, porque hay sentido en el cuerpo al matarlo; pero después no tener nada que hacer, porque no hay ningún sentido en el cuerpo muerto. Por tanto, a muchos cuerpos de cristianos no los cubrió la tierra; pero a ninguno de ellos lo separó nadie del cielo y de la tierra, que llena toda ella con la presencia de Sí mismo, el cual sabe de dónde resucitar lo que creó. Se dice ciertamente en el Salmo: «Pusieron los cadáveres de tus siervos por comida a las aves del cielo, las carnes de tus santos a las bestias de la tierra; derramaron su sangre como agua en los alrededores de Jerusalén, y no había quien sepultara» (Sal. 78, 2-3); pero más para exagerar la cruedad de los que hicieron estas cosas, no para la infelicidad de los que padecieron estas cosas. Pues aunque estas cosas parezcan duras y terribles a los ojos de los hombres, «pero preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos» (Sal. 115, 15). Por tanto, todas esas cosas, esto es, el cuidado del funeral, la condición de la sepultura,

la pompa de las exequias, son más bien consuelos de los vivos que subsidios de los muertos. Si en algo aprovecha al impío la sepultura preciosa, en nada dañará al piadoso la vil o ninguna. Exequias preclaras ante los ojos de los hombres exhibió a aquel rico purpurado la turba de sus criados; pero mucho más preclaras ante los ojos del Señor prestó al pobre ulceroso el ministerio de los Ángeles, que no lo llevaron a un sepulcro de mármol, sino que lo levantaron al seno de Abraham.

2. Se ríen de estas cosas aquellos contra quienes hemos emprendido la defensa de la ciudad de Dios. Sin embargo, incluso sus filósofos despreciaron el cuidado de la sepultura; y a menudo ejércitos enteros, mientras morían por la patria terrena, no se cuidaron de dónde yacerían después o de qué bestias serían comida; y les fue lícito a los poetas decir plausiblemente sobre este asunto: «Al que no tiene urna lo cubre el cielo». ¿Cuánto menos deben insultar a los cristianos por los cuerpos insepultos, a quienes se les promete la restauración de la misma carne y de todos los miembros, no solo de la tierra, sino también del seno más secreto de los otros elementos adonde se retiraron los cadáveres disueltos, que les ha de ser devuelta e integrada en un momento de tiempo (1 Cor. 15, 52)?

CAPÍTULO XIII.

Cuál sea la razón de sepultar los cuerpos de los santos.

No por eso, sin embargo, han de ser despreciados y arrojados los cuerpos de los difuntos, y

máxime de los justos y fieles, de los cuales como de órganos y vasos usó el Espíritu Santo para todas las buenas obras. Pues si el vestido paterno y el anillo, y cualquier cosa de esta clase, es tanto más cara a la posteridad cuanto mayor es el afecto hacia los padres; de ningún modo deben ser despreciados los cuerpos mismos, que ciertamente llevamos mucho más familiar y conjuntamente que cualesquiera vestiduras. Pues estos no pertenecen al ornato o ayuda que se añade desde fuera, sino a la misma naturaleza del hombre. Por lo cual también los funerales de los antiguos justos fueron cuidados con oficiosa piedad, y las exequias celebradas, y la sepultura provista (Gén. 25, 9; 35, 29; 50, 2-13, etc.): y ellos mismos, mientras vivían, mandaron a sus hijos sobre la sepultura o incluso el traslado de sus cuerpos (Gén. 47, 29-30; 50, 24): y Tobías es elogiado por haber merecido ante Dios sepultando a los muertos, siendo testigo el ángel (Tob. 2, 9; 12, 12). El mismo Señor también, que había de resucitar al tercer día, alaba la buena obra de la mujer religiosa, y manda que sea predicada, porque derramó ungüento precioso sobre sus miembros, y hizo esto para sepultarlo (Mat. 26, 10-13). Y laudablemente se conmemora en el Evangelio a quienes cuidaron de que su cuerpo recibido de la cruz fuera diligente y honoríficamente cubierto y sepultado (Juan 19, 38-42). Pero estas autoridades no advierten esto: que haya sentido alguno en los cadáveres; sino que significan que los cuerpos también de los muertos pertenecen a la providencia de Dios, a quien placen también tales oficios de piedad,

para confirmar la fe de la resurrección. Donde también se aprende saludablemente cuánta puede ser la remuneración por las limosnas que prestamos a los vivos y sintientes, si no perece ante Dios ni siquiera esto que se paga a los miembros exánimes de los hombres como oficio y diligencia. Hay ciertamente también otras cosas que los santos Patriarcas quisieron que se entendieran dichas con espíritu profético sobre sus cuerpos, ya fuera para ser enterrados o trasladados; pero no es este el lugar para tratarlas, pues bastan estas cosas que hemos dicho. Pero si aquellas cosas que son necesarias para el sustento de los vivos, como el alimento y el vestido, aunque falten con grave aflicción, no quiebran en los buenos la virtud de sufrir y tolerar, ni arrancan del ánimo la piedad, sino que la hacen más fecunda al ejercitarla; cuánto más, cuando faltan aquellas cosas que suelen emplearse para cuidar los funerales y enterrar los cuerpos de los difuntos, no hacen míseros a los que ya están quietos en las secretas sedes de los piadosos. Y por esto, cuando estas cosas faltaron a los cadáveres de los cristianos en aquella devastación de la gran ciudad, o incluso de otros pueblos; ni es culpa de los vivos, que no pudieron prestar estas cosas, ni pena de los muertos, que no pueden sentir estas cosas.

CAPÍTULO XIV.

De la cautividad de los santos, a quienes nunca faltaron los consuelos divinos.

Pero muchos cristianos, dicen, fueron también llevados cautivos. Esto ciertamente es muy miserable si pudieron ser llevados a alguna parte donde no encontraran a su Dios. Hay en las sagradas Escrituras grandes consuelos también de esta calamidad. Estuvieron en cautividad los tres jóvenes, estuvo Daniel, estuvieron otros profetas; ni faltó Dios como consolador. Así, pues, no desamparó a sus fieles bajo la dominación de una gente, aunque bárbara, sin embargo humana, quien no desamparó al profeta ni siquiera en las entrañas de una bestia (Jon. 2). De estas cosas también aquellos con quienes tratamos prefieren burlarse antes que creer; los cuales, sin embargo, en sus propias letras creen que Arión de Metimna, nobilísimo citarista, habiendo sido arrojado de una nave, fue recibido en el lomo de un delfín y llevado a tierra. Pero aquello nuestro sobre el profeta Jonás es más increíble. Claramente más increíble, porque es más admirable; y más admirable, porque es más poderoso.

CAPÍTULO XV.

De Régulo, en el cual existe un ejemplo de cautividad que debe ser tolerada incluso voluntariamente por causa de la religión; lo cual, sin embargo, no pudo aprovecharle a él, que daba culto a los dioses.

1. Tienen, sin embargo, estos un nobilísimo ejemplo de cautividad que debe ser tolerada incluso voluntariamente por causa de la religión también entre sus hombres preclaros. Marco Atilio Régulo, general del pueblo romano, estuvo

cautivo entre los cartagineses. Los cuales, como preferían que les fueran devueltos los suyos por los romanos antes que retener a sus cautivos, para conseguir esto enviaron también a este Régulo especialmente con sus legados a Roma, obligado previamente por juramento a que, si de ningún modo realizaba lo que querían, regresaría a Cartago. Partió él y en el senado persuadió lo contrario, puesto que no juzgaba útil para la república romana cambiar a los cautivos. Ni después de esta persuasión fue obligado por los suyos a regresar a los enemigos; sino que lo que había jurado, eso lo cumplió voluntariamente. Pero ellos lo mataron con excogitados y horrendos tormentos. Pues encerrado en un angosto receptáculo de madera, donde se veía obligado a estar de pie, y clavado por todas partes con agudísimos clavos, de modo que no pudiera inclinarse hacia ninguna parte de él sin atrocísimas penas, lo mataron incluso privándole del sueño. Con razón ciertamente alaban una virtud mayor que tan gran infelicidad. And él había jurado por los dioses, por cuyo culto prohibido piensan estos que se infligen al género humano estas calamidades. Si aquellos, pues, eran adorados para esto, para que hicieran próspera esta vida, si quisieron o permitieron que se le impusieran estas penas al que juraba la verdad, ¿qué pudieron hacer más gravemente airados contra un perjuro? Pero ¿por qué no concluir mi razonamiento más bien para ambos casos? Ciertamente él dio culto a los dioses de tal modo que, por la fidelidad del juramento, ni permaneció en su patria, ni fue de allí a

ninguna otra parte, sino que no dudó en absoluto en regresar a sus más acérrimos enemigos. Si juzgaba esto útil para esta vida, cuyo tan horrendo fin mereció, sin duda se engañaba. Pues enseñó con su ejemplo que los dioses no aprovechan nada a sus cultores para esta felicidad temporal; puesto que él, entregado a su culto, y vencido y llevado cautivo, y porque no quiso hacer de otro modo que como había jurado por ellos, fue muerto atormentado con un nuevo y antes inaudito y demasiado horrible género de suplicio. Pero si el culto de los dioses devuelve la felicidad como recompensa después de esta vida, ¿por qué calumnian los tiempos cristianos diciendo que por eso le sucedió a la Ciudad aquella calamidad, porque dejó de dar culto a sus dioses, cuando pudo incluso dándoles culto diligentísimamente ser tan infeliz como fue aquel Régulo? A no ser que quizás alguien se obstine con tanta demencia de admirable ceguera contra la clarísima verdad, que se atreva a sostener que una ciudad entera que da culto a los dioses no puede ser infeliz, pero un solo hombre sí; porque, a saber, la potencia de sus dioses sea más idónea para conservar a muchos que a los individuos, siendo así que la multitud consta de individuos.

2. Pero si dicen que Marco Régulo, incluso en aquella cautividad y en aquellos tormentos del cuerpo, pudo ser feliz por la virtud del ánimo, búsquese más bien la verdadera virtud, por la cual también la ciudad pueda ser feliz. Pues no de una parte proviene la ciudad feliz, y de otra el hombre: ya que la ciudad no es otra cosa

que una multitud concorde de hombres. Por lo cual, no discuto todavía entre tanto qué clase de virtud hubo en Régulo: basta ahora que por este nobilísimo ejemplo se ven obligados a confesar que los dioses no han de ser adorados por los bienes del cuerpo, o de aquellas cosas que le suceden al hombre exteriormente; puesto que él prefirió carecer de todo esto antes que ofender a los dioses por quienes juró. Pero ¿qué haremos con los hombres que se glorían de haber tenido tal ciudadano cual temen que tenga la ciudad? Pues si no temen, confiesen entonces que algo semejante a lo que le sucedió a Régulo pudo sucederle también a una ciudad que diera culto a los dioses tan diligentemente como él, y no calumnien a los tiempos cristianos. Pero porque ha surgido la cuestión sobre aquellos cristianos que también fueron llevados cautivos, miren esto y callen quienes impudente e imprudentemente se burlan de la religión saludabilísima por este motivo: porque si para sus dioses no fue deshonra que su más atento cultivador, mientras les guardaba la fidelidad del juramento, careciera de su patria, al no tener otra, y como cautivo entre los enemigos fuera muerto por una larga muerte con el suplicio de una nueva crueldad: mucho menos debe ser criminalizado el nombre cristiano en la cautividad de sus consagrados, quienes, esperando con fe verdadera la patria celestial, saben que son peregrinos incluso en sus propias sedes (1 Ped. 2, 11).

CAPÍTULO XVI.

Si por los estupros, que tal vez sufrió incluso la cautividad de las santas vírgenes, pudo contaminarse la virtud del ánimo sin el asentimiento de la voluntad.

Ciertamente piensan objetar un gran crimen a los cristianos cuando, exagerando su cautividad, añaden también los estupros cometidos, no solo en matrimonios ajenos y en vírgenes por casar, sino incluso en algunas monjas. Aquí, en verdad, no la fe, ni la piedad, ni la misma virtud que se llama castidad, sino más bien nuestra disputa se ve estrechada por algunas angustias entre el pudor y la razón. Y no nos cuidamos tanto aquí de dar respuesta a los extraños, cuanto de dar consuelo a los nuestros. Quede, pues, en primer lugar sentado y afirmado que la virtud por la cual se vive rectamente impera desde la sede del ánimo a los miembros del cuerpo, y que el cuerpo se hace santo por el uso de la voluntad santa: permaneciendo esta inconmovible y estable, cualquier cosa que otro haga del cuerpo o en el cuerpo, que no pueda evitarse sin pecado propio, está fuera de la culpa del que lo padece. Pero porque no solo lo que pertenece al dolor, sino también lo que pertenece a la libido, puede perpetrarse en el cuerpo ajeno; cualquier cosa que así se haga, aunque no expulse la castidad retenida con ánimo constantísimo, incita sin embargo el pudor; para que no se crea hecho con la voluntad de la mente también, lo que tal vez no pudo hacerse sin alguna voluptuosidad de la carne.

CAPÍTULO XVII.

De la muerte voluntaria por temor a la pena o al deshonor.

Y por esto, ¿qué afecto humano no querría que se perdonase a las que se mataron para no padecer nada de esta clase? Y a las que no quisieron matarse, para no evitar con su propio facineroso acto el flagitio ajeno, quienquiera que les impute esto como crimen, él mismo no carecerá del crimen de la insensatez. Pues ciertamente, si no es lícito por potestad privada matar a un hombre, aunque sea nocivo, para cuya muerte ninguna ley concede licencia, sin duda también el que se mata a sí mismo es un homicida; y tanto se hace más culpable cuando se mata a sí mismo, cuanto más inocente era en aquella causa por la que pensó que debía matarse. Pues si con razón detestamos el hecho de Judas, y la verdad juzga que, cuando se ahorcó con el lazo, aumentó más bien que expió el pecado de aquella escelerada traición; ya que, al desesperar de la misericordia de Dios y arrepentirse de modo destructivo, no se dejó lugar alguno para la penitencia saludable (Mt. 27, 3): ¿cuánto más debe abstenerse de su propia muerte quien no tiene tal suplicio que castigar en sí mismo? Judas, en efecto, cuando se mató, mató a un hombre malvado; y sin embargo terminó esta vida reo no solo de la muerte de Cristo, sino también de la suya propia; porque, aunque fue por su crimen, fue muerto por otro crimen suyo. Pero ¿por qué un hombre que nada malo ha hecho habría de hacerse mal a sí mismo, y matándose a sí mismo mataría a un hombre inocente, para no padecer a otro nocivo; y perpetraría en sí un

pecado propio, para que no se perpetre en él uno ajeno?

CAPÍTULO XVIII.

De la libido ajena de violencias, que el alma invita padece en el cuerpo oprimido.

1. Pero, en efecto, se teme que incluso la libido ajena contamine. No contaminará, si es ajena; pero si contamina, no será ajena. Mas siendo la pudicicia una virtud del ánimo, y teniendo como compañera la fortaleza, por la cual decide tolerar cualesquiera males antes que consentir al mal; y no teniendo ningún magnánimo y púdico en su potestad qué se haga de su carne, sino solo qué asienta con la mente o qué rechace: ¿quién de mente sana pensaría que pierde la pudicicia si tal vez en su carne aprehendida y oprimida se ejerce y se sacia una libido no suya? Pues si de este modo perece la pudicicia, sin duda la pudicicia no será una virtud del ánimo; ni pertenecerá a aquellos bienes con los que se vive bien, sino que se contará entre los bienes del cuerpo; cuales son las fuerzas, la hermosura, la salud sana e íntegra, y si hay algo de esta clase: bienes que, aunque se disminuyan, no disminuyen en absoluto la vida buena y justa. Y si tal cosa es la pudicicia, ¿por qué se trabaja por ella con peligro incluso del cuerpo para que no se pierda? Pero si es un bien del ánimo, incluso oprimido el cuerpo no se pierde. Es más, el bien de la santa continencia, cuando no cede a la inmundicia de las carnales concupiscentias, también el mismo cuerpo se santifica: y por

eso, cuando persiste con intención inconmovible en no cederles, ni del mismo cuerpo perece la santidad, porque persevera la voluntad de usar de él santamente y, en cuanto está en ella, también la facultad.

2. Pues no por esto es santo el cuerpo, porque sus miembros estén íntegros, o porque no sean tocados por ningún contacto; ya que pueden padecer violencia heridos por diversos casos, y los médicos, auxiliando a veces a la salud, hacen allí tales cosas que el aspecto aborrece. Una partera, como explorando con la mano la integridad de cierta virgen, ya por malevolencia, ya por impericia, ya por accidente, la perdió mientras la inspeccionaba: no creo que nadie sea tan neciamente sabio que piense que a esta le ha perecido algo incluso de la santidad de su propio cuerpo, aunque se haya perdido ya la integridad de aquel miembro. Por lo cual, permaneciendo el propósito del ánimo, por el cual también el cuerpo mereció ser santificado, ni al mismo cuerpo le quita la santidad la violencia de la libido ajena, la cual conserva la perseverancia de su propia continencia. ¿O es que si alguna mujer, corrompida en su mente y violado el propósito que había votado a Dios, fuera a su engañador para ser viciada; diremos que todavía es santa incluso en el cuerpo mientras va, habiéndose perdido y destruido aquella santidad del ánimo por la cual el cuerpo se santificaba? Lejos de nosotros este error; y de aquí más bien amonestémonos de que así no se pierde la santidad del cuerpo permaneciendo la santidad del ánimo, aun oprimido el cuerpo,

como se pierde la santidad del cuerpo violada la santidad del ánimo, aun intacto el cuerpo. Por lo cual, no tiene qué castigar en sí con muerte espontánea la mujer oprimida violentamente sin consentimiento alguno suyo y comprimida por pecado ajeno: cuánto menos antes de que esto suceda; para que no se admita un homicidio cierto, cuando el mismo flagitio, aunque sea ajeno, todavía pende incierto.

CAPÍTULO XIX.

De Lucrecia, que se quitó la vida por el estupro que se le infirió.

1. ¿O tal vez a esta perspicua razón, por la cual decimos que oprimido el cuerpo, no habiéndose cambiado en absoluto el propósito de la castidad por ningún consentimiento al mal, el flagitio es solo de aquel que oprimiendo yació con ella, y no de aquella que oprimida no consintió con voluntad alguna al que yacía con ella, se atreverán a contradecir aquellos contra quienes defendemos no solo las mentes, sino incluso los cuerpos santos de las mujeres cristianas oprimidas en la cautividad? Ciertamente ensalzan con grandes alabanzas de pudicicia a Lucrecia, matrona noble y antigua romana. Habiéndose apoderado libidinosamente del cuerpo de esta, tras oprimirlo violentamente, el hijo del rey Tarquinio, ella indicó el crimen del impropísimo joven a su marido Colatino y a su pariente Bruto, varones clarísimos y fuérisimos, y los constriñó a la venganza: después, enferma e impaciente por el torpe acto

cometido en ella, se quitó la vida. ¿Qué diremos? ¿Debe ser juzgada adúltera o casta? ¿Quién pensará que hay que trabajar en esta controversia? Cierto autor, declamando egregia y verazmente sobre esto, dice: «Admirable de decir; dos fueron, y uno solo admitió el adulterio». Espléndida y verazísimamente. Pues mirando en la mezcla de los dos cuerpos la inquinatísima cupididad de uno y la castísima voluntad del otro; y atendiendo no a lo que se hacía por la conjunción de los miembros, sino por la diversidad de las almas, dijo: «Dos fueron, y uno solo admitió el adulterio».

2. Pero ¿qué es esto, que se castigue con más gravedad a la que no admitió el adulterio? Pues él fue expulsado de la patria con su padre; ella fue muerta con el sumo suplicio. Si no es impudicicia aquella por la cual es oprimida contra su voluntad; no es justicia esta por la cual la casta es castigada. A vosotras apelo, leyes y jueces romanos. Ciertamente después de perpetrados los facinerosos actos no quisisteis que ningún escleroso fuera muerto impunemente sin ser condenado. Si, pues, ante vuestro juicio alguien presentara este crimen, y se os probara que no solo sin ser condenada, sino incluso siendo casta e inocente había sido muerta una mujer; ¿no castigaríais a quien lo hubiera hecho con la severidad congruente? Esto hizo aquella Lucrecia; aquella, aquella tan predicada Lucrecia mató además a la inocente, casta y violentada Lucrecia. Proferid la sentencia. Y si por eso no podéis, porque no está presente a quien podáis castigar, ¿por qué alabáis con tanta predicación a la matadora de una mujer

inocente y casta? A la cual ciertamente ante los jueces infernales, incluso tales cuales se cantan en los poemas de vuestros poetas, por ninguna razón defendéis, constituida a saber entre aquellos «que se dieron la muerte a sí mismos siendo inocentes, y aborreciendo la luz, arrojaron sus almas. A los cuales, deseando volver al mundo superior, los hados se oponen, y la laguna innavegable con su triste onda los ata». (Virgilio, Eneida, lib. 6, vv. 434-439). ¿O tal vez no está allí porque se mató no siendo inocente, sino siendo mal consciente de sí misma? Pues ¿y si (lo que solo ella misma pudo saber), aunque el joven irrumpió violentamente, ella también consintió atraída por su propia libido, y castigando esto en sí misma dolióse tanto que pensó que debía ser expiado con la muerte? Aunque ni aun así debió matarse, si podía hacer una fructuosa penitencia ante los dioses falsos. Sin embargo, si tal vez es así, y es falso aquello de que fueron dos y uno solo admitió el adulterio, sino que más bien ambos cometieron adulterio, uno por manifiesta invasión y la otra por latente consentimiento, no se mató siendo inocente, y por eso puede decirse por sus letrados defensores que no está en los infiernos entre aquellos «que se dieron la muerte a sí mismos siendo inocentes». Pero de tal modo se estrecha esta causa por ambos lados, que si se atenúa el homicidio, se confirma el adulterio; si se purga el adulterio, se acumula el homicidio; y no se encuentra salida alguna donde se dice: si fue adulterada, ¿por qué alabada?; si púdica, ¿por qué muerta?

3. Sin embargo, a nosotros, en este tan noble ejemplo de esta mujer, para refutar a aquellos que, ajenos a todo pensamiento de santidad, insultan a las mujeres cristianas oprimidas en la cautividad, nos basta lo que se dijo en sus preclaras alabanzas: «Dos fueron, y uno solo admitió el adulterio». Pues tal Lucrecia fue más bien creída por ellos, como la que no pudo mancharse con ningún consentimiento adulterino. El hecho, pues, de que se matara a sí misma por haber soportado a un adúltero, aun sin haber sido ella adulterada, no es caridad de la pudicicia, sino enfermedad del pudor. Pues se avergonzó de la torpeza ajena cometida en ella, aunque no con ella; y la mujer romana, demasiado ávida de alabanza, temió sobremanera que se pensara que lo que padeció violentamente mientras vivía, lo habría padecido de buen grado si seguía viviendo. Por lo cual pensó que debía aplicar ante los ojos de los hombres aquella pena como testigo de su mente, a quienes no pudo demostrar su conciencia. Pues se avergonzó de que se la creyera socia del hecho si soportaba con paciencia lo que otro había hecho torpemente en ella. No hicieron esto las mujeres cristianas, que viven habiendo padecido cosas semejantes. Sin embargo, tampoco vengaron en sí mismas el crimen ajeno, para no añadir los suyos a los crímenes de otros si, puesto que los enemigos habían cometido estupros en ellas por concupiscencia, ellas cometieran homicidios en sí mismas por vergüenza. Tienen, en efecto, dentro la gloria de la castidad, el testimonio de la conciencia: la tienen, además, ante los ojos de su

Dios, y no requieren más, donde no tienen nada más que hacer rectamente; para no desviarse de la autoridad de la ley divina, mientras evitan malamente la ofensa de la sospecha humana.

CAPÍTULO XX.

Que no hay autoridad alguna que conceda a los cristianos el derecho de la muerte voluntaria por cualquier causa que sea.

En efecto, no en vano en los santos Libros canónicos no puede encontrarse en ninguna parte mandado o permitido por la divinidad que, ya sea para alcanzar la inmortalidad misma, ya sea para carecer o evitar cualquier mal, nos infiramos la muerte a nosotros mismos. Pues también debe entenderse que estamos prohibidos donde la Ley dice: «No matarás»; sobre todo porque no añadió «a tu prójimo», como cuando vetaba el falso testimonio, dijo: «No dirás falso testimonio contra tu prójimo» (Éx. 20, 13, 16). Y no por eso, si alguien dijera falso testimonio contra sí mismo, pensará que es ajeno a este crimen. Puesto que el que ama recibió la regla de amar al prójimo a partir de sí mismo; ya que está escrito: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt. 22, 39). Además, si no es menos reo de falso testimonio el que confiesa cosas falsas de sí mismo que si hiciera esto contra el prójimo; aunque en aquel precepto por el cual se prohíbe el falso testimonio se prohíbe contra el prójimo, y pueda parecer a los que no entienden rectamente que no está prohibido que cada uno asista como falso testigo contra sí mismo: ¡cuánto más debe entenderse que no es lícito

al hombre matarse a sí mismo, cuando en aquello que está escrito, «No matarás», no habiéndose añadido nada después, nadie, ni siquiera aquel a quien se le manda, se entiende exceptuado! Por lo cual algunos intentan extender este precepto incluso a las bestias y al ganado, de modo que por esto no sea lícito matar a ninguno de ellos. ¿Por qué no, pues, también a las hierbas y a todo lo que se nutre y fija por las raíces en la tierra? Pues también este género de cosas, aunque no siente, se dice que vive; y por esto puede también morir; y por lo tanto también, cuando se aplica fuerza, ser muerto. Por lo cual también el Apóstol, cuando hablaba de semillas de esta clase, dijo: «Lo que tú siembras no se vivifica si no muere» (1 Cor. 15, 36). Y en el Salmo está escrito: «Mató sus vides con el granizo» (Sal. 77, 47). ¿Acaso, pues, por esto, cuando oímos «No matarás», juzgamos un nefas arrancar un sarmiento, y nos plegamos insensatísimamente al error de los maniqueos? Eliminados, pues, estos delirios, cuando leemos «No matarás», si por eso no aceptamos que esto se ha dicho de los arbustos, porque no hay en ellos sentido alguno; ni de los animales irracionales, volátiles, nadadores, caminantes o reptiles, porque no están asociados a nosotros por ninguna razón, la cual no se les ha dado tener en común con nosotros; por lo cual, por justísima ordenación del Creador, tanto la vida como la muerte de ellos se sujetan a nuestros usos: resta que entendamos del hombre lo que se ha dicho: «No matarás»; ni a otro, por tanto, ni a ti. Pues el que se mata no mata a otro sino a un hombre.

CAPÍTULO XXI.

De las muertes de hombres que se exceptúan del crimen de homicidio.

Sin embargo, la misma autoridad divina hizo ciertas excepciones, por las cuales es lícito que un hombre sea muerto. Pero exceptuados estos a quienes Dios manda matar, ya sea por una ley dada, ya sea por una orden expresa a una persona por un tiempo determinado: no mata, empero, aquel que debe ministerio al que manda, al igual que la espada es un auxilio para quien la usa; y por lo tanto de ningún modo actuaron contra este precepto por el cual se dijo: «No matarás», quienes por autoridad de Dios hicieron guerras, o representando la persona de la potestad pública según sus leyes, esto es, el imperio de la más justa razón, castigaron a los esclerosos con la muerte. And Abraham no solo no fue culpado del crimen de crueldad, sino que incluso fue alabado con el nombre de piedad, porque quiso matar a su hijo, de ningún modo malvadamente, sino obedientemente (Gén. 22). Y con mérito se pregunta si debe tenerse por mandato de Dios el que Jefté matara a su hija, la cual salió al encuentro de su padre, habiendo este prometido que inmolaría a Dios lo que primero le saliera al encuentro al volver victorioso de la batalla (Juec. 11). Ni Sansón se excusa de otro modo por haber quedado oprimido él mismo con los enemigos por la ruina de la casa, sino porque el Espíritu, que hacía milagros por medio de él, se lo había mandado latente (Ibíd. 16, 30). Exceptuados, pues, estos a quienes o una

ley justa generalmente, o Dios mismo, fuente de la justicia, manda matar especialmente; quienquiera que mate a un hombre, ya sea a sí mismo o a cualquier otro, queda ligado por el crimen de homicidio.

CAPÍTULO XXII.

Que la muerte voluntaria nunca puede pertenecer a la grandeza de ánimo.

1. Y quienesquiera que perpetraron esto en sí mismos, tal vez deban ser admirados por la grandeza de ánimo, pero no alabados por la sanidad de la sabiduría. Aunque si consultas la razón más diligentemente, ni siquiera esa grandeza de ánimo se nombra rectamente cuando alguien, no pudiendo tolerar o bien cualquier aspereza o bien pecados ajenos, se mata a sí mismo. Pues más bien se descubre una mente enferma, que no puede soportar o la dura servidumbre de su propio cuerpo, o la estúpida opinión del vulgo; y con mérito debe decirse que es mayor el ánimo que puede soportar una vida llena de calamidades más que huir de ella; y despreciar el juicio humano, y sobre todo el vulgar, que frecuentemente se envuelve en la calígine del error, ante la luz y pureza de la conciencia. Por lo cual, si ha de pensarse que se hace con gran ánimo cuando el hombre se infiere la muerte, aquel Cleómbroto se encuentra más bien en esta grandeza de ánimo; del cual dicen que, leído el libro de Platón donde disputó sobre la inmortalidad del alma, se lanzó de cabeza desde un muro, y así emigró de esta

vida a la que creyó ser mejor. Pues nada de calamidad ni de crimen, ya fuera verdadero o falso, le urgía que, no pudiendo soportar, se quitara de en medio; sino que para captar la muerte y para romper los dulces vínculos de esta vida solo estuvo presente la grandeza de ánimo. Que esto, sin embargo, se hizo más bien grandemente que bien, pudo ser testigo para él el mismo Platón, a quien había leído; el cual ciertamente lo habría hecho de forma principalísima, o incluso lo habría mandado; si no hubiera juzgado con aquella mente con la que vio la inmortalidad del alma que de ningún modo debía hacerse, sino que incluso debía prohibirse.

2. [XXIII.] Pero es que muchos se mataron para no caer en manos de los enemigos. No solo preguntamos si se hizo, sino si debió hacerse. Pues la sana razón debe anteponerse incluso a los ejemplos, con la cual ciertamente también concuerdan los ejemplos, pero aquellos que son tanto más dignos de imitación cuanto más excelentes en piedad. No lo hicieron los patriarcas, no los profetas, no los apóstoles; porque el mismo Señor Cristo, cuando les amonestó a que, si padecían persecución, huyeran de ciudad en ciudad (Mt. 10, 23), pudo amonestarles a que se infirieran la muerte para no caer en manos de los perseguidores. Además, si él no mandó esto, ni aconsejó que de ese modo emigraran de esta vida sus seguidores, a quienes prometió que al emigrar les prepararía mansiones eternas (Jn. 14, 2); cualesquiera ejemplos que opongan las gentes

que ignoran a Dios, es manifiesto que esto no es lícito para los que adoran al único Dios verdadero.

CAPÍTULO XXIII.

Qué clase de ejemplo es el de Catón, que se mató a sí mismo no soportando la victoria de César.

Pero sin embargo, incluso ellos, además de Lucrecia, sobre la cual ya dijimos arriba bastante de lo que parecía conveniente, no encuentran fácilmente a alguien de cuya autoridad puedan prescribir, excepto a aquel Catón que se mató en Útica: no porque él solo lo hiciera, sino porque era tenido por varón docto y probo, de modo que con mérito se piense que también pudo hacerse o puede hacerse rectamente lo que hizo. Sobre cuyo hecho, ¿qué diré principalmente sino que sus amigos, incluso ciertos varones doctos que disuadían más prudentemente de que esto se hiciera, juzgaron que era un hecho de un ánimo más débil que fuerte, con el cual se demostrara no la honestidad precaviendo cosas torpes, sino la enfermedad no sosteniendo las adversas? Esto mismo indicó Catón en su carísimo hijo. Pues si era torpe vivir bajo la victoria de César, ¿por qué el padre fue autor de esta torpeza para el hijo, a quien mandó esperar todas las cosas de la benignidad de César? ¿Por qué no lo obligó también a él a la muerte consigo? Pues si Torquato mató laudablemente a aquel hijo que contra el mando había luchado contra el enemigo, aun siendo vencedor; ¿por qué el vencido Catón perdonó a su vencido hijo, él que no se perdonó a sí mismo? ¿O

acaso era más torpe ser vencedor contra el mando que soportar al vencedor contra el decoro? De ningún modo, por tanto, juzgó Catón que fuera torpe vivir bajo el vencedor César; de lo contrario, liberaría al hijo de esta torpeza con el hierro paterno. ¿Qué es esto, pues, sino que cuanto amó al hijo, para quien esperó y quiso que César le perdonara, tanto envidió la gloria del mismo César, para que no fuera perdonado también él por él, como se dice que el mismo César dijo; o, para que digamos algo más suave, se avergonzó?

CAPÍTULO XXIV.

Que en aquella virtud por la cual Régulo fue superior a Catón, sobresalen mucho más los cristianos.

Sin embargo, estos contra quienes actuamos no quieren que antepongamos a Catón al santo varón Job, quien prefirió padecer tan horrendos males en su carne antes que carecer de todos los crujicios mediante una muerte inferida a sí mismo; ni a otros santos de nuestras Letras, altísimos por su suma autoridad y dignísimos de fe, que prefirieron soportar la cautividad y la dominación de los enemigos antes que inferirse la muerte. Pero de las letras de ellos, antepongamos a ese mismo Marco Catón a Marco Régulo. Pues Catón nunca había vencido a César, al cual, una vez vencido, se indignó de estar sujeto, y para no estar sujeto eligió ser muerto por sí mismo. Régulo, en cambio, ya había vencido a los cartagineses, y como general romano para el imperio romano había reportado una victoria no lamentable por

los ciudadanos, sino laudable por los enemigos; vencido sin embargo por ellos después, prefirió soportarlos sirviendo que quitarse de en medio muriendo. Por lo tanto, conservó tanto la paciencia bajo la dominación de los cartagineses como la constancia en el amor de los romanos, no quitando el cuerpo vencido a los enemigos, ni el ánimo invicto a los ciudadanos. Y no hizo esto por amor a esta vida el hecho de que no quisiera matarse. Esto lo probó cuando, por causa de lo prometido y del juramento, regresó sin duda alguna a los mismos enemigos a quienes había ofendido más gravemente con palabras en el senado que con armas en la guerra. Así pues, tan grande despreciador de esta vida, cuando prefirió terminarla por cualesquiera penas con los enemigos enfurecidos antes que matarse él mismo, juzgó sin duda alguna que era un gran crimen que el hombre se matara a sí mismo. Entre todos sus varones laudables e ilustres por las insignias de las virtudes no presentan a un romano mejor; a quien ni la felicidad corrompió, pues en tan gran victoria permaneció pobrísimo, ni la infelicidad quebrantó, pues a tan grandes destrucciones regresó intrépido. Además, si los fuérisimos y preclarísimos varones defensores de la patria terrena, y cultores de dioses aunque falsos, no sin embargo falaces, sino incluso veracísimos juradores, que pudieron herir a los enemigos vencidos por costumbre y derecho de guerra, estos, vencidos por los enemigos, no quisieron herirse a sí mismos; y no temiendo en absoluto a la muerte, prefirieron sin embargo soportar a los señores vencedores

antes que inferírsela a sí mismos: ¡cuánto más los cristianos, que adoran al Dios verdadero y suspiran por la patria celestial, se abstendrán de este hecho si la divina disposición los sujetara por un tiempo a los enemigos, ya sea para ser probados o para ser enmendados; a los cuales el Altísimo no abandona en aquella humildad, él que por ellos vino tan humildemente; sobre todo a quienes los derechos de ninguna potestad militar o de tal milicia constriñen a herir al enemigo mismo una vez vencido!

[XXV.] ¿Qué error tan malo, pues, se desliza, para que el hombre se mate a sí mismo, o porque el enemigo pecó contra él, o para que no peque contra él; cuando no se atrevería a matar al enemigo mismo, pecador o que va a pecar?

CAPÍTULO XXV.

Que el pecado no debe ser evitado mediante el pecado.

Pero es que debe temerse y precaverse que el cuerpo sometido a la libido hostil no atraiga al ánimo con voluptuosidad ilícitamente atractiva a consentir en el pecado. Por lo tanto, dicen, ya no por el pecado ajeno, sino por el suyo propio, antes de que alguien cometa esto, debe matarse a sí mismo. De ningún modo hará esto el ánimo, de consentir en la libido de su carne excitada por la libido ajena, el que está sujeto a Dios y a su sabiduría más bien que a la concupiscencia del cuerpo. Sin embargo, si es un hecho detestable y un crimen condenable incluso matarse a sí mismo, como la verdad manifiesta proclama; ¿quién

sería tan necio que dijera: pequemos ya ahora, para que después tal vez no pequemos; perpetremos ya ahora el homicidio, para que después tal vez no incidamos en el adulterio? ¿Acaso, si tanto domina la iniquidad que no se eligen la inocencia sino más bien los pecados, no es preferible un adulterio incierto del futuro que un homicidio cierto del presente? ¿Acaso no es preferible cometer un flagitio que se sane arrepintiéndose, que tal hecho donde no se deja lugar para la saludable penitencia? Estas cosas he dicho por causa de aquellos o aquellas que, por evitar no el pecado ajeno sino el propio, para que bajo la libido de otro tal vez no consientan a la suya propia incluso excitada, piensan que debe inferirse la fuerza con la que mueran. Por lo demás, lejos de la mente cristiana, que confía en su Dios, y puesta en él la esperanza se apoya en su auxilio; lejos, digo, que tal mente ceda a las voluptuosidades de cualquier carne para el consentimiento de la torpeza. Pero si aquella desobediencia de la concupiscencia, que todavía habita en los miembros moribundos, se mueve casi por su propia ley fuera de la ley de nuestra voluntad; ¡cuánto más carece de culpa en el cuerpo del que no consiente, si carece de culpa en el cuerpo del que duerme!

CAPÍTULO XXVI.

Sobre aquellas cosas que no es lícito hacer, cuando se sabe que han sido hechas por santos, por qué razón debe creerse que se hicieron.

Pero algunas mujeres santas, dicen, en tiempo de persecución, para evitar a los perseguidores de su pudicicia, se arrojaron a un río que las arrastraría y mataría; y de ese modo fallecieron, y sus martirios son frecuentados con celebérrima veneración en la Iglesia católica. Sobre ellas nada me atrevo a juzgar temerariamente. Pues si la autoridad divina persuadió a la Iglesia mediante algunos testimonios dignos de fe para que honre así su memoria, lo ignoro; y puede ser que así sea. ¿Pues y si hicieron esto no engañadas humanamente, sino mandadas divinamente; no errando, sino obedeciendo? Como de Sansón no nos es lícito creer otra cosa. Pero cuando Dios manda, e intima que manda sin ninguna ambigüedad, ¿quién llamaría crimen a la obediencia? ¿Quién acusaría al obsequio de la piedad? Pero no por eso lo hace sin maldad quienquiera que decrete inmolar a un hijo a Dios, porque también Abraham hizo esto laudablemente. Pues también el soldado cuando, obediente a la potestad bajo la cual ha sido legítimamente constituido, mata a un hombre, por ninguna ley de su ciudad es reo de homicidio; es más, si no lo hiciera, es reo de imperio desertado y despreciado. Pero si lo hubiera hecho por su propia voluntad y autoridad, habría incidido en el crimen de sangre humana derramada. Así pues, por lo mismo que es castigado si lo hace sin ser mandado, por eso mismo será castigado si no lo hace siendo mandado. Y si así es mandándolo el emperador, ¿cuánto más mandándolo el Creador? El que, pues, oye que no le es lícito matarse, hágalo si lo mandó aquel

cuyos mandatos no es lícito despreciar; solamente vea si el mandato divino no vacila con ninguna incertidumbre. Nosotros apelamos a la conciencia a través del oído, no usurpamos el juicio de las cosas ocultas. «Nadie sabe lo que pasa en el hombre, sino el espíritu del hombre, que está en él» (1 Cor. 2, 11). Esto decimos, esto afirmamos, esto por todos los medios aprobamos: que nadie debe inferirse a sí mismo la muerte espontánea, como huyendo de las molestias temporales para no caer en las perpetuas; nadie por los pecados ajenos, para que no empiece a tener este pecado gravísimo propio quien no era manchado por el ajeno: nadie por sus propios pecados pasados, por los cuales más bien es necesaria esta vida para que puedan sanarse arrepintiéndose: nadie como por el deseo de una vida mejor que se espera después de la muerte, porque la vida mejor después de la muerte no recibe a los reos de su propia muerte.

CAPÍTULO XXVII.

Si por evitar el pecado debe apetecerse la muerte espontánea.

Resta una causa, de la cual había empezado a hablar, por la cual se piensa que es útil que cada uno se mate a sí mismo, a saber, para no caer en el pecado, ya sea por la voluptuosidad halagadora, ya sea por el dolor enfurecido. Causa que si quisiéramos admitir, llegará progresando hasta el punto de que deba exhortarse a los hombres a que se maten entonces más bien cuando, lavados en el baño de la santa regeneración, hayan

recibido la remisión de todos sus pecados. Pues entonces es el tiempo de precaver todos los pecados futuros, cuando todos los pasados han sido borrados. Y si esto se hace rectamente por muerte espontánea, ¿por qué no se hace entonces principalmente? ¿Por qué cada bautizado se perdona a sí mismo? ¿Por qué inserta su cabeza liberada de nuevo en tantos peligros de esta vida, cuando es de facilísima potestad evitar todas las cosas mediante la muerte inferida a sí mismo, y está escrito: «El que ama el peligro, caerá en él» (Eclo. 3, 27)? ¿Por qué, pues, se aman tantos y tan grandes peligros, o ciertamente, aunque no se amen, se asumen, mientras permanece en esta vida aquel a quien le es lícito marcharse de ella? ¿O acaso una perversidad tan insulsa trastorna el corazón y lo aparta de la consideración de la verdad, que, si cada uno debe matarse para no caer en el pecado bajo el dominio de un solo captor, piense que debe vivir para soportar el mundo mismo lleno de tentaciones a todas horas, y tales cuales se temen bajo un solo señor, e innumerables otras sin las cuales no se lleva esta vida? ¿Qué causa hay, pues, para que consumamos el tiempo en aquellas exhortaciones con las que, hablando a los bautizados, estudiamos encenderlos, ya sea a la integridad virginal, ya a la continencia vidual, ya a la misma fidelidad del lecho conyugal; cuando tenemos compendios mejores y remotos de todos los peligros de pecar, de modo que, a cuantos pudiéramos persuadir después de la remisión más reciente de los pecados a que arrebaten la muerte y se la infieran a sí mismos, los enviemos

al Señor más sanos y puros? Además, si alguien piensa que esto debe emprenderse y persuadirse, no digo que es necio, sino que está loco: ¿con qué cara, finalmente, dice al hombre: «Mátate, para que a tus pequeños pecados no añadas uno más grave mientras vives bajo un señor impúdico de bárbaras costumbres», él que no puede sino decir esclerosísimamente: «Mátate, una vez absueltos todos tus pecados, para que no cometas de nuevo tales cosas o incluso peores, mientras vives en un mundo halagador con tantas impuras voluptuosidades, furioso con tantas nefandas crueldades, enemigo con tantos errores y terrores»? Porque es un nefas decir esto, es ciertamente un nefas matarse a sí mismo. Pues si para hacer esto espontáneamente pudiera haber alguna causa justa, sin duda alguna no habría otra más justa que esta. Pero como ni siquiera esta lo es, por lo tanto no hay ninguna.

CAPÍTULO XXVIII.

Por qué juicio de Dios se permitió que la libido hostil pecara contra los cuerpos de los continentes.

1. Por lo tanto, fieles de Cristo, no os sea tediosa vuestra vida si vuestra castidad fue escarnio para los enemigos. Tenéis un gran y verdadero consuelo si retenéis la conciencia fiel de que no habéis consentido en los pecados de aquellos a quienes se les permitió pecar contra vosotras. [XXVIII.] Y si acaso preguntáis por qué se les permitió, profunda es ciertamente la providencia del Creador y Rector del mundo, y «escrutables

son sus juicios e ininvestigables sus caminos» (Rom. 11, 33). Sin embargo, interrogad fielmente a vuestras almas, no sea que tal vez os hayáis ensalzado demasiado infladas por este bien de la integridad y la continencia o la pudicicia, y deleitadas con las alabanzas humanas hayáis envidiado incluso en esto a algunas. No acuso lo que ignoro, ni oigo lo que vuestros corazones interrogados os responden. Sin embargo, si respondieran que es así, no os maravilléis de haber perdido aquello por lo que deseasteis gustar a los hombres; y de que os haya quedado aquello que no puede mostrarse a los hombres. Si no habéis consentido a los que pecaban, para que no se perdiera la gracia divina accedió el auxilio divino; para que no se amara la gloria humana sucedió el oprobio humano. Consolaos en ambos casos, almas apocadas: en aquel probadas, en este castigadas; en aquel justificadas, en este enmendadas. Pero aquellas cuyos corazones interrogados responden que nunca se han ensoberbecido por el bien de la virginidad o la viudez o la pudicicia conyugal, sino que consintiendo a los humildes (Rom. 12, 16) han exultado con temblor por el don de Dios, y no han envidiado a nadie la excelencia de una santidad y castidad par; sino que pospuesta la alabanza humana, que suele tributarse tanto más grande cuanto más raro es el bien que la exige, han deseado más bien que el número de tales personas fuera mayor que el destacar ellas mismas en la escasez: ni siquiera estas que son tales, si la libido bárbara comprimió también a algunas de ellas, se quejen de que esto fuera

permitido; ni por eso crean que Dios descuida estas cosas, porque permite lo que nadie comete impunemente. Pues algunos pesos de malas cupididades tanto se relajan por el oculto juicio divino presente, como se reservan para el manifiesto último juicio. Pero acaso estas que son bien conscientes de sí mismas de no haber ensalzado el corazón inflado por este bien de la castidad, y sin embargo han padecido la violencia hostil en la carne, tenían algo de latente enfermedad que podría elevarse al fasto de la soberbia si hubieran evadido aquella humildad en aquella devastación. Así como, pues, algunos fueron arrebatados por la muerte para que la malicia no cambiara su entendimiento (Sab. 4, 11); así algo fue arrebatado violentamente a estas para que la prosperidad no cambiara su modestia. A unas y otras, por tanto —las que ya se ensoberbecían por su carne porque no había padecido el contacto torpe de nadie, o las que tal vez podrían ensoberbecerse si no hubieran sido tocadas por la violencia de los enemigos—, no se les quitó la castidad, sino que se les persuadió la humildad: se socorrió al tumor inmanente en aquellas, se salió al encuentro del inminente en estas.

2. Aunque tampoco debe callarse aquello: que a algunas que padecieron estas cosas pudo parecerles que el bien de la continencia debía ser computado entre los bienes corporales, y que permanecía entonces si el cuerpo no fuera tocado por la libido de nadie; y no que estaba puesto solo en el robustecimiento de la voluntad ayudado por la divinidad, para que sea santo tanto el cuerpo

como el espíritu; ni que fuera un bien tal que no pudiera quitarse contra la voluntad del alma: error que tal vez les fue quitado. Pues cuando piensan con qué conciencia sirvieron a Dios, y con fe inconmovible no piensan de él que haya podido abandonar de ningún modo a los que así le sirven y así le invocan; y no pueden dudar cuánto le place a él la castidad: ven que es consecuente que de ningún modo habría permitido él que estas cosas sucedieran a sus santos si de ese modo pudiera perecer la santidad que él les confirió y ama en ellos.

CAPÍTULO XXIX.

Qué debe responder la familia de Cristo a los infieles cuando reprochan que Cristo no la libró del furor de los enemigos.

Tiene, pues, toda la familia del sumo y verdadero Dios su consuelo, no falaz, ni constituido en la esperanza de cosas vacilantes o caducas; y la misma vida temporal de ningún modo digna de arrepentimiento, en la cual se instruye para la eterna, y usa de los bienes terrenos como peregrina, y no es atrapada por ellos; y por los males, o es probada, o es enmendada. Pero aquellos que insultan su prueba y le dicen, cuando acaso ha caído en algunos males temporales: «¿Dónde está tu Dios?» (Sal. 41, 4), digan ellos mismos dónde están sus dioses cuando padecen tales cosas, para evitar las cuales o bien los cultivan, o bien sostienen que deben ser cultivados.

Pues ella responde: Mi Dios está presente en todas partes, todo en todas partes, en ningún lu-

gar incluido, que puede estar presente en secreto, estar ausente sin moverse: él, cuando me agita con cosas adversas, o examina los méritos, o castiga los pecados, y me reserva una recompensa eterna por los males temporales tolerados piadosamente: pero ¿quiénes sois vosotros con quienes sea digno hablar siquiera de vuestros dioses, cuánto menos de mi Dios, que es terrible sobre todos los dioses; porque los dioses de las gentes son demonios, mas el Señor hizo los cielos (Sal. 95, 4, 5)?

CAPÍTULO XXX.

Qué vergonzosas prosperidades desearían disfrutar los que se quejan de los tiempos cristianos.

Si aquel Nasica Escipión vuestro, en otro tiempo pontífice, a quien bajo el terror de la guerra púnica, al buscarse al hombre óptimo para recibir los ritos frigios, eligió todo el senado, y a cuyo rostro tal vez no osaríais mirar, él mismo os apartaría de esta impudencia. Pues, ¿por qué afligidos por las cosas adversas os quejáis de los tiempos cristianos, sino porque deseáis tener segura vuestra lujuria y, eliminada toda aspereza de molestias, disolveros en costumbres perdidísimas? Pues no por eso deseáis tener paz y abundar en todo género de provisiones, para usar honestamente de estos bienes, esto es, modesta, sobria, temperante y piadosamente; sino para que se busque una infinita variedad de placeres en locas efusiones, y para que en la prosperidad nazcan en las

costumbres aquellos males que son peores que los enemigos enfurecidos.

Pero aquel Escipión, vuestro pontífice máximo, aquel hombre óptimo por juicio de todo el senado, temiendo para vosotros esta calamidad, no quería que Cartago, entonces émula del imperio romano, fuera destruida, y se oponía a Catón, que decretaba su destrucción, temiendo para las almas débiles al enemigo como seguridad; y viendo que el terror era necesario como un tutor idóneo para los ciudadanos pupilos. Y no le engañó su opinión: por la realidad misma se probó cuán verdadero era lo que decía. Pues una vez destruida Cartago, esto es, expulsado y extinguido el gran terror de la república romana, siguieron continuamente tan grandes males nacidos de la prosperidad que, corrompida y rota la concordia, primero por sediciones crueles y sangrientas, luego pronto por la conexión de malas causas, se produjeron también en guerras civiles tan grandes estragos, se derramó tanta sangre, hirvió la immanidad con tanta codicia de proscripciones y rapiñas, que aquellos romanos que con vida más íntegra temían los males de los enemigos, perdida la integridad de la vida padecieron cosas más crueles de sus conciudadanos: y aquella misma libido de dominar, que entre otros vicios del género humano se hallaba más pura en todo el pueblo romano, después de que venció en unos pocos más potentes, oprimió también con el yugo de la servidumbre a los demás, triturados y fatigados.

CAPÍTULO XXXI.

Por qué grados de vicios creció en los romanos el deseo de reinar.

Pues, ¿cuándo descansaría aquella en mentes superbísimas hasta que, por honores continuados, llegara a la potestad regia? Además, no habría facultad de continuar los honores si no prevaleciera la ambición. Y de ningún modo prevalecería la ambición si no fuera en un pueblo corrompido por la avaricia y la lujuria. Pues un pueblo avaro y lujurioso se formó en las cosas prósperas, las cuales aquel Nasica juzgaba providentísimamente que debían ser evitadas cuando no quería que la ciudad de los enemigos, la máxima, la más fuerte, la más opulenta, fuera eliminada; para que por el temor se reprimiera la libido, la libido reprimida no se entregara al lujo, y cohibido el lujo no se extendiera la avaricia: cerrados estos vicios, la virtud útil a la ciudad florecería y crecería, y a esa virtud permanecería congruente la libertad.

De aquí también era, y de esta providentísima caridad hacia la patria venía, que aquel mismo vuestro pontífice máximo, elegido por el senado de aquel tiempo (lo cual debe decirse a menudo) como el hombre óptimo sin ninguna discrepancia de pareceres, contuviera al senado que intentaba construir la cávea de un teatro de esta disposición y deseo; y persuadió con una oración gravísima que no permitieran que la lujuria griega se deslizara en las viriles costumbres de la patria, ni que para debilitar y enervar la virtud romana consin-

tieran con la maldad extranjera: y tanto valió por su autoridad que, conmovida por sus palabras la providencia senatorial, prohibió que en adelante se pusieran incluso los asientos que la ciudad ya había empezado a usar, amontonados provisionalmente para el espectáculo de los juegos. ¡Con cuánto celo habría quitado este de la ciudad de Roma los mismos juegos escénicos si osara resistir a la autoridad de aquellos que pensaba que eran dioses!; a los cuales no entendía que eran demonios nocivos, o si lo entendía, juzgaba él mismo que debían ser aplacados más bien que despreciados. Pues aún no había sido declarada a las gentes la doctrina suprema que, limpiando el corazón por la fe, para alcanzar las cosas celestiales o supracelestiales, cambiara el afecto humano con humilde piedad y lo liberara del dominio de los soberbios demonios.

CAPÍTULO XXXII.

Sobre la institución de los juegos escénicos.

Sin embargo, sabedlo los que lo ignoráis; y los que disimuláis saberlo, advertid, vosotros que murmuráis contra el libertador de tales señores: los juegos escénicos, espectáculos de torpezas y licencia de vanidades, no fueron instituidos en Roma por los vicios de los hombres, sino por mandatos de vuestros dioses. Más tolerablemente tributaríais honores divinos a aquel Escipión que cultivar a dioses de esa clase; pues no eran aquellos dioses mejores que su pontífice. He aquí, atended, si la mente ebria por errores bebidos

durante tanto tiempo os permite considerar algo sano. Los dioses, para calmar la pestilencia de los cuerpos, mandaban que se les exhibieran juegos escénicos; pero el pontífice, para evitar la pestilencia de las almas, prohibía que se construyera la escena misma. Si con alguna luz de la mente anteponéis el alma al cuerpo, elegid a quién cultivar.

Pues ni aquella pestilencia de los cuerpos descansó por eso, porque al pueblo belicoso y acostumbrado antes solo a los juegos circenses le entró la delicada locura de los juegos escénicos; sino que la astucia de los espíritus nefandos, previendo que aquella pestilencia cesaría ya por su debido fin, procuró con esta ocasión introducir otra mucho más grave, con la cual se goza muchísimo, no en los cuerpos sino en las costumbres; la cual cegó los ánimos de los miserables con tantas tinieblas, los afeó con tanta deformidad, que aun ahora (lo cual será tal vez increíble si llega a oídos de nuestros pósteros), devastada la ciudad de Roma, aquellos a quienes poseyó esta pestilencia y que pudieron llegar huyendo de allí a Cartago, deliraban cada día en los teatros compitiendo a favor de los histriones.

CAPÍTULO XXXIII.

Sobre los vicios de los romanos, a quienes no corrigió la destrucción de la patria.

¡Oh mentes dementes! ¿Qué error tan grande es este, o mejor dicho, qué furor, que mientras los pueblos orientales lloraban vuestra destruc-

ción (según hemos oído), y las máximas ciudades en las tierras más remotas guardaban luto y dolor público, vosotros buscabais los teatros, entrabais, los llenabais, y hacíais cosas mucho más insanas de lo que habían sido antes? Esta mancha de las almas y esta peste, esta subversión de la probidad y la honestidad, temía para vosotros aquel Escipión cuando prohibía construir teatros, cuando veía que en la prosperidad podíais ser fácilmente corrompidos y subvertidos, cuando no quería que estuvierais seguros del terror hostil. Pues él no juzgaba que la república fuera feliz por estar en pie las murallas, mientras caían las costumbres. Pero en vosotros valió más lo que los impíos demonios sedujeron que lo que los hombres próvidos precavieron. De aquí viene que los males que hacéis no queréis que se os imputen a vosotros; pero los males que padecéis los imputáis a los tiempos cristianos. Pues en vuestra seguridad no buscáis una república pacificada, sino una lujuria impune, vosotros que, depravados por la prosperidad, no pudisteis ser corregidos por la adversidad. Aquel Escipión quería que fuerais aterrorizados por el enemigo para que no os deslizarais hacia la lujuria; vosotros, ni aun triturados por el enemigo, reprimisteis la lujuria: perdistis la utilidad de la calamidad, y habéis sido hechos misérrimos, y habéis permanecido pésimos.

CAPÍTULO XXXIV.

Sobre la clemencia de Dios, que templó la destrucción de la Ciudad.

Y, sin embargo, el hecho de que viváis es de Dios, quien perdonándoos os amonesta a que os corrijáis arrepintiéndoos; quien, aun siendo vosotros ingratos, os concedió que, ya fuera bajo el nombre de sus siervos o en los lugares de sus mártires, escaparais de las manos hostiles. [XXXIV.] Se dice que Rómulo y Remo constituyeron un asilo al cual quienquiera que se refugiara quedara libre de toda culpa, buscando aumentar la multitud de la ciudad que se iba a fundar. Un admirable ejemplo precedió en honor de Cristo. Esto constituyeron los destructores de la Ciudad, lo que antes habían constituido los fundadores. Pero, ¿qué tiene de grande si aquello lo hicieron aquellos para que el número de sus ciudadanos se completara, y esto lo hicieron estos para que la numerosidad de sus enemigos se conservara?

CAPÍTULO XXXV.

Sobre los hijos de la Iglesia que se ocultan entre los impíos, y sobre los falsos cristianos dentro de la Iglesia.

Estas cosas y otras tales, si pudiera darlas más abundantes y cómodas, responda a sus enemigos la redimida familia del Señor Cristo y la ciudad peregrina del rey Cristo. [XXXV.] Recuerde ciertamente que entre los mismos enemigos se ocultan futuros ciudadanos, para que no piense que es infructuoso incluso entre ellos lo que soporta de los hostiles hasta que llegue a los que confiesan; así como de aquel número también la ciudad de Dios tiene consigo, mientras peregrina en el mundo, a algunos conectados por la comunión de los

sacramentos que no habrán de estar con ella en la suerte eterna de los santos; los cuales en parte están en lo oculto, en parte en lo abierto; los cuales incluso con los mismos enemigos no dudan en murmurar contra Dios, cuyo sacramento portan, llenando ya con ellos los teatros, ya con nosotros las iglesias. Pero sobre la corrección de algunos de tales personas mucho menos debe desesperarse, si entre los más abiertos adversarios se ocultan amigos predestinados, todavía desconocidos incluso para sí mismos. Pues intrincadas están estas dos ciudades en este siglo, y mezcladas entre sí hasta que sean separadas en el último juicio: sobre cuyo origen y decurso y debidos fines, lo que juzgo que debe decirse, en cuanto sea ayudado divinamente, lo expondré para gloria de la ciudad de Dios, la cual brillará más claramente comparada con las ajenas por el contrario.

CAPÍTULO XXXVI.

Sobre qué causas se ha de disertar en la siguiente discusión.

Pero todavía me quedan algunas cosas que decir contra aquellos que atribuyen las calamidades de la república romana a nuestra religión, por la cual se les prohíbe sacrificar a sus dioses. Pues se han de recordar qué y cuántos males pudo sufrir aquella ciudad, o las provincias pertenecientes a su imperio, antes de que sus sacrificios hubieran sido prohibidos: todos los cuales, sin duda, nos atribuirían a nosotros si ya nuestra religión les fuera manifiesta, o si de tal modo les prohibiera sus ritos sacrílegos. Luego se ha de mostrar qué

costumbres tenían ellos, y por qué causa el verdadero Dios, en cuya potestad están todos los reinos, se dignó ayudar a aumentar su imperio; y cuán poco les ayudaron estos a quienes consideran dioses, sino más bien cuánto les dañaron engañándolos y burlándolos. Por último, se dirá contra aquellos que, refutados y convictos por los documentos más manifiestos, intentan afirmar que los dioses deben ser adorados no por la utilidad de la vida presente, sino por aquella que ha de venir tras la muerte. Cuestión que, si no me equivoco, será mucho más laboriosa y digna de una disertación más sublime; de modo que también se dispute en ella contra los filósofos, no unos cualesquiera, sino aquellos que brillan entre ellos con la más excelente gloria, y que sienten con nosotros muchas cosas, a saber, sobre la inmortalidad del alma, y que el verdadero Dios fundó el mundo, y sobre su providencia, por la cual rige el universo que fundó. Pero puesto que también ellos mismos han de ser refutados en aquello que sienten contra nosotros, no debemos faltar a este oficio: para que, refutadas las impías contradicciones según las fuerzas que Dios nos imparta, afirmemos la ciudad de Dios, y la verdadera piedad, y el culto de Dios, en el cual solo se promete verdaderamente la bienaventuranza eterna. Sea, pues, este el límite de este volumen, para que en adelante tomemos lo dispuesto desde otro exordio.

LIBRO SEGUNDO.

En el cual, instituida la discusión sobre los males que en Roma padecieron antes de Cristo, mientras florecía el culto de los falsos dioses, se demuestra primero que fueron colmados de males de las costumbres y vicios del ánimo —males que han de ser reputados como los únicos o los mayores— bajo la procuración de los falsos dioses, lejos de haber sido librados de ellos.

CAPÍTULO I.

Sobre el modo que se ha de emplear ante la necesidad de la discusión.

Si el débil sentido de la costumbre humana no se atreviera a resistirse a la razón de la verdad manifiesta, sino que sometiera su flaqueza a la doctrina saludable como a una medicina, hasta que fuera sanado por el auxilio divino mediante la fe de la piedad; no habría necesidad de mucho discurso para convencer a cualquier error de opinión vana ante aquellos que sienten rectamente y explican sus sentimientos con palabras suficientes. Pero ahora, puesto que es aquella una enfermedad mayor y más torpe de los ánimos insipientes, por la cual defienden sus movimientos irracionales como si fueran la misma razón y verdad —incluso después de haber dado plena razón, cuanta

un hombre debe a otro hombre— ya sea por una excesiva ceguera por la cual ni lo patente se ve, ya por una obstinadísima pervicacia por la cual ni lo que se ve se soporta; se hace necesario hablar más copiosamente de cosas que son mayormente claras, como si las ofreciéramos para ser miradas por quienes no ven, sino de algún modo para ser tocadas por quienes palpan y guiñan los ojos. Y sin embargo, ¿qué fin habrá para la disputa y qué medida para el hablar, si juzgamos que siempre se debe responder a los que responden? Pues los que o no pueden entender lo que se dice, o son tan duros por la adversidad de su mente que, aunque lo entiendan, no obedecen; responden, como está escrito, y hablan iniquidad (Sal. 93, 4), y son infatigablemente vanos. Si quisiéramos refutar sus dichos contrarios tantas veces cuantas hayan determinado con frente obstinada no cuidar lo que dicen, con tal de que contradigan de cualquier modo nuestras disertaciones; ya ves cuán infinito, y penoso, e infructuoso sería. Por lo cual, ni quisiera que tú mismo, hijo mío Marcelino, ni otros a quienes este trabajo nuestro sirve útil y liberalmente en la caridad de Cristo, fueran tales jueces de mis escritos que siempre desearan una respuesta cuando hayan oído que se contradice algo de lo que se lee; para que no se vuelvan semejantes a aquellas mujercillas que menciona el Apóstol, siempre aprendiendo y nunca llegando al conocimiento de la verdad (2 Tim. 3, 7).

CAPÍTULO II.

Sobre lo que se despachó en el primer volumen.

En el libro anterior, pues, habiendo comenzado a hablar de la ciudad de Dios —de donde todo este trabajo, con su ayuda, fue tomado entre manos—, se me ocurrió que debía responder primeramente a aquellos que atribuyen estas guerras por las que este mundo es desgastado, y especialmente la reciente devastación de la ciudad de Roma por los bárbaros, a la religión cristiana, por la cual se les prohíbe servir a los demonios con sacrificios nefandos: cuando más bien deberían atribuir esto a Cristo: que por su nombre, contra la costumbre e institución de las guerras, los bárbaros les ofrecieron lugares religiosos y amplísimos donde refugiarse; y en muchos casos honraron de tal modo el servicio dedicado a Cristo, no solo el verdadero sino también el fingido por temor, que juzgaron ilícito para sí lo que les habría sido permitido hacer por derecho de guerra. De ahí surgió la cuestión de por qué estos beneficios divinos llegaron también a los impíos e ingratos; y por qué, asimismo, aquellas durezas que se hicieron hostilmente afligieron a los piadosos junto con los impíos. Para disolver esta cuestión difundida por muchos temas (pues en todos los sucesos cotidianos, ya sean dones de Dios o calamidades de los hombres, ambos de los cuales ocurren a menudo de forma mezclada e indiscriminada a los que viven bien y mal, suele inquietar a muchos), me detuve algún tiempo según la necesidad de la obra emprendida; especialmente para consolar a las santas mujeres y piadosamente castas, en quienes el enemigo perpetró algo que les causó dolor de vergüenza,

aunque no les quitó la firmeza de la pudicicia; para que no se arrepientan de una vida en la cual no hay de qué arrepentirse de maldad. Después dije unas pocas cosas contra aquellos que con impudentísima insolencia hostigan a los cristianos afectados por aquellas adversidades, y especialmente el pudor de las mujeres humilladas, aunque castas y santas, siendo ellos mismos nequísimos e irreverentísimos, degenerados lejos de aquellos mismos romanos cuyas muchas preclaras acciones son alabadas y celebradas por la memoria de las letras, o mejor dicho, vehementemente contrarios a su gloria. Pues a Roma, engendrada por los trabajos de los antiguos y aumentada por ellos, la habían hecho más fea estando en pie que cayendo: puesto que en su ruina cayeron piedras y maderas, pero en la vida de estos cayeron todos los baluartes y ornamentos, no de los muros, sino de las costumbres; cuando sus corazones ardían con deseos más funestos que los techos de aquella ciudad con los incendios. Dicho esto, terminé el primer libro. En adelante, pues, me he propuesto decir qué males sufrió aquella ciudad desde su origen, ya sea en sí misma, ya en las provincias que ya le estaban sometidas: todos los cuales atribuirían a la religión cristiana si ya entonces resonara con libérrimo testimonio aquella doctrina del Evangelio contra sus falsos y falaces dioses.

CAPÍTULO III.

Sobre la historia que se ha de asumir, por la cual se muestre qué males acontecieron a los romanos cuando adoraban a los dioses, antes de que la religión cristiana creciera.

Recuerda, además, que al recordar yo estas cosas, todavía trato contra los ignorantes, de cuya ignorancia nació también aquel proverbio vulgar: «Falta la lluvia, la causa es el cristiano». Pues hay algunos de ellos que, instruidos en estudios liberales, aman la historia, por la cual han conocido estas cosas muy fácilmente: pero para volvernos infestísimas las turbas de los incultos, disimulan saberlo; e intentan confirmar ante el vulgo que las calamidades con que el género humano suele ser afligido por ciertos intervalos de lugares y tiempos ocurren por causa del nombre cristiano, que se difunde por todas partes contra sus dioses con ingente fama y preclarísima celebridad. Recuerden, pues, con nosotros, antes de que Cristo hubiera venido en la carne, antes de que su nombre se hiciera notar a los pueblos con aquella gloria que en vano envidian, por qué calamidades las cosas romanas fueron múltiple y variadamente quebrantadas; y en estas defiendan, si pueden, a sus dioses, si es que se les adora para que sus cultivadores no padezcan estos males, de los cuales, si han padecido algo ahora, pretenden que se nos debe imputar a nosotros. ¿Pues por qué permitieron que aquellas cosas que voy a decir ocurrieran a sus adoradores antes de que el nombre de Cristo declarado los ofendiera y prohibiera sus sacrificios?

CAPÍTULO IV.

Que los adoradores de los dioses nunca recibieron de sus dioses preceptos de probidad, y celebraron toda clase de torpezas en sus ritos.

En primer lugar, ¿por qué sus dioses no quisieron cuidar que sus mismas costumbres no fueran pésimas? Pues el verdadero Dios merecidamente descuidó a aquellos por quienes no era adorado; pero aquellos dioses, de cuya prohibición de culto se quejan hombres ingratísimos, ¿por qué no ayudaron con ninguna ley a sus adoradores para vivir bien? Ciertamente era digno que, así como estos cuidaban sus ritos, así aquellos cuidaban los hechos de estos. Pero se responde que cada cual es malo por su propia voluntad. ¿Quién negará esto? Sin embargo, pertenecía a los dioses consultores el no ocultar a los pueblos que los adoraban los preceptos de la vida buena, sino ofrecerlos mediante una clara predicación; incluso reunirse y reprender a los pecadores a través de los vates; amenazar públicamente con penas a los que obraban mal y prometer premios a los que vivían rectamente. ¿Qué cosa semejante resonó jamás en los templos de aquellos dioses con voz pronta y eminente? Veníamos también nosotros alguna vez, siendo jóvenes, a los espectáculos y burlas de los sacrilegios; mirábamos a los arrebatados, oíamos a los sinfónicos; nos deleitábamos con los juegos torpísimos que se ofrecían a los dioses y diosas, a la Virgen Celestial y a Berecintia, la madre de todos: ante cuya litera, el día solemne de su lavatorio, nequísimos comediantes canturreaban públicamente tales cosas que, no digo a la madre de los dioses, sino a la madre de cuales-

quiera senadores o de cualquier hombre honesto, es más, ni a la madre de los mismos comediantes les convendría oír. Pues la vergüenza humana tiene algo para con los padres que ni la misma maldad puede quitar. Por tanto, aquella torpeza de dichos y hechos obscenos que los mismos comediantes se avergonzarían de ensayar en su casa ante sus madres, la realizaban públicamente ante la madre de los dioses, viéndolo y oyéndolo una frecuentísima multitud de ambos sexos. La cual, si atraída por la curiosidad pudo estar presente rodeándola, al menos ofendida en su castidad debió retirarse confusa. ¿Qué son sacrilegios si aquello son cosas sagradas? ¿O qué es inmundicia si aquello es lavatorio? Y a esto llamaban Fercula (platos), como si se celebrara un convite en el que los inmundos demonios se alimentaran como con sus propios manjares. ¿Pues quién no sentirá qué clase de espíritus se deleitan con tales obscenidades, a no ser que ignore totalmente si existen espíritus inmundos que engañan con el nombre de dioses, o que lleve tal vida en la que desee tener a estos propicios antes que al Dios verdadero, y los tema airados?

CAPÍTULO V.

Sobre las obscenidades con que la Madre de los dioses era honrada por sus adoradores.

De ninguna manera quisiera tener por juez en este asunto a aquellos que se esfuerzan en deleitarse con los vicios de una costumbre flagiciosísima más que en luchar contra ellos, sino a aquel

mismo Escipión Nasica, que fue elegido como el hombre óptimo por el senado, por cuyas manos fue recibida y trasladada a la Ciudad la imagen de ese mismo demonio. Él nos diría si querría que su madre hubiera merecido tan excelentemente de la república que se le decretaran honores divinos: así como consta que tanto los griegos como los romanos y otras naciones decretaron a ciertos mortales, cuyos beneficios para con ellos habían estimado en mucho, y habían creído que se habían hecho inmortales y habían sido recibidos en el número de los dioses. Sin duda, él desearía tal felicidad para su madre, si fuera posible. Además, si luego le preguntáramos si querría que entre sus honores divinos se celebraran aquellas torpezas, ¿no exclamaría que preferiría que su madre yaciera muerta sin sentido alguno, antes que viviera como diosa para esto, para oír aquello con gusto? Lejos de un senador del pueblo romano, dotado de tal mente que prohibió que se edificara un teatro en una ciudad de hombres fuertes, el querer que su madre fuera adorada de tal modo que la diosa fuera propiciada con tales ritos con cuyas palabras la matrona sería ofendida. Ni creería de ningún modo que la vergüenza de una mujer loable se cambiara tanto en lo contrario por la divinidad, que sus adoradores la invocaran con tales honores que, si se lanzaran como insultos contra alguien mientras vivía entre los hombres, a no ser que cerrara los oídos y se retirara, se avergonzarían por ella tanto sus parientes, como su marido y sus hijos. Por tanto, tal madre de los dioses, cual se avergonzaría de tener por madre cualquier

hombre, incluso el peor, disponiéndose a ocupar las mentes romanas, buscó al hombre óptimo; no a uno a quien hiciera tal amonestándolo y ayudándolo, sino a uno a quien engañara burlándolo, semejante a aquella de quien está escrito: «La mujer, empero, caza las almas preciosas de los hombres» (Prov. 6, 26): para que aquel ánimo de gran índole, sublimado por esto como por un testimonio divino, y creyéndose verdaderamente el óptimo, no buscara la verdadera piedad y religión, sin la cual todo ingenio, por loable que sea, se desvanece y cae por la soberbia. ¿Cómo, pues, si no es insidiosamente, buscaría aquella diosa al hombre óptimo, cuando busca tales cosas en sus ritos cuales los hombres óptimos aborrecen que se empleen en sus convites?

CAPÍTULO VI.

Que los dioses de los paganos nunca sancionaron una doctrina de vivir bien.

De aquí es que no cuidaron de la vida y las costumbres de las ciudades y pueblos por quienes eran adoradas aquellas deidades, de modo que permitieron que se llenaran de males tan horrendos y detestables —no en el campo y las vides, no en la casa y el dinero, no finalmente en el mismo cuerpo que está sometido a la mente, sino en la misma mente, en el mismo ánimo rector de la carne— y que se volvieran pésimos sin ninguna terrible prohibición de su parte. O si lo prohibían, muéstrese esto más bien, pruébese esto. Ni nos jacten no sé qué susurros jadeados a los oídos de

poquísimos y transmitidos como por una religión secreta, por los cuales se aprenda la probidad de vida y la castidad: sino que se muestren o se recuerden lugares consagrados alguna vez para tales conciliábulos; no donde se realizaran juegos con voces y movimientos obscenos de los comediantes, ni donde se celebraran las Fugalia con toda licencia de torpezas derramada (y verdaderamente Fugalia, pero de la vergüenza y de la honestidad); sino donde los pueblos oyeran qué mandaban los dioses sobre contener la avaricia, quebrantar la ambición, refrenar la lujuria; donde aprendieran los míseros lo que Persio reprendió que se debía aprender, diciendo: «Aprended, oh míseros, y conoced las causas de las cosas: qué somos o para qué vida somos engendrados; qué orden nos ha sido dado, o por dónde está el suave giro de la meta, y desde dónde; qué medida para el dinero, qué es lícito desear, qué utilidad tiene la moneda áspera; cuánto conviene repartir a la patria y a los queridos parientes; quién mandó Dios que fueras tú, y en qué parte de la realidad humana estás colocado». (Sátira 3, vv. 66-72). Dígase en qué lugares solían recitarse estos preceptos de los dioses que enseñan, y ser oídos frecuentemente por los pueblos que los adoran, así como nosotros mostramos que las iglesias han sido instituidas para esto por dondequiera que se difunde la religión cristiana.

CAPÍTULO VII.

Que los inventos filosóficos son inútiles sin la autoridad divina, donde a quien es propenso a los vicios le mueve más lo que hicieron los dioses que lo que disputaron los hombres.

¿O acaso nos recordarán las escuelas y disputas de los filósofos? En primer lugar, estas no son romanas, sino griegas; o si ya son romanas porque también Grecia se ha hecho provincia romana, no son preceptos de los dioses, sino inventos de los hombres, quienes, dotados de agudísimos ingenios, intentaron de cualquier modo investigar razonando qué se ocultaba en la naturaleza de las cosas, qué se debía buscar y qué evitar en las costumbres, qué se deducía con conexión cierta en las mismas reglas del razonamiento, o qué no era consecuente o incluso repugnante. Y algunos de ellos encontraron algunas cosas grandes, en cuanto fueron ayudados divinamente; pero en cuanto fueron impedidos humanamente, erraron: sobre todo porque la divina providencia resistió justamente a su soberbia, para mostrar el camino de la piedad que surge desde la humildad hacia lo alto, incluso por comparación con ellos: de donde después tendremos lugar para inquirir y disertar según la voluntad del verdadero Señor Dios. Sin embargo, si los filósofos encontraron algo que pudiera ser suficiente para llevar una vida buena y alcanzar la bienaventuranza, ¿cuánto más justamente se les decretarían honores divinos a tales hombres? Cuánto mejor y más honesto sería que en el templo de Platón se leyeran sus libros, que el que en los templos de los demonios los Galos se castraran, los afeminados se consagraran, los locos se hirieran, y cualquier

otra cosa ya cruel, ya torpe, ya torpemente cruel, ya cruelmente torpe que suele celebrarse en los ritos de tales dioses? Cuánto más satisfactorio era, para instruir a la juventud en la justicia, que se recitaran públicamente las leyes de los dioses, que alabar en vano las leyes e instituciones de los antepasados? Pues todos los adoradores de tales dioses, tan pronto como la libido los impulsa, «teñida de ferviente veneno», como dice Persio (Sátira 3, v. 37), miran más lo que hizo Júpiter que lo que enseñó Platón o juzgó Catón. De aquí que en Terencio, un joven flagicioso mira una tabla pintada en la pared, donde estaba esta pintura: de qué modo dicen que Júpiter envió una vez en el regazo de Dánae una lluvia de oro: y de esta autoridad tan grande toma patrocinio para su propia torpeza, cuando en ella se jacta de imitar a un dios.

«¿Pero a qué dios? (dice). Al que sacude los templos del cielo con el mayor estruendo. ¿Yo, un hombrecillo, no haría esto? Yo en verdad lo hice, y de buena gana». (Terencio, Eunuco, acto 3, esc. 5, vv. 36, 37 y 42, 43).

CAPÍTULO VIII.

Sobre los juegos escénicos, en los cuales los dioses no se ofenden por la edición de sus propias torpezas, sino que se aplacan.

Pero se dirá que esas cosas no se transmiten en los ritos de los dioses, sino en las fábulas de los poetas. No quiero decir que aquellas cosas místicas sean más torpes que estas teatrales: digo esto

—lo cual la historia convence a quienes lo niegan — que los mismos juegos en los que reinan los fingimientos de los poetas, no los introdujeron los romanos por un obsequio ignorante en los ritos de sus dioses; sino que los mismos dioses, para que se les representaran solemnemente y se consagraran a su honor, mandándolo acerbamente y en cierto modo extorsionándolos, hicieron que se realizaran: lo cual toqué brevemente en el primer libro (Cap. 32). Pues al agravarse una peste, los juegos escénicos fueron instituidos primeramente en Roma por autoridad de los pontífices. ¿Quién, pues, al llevar su vida, no juzgaría que se debe seguir más bien lo que se practica en los juegos instituidos por autoridad divina, que lo que se escribe en las leyes promulgadas por consejo humano? Si los poetas presentaron falazmente a un Júpiter adúltero, los dioses ciertamente castos, puesto que se fingió tal necedad en juegos humanos, debieron airarse y vengarse, no por haber sido descuidados. Y estas son las cosas más tolerables de los juegos escénicos, a saber, las comedias y tragedias, esto es, las fábulas de los poetas que se han de representar en los espectáculos, compuestas con mucha torpeza de las cosas, pero al menos sin ninguna obscenidad de palabras, como muchas otras cosas: las cuales incluso entre los estudios que se llaman honestos y liberales, los niños son obligados a leer y aprender por los ancianos.

CAPÍTULO IX.

Qué sintieron los antiguos romanos sobre la restricción de la licencia poética, la cual los griegos, siguiendo el juicio de los dioses, quisieron que fuera libre.

Pero qué sintieron los antiguos romanos sobre esto, lo testifica Cicerón en los libros que escribió Sobre la República, donde Escipión, disputando, dice: «Nunca las comedias, si la costumbre de la vida no lo permitiera, habrían podido probar sus torpezas en los teatros». Y ciertamente los griegos más antiguos guardaron una cierta conveniencia de su viciosa opinión, entre los cuales estuvo incluso concedido por ley que la comedia dijera lo que quisiera, de quien quisiera, nominalmente. Por lo tanto, como habla el Africano en los mismos libros: «¿A quién no tocó ella? ¿o más bien a quién no vejó? ¿a quién perdonó? Sea, hirió a hombres populares malvados, sediciosos en la república, a Cleón, Cleofonte, Hipérbolo. Permitámoslo», dice, «aunque es mejor que los ciudadanos de esa clase sean señalados por un censor que por un poeta: pero que Pericles, cuando ya había presidido su ciudad con la máxima autoridad por muchísimos años en la paz y en la guerra, fuera violado por versos; y que estos se representaran en la escena, no fue más decoroso que si nuestro Plauto», dice, «o Nevio hubieran querido maldecir a Publio y Gneo Escipión o Cecilio a Marco Catón». Después, un poco más adelante: «Nuestras doce Tablas, por el contrario», dice, «puesto que habían sancionado muy pocas cosas con la pena capital, pensaron que en estas también se debía sancionar esta: si alguien hubiera cantado contra otro, o hubiera compues-

to un poema que causara infamia o torpeza a otro. Preclaramente. Pues debemos tener nuestra vida propuesta a los juicios de los magistrados y a las discusiones legítimas, no a los ingenios de los poetas; ni oír un oprobio, sino bajo la condición de que sea lícito responder y defenderse en juicio». He pensado que estas cosas debían ser extractadas palabra por palabra del cuarto libro de Cicerón Sobre la República, habiendo omitido algunas por un entendimiento más fácil, o cambiado un poquito. Pues pertenecen mucho al asunto que me esfuerzo por explicar, si puedo. Dice después otras cosas, y así concluye este pasaje, para mostrar que desagradó a los antiguos romanos que cualquier hombre vivo fuera alabado o vituperado en la escena. Pero, como dije, los griegos, aunque con más desvergenza, sin embargo con más consecuencia quisieron que esto fuera lícito, al ver que a sus dioses les eran aceptos y gratos los oprobios, no solo de los hombres, sino también de los mismos dioses en las fábulas escénicas; ya fuera que aquellas cosas hubieran sido fingidas por los poetas, ya fuera que se conmemoraran y representaran sus verdaderas torpezas en los teatros, y ojalá parecieran dignas a sus cultores solo de risa, y no también de imitación. Pues fue demasiado soberbio perdonar la fama de los príncipes de la ciudad y de los ciudadanos, donde las deidades no quisieron que se perdonara su propia fama.

CAPÍTULO X.

Con qué arte de dañar quieren los demonios que se narren o bien falsos crímenes sobre ellos, o bien verdaderos.

Pues lo que se alega para la defensa, de que aquellas cosas no se dicen verdaderas contra los dioses, sino falsas y fingidas, eso mismo es más criminal, si consideras la piedad de la religión; pero si piensas en la malicia de los demonios, ¿qué hay más astuto para engañar y más sagaz? Pues cuando se lanza un oprobio contra un príncipe de la patria bueno y útil, ¿no es tanto más indigno cuanto más remoto es de la verdad y más ajeno a la vida de aquel? ¿Qué suplicios, pues, bastan cuando se hace a Dios esa injuria tan nefaria, tan señalada? [X.] Pero los espíritus malignos, a quienes estos creen dioses, incluso quieren que se digan de ellos las torpezas que no cometieron, con tal que induzcan a las mentes humanas a estas opiniones como a redes, y las arrastren consigo al suplicio predestinado: ya sea que los hombres hayan cometido esas cosas, a quienes se gozan de tener por dioses los que se gozan de los errores humanos, por los cuales se interponen también para ser adorados por mil artes de dañar y engañar; o incluso si no son verdaderos de ningún hombre aquellos crímenes, que sin embargo los espíritus falacísimos aceptan de buen grado que se finjan de las deidades, para que para perpetrar hechos criminales y torpes, parezca una autoridad bastante idónea traducida, por así decirlo, desde el mismo cielo a las tierras. Por lo tanto, cuando los griegos sintieron que eran siervos de tales deidades, entre tantos y tan grandes oprobios teatrales de aquellos, de

ninguna manera pensaron que los poetas debían perdonarlos a ellos, o bien deseando ser así asimilados a sus dioses, o bien temiendo que al buscar ellos mismos una fama más honesta, y prefiriéndose de este modo a ellos, los provocaran a la ira.

CAPÍTULO XI.

Sobre los actores escénicos entre los griegos recibidos en la administración de la república, por cuanto los aplacadores de los dioses eran injustamente despreciados por los hombres.

A esta consecuencia pertenece que incluso consideraran a los actores escénicos de esas mismas fábulas dignos de no pequeño honor de la ciudad. Puesto que, según se conmemora también en aquel libro Sobre la República, tanto Esquines el ateniense, varón elocuentísimo, habiendo representado tragedias cuando joven, se encargó de la república; como los atenienses enviaron a menudo a Aristodemo, asimismo actor trágico, como legado ante Filipo para los más grandes asuntos de la paz y de la guerra. Pues no se pensaba que fuera consecuente, al ver que esas mismas artes y esos mismos juegos escénicos eran también gratos a sus dioses, considerar a aquellos por quienes se representaban en el lugar y número de los infames. [XI.] Estas cosas hicieron los griegos torpemente, por cierto, pero ciertamente de modo del todo congruente con sus dioses, los cuales no se atrevieron a sustraer la vida de los ciudadanos para ser lacerada por las lenguas de los poetas e histriones, por quienes

veían que la vida de los dioses era criticada, queriéndolo y gustándole a los mismos dioses; y pensaron que los mismos hombres por quienes se representaban aquellas cosas en los teatros, que habían conocido que eran gratas a las deidades a las que estaban sometidos, no solo no debían ser despreciados en la ciudad, sino que incluso debían ser sumamente honrados. Pues, ¿qué causa podrían hallar para honrar a los sacerdotes, porque por ellos ofrecían víctimas aceptables a los dioses, y tener por vergonzosos a los actores escénicos, por quienes habían aprendido por amonestación de ellos que se exhibía aquel placer u honor a los dioses, pidiéndolo ellos y, si no se hacía, airándose? Máxime cuando Labeón, a quien proclaman peritísimo en asuntos de esta clase, distingue las deidades buenas de las malas incluso por esta diversidad de culto, al afirmar que los dioses malos han de ser propiciados con matanzas y tristes súplicas, pero los buenos con obsequios alegres y joviales: cuales son, como él mismo dice, los juegos, convites y lectisternios. Todo lo cual, cómo sea, lo discutiremos después más diligentemente, si Dios ayuda. Ahora, por lo que toca al asunto presente, ya sea que se atribuyan todas las cosas mezcladamente a todos como a buenos (pues no conviene que haya dioses malos, siendo así que más bien estos, porque son espíritus inmundos, son todos malos), o bien con una cierta discreción, como le pareció a Labeón, se distribuyan aquellos obsequios a unos y estos a otros: muy competentemente los griegos juzgan a ambos dignos de honor, tanto a los sacerdotes

por quienes se suministran las víctimas, como a los actores escénicos por quienes se exhiben los juegos; para no ser convictos de hacer injuria o bien a todos sus dioses, si los juegos son gratos a todos, o bien, lo que es más indigno, a aquellos que consideran buenos, si los juegos son amados solo por ellos.

CAPÍTULO XII.

Que los romanos, al quitar la libertad a los poetas contra los hombres, la cual dieron contra los dioses, sintieron mejor de sí mismos que de sus dioses.

Pero los romanos, como se gloria Escipión en aquella disputa Sobre la república, no quisieron tener la vida y la fama sujetas a los oprobios e injurias de los poetas, sancionando que debía ser castigado incluso con la pena capital si alguien osara componer tal poema. Lo cual establecieron ciertamente de modo bastante honesto para con ellos, pero para con sus dioses de modo soberbio e irreligioso: a quienes, sabiendo que no solo con paciencia, sino incluso de buen grado eran lacerados por los oprobios y maldiciones de los poetas, juzgaron que ellos mismos más bien que aquellos eran indignos de injurias de esta clase, y se protegieron a sí mismos de ellas incluso por ley, pero mezclaron aquellas mismas cosas de ellos incluso en las solemnidades sagradas. ¿Así pues, Escipión, alabas que se haya negado esta licencia a los poetas romanos de infligir oprobio a cualquiera de los romanos, cuando ves que no perdonaron a ninguno de vuestros dioses? ¿Así te

pareció que debía tenerse en más la estimación de vuestra curia que la del Capitolio, o más bien la de una sola Roma que la de todo el cielo; de modo que los poetas fueran prohibidos incluso por ley de ejercitar la lengua maldiciente contra tus ciudadanos, y contra tus dioses lanzaran seguros tan grandes insultos, sin que lo prohibiera ningún senador, ningún censor, ningún príncipe, ningún pontífice? Fue indigno, por lo visto, que Plauto o Nevio maldijeran a Publio y Gneo Escipión, o Cecilio a M. Catón; ¿y fue digno que vuestro Terencio incitara la maldad de los jóvenes con la torpeza de Júpiter óptimo máximo?

CAPÍTULO XIII.

Que debieron entender los romanos que sus dioses, que pretendían ser cultivados con torpes juegos, eran indignos de honor divino.

Pero me respondería tal vez, si viviera: ¿Cómo querríamos nosotros que quedara impune lo que los mismos dioses quisieron que fuera sagrado, cuando tanto introdujeron en las costumbres romanas los juegos escénicos, donde tales cosas se celebran, se dictan y se representan, como mandaron que se dedicaran y exhibieran a sus honores? ¿Por qué, pues, no se entendió más bien por esto que ellos mismos no son dioses verdaderos, ni dignos en modo alguno de que aquella república les tributara honores divinos? Pues a quienes menos convendría y menos importaría cultivar, si pretendieran que se representaran juegos con oprobios de los romanos; ¿cómo, pregunto, se

pensó que debían ser cultivados, cómo no se entendió que eran espíritus detestables, los cuales, por deseo de engañar, pidieron que se celebraran sus crímenes entre sus honores? E igualmente los romanos, aunque ya estaban oprimidos por una superstición nociva para cultivar a aquellos dioses que veían que habían querido que se les consagraran torpezas escénicas, sin embargo, acordándose de su dignidad y pudor, de ninguna manera honraron a los actores de tales fábulas al modo de los griegos, sino que, como habla el mismo Escipión en Cicerón, puesto que tenían por vergonzoso el arte lúdico y toda la escena, quisieron que ese género de hombres no solo careciera del honor de los demás ciudadanos, sino que incluso fuera movido de su tribu por la nota censoria. Preclara ciertamente, y prudencia que debe numerarse entre las alabanzas romanas; pero querría que se siguiera a sí misma, que se imitara a sí misma. Pues he aquí que rectamente, cualquiera de los ciudadanos romanos que hubiera elegido ser actor escénico, no solo no se le daba lugar alguno para el honor, sino que incluso por la nota del censor no se le permitía en modo alguno mantener su propia tribu. ¡Oh ánimo de una ciudad ávido de alabanza, y genuinamente romano! Pero respóndaseme: ¿con qué razón consecuente son rechazados los hombres escénicos de todo honor, y los juegos escénicos se mezclan con los honores de los dioses? Durante mucho tiempo la virtud romana no conoció esas artes teatrales; las cuales, si se buscaran para el deleite del placer humano, se introducirían por vicio de

las costumbres humanas. Los dioses pidieron que se les exhibieran: ¿cómo, pues, se rechaza al actor escénico, por quien se cultiva al dios? ¿Y con qué cara se nota al actor de aquella torpeza teatral, si se adora al exactor? En esta controversia conciertan griegos y romanos. Los griegos piensan que honran rectamente a los hombres escénicos, porque cultivan a los dioses demandantes de los juegos escénicos; pero los romanos de ninguna manera permiten que ni la tribu plebeya, cuanto menos la curia senatorial, sea deshonrada por los hombres escénicos. En esta disputa, un razonamiento de esta clase absuelve la suma de la cuestión. Proponen los griegos: si tales dioses han de ser cultivados, ciertamente también tales hombres han de ser honrados. Asumen los romanos: pero de ninguna manera tales hombres han de ser honrados. Concluyen los cristianos: de ninguna manera, por lo tanto, tales dioses han de ser cultivados.

CAPÍTULO XIV.

Que fue mejor Platón, que no dio lugar a los poetas en una ciudad bien morigerada, que estos dioses que quisieron ser honrados con juegos escénicos.

1. Después preguntamos: los mismos poetas, compositores de tales fábulas, que por la ley de las doce Tablas son prohibidos de herir la fama de los ciudadanos, lanzando tan oprobiosos insultos contra los dioses, ¿por qué no son tenidos por deshonestos como los actores escénicos? ¿Por qué razón es justo que sean infamados los actores de

los fingimientos poéticos y de los ignominiosos dioses, y sean honrados los autores? ¿O acaso se debe dar la palma más bien al griego Platón, quien, al formar con la razón cómo debe ser la ciudad, juzgó que los poetas debían ser expulsados de la urbe como adversarios de la verdad? Este verdaderamente llevó con indignación las injurias de los dioses, y no quiso que los ánimos de los ciudadanos fueran teñidos y corrompidos por los fingimientos. Compara ahora la humanidad de Platón, que expulsa a los poetas de la urbe para que los ciudadanos no sean engaños, con la divinidad de los dioses, que exige juegos escénicos para su honor. Aquel, para que no se escribieran tales cosas, aunque no persuadió disputando, sin embargo lo aconsejó a la ligereza y lascivia de los griegos; estos, para que incluso se representaran tales cosas, mandándolo lo extorsionaron de la gravedad y modestia de los romanos. Y no solo quisieron que estas cosas se representaran, sino que se les dedicaran, se les consagraran, se les exhibieran solemnemente. ¿A quién, por fin, decretaría la ciudad más honestamente honores divinos? ¿A Platón, que prohibía estas cosas torpes y nefarias, o a los demonios, que se gozaban con este engaño de los hombres, a los cuales aquel no pudo persuadir de la verdad?

2. A este Platón, Labeón pensó que debía ser conmemorado entre los semidioses, como Hércules, como Rómulo; pero antepone los semidioses a los héroes, aunque coloca a ambos entre las numinas. Sin embargo, no dudo que este, a quien llama semidiós, ha de ser preferido no solo a los

héroes, sino incluso a los mismos dioses. Pero las leyes de los romanos se acercan a las disputas de Platón, cuando él condena todos los fingimientos poéticos, y estos quitan a los poetas al menos la licencia de maldecir a los hombres; aquel expulsa a los poetas de la habitación misma de la urbe, estos al menos remueven a los actores de las fábulas poéticas de la sociedad de la ciudad, y si osaran algo contra los dioses demandantes de los juegos escénicos, tal vez los removerían de todas partes. De ninguna manera, por lo tanto, podrían los romanos recibir o esperar leyes para instituir buenas costumbres o corregir las malas de sus dioses, a los cuales vencen y convencen con sus leyes. Pues aquellos piden para su honor juegos escénicos, estos rechazan de todos los honores a los hombres escénicos; aquellos mandan que se les celebren con fingimientos poéticos los oprobios de los dioses, estos disuaden de los oprobios de los hombres la impudencia de los poetas. Pero aquel semidiós Platón tanto resistió a la libido de tales dioses, como mostró lo que debía perfeccionarse por la índole de los romanos; el cual de ninguna manera quiso que vivieran en una ciudad bien instituida los poetas mismos, ya fuera mintiendo a su arbitrio, ya fuera proponiendo a los hombres míseros los peores hechos de los dioses para ser imitados como si fueran tales. Nosotros ciertamente no tenemos a Platón ni por dios ni por semidiós; ni lo comparamos con ningún ángel santo del Dios sumo, ni con un profeta verídico, ni con algún apóstol, ni con cualquier mártir de Cristo, ni con cualquier hom-

bre cristiano; la razón de esta sentencia nuestra, prosperando Dios, se explicará en su lugar: pero sin embargo juzgamos que él, puesto que ellos mismos quieren que haya sido semidiós, ha de ser preferido, si no a Rómulo y Hércules (aunque nadie de los historiadores o poetas dijo o fingió que este matara a su hermano, ni que perpetrara alguna torpeza), ciertamente al menos a Priapo, o a algún Cinocéfalo, finalmente incluso a la Fiebre, deidades que los romanos en parte recibieron como extranjeras, en parte consagraron como propias. ¿Cómo, pues, prohibirían males tan grandes del ánimo y de las costumbres, o bien inminentes o bien insitos para ser extirpados, tales dioses, que incluso cuidaron de que se sembraran y aumentaran las torpezas, deseando que tales hechos suyos o casi suyos se conocieran por los pueblos mediante las celebridades teatrales, para que, como por autoridad divina, se encendiera por sí sola la nequísima libido humana: exclamando en vano esto Cicerón, quien cuando trataba de los poetas, dijo: «A los cuales, cuando ha accedido el clamor y aprobación del pueblo, como de un gran y sabio maestro, ¡qué tinieblas introducen! ¡qué miedos acarrean!, ¡qué codicias inflaman!»?

CAPÍTULO XV.

Que los romanos se instituyeron algunos dioses no por razón, sino por adulación.

¿Qué razón hay en la elección de esos mismos dioses falsos, y no más bien adulación? Cuando a

aquel Platón, a quien quieren que sea semidiós, trabajando en tan grandes disputas para que no se corrompieran las costumbres humanas por los males del ánimo, que son los que principalmente han de evitarse, no lo juzgaron digno de ninguna capilla sagrada; y prefirieron a su Rómulo a muchos dioses, aunque su doctrina más secreta lo recomiende también más como semidiós que como dios. Pues incluso le instituyeron un flamen, cuyo género de sacerdocio tanto sobresalió en los ritos romanos (atestiguándolo el ápice) que tenían solo tres flamines instituidos para tres numinas. El Dial para Júpiter, el Marcial para Marte, el Quirinal para Rómulo. Pues por la benevolencia de los ciudadanos, como recibido en el cielo, fue llamado después Quirino. Y por esto Rómulo fue preferido con ese honor incluso a Neptuno y Plutón, hermanos de Júpiter, y al mismo Saturno, padre de ellos, de modo que por gran cosa le dieron también a este aquel sacerdocio que dieron a Júpiter, y a Marte como a su padre, tal vez por causa de él mismo.

CAPÍTULO XVI.

Que si los dioses tuvieran algún cuidado de la justicia, los romanos debieran haber recibido de ellos preceptos para vivir, antes que tomar prestadas las leyes de otros hombres.

Si los romanos hubieran podido recibir leyes para vivir de sus propios dioses, no habrían tomado prestadas las leyes de Solón de los atenienses algunos años después de la fundación de Roma; leyes que, sin embargo, no mantuvieron tal como

las recibieron, sino que intentaron hacerlas mejores y más corregidas. Aunque Licurgo fingió haber instituido leyes para los lacedemonios por la autoridad de Apolo: lo cual los romanos prudentemente no quisieron creer, y por eso no las recibieron de allí. Se dice que Numa Pompilio, que sucedió a Rómulo en el reino, estableció ciertas leyes, las cuales por cierto de ningún modo eran suficientes para gobernar la ciudad; él también les instituyó muchos ritos sagrados: pero no se afirma que recibiera esas mismas leyes de las divinidades. Por lo tanto, sus dioses no se cuidaron lo más mínimo de que no les sucedieran a sus cultivadores los males del ánimo, los males de la vida y los males de las costumbres, que son tan grandes que sus hombres más doctos confirman que las repúblicas perecen por ellos incluso permaneciendo las ciudades; al contrario, como se ha disputado arriba, cuidaron por todos los medios de que aumentaran.

CAPÍTULO XVII.

Del rapto de las sabinas, y de otras iniquidades que florecieron en la ciudad romana incluso en los tiempos alabados.

¿O fue tal vez por esta razón que los dioses no establecieron leyes para el pueblo romano, porque, como dice Salustio, «lo justo y lo bueno valía entre ellos no más por las leyes que por la naturaleza» (Salustio, *La conjuración de Catilina*, cap. 9)? Creo que de este derecho y bien fueron raptadas las sabinas. Pues, ¿qué hay más justo y mejor que las hijas ajenas, atraídas por el engaño de un

espectáculo, no fueran recibidas de sus padres, sino arrebatadas por la fuerza, según cada uno podía? Pues si los sabinos obraban injustamente al negar a las que se les pedían, ¿cuánto más injusto fue raptar a las que no se daban? Pero más justamente pudo hacerse la guerra con aquella nación que hubiera negado sus hijas para el matrimonio a sus conregionales y confinantes cuando se las pedían, que con aquella que reclamaba a las que le habían quitado. Por tanto, que se hiciera más bien aquello: que Marte ayudara allí a su hijo en la lucha, para que vengara con las armas la injuria de los matrimonios negados, y de ese modo llegara a las mujeres que había querido. Pues tal vez por algún derecho de guerra, el vencedor se llevaría justamente a las injustamente negadas; pero por ningún derecho de paz raptó a las no dadas, y gestionó una guerra injusta con sus padres, que estaban justamente indignados. Esto, por cierto, sucedió más útil y felizmente, que aunque para memoria de aquel fraude permaneció el espectáculo de los juegos circenses, sin embargo no plugo el ejemplo del crimen en aquella ciudad e imperio: y los romanos erraron más fácilmente en esto, en consagrar para sí a Rómulo como dios después de aquella iniquidad, que en permitir que su hecho fuera imitado en el rapto de mujeres por ley alguna o costumbre. De este derecho y bien, después de expulsado con sus hijos el rey Tarquino, cuyo hijo había oprimido violentamente a Lucrecia con el estupro, el cónsul Junio Bruto obligó a Lucio Tarquino Colatino, marido de la misma Lucrecia, colega suyo, hombre bueno

e inocente, a abdicar de su magistratura por causa del nombre y el parentesco de los Tarquinos, ni le permitió vivir en la ciudad. Realizó este crimen con el favor o la paciencia del pueblo, del cual pueblo el mismo Colatino, como también el mismo Bruto, había recibido el consulado. De este derecho y bien, Marco Camilo, varón egregio de aquel tiempo —que superó muy fácilmente a los veyentes, gravísimos enemigos del pueblo romano, después de una guerra decenal en la que el ejército romano fue afligido gravemente tantas veces por luchar mal, cuando ya la misma Roma dudaba y temblaba por su salvación, y tomó su ciudad opulentísima—; fue hecho reo por la envidia de los detractores de su virtud y la insolencia de los tribunos de la plebe, y sintió tan ingrata a la ciudad que había liberado, que certísimo de su condenación marchó espontáneamente al exilio, y ausente fue incluso condenado a diez mil ases de cobre; pronto sería de nuevo el vengador de su patria ingrata contra los galos. Ya da pesadumbre conmemorar muchas cosas feas e injustas por las que era agitada aquella ciudad, cuando los poderosos intentaban someter a la plebe para sí, y la plebe rehusaba ser sometida a ellos; y los defensores de ambas partes actuaban más por el afán del amor de vencer que pensaban nada justo y bueno.

CAPÍTULO XVIII.

Lo que la historia de Salustio revela sobre las costumbres de los romanos, o bien reprimidas por el miedo, o bien relajadas por la seguridad.

Por tanto, guardaré la medida, y emplearé más bien como testigo al mismo Salustio, quien, habiendo dicho en alabanza de los romanos —de donde surgió para nosotros este discurso—: «lo justo y lo bueno valía entre ellos no más por las leyes que por la naturaleza», predicando aquel tiempo en el que, expulsados los reyes, la ciudad creció increíblemente en un breve espacio de tiempo, confiesa sin embargo en el primer libro de su Historia, y en su mismo comienzo, que incluso entonces, cuando la república había sido trasladada de los reyes a los cónsules, después de un pequeño intervalo, hubo injurias de los más poderosos y, a causa de ellas, la secesión de la plebe de los padres, y otras disensiones en la Ciudad. Pues habiendo conmemorado que el pueblo romano actuó con las mejores costumbres y la máxima concordia entre la segunda y la última guerra cartaginesa, y habiendo dicho que la causa de este bien no fue el amor a la justicia, sino el miedo a una paz infiel mientras Cartago estaba en pie —por lo cual aquel Nasica, para reprimir la maldad y conservar aquellas costumbres óptimas, a fin de que los vicios fueran contenidos por el miedo, no quería que Cartago fuera destruida —, inmediatamente el mismo Salustio añadió y dijo: «Pero la discordia, y la avaricia, y la ambición, y los demás males que suelen surgir en la prosperidad, aumentaron al máximo después de la destrucción de Cartago». Para que entendiéramos que también antes solían tanto surgir como aumentar. Por lo cual, añadiendo por qué dijo esto, dice: «Pues las injurias de los más poderosos

y, por ellas, la secesión de la plebe de los padres, y otras disensiones en casa, estuvieron allí ya desde el principio; ni se actuó con un derecho equitativo y modesto más tiempo que cuando fueron expulsados los reyes, mientras se mantuvo el miedo a Tarquino y la guerra grave con Etruria». Ves cómo incluso en aquel breve tiempo, expulsados los reyes, esto es, echados, dijo que el miedo fue la causa de que se actuara un tanto con derecho equitativo y modesto; ya que se temía la guerra que el rey Tarquino, expulsado del reino y de la Ciudad, aliado con los etruscos, gestionaba contra los romanos. Atiende, pues, a lo que teje a continuación: «Luego —dice— los padres ejercieron sobre la plebe un mando servil, decidieron sobre la vida y la espalda al modo regio, la expulsaron del campo, y actuaron solos en el mando, excluidos los demás del suelo. Oprimida por estas sevicias y sobre todo por el interés del dinero, mientras la plebe toleraba el tributo y simultáneamente la milicia en asiduas guerras, armada ocupó el Monte Sacro y el Aventino; y entonces se preparó los tribunos de la plebe y otros derechos para sí. El fin de las discordias y del certamen por ambas partes fue la segunda guerra púnica». Ves desde qué tiempo, esto es, un pequeño intervalo después de expulsados los reyes, cuáles fueron los romanos de los que dice: «lo justo y lo bueno valía entre ellos no más por las leyes que por la naturaleza».

Además, si aquellos tiempos se encuentran tales, en los que se predica que la república romana fue hermosísima y óptima, ¿qué creemos que de-

be decirse o pensarse ya de la edad subsiguiente, «cuando habiéndose mudado paulatinamente», para usar las palabras del mismo historiador, «de hermosísima y óptima se hizo la peor y la más flagitiosa» (Salustio, *La conjuración de Catilina*, cap. 5), a saber, después de la destrucción de Cartago, como conmemoró? Tiempos que puede leerse cómo los recuerda y describe brevemente el mismo Salustio en su Historia, donde demuestra que se llegó hasta las guerras civiles por los grandes males de las costumbres que surgieron en la prosperidad. «Desde cuyo tiempo —dice— las costumbres de los mayores se precipitaron no poco a poco, como antes, sino a modo de torrente; de tal modo fue corrompida la juventud por el lujo y la avaricia, que merecidamente se dice que nacieron quienes ni ellos mismos podían tener bienes familiares ni permitir que otros los tuvieran». Dice luego más Salustio sobre los vicios de Sila y la demás fealdad de la república; y otros escritores consienten en esto, aunque con elocuencia muy dispar.

3. Sin embargo, ves, según opino, y cualquiera que advierta percibe muy fácilmente a qué sumidero de las peores costumbres se había deslizado aquella ciudad antes del advenimiento de nuestro Rey supremo. Pues estas cosas se gestionaron no solo antes de que Cristo hubiera comenzado a enseñar presente en la carne, sino incluso antes de que hubiera nacido de la Virgen. Siendo, pues, que no se atreven a imputar a sus dioses tantos y tan grandes males de aquellos tiempos —ya los más tolerables de arriba, ya los intolerables y

horrendos después de la destrucción de Cartago —, quienes con maligna astucia insertaron en las mentes humanas opiniones de donde tales vicios crecieran silvestres; ¿por qué imputan los males presentes a Cristo, que con doctrina salubérrima prohíbe que se cultiven dioses falsos y falaces, y detestando y condenando con autoridad divina esas nocivas y flagitiosas codicias de los hombres, sustrae paulatinamente de todas partes a su familia de este mundo que se consume y cae con estos males, para fundar una ciudad eterna y gloriosísima, no por el aplauso de la vanidad, sino por el juicio de la verdad?

CAPÍTULO XIX.

De la corrupción de la república romana, antes de que Cristo quitara el culto a los dioses.

He aquí la república romana (lo cual no soy yo el primero en decir, sino que sus autores, de quienes aprendimos estas cosas por un precio, lo dijeron tanto tiempo antes del advenimiento de Cristo) «mudada paulatinamente, de hermosísima y óptima se hizo la peor y la más flagitiosa». He aquí que antes del advenimiento de Cristo, después de destruida Cartago, «las costumbres de los mayores se precipitaron no poco a poco, como antes, sino a modo de torrente; de tal modo fue corrompida la juventud por el lujo y la avaricia». Que nos lean los preceptos de sus dioses dados al pueblo romano contra el lujo y la avaricia. Ojalá que solo callaran las cosas castas y modestas, y no exigieran también de él

cosas probrosas e ignominiosas, para las cuales conciliaran una perniciosa autoridad a través de una falsa divinidad. Lean lo nuestro, tanto por los Profetas como por el santo Evangelio, y por los Hechos apostólicos, y por las Epístolas, tantas cosas contra la avaricia y el lujo, en todas partes a los pueblos congregados para esto, cuán excelentemente, cuán divinamente, no como resonando por las concertaciones de los filósofos, sino como tronando desde los oráculos y las nubes de Dios. Y, sin embargo, no imputan a sus dioses que la república se hiciera la peor y la más flagitiosa por el lujo y la avaricia y por las crueles y torpes costumbres antes del advenimiento de Cristo; pero cualquier aflicción que en este tiempo hayan padecido su soberbia y sus delicias, se la echan en cara a la religión cristiana. Si los reyes de la tierra y todos los pueblos, los príncipes y todos los jueces de la tierra, los jóvenes y las vírgenes, los ancianos con los más jóvenes (Salmo CXLVIII, 11, 12), toda edad capaz y ambos sexos, y aquellos a quienes Juan el Bautista se dirige, los mismos cobradores y los soldados (Lucas III, 12-14), escucharan y cuidaran simultáneamente sus preceptos sobre las costumbres justas y probas; la república adornaría las tierras de la vida presente con su felicidad, y ascendería a la cumbre de la vida eterna para reinar beatísimamente. Pero porque este escucha, aquel desprecia, y más son amigos de los vicios que halagan mal que de la útil aspereza de las virtudes; se manda a los siervos de Cristo que toleren —ya sean reyes, ya príncipes, ya jueces, ya soldados, ya provinciales, ya ricos, ya

pobres, ya libres, ya siervos de cualquier sexo— incluso la peor y la más flagitiosa república, si así es necesario; y que se preparen un lugar clarísimo incluso por esa tolerancia en aquella santísima y augustísima corte de los Ángeles y república celestial, donde la voluntad de Dios es ley.

CAPÍTULO XX.

De qué tipo de felicidad quieren gozar, y con qué costumbres vivir, aquellos que acusan a los tiempos de la religión cristiana.

Pero tales cultivadores y amantes de esos dioses —de quienes también se alegran de ser imitadores en los crímenes y flagicios— de ningún modo se cuidan de que la república no sea la peor y la más flagitiosa. Con tal que permanezca, dicen, con tal que florezca llena de abundancia, gloriosa por las victorias o, lo que es más feliz, esté segura por la paz. ¿Y qué nos importa a nosotros? Más bien, eso nos pertenece más a nosotros si cada uno aumenta siempre sus riquezas, que sufraguen los gastos cotidianos, por las cuales cada uno más poderoso someta también a sí a los más débiles. Obedezcan los pobres a los ricos por causa de la saciedad, y para que disfruten con sus patrocinios de una quieta inercia, abusen los ricos de los pobres para sus clientelas y para el ministerio de su propio fasto. Aplaudan los pueblos no a los consultores de sus utilidades, sino a los dadores de placeres. No se manden cosas duras, no se prohíban las impuras. No cuiden los reyes qué tan buenos sean los súbditos sobre

los que reinan, sino qué tan sumisos. Sirvan las provincias a los reyes no como a rectores de las costumbres, sino como a dominadores de las cosas y provisores de sus delicias; y no los honren sinceramente, sino témanlos inicua y servilmente. Adviértase por las leyes qué daña cada uno a la vida ajena antes que a la propia. Nadie sea llevado ante los jueces, sino aquel que haya sido importuno o nocivo para la cosa, casa, salud ajena, o para cualquiera contra su voluntad; por lo demás, sobre sus cosas, o con los suyos, o con quienes quieran, haga cada uno lo que le plazca. Abunden las prostitutas públicas, ya sea por todos los que han querido disfrutar de ellas, o especialmente por aquellos que no pueden tener las privadas. Construyanse casas amplísimas yornatísimas, frecuéntense banquetes opíparos; donde a cada uno le plazca y pueda, juéguese, bébase, vomítese, discúrrase en el lujo día y noche. Resuenen danzas por todas partes, hiervan los teatros con voces de deshonesta alegría y con todo género de placer ya sea crudelísimo ya torpísimo. Sea aquel enemigo público a quien esta felicidad disguste; cualquiera que haya intentado mudarla o quitarla, la multitud libre lo aparte de sus oídos, lo eche de sus asientos, lo quite de entre los vivientes. Ténganse por dioses verdaderos aquellos que hayan procurado alcanzar esto para los pueblos y lo hayan conservado una vez alcanzado. Cultívense como hayan querido, exijan los juegos que hayan querido, los cuales puedan tener con sus cultivadores o de sus cultivadores; solo efectúen que por tal felicidad nada se tema del enemigo, nada de

la peste, nada de ninguna calamidad. ¿Qué hombre sano compararía esta república —no digo al imperio romano, sino a la casa de Sardanápalo —? Quien fue una vez un rey tan dedicado a los placeres que hizo escribir en su sepulcro que tenía él solo de muerto aquello que su libido, incluso viviendo, había consumido absorbiendo. Si estos tuvieran un rey tal que les fuera indulgente en tales cosas y no se opusiera a nadie en ellas con severidad alguna, le consagrarían a este un templo y un flamen más gustosamente que los antiguos romanos a Rómulo.

CAPÍTULO XXI.

Cuál fue la sentencia de Cicerón sobre la república romana.

Pero si se desprecia a quien dijo que la república romana era la peor y la más flagitiosa, y no les importa a estos con cuánta mancha y deshonor de las peores y flagitiosas costumbres se llenara, sino solamente que consista y permanezca; oigan que ella —no como Salustio narra, que se hizo la peor y la más flagitiosa— sino, según Cicerón disputa, ya entonces pereció del todo, y no quedó república alguna. Pues introduce a Escipión —aquel mismo que había extinguido Cartago— disputando sobre la república, cuando ya se presentía que por aquella corrupción que describe Salustio, estaba ya a punto de perecer. En efecto, se disputa en aquel tiempo en que ya uno de los Gracos fue muerto, por quien escribe Salustio que comenzaron sediciones graves. Pues en esos mismos libros se hace conmemoración de

su muerte. Pero habiendo dicho Escipión al final del segundo libro que, así como en las cuerdas y en las tibias y en el mismo canto y en las voces se ha de mantener un cierto concierto de sonidos distintos, el cual mudado o discrepante no pueden soportar los oídos eruditos; y ese concierto se hace concorde sin embargo y congruente por la moderación de voces disidimilísimas: así la ciudad, con el consenso de los órdenes más disímiles entreyectados, desde los sumos a los ínfimos y medios, como con sonidos, canta por una moderada razón; y lo que los músicos llaman armonía en el canto, eso es la concordia en la ciudad, el vínculo más estrecho y mejor de incolumidad en toda república, y que sin justicia de ningún modo puede ser: y luego, habiendo disertado algo más larga y exuberantemente cuánto aprovechaba la justicia a la ciudad y cuánto dañaba si faltaba; asumió luego Filo, uno de los que asistían a la disputa, y pidió que esta misma cuestión se tratara más diligentemente y se dijeran más cosas sobre la justicia, por aquello que ya comúnmente se decía, que la república no puede ser regida sin injuria. Escipión asintió que, por consiguiente, esta cuestión debía ser discutida y desatada, y respondió que pensaba que nada se había dicho hasta ahora sobre la república, y por lo cual pudieran progresar más lejos, si no se hubiera confirmado no solo que es falso aquello de que no puede ser sin injuria; sino que esto es veridiquísimo, que la república no puede ser regida sin suma justicia (Libro 2, cap. 43). Cuya explicación de la cuestión, habiendo sido dilata-

da para el día siguiente, en el tercer libro se trató la cosa con gran conflicto. Pues el mismo Filo asumió la disputa de aquellos que sentían que la república no puede ser regida sin injusticia, purgándose, principalmente para que no se creyera que él mismo sentía esto. Y actuó con diligencia por la injusticia contra la justicia, como si intentara mostrar con razones verosímiles y ejemplos que esta es útil a la república, pero aquella inútil. Entonces Lelio, pidiéndolo todos, se aprestó a defender la justicia; y aseró cuanto pudo que nada es tan enemigo para la ciudad como la injusticia, ni absolutamente puede gestionarse o permanecer la república sino con gran justicia.

2. Tratada esta cuestión cuanto pareció suficiente, Escipión vuelve a lo interrumpido, y recuerda y encomienda su breve definición de la república, por la cual había dicho que ella es la «cosa del pueblo» (rem populi) (Libro 1, cap. 25). Pero determina que el pueblo no es toda reunión de multitud, sino la reunión asociada por el consenso del derecho y la comunión de la utilidad. Enseña luego cuánta sea la utilidad de la definición al disputar; y de aquellas definiciones suyas colige que entonces es república, esto es, cosa del pueblo, cuando se gestiona bien y justamente, ya sea por un solo rey, ya por unos pocos optimates, ya por el universo pueblo. Pero cuando es injusto el rey, al que llamó tirano al modo griego; o los optimates injustos, cuyo consenso dijo que era una facción; o injusto el mismo pueblo, para quien no encontró nombre acostumbrado, sino que también llamara a él mismo tirano: ya no es

viciosa, como se había disputado el día anterior; sino que, como la razón conectada de aquellas definiciones hubiera enseñado, absolutamente no hay república alguna; ya que no sería cosa del pueblo cuando el tirano o la facción se apoderara de ella; ni el mismo pueblo ya sería pueblo si fuera injusto, ya que no sería multitud asociada por el consenso del derecho y la comunión de la utilidad, según el pueblo había sido definido.

3. Por tanto, cuando la república romana era tal cual la describe Salustio, ya no era «la peor y la más flagitiosa», como él mismo dice, sino que no era absolutamente nada, según esa razón que la disputa sobre la república mantenida entre sus grandes próceres de entonces puso de manifiesto. Como también el mismo Tulio, hablando en su propio discurso —no en el de Escipión ni en el de ningún otro—, dice al principio del quinto libro, conmemorando antes un verso del poeta Ennio, en el que había dicho: «Sobre las antiguas costumbres y sobre los varones permanece la cosa romana». Cuyo verso por cierto, dice, me parece haber sido proferido como desde un oráculo, ya por su brevedad ya por su verdad. Pues ni los varones, si la ciudad no hubiera tenido tales costumbres, ni las costumbres, si estos varones no hubieran estado al frente, habrían podido fundar o mantener por tanto tiempo tan gran república y que mandaba tan justa y ampliamente. Y así, antes de nuestra memoria, tanto la misma costumbre patria empleaba varones prestantes, como los varones excelentes retenían la antigua costumbre y las instituciones de los

mayores. Pero nuestra edad, habiendo recibido la república como una pintura egregia, pero que se desvanece por la antigüedad, no solo descuidó renovarla con los mismos colores con que había sido, sino que ni siquiera cuidó esto, que al menos conservara su forma y sus extremos lineamentos. ¿Qué queda de las antiguas costumbres, sobre las cuales él dijo que permanecía la cosa romana, las cuales vemos tan obsoletas por el olvido que no solo no se cultivan, sino que incluso se ignoran? Pues ¿qué diré de los varones? Pues las costumbres mismas perecieron por la penuria de varones, de cuyo mal tan grande no solo hemos de rendir cuenta nosotros, sino que incluso se ha de defender la causa en cierto modo como reos de muerte. Pues por nuestros vicios, y no por algún caso fortuito, retenemos la república de palabra; pero en realidad ya hace tiempo que la perdimos.

Estas cosas confesaba Cicerón mucho tiempo después de la muerte del Africano, a quien en sus libros hizo disputar sobre la república, todavía sin embargo antes del advenimiento de Cristo; las cuales cosas, si se sintieran y se dijeran cuando ya la religión cristiana está difundida y prevalece, ¿quién de aquellos no juzgaría que debían imputarse a los cristianos? Por lo cual, ¿por qué no cuidaron sus dioses que no pereciera entonces y se perdiera aquella república que Cicerón, mucho antes de que Cristo viniera en la carne, deplora tan lúgubremente como perdida? Vean sus alabadores qué tal fue ella incluso con aquellos antiguos varones y costumbres, si en ella floreció la verdadera justicia; o tal vez ni entonces estuvo

viva en las costumbres, sino pintada con colores. Lo cual el mismo Cicerón, sin saberlo, expresó cuando la prefería. Pero en otro lugar, si Dios quiere, veremos esto. Pues me esforzaré en su lugar por mostrar, según las definiciones del mismo Cicerón por las cuales puso brevemente qué sea la república y qué sea el pueblo hablando Escipión (atestiguándolo también muchas sentencias, ya sea de él mismo o de aquellos a quienes hizo hablar en la misma disputa), que aquella nunca fue república, porque nunca hubo en ella verdadera justicia. Según definiciones más probables, sin embargo, fue república a su cierto modo; y fue mejor administrada por los antiguos romanos que por los posteriores. Pero la verdadera justicia no existe sino en aquella república cuyo fundador y rector es Cristo; si es que place llamar también a ella república, ya que no podemos negar que sea cosa del pueblo. Pero si este nombre, que en otro lugar y de otro modo se ha divulgado, está tal vez más remoto del uso de nuestra locución; ciertamente en aquella ciudad hay verdadera justicia, de la cual la sagrada Escritura dice: «Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios» (Salmo LXXXVI, 3).

CAPÍTULO XXII.

Que los dioses de los romanos nunca tuvieron cuidado alguno de que la república no pereciera por las malas costumbres.

1. Pero por lo que pertenece a la presente cuestión, por muy laudable que digan que fue o es aquella república, según sus autores más doctos

ya mucho antes del advenimiento de Cristo se había hecho la peor y la más flagitiosa; más aún, no era nada, y había perecido del todo por las costumbres más perdidas. Para que, pues, no pereciera, los dioses sus custodios debieron dar al pueblo su cultivador preceptos de vida y de costumbres excelentes, por quien eran cultivados con tantos templos, tantos sacerdotes y géneros de sacrificios, con ritos sagrados tan múltiples y variados, con tantas solemnidades festivas, con las celebraciones de tantos y tan grandes juegos; donde los demonios no hicieron nada sino tratar su propio negocio, no cuidando de cómo vivieran aquellos, sino más bien cuidando de que vivieran incluso perdidamente, con tal que, súbditos por el miedo, administraran todas aquellas cosas para su honor. O si los dieron, que se profiera, se muestre, se lea qué leyes de los dioses dadas a aquella ciudad despreciaron los Gracos para perturbarlo todo con sediciones; qué leyes Mario, y Cinna, y Carbón, para que progresaran incluso hacia guerras civiles, emprendidas por causas injustísimas, y gestionadas cruelmente y terminadas más cruelmente; qué leyes, en fin, el mismo Sila, cuya vida, costumbres y hechos, describiéndolos Salustio y otros escritores de la historia, ¿quién no aborrecería? ¿Quién no confesaría que la república había perecido entonces?

2. ¿O tal vez por causa de las costumbres de tales ciudadanos se atreverán a oponer, como suelen, para defensa de sus dioses, aquella sentencia virgiliana: «Se marcharon todos los dioses, abandonados los santuarios y las aras, por quienes

este imperio había permanecido» (Eneida, lib. 2, vv. 351, 352)? Primero, si es así, no tienen por qué quejarse de la religión cristiana de que, ofendidos por ella, sus dioses los hayan desamparado; ya que por cierto sus mayores hace ya mucho tiempo que con sus costumbres ahuyentaron de las aras de la Ciudad a tantos y tan menudos dioses, como a moscas. Pero, sin embargo, ¿dónde estaba esta turba de numina cuando, mucho antes de que se corrompieran las antiguas costumbres, Roma fue tomada e incendiada por los galos? ¿Acaso estando presentes dormían? Pues entonces, reducida toda la Ciudad al poder de los enemigos, solo había quedado la colina del Capitolio; la cual también ella misma sería tomada si al menos los gansos no vigilaran mientras los dioses dormían. Por lo cual casi en la superstición de los egipcios que cultivan bestias y aves había caído Roma, cuando celebraban solemnidades al ganso. Pero de estos males adventicios, y del cuerpo más que del ánimo, que suceden ya sea por los enemigos o por otra calamidad, todavía no disputo por el momento; ahora trato de la mancha de las costumbres por las que, primero decoloradas paulatinamente, luego precipitadas a modo de torrente, se hizo tan gran ruina de la república, aunque estuvieran íntegros los techos y las murallas, que sus grandes autores no dudan en decir que entonces se perdió. Con razón se habían marchado para que se perdiera, «abandonados todos los santuarios y las aras los dioses», si la ciudad había despreciado sus preceptos sobre la buena vida y la justicia. Pero ahora, pregunto, ¿qué tales

dioses fueron si no quisieron vivir con su pueblo cultivador, a quien, viviendo mal, no habían enseñado a vivir bien?

CAPÍTULO XXIII.

Que las variedades de las cosas temporales dependen no del favor o de la impugnación de los demonios, sino del juicio del verdadero Dios.

1. ¿Qué decir de que incluso parecen haber asistido para cumplir sus codicias, y se muestra que no presidieron para refrenarlas? Pues ¿quiénes ayudaron a Mario —hombre nuevo e innoble, crudelísimo autor y gestor de las guerras civiles — para que fuera cónsul siete veces, y para que muriera anciano en su séptimo consulado, ni cayera en manos de Sila, futuro vencedor pronto? Pues si sus dioses no lo ayudaron en esto, no es poco lo que confiesan: que incluso sin sus dioses propicios puede sucederle al hombre esa felicidad temporal, que tanto aman; y que los hombres, como fue Mario, pueden ser colmados y disfrutar de salud, fuerzas, riquezas, honores, dignidad, longevidad, estando los dioses airados; y que pueden también los hombres, como fue Régulo, ser atormentados y morir en cautividad, servidumbre, penuria, vigilias, dolores, siendo los dioses amigos. Si conceden que esto es así, confiesan en resumen que ellos no aprovechan nada y que se los cultiva superfluamente. Pues si insistieron en que el pueblo aprendiera cosas más bien contrarias a las virtudes del ánimo y a la probidad de la vida, cuyos premios han de espe-

rarse después de la muerte; si nada aprovechan tampoco en estos bienes transitorios y temporales, ni dañan a los que odian ni aprovechan a los que aman: ¿para qué se los cultiva? ¿Para qué se los busca con tanto afán de cultivar? ¿Por qué en los tiempos laboriosos y tristes se murmura, como si se hubieran marchado ofendidos; y por causa de ellos la religión cristiana es herida con vituperios indignísimos? Pero si tienen en estas cosas potestad ya sea de beneficio ya de maleficio, ¿por qué asistieron en ellas al pésimo varón Mario, y faltaron al óptimo Régulo? ¿Acaso por esto se entiende que ellos mismos son injustísimos y pésimos? Que si por eso se piensa que deben ser más temidos y cultivados, ni siquiera se piense esto: pues no se encuentra que Régulo los haya cultivado menos que Mario. Ni por eso debe parecer que se ha de elegir la vida pésima, porque se estime que los dioses favorecieron más a Mario que a Régulo. Pues Metelo, el más alabado de los romanos, que tuvo cinco hijos consulares, fue también feliz en las cosas temporales; y Catilina, pésimo, oprimido por la penuria y postrado en la guerra de su propio crimen, fue infeliz; y en la verísima y certísima felicidad sobresalen los buenos que cultivan a Dios, por quien solo puede ser conferida.

2. Aquella república, pues, cuando perecía por las malas costumbres, nada hicieron sus dioses para dirigir o corregir las costumbres, para que no pereciera; más bien añadieron a depravar y corromper las costumbres para que pereciera. Ni se finjan buenos porque se marcharon como ofen-

didos por la iniquidad de los ciudadanos. Claramente estaban allí; son delatados, son convictos: ni pudieron subvenir preceptuando, ni ocultarse callando. Omito que Mario fue encomendado por los compasivos minturnenses a la diosa Marica en su bosque, para que le prosperara todo; y vuelto incólume de la suma desesperación, condujo a la Ciudad un ejército cruel siendo él cruel; donde cuán cruenta, cuán incivil, y más monstruosa que una victoria hostil fuera su victoria, léanlo quienes quieran en los que lo escribieron. Pero esto, como dije, lo omito; ni atribuyo a no sé qué Marica la felicidad sanguinaria de Mario, sino más bien a la oculta providencia de Dios para cerrar la boca de estos, y para librar del error a aquellos que no actúan por afán, sino que advierten estas cosas prudentemente. Porque aunque algo puedan los demonios en estas cosas, solo pueden tanto cuanto se les permite por el secreto arbitrio del Omnipotente; para que no valoremos en mucho la felicidad terrena, la cual, como a Mario, también se concede frecuentemente a los malos; ni de nuevo la juzguemos como mala, cuando vemos que en ella han sobresalido muchos incluso piadosos y buenos cultivadores del único Dios verdadero, a pesar de los demonios; ni estimemos que esos mismos espíritus inmundísimos deben ser aplacados o temidos por causa de estos mismos bienes o males terrenos. Porque así como los mismos hombres malos en la tierra, así también aquellos no pueden hacer todo lo que quieren, sino cuanto se les permite por la ordenación de

aquel cuyos juicios nadie comprende plenamente, y nadie reprende justamente.

CAPÍTULO XXIV.

De los actos de Sila, de los cuales los demonios se mostraron ayudadores.

1. Ciertamente el mismo Sila, cuyos tiempos fueron tales que los anteriores, de los cuales parecía ser vengador, eran buscados en comparación con ellos, cuando primero movió su campamento contra la Ciudad contra Mario, escribe Livio que las entrañas le fueron tan alegres al inmolar, que Postumio el arúspice quiso ser custodiado para sufrir la pena capital, si no cumplía Sila con ayuda de los dioses aquello que tenía en el ánimo. He aquí que los dioses no se habían marchado dejando los santuarios y los altares, cuando predecían el suceso de las cosas, y nada se cuidaban de la corrección del mismo Sila. Prometían por presagio una gran felicidad, ni quebrantaban la mala codicia con amenazas. Luego, cuando estaba en Asia haciendo la guerra mitridática, se le mandó por Júpiter a través de Lucio Ticio que vencería a Mitrídates; y se hizo. Y después, intentando volver a la Ciudad y vengar sus injurias y las de sus amigos con sangre civil, de nuevo se le mandó por el mismo Júpiter a través de cierto soldado de la legión sexta, que antes le había prenunciado la victoria sobre Mitrídates, y entonces prometía que le daría potestad con la que recuperaría de sus enemigos la república, no sin mucha sangre. Entonces Sila, preguntado qué forma se le había

aparecido al soldado, habiéndola indicado él, recordó aquella que antes había oído de aquel que había traído los mandatos de parte del mismo sobre la victoria mitridática. ¿Qué puede responderse aquí, por qué los dioses se cuidaron de anunciar estas cosas como felices, y ninguno de ellos se cuidó de corregir a Sila amonestándolo, cuando iba a hacer males tan grandes con las criminales armas civiles, tales que no mancharían, sino que quitarían del todo la república? Por cierto se entiende que los demonios, como a menudo he dicho, y nos es conocido en las Letras Sagradas, y las cosas mismas indican bastante, hacen su propio negocio, para ser tenidos por dioses y ser cultivados, y que se les exhiban aquellas cosas por las cuales los que las exhiben, asociados a ellos, tengan una misma causa pésima con ellos en el juicio de Dios.

2. Después, cuando Sila llegó a Tarento y sacrificó allí, vio en la cabeza de un hígado de ternero la semejanza de una corona de oro. Entonces aquel arúspice Postumio respondió que le significaba una preclara victoria, y mandó que él solo comiera aquellas entrañas. Después, por un pequeño intervalo, un siervo de cierto Lucio Poncio gritó vaticinando: Vengo como mensajero de Belona; la victoria es tuya, Sila. Luego añadió que ardería el Capitolio. Habiendo dicho esto, saliendo inmediatamente del campamento, volvió al día siguiente más excitado y gritó que el Capitolio había ardido. Pues en verdad había ardido el Capitolio. Lo cual ciertamente para un demonio fue fácil tanto prever como anunciar muy rápida-

mente. Atiende bien a aquello que más pertenece a la causa, bajo qué clase de dioses desean estar los que blasfeman del Salvador que libra las voluntades de los fieles del dominio de los demonios. Gritó el hombre vaticinando: La victoria es tuya, Sila; y para que se creyera que gritaba aquello por espíritu divino, anunció también algo tanto próximo a suceder como pronto hecho, de donde estaba lejos aquel por quien hablaba aquel espíritu; sin embargo no gritó: Abstente de los crímenes, Sila; los cuales el vencedor cometió allí tan horrendamente, a quien la corona de oro, signo ilustrísimo de su misma victoria, apareció en el hígado del ternero. Si los dioses justos solieran dar tales signos, y no los demonios impíos, por cierto mostrarían en aquellas entrañas los males futuros nefandos y gravemente nocivos para el mismo Sila. Pues ni a su dignidad aprovechó tanto aquella victoria, cuanto dañó a su codicia; por la cual se hizo que, anhelando cosas inmoderadas, y elado y precipitado por la prosperidad, pereciera más él mismo en las costumbres que perdiera a sus enemigos en los cuerpos. Estas cosas verdaderamente tristes y verdaderamente lamentables, aquellos dioses no las prenunciaban, ni por entrañas, ni por augurios, ni por sueño o vaticinio de nadie. Pues temían más que fuera corregido que que fuera vencido. Más bien, se ocupaban bastante de que el glorioso vencedor de ciudadanos, vencido y cautivo por vicios nefandos, y por estos quedara mucho más estrechamente sometido a los mismos demonios.

CAPÍTULO XXV.

Cuánto incitan los espíritus malignos a los hombres a las maldades, cuando al cometer crímenes interponen como una autoridad divina de su propio ejemplo.

1. De allí, pues, ¿quién no entenderá, quién no verá, sino aquel que eligió más bien imitar a tales dioses que ser separado de su sociedad por la gracia divina, cuánto se esfuerzan esos espíritus malignos en ofrecer con su ejemplo como una autoridad divina a los crímenes, puesto que incluso en cierta ancha llanura de Campania, donde no mucho después las líneas civiles chocaron en nefario combate, ellos mismos fueron vistos antes pelear entre sí? Pues allí se oyeron primero grandes estrépitos: y pronto muchos anunciaron haber visto durante algunos días a dos líneas de batalla pelear. Donde cesó aquella lucha, encontraron también huellas como de hombres y caballos, cuantas pudieron expresarse de aquel conflicto. Si, pues, verdaderamente los númenes pelearon entre sí, ya se excusan las guerras civiles humanas; considérese, sin embargo, cuál sea o la malicia o la miseria de tales dioses: pero si fingieron que habían peleado, ¿qué otra cosa hicieron sino que los romanos, al pelear civilmente, parecieran no admitir ninguna maldad, como siguiendo el ejemplo de los dioses? Pues ya habían comenzado las guerras civiles, y la execrable matanza de algunos nefarios combates había precedido: ya había conmovido a muchos el que cierto soldado, mientras quitaba los despojos al muerto, reconoció a su hermano por el cadáver

desnudo, y detestando las guerras civiles, dándose muerte allí mismo se unió al cuerpo fraterno. Para que, pues, de ningún modo hastiara este mal tan grande, sino que el ardor de las armas criminales creciera más y más, los nocivos demonios, a quienes ellos, pensando que eran dioses, estimaban que debían ser cultivados y venerados, quisieron aparecer ante los hombres peleando entre sí; para que el afecto ciudadano no temiera imitar tales luchas, sino que más bien el crimen humano se excusara con el ejemplo divino. Con esta astucia los espíritus malignos mandaron también que se les dedicaran y consaran los juegos escénicos, de los cuales ya he dicho muchas cosas: donde se celebraban tantas maldades de los dioses con cantos teatrales y acciones de fábulas, para que quienquiera que creyera que ellos habían hecho tales cosas, y quienquiera que no lo creyera, pero viera sin embargo que ellos querían muy de buena gana que se les exhibieran tales cosas, las imitara con seguridad. Para que nadie, pues, pensara que se habían escrito injurias a los dioses más bien que algo digno de ellos, dondequiera que los poetas conmemoraron que ellos habían peleado entre sí; ellos mismos, para engañar a los hombres, confirmaron los cantos de los poetas, exhibiendo sus propias luchas a los ojos humanos no solo a través de los actores escénicos en el teatro, sino también por sí mismos en el campo.

2. Nos hemos visto obligados a decir estas cosas, puesto que sus mismos autores no dudaron lo más mínimo en decir y escribir que la república romana ya antes había perecido por las pésimas

costumbres de los ciudadanos, y que ninguna había quedado antes del advenimiento de nuestro Señor Jesucristo. Perdición que no imputan a sus dioses, quienes imputan a nuestro Cristo los males transitorios, por los cuales los buenos, ya sea que vivan o mueran, no pueden perecer: cuando nuestro Cristo frecuenta tantos preceptos a favor de las mejores costumbres contra las costumbres perdidas; pero los dioses de ellos con ninguno de tales preceptos hicieron nada con su pueblo cultivador, a favor de aquella república, para que no pereciera; más bien, corrompiendo las mismas costumbres con la autoridad nociva como de sus propios ejemplos, hicieron más bien que pereciera. La cual república nadie, según pienso, se atreverá ya a decir que pereció entonces porque todos los dioses se marcharon dejando los santuarios y los altares, como siendo amigos de las virtudes cuando se ofendían por los vicios de los hombres; porque son convictos de haber estado presentes por tantos signos de entrañas, augurios, vaticinios con los cuales se jactaban y deseaban recomendarse como conocedores de los futuros y ayudadores de las batallas: quienes, si verdaderamente se hubieran marchado, los romanos habrían ardido más levemente en las guerras civiles por sus propias codicias que por las instigaciones de ellos.

CAPÍTULO XXVI.

De las secretas amonestaciones de los demonios, que pertenecían a las buenas costumbres, cuando abiertamente en sus sagrados ritos se aprendía toda maldad.

1. Siendo esto así, cuando pública y abiertamente las torpezas mezcladas con crueldades, los oprobrios y crímenes de los númenes, ya fueran delatados ya fingidos, por exigencia de ellos mismos, y airándose si no se hacía, han brillado como consagradas y dedicadas a ellos incluso en solemnidades ciertas y fijas, y han salido a ser vistas por los ojos de todos para que se propusieran para ser imitadas: ¿qué es esto de que esos mismos demonios, que se confiesan espíritus inmundos por tales placeres, que por sus maldades y crímenes, ya indicados ya simulados, y por la celebración de los mismos pedida para sí a los impúdicos y extorsionada a los púdicos, se testifican autores de una vida criminal e inmunda; se diga sin embargo que en sus santuarios y secretos penetrales dan algunos buenos preceptos sobre las costumbres a algunos como elegidos consagrados suyos? Que si es así, por esto mismo debe advertirse y ser convicta su malicia más astuta de espíritus nocivos. Pues tanta es la fuerza de la probidad y de la castidad, que toda o casi toda la naturaleza humana se mueve por su alabanza, ni es hasta tal punto viciosa por la torpeza que pierda todo el sentido de la honestidad. Por tanto, la malignidad de los demonios, a no ser que en algún lugar, como sabemos que está escrito en nuestras Letras, se transfigure en ángeles de luz, no cumple el negocio del engaño. Por fuera, pues, para los pueblos, suena la impiedad impura con ruidoso estrépito, y por dentro para pocos, apenas suena la castidad simulada: se ofrecen cosas públicas para lo vergonzoso, y secretas para

lo loable: el honor se esconde y el deshonor se manifiesta: lo que se hace mal convoca a todos los espectadores; lo que se dice bien apenas encuentra algunos oyentes: como si las cosas honestas debieran avergonzar, y las deshonestas gloriar. Pero ¿đónde sucede esto sino en los templos de los demonios? ¿đónde sino en los albergues de la falacia? Pues aquello se hace para que los más honestos, que son pocos, sean capturados; esto, en cambio, para que los más, que son torpísimos, no sean corregidos.

2. Dónde y cuándo los consagrados de la diosa Celeste oían los preceptos de castidad, no lo sabemos; sin embargo, ante el mismo delubro donde veíamos colocado aquel simulacro, todos confluyendo de todas partes y de pie donde cada uno podía, mirábamos atentamente los juegos que se representaban, mirando con vista alterna, aquí la pompa de las meretrices, allá a la diosa virgen; que aquella era suplicantemente adorada y ante ella se celebraban cosas torpes: no vimos allí mimos pudibundos, ni ninguna actriz escénica más decorosa; todos los oficios de la obscenidad se cumplían. Se sabía qué agradaría al numen virginal, y se exhibía aquello que la matrona, más instruida, se llevaría del templo a casa. Algunas más púdicas apartaban la cara de los impuros movimientos de los actores, y aprendían el arte de la maldad con furtiva intención. Pues ante los hombres se avergonzaban, para no atreverse a mirar los gestos impúdicos con rostro libre; pero mucho menos se atrevían a condenar con corazón casto los ritos sagrados de aquella a quien

veneraban. Esto, sin embargo, se ofrecía para ser aprendido públicamente en el templo, para cuya perpetración al menos se buscaba el secreto en casa: admirándose demasiado (si es que había allí alguna) la vergüenza de los mortales, de que los hombres no cometieran libremente los crímenes humanos que entre los dioses incluso religiosamente aprendían, a quienes tendrían airados si no se cuidaran además de exhibirlos. Pues ¿qué otro espíritu, agitando las mentes nequísimas con oculto instinto, e insta para que se cometan adulterios, y se alimenta de ellos una vez hechos, sino el que también se deleita con tales ritos sagrados, constituyendo en los templos los simulacros de los demonios, amando en los juegos los simulacros de los vicios; susurrando en lo oculto palabras de justicia para engañar incluso a unos pocos buenos, frecuentando en lo abierto las invitaciones a la maldad para poseer a innumerables malos?

CAPÍTULO XXVII.

Con cuánta eversión de la disciplina pública consagraron los romanos las obscenidades de los juegos para aplacar a sus dioses.

Varón grave y como filósofo, Tulio, siendo futuro edil, clamaba a los oídos de la ciudad que, entre los demás oficios de su magistratura, debía aplacar a la madre Flora con la celebridad de los juegos: los cuales juegos suelen celebrarse tanto más devotamente cuanto más torpemente. Dice en otro lugar, siendo ya cónsul en los extremos

peligros de la ciudad, que se hicieron juegos durante diez días, y que no se omitió ninguna cosa que perteneciera a aplacar a los dioses: como si no fuera mejor irritar a tales dioses con la templanza que aplacarlos con el lujo; y provocarlos incluso a enemistades con la honestidad que suavizarlos con tanta deformidad. Pues no iban a dañar los hombres con cualquier crudelísima monstruosidad, por cuya causa eran aplacados, más gravemente de lo que dañaban ellos mismos, cuando eran aplacados con feísima viciosidad: puesto que de aquel modo se conciliaba a los dioses para que se apartara lo que se temía del enemigo en los cuerpos, por el cual modo se derrotaba la virtud en las mentes; los cuales no se opondrían como defensores a los atacantes de los muros, si antes no se hicieran expugnadores de las buenas costumbres. Esta aplacación de tales númenes, petulantísima, impurísima, impudentísima, nequísima, inmundísima, a cuyos actores la laudable índole de la virtud romana privó de honor, movió de la tribu, reconoció como torpes y los hizo infames; esta, digo, aplacación de tales númenes vergonzosa y que la verdadera religión debe rechazar y detestar, estas fábulas seductoras y criminales contra los dioses, estos hechos ignominiosos de los dioses, ya fuera cometidos criminal y torpemente, ya más criminal y torpemente fingidos, toda la ciudad los aprendía con ojos y oídos públicos: veía que tales cosas cometidas agradaban a los númenes; y por eso creía que no solo debían exhibírseles a ellos, sino también ser imitadas por ella misma: no aquel no sé qué

como bueno y honesto, que se decía a tan pocos y tan ocultamente, que se temía más que llegara a conocerse que el que no se hiciera.

CAPÍTULO XXVIII.

De la salubridad de la religión cristiana.

De que los hombres sean arrancados por el nombre de Cristo del yugo tartáreo y de la sociedad penal de esas inmundísimas potestades, y sean trasladados a la luz de la salubérrima piedad desde aquella noche de la perniciosísima impiedad, se quejan y murmuran los inicuos e ingratos, poseídos más profunda y estrechamente por aquel espíritu nefario, porque los pueblos confluyen a las iglesias con casta celebridad, con una honesta separación de ambos sexos: donde oigan cuán bien deben vivir aquí por un tiempo, para que después de esta vida merezcan vivir bienaventurada y siempre; donde la Sagrada Escritura y la doctrina de la justicia suenan desde un lugar superior a la vista de todos, y los que la cumplen oyen para el premio, y los que no la cumplen oyen para el juicio. A donde aunque vengan algunos burladores de tales preceptos, toda su petulancia o es depuesta por una repentina mudanza, o es reprimida por el temor o la vergüenza. Pues nada torpe y criminal se les propone para ser visto e imitado, donde o se insinúan los preceptos del verdadero Dios, o se narran los milagros, o se alaban los dones, o se piden los beneficios.

CAPÍTULO XXIX.

Exhortación a los romanos para que abandonen el culto de los dioses.

1. Desea más bien esto, oh laudable índole romana, oh progenie de los Régulos, de los Escévolas, de los Escipiones, de los Fabricios: desea más bien esto, distingue esto de aquella torpísima vanidad y falacíssima malignidad de los demonios. Si algo laudable sobresale en ti naturalmente, no se purga ni se perfecciona sino con la verdadera piedad; pero con la impiedad se pierde y se castiga. Elige ya ahora qué has de seguir, para que seas alabada no en ti, sino en el Dios verdadero sin error alguno. Pues entonces te asistió la gloria popular, pero por el oculto juicio de la divina providencia, te faltó la verdadera religión que eligieras. Despierta, es de día; como has despertado en algunos, de cuya virtud perfecta, e incluso por la verdadera fe en sus pasiones, nos gloriamos; quienes, luchando por doquier contra las potestades enemiguísimas, y venciéndolas valientemente al morir, nos engendraron esta patria con su propia sangre. A la cual patria te invitamos, y te exhortamos a que te sumes al número de sus ciudadanos, de la cual la verdadera remisión de los pecados es en cierto modo el asilo. No oigas a tus degenerados que vituperan a Cristo o a los cristianos, y acusan como si fueran malos tiempos, cuando buscan tiempos en los que la vida no sea quieta, sino más bien segura la maldad. Estas cosas nunca te agradaron ni siquiera por la patria terrena. Arrebata ya ahora la celestial, por la cual trabajarás muy poco, y en ella reinarás verdaderamente y para siempre.

Pues allí no tendrás el foco de Vesta, ni la piedra del Capitolio, sino al Dios único y verdadero, el cual «no pondrá metas a las cosas, ni tiempos; dará un imperio sin fin».

2. No busques dioses falsos y falaces; antes bien recházalos y desprécialos, saltando hacia la verdadera libertad. No son dioses, son espíritus malignos, para quienes tu felicidad eterna es un castigo. No tanto parece que Juno envidió las ciudadelas romanas a los troyanos, de quienes traes el origen carnal, cuanto estos demonios, a los que todavía crees dioses, envidian a todo el género humano las sedes sempiternas. Y tú misma no en pequeña parte juzgaste sobre tales seres, cuando los aplacaste con juegos, y quisiste que fueran infames los hombres por quienes hiciste esos mismos juegos. Permite que sea reivindicada tu libertad contra los espíritus inmundos, que habían impuesto sobre tus cervices su propia ignominia para que fuera consagrada y celebrada por ti. Removiste de tus honores a los actores de los crímenes divinos: suplica al Dios verdadero que remueva de ti a esos dioses que se deleitan con sus propios crímenes, ya sean verdaderos, lo cual es ignominiosísimo; ya falsos, lo cual es maliciosísimo. Bien está que por tu propia voluntad no quisieras que la sociedad de la ciudad estuviera abierta a los histriones y actores escénicos; despierta más plenamente: de ningún modo se aplaca la majestad divina con esas artes con las que se mancha la dignidad humana. ¿De qué modo, pues, piensas que los dioses que se deleitan con tales obsequios han de ser tenidos

en el número de las santas potestades celestiales, cuando no pensaste que debían ser tenidos en el número de cualquier clase de ciudadanos romanos los hombres por quienes se hacen esos mismos obsequios? Incomparablemente más esclarecida es la ciudad superna, donde la victoria es la verdad; donde la dignidad es la santidad; donde la paz es la felicidad; donde la vida es la eternidad. Mucho menos tiene en su sociedad a tales dioses, si tú te avergonzaste de tener en la tuya a tales hombres. Por tanto, si deseas llegar a la ciudad bienaventurada, evita la sociedad de los demonios. Indignamente son cultivados por los honestos quienes son aplacados a través de los torpes. Así sean removidos estos de tu piedad por la purgación cristiana, como aquellos fueron removidos de tu dignidad por la nota censoria. Pero sobre los bienes carnales, de los cuales solos los malos quieren disfrutar, y sobre los males carnales, que solos no quieren padecer, de que ni en estos tengan la potestad que se piensa que tienen estos demonios; aunque si la tuvieran, deberíamos más bien incluso despreciar estas cosas que cultivarlos a ellos por causa de ellas, y por cultivarlos no poder llegar a aquello que nos envidian: sin embargo, que ni en estas cosas valen ellos lo que piensan estos que sostienen que por esto conviene cultivarlos, lo veremos a continuación, para que este sea el límite de este volumen.

LIBRO TERCERO.

Así como en el libro anterior mostró sobre los males de las costumbres y del alma, así en el presente muestra Agustín sobre las incomodidades del cuerpo y de las cosas externas, que los romanos desde la fundación de la Ciudad fueron asiduamente vejados por estas, y que los falsos dioses, aunque eran cultivados libremente antes del advenimiento de Cristo, nada prestaron para apartar ese género de males.

CAPÍTULO I.

Sobre las adversidades que solo los malos temen, y que siempre ha padecido el mundo cuando cultivaba a los dioses.

Creo que ya se ha dicho suficiente sobre los males de las costumbres y de las almas, que principalmente deben evitarse, de que nada se cuidaron los falsos dioses de socorrer a su pueblo cultivador para que no fuera oprimido por el montón de aquellos males; sino que más bien actuaron para que fuera oprimido al máximo. Ahora veo que se debe hablar de aquellos males que solos estos no quieren padecer, cuales son el hambre, la enfermedad, la guerra, la depredación, la cautividad, la matanza, y si algunas cosas semejantes ya mencionamos en el primer libro. Pues solo los malos consideran estos como males,

los cuales no hacen malos a los hombres, ni se avergüenzan entre los bienes que alaban de ser ellos mismos malos quienes alaban; y más se indignan si tienen una villa mala que si tienen una vida mala: como si este fuera el máximo bien del hombre, tener todos los bienes excepto a sí mismo. Pero ni tales males, que estos solos temen, sus dioses, cuando eran cultivados libremente por ellos, impidieron que les sucedieran. Pues cuando en varios tiempos por diversos lugares antes del advenimiento de nuestro Redentor el género humano era triturado por innumerables y algunas incluso increíbles calamidades; ¿a qué otros dioses que a estos cultivaba el mundo, excepto al único pueblo hebreo, y a algunos fuera de ese mismo pueblo, dondequiera que fueron dignos de la gracia divina por el ocultísimo y justísimo juicio de Dios? Pero para no hacerlo demasiado largo, callaré los males gravísimos de otras naciones en todas partes: hablaré solo de lo que pertenece a Roma y al imperio romano; es decir, a la misma ciudad propiamente, e inclusive de cualesquiera tierras que a ella estuvieran unidas por sociedad o sujetas por condición, qué cosas hayan padecido antes del advenimiento de Cristo, cuando ya pertenecían casi a su cuerpo de la república.

CAPÍTULO II.

Si los dioses, que tanto por los romanos como por los griegos eran cultivados de igual manera, tuvieron causas por las cuales permitieran que Ilión fuera destruida.

Primero, la misma Troya o Ilión, de donde es el origen del pueblo romano (pues no debe pasarse por alto ni disimularse lo que también toqué en el primer libro [Cap. 4]), teniendo y cultivando los mismos dioses, ¿por qué fue vencida, capturada y destruida por los griegos? A Príamo, dicen, le fueron devueltos los perjurios paternos laomedonteos. Por tanto es verdad que Apolo y Neptuno sirvieron al mismo Laomedonte en obras mercenarias; pues se dice que les prometió una recompensa y juró falsamente. Me maravillo de que Apolo, llamado adivino, trabajara en tan gran obra, no sabiendo que Laomedonte iba a negar lo prometido. Aunque tampoco le decantaba al mismo Neptuno su tío, hermano de Júpiter, rey del mar, ser ignorante de los futuros. Pues Homero lo introduce adivinando algo grande sobre la estirpe de Eneas, por cuyos descendientes fue fundada Roma, ya que se dice que el mismo poeta existió antes de que aquella ciudad fuera fundada: a quien incluso arrebató en una nube, según dice, para que no fuera muerto por Aquiles, cuando deseaba trastornar desde el fondo (lo cual confiesa en Virgilio) los muros de la perjura Troya construidos por sus propias manos. (Aeneid. lib. 5, vers. 810, 811.) No sabiendo, pues, tan grandes dioses, Neptuno y Apolo, que Laomedonte les negaría la recompensa, fueron constructores de los muros troyanos gratis, y para un ingrato. Vean si no es más grave creer en tales dioses que perjurar por tales dioses. Pues esto ni el mismo Homero lo creyó fácilmente, quien hace a Neptuno luchar contra los troyanos, y a Apolo a favor de los tro-

yanos, aunque la fábula narra que ambos estaban ofendidos por aquel perjurio. Si, por tanto, creen en las fábulas, avergüéncense de cultivar tales numenes; si no creen en las fábulas, no aleguen los perjurios troyanos, ni se maravillen de que los dioses castigaran los perjurios troyanos y amaran los romanos. Pues, ¿de dónde la conjuración de Catilina en tan grande y tan corrupta ciudad tuvo incluso una gran abundancia de aquellos a quienes la mano y la lengua alimentaban por el perjurio o por la sangre civil? Pues, ¿qué otra cosa hacían tantas veces los senadores corrompidos en los juicios, tantas veces el pueblo en los sufragios o en cualesquiera causas que ante él se trataban en asambleas, sino pecar incluso perjurando? Pues con las costumbres más corrompidas para esto se conservaba la antigua costumbre de jurar, no para que fueran prohibidos de los crímenes por el miedo de la religión, sino para que también los perjurios se añadieran a los demás crímenes.

CAPÍTULO III.

Que no pudieron ofenderse los dioses por el adulterio de Paris, el cual se relata que fue frecuentado entre ellos mismos.

No hay, pues, ninguna causa por la cual los dioses, por quienes, según dicen, había permanecido aquel imperio (Virgilio, Eneida, lib. 2, v. 352), cuando se prueba que fueron vencidos por los griegos prevalecientes, se finjan airados con los troyanos perjuros. Ni se indignaron por el adulterio de Paris, como rursus son defendidos por algunos, para desertar de Troya. Pues suelen

ser autores y maestros de los pecados, no vengadores. La ciudad de Roma, dice Salustio, según yo he recibido, la fundaron y tuvieron al inicio los troyanos, que bajo la guía de Eneas prófugos vagaban con sedes inciertas (Sobre la Conjuración de Catilina, cap. 6). Si, por tanto, los numenes censuraron que el adulterio de Paris debía ser vengado, o más en los romanos, o ciertamente incluso en los romanos debió ser castigado; porque la madre de Eneas hizo esto. Pero, ¿cómo odiaban en aquel aquel flagelo, quienes en su socia Venus no odiaban (por omitir otras cosas) lo que había cometido con Anquises, de quien había parido a Eneas? ¿O porque aquello se hizo indignándose Menelao, pero esto concediéndolo Vulcano? Pues los dioses, creo, no celan a sus cónyuges, hasta tal punto que incluso se dignan tenerlas comunes con los hombres. Quizás se piensa que me río de las fábulas, y que no trato con gravedad una causa de tanto peso. No creamos, pues, si place, que Eneas es hijo de Venus: he aquí que lo concedo, si tampoco que Rómulo lo sea de Marte. Pero si aquello, ¿por qué no también esto? ¿O es lícito que los dioses se mezclen con mujeres humanas, pero que los hombres varones se mezclen con diosas es ilícito? Dura, o más bien no creíble condición, que lo que por el derecho de Venus fue lícito a Marte en el concúbito, esto no le sea lícito a la misma Venus en su propio derecho. Pero ambos han sido confirmados por la autoridad romana. Pues no creyó menos el más reciente César que su abuela era Venus, que el más antiguo Rómulo que su padre era Marte.

CAPÍTULO IV.

Sobre la sentencia de Varrón, en la cual dijo que es útil que los hombres mientan sobre ser engendrados por los dioses.

Dirá alguien: ¿Así crees tú esas cosas? Yo verdaderamente no creo esas cosas. Pues incluso el varón más docto de ellos, Varrón, casi confiesa que estas cosas son falsas, aunque no audazmente ni con confianza. Pero dice que es útil para las ciudades que los varones fuertes, aunque sea falso, crean que son engendrados por los dioses: para que de ese modo el ánimo humano, llevando como la confianza de una estirpe divina, presuma con más audacia emprender cosas grandes, actúe con más vehemencia, y por esto las cumpla con más felicidad por esa misma seguridad. Cuya sentencia de Varrón, expresada, como pude, con mis palabras, ves qué ancho lugar abre a la falsedad; para que allí entendamos que ya pudieron fingirse más cosas sagradas y como religiosas, donde se pensó que las mentiras incluso sobre los mismos dioses eran provechosas para los ciudadanos.

CAPÍTULO V.

Que no se prueba que los dioses castigaran el adulterio de Paris, el cual no vengaron en la madre de Rómulo.

Pero si pudo Venus por el concúbito con Anquises parir a Eneas, o Marte por el concúbito con la hija de Numitor engendrar a Rómulo, dejémoslo en medio. Pues casi tal cuestión surge también de nuestras Escrituras, por la cual se pregunta

si los ángeles prevaricadores concubieron con las hijas de los hombres; de donde nacidos los gigantes, esto es, varones excesivamente grandes y fuertes, entonces se llenó la tierra (Gén. VI, 4). Por tanto, a ambos refiérase por ahora nuestra disputa. Pues si son verdaderas las cosas que entre ellos se leen frecuentemente sobre la madre de Eneas y sobre el padre de Rómulo; ¿cómo pueden a los dioses desplacerles los adulterios de los hombres, que en sí mismos toleran concordemente? Pero si son falsas; ni aun así pueden airarse por los verdaderos adulterios humanos, quienes incluso por los suyos falsos se deleitan. A esto se añade que si aquello de Marte no se cree, para que esto también de Venus no se crea, con ningún pretexto de concúbito divino se defiende la causa de la madre de Rómulo. Fue además Silvia sacerdotisa vestal, y por eso los dioses debieron vengar más en los romanos aquel flagelo sacrílego que en los troyanos el adulterio de Paris. Pues incluso los mismos romanos antiguos a las sacerdotisas de Vesta detectadas en estupro, incluso vivas las enterraban; pero a las mujeres adúlteras, aunque con alguna condenación, sin embargo con ninguna muerte las castigaban: hasta tal punto más gravemente vengaban lo que pensaban que eran aditamentos divinos que los cubiles humanos.

CAPÍTULO VI.

Sobre el parricidio de Rómulo, que los dioses no vengaron.

Añado otra cosa, porque si hasta tal punto los pecados de los hombres desplacieran a aque-

llos numenes, que ofendidos por el hecho de Paris entregaran la desierta Troya al hierro y a los incendios; más debiera moverlos contra los romanos el hermano de Rómulo muerto, que contra los troyanos el marido griego burlado; más irritaría el parricidio de la ciudad naciente que el adulterio de la ciudad reinante. Ni para la causa que ahora tratamos interesa si Rómulo mandó que esto se hiciera, o Rómulo lo hizo, lo cual muchos niegan por impudencia, muchos dudan por pudor, muchos disimulan por dolor. No nos demoremos, pues, en requerir esa cosa más diligentemente por los testimonios pesados de muchos escritores: consta claramente que el hermano de Rómulo fue muerto, no por enemigos, no por extraños. Si o perpetró o imperó esto Rómulo, más fue él mismo cabeza de los romanos que Paris de los troyanos: ¿por qué, pues, a los troyanos provocó la ira de los dioses aquel raptor de la cónyuge ajena, y a los romanos invitó la tutela de los mismos dioses este extintor de su propio hermano? Pero si aquel crimen es ajeno al hecho e imperio de Rómulo; puesto que debió ciertamente ser vengado, toda aquella ciudad hizo esto, porque toda lo despreció; y no ya a un hermano, sino a un padre, que es peor, mató. Pues ambos fueron fundadores, donde el uno, quitado por el crimen, no fue permitido ser regnante. No hay, según estimo, que decir qué mal mereció Troya para que los dioses la desertaran, por lo cual pudiera extinguirse; y qué bien Roma para que los dioses la habitaran, por lo cual pudiera aumentarse: sino que vencidos huyeron de allí, y

se trasladaron a estos, a quienes igualmente engañaran. Más bien, también allí permanecieron, para engañar a su modo a aquellos que rursus habitaran las mismas tierras; y aquí, ejercitando más incluso las mismas artes de su falacia, se gloriaron con mayores honores.

CAPÍTULO VII.

Sobre la eversión de Ilión, que el jefe de Mario, Fimbria, destruyó.

Ciertamente, bullendo ya las guerras civiles, ¿qué había cometido la mísera Ilión para que por Fimbria, el peor hombre de las facciones marianas, fuera evertida mucho más feroz y cruelmente que antaño por los griegos? Pues entonces tanto muchos huyeron de allí, como muchos capturados al menos vivieron en servidumbre. Pero además Fimbria propuso primero un edicto, de que a nadie se perdonara; e incendió toda la ciudad y a todos los hombres en ella con fuego. Esto mereció Ilión, no de los griegos, a quienes había irritado con su iniquidad, sino de los romanos, a quienes había propagado con su calamidad; no ayudando nada aquellos dioses comunes para repeler estas cosas, o, lo que es verdad, no pudiendo nada. ¿Acaso también entonces se marcharon todos los dioses, dejando los aditamentos y aras, por quienes aquel pueblo había permanecido, reparado tras los antiguos incendios y ruinas de los griegos? Pero si se habían marchado, requiero la causa; y cuanto encuentro mejor la de los ciudadanos, tanto encuentro peor la de los dioses. Pues

ellos contra Fimbria habían cerrado las puertas, para conservar íntegra la ciudad para Sila: de aquí los incendió airado, o más bien los extinguió totalmente. Todavía además Sila fue jefe de las mejores facciones civiles, todavía se esforzaba por recuperar la república con las armas: de estos buenos inicios todavía no tuvo malos eventos. ¿Qué, pues, mejor pudieron hacer los ciudadanos de aquella ciudad? ¿qué más honesto? ¿qué más fiel? ¿qué más digno del parentesco romano que conservar la ciudad para la mejor causa de los romanos, y contra el parricida de la república romana cerrar las puertas? Pero en cuánto exterminio se les convirtió esto, atiéndanlo los defensores de los dioses. Desertaron los dioses a los adúlteros, y dejaron a Ilión a las llamas de los griegos para que de sus cenizas naciera una Roma más casta: ¿por qué también después desertaron de la misma ciudad pariente de los romanos, no rebelándose contra Roma, su noble hija, sino guardando la más constante y piadosa fe a sus facciones más justas; y la dejaron para ser destruida, no por los varones fuertes de los griegos, sino por el hombre más sucio de los romanos? O si desplacía a los dioses la causa de las facciones silanas, para la cual los míseros habían cerrado las puertas conservando la ciudad; ¿por qué al mismo Sila le prometían y prenunciaban tantos bienes? ¿O también por esto se reconocen aduladores de los felices más bien que defensores de los infelices? No, pues, Ilión incluso entonces, cuando era desertada por ellos, fue evertida. Pues los demonios, siempre vigilantísimos para engañar, hicieron lo

que pudieron. Evertidos ciertamente e incendiados todos los simulacros junto con el pueblo, solo el de Minerva bajo tanta ruina de aquel templo, según escribe Livio, se relata que permaneció íntegro: no para que se dijera, 'Dioses patrios, bajo cuyo numen siempre está Troya', (Virgilio, Eneida, lib. 1, v. 702, 703) para su alabanza; sino para que no se dijera, 'Se marcharon todos los dioses dejando los aditamentos y aras', para su defensa. Pues se les permitió poder aquello, no de donde se probaran potentes, sino de donde se convencieran de estar presentes.

CAPÍTULO VIII.

Si debió encomendarse Roma a los dioses ilíacos.

A los dioses ilíacos, pues, tras el documento de la misma Troya, ¿con qué prudencia finalmente se encomendó la custodia de Roma? Diría alguien que ya solían habitar en Roma cuando al expugnarla Fimbria cayó Ilión. ¿De dónde, pues, permaneció el simulacro de Minerva? Luego, si estaban en Roma cuando Fimbria destruyó Ilión - quizás estaban en Ilión cuando la misma Roma fue capturada e incendiada por los galos: pero como son agudísimos de oído y celérrimos de movimiento, a la voz del ganso regresaron pronto, para que al menos defendieran la colina Capitolina, que había quedado: pero para defender otras cosas fueron avisados más tarde para regresar.

CAPÍTULO IX.

Si ha de creerse que los dioses prestaron aquella paz que hubo bajo el reino de Numa.

A estos también se cree que ayudaron a Numa Pompilio, sucesor de Rómulo, para que en todo el tiempo de su reino tuviera paz, y cerrara las puertas de Jano, que suelen estar abiertas en las guerras: por ese mérito a saber, porque constituyó muchos sacros para los romanos. Aquel hombre verdaderamente fue digno de congratulación por tanto ocio, si tan solo hubiera sabido emplearlo en cosas salubres, y, pospuesta la perniciosísima curiosidad, buscar al Dios verdadero con verdadera piedad. Ahora bien, no le confirieron los dioses aquel ocio; sino que quizás lo habrían engañado menos si mínimamente lo hubieran hallado ocioso. Pues cuanto menos ocupado lo hallaron, tanto más ellos mismos lo ocuparon. Pues qué haya intentado él, y con qué artes haya podido asociar a tales dioses para sí o para aquella ciudad, Varrón lo revela: lo cual, si pluguiera al Señor, se tratará más diligentemente en su lugar. Ahora bien, porque se trata de sus beneficios, gran beneficio es la paz: pero es beneficio del Dios verdadero, la mayoría de las veces incluso como el sol, como la lluvia y otros subsidios de la vida, sobre los ingratos y malvados. Pero si este bien tan grande aquellos dioses lo confirieron a Roma o a Pompilio, ¿por qué al imperio romano por los mismos tiempos más loables nunca después lo prestaron? ¿acaso eran más útiles los sacros cuando se instituían que cuando ya instituidos se celebraban? Y sin embargo entonces todavía no eran, sino que se añadían para que fueran; des-

pués verdaderamente ya eran, los cuales se custodiaban para que aprovecharan. ¿Qué es, pues, que aquellos cuarenta y tres, o, como otros quieren, treinta y nueve años se pasaron en tan larga paz reinando Numa, y después instituidos los sacros, y los mismos dioses, que por los mismos sacros habían sido invitados, ya presidentes y tutores, apenas tras tantos años desde la fundación de la Ciudad hasta Augusto, uno solo se conmemora como un gran milagro tras la primera guerra Púnica, en el cual los romanos pudieron cerrar las puertas de la guerra?

CAPÍTULO X.

Si fue deseable que por tanta rabia de guerras se aumentara el imperio de los romanos, cuando con aquel estudio con que fue aumentado bajo Numa, también hubiera podido estar quieto y seguro.

¿O responden que si no fuera por asiduas y continuamente sucesivas guerras el imperio romano no podría aumentarse tan a lo largo y ancho, y difamarse con tan grande gloria? Causa idónea por cierto: ¿por qué debía estar inquieto el imperio para que fuera grande? ¿Acaso no es mejor en los cuerpos de los hombres tener una estatura módica con salud, que llegar a alguna mole gigante por perpetuas aflicciones, y no descansar cuando hayas llegado, sino ser agitado por males tanto mayores cuanto más grandes sean los miembros? ¿Pero qué mal habría, y no más bien muchísimo bien, si perduraran aquellos tiempos que esbozó Salustio, donde dice: «Por tanto, al

principio los reyes (pues en las tierras ese fue el primer nombre del imperio) fueron diversos; unos ejercitaban el ingenio, otros el cuerpo: incluso entonces la vida de los hombres se agitaba sin codicia, a cada uno le bastaban sus propias cosas» (Salustio, En la Conjuración de Catilina, cap. 2)? ¿O para que tanto se aumentara el imperio, debió hacerse lo que Virgilio detesta, diciendo: «Hasta que poco a poco una edad peor y descolorida, y la rabia de la guerra, y el amor de poseer sucedieron» (Eneida, lib. 8, vers. 326, 327)? Pero plenamente para tantas guerras emprendidas y gestadas, justa defensa de los romanos es que los obligaba a resistir a los enemigos que irrumpían importunamente sobre ellos, no la avidez de alcanzar la alabanza humana, sino la necesidad de proteger la salud y la libertad. Sea así plenamente. Pues después que sus cosas, como escribe el mismo Salustio, aumentadas por leyes, costumbres y campos, parecían bastante prósperas y bastante potentes, como se consideran la mayoría de las cosas mortales, nació la envidia de la opulencia. Por tanto, los reyes y pueblos limítrofes los tentaron con la guerra, pocos de los amigos fueron de auxilio: pues los demás, heridos por el miedo, estaban lejos de los peligros. Pero los romanos, intentos en casa y en la milicia, se apresuraban, preparaban, se exhortaban unos a otros, iban al encuentro de los enemigos; protegían con las armas la libertad, la patria y a los padres. Después, cuando habían repelido los peligros con su virtud, llevaban auxilios a los socios y amigos, y preparaban las amistades más

dando que recibiendo beneficios (Salustio, En la Conjuración de Catilina, cap. 6). Decentemente con estas artes creció Roma. Pero reinando Numa, para que hubiera tan larga paz, ¿acaso irrumpían los réprobos y los tentaban con la guerra; o no se hacía nada de eso, para que pudiera persistir aquella paz? Pues si incluso entonces Roma era provocada por guerras, y no se llevaban armas al encuentro de las armas: ¿por qué modos se hacía, que sin ser vencidos en ninguna batalla, ni aterrados por ningún ímpetu marciano se sosegaran los enemigos? Por estos modos siempre se hiciera, y siempre reinara Roma pacificada con las puertas de Jano cerradas. Que si no estuvo en su potestad, no tuvo por tanto Roma paz mientras sus dioses quisieron, sino mientras los hombres limítrofes de alrededor quisieron, quienes con ninguna guerra la provocaron: a no ser que por ventura tales dioses se atrevan incluso a vender al hombre aquello que otro hombre quiso o no quiso. Interesa ciertamente ya por vicio propio, hasta qué punto se permita a estos demonios o aterrar o excitar las mentes malas: pero si siempre pudieran esto, y no se hiciera a menudo de otro modo contra su intento por otra potestad más secreta y superior, siempre tendrían en su potestad las paces y las victorias bélicas, las cuales ocurren casi siempre por los movimientos de los ánimos humanos: las cuales, sin embargo, la misma historia romana confiesa que se hicieron la mayoría de las veces contra la voluntad de ellos, no solo las fábulas que mienten mucho, y apenas indican o significan algo de verdad.

CAPÍTULO XI.

Del simulacro del Apolo Cumano, cuyo llanto se creyó que indicaba la derrota de los griegos, a quienes no podía auxiliar.

Pues no de otra parte aquel Apolo Cumano, cuando se guerreaba contra los aqueos y el rey Aristónico, se anunció que había llorado durante cuatro días: por cuyo prodigio aterrados los arúspices (aruspices), habiendo pensado que aquel simulacro debía ser arrojado al mar, los ancianos cumanos intercedieron, y refirieron que tal prodigio había aparecido en el mismo simulacro tanto en la guerra de Antíoco como en la del Persa: y porque para los romanos había resultado felizmente, testificaron que por decreto del senado se habían enviado dones al mismo Apolo suyo. Entonces, llamados los arúspices como más peritos, respondieron que el llanto del simulacro de Apolo era por eso próspero para los romanos, porque la colonia cumana era griega, y que Apolo llorando había significado luto y derrota a sus propias tierras de donde había sido llamado, esto es, a la misma Grecia. Después pronto se anunció que el rey Aristónico había sido vencido y capturado; a quien ciertamente Apolo no quería que fuera vencido y le dolía, y esto lo indicaba incluso con las lágrimas de su piedra. De donde no del todo incongruentemente, aunque fabulosas, sin embargo semejantes a la verdad, se describen las costumbres de los demonios en los cantos de los poetas. Pues Diana dolió por Camila en Virgilio, y Hércules lloró a Palante que iba a morir. De

aquí tal vez también Numa Pompilio, abundando en paz, pero no sabiendo por don de quién, ni requiriendo; cuando pensaba ocioso a qué dioses encomendaría la protección de la salud romana y el reino, y no opinaba que aquel verdadero y omnipotente sumo Dios cuidara estas cosas terrenas, y recordaba que los dioses troyanos, que Eneas había traído, no habían podido conservar por mucho tiempo ni el reino troyano, ni el laviniense fundado por el mismo Eneas, juzgó que debían proveerse otros, a los cuales empleara, o bien como custodios de aquellos primeros (ya fueran los que con Rómulo ya habían pasado a Roma, o los que alguna vez destruida Alba habían de pasar), como si de fugitivos se tratara, o bien como ayudantes como si de inválidos.

CAPÍTULO XII.

Cuántos dioses se añadieron los romanos además de la constitución de Numa, cuya numerosidad nada les aprovechó.

Ni con estos sacros, sin embargo, se dignó Roma estar contenta, que tantos allí Pompilio había constituido: pues aún no tenía el sumo templo del mismo Júpiter. Pues el rey Tarquino fabricó allí el Capitolio. Esculapio (Aesculapius), además, anduvo de Epidauro a Roma, para que como peritísimo médico en la ciudad nobilísima ejerciera su arte más gloriosamente. También la Madre de los dioses (Mater deûm), no sé de dónde, de Pesinunte. Pues era indigno que cuando su hijo ya presidía el collado Capitolino, todavía ella misma estuviera oculta en un lugar

innoble. La cual, sin embargo, si es la madre de todos los dioses, no solo siguió a Roma a algunos hijos suyos, sino que incluso precedió a otros que habían de seguirla. Me maravillo por cierto, si ella misma parió a Cinocéfalo (Cynocephalum), que mucho después vino de Egipto. Si también la diosa Fiebre (dea Febris) nació de ella, lo vea Esculapio su bisnieto. Pero de dondequiera que haya nacido, no (pienso) se atreverán a decir que es innoble los dioses peregrinos a una diosa ciudadana romana. ¿Bajo este patrocinio de tantos dioses, que quién los puede numerar, indígenas y ajenos, celestes, terrestres, infernales, marinos, de las fuentes, de los ríos; y, como dice Varrón, ciertos e inciertos, y en todos los géneros de dioses, al igual que en los animales, machos y hembras? Bajo este patrocinio, pues, de tantos dioses constituida Roma, no debió ser agitada y afligida por tan grandes y horrendas derrotas, de las cuales conmemoraré unas pocas de muchas. Pues demasiados dioses con su gran humo, como por una señal dada, había congregado para su protección; a los cuales instituyendo y ofreciendo templos, aras, sacrificios, sacerdotes, ofendería al sumo Dios verdadero, a quien solo se deben estas cosas rectamente hechas. Y más feliz ciertamente vivió con menos: pero cuanto más grande se hizo, como una nave a los marineros, tanto más pensó que debían emplearse; creo, desesperando que aquellos menos, bajo los cuales en comparación de una vida peor había vivido mejor, no fueran suficientes para auxiliar a su grandeza. Pues primero bajo los mismos reyes, exceptuado Numa

Pompilio, de quien ya arriba he hablado, ¿cuán grande mal fue la discordiosa contienda, que obligó a que el hermano de Rómulo fuera muerto?

CAPÍTULO XIII.

Por qué derecho, por qué pacto los romanos obtuvieron sus primeros matrimonios.

¿Cómo ni Juno, que con su Júpiter ya fomentaba a los romanos, señores de las cosas y gente togada (Eneida, lib. 1, vers. 281, 282), ni la misma Venus pudo ayudar a sus Enéadas, para que merecieran matrimonios por buena y equitativa costumbre, e irrumpió tanta derrota por esta penuria, que las raptaran con dolo, y pronto fueran compelidos a luchar con sus suegros; de modo que las míseras mujeres aún no conciliadas con sus maridos por la injuria, ya fueran dotadas con la sangre de sus padres? Pero por cierto vencieron en esta conflictiva los romanos a sus vecinos. ¿Con cuántas y cuán muchas heridas y funerales de tan allegados y limítrofes constaron aquellas victorias? Por causa de un solo suegro César y un solo yerno suyo Pompeyo, muerta ya la hija de César, esposa de Pompeyo, ¿con cuánto y cuán justo instinto de dolor exclama Lucano: «¡Guerras más que civiles por los campos Ematios, y el derecho dado al crimen cantamos!» (Lucano, lib. 1, vers. 1, 2.) Vencieron, pues, los romanos, para que con manos cruentas de la matanza de los suegros extorsionaran abrazos miserables de sus hijas; ni osaran aquellas llorar a los padres muertos, por no ofender a los maridos vencedores; las cuales

aún luchando aquellos, no sabían por quiénes hicieran sus votos. Con tales nupcias no Venus, sino Belona (Bellona) dotó al pueblo romano: o tal vez aquella Alecto (Alecto) infernal furia, ya favoreciéndolos Juno, tuvo más licencia en ellos, que cuando con sus preces contra Eneas había sido excitada. Andrómaca (Andromacha) más felizmente fue cautivada, que aquellas nupcias romanas se casaron: aunque serviles, sin embargo tras sus abrazos Pirro no mató a ninguno de los troyanos. Pero los romanos mataban a los suegros en las batallas, cuyas hijas ya abrazaban en los tálamos. Aquella súbdita al vencedor, solo pudo doler la muerte de los suyos, no temerla: ellas asociadas a los que guerreaban, temían las muertes de sus padres al marchar los varones, dolían al regresar, no teniendo ni temor libre, ni dolor. Pues por el exterminio de ciudadanos, parientes, hermanos, padres, o piadosamente se atormentaban, o cruelmente se alegraban con las victorias de sus maridos. A esto se añadía que, como son las alternancias de las guerras, algunas por el hierro de los padres perdieron a los varones, algunas por el hierro de ambos perdieron tanto a los padres como a los varones: por cuanto tampoco en los romanos fueron pequeños aquellos riesgos. Por cuanto incluso se llegó al asedio de la ciudad, y con las puertas cerradas se protegían: las cuales abiertas por dolo, y admitidos los enemigos dentro de los muros, en el mismo foro se cometió una malvada y demasiado atroz lucha entre yernos y suegros. E incluso aquellos raptores eran superados; y frecuentemente hu-

yendo dentro de sus casas, afeaban sus antiguas victorias más gravemente, aunque también ellas fueran vergonzosas y lamentables. Aquí, sin embargo, Rómulo desesperando ya de la virtud de los suyos, rogó a Júpiter que se detuvieran: y él por esta ocasión halló el nombre de Estator (Stator). Ni habría fin de tanto mal, si aquellas raptadas con los cabellos desgarrados no saltaran en medio, y prostradas ante sus padres, calmaran su ira justísima, no con armas victoriosas, sino con suplicante piedad. Después a Tito Tacio, rey de los sabinos, Rómulo fue compelido a tener como socio del reino, impaciente de un hermano como consorte: ¿pero cuándo toleraría a este por mucho tiempo, quien no soportó a un hermano y gemelo? De donde muerto también este, para que fuera un dios mayor, obtuvo él solo el reino. ¿Qué derechos son esos de nupcias, qué incitamentos de guerras, qué pactos de hermandad, afinidad, sociedad, divinidad? ¿qué vida de la ciudad, por último, bajo tantos dioses tutores? Ves cuántas cosas de aquí y cuán muchas podrían decirse, si no cuidara nuestra intención lo que resta, y el sermón se apresurara a otras cosas.

CAPÍTULO XIV.

De la impiedad de la guerra que los romanos llevaron contra los albanos, y de la victoria alcanzada por la libido de dominar.

1. ¿Qué pues después de Numa bajo los otros reyes? ¡Con cuánta maldad, no solo suya, sino también de los romanos, fueron provocados los

albanos a la guerra! porque a saber la paz de Numa tan larga se había envilecido. ¡Cuán frecuentes fueron las matanzas del ejército romano y albano, y el quebrantamiento de ambas ciudades! Pues aquella Alba, que Ascanio el hijo de Eneas creó, madre para Roma más cercana ella misma que Troya, provocada por el rey Tulio Hostilio entró en conflicto: y en conflicto tanto fue afligida, como afligió, hasta que a muchos cansara por la par defección de los certámenes. Entonces plugo experimentar el evento de la guerra por tres hermanos de aquí y de allá: por los romanos tres Horacios (Horatii), y por los albanos tres Curiacios (Curiatii) salieron; de los tres Curiacios dos Horacios fueron vencidos y extinguidos, pero por un solo Horacio los tres Curiacios fueron vencidos y extinguidos. Así Roma resultó vencedora, con aquella derrota incluso en el certamen extremo, que de seis vivos uno solo volviera a casa. ¿Para quién el daño en ambos? ¿para quién el luto, sino para la estirpe de Eneas, sino para los pósteros de Ascanio, sino para la prole de Venus, sino para los nietos de Júpiter? Pues incluso esta fue más que una guerra civil, cuando la ciudad hija luchó con la ciudad madre. Se añadió otro mal atroz y horrendo a esta última lucha de los tres hermanos. Pues como eran ambos pueblos antes amigos (vecinos por cierto y parientes), a uno de los Curiacios había sido desposada la hermana de los Horacios: esta, después que vio los despojos del esposo en su hermano vencedor, por el mismo hermano, porque lloró, fue muerta. Más humano me parece haber sido el afecto de esta sola mujer,

que el de todo el pueblo romano. Aquel a quien ya por una fe mediada retenía como varón, o tal vez doliendo también por el mismo hermano que había matado a aquel a quien había prometido a su hermana, pienso que no culpablemente lloró. Pues ¿de dónde en Virgilio el piadoso Eneas laudablemente duele al enemigo incluso muerto por su mano? ¿de dónde Marcelo, recordando que la ciudad siracusana, su cumbre y gloria poco antes, había caído súbitamente bajo sus manos, pensando la condición común, llorando se compadeció? Ruego que alcancemos del afecto humano, que una mujer haya llorado a su esposo muerto por su hermano sin crimen, si varones lloraron a los enemigos por ellos vencidos incluso con alabanza. Por tanto, cuando aquella mujer lloraba la muerte inferida a su esposo por su hermano, Roma se alegraba de haber guerreado contra su madre ciudad con tanta matanza, y de haber vencido con tanta efusión de sangre pariente de aquí y de allá.

2. ¿Por qué se me pretende el nombre de la alabanza, y el nombre de la victoria? Removidos los obstáculos de la insana opinión, véanse los facinerosos actos desnudos, sopesense desnudos, júzguense desnudos. Dígase la causa de Alba, como se decía el adulterio de Troya. Ninguna tal, ninguna semejante se encuentra: solo para que Tulio moviera «a los hombres residentes a las armas, y a las filas desacostumbradas a los triunfos» (Eneida, lib. 6, vers. 814, 815). Por aquel vicio, pues, tanto escándalo se perpetró de guerra social y de parientes. Vicio que Salustio

toca de paso como grande. Pues habiendo conmemorado brevemente, alabando, los tiempos más antiguos, cuando la vida de los hombres se agitaba sin codicia, y a cada uno le bastaban sus cosas: «Pero después», dice, «que en Asia Ciro, en Grecia los lacedemonios y atenienses empezaron a subyugar ciudades y naciones, a tener la libido de dominar (libido dominandi) como causa de guerra, a poner la máxima gloria en el máximo imperio» (Salustio, En Catilina, cap. 2): y lo demás que él mismo había instituido decir. Bástame hasta aquí haber puesto sus palabras. Esa libido de dominar agita y desgasta con grandes males al género humano. Por esta libido Roma, entonces vencida, triunfaba de haber vencido a Alba, y llamaba gloria a la alabanza de su propio crimen. «Puesto que es alabado», dice nuestra Escritura, «el pecador en los deseos de su alma; y el que obra iniquidades es bendecido» (Salmo X, 3). Por tanto, quítense los falaces velos y los engañosos blanqueos de las cosas, para que sean inspeccionadas con sincero examen. Nadie me diga: Grande aquel y aquel, porque con aquel y aquel luchó, y venció. Luchan también los gladiadores, vencen también ellos: tiene premios de alabanza también aquella crueldad. Pero pienso que es mejor sufrir las penas de cualquier inercia, que buscar la gloria de aquellas armas. Y sin embargo, si salieran a la arena a luchar entre sí gladiadores, de los cuales uno fuera hijo y el otro padre, ¿quién soportaría tal espectáculo? ¿quién no lo quitaría? ¿Cómo, pues, pudo ser glorioso el certamen de armas entre una ciudad madre y otra

hija? ¿O acaso fue diferente porque aquello no fue una arena, y campos más anchos se llenaban con los funerales no de dos gladiadores, sino de muchos en dos pueblos; ni se ceñían por un anfiteatro aquellos certámenes, sino por el universo orbe, y entonces se ofrecía un impío espectáculo a los vivos y a los pósteros, hasta donde se extiende aquella fama?

3. Sin embargo, padecían la fuerza de su propio estudio aquellos dioses presidentes del imperio romano, y como espectadores teatrales de tales certámenes, hasta que la hermana de los Horacios, por causa de los tres Curiacios muertos, también ella misma fuera añadida como tercera por la otra parte por el hierro fraterno a los dos hermanos, para que no tuviera menos muertes incluso Roma que había vencido. Después para fruto de la victoria Alba fue destruida: donde después de Ilión, que los griegos destruyeron, y después de Lavinio, donde Eneas había constituido un reino peregrino y fugitivo, en tercer lugar habían habitado aquellos numenes troyanos. Pero por su costumbre también de allí tal vez ya habían emigrado; por eso fue borrada. Se habían marchado a saber «todos los dioses, dejados los santuarios y las aras, por los cuales aquel imperio se había mantenido». Se habían marchado ciertamente, he aquí ya por tercera vez, para que se les confiara providencialísimamente la cuarta Roma. Pues les había disgustado también Alba, donde Amulio reinó expulsado su hermano, y les había pluguierdo Roma, donde Rómulo reinó muerto su hermano. Pero antes de que Alba

fuera derruida, fue trasvasado, dicen, su pueblo a Roma, para que de ambas se hiciera una sola ciudad. Sea, así se haya hecho: sin embargo aquella ciudad, reino de Ascanio y tercer domicilio de los dioses troyanos, por la ciudad hija la madre fue destruida. Pero para que las reliquias de la guerra de dos pueblos hicieran un solo miserable coágulo, mucha sangre de ambos fue derramada antes. ¿Qué diré ya singularmente bajo los otros reyes tantas veces renovadas las mismas guerras, que parecían terminadas por las victorias, y otra vez y otra vez concluidas con tales matanzas, otra vez y otra vez tras el pacto y la paz entre yernos y suegros y su estirpe y pósteros repetidas? No pequeño indicio de esta calamidad fue que ninguno de ellos cerró las puertas de la guerra. Ninguno de ellos, pues, bajo tantos dioses presidentes reinó en paz.

CAPÍTULO XV.

Cuál fue la vida y el fin de los reyes romanos.

1. ¿Y de los mismos reyes cuáles fueron los fines? De Rómulo véalo la adulación fabulosa, por la cual se pretende que fue recibido en el cielo: véanlo ciertos escritores suyos, que dijeron que él por su ferocidad fue despedazado por el senado, y que se sobornó a un tal Julio Próculo (Julius Proculus), que dijera que se le había aparecido, y que por él había mandado al pueblo romano que fuera cultivado entre los númenes; y de ese modo el pueblo, que contra el senado había empezado a hincharse, fue reprimido y sosegado. Pues había

ocurrido también un eclipse de sol, que la multitud ignorante e inexperta, no sabiendo que se había efectuado por cierta razón de su curso, atribuía a los méritos de Rómulo. Como si verdaderamente si aquel hubiera sido el luto del sol, no más bien por eso debiera creerse que fue muerto, y el mismo crimen indicado por la aversión incluso de la luz diurna: como verdaderamente se hizo cuando el Señor fue crucificado por la crueldad e impiedad de los judíos (Lucas XXIII, 45). La cual oscurecimiento del sol no haber ocurrido por el curso canónico de los astros, bastante lo muestra que entonces era la pascua de los judíos; pues se celebra solemnemente con la luna llena: pero el regular eclipse de sol no acontece sino al fin de la luna. Bastante también Cicerón significa que aquella recepción de Rómulo entre los dioses fue más pensada que hecha, cuando también alabándolo en los libros Sobre la República (Lib. 2, cap. 10), y en el sermón de Escipión: «Tanto», dice, «alcanzó, que habiendo desaparecido súbitamente oscurecido el sol, se pensara que estaba colocado en el número de los dioses: cuya opinión ningún mortal pudo nunca alcanzar sin eximia gloria de su virtud». Pero lo que dice, que súbitamente no apareció, por cierto allí se entiende o la violencia de la tempestad, o el secreto de la matanza y del crimen. Pues también otros escritores suyos añaden al eclipse del sol también una súbita tempestad, la cual por cierto o dio ocasión al crimen, o la misma tempestad consumió a Rómulo. De Tulio Hostilio por cierto, que fue el tercer rey después de Rómulo, que también él

mismo fue consumido por un rayo, dice en los mismos libros el mismo Cicerón que por eso no fue creído recibido entre los dioses por tal muerte, porque tal vez lo que en Rómulo había sido aprobado (esto es, persuadido) los romanos no quisieron vulgarizarlo, esto es, hacerlo vil, si esto también a otro fácilmente se le atribuyera. Dice también abiertamente en las Invectivas: «A aquel que fundó esta ciudad, Rómulo, lo hemos elevado a los dioses inmortales por benevolencia y fama» (Orat. 3 En Catilina, cap. 1): para que mostrara que no verdaderamente se hizo, sino que por los méritos de su virtud por benevolencia se jactó y difamó. Pero en el diálogo Hortensio, cuando hablaba de los eclipses canónicos del sol: «Para que efectúe las mismas tinieblas», dice, «que efectuó en la muerte de Rómulo, quien fue hecho por la oscurecimiento del sol». Ciertamente aquí mínimamente temió decir la muerte del hombre, porque fue más disputador que alabador.

2. Pero en cuanto a los demás reyes del pueblo romano, a excepción de Numa Pompilio y Anco Marcio, que murieron de enfermedad, ¿qué horrendos fines tuvieron? Tulio Hostilio, como dije, vencedor y destructor de Alba, fue consumido por un rayo con toda su casa. Prisco Tarquino fue muerto por los hijos de su predecesor. Servio Tulio fue asesinado por el nefario crimen de su yerno Tarquino el Soberbio, que le sucedió en el reino. Y no «se marcharon los dioses, abandonados sus adoratorios y aras», a pesar de haberse perpetrado tan gran parricidio contra el mejor rey de aquel pueblo; aquellos de quienes dicen que,

para hacer esto a la miserable Troya y dejarla para ser destruida e incendiada por los griegos, se sintieron conmovidos por el adulterio de Paris. Pero además, habiendo matado a su suegro, el propio Tarquino le sucedió. A este hombre, parricida nefario que reinaba por la muerte de su suegro, y que además se jactaba de muchas guerras y victorias, y fabricaba el Capitolio con los despojos, aquellos dioses, no alejándose sino presentes y permaneciendo, lo vieron, y permitieron que su rey Júpiter presidiera y reinara para ellos en aquel altísimo templo, es decir, en la obra de un parricida. Pues no edificó el Capitolio siendo aún inocente y después fue expulsado de la Ciudad por malos méritos: sino que llegó al mismo reino en el que habría de fabricar el Capitolio por la perpetración de un crimen immanísimo. Pero el que los romanos lo expulsaran después del reino y lo excluyeran de las murallas de la ciudad, no fue pecado suyo por el estupro de Lucrecia, sino pecado de su hijo, cometido no solo sin saberlo él, sino estando además ausente. Estaba entonces asediando la ciudad de Ardea y hacía la guerra por el pueblo romano: no sabemos qué habría hecho si se hubiera puesto en su noticia la infamia de su hijo. Y sin embargo, sin haber explorado ni probado su juicio, el pueblo le quitó el mando; y recibido el ejército, por el cual se ordenó que fuera abandonado, cerradas después las puertas no le permitieron entrar cuando regresaba. Pero él, después de gravísimas guerras con las que desgastó a esos mismos romanos habiendo incitado a los vecinos, después de que, abandonado

por aquellos en cuya ayuda confiaba, no pudo recuperar el reino, tuvo en la ciudad de Túsculo, vecina de Roma, catorce años, según se dice, una vida privada tranquila, y envejeció con su mujer, con un fin tal vez más deseable que el de su suegro, extinguido por el crimen de su yerno, no ignorándolo su hija, según se cuenta. Y sin embargo, los romanos no llamaron a este Tarquino cruel o malvado, sino soberbio, tal vez no tolerando sus fastos reales por otra soberbia propia. Pues hasta tal punto despreciaron el crimen del asesinato de su suegro, su mejor rey, que lo hicieron su rey: donde me maravillo si no devolvieron con un crimen más grave tan gran recompensa a tan gran crimen. Y no «se marcharon los dioses, abandonados sus adoratorios y aras». A menos que tal vez alguien defienda así a estos dioses que diga que permanecieron en Roma para poder castigar a los romanos más con suplicios que ayudarlos con beneficios, seduciéndolos con vanas victorias y desgastándolos con gravísimas guerras. Esta fue la vida de los romanos bajo los reyes en aquel tiempo loable de la república hasta la expulsión de Tarquino el Soberbio por casi doscientos cuarenta y tres años, cuando todas aquellas victorias, compradas con tanta sangre y tantas calamidades, apenas extendieron aquel imperio a menos de veinte millas de la Ciudad: ¡cuánto dista ese espacio de ser comparado siquiera con el territorio de alguna ciudad getula actual!

CAPÍTULO XVI.

De los primeros cónsules entre los romanos, de los cuales uno expulsó al otro de la patria, y poco después en Roma, tras atrocísimos parricidios, murió herido por un enemigo herido.

A este tiempo añadamos también aquel tiempo que Salustio dice (Véase arriba, lib. 2, cap. 18) que fue conducido con ley equitativa y modesta, mientras duró el miedo a Tarquino y la grave guerra con Etruria estuvo planteada. Pues mientras los etruscos ayudaron a Tarquino, que intentaba regresar al reino, Roma fue sacudida por una grave guerra. Por eso dice que la república fue gestionada con ley equitativa y modesta por la presión del miedo, no por la persuasión de la justicia. En el cual brevísimo tiempo, ¿cuán funesto fue aquel año en que se crearon los primeros cónsules, tras la expulsión de la potestad regia? Pues no completaron su año. Porque Junio Bruto expulsó de la Ciudad a su colega Lucio Tarquino Colatino, habiéndolo despojado de su honor; después, pronto él mismo cayó en la guerra por heridas mutuas con el enemigo, habiendo matado primero a sus propios hijos y a los hermanos de su mujer, porque había sabido que habían conspirado para restaurar a Tarquino. El cual hecho Virgilio, después de haberlo conmemorado laudablemente, inmediatamente se horrorizó con clemencia. Pues habiendo dicho: «Y el padre llamará a sus hijos, que movían nuevas guerras, al castigo por la hermosa libertad»; poco después exclamó y dijo: «¡Infeliz! de cualquier modo que los menores lleven esos hechos». De cualquier modo, dice, que la posteridad lleve esos hechos,

esto es, los prefiera y los ensalce; el que mata a sus hijos es infeliz. Y como para consolar al infeliz, añadió: «Venció el amor a la patria, y el inmenso deseo de alabanzas». (Eneida, lib. 6, vers. 820-823.) ¿Acaso en este Bruto, que mató a sus hijos y, herido por el enemigo hijo de Tarquino a quien él mismo hirió, no pudo sobrevivirle, y más bien el mismo Tarquino le sobrevivió, no parece vindicada la inocencia de su colega Colatino, quien, siendo buen ciudadano, sufrió esto tras la expulsión de Tarquino lo mismo que el propio tirano Tarquino? Pues también se cuenta que el mismo Bruto fue pariente de Tarquino. Pero evidentemente la similitud del nombre oprimió a Colatino, porque también se llamaba Tarquino. Se le debiera obligar, pues, a cambiar el nombre, no la patria: finalmente, en su nombre faltaría este vocablo, se llamaría solamente L. Colatino. Pero no perdió lo que podía perder sin ningún detrimento, sino que se le ordenó carecer tanto del honor de primer cónsul como de la ciudadanía de buen ciudadano. ¿Acaso también esa gloria de Junio Bruto es una detestable iniquidad y en nada útil para la república? Para perpetrar esto también, «¿venció el amor a la patria y el inmenso deseo de alabanzas?». Ya expulsado por cierto el tirano Tarquino, fue creado cónsul con Bruto el marido de Lucrecia, L. Tarquino Colatino. ¡Cuán justamente el pueblo atendió a las costumbres en el ciudadano, no al nombre! ¡Cuán injustamente Bruto privó de la patria y del honor a su colega de aquella primera y nueva potestad, a quien podía, si esto le ofendía, privar solo del nombre! Estos

males se hicieron, estas adversidades ocurrieron, cuando en aquella república se gestionó con ley equitativa y modesta. Lucrecio también, que había sido subrogado en lugar de Bruto, fue consumido por la enfermedad antes de que terminara el mismo año. Así, P. Valerio, que había sucedido a Colatino, y M. Horacio, que había sido sustituido por el difunto Lucrecio, completaron aquel año funéreo y tartáreo, que tuvo cinco cónsules: en cuyo año la república romana inauguró el nuevo honor y potestad del mismo consulado.

CAPÍTULO XVII.

Tras los inicios del imperio consular, por qué males fue vejada la república romana, no ayudándola los dioses que cultivaba.

1. Entonces ya, disminuido un poco el miedo, no porque las guerras hubieran cesado, sino porque no urgían con peso tan grave —terminado por cierto el tiempo en que se gestionó con ley equitativa y modesta—, siguieron aquellas cosas que el mismo Salustio (Historias, lib. 1) explica brevemente: «Desde entonces los padres comenzaron a ejercer un imperio servil sobre la plebe, a decidir sobre la vida y la espalda al modo regio, a expulsar del campo, y, excluidos los demás, a actuar solos en el imperio». Por cuyas sevicias, y máximo por la usura oprimida la plebe, cuando toleraba al mismo tiempo el tributo y la milicia con asiduas guerras, armada ocupó el monte Sacro y el Aventino: y entonces se procuró para sí tribunos de la plebe y otras leyes. El fin de las

discordias y del certamen por ambas partes fue la segunda guerra púnica. [XVII.] ¿Por qué, pues, he de soportar yo tantas demoras ya sea escribiendo, o las he de traer a los lectores? Cuán miserable fuera aquella república en tan larga edad por tantos años hasta la segunda guerra púnica, no desistiendo de inquietar por fuera las guerras e interiormente las discordias y sediciones civiles, ha sido brevemente intimado por Salustio. Por lo cual aquellas victorias no fueron sólidos gozos de los bienaventurados, sino vanos consuelos de los miserables, e incitamentos engañosos para los que en nada estaban quietos para sufrir otros y otros males estériles. Ni se enojen con nosotros, porque decimos estas cosas, los buenos y prudentes romanos: aunque sobre este asunto ni se ha de pedir ni se ha de advertir, siendo certísimo que ellos mínimamente se han de enojar. Pues no decimos cosas más graves ni más gravemente que sus propios autores, y somos muy desiguales a ellos en estilo y en ocio: para cuyo aprendizaje también ellos mismos trabajaron, y compelen a sus hijos a trabajar. Pero los que se enojan, ¿cuándo me soportarían si yo dijera lo que Salustio (Ibíd.) dice? «Muchísimas turbulencias, sediciones, y al final surgieron guerras civiles, mientras pocos potentes, en cuya gracia la mayoría había cedido, bajo el nombre honesto de los padres o de la plebe afectaban dominaciones; y ciudadanos buenos y malos fueron llamados así no por los méritos en la república —estando todos igualmente corruptos—, sino según cada cual fuera más rico y más válido en la injuria, por-

que defendía las cosas presentes, era tenido por bueno». Por lo demás, si aquellos escritores de la historia arbitraron que pertenecía a la libertad honesta no callar los males de la propia ciudad, a la que en muchos lugares se vieron compelidos a alabar con gran encomio, no teniendo otra más verdadera, donde han de ser leídos los ciudadanos eternos: ¿qué nos conviene hacer a nosotros, cuya esperanza es tanto mejor y más cierta en Dios, cuanta mayor debe ser la libertad, cuando imputan los males presentes a nuestro Cristo, para que las mentes más débiles e inexpertas sean alienadas de aquella ciudad, en la cual sola se ha de vivir perpetua y felizmente? Ni contra sus dioses decimos nosotros cosas más horribles que sus mismos autores, a quienes leen y predican: puesto que incluso de ellos mismos recibimos lo que habríamos de decir, y de ningún modo somos suficientes para decir o tales cosas, o todas ellas.

CAPÍTULO XVII.

Tras los inicios del imperio consular, por qué males fue vejada la república romana, no ayudándola los dioses que cultivaba.

2. ¿Dónde estaban, pues, aquellos dioses, que se estiman dignos de culto por la exigua y falaz felicidad de este mundo; cuando los romanos, a quienes se vendían para ser cultivados con mentirosísima astucia, eran vejados por tantas calamidades? ¿Dónde estaban cuando el cónsul Valerio, mientras defendía el Capitolio incendiado por los exiliados y esclavos, fue muerto? Y más fá-

cilmente pudo él mismo aprovechar al templo de Júpiter, que aquella turba de tantos númenes con su máximo y óptimo rey, cuyo templo había liberado, socorrerle a él. ¿Dónde estaban cuando la ciudad, fatigada por los densísimos males de las sediciones, mientras esperaba un poco de quietud a los legados enviados a Atenas para tomar prestadas las leyes, fue devastada por una grave hambre y pestilencia? ¿Dónde estaban cuando de nuevo el pueblo, trabajando con el hambre, creó por primera vez un prefecto de la provisión; y al aumentar aquella hambre, Espurio Melio, que repartió trigo a la multitud hambrienta, incurrió en el crimen de afectación del reino, y por instancia del mismo prefecto, a través del dictador L. Quincio, decrépito por la edad, fue muerto por Quinto Servilio, maestro de la caballería, con un máximo y peligrosísimo tumulto de la ciudad? ¿Dónde estaban cuando, surgida una máxima pestilencia, el pueblo, larga y mucho tiempo fatigado sin remedio por los dioses inútiles, arbitró que debían exhibirse nuevos lectisternios, lo que nunca antes había hecho? Pues se extendían lechos en honor de los dioses, de donde este nombre sagrado o más bien sacrílego fue tomado. ¿Dónde estaban cuando por diez años continuos, combatiendo mal, el ejército romano había recibido frecuentes y grandes estragos en Veyes, a no ser que finalmente se socorriera por Furio Camilo, a quien después la ciudad ingrata condenó? ¿Dónde estaban cuando los galos tomaron Roma, la despojaron, la incendiaron y la llenaron de matanzas? ¿Dónde estaban cuando aquella

insigne pestilencia dio tan ingente estrago, por la que también aquel Furio Camilo fue extinguido, quien antes defendió a la república ingrata de los veyentes y después la vindicó de los galos? En esta pestilencia introdujeron los juegos escénicos, otra nueva peste, no para los cuerpos de los romanos, sino, lo que es mucho más pernicioso, para sus costumbres. ¿Dónde estaban cuando se creyó que otra grave pestilencia había surgido de los venenos de las matronas, cuyas costumbres de muchas y nobles más allá de toda fe fueron descubiertas más graves que toda pestilencia? ¿O cuando en las Horcas Caudinas, sitiados por los samnitas, ambos cónsules con el ejército fueron compelidos a hacer un tratado torpe con ellos; de modo que, dados seiscientos caballeros romanos como rehenes, los demás, perdidas las armas y despojados y privados de otras coberturas, fueran enviados bajo el yugo de los enemigos con una sola vestidura cada uno? ¿O cuando, trabajando los demás con una grave pestilencia, muchos también en el ejército perecieron heridos por el rayo? ¿O cuando asimismo en otra intolerable pestilencia Roma fue compelida a convocar y aplicar a Esculapio de Epidauro como dios médico? Puesto que a Júpiter, rey de todos, que ya desde hacía tiempo se sentaba en el Capitolio, los muchos estupros en los que de joven se había vaciado, no le habían permitido tal vez aprender medicina. ¿O cuando, conspirando al mismo tiempo los enemigos —lucanos, brutios, samnitas, etruscos y galos senones—, primero fueron muertos por ellos los legados, después el ejército

fue oprimido con el pretor, pereciendo con él siete tribunos y trece mil soldados? ¿O cuando, tras graves y largas sediciones en Roma, por las cuales al final la plebe se había retirado al Janículo por el pillaje hostil, la calamidad tan funesta de este mal era tal que, por causa de este asunto, lo que solía hacerse en los peligros extremos, se creaba al dictador Hortensio, quien, revocada la plebe, expiró en el mismo magistrado, lo que a ningún dictador antes había acontecido, y lo que para aquellos dioses fue un crimen más grave, estando ya presente Esculapio.

3. Entonces verdaderamente tantas guerras crecieron por todas partes, que por la penuria de soldados fueron inscritos en la milicia aquellos proletarios, que, por el hecho de que estaban vacantes para engendrar prole y no eran válidos para militar por su indigencia, habían recibido este nombre. También Pirro, rey de Grecia, entonces celebrado con ingente gloria, llamado por los tarentinos, se hizo enemigo de los romanos. Al cual por cierto, consultando sobre el futuro evento de las cosas, Apolo le dio un oráculo tan ambiguo que, sucediera lo que sucediera de las dos cosas, él mismo fuera tenido por divino. Pues dice: «Digo que tú, Pirro, puedes vencer a los romanos». Y así, ya fuera Pirro vencido por los romanos, o los romanos por Pirro, el vaticinador seguro esperaba cualquiera de los dos eventos. ¿Cuál entonces y cuán horrenda fue la matanza de ambos ejércitos? En la cual sin embargo Pirro resultó superior, de modo que ya podía predicar a Apolo por divino según su entendimiento; a no

ser que próximamente en otra batalla los romanos se retiraran superiores. Y en tanta mortandad de guerras también surgió una grave pestilencia de las mujeres: pues antes de que dieran a luz partos maduros, morían embarazadas. Donde, creo, Esculapio se excusaba porque se profesaba médico jefe, no partera. Los ganados también morían de modo similar, de modo que ya se creía que el género de los animales faltaría. ¿Qué decir de aquel invierno memorable, que sañó con tan increíble inmanidad que, permaneciendo las nieves de horrenda altura incluso en el foro por cuarenta días, el Tíber también se endureció con el hielo; si hubiera ocurrido en nuestros tiempos, qué y cuántas cosas dirían ellos? ¿Qué de aquella asimismo ingente pestilencia, cuánto tiempo sañó, a cuántos mató? La cual, como se extendiera a otro año mucho más gravemente, estando presente en vano Esculapio, se acudió a los libros Sibilinos. En cuyo género de oráculos, como Cicerón conmemora en los libros Sobre la Adivinación, se suele creer más a los intérpretes que conjeturan cosas dudas según pueden o quieren. (Libro 2, cap. 54). Entonces, pues, se dijo que aquella era la causa de la pestilencia: que muchos tenían ocupados privadamente muchísimos edificios sagrados; así entretanto Esculapio fue liberado de un gran crimen de impericia o de desidia. ¿Por qué razón habían sido ocupados por muchos aquellos edificios, no prohibiéndolo nadie, sino porque a tanta turba de númenes se había suplicado largamente en vano; y así poco a poco los lugares eran desertados por los cultivadores, para que, como

vacíos, pudieran ser vindicados al menos para los usos humanos sin ofensa de nadie? Pues las cosas que entonces fueron diligentemente repetidas y reparadas como para sosegar la pestilencia, a no ser que después del mismo modo descuidadas y usurpadas quedaran ocultas, no por cierto se atribuiría a la gran pericia de Varrón el que escribiendo sobre los edificios sagrados conmemore tantas cosas ignoradas. Pero entonces entretanto se procuró una elegante excusa, no de la expulsión de la pestilencia, sino de los dioses.

CAPÍTULO XVIII.

Cuántas matanzas desgastaron a los romanos bajo las guerras púnicas, habiéndose buscado en vano los auxilios de los dioses.

1. Ya verdaderamente en las guerras púnicas, cuando entre ambos imperios la victoria pendió por mucho tiempo dudosa e incierta, y dos pueblos muy potentes lanzaban impulsos fortísimos y opulentísimos el uno contra el otro, ¿cuántos reinos menores fueron triturados? ¿qué ciudades amplias y nobles borradas? ¿cuántas afligidas, cuántas ciudades perdidas? ¿cuán a lo largo y a lo ancho tantas regiones y tierras fueron devastadas? ¿cuántas veces vencidos por aquí y por allá vencedores? ¿qué cantidad de hombres fue consumida, ya de soldados combatientes, ya de pueblos vacantes de las armas? ¡cuánta fuerza de naves oprimida incluso en batallas marinas, y sumergida por la variedad de diversas tempestades! Si intentáramos enarrar o conmemorar

estas cosas, nada más que escritores de historia seremos también nosotros. Entonces la ciudad romana, perturbada por gran miedo, corría a remedios vanos y ridículos. Se instauraron por autoridad de los libros sibilinos los juegos seculares, cuya celebración se había instituido entre cien años, y en tiempos más felices por la memoria negligente se había perdido. Renovaron también los pontífices los juegos sacros a los dioses del infierno, y estos mismos abolidos en los años pasados mejores. Pues por cierto cuando fueron renovados, a los enriquecidos dioses del infierno por tanta copia de moribundos les deleitaba incluso jugar: cuando por cierto los hombres miserables en aquellas mismas rabiosas guerras y cruentas animosidades y funéreas victorias por una y otra parte, celebraban los grandes juegos de los demonios y los opulentos banquetes de los dioses del infierno. Nada ciertamente más miserable aconteció en la primera guerra púnica que el que los romanos fueran de tal modo vencidos, que incluso fuera capturado aquel Régulo, de quien hicimos mención en el primero y en el segundo libro (Lib. 1, caps. 15 y 24; y lib. 2, cap. 23), varón plenamente grande y antes vencedor y domador de los cartagineses: quien también habría terminado la misma primera guerra púnica, si por una avidez excesiva de alabanza y gloria no hubiera impuesto condiciones más duras de las que podían soportar a los fatigados cartagineses. Si la captividad inopinadísima y la servidumbre indignísima y el juramento fidelísimo y la muerte crudelísima de aquel varón no obliga a aquellos

dioses a avergonzarse, es verdad que son de bronce y no tienen sangre.

2. Ni faltaron males gravísimos dentro de los muros en aquel tiempo. Pues desbordándose demasiado fuera de lo acostumbrado el río Tíber, casi todas las llanuras de la ciudad fueron subvertidas; unas impulsadas por el ímpetu como de un torrente, otras como por un estanque diario humedecidas y hundidas. Siguió después a esa peste otra de fuego más perniciosa, que habiendo arrebatado todas las cosas más altas alrededor del foro, ni siquiera perdonó al templo de Vesta, su más familiar, donde vírgenes no tanto honradas como condenadas solían darle como una vida perpetua por la diligentísima sustitución de leña. Pero entonces allí el fuego no solo vivía, sino que también sañaba. Por cuyo ímpetu aterrorizadas las vírgenes, como no pudieran liberar de aquel incendio aquellas cosas sagradas fatales, que ya habían oprimido a tres ciudades en las que habían estado, el pontífice Metelo, olvidado en cierto modo de su propia salud, irrumpiendo las arrebató semiquemado. Pues ni a él mismo lo reconoció el fuego: o verdaderamente había allí un numen, que no hubiera huido también si hubiera existido. Un hombre, pues, más bien pudo aprovechar a las cosas sagradas de Vesta, que aquellas cosas al hombre. Pero si de sí mismas no repelían el fuego, ¿qué podían ayudar contra aquellas aguas y llamas a la ciudad, cuya salud se pensaba que custodiaban? como también la cosa misma patentizó que nada absolutamente habían podido. Estas cosas de ningún modo se les

objetarían por nosotros, si dijeran que aquellas cosas sagradas fueron instituidas no para custodiar estos bienes temporales, sino para significar los eternos; y por eso, cuando aconteciera que perecieran por ser cosas corporales y visibles, nada se disminuía de estas cosas por las cuales habían sido instituidas, y podían ser reparadas de nuevo para los mismos usos. Pero ahora, por una ceguera admirable, piensan que pudo hacerse por aquellas cosas sagradas que pueden perecer, que la salud terrena y la felicidad temporal de la ciudad no pudiera perecer. Por lo cual, cuando incluso permaneciendo aquellas cosas sagradas, se muestra que ha irrumpido o el quebranto de la salud o la infelicidad, se avergüenzan de cambiar la sentencia que no pueden defender.

CAPÍTULO XIX.

De la aflicción de la segunda guerra púnica, por la cual se consumieron las fuerzas de ambas partes.

En la segunda guerra púnica por cierto es demasiado largo conmemorar las matanzas de los dos pueblos, que combatieron tanto tiempo y a lo largo y ancho entre sí; de modo que, confesándolo incluso aquellos que instituyeron no tanto narrar las guerras romanas como alabar el imperio romano, fue más semejante al vencido el que venció. Pues surgiendo Aníbal de España y, superados los montes Pirineos, atravesada la Galia y rotos los Alpes, aumentadas sus fuerzas por tan largo circuito, devastándolo o subyugándolo todo, irrumpiendo a modo de torrente por

las fauces de Italia, ¡cuán cruentas guerras se gestionaron, cuántas batallas! ¡Cuántas veces fueron superados los romanos! ¡cuántas plazas desertaron al enemigo, cuántas capturadas y oprimidas! ¡cuán diras las luchas, y tantas veces gloriosas para Aníbal por la matanza romana! Pero del mal maravillosamente horrendo de Cannas, ¿qué diré?, donde Aníbal, siendo crudelísimo, sin embargo, saciado por tan gran matanza de enemigos atrocísimos, se cuenta que mandó perdonar. De donde envió tres modios de anillos de oro a Cartago: para que entendieran que en aquella batalla había caído tanta dignidad romana, que más fácilmente la captaría la medida que el número; y de aquí la mortandad de la demás turba, tanto más numerosa cuanto más ínfima, que yacía sin anillos, se arbitrara que debía ser conjeturada más que anunciada. Finalmente, siguió tal penuria de soldados, que los romanos recogieron a los reos de crímenes propuesta la impunidad, dieron la libertad a los esclavos, y con ellos no tanto se suplió cuanto se instituyó un ejército vergonzoso. A los esclavos, pues, o mejor, para no hacerles injuria, ya libertos que habían de luchar por la república romana, les faltaron las armas. Fueron quitadas de los templos, como si los romanos dijeran a sus dioses: «Deponed lo que por tanto tiempo habéis tenido vanamente, no sea que tal vez nuestros siervos puedan hacer algo útil de ahí, de donde vosotros, nuestros númenes, nada pudisteis hacer». Entonces también, habiendo fallado el erario para que los estipendios fueran suficientes, las riquezas privadas pasaron a usos

públicos, confiriendo cada uno de tal modo lo que tuvo, que excepto cada uno de los anillos de oro y cada una de las bullas, miserables insignias de dignidad, nada de oro dejó para sí el mismo senado, ¡cuánto más los otros órdenes y tribus! ¿Quién soportaría a estos, si en nuestros tiempos fueran compelidos a esta penuria, cuando apenas los soportamos ahora, cuando para el placer superfluo se dan más cosas a los histriones de las que entonces se reunieron para las legiones por la extrema salud?

CAPÍTULO XX.

Del exterminio de los saguntinos, a quienes pereciendo por la amistad de los romanos, los dioses romanos no les trajeron auxilio.

Pero en todos estos males de la segunda guerra púnica, nada fue más miserable ni más digno de una queja miserable que el exterminio de los saguntinos. Pues esta ciudad de España, amiguísima del pueblo romano, mientras guarda la fe a ese mismo pueblo, fue subvertida. Pues de aquí Aníbal, roto el tratado de los romanos, buscó causas con que irritarlos a la guerra. Por tanto, asediaba ferozmente a Sagunto: lo cual, oído en Roma, se enviaron legados a Aníbal para que desistiera de su asedio. Despreciados, van a Cartago y exponen la queja del tratado roto, e infecto el negocio regresan a Roma. Mientras se producen estas demoras, aquella miserable ciudad opulentísima, carísima a su propia república y a la romana, fue destruida al octavo o noveno

mes por los cartagineses. Cuyo exterminio leer, cuánto más escribirlo, es de horror. Sin embargo, lo conmemoraré brevemente: pues pertenece mucho al asunto que se trata. Primero se consumió por el hambre: pues se cuenta que incluso se alimentaron con los cadáveres de los suyos por algunos. Luego, cansada de todas las cosas, para que al menos no llegara cautiva a las manos de Aníbal, construyó públicamente una ingente pira, en la cual ardiendo se lanzaron todos ellos y los suyos, incluso degollados por el hierro. Aquí hicieran algo los dioses glotones y holgazanes, anhelantes por las grasas de los sacrificios, y engañando con la calina de las falsas adivinaciones: aquí hicieran algo, subvinieran a la ciudad amiguísima del pueblo romano, no permitieran perecer a la que perecía por la conservación de la fe. Ellos ciertamente presidieron como mediadores cuando se unió a la república romana interpuesto el tratado. Custodiando, pues, fielmente lo que por el beneplácito de esos mismos presidentes había unido, ligado por la fe, constreñido por el juramento, por el pérfido fue asediada, oprimida, consumida. Si los mismos dioses con la tempestad y los rayos aterrorizaron después a Aníbal próximo a los muros romanos y lo alejaron; entonces primero hicieran algo tal. Pues me atrevo a decir que más honestamente pudieron ensañarse con la tempestad por los amigos de los romanos, por tanto peligrando para no romper la fe a los romanos, y no teniendo entonces ningún auxilio, que por los mismos romanos, que luchaban por sí mismos y eran opulentos

contra Aníbal. Si, por tanto, fueran tutores de la felicidad y gloria romana, apartarían de ella tan grave crimen de la calamidad saguntina: pero ahora, ¿cuán estúpidamente se cree que Roma no pereció por aquellos dioses defensores siendo vencedor Aníbal, quienes no pudieron subvenir a la ciudad saguntina para que no pereciera por su amistad? Si el pueblo de los saguntinos fuera cristiano, y sufriera algo de este género por la fe evangélica, aunque él mismo no se hubiera corrompido ni por el hierro ni por los fuegos; pero si sufriera el exterminio por la fe evangélica, lo sufriera con aquella esperanza con la que había creído en Cristo, no por la recompensa de un tiempo brevísimo, sino de la eternidad interminable. Pero por estos dioses, que por eso se cuenta que son cultivados, que por eso se requiere que sean cultivados, para que la felicidad de estas cosas que caen y pasan esté segura, ¿qué nos responderán sus defensores y excusadores sobre los saguntinos que perecen, sino lo que sobre aquel Régulo extinguido? Pues esto interesa, que aquel fue un solo hombre, esta toda una ciudad; sin embargo, la causa del exterminio de ambos fue la conservación de la fe. Pues por esta quiso él regresar a los enemigos, y ella no quiso pasarse. ¿Acaso, por tanto, la fe conservada provoca la ira de los dioses? ¿o pueden, incluso siendo propicios los dioses, perecer no solo cualesquiera hombres, sino incluso ciudades íntegras? Lo que quieran, elijan. Pues si por la fe guardada se irritan aquellos dioses, busquen pérfidos por quienes sean cultivados: pero si también siendo ellos propicios

pueden los hombres y las ciudades ser afligidos con muchos y graves tormentos e interir, con ningún fruto de esta felicidad son cultivados. Dejen, pues, de indignarse los que, perdidos los sacros de sus dioses, piensan que se han vuelto infelices. Pues podrían, no solo permaneciendo aquellos, sino incluso favoreciendo, no como ahora, murmurar por la miseria, sino como entonces Régulo y los saguntinos, martirizados horriblemente, incluso perecer totalmente.

CAPÍTULO XXI.

Cuán ingrata fue la ciudad romana con su libertador Escipión, y en qué costumbres actuó cuando Salustio la describe como habiendo sido la mejor.

Además, entre la segunda y la última guerra cartaginesa, cuando Salustio dijo que los romanos habían actuado con las mejores costumbres y la máxima concordia (pues paso por alto muchas cosas, pensando en el límite de la obra emprendida): en aquel mismo tiempo, pues, de las mejores costumbres y de la máxima concordia, aquel Escipión, libertador de Roma y de Italia, e ilustre y maravilloso consumador de aquella segunda guerra púnica tan horrenda, tan ruinosa, tan peligrosa, vencedor de Aníbal y domador de Cartago, cuya vida desde la adolescencia se describe dedicada a los dioses y nutrida en los templos, cedió a las acusaciones de sus enemigos y, careciendo de la patria que por su virtud restituyó salva y libre, en la plaza de Literno pasó y completó el resto de su vida, después de su insigne triunfo no

prendido por ningún deseo de aquella ciudad, de modo que se cuenta que mandó que al menos al morir no se le hicieran funerales en su patria ingrata. Luego entonces por primera vez, por medio de Cneo Manlio proconsul triunfante sobre los galogrecos, la lujuria asiática, peor que cualquier enemigo, se infiltró en Roma. Pues entonces por primera vez se cuenta que se vieron lechos broncíneos y mantas preciosas: entonces se introdujeron en los convites las psaltrias y otra maldad licenciosa. Pero ahora he instituido hablar de estos males que los hombres sufren intolerable mente, no de aquellos que hacen voluntariamente. De donde aquello más bien que conmemoré sobre Escipión, que cediendo a sus enemigos murió fuera de la patria que liberó, pertenece a la presente disputa, porque los númenes romanos de cuyos templos apartó a Aníbal no le devolvieron el favor, los cuales son cultivados solamente por esta felicidad. Pero porque Salustio dijo que en aquel tiempo hubo las mejores costumbres, por eso pensé que esto de la lujuria asiática debía conmemorarse, para que se entienda que aquello fue dicho también por Salustio en comparación con otros tiempos, en los cuales ciertamente las costumbres fueron peores en gravísimas discordias. Pues entonces, esto es entre la segunda y la última guerra cartaginesa, se dio también aquella ley Voconia, para que nadie hiciera heredera a una mujer, ni siquiera a una hija única. Sobre la cual ley ignoro qué pueda decirse o pensarse más inicuo. Sin embargo, en todo aquel intervalo de las dos guerras púnicas la infelicidad fue más

tolerable. Solamente por las guerras exteriores se desgastaba el ejército, pero se consolaba con las victorias: en casa sin embargo no rugían discordias, como en otras ocasiones. Pero en la última guerra púnica, por un solo ímpetu del otro Escipión, que por esto también encontró él mismo el sobrenombre de Africano, la émula del imperio romano fue borrada desde la raíz: y luego la república romana fue oprimida por tales montones de males, que por la prosperidad y seguridad de las cosas, de donde por costumbres excesivamente corruptas se amontonaron aquellos males, se muestra que dañó más habiendo sido tan pronto subvertiva, que lo que antes había dañado siendo tan largo tiempo adversa Cartago. En todo este tiempo hasta el César Augusto, quien parece haber extorsionado a los romanos por todos los medios una libertad no todavía gloriosa incluso en opinión de ellos mismos, sino contenciosa y ruinosa y plenamente ya enervada y lánguida, y haber revocado todo al arbitrio real, y haber como instaurado y renovado la república colapsada por una morbosa vetustez: en todo aquel tiempo, pues, omito una y otra vez las matanzas bélicas por otras y otras causas, y el tratado numantino manchado con horrenda ignominia: pues habían volado los pollos de la jaula, y al cónsul Mancino, según dicen, le habían hecho un mal augurio; como si por tantos años en que aquella exigua ciudad había afligido al ejército romano sitiado, y ya había empezado a ser un terror para la misma república romana, otros hubieran procedido contra ella con mal augurio.

CAPÍTULO XXII.

Del edicto de Mitrídates, por el cual mandó matar a todos los ciudadanos romanos que se encontraran dentro de Asia.

Pero estas cosas, digo, las omito, aunque de ningún modo callaría aquello, que Mitrídates rey de Asia mandó matar en un solo día a los ciudadanos romanos que peregrinaban por todas partes en Asia, e intentaban sus negocios en innumerable copia: y se hizo. ¡Cuán miserable era aquella faz de las cosas, que de repente cada uno, dondequiera que hubiera sido hallado, en el campo, en el camino, en la plaza, en la casa, en la aldea, en el foro, en el templo, en el lecho, en el convite, fuera degollado inesperada e impíamente! ¿Qué gemidos de los moribundos, qué lágrimas de los espectadores, tal vez incluso de los que herían, hubo? ¡Cuán dura necesidad de los huéspedes, no solo de ver aquellas nefarias matanzas en su propia casa, sino incluso de perpetrarlas; de aquella blanda afabilidad de la humanidad, cambiados de repente los rostros para llevar a cabo un negocio hostil en paz, con mutuas heridas diré totalmente, cuando el herido en el cuerpo y el heridor en el ánimo eran golpeados! ¿Acaso también todos estos habían despreciado los augurios? ¿acaso no tenían dioses domésticos y públicos a quienes consultar cuando partieron de sus sedes para aquella peregrinación sin retorno? Si esto es así, no tienen por qué quejarse estos en esta causa de nuestros tiempos. Hace mucho que los romanos desprecian estas vanidades. Si, por el contrario, los consultaron, respóndase qué

aprovecharon aquellas cosas, cuando por las leyes humanas al menos, no prohibiéndolo nadie, fueron lícitas.

CAPÍTULO XXIII.

De los males interiores con que fue agitada la república romana, precediendo el prodigio que consistió en la rabia de todos los animales que sirven a los hombres.

Pero conmemoremos ya brevemente, en cuanto podemos, aquellos males que, cuanto más interiores, tanto más miserables resultaron: las discordias civiles, o más bien inciviles; y ya no sediciones, sino incluso las mismas guerras urbanas, donde tanta sangre se derramó, donde los estudios de las facciones ya no sañaban con las disensiones de las asambleas y voces variadas de unos contra otros, sino claramente ya con el hierro y las armas: las guerras sociales, las guerras serviles, las guerras civiles, ¡cuánta sangre romana derramaron, cuánta vastación y desierto hicieron de Italia! Pues antes de que el Lacio social se conmoviera contra Roma, todos los animales sometidos a los usos humanos, perros, caballos, asnos, bueyes y cualesquiera otras bestias que estuvieron bajo el dominio de los hombres, de repente embravecidos y olvidados de la mansedumbre doméstica, abandonados los techos vagaban libres, y rehuían todo acceso no solo de otros, sino incluso de sus dueños, no sin muerte o peligro del que lo intentaba, si alguno los apremiaba de cerca. ¿De qué tamaño mal fue signo, si esto fue signo de lo que fue tan gran mal,

incluso si no fue signo? Si esto hubiera sucedido en nuestros tiempos, padeceríamos a estos más rabiosos de lo que ellos padecieron a sus animales.

CAPÍTULO XXIV.

De la discordia civil que excitaron las sediciones de los Gracos.

Pero el inicio de las guerras civiles fueron las sediciones de los Gracos excitadas por las leyes agrarias. Pues querían dividir al pueblo los campos que la nobleza poseía indebidamente. Pero atreverse a arrancar una iniquidad tan antigua era peligrosísimo; más aún, como la misma cosa enseñó, fue perniciosísimo. ¿Qué funerales se hicieron cuando el primer Graco fue muerto? ¿qué también cuando el otro hermano suyo no mucho tiempo después? Pues no por las leyes y el orden de las potestades, sino por las turbas y los conflictos de las armas eran asesinados nobles e innobles. Después de la muerte del otro Graco, el cónsul Lucio Opimio, que había conmovido las armas contra él dentro de la Ciudad, y oprimido y extinguido aquel con sus socios había hecho una ingente matanza de ciudadanos, cuando tenía la cuestión persiguiendo ya a los demás por inquisición judiciaria, se cuenta que mató a tres mil hombres. Por lo cual puede entenderse qué gran multitud de muertes pudo tener el turbio conflicto de las armas, cuando tanta tuvo el conocimiento como examinado de los juicios. El matador del mismo Graco vendió su cabeza

al cónsul por tanto peso de oro cuanto pesaba: pues este pacto había precedido a la matanza. En la cual también fue muerto con sus hijos Marco Fulvio el consular.

CAPÍTULO XXV.

Del templo de la Concordia fundado por senadoconsulto en el lugar de las sediciones y matanzas.

Por un elegante senadoconsulto ciertamente, en aquel mismo lugar donde se cometió aquel tumulto funesto, donde cayeron tantos ciudadanos de cada orden, se hizo el templo de la Concordia, para que como testigo de la pena de los Gracos hiriera los ojos de los que hablaban en las asambleas y punzara la memoria. Pero ¿qué otra cosa fue esto que una burla de los dioses, construir un templo a aquella diosa que, si estuviera en la ciudad, no se derrumbaría dilacerada por tantas disensiones? a no ser que tal vez la Concordia, rea de este crimen porque había desertado de los ánimos de los ciudadanos, mereciera ser incluida en aquel templo como en una cárcel. Pues ¿por qué, si quisieron ser congruentes con los hechos, no fabricaron allí más bien un templo a la Discordia? ¿o acaso se da alguna razón de por qué la Concordia sea diosa y la Discordia no sea diosa; para que, según la distinción de Labeón, aquella sea buena y esta mala? Ni él mismo parece haber seguido otra cosa que lo que advirtió, que en Roma se constituyó un templo incluso a la Fiebre, al igual que a la Salud. De aquel modo, por tanto, no solo a la Concordia, sino también a la Discor-

dia debió constituirse. Peligrosamente, pues, los romanos quisieron vivir estando airada una diosa tan mala, ni recordaron que el exterminio troyano tomó su origen de su ofensa. Pues ella misma, porque no había sido invitada entre los dioses, ideó el pleito de las tres diosas por la suposición de la manzana de oro: de donde la riña de los númenes, y Venus victoriosa, y la robada Helena, y Troya destruida. Por lo cual, si tal vez indignada porque no mereció tener ningún templo entre los dioses en la Ciudad, por eso ya turbaba con tantos tumultos la ciudad; ¿cuánto más atrozmente pudo ser irritada cuando en el lugar de aquella matanza, esto es en el lugar de su obra, veía constituido el templo de su adversaria? De estas vanidades riéndonos nosotros, se indignan aquellos doctos y sabios, y sin embargo los cultivadores de númenes buenos y malos no salen de esta cuestión de la Concordia y la Discordia, ya hayan omitido el culto de estas diosas y les hayan preferido a la Fiebre y a Belona, a quienes hicieron antiguos templos; ya hayan cultivado también a estas, cuando así, retirándose la Concordia, la Discordia sañuda los haya conducido hasta las guerras civiles.

CAPÍTULO XXVI.

De los diversos géneros de guerra que siguieron tras la fundación del templo de la Concordia.

Pensaron ciertamente que el templo de la Concordia, como testigo de la matanza y del suplicio de los Gracos, debía oponerse a los que hablaban

en las asambleas como un notable obstáculo a las sediciones. Cuánto provecho sacaron de esto, lo indican las peores cosas que siguieron. Pues en adelante los oradores trabajaron, no por evitar el ejemplo de los Gracos, sino por superar su propósito: Lucio Saturnino, tribuno de la plebe, y Cayo Servilio, pretor, y mucho después Marco Druso; de cuyas sediciones de todos ellos estallaron primero ya entonces gravísimas matanzas, y luego las guerras sociales: por las cuales Italia fue vehementemente afligida, y conducida a una admirable vastedad y desolación. Sucedió luego la guerra servil, y las guerras civiles: en las cuales ¿qué batallas se cometieron, qué sangre se derramó? de modo que casi todas las gentes italianas, por quienes el imperio romano más prevalecía, fueron domadas como una bárbara ferocidad. Ya de poquísimos, esto es, menos de septuenta gladiadores, de qué modo se contrajo la guerra servil, a qué número y cuán acre y feroz llegó: a qué generales del pueblo romano superó aquel número: qué y cómo devastó ciudades y regiones, apenas pudieron explicarlo suficientemente los que escribieron la historia. Ni fue aquella la sola guerra servil; sino que también las servidumbres despoblaron primero la provincia de Macedonia, y luego Sicilia y la costa marítima. ¿cuán grandes y cuán horrendos latrocinios cometieron también primero, y luego las potentes guerras de los piratas, quién podría expresar según la magnitud de las cosas?

CAPÍTULO XXVII.

De la guerra civil mariana y silana.

Pero cuando Mario, ya cruento por la sangre civil, habiendo perecido muchos de las partes adversas a él, vencido había huido de la Ciudad, apenas respirando un poquito la ciudad, para usar las palabras tulianas, superó después Cinna con Mario. Entonces verdaderamente, habiendo sido muertos los hombres más esclarecidos, se extinguieron las lumbreras de la ciudad. Vengó la crueldad de esta victoria después Sila, ni siquiera es necesario decir con cuánta disminución de ciudadanos y con cuánta calamidad de la república. Pues sobre esta venganza, que fue más perniciosa que si los crímenes que se castigaban quedaran impunes, dice también Lucano: La medicina excedió la medida; y demasiado siguió por donde las enfermedades llevaron la mano; perecieron los inocentes. Pero cuando ya solo los culpables podían sobrevivir, entonces se dio libertad a los odios, y la ira, desatada de los frenos de las leyes, se precipitó. En aquella guerra mariana y silana, exceptuando a estos que cayeron fuera en el frente de batalla, en la misma Ciudad también los barrios, las plazas, los foros, los teatros, los templos se llenaron de cadáveres; de modo que difícilmente se juzgaba cuándo los vencedores dieron más funerales, si antes para vencer, o después porque habían vencido: cuando primero en la victoria mariana, cuando él mismo se restituyó del exilio, exceptuando las matanzas hechas por todas partes, se ponía la cabeza del cónsul Octavio en los rostros, César y Fimbria eran degolla-

dos en sus casas, los dos Cracos, padre e hijo, eran sacrificados a la vista mutua, Bebio y Numitorio arrastrados por un gancho morían con las vísceras esparcidas, Cátulo habiendo bebido veneno se sustraía de las manos de los enemigos, Mérula, flamen Dial, cortadas las venas hacía un sacrificio a su Júpiter incluso con su sangre. En los ojos del mismo Mario eran heridos continuamente aquellos a quienes, al saludarle, no hubiese querido alargar la mano derecha.

CAPÍTULO XXVIII.

Cuál fue la victoria silana, vengadora de la crueldad mariana.

Pero habiendo seguido la victoria silana, vengadora ciertamente de esta crueldad, después de tanta sangre de los ciudadanos, por cuyo derramamiento se había comparado, terminado ya el guerra mientras las enemistades vivían, se ensañó más cruelmente en la paz. Pues ya también después de las antiguas y más recientes matanzas de Mario el mayor, se habían añadido otras más graves por el joven Mario y por Carbón de las mismas partes marianas: quienes, inminente Sila, desesperando no solo de la victoria, sino incluso de la misma salvación, llenaron todas las cosas con sus propias matanzas y las ajenas. Pues además de la carnicería difundida extensamente por diversos lugares, sitiado también el senado, eran sacados de la misma curia, como de una cárcel, hacia la espada. Mucio Escévola, pontífice, como nada se tenía por más sagrado entre los

romanos que el templo de Vesta, abrazando el ara misma, fue muerto; y aquel fuego, que por el perpetuo cuidado de las vírgenes siempre ardía, casi lo extinguió con su propia sangre. Entró luego Sila vencedor en la Ciudad, quien en la villa pública, no ya arreciando la guerra, sino la misma paz, había postrado a siete mil de los entregados (de donde ciertamente inermes) no peleando, sino mandando. En toda la Ciudad, además, cada partidario de Sila hería a quien quería: de donde tantos funerales no podían en absoluto numerarse, hasta que se sugirió a Sila que se debía dejar vivir a algunos, para que hubiera a quienes pudieran mandar los que habían vencido. Entonces ya refrenada aquella licencia de degollar que furibunda se llevaba aquí y allá por todas partes, se propuso con gran congratulación aquella tabla que contenía dos mil hombres de cada orden espléndido, a saber, el ecuestre y el senatorio, para ser muertos y proscritos. El número entristecía, pero el modo consolaba; ni porque tantos caían había tanto de luto, cuanto de alegría porque los demás no temían. Pero en algunos de aquellos que habían sido mandados morir, incluso aquella seguridad de los demás, aunque cruel, gimió por los géneros de muertes exquisitos. Pues las manos de los que desgarraban sin hierro despedazaron a alguien; más monstruosamente los hombres despedazaron a un hombre vivo que las bestias suelen despedazar un cadáver arrojado. Otro, sacados los ojos y amputados los miembros pieza por pieza en tantos tormentos, fue obligado a vivir mucho tiempo, o mejor dicho, a morir

mucho tiempo. Se vendieron también en pública subasta, como villas, algunas nobles ciudades. Una verdaderamente, como si se mandara llevar a un solo reo, así fue mandada degollar toda entera. Estas cosas se hicieron en la paz después de la guerra, no para que se acelerara la victoria que debía obtenerse, sino para que no se despreciara la obtenida. La paz compitió con la guerra sobre la crueldad, y venció. Aquella, pues, postró a los armados, esta a los desnudos. Guerra era para que el que era herido, si podía, hiriera: la paz, en cambio, no para que el que había escapado viviera, sino para que muriendo no se resistiera.

CAPÍTULO XXIX.

De la comparación de la irrupción gótica con aquellas calamidades que los romanos recibieron o de los galos, o de los autores de las guerras civiles.

¿Qué rabia de las naciones extranjeras, qué saña de los bárbaros puede compararse a esta victoria de los ciudadanos sobre los ciudadanos? ¿Qué vio Roma más funesto, más tétrico y más amargo, si antes la irrupción de los galos y hace poco la de los godos, o la ferocidad de Mario y de Sila y de otros hombres esclarecidísimos en sus bandos contra sus propios miembros como contra sus propias lumbreras? Los galos ciertamente degollaron al senado, todo lo que de él pudieron hallar en toda la Ciudad, excepto la ciudadela del Capitolio, que sola como quiera que sea fue defendida; pero a los constituidos en aquel collado les vendieron al menos la vida por oro, la cual, aunque

no pudieran arrebatarla por la espada, pudieran sin embargo consumirla por el sitio: los godos verdaderamente perdonaron a tantos senadores, que es más de admirar que a algunos mataran. Pero en verdad Sila, viviendo aún Mario, el mismo Capitolio, que estuvo seguro de los galos, se sentó vencedor para decretar las matanzas; y habiendo escapado Mario por la huida, para volver más feroz y más cruento, aquel en el Capitolio, incluso por senadoconsulto, privó a tantos de la vida y de sus bienes. En las partes marianas, además, ausente Sila, ¿qué hubo sagrado a lo que perdonaran, cuando a Mucio el ciudadano, el senador, el pontífice, no perdonaron mientras rodeaba con miserables abrazos el ara misma, donde están, según dicen, los fados romanos? Además, aquella última tabla silana, para que omitamos otras innumerables muertes, degolló a más senadores de los que los godos pudieron siquiera despojar.

CAPÍTULO XXX.

De la conexión de las guerras, muchísimas y gravísimas, que precedieron al advenimiento de Cristo.

¿Con qué frente, pues, con qué corazón, con qué impudencia, con qué insapiencia, o mejor dicho demencia, no imputan aquellas cosas a sus dioses, e imputan estas a nuestro Cristo? Las crueles guerras civiles, más amargas que todas las guerras hostiles, confesándolo incluso los autores de ellas, por las cuales aquella república fue juzgada no afligida, sino perdida del todo, surgieron mucho antes del advenimiento de Cristo, y

por la concatenación de causas criminales desde la guerra mariana y silana hasta las guerras de Sertorio y de Catilina, de los cuales aquel había sido proscrito por Sila, este nutrido: de allí a la guerra de Lépido y de Cátulo, de los cuales uno deseaba rescindir las actas silanas, el otro defenderlas: de allí a la de Pompeyo y César, de los cuales Pompeyo había sido seguidor de Sila, y o había igualado o ya incluso superado su potencia; pero César no toleraba la potencia de Pompeyo, sino porque no la tenía, la cual sin embargo trascendió vencido e interfecto aquel. De aquí llegaron a otro César, que después fue llamado Augusto, imperando el cual nació Cristo. Pues también el mismo Augusto gestó guerras civiles con muchos: y en ellas también perecieron muchos hombres esclarecidísimos, entre los cuales también Cicerón, aquel elocuente artífice de regir la república. Pues al vencedor de Pompeyo, Cayo César (quien ejerció la victoria civil clementemente, y dio a sus adversarios la vida y la dignidad), como apetecedor del reino, la conjuración de algunos nobles senadores, como por la libertad de la república, lo degolló en la misma curia. De este, luego, la potencia parecía afectarla Antonio, muy dispar en las costumbres, y manchado y corrompido por todos los vicios, al cual vehementemente, por aquella misma como libertad de la patria, resistía Cicerón. Entonces había emergido aquel otro César, joven de admirable índole, hijo adoptivo de aquel Cayo César: el cual, como dije, después fue llamado Augusto. A este joven César, para que su potencia se nutriera contra Antonio, favorecía

Cicerón; esperando que él, depuesta y oprimida la dominación de Antonio, instauraría la libertad de la república, hasta tal punto ciego e improvidente de las cosas futuras, que aquel mismo joven, cuya dignidad y potestad fomentaba, y permitió al mismo Cicerón ser muerto por Antonio por una cierta como pacto de concordia, y sujetó a la dación propia aquella misma libertad de la república, por la cual él mucho había clamado.

CAPÍTULO XXXI.

Que impudentemente imputan los presentes inconvenientes a Cristo quienes no son permitidos cultivar a los dioses, cuando tantas matanzas existieron en aquel tiempo en que eran cultivados.

Acusen a sus dioses de tantos males quienes son ingratos a nuestro Cristo por tantos bienes. Ciertamente cuando aquellos males se hacían, caldeaban las aras de los númenes, exhalaban incienso sabeo y guirnaldas recientes, brillaban los sacerdocios, resplandecían los templos; se sacrificaba, se jugaba, se deliraba en los templos, cuando por todas partes tanta sangre de ciudadanos por los ciudadanos, no solo en los demás lugares, sino entre las mismas aras de los dioses se derramaba. No eligió un templo al cual refugiarse Tulio; porque en vano lo había elegido Mucio. Estos, en cambio, que mucho más indignamente insultan a los tiempos cristianos, o se refugiaron en los lugares dedicadísimos a Cristo, o incluso los mismos bárbaros los conducjeron allí para que vivieran. Eso sé, y esto conmigo quienquiera

que juzgue sin estudio de bandos facilísimamente lo reconoce (para que omita lo demás que he conmemorado mucho, y otras cosas mucho más numerosas que pensé largo conmemorar), si el género humano antes de las guerras púnicas recibiera la disciplina cristiana, y se siguiera una vastedad de cosas tan grande, cual trituró a Europa y África en aquellas guerras; ninguno de tales, cuales ahora padecemos, sino que a la religión cristiana hubiera atribuido aquellos males. Pero mucho menos se tolerarían sus voces, en cuanto atañe a los romanos, si a la recepción y difamación de la religión cristiana, o aquella irrupción de los galos, o aquella despoblación del río Tíber y de los incendios, o lo que precede a todos los males, aquellas guerras civiles se siguieran. Otros males también, que hasta tal punto increíbles sucedieron que entre los prodigios se numeraban, si en los tiempos cristianos hubieran sucedido, ¿a quiénes los objetarían sino a los hombres cristianos como crímenes? Omito ciertamente aquellas cosas que fueron más admirables que nocivas, bueyes hablando, infantes aún no nacidos de los úteros de las madres haber clamado ciertas palabras, haber volado serpientes, mujeres y gallinas y hombres haber sido convertidos al sexo masculino: y lo demás de este género; que en sus libros, no fabulosos, sino históricos, ya sean verdaderas o falsas, no infieren a los hombres pernición, sino estupor. Pero cuando llovió tierra, cuando llovió creta, cuando llovió con piedras, no como el granizo suele llamarse con este nombre, sino del todo piedras; estas ciertamente pudieron

herir incluso gravemente. Leemos entre ellos que con los fuegos etneos desde el mismo vértice del monte hasta el litoral próximo decurriendo hirvió de tal modo el mar que las rocas se abrasaron, y se soltaron las peces de las naves. Esto ciertamente no fue levemente nocivo, aunque increíblemente admirable. Por el mismo calor de los fuegos escribieron de nuevo que con tanta fuerza de ceniza fue colmada Sicilia que derruyó los techos de la ciudad de Catina sepultados y oprimidos: por cuya calamidad conmovidos, misericordiosamente le relajaron los romanos el tributo de aquel mismo año. Que la multitud de langostas en África fue también similar a un prodigio cuando ya era provincia del pueblo romano, lo mandaron a las letras: pues consumidos los frutos y las hojas de los leños, dicen que fue arrojada al mar en una ingente e inestimable nube: la cual muerta y devuelta a los litorales, y de aquí corrompido el aire, surgió tanta pestilencia que en solo el reino de Masinisa refieren haber perecido ochocientos mil hombres, y mucho más en las tierras próximas a los litorales. Entonces en Útica confirman que de treinta mil jóvenes que allí había, diez quedaron. Tal vanidad, por tanto, cual soportamos, y somos compelidos a responderle, ¿qué de esto no atribuiría a la religión cristiana si lo viera en los tiempos cristianos? Y sin embargo no atribuyen aquellas cosas a sus dioses: cuyo culto por eso requieren para no padecer aquellas o menores cosas, cuando soportaron aquellas mayores de quienes antes era cultivados.

Libro C

UARTO.

En el cual se prueba que la magnitud y la larga duración del imperio romano deben adscribirse, no a Júpiter o a los dioses de los paganos, a cada uno de los cuales apenas si se creía que debían encomendarse cosas individuales e incluso cada oficio ínfimo, sino al único Dios verdadero, autor de la felicidad, por cuya potestad y juicio los reinos terrenales son constituidos y conservados.

CAPÍTULO I.

De aquellas cosas que fueron disputadas en el primer volumen.

Habiendo comenzado a hablar de la Ciudad de Dios, primero pensé que debía responderse a sus enemigos, quienes siguiendo los goces terrenales y anhelando las cosas fugaces, cualquier cosa triste que en ellas padecen, más bien por la misericordia de Dios que amonesta que por la severidad de quien castiga, increpan a la religión cristiana, que es la única religión saludable y verdadera. Y puesto que, habiendo entre ellos también un vulgo indocto, son irritados más gravemente al odio contra nosotros como por la autoridad de los doctos, estimando los inexper-

tos que aquellas cosas que sucedieron inusitadamente en sus tiempos no solían suceder por otros tiempos antiguos; y confirmando su opinión incluso aquellos que sabían que era falsa, para que parezca que tienen justos murmullos contra nosotros, por la disimulación de su ciencia: debió demostrarse por los libros que sus autores mandaron a la memoria para conocer la historia de los tiempos pasados, que es muy de otro modo de lo que piensan; y al mismo tiempo debió enseñarse que los dioses falsos, a quienes o públicamente cultivaban o secretamente cultivan aún, son los espíritus más inmundos y los demonios más malignos y falacísimos; hasta tal punto que se deleitan o con los crímenes verdaderos o incluso con los fingidos, pero suyos sin embargo, que quisieron que se les celebraran por sus fiestas; para que de perpetrar hechos condenables no pueda ser revocada la humana flaqueza, mientras para imitar estos se ofrece como autoridad divina. Estas cosas no las probamos por nuestra conjetura, sino en parte por la reciente memoria, porque nosotros mismos vimos tales cosas exhibirse a tales númenes; en parte por las letras de ellos, que no como en contumelia, sino como en honor de sus dioses, dejaron estas cosas escritas a la posteridad: de modo que el varón más docto entre ellos, Varón, y de gravísima autoridad, cuando hizo los libros distribuidos de las cosas humanas y divinas, distribuyendo unos a las humanas, otros a las divinas, según la dignidad de cada cosa, no puso al menos en las cosas humanas los juegos escénicos, sino en las cosas divinas: cuan-

do ciertamente, si solamente hombres buenos y honestos hubiera en la ciudad, ni en las cosas humanas debieron estar los juegos escénicos. Lo cual ciertamente no hizo por su autoridad, sino porque nacido y educado en Roma los halló en las cosas divinas. Y puesto que al fin del primer libro pusimos brevemente las cosas que de allí en adelante debían decirse, y de estas algunas dijimos en los dos subsiguientes, reconocemos que lo que resta debe ser devuelto a la expectación de los lectores.

CAPÍTULO II.

De aquellas cosas que se contienen en el libro segundo y tercero.

Habíamos prometido, pues, que íbamos a decir algunas cosas contra aquellos que refieren las calamidades de la república romana a nuestra religión, y a conmemorar cualesquiera y cuán grandes cosas hubiesen podido ocurrir, o pareciesen ser bastantes, los males que aquella ciudad padeció, o las provincias pertenecientes a su imperio, antes de que sus sacrificios hubieran sido prohibidos: todas las cuales cosas sin duda nos atribuirían si ya o les fuera clara nuestra religión, o así les prohibiera los ritos sacrílegos. Estas cosas en el segundo y tercer libro suficientemente, según estimo, las absolvimos: en el segundo tratando de los males de las costumbres, males que o solos, o deben reputarse como los máximos; en el tercero, en cambio, de estos que los necios temen solos padecer, a saber,

del cuerpo y de las cosas externas, que muchísimas veces padecen también los buenos. Aquellos males verdaderamente no digo pacientemente, sino gustosamente los tienen, por los cuales ellos mismos se hacen malos. ¿Y cuán pocas cosas dije de solo la misma ciudad y de su imperio? ni de allí todas las cosas hasta el César Augusto. ¿Qué, si hubiese querido conmemorar y exagerar aquellos males que no se hacen los hombres mutuamente unos a otros, como son las vastaciones y subversiones de los que guerrean, sino que a las cosas terrenales les suceden de los elementos del mismo mundo? las cuales en un lugar Apuleyo brevemente roza en aquel libro que escribió sobre el Mundo, diciendo que todas las cosas terrenales tienen mutaciones, conversiones y exterminios. Pues por inmoderados temblores de tierras, para usar sus palabras, dice haber saltado el suelo, e interceptadas ciudades con sus pueblos: por abruptas lluvias también haber sido anegadas regiones enteras: aquellas también que antes habían sido continentes, haber sido insuladas por huéspedes y advenedizas olas, y otras por la desidia del mar haber sido hechas transitables por acceso pedestre: por vientos y tormentas haber sido subvertidas ciudades: incendios haber brotado de las nubes, por los cuales las regiones del Oriente perecieron conflagradas; y en las plagas del Occidente ciertos manantiales y proluviones haber dado las mismas matanzas. Así de los vértices del Etna en otro tiempo derramados los cráteres, por divino incendio por las laderas, en vez de torrente corrieron ríos de llamas. Si estas

cosas y las de este género que tiene la historia, de donde pudiese, hubiera querido colectar, ¿cuándo hubiera acabado las cosas que en aquellos tiempos sucedieron, antes de que el nombre de Cristo aquellas vanidades de ellos y perniciosas a la verdadera salud comprimiera? Había prometido también que iba a demostrar qué costumbres de ellos y por qué causa el Dios verdadero se dignó ayudar para aumentar el imperio, en cuya potestad están todos los reinos; y cuán nada les ayudaron estos que piensan ser dioses, y más bien cuánto dañaron engañando y falseando: de donde ahora veo que debe decirse por mí, y más sobre los incrementos del imperio romano. Pues de la nociva falacia de los demonios, a quienes cultivaban como dioses, cuánto de males haya introducido en sus costumbres, en el segundo libro especialmente no pocas cosas ya se han dicho. Por todos los tres libros concluidos, además, donde pareció oportuno, recomendamos también en los mismos males bélicos cuánto de consuelos Dios, por el nombre de Cristo, al cual tanto honor los bárbaros difirieron fuera de la costumbre de las guerras, confirió a los buenos y a los malos, al modo del que hace su sol salir sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos.

CAPÍTULO III.

Si la latitud del imperio, que no se adquiere sino por las guerras, ha de tenerse entre los bienes ya de los sabios, ya de los felices.

Ya pues veamos qué clase de cosa es que se atrevan a atribuir a aquellos dioses tan gran latitud y larga duración del imperio romano: a quienes incluso por los obsequios de torpes juegos y por los ministerios de hombres torpes contienden haber cultivado honestamente. Aunque antes querría inquirir un poco cuál es la razón, cuál la prudencia, cuando no puedes mostrar la felicidad de los hombres, siempre en las calamidades bélicas y en la sangre civil, u hostil, pero humana sin embargo, con el tenebroso temor y la cruenta codicia de los que en ellas andan, para que se compare una alegría vítrea, frágilmente espléndida, por la cual se tema más horriblemente que de repente se rompa, querer gloriarse de la magnitud y latitud del imperio. Para que esto más fácilmente se dijudique, no nos desvanezcamos sacudidos por la vana ventosidad, y embotemos el filo de la intención con altisonantes vocablos de cosas cuando oímos pueblos, reinos, provincias: sino constituyamos a dos hombres (pues cada hombre individual, como en el habla una letra, así es como un elemento de la ciudad y del reino, por cualquier gran ocupación de tierras muy dilatado), de los cuales dos hombres, pensemos a uno pobre, o mejor dicho mediocre; a otro riquísimo: pero al rico ansioso por los temores, consumiéndose por los lutos, ardiendo en codicia, nunca seguro, siempre inquieto, anhelando por perpetuas contiendas de enemistades, aumentando ciertamente por estas miserias su patrimonio de un modo inmenso, y por aquellos aumentos amontonando también amarguísimas

preocupaciones; al mediocre en cambio, con su hacienda pequeña y sucinta suficiente para sí, carísimo a los suyos, gozando con sus parientes, vecinos, amigos de una dulcísima paz, religioso en la piedad, benigno de mente, sano de cuerpo, sobrio en la vida, casto en las costumbres, seguro en la conciencia. No sé si alguien sea tan insipiente que se atreva a dudar a quién prefiera. Como pues en estos dos hombres, así en dos familias, así en dos pueblos, así en dos reinos sigue la regla de la equidad: la cual vigilante aplicada, si nuestra intención se corrige, facilísimamente veremos dónde habita la vanidad y dónde la felicidad. Por lo cual, si el Dios verdadero fuera cultivado, y a Él con sacrificios veraces y buenas costumbres se le sirviera, útil es que los buenos por largo y ancho tiempo reinen. Ni esto es tan útil para ellos mismos como para aquellos sobre quienes reinan. Pues en cuanto a ellos mismos pertenece, la piedad y la probidad de ellos, que son grandes dones de Dios, les basta para la verdadera felicidad, por la cual tanto esta vida se pase bien, como después se perciba la eterna. En esta tierra, por tanto, el reino de los buenos no tanto se les presta a ellos cuanto a las cosas humanas: el reino de los malos en cambio daña más a los que reinan, que devastan sus ánimos con mayor licencia de crímenes; a estos en cambio que sirviéndoles les son súbditos, no les daña sino la iniquidad propia. Pues a los justos cualquier cosa de males que se les irroga por los señores inicuos, no es pena de crimen, sino examen de virtud. Por lo cual el bueno, aunque sirva, es libre: el malo en cambio,

aunque reine, es siervo; ni de un solo hombre, sino lo que es más grave, de tantos señores cuantos vicios. Sobre cuyos vicios cuando trataba la divina Escritura, Pues por quien alguien, dijo, ha sido vencido, a este también como siervo ha sido adscrito (II Ped. II, 19).

CAPÍTULO IV.

Cuán semejantes sean a los latrocinios los reinos sin justicia.

Removida, pues, la justicia, ¿qué son los reinos sino grandes latrocinios? porque los mismos latrocinios ¿qué son sino pequeños reinos? La banda misma es de hombres, se rige por el mando de un príncipe, se ata por el pacto de sociedad, por la ley de lo acordado se divide la presa. Este mal, si crece tanto por los accesos de hombres perdidos que ocupe lugares, constituya sedes, ocupe ciudades, subyugue pueblos, asume más evidentemente el nombre de reino, el cual ya se le confiere en manifiesto no por la codicia quitada, sino por la impunidad añadida. Pues elegante y verazmente respondió a aquel Alejandro el Grande cierto pirata capturado. Pues habiendo preguntado el mismo rey al hombre qué le parecía que tuviera el mar infestado: él, con libre contumacia: "Lo que a ti," dijo, "que [tengas] el orbe de la tierra: pero porque yo lo hago con un pequeño navío, soy llamado ladrón; porque tú con una gran flota, emperador."

CAPÍTULO V.

Sobre los gladiadores fugitivos, cuya potencia fue semejante a la dignidad regia.

Por lo cual omito inquirir qué clase de hombres congregó Rómulo, puesto que mucho se proveyó para ellos, para que de aquella vida, dándoseles el consorcio de la ciudad, dejaran de pensar en las penas debidas, cuyo miedo los impelía a mayores facinerosos; para que en adelante fueran más pacíficos con las cosas humanas. Digo esto, que el mismo imperio romano, ya grande subyugadas muchas naciones y terrible para las demás, amargamente sintió, gravemente temió, no con pequeño negocio de evitar una ingente calamidad fue oprimido; cuando poquísimos gladiadores en Campania huyendo de la escuela, prepararon un gran ejército, tuvieron tres jefes, y devastaron Italia muy amplia y cruelísimamente. Digan qué dios ayudó a estos, para que de un pequeño y despreciable latrocinio llegaran al reino, ya de temer por tan grandes fuerzas y alcázares romanos. ¿O acaso porque no fueron por mucho tiempo, por eso se negará que fueron ayudados divinamente? Como si en verdad la vida misma de cualquier hombre fuera duradera. Por este pacto, por tanto, los dioses a nadie ayudan a reinar, puesto que cada uno muere pronto; ni debe reputarse como beneficio lo que en un breve tiempo en cada hombre, y por esto individualmente en verdad en todos, se desvanece a manera de vapor. Pues ¿qué les interesa a aquellos que bajo Rómulo cultivaron a los dioses, y hace tiempo están muertos, que después de su muerte el imperio romano creciera tanto? puesto que ellos

allá abajo traten sus propias causas: si buenas o malas, no pertenece al asunto presente. Pero esto ha de entenderse de todos los que por el imperio mismo (aunque por los mortales que se van y los que suceden se extienda por largos espacios) en pocos días de su vida pasaron de corrido y rápidamente, cargando los fardos de sus actos. Pero si en verdad incluso estos beneficios de brevísimo tiempo han de atribuirse al auxilio de los dioses, no poco fueron ayudados aquellos gladiadores que rompieron los vínculos de la condición servil, huyeron, escaparon, reunieron un ejército grande y fortísimo, obedientes a los consejos y mandatos de sus reyes, de temer mucho para la alteza romana, e insuperables para algunos generales romanos tomaron muchas cosas: poseyeron muchísimas victorias, usaron de los placeres que quisieron; lo que la libido sugirió, hicieron: finalmente hasta que fueran vencidos, lo cual se hizo dificilísimamente, vivieron sublimes y reinando. Pero vengamos a cosas mayores.

CAPÍTULO VI.

Sobre la codicia del rey Nino, quien, para que dominara más ampliamente, primero infirió guerras a los vecinos.

Justino, quien siguiendo a Trogo Pompeyo escribió una historia no sólo en latín, como aquel, sino también brevemente, así comienza la obra de sus libros: «Al principio de las cosas, el imperio de las gentes y naciones estaba en poder de los reyes, a quienes no la ambición popular, sino la moderación observada entre los buenos, promo-

vía a la cumbre de esta majestad. Los pueblos no estaban sujetos a ningunas leyes: los arbitrios de los príncipes hacían de leyes. La costumbre era proteger los confines del imperio más que extenderlos: los reinos terminaban cada uno dentro de su propia Patria. El primero de todos, Nino, rey de los asirios, cambió la antigua y como ancestral costumbre de las gentes por una nueva codicia de imperio. Él primero infirió guerras a los vecinos, y subyugó hasta los confines de Libia a los pueblos todavía rudos para resistir». Y un poco después: «Nino —dice— afirmó la magnitud de la dominación buscada con la continua posesión. Domados, pues, los próximos, cuando con la accesión de fuerzas pasara más fuerte a otros, y cada victoria próxima fuera instrumento de la siguiente, sometió a los pueblos de todo el Oriente». Pero con cualquier fe de las cosas que escribiera este o Trogo (pues que mintieron en algunas cosas, otras letras más fieles lo muestran), consta sin embargo también entre otros escritores que el reino de los asirios fue por el rey Nino dilatado larga y anchamente. Pero tanto tiempo perseveró que el romano no es todavía de su edad. Pues, según escriben los que han seguido la historia crónica, mil doscientos cuarenta años desde el primer año en que Nino empezó a reinar, permaneció este reino, hasta que se transfiriera a los medos. Pero inferir guerras a los vecinos, y de ahí proceder a lo demás, y triturar y someter a pueblos que no le son molestos por la sola codicia de reinar, ¿qué otra cosa sino un gran latrocinio ha de denominarse?

CAPÍTULO VII.

Si los reinos terrenos entre sus progresos y defectos son ayudados o desamparados por el auxilio de los dioses.

Si por ningún auxilio de los dioses fue tan grande y prolixo este reino, ¿por qué se atribuye a los dioses romanos el reino romano, amplio en lugares y duradero en tiempos? Pues cualquiera que sea aquella causa, la misma es también esta. Pero si contienden que aquello también ha de atribuirse al auxilio de los dioses, pregunto de cuáles. Pues no otras naciones, a las que Nino domó y subyugó, cultivaban entonces a otros dioses. O si los asirios tuvieron los propios, como artesanos más peritos de construir y conservar el imperio, ¿acaso murieron cuando ellos mismos también perdieron el imperio, o no habiéndoseles devuelto la merced, o prometiéndoseles otra mayor, prefirieron pasarse a los medos, y de ahí otra vez a los persas, invitándolos Ciro y prometiéndoles algo más cómodo? Cuya nación, no en los estrechos confines del Oriente, después del reino de Alejandro el Macedonio grande en lugares, pero brevísimo en tiempo, en su propio reino hasta ahora perdura. Si esto es así, o los dioses son infieles, que desamparan a los suyos y se pasan a los enemigos; lo cual ni el hombre Camilo hizo, cuando vencedor y conquistador de una ciudad adversísima, sintió a Roma, por la cual había vencido, ingrata, a la cual sin embargo después, olvidado de la injuria, acordado de la patria, liberó otra vez de los galos: o no son tan fuertes como conviene que los dioses sean fuertes, que pueden

ser vencidos o por los consejos o por las fuerzas humanas. O si, cuando guerrean entre sí, no los dioses por los hombres, sino los dioses por otros dioses tal vez son vencidos, que son los propios de cada una de las ciudades; tienen por tanto también ellos entre sí enemistades, las cuales cada uno por su parte asume. No por tanto debió la ciudad cultivar a sus dioses más que a otros, por los cuales fueran ayudados los suyos. Finalmente, de cualquier modo que se tenga ese tránsito de los dioses, o fuga, o migración, o defección en el combate, todavía en aquellos tiempos y en aquellas partes de las tierras no había sido predicado el nombre de Cristo cuando aquellos reinos por ingentes calamidades bélicas fueron perdidos y traslados. Pues si después de mil doscientos y pico de años, cuando el reino fue quitado a los asirios, ya allí la religión cristiana predicara otro reino eterno, e inhibiera los cultos sacrílegos de los dioses falsos; ¿qué otra cosa dirían los hombres vanos de aquella nación, sino que el reino que por tanto tiempo se conservó, por ninguna otra causa sino por sus religiones abandonadas y aquella recibida pudo perecer? En cuya voz de vanidad, que podía ser, atiendan estos a su espejo; y de quejarse de cosas semejantes, si hay en ellos algún pudor, avergüéncense. Aunque el imperio romano ha sido afligido más que cambiado; lo cual también le aconteció en otros tiempos antes del nombre de Cristo: y de aquella aflicción ha sido recreado; lo cual ni en estos tiempos ha de desesperarse. Pues ¿quién conoció sobre este asunto la voluntad de Dios?

CAPÍTULO VIII.

Bajo la protección de qué dioses piensen los romanos que su imperio fue aumentado y conservado, cuando apenas creyeron que deba encomendarse la tutela de cada cosa a cada uno.

Luego inquiramos, si place, de tan gran turba de dioses como cultivaban los romanos, a cuál preferentemente, o a qué dioses crean que dilataron y conservaron aquel imperio. Pues en esta obra tan preclara y tan llena de tanta dignidad, no se atreven a atribuir algunas partes a la diosa Cloacina; o a Volupia, que fue llamada por el placer; o a Lubentina, cuyo nombre es por la libido; o a Vaticano, que preside los vagidos de los niños; o a Cunina, que administra las cunas de ellos. Pero ¿cuándo pueden conmemorarse en un solo lugar de este libro todos los nombres de los dioses o de las diosas, que ellos apenas pudieron comprender en grandes volúmenes, distribuyendo a cada cosa los oficios propios de los númenes? Ni juzgaron que el cargo de los campos debía encomendarse a un solo dios cualquiera; sino que prefirieron los campos a la diosa Rusina, los yugos de los montes al dios Jugatino; a las colinas prefirieron la diosa Collatina, a los valles Vallonia. Ni al menos pudieron encontrar una sola Segetia tal, a quien de una vez encomendaran las mieses: sino que mientras los granos sembrados estuvieran bajo tierra, quisieron tener puesta al frente a la diosa Seja; cuando en cambio ya estuvieran sobre la tierra y formaran la mies, a la diosa Segetia; pero recolectados y guardados los granos,

para que se conservaran con seguridad, pusieron al frente a la diosa Tutilina. ¿A quién no le parecería que bastaba aquella Segetia, mientras la mies desde los inicios herbáceos llegara hasta las aristas secas? No fue sin embargo bastante para los hombres amantes de la multitud de dioses que el alma mísera se prostituyera a una turba de demonios, desdeñando el casto abrazo del único Dios verdadero. Pusieron pues al frente a Proserpina de los granos que germinan, a los nudos y coyunturas de las cañas al dios Nodoto, a las envolturas de los folículos a la diosa Volutina; cuando los folículos se abren para que salga la espiga, a la diosa Patelana; cuando las mieses se igualan con nuevas aristas, porque los antiguos dijeron que igualar era hostire, a la diosa Hostilina; de los granos que florecen a la diosa Flora, de los que lactan al dios Lacturno, de los que maduran a la diosa Matuta; cuando se escardan, esto es, se quitan de la tierra, a la diosa Runcina. Ni lo conmemoro todo, porque me da asco lo que a ellos no les da vergüenza. Estas poquísimas cosas he dicho por esto, para que se entendiera que de ningún modo se atreven a decir que aquellos númenes constituyeron, aumentaron, conservaron el imperio romano, los cuales así se aplicaban cada uno a sus propios oficios, que nada universal se encomendaba a uno solo cualquiera. ¿Cuándo pues Segetia cuidaría del imperio, a quien no le era lícito tener el cuidado a la vez tanto de las mieses como de los árboles? ¿Cuándo Cunina pensaría sobre las armas, cuya prefectura no se permitía exceder de las cunas de los párvulos?

¿Cuándo Nodoto ayudaría en la guerra, el cual ni al folículo de la espiga, sino sólo al nudo de la coyuntura pertenecía? Cada uno pone un solo portero a su casa, y porque es hombre, es del todo suficiente: estos pusieron tres dioses, a Forculo para las puertas, a Cardea para el quicio, a Limentino para el umbral. Así no podía Forculo a la vez conservar también el quicio y el umbral.

CAPÍTULO IX.

Si la amplitud y duración del imperio romano ha de adscribirse a Júpiter, a quien sus cultivadores opinan que es el dios sumo.

Omitida, pues, esta turba de dioses menudos, o un tanto intermitida, debemos inquirir el oficio de los dioses mayores, por el cual Roma se hizo tan grande que por tanto tiempo imperara a tantas naciones. Sin duda pues esta es obra de Júpiter. Pues quieren que él mismo sea el rey de todos los dioses y diosas: esto indica su cetro, esto el Capitolio en la alta colina. De este dios, aunque por un poeta, predican muy convenientemente dicho: De Júpiter todo está lleno. (Virgilio, Écloga 3, vers. 60.) A este cree Varro que es cultivado incluso por aquellos que cultivan a un solo Dios solo sin simulacro, pero que es llamado con otro nombre. Pero si esto es así, ¿por qué fue tan mal tratado en Roma (como ciertamente también en las demás naciones), que se le hiciera un simulacro? Lo cual tanto le disgusta incluso al mismo Varro que, estando presionado por la perversa costumbre de tan gran ciudad, de ningún modo

sin embargo dudó en decir y escribir que estos que instituyeron los simulacros para los pueblos, tanto quitaron el miedo como añadieron el error.

CAPÍTULO X.

Qué opiniones siguieron quienes pusieron al frente a diversos dioses de diversas partes del mundo.

¿Por qué se le adjunta también Juno como esposa, de quien se dice hermana y cónyuge (Virgilio, Eneida lib. 1, v. 47)? Porque, dicen, entendemos a Júpiter en el éter, a Juno en el aire; y estos dos elementos están conjuntados, uno superior, el otro inferior. No es pues aquel de quien se dijo: De Júpiter todo está lleno; si Juno también llena alguna parte. ¿O acaso cada uno llena ambos, y ambos esposos están tanto en estos dos elementos como en cada uno a la vez? ¿Por qué pues se le da el éter a Júpiter, el aire a Juno? Finalmente bastarían ellos dos: ¿qué es eso de que el mar se atribuya a Neptuno, la tierra a Plutón? Y para que ellos mismos tampoco se quedaran sin cónyuges, se le añade a Neptuno Salacia, a Plutón Proserpina. Pues así como dicen que Juno tiene la parte inferior del cielo, esto es, el aire; así Salacia la parte inferior del mar, y Proserpina la inferior de la tierra. Buscan cómo remendar las fábulas, y no lo encuentran. Pues si esto fuera así, los antiguos de ellos dirían que los elementos del mundo son tres más bien, no cuatro, para que cada matrimonio de los dioses se dividiera para cada elemento. Pero ahora afirmaron de todos modos que una cosa es el éter, otra el aire. Pero el agua, ya supe-

rior, ya inferior, ciertamente es agua: pon que sea disímil, ¿acaso tanto que no sea agua? Y la tierra inferior, ¿qué otra cosa puede ser sino tierra, por cualquier gran diversidad que esté distinguida? Luego he aquí que ya todo el mundo corpóreo está completo en estos cuatro o tres elementos: ¿Minerva dónde estará? ¿qué tendrá? ¿qué llenará? Pues a la vez con estos fue constituida en el Capitolio, aunque esta no sea hija de ambos. O si dicen que Minerva tiene la parte superior del éter, y por esta ocasión fingen los poetas que nació de la cabeza de Júpiter; ¿por qué pues no se la reputa a ella más bien como reina de los dioses, porque sea superior a Júpiter? ¿o porque era indigno anteponer la hija al padre? ¿Por qué no se guardó esa justicia sobre el mismo Júpiter para con Saturno? ¿o porque fue vencido? ¿Luego pelearon? Lejos esté, dicen: es esa la garrulidad de las fábulas. He aquí que no se crea a las fábulas, y de los dioses se sientan cosas mejores: ¿por qué pues no se le dio al padre de Júpiter, si no una sede más sublime, ciertamente una igual de honor? Porque Saturno, dicen, es la longitud del tiempo. El tiempo pues cultivan quienes cultivan a Saturno, y el rey de los dioses Júpiter se insinúa nacido del tiempo. Pues ¿qué cosa indigna se dice, cuando Júpiter y Juno se dicen nacidos del tiempo, si él es el cielo y ella la tierra, cuando ciertamente fueron hechos el cielo y la tierra? Pues esto también tienen en sus libros sus hombres doctos y sabios: ni por los fingimientos poéticos, sino por los libros de los filósofos fue dicho por Virgilio: Entonces el padre omnipotente éter con

fecundas lluvias, descendió al regazo de su alegre cónyuge (Virgilio, Geórgicas lib. 2, v. 325, 326), esto es, al regazo del suelo o de la tierra. Porque también aquí quieren que haya algunas diferencias, y en la misma tierra piensan que una cosa es Tierra, otra Tellus, otra Tellumo. Y a todos estos dioses los tienen llamados por sus nombres, distinguidos por sus oficios, venerados por sus aras y sacrificios. A la misma Tierra también llaman madre de los dioses: para que ya los poetas finjan cosas más tolerables si, según los libros, no poéticos, sino sagrados de estos, Juno no sólo es hermana y cónyuge, sino también madre de Júpiter. A la misma tierra quieren que sea Ceres, la misma también Vesta: cuando sin embargo más a menudo aseguran que Vesta no es sino el fuego, perteneciente a los hogares, sin los cuales la ciudad no puede ser; y por eso suelen servirle vírgenes porque, como de la virgen, así nada nace del fuego. Cuya vanidad entera ciertamente convino que fuera abolida y extinguida por Aquel que nació de la Virgen. Pues ¿quién soportará que, habiendo atribuido tanto honor y como castidad al fuego, a veces no se avergüencen de decir que Vesta es también Venus, para que se desvanezca en sus esclavas la honrada virginidad? Pues si Vesta es Venus, ¿cómo le sirvieron ritualmente las vírgenes absteniéndose de las obras venéreas? ¿O acaso las Venid son dos, una virgen, la otra mujer? ¿o mejor dicho tres, una de las vírgenes, que es también Vesta, otra de las casadas, otra de las meretrices? A la cual incluso los fenicios daban un don por la prostitución de las hijas antes de unir-

las a los varones. ¿Cuál de aquellas es la matrona de Vulcano? No ciertamente la virgen, puesto que tiene marido. Lejos esté en cambio que la meretriz, para que no parezcamos hacer injuria al hijo de Juno y cooperador de Minerva. Luego esta se entiende que pertenece a las casadas: pero no queremos que la imiten en lo que hizo aquella con Marte. Otra vez, dicen, vuelves a las fábulas. ¿Qué justicia es esta, indignarse contra nosotros porque decimos tales cosas de sus dioses; y no indignarse contra sí mismos, que muy de buena gana ven en los teatros estos crímenes de sus dioses? Y lo que sería increíble si no se probara muy testificadamente, estos mismos crímenes teatrales de sus dioses fueron instituidos en honor de los mismos dioses.

CAPÍTULO XI.

Sobre los muchos dioses, a los cuales los doctores de los paganos defienden que son uno y el mismo Júpiter.

Cualesquiera razones físicas y disputas que asertaren: ya sea Júpiter el ánimo de este mundo corpóreo, que llena y mueve toda esta mole construida y compactada de cuatro, o de cuantos elementos les plazca; ya de ahí ceda sus partes a la hermana y a los hermanos: ya sea el éter, para que abrace desde arriba al aire, Juno, difundido por debajo; ya sea él mismo todo el cielo a la vez con el aire, pero fecunde a la tierra como cónyuge y a la vez madre (porque esto en las cosas divinas no es torpe) con fecundas lluvias y semillas; ya en cambio (para que no sea necesario discurrir por

todo) sea un solo dios, de quien muchos piensan que fue dicho por un poeta nobilísimo: Pues Dios va por todas las tierras, y los tractos del mar, y el cielo profundo: (Virgilio, Geórgicas lib. 4, v. 221, 222.) él mismo sea Júpiter en el éter, él mismo Juno en el aire, él mismo Neptuno en el mar, en las partes inferiores del mar él mismo Salacia, en la tierra Plutón, en la tierra inferior Proserpina, en los hogares domésticos Vesta, en la fragua de los herreros Vulcano, en los astros el sol y la luna y las estrellas, en los que adivinan Apolo, en la mercancía Mercurio, en Jano el iniciador, en Término el terminador, Saturno en el tiempo, Marte y Belona en las guerras, Líber en las viñas, Ceres en los cereales, Diana en las selvas, Minerva en los ingenios: él mismo sea finalmente también en aquella turba como de dioses plebeyos: él mismo presida con el nombre de Líber de las semillas de los varones, y con el nombre de Líbera de las de las mujeres: él mismo sea Diespiter, que conduzca el parto al día; él mismo sea la diosa Mena, a quien pusieron al frente de los menstruos de las mujeres; él mismo Lucina, que sea invocada por las parturientas: él mismo lleve auxilio a los que nacen, recibiéndolos en el regazo de la tierra, y llámese Opis; él mismo en el vagido abra la boca, y llámese dios Vaticano; él mismo levante de la tierra, y llámese diosa Levana; él mismo proteja las cunas, y llámese diosa Cunina: no sea otro, sino él mismo en aquellas diosas que cantan los fados a los que nacen y se llaman Carmentas: presida lo fortuito y llámese Fortuna: en la diva Rumina amamante al párvulo, porque los antiguos

llamaron ruma a la teta; en la diva Potina suministre la poción; en la diva Educa proporcione el alimento: por el pavor de los infantes sea llamado Pavencia; por la esperanza que viene, Venilia; por el placer, Volupia; por el acto, Agenoria; por los estímulos con que el hombre es impelido al acto excesivo, la diosa Estímula sea nombrada; Estrenia sea diosa haciendo estrenuo; Numeria, que enseñe a numerar; Camoena, a cantar: él mismo sea también el dios Conso, prestando consejos; y la diosa Sencia, inspirando sentencias: él mismo la diosa Juventas, que después de la praetexta reciba los exordios de la edad juvenil: él mismo sea también Fortuna Barbata, que vista a los adultos con la barba; a quienes no quisieron honrar, para que a este numen cual sea al menos lo nombraran dios masculino, o Barbado por la barba, como Nodoto por los nudos, o ciertamente no Fortuna, sino porque tiene barbas, Fortunio: él mismo en el dios Jugatino junte a los cónyuges; y cuando se desata la zona a la virgen esposa, él mismo sea invocado y llámese diosa Virginiensis: él mismo sea Mutuno o Tutuno, que es entre los griegos Príapo: si no avergüenza, todas estas cosas que he dicho, y cualesquiera que no he dicho (pues no juzgué que todo debiera decirse), todos estos dioses y diosas sean un solo Júpiter: ya sean, como algunos quieren, todas estas partes suyas, o virtudes suyas, según les parece a quienes les place que él sea el ánimo del mundo; cuya sentencia es como de grandes y muchos doctores. Si estas cosas fueran así (lo cual cómo sea, no lo inquiero mientras tanto), ¿qué perderían si cultivaran a un

solo Dios por un compendio más prudente? ¿Qué pues de él se despreciaría cuando él mismo fuera cultivado? Pero si había de temerse no sea que las partes de él pretermitidas o descuidadas se airaran: no es por tanto, como quieren, como la vida de un solo viviente esta que contiene a todos los dioses como sus propias virtudes, o miembros, o partes; sino que cada parte tiene su propia vida separada de las demás, si además de una puede airarse la otra, y una aplacarse, otra concitarse. Si en cambio se dice que todo a la vez, esto es, todo el mismo Júpiter pudo ofenderse si sus partes no fueran también cultivada individual y menudamente, se dice neciamente. Pues ninguna de ellas se pretermitiría cuando él solo, que tiene todas las cosas, fuera cultivado. Pues para omitir otras cosas, que son innumerables, cuando dicen que todos los astros son partes de Júpiter, y que todos viven y tienen almas racionales, y por eso sin controversia son dioses, no ven a cuántos no cultivan, para cuántos no construyen templos, no establecen aras, las cuales sin embargo juzgaron que debían establecerse para poquísimos de los astros, y sacrificar individualmente. Si por tanto se airan los que no son cultivados individualmente, ¿no temen, aplacados unos pocos, vivir con todo el cielo airado? Si en cambio cultivan a todas las estrellas por esto, porque están en Júpiter a quien cultivan, por este compendio podrían en aquel solo suplicar a todos. Pues así nadie se airaría, cuando en aquel solo nadie fuera despreciado, más bien que, cultivados algunos, se ofreciera justa causa de airarse a aquellos que

hubieran sido pretermitidos, mucho más numerosos: sobre todo cuando, brillando ellos desde la sede superna, se les antepusiera Príapo, distendido por su torpe desnudez.

CAPÍTULO XII.

De la opinión de aquellos que pensaron que Dios es el alma del mundo, y el mundo el cuerpo de Dios.

¿Qué decir de aquello? ¿Acaso no debe mover a los hombres agudos, o a hombres de cualquier clase? Pues no es necesaria para esto la excelencia del ingenio, para que, depuesto el afán de contienda, atiendan a si Dios es el ánimo del mundo, y para ese ánimo el mundo es como el cuerpo, de modo que sea un solo animal constante de ánimo y cuerpo, y este Dios sea continente de todas las cosas en sí mismo en cierto seno de la naturaleza, de modo que de su misma alma, por la cual es vivificada toda esta mole, se tomen las vidas y almas de todos los vivientes según la suerte de cada uno que nace, de modo que nada en absoluto reste que no sea parte de Dios. Lo cual, si es así, ¿quién no verá cuánta impiedad e irreligiosidad se sigue, de modo que lo que cualquiera pisare, pise una parte de Dios, y en la matanza de todo viviente, una parte de Dios sea trucidada? No quiero decir todas las cosas que pueden ocurrir a los que piensan; pues no pueden decirse sin vergüenza.

CAPÍTULO XIII.

De aquellos que asertan que solo los animales racionales son partes del único Dios.

Pero si contienden que solo los animales racionales, como son los hombres, son partes de Dios; no veo por cierto, si todo el mundo es Dios, de qué modo separan a las bestias de sus partes. Pero, ¿qué necesidad hay de luchar? Acerca del mismo viviente racional, esto es, el hombre, ¿qué cosa más infeliz puede creerse que una parte de Dios sea azotada cuando un niño es azotado? Ya pues, ¿quién podría soportar que partes de Dios se vuelvan lascivas, inicuas, impías y del todo condenables, sino quien está totalmente loco? Finalmente, ¿por qué se aíra con aquellos por quienes no es cultivado, cuando no es cultivado por sus partes? Resta, pues, que digan que todos los dioses tienen sus propias vidas, que cada uno vive para sí, que ninguno de ellos es parte de nadie; sino que todos deben ser cultivados, los que pueden ser conocidos y cultivados; porque son tantos que no todos pueden serlo. De los cuales Júpiter, porque preside como rey, creo que por ellos es pensado que constituyó o aumentó el reino romano. Pues si él mismo no hizo esto, ¿a qué otro dios creerían que pudo acometer obra tan grande, cuando todos están ocupados en sus propios oficios y obras, ni uno irrumpe en las del otro? Por el rey de los dioses, por tanto, el reino de los hombres pudo ser propagado y aumentado.

CAPÍTULO XIV.

Que los aumentos de los reinos se adscriben incongruentemente a Júpiter: cuando, si Victoria, como quieren, es diosa, ella sola bastaría para este negocio.

Aquí primero inquiero, ¿por qué no también el reino mismo es algún dios? Pues, ¿por qué no habría de ser así, si Victoria es diosa? ¿O qué necesidad hay del mismo Júpiter en esta causa, si Victoria favorece y es propicia, y siempre va hacia aquellos que quiere que sean vencedores? Favoreciendo esta diosa y siendo propicia, incluso estando Júpiter vacante o haciendo otra cosa, ¿qué gentes quedarían no sometidas? ¿qué reinos no cederían? ¿O acaso disgusta a los buenos luchar con iniquísima improbidad, y provocar a los vecinos quietos y que no hacen ninguna injuria a una guerra espontánea para dilatar el reino? Claramente si así lo sienten, lo apruebo y lo alabo.

CAPÍTULO XV.

Si conviene a los buenos querer reinar más largamente.

Vean, pues, no sea que tal vez no pertenezca a los varones buenos gozarse de la latitud del reino. Pues la iniquidad de aquellos con quienes se han gestado guerras justas, ayudó al reino para que creciera; el cual ciertamente sería pequeño si la quietud y la justicia de los vecinos no provocara ninguna guerra para ser gestada contra sí por alguna injuria; y así, con más felices cosas humanas, todos los reinos serían pequeños, gozándose en una concordia de vecindad; y así habría en el mundo muchísimos reinos de gentes, como hay

en la ciudad muchísimas casas de ciudadanos. Por lo tanto, guerrear y dilatar el reino por las gentes perdomadas, a los malos les parece felicidad, a los buenos necesidad. Pero porque sería peor que los injuriosos dominaran a los más justos, por eso no incongruentemente se dice también que esto es felicidad. Pero sin duda alguna mayor felicidad es tener un vecino bueno concorde, que subyugar a un vecino malo beligerante. Malos votos son desear tener a quien odies o a quien temas, para que pueda haber a quien venzas. Si, pues, gestando guerras justas, no impías, no inicuas, los romanos pudieron adquirir imperio tan grande, ¿acaso debe ser cultivada por ellos también la iniquidad ajena como alguna diosa? Pues vemos que ella cooperó mucho para esa latitud del imperio, la cual hacía injuriosos, para que hubiera con quienes se gestaran guerras justas y se aumentara el imperio. ¿Por qué, además, la iniquidad no habría de ser diosa, incluso de las gentes externas, si el Pavor y el Palor y la Fiebre merecieron ser dioses romanos? Por estas dos, pues, esto es, por la iniquidad ajena y la diosa Victoria, mientras la iniquidad excita las causas de las guerras, Victoria termina felizmente las mismas guerras, e incluso estando Júpiter de vacaciones, creció el imperio. ¿Qué partes tendría aquí Júpiter, cuando aquellas cosas que podrían pensarse beneficios suyos, son tenidos por dioses, son llamados dioses, son cultivados como dioses, y ellos mismos son invocados por sus propias partes? Tendría, además, aquí también él alguna parte, si el reino también se llamara él

mismo, como se llama aquella Victoria. O si el reino es don de Júpiter, ¿por qué no se tiene también la victoria como don suyo? Lo cual profusamente se tendría, si no una piedra en el Capitolio, sino el verdadero Rey de reyes y Señor de los señores (Apoc. 19, 16) fuera conocido y cultivado.

CAPÍTULO XVI.

Qué fue aquello de que los romanos, disputando dioses singulares para todas las cosas y todos los movimientos, quisieran que el templo de la Quietud estuviera fuera de las puertas.

Me admiro muchísimo, además, de que, cuando atribuían dioses singulares a las cosas singulares y casi a los movimientos singulares, llamaron a la diosa Agenoria, que excitara a obrar; a la diosa Estímula, que estimulara a obrar más allá del modo; a la diosa Murcia, que no moviera más allá del modo y hiciera al hombre, como dice Pomponio, murcido, esto es, demasiado desidioso e inactuoso; a la diosa Estrenia, que hiciera estrenuo; para todos estos dioses y diosas se encargaron de hacer sacros públicos: pero llamando Quietud a la que hiciera quieto, teniendo ella un templo fuera de la puerta Colina, no quisieron recibirla públicamente. ¿Acaso fue indicio de un ánimo inquieto, o más bien así se significó que quien perseverara en cultivar aquella turba, no claramente de dioses, sino de demonios, ese no puede tener quietud? a la cual llama el verdadero Médico, diciendo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas (Mat. 11, 29).

CAPÍTULO XVII.

Si, siendo de Júpiter la suma potestad, también Victoria debió ser estimada diosa.

¿O acaso dicen que Júpiter envía a la diosa Victoria, y que ella, obedeciendo como al rey de los dioses, viene a los que él mandare y se asienta de su parte? Esto se dice verdaderamente, no de aquel Júpiter a quien fingen rey de los dioses según su opinión; sino de aquel verdadero Rey de los siglos, que envía no a Victoria, que no es ninguna sustancia, sino a su ángel, y hace vencer a quien quisiere; cuyo consejo puede ser oculto, pero no puede ser inicuo. Pues si la victoria es diosa, ¿por qué no es dios también el triunfo, y se une a la victoria o el marido, o el hermano, o el hijo? Tales cosas por cierto opinaron estos de los dioses, cuales si los poetas las fingieran y fueran por nosotros agitadas, responderían estos que son de reír los fingimientos de los poetas, no atribuibles a los verdaderos númenes: y sin embargo ellos mismos no se reían cuando tales delirios no los leían en los poetas, sino que los cultivaban en los templos. A Júpiter, pues, rogarían de todas las cosas, a él solo únicamente suplicarían. Pues no, a donde él hubiera enviado a Victoria, si es diosa y está bajo aquel rey, podría ella osar resistirle y hacer más bien su propia voluntad.

CAPÍTULO XVIII.

Por qué razón distinguen a Felicidad y Fortuna quienes las consideran diosas.

¿Qué decir de que también Felicidad es diosa? Recibió templo, mereció ara, se le pagaron sacros congruos. Ella sola, pues, fuera cultivada: pues donde ella misma estuviera, ¿qué habría que no fuera bueno? Pero, ¿qué quiere decir que también Fortuna es pensada diosa y es cultivada? ¿Acaso una cosa es la felicidad y otra la fortuna? Porque la fortuna puede ser también mala: la felicidad en cambio, si fuera mala, no será felicidad. Ciertamente debemos estimar a todos los dioses de ambos sexos (si es que tienen sexo) como nada sino buenos. Esto dice Platón (La República, lib. 2), esto otros filósofos, esto los excelentes rectores de la república y de los pueblos. ¿Cómo pues la diosa Fortuna es a veces buena, a veces mala? ¿O acaso cuando es mala no es diosa, sino que de repente se convierte en un demonio maligno? ¿Cuántas son pues esas diosas? Por cierto, cuantas sean los hombres afortunados, esto es, de buena fortuna. Pues como haya también otros muchísimos a la vez, esto es, en un mismo tiempo, de mala fortuna, ¿acaso ella, si fuera la misma, sería a la vez mala y buena; para estos una cosa, para aquellos otra? ¿O es que la que es diosa es siempre buena? Ella misma es pues Felicidad: ¿por qué se emplean dos nombres? Pero esto es de llevar: pues suele una sola cosa ser llamada con dos nombres. ¿Por qué diversos templos, diversas aras, diversos sacros? Hay una causa, dicen: porque aquella felicidad es la que tienen los buenos por méritos precedentes; la fortuna en cambio, que se dice buena, sucede fortuitamente a los hombres tanto buenos como malos sin ningún

examen de méritos, de donde también es nombrada fortuna. ¿Cómo pues es buena la que viene sin ningún juicio tanto a los buenos como a los malos? ¿Y para qué es cultivada la que es tan ciega, incurriendo por todas partes en cualesquiera, de modo que la mayoría de las veces pasa de largo de sus cultivadores y se adhiere a sus despreciadores? O si algo aprovechan sus cultivadores para que sean vistos y amados por ella, ya sigue a los méritos, no viene fortuitamente. ¿Dónde está pues aquella definición de la fortuna? ¿Dónde está que de lo fortuito recibió también el nombre? Pues nada aprovecha cultivarla si es fortuna. Si en cambio discierne a sus cultivadores para aprovecharles, no es fortuna. ¿O también a ella la envía Júpiter a donde quisiere? Sea cultivado pues él solo: pues no puede la Fortuna resistir a él cuando manda y la envía a donde quisiere. O ciertamente cultiven a esta los malos, que no quieren tener méritos por los cuales pueda ser invitada la diosa Felicidad.

CAPÍTULO XIX.

De la Fortuna mujeril.

Tanto por cierto atribuyen a este como numen, a quien llaman Fortuna, que incluso encomendaron a la memoria que su simulacro, que fue dedicado por las matronas (y fue llamada Fortuna mujeril [Liv. l. 2]), también habló (Plutarco en Coriolano y en el lib. de la Fortuna de los Romanos), y dijo no una vez, sino otra vez, que las matronas la dedicaron ritualmente. Lo cual

ciertamente, si fuera verdad, no debe admirarnos. Pues no es difícil incluso así para los demonios malignos engañar, cuyas artes y versucias de aquí más bien debieron advertir estos, de que habló aquella diosa que sucede fortuitamente, no la que viene por los méritos. Fue pues la Fortuna locuaz, y muda la Felicidad; ¿para qué otra cosa, sino para que los hombres no cuidaran de vivir rectamente, conciliada para sí la Fortuna, que los hiciera afortunados sin ningún buen mérito? Y ciertamente si la Fortuna habla, no al menos la mujeril, sino la viril más bien hablaría, para que no ellas mismas, que dedicaron el simulacro, fueran pensadas haber fingido tan gran milagro por la locuacidad mujeril.

CAPÍTULO XX.

De la Virtud y la Fe, que los romanos cultivaron entre los dioses, ni las pusieron en la parte joviana.

También a la Virtud hicieron diosa; la cual ciertamente si fuera diosa, sería antepuesta a muchos. Y ahora, porque no es diosa, sino que es don de Dios, sea impetrada de aquel por quien solo puede ser dada, y toda la turba de los dioses evanescerá. Pero ¿por qué también la Fe fue creída diosa, y recibió ella misma también templo y ara? A quien cualquiera que prudentemente reconoce, se hace a sí mismo templo para ella. ¿Cómo además saben qué sea la fe, cuyo primero y máximo oficio es que se crea en el verdadero Dios? Pero ¿por qué no bastó la fe para la virtud? si es que la virtud es definida por ellos en cuatro partes: pru-

dencia, justicia, fortaleza, templanza. Puesto que en verdad también estas singulares tienen sus propias diosas, ¿por qué la fe fue tan adjunta a la virtud que en aquellas cuatro no tuviera ningún lugar, ni se uniera a alguna de ellas? ¿qué fe es sino la que nosotros encontramos en el mismo registro, cuando se dice que la justicia vive de la fe? Me admiro además de que estos, que estuvieron entregados a tanta turba de dioses, quisieran que la virtud y la fe fueran diosas, cuya sede no dudaron que estaba en el ánimo; cuando sin embargo carezca de templo el ánimo mismo en que puedan sentarse.

CAPÍTULO XXI.

Que para aquellos que no entienden al único Dios, debió bastar la Felicidad.

Mas cuando también hicieron diosa a la Felicidad, y le constituyeron templo y ara y sacros, si a esta sola cultivaran, del todo bastaría. ¿Qué pues debe ser cultivado por quien quiere ser feliz, sino la Felicidad? ¿Por qué pues para buscarla, quien cultiva a Júpiter, va a Apolo, va a Marte, va a los dioses singulares, que cada uno para sus partes juzgaron que debían ser adhibidos? Y de aquí ya debe omitirse esa multitud de númenes que como a cosas singulares fue diputada para el oficio de cada una de ellas. Pues si puede hacerse que, puesto que es Dios aquel cuyo munus es la felicidad, hayan hecho diosa a ella misma que llaman Felicidad, y cultivándola tengan paritariamente sus otros dones: ¿por qué no hicieron también

diosa al reino, para que cultivándola no carecieran de la otra diosa Victoria, o de cualquier otro numen en esa causa? Pero si el reino es munus de Júpiter, ¿por qué no también la misma felicidad es pensada munus suyo? Si en cambio es pensada munus suyo, ¿qué necesidad había de cultivar a aquellas diosas por sus dones, cuando él mismo que da fuera solo cultivado, y diera todas las cosas paritariamente? ¿Por qué pues no hicieron también diosa al reino, si Victoria es diosa? O si la misma Victoria no es diosa, sino que es munus de Dios, ¿por qué no también la misma felicidad sea tenida como munus suyo? Finalmente, si tanto el reino es munus de Júpiter, como la Victoria es munus suyo, y la Felicidad es munus suyo: ¿por qué no sea cultivado él solo, por quien todas estas cosas son dadas? Las cuales si deben ser cultivadas singladamente, ¿por qué no también el reino sería cultivado singladamente? ¿Por qué no también la misma Iniquidad, que para dilatar el imperio ofrece causas, fuera cultivada singladamente? La cual si no es diosa, porque es un mal; ¿por qué no también la misma Victoria sea tenida como munus de Dios, así como el reino es munus suyo? Ciertamente si Victoria es diosa, ¿por qué no también el triunfo sea dios? ¿Qué es el triunfo sino el fin de la victoria? Si en cambio también el mismo triunfo no es dios, sino que es munus de Dios, ¿por qué no también la misma Victoria sea tenida como munus suyo? Pues si Victoria es diosa, y está bajo aquel rey, a donde fuera enviada, a aquel favorecerá: ¿por qué pues no sea cultivado él solo, por quien todas estas cosas son dadas?

CAPÍTULO XXII.

De la ciencia de cultivar a los dioses, que Varro se jacta de haber conferido a los romanos.

¿Qué es, pues, lo que Varro se jacta de prestar a sus ciudadanos como un gran beneficio, porque no sólo conmemora a los dioses que conviene que sean cultivados por los romanos, sino que también dice qué pertenece a cada uno? "Puesto que nada aprovecha", dice, "conocer el nombre y la forma de algún médico, e ignorar que es médico: así dice que nada aprovecha saber que Esculapio es dios, si ignoras que él auxilia a la salud, y así ignoras por qué debes suplicarle". Esto mismo afirma con otra similitud, diciendo que no sólo vivir bien, sino que absolutamente nadie puede vivir, si ignora quién sea el herrero, quién el panadero, quién el estucador, a quien pueda pedir cada utensilio: a quién tomar como ayudante, a quién como guía, a quién como maestro: de ese modo aseverando que a nadie es dudoso que así es útil el conocimiento de los dioses, si se sabe qué fuerza y facultad y potestad de cada cosa tenga cada dios. "Pues por eso podremos", dice, "saber a qué dios debamos convocar e invocar por causa de cada cosa: para que no hagamos como suelen los mimos, y pidamos agua a Líber, vino a las Linfas". Gran utilidad, por cierto. ¿Quién no daría gracias a este hombre, si mostrara cosas verdaderas; y si enseñara que el único Dios verdadero, de quien proceden todos los bienes, debe ser cultivado por los hombres?

CAPÍTULO XXIII.

De la Felicidad, a quien los romanos, veneradores de muchos dioses, por mucho tiempo no cultivaron con honor divino, cuando ella sola bastaba para todos.

1. Pero de donde ahora se trata, si sus libros y cosas sagradas son verdaderas, y la Felicidad es diosa, ¿por qué no fue ella sola constituida para ser cultivada, que pudiera conferir todas las cosas, y por un atajo hacer feliz? ¿Pues quién desea algo por causa de otra cosa sino para que se haga feliz? ¿Por qué, en fin, tan tarde a esta tan gran diosa, después de tantos príncipes romanos, Lúculo le constituyó un templo? ¿Por qué el mismo Rómulo, deseando fundar una ciudad feliz, no le construyó un templo principalmente a ella? Ni por causa de algo hubiera suplicado a los demás dioses, cuando nada faltaría si ella estuviera presente. Pues ni él mismo se haría primero rey, ni, como piensan, después dios, si no tuviera propicia a esta diosa. ¿Para qué, pues, constituyó para los romanos a los dioses Jano, Júpiter, Marte, Pico, Fauno, Tiberino, Hércules, y si hay algunos otros? ¿Para qué Tito Tacio añadió a Saturno, Ops, el Sol, la Luna, Vulcano, la Luz, y a cualesquiera otros que añadió, entre los cuales también a la diosa Cloacina, descuidada la Felicidad? ¿Para qué Numa tantos dioses y tantas diosas sin ella? ¿O acaso no pudo verla en tan gran turba? Hostilio ciertamente, el rey, no introduciría él mismo nuevos dioses, el Pavor y la Palidez, para ser propiciados, si conociera o cultivara a esta diosa. Pues estando

presente la Felicidad, todo pavor y palidez, no propiciado se iría, sino que expelido huiría.

2. Después, ¿qué es esto de que ya el imperio romano crecía a lo largo y a lo ancho, y todavía nadie cultivaba a la Felicidad? ¿Acaso por eso el imperio fue más grande que feliz? Pues ¿cómo habría allí verdadera felicidad, donde no había verdadera piedad? Pues la piedad es el veraz culto del Dios verdadero, no el culto de tantos falsos dioses cuantos son los demonios. Pero también después, recibida ya la Felicidad en el número de los dioses, sobrevino la gran infelicidad de las guerras civiles. ¿O acaso justamente se indignó la Felicidad, porque fue invitada tanto tan tarde, como no para el honor, sino más bien para la contumelia, de modo que con ella fuera cultivado Príapo, y Cloacina, y el Pavor, y la Palidez, y la Fiebre, y las demás cosas no númenes de quienes deben ser cultivados, sino crímenes de quienes los cultivan?

3. Al final, si con turba tan indignísima pareció que debía ser cultivada tan gran diosa, ¿por qué no al menos era cultivada más ilustremente que los demás? ¿Pues quién soportará que ni entre los dioses Consentes, que dicen que son adhibidos al consejo de Júpiter, ni entre los dioses que llaman Selectos, fue constituida la Felicidad? Algún templo se le hiciera, que preeminiera tanto por la sublimidad del lugar como por la dignidad de la obra. ¿Pues por qué no algo mejor que para el mismo Júpiter? ¿Pues qué dio también el reino a Júpiter sino la Felicidad? si es que, cuando reinaba, fue feliz. Y más potente es la felicidad

que el reino. Pues nadie duda que fácilmente se encuentra un hombre que tema hacerse rey: pero ninguno se encuentra que no quiera ser feliz. Los mismos dioses, pues, si piensan que pueden ser consultados por los augurios o de cualquier modo, fueran consultados sobre este asunto, si querían ceder el lugar a la Felicidad: si por acaso el lugar ya hubiera sido ocupado por los templos o aras de otros, donde se construyera un templo mayor y más sublime para la Felicidad, aun el mismo Júpiter cedería, para que la Felicidad más bien obtuviera el mismo vértice de la colina Capitolina. Pues nadie en absoluto resistiría a la Felicidad, sino, lo que no puede ser, quien quisiera ser infeliz. De ningún modo en absoluto, si fuera consultado, haría Júpiter lo que le hicieron tres dioses, Marte, Término y Juventas, que de ningún modo quisieron ceder el lugar a su mayor y rey. Pues como tienen sus letras, cuando el rey Tarquinio quería fabricar el Capitolio, y divisara que aquel lugar que le parecía más digno y apto estaba preocupado por otros dioses, no atreviéndose a hacer algo contra el arbitrio de ellos y creyendo que cederían de su voluntad a tan gran numen y a su príncipe; porque eran muchos allí donde el Capitolio fue constituido, buscó por el augurio si querían conceder el lugar a Júpiter: y todos quisieron ceder de allí, excepto aquellos que conmemoré, Marte, Término, Juventas: y por eso el Capitolio fue así construido, que también estos tres estuvieran dentro con signos tan oscuros, que esto apenas lo supieran los hombres doctísimos. De ningún modo, por tanto, el mismo

Júpiter despreciaría a la Felicidad, como fue despreciado por Término, Marte y Juventas. Pero ellos mismos también que no habían cedido a Júpiter, de seguro cederían a la Felicidad, que les había hecho rey a Júpiter. O si no cedieran, no por desprecio de ella lo harían, sino porque en la casa de la Felicidad preferirían ser oscuros que sin ella sobresalir en sus lugares propios.

4. Así, constituida la diosa Felicidad en un lugar amplísimo y altísimo, aprenderían los ciudadanos de dónde debía ser pedido el auxilio de todo buen voto. Y así, persuadiendo la misma naturaleza, abandonada la superflua multitud de los otros dioses, se cultivaría una sola Felicidad, a una sola se suplicaría, el templo de una sola sería frecuentado por los ciudadanos que quisieran ser felices, de los cuales no habría ninguno que no lo quisiera: y así ella misma sería pedida a sí misma, la cual era pedida por todos. ¿Pues quién querría recibir algo de algún dios, sino la felicidad, o lo que juzga que pertenece a la felicidad? Por tanto, si la felicidad tiene en su potestad con qué hombre esté (y la tiene, si es diosa), ¿qué estulticia es, en fin, pedirla a algún dios, cuando puedes impetrarla de ella misma? A esta diosa, pues, debieron honrar sobre los demás dioses incluso por la dignidad del lugar. Pues así como se lee entre ellos mismos, los antiguos romanos cultivaron a no sé qué Sumano, a quien atribuían los rayos nocturnos, más que a Júpiter, a quien pertenecían los rayos diurnos. Pero después que a Júpiter le fue construido un templo insigne y sublime, por la dignidad de la casa, de tal modo

fluyó a él la multitud, que apenas se encuentra quien el nombre de Sumano, que ya no puede oír, al menos recuerde haberlo leído. Pero si la felicidad no es diosa, puesto que, lo que es verdad, es munus de Dios; búsquese aquel Dios que pueda darla, y abandónese la nociva multitud de los falsos dioses, a la cual sigue la vana multitud de los hombres estultos, haciendo dioses para sí los dones de Dios, y ofendiendo a él mismo, de quien son esos dones, por la obstinación de una soberbia voluntad. Pues así no puede carecer de infelicidad quien como a diosa cultiva a la felicidad, y deja a Dios dador de la felicidad: como no puede carecer de hambre quien lame el pan pintado, y no pide al hombre que tiene el verdadero.

CAPÍTULO XXIV.

Por qué razón defienden los paganos que entre los dioses cultivan los mismos dones divinos.

Pero place considerar sus razones. ¿Hasta tal punto, dicen, ha de creerse que nuestros mayores fueron tan insipientes que no supieran que estos eran dones divinos, no dioses? Pero puesto que sabían que tales cosas no eran concedidas a nadie sino por algún dios que las largueaba, de cuyos dioses no encontraban los nombres, llamaban a los dioses con los nombres de aquellas cosas que sentían que eran dadas por ellos, flectando de allí algunos vocablos, así como de la guerra (*bellum*) denominaron a Belona, no a la guerra; así como de las cunas (*cunae*) a Cunina, no a la cuna; así como de las mieses (*segetes*) a Sege-

tia, no a la mies; así como de los pomos (*poma*) a Pomona, no al pomo; así como de los bueyes (*boves*) a Bubona, no al buey: o ciertamente con ninguna declinación del vocablo, tal como las cosas mismas son nombradas, como Pecunia es llamada diosa, la cual da la pecunia, no en absoluto la pecunia misma fue pensada diosa: así la Virtud (*Virtus*), que da la virtud; el Honor, que da el honor; la Concordia (*Concordia*), que da la concordia; la Victoria (*Victoria*), que da la victoria. Así, dicen, cuando la Felicidad es llamada diosa, no se atiende a ella misma que es dada, sino a aquel numen por quien la felicidad es dada.

CAPÍTULO XXV.

De un solo Dios que debe ser cultivado, el cual, aunque sea ignorado por el nombre, sin embargo se siente que es el dador de la felicidad.

Dada a nosotros esta razón, mucho más fácilmente persuadiremos tal vez lo que queremos a aquellos cuyo corazón no se ha endurecido demasiado. Pues si ya la humana enfermedad sintió que la felicidad no puede ser dada sino por algún Dios; y esto lo sintieron hombres que cultivaban tantos dioses, entre los cuales incluso a su mismo rey Júpiter; porque ignoraban el nombre de aquel por quien se diera la felicidad, por eso quisieron llamarle con el nombre de la misma cosa que creían que era dada por él: juzgaron pues suficientemente que ni por el mismo Júpiter podía ser dada la felicidad, a quien ya cultivaban; sino ciertamente por aquel que juzgaban que debía ser

cultivado con el nombre de la misma felicidad. Confirmo del todo que ellos creyeron que la felicidad era dada por cierto Dios que no conocían: búsquese pues él mismo, cultívese él mismo, y basta. Repúdiese el estrépito de innumerables demonios: no le baste este Dios a aquel a quien no le basta su don. A aquel, digo, no le baste para cultivar Dios dador de la felicidad, a quien no le basta para recibir la misma felicidad. A quien en cambio le basta (pues no tiene el hombre qué más deba desear), sirva al único Dios dador de la felicidad. No es él mismo a quien nombran Júpiter. Pues si le reconocieran como dador de la felicidad, no por cierto inquirirían a otro, o a otra, por quien fuera dada la felicidad, con el nombre de la misma Felicidad; ni pensarían que el mismo Júpiter debía ser cultivado con tantas injurias. Éste es dicho adúltero de esposas ajenas, éste impúdico amador y raptor de un niño hermoso.

CAPÍTULO XXVI.

De los juegos escénicos, que los dioses exigieron que se les celebraran por sus cultivadores.

Pero fingía estas cosas Homero, dice Tulio, y transfería lo humano a los dioses: yo hubiera preferido lo divino a nosotros. Con mérito desplugo a un varón grave el poeta fictor de crímenes divinos. ¿Por qué pues los juegos escénicos, donde estas cosas se dicen, se cantan, se actúan frecuentemente, se exhiben en honor de los dioses, y son escritos entre las cosas divinas por los más doctos? Aquí exclame Cicerón, no contra los fin-

gimientos de los poetas, sino contra los institutos de los mayores. ¿Acaso no exclamarían también ellos: "¿Qué hemos hecho nosotros?"? Los mismos dioses exigieron que estas cosas fueran exhibidas en su honor, las mandaron atrozmente, prenunciaron la calamidad si no se hacía; porque se descuidó algo, lo vindicaron severísimamente; porque se hizo aquello que había sido descuidado, mostraron que estaban aplacados. Entre sus virtudes y hechos admirables se conmemora lo que diré. A Tito Latinio, rústico romano padre de familia, se le dijo en sueños que anunciara al senado que se instauraran los juegos romanos, porque en su primer día, en cierto criminal que fue mandado llevar al suplicio a vista del pueblo, un triste imperio había desplugo a los númenes que buscaban hilaridad de los juegos. Como pues él, que había sido amonestado por el sueño, al día siguiente no se hubiera atrevido a cumplir lo mandado, la segunda noche esto mismo otra vez fue mandado más severamente: perdió a su hijo porque no lo hizo. La tercera noche se le dijo al hombre que una pena mayor le amenazaría si no lo hacía. Como ni aun así se atreviera, incidió en una enfermedad aguda y horrible. Entonces verdaderamente, por parecer de sus amigos, llevó el asunto a los magistrados, y fue llevado en litera al senado: y expuesto el sueño, recobrada de continuo la salud, se retiró sano por su propio pie. Estupefacto el senado por tan gran milagro, censó que los juegos fueran instaurados con el dinero cuadruplicado. ¿Quién no ve, quien tiene sano juicio, que hombres súbditos de malignos

demonios, de cuya dominación no libera sino la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, fueron compelidos por la fuerza a exhibir a tales dioses cosas que por recto consejo podían ser juzgadas torpes? En aquellos juegos ciertamente se frecuentan los crímenes poéticos de los númenes, juegos que, por compulsión de los númenes, se instauraban por mando del senado. En aquellos juegos los más torpes histriones cantaban, actuaban, placían con Júpiter corruptor de la pudicicia. Si aquello se fingía, él se irritaría; pero si se deleitaba con sus crímenes aun fingidos, ¿cuándo sería cultivado sino sirviendo al diablo? ¿Acaso él así fundaría, dilataría, conservaría el imperio romano, siendo más abyecto que cualquier hombre romano a quien desplacían tales cosas? ¿Acaso él daría la felicidad, que tan infelizmente era cultivado; y si no era así cultivado, más infelizmente se irritaba?

CAPÍTULO XXVII.

De los tres géneros de dioses, de los cuales disputó el pontífice Escévola.

Se ha relatado en las letras que el doctísimo pontífice Escévola disputó que se han transmitido tres géneros de dioses: uno por los poetas, otro por los filósofos, el tercero por los príncipes de la ciudad. El primer género dice que es nugatorio, porque se fingen muchas cosas de los dioses que son indignas; el segundo no congruye con las ciudades, porque tiene algunas cosas superfluas, y algunas que incluso obsta a los pueblos

conocer. Sobre las superfluas no hay gran causa: pues suele decirse también por los jurisperitos: "Las cosas superfluas no dañan". ¿Cuáles son en cambio aquellas que, prolatadas a la multitud, dañan? "Éstas", dice, "que Hércules, Esculapio, Cástor, Pólux no son dioses: pues es traicionado por los doctos que fueron hombres, y que decayeron por la humana condición". ¿Qué más? "Que las ciudades de aquellos que son dioses no tienen verdaderos simulacros; que el Dios verdadero ni tiene sexo, ni edad, ni definidos miembros del cuerpo". Estas cosas el pontífice no quiere que los pueblos las conozcan: pues no piensa que sean falsas. Juzga pues que conviene que las ciudades sean engañadas en la religión. Lo cual el mismo Varro no duda decir incluso en sus libros de las Cosas divinas. ¡Preclara religión!, a la que se acoja el enfermo para ser liberado, y cuando inquiera la verdad por la cual sea liberado, se crea que le conviene ser engañado. Por qué ciertamente Escévola repudie el género poético de los dioses, no se calla en las mismas letras: porque a saber así deforman a los dioses, que ni con los hombres buenos son comparados, cuando hacen a uno hurtar, a otro adulterar; así también decir o hacer algo de otro modo, torpe e ineptamente; que tres diosas certaron entre sí por el premio de la hermosura, y las dos vencidas por Venus subvirtieron Troya; que el mismo Júpiter se convirtió en buey o cisne, para yacer con alguna; que una diosa se casó con un hombre, que Saturno devoró a sus hijos: en fin, que nada de milagros y de vicios puede fingirse que no se encuentre

allí, y que diste mucho de la naturaleza de los dioses. Oh Escévola, pontífice máximo, quita los juegos si puedes: manda a los pueblos que no defieran tales honores a los dioses inmortales, donde pluga admirar los crímenes de los dioses, y plazca imitar las cosas que pueden hacerse. Pero si te respondiera el pueblo: "Vosotros nos importasteis esas cosas, pontífices": ruega a los mismos dioses, por instigación de los cuales mandasteis esas cosas, que no manden que se les exhiban tales cosas. Las cuales si son malas, y por eso de ningún modo deben creerse sobre la majestad de los dioses, mayor es la injuria de los dioses, sobre los cuales estas cosas se fingen impunemente. Pero no te oyen, son demonios, enseñan cosas pravas, se gozan en las torpes: no sólo no imputan como injuria si de ellos se fingen estas cosas; sino que más bien no pueden soportar esa injuria si no se actúan por sus solemnidades. Ya verdaderamente si contra ellos interpelaras a Júpiter, máxime por esa causa, porque más crímenes suyos se actúan frecuentemente en los juegos escénicos; ¿acaso aunque nombréis Dios a Júpiter, por quien es regido y administrado todo este mundo, no se le hace por vosotros la máxima injuria porque juzgáis que debe ser cultivado con éstos, y aseguráis que es su rey?

CAPÍTULO XXVIII.

Si para obtener y dilatar el reino aprovechó a los romanos el culto de los dioses.

De ningún modo, por tanto, tales dioses, que con tales honores se aplacan, o más bien son acusados, de modo que sea mayor crimen que se deleiten con esos falsos honores que si se dijeran de ellos cosas verdaderas, hubieran podido aumentar y conservar el imperio romano. Pues si esto pudieran, más bien conferirían don tan grande a los griegos, que los cultivaron en esta suerte de cosas divinas, esto es, en juegos escénicos, más honorable y dignamente, cuando ni se sustrajeron de las mordeduras de los poetas, por las cuales veían que los dioses eran dilacerados, dándoles licencia de maltratar a los hombres que les placiera, y a los mismos escénicos no los juzgaron torpes, sino que incluso los tuvieron por dignos de preclaros honores. Pero así como pudieron tener moneda de oro los romanos, aunque no cultivaran al dios Aurino, así pudieron tenerla de plata y de bronce, si ni a Argentino ni a su padre Esculano cultivaran; y así todas las cosas que da pereza retejer. Así pues, de ningún modo podrían tener el reino invito ciertamente el Dios verdadero; pero con estos dioses falsos y muchos ignorados o despreciados, y conocido aquel solo y cultivado con fe sincera y con buenas costumbres, y mejor tendrían aquí el reino, cuanto quiera que tuvieran, y después de esto recibirían el sempiterno, ya lo tuvieran aquí, ya no lo tuvieran.

CAPÍTULO XXIX.

De la falsedad del auspicio, por el cual pareció indicarse la fortaleza y estabilidad del reino romano.

¿Pues qué tal es aquello que dijeron que fue un hermosísimo auspicio, que poco antes conmemoré, de que Marte y Término y Juventas no quisieron ceder el lugar ni al rey de los dioses Júpiter? Pues así, dicen, se significó que la nación marciana, esto es, la romana, a nadie daría el lugar que tuviera; que nadie movería los términos romanos por causa del dios Término; que también la juventud romana por causa de la diosa Juventas a nadie cedería. Vean pues cómo tienen a ese rey de sus dioses y dador de su reino, que esos auspicios le pusieran por adversario, a quien no ceder fuera hermoso. Aunque si estas cosas son verdaderas, no tienen en absoluto qué temer. Pues no van a confesar que los dioses cedieron a Cristo, los que no quisieron ceder a Júpiter. Salvos por cierto los fines del imperio, pudieron ceder a Cristo, tanto de las sedes de los lugares como máxime del corazón de los creyentes. Pero antes que Cristo viniera en carne, antes en fin que se escribieran estas cosas que proferimos de sus libros; pero sin embargo después que se hizo bajo el rey Tarquinio aquel auspicio, algunas veces el ejército romano fue deshecho, esto es, vuelto en fuga, y mostró falso el auspicio por el cual aquella Juventas no había cedido a Júpiter; y la nación marciana, superando e irrumpiendo los galos, fue contrita en la misma Ciudad; y los términos del imperio, desertando muchas ciudades a Aníbal, habían sido coartados a lo estrecho. Así fue evacuada la hermosura de los auspicios, permaneció contra Júpiter la contumacia, no de los dioses, sino de los demonios. Pues una cosa es no haber

cedido; otra haber vuelto de donde habías cedido. Aunque también después en las partes orientales por voluntad de Adriano fueron mudados los términos del imperio romano. Aquel pues concedió tres provincias nobles, Armenia, Mesopotamia, Asiria, al imperio de los persas: de modo que aquel dios Término, que protegía los términos romanos según ellos, y por aquel hermosísimo auspicio no había cedido el lugar a Júpiter, parezca haber temido más al rey Adriano, hombre, que al rey de los dioses. Recuperadas también en otro tiempo las provincias memoradas, casi en nuestra memoria Término cedió hacia atrás, cuando Juliano, entregado a los oráculos de aquellos dioses, con inmoderada audacia mandó incendiar las naves con las que se portaba el alimento: con lo cual destituido el ejército, pronto incluso extinguido él mismo por herida hostil, fue reducido a tan gran penuria que nadie escapara de allí, por todas partes incursionando los enemigos al soldado turbado por la muerte del emperador, a no ser que por un pacto de paz se constituyeran los fines del imperio allí donde hoy persisten; no ciertamente con tanto detrimento cuanto había concedido Adriano, pero fijados sin embargo por una composición media. Por un vano augurio pues el dios Término no cedió a Júpiter, el cual cedió a la voluntad de Adriano, cedió también a la temeridad de Juliano, y a la necesidad de Joviano. Vieron estas cosas los romanos más inteligentes y graves; pero contra la costumbre de la ciudad, que había sido obligada a los ritos demoníacos, poco podían: porque también ellos, aunque sentían

que aquellas cosas eran vanas, sin embargo pensaban que a la naturaleza de las cosas constituida bajo el régimen e imperio del único Dios verdadero, debía exhibirse el culto religioso que se debe a Dios: "sirviendo", como dice el Apóstol, "a la criatura más bien que al Creador, que es bendito por los siglos" (Rom. I, 25). De este Dios verdadero era necesario el auxilio, por quien fueran enviados varones santos y verdaderamente piadosos, que murieran por la verdadera religión, para que las falsas fueran quitadas de los vivientes.

CAPÍTULO XXXI.

De las opiniones de Varrón, quien, reprobada la persuasión popular, aunque no llegó a la noticia del Dios verdadero, juzgó sin embargo que debía ser colado un solo dios.

1. ¿Qué [dice] el mismo Varrón, de quien nos dolemos que haya puesto juegos escénicos en las cosas divinas, aunque no por juicio propio, cuando en muchos lugares exhorta a coler a los dioses como si fuera religioso, acaso no confiesa así que él no sigue por su propio juicio aquellas cosas que conmemora que la ciudad romana instituyó, de modo que si constituyera de nuevo esa ciudad, no duda confesar que habría dedicado los dioses y los nombres de ellos más bien según la fórmula de la naturaleza? Pero como ya estaba en un pueblo antiguo, dice que debe mantener la historia de los nombres y sobrenombres recibida de los antiguos, tal como fue entregada, y escribir y escudriñar aquellas cosas para este fin: que el vulgo quiera más bien colerlos que despreciar-

los. Con cuyas palabras este hombre agudísimo indica suficientemente que él no abre todas las cosas que no le eran a él despreciables, pero que incluso al mismo vulgo le parecerían dignas de ser despreciadas si no se callaran. Yo debí ser pensado que conjeturaba estas cosas, si él mismo no dijera evidentemente en otro lugar, hablando de las religiones, que muchas cosas son verdaderas que no solo no es útil que el vulgo sepa, sino que incluso, aunque sean falsas, conviene que el pueblo piense de otra manera, y por eso los griegos cerraron sus ritos sagrados y misterios en el silencio y entre paredes. Aquí ciertamente delató todo el consejo como de sabios, por quienes se rigieran las ciudades y los pueblos. Sin embargo, con esta falacia se deleitan de modos admirables los demonios malignos, que poseen por igual a los engañadores y a los engañados, de cuya dominación no libera sino la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor.

2. Dice también el mismo autor agudísimo y doctísimo, que aquellos solos le parecen haber advertido qué era Dios, los que creyeron que Él era un alma que gobierna el mundo por el movimiento y la razón. Y por esto, aunque aún no tenía lo que tiene la verdad; pues el Dios verdadero no es alma, sino que es también el efector y fundador del alma: sin embargo, si pudiera ser libre contra los prejuicios de la costumbre, confesaría y persuadiría que se debe coler un solo Dios, que gobierna el mundo por el movimiento y la razón: de modo que permaneciera con él esta cuestión sobre este asunto, de que dijera que Él era un

alma, y no más bien el creador también del alma. Dice también que los antiguos romanos colaron a los dioses por más de ciento setenta años sin simulacro. «Lo cual si aún hubiera permanecido», dice, «se observaría a los dioses más castamente». De cuya sentencia suya aduce como testigo, entre otros, también a la nación judía: ni duda concluir aquel lugar de modo que diga que los que primero pusieron simulacros de los dioses a los pueblos, quitaron el miedo a sus ciudades y añadieron el error; juzgando prudentemente que los dioses pueden ser fácilmente despreciados en la estupidez de los simulacros. Pero el hecho de que no dice: Entregaron el error; sino: añadieron; quiere ciertamente que se entienda que ya existía el error incluso sin simulacros. Por lo cual, cuando dice que solo aquellos advirtieron qué era Dios, los que lo creían alma que gobierna el mundo, y estima que la religión se observa más castamente sin simulacros, ¿quién no ve cuánto se aproximó a la verdad? Pues si pudiera algo contra la antigüedad de tan gran error, por cierto juzgaría tanto que un solo Dios, por quien creía que el mundo era gobernado, debía ser colado sin simulacro; y hallado en tal proximidad, tal vez fácilmente sería amonestado sobre la mutabilidad del alma, para que sintiera que la naturaleza inconmutable, que había fundado también la misma alma, era el Dios verdadero. Siendo esto así, cualesquiera burlas de muchos dioses que tales varones pusieron en sus letras, fueron compelidos a confesarlas más bien por la oculta voluntad de Dios, que por haber intentado persuadirlas. Si

pues se profieren por nosotros algunos testimonios de allí, se profieren para redarguir a aquellos que no quieren advertir de cuán grande y cuán maligna potestad de los demonios nos libera el singular sacrificio de tan santa sangre derramada y el don del Espíritu impartido.

CAPÍTULO XXXII.

Por qué especie de utilidad los príncipes de las Gentes quisieron que las falsas religiones permanecieran entre los pueblos sujetos a ellos.

Dice también que los pueblos estuvieron más inclinados a los poetas que a los físicos sobre las generaciones de los dioses; y por eso sus mayores, esto es, los antiguos romanos, creyeron tanto el sexo como las generaciones de los dioses, y constituyeron sus matrimonios. Lo cual ciertamente parece haber sido hecho por ninguna otra causa, sino porque fue negocio de hombres como si fueran prudentes y sabios engañar al pueblo en las religiones, y en eso mismo no solo coler, sino también imitar a los demonios, a quienes es máxima la codicia de engañar. Pues así como los demonios no pueden poseer sino a aquellos a quienes hayan engañado engañando; así también los hombres príncipes, no ciertamente justos, sino semejantes a los demonios, persuadían a los pueblos como verdaderas aquellas cosas que sabían que eran vanas, bajo el nombre de religión, ligándolos de este modo más estrechamente como a la sociedad civil, para poseer de modo similar a sus súbditos. ¿Qué hombre enfermo e indocto

escaparía a la vez a los príncipes engañosos de la ciudad y a los demonios?

CAPÍTULO XXXIII.

Que por el juicio y potestad del Dios verdadero están ordenados los tiempos de todos los reyes y reinos.

Aquel Dios pues, autor y dador de la felicidad, porque Él solo es el Dios verdadero, Él mismo da los reinos terrenales tanto a los buenos como a los malos. Y no esto temerariamente y como por azar, porque es Dios, no la fortuna; sino según el orden de las cosas y de los tiempos, oculto para nosotros, pero muy conocido para Él: al cual orden de los tiempos sin embargo no sirve como súbdito, sino que Él mismo lo rige como señor, y como moderador lo dispone. Pero la felicidad no la da sino a los buenos. Pues esta pueden tanto no tenerla como tenerla los que sirven, pueden tanto no tenerla como tenerla los que reinan. La cual sin embargo será plena en aquella vida donde ya nadie servirá. Y por eso los reinos terrenales son dados por Él tanto a los buenos como a los malos; para que sus coltores, todavía párvulos en el progreso del ánimo, no concupiscan estos dones de Él como si fueran algo grande. Y este es el sacramento del Antiguo Testamento, donde estaba oculto el Nuevo, de que allí las promesas y dones son terrenales: entendiendo ya entonces los espirituales, aunque todavía no predicando en manifestación, tanto qué eternidad se significaba por aquellas cosas temporales, como en qué dones de Dios estaba la verdadera felicidad.

CAPÍTULO XXXIV.

Del reino de los judíos, que fue instituido y preservado por el único y verdadero Dios, mientras permanecieron en la verdadera religión.

Por tanto, para que se conociera que también aquellos bienes terrenales, por los que solo boquean los que no pueden pensar cosas mejores, están puestos en la potestad del mismo único Dios verdadero, no en la de los muchos falsos que los romanos creyeron antes que debían ser colados, multiplicó a su pueblo en Egipto de poquísimos, y de allí lo libró con señales admirables. Ni aquellas mujeres invocaron a Lucina cuando Él mismo libró, Él mismo preservó sus partos de las manos de los egipcios perseguidores y de los que querían matar a todos los infantes, para que se multiplicaran de modos admirables y aquella nación creciera increíblemente. Sin la diosa Rumina mamaron; sin Cunina estuvieron en las cunas; sin Educa y Potina tomaron la comida y la bebida: sin tantos dioses pueriles fueron educados; sin dioses conyugales se desposaron; sin el culto de Príapo se mezclaron con sus cónyuges. Sin la invocación de Neptuno el mar se abrió dividido para los que pasaban, y abrumó con las olas volviendo sobre sí a sus enemigos que los seguían. Ni consagraron a alguna diosa Mania cuando tomaron el maná del cielo; ni cuando la roca golpeada brotó agua para los sedientos colaron a las Ninfas y Linfas. Sin los insanos ritos de Marte y Belona hicieron las guerras, y por cierto no vencieron sin victoria, pero no la tuvieron a ella como diosa,

sino como don de su Dios. Mieses sin Segetia, bueyes sin Bubona, miel sin Melona, manzanas sin Pomona; y en fin todas las cosas por las que los romanos pensaron que debía suplicarse a tan grandes turbas de falsos dioses, las recibieron mucho más felizmente del único Dios verdadero. Y si no hubieran pecado contra Él con impía curiosidad, como seducidos por artes mágicas, fluyendo hacia dioses ajenos y hacia los ídolos, y finalmente matando a Cristo, en el mismo reino, aunque no más espacioso, sin embargo más feliz habrían permanecido. Y ahora que están dispersos por casi todas las tierras y naciones, es por la providencia de aquel único Dios verdadero: para que, al ser derribados por todas partes los simulacros, aras, bosquecillos y templos de los dioses falsos, y prohibirse los sacrificios, se pruebe por los códices de ellos de qué modo esto fue profetizado tanto tiempo antes; no sea que acaso, cuando se leyera en los nuestros, se pensara por nosotros que había sido fingido. Ya lo que sigue debe verse en el volumen siguiente, y aquí debe darse un límite a esta prolixidad.

LIBRO QUINTO.

Al principio trata de eliminar la opinión del hado, no sea que finalmente existan quienes quieran referir al hado las fuerzas e incrementos del imperio romano, los cuales mostró en el libro anterior que no pueden adscribirse a los dioses falsos. De allí, descendiendo a la cuestión sobre la presciencia de Dios, prueba que el libre albedrío de nuestra voluntad no es quitado por ella. Después habla de las antiguas costumbres de los romanos, y por qué mérito de ellos, o por qué juicio de Dios se hizo que el mismo Dios verdadero, a quien no colaban, fuera su ayudador para aumentar el imperio. Enseña finalmente qué debe considerarse la verdadera felicidad de los emperadores cristianos.

PREFACIO.

Puesto que consta que la plenitud de todas las cosas deseables es la felicidad, la cual no es una diosa, sino un don de Dios, y por eso ningún dios debe ser colado por los hombres sino aquel que puede hacerlos felices; de donde si ella fuera diosa, se diría merecidamente que ella sola debe ser colada: veamos ahora consecuentemente por qué causa Dios, que puede dar también aquellos bienes que pueden tener incluso los no buenos,

y por esto también los no felices, quiso que el imperio romano fuera tan grande y tan duradero. Pues porque aquella multitud de falsos dioses que colaban no hizo esto, ya hemos dicho muchas cosas, y donde parezca ser oportuno, las diremos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Que la causa del imperio romano y de todos los reinos ni es fortuita, ni consiste en la posición de las estrellas.

La causa pues de la magnitud del imperio romano ni es fortuita ni es fatal, según la sentencia u opinión de aquellos que dicen que son fortuitas aquellas cosas que o no tienen causas, o no vienen de algún orden racional; y fatales aquellas que suceden más allá de la voluntad de Dios y de los hombres por la necesidad de cierto orden. Enteramente por la divina providencia se constituyen los reinos humanos. Los cuales si alguien los atribuye al hado por esta razón, porque llama al nombre de hado a la misma voluntad o potestad de Dios, mantenga su sentencia, corrija su lengua. ¿Pues por qué no dice esto primero, lo que ha de decir después, cuando alguien le haya preguntado qué llamó hado? Pues cuando los hombres oyen eso, por la usada costumbre de hablar no entienden sino la fuerza de la posición de las estrellas, tal como es cuando alguien nace o es concebido: lo cual algunos alejan de la voluntad de Dios, otros confirman que incluso esto pende de ella. Pero aquellos que opinan que las estrellas, sin la voluntad de Dios, decretan qué hagamos, o qué de los bienes tengamos o de los males

padezcamos, deben ser repelidos de los oídos de todos; no solo de los que mantienen la verdadera religión, sino de los que quieren ser coltores de cualesquiera dioses, aunque sean falsos. Pues ¿qué otra cosa hace esta opinión sino que ningún Dios en absoluto sea colado ni rogado? Contra los cuales no se ha instituido ahora por nosotros la disputa, sino contra los que, por la defensa de los que piensan que son dioses, se oponen a la religión cristiana. Aquellos en verdad que suspenden de la voluntad de Dios la posición de las estrellas, que decretan de cierto modo cómo es cada uno, y qué de bien le provenga o qué de mal le suceda, si piensan que las mismas estrellas tienen esta potestad entregada a ellas por la suma potestad de Aquel, para que queriendo decreten estas cosas; hacen una gran injuria al cielo, en cuyo como clarísimo senado y esplendidísima curia opinan que se decretan los crímenes que han de hacerse; cuales si alguna ciudad terrena los hubiera decretado, decretándolo el género humano, habría debido ser derribada. ¿Qué juicio después se le deja a Dios sobre los hechos de los hombres, a quienes se les aplica la necesidad celestial, siendo Aquel el Señor tanto de las estrellas como de los hombres? O si no dicen que las estrellas, recibida por cierto la potestad del Dios sumo, decretan estas cosas por su arbitrio, sino que al ingerir tales necesidades cumplen enteramente los mandatos de Aquel: ¿así ha de sentirse de Dios mismo, lo cual pareció indignísimo sentirse de la voluntad de las estrellas? Pero si se dice que las estrellas significan más bien

estas cosas que las hacen; de modo que aquella posición sea como cierta locución, que predice lo futuro, no que lo hace (pues no fue mediocremente de hombres doctos esta sentencia): por cierto no suelen hablar así los matemáticos, de modo que, por ejemplo, digan: Marte así puesto significa un homicida; sino: Hace un homicida: pero sin embargo, para que concedamos que ellos no hablan como deben, y que conviene recibir de los filósofos la regla del lenguaje para prenunciar aquellas cosas que piensan hallar en la posición de las estrellas: ¿cómo sucede que nada pudieron decir nunca por qué en la vida de los gemelos, en las acciones, en los sucesos, en las profesiones, artes, honores y demás cosas pertenecientes a la vida humana, y en la misma muerte hay por lo general tan gran diversidad, que muchos extraños les son más similares, en cuanto a esto toca, que los mismos gemelos entre sí, separados por un pequeñísimo intervalo de tiempo al nacer, pero en el concepto sembrados por un solo coito en un mismo momento?

CAPÍTULO II.

De la similar y disímil salud de los gemelos.

Dice Cicerón que Hipócrates, un muy noble médico, dejó escrito que sospechó que ciertos hermanos eran gemelos cuando habían comenzado a enfermar al mismo tiempo, y su enfermedad se agravaba al mismo tiempo y se aliviaba al mismo tiempo. A los cuales Posidonio el estoico, muy entregado a la astrología, solía asegurar que

habían nacido bajo la misma constitución de los astros y concebidos bajo la misma. Así, lo que el médico creía que pertenecía a un muy similar temple de la salud, esto el filósofo astrólogo lo [refería] a la fuerza y constitución de las estrellas que había habido en el tiempo en que fueron concebidos y nacidos. En esta causa es mucho más aceptable y desde la proximidad más creíble la conjetura medicinal: puesto que como los padres estaban afectados en el cuerpo mientras cohabitaban, así pudieron ser afectados los primordios de los concebidos, de modo que, seguidos los primeros incrementos del cuerpo materno, nacieran de igual salud; luego nutridos en una sola casa con los mismos alimentos, donde la medicina testifica que el aire y la posición del lugar y la fuerza de las aguas valen muchísimo para que el cuerpo sea afectado bien o mal; acostumbrados también a los mismos ejercicios, llevaran cuerpos tan similares que incluso para enfermar en un solo tiempo fueran movidos similarmente por las mismas causas. Pero querer traer a esa paridad de enfermar la constitución del cielo y de las estrellas, que hubo cuando fueron concebidos o nacidos, cuando tantas cosas de muy diverso género, de muy diversos afectos y sucesos pudieron ser concebidas y nacer al mismo tiempo en la tierra de una sola región sujeta al mismo cielo, no sé de qué insolencia sea. Pero nosotros hemos conocido gemelos que no solo tienen actos y peregrinaciones diversas, sino que incluso padecen enfermedades dispares. Sobre lo cual Hipócrates, según me parece, daría una razón facilísima: que

por diversos alimentos y ejercicios, que no vienen de la temperación del cuerpo sino de la voluntad del ánimo, pudieron sucederles constituciones disímiles. Pero además, maravilla es si Posidonio, o cualquier asertor de las estrellas fatales, puede hallar aquí qué decir si no quiere ilusionar las mentes de los inexpertos en aquellas cosas que no saben. Pues lo que intentan efectuar sobre el intervalo exiguo de tiempo que tuvieron entre sí los gemelos mientras nacían, por causa de la partícula del cielo donde se pone la notación de la hora, que llaman horóscopo; o no vale tanto cuanto se halla de diversidad en las voluntades, actos, costumbres y casos de los gemelos; o vale incluso más de lo que es o la misma humildad de linaje de los gemelos, o la nobleza, cuya máxima diversidad no ponen sino en la hora en que cada uno nace. Y por esto, si uno nace tan rápido tras el otro que permanece la misma parte del horóscopo, busco todas las cosas iguales, las cuales en ningunos gemelos pueden hallarse: pero si la tardanza del siguiente muda el horóscopo, busco padres diversos, los cuales los gemelos no pueden tener.

CAPÍTULO III.

Del argumento que el matemático Nigidio tomó de la rueda del alfarero en la cuestión de los gemelos.

En vano, por tanto, se aduce aquel noble comentario sobre la rueda del alfarero, que dicen que respondió Nigidio turbado por esta cuestión, de donde también fue llamado Fígulo (el Alfare-

ro). Pues habiendo hecho girar la rueda del alfarero con cuanta fuerza pudo, mientras ella corría la hirvió con tinta dos veces como en un solo lugar de ella con suma celeridad; luego se hallaron las señales que había fijado, cesando el movimiento, distantes por un intervalo no pequeño en la extremidad de aquella rueda. Así, dice, en tanta rapacidad del cielo, aunque uno nazca tras otro con tanta celeridad como yo mismo herí la rueda dos veces, en el espacio del cielo hay muchísimo: de aquí son, dice, cualesquiera cosas que se refieren muy disímiles en las costumbres y casos de los gemelos. Esta ficción es más frágil que las vasijas que se forman por aquella rotación. Pues si tanto interesa en el cielo lo que no puede ser comprendido por las constelaciones, que a uno de los gemelos le sobrevenga la herencia y al otro no le sobrevenga; ¿por qué se atreven a otros, que no son gemelos, cuando han inspeccionado sus constelaciones, a pronunciar tales cosas que pertenecen a aquel secreto que nadie puede comprender, y a anotar los momentos de los que nacen? Pero si por eso dicen tales cosas en los nacimientos de otros, porque estas pertenecen a espacios de tiempo más prolongados; pero aquellos momentos de partes minutas, que pueden tener entre sí los gemelos al nacer, se atribuyen a cosas mínimas, sobre las cuales no suelen ser consultados los matemáticos: (¿pues quién consultaría cuándo sentarse, cuándo pasear, cuándo o qué comer?) ¿acaso decimos aquellas cosas cuando mostramos muchísimas y muy diversas

cosas en las costumbres, obras y casos de los gemelos?

CAPÍTULO IV.

De los gemelos Esaú y Jacob, muy dispares entre sí en la calidad de sus costumbres y acciones.

Nacieron dos gemelos en la antigua memoria de los padres (para que hable de los notables) uno tan tras el otro, que el posterior tenía el talón del anterior. Tantas fueron en su vida y costumbres las cosas diversas, tanta en los actos la disparidad, tanta en el amor de los padres la disimilitud, que aun la misma distancia los hacía enemigos entre sí (Gén. XXV, 24-34). ¿Acaso se dice esto porque mientras uno caminaba el otro estaba sentado, y mientras uno dormía el otro velaba, mientras uno hablaba el otro callaba; cosas que pertenecen a aquellas minucias que no pueden ser comprendidas por aquellos que escriben la constitución de las estrellas por la que cada uno nace, de donde los matemáticos son consultados? Uno llevó una servidumbre mercenaria, el otro no sirvió; uno era amado por la madre, el otro no era amado; uno perdió el honor, que se tenía por grande entre ellos, el otro lo obtuvo. ¿Qué de las esposas, qué de los hijos, qué de las cosas, cuánta diversidad? Si, pues, estas pertenecen a aquellas minucias de los tiempos que tienen entre sí los gemelos, y no se adscriben a las constelaciones; ¿por qué se dicen estas cosas habiendo inspeccionado las constelaciones de otros? Pero si por eso se dicen, porque no pertenecen a los minutos in-

comprensibles, sino a los espacios de los tiempos que pueden ser observados y anotados; ¿qué hace aquí aquella rueda del alfarero, sino que los hombres que tienen corazón de lodo sean puestos en giro, para que las vanilocuencias de los matemáticos no sean convencidas?

CAPÍTULO V.

De qué modos los matemáticos sean convencidos de profesar una ciencia vana.

¿Qué hay de estos mismos hombres, cuya enfermedad, porque aparecía más grave y más leve en ambos al mismo tiempo, inspeccionándola médicamente Hipócrates, sospechó que eran gemelos, no refutan suficientemente a aquellos que quieren dar a las estrellas lo que venía de una similar complexión de los cuerpos? ¿Pues por qué enfermaban similarmente y al mismo tiempo, no uno antes y otro después, según habían nacido, ya que ciertamente ambos no podían nacer a la vez? O si nada importó para que enfermaran en diversos tiempos el que hubieran nacido en diversos tiempos; ¿por qué sostienen que el tiempo diverso en el nacer vale para las diversidades de otras cosas? ¿Por qué pudieron peregrinar en diversos tiempos, tomar esposas en diversos tiempos, procrear hijos en diversos tiempos, y muchas otras cosas, por el hecho de haber nacido en diversos tiempos, y no pudieron por la misma causa enfermar también en diversos tiempos? Pues si la dispar demora del nacer mudó el horóscopo e introdujo disparidad en las demás cosas;

¿por qué permaneció en las enfermedades lo que tenía el concepto en la igualdad del tiempo? O si los hados de la salud están en el concepto, pero los de las otras cosas se dice que están en el parto, no deberían decir nada sobre la salud habiendo inspeccionado las constelaciones de los nacimientos, cuando no se les da a inspeccionar la hora concepcional. Pero si por eso anuncian enfermedades, sin haber inspeccionado el horóscopo de la concepción, porque los momentos de los que nacen las indican; ¿cómo dirían a cualquiera de aquellos gemelos por la hora del nacimiento cuándo habría de enfermar, cuando también el otro, que no tenía la misma hora de nacimiento, tendría necesidad de enfermar igualmente? Luego pregunto: si tanta distancia de tiempo hay en el nacimiento de los gemelos que por ésta sea necesario que se les hagan constelaciones diversas, por causa del horóscopo diverso, y por esto todos los quicios diversos, donde se pone tanta fuerza que de aquí también sean diversos los hados; ¿de dónde pudo suceder esto, cuando su concepción no pudo tener tiempo diverso? O si de dos concebidos en un momento de tiempo pudieron ser disparar los hados para nacer, ¿por qué no pueden ser disparar los hados para vivir y morir de dos nacidos en un momento de tiempo? Pues si un momento, en el que ambos fueron concebidos, no impidió que uno naciera antes y otro después; ¿por qué, si dos nacen en un momento, impediría algo que uno muera antes y otro después? Si la concepción de un momento permite que los gemelos tengan diversos casos en el útero; ¿por

qué el nacimiento de un momento no permitiría también que cualesquiera dos en la tierra tengan diversos casos, y así se quiten todos los comentarios de este arte, o más bien vanidad? ¿Qué es esto de que concebidos en un tiempo, en un momento, bajo una misma posición del cielo, tengan diversos hados que los conduzcan al nacimiento de diversas horas, y dos nacidos igualmente de dos madres en un momento de tiempo bajo una misma posición del cielo, no puedan tener diversos hados que los conduzcan a una diversa necesidad de vivir o de morir? ¿O acaso los concebidos no tienen aún hados, los cuales, si no nacen, no podrán tener? ¿Qué es, pues, lo que dicen de que si se halla la hora concepcional, muchas cosas pueden decirse por estos adivinos? De donde también se predica por algunos que cierto sabio eligió la hora en que cohabitaría con su esposa, para engendrar de ahí un hijo admirable. De donde finalmente es también esto que sobre aquellos gemelos que enfermaban igualmente respondía Posidonio, gran astrólogo y el mismo filósofo, que sucedía por eso, porque habían nacido al mismo tiempo y concebido al mismo tiempo. Pues ciertamente por esto añadía la concepción, para que no se le dijera que no pudieron nacer claramente al mismo tiempo los que constaba que habían sido concebidos totalmente al mismo tiempo; para que esto de que enfermaban similarmente y a la vez, no lo diera por la próxima igual complexión del cuerpo, sino que ligara también la misma paridad de salud por nexos siderales. Si, pues, en la concepción hay tanta fuerza para la

igualdad de los hados, no debieron mudarse los mismos hados al nacer. O si por eso se mudan los hados de los gemelos, porque nacen en tiempos diversos, ¿por qué no entendemos más bien que ya habían sido mudados para que nacieran en tiempos diversos? ¿Acaso no muda los hados del nacimiento la voluntad de los vivientes, cuando muda los hados de la concepción el orden de los que nacen?

CAPÍTULO VI.

De los gemelos de sexo dispar.

Aunque aun en los mismos conceptos de los gemelos, donde ciertamente son los mismos momentos de los tiempos para ambos, ¿de dónde sucede que bajo la misma constelación fatal uno sea concebido varón y otra mujer? Conocemos gemelos de diverso sexo, ambos viven aún, ambos están aún vigorosos en edad; cuyas especies de cuerpos son entre sí similares, cuanto en diverso sexo es posible; sin embargo, en el instituto y propósito de vida son tan dispares que, además de los actos que es necesario que disten de los viriles, los femeninos, porque aquél milita en el oficio de Conde y casi siempre peregrina fuera de su casa, ella no se retira del suelo patrio y de su propio campo: además (lo que es más increíble, si se creen los hados astrales; pero no maravilla si se piensan las voluntades de los hombres y los dones de Dios), él es casado, ella es virgen sagrada; él engendró una numerosa prole, ella ni siquiera se casó. ¿Pero es que vale muchísimo la fuerza

del horóscopo? Cuán nada sea esto, ya suficientemente lo he disertado. Pero sea lo que fuere, dicen que vale en el nacimiento: ¿acaso también en el concepto? donde es manifiesto que hay un solo coito; y tanta es la fuerza de la naturaleza que, cuando la mujer ha concebido, luego no puede en absoluto concebir otro: de donde es necesario que sean los mismos momentos del concepto en los gemelos. ¿O acaso, porque nacieron con diverso horóscopo, o aquél se conmutó en varón mientras nacían, o aquélla en mujer? Puesto que, por tanto, no podría decirse del todo absurdamente que ciertos influjos siderales valen para las solas diferencias de los cuerpos, como vemos en los accesos y decesos solares variarse también los tiempos del mismo año, y en los incrementos y decrementos lunares aumentarse y disminuirse ciertos géneros de cosas, como los equinos, y las conchas, y los admirables flujos del océano; pero no que las voluntades del ánimo estén sujetas a las posiciones de las estrellas: ahora éstos, cuando intentan ligar también nuestros actos desde allí, nos amonestan a que busquemos de dónde ni siquiera en esos mismos cuerpos pueda constarles aquella razón. ¿Pues qué pertenece tanto al cuerpo como el sexo del cuerpo? y sin embargo bajo la misma posición de las estrellas pudieron ser concebidos gemelos de diverso sexo. De donde, ¿qué puede decirse o creerse más insipiente que la posición de las estrellas, que a la hora de la concepción fue la misma para ambos, no pudo hacer que, con quien tenía la misma constelación, no tuviera sexo diverso de su hermano; y la posición de las

estrellas, que fue a la hora de los que nacían, pudo hacer que distara tanto de él en santidad virginal?

CAPÍTULO VII.

De la elección del día en que se toma esposa, o en que en el campo se planta o siembra algo.

Ya aquello, ¿quién lo soportará, que en la elección de los días fragüen ciertos nuevos hados para sus propios actos? No nació aquél, por lo visto, de modo que tuviera un hijo admirable; sino más bien de modo que engendrara uno despreciable: y por eso el hombre docto eligió la hora en que se uniría a su esposa. Hizo, pues, un hado que no tenía, y de su mismo hecho empezó a ser fatal lo que en su nacimiento no había sido. ¡Oh estulticia singular! Se elige el día para que se tome esposa: creo que por eso, porque puede incurrirse en un día no bueno, si no se evita, y casarse infelizmente. ¿Dónde está, pues, lo que las estrellas ya decretaron para el que nacía? ¿O puede el hombre, por la elección del día, mudar lo que ya le está constituido, y lo que él mismo constituyere al elegir el día no podrá ser mudado por otra potestad? Luego si solos los hombres, y no todas las cosas que están bajo el cielo, están sujetas a las constelaciones, ¿por qué eligen unos días acomodados para plantar vides, o árboles, o mieses; otros días para los ganados, sea para domarlos, sea para admitir a los machos, con los que se fecundan las vacadas de yeguas o de bueyes, y otras cosas de esta clase? Pero si por eso valen para estas cosas los días elegidos, porque sobre todos los cuerpos

terrenos, sean animados o no animados, según las diversidades de los momentos temporales, domina la posición de las estrellas; consideren cuántas innumerables cosas o nacen, o surgen, o se inician bajo un solo punto de tiempo, y tienen tan diversos éxitos que persuadan que estas observaciones son de reír para cualquier niño. ¿Pues quién es tan descorazonado que se atreva a decir que todos los árboles, todas las hierbas, todas las bestias, serpientes, aves, peces, gusanillos, tienen diversos momentos de nacer individualmente? Suelen, sin embargo, los hombres, para tentar la pericia de los matemáticos, llevarles las constelaciones de animales mudos, cuyos nacimientos observan diligentemente en su casa por causa de esta exploración, y prefieren a aquellos matemáticos antes que a los demás, que habiendo inspeccionado las constelaciones dicen que no ha nacido un hombre, sino una bestia. Se atreven incluso a decir qué clase de bestia, si apta para la lana, o para la carga, o para el arado, o para la custodia de la casa. Pues también para los hados caninos son tentados, y con grandes clamores de los que se admiran responden estas cosas. Así desvarían los hombres, que piensan que cuando nace un hombre, los demás nacimientos de las cosas se inhiben de tal modo que con él, bajo la misma región del cielo, ni una mosca nazca. Pues si admiten esto, procede el raciocinio que gradualmente, por accesos módicos, los conduzca desde las moscas hasta los camellos y elefantes. Ni quieren advertir aquello de que, elegido el día para sembrar el campo, tantos granos vienen a la

tierra a la vez, germinan a la vez, surgida la mies verdecen a la vez, maduran, amarillean a la vez; y sin embargo de allí, de las espigas coetáneas de las demás, y, por así decirlo, congerminales, el tizón mata a unas, las aves deprendan otras, los hombres arrancan otras. ¿Cómo han de decir que hubo otras constelaciones para estas, que ven que tienen tan diversos éxitos? ¿O acaso les pesará elegir días para estas cosas, y negarán que pertenecen al decreto celestial, y sujetarán a las estrellas solos a los hombres, a quienes solos en la tierra dio Dios voluntades libres? Consideradas todas estas cosas, no sin razón se cree que cuando los astrólogos responden maravillosamente muchas verdades, sucede por un oculto instinto de espíritus no buenos, cuyo cuidado es insertar y afirmar estas falsas y nocivas opiniones sobre los hados astrales en las mentes humanas, no por algún arte del horóscopo notado e inspeccionado, que no es ninguno.

CAPÍTULO VIII.

De aquellos que llaman con el nombre de hado no a la posición de los astros, sino a la conexión de las causas que pende de la voluntad de Dios.

Pero los que llaman con el nombre de hado no a la constitución de los astros, como es cuando cada cosa se concibe, o nace, o se inicia, sino a la conexión y serie de todas las causas por la que se hace todo lo que se hace; no se debe trabajar ni contender mucho con ellos sobre la controversia de la palabra: puesto que atribuyen

ese mismo orden de las causas y cierta conexión a la voluntad y potestad del Dios sumo, de quien muy excelente y veracísimamente se cree que conoce todas las cosas antes de que se hagan, y que no deja nada inordinado; de quien son todas las potestades, aunque de Él no sean las voluntades de todos. Que ellos llaman hado especialmente a esa misma voluntad del Dios sumo, cuya potestad se extiende insuperablemente por todas las cosas, se prueba así. De Anneo Séneca son, si no me engaño, estos versos: Guía, padre sumo y dominador del alto polo, a dondequiera que plugo, no hay ninguna demora en obedecer. Aquí estoy impávido: haz que no quiera, acompañaré gimiendo, y como malo sufriré hacer lo que le fue lícito al bueno. Los hados guían al que quiere, al que no quiere lo arrastran. Ciertamente muy evidentemente en este último verso llamó hados a lo que arriba había dicho voluntad del sumo padre: a la cual dice estar preparado para obedecer, para que sea guiado queriendo, no sea arrastrado no queriendo; puesto que ciertamente los hados guían al que quiere, al que no quiere lo arrastran. También aquellos versos homéricos sufragan esta sentencia, los cuales Cicerón vertió al latín: Tales son las mentes de los hombres, cual el mismo padre Júpiter ilustró con luz las tierras dadoras de frutos. Ni en esta cuestión tendría autoridad la sentencia poética: sino porque dice que los estoicos, asertores de la fuerza del hado, suelen usar estos versos de Homero, se trata no sobre la opinión de aquel poeta, sino sobre la de aquellos filósofos, puesto que por medio de estos

versos que aplican a la disputa que tienen sobre el hado, se declara muy abiertamente qué piensan que es el hado, puesto que llaman Júpiter a quien piensan que es el dios sumo, de quien dicen que pende la conexión de los hados.

CAPÍTULO IX.

De la presciencia de Dios y el libre albedrío del hombre, contra la definición de Cicerón.

1. A éstos intenta Cicerón refutarlos de tal modo que no piensa que vale algo contra ellos si no quita la adivinación. La cual intenta quitar de tal modo que niega que haya ciencia de las cosas futuras, y con todas sus fuerzas sostiene que no es ninguna en absoluto, ni en Dios ni en el hombre, y que no hay ninguna predicción de las cosas. Así, niega la presciencia de Dios e intenta subvertir toda profecía más clara que la luz con vanas argumentaciones y oponiéndose a sí mismo ciertos oráculos que fácilmente pueden ser refutados: los cuales, sin embargo, ni él mismo convence. Pero en refutar estas conjeturas de los matemáticos reina su oración; porque verdaderamente son tales que ellas mismas se destruyen y refutan. Pero son mucho más tolerables los que incluso constituyen los hados siderales que éste, que quita la presciencia de las cosas futuras. Pues confesar que hay Dios y negar que sea presviente de las cosas futuras es una abierta locura. Lo cual, viendo él mismo, intentó también asertar aquello que está escrito: 'Dijo el necio en su corazón: No hay Dios' (Salmo XIII, 1): pero no desde su

propia persona. Vio, en efecto, cuán invidioso y molesto sería: y por eso hizo a Cotta disputando sobre esta cosa contra los estoicos en los libros de la Naturaleza de los dioses (Libro 3), y prefirió dar la sentencia por Lucilio Balbo, a quien dio a defender las partes de los estoicos, que por Cotta, que sostiene que no hay ninguna naturaleza divina. Pero en los libros de la Adivinación, desde sí mismo, se opone muy abiertamente a la presciencia de las cosas futuras. Todo esto parece hacerlo para no consentir que haya hado y perder el libre albedrío. Piensa, en efecto, que concedida la ciencia de las cosas futuras, el hado es tan consecuente que no puede negarse en absoluto. Pero de cualquier modo que se tengan las tortuosísimas concertaciones y disputas de los filósofos, nosotros, así como confesamos al sumo y verdadero Dios, así confesamos su voluntad y suma potestad y presciencia. Ni tememos que por eso no hagamos por voluntad lo que hacemos por voluntad, porque Él presupo que lo habríamos de hacer, cuya presciencia no puede ser engañada. Lo cual temió Cicerón para oponerse a la presciencia; y los estoicos, para no decir que todas las cosas se hacían por necesidad, aunque sostenían que todas se hacían por el hado.

2. ¿Qué es, pues, lo que temió Cicerón en la presciencia de las cosas futuras, para que se esforzara en debilitarla con una disputa detestable? Evidentemente, porque si todas las cosas futuras están prepuestas, vendrán en aquel orden en que se ha previsto que han de venir; y si vendrán en este orden, el orden de las cosas es cierto para

Dios presciente; y si el orden de las cosas es cierto, el orden de las causas es cierto; pues no puede hacerse algo sin que haya precedido alguna causa eficiente. Pero si el orden de las causas es cierto, por el cual se hace todo lo que se hace, «por el hado», dice, «se hacen todas las cosas que se hacen». Lo cual, si es así, nada está en nuestra potestad, y no hay ningún albedrío de la voluntad; «lo cual, si lo concedemos», dice, «toda la vida humana se subvierte; en vano se dan las leyes; en vano se emplean las reprensiones, las alabanzas, los vituperios y las exhortaciones; ni se ha establecido justicia alguna para los premios de los buenos y los suplicios de los malos». Para que no se sigan, pues, estas cosas indignas, absurdas y perniciosas para las cosas humanas, no quiere que haya presciencia de las cosas futuras; y en estas angustias estrecha al ánimo religioso, para que elija una de las dos: o que hay algo en nuestra voluntad, o que hay presciencia de las cosas futuras; ya que estima que ambas no pueden ser, sino que si una se confirma, la otra se quita; si elegimos la presciencia de las cosas futuras, se quita el albedrío de la voluntad; si elegimos el albedrío de la voluntad, se quita la presciencia de las cosas futuras. Él mismo, por tanto, como hombre grande y docto, y consultando muchísimo y con gran pericia por la vida humana, eligió de estas dos el libre albedrío de la voluntad; el cual, para que se confirmara, negó la presciencia de las cosas futuras; y así, mientras quiere hacer a los hombres libres, los hizo sacrílegos. Pero el ánimo religioso elige ambas cosas, ambas las

confiesa y, con la fe de la piedad, ambas las confirma. «¿Cómo?», dice. Pues si hay presciencia de las cosas futuras, se seguirán todas aquellas cosas que están conectadas, hasta llegar a que nada haya en nuestra voluntad. Por lo demás, si hay algo en nuestra voluntad, por los mismos grados recorridos en sentido inverso se llega a que no haya presciencia de las cosas futuras. Pues por todas ellas se retrocede así: Si hay albedrío de la voluntad, no todas las cosas se hacen por el hado; si no todas las cosas se hacen por el hado, no hay un orden cierto de todas las causas; si no hay un orden cierto de las causas, tampoco el orden de las cosas es cierto para Dios presciente, las cuales cosas no pueden hacerse sino por causas precedentes y eficientes; si el orden de las cosas no es cierto para Dios presciente, no todas las cosas vienen así como Él previó que vendrían; por lo demás, si no todas las cosas vienen como por Él fueron previstas que vendrían, no hay, dice, en Dios presciencia de todas las cosas futuras.

3. Nosotros, contra estos sacrílegos e impíos intentos, decimos tanto que Dios sabe todas las cosas antes de que se hagan, como que nosotros hacemos por voluntad lo que sentimos y conocemos que no se hace por nosotros sino queriéndolo. Pero no decimos que todas las cosas se hacen por el hado; más bien decimos que ninguna se hace por el hado: ya que mostramos que el nombre del hado, donde suele ponerse por los que hablan, esto es, en la constitución de los astros cuando cada uno es concebido o nacido (puesto que la cosa misma se aserta vanamente), nada vale. Pero

el orden de las causas, donde la voluntad de Dios puede muchísimo, ni lo negamos, ni lo llamamos con el vocablo del hado, a no ser acaso que entendamos que el hado se dice de *fando*, esto es, de hablar; pues no podemos negar que está escrito en las Sagradas Letras: «Una vez habló Dios, estas dos cosas oí: que la potestad es de Dios, y para ti, Señor, la misericordia, porque tú pagarás a cada uno según sus obras» (Salmo LXI, 12, 13). Pues lo que se dijo, «Una vez habló», se entiende: Inmóvilmente, esto es, inmutablemente ha hablado, así como conoce inmutablemente todas las cosas que han de ser y las que Él mismo ha de hacer. Por esta razón podríamos llamar hado a lo que viene de *fando*, si este nombre no soliera entenderse ya en otra cosa, a la cual no queremos que se inclinen los corazones de los hombres. No es, sin embargo, consecuencia que, si para Dios es cierto el orden de todas las causas, por eso nada haya en el albedrío de nuestra voluntad. Pues incluso nuestras mismas voluntades están en el orden de las causas, el cual es cierto para Dios y está contenido por su presciencia; ya que también las voluntades humanas son causas de las obras humanas. Y así, quien previó todas las causas de las cosas, ciertamente en esas causas no pudo ignorar tampoco nuestras voluntades, las cuales previó que eran causas de nuestras obras.

4. Pues incluso aquello que el mismo Cicerón concede, que nada se hace si no precede una causa eficiente, es suficiente para refutarlo en esta cuestión. ¿De qué le ayuda, en efecto, que diga que nada se hace ciertamente sin causa, pero

que no toda causa es fatal; porque hay causa fortuita, hay natural, hay voluntaria? Basta con que confiese que todo lo que se hace no se hace sino precediendo una causa. Pues nosotros decimos que aquellas causas que se llaman fortuitas, de donde también la fortuna recibió el nombre, no es que no sean ninguna, sino que están latentes; y las atribuimos o a la voluntad del Dios verdadero, o de cualesquiera espíritus; y las mismas naturales de ningún modo las separamos de la voluntad de Aquel que es autor y fundador de toda la naturaleza. Ya en verdad las causas voluntarias o son de Dios, o de los Ángeles, o de los hombres, o de cualesquiera animales: si es que han de llamarse voluntades de los animales carentes de razón aquellos movimientos por los que hacen algo según su naturaleza, cuando o apetecen o evitan algo. Pero digo las voluntades de los Ángeles, ya sean de los buenos, a los que llamamos Ángeles de Dios; ya de los malos, a los que llamamos ángeles del diablo o incluso demonios: así también de los hombres, a saber, de los buenos y de los malos. Y por esto se colige que no hay causas eficientes de todo lo que se hace sino las voluntarias, de aquella naturaleza, a saber, que es espíritu de vida. Pues incluso este aire o viento se llama espíritu; pero puesto que es cuerpo, no es espíritu de vida. El espíritu de vida, pues, que vivifica todas las cosas, y es creador de todo cuerpo y de todo espíritu creado, es Dios mismo, espíritu ciertamente no creado. En su voluntad está la suma potestad, que ayuda a las voluntades buenas de los espíritus creados, juzga las malas, ordena

todas; y a algunas concede potestades, a otras no las concede. Pues así como es creador de todas las naturalezas, así es dador de todas las potestades, no de las voluntades. Pues las malas voluntades no son de Él; porque son contra la naturaleza, que es de Él. Los cuerpos, por tanto, están más sujetos a las voluntades; algunos a las nuestras, esto es, de todos los seres animados mortales, y más de los hombres que de las bestias; algunos, en verdad, de los ángeles: pero todos están máximamente sometidos a la voluntad de Dios; al cual también todas las voluntades se sujetan, porque no tienen potestad sino la que Él concede. La causa, por tanto, de las cosas, que hace y no es hecha, es Dios. Pero otras causas tanto hacen como son hechas; como son todos los espíritus creados, máximamente los racionales. Pero las causas corporales, que más son hechas que hacen, no han de ser numeradas entre las causas eficientes; ya que esto pueden, lo que de ellas hacen las voluntades de los espíritus. ¿Cómo, pues, el orden de las causas, que es cierto para Dios presciente, hace que nada haya en nuestra voluntad, cuando en ese mismo orden de las causas tienen un gran lugar nuestras voluntades? Contienda, pues, Cicerón con los que dicen que este orden de las causas es fatal, o más bien lo llaman con el nombre del hado; lo cual nosotros aborrecemos, principalmente por el vocablo, que no suele entenderse en la realidad verdadera. Pero en cuanto a que niega que el orden de todas las causas sea certísimo y muy conocido por la presciencia de Dios, lo detestamos más que los estoicos. Pues o niega que

Dios existe —lo cual ciertamente intentó hacer introduciendo la persona de otro en los libros de la Naturaleza de los dioses— o si confiesa que Dios existe, a quien niega presciente de las cosas futuras, aun así no dice otra cosa que lo que aquel necio dijo en su corazón: «No hay Dios» (Salmo XIII, 1). Pues quien no es presciente de todas las cosas futuras, no es ciertamente Dios. Por lo cual también nuestras voluntades tanto valen cuanto Dios quiso y previó que valieran; y por eso, cuanto valen, certísimamente valen; y lo que han de hacer, ellas mismas lo han de hacer por completo: porque previó que habrían de valer y de actuar Aquel cuya presciencia no puede ser engañada. Por lo cual, si me pluguiera aplicar a alguna cosa el nombre del hado, más bien diría que el hado es la voluntad del más fuerte para con el más débil, que lo tiene en su potestad, que no que por aquel orden de las causas, al que los estoicos llaman hado no al modo usual sino al suyo propio, se quita el albedrío de nuestra voluntad.

CAPÍTULO X.

Si alguna necesidad domina las voluntades de los hombres.

1. Por lo cual ni ha de temerse aquella necesidad por la cual, temiéndola, los estoicos trabajaron en distinguir las causas de las cosas de tal modo que sustrajeran algunas a la necesidad y sometieran otras; y entre estas que no quisieron que estuvieran bajo la necesidad, pusieron también nuestras voluntades, para que, evidentemente, no dejaran de ser libres si se sometían

a la necesidad. Pues si ha de decirse que es necesidad nuestra aquella que no está en nuestra potestad, sino que, aunque no queramos, efectúa lo que puede, como es la necesidad de la muerte; es manifiesto que nuestras voluntades, por las que se vive recta o perversamente, no están bajo tal necesidad. Pues muchas cosas hacemos que, si no quisiéramos, no las haríamos ciertamente. A lo cual pertenece primariamente el mismo querer; pues si queremos, es; si no queremos, no es: pues no querríamos si no quisiéramos. Pero si se define que es necesidad aquella según la cual decimos que es necesario que algo sea así, o así se haga; no sé por qué habríamos de temerla, por si nos quita la libertad de la voluntad. Pues ni ponemos bajo la necesidad tanto la vida de Dios como la presciencia de Dios, si decimos que es necesario que Dios siempre viva y lo prevea todo; así como tampoco su potestad disminuye cuando se dice que no puede morir ni engañarse. Pues esto no lo puede de tal modo que más bien, si pudiera, sería ciertamente de menor potestad. Con razón, en efecto, se llama omnipotente el que, sin embargo, no puede morir ni engañarse. Pues se llama omnipotente haciendo lo que quiere, no padeciendo lo que no quiere; lo cual, si le sucediera, de ningún modo sería omnipotente. Por lo cual, por eso mismo no puede algunas cosas, porque es omnipotente. Así también, cuando decimos que es necesario que, cuando queremos, queramos con libre albedrío; tanto decimos una verdad sin duda alguna, como no por eso sujetamos ese mismo libre albedrío a una necesidad que quita la liber-

tad. Son, por tanto, nuestras voluntades, y ellas mismas hacen todo lo que hacemos queriendo, lo cual no se haría si no quisiéramos. Pero lo que cualquiera padece contra su voluntad por la voluntad de otros hombres, incluso así prevalece una voluntad; aunque no la voluntad de aquel hombre, sino la potestad de Dios. Pues si sólo fuera voluntad, y no pudiera lo que quisiera, sería impedida por una voluntad más potente; ni aun así dejaría de ser voluntad si fuera voluntad; ni sería de otro, sino de aquel que quisiera, aunque no pudiera cumplir lo que quisiera. Por lo cual, todo lo que padece un hombre fuera de su voluntad, no debe atribuirlo a las voluntades humanas o angélicas o de cualquier espíritu creado, sino más bien de Aquel que da potestad a los que quieren.

2. No, por tanto, por eso nada hay en nuestra voluntad porque Dios previó qué habría de haber en nuestra voluntad; pues quien previó esto, no previó nada. Por lo demás, si Aquel que previó qué habría de haber en nuestra voluntad no previó ciertamente nada, sino algo; ciertamente, aun previendo Él, hay algo en nuestra voluntad. Por lo cual de ningún modo nos vemos obligados, o a quitar el albedrío de la voluntad reteniendo la presciencia de Dios, o a negar (lo cual es un nefas) que Dios sea presciente de las cosas futuras reteniendo el albedrío de la voluntad; sino que abrazamos ambas cosas, ambas las confesamos fiel y verazmente; aquélla para que creamos bien, ésta para que vivamos bien. Pero se vive mal si no se cree bien acerca de Dios. Por lo cual, lejos de no-

sotros negar su presciencia para querer ser libres, con cuya ayuda somos libres o lo seremos. Por consiguiente, no en vano existen las leyes, las reprensiones, las exhortaciones, las alabanzas y los vituperios: porque también previó que habrían de existir, y valen muchísimo, cuanto Él previó que habrían de valer; y las súplicas valen para alcanzar aquellas cosas que Él previó que habría de conceder a los que le suplican; y justamente se han establecido premios para las buenas acciones y suplicios para los pecados. Pues no por eso peca el hombre porque Dios previó que habría de pecar; al contrario, por eso no se duda que él mismo peca cuando peca, porque Aquel, cuya presciencia no puede ser engañada, previó no el hado, no la fortuna, no otra cosa alguna, sino que él mismo habría de pecar. El cual, si no quiere, ciertamente no peca; pero si no quisiere pecar, también esto lo previó Él.

CAPÍTULO XI.

De la universal providencia de Dios, por cuyas leyes todas las cosas se contienen.

El Dios sumo y verdadero, por tanto, con su Verbo y el Espíritu Santo, las cuales tres cosas son uno solo, Dios uno omnipotente, creador y hacedor de toda alma y de todo cuerpo: por cuya participación son felices todos los que lo son por la verdad, no por la vanidad: que hizo al hombre animal racional de alma y cuerpo; que ni permitió que quedara impune al pecar, ni lo abandonó sin misericordia; que dio a los buenos y a los malos

la esencia incluso con las piedras, la vida seminal incluso con los árboles, la vida sensual incluso con las bestias, la vida intelectual sólo con los Ángeles: de quien es todo modo, toda especie, todo orden; de quien es la medida, el número, el peso; de quien es todo lo que naturalmente existe, de cualquier género que sea, de cualquier estimación que sea; de quien son las semillas de las formas, las formas de las semillas, los movimientos de las semillas y de las formas: que dio también a la carne el origen, la hermosura, la salud, la fecundidad de la propagación, la disposición de los miembros, la salud de la concordia: que dio también al alma irracional la memoria, el sentido, el apetito; y a la racional, además, la mente, la inteligencia, la voluntad: que no dejó solo el cielo y la tierra, ni solo al ángel y al hombre; pero ni siquiera las entrañas del más pequeño y despreciable animalito, ni la plumilla del ave, ni la florecilla de la hierba, ni la hoja del árbol sin la conveniencia de sus partes y una como cierta paz: de ningún modo se ha de creer que haya querido que los reinos de los hombres y sus dominaciones y servidumbres sean ajenos a las leyes de su providencia.

CAPÍTULO XII.

Por qué costumbres los antiguos romanos merecieron que el Dios verdadero, aunque no lo adoraban, aumentara su imperio.

1. Por tanto, veamos qué costumbres de los romanos, y por qué causa, el Dios verdadero, en cu-

ya potestad están también los reinos terrenos, se dignó ayudar para aumentar su imperio. Para que pudiéramos disertar esto más plenamente, escribimos el libro anterior perteneciente a esto, mostrando que en este asunto no hay potestad alguna de aquellos dioses que pensaron que debían ser adorados incluso por cosas insignificantes; y las partes superiores del presente volumen, que hasta aquí hemos conducido, sobre la eliminación de la cuestión del hado: para que nadie, que ya estuviera persuadido de que el imperio romano no fue propagado ni conservado por el culto de aquellos dioses, lo atribuyera más bien a no sé qué hado, que a la poderosísima voluntad del Dios sumo. Los antiguos y primeros romanos, pues, según enseña y encomienda su historia, aunque como las demás naciones, exceptuando la sola del pueblo de los hebreos, adoraban a dioses falsos y no inmolaban víctimas a Dios, sino a los demonios, sin embargo eran «ávidos de alabanza, liberales con el dinero, querían gloria inmensa y riquezas honestas» (Salustio, In Catil., cap. 7): a esta amaron ardientemente, por esta quisieron vivir, por esta no dudaron en morir. Las demás concupiscencias las reprimieron con la ingente codicia de esta sola cosa. Finalmente, a su misma patria, puesto que les parecía inglorioso servir, pero glorioso dominar e imperar, desearon primero con todo estudio que fuera libre, y después señora. De aquí es que, no tolerando la dominación real, se hicieron mandos anuales y sendos jefes, que fueron llamados cónsules por el consultar, no reyes ni señores por el reinar y dominar: puesto que los

reyes ciertamente parecen mejor llamados por el regir, como el reino de los reyes, y los reyes, como se ha dicho, por el regir; pero la altivez regia no fue considerada como disciplina del que rige, o benevolencia del que consulta, sino soberbia del que domina. Expulsado, pues, el rey Tarquinio e instituidos los cónsules, siguió lo que el mismo autor puso en las alabanzas de los romanos: que «es increíble de recordar cuánto creció la ciudad en breve tiempo una vez alcanzada la libertad, tan grande deseo de gloria les había invadido» (Salustio, In Catil., cap. 7). Aquella avidez de alabanza, pues, y deseo de gloria, hizo muchas de aquellas cosas admirables, loables ciertamente y gloriosas según la estimación de los hombres.

2. El mismo Salustio alaba en sus tiempos a hombres grandes y preclaros, Marco Catón y Cayo César, diciendo que por mucho tiempo aquella república no tuvo a nadie grande en virtud, pero que en su memoria aquellos dos fueron de ingente virtud, aunque de diversas costumbres. En las alabanzas de César puso que deseaba para sí un gran imperio, un ejército y una guerra nueva, donde su virtud pudiera resplandecer (Salustio, In Catil., capp. 53, 54). Así sucedía en los votos de los hombres grandes en virtud, que incitaran a la guerra a las miserables naciones, y Belona las agitara con su látigo sangriento, para que hubiera donde su virtud resplandeciera. Esto ciertamente lo hacía aquella avidez de alabanza y deseo de gloria. Por amor, pues, primeramente a la libertad, y después también a la dominación, y por la codicia de alabanza y gloria, hicieron

muchas cosas grandes. Da testimonio de ellos en ambas cosas también su insigne poeta: de donde dice, «Asimismo Porsena mandaba recibir al expulsado Tarquinio, y oprimía la ciudad con un ingente asedio: los descendientes de Eneas se lanzaban al hierro por la libertad» (Virgilio, Eneida, lib. 8, vers. 646-648). Entonces, pues, fue para ellos cosa grande o morir valerosamente o vivir libres. Pero una vez alcanzada la libertad, les había invadido tan grande deseo de gloria, que era poco la sola libertad si no se buscaba también la dominación, mientras se tenía por gran cosa lo que, como si hablara Júpiter, dice el mismo poeta: «Incluso la áspera Juno, que ahora fatiga con miedo el mar, las tierras y el cielo, volverá sus consejos para mejor, y conmigo favorecerá a los romanos, señores de las cosas y nación togada. Así plugo. Vendrá con el paso de los lustros una edad en que la casa de Asáraco oprima con servidumbre a Fitia y a la clara Micenas, y domine sobre la vencida Argos» (Virgilio, Eneida, lib. 1, vers. 279-285). Estas cosas Virgilio ciertamente, introduciendo a Júpiter como prediciendo cosas futuras, él mismo ya las recordaba como hechas y las veía presentes; pero quise conmemorarlas por eso, para mostrar que los romanos, después de la libertad, tuvieron la dominación de tal modo que se ponía entre sus grandes alabanzas. De aquí es también aquello del mismo poeta, que, prefiriendo aquellas mismas artes propias de los romanos de reinar, imperar, subyugar y debelar pueblos a las artes de otras naciones, dice: «Otros forjarán más blandamente bronces que respiran:

lo creo ciertamente, sacarán del mármol rostros vivos; defenderán mejor las causas; y describirán con el radio los movimientos del cielo, y dirán las estrellas que nacen. Tú, romano, acuérdate de regir a los pueblos con tu imperio. Estas serán tus artes: imponer la costumbre a la paz, perdonar a los sometidos y debelar a los soberbios» (Virgilio, Eneida, lib. 6, vers. 847-853).

3. Estas artes las ejercitaban ellos tanto más peritamente cuanto menos se daban a los placeres y al enervamiento del ánimo y del cuerpo en codiciar y aumentar las riquezas, y por ellas corromper las costumbres, robando a los miserables ciudadanos y repartiendo a los torpes histriones. De donde los que ya superaban y abundaban en tales manchas de las costumbres, cuando escribía estas cosas Salustio y las cantaba Virgilio, no pretendían los honores y la gloria por aquellas artes, sino por dolo y falacias. De donde el mismo dice: «Pero al principio la ambición más que la avaricia ejercitaba los ánimos de los hombres, el cual vicio, sin embargo, estaba más cerca de la virtud. Pues la gloria, el honor y el imperio los desean para sí igualmente el bueno y el ignavo; pero aquel», dice, «se esfuerza por el camino verdadero; a este, porque le faltan las buenas artes, contiende con dolo y falacias» (Salustio, In Catil., c. 11). Estas son aquellas buenas artes: llegar al honor, a la gloria y al imperio por la virtud, no por la falaz ambición; las cuales, sin embargo, desean para sí igualmente el bueno y el ignavo; pero aquel, esto es el bueno, se esfuerza por el camino verdadero. El camino es la virtud,

por la cual se esfuerza como hacia el fin de la posesión, esto es, hacia la gloria, el honor y el imperio. Que los romanos tuvieron esto ínsito lo indican también entre ellos los templos de los dioses, que constituyeron muy unidos, los de la Virtud y el Honor, teniendo por dioses lo que es dado por Dios. De donde se puede entender qué fin querían que fuera el de la virtud y a qué la referían los que eran buenos: al honor ciertamente; pues los malos ni siquiera la tenían, aunque desearon tener el honor, que intentaban alcanzar con malas artes, esto es, con dolo y falacias.

4. Mejor fue alabado Catón. Pues de él dice ciertamente: «Cuanto menos buscaba la gloria, tanto más le seguía» (Salustio, In Catil., cap. 54). Puesto que la gloria es, por cuyo deseo ellos ardían, el juicio de los hombres que opinan bien de los hombres. Y por eso es mejor la virtud que no se contenta con el testimonio humano, sino con el de su propia conciencia. De donde dice el Apóstol: «Pues nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia» (2 Cor 1, 12). Y en otro lugar: «Pruebe cada uno su propia obra, y entonces tendrá gloria sólo en sí mismo, y no en otro» (Gál 6, 4). La gloria, pues, el honor y el imperio, que deseaban para sí, y a los que los buenos se esforzaban por llegar con buenas artes, no deben ser seguidos por la virtud, sino ellos a la virtud. Pues no hay verdadera virtud sino la que tiende a aquel fin donde está el bien del hombre, mejor que el cual nada hay. De donde también los honores que buscó Catón, no debió buscarlos, sino

que la ciudad debió dárselos por su virtud al que no los buscaba.

5. Pero habiendo en aquella memoria dos romanos grandes en virtud, César y Catón, la virtud de Catón parece haber estado mucho más cerca de la verdad que la de César. Por tanto, veamos qué tal era en aquel tiempo la ciudad, y qué tal había sido antes, en la misma sentencia de Catón: «No queráis», dice, «pensar que nuestros mayores hicieron la república grande de pequeña por las armas. Si así fuera, nosotros la tendríamos mucho más hermosa. Pues nosotros tenemos mayor abundancia de aliados y ciudadanos, además de armas y caballos, que ellos. Pero hubo otras cosas que los hicieron grandes, que para nosotros son nulas: la industria en casa, el imperio justo fuera, el ánimo libre en el consultar, no sujeto ni al delito ni a la libido. En lugar de estas nosotros tenemos el lujo y la avaricia, públicamente la indigencia, privadamente la opulencia: alabamos las riquezas, seguimos la inercia: entre los buenos y los malos no hay distinción alguna; la ambición posee todos los premios de la virtud. Y no es de extrañar: cuando vosotros cada uno por separado tomáis consejo para sí, cuando en casa servís a los placeres, aquí al dinero o al favor, de ahí resulta que se haga el ímpetu sobre una república vacía (Salustio, In Catil., c. 52).

6. Quien oye estas palabras de Catón o de Salustio, piensa que tales como son alabados los antiguos romanos, todos ellos eran entonces tales, o al menos muchos. No es así: de otro modo no serían verdad las cosas que él mismo

escribe igualmente, aquellas que conmemoré en el segundo libro de esta obra (Cap. 18), donde dice que las injurias de los más poderosos, y por ellas la secesión de la plebe de los padres, y otras disensiones hubo en casa ya desde el principio, y no se actuó con derecho igual y modesto más que expulsados los reyes, mientras duró el miedo a Tarquinio, hasta que se terminara la guerra grave que por causa de él se había emprendido con Etruria: pero que después los padres ejercitaron a la plebe con imperio servil, la azotaron al modo regio, la expulsaron del campo y, excluidos los demás, ellos solos actuaron en el imperio; de cuyas discordias, mientras aquellos querían dominar e estos no querían servir, el fin fue la segunda guerra púnica: porque de nuevo empezó a apremiar un grave miedo, y a refrenar con otra mayor preocupación los ánimos inquietos de aquellas perturbaciones, y a revocarlos a la concordia civil. Pero por algunos pocos, que eran buenos a su modo, se administraban grandes cosas y, tolerados y templados aquellos males, por la providencia de unos pocos buenos crecía aquella república, como dice el mismo historiador: que habiendo leído y oído muchas cosas, qué preclaras hazañas hizo el pueblo romano en paz y en guerra, por mar y por tierra, le plugo atender qué cosa principalmente había sostenido tan grandes negocios; puesto que sabía que muchas veces los romanos habían contendido con escasa mano contra grandes legiones de enemigos, había conocido que se habían gestado guerras con pocas tropas contra reyes opulentos; y dijo que, meditando muchas

cosas, le constaba que la egregia virtud de unos pocos ciudadanos lo había realizado todo, y de ahí resultó que la pobreza superara a las riquezas y la escasez a la multitud. «Pero después que la ciudad fue corrompida por el lujo y la desidia», dice, «de nuevo la república, por su misma magnitud, sostenía los vicios de los generales y de los magistrados». La virtud de unos pocos, pues, que se esforzaban hacia la gloria, el honor y el imperio por el camino verdadero, esto es, por la virtud misma, fue alabada incluso por Catón. De aquí será la industria en casa, que conmemoró Catón, para que el erario fuera opulento y las haciendas privadas tenues. De donde, corrompidas las costumbres, puso el vicio contrario: públicamente la indigencia, privadamente la opulencia.

CAPÍTULO XIII.

Del amor de la alabanza, el cual, aunque sea un vicio, por esto es tenido por virtud, porque por él se refrenan vicios mayores.

Por lo cual, habiendo sido por mucho tiempo ilustres los reinos del Oriente, quiso Dios que se hiciera también uno occidental, que fuera posterior en el tiempo, pero más ilustre por la latitud y magnitud del imperio. Y lo concedió principalmente a tales hombres para domar los graves males de muchas naciones, los cuales, por causa del honor, la alabanza y la gloria, miraron por su patria, en la cual buscaban esa misma gloria, y no dudaron en anteponer la salud de ella a la salud propia, reprimiendo por este solo vicio,

esto es, el amor de la alabanza, la codicia del dinero y muchos otros vicios. [XIII.] Pues ve más sanamente quien reconoce que también el amor de la alabanza es un vicio: lo cual no escapó al poeta Horacio, que dice: «Te hinchas por amor de la alabanza; hay ciertas expiaciones que podrán restaurarte, leído puramente tres veces el librito» (Epístolas, lib. 1, ep. 1, vers. 36, 37). Y el mismo en un poema lírico, para reprimir la libido de dominar, cantó así: «Reinarías más ampliamente domando un espíritu ávido, que si juntaras Libia a las remotas Gades, y ambos cartagineses sirvieran a uno solo» (Odas, lib. 2, oda 2, vers. 9-12). Sin embargo, los que no refrenan las libidines más torpes por la fe de la piedad, impetrado el Espíritu Santo y por amor de la belleza inteligible, son al menos menos torpes por la codicia de la alabanza y gloria humana, aunque no sean ya santos. Incluso Tulio aquí no pudo disimular, en aquellos mismos libros que escribió sobre la República, donde habla de instituir al príncipe de la ciudad, de quien dice que ha de ser alimentado por la gloria; y consecuentemente conmemora que sus mayores hicieron muchas cosas admirables y preclaras por la codicia de la gloria. A este vicio, pues, no sólo no resistían, sino que incluso juzgaban que debía ser excitado y encendido, pensando que esto era útil a la república. Aunque ni siquiera en aquellos libros de filosofía disimula Tulio de esta peste, donde la confiesa más clara que la luz. Pues hablando de tales estudios, que ciertamente han de ser seguidos por el fin del verdadero bien, no por la ventosidad de la alabanza

humana, introdujo esta sentencia universal y general: «El honor alimenta las artes y todos son encendidos a los estudios por la gloria, y yacen siempre aquellas cosas que son improbadas entre cada cual» (Tuscul. Quaest., lib. 1, cap. 2).

CAPÍTULO XIV.

De cercenar el amor de la alabanza humana, puesto que toda la gloria de los justos está en Dios.

A este deseo, pues, se resiste mejor sin duda que se le cede. Pues cada cual es tanto más semejante a Dios cuanto más limpio está de esta inmundicia. La cual en esta vida, aunque no sea erradicada de raíz del corazón, porque no cesa de tentar incluso a los ánimos que progresan en el bien, al menos sea vencido el deseo de gloria por el amor de la justicia: de modo que si en alguna parte yacen las cosas que son improbadas entre cada cual, si son buenas, si son rectas, incluso el mismo amor de la alabanza humana se avergüence y ceda al amor de la verdad. Pues tanto es este vicio enemigo de la fe piadosa, si hay en el corazón mayor deseo de gloria que temor o amor de Dios, que el Señor decía: «¿Cómo podéis creer, esperando gloria unos de otros, y no buscando la gloria que es del solo Dios?» (Jn 5, 44). Asimismo, de algunos que habían creído en Él y temían confesar abiertamente, dice el Evangelista: «Amaron la gloria de los hombres más que la de Dios» (Jn 12, 43). Lo cual no hicieron los santos Apóstoles, quienes, predicando el nombre de Cristo en aquellos lugares donde no sólo era improbado (como

aquel dice: «Y yacen siempre aquellas cosas que son improbadas entre cada cual»), sino que incluso era tenido en suma detestación; guardando lo que habían oído del buen Maestro y el mismo médico de las mentes: «Cualquiera que me negare delante de los hombres, yo le negaré delante de mi Padre que está en los cielos, y delante de los Ángeles de Dios» (Mt 10, 33; Lc 12, 9); entre maldiciones y oprobios, entre gravísimas persecuciones y crueles penas, no fueron disuadidos de la predicación de la salvación humana por tan gran estruendo de la ofensa humana. And porque haciendo y diciendo cosas divinas y viviendo divinamente, debelados en cierto modo los corazones duros e introducida la paz de la justicia, se siguió una ingente gloria en la Iglesia de Cristo; no descansaron en ella como en el fin de su virtud, sino refiriéndola también a la gloria de Dios, por cuya gracia eran tales, con ese mismo incentivo encendían a aquellos por quienes miraban al amor de Aquel por quien ellos mismos llegaran a ser tales. Pues para que no fueran buenos por causa de la gloria humana, les había enseñado su Maestro, diciendo: «Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa cerca de vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 6, 1). Pero, por otra parte, para que entendiendo esto perversamente no temieran agradar a los hombres y aprovecharan menos ocultando que son buenos, demostrando con qué fin debían darse a conocer, dijo: «Luzcan vuestras obras delante de los hombres, para que vean vuestros

buenos hechos y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 16). No, pues, «para ser vistos por ellos», esto es, con esta intención de que queráis que ellos se conviertan a vosotros, porque no sois nada por vosotros mismos; sino «para que glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos», a quien convertidos se hagan lo que vosotros sois. A estos siguieron los mártires, que superaron a los Escévolas, los Curcios y los Decios, no infiriéndose penas a sí mismos, sino sufriendo las inferidas, y con virtud verdadera, puesto que con verdadera piedad, y en innumerable multitud. Pero estando aquellos en la ciudad terrena, a los cuales estaba propuesto como fin de todos los oficios por ella la incolumidad de la misma y un reino no en el cielo, sino en la tierra; no en la vida eterna, sino en la partida de los que mueren y la sucesión de los que han de morir: ¿qué otra cosa amarían sino la gloria, por la cual querían incluso después de la muerte como vivir en la boca de los que los alaban?

CAPÍTULO XV.

De la recompensa temporal que Dios dio a las buenas costumbres de los romanos.

A aquellos, pues, a quienes Dios no había de dar la vida eterna con sus santos Ángeles en su ciudad celestial, a cuya sociedad conduce la verdadera piedad, la cual no exhibe la servidumbre de la religión, que los griegos llaman latreía, sino al único Dios verdadero; si ni siquiera les concediera esta gloria terrena de un imperio ex-

celentísimo, no se les daría la recompensa a sus buenas artes, esto es, a las virtudes con las que se esforzaban por llegar a tanta gloria. Pues de tales personas, que parecen hacer algo bueno para ser glorificados por los hombres, también dice el Señor: «En verdad os digo que ya recibieron su recompensa» (Mt 6, 2). Así también estos despreciaron sus cosas privadas por la cosa común, esto es, la república, y por su erario, resistieron a la avaricia, miraron por su patria con consejo libre; no sujetos ni al delito según sus leyes, ni a la libido: con todas estas artes como por camino verdadero se esforzaron por los honores, el imperio, la gloria: han sido honrados en casi todas las naciones; impusieron las leyes de su imperio a muchas naciones; y hoy son gloriosos por las letras y la historia en casi todas las naciones. No hay por qué se quejen de la justicia del sumo y verdadero Dios: «ya recibieron su recompensa».

CAPÍTULO XVI.

De la recompensa de los santos ciudadanos de la ciudad eterna, a quienes son útiles los ejemplos de las virtudes de los romanos.

Pero la recompensa de los santos es muy otra, incluso de los que sufren aquí oprobios por la ciudad de Dios, la cual es odiosa a los amadores de este mundo. Aquella ciudad es sempiterna: allí nadie nace, porque nadie muere: allí está la verdadera y plena felicidad, no una diosa, sino un don de Dios: de allí hemos recibido la prenda de la fe, mientras peregrinando suspiramos por

su hermosura: allí no sale el sol sobre buenos y malos (Mt 5, 45), sino que el sol de justicia protege a los solos buenos: allí no habrá gran industria de enriquecer el erario público con las haciendas privadas estrechas, donde el tesoro común es el de la verdad. Por tanto, no sólo para que tal recompensa se diera a tales hombres fue dilatado el imperio romano para la gloria humana; sino también para que los ciudadanos de aquella ciudad eterna, mientras aquí peregrinan (2 Cor 5, 6), intuyan diligente y sobriamente aquellos ejemplos, y vean cuánta dilección se debe a la patria superna por la vida eterna, si tanto fue amada la terrena por sus ciudadanos por la gloria de los hombres.

CAPÍTULO XVII.

Con qué fruto los romanos gestaron guerras, y cuánto confirieron a aquellos a quienes vencieron.

1. Pues en cuanto pertenece a esta vida de los mortales, que en pocos días se lleva y se acaba, ¿qué importa bajo el imperio de quién viva el hombre que ha de morir, si aquellos que mandan no le fuerzan a cosas impías e inicuas? ¿O es que los romanos dañaron en algo a las naciones a las que, una vez subyugadas, impusieron sus leyes, sino porque eso se hizo con una ingente matanza de guerras? Lo cual, si se hiciera concordemente, eso mismo se hiciera con mejor éxito; pero no habría gloria alguna de los que triunfan. Pues ni siquiera los romanos no vivían bajo sus propias leyes, que imponían a los demás. Si esto se hiciera

sin Marte y Belona, de modo que ni la victoria tuviera lugar, no venciendo nadie donde nadie hubiera peleado, ¿no sería una misma la condición de los romanos y de las demás naciones? especialmente si pronto se hiciera lo que después se hizo muy grata y humanamente: que todos los pertenecientes al imperio romano recibieran la sociedad de la ciudad y fueran ciudadanos romanos; y así fuera de todos lo que antes era de unos pocos: sólo que aquella plebe, que no tuviera sus campos, viviera de lo público; cuyo sustento sería prestado más gratamente por los concordes mediante buenos administradores de la república, que extorsionado a los vencidos.

2. Pues qué interese para la incolumidad y las buenas costumbres, ciertamente las mismas dignidades de los hombres, el que unos vencieran y otros fueran vencidos, no lo veo en absoluto, fuera de aquel vanísimo orgullo de la gloria humana, en el cual recibieron su recompensa los que ardieron con su ingente codicia y gestaron ardientes guerras. ¿Acaso sus campos no pagan tributos? ¿Acaso les es lícito aprender lo que a otros no es lícito? ¿Acaso no hay muchos senadores en otras tierras que ni siquiera conocen a Roma de rostro? Quita la jactancia, y todos los hombres ¿qué son sino hombres? Lo cual, si la perversidad del siglo admitiera que fueran más honrados los mejores, ni aun así debió tenerse por gran cosa el honor humano, porque el humo no tiene ningún peso. Pero usemos también en estas cosas del beneficio del Señor Dios nuestro: consideremos cuántas cosas despreciaron, cuáles sufrieron, qué

codicias subyugaron por la gloria humana los que merecieron recibirla como recompensa de tales virtudes; y válganos también esto para oprimir la soberbia: que distando tanto aquella ciudad, en la cual se nos ha prometido reinar, de esta, cuanto dista el cielo de la tierra, la vida eterna de la alegría temporal, la gloria sólida de las vanas alabanzas, la sociedad de los Ángeles de la sociedad de los mortales, la luz de Aquel que hizo el sol y la luna de la luz del sol y de la luna, no les parezca a los ciudadanos de tan gran patria haber hecho nada grande para sí mismos si para alcanzarla hicieren algo de buena obra o sufrieren algunos males; habiendo aquellos hecho tanto y padecido tanto por esta terrena ya alcanzada. Especialmente porque la remisión de los pecados, que recoge a los ciudadanos para la patria eterna, tiene algo a lo cual fue semejante por una cierta sombra aquel asilo de Rómulo, en el cual la impunidad de cualesquiera delitos congregó la multitud por la que aquella ciudad fuera fundada.

CAPÍTULO XVIII.---Cuán ajenos a la jactancia deben estar los cristianos si hicieren algo por amor de la patria eterna, habiendo los romanos hecho tanto por la gloria humana y la ciudad terrena.

1. ¿Qué cosa grande es, pues, por aquella patria eterna y celestial, despreciar todos los halagos de este siglo, por agradables que sean, si por esta temporal y terrena pudo Bruto incluso matar a sus hijos, cosa que aquella no obliga a nadie a hacer? Pero ciertamente es más difícil matar a los

hijos que lo que ha de hacerse por aquella: o dar a los pobres las cosas que parecían deber ser congregadas y guardadas para los hijos, o perderlas si sobreviniera una tentación que obligara a que eso se hiciera por la fe y la justicia. Pues ni a nosotros ni a nuestros hijos nos hacen felices las riquezas terrenas, que o se han de perder viviendo nosotros, o, una vez muertos, han de ser poseídas por quienes no sabemos, o tal vez por quienes no queremos; sino que Dios hace felices, el cual es la verdadera opulencia de las mentes. De Bruto, pues, porque mató a sus hijos, da testimonio de infelicidad incluso un poeta que lo alaba. Pues dice: «Y a los hijos que mueven nuevas guerras, el padre los llamará al suplicio por la hermosa libertad, infeliz, comoquiera que cuenten esos hechos los venideros». Pero en el verso siguiente consoló al infeliz: «Vence el amor de la patria y la inmensa codicia de alabanzas» (Virgilio, Eneida, lib. 6, vers. 820-823). Estas son aquellas dos cosas, la libertad y la codicia de la alabanza humana, que impulsaron a los romanos a hechos admirables. Si, pues, por la libertad de los que han de morir y por la codicia de las alabanzas que se pretenden de los mortales, pudieron los hijos ser muertos por el padre; ¿qué cosa grande es si por la verdadera libertad, que nos hace libres del dominio de la iniquidad y de la muerte y del diablo, y no por codicia de alabanzas humanas, sino por la caridad de liberar a los hombres, no del rey Tarquinio, sino de los demonios y del príncipe de los demonios, no se matan los hijos, sino que los pobres de Cristo son contados entre los hijos?

2. Si otro príncipe romano también, de sobrenombre Torcuato, mató a su hijo —no porque hubiera hecho algo contra la patria, sino incluso por la patria, pero porque fue contra su mando, esto es, contra lo que había mandado el padre como general— cuando, provocado por el enemigo, había luchado con ardor juvenil, aunque hubiera vencido; para que no hubiera más mal en el ejemplo del mando despreciado que bien en la gloria del enemigo muerto: ¿por qué han de jactarse los que por las leyes de la patria inmortal desprecian todos los bienes terrenos, los cuales son amados mucho menos que los hijos? Si Furio Camilo, incluso después de haber sido condenado por sus rivales, libró de los galos a aquella patria ingrata de cuyo cuello había quitado el yugo de los más feroces enemigos, los veyentes, porque no tenía un lugar mejor donde pudiera vivir gloriosamente: ¿por qué ha de ser ensalzado como si hubiera hecho algo grande quien, habiendo sufrido tal vez en la Iglesia una gravísima injuria de deshonra por parte de enemigos carnales, no se pasó a sus enemigos heréticos, ni fundó él mismo alguna heresía contra ella, sino que más bien la defendió cuanto pudo de la perniciosa depravación de los heréticos; no habiendo otra donde no se viva para la gloria de los hombres, sino donde se adquiera la vida eterna? Si Mucio, para que se hiciera la paz con el rey Porsena, que oprimía a los romanos con una guerra gravísima, porque no pudo matar al mismo Porsena, y engañado mató a otro en su lugar, extendió su mano derecha sobre un altar ardiente ante sus ojos, diciendo que

muchos tales como él lo veía habían conjurado para su perdición; ante cuya fortaleza y por el miedo a la conjuración de tales hombres, él, sin ninguna dilación, se contuvo de aquella guerra hecha la paz: ¿quién ha de imputar sus méritos al reino de los cielos si por él entregare a las llamas no una mano, y esto no haciéndoselo a sí mismo espontáneamente, sino sufriéndolo por persecución de alguno, todo su cuerpo? Si Curcio, armado y sobre un caballo veloz, se lanzó de cabeza en un profundo abismo de la tierra, sirviendo a los oráculos de sus dioses, puesto que habían mandado que se enviara allí lo mejor que los romanos tuvieran, y no pudieron entender otra cosa sino que sobresalían en hombres y armas, de donde por cierto convenía que, por mandato de los dioses, se precipitara en aquella perdición un hombre armado: ¿qué cosa grande dirá haber hecho por la patria eterna quien, habiendo sufrido a algún enemigo de su fe, no enviándose él mismo espontáneamente a tal muerte, sino enviado por aquel, hubiere muerto; habiendo recibido de su mismo Señor y Rey de su patria un oráculo más cierto: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma» (Mat. X, 28)? Si los Decios, consagrándose en cierto modo con palabras determinadas para ser muertos, se devotaron para que, cayendo ellos y aplacando la ira de los dioses con su sangre, fuera librado el ejército romano; de ningún modo se ensoberbecerán los santos mártires como si hubieran hecho algo digno por la participación de aquella patria, donde hay eterna y verdadera felicidad, si hasta la

efusión de su propia sangre, amando no solo a sus hermanos por quienes se derramaba, sino incluso a los mismos enemigos por quienes se derramaba, según se les ha mandado, lucharon con la fe de la caridad y la caridad de la fe. Si Marco Pulvilo, dedicando el templo de Júpiter, Juno y Minerva, habiéndosele anunciado falsamente por envidiosos la muerte de su hijo para que, perturbado por aquel anuncio, se retirara y así su colega consiguiera la gloria de la dedicación, de tal modo la despreció que mandó incluso que fuera arrojado insepulto; y así, en su corazón, la codicia de la gloria había vencido al dolor de la pérdida del hijo: ¿qué cosa grande dirá haber hecho por la predicación del santo Evangelio, por la cual los ciudadanos de la patria superna son librados y congregados de diversos errores, aquel a quien el Señor, solícito por la sepultura de su padre, le dice: «Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos» (Id. VIII, 22)? Si M. Régulo, para no engañar jurando a enemigos crudelísimos, volvió a ellos desde la misma Roma, porque, según se dice que respondió a los romanos que querían retenerle, después de haber servido a los africanos, no podía tener allí la dignidad de ciudadano honrado; y los cartagineses, porque había actuado contra ellos en el senado romano, lo mataron con gravísimos suplicios: ¿qué tormentos no han de ser despreciados por la fe de aquella patria a cuya bienaventuranza conduce la misma fe? ¿O «qué se dará al Señor por todo lo que Él ha dado» (Sal. CXV, 12), si por la fe que se le debe a Él hubiere sufrido el hombre tales cosas como las que por

la fe que debía a enemigos perniciosísimos sufrió Régulo? ¿Cómo, además, se atreverá a ensalzarse por la pobreza voluntaria el cristiano, para que en la peregrinación de esta vida camine más expedito por el camino que conduce a la patria donde las verdaderas riquezas son Dios mismo, cuando oiga o lea que L. Valerio, que murió en su consulado, fue hasta tal punto pobre que su sepultura fue costeada con monedas recogidas del pueblo? Oiga o lea que Quincio Cincinnato, poseyendo cuatro yugadas y cultivándolas con sus propias manos, fue sacado del arado para ser dictador, honor ciertamente mayor que el de cónsul; y habiendo conseguido gran gloria vencidos los enemigos, permaneció en la misma pobreza. ¿O qué cosa grande pregonará haber hecho porque por ningún premio de este mundo fue seducido de la sociedad de aquella patria eterna, cuando haya aprendido que Fabricio no pudo ser apartado del Estado romano por tan grandes dones de Pirro, rey de los epirotas, incluso con la promesa de la cuarta parte del reino, y prefirió permanecer allí en su pobreza como ciudadano privado? Pues aquello de que mientras tenían una república, esto es, una cosa del pueblo, una cosa de la patria, una cosa común, muy opulenta y riquísima, ellos mismos eran tan pobres en sus casas que uno de ellos, que ya había sido dos veces cónsul, fue expulsado de aquel senado de hombres pobres por nota censoria porque se halló que tenía diez libras de plata en vasijas; así eran de pobres aquellos mismos por cuyos triunfos se enriquecía el erario público: ¿no entienden todos los cristia-

nos, que con un propósito más excelente hacen comunes sus riquezas, según lo que está escrito en los Hechos de los Apóstoles, que se distribuía a cada uno según su necesidad, y nadie decía que algo fuera suyo, sino que todas las cosas les eran comunes (Hech. II, 45; y IV, 32); que no deben jactarse por ello, haciendo esto para obtener la sociedad de los ángeles, cuando aquellos hicieron casi algo semejante para conservar la gloria de los romanos?

3. Estas y otras cosas, si algunas de este género se hallan en sus escritos, ¿cuándo se habrían hecho tan conocidas, cuándo se pregonarían con tan gran fama, si el imperio romano, extendido a lo largo y a lo ancho, no se hubiera aumentado con magníficos sucesos? Por tanto, a través de aquel imperio tan dilatado y tan duradero, y preclaro y glorioso por las virtudes de tan grandes hombres, tanto se les ha devuelto a su intención el premio que buscaban, como se nos proponen a nosotros ejemplos de necesaria amonestación: para que si no hubiéremos tenido las virtudes —de las cuales aquellas son en cierto modo semejantes— que ellos tuvieron por la gloria de la ciudad terrena, por la gloriosísima ciudad de Dios, nos sintamos punzados por la vergüenza; si las hubiéremos tenido, no nos ensalcemos por la soberbia: porque, como dice el Apóstol, «no son dignos los padecimientos de este tiempo de la gloria futura que se ha de revelar en nosotros» (Rom. VIII, 18). Pero para la gloria humana y del tiempo presente, su vida se estimaba suficientemente digna. Por lo cual también los judíos, que

mataron a Cristo, revelando el Nuevo Testamento lo que en el Antiguo estaba velado, a fin de que el único y verdadero Dios sea colteado no por los beneficios terrenos y temporales, que la divina providencia concede mezcladamente a buenos y malos, sino por la vida eterna y los dones perpetuos y la sociedad de la misma ciudad superna, fueron muy rectamente entregados a la gloria de aquellos; para que los que con cualesquiera virtudes buscaron y adquirieron la gloria terrena, vencieran a los que con grandes vicios mataron y desecharon al dador de la verdadera gloria y de la ciudad eterna.

CAPÍTULO XIX.

En qué se diferencian entre sí la codicia de gloria y la codicia de dominación.

Hay ciertamente una diferencia entre la codicia de gloria humana y la codicia de dominación. Porque aunque sea fácil que quien se deleita excesivamente con la gloria humana también desee ardientemente dominar; sin embargo, los que desean la gloria verdadera, aunque sea de alabanzas humanas, procuran no desagradar a los que juzgan bien. Pues hay muchas cosas buenas en las costumbres, de las cuales muchos juzgan bien, aunque muchos no las posean: por esos bienes de las costumbres se esfuerzan por la gloria y el mando o la dominación, de los cuales dice Salustio: «Pero aquel se esfuerza por el camino verdadero». En cambio, quien desea dominar y mandar sin la codicia de gloria, por la cual el

hombre teme desagradar a los que juzgan bien, busca obtener lo que ama incluso a través de los más manifiestos crímenes. Por tanto, quien codicia la gloria o se esfuerza por el camino verdadero, o ciertamente contiende con dolo y falacias, queriendo parecer bueno siendo lo que no es (Sallust. in Catil.). Y por eso, para quien posee virtudes, es una gran virtud despreciar la gloria; porque el desprecio de ella está a la vista de Dios, pero no se abre al juicio humano. Pues cualquier cosa que hiciere ante los ojos de los hombres, por la cual parezca despreciador de la gloria, si se cree que lo hace para mayor alabanza, esto es, para mayor gloria, no tiene modo de mostrar a los sentidos de los que sospechan que es de otra manera de lo que sospechan. Pero quien desprecia los juicios de los que le alaban, desprecia también la temeridad de los que sospechan; de los cuales, sin embargo, si es verdaderamente bueno, no desprecia la salvación; porque es de tanta justicia quien tiene las virtudes por el Espíritu de Dios, que ama incluso a sus mismos enemigos; y de tal modo los ama que desea tener a sus odiadores o detractores como socios corregidos, no en la patria terrena, sino en la superna. En cambio, en sus alabadores, aunque estime en poco que le alaben, no estima sin embargo en poco que amen; ni quiere engañar a los que le alaben, para no defraudar a los que le aman: y por eso insta ardientemente para que más bien sea alabado Aquel de quien el hombre tiene lo que en él justamente se alaba. Pero quien, siendo despreciador de la gloria, es ávido de dominación, supera a las bestias ya sea por los vicios

de la crueldad o de la lujuria. Tales fueron algunos romanos: pues, perdida la preocupación por la reputación, no carecieron de la codicia de dominación. La historia revela que existieron muchos tales: pero Nerón César obtuvo primero la cima y como una cierta ciudadela de este vicio; cuya lujuria fue tanta que no se pensaba que hubiera de temerse de él nada varonil; su crueldad tanta, que no se creía que tuviera nada blando si no se supiera. Sin embargo, incluso a tales no se les da la potestad de dominar sino por la providencia del sumo Dios, cuando juzga que las cosas humanas son dignas de tales señores. Abierta es la voz divina sobre este asunto, hablando la sabiduría de Dios: «Por mí los reyes reinan, y los tiranos por mí poseen la tierra» (Prov. VIII, 15). Pero para que no se piense que los tiranos no son los peores e impíos reyes, sino que se les llama fuertes por un nombre antiguo, de donde dice Virgilio: «Parte de la paz será para mí haber tocado la mano derecha del tirano» (Aeneid. lib. 7, vers. 266): muy abiertamente se dice en otro lugar de Dios: «Que hace reinar al hombre hipócrita por la perversidad del pueblo» (Job XXXIV, 30). Por lo cual, aunque he expuesto, como he podido, por qué causa el Dios único, verdadero y justo, ayudó a los romanos, buenos según una cierta forma de ciudad terrena, a conseguir la gloria de tan gran imperio, puede sin embargo haber otra causa más latente, por los diversos méritos del género humano, más conocida por Dios que por nosotros; mientras conste entre todos los verdaderamente piadosos que nadie sin la verdadera piedad, esto es, el verdadero

culto del verdadero Dios, puede tener verdadera virtud; ni que sea verdadera cuando sirve a la gloria humana. Sin embargo, los que no son ciudadanos de la ciudad eterna, la cual en nuestras sagradas Letras se llama ciudad de Dios (Sal. XLV, 5; y XLVII, 3 y 9, etc.), son más útiles a la ciudad terrena cuando tienen esa misma virtud que si ni siquiera esa tuvieran. En cambio, los que dotados de verdadera piedad viven bien, si tienen la ciencia de regir a los pueblos, nada es más feliz para las cosas humanas que el que, por la misericordia de Dios, tengan la potestad. Tales hombres, sin embargo, no atribuyen sus virtudes, cuantas puedan tener en esta vida, sino a la gracia de Dios, por habérselas dado a los que quieren, creen y piden; y al mismo tiempo entienden cuánto les falta para la perfección de la justicia, cual es la que hay en la sociedad de aquellos santos ángeles a la que se esfuerzan por adaptarse. Por mucho, además, que se alabe y pregone la virtud que sin la verdadera piedad sirve a la gloria de los hombres, de ningún modo debe ser comparada con los exiguos comienzos de los santos, cuya esperanza está puesta en la gracia y la misericordia del Dios verdadero.

CAPÍTULO XX.

Que tan torpemente sirven las virtudes a la gloria humana como a la voluntad del cuerpo.

Suelen los filósofos que constituyen el fin del bien humano en la misma virtud, para infundir vergüenza a ciertos filósofos que ciertamente

aprueban las virtudes, pero las miden por el fin de la voluptuosidad corporal, y piensan que esta ha de ser apetecida por sí misma y aquellas por causa de ella, pintar con palabras una cierta tabla donde la voluptuosidad se siente en una silla real como una cierta reina delicada; y a ella le estén sujetas las virtudes como sirvientas, observando su voluntad para hacer lo que ella mandare: que mande a la prudencia que vigile e inquiera cómo la voluptuosidad reine y esté a salvo; mande a la justicia que preste los beneficios que pueda para granjearse las amistades necesarias para las comodidades corporales; que no haga injuria a nadie, no sea que por ofender las leyes la voluptuosidad no pueda vivir segura; mande a la fortaleza que, si aconteciere algún dolor al cuerpo que no obligue a la muerte, mantenga a su señora, esto es, a la voluptuosidad, fuertemente en el pensamiento del ánimo, para que por el recuerdo de sus antiguas delicias mitigue los aguijones del dolor presente; mande a la templanza que tome solo el alimento necesario y, si hay algunas cosas que deleiten, para que por la inmoderación no turbe la salud algo nocivo, y la voluptuosidad, que los epicúreos ponen como la máxima incluso en la salud del cuerpo, sea gravemente ofendida. Así las virtudes, con toda la dignidad de su gloria, servirán como a una cierta mujercilla imperiosa y deshonesta a la voluptuosidad. Dicen que nada hay más ignominioso y deforme que esta pintura, y que menos pueda soportar la vista de los buenos: y dicen la verdad. Pero no pienso que sea de suficiente decoro la pintura si también se finge tal

donde las virtudes humanas sirvan a la gloria humana. Pues aunque esa gloria no sea una mujer delicada, está sin embargo inflada y tiene mucha vacuidad. Por lo cual no le sirve dignamente una cierta solidez y firmeza de las virtudes, de modo que nada provea la prudencia, nada distribuya la justicia, nada tolere la fortaleza, nada modere la templanza, sino aquello por lo que se agrade a los hombres y se sirva a la ventosa gloria. Ni se habrán defendido de esta torpeza aquellos que, despreciando los juicios ajenos como despreciadores de la gloria, se tienen por sabios a sí mismos y se agradan a sí mismos. Pues su virtud, si es que hay alguna, de otro modo se somete a la alabanza humana: porque el mismo que se agrada a sí mismo, no deja de ser hombre. En cambio, quien con verdadera piedad cree y espera en el Dios a quien ama, atiende más a aquellas cosas en las que se desagrada a sí mismo que a aquellas, si es que hay algunas en él, que agradan no tanto a él como a la verdad; ni atribuye aquello por lo que ya puede agradar sino a la misericordia de Aquel a quien teme desagradar, dando gracias por las cosas sanadas y derramando preces por las que han de sanar.

CAPÍTULO XXI.

Que el reino romano fue dispuesto por el Dios verdadero, de quien procede toda potestad, y por cuya providencia se rigen todas las cosas.

Siendo estas cosas así, no atribuyamos la potestad de dar el reino y el imperio sino al Dios ver-

dadero, que da la felicidad en el reino de los cielos solo a los piadosos; pero el reino terreno tanto a los piadosos como a los impíos, según le place a Él, a quien nada place injustamente. Pues aunque hayamos dicho algo que Él quiso que nos fuera manifiesto, sin embargo es mucho para nosotros y supera con mucho nuestras fuerzas discutir los secretos de los hombres y juzgar con examen claro los méritos de los reinos. Aquel, pues, único Dios verdadero, que ni por juicio ni por auxilio desampara al género humano, cuando quiso y cuanto quiso dio el reino a los romanos: el cual lo dio a los asirios o incluso a los persas, de quienes sus escritos contienen que solo se adoran dos dioses, uno bueno y otro malo; por no hablar del pueblo hebreo, del cual ya he dicho cuanto me ha parecido suficiente, el cual no adoró sino a un solo Dios incluso cuando reinó. El que, pues, dio a los persas cosechas sin el culto de la diosa Segetia, el que dio otros dones de las tierras sin el culto de tantos dioses —a los cuales aquellos pusieron uno para cada cosa, o incluso varios para cada cosa—; Él mismo también dio el reino sin el culto de aquellos por cuyo culto aquellos creyeron haber reinado. Así también respecto a los hombres: quien lo dio a Mario, Él mismo a Cayo César; quien a Augusto, Él mismo también a Nerón; quien a los Vespasianos, padre o hijo, emperadores suavísimos, Él mismo también a Domiciano, crudelísimo: y para no tener que ir uno por uno, quien lo dio a Constantino, cristiano, Él mismo al apóstata Juliano, cuya excelente índole engañó con el amor de dominar una sacrílega y detesta-

ble curiosidad, a cuyos vanos oráculos estaba entregado cuando, confiado en la seguridad de la victoria, incendió las naves con que se transportaba el alimento necesario; luego, insistiendo fervorosamente en inmoderados atrevimientos, y pronto muerto por el mérito de su temeridad, dejó en lugares hostiles a un ejército necesitado, de modo que no se pudo salir de allí de otra manera sino moviendo los términos del imperio romano contra aquel auspicio del dios Término del cual hablamos en el libro anterior (Cap. 29). Pues el dios Término cedió a la necesidad, él que no había cedido a Júpiter. Estas cosas claramente las rige y gobierna el Dios único y verdadero como le place: y si por causas ocultas, ¿acaso injustas?

CAPÍTULO XXII.

Que los tiempos y los desenlaces de las guerras dependen del juicio de Dios.

Así también los mismos tiempos de las guerras, como está en su arbitrio y justo juicio y misericordia, ya sea para afligir o para consolar al género humano, de modo que unas se terminen más pronto y otras más tarde. La guerra de los piratas por Pompeyo, la tercera guerra púnica por Escipión, fueron terminadas con increíble celeridad y brevedad de tiempo. También la guerra de los gladiadores fugitivos, aunque fueron vencidos muchos generales romanos y dos cónsules, e Italia fue horriblemente quebrantada y devastada, se consumó, sin embargo, al tercer año después de haber consumido muchas cosas. Los

picentes, marsos y pelignos, gentes no extrañas sino itálicas, después de una larga y muy devota servidumbre bajo el yugo romano, intentaron levantar la cabeza hacia la libertad, habiendo ya muchas naciones sido subyugadas al imperio romano y destruida Cartago: en cuya guerra itálica los romanos fueron vencidos muchísimas veces, donde también perecieron dos cónsules y otros nobilísimos senadores; no se prolongó, sin embargo, por mucho tiempo este mal, pues el quinto año le dio fin. Pero la segunda guerra púnica, con grandísimos detrimentos y calamidad de la república, por dieciocho años extenuó y casi consumió las fuerzas romanas: en dos batallas cayeron casi setenta mil romanos. La primera guerra púnica se llevó a cabo durante veintitrés años; la guerra mitridática, durante cuarenta años. Y para que nadie piense que los comienzos de los romanos fueron más fuertes para terminar más pronto las guerras, en los tiempos antiguos, muy alabados en toda virtud, la guerra samnítica se prolongó por casi cincuenta años; en la cual guerra los romanos fueron de tal modo vencidos que incluso fueron enviados bajo el yugo. Pero porque no amaban la gloria por causa de la justicia, sino que parecían amar la justicia por causa de la gloria, rompieron la paz y el pacto que se había hecho. Esto lo conmemoro porque muchos, ignorantes de las cosas pasadas, y algunos incluso disimuladores de su propio conocimiento, si ven que en los tiempos cristianos alguna guerra se prolonga un poco más, al punto saltan con gran insolencia contra nuestra religión, exclamando que si ella

no existiera y se diera culto a los númenes según el antiguo rito, ya con aquella virtud romana que, con la ayuda de Marte y Belona, terminó tan pronto tantas guerras, también esta se terminaría muy rápidamente. Recuerden, pues, los que han leído, cuán duraderas guerras, con qué variados sucesos, con qué luctuosos desastres fueron llevadas a cabo por los antiguos romanos, del mismo modo que el orbe de la tierra suele ser sacudido como un mar muy tempestuoso por la varia tormenta de tales males; y confiesen de una vez lo que no quieren, y no se destruyan con lenguas insanas contra Dios, ni engañen a los ignorantes.

CAPÍTULO XXIII.

De la guerra en que Radagaiso, rey de los godos, adorador de los demonios, fue vencido en un solo día con sus ingentes tropas.

Sin embargo, lo que en nuestra memoria Dios hizo maravillosamente y misericordiosamente en tiempo muy reciente, no lo conmemoran con acción de gracias; sino que, cuanto está en ellos, procuran enterrarlo en el olvido de todos los hombres, si fuera posible; lo cual, si por nosotros se calla, seremos igualmente ingratos. Estando ya Radagaiso, rey de los godos, con un ejército ingente e inmenso, situado en la vecindad de la Ciudad, e inminente sobre los cuellos romanos, en un solo día fue vencido con tanta celeridad que ni siquiera uno de los romanos —no digo ya muerto, sino ni siquiera herido— cayó, mien-

tras era postrado su ejército de mucho más de cien mil hombres, y él mismo, capturado pronto con sus hijos, fue muerto con la pena debida. Pues si aquel tan impío, con tan grandes y tan impías tropas, hubiera entrado en Roma, ¿a quién habría perdonado? ¿A qué lugares de los mártires habría guardado honor? ¿En qué persona temería a Dios? ¿De quién no querría ver la sangre derramada, de quién querría ver la pudicicia intacta? ¿Y qué voces tendrían estos para con sus dioses, con cuánta jactancia e insulto alardearían de que aquel había vencido por eso, de que por eso había podido tanto, porque con sacrificios cotidianos aplacaba e invitaba a los dioses, lo cual la religión cristiana no permitía hacer a los romanos? Pues acercándose ya él a estos lugares donde fue oprimido por el mandato de la suma majestad, como su fama crecía por todas partes, se nos decía en Cartago que los paganos creían, esparcían y jactaban que él, protegiéndole y ayudándole los dioses amigos a los cuales se decía que sacrificaba diariamente, no podía de ningún modo ser vencido por aquellos que no hacían tales sacrificios a los dioses romanos ni permitían que nadie los hiciera. Y no dan gracias los miserables por tan grande misericordia de Dios, quien, habiendo determinado castigar con la irrupción barbárica las costumbres de los hombres dignos de padecer cosas más graves, templó su indignación con tanta mansedumbre que hizo primero que aquel fuera maravillosamente vencido para que, para trastornar los ánimos de los débiles, no se diera gloria a los demonios a quienes constaba que

él suplicaba; y luego Roma fuera capturada por aquellos bárbaros que, contra toda costumbre de las guerras anteriormente llevadas a cabo, protegieran a los que se refugiaban en los lugares santos por la reverencia a la religión cristiana, y de tal modo se opusieran a los mismos demonios y a los ritos de los impíos sacrificios en los que aquel había presumido, por el nombre cristiano, que parecía que llevaban una guerra mucho más atroz con ellos que con los hombres: así el verdadero Señor y gobernador de las cosas tanto azotó a los romanos con misericordia, como, por los tan increíblemente vencidos suplicantes de los demonios, mostró que aquellos sacrificios no son necesarios ni siquiera para la salvación de las cosas presentes; para que por aquellos que no contienden porfíadamente sino que atienden prudentemente, no se desampare la verdadera religión por las necesidades presentes, y más bien se mantenga con la más fiel esperanza de la vida eterna.

CAPÍTULO XXIV.

Cuál sea la felicidad de los emperadores cristianos, y cuán verdadera.

Pues nosotros no decimos que algunos emperadores cristianos son felices porque hayan reinado más tiempo, o porque al morir hayan dejado el imperio a sus hijos con muerte apacible, o porque hayan domado a los enemigos de la república, o porque hayan podido precaver y oprimir a los ciudadanos enemigos que se levantaron

contra ellos. Estos y otros dones o consuelos de esta vida laboriosa merecieron recibirlos incluso algunos adoradores de los demonios, que no pertenecen al reino de Dios, al cual pertenecen estos; y esto se hizo por su misericordia, para que los que creyesen en Él no desearan estas cosas como los sumos bienes. Pero decimos que son felices si reinan justamente; si entre las lenguas de los que les honran sublimemente y los servicios de los que les saludan con demasiada humildad, no se ensalzan, sino que se acuerdan de que son hombres; si ponen su potestad al servicio de la majestad de Dios para dilatar lo más posible su culto; si temen, aman y adoran a Dios; si aman más aquel reino donde no temen tener compañeros; si son tardos en castigar y fáciles en perdonar; si ejercen el castigo por la necesidad de regir y proteger la república, no para saciar los odios de sus enemistades; si conceden el perdón no para la impunidad de la iniquidad, sino por la esperanza de la corrección; si lo que se ven obligados a decretar ásperamente muchas veces, lo compensan con la suavidad de la misericordia y la largueza de los beneficios; si su lujuria es tanto más refrenada cuanto más libre podría ser; si prefieren mandar a sus malos deseos que a cualesquiera naciones; y si hacen todas estas cosas no por el ardor de la gloria vana, sino por la caridad de la felicidad eterna; si no descuidan ofrecer a su Dios verdadero el sacrificio de la humildad, de la compasión y de la oración por sus pecados. Tales emperadores cristianos decimos que son felices por ahora

en esperanza, y que después lo serán en realidad cuando llegue lo que esperamos.

CAPÍTULO XXV.

De las prosperidades que Dios concedió a Constantino, emperador cristiano.

Pues el buen Dios, para que los hombres que creían que Él debía ser adorado por causa de la vida eterna no pensaran que nadie podía alcanzar estas grandezas y reinos terrenos si no suplicaba a los demonios —porque estos espíritus valdrían mucho en tales cosas—, colmó al emperador Constantino —que no suplicaba a los demonios, sino que adoraba al mismo Dios verdadero— de tantos dones terrenos cuantos nadie se atrevería a desear; a quien incluso concedió fundar una ciudad aliada del imperio romano, como hija de la misma Roma, pero sin ningún templo ni simulacro de demonios. Reinó mucho tiempo; solo él, como único Augusto, tuvo y defendió todo el orbe romano; en la administración y dirección de las guerras fue victoriosísimo; en la opresión de los tiranos prosperó en todo; murió muy anciano de enfermedad y vejez; dejó a sus hijos reinando. Pero, por otra parte, para que ningún emperador fuera cristiano por esto, para merecer la felicidad de Constantino —puesto que cada uno debe ser cristiano por causa de la vida eterna—, se llevó a Joviano mucho más pronto que a Juliano; permitió que Graciano fuera muerto por la espada tiránica, mucho más suavemente por cierto que el Magno Pompeyo, que adoraba a los dioses roma-

nos. Pues aquel no pudo ser vengado por Catón, a quien había dejado en cierto modo como heredero de la guerra civil; este, en cambio, aunque las almas piadosas no necesiten tales consuelos, fue vengado por Teodosio, a quien había hecho partícipe del reino teniendo un hermano pequeño, siendo más ávido de una sociedad fiel que de una potestad excesiva.

CAPÍTULO XXVI.

De la fe y piedad de Teodosio Augusto.

1. Por lo cual él no solo guardó la fe que debía mientras aquel vivía, sino que incluso después de su muerte, habiendo sido expulsado Valentiniano, su hermano pequeño, por su matador Máximo, lo recibió como cristiano en las partes de su imperio como a un pupilo, y lo custodió con afecto paterno; a quien, destituido de todos sus recursos, podría haber quitado del medio sin ningún esfuerzo si ardiera más en el deseo de reinar ampliamente que en la caridad de obrar bien: por lo cual más bien, habiéndolo acogido conservando su dignidad imperial, lo consoló con esa misma humanidad y gracia. Luego, cuando aquel éxito hacía terrible a Máximo, este, en las angustias de sus preocupaciones, no cayó en curiosidades sacrílegas e ilícitas, sino que envió a Juan, establecido en el eremo de Egipto, de quien por la fama creciente había sabido que era un siervo de Dios dotado de espíritu de profecía; y recibió de él un anuncio de victoria certísimo. Pronto, como extintor del tirano Máximo, restituyó al

niño Valentiniano con misericordiosísima veneración a las partes de su imperio de donde había sido ahuyentado: y habiendo muerto este poco después, ya fuera por insidias o por cualquier otro pacto o caso, oprimió a otro tirano, Eugenio, que no legítimamente había sido subrogado en lugar de aquel emperador, habiendo recibido de nuevo una respuesta profética, seguro por la fe, contra cuyo robustísimo ejército luchó más orando que hiriendo. Los soldados que estaban presentes nos refirieron que les habían sido arrancadas de las manos cuantas cosas lanzaban, pues de las partes de Teodosio contra los adversarios iba un viento vehemente, y no solo arrebataba con muchísima fuerza cuanto se les lanzaba, sino que incluso volvía sus propios dardos contra sus cuerpos. Por lo cual también el poeta Claudiano, aunque ajeno al nombre de Cristo, dijo sin embargo en sus alabanzas: ¡Oh, amado en exceso por Dios, para quien Eolo derrama desde sus grutas los inviernos armados; para quien milita el éter, y los vientos conjurados acuden a las trompetas! (En el Panegírico sobre el tercer consulado de Honorio, vers. 96-98.) Victorioso, pues, como había creído y vaticinado, derribó los simulacros de Júpiter que contra él habían sido como consagrados con no sé qué ritos y colocados en los Alpes: y sus rayos, por haber sido de oro, los donó alegre y benignamente a los Correos que bromeaban (lo cual permitía aquella alegría) y decían que querían ser fulminados por ellos. A los hijos de sus enemigos, a quienes no su mandato sino el ímpetu de la guerra había arrebatado, incluso no siendo toda-

vía cristianos y refugiándose en la iglesia, quiso que por esta ocasión se hicieran cristianos, y los amó con caridad cristiana; ni los privó de sus bienes, y los aumentó con honores. No permitió que después de la victoria valieran contra nadie las enemistades privadas. Las guerras civiles no quiso terminarlas como Cinna, Mario, Sila y otros tales, que ni siquiera terminadas quisieron darlas por finiquitadas, sino que más le dolió que hubieran surgido que quiso dañar a nadie una vez terminadas. Entre todas estas cosas, desde el mismo inicio de su imperio no cesó de socorrer con leyes justísimas y misericordiosísimas a la Iglesia que trabajaba contra los impíos, a la cual Valente, herético favorecedor de los arrianos, había afligido vehementemente; de cuya Iglesia se gozaba más de ser miembro que de reinar en la tierra. Mandó que los simulacros de los gentiles fueran destruidos en todas partes, entendiendo suficientemente que ni siquiera los dones terrenos estaban puestos en el poder de los demonios, sino en el del Dios verdadero. Pero, ¿qué hubo más admirable que su religiosa humildad cuando por el gravísimo crimen de los tesalonicenses, al cual ya, por intercesión de los obispos, había prometido indulgencia, fue compelido a castigar por el tumulto de algunos que estaban con él, y contenido por la disciplina eclesiástica, hizo tal penitencia que el pueblo, orando por aquella alteza imperial, se edificaba más viendo la majestad postrada que temía que estuviera airada por el pecado? Estas buenas obras llevó él consigo, y si hay algunas semejantes que es largo conme-

morar, de aquel vapor temporal de cualquier cumbre y sublimidad humana; el premio de cuyas obras es la felicidad eterna, cuyo dador es Dios solo a los verdaderamente piadosos. Las demás cosas de esta vida, ya sean las alturas o los subsidios, como el mundo mismo, la luz, los aires, las tierras, las aguas, los frutos, y el alma misma del hombre, el cuerpo, los sentidos, la mente, la vida, los concede a buenos y malos; entre los cuales está también cualquier magnitud de imperio, que dispensa para el gobierno de los tiempos.

2.---[XXVII.] Por lo tanto, veo que ya también hay que responder a aquellos que, refutados y convictos por los más manifiestos documentos con los que se muestra que para estas cosas temporales —que solo los necios desean tener— en nada aprovecha la multitud de los dioses falsos, intentan asegurar que los dioses deben ser adorados no por la utilidad de la vida presente, sino por aquella que ha de venir después de la muerte. Pues a estos que por las amistades de este mundo quieren adorar vanidades, y se quejan de que no se les permiten sus sentimientos infantiles, juzgo que en estos cinco libros se les ha respondido suficientemente. Habiendo publicado los tres primeros de estos, y empezando a estar en manos de muchos, oí que algunos preparaban no sé qué respuesta escribiendo contra ellos. Después se me comunicó que ya la han escrito, pero que buscan el tiempo en que puedan publicarla sin peligro. A estos les advierto que no deseen lo que no les conviene. Pues es fácil para cualquiera parecer que ha respondido si no ha querido

callar. ¿O qué hay más locuaz que la vanidad?, la cual no puede lo mismo que la verdad porque, si quiere, puede incluso gritar más que la verdad. Pero consideren todas las cosas diligentemente; y si por acaso, juzgando sin pasión de partido, percibieran que tales cosas son las que más bien pueden ser zarandeadas que arrancadas por una garrulidad impudentísima y como con una ligereza satírica o mímica, contengan sus naderías; y elijan más bien ser corregidos por los prudentes que ser alabados por los imprudentes. Pues si no esperan el tiempo para la libertad de decir verdades, sino para la licencia de maldecir, no suceda que les ocurra lo que dice Tulio de uno que por la licencia de pecar era llamado feliz: ¡Oh miserable, a quien le era lícito pecar! Por lo cual, quienquiera que sea el que se cree feliz por la licencia de maldecir, será mucho más feliz si esto no le es lícito de ningún modo; ya que puede, depuesta la inanidad de la jactancia, incluso en este tiempo, como por deseo de consultar, contradecir cuanto quiera, y oír lo que conviene, honesta, grave y libremente de aquellos a quienes consulta en amistosa disputa, en cuanto les sea posible.

LIBRO SEXTO.

Hasta aquí contra aquellos que piensan que los dioses deben ser adorados por causa de esta vida temporal; ahora, en cambio, contra aquellos que creen que se les debe tributar culto por causa de la vida eterna; a quienes Agustín, disponiéndose a refutar en los cinco libros siguientes, muestra aquí en primer lugar qué opinión tan abyecta tuvo de los dioses el mismo Varrón, escritor recomendadísimo de la teología gentil. Aduce, según el mismo, tres géneros de esta teología: fabuloso, natural y civil; y pronto demuestra sobre el fabuloso y el civil que estos géneros nada confieren a la felicidad de la vida futura.

PREFACIO.

En los cinco libros anteriores me parece haber disputado suficientemente contra aquellos que piensan que muchos dioses y falsos —a quienes la verdad cristiana convence de ser ídolos inútiles, o espíritus inmundos y demonios perniciosos, o ciertamente criaturas, no el Creador— deben ser venerados y adorados por la utilidad de esta vida mortal y de las cosas terrenas, con aquel rito y servidumbre que en griego se llama latreía y se debe al único Dios verdadero. ¿And quién no sabe que ni estos cinco ni otros cuales-

quiera libros de cualquier número pueden ser suficientes para una excesiva necedad o pertinacia? Cuando se cree que es gloria de la vanidad no ceder ante ninguna fuerza de la verdad, para perdición, ciertamente, de aquel a quien domina un vicio tan inmenso. Pues también contra toda la industria del que cura, una enfermedad es invicta no por falta del médico, sino del enfermo incurable. Pero aquellos que, entendidas y consideradas, sopesan las cosas que leen, ya sea sin ninguna o no con una gran y excesiva obstinación del antiguo error, juzgarán más fácilmente que hemos satisfecho en este número de cinco volúmenes concluidos más de lo que la necesidad de la misma cuestión postulaba, que el haber disertado menos; y no podrán dudar que toda la envidia que los ignorantes intentan hacer a la religión cristiana sobre los desastres de esta vida y la destrucción y mutación de las cosas terrenas —no solo disimulando los doctos, sino incluso favoreciéndola contra su propia conciencia aquellos a quienes ha poseído una impiedad vesánica — es totalmente vana de recto pensamiento y razón, y llena de una levísima temeridad y de una perniciosísima animosidad.

CAPÍTULO PRIMERO.

De aquellos que dicen que los dioses no son adorados por ellos por la vida presente, sino por la eterna.

1. Ahora, pues, ya que a continuación, como lo exige el orden prometido, también han de ser refutados e instruidos aquellos que sostienen

que los dioses de los gentiles —a quienes la religión cristiana destruye— deben ser adorados no por esta vida, sino por aquella que ha de venir después de la muerte; me place tomar el exordio de mi disputa del verídico oráculo del santo Salmo: Bienaventurado aquel cuya esperanza es el Señor Dios, y no atendió a vanidades y locuras mentirosas (Sal. XXXIX, 5). No obstante, en todas las vanidades y locuras mentirosas, a los filósofos hay que oírlos con mucha más tolerancia, pues les desagradaron esas opiniones y errores de los pueblos; los cuales pueblos establecieron simulacros para las divinidades, y fingieron o creyeron cosas fingidas sobre aquellos a quienes llaman dioses inmortales, muchas cosas falsas e indignas, y mezclaron lo creído con su culto y los ritos de sus sacrificios. Con estos hombres que, si no predicando libremente, al menos de algún modo musitando en sus disputas, han testificado que reprueban tales cosas, no se trata tan inconvenientemente esta cuestión: si por la vida que ha de venir después de la muerte no conviene adorar a un solo Dios —que hizo toda criatura espiritual y corporal—, sino a muchos dioses, a quienes algunos de esos mismos filósofos, más excelentes y nobles que los demás, sintieron que habían sido hechos por aquel único y colocados en un lugar sublime.

2. Por lo demás, ¿quién soportará que se diga y sostenga que aquellos dioses —de los cuales en el libro cuarto conmemoré a algunos (caps. 11 y 21) —, a los cuales se distribuyen funciones particulares para cada una de las cosas pequeñas, pres-

tan a alguien la vida eterna? ¿O acaso aquellos hombres peritísimos y agutísimos, que se glorían de haber enseñado cosas escritas para un gran beneficio —para que se supiera por qué debía ser suplicado cada dios y qué debía ser pedido a cada uno, no sea que por una torpísima absurdidad, como suele hacerse jocosamente en el mimo, se pidiera agua a Líber y vino a las Linfas—, serán autores para algún hombre que suplica a los dioses inmortales de que, cuando haya pedido vino a las Linfas y estas le respondan: «Nosotras tenemos agua, pide esto a Líber», pueda decir rectamente: «Si no tenéis vino, al menos dadme la vida eterna»? ¿Qué hay más monstruoso que esta absurdidad? ¿No le responderán aquellas rientes (pues suelen ser fáciles para la risa), si no fingen engañar como demonios, al suplicante: «¡Oh hombre!, ¿piensas que nosotras tenemos en nuestro poder la vida, a quienes oyes que no tenemos ni siquiera una vid?». Es, pues, de una impudentísima necedad pedir o esperar la vida eterna de tales dioses, que se afirma que protegen de tal modo cada una de las partículas de esta vida tan calamitosa y breve —y cuanto a ella pertenece para ayudarla y sostenerla— que si aquello que está bajo la tutela y potestad de uno se pide a otro, es tan inconveniente y absurdo que parece ser muy semejante a la bufonada mímica. Lo cual, cuando lo hacen los mimos expertos, con razón son celebrados con risas en el teatro; pero cuando lo hacen los necios ignorantes, con más razón son escarnecidos en el mundo. A qué dios o diosa, pues, y por qué se debía suplicar —en

cuanto atañe a aquellos dioses que instituyeron las ciudades— fue hábilmente inventado y encomendado a la memoria por los doctos; qué pedir a Líber, por ejemplo, qué a las Linfas, qué a Vulcano, y así de los demás, a algunos de los cuales conmemoré en el libro cuarto y a otros juzgué que debían ser pasados por alto. Por tanto, si es error pedir vino a Ceres, pan a Líber, agua a Vulcano y fuego a las Linfas; ¿cuánto mayor delirio debe entenderse que es si a cualquiera de estos se le suplica la vida eterna?

3. Por lo cual, si cuando buscábamos sobre el reino terreno qué dioses o diosas debía creerse que podían conferirlo a los hombres, después de discutidos todos se mostró estar muy lejos de la verdad el que alguien determine que incluso los reinos terrenos se han de estimar procedentes de cualquiera de esas muchas y falsas divinidades: ¿no es de una insanísima impiedad el que se crea que la vida eterna —la cual sin ninguna duda ni comparación se ha de preferir a todos los reinos terrenos— pueda ser dada a alguien por cualquiera de ellos? Pues no por esto tales dioses parecieron no poder dar ni siquiera el reino terreno, porque ellos sean grandes y excelsos y este sea algo pequeño y abyecto que no se dignarían cuidar en tanta sublimidad. Pero, por mucho que cualquiera, considerando la fragilidad humana, desprecie con razón las caducas cumbres del reino terreno, tales dioses aparecieron de modo que parecían indignísimos de que se les debieran confiar siquiera estas cosas para ser dadas y conservadas. Y por esto, si (como enseñaron las cosas

tratadas en los dos libros anteriores) ningún dios de aquella turba, ya sea como de los plebeyos o como de los próceres, es idóneo para dar reinos mortales a los mortales, ¿cuánto menos podrá hacer inmortales de los mortales?

4. A esto se añade que, si ya tratamos con aquellos que piensan que los dioses deben ser adorados no por esta vida, sino por aquella que ha de venir después de la muerte; ya ni siquiera por aquellas cosas que se atribuyen a la potestad de tales dioses como repartidas y propias —no por razón de la verdad, sino por opinión de la vanidad — deben ser adorados en absoluto; como creen estos que sostienen que su culto es necesario para las utilidades de esta vida mortal, contra los cuales ya disputé suficientemente cuanto pude en los cinco volúmenes precedentes. Siendo esto así, si la misma edad de aquellos que adoraran a la diosa Juventas floreciera más señaladamente, mientras que los despreciadores de ella o bien sucumbieran dentro de los años de la juventud o en ella se enfriaran como con un torpor senil; si la Fortuna barbada vistiera las mejillas de sus adoradores más hermosa y festivamente, mientras que viéramos lampiños o mal barbudos a aquellos por quienes fuera despreciada: incluso así diríamos muy rectamente que estas diosas particulares pueden solo hasta aquí, limitadas en cierto modo por sus oficios; y por esto, que ni a Juventas se debe pedir la vida eterna, que no daría la barba, ni de la Fortuna barbada se ha de esperar algo bueno después de esta vida, cuya potestad en esta vida fuera nula para prestar

siquiera esa misma edad que se viste de barba. Pero ahora, cuando el culto de ellas ni siquiera es necesario por esas mismas cosas que se piensan estarles sometidas —porque muchos que adoran a la diosa Juventas en nada florecieron en esa edad, y muchos que no la adoran gozan del vigor de la juventud; e igualmente muchos suplicantes de la Fortuna barbada no pudieron llegar a tener ninguna barba o la tuvieron deforme, y si algunos la veneran para impetrar la barba son escarnecidos por los barbudos que la desprecian—: ¿de tal modo desvaría el corazón humano que crea ser fructuoso por causa de la vida eterna el culto de aquellos dioses cuyo culto por causa de esos mismos dones temporales y que pronto pasan —de los cuales se dice que presiden cada uno a cada uno— conoce como vano y ridículo? Que ellos puedan dar esto ni siquiera se atrevieron a decirlo aquellos que, para que fueran adorados por los pueblos insipientes, les atribuyeron estas obras temporales divididas minuciosamente, porque pensaron que eran demasiados, para que ninguno de ellos estuviera ocioso.

CAPÍTULO II.

Qué deba creerse que sintió Varrón sobre los dioses de los gentiles, cuyos géneros y ritos sagrados descubrió de tal modo que habría tratado con ellos más reverentemente si hubiera guardado total silencio sobre ellos.

¿Quién buscó estas cosas con más curiosidad que Marco Varrón?, ¿quién las halló con más doctrina?, ¿quién las consideró con más atención?,

¿quién las distinguió con más agudeza?, ¿quién las escribió con más diligencia y plenitud? El cual, aunque sea menos suave en la elocuencia, sin embargo está tan lleno de doctrina y de sentencias que en toda la erudición —que nosotros llamamos secular y ellos liberal— tanto enseña al estudioso de las cosas cuanto Deleita al estudioso de las palabras Cicerón. Finalmente, el mismo Tulio le rinde tal testimonio que en los libros Académicos dice que la disputa que allí se trata la tuvo con Marco Varrón, «hombre —dice— fácilmente el más agudo de todos y sin ninguna duda el más docto». No dice: «el más elocuente» o «el más facundo», porque en realidad en esta facultad es muy desigual; sino «de todos —dice — fácilmente el más agudo». Y en esos libros, es decir, los Académicos, donde sostiene que de todo se debe dudar, añadió: «sin ninguna duda el más docto». Ciertamente sobre este asunto estaba tan cierto que quitó la duda que suele aplicar en todo, como si sobre este solo punto, aun contra la duda de los Académicos, fuera a disputar habiendo olvidado que era Académico. Pero en el primer libro, cuando alababa las obras literarias del mismo Varrón, dijo: «A nosotros, que peregrinábamos y errábamos en nuestra ciudad como huéspedes, tus libros como que nos redujeron a casa, para que pudiéramos alguna vez reconocer quiénes y dónde éramos». Tú abriste la edad de la patria, tú las descripciones de los tiempos, tú los derechos de las cosas sagradas, tú los de los sacerdotes, tú la disciplina doméstica, tú la pública, tú el asiento de las regiones y lugares, tú

los nombres, géneros, oficios y causas de todas las cosas divinas y humanas» (Cicerón lib. 1, c. 3, de Quaest. Acad.). Este varón, pues, de tan señalada y excelente pericia, y lo que de él dice también Terenciano brevemente en un versículo elegantísimo: «Varón doctísimo por todas partes Varrón» (De metris, en la sección de versos falecios); que leyó tantas cosas que nos admiramos de que le quedara tiempo para escribir algo; escribió tantas cosas como apenas creemos que alguien haya podido leer: este varón, digo, tan grande por su ingenio y tan grande por su doctrina, si fuera impugnador y destructor de las cosas como divinas de las que escribe, y dijera que pertenecen no a la religión sino a la superstición, no sé si escribiría en ellas tantas cosas dignas de ser reídas, despreciadas y detestadas. Pero cuando adoró a esos mismos dioses y juzgó que debían ser adorados, de tal modo que en esa misma obra de sus letras dice que teme que perezcan, no por incursión hostil sino por negligencia de los ciudadanos —de la cual dice que son librados por él como de una ruina, y depositados y conservados en la memoria de los buenos mediante libros de este tipo con un cuidado más útil que aquel con que se pregona que Metelo libró del incendio los objetos sagrados de Vesta y Eneas los penates de la destrucción troyana—; y sin embargo presenta para ser leídas por los siglos cosas que por los sabios y los necios con razón han de ser rechazadas y juzgadas como enemiguísimas de la verdad de la religión: ¿qué debemos pensar sino que un hombre agudísimo y peritísimo, aunque no libre por

el Espíritu Santo, fue oprimido por la costumbre y las leyes de su ciudad, y sin embargo no quiso callar aquellas cosas por las que se sentía movido, bajo la apariencia de recomendar la religión?

CAPÍTULO III.

Cuál sea la partición de los libros de Varrón, que compuso sobre las Antigüedades de las cosas humanas y divinas.

Escribió cuarenta y un libros de las Antigüedades; estos los dividió en cosas humanas y divinas, atribuyó veinticinco a las cosas humanas y dieciséis a las divinas, siguiendo en esa partición el criterio de dar seis libros a cada una de las cuatro partes de las cosas humanas. Pues se propone quiénes actúan, dónde actúan, cuándo actúan y qué actúan. Así pues, en los seis primeros escribió sobre los hombres; en los segundos seis, sobre los lugares; los terceros seis, sobre los tiempos; y los cuartos seis, que son los últimos, los dedicó a las cosas. Pero cuatro veces seis son veinticuatro. Mas puso a la cabeza uno singular que hablara primero de todas en común. Del mismo modo, en las cosas divinas guardó la misma forma de división en cuanto atañe a las cosas que se han de tributar a los dioses; pues los ritos sagrados son tributados por hombres, en lugares y tiempos. Estas cuatro cosas que he dicho las comprendió en grupos de tres libros; pues los tres primeros los escribió sobre los hombres, los siguientes sobre los lugares, los terceros sobre los tiempos y los cuartos sobre los ritos sagrados; recomendando también aquí con sutilísima distinción quiénes

tributan, dónde tributan, cuándo tributan y qué tributan. Pero porque era necesario decir —y era lo que más se esperaba— a quiénes tributan, sobre los mismos dioses escribió también los tres últimos, para que cinco veces tres fueran quince. Son todos, como dijimos, dieciséis, porque también al comienzo de estos puso uno singular que hablara primero de todos; terminado el cual, consecuentemente de aquella distribución quíntuple subdividió los tres precedentes —que pertenecen a los hombres— de modo que el primero es sobre los pontífices, el segundo sobre los augures y el tercero sobre los quindecimviros de los ritos sagrados. Los segundos tres pertenecen a los lugares, de modo que en uno de ellos habló de las capillas, en otro de los templos sagrados y en el tercero de los lugares religiosos. Además, los tres que siguen a estos y pertenecen a los tiempos —esto es, a los días festivos— los hizo de modo que uno fuera sobre las ferias, otro sobre los juegos circenses y el tercero sobre los escénicos. A uno de los cuartos tres pertenecientes a los ritos sagrados dio las consagraciones, a otro los ritos privados y al último los públicos. A esta como pompa de obsequios siguen los dioses mismos al final en los tres que quedan, a los cuales se dedicó todo este culto: en el primero los dioses ciertos, en el segundo los inciertos y en el tercero, último de todos, los dioses principales y selectos.

CAPÍTULO IV.

Que por la disputa de Varrón se halla que entre los cultores de los dioses las cosas humanas son más antiguas que las divinas.

1. En toda esta serie de bellísima y sutilísima distribución y distinción, el que la vida eterna se busque y se espere en vano, o se desee u opte impudentísimamente, aparece con suma facilidad a cualquiera que no sea enemigo de sí mismo con un corazón obstinado, por estas cosas que ya hemos dicho y por las que se han de decir a continuación. Pues o bien son institutos de hombres, o bien de demonios; no tales como ellos llaman demonios buenos, sino, para hablar con más claridad, de espíritus inmundos y sin controversia malignos, los cuales, con envidia admirable, insertan oculta y secretamente en los pensamientos de los impíos opiniones nocivas con las que el alma humana se desvanezca cada vez más y no pueda acoplarse ni adherirse a la inmutable y eterna verdad, y a veces las introducen abiertamente en los sentidos y las confirman con la falaz atestación que pueden. El mismo Varrón atestigua que por eso escribió primero sobre las cosas humanas y después sobre las divinas, porque primero existieron las ciudades y luego por ellas fueron instituidas estas cosas. Pero la verdadera religión no fue instituida por ciudad terrena alguna, sino que claramente ella instituyó la ciudad celestial; y a ella la inspira y enseña el Dios verdadero, dador de la vida eterna, a sus verdaderos adoradores.

2. [IV.] De Varrón, pues, que confiesa haber escrito primero sobre las cosas humanas y des-

pués sobre las divinas porque esas cosas divinas fueron instituidas por los hombres, esta es la razón: «Así como es anterior —dice— el pintor que la tabla pintada, y el artesano que el edificio, así son anteriores las ciudades que las cosas que por las ciudades han sido instituidas». Dice, además, que habría escrito primero sobre los dioses y después sobre los hombres si escribiera sobre toda la naturaleza de los dioses. ¡Como si aquí escribiera sobre alguna parte y no sobre toda!; ¿o acaso incluso alguna naturaleza de los dioses, aunque no sea toda, no debe ser anterior que la de los hombres? ¿Qué decir del hecho de que en esos tres últimos libros, explicando diligentemente los dioses ciertos, inciertos y selectos, no parece pasar por alto ninguna naturaleza de los dioses? ¿Qué es, pues, lo que dice: «Si escribiéramos sobre toda la naturaleza de los dioses y de los hombres, habríamos concluido las cosas divinas antes de tocar las humanas»? Pues o bien escribe sobre toda la naturaleza de los dioses, o sobre alguna, o sobre ninguna en absoluto. Si sobre toda, se ha de anteponer ciertamente a las cosas humanas; si sobre alguna, ¿por qué no ha de preceder esa misma a las humanas? ¿Acaso es indigna de ser preferida incluso a la naturaleza universal de los hombres alguna parte de los dioses? Y si es mucho que alguna parte divina se anteponga a todas las cosas humanas, al menos es digna de las romanas; ya que escribió los libros de las cosas humanas no en lo que atañe a todo el orbe de la tierra, sino solo en lo que atañe a Roma. A los cuales, sin embargo, dijo haber preferido

con razón en el orden de la escritura a los libros de las cosas divinas, como el pintor a la tabla pintada, como el artesano al edificio; confesando abiertamente que también estas cosas divinas, como la pintura y la construcción, han sido instituidas por los hombres. Resta que se entienda que escribió sobre ninguna naturaleza de los dioses; ni quiso decir esto abiertamente, sino que lo dejó para los inteligentes. Pues donde se dice «no toda», habitualmente se entiende «alguna», pero también puede entenderse «ninguna»; puesto que la que es ninguna, ni es toda ni es alguna. Pues, como él mismo dice, si fuera toda la naturaleza de los dioses sobre la que escribiera, se debería anteponer en el orden de escritura a las cosas humanas; pero como la verdad clama aun callando él, se debería anteponer ciertamente a las cosas romanas, incluso si no fuera toda, sino al menos alguna; mas rectamente se pospone, luego es ninguna. No quiso, por tanto, anteponer las cosas humanas a las divinas, sino que no quiso anteponer las cosas falsas a las verdaderas. Pues en aquellas cosas que escribió sobre las cosas humanas siguió la historia de los hechos; pero en cuanto a estas que llama divinas, ¿qué son sino opiniones de cosas vanas? Esto es, sin duda, lo que quiso mostrar con sutil significación; no solo escribiendo sobre estas después que sobre aquellas, sino dando también la razón de por qué lo hizo. La cual, si la hubiera callado, tal vez su proceder sería defendido de otro modo por otros. Pero en esa misma razón que dio, ni dejó a los demás nada que sospechar a su arbitrio, y probó

suficientemente que antepuso los hombres a los institutos de los hombres, no la naturaleza de los hombres a la naturaleza de los dioses. Así confesó que escribió los libros de las cosas divinas no sobre la verdad que pertenece a la naturaleza, sino sobre la falsedad que pertenece al error. Lo cual puso más claramente en otra parte, como conmemoré en el libro cuarto (cap. 31, n. 1), diciendo que habría escrito según la fórmula de la naturaleza si él mismo fundara una nueva ciudad; pero que, por haber hallado ya una antigua, no pudo sino seguir su costumbre.

CAPÍTULO V.

De los tres géneros de teología según Varrón, a saber: uno fabuloso, otro natural y el tercero civil.

1. Después, ¿qué es aquello de que diga que hay tres géneros de teología —esto es, de la razón que se explica sobre los dioses—, y que uno de ellos se llama mythicon, otro physicon y el tercero civil? En latín, si el uso lo admitiera, llamaríamos al género que puso primero «fabular»; pero digámoslo fabuloso, pues de las fábulas se dijo mythicon, ya que mythos en griego se dice fábula. Que el segundo se llame natural, ya lo admite la costumbre del habla. El tercero también él mismo lo enunció en latín, el cual se llama civil. Luego dice: «Llaman mythicon al que usan principalmente los poetas; physicon al que usan los filósofos; civil al que usan los pueblos. El primero —dice— que mencioné, en él hay muchas cosas fingidas contra la dignidad y naturaleza de

los inmortales. Pues en este se halla que un dios nació de la cabeza, otro del muslo, otro de gotas de sangre; en este, que los dioses robaron, que cometieron adulterio, que sirvieron al hombre; finalmente, en este se atribuyen a los dioses todas las cosas que pueden caer no solo en un hombre, sino incluso en el hombre más despreciable». Aquí ciertamente, donde pudo, donde osó, donde pensó que quedaría impune, expresó sin la niebla de ninguna ambigüedad cuánta injuria se hacía a la naturaleza de los dioses con fábulas mentirosísimas. Pues hablaba no de la teología natural, ni de la civil, sino de la fabulosa, la cual juzgó que debía ser libremente culpada por él.

2. Veamos qué dice de la segunda. «El segundo género es —dice— el que he mostrado, sobre el cual los filósofos han dejado muchos libros; en los cuales se trata quiénes son los dioses, dónde, de qué linaje, de qué cualidad; si los dioses existieron desde un cierto tiempo o desde la eternidad; si son de fuego, como cree Heráclito, o de números, como Pitágoras, o de átomos, como dice Epicuro. Y así otras cosas que los oídos pueden soportar más fácilmente dentro de las paredes, en la escuela, que fuera, en el foro». Nada culpó en este género, al que llaman physicon y pertenece a los filósofos, salvo que conmemoró sus controversias entre sí, por las cuales se formó una multitud de sectas disidentes. Sin embargo, retiró este género del foro, esto es, de los pueblos, y lo encerró en las escuelas y entre paredes; mas aquel primero, mentirosísimo y torpísimo, no lo retiró de las ciudades. ¡Oh religiosas orejas popu-

lares, y entre ellas también las romanas! Lo que los filósofos disputan sobre los dioses inmortales no lo pueden soportar; pero lo que los poetas cantan y los histriones representan, porque son cosas fingidas contra la dignidad y naturaleza de los inmortales, porque pueden caer no solo en un hombre, sino incluso en el hombre más despreciable, no solo lo soportan, sino que incluso lo oyen con gusto. Y no solo eso, sino que decretan que estas cosas también agradan a los mismos dioses y que por medio de ellas deben ser aplacados.

3. Dirá alguien: «Distingamos estos dos géneros, el mythicon y el physicon, es decir, el fabuloso y el natural, de este civil del que ahora se trata», de donde también él mismo los distinguió; y veamos ya cómo explica el propio género civil. Veo, por cierto, por qué debe distinguirse el fabuloso: porque es falso, porque es torpe, porque es indigno. Pero querer distinguir el natural del civil, ¿qué otra cosa es sino confesar que el mismo civil es defectuoso? Pues si aquel es natural, ¿qué tiene de censurable para que sea excluido? Y si este que se llama civil no es natural, ¿qué tiene de mérito para que sea admitido? Esta es, sin duda, la causa por la cual escribió primero sobre las cosas humanas y después sobre las divinas; ya que en las cosas divinas no siguió la naturaleza, sino las instituciones de los hombres. Consideremos ciertamente también la teología civil. «El tercer género es —dice— el que los ciudadanos en las ciudades, y especialmente los sacerdotes, deben conocer y administrar. En el cual se trata de qué

dioses conviene que cada uno de ellos adore públicamente y qué ritos y sacrificios debe realizar». Atendamos aún a lo que sigue. «La primera teología —dice— está acomodada principalmente al teatro; la segunda, al mundo; la tercera, a la ciudad». ¿Quién no ve a cuál dio la palma? Ciertamente a la segunda, que arriba dijo ser la de los filósofos. Pues atestigua que esta pertenece al mundo, sobre el cual ellos opinan que nada hay más excelente en las cosas. Pero aquellas dos teologías, la primera y la tercera, a saber, la del teatro y la de la ciudad, ¿las distinguió o las unió? Pues vemos que no inmediatamente lo que es de la ciudad puede pertenecer también al mundo, aunque veamos que las ciudades están en el mundo; porque puede suceder que en la ciudad, según falsas opiniones, se adoren y se crean aquellas cosas cuya naturaleza no existe en ninguna parte del mundo ni fuera del mundo. Pero el teatro ¿dónde está sino en la ciudad? ¿Quién instituyó el teatro sino la ciudad? ¿Para qué lo instituyó sino para los juegos escénicos? ¿Dónde están los juegos escénicos sino en las cosas divinas, sobre las cuales se escriben estos libros con tanta diligencia?

CAPÍTULO VI.

De la teología mítica, esto es, fabulosa, y de la civil, contra Varrón.

1. ¡Oh Marco Varrón!, siendo tú el hombre más agudo de todos y sin duda alguna el más docto, pero al fin hombre y no Dios, ni elevado por el Espíritu de Dios a la verdad y libertad para ver

y anunciar las cosas divinas, ciertamente distingues cuán separadas deben estar las cosas divinas de las naderías y mentiras humanas; pero temes ofender las viciosísimas opiniones y costumbres de los pueblos en sus supersticiones públicas, de las cuales tú mismo sientes que son ajenas a la naturaleza de los dioses —o al menos de tales dioses cuales sospecha la flaqueza del alma humana en los elementos de este mundo—, tanto cuando las consideras por doquier como cuando toda vuestra literatura resuena a su alrededor. ¿Qué hace aquí el ingenio humano, por muy excelente que sea? ¿De qué te sirve en estas angosturas la doctrina humana, aunque sea múltiple e inmensa? Deseas adorar a los dioses naturales, pero te ves obligado a adorar a los civiles; has encontrado a otros fabulosos contra los cuales vomitas más libremente lo que sientes, y con los cuales, quieras o no, salpicas a estos civiles. Pues dices que los fabulosos están acomodados al teatro, los naturales al mundo y los civiles a la ciudad; siendo el mundo obra divina, mientras que las ciudades y los teatros son obras de los hombres. Ni son otros los dioses de los que se ríen en los teatros que los que son adorados en los templos; ni ofrecéis juegos a otros que a aquellos a quienes inmoláis víctimas. ¿Con cuánta mayor libertad y sutileza dividirías esas cosas, diciendo que unos son dioses naturales y otros instituidos por los hombres; pero que sobre los instituidos las letras de los poetas dicen una cosa y las de los sacerdotes otra, y que ambas son, sin embargo, tan amigas entre sí por el consorcio de la falsedad, que ambas son

gratas a los demonios, para quienes es enemiga la doctrina de la verdad?

2. Dejada, pues, a un lado por un poco la teología que llaman natural, de la cual se ha de tratar después, ¿place acaso que la vida eterna sea buscada o esperada de los dioses poéticos, teatrales, lúdicos y escénicos? Lejos de nosotros; antes bien, aparte el Dios verdadero tan enorme y sacrílega demencia. ¿Qué?, ¿se ha de pedir la vida eterna a esos dioses a quienes estas cosas agradan y a quienes estas cosas aplacan, puesto que allí se frecuentan sus crímenes? Nadie, según pienso, delira hasta tal precipicio de furiosísima impiedad. Ni por la teología fabulosa, pues, ni por la civil alcanza nadie la vida eterna. Porque aquella siembra cosas torpes fingiéndolas de los dioses, esta las siega favoreciéndolas; aquella esparce mentiras, esta las recoge; aquella persigue las cosas divinas con falsos crímenes, esta abraza en las cosas divinas los juegos de esos crímenes; aquella resuena en los cantares de los hombres las nefandas ficciones sobre los dioses, esta las consagra en las festividades de los mismos dioses; aquella canta las maldades y torpezas de las deidades, esta las ama; aquella las descubre o las finge, mas esta o atestigua las verdaderas o se deleita también con las falsas. Ambas son torpes y ambas condenables; pero aquella que es teatral profesa la torpeza pública, y esta que es urbana se adorna con la torpeza de aquella. ¿Se esperará de aquí la vida eterna, de donde esta vida breve y temporal es contaminada? ¿O es que el consorcio de hombres nefarios contamina la vida si se

introducen en nuestros afectos y asentimientos, y no contamina la vida la sociedad de los demonios que son adorados con sus propios crímenes? Si son verdaderos, ¡qué malos son!; si son falsos, ¡qué mal se les adora!

3. Al decir nosotros estas cosas, tal vez le parezca a alguien demasiado ignorante de estas materias que solo se celebran como indignas de la majestad divina, y como ridículas y detestables, aquellas cosas que se cantan en los poemas poéticos y se representan habitualmente en los juegos escénicos; pero que aquellos ritos que no representan los histriones sino que realizan los sacerdotes, están purgados y ajenos de toda deshonra. Si esto fuera así, jamás nadie pensaría que las torpezas teatrales debían celebrarse en su honor, ni los mismos dioses mandarían jamás que se les exhibieran. Pero por eso no hay vergüenza alguna en realizar tales cosas en los teatros para obsequio de los dioses, porque cosas semejantes se realizan en los templos. Finalmente, cuando el mencionado autor intentaba distinguir la teología civil de la fabulosa y de la natural como una tercera de su género, quiso que se entendiera más bien como templada de ambas que como separada de ambas. Pues dice que las cosas que escriben los poetas son menos de lo que los pueblos deben seguir; mas las que escriben los filósofos son más de lo que conviene que el vulgo escudriñe. «Cosas que de tal modo discrepan —dice— que, sin embargo, no pocas han sido tomadas de ambos géneros para las razones civiles. Por lo cual, las cosas que son comunes con los poetas las escri-

biremos junto con las civiles, de entre las cuales debemos tener mayor sociedad con los filósofos que con los poetas». No dijo, pues, que no hubiera ninguna con los poetas. Y, sin embargo, en otro lugar dice que, sobre las generaciones de los dioses, los pueblos han estado más inclinados a los poetas que a los físicos. Aquí, en efecto, dijo lo que debe hacerse; allí, lo que se hace. Dijo que los físicos escribieron por causa de utilidad; los poetas, por deleite. Y por esto, las cosas que escritas por los poetas no deben seguir los pueblos, son los crímenes de los dioses; los cuales, sin embargo, deleitan tanto a los pueblos como a los dioses. Porque por causa del deleite, como él dice, escriben los poetas, no de la utilidad; pero escriben aquellas cosas que los dioses pretenden y los pueblos exhiben.

CAPÍTULO VII.

De la semejanza y concordia de la teología fabulosa y la civil.

1. Se reduce, pues, a la teología civil la teología fabulosa, teatral y escénica, llena de indignidad y torpeza; y todo esto, que se juzga merecidamente que debe ser culpado y rechazado, es parte de esta que se piensa que debe ser adorada y observada. No es, por cierto, una parte incongruente, como me propuse mostrar, y que, siendo ajena al cuerpo universal, esté inoportunamente conectada y suspendida de él, sino del todo consona y acoplada convenientísimamente como un miembro del mismo cuerpo. Pues ¿qué otra cosa muestran aquellos simulacros, formas, edades, sexos y há-

bitos de los dioses? ¿Acaso los poetas tienen a un Júpiter barbado y a un Mercurio imberbe, y los pontífices no los tienen? ¿Acaso los mimos hicieron enormes vergüenzas para Príapo, y no también los sacerdotes? ¿O es que está de otro modo para ser adorado en los lugares sagrados que como sale para ser objeto de risa en los teatros? ¿Acaso Saturno viejo y Apolo joven son de tal modo personajes de los histriones que no sean estatuas de los santuarios? ¿Por qué Fórculo, que preside las puertas, y Limentino, que preside el umbral, son dioses masculinos, y entre ellos está Cardea, mujer, que guarda el quicio? ¿No se encuentran estas cosas en los libros de las cosas divinas, las cuales los graves poetas juzgaron indignas de sus cantares? ¿Acaso la Diana teatral lleva armas, y la urbana es simplemente una virgen? ¿Acaso el Apolo escénico es citarista, y de este arte carece el Délfico? Pero estas cosas son más honestas en comparación con las más torpes. ¿Qué sintieron de Júpiter mismo aquellos que colocaron a su nodriza en el Capitolio? ¿No atestiguaron a favor de Evémero, el cual escribió que todos tales dioses no por garrulidad fabulosa, sino por diligencia histórica, fueron hombres y mortales? Los que constituyeron también a los dioses Epulones, parásitos de Júpiter, a su mesa, ¿qué otra cosa quisieron sino que los ritos fueran mímicos? Pues si un mimo hubiera dicho que los parásitos de Júpiter eran admitidos a su banquete, parecería ciertamente que buscaba la risa. Varrón lo dijo; no cuando se burlaba de los dioses, sino cuando los encomendaba, dijo esto:

los libros de las cosas divinas, no de las humanas, atestiguan que él escribió esto; ni donde exponía los juegos escénicos, sino donde manifestaba los derechos capitolinos. Finalmente, es vencido por tales cosas y confiesa que, así como hicieron a los dioses en forma humana, así creyeron que se deleitaban con los placeres humanos.

2. Pues tampoco los espíritus malignos faltaron a su negocio, para confirmar estas nocivas opiniones mediante la burla de las mentes humanas. De donde también procede aquello de que el sacristán de Hércules, ocioso y en día festivo, jugó a los dados consigo mismo, alternando cada mano, en una poniendo a Hércules y en la otra a sí mismo, bajo esta condición: que si él mismo vencía, se prepararía para sí una cena de la limosna del templo y contrataría a una amiga; mas si la victoria era de Hércules, exhibiría esto mismo de su propio dinero para el placer de Hércules. Después, cuando fue vencido por sí mismo como por Hércules, dio la cena debida y a la nobilísima meretriz Larentina al dios Hércules. Mas ella, habiendo dormido en el templo, vio en sueños que Hércules se había unido a ella y que le había dicho que, al salir de allí, al primer joven que encontrara, en él hallaría la recompensa que debía creer que le era pagada por Hércules. Y así, al marcharse, habiéndosele cruzado el primer joven, el riquísimo Tarucio, y habiéndola tenido consigo mucho tiempo como amada, este murió dejándola heredera. Ella, habiendo obtenido amplísimo dinero, para no parecer ingrata a la recompensa divina, lo que juzgó ser más aceptado por los

númenes, ella misma escribió como heredero al pueblo romano; y no apareciendo ella, se encontró el testamento, por cuyos méritos dicen que alcanzó incluso honores divinos.

3. Si los poetas fingieran estas cosas, si los mimos las representaran, se diría sin duda alguna que pertenecen a la teología fabulosa y se juzgaría que debían separarse de la dignidad de la teología civil. Pero cuando estas deshonras, no de los poetas sino de los pueblos, no de los mimos sino de los ritos sagrados, no de los teatros sino de los templos —esto es, no de la teología fabulosa sino de la civil—, son descubiertas por tan gran autor, no en vano los histriones fingen mediante artes lúdicas la torpeza de los dioses, la cual es tan grande, sino que claramente en vano los sacerdotes intentan fingir, como mediante ritos sagrados, la honestidad de los dioses, la cual es ninguna. Existen ritos sagrados de Juno, y estos se celebran en su querida isla de Samos, donde fue dada en matrimonio a Júpiter. Existen ritos sagrados de Ceres, donde se busca a Proserpina, raptada por Plutón. Existen ritos sagrados de Venus, donde se llora a su amado Adonis, joven hermosísimo muerto por el colmillo de un jabalí. Existen ritos sagrados de la Madre de los dioses, donde el bello adolescente Atis, amado por ella y castrado por celos femeninos, es deplorado también con la infelicidad de los hombres castrados a los que llaman Galos. Siendo estas cosas más deformes que toda fealdad escénica, ¿por qué se empeñan en separar, por decirlo así, las ficciones fabulosas de los poetas sobre los dioses, que

pertenecen por supuesto al teatro, de la teología civil, que quieren que pertenezca a la ciudad, como si fueran cosas indignas y torpes frente a las honestas y dignas? Así pues, más bien hay por qué dar gracias a los histriones, que perdonaron los ojos de los hombres y no desnudaron ante los espectáculos todas las cosas que se ocultan entre las paredes de los edificios sagrados. ¿Qué bien puede pensarse de sus ritos sagrados, que se cubren con las tinieblas, cuando son tan detestables los que se sacan a la luz? Y ciertamente, ellos verán qué hacen en oculto por medio de los castrados y afeminados; sin embargo, de ningún modo pudieron ocultar a ese mismos hombres infeliz y torpemente enervados y corrompidos. Persuadan a quien puedan de que realizan algo santo por medio de tales hombres; a los cuales no pueden negar que se cuentan y se hallan entre sus propias cosas santas. No sabemos qué hacen, pero sabemos por medio de qué clase de personas lo hacen. Pues conocemos qué cosas se hacen en la escena, donde nunca, ni siquiera en el coro de las meretrices, entró un castrado o un afeminado; y, sin embargo, incluso ellos mismos representan cosas torpes e infames, pues tampoco debieron ser representadas por personas honestas. ¿Qué ritos sagrados son, pues, aquellos para cuya realización eligió la santidad a tales personas, cuales ni la obscenidad de los tablados admite en sí?

CAPÍTULO VIII.

De las interpretaciones de las razones naturales que los doctores paganos intentan mostrar en favor de sus dioses.

1. Pero dicen que esas cosas tienen ciertas interpretaciones fisiológicas, como ellos dicen, es decir, de razones naturales. ¡Como si en esta disputa buscáramos la fisiología y no la teología!, es decir, la razón no de la naturaleza, sino de Dios. Pues aunque el que es el verdadero Dios lo sea no por opinión sino por naturaleza, no toda naturaleza, sin embargo, es dios; porque ciertamente existe la naturaleza del hombre, de la bestia, del árbol y de la piedra, y ninguna de estas cosas es Dios. Pero si en esta interpretación, cuando se trata de los ritos sagrados de la Madre de los dioses, el punto principal es ciertamente que la madre de los dioses es la tierra, ¿qué más buscamos?, ¿para qué escudriñamos lo demás? ¿Qué favorece más evidentemente a los que dicen que todos esos dioses fueron hombres? Pues como son nacidos de la tierra, así su madre es la tierra. Pero en la verdadera teología la tierra es obra de Dios, no madre. Sin embargo, de cualquier modo que se interpreten sus ritos y se refieran a la naturaleza de las cosas, el que los hombres sufran cosas mujeriles no es según la naturaleza, sino contra la naturaleza. Esta enfermedad, este crimen, esta deshonra tiene profesión entre aquellos ritos sagrados, lo cual en las viciosas costumbres de los hombres apenas tiene confesión entre tormentos. Además, si estos ritos sagrados, que resultan ser más feos que las torpezas escénicas, se excusan y purgan por el hecho de que tienen sus interpretaciones con las que se muestra que significan la naturaleza de las cosas, ¿por qué no se excusan y purgan también

del mismo modo las cosas poéticas? Pues muchos han interpretado también estas de la misma manera; hasta tal punto que aquello que dicen como muy monstruoso e infando, que Saturno devoró a sus hijos, algunos lo interpretan diciendo que la longitud del tiempo, significada por el nombre de Saturno, consume todo lo que engendra; o, como opina el mismo Varrón, que Saturno pertenece a las semillas, las cuales vuelven a caer en la tierra de donde nacen. Y otros de otro modo, y similarmente lo demás.

Y, sin embargo, se llama teología fabulosa, y con todas sus interpretaciones de este género es reprendida, rechazada y reprobada; y no solo se distingue como merecidamente repudiable frente a la natural, que es la de los filósofos, sino incluso frente a esta civil de que tratamos, la cual se afirma que pertenece a las ciudades y a los pueblos, por haber fingido cosas indignas sobre los dioses. Sin duda con este propósito: que, puesto que los hombres más agudos y doctos que escribieron estas cosas entendían que ambas debían ser reprobadas —a saber, tanto aquella fabulosa como esta civil—, pero osaban reprobar aquella y no osaban reprobar esta; propusieron aquella para ser culpada y expusieron esta como similar para ser comparada, no para que esta fuera elegida para ser mantenida por encima de aquella, sino para que se entendiera que debía ser rechazada junto con ella. Y así, sin peligro para aquellos que temían reprender la teología civil, despreciadas ambas, aquella que llaman natural encontrara lugar en los ánimos mejores. Pues

tanto la civil como la fabulosa, ambas son fabulosas y ambas son civiles: encontrará a ambas fabulosas quien inspeccione prudentemente las vanidades y obscenidades de ambas; y a ambas civiles quien advierta los juegos escénicos pertenecientes a la fabulosa en las festividades de los dioses civiles y en las cosas divinas de las ciudades. ¿Cómo, pues, se atribuye la potestad de dar la vida eterna a alguno de estos dioses, a quienes sus propios simulacros y ritos convencen —estando reprobados muy abiertamente los dioses fabulosos— de ser muy semejantes en formas, edades, sexo, hábito, matrimonios, generaciones y ritos? En todo lo cual, o se entiende que fueron hombres, y que se constituyeron para ellos ritos y solemnidades según la vida o muerte de cada uno, insinuando y confirmando este error los demonios; o ciertamente, por cualquier ocasión, los espíritus inmundísimos se infiltraron para engañar las mentes humanas.

CAPÍTULO IX.

De los oficios de cada uno de los dioses.

1. ¿Qué decir de los mismos oficios de las deidades, tan vil y minuciosamente divididos, por lo cual dicen que conviene suplicarles según el don propio de cada uno —de los cuales ya hemos dicho muchas cosas, aunque no todas—? ¿Acaso no concuerdan más con la escurrilidad mímica que con la dignidad divina? Si alguien empleara dos nodrizas para un niño, de las cuales una no le diera sino comida y la otra no le diera sino

bebida, como estos han empleado para esto a dos diosas, Educa y Potina, ciertamente parecería que desvariaba y que representaba algo parecido a un mimo en su propia casa. Quieren que Líber se llame así por el libramiento (liberamento), porque los varones en el coito son librados por su beneficio de las semillas emitidas; que Líbera hace esto mismo en las mujeres, a la cual también consideran que es Venus, porque sostienen que también ellas emiten semillas; y por esto se coloca en el templo para Líber la misma parte viril del cuerpo, y la femenina para Líbera. A esto añaden mujeres atribuidas a Líber y el vino para incitar la libido. Así se celebraban las Bacanales con suma locura. Donde el mismo Varrón confiesa que tales cosas no podrían ser hechas por las Bacantes si no tuvieran la mente perturbada. Sin embargo, estas cosas desagradaron después al Senado más sano y ordenó que fueran suprimidas. Al menos aquí, por fin, tal vez sintieron lo que pueden los espíritus inmundos en las mentes de los hombres mientras son tenidos por dioses. Estas cosas ciertamente no se harían en los teatros. Allí, en efecto, juegan, no deliran; aunque tener dioses que se deleiten incluso con tales juegos es algo parecido al delirio.

¿Y qué tal es aquello de que, al distinguir al religioso del supersticioso con esa distinción de decir que el supersticioso teme a los dioses, mientras que el religioso solo los venera como a padres y no los teme como a enemigos, y decir que todos son tan buenos que es más fácil para ellos perdonar a los nocivos que dañar a ningún inocente,

sin embargo, conmemora que a la mujer parida, después del parto, se le aplican tres dioses custodios para que el dios Silvano no entre por la noche y la veje; y que, para significar a esos custodios, tres hombres rodean de noche los umbrales de la casa, y primero golpean el unbral con un hacha, después con un mazo y en tercer lugar barren con escobas, para que, dados estos signos de cultura, se prohíba entrar al dios Silvano; porque ni los árboles se cortan y podan sin hierro, ni el trigo se machaca sin mazo, ni los frutos se amontonan sin escobas; y de estas tres cosas se nombraron tres dioses: Intercidona, por la intercisión del hacha; Pilumno, por el mazo; Deverra, por las escobas, ¿con qué dioses custodios se conservaría a la parida contra la fuerza del dios Silvano? ¿Así que contra la saña de un dios nocivo no valdría la custodia de los buenos si no fueran más contra uno, y no se opusieran a él —por ser áspero, horrendo e inculto, como silvestre— mediante los signos de la cultura como si fueran contrarios? ¿Es esa, pues, la inocencia de los dioses?, ¿es esa su concordia? ¿Son estos los númenes saludables de las ciudades, más dignos de risa que las burlas de los teatros?

3. Cuando se unen el varón y la hembra, se emplea al dios Jugatino: sea esto tolerable. Pero la que se casa debe ser llevada a casa, y se emplea también al dios Domiduco; para que esté en casa, se emplea al dios Domicio; para que permanezca con el marido, se añade la diosa Manturna. ¿Qué más se busca? Perdónese la vergüenza humana: realice lo demás la concupiscencia de la carne y

de la sangre, una vez procurado el secreto del pudor. ¿Por qué se llena el dormitorio con una turba de númenes, cuando incluso los paraninfos se retiran de allí? Y se llena para esto, no para que el pensamiento de su presencia sea un mayor cuidado para la pudicicia, sino para que a las hembras, débiles por su sexo y temerosas por la novedad, se les quite la virginidad sin ninguna dificultad colaborando ellos: pues asiste la diosa Virginiensis, y el dios padre Subigus, y la diosa madre Prema, y la diosa Pertunda, y Venus, y Príapo. ¿Qué es esto? Si era del todo necesario que el hombre que trabaja en esa obra fuera ayudado por los dioses, ¿no bastaría alguno o alguna sola? ¿Acaso Venus sola sería poco, la cual por esto también se dice que es llamada así, porque sin su fuerza la hembra no deja de ser virgen? Si hay algún pudor en los hombres, que no hay en los númenes, ¿no es verdad que cuando los casados creen que tantos dioses de ambos sexos están presentes e instantes en esta obra, se ven afectados de tal modo por la vergüenza que él se mueve menos y ella se resiste más? Y ciertamente, si asiste la diosa Virginiensis para que se desate el ceñidor a la virgen; si asiste el dios Subigus para que sea sometida al varón; si asiste la diosa Prema para que, una vez sometida, para que no se mueva, sea comprimida; la diosa Pertunda ¿qué hace allí? Avergüéncese, sálgase fuera: haga algo también el marido. Es muy deshonesto que lo que ella se llama lo realice nadie sino él. Pero tal vez por eso se tolera, porque se dice que es diosa y no dios. Pues si se creyera que era macho y se llamara

Pertundus, más pediría el marido auxilio contra él por la pudicicia de su mujer que la parida contra Silvano. Pero ¿por qué digo esto, estando allí también Príapo, excesivamente macho, sobre cuyo inmensísimo y torpísimo fascinio se mandaba sentar a la recién casada, según la costumbre honestísima y religiosísima de las matronas?

4. Vayan todavía e intenten discernir con la sutileza que puedan la teología civil de la teología fabulosa, las ciudades de los teatros, los templos de las escenas, los ritos sagrados de los pontífices de los cantares de los poetas, como cosas honestas de las torpes, veraces de las falaces, graves de las ligeras, serias de las lúdicas, deseables de las rechazables. Entendemos qué hacen: supieron que aquella teología teatral y fabulosa dependía de esta civil, y que de los cantares de los poetas resultaba como de un espejo para ella; y por eso, expuesta esta que no osan condenar, arguyen y reprenden más libremente aquella imagen suya, para que quienes reconozcan lo que quieren, detesten incluso esta misma cara de la cual aquella es imagen; la cual, sin embargo, los mismos dioses, mirándose en ella como en el mismo espejo, la aman de tal modo que mejor se ve quiénes y cuáles son en ambas. De donde también obligaron a sus cultivadores con terribles mandatos a que les dedicaran la inmundicia de la teología fabulosa, la pusieran en sus solemnidades y la tuvieran en sus cosas divinas; y así enseñaron más manifiestamente que ellos mismos son espíritus inmundísimos, e hicieron de aquella teología teatral, desechada y reprobada, un miembro y parte

de esta teología urbana como si fuera elegida y aprobada; de modo que, siendo toda ella torpe y falaz y conteniendo en sí dioses fingidos, una parte de ella esté en las letras de los sacerdotes y la otra en los cantares de los poetas. Si tiene también otras partes, es otra cuestión; ahora, por la división de Varrón, creo haber mostrado suficientemente que tanto la teología urbana como la teatral pertenecen a una sola civil. Por lo cual, siendo ambas de similar torpeza, absurdidad, indignidad y falsedad, lejos de los hombres religiosos que se espere la vida eterna ni de la una ni de la otra.

5. Finalmente, también el propio Varrón comenzó a conmemorar y enumerar a los dioses desde la concepción del hombre, cuyo número inició desde Jano; y llevó esa serie hasta la muerte del hombre decrépito, y cerró los dioses pertenecientes al hombre mismo en la diosa Nenia, que se canta en los funerales de los ancianos. Después comenzó a mostrar otros dioses que pertenecían no al hombre mismo, sino a las cosas que son del hombre, como es el sustento, el vestido y cualquier otra cosa necesaria para esta vida; mostrando en todas cuál es el oficio de cada uno y por qué cosa se debe suplicar a cada uno. En toda esta diligencia no mostró ni nombró a ningún dios a quien se deba pedir la vida eterna, por la cual única somos propiamente cristianos. ¿Quién, pues, será tan tardo que no entienda que este hombre, exponiendo y abriendo tan diligentemente la teología civil, y demostrando que es semejante a aquella fabulosa, indigna y vergon-

zosa, y enseñando con bastante evidencia que la misma fabulosa es parte de esta, no pretende sino preparar lugar en los ánimos de los hombres para aquella natural que dice pertenecer a los filósofos, con esa sutileza de reprender la fabulosa, mientras que no osa reprender la civil, pero mostrándola como reprensible al descubrirla, para que así, reprobadas ambas por el juicio de los que rectamente entienden, solo quede para ser elegida la natural? Sobre la cual se ha de disertar más diligentemente en su lugar con la ayuda del verdadero Dios.

CAPÍTULO X.

De la libertad de Séneca, que reprendió más vehementemente la teología civil que Varrón la fabulosa.

1. Ciertamente la libertad que faltó a este para no osar reprender abiertamente esta teología urbana, muy semejante a la teatral, como reprendió aquella, no faltó del todo —sino en alguna parte — a Anneo Séneca, de quien por algunos indicios hemos hallado que floreció en los tiempos de nuestros Apóstoles. Pues le asistió al escribir, pero le faltó al vivir. Porque en aquel libro que compuso contra las supersticiones, reprendió él mismo mucho más copiosa y vehementemente esta teología civil y urbana que Varrón la teatral y fabulosa. Pues al tratar de los simulacros, dice: «Dedican a seres sagrados, inmortales e inviolables en una materia vilísima e inmóvil; les ponen hábitos de hombres, de fieras y de peces, y algunos incluso de sexo mixto y cuerpos diversos; los

llaman númenes, los cuales, si recibieran espíritu y se nos cruzaran de pronto, serían tenidos por monstruos». Después, un poco más adelante, predicando la teología natural y habiendo expuesto las sentencias de ciertos filósofos, se propuso a sí mismo una cuestión y dice: «En este lugar dice alguno: ¿creeré yo que el cielo y la tierra son dioses, y unos sobre la luna y otros debajo de ella? ¿Soportaré yo a Platón o al peripatético Estratón, de los cuales uno hizo a un dios sin cuerpo y el otro sin alma?». Y respondiendo a esto: «¿Qué pues, por fin —dice—, te parecen más verdaderos los sueños de T. Tacio, o de Rómulo, o de Tulio Hostilio? Tacio dedicó a la diosa Cloacina; Rómulo a Pico y a Tiberino; Hostilio al Pavor y a la Palidez, tristísimos afectos de los hombres, de los cuales uno es el movimiento de la mente aterrada y el otro del cuerpo, y ni siquiera es enfermedad sino un color. ¿Creerás más bien en estos númenes y los recibirás en el cielo?». Sobre los mismos ritos cruelmente torpes, ¡con qué libertad escribió! «Aquel —dice— se amputa sus partes viriles, aquel se corta los brazos. ¿Dónde temen a los dioses airados quienes así merecen a los propicios? Los dioses no deben ser adorados de ningún género si también quieren esto. Tan grande es el furor de la mente perturbada y expulsada de sus sedes, que de tal modo se aplaca a los dioses como ni siquiera se ensañan los hombres más crueles y de una crueldad transmitida en las fábulas. Los tiranos laceraron los miembros de algunos, pero a nadie mandaron lacerar los suyos. Para el placer de la libido real algunos

fueron castrados, pero nadie se puso las manos sobre sí mismo para dejar de ser hombre por mandato del dueño. Se degüellan a sí mismos en los templos, suplican con sus heridas y su sangre. Si alguien tuviera tiempo de mirar lo que hacen y lo que padecen, hallaría cosas tan indecorosas para personas honestas, tan indignas de hombres libres, tan disímiles de personas sanas, que nadie dudaría de que estaban locos si lo estuvieran con unos pocos; ahora el patrocinio de la sanidad es la turba de los que deliran».

2. Ya aquellas cosas que conmemora que suelen hacerse en el mismo Capitolio, y que refuta con total intrepidez, ¿quién creerá que se hacen sino por quienes se burlan o deliran? Pues habiéndose burlado de que en los ritos egipcios se llora a Osiris como perdido y luego, hallado, se celebra con gran gozo —siendo fingida su pérdida y su hallazgo, aunque aquel dolor y alegría sean expresados verazmente por quienes nada perdieron ni nada hallaron—, dice: «Sin embargo, para este furor hay un tiempo cierto. Es tolerable estar loco una vez al año. Ve al Capitolio: te avergonzará la demencia hecha pública, lo que un vano furor se atribuye como oficio. Uno sugiere nombres al dios, otro anuncia las horas a Júpiter; otro es lictor, otro unctor, que con un vano movimiento de los brazos imita al que unge. Hay mujeres que arreglan el cabello a Juno y Minerva; lejos del templo, no solo del simulacro, mueven los dedos a modo de las que adornan. Hay quienes sostienen el espejo; hay quienes llaman a los dioses para sus fianzas; hay quienes ofrecen libelos y les

explican su causa. Un docto archimimo, anciano ya decrépito, representaba diariamente un mimo en el Capitolio, como si los dioses miraran con gusto al que aquellos hombres ya habían dejado de mirar. Todo tipo de artesanos allí se sientan ociosos para los dioses inmortales». Y poco después: «Estos, sin embargo —dice—, aunque prometen un uso superfluo, no lo prometen torpe ni infame para el dios. Se sientan algunas en el Capitolio que piensan que son amadas por Júpiter; ni siquiera se aterran por el respeto a Juno, la más iracunda si quieres creer a los poetas».

3. Esta libertad no la tuvo Varrón: solo se atrevió a confesar respecto a la teología fabulosa; pero sobre la civil, que este [Séneca] derribó, guardó silencio. Pero si atendemos a la verdad, más gravemente delinquieron aquellas cosas a las que Séneca adscribe esto, que aquellas a las que los juegos teatrales achacan torpeza al dios. Pues en aquellas, es decir, en las fabulosas, los poetas fingen las torpezas de los númenes; pero en estas civiles, ellos mismos exhiben cosas más torpes a los númenes. Los poetas fingen por juego a Júpiter adúltero; pero quienes lo adoran, lo exhiben como adúltero en el mismo Capitolio, en las escenas de los juegos del mismo Capitolio. Y el mismo Séneca dice: «Se sientan algunas en el Capitolio que piensan que son amadas por Júpiter; ni siquiera se aterran por el respeto a Juno». En las escenas están las cosas fabulosas, en el Capitolio las civiles; en las escenas las fingidas, en el Capitolio las reales. ¿Por qué, pues, Júpiter es allí más adúltero que en el Capitolio, donde es tenido

por adúltero por quienes lo adoran? Y en los ritos de Egipto donde no los poetas, sino los mismos adoradores fingen la pérdida y el hallazgo de Osiris, allí no son juegos, sino ritos sagrados. Pero allí —dice— no son cosas torpes, sino superfluas. ¿Y qué es, te ruego, lo superfluo en una cosa divina sino lo que es sumamente vano y estúpido, es decir, vanísimo? ¿Y qué otra cosa es la vanidad sino lo que es contrario a la verdad? Pero Séneca añade: «Estos, sin embargo, aunque prometen un uso superfluo, no lo prometen torpe ni infame para el dios».

CAPÍTULO XI.

Qué sintió Séneca de los judíos.

Aquí, entre otras supersticiones de la teología civil, reprendió también los sacramentos de los judíos, y especialmente los sábados; afirmando que obran inútilmente, porque a través de cada uno de esos siete días interpuestos, pierden casi la séptima parte de su edad estando ociosos, y son perjudicados al no realizar muchas cosas urgentes a su tiempo. Sin embargo, a los cristianos, ya entonces muy enemigos de los judíos, no se atrevió a mencionarlos en ningún sentido, para no alabarlos contra la antigua costumbre de su patria, ni reprenderlos contra su propia voluntad, tal vez. Al hablar de aquellos judíos, ciertamente, dice: «Mientras tanto, hasta tal punto ha prevalecido la costumbre de una nación esceleratísima, que ya es recibida por todas las tierras: los vencidos dieron leyes a los vencedores». Se maravilla-

ba al decir estas cosas e, ignorando qué se estaba tratando divinamente, añadió claramente una sentencia con la que significara qué sentía sobre la razón de sus sacramentos. Dice, pues: «Ellos, sin embargo, conocen las causas de su rito; la mayor parte del pueblo hace lo que ignora por qué lo hace». Pero sobre los sacramentos de los judíos, o por qué, o hasta qué punto fueron instituidos por la autoridad divina, y después quitados por la misma autoridad en el tiempo en que convino por el pueblo de Dios, al cual ha sido revelado el misterio de la vida eterna, ya hemos dicho en otra parte, especialmente cuando tratamos contra los maniqueos, y se ha de decir en este mismo libro en un lugar más oportuno.

CAPÍTULO XII.

Que detectada la vanidad de los dioses de los gentiles, no puede dudarse de que no pueden prestar la vida eterna a nadie, quienes ni siquiera ayudan a la temporal misma.

Ahora bien, por causa de las tres teologías, que los griegos llaman *mythice*, *physice*, *politice*, y en latín pueden llamarse fabulosa, natural y civil; que no se ha de esperar la vida eterna ni de la fabulosa —la cual incluso los mismos adoradores de muchos y falsos dioses reprendieron con total libertad—, ni de la civil —de la cual se convence que aquella es parte, y esta se halla muy semejante a ella o incluso peor—; si a alguien no le bastan las cosas que se han dicho en este volumen, añada también aquellas que en los libros anteriores, y especialmente en el cuarto, se disputaron larga-

mente sobre Dios, dador de la felicidad. Pues, ¿a qué única cosa sino a la felicidad, por causa de la vida eterna, tendrían los hombres que consagrarse, si la felicidad fuera una diosa? Pero porque no es diosa, sino un don de Dios, ¿a qué Dios sino al dador de la felicidad debemos consagrarnos nosotros, que amamos con piadosa caridad la vida eterna, donde está la verdadera y plena felicidad? Pero que ninguno de estos dioses, que son adorados con tanta torpeza y que, si no son adorados así, se airan mucho más torpemente —y por esto se confiesan espíritus inmundísimos— sea dador de la felicidad, pienso que, por lo que se ha dicho, nadie debe dudar. Además, quien no da la felicidad, ¿cómo podría dar la vida eterna? Precisamente llamamos vida eterna a aquella donde hay felicidad sin fin. Pues si el alma vive en penas eternas, en las cuales también los mismos espíritus inmundos serán atormentados, aquella es más bien muerte eterna que vida. No hay, ciertamente, muerte mayor ni peor que donde la muerte no muere. Pero como la naturaleza del alma, por el hecho de haber sido creada inmortal, no puede estar sin algún tipo de vida, su muerte suprema es la alienación de la vida de Dios en la eternidad del suplicio. Por tanto, solo da la vida eterna —esto es, feliz sin fin alguno— aquel que da la verdadera felicidad. La cual, puesto que se ha demostrado que no pueden darla aquellos a quienes adora esta teología civil, no deben ser adorados; no solo por estas cosas temporales y terrenas, como mostramos en los cinco libros anteriores, sino mucho más por la vida eterna que

ha de venir tras la muerte, como hemos tratado en este único volumen incluso con la cooperación de aquellos. Pero como la fuerza de la costumbre inveterada tiene raíces demasiado profundas, si a alguien le parezco haber disputado poco sobre que esta teología civil debe ser rechazada y evitada, ponga su atención en otro volumen, que, con el auxilio de Dios, se ha de unir a este.

LIBRO SÉPTIMO.

De los dioses selectos de la teología civil, Jano, Júpiter, Saturno y los demás, que ni por su culto se llega a la felicidad de la vida eterna.

PREFACIO.

A mí, que con más diligencia intento arrancar y extirpar las depravadas y antiguas opiniones, enemigas de la verdad de la piedad, que el largo error del género humano ha fijado profunda y tenazmente en las mentes tenebrosas, y que según mi pequeña medida coopero en su auxilio con aquella gracia de quien, como Dios verdadero, puede hacer esto, los ingenios más rápidos y mejores —para quienes los libros anteriores bastan y sobran para este asunto— deberán soportarme con paciencia y ecuanimidad; y por causa de otros, no pensar que es superfluo lo que ellos ya sienten que no les es necesario. Se trata de un asunto muy grande cuando se predica que la verdadera y verdaderamente santa divinidad —aunque de ella se nos proporcionen también los subsidios necesarios para esta fragilidad que ahora llevamos— debe ser buscada y adorada no por el vapor transitorio de la vida mortal, sino por la vida bienaventurada, que no es sino eterna.

CAPÍTULO PRIMERO.

Si, habiendo quedado establecido que la divinidad no está en la teología civil, debe creerse que puede hallarse en los dioses selectos.

Esta divinidad o, por así decirlo, deidad —pues a los nuestros ya no les pesa usar también esta palabra para traducir más expresivamente del griego lo que ellos llaman *theoteta*—; que esta divinidad, pues, o deidad no está en esa teología que llaman civil, la cual fue explicada por Marco Varrón en dieciséis volúmenes —esto es, que no se llega a la felicidad de la vida eterna por el culto de tales dioses, según han sido instituidos por las ciudades y del modo en que deben ser adorados—, a quien aún no ha persuadido el libro sexto que terminamos recientemente, cuando lea este tal vez, no tendrá nada más que desear para resolver esta cuestión. Pues puede ser que alguien opine que, al menos, los dioses selectos y principales que Varrón incluyó en el último volumen, de los cuales hemos dicho poco, deben ser adorados por la vida bienaventurada, que no es sino eterna. En este asunto no digo lo que Tertuliano dijo, quizá más ingeniosamente que con verdad: *Si los dioses se seleccionan como las cebollas, ciertamente los demás se juzgan reprobados*. No digo esto, pues veo que incluso de los seleccionados se seleccionan algunos para algo mayor y más excelente; como en la milicia, cuando se eligen reclutas, de estos también se eligen algunos para alguna obra de armas mayor. Y cuando se eligen en la Iglesia a quienes han de

ser puestos al frente, no por ello se reprueba a los demás, siendo que todos los buenos fieles son llamados merecidamente elegidos. Se eligen las piedras angulares en un edificio, sin reprobar las demás, que se destinan a otras partes de la estructura. Se eligen uvas para comer, y no se reprueban las otras que dejamos para beber. No es necesario recorrer muchas cosas, pues el asunto está a la vista. Por lo cual, no por el hecho de que ciertos dioses sean seleccionados de entre muchos, debe vituperarse ni al que escribió, ni a sus adoradores, ni a los dioses mismos; sino que más bien se ha de advertir quiénes son estos y para qué asunto parecen ser seleccionados.

CAPÍTULO II.

Quiénes son los dioses selectos, y si se consideran exceptuados de los oficios de los dioses más viles.

Ciertamente, Varrón recomienda estos dioses selectos en el contexto de un solo libro: Jano, Júpiter, Saturno, Genio, Mercurio, Apolo, Marte, Vulcano, Neptuno, Sol, Orco, Líber padre, Telus, Ceres, Juno, Luna, Diana, Minerva, Venus, Vesta; entre estos casi veinte, doce son varones y ocho son mujeres. ¿Se llaman estos númenes selectos por causa de mayores administraciones en el mundo, o porque llegaron a ser más conocidos por los pueblos y se les tributó un culto mayor? Si es por esto, porque por ellos se administran obras mayores en el mundo, no debimos haberlos encontrado entre aquella multitud casi plebeya de númenes destinados a menudas y pequeñas

obras. Pues el mismo Jano, primero, cuando se concibe el parto —de donde todas aquellas obras toman su comienzo, distribuidas minuciosamente a númenes menudos— abre el acceso para recibir la semilla; allí está también Saturno por causa de la misma semilla; allí Líber, que libera al varón al derramarse la semilla; allí Líbera, que también quieren que sea Venus, la cual confiera este mismo beneficio a la mujer para que también ella sea liberada al emitirse la semilla. Todos estos son de los que se llaman selectos. Pero allí está también la diosa Mena, que preside los flujos menstruales, aunque hija de Júpiter, sin embargo ignoble. Y esta provincia de los flujos menstruales el mismo autor la asigna a la misma Juno en el libro de los dioses selectos, quien entre los dioses selectos es también reina; y aquí como Juno Lucina, con la misma Mena, su hijastra, preside la misma sangre. Allí están también dos, no sé quiénes oscurísimos, Vitumno y Sentino, de los cuales uno otorga la vida y el otro los sentidos al parto. Y sin duda prestan mucho más, siendo sumamente ignobles, que todos aquellos próceres y selectos. Pues ciertamente, sin vida y sentido, ¿qué es todo aquello que se gesta en el útero femenino sino no sé qué cosa abyectísima comparable al limo y al polvo?

CAPÍTULO III.

Cómo no puede mostrarse ninguna razón sobre la selección de ciertos dioses, puesto que se asigna una administración más excelente a muchos inferiores.

1. ¿Qué causa, pues, obligó a tantos dioses selectos a estas obras mínimas, donde son superados en el reparto de esta munificencia por Vitumno y Sentino, a quienes oculta una fama oscura? Pues el selecto Jano proporciona el acceso y como una puerta a la semilla; el selecto Saturno proporciona la semilla misma; el selecto Líber proporciona la emisión de la misma semilla a los varones; Líbera —que es Ceres o Venus— proporciona esto mismo a las mujeres; la selecta Juno, y ella no sola, sino con Mena, hija de Júpiter, proporciona los flujos menstruales para el crecimiento de lo que ha sido concebido; y el oscuro e ignoble Vitumno proporciona la vida; el oscuro e ignoble Sentino proporciona el sentido: estas dos cosas son tanto más excelentes que aquellas cuanto ellas mismas son superadas por el intelecto y la razón. Pues así como las cosas que razonan y entienden son ciertamente mejores que estas que viven y sienten sin intelecto ni razón, como el ganado, así también aquellas cosas que están dotadas de vida y sentido son preferidas merecidamente a estas que ni viven ni sienten. Entre los dioses selectos, por tanto, debieron ser tenidos más bien Vitumno, el vivificador, y Sentino, el sensificador, que Jano, el admisor de la semilla, y Saturno, el dador o sembrador de la semilla, y Líber y Líbera, los promotores o emisores de las semillas; semillas en las que es indigno pensar si no han de llegar a la vida y al sentido. Estos dones selectos no son dados por los dioses selectos, sino por ciertos desconocidos y descuidados frente a la dignidad de aquellos. Pero si se responde que

Jano tiene la potestad de todos los inicios y que, por tanto, no sin razón se le atribuye también lo que se abre a la concepción; y Saturno la de todas las semillas y que, por tanto, tampoco la siembra del hombre puede separarse de su operación; Líber y Líbera la de todas las semillas que han de emitirse y que, por tanto, también presiden estas cosas que pertenecen a la sustitución de los hombres; Juno la de todas las cosas que han de purificarse y parirse y que, por tanto, ella no falta a las purificaciones de las mujeres y a los partos de los hombres: busquen qué responder sobre Vitumno y Sentino, si es que quieren que ellos también tengan la potestad de todas las cosas que viven y sienten. Si lo conceden, adviertan cuán más sublimemente los han de colocar. Pues nacer de semillas es en la tierra y de la tierra; pero vivir y sentir opinan que lo hacen incluso los dioses siderales. Pero si dicen que estas cosas solo fueron atribuidas a Vitumno y Sentino, las cuales viven en la carne y se auxilian de los sentidos; ¿por qué aquel dios que hace que todas las cosas vivan y sientan no proporciona también vida y sentido a la carne, atribuyendo este don también a los partos mediante una obra universal? ¿Y qué necesidad hay de Vitumno y Sentino? Pero si por aquel que preside universalmente la vida y los sentidos, estas cosas carnales, como extremas e ínfimas, fueron encomendadas a estos como a servidores; ¿acaso están aquellos selectos tan desprovistos de familia que no hallaron a quiénes encomendar ellos también estas cosas, sino que con toda su nobleza, por la que parecieron dignos de ser

seleccionados, se vieron obligados a trabajar con los ignobles? Juno, selecta y reina, y hermana y esposa de Júpiter, es sin embargo Iterduca para los niños, y trabaja con las diosas ignobilísimas Abeona y Adeona. Pusieron allí también a la diosa Mente, que proporcione buena mente a los niños, y esta no se pone entre los selectos, como si algo mayor pudiera otorgarse al hombre; pero se pone a Juno porque es Iterduca y Domiduca, como si de algo aprovechara emprender el camino y ser llevado a casa si la mente no es buena; don cuya diosa estos selectores no pusieron en absoluto entre los númenes selectos. La cual ciertamente debió ser preferida incluso a Minerva, a quien atribuyeron la memoria de los niños mediante estas obras menudas. ¿Quién dudaría de que es mucho mejor tener una buena mente que una memoria por inmensa que sea? Pues nadie es malo si tiene una buena mente; pero algunos son pésimos con una memoria admirable, tanto peores cuanto menos pueden olvidar lo que piensan mal. Y, sin embargo, Minerva está entre los dioses selectos; pero a la diosa Mente la cubrió la turba vil. ¿Qué diré de la Virtud? ¿Qué de la Felicidad? sobre las cuales ya dijimos muchas cosas en el libro cuarto; a las cuales, teniéndolas por diosas, no quisieron darles ningún lugar entre los dioses selectos, donde se lo dieron a Marte y al Orco, uno efector de muertes y el otro receptor.

2. Puesto que, por tanto, en estas obras menudas, que están distribuidas minuciosamente entre muchos dioses, vemos que incluso los mismos selectos trabajan por igual como un senado con

la plebe; y hallamos que por ciertos dioses, que de ningún modo se pensó que debían ser seleccionados, se administran cosas mucho mayores y mejores que por aquellos que se llaman selectos: resta arbitrar que no por administraciones más excelentes en el mundo, sino porque les sucedió el ser más conocidos por los pueblos, fueron llamados selectos y principales. Por lo cual dice también el mismo Varrón que a ciertos dioses padres y diosas madres, al igual que a los hombres, les había sobrevenido la ignobilidad. Si, pues, la Felicidad tal vez no debió estar entre los dioses selectos por esto, porque aquellos llegaron a esa nobleza no por mérito, sino por azar; al menos entre ellos, o más bien por delante de ellos, se pondría a la Fortuna, de quien dicen que es una diosa que confiere sus propios dones a cada uno no por una disposición razonable, sino según suceda temerariamente. Esta debió ocupar la cima entre los dioses selectos, en quienes mostró especialmente qué podía hacer: cuando los vemos seleccionados no por una virtud destacada, ni por una felicidad razonable, sino por la potestad temeraria de la Fortuna, según sienten sus adoradores sobre ella. Pues también el elocuentísimo Salustio atendió tal vez a los mismos dioses cuando dijo: «Pero ciertamente la Fortuna domina en toda cosa; ella celebra y oscurece todas las cosas más por capricho que por la verdad». Pues no pueden hallar causa por la que Venus fuera celebrada y la Virtud fuera oscurecida, siendo que los númenes de ambas fueron consagrados por aquellos y no se han de comparar sus méritos. O

si mereció ser ennoblecido lo que más personas apetecen —pues más apetecen a Venus que a la Virtud—, ¿por qué fue celebrada la diosa Minerva y oscurecida la diosa Pecunia? siendo que en el género humano la avaricia atrae a más que la pericia; y en aquellos mismos que son hábiles, rara vez hallarás a un hombre que no tenga su arte a la venta por una recompensa pecuniaria; y siempre se valora más aquello por lo que se hace algo que lo que se hace por otra cosa. Si, pues, esta selección de dioses se hizo por el juicio de la muchedumbre insipiente, ¿por qué la diosa Pecunia no fue preferida a Minerva, siendo que por la pecunia hay muchos artífices? Pero si esa distinción es de unos pocos sabios, ¿por qué no fue preferida la Virtud a Venus, cuando la razón la prefiere con mucho? Al menos ciertamente, como dije, la misma Fortuna —la cual, como piensan quienes más le atribuyen, domina en toda cosa y celebra y oscurece todas las cosas más por capricho que por la verdad—, si tanto valió también en los dioses que por su propio juicio temerario celebrara a quienes quisiera y oscureciera a quienes quisiera, tendría un lugar principal entre los selectos, ella que es de tan principal potestad incluso en los mismos dioses. ¿O es que para no poder estar allí, se ha de pensar que la misma Fortuna no tuvo otra cosa sino una fortuna adversa? Se fue, pues, adversa a sí misma ella que, haciendo nobles a otros, no fue ennoblecida.

CAPÍTULO IV.

Que se trató mejor a los dioses inferiores, que no son infamados por ningún oprobio, que a los selectos, cuyas tan grandes torpezas se celebran.

Cualquier pretendiente de nobleza y celebridad felicitaría a estos dioses selectos y los llamaría afortunados, si no viera que han sido seleccionados más para las injurias que para los honores. Pues a aquella turba ínfima la cubrió su propia ignobilidad para no ser abrumada con oprobios. Reímos, ciertamente, cuando los vemos distribuidos en sus tareas repartidas por las ficciones de las opiniones humanas, como si fueran pequeños recaudadores de impuestos o como artesanos en la calle de la platería, donde un solo vaso, para que salga perfecto, pasa por muchos artífices, cuando podría ser terminado por uno solo que fuera perfecto. Pero no se pensó que de otro modo se debiera proveer a la multitud de los trabajadores, sino que cada uno aprendiera rápida y fácilmente cada una de las partes del arte, para que no todos se vieran obligados a ser perfectos en un solo arte con lentitud y dificultad. Sin embargo, apenas se halla alguno de los dioses no selectos que haya atraído una fama infame por algún crimen; pero apenas hay alguno de los selectos que no haya recibido sobre sí una nota de insigne contumelia. Aquellos descendieron a las humildes obras de estos; estos no llegaron a los sublimes crímenes de aquellos. Sobre Jano, por cierto, no se me ocurre fácilmente nada que pertenezca al oprobio; y tal vez fuera tal que vivió más inocentemente y más alejado de facinerosos y flagiciosos actos. Recibió benignamente

a Saturno cuando huía; repartió el reino con su huésped, de modo que incluso fundaron sendas ciudades: este el Janículo, aquel Saturnia. Pero estos pretendientes de todo deshonor en el culto de los dioses, al encontrar su vida menos torpe, lo afearon con la monstruosa deformidad de un simulacro, haciéndolo ahora bifronte, ahora incluso cuadrifronte, como si fuera gemelo. ¿O tal vez quisieron que, puesto que muchísimos dioses selectos habían perdido la frente al perpetrar cosas vergonzosas, cuanto más inocente fuera este, tanto más "frontudo" apareciera?

CAPÍTULO V.

De la doctrina más secreta de los paganos y de sus razones físicas.

Pero escuchemos más bien sus propias interpretaciones físicas, con las que intentan dar color a la torpeza de su misérrimo error, como bajo la apariencia de una doctrina más elevada. Primero, Varrón recomienda estas interpretaciones de tal modo que dice que los antiguos fingieron los simulacros de los dioses y sus insignias y ornamentos; para que, cuando hubieran observado con los ojos estas cosas quienes hubieran accedido a los misterios de la doctrina, pudieran ver con el ánimo el alma del mundo y sus partes, es decir, a los dioses verdaderos: de los cuales, los que hicieron simulacros con apariencia de hombre, parece que siguieron el hecho de que el ánimo de los mortales, que está en el cuerpo humano, es muy semejante al ánimo inmortal: como si se pusieran vasi-

jas con el fin de señalar a los dioses, y en el templo de Líber se colocara una orza, que significara el vino por aquello que contiene a lo contenido: así, por el simulacro que tiene forma humana, se significa el alma racional, porque por él, como por una vasija, suele ser contenida esa naturaleza, de la cual naturaleza quieren que sea el dios, o los dioses. Estos son los misterios de la doctrina que aquel varón doctísimo había penetrado, de donde sacaría estas cosas a la luz. Pero, ¡oh hombre agudísimo!, ¿acaso en esos misterios de la doctrina perdiste aquella prudencia por la que te pareció sobriamente que aquellos que primero instituyeron simulacros para los pueblos, tanto quitaron el miedo a sus ciudadanos como añadieron el error, y que los antiguos romanos observaron a los dioses más castamente sin simulacros? Pues estos fueron tus autores para que te atrevieras a decir estas cosas contra los romanos posteriores. Pues si también aquellos antiquísimos hubieran adorado simulacros, tal vez silenciaras por temor todo ese sentido tuyo sobre no instituir simulacros, por lo demás verdadero, y predicaras con más locuacidad y elación esos misterios de la doctrina en perniciosas y vanas ficciones de esta clase. Sin embargo, tu alma tan docta e ingeniosa (por lo cual te lamentamos mucho), a través de estos misterios de la doctrina de ningún modo pudo llegar a su Dios, es decir, a Aquel por quien fue hecha, no con quien fue hecha; ni de quien es porción, sino de quien es creación (conditio); ni quien es el alma de todas las cosas, sino quien hizo toda alma, por cuya sola ilustración se hace

el alma bienaventurada, si no es ingrata a su gracia. Pero de qué clase sean esos misterios de la doctrina, y cuánto deban pesarse, lo mostrarán las cosas que siguen. Mientras tanto, ese varón doctísimo confiesa que el alma del mundo y sus partes son los dioses verdaderos: de donde se entiende que toda su teología, a saber, esa misma natural a la que tanto atribuye, pudo extenderse hasta la naturaleza del alma racional. Pues sobre la natural dice muy pocas cosas previamente en este libro: en el cual veremos si a través de interpretaciones fisiológicas puede referir a esta natural la civil, que escribió al final sobre los dioses selectos. Que si pudiera, toda será natural: ¿y qué necesidad había de añadirle la civil con tanto cuidado de distinción? Pero si está separada por un recto discernimiento; cuando ni siquiera esa es verdadera que le place como natural (pues llega hasta el alma, no hasta el verdadero Dios que hizo también el alma), ¡cuánto más abyecta y falsa es esa civil, que se ocupa principalmente sobre la naturaleza de los cuerpos!, como demostrarán con tanta exquisita y enucleada diligencia sus mismas interpretaciones, de las cuales me es necesario conmemorar algunas.

CAPÍTULO VI.

De la opinión de Varrón, por la cual juzgó que Dios es el alma del mundo, el cual sin embargo tiene en sus partes muchas almas, cuya naturaleza es divina.

Dice, pues, el mismo Varrón, hablando aún previamente de la teología natural, que él juzga

que Dios es el alma del mundo, al cual los griegos llaman kosmos, y que este mismo mundo es Dios: pero que así como el hombre sabio, aunque conste de cuerpo y alma, sin embargo se dice sabio por el alma; así el mundo se dice Dios por el alma, aunque conste de alma y cuerpo. Aquí parece confesar de algún modo a un solo Dios; pero para introducir también a muchos, añade que el mundo se divide en dos partes, el cielo y la tierra; y el cielo en dos, en éter y aire; la tierra, en cambio, en agua y suelo: de los cuales, lo más elevado es el éter, lo segundo el aire, lo tercero el agua, lo ínfimo la tierra: todas estas cuatro partes están llenas de almas, en el éter y el aire de almas inmortales, en el agua y la tierra de mortales; desde el circuito supremo del cielo hasta el círculo de la luna, las almas etéreas son los astros y las estrellas, y que estos no solo se entiende que son dioses celestiales, sino que incluso se ven: entre el giro de la luna y las cumbres de las nubes y de los vientos están las almas aéreas, pero estas se ven con el ánimo, no con los ojos, y se llaman héroes, y lares, y genios. Esta es, por cierto, brevemente propuesta en aquella prelocución, la teología natural que plugo no solo a este, sino a muchos filósofos: sobre la cual se ha de disertar entonces más diligentemente, cuando, con el auxilio del Dios verdadero, haya completado lo que resta de la civil en lo que atañe a los dioses selectos.

CAPÍTULO VII.

Si fue razonable que Jano y Término se separaran en dos numenes.

Jano, pues, por quien tomó el comienzo, pregunto ¿quién es? Se responde: Es el mundo. Esta es claramente una respuesta breve y abierta. ¿Por qué, entonces, se dice que los inicios de las cosas le pertenecen a él, pero los fines a otro, a quien llaman Término? Pues por causa de los inicios y los fines dicen que se les dedicaron dos meses a estos dos dioses, además de aquellos diez de los cuales marzo es la cabeza hasta diciembre: enero a Jano, febrero a Término. Por eso dicen que las Terminalias se celebran en el mismo mes de febrero, cuando se hace el sacrificio purificatorio que llaman Februum; de donde el mes recibió su nombre. ¿Acaso, entonces, al mundo, que es Jano, le pertenecen los inicios de las cosas, y no le pertenecen los fines, de modo que se le pusiera al frente otro dios? ¿No confiesan que todas las cosas que dicen que se hacen en este mundo, en este mismo mundo también terminan? ¿Qué vanidad es esa, darle en la obra media potestad, y en el simulacro una doble cara? ¿No interpretarían a aquel bifronte mucho más elegantemente si dijeran que el mismo es Jano y Término, y dieran a los inicios una cara y a los fines la otra?, puesto que el que obra debe atender a ambos. Pues en todo movimiento de su acción, quien no mira al inicio, no prevé el fin. De donde es necesario que de la memoria que mira atrás se conecte la intención que mira adelante. Pues a quien se le haya olvidado lo que comenzó, no encontrará cómo terminarlo. Pero si pensaran que la vida bienaventurada se inicia en este mundo y se perfecciona fuera del mundo, y por eso atribuyeran

a Jano, es decir, al mundo, sola la potestad de los inicios, ciertamente le antepondrían a Término, y no lo alienarían de los dioses selectos. Aunque aun ahora, cuando en estos dos dioses se tratan los inicios y los fines de las cosas temporales, se debió dar más honor a Término. Pues mayor es la alegría cuando cada cosa se perfecciona; pero los comienzos están llenos de solicitud hasta que se conducen al fin, el cual quien empieza algo principalmente ansía, pretende, espera, desea; y no se regocija por la cosa incoada si no se termina.

CAPÍTULO VIII.

Por qué causa los cultores de Jano fingieron su imagen bifronte, la cual sin embargo quieren que se vea incluso como cuadrifronte.

Pero proferid ya la interpretación del simulacro bifronte. Dicen que tiene dos caras, delante y detrás, porque nuestro hiato, cuando abrimos la boca, parece semejante al mundo: de donde también los griegos llaman al paladar ouranos; y algunos, dice, de los poetas latinos llamaron al paladar cielo: desde cuyo hiato de la boca, hay tanto un acceso hacia fuera hacia los dientes, como hacia dentro hacia las fauces. Mirad a qué ha sido conducido el mundo por causa del vocablo de nuestro paladar, sea griego o poético. Pero ¿qué es esto para el alma, qué para la vida eterna? Por las solas salivas sea adorado este dios, para tragarlas en parte, para escupirlas en parte, para lo cual bajo el cielo del paladar se abren ambas puertas de Jano. ¿Qué es además más absurdo

que no encontrar en el mismo mundo dos puertas situadas enfrente, por las cuales o admita hacia sí algo dentro, o emita de sí algo fuera; y de nuestra boca y garganta, cuya semejanza el mundo no tiene, querer componer un simulacro del mundo en Jano, por causa del solo paladar, cuya semejanza Jano no tiene? Cuando, en cambio, lo hacen cuadrifronte y lo llaman Jano gemelo, interpretan esto por las cuatro partes del mundo, como si el mundo mirara algo fuera, como Jano por todas sus caras. Luego, si Jano es el mundo, y el mundo consta de cuatro partes, es falso el simulacro de Jano bifronte; o si por eso es verdadero, porque también con el nombre de Oriente y Occidente suele entenderse todo el mundo, ¿acaso cuando nombramos las otras dos partes, del Septentrión y del Austro, como llaman a aquel cuadrifronte Jano gemelo, así alguien va a llamar al mundo gemelo? No tienen de ningún modo de dónde interpreten cuatro puertas, que estén abiertas para los que entran y salen, a semejanza del mundo; como del bifronte al menos encontraron qué decir en la boca del hombre; a no ser que Neptuno tal vez socorra y alargue un pez, al cual además del hiato de la boca y la garganta también se le abren las fauces a derecha e izquierda. Y, sin embargo, por tantas puertas ninguna alma escapa de esta vanidad, sino aquella que oye a la Verdad diciendo: Yo soy la puerta. (Juan X, 9).

CAPÍTULO IX.

De la potestad de Júpiter, y de la comparación del mismo con Jano.

1. Expliquen, en cambio, a quién quieren que se entienda por Jove, que también es llamado Júpiter. Es el Dios, dicen, que tiene la potestad de las causas por las cuales se hace algo en el mundo. Cuán grande sea esto, lo atestigua aquel nobilísimo verso de Virgilio: Feliz quien pudo conocer las causas de las cosas. (Georg. lib. 2, ver. 490.) Pero por qué se le antepone Jano, respóndanos aquel varón agudísimo y doctísimo. "Puesto que en poder de Jano", dice, "están las primeras cosas, en poder de Júpiter las sumas. Merecidamente, por tanto, Júpiter es tenido por rey de todas las cosas. Pues las primeras cosas son vencidas por las sumas: porque aunque las primeras precedan en el tiempo, las sumas superan en dignidad". Pero esto se diría rectamente si se distinguieran las cosas primeras y las sumas de los hechos: como el inicio de un hecho es partir, lo sumo llegar; el inicio de un hecho el comienzo de aprender, lo sumo la percepción de la doctrina; y así en todas las cosas los inicios son lo primero, y lo sumo son los fines. Pero ya este asunto ha sido discutido entre Jano y Término. Las causas, en cambio, que se dan a Júpiter, son eficientes, no efectos; ni de ningún modo puede ser que incluso en el tiempo sean prevenidas por los hechos o por los inicios de los hechos. Pues siempre es anterior la cosa que hace que la que se hace. Por lo cual, si a Jano pertenecen los inicios de los hechos, no por eso son anteriores a las causas eficientes, que atribuyen a Júpiter. Pues así como nada se hace, así nada se inicia para que se haga, sin que haya precedido una causa hacedora. A este Dios, por

cierto, en cuyo poder están todas las causas de todas las naturalezas hechas y de las cosas naturales, si los pueblos lo llaman Júpiter y lo adoran con tantas contumelias y tan criminales acusaciones, se atan con un sacrilegio más tétrico que si pensaran que no hay ningún dios. Por lo cual les sería más satisfactorio llamar a algún otro con el nombre de Júpiter, digno de honores torpes y flagiciosos, sustituyéndolo por un vano figmento al que más bien blasfemaran (como se dice que a Saturno se le sustituyó por una piedra, la cual devoraría en lugar de su hijo), que decir que este Dios es a la vez tronante y adúltero, y regente de todo el mundo y fluyendo por tantos estupros, y teniendo las causas sumas de todas las naturalezas y cosas naturales y no teniendo sus propias causas buenas.

2. Luego pregunto qué lugar atribuyen ya entre los dioses a este Júpiter, si Jano es el mundo. Pues aquel hombre definió a los dioses verdaderos como el alma del mundo y sus partes; y por esto, lo que no sea esto, no es ciertamente un dios verdadero según ellos. ¿Acaso, por tanto, van a decir que Júpiter es el alma del mundo de tal modo que Jano sea su cuerpo, es decir, este mundo visible? Si dicen esto, no habrá modo de que digan que Jano es dios; puesto que el cuerpo del mundo no es dios ni siquiera según ellos, sino el alma del mundo y sus partes. De donde muy abiertamente dice el mismo que juzga que Dios es el alma del mundo, y que este mismo mundo es Dios; pero que así como el hombre sabio, aunque conste de ánimo y cuerpo, sin embargo se dice

sabio por el ánimo; así el mundo se dice Dios por el ánimo, aunque conste de ánimo y cuerpo. Solo el cuerpo del mundo, por tanto, no es dios; sino o solo su alma, o a la vez el cuerpo y el ánimo; de tal modo, sin embargo, que no sea dios por el cuerpo, sino por el ánimo. Si, pues, Jano es el mundo, y Jano es dios, ¿acaso van a decir que Júpiter, para que pueda ser dios, es alguna parte de Jano? Pues a Júpiter suelen atribuirle más bien el universo; de donde es: todas las cosas están llenas de Júpiter. Por tanto, también a Júpiter, para que sea dios, y máxime rey de los dioses, no pueden considerarlo otro que el mundo; para que reine sobre los demás dioses, sus partes según ellos. En esta sentencia también expone el mismo Varrón algunos versos de Valerio Sorano, en aquel libro que escribió aparte de estos sobre el culto de los dioses; cuyos versos son estos: Júpiter omnipotente, progenitor de reyes, de cosas y de dioses, y genitriz de los dioses, dios único y todas las cosas. Se exponen, además, en el mismo libro, de modo que como consideraban macho al que emitía la semilla, hembra a la que la recibía; y que Júpiter es el mundo, y que él emite todas las semillas de sí, y las recibe en sí: "Por cuya causa", dice, "escribió Sorano: Júpiter progenitor y genitriz; y no menos con causa que es uno y todas las cosas; pues el mundo es uno, y en ese uno están todas las cosas".

CAPÍTULO X.

Si es recta la discreción entre Jano y Júpiter.

Puesto que, por tanto, tanto Jano es el mundo como Júpiter es el mundo, y el mundo es uno, ¿por qué son dos dioses, Jano y Júpiter? ¿por qué tienen templos aparte, aras aparte, diversos sacrificios, simulacros disímiles? Si por esto de que una es la fuerza de los primordios, otra la de las causas, y aquella tomó el nombre de Jano, esta el de Júpiter; ¿acaso si un solo hombre en diversas cosas tuviera dos potestades o dos artes, porque la fuerza de cada una es diversa, por eso se dirían dos jueces o dos artífices? Así, pues, también un solo Dios, teniendo Él mismo la potestad de los primordios y Él mismo la de las causas, ¿acaso por eso es necesario que se piense que es dos dioses, porque los primordios y las causas son dos cosas? Que si juzgan esto justo, digan también que el mismo Júpiter es tantos dioses cuantos sobrenombres le dieron por sus muchas potestades; puesto que todas las cosas por las cuales se aplicaron aquellos sobrenombres son muchas y diversas; de las cuales conmemoro unas pocas.

CAPÍTULO XI.

De los sobrenombres de Júpiter, los cuales no se refieren a muchos dioses, sino a uno mismo.

Lo llamaron Víctor, Invicto, Opitulo, Impulsor, Estator, Centumpeda, Supinal, Tigilo, Almo, Rumino, y otros que es largo enumerar. Estos sobrenombres se los impusieron a un solo dios por diversas causas y potestades, pero no por eso obligaron a que por tantas cosas hubiera también tantos dioses: porque lo vencía todo, porque por

nadie era vencido, porque prestaba auxilio a los indigentes, porque tenía la potestad de impulsar, de establecer, de estabilizar, de resupinar, porque como un tirante (tigillus) contenía y sustentaba el mundo, porque lo alimentaba todo, porque con la ruma, es decir, la teta, alimentaba a los animales. En estos, como advertimos, unos son grandes, otros pequeños; y sin embargo se afirma que uno solo hace ambas cosas. Pienso que están más cerca entre sí las causas de las cosas y los primordios, por las cuales cosas quisieron que un solo mundo fuera dos dioses, Júpiter y Jano, que contener el mundo y dar la teta a los animales; y sin embargo, por estas dos obras tan alejadas entre sí por su fuerza y dignidad, no se vieron obligados a que fueran dos dioses, sino que uno solo es Júpiter, llamado Tigilo por aquello, y Rumino por esto otro. No quiero decir que el ofrecer la teta a los animales lactantes podía convenir más a Juno que a Júpiter, especialmente cuando existía también la diosa Rumina, que le prestara ayuda o servicio en esta tarea. Pues pienso que puede responderse que la misma Juno no es otra cosa que Júpiter, según aquellos versos de Valerio Sorano donde se dijo: Júpiter omnipotente, progenitor de reyes, de cosas y de dioses, y genitriz de los dioses. ¿Por qué, pues, fue llamado también Rumino, cuando para los que buscan más diligentemente tal vez se halle que él mismo es incluso aquella diosa Rumina? Pues si con razón parecía indigno de la majestad de los dioses que en una sola espiga uno perteneciera al cuidado del nudo y otra al del folículo, ¡cuánto más indigno es que

una sola cosa ínfima, a saber, que los animales se alimenten de las tetas, sea cuidada por la potestad de dos dioses, de los cuales uno sea Júpiter, el rey mismo de todos, y que haga esto no al menos con su cónyuge, sino con una innoble no sé qué Rumina, a no ser porque él mismo es también esa misma Rumina; ¿Rumino tal vez para los machos lactantes, Rumina para las hembras? Diría ciertamente que no quisieron imponerle a Júpiter un nombre femenino, si no se dijera en aquellos versos progenitor y genitriz; y entre otros sobrenombres suyos leyera que también era llamado Pecunia, a la cual diosa encontramos entre aquellos pequeños recaudadores y conmemoramos en el cuarto libro (cap. 21). Pero como tanto los machos como las hembras tienen dinero, por qué no fue llamado tanto Pecunia como Pecunio, al igual que Rumina y Rumino, ellos lo vean.

CAPÍTULO XII.

Que Júpiter también es llamado Pecunia.

¡Cuán elegantemente, por cierto, dieron la razón de este nombre! "Y Pecunia", dicen, "es llamado porque suyas son todas las cosas". ¡Oh gran razón de un nombre divino! Más bien, Aquel de quien son todas las cosas es llamado de modo vilísimo y contumeliosísimo Pecunia. Pues ante todas las cosas que se contienen en el cielo y en la tierra, ¿qué es el dinero entre todas las cosas que son poseídas por los hombres bajo el nombre de dinero? Pero sin duda la avaricia impuso este nombre a Júpiter, para que quienquiera que ame

el dinero no le parezca que ama a un dios cualquiera, sino al mismo rey de todos. Pero muy otra cosa sería si fuera llamado riquezas; pues una cosa son las riquezas y otra el dinero. Pues llamamos ricos a los sabios, a los justos, a los buenos, que tienen poco o ningún dinero; pues son más ricos en virtudes, por las cuales incluso en las mismas necesidades de las cosas corporales les basta lo que tienen; pobres, en cambio, a los avaros, siempre boquiabiertos e indigentes; pues por mucho dinero que puedan tener, en cualquier abundancia del mismo no pueden no estar necesitados. Y al mismo Dios verdadero lo llamamos rectamente rico, pero no por el dinero, sino por la omnipotencia. Se dice también que los ricos son pecuniosi [adinerados]; pero interiormente son indigentes si son codiciosos. Igualmente se dice que son pobres los que carecen de dinero; pero interiormente son ricos si son sabios. ¿De qué clase, pues, debe ser esta teología para un sabio, donde el rey de los dioses tomó el nombre de aquella cosa que ningún sabio deseó? Pues cuánto más fácilmente, si en esta doctrina se aprendiera saludablemente algo que perteneciera a la vida eterna, el dios rector del mundo no sería llamado por ellos pecunia, sino sabiduría, cuyo amor purifica de las suciedades de la avaricia, esto es, del amor al dinero.

CAPÍTULO XIII.

Que mientras se expone qué es Saturno, o qué es el Genio, se enseña que ambos son un solo Júpiter.

Pero ¿por qué más sobre este Júpiter, al cual tal vez han de referirse los demás, para que quede vacía la opinión de muchísimos dioses, siendo él mismo todos ellos; ya sea cuando se consideran partes suyas o sus potestades, o cuando la fuerza del alma, que piensan difundida por todas las cosas, por las partes de esta masa en que este mundo visible se levanta, y por la múltiple administración de la naturaleza, tomó como los nombres de muchos dioses? Pues ¿qué es también Saturno? "Uno", dice, "de los dioses principales, en cuyo poder está el dominio de todas las siembras". ¿No se tiene así la exposición de aquellos versos de Valerio Sorano, que Júpiter es el mundo, y que él emite de sí todas las semillas y las recibe en sí? Él es, por tanto, en cuyo poder está el dominio de todas las siembras. ¿Qué es el Genio? "El dios", dice, "que está puesto al frente y tiene la fuerza de todas las cosas que han de engendrarse". ¿A quién otro creen que tiene esta fuerza sino al mundo, al cual se dijo: Júpiter progenitor y genitriz? Y cuando en otro lugar dice que el Genio es el ánimo racional de cada uno, y por eso que hay cada uno para cada cual, pero que tal ánimo del mundo es Dios; ciertamente lo revoca a esto mismo, para que se crea que el mismo ánimo del mundo es como el genio universal. Este es, por tanto, al que llaman Júpiter. Pues si todo genio es dios, y el ánimo de todo hombre es genio, se sigue que el ánimo de todo hombre es dios: lo cual, si incluso la misma absurdidad los obliga a aborrecerlo, resta que llamen dios genio singular

y excelentemente a aquel que llaman ánimo del mundo, y por esto Júpiter.

CAPÍTULO XIV.

De los oficios de Mercurio y de Marte.

En cambio, cómo referirían a Mercurio y a Marte a algunas partes del mundo y obras de Dios que están en los elementos, no lo encontraron; y por eso los pusieron al frente al menos de las obras de los hombres, como administradores del conversar y del guerrear. De los cuales, si Mercurio ostenta también la potestad del habla de los dioses, domina también al mismo rey de los dioses, si Júpiter habla según su arbitrio o recibió de él la facultad de hablar; lo cual ciertamente es absurdo. Pero si se afirma que se le atribuye la potestad de solo el habla humana, no es creíble que Júpiter haya querido descender a amamantar con la teta no solo a niños, sino incluso a ganados, de donde fue llamado Rumino, y no haya querido que perteneciera a él el cuidado de nuestra habla, por la que aventajamos a los ganados; y por esto, el mismo es Júpiter y Mercurio. Que si el habla misma se dice que es Mercurio, como muestran las cosas que sobre él interpretan: (pues por eso se dice llamado Mercurio, como corriendo en medio (medius currens), porque el habla corre en medio entre los hombres; por eso Hermes en griego, porque el habla o la interpretación, que ciertamente pertenece al habla, se llama hermeneia; por eso también preside las mercancías, porque entre vendedores y compradores el habla

se hace mediadora; sus alas en la cabeza y en los pies significan que el habla se lleva por el aire como algo alado; llamado nuncio, puesto que por el habla se enuncian todos los pensamientos): si, pues, Mercurio es el habla misma, incluso por confesión de ellos, no es dios. Pero cuando se hacen dioses a aquellos que ni siquiera son demonios, suplicando a espíritus inmundos, son poseídos por aquellos que no son dioses, sino demonios. Igualmente, porque ni para Marte pudieron encontrar algún elemento o parte del mundo donde hiciera obras cualesquiera de la naturaleza, dijeron que es el dios de la guerra, la cual es obra de los hombres, y no deseable para ellos. Si, pues, la Felicidad diera paz perpetua, Marte no tendría qué hacer. Pero si la guerra misma es Marte, como el habla Mercurio; ojalá que así como es manifiesto que no es dios, así no fuera la guerra lo que incluso falsamente se llama dios.

CAPÍTULO XV.

De ciertas estrellas, a las que los paganos llamaron con los nombres de sus dioses.

A menos que por ventura esas estrellas sean estos dioses, a las que llamaron con sus nombres: pues llaman a cierta estrella Mercurio, e igualmente a cierta otra Marte. Pero allí está también aquella que llaman Júpiter; y sin embargo para ellos el mundo es de Júpiter: allí la que llaman Saturno; y sin embargo además le dan una no pequeña sustancia, a saber, la de todas las semillas: allí está también aquella la más clara de todas,

que es llamada por ellos Venus; y sin embargo quieren que la misma Venus sea también la Luna: aunque sobre aquel brillantísimo astro Juno y Venus contienden entre ellos como si fuera por una manzana de oro. Pues algunos dicen que el lucero del alba (Lucifer) es de Venus, otros dicen que es de Juno: pero, como suele suceder, Venus vence. Pues muchos más atribuyen esa estrella a Venus, de modo que apenas se encuentra alguno de ellos que opine de otro modo. ¿Pero quién no se reiría, cuando dicen que Júpiter es el rey de todos, porque su estrella es vencida por la estrella de Venus por tan gran claridad? Pues tanto más refulgente que las demás debió ser aquella, cuanto él mismo es más poderoso. Responden que por eso se ve así, porque aquella que se piensa más oscura es superior y está mucho más remota de las tierras. Si, pues, un lugar superior mereció una mayor dignidad, ¿por qué Saturno es allí superior a Júpiter? ¿Acaso la vanidad de la fábula, que hace a Júpiter rey, no pudo llegar hasta los astros; y lo que no pudo valer Saturno en su propio reino, ni en el Capitolio, al menos se le permitió obtener en el cielo? ¿Pero por qué Jano no recibió alguna estrella? Si por eso porque él es el mundo, y todos están en él; también de Júpiter es el mundo, y sin embargo tiene una. ¿O compuso este su causa como pudo, y por una estrella que no tiene entre los astros, recibió tantos rostros en la tierra? Luego si solo por causa de las estrellas piensan que Mercurio y Marte son partes del mundo, para que puedan tenerlos por dioses, porque ciertamente el habla y la guerra no son partes del mundo, sino

actos de los hombres; ¿por qué a Aries y Tauro y Cáncer y Escorpio y los demás de este tipo, que cuentan como signos celestiales, y constan no de estrellas individuales, sino cada uno de muchas, y afirman que están colocados por encima de estos en lo más alto del cielo, donde un movimiento más constante ofrece un curso inerrante a los astros, no les hicieron ningunos altares, ningunos ritos sagrados, ningunos templos; ni los tuvieron por dioses, no digo entre estos selectos, sino ni siquiera entre aquellos como si fueran plebeyos?

CAPÍTULO XVI.

De Apolo y Diana y los demás dioses selectos, que quisieron que fuesen partes del mundo.

Aunque quieran que Apolo sea adivino y médico, sin embargo, para situarlo en alguna parte del mundo, dijeron que él mismo es también el sol; e igualmente su hermana Diana que es la luna y la que preside los caminos. Por lo cual también quieren que sea virgen, porque el camino nada pare: y por eso ambos tienen flechas, porque esos dos astros extienden sus rayos desde el cielo hasta las tierras. Quieren que Vulcano sea el fuego del mundo, Neptuno las aguas del mundo, el padre Dis, esto es, Orco, la parte terrena e ínfima del mundo. Ponen al frente de las semillas a Líber y a Ceres, o bien a aquel de las masculinas, a ella de las femeninas; o bien a aquel del líquido, pero a ella de la aridez de las semillas. And todo esto ciertamente se refiere al mundo, esto es, a Júpiter, que por eso fue llamado "Progenitor y genitriz",

porque de sí emitiría todas las semillas y en sí las recibiría. Puesto que incluso quieren que la Gran Madre sea la misma Ceres, de la que dicen que no es otra cosa sino la tierra, y afirman que ella es también Juno. Y por eso le atribuyen las causas secundas de las cosas: cuando sin embargo se le dijo a Júpiter: "Progenitor y genitriz de los dioses": porque según ellos todo el mundo mismo es de Júpiter. A Minerva también, porque la pusieron al frente de las artes humanas, y no encontraron ni siquiera una estrella donde ponerla, dijeron que es o bien el éter supremo o bien incluso la luna. A Vesta también por eso la pensaron la mayor de las diosas, porque ella es la tierra; aunque creyeron que se le debía asignar el fuego del mundo más leve, que pertenece a los usos fáciles de los hombres, no el más violento cual es el de Vulcano. Y por esto quieren que todos estos dioses selectos sean este mundo, en unos el universo, en otros partes de él: el universo como Júpiter; partes de él, como el Genio, como la Gran Madre, como el Sol y la Luna, o mejor dicho Apolo y Diana. Y a veces hacen de un solo dios varias cosas, a veces de una sola cosa varios dioses. Pues un solo dios son varias cosas, como el mismo Júpiter: pues todo el mundo es Júpiter, y solo el cielo es tenido y llamado Júpiter, y solo la estrella es tenida y llamada Júpiter. E igualmente Juno es señora de las causas secundas, y Juno es aire, y Juno es tierra, y si venciera a Venus, Juno sería estrella. Del mismo modo Minerva es el éter supremo, y Minerva igualmente la luna, la cual piensan que está en el límite ínfimo del éter. En

cambio, de una sola cosa hacen varios dioses de esta manera. Tanto Jano es el mundo, como Júpiter: así también Juno es la tierra, y la Gran Madre, y Ceres.

CAPÍTULO XVII.

Que incluso el mismo Varrón declaró ambiguas sus opiniones sobre los dioses.

Y así como estas cosas, que he recordado a modo de ejemplo, así no explican las demás, sino que más bien las complican; según los ha impulsado el ímpetu de una opinión errada, así saltan hacia aquí y hacia allá, de un lado y de otro, y retroceden: de modo que el mismo Varrón prefirió dudar de todo antes que afirmar algo. Pues habiendo concluido el primero de los tres últimos libros sobre los dioses ciertos, habiendo comenzado en el segundo a hablar de los dioses inciertos, dice: "Cuando en este librito ponga opiniones dudosas sobre los dioses, no debo ser reprendido." Pues quien piense que se debe y se puede juzgar, cuando lo oiga, lo hará él mismo: yo puedo ser llevado más pronto a poner en duda lo que dije en el primer libro, que en este a describir todas las cosas de modo que las dirija a alguna suma". Así hizo incierto no solo aquel sobre los dioses inciertos, sino incluso aquel sobre los ciertos. Además en este tercero sobre los dioses selectos, después de haber prefacuado lo que pensó que debía prefacuarse de la teología natural, disponiéndose a entrar en las vanidades e insanias mentirosas de esta teología civil, don-

de no solo no lo guiaba la verdad de las cosas, sino que también le oprimía la autoridad de los mayores: "Sobre los dioses públicos del pueblo romano", dice, "a los que dedicaron templos y los señalaron adornados con muchos signos, escribiré en este libro; pero, como escribe Jenófanes de Colofón, pondré lo que pienso, no lo que sostengo con porfía." Pues es propio del hombre opinar estas cosas, de Dios el saberlas". Promete, pues, tembloroso, un discurso de cosas no comprendidas, ni creídas con toda firmeza, sino opinadas y puestas en duda, disponiéndose a decir aquellas cosas que han sido instituidas por los hombres. Pues ni de la misma manera que sabía que existía el mundo, que existía el cielo y la tierra, el cielo fúlgido de astros, la tierra fértil de semillas, y las demás cosas de este tipo, así como creía con cierta estabilidad de ánimo que toda esta mole y naturaleza es regida y administrada por cierta fuerza invisible y poderosísima; así no podía afirmar de Jano que fuese el mundo mismo; ni encontrar sobre Saturno cómo era a la vez padre de Júpiter y había sido sometido a Júpiter reinante, y otras cosas tales.

CAPÍTULO XVIII.

Cuál sea la causa más creíble por la que se ha arraigado el error del paganismo.

De las cuales cosas se da una razón más creíble cuando se afirma que fueron hombres, y que a cada uno de ellos, por parte de quienes adulándolos quisieron que fuesen dioses, se les

constituyeron ritos y solemnidades según su ingenio, costumbres, actos y azares, y que estas cosas, deslizándose poco a poco por las almas de hombres semejantes a los demonios y ávidos de cosas lúdicas, se divulgaron a lo largo y a lo ancho, adornándolas las mentiras de los poetas y seduciéndolos hacia ellas los espíritus falaces. Pues más fácilmente pudo suceder que un joven impío, o bien temiendo ser muerto por un padre impío y ávido del reino, expulsara a su padre del reino, que aquello que este interpreta: que Saturno el padre fue por eso vencido por Júpiter su hijo, porque antes es la causa que pertenece a Júpiter, que la semilla que pertenece a Saturno. Pues si esto fuera así, nunca Saturno hubiera sido anterior, ni sería el padre de Júpiter. Pues siempre la causa precede a la semilla, ni nunca es generada de la semilla. Pero cuando intentan honrar fábulas vanísimas o las gestas de los hombres como con interpretaciones naturales, incluso los hombres más agudos sufren tales estrecheces, que nos vemos obligados a dolernos también de su vanidad.

CAPÍTULO XIX.

De las interpretaciones con que se dispone la razón de dar culto a Saturno.

Dijeron, dice él, que Saturno solía devorar lo que nacía de él; porque las semillas volvían allá de donde nacían. And que se le arrojó un terrón (gleba) para ser devorado en lugar de Júpiter significa, dice, que los frutos comenzados por manos

humanas empezaron a ser cubiertos al sembrar, antes de que se inventara la utilidad del arado. Saturno, pues, debió ser llamado la tierra misma, no las semillas: pues ella misma de algún modo devora lo que ha engendrado, cuando las semillas nacidas de ella vuelven a ella de nuevo para ser recibidas. Y en cuanto a lo que se dice de que recibió un terrón en lugar de Júpiter, ¿qué vale esto para aquello de que la semilla fue cubierta por las manos de los hombres con un terrón? ¿Acaso por eso no fue devorada, como las demás, porque fue cubierta con un terrón? Pues esto se dijo así como si quien opuso el terrón hubiera quitado la semilla, tal como afirman que Júpiter fue quitado a Saturno al ofrecérsele el terrón; y no más bien que el terrón, al cubrir la semilla, hizo que esta fuera devorada con más diligencia. Luego de ese modo la semilla es Júpiter, no la causa de la semilla, que se decía poco antes. ¿Pero qué han de hacer los hombres que, cuando interpretan cosas necias, no encuentran qué decir sabiamente? Tiene una hoz, dice, por causa de la agricultura. Ciertamente cuando él reinaba aún no existía la agricultura, y por eso se afirma que sus tiempos fueron anteriores, según el mismo interpreta las fabulillas, porque los primeros hombres vivían de aquellas semillas que la tierra engendraba espontáneamente. ¿O recibió la hoz perdido el cetro para que, quien en los primeros tiempos había sido un rey ocioso, bajo el reinado de su hijo se hiciera un operario laborioso? Luego dice que por eso solían inmolársele niños por algunos, como por los cartagineses, y por algunos incluso

mayores, como por los galos, porque el género humano es el mejor de todas las semillas. Sobre esta crudelísima vanidad, ¿qué necesidad hay de decir más? Advirtamos más bien y retengamos esto: que estas interpretaciones no se refieren al verdadero Dios, naturaleza viva, incorpórea e inconmutable, a quien se ha de pedir la vida eternamente bienaventurada; sino que sus fines están en las cosas corporales, temporales, mutables y mortales. Que se dice en las fábulas que Saturno castró a su padre el Cielo, esto significa, dice él, que la semilla divina está en poder de Saturno, no en poder del Cielo. Esto es por lo siguiente, según se da a entender: porque nada en el cielo nace de semillas. Pero he aquí que si Saturno es hijo del Cielo, es hijo de Júpiter. Pues afirman innumerable y diligentemente que Júpiter es el Cielo. Así estas cosas, que no vienen de la verdad, la mayoría de las veces se subvierten a sí mismas sin que nadie las impulse. Dice que fue llamado Cronos, que en vocablo griego significa espacio de tiempo: sin el cual, dice, la semilla no puede ser fecunda. Estas y otras muchas cosas se dicen de Saturno, y todas se referirán a la semilla. Pero al menos Saturno bastaría para las semillas con tan gran potestad: ¿para qué se requieren otros dioses para esto, especialmente Líber y Líbera, esto es, Ceres? Sobre los cuales de nuevo, en lo que atañe a la semilla, dice tantas cosas como si nada hubiera dicho de Saturno.

CAPÍTULO XX.

De los ritos sagrados de Ceres Eleusina.

En los ritos sagrados de Ceres se pregonan aquellas Eleusinias que fueron nobilísimas entre los atenienses. Sobre las cuales este nada interpreta sino lo que atañe al trigo que Ceres encontró, y a Proserpina, a la que perdió al raptarla Orco. Y dice que esta misma significa la fecundidad de las semillas: la cual habiendo faltado en cierto tiempo, y doliéndose la tierra de esa esterilidad, surgió la opinión de que Orco se había llevado a la hija de Ceres, esto es, a la fecundidad misma, que por el brotar (proserpendo) había sido llamada Proserpina, y la había retenido entre los ínferos: cosa que habiendo sido celebrada con luto público, porque de nuevo volvió esa misma fecundidad, surgió la alegría al ser devuelta Proserpina, y de esto se constituyeron las solemnidades. Dice luego que en sus misterios se transmiten muchas cosas que no pertenecen sino a la invención de los frutos.

CAPÍTULO XXI.

De la torpeza de los ritos sagrados que se celebraban en honor de Líber.

Ya en verdad los ritos sagrados de Líber, al que pusieron al frente de las semillas líquidas, y por esto no solo de los líquidos de los frutos, de los cuales el vino tiene en cierto modo la primacía, sino también de las semillas de los animales, a cuánta torpeza llegaron, me pesa ciertamente decirlo por la longitud del discurso; pero por la soberbia estupidez de estos no me pesa. Entre otras cosas que me veo obligado a omitir, puesto

que son muchas, dice que en las encrucijadas de Italia se celebraban ciertos ritos de Líber con tanta licencia de torpeza, que en su honor se daban culto a las vergüenzas viriles; ni siquiera en un secreto algo más recatado, sino en público con exultante maldad. Pues este torpe miembro durante los días festivos de Líber era colocado con gran honor sobre carritos, y se transportaba primero por el campo en las encrucijadas, y después hasta la ciudad. En el pueblo de Lavinio, además, se dedicaba un mes entero solo a Líber, durante cuyos días todos usaban las palabras más flagiciosas, hasta que aquel miembro hubiera sido transportado por el foro y descansara en su lugar. Sobre este miembro deshonesto era necesario que una matrona honestísima pusiera públicamente una corona. Así, por lo visto, el dios Líber debía ser aplacado para las cosechas de las semillas: así debía ser repelido de los campos el fascinamiento, que una matrona se viera obligada a hacer en público lo que ni siquiera a una meretriz, si las matronas estuvieran mirando, se le debió permitir en el teatro. Por estas cosas no se creyó que Saturno solo pudiera bastar para las semillas, para que un alma inmunda encontrara ocasiones de multiplicar dioses, y quedando merecidamente por su inmundicia destituida del único Dios verdadero, y prostituida a través de muchos falsos por la codicia de una mayor inmundicia, llamara ritos sagrados a estos sacrilegios, y se ofreciera para ser violada y manchada por turbas de demonios sucios.

CAPÍTULO XXII.

De Neptuno, de Salacia y de Venilia.

Ya ciertamente Neptuno tenía por esposa a Salacia, de la que dijeron que era el agua inferior del mar; ¿para qué se le adjuntó también Venilia, sino para que, sin ninguna causa de ritos necesarios, por sola la libido de un alma prostituida, se multiplicara la invitación de los demonios? Pero produzcase la interpretación de tan preclara teología, que nos contenga de esta reprensión por la razón dada. Venilia, dice él, es la onda que viene al litoral; Salacia, la que vuelve al alta mar (salum). ¿Por qué, pues, se hacen dos diosas, cuando es una sola onda la que viene y vuelve? Sin duda es la misma libido vesana que rebosa en muchos númenes. Pues aunque no se duplique el agua que va y vuelve, sin embargo, con ocasión de esta vanidad, invitados dos demonios, se mancha más el alma, que va y no vuelve. Te pregunto, Varrón, o a vosotros que habéis leído tales escritos de hombres tan doctos y os jactáis de haber aprendido algo grande: interpretad esto, no quiero decir según aquella naturaleza eterna e inconmutable que es el único Dios, sino al menos según el alma del mundo y sus partes, que consideráis dioses verdaderos. Que hayáis hecho para vosotros un dios de Neptuno como parte del alma del mundo que penetra el mar, es de un error de algún modo más tolerable. ¿Acaso la onda que viene al litoral y vuelve al alta mar son dos partes del mundo, o dos partes del alma del mundo? ¿Quién de vosotros sería tan necio que pensara esto? ¿Por qué,

pues, os hicieron dos diosas, sino porque vuestros antepasados más sabios previeron, no que muchos dioses os gobernaran, sino que aquellas cosas que se gozan con estas vanidades y falsedades, muchos demonios, os poseyeran? ¿Por qué, además, aquella Salacia perdió por esta interpretación la parte inferior del mar por la que estaba sometida al marido? Pues ahora, al afirmar que ella es el flujo que retrocede, la habéis puesto en la superficie. ¿O porque recibió a Venilia como concubina, airada excluyó a su marido de las partes superiores del mar?

CAPÍTULO XXIII.

De la Tierra, a la que Varrón confirma ser diosa por el hecho de que aquel ánimo del mundo, que opina ser dios, penetra también esta parte ínfima de su cuerpo y le imparte fuerza divina.

1. Ciertamente una es la tierra, a la que vemos llena de sus animales; sin embargo, siendo ella misma un gran cuerpo entre los elementos y la parte ínfima del mundo, ¿por qué quieren que sea diosa? ¿Acaso porque es fecunda? ¿Por qué, pues, no son más bien dioses los hombres, que la hacen más fecunda cultivándola, pero cuando aran, no cuando adoran? Pero una parte del alma del mundo, dicen, que penetra a través de ella, la hace diosa. Como si no fuera más evidente en los hombres el alma, de cuya existencia no hay ninguna cuestión; y sin embargo los hombres no son tenidos por dioses: y lo que es de lamentar gravemente, se someten por un admirable y mi-

serable error al culto y adoración de quienes no son dioses, y de quienes ellos mismos son mejores. Y ciertamente el mismo Varrón, en el mismo libro sobre los dioses selectos, afirma que hay tres grados del alma en toda la naturaleza universal: uno, que transita por todas las partes del cuerpo que viven, y no tiene sentido, sino solo salud para vivir: esta fuerza en nuestro cuerpo dice que penetra en los huesos, las uñas, los cabellos; al igual que en el mundo los árboles se nutren y crecen sin sentido, y viven de un cierto modo propio. El segundo grado del alma, en el que está el sentido: esta fuerza llega a los ojos, oídos, narices, boca, tacto. El tercer grado del alma es el supremo, que se llama ánimo (animus), en el que premina la inteligencia: de esto carecen todos los mortales excepto el hombre: a esta parte del alma del mundo la llama dios, pero en nosotros se llama Genio. Dice que hay en el mundo piedras y tierra, que vemos, a donde no penetra el sentido, como los huesos, como las uñas del dios: en cambio el sol, la luna, las estrellas, que sentimos y por las que él mismo siente, son sus sentidos. Además el éter es su ánimo: de cuya fuerza, que llega a los astros, hace también a estos dioses; y por aquello que penetra en la tierra, hace a la diosa Telus; y lo que de allí penetra en el mar y el océano, es el dios Neptuno.

2. Vuelva, pues, de esta que piensa ser teología natural, a donde como para descansar salió fatigado de estas ambigüedades y rodeos. Vuelva, digo, vuelva a la civil: aquí lo retengo todavía, por ahora trato de esta. Aún no digo que si la tierra

y las piedras son semejantes a nuestros huesos y uñas, de igual modo no tengan inteligencia, así como carecen de sentido; o si por eso se dice que nuestros huesos y uñas tienen inteligencia porque están en el hombre que tiene inteligencia, tan estulto es quien dice que estos son dioses en el mundo como estulto es quien dice que en nosotros los huesos y las uñas son hombres. Pero estas cosas tal vez han de tratarse con los filósofos: ahora empero lo quiero todavía político. Pues puede ser que, aunque parece haber querido levantar un poco la cabeza hacia aquella como libertad de la teología natural, todavía manejando este libro y pensando que se ocupa en él, mirara también desde allí; y dijera esto por lo siguiente: para que no se crea que sus mayores, o bien otras ciudades, dieron culto en vano a Telus y a Neptuno. Pero esto digo: la parte del ánimo mundano que penetra a través de la tierra, siendo una sola la tierra, ¿por qué no hizo también una sola diosa, la que dice que es Telus? Que si así lo hizo, ¿dónde estará Orco, hermano de Júpiter y de Neptuno, al que llaman padre Dis? ¿Dónde su esposa Proserpina, la cual, según otra opinión puesta en los mismos libros, no es la fecundidad de la tierra sino que se afirma que es su parte inferior? Que si dicen que la parte del ánimo mundano, cuando penetra la parte superior de la tierra, hace al dios padre Dis; pero cuando la inferior, a la diosa Proserpina; aquella Telus, ¿qué será? Pues así todo lo que ella misma era se ha dividido en estas dos partes y dioses, de modo que qué sea ella como tercera, o dónde esté, no se puede encontrar: a

no ser que alguien diga que a la vez esos dioses Orco y Proserpina son una sola diosa Telus; y que ya no son tres, sino o una o dos: y sin embargo se dicen tres, se tienen por tres, se adoran tres con sus aras, sus templos, ritos, simulacros, sus sacerdotes, y por estos también con sus demonios que estupran al alma prostituida a las falacias. Respóndase todavía qué parte de la tierra penetra la parte del ánimo mundano para que haga al dios Telumón. No, dice, sino que una sola y la misma tierra tiene una fuerza gemela: tanto masculina, porque produce las semillas; como femenina, porque las recibe y nutre: de ahí que por la fuerza femenina fuera llamada Telus, por la masculina Telumón. ¿Por qué, pues, los pontífices, como él mismo indica, añadidos también otros dos, hacen el servicio divino a cuatro dioses: a Telus, Telumón, Altor, Rusor? De Telus y Telumón ya se ha hablado: ¿por qué a Altor? Porque de la tierra, dice, se nutren (aluntur) todas las cosas que han nacido. ¿Por qué a Rusor? Porque de nuevo, dice, todas las cosas vuelven (revolvuntur) a lo mismo.

CAPÍTULO XXIV.---Sobre los sobrenombres de Telus y sus significaciones, las cuales, aunque fueran índices de muchas cosas, no debieron confirmar las opiniones de muchos dioses. 1. Debió, pues, una sola tierra, por aquella cuádruple fuerza, tener cuatro sobrenombres, no hacer cuatro dioses: así como con tantos sobrenombres un solo Júpiter, y con tantos sobrenombres una sola Juno; en todos los cuales se dice que la fuerza múltiple pertenece a un solo dios o a una sola diosa, no haciendo la multitud de sobrenombres

también una multitud de dioses. Pero ciertamente, así como a veces también a las mismas mujeres más viles les hastía y arrepiente la turba de aquellos a quienes buscaron por libido: así al alma hecha vil y prostituida a los espíritus inmundos le plugo multiplicarse dioses ante los cuales se postrase para ser contaminada, como muchísimo le gustó, así a veces también le pesó. Pues también el mismo Varrón, como avergonzado de esa misma turba, quiere que Telus sea una sola diosa. A la misma, dice, llaman la Gran Madre (Mater magna), porque tiene un tímpano, con lo que se significa que es el orbe de la tierra: porque tiene torres en la cabeza, las ciudades: porque se fingen asientos en torno a ella, mientras todas las cosas se mueven, ella misma no se mueve. El que hicieran que los Galos (Galli) sirvieran a esta diosa, significa que quienes carecen de semilla deben seguir a la tierra; pues en ella se encuentran todas las cosas. El que se agiten ante ella, se prescribe, dice, que quienes cultivan la tierra no se sienten; pues siempre hay algo que hagan. El sonido de los címbalos, del agitar de las herramientas de hierro y de las manos, y el estrépito de aquello que sucede al cultivar el campo, significan: por eso con bronce, porque los antiguos la cultivaban con bronce, antes de que se inventara el hierro. Añaden, dice, un león suelto y manso, para mostrar que no hay ningún género de tierra tan remoto y vehementemente fiero que no convenga ser subyugado y cultivado. Luego añade y dice que, porque nombraron a la madre Telus tanto con más nombres como con sobrenombres, se pensó

que eran varios dioses. Piensan, dice, que Telus es Ops, porque se hace mejor por la obra (opere); Madre, porque pare muchísimas cosas; Grande, porque pare alimento; Proserpina, porque de ella brotan (proserpant) los frutos; Vesta porque se viste (vestiatur) con hierbas. Así otras diosas, dice, no absurdamente las refieren a esta. Si, pues, es una sola diosa, la cual, consultada la verdad, ni ella misma lo es, ¿entretanto por qué se va a por muchas? Sean esos muchos nombres de una sola, no tanto muchas diosas como nombres. Pero la autoridad de los mayores errantes oprime, y obliga al mismo Varrón a trepidar después de esta sentencia. Añade, pues, y dice: Con los cuales la opinión de los mayores sobre estas diosas, porque pensaron que eran varias, no lucha. ¿Cómo no lucha, cuando es algo muy distinto que una sola diosa tenga muchos nombres, y otra que sean muchas diosas? Pero puede, dice, suceder que la misma cosa sea una sola, y en ella ciertas cosas sean varias. Concedo que en un solo hombre haya varias cosas, ¿acaso por eso también varios hombres? así en una sola diosa haya varias cosas, ¿acaso por eso también varias diosas? Pero dividan, fundan, multipliquen, repliquen, impliquen como quieran.

2. Estos son los preclaros misterios de Telus y de la Gran Madre, de donde todas las cosas se refieren a las semillas mortales y al ejercicio de la agricultura. ¿Acaso el tímpano, las torres, los Galos (Galli), la agitación insana de los miembros, el estrépito de los címbalos, la ficción de los leones, referidos a estas cosas y teniendo este fin,

prometen a alguien la vida eterna? ¿Acaso por eso los Galos castrados sirven a esta Gran diosa, para significar que quienes carecen de semilla deben seguir a la tierra; como si esa misma servidumbre no hiciera más bien que carezcan de semilla? Pues, ¿siguiendo a esta diosa, cuando carecen, adquieren la semilla; o más bien siguiendo a esta diosa, cuando la tienen, la pierden? ¿Es esto interpretar o detestar? Ni se advierte cuánto prevalecieron los malignos demonios, que ni se atrevieron a prometer nada grande con estos ritos, y pudieron exigir cosas tan crueles. Si la tierra no fuera diosa, los hombres le pondrían las manos encima trabajando, para conseguir las semillas por medio de ella; no también sobre sí mismos ensañándose, para perder las semillas por causa de ella. Si no fuera diosa, se haría fecunda por manos ajenas, de modo que no obligaría al hombre a hacerse estéril por sus propias manos. Ya lo que en los ritos de Líber una honesta matrona coronaba el miembro viril, ante la multitud que miraba, donde ruborizado y sudoroso, si es que hay algún pudor en los hombres, tal vez asistía también el marido; y lo que en la celebración de las nupcias, se ordenaba a la desposada sentarse sobre el miembro de Príapo: son cosas mucho más despreciables y ligeras frente a esa crudelísima torpeza o torpísima crueldad, donde por artes demoníacas ambos sexos son de tal modo burlados, que ninguno perece por su propia herida. Allí se teme el fascinio de los campos, aquí no se teme la amputación de los miembros: allí se deshonra de tal modo el pudor de la nueva desposada,

que no solo no se le quita la fecundidad, sino ni siquiera la virginidad; aquí se amputa de tal modo la virilidad, que ni se convierte en mujer, ni se deja como hombre.

CAPÍTULO XXV.

Qué interpretación ha hallado la doctrina de los sabios griegos sobre la castración de Atis.

Y aquel Atis (Atys) no fue conmemorado, ni se buscó por aquel su interpretación, en memoria de cuyo amor el Galo (Gallus) es castrado. Pero los doctos y sabios griegos de ningún modo callaron una razón tan santa y preclara. Pues por la faz primaveral de la tierra, que es más hermosa que en los demás tiempos, Porfirio, noble filósofo, afirmó que Atis significa las flores; y que por eso fue castrado, porque la flor cae antes del fruto (En el libro de la Razón natural de los dioses). No compararon, pues, al hombre mismo, o casi hombre, que fue llamado Atis, sino sus miembros viriles a la flor. Pues aquellos cayeron estando él vivo: o mejor dicho, no cayeron, ni fueron arrancados, sino claramente desgarrados; ni después de perdida aquella flor se siguió fruto alguno, sino más bien la esterilidad. ¿Qué, pues, de él mismo restante? y lo que quedó del castrado, ¿qué se dice que significa? ¿a qué se refiere? ¿qué interpretación se profiere de allí? ¿o acaso esforzándose en vano y no hallando nada, persuaden que debe creerse más bien aquello que la fama divulgó sobre el hombre castrado, y se entregó a las letras? Con razón se apartó de esto nuestro

Varrón, ni quiso decir esto: pues no se le ocultó al hombre doctísimo.

CAPÍTULO XXVI.

Sobre la torpeza de los ritos de la Gran Madre.

E igualmente sobre los afeminados (molles) consagrados a la misma Gran Madre contra todo pudor de hombres y mujeres, los cuales hasta el día de ayer, con el cabello empapado, la cara blanqueada, los miembros fluidos, con paso femenino por las plazas y calles de Cartago, exigían incluso de los pueblos de qué vivir torpemente, nada quiso decir Varrón, ni recuerdo haberlo leído en ninguna parte. Falló la interpretación, se avergonzó la razón, calló el discurso. El crimen, no la grandeza de la deidad, venció a todos los dioses hijos de la Gran Madre. A este monstruo ni la monstruosidad de Jano se le compara. Aquel tenía en sus simulacros sola deformidad, esta en sus ritos una deforme crueldad; aquel tenía miembros añadidos en las piedras, esta perdidos en los hombres. A esta deshonra no la vencen tantos y tales estupros del mismo Júpiter: aquel entre corruptelas femeninas infamó el cielo con un solo Ganimedes; esta con tantos afeminados profesos y públicos manchó la tierra e hizo injuria al cielo. Quizás podríamos o comparar o anteponer a Saturno a ella en este género de torpísima crueldad, de quien se afirma que castró a su padre: pero en los ritos de Saturno los hombres pudieron más bien ser muertos por manos ajenas que ser mutilados por las suyas. Aquel devoró a sus hijos,

según cuentan los poetas, y los físicos interpretan de esto lo que quieren; pero según refiere la historia, los mató: pero el que los Cartagineses (Poeni) le sacrificaran sus hijos, no lo aceptaron los romanos. Pero ciertamente esa Gran Madre de los dioses introdujo incluso en los templos romanos a los castrados, y conservó esa saña y costumbre; creída para ayudar a las fuerzas de los romanos, segando los miembros viriles de los hombres. ¿Qué son frente a este mal los hurtos de Mercurio, la lascivia de Venus, los estupros y torpezas de los demás, que proferiríamos de los libros si no se cantaran y bailaran diariamente en los teatros? Pero ¿qué son estas cosas frente a tan gran mal, cuya magnitud convenía solamente a la Gran Madre? Especialmente porque aquellas se dicen ser fingidas por los poetas: como si los poetas hubieran fingido también esto, que tales cosas son gratas y aceptas a los dioses. Que, pues, se cantaran o se escribieran, sea audacia o petulancia de los poetas: pero que se añadieran a las cosas divinas y a los honores, mandándolo y extorsionándolo las mismas deidades, ¿qué es sino crimen de los dioses; o más bien confesión de los demonios y decepción de los miserables? Pero aquello por lo cual la Madre de los dioses mereció ser adorada por la consecración de los castrados, no lo fingieron los poetas, sino que prefirieron horrorizarse más que cantarlo. ¿A estos dioses selectos ha de consagrarse alguien para que después de la muerte viva dichosamente, a los cuales consagrado antes de la muerte no puede vivir honestamente, sometido a tan feas supersticiones

y ligado a inmundos demonios? Pero todas estas cosas, dice, se refieren al mundo (mundum). Vea si no más bien a lo inmundo (immundum). Pues ¿qué no puede referirse al mundo que se demuestre estar en el mundo? Nosotros empero buscamos un alma que, confiada en la verdadera religión, no adore al mundo como a su dios, sino que como obra de Dios, por causa de Dios, alabe al mundo; y expiada de las suciedades mundanas, limpia (mundus), llegue a Dios, que fundó el mundo (mundum).

CAPÍTULO XXVII.---Sobre las ficciones de los fisiólogos, que ni adoran la verdadera divinidad, ni con aquel culto con que debe ser adorada la verdadera divinidad. 1. Ciertamente vemos que estos dioses selectos han llegado a ser más claramente conocidos que los demás; no, sin embargo, para que se ilustraran sus méritos, sino para que no se ocultaran sus oprobios: de donde es más creíble que aquellos fueron hombres, como no solo las letras poéticas sino también las históricas han transmitido. Pues en cuanto a lo que dice Virgilio: El primero vino del etéreo Olimpo Saturno, huyendo de las armas de Júpiter, y exiliado con sus reinos quitados (Eneida, lib. 8, vers. 319, 320), y las cosas que siguen pertenecientes a este asunto, Evémero (Euhemerus) despliega toda la historia sobre esto, la cual Ennio (Ennius) vertió a la elocuencia latina: de donde, porque pusieron muchísimas cosas quienes antes de nosotros escribieron contra tales errores, ya en lengua griega ya en latina, no me plugo demorarme en ello.

2. [XXVII.] Cuando considero las mismas fisiologías, con las cuales hombres doctos y agudos intentan convertir estas cosas humanas en cosas divinas, no veo sino que pudieron referirse a obras temporales y terrenas y a la naturaleza corpórea, o aunque fuera invisible, sin embargo mudable: lo cual de ningún modo es el verdadero Dios. Pero si esto al menos se hiciera con significaciones congruentes a la religiosidad, sería ciertamente de lamentar que no se anunciara ni se predicara por estas al verdadero Dios; sin embargo, de algún modo sería de tolerar que no se hicieran ni se mandaran cosas tan feas y torpes: pero ahora, cuando en vez del Dios verdadero, por quien solo es feliz el alma en que habita, sea nefasto adorar o el cuerpo o el alma, ¿cuánto más nefario es adorar aquellas cosas de tal modo que ni la salud ni el decoro humano obtenga el cuerpo o el alma del que las adora? Por lo cual, si con templo, sacerdote, sacrificio, que se debe al verdadero Dios, se adora algún elemento del mundo o algún espíritu creado, aunque no sea inmundo y malo, no por eso es malo porque sean malas aquellas cosas con que se adora, sino porque aquellas son tales con que solo aquél debe ser adorado a quien se debe tal culto y servidumbre. Pero si por la estolidez o monstrosidad de los simulacros, por sacrificios de homicidios, por la coronación de las partes viriles, por el precio de los estupros, por la sección de los miembros, por la castración de los genitales, por la consecración de los afeminados (molles), por las fiestas de los impuros y obscenos juegos, cada uno pretendiera adorar al único Dios

verdadero, esto es, al creador de toda alma y cuerpo; no por eso peca porque no deba ser adorado el que adora, sino porque adora al que debe ser adorado, no como debe ser adorado. Pero el que tanto con tales cosas, esto es, torpes y malvadas, como no al Dios verdadero, esto es, al hacedor del alma y del cuerpo, sino a una criatura aunque no sea viciosa adora, ya sea aquella el alma, ya el cuerpo, ya el alma y el cuerpo a la vez, peca doblemente contra Dios: porque adora en vez de él lo que no es él; y adora con tales cosas con las cuales ni él debe ser adorado, ni el que no es él. Pero de qué modo, esto es, cuán torpe y nefariamente adoraron, está a la vista. Pero qué o a quiénes adoraron sería oscuro, si no testificara su historia que esas mismas cosas que confiesan ser feas y torpes fueron rendidas a deidades que las exigían terriblemente. De donde, removidos los rodeos, consta que nefarios demonios y espíritus inmundísimos fueron invitados por toda esta teología civil al visitar las estólidas imágenes, y a través de ellas al poseer también los necios corazones.

CAPÍTULO XXVIII.

Que la doctrina de Varrón sobre la teología no concuerda consigo misma en ninguna parte.

¿De qué vale, pues, que el hombre doctísimo y agudísimo Varrón intente, como con una sutil disputa, reducir y referir todos estos dioses al cielo y a la tierra? No puede: se le escapan de las manos, saltan hacia atrás, resbalan y caen. Pues a punto de hablar de las hembras, esto es, de

las diosas: «Puesto que», dice, «como dije en el primer libro sobre los lugares, se han observado dos principios de los dioses a partir del cielo y de la tierra, por lo cual los dioses se llaman parte celestiales, parte terrestres: así como en las cosas superiores hicimos el comienzo por el cielo, cuando hablamos de Jano, de quien unos dijeron que era el cielo y otros que era el mundo; así de las hembras hacemos el comienzo de la escritura por Telus». Siento cuánta molestia padece tal y tan gran ingenio. Pues es llevado por cierta razón verosímil de que el cielo es el que actúa, la tierra la que padece; y por eso a aquel atribuye la fuerza masculina, a esta la femenina: y no advierte que es más bien Aquel el que hace estas cosas, el que hizo a ambos. De aquí también interpreta así los nobles misterios de los Samotracios (Samothracum) en un libro anterior, y promete religiosísimamente que expondrá por escrito y les enviará aquellas cosas que ni a los suyos son conocidas. Pues dice que allí ha colegido por muchos indicios que en los simulacros una cosa significa el cielo, otra la tierra, otra los ejemplares de las cosas, que Platón llama ideas: quiere que por el cielo se entienda Júpiter, por la tierra Juno, por las ideas Minerva: el cielo por el cual se hace algo, la tierra de la cual se hace, el ejemplar según el cual se hace. En lo cual omito decir que Platón dice que aquellas ideas tienen tanta fuerza que, según ellas, no es que el cielo haya hecho algo, sino que incluso el cielo ha sido hecho. Digo esto: que él, en este libro de los dioses selectos, ha perdido aquella razón de los tres dioses con los cuales

como que lo abarcó todo. Pues al cielo atribuyó los dioses masculinos, las hembras a la tierra: entre las cuales puso a Minerva, a quien arriba del mismo cielo había puesto antes. Luego el dios masculino Neptuno está en el mar, lo cual pertenece a la tierra más bien que al cielo. Finalmente el padre Dis (Dispater), que en griego se llama Plutón, él mismo también hermano masculino de ambos, se afirma que es un dios terreno; teniendo la tierra superior y teniendo en la inferior a su esposa Proserpina. ¿Cómo, pues, intentan referir los dioses al cielo y las diosas a la tierra? ¿Qué de sólido, qué de constante, qué de sobrio, qué de definido tiene esta disputa? Aquella empero es Telus el comienzo de las diosas, a saber, la Gran Madre, en la cual resuena la insana torpeza de los afeminados y castrados y de los que se cortan y agitan: ¿qué es, pues, lo que se dice que Jano es la cabeza de los dioses y Telus la cabeza de las diosas? Ni allí el error hace una sola cabeza, ni aquí el furor una sana. ¿Por qué se esfuerzan en vano en referir estas cosas al mundo? Porque aunque pudieran, ningún piadoso adora al mundo en vez del Dios verdadero: y sin embargo, la verdad abierta convence de que ni siquiera pueden esto. Refieran estas cosas más bien a los hombres muertos y a los demonios pésimos, y no quedará ninguna cuestión.

CAPÍTULO XXIX.

Que todas las cosas que los fisiólogos refirieron al mundo y a sus partes, debieron referirlas al único Dios verdadero.

Pues advirtamos de este modo cómo todas las cosas que por ellos son referidas a partir de la teología de estos dioses, como por razones físicas, al mundo, pueden, sin escrúpulo alguno de opinión sacrílega, ser atribuidas más bien al Dios verdadero que hizo el mundo, hacedor de toda alma y de todo cuerpo: Nosotros adoramos a Dios, no al cielo y a la tierra, de cuyas dos partes consta este mundo; ni al alma o a las almas difundidas por cualesquiera seres vivientes, sino a Dios que hizo el cielo y la tierra y todas las cosas que en ellos hay; el cual hizo toda alma, ya sea la que vive de cualquier modo y carece de sentido y de razón, ya también la que siente, ya también la que entiende.

CAPÍTULO XXX.

Por qué piedad se distingue el Creador de las criaturas, para que en vez de uno no se adoren tantos dioses cuantas son las obras de un solo autor.

Y ya para que comience a recorrer aquellas obras del único y verdadero Dios, por las cuales estos, mientras intentan como honestamente interpretar sacramentos torpísimos y malvadísimos, hicieron muchos y falsos dioses: a aquel Dios adoramos, el cual constituyó a las naturalezas por él creadas los inicios y los fines de subsistir y de moverse; el cual tiene, conoce y dispone las causas de las cosas; el cual fundó la fuerza de las semillas; el cual puso el alma racional, que se llama ánimo (animus), en los vivientes que quiso; el cual donó la facultad y el uso del habla; el cual

impartió el don de decir las cosas futuras a los espíritus que le plugo, y por quienes le place él mismo predice las cosas futuras, y por quienes le place ahuyenta las malas enfermedades; el cual también modera los inicios, los progresos y los fines de las guerras mismas, cuando así ha de ser enmendado y castigado el género humano; el cual tanto creó como rige el fuego violentísimo y vehementísimo de este mundo según el temperamento de una inmensa naturaleza; el cual es creador y gobernante de todas las aguas; el cual hizo el sol, el más claro de los luminares corpóreos, y le dio la fuerza y el movimiento congruentes; el cual incluso a los mismos ínferos no sustrae su dominación y potestad; el cual suministró las semillas y los alimentos de los mortales, ya secos ya líquidos, atribuidos a las naturalezas competentes; el cual funda y fecunda la tierra; el cual otorga sus frutos a los animales y a los hombres; el cual conoce y ordena las causas no solo principales, sino también subsiguientes; el cual constituyó a la luna su movimiento; el cual ofrece las vías celestes y terrestres para los cambios de lugares; el cual concedió a los ingenios humanos que creó incluso las ciencias de las diversas artes para ayuda de la vida y de la naturaleza; el cual instituyó la conjunción de macho y hembra para ayuda de la propagación de la prole; el cual concedió a las asambleas de los hombres el don del fuego terreno para los usos más fáciles, que aplicaran a los hogares y a las luces. Estas son ciertamente las cosas que el hombre agudísimo y doctísimo Varrón, ya sea lo que recibió de otra

parte o lo que él mismo conjeturó, se esforzó por distribuir a los dioses selectos por no sé qué interpretaciones físicas (physicas interpretationes).

[XXX.] Estas cosas empero las hace y actúa el único Dios verdadero; pero como Dios, esto es, en todas partes todo, incluido en ningún lugar, ligado con ningún vínculo, no divisible en ninguna parte, en ninguna parte mudable, llenando el cielo y la tierra con su potencia presente, no con naturaleza indigente. Así, pues, administra todas las cosas que creó que incluso permite que ellas mismas ejerzan y actúen sus propios movimientos. Pues aunque nada pueden ser sin él, no son lo que él es. Actúa empero muchas cosas también por medio de los Ángeles (Angelos): pero no beatifica a los Ángeles sino a partir de sí mismo. Así, aunque por algunas causas envíe Ángeles a los hombres, no sin embargo beatifica a los hombres a partir de los Ángeles, sino a partir de sí mismo, como a los Ángeles. De este único y verdadero Dios esperamos la vida eterna.

CAPÍTULO XXXI.

De qué beneficios de Dios propiamente, exceptuada la largueza general, usan los seguidores de la verdad.

Pues tenemos de él, además de los beneficios de esta clase que, a partir de esta administración de la naturaleza sobre la cual hemos dicho algunas cosas, otorga a buenos y malos, un indicio grande y propio de los buenos de su gran amor. Pues aunque en cuanto a que somos, a que vivimos, a que contemplamos el cielo y la tierra, a

que tenemos mente y razón con que busquemos a aquel mismo que fundó todas estas cosas, de ningún modo podamos ser suficientes para la acción de gracias; sin embargo, porque no nos abandonó del todo, cargados y abrumados por los pecados, y apartados de la contemplación de su luz, y cegados por el amor de las tinieblas, esto es, de la iniquidad, y nos envió su Verbo (Verbum suum), que es su único Hijo (Filius), por el cual, asumida la carne por nosotros, nacido y habiendo padecido, conociéramos cuánto valoraba Dios al hombre, y por aquel sacrificio singular fuéramos limpiados de todos los pecados, y difundido el amor en nuestros corazones por su Espíritu (Spiritu), superadas todas las dificultades, viniéramos al descanso eterno y a la inefable dulzura de su contemplación, ¿qué corazones, cuántas lenguas pretenderán ser bastantes para darle gracias?

CAPÍTULO XXXII.---Que el sacramento de la redención de Cristo en ningún tiempo pasado ha faltado, y siempre ha sido predicado por diversas significaciones. Este misterio de la vida eterna ya desde el exordio del género humano fue predicado por los Ángeles (Angelos) por medio de ciertos signos y sacramentos congruentes a los tiempos, según convino. Luego el pueblo hebreo (Hebraeus) fue congregado en una cierta república, la cual realizara este sacramento; donde por unos que sabían, por otros que no sabían, se prenunciara que había de venir aquello que desde el advenimiento de Cristo hasta ahora y en adelante se realiza: dispersa también después esa misma

nación por las gentes por causa del testimonio de las Escrituras (Scripturarum), por las cuales se predijo la salvación eterna que habría en Cristo. Pues todas las cosas, no solo las profecías que consisten en palabras, ni solo los preceptos de vida que conforman las costumbres y la piedad, y se contienen en aquellas letras; sino incluso los ritos, sacerdocios, el tabernáculo o templo, aras, sacrificios, ceremonias, días festivos, y cualquier otra cosa que pertenezca a aquella servidumbre que se debe a Dios, y en griego se llama propiamente latreía (latreia), significaron y prenunciaron aquellas cosas que, por causa de la vida eterna de los fieles en Cristo, tanto creemos haber sido cumplidas, como vemos que se cumplen, como confiamos que se han de cumplir.

CAPÍTULO XXXIII.

Que por sola la religión cristiana pudo manifestarse la falacia de los espíritus malignos, que se gozan del error de los hombres.

Por esta sola religión, y verdadera, pudo abrirse que los dioses de las Gentes son demonios (daemones) impurísimos, que bajo las ocasiones de almas difuntas o la especie de criaturas mundanas desean ser tenidos por dioses, y se gozan con soberbia impureza en honores casi divinos y en las mismas cosas malvadas y torpes, y envidian la conversión de las almas humanas al verdadero Dios. De cuyo imantísimo e impiísimo dominio el hombre es librado, cuando cree en aquel que ofreció para levantarse un ejemplo de

tanta humildad, cuanta fue la soberbia con que aquellos cayeron. De aquí son no solo aquellos de quienes ya hemos dicho muchas cosas, y otros y otros semejantes de las demás gentes y tierras; sino también estos de quienes ahora tratamos, como seleccionados para el senado de los dioses; pero claramente seleccionados por la nobleza de sus crímenes, no por la dignidad de sus virtudes. Cuyos ritos sagrados mientras Varrón intenta referir como a razones naturales, buscando honestar las cosas torpes, no puede encontrar cómo cuadre y consuene con estas: puesto que no son las causas de aquellos ritos las que él piensa, o más bien quiere que se piensen. Porque si no solo ellas, sino incluso cualesquiera otras de este género fueran, aunque nada pertenecieran al verdadero Dios y a la vida eterna, que ha de buscarse en la religión; sin embargo, rendida cualquier razón de la naturaleza de las cosas, mitigarían un poco la ofensa que alguna como torpeza o absurdidad no entendida en los ritos había causado; tal como intentó hacer en ciertas fábulas de los teatros o misterios de los santuarios: donde no absolvió los teatros por la similitud de los santuarios, sino que más bien compartió la similitud de los teatros para condenar los santuarios; sin embargo, de cualquier modo lo intentó, para que el sentido ofendido por cosas horribles se suavizara rendida la razón de las causas naturales.

CAPÍTULO XXXIV.

De los libros de Numa Pompilio, los cuales el senado, para que las causas de los ritos sagrados, cuales en ellos se contenían, no se conocieran, mandó incendiar.

Pero por el contrario encontramos, según el mismo varón doctísimo transmitió, que las causas de los ritos sagrados rendidas de los libros de Numa Pompilio de ningún modo pudieron tolerarse, ni fueron tenidas por dignas de que no solo llegaran a conocimiento de los religiosos siendo leídas, sino que al menos siendo escritas se guardaran en las tinieblas. Pues ya diré lo que en el tercer libro de esta obra había prometido que diría en su lugar (Cap. IX). Porque, según se lee en el mismo Varrón en el libro sobre el Culto de los dioses, «un cierto Terencio, teniendo una finca en el Janículo (Janiculum), y pasando su boyero con el arado junto al sepulcro de Numa Pompilio, extrajo de la tierra sus libros, donde estaban escritas las causas de los ritos instituidos, y los llevó a la Ciudad al pretor. Y este, habiendo inspeccionado los principios, llevó tan gran asunto al senado. Donde habiendo leído los próceres ciertas causas de por qué cada cosa fue instituida en los ritos, el senado asintió al difunto Numa, y aquellos libros, como religiosos padres conscriptos, decretaron que el pretor los quemara». Crea cada cual lo que piense; o más bien diga lo que la insana contención, cualquier egregio defensor de tanta impiedad, sugiera que se diga. Bástenos a mí amonestar que las causas de los ritos escritas por el rey Pompilio, instituidor de los ritos romanos, no debieron llegar a conocimiento ni del pueblo, ni del senado, ni siquiera de los mis-

mos sacerdotes, y que el mismo Numa Pompilio por curiosidad ilícita llegó a aquellos secretos de los demonios, los cuales él mismo ciertamente escribió para tener de dónde recordarse leyendo; pero que, sin embargo, siendo rey, que para nada temía a nadie, ni se atrevió a enseñar a nadie, ni a perderlos borrándolos o consumiéndolos de cualquier modo; así, lo que no quiso que nadie supiera para no enseñar a los hombres cosas nefarias, pero temió violar para no tener a los demonios airados, lo enterró donde pensó que estaba seguro, no creyendo que el arado pudiera acercarse a su sepulcro. Pero el senado, como temiera condenar las religiones de los mayores, y por eso se viera obligado a asentir a Numa; juzgó, sin embargo, que aquellos libros eran tan perniciosos, que no mandó enterrarlos de nuevo, para que la curiosidad humana no buscara con mucha más vehemencia el asunto ya delatado, sino que los nefandos monumentos fueran abolidos por las llamas: para que, ya que juzgaban necesario hacer aquellos ritos, se errara más tolerablemente ignoradas sus causas, que se turbara la ciudad conociéndolas.

CAPÍTULO XXXV.

De la hidromancia, por la cual Numa, vistas ciertas imágenes de los demonios, era burlado.

Porque también el mismo Numa, a quien ningún profeta de Dios, ningún ángel santo era enviado, fue compelido a hacer hidromancia (hydromantiam), para ver en el agua las imágenes

de los dioses, o más bien las burlas de los demonios, de quienes oyera qué debía constituir y observar en los ritos sagrados. El cual género de adivinación (divinatio) dice el mismo Varrón que fue traído de los Persas, del cual conmemora que usaron tanto el mismo Numa como después Pitágoras el filósofo; donde también refiere que, añadido el uso de sangre, se consulta a los de abajo, y dice que en griego se llama necromancia (necromanteia): la cual, ya se llame hidromancia o necromancia, es lo mismo, donde se ve que los muertos adivinan. Con qué artes se hagan estas cosas, ellos lo vean. Pues no quiero decir que estas artes incluso antes del advenimiento de nuestro Salvador solieran prohibirse por las leyes en las mismas ciudades de las Gentes, y ser vengadas con pena severísima. No quiero, digo, decir esto; pues tal vez entonces tales cosas eran lícitas. Sin embargo, con estas artes dice Pompilio aquellos ritos, cuyos hechos de los ritos delató, las causas enterró; de tal modo temió él mismo lo que aprendió: de cuyas causas el senado incendió los libros delatados. ¿Por qué, pues, me interpreta Varrón otras no sé qué causas de aquellos ritos como si fueran físicas; tales que si aquellos libros las hubieran tenido, no ciertamente se habrían quemado; o los padres conscriptos habrían incendiado de igual modo esos de Varrón escritos y editados para César el pontífice? Porque, por tanto, extrajera agua, esto es, la sacara, Numa Pompilio, para hacer con ella hidromancia, se dice por esa razón que tuvo por esposa a la ninfa Egeria, según se expone en el sobredicho libro

de Varrón. Pues así suelen las cosas hechas convertirse en fábulas por la aspersión de mentiras. En aquella hidromancia, por tanto, aquel curiosísimo rey romano aprendió tanto los ritos que los pontífices (pontifices) debían tener en sus libros, como las causas de ellos, las cuales no quiso que nadie supiera fuera de él mismo. Y así, escritas por separado, hizo que en cierto modo murieran con él, cuando procuró que así fueran sustraídas de la noticia de los hombres y enterradas. O bien estaban allí escritas tan sordas y nocivas codicias de los demonios, que por ellas toda aquella teología civil apareciera execrable incluso ante tales hombres, que tantas cosas vergonzosas habían recibido en los ritos mismos; o bien se delataba que todos aquellos no eran sino hombres muertos, a quienes por la antigüedad de tan prolijo tiempo casi todos los pueblos de las Gentes habían creído que eran dioses inmortales: deleitándose también con tales ritos aquellos mismos demonios, que se suponían para ser adorados en lugar de los mismos muertos, a quienes habían hecho ser tenidos por dioses con el testimonio de algunos milagros falaces. Pero por la oculta providencia del Dios verdadero se hizo que, conciliados por aquellas artes con las que pudo hacerse la hidromancia, se les permitiera confesar todas aquellas cosas incluso a su amigo Pompilio; y que, sin embargo, no se les permitiera amonestarle para que, próximo a morir, las incendiara más bien que enterrarlas: los cuales, para que no se conocieran, ni pudieron resistir al arado con que fueron extraídas, ni al estilo de Varrón, por el cual

aquellas cosas que se hicieron sobre este asunto han llegado a nuestra memoria. Pues no pueden efectuar lo que no se les permite; y se les permite por el alto y justo juicio del Dios sumo según los méritos de aquellos a quienes es justo que sean por ellos o solo afligidos, o incluso sometidos y engañados. Cuán verdaderamente perniciosas o ajenas al culto de la verdadera divinidad fueron juzgadas aquellas letras, puede entenderse de aquí: que el senado prefirió incendiar las que Pompilio ocultó, que temer lo que temió el que no pudo atreverse a esto. Quien, pues, quiera tener una vida no ya ahora piadosa, busque por tales ritos la eterna. Pero quien no quiera tener sociedad con los espíritus malignos, no tema la superstición nociva por la cual son adorados; sino que reconozca la verdadera religión por la cual son delatados y vencidos.

LIBRO OCTAVO.

Llega al tercer género de teología, que se llama natural, y a la cuestión de los dioses que a ella pertenecen, a saber, si el culto de esos dioses aprovecha para conseguir la vida bienaventurada que ha de haber después de la muerte, la cual discusión emprende con los Platónicos, que son fácilmente los príncipes de los demás filósofos y los que más se acercan a la verdad de la fe cristiana. Y aquí primero refuta a Apuleyo y a cualesquiera otros que quieren que se rinda culto a los demonios como a mensajeros e intérpretes entre los dioses y los hombres; mostrando que los mismos demonios, a quienes se comprueba que están sujetos a los vicios, y aquellas cosas que los hombres probos y prudentes detestan y condenan, esto es, las sacrílegas ficciones de los poetas, las burlas teatrales, las maleficencias y crímenes de las artes mágicas, ellos las introdujeron, y se ha comprobado que en todo las favorecen y se deleitan con ellas, de ningún modo pueden conciliar a los hombres con los dioses buenos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Sobre la cuestión de la teología natural que ha de discutirse con los filósofos de ciencia más excelente.

Ahora nos es necesario un ánimo mucho más atento de lo que fue en la solución de las cuestiones superiores y en la explicación de los libros. Pues sobre la teología que llaman natural, no con cualesquiera hombres (pues no es la fabulosa o la civil, esto es, ni la teatral ni la urbana; de las cuales una alardea de los crímenes de los dioses, la otra indica los deseos más criminales de los dioses, y por ello más bien de los demonios malignos que de los dioses); sino con los filósofos ha de tenerse la colación: cuyo nombre mismo, si lo interpretamos en latín, profesa el amor a la sabiduría. Por lo demás, si la sabiduría es Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, como la divina autoridad y verdad mostró (Sab. VII, 24-27; y Heb. 1, 2, 3), el verdadero filósofo es amador de Dios. Pero porque la cosa misma de que es este nombre no está en todos los que se glorían de este nombre (pues no por ser llamados filósofos son continuamente amadores de la verdadera sabiduría), ciertamente de todos, cuyas sentencias pudimos conocer incluso por las letras, han de ser elegidos aquellos con quienes no indignamente se trate esta cuestión. Pues ni en esta obra he emprendido refutar todas las vanas opiniones de todos los filósofos, sino solo aquellas que pertenecen a la teología (theologia), por cuya palabra griega entendemos que se significa la razón o el sermón sobre la divinidad; ni las de todos, sino solo de aquellos que, aunque consienten tanto en que hay divinidad como en que esta cuida de las cosas humanas, no obstante piensan que no basta el culto de un solo Dios inconmutable

para alcanzar la vida, incluso después de la muerte, bienaventurada, sino que creen que por esa causa deben ser adorados muchos, creados e instituidos por aquel solo. Estos ya trascienden incluso la opinión de Varrón por la proximidad a la verdad; puesto que aquel pudo extender toda la teología natural hasta este mundo o su alma; estos, en cambio, confiesan a Dios por encima de toda naturaleza del alma, el cual hizo no solo este mundo visible, que a menudo se designa con el nombre de cielo y tierra, sino también absolutamente toda alma; y el cual hace bienaventurada a la racional e intelectual, de cuyo género es el alma humana, por la participación de su luz inconmutable e incorpórea. A estos filósofos llamados Platónicos (Platonicos), derivado el vocablo de su maestro Platón (Platone), nadie que haya oído esto aunque sea tenuemente lo ignora. Sobre este Platón, pues, tocaré brevemente lo que juzgo necesario para la presente cuestión, conmemorando primero a aquellos que le precedieron en el mismo género de letras.

CAPÍTULO II.

De dos géneros de filósofos, esto es, el Itálico y el Jónico, y de sus autores.

En cuanto pertenece a las letras griegas, cuya lengua se tiene por más clara entre las demás naciones, se transmiten dos géneros de filósofos: uno Itálico (Italicum), de aquella parte de Italia que antiguamente fue llamada Magna Grecia; el otro Jónico (Ionicum), en aquellas tierras donde

aun ahora se nombra Grecia. El género Itálico tuvo por autor a Pitágoras Samio (Pythagoram Samium), de quien también refieren que surgió el mismo nombre de la filosofía. Pues como antes se llamaran Sabios (Sapientes) los que por cierto modo de vida laudable parecían aventajar a los demás, este, preguntado qué profesaba, respondió que él era Filósofo (Philosophum), esto es, estudioso o amador de la sabiduría; puesto que profesarse sabio le parecía muy arrogante. Pero del género Jónico el príncipe fue Tales Milesio (Thales Milesius), uno de aquellos siete que fueron llamados Sabios. Pero aquellos seis se distinguían por el género de vida y por ciertos preceptos acomodados para vivir bien; este Tales, en cambio, para propagar también sucesores, escudriñó la naturaleza de las cosas y encomendando sus disputaciones a las letras, sobresalió; y fue especialmente admirable porque, comprendidos los números de la astrología, pudo también predecir los eclipses de sol y de luna. Sin embargo, pensó que el agua era el principio de las cosas, y que de aquí existían todos los elementos del mundo y el mundo mismo, y las cosas que en él se engendran. Pero nada antepuso de una mente divina a esta obra que vemos tan admirable considerado el mundo. A este sucedió Anaximandro (Anaximander), su oyente, y cambió la opinión sobre la naturaleza de las cosas. Pues pensó que cada cosa nacía no de una sola cosa, como Tales del humor, sino de sus propios principios. Los cuales principios de cada cosa creyó que eran infinitos, y que engendraban innumerables mundos

y cuantas cosas en ellos se originan; y pensó que esos mundos unas veces se disolvían, otras veces volvían a nacer, según cuanto cada uno hubiera podido permanecer en su edad; ni atribuyó él mismo algo a la mente divina en estas obras de las cosas. Este dejó por discípulo y sucesor a Anaxímenes (Anaximenem), el cual dio todas las causas de las cosas al aire infinito; y no negó a los dioses ni guardó silencio sobre ellos; sin embargo, no creyó que el aire fuera hecho por ellos, sino que ellos nacieron del aire. Pero Anaxágoras (Anaxagoras), su oyente, sintió que el ánimo divino era el efectuador de todas estas cosas que vemos; y dijo que de la materia infinita, que constara de partículas semejantes entre sí, se hacían cada uno de los géneros de todas las cosas según sus módulos y especies propias, pero haciéndolo el ánimo divino. También Diógenes (Diogenes), otro oyente de Anaxímenes, dijo ciertamente que el aire era la materia de las cosas de la cual todo se hacía; pero que este era partícipe de la razón divina, sin la cual nada podría hacerse de él. A Anaxágoras sucedió su oyente Arquelao (Archelaus); también él pensó que todo constaba así de partículas semejantes entre sí, por las cuales se hacía cada cosa, de modo que decía que también existía una mente que, juntando y disipando los cuerpos eternos, esto es, aquellas partículas, lo realizaba todo. Se dice que Sócrates (Socrates) fue discípulo de este, maestro de Platón, por causa de quien he recordado brevemente todas estas cosas.

CAPÍTULO III.

De la disciplina Socrática.

Sócrates (Socrates), pues, es recordado como el primero que inclinó toda la filosofía a corregir y componer las costumbres; cuando antes de él todos empleaban su mayor esfuerzo más bien en escudriñar las cosas físicas, esto es, naturales. Pero no me parece que pueda deducirse claramente si Sócrates, para hacer esto, dirigió su ánimo por el tedio de las cosas oscuras e inciertas a encontrar algo abierto y cierto que fuera necesario para la vida bienaventurada; por la cual sola parece haber vigilado y trabajado la industria de todos los filósofos; o bien, como algunos sospechan más benévolamente de él, no quería que los ánimos impuros por las codicias terrenales intentaran extenderse a las cosas divinas. Puesto que veía que las causas de las cosas eran investigadas por ellos, las cuales él creía que no eran primeras y sumas sino en la voluntad del solo y sumo Dios; por lo cual no pensaba que aquellas pudieran ser comprendidas sino por una mente purificada; y por eso juzgaba que debía instarse en purgar la vida con buenas costumbres, para que el ánimo exonerado de las libidines que lo deprimen se elevara por su vigor natural a las cosas eternas, y contemplara con la pureza de la inteligencia la naturaleza de la luz incorpórea e inconmutable, donde viven establemente las causas de todas las naturalezas creadas. Consta, sin embargo, que él, con maravilloso encanto de disertar y agudísima urbanidad, agitó y revolvió la estulticia de los

ignorantes que opinaban saber algo, incluso en las mismas cuestiones morales a las que parecía haber dirigido todo su ánimo, ya fuera por su confesada ignorancia o por su disimulada ciencia. De donde, concitadas enemistades por una calumniosa criminación, fue condenado y castigado con la muerte. Pero después aquella misma ciudad de Atenas le lloró públicamente, a quien públicamente había condenado, convertida la indignación del pueblo contra sus dos acusadores hasta tal punto que uno de ellos murió oprimido por la violencia de la multitud, y el otro evitó una pena semejante por un exilio voluntario y perpetuo. Con tan preclara fama, pues, de vida y muerte, Sócrates dejó muchísimos seguidores de su filosofía, cuyo estudio fue emuladamente versarse en la disertación de las cuestiones morales, donde se trata del sumo bien por el cual el hombre puede hacerse bienaventurado. El cual, como en las disputaciones de Sócrates, mientras mueve, aserta y destruye todo, no apareció evidentemente, cada cual tomó de allí lo que le plugo, y donde a cada uno le pareció, constituyeron el fin del bien. Pues se llama fin del bien aquel al que cuando alguien llega, es bienaventurado. Pero de tal modo tuvieron los socráticos diversas sentencias entre sí sobre ese fin, que (lo cual apenas es creíble que pudieran hacerlo seguidores de un solo maestro) algunos decían que el sumo bien era el deleite (voluptatem), como Aristipo (Aristippus); otros que la virtud (virtutem), como Antístenes (Antisthenes). Así otros y otros opina-

ron una y otra cosa: los cuales conmemorar sería largo.

CAPÍTULO IV.

De Platón, el principal entre los discípulos de Sócrates, el cual distinguió toda la filosofía con una triple partición.

Pero entre los discípulos de Sócrates, no por cierto inmerecidamente, brilló con excelentísima gloria Platón (Plato), quien oscurecería del todo a los demás. El cual, siendo ateniense, nacido de un lugar honorable entre los suyos, y precediendo de lejos con su maravilloso ingenio a sus condiscípulos; pensando, sin embargo, que para perfeccionar la filosofía no bastaban él mismo ni la disciplina socrática (Socratica), peregrinó cuanto pudo a lo largo y a lo ancho, a dondequiera que le arrebataba la fama de percibir alguna nobleza de ciencia. Así, en Egipto aprendió cuantas cosas grandes allí se tenían y enseñaban, y viniendo de allí a aquellas partes de Italia donde se celebraba la fama de los Pitagóricos (Pythagoraeorum), cuanto de la filosofía itálica (Italicae) entonces florecía, oídos los más eminentes doctores en ella, lo comprendió facilísimamente. Y porque amaba singularmente a su maestro Sócrates, haciéndole hablar en casi todos sus sermones, incluso aquellas cosas que o bien había aprendido de otros, o bien él mismo había visto con cuanta inteligencia pudo, las templó con el encanto y las disputaciones morales de aquel. Por lo tanto, como el estudio de la sabiduría verse en la acción y en la contemplación, de donde una parte de ella puede

llamarse activa (activa) y la otra contemplativa (contemplativa); de las cuales la activa pertenece al obrar la vida, esto es, a instituir las costumbres, y la contemplativa a contemplar las causas de la naturaleza y la sincerísima verdad; Sócrates es recordado por haber sobresalido en la activa; Pitágoras, en cambio, por haber instado más en la contemplativa con cuantas fuerzas de inteligencia pudo. Por consiguiente, Platón es alabado por haber perfeccionado la filosofía uniendo ambas, la cual distribuyó en tres partes: una moral (moralem), que versa sobre todo en la acción; otra natural (naturalem), que está dedicada a la contemplación; la tercera racional (rationalem), por la cual se distingue lo verdadero de lo falso; la cual, aunque sea necesaria para ambas, esto es, para la acción y la contemplación, sin embargo, la contemplación reivindica para sí principalmente la perspección de la verdad. Por eso esta tripartición no es contraria a aquella distinción por la cual se entiende que todo estudio de la sabiduría consiste en la acción y en la contemplación. Qué sintió, pues, en estas partes o sobre estas partes singulares Platón, esto es, dónde conoció o creyó que estaba el fin de todas las acciones, dónde la causa de todas las naturalezas, dónde la luz de todas las razones, juzgo que es largo de explicar disertando, y no juzgo que deba afirmarse temerariamente. Pues como afecta a conservar la conocidísima costumbre de su maestro Sócrates, a quien hace disputar en sus volúmenes, de disimular su ciencia o su opinión, porque también a él mismo le plugo esa costumbre, se hizo que las

sentencias del mismo Platón sobre cosas grandes no puedan percibirse fácilmente. Sin embargo, de las cosas que se leen en él, ya sea las que dijo, ya sea las que narró y escribió que fueron dichas por otros, las cuales le parecieron placenteras, algunas deben ser conmemoradas e insertadas en esta obra por nosotros, ya sea donde sufraga a la religión verdadera que nuestra fe recibe y defiende, o donde le parece ser contrario a ella, en cuanto pertenece a esta cuestión sobre un solo Dios y muchos, por causa de la vida que ha de haber después de la muerte verdaderamente bienaventurada. Pues tal vez quienes son alabados con fama más célebre por haber entendido y seguido a Platón más aguda y verdaderamente, antepuestos de lejos y rectamente a los demás filósofos de las gentes, sienten tal cosa de Dios que en Él se encuentre tanto la causa de subsistir como la razón de entender como el orden de vivir; de los cuales tres, uno se entiende que pertenece a la natural, otro a la racional y el tercero a la parte moral. Pues si el hombre fue así creado que por aquello que en él sobresale alcance aquello que sobresale a todo, esto es, al uno, verdadero y óptimo Dios, sin el cual ninguna naturaleza subsiste, ninguna doctrina instruye, ningún uso aprovecha; búsquesele a Él donde nos son seguras todas las cosas; contémplesele a Él donde nos son ciertas todas las cosas; ámesele a Él donde nos son rectas todas las cosas.

CAPÍTULO V.

Que debe disputarse de la teología principalmente con los Platónicos, a cuya opinión deben posponerse los dogmas de todos los filósofos.

Si, pues, Platón dijo que es sabio el que es imitador, conocedor y amador de este Dios, por cuya participación sea bienaventurado, ¿qué necesidad hay de examinar a los demás? Ningunos se nos han acercado más que estos. Cédales, pues, no solo aquella teología fabulosa (fabulosa) que deleita los ánimos de los impíos con los crímenes de los dioses; ni solo también aquella civil (civile), donde los demonios impuros, seduciendo bajo el nombre de los dioses a los pueblos entregados a los goces terrenales, quisieron tener los errores humanos como sus propios honores divinos, excitando con estudios impurísimos a sus cultores a contemplar los juegos de sus propios crímenes como si fuera su propio culto, y exhibiendo para sí juegos más deleitables de los mismos espectadores; donde si algunas cosas como honestas se hacen en los templos, se manchan con la obscenidad de los teatros que se les unen; y cuantas cosas torpes se hacen en los teatros, se alaban con la fealdad de los templos comparada consigo misma. Y aquellas cosas que Varrón interpretó de estos ritos, como referidas al cielo y a la tierra y a las semillas y actos de las cosas mortales; porque ni ellas mismas se significan por aquellos ritos, los cuales él mismo intenta insinuar, y por eso la verdad no sigue al que lo intenta; y si ellas mismas fueran, sin embargo, para el alma racional no debían ser adoradas como su Dios aquellas cosas que por orden natural están constituidas por

debajo de ella; ni debió anteponerse a sí misma, como si fueran dioses, aquellas cosas a las que el Dios verdadero la antepuso a ella misma. Y aquellas cosas que Numa Pompilio, pertenecientes verdaderamente a ritos de esa clase, procuró esconder enterrándolas consigo, y que extraídas por el arado el senado mandó incendiar. En ese género están también aquellas cosas, para que sospechemos algo más suave de Numa, que Alejandro Macedonio (Alexander Macedo) escribe a su madre, habiéndole sido manifestadas por un cierto León (Leone), gran antístite de los ritos egipcios; donde no solo Pico y Fauno y Eneas y Rómulo, o incluso Hércules y Esculapio y Líber nacido de Sémele, y los hermanos Tindáridas, y si a otros cualesquiera de entre los mortales tienen por dioses, sino incluso los mismos dioses de las gentes mayores, a quienes Cicerón en las Tusculanas parece tocar con nombres callados (Lib. I, cap. 13), Júpiter, Juno, Saturno, Vulcano, Vesta, y otros muchísimos a quienes Varrón intenta transferir a las partes del mundo o elementos, se delata que fueron hombres. Pues temiendo también aquel como los misterios revelados, pide amonestando a Alejandro que, cuando haya insinuado esas cosas escritas a su madre, mande que sean quemadas por las llamas. No solo, pues, estas cosas que las dos teologías, la fabulosa y la civil, contienen, cedan a los filósofos platónicos (Platonicis), los cuales dijeron que el Dios verdadero es tanto el autor de las cosas como el ilustrador de la verdad como el larguiz de la bienaventuranza; sino que otros filósofos también,

que opinaron principios corporales de la naturaleza con mentes entregadas al cuerpo, cedan a estos varones tan grandes y conocedores de tan gran Dios, como Tales en el humor, Anaxímenes en el aire, los Estoicos (Stoici) en el fuego, Epicuro (Epicurus) en los átomos, esto es, corpúsculos pequeñísimos que ni pueden dividirse ni sentirse, y cualesquiera otros cuya enumeración no es necesaria, ya digan que cuerpos simples o conjuntos, ya carentes de vida o vivientes, pero sin embargo cuerpos, son la causa y principio de las cosas. Pues algunos de ellos creyeron que de las cosas no vivas pueden hacerse cosas vivas, como los Epicúreos; otros, en cambio, que de lo viviente tanto lo viviente como lo no viviente, pero sin embargo cuerpos de un cuerpo. Pues los Estoicos pensaron que el fuego, esto es, un solo cuerpo de estos cuatro elementos de los que consta este mundo visible, es tanto viviente como sabio y fabricador del mundo mismo y de todo lo que en él hay, y que absolutamente ese fuego es Dios. Estos y los demás semejantes a ellos solo pudieron pensar aquello que sus corazones, ligados a los sentidos de la carne, fabularon con ellos. Pues tenían en sí lo que no veían, y se imaginaban ante sí lo que fuera habían visto, incluso cuando no lo veían sino que solo lo pensaban. Pero esto, ante la vista de tal pensamiento, ya no es cuerpo, sino similitud de cuerpo. Pero aquello de donde se ve en el ánimo esta similitud de cuerpo, ni es cuerpo ni similitud de cuerpo; y aquello de donde se ve y se juzga si es hermosa o deforme, por cierto es mejor que aquello mismo que es juzgado. Esta es

la mente del hombre y la naturaleza del alma racional, que ciertamente no es cuerpo; si ya aquella similitud de cuerpo, cuando se contempla y juzga en el ánimo del que piensa, tampoco ella es cuerpo. No es, pues, ni tierra, ni agua, ni aire, ni fuego; de cuyos cuatro cuerpos, que se llaman los cuatro elementos, vemos que está compacto el mundo corpóreo. Por lo demás, si nuestro ánimo no es cuerpo, ¿cómo el Dios creador del ánimo es cuerpo? Cedan, pues, también estos, como se ha dicho, a los Platónicos; cedan también aquellos que por cierto se avergonzaron de decir que Dios es cuerpo, pero no obstante pensaron que nuestras almas son de la misma naturaleza que Él es. Así no les movió tanta mutabilidad del alma, la cual es un nefas atribuir a la naturaleza de Dios. Pero dicen: Por el cuerpo se muda la naturaleza del alma; pues por sí misma es inconmutable. Podrían estos decir: Por algún cuerpo se vulnera la carne; pues por sí misma es invulnerable. Ciertamente lo que no puede ser mudado, por ninguna cosa puede; y por ello lo que por el cuerpo puede ser mudado, por alguna cosa puede, y por eso no puede rectamente llamarse inconmutable.

Vieron, pues, estos filósofos, a quienes la fama celebra como merecidamente antepuestos a los demás, que ningún cuerpo es Dios; y por eso trascendieron todos los cuerpos buscando a Dios. Vieron que todo lo que es mutable no es el sumo Dios; y por eso trascendieron toda alma y los espíritus mutables buscando al sumo Dios. Luego vieron que toda especie en cualquier cosa mutable, por la cual es lo que sea aquello, de

cualquier modo y de cualquier cualidad que sea, no puede ser sino de aquel que verdaderamente es, porque es inconmutablemente. Y por esto, ya sea el cuerpo de todo el mundo, las figuras, cualidades y el movimiento ordenado, y los elementos dispuestos desde el cielo hasta la tierra, y cualesquiera cuerpos que en ellos hay; ya sea toda vida, o la que nutre y conserva, cual es en los árboles; o la que también tiene esto y siente, cual es en los ganados; o la que también tiene estas cosas y entiende, cual es en los hombres; o la que no necesita de nutrición, sino que solo conserva, siente y entiende, cual es en los Ángeles; no puede ser sino de aquel que simplemente es. Porque para aquel es una cosa ser, otra vivir; como si pudiera ser no viviente; otra vivir, otra entender; como si pudiera vivir no entendiéndo; otra entender, otra ser bienaventurado; como si pudiera entender no siendo bienaventurado. Pero para Dios esto es ser, lo que vivir, lo que entender, lo que ser bienaventurado, que por ninguna mutabilidad se muda. Por esta inconmutabilidad y simplicidad entendieron que Él hizo todas estas cosas, y que Él mismo por nadie pudo ser hecho. Consideraron, pues, que todo lo que es, o es cuerpo o es vida; y que la vida es algo mejor que el cuerpo; y que la especie del cuerpo es sensible, y la vida inteligible. Por eso antepusieron la especie inteligible a la sensible. Llamamos sensibles a las cosas que pueden sentirse por la vista y el tacto del cuerpo; inteligibles a las que pueden entenderse por la agudeza de la mente. No hay, pues, ninguna especie de cuerpo en la que no

aparezca, de cualquier modo que allí sobresalga menos, algún número; el cual no puede ser sino del número inteligible e inconmutable que está en la suma sabiduría, el cual hizo todas las cosas en medida, número y peso. Como, por tanto, en su presencia no estaba el cuerpo de donde pensaran estas cosas, sino que su mirada interior estaba en su alma, de donde juzgaran tales cosas sobre los cuerpos; vieron ciertamente que también el alma misma es mutable. Pues unas veces quería, otras no quería; unas veces sabía, otras no sabía; unas veces recordaba, otras olvidaba; unas veces temía, otras osaba; unas veces se inclinaba a los vicios, otras a las virtudes. Vieron, pues, que si el alma tuviera una cosa por la cual se mudara, tendría otra por la cual esa misma especie fuera la misma; ciertamente también en la misma alma la especie sería inteligible, como en los cuerpos sensible. De donde también trascendieron la misma alma para buscar la especie inconmutable donde habían conocido que esta era. Y así llegaron a aquello que es uno, y simplemente es, y por esto es Dios. Pues allí no es una cosa ser y otra ser hermoso; sino que esto es para Él ser, lo que ser hermoso. Como no es otra cosa para Él ser y otra ser sabio; sino que esto es para Él ser, lo que ser sabio. Y todo lo que de Él se dice, se refiere a su esencia, que es una e inconmutable. Esta es aquella teología natural que estos filósofos, que vieron todo más agudamente, segregaron de todas las demás sectas y géneros de filósofos.

CAPÍTULO VI.

Del sentir de los platónicos en aquella parte de la filosofía que se llama física.

Vieron, pues, estos filósofos, a quienes vemos no sin razón antepuestos a los demás por la fama y la gloria, que Dios no es cuerpo alguno: y por eso trascendieron todos los cuerpos buscando a Dios. Vieron que todo lo que es mudable no es el sumo Dios: y por eso trascendieron toda alma y todos los espíritus mudables, buscando al sumo Dios. Después vieron que toda forma (especie) en cualquier cosa mudable, por la cual es lo que es, de cualquier modo y cualquiera que sea su naturaleza, no puede ser sino de aquel que verdaderamente es, porque es inconmutablemente. Y por esto, ya sea el cuerpo de todo el mundo, sus figuras, cualidades y movimiento ordenado, y los elementos dispuestos desde el cielo hasta la tierra, y cualesquiera cuerpos que en ellos hay; ya sea toda la vida, o la que nutre y contiene, como es en los árboles; o la que tiene esto y siente, como es en los ganados; o la que tiene esto y entiende, como es en los hombres; o la que no necesita de subsidio nutricio, sino que solamente contiene, siente y entiende, como es en los ángeles—no pudo ser sino de aquel que simplemente es: porque no es para Él una cosa ser y otra vivir, como si pudiera ser no viviendo; ni es para Él una cosa vivir y otra entender, como si pudiera vivir no entendiendo; ni es para Él una cosa entender y otra ser bienaventurado, como si pudiera entender y no ser bienaventurado; sino que lo que es para Él vivir, entender y ser bienaventurado, esto mismo es para Él ser. Por esta inconmutabilidad

y simplicidad entendieron que Él hizo todas estas cosas, y que Él mismo no pudo haber sido hecho por nadie. Consideraron, en efecto, que todo lo que es, o es cuerpo o es vida; y que la vida es algo mejor que el cuerpo; y que la forma del cuerpo es sensible, mientras que la de la vida es inteligible. Por tanto, prefirieron la forma inteligible a la sensible. Llamamos sensibles a aquellas cosas que pueden sentirse por la vista y el tacto del cuerpo; inteligibles, a aquellas que pueden entenderse por la mirada de la mente. Pues no hay belleza corporal alguna, ya sea en el estado del cuerpo, como es la figura, ya en el movimiento, como es el canto, de la cual no juzgue el alma. Lo cual ciertamente no podría hacer si no hubiera en ella una forma mejor de esta, sin el hinchazón de la masa, sin el estrépito de la voz, sin el espacio de lugar o de tiempo. Pero allí también, a menos que fuera mudable, no juzgaría uno mejor que otro sobre la forma sensible: mejor el ingenioso que el tardo, mejor el perito que el imperito, mejor el ejercitado que el menos ejercitado, y el mismo uno cuando progresa, ciertamente mejor después que antes. Pero lo que recibe más y menos es, sin duda, mudable. De donde hombres ingeniosos, doctos y ejercitados en estas cosas, fácilmente coligieron que la primera forma no está en aquellas cosas donde se convence de ser mudable. Cuando, por tanto, en su presencia tanto el cuerpo como el alma eran más o menos hermosos, y si pudieran carecer de toda forma, no serían en absoluto nada, vieron que hay algo donde está la primera e inconmutable forma, y

por tanto ni siquiera comparable: y allí creyeron con toda rectitud que está el principio de las cosas, que no habría sido hecho, y del cual todas las cosas habrían sido hechas. Así, lo que de Dios es conocido, Él mismo se lo manifestó, puesto que sus cosas invisibles, entendidas por las que han sido hechas, fueron vistas por ellos; también su sempiterna virtud y divinidad (Rom. I, 19, 20): por quien también todas las cosas visibles y temporales fueron creadas. Esto se diga de aquella parte que llaman física, esto es, natural.

CAPÍTULO VII.

De cuánto más excelentes han de ser tenidos los platónicos que los demás en la lógica, esto es, en la filosofía racional.

En lo que atañe a la doctrina, donde versa la segunda parte, que por ellos es llamada lógica, esto es, racional; lejos de nosotros que parezcan comparables a estos los que pusieron el juicio de la verdad en los sentidos del cuerpo, y juzgaron que todas las cosas que se aprenden deben medirse por sus reglas infieles y falaces, como los epicúreos, y cualesquiera otros tales; como también los mismos estoicos, quienes, habiendo amado vehementemente la destreza en el disputar, que llaman dialéctica, pensaron que debía derivarse de los sentidos del cuerpo; aseverando por esto que el alma concibe las nociones, que ellos llaman ennoias (ἐννοίας), a saber, de aquellas cosas que explican definiendo; y que de aquí se propaga y conecta toda la razón de aprender y enseñar. Donde yo suelo maravillarme mucho,

cuando dicen que no son hermosos sino los sabios, con qué sentidos del cuerpo habrán visto esa hermosura, con qué ojos de la carne habrán contemplado la forma y el decoro de la sabiduría. Pero estos, a quienes con razón anteponemos a los demás, discernieron las cosas que se contemplan con la mente de aquellas que se alcanzan con los sentidos; ni quitando a los sentidos lo que pueden, ni dándoles más de lo que pueden. Pero dijeron que la luz de las mentes para aprender todas las cosas es el mismo Dios por quien fueron hechas todas las cosas.

CAPÍTULO VIII.

Que también en la filosofía moral los platónicos obtienen el principado.

Resta la parte moral, que con vocablo griego llaman ethike (ἠθικήν), donde se trata del sumo bien (summum bonum), al cual referimos todo lo que hacemos, y el cual deseamos no por otra cosa, sino por sí mismo, y alcanzándolo, no requiramos nada más para ser bienaventurados. Por esta razón, ciertamente, se llamó también fin, porque por este queremos las demás cosas, pero a él solo por él mismo. Este bien beatífico, pues, unos dijeron que está en el cuerpo, otros en el alma, otros en ambos en el hombre. Veían, en efecto, que el hombre mismo consta de alma y cuerpo, y por eso creían que podía estarle bien por cualquiera de estos dos, o por ambos, con algún bien final por el cual fuesen bienaventurados, al cual refiriesen todo lo que hacían, y que no buscasen más allá

aquello a lo cual debía hacerse la referencia. De donde aquellos que se dicen haber añadido un tercer género de bienes, que se llama extrínseco, como es el honor, la gloria, el dinero, y si hay algo de este tipo, no los añadieron de modo que fuese el bien final, esto es, apetecible por sí mismo, sino por otra cosa; y este género era un bien para los buenos, pero un mal para los malos. Así, el bien del hombre, que buscaron ya del alma, ya del cuerpo, ya de ambos, pensaron que no debía buscarse de ninguna otra cosa sino del hombre. Pero los que lo apetecieron del cuerpo, de la parte peor del hombre; los que del alma, de la parte mejor; los que de ambos, de todo el hombre. Ya sea, pues, de cualquier parte, ya de todo, no sino del hombre. Ni esas diferencias, por ser tres, fueron por eso solo tres, sino que hicieron muchas disensiones y sectas de filósofos: porque opinaron de diversa manera sobre el bien del cuerpo, y el bien del alma, y el bien de ambos. Cedan, pues, todos estos a aquellos filósofos que no dijeron que es bienaventurado el hombre gozando del cuerpo, o gozando del alma, sino gozando de Dios: no como el alma goza del cuerpo o de sí misma, o como el amigo del amigo, sino como el ojo de la luz; si algo de semejanza ha de traerse de estas cosas a aquellas, lo cual, cómo sea, si Dios mismo ayudare, aparecerá en otro lugar en cuanto por nosotros pueda hacerse.

[IX.] Ahora baste conmemorar que Platón determinó que el fin del bien es vivir según la virtud, y que esto solo puede sucederle a quien tenga la noticia de Dios y la imitación; ni ser bienaven-

turado por otra causa. Y por eso no duda que esto es filosofar, amar a Dios, cuya naturaleza es incorpórea. De donde ciertamente se colige que entonces será bienaventurado el estudioso de la sabiduría (pues eso es el filósofo), cuando comenzare a gozar de Dios. Pues aunque no es continuamente bienaventurado el que goza de lo que ama; pues muchos, amando cosas que no deben ser amadas, son miserables, y más miserables cuando las gozan: nadie, sin embargo, es bienaventurado si no goza de lo que ama. Pues también los mismos que aman cosas que no deben amarse, no se creen bienaventurados por amar, sino por gozar. Quienquiera, pues, que goza de lo que ama, y ama el verdadero y sumo bien, ¿quién sino el más miserable niega que es bienaventurado? Pero el verdadero y sumo bien dice Platón que es Dios, de donde quiere que el filósofo sea amante de Dios, para que, puesto que la filosofía tiende a la vida bienaventurada, sea bienaventurado gozando de Dios el que hubiere amado a Dios.

CAPÍTULO IX.

De aquella filosofía que se acercó más propiamente a la verdad de la fe cristiana.

Cualesquiera filósofos, pues, que sobre Dios sumo y verdadero sintieron estas cosas, que es el hacedor de las cosas creadas, y la luz de las que han de conocerse, y el bien de las que han de hacerse; que de Él tenemos el principio de la naturaleza, y la verdad de la doctrina, y la felici-

dad de la vida; ya sea que se llamen platónicos más adecuadamente, o impongan cualquier otro nombre a su secta; ya sea que solamente los del género Jónico, que fueron los principales entre ellos, sintieron estas cosas, como el mismo Platón y los que bien le entendieron; o también los Itálicos, por Pitágoras y los pitagóricos, y si algunos otros de la misma sentencia se han hallado; o también de otras naciones, que han sido tenidos por sabios o filósofos, libios atlánticos, egipcios, indios, persas, caldeos, escitas, galos, españoles y otros se hallan que esto vieron y enseñaron, a todos ellos anteponemos a los demás, y los confesamos más cercanos a nosotros.

CAPÍTULO X.

Cuál sea entre las artes filosóficas la excelencia del cristiano religioso.

1. Pues aunque el hombre cristiano, instruido solamente en las letras eclesiásticas, ignore tal vez el nombre de los platónicos, y no sepa si han existido dos géneros de filósofos en la lengua griega, los jónicos y los itálicos; no es, sin embargo, tan sordo en las cosas humanas que no sepa que los filósofos profesan o el estudio de la sabiduría o la sabiduría misma. Se guarda, sin embargo, de aquellos que filosofan según los elementos de este mundo, no según Dios, por quien el mundo mismo fue hecho. Pues es amonestado por el precepto apostólico, y oye fielmente lo que se dice: "Mirad que nadie os engañe por la filosofía y vana seducción, según los elementos del mundo"

(Colos. II, 8). Después, para que no piense que todos son tales, oye decir al mismo apóstol de algunos: "Porque lo que de Dios se conoce, es manifiesto en ellos; pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de Él, desde la constitución del mundo, se ven claramente, siendo entendidas por las cosas que han sido hechas; también su sempiterna virtud y divinidad" (Rom. I, 19, 20). Y donde hablando a los atenienses, habiendo dicho una cosa grande de Dios, y que por pocos puede ser entendida, que "en Él vivimos, nos movemos y somos"; añadió y dijo: "Como también algunos de los vuestros dijeron" (Hech. XVII, 28). Sabe ciertamente guardarse de ellos incluso en aquello en que yerran. Pues donde se dijo que por las cosas que han sido hechas, Dios les manifestó sus cosas invisibles para ser contempladas por el entendimiento; allí también se dijo que ellos no dieron culto rectamente al mismo Dios, porque también a otras cosas, a las cuales no convenía, dieron los honores divinos debidos solamente a Él uno: "Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Diciendo que eran sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de serpientes" (Rom. I, 21-23). Donde dio a entender que se refería tanto a los romanos, como a los griegos, como a los egipcios, que se han gloriado del nombre de sabiduría. Pero de esto disputaremos con ellos después. Pero

en lo que consienten con nosotros sobre un solo Dios autor de esta universidad, que no solo está sobre todos los cuerpos, siendo incorpóreo, sino también sobre todas las almas, siendo incorruptible, principio nuestro, luz nuestra, bien nuestro, en esto los anteponemos a los demás.

2. [X.] Ni si el cristiano, ignorando sus letras, no usa en la disputa palabras que no ha aprendido, de modo que llame o natural en latín o física en griego a aquella parte en que se trata de la inquisición de la naturaleza, y racional o lógica a aquella en que se busca de qué modo puede percibirse la verdad, y moral o ética a aquella en que se trata de las costumbres y de los fines de los bienes que deben apetecerse y de los males que deben evitarse, por eso ignora que del solo Dios verdadero y óptimo tenemos tanto la naturaleza, por la cual hemos sido hechos a su imagen, como la doctrina, por la cual le conozcamos a Él y a nosotros, como la gracia, por la cual adhiriéndonos a Él seamos bienaventurados.

Esta es, pues, la causa por la que preferimos a estos sobre los demás; porque mientras otros filósofos han desgastado sus ingenios y estudios en buscar las causas de las cosas, y cuál fuese el modo de aprender y de vivir; estos, conocido Dios, hallaron dónde estaba la causa de la universidad constituida, y la luz de la verdad que ha de percibirse, y la fuente de la felicidad que ha de beberse. Ya sea, pues, que estos platónicos, o cualesquiera otros filósofos de cualesquiera naciones, sientan estas cosas sobre Dios, sienten con nosotros. Pero por eso nos ha placido más tratar esta causa

con los platónicos, porque sus letras son más conocidas. Pues tanto los griegos, cuya lengua descuella entre las naciones, las celebraron con gran predicación; como los latinos, movidos o por su excelencia o por su gloria, las aprendieron de más buena gana, y trasladándolas a nuestra elocuencia las hicieron más nobles y claras.

CAPÍTULO XI.

De dónde pudo Platón adquirir aquella inteligencia con la cual se acercó a la ciencia cristiana.

Se maravillan algunos asociados con nosotros en la gracia de Cristo, cuando oyen o leen que Platón sintió acerca de Dios estas cosas, que reconocen que concuerdan mucho con la verdad de nuestra religión. Por lo cual algunos pensaron que él, cuando marchó a Egipto, oyó al profeta Jeremías, o leyó las Escrituras proféticas en aquella misma peregrinación: cuya opinión ciertamente puse en algunos de mis libros. Pero computada diligentemente la razón de los tiempos, que se contiene en la historia crónica, indica que Platón nació casi cien años después del tiempo en que Jeremías profetizó: y habiendo vivido ochenta y un años, desde el año de su muerte hasta aquel tiempo en que el rey Tolomeo de Egipto pidió las Escrituras proféticas de la nación de los hebreos de Judea, y procuró que fuesen interpretadas y tenidas por setenta varones hebreos, que también conocían la lengua griega, se hallan casi sesenta años. Por lo cual, en aquella su peregrinación, Platón ni pudo ver a Jeremías, muerto tanto tiem-

po antes, ni leer las mismas Escrituras, que aún no habían sido trasladadas a la lengua griega, en la cual él era poderoso: a no ser que tal vez, porque fue de muy agudo estudio, así como las egipcias, así también aprendiera estas por medio de un intérprete, no para trasladarlas escribiendo, lo que Tolomeo se dice haber merecido por un ingente beneficio, quien por la potestad regia podía también ser temido, sino para aprender conversando qué contenían, cuanto pudiera captar. Para que se piense esto, parecen persuadir aquellos indicios de que el libro del Génesis comienza así: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra. Pero la tierra era invisible e incompuesta, y las tinieblas estaban sobre el abismo, y el Espíritu de Dios era llevado sobre el agua (Gén. I, 1, 2). Pero en el Timeo, libro que Platón escribió sobre la constitución del mundo, dice que Dios en aquella obra unió primero la tierra y el fuego: pero es manifiesto que al fuego atribuye el lugar del cielo: tiene, pues, esta sentencia cierta semejanza con aquella en que se dijo: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra. Después, aquellos dos medios por los cuales estos extremos se acoplaran entre sí, dice que son el agua y el aire: de donde se piensa que así entendió lo que está escrito: El Espíritu de Dios era llevado sobre el agua. Pues atendiendo poco a qué costumbre suele aquella Escritura llamar Espíritu de Dios, puesto que también el aire se llama espíritu, puede parecer que opinó que en aquel lugar se conmemoraban los cuatro elementos. Luego, aquello que Platón dice que el filósofo es amador de Dios, nada brilla tanto en aquellas

sagradas Letras: y sobre todo aquello que más me induce a asentir casi que Platón no fue ajeno a aquellos Libros, que cuando las palabras de Dios fueron llevadas por el ángel al santo Moisés de tal modo que, al preguntarle cuál era su nombre de quien le mandaba partir hacia el pueblo hebreo para librarlo de Egipto, se respondió: Yo soy el que soy; y dirás a los hijos de Israel: El que es, me envió a vosotros (Exod. III, 14); como si en comparación de aquel que verdaderamente es porque es inconmutable, las cosas que han sido hechas mudables no fueran: vehementemente sostuvo Platón esto, y diligentísimamente lo recomendó. Y no sé si esto se halle en alguna parte en los libros de aquellos que fueron antes de Platón, sino donde se dijo: Yo soy el que soy; y les dirás: El que es, me envió a vosotros.

CAPÍTULO XII.

Que también los platónicos, aunque sintieron bien acerca del único Dios verdadero, sin embargo juzgaron que debían hacerse sacrificios a muchos dioses.

Pero de dondequiera que él aprendiera estas cosas, sea por los libros precedentes de los antiguos, o más bien como dice el Apóstol: "porque lo que de Dios se conoce es manifiesto en ellos; pues Dios se lo manifestó: porque lo invisible de él, desde la constitución del mundo, se ve claramente comprendido por medio de las cosas que han sido hechas; también su eterno poder y divinidad" (Rom. I, 19, 20): ahora ya he expuesto suficientemente, según estimo, por qué no sin

mérito elegí a los filósofos platónicos con quienes tratar, porque en esta cuestión que ahora hemos emprendido se trata de la teología natural, sobre si, por causa de la felicidad que ha de haber después de la muerte, conviene hacer sacrificios a un solo Dios o a muchos.

1. [XII.] Por eso ciertamente elegí a estos preferentemente, ya que, cuanto mejor sintieron acerca del único Dios que hizo el cielo y la tierra, tanto más gloriosos e ilustres son tenidos que los demás: hasta tal punto antepuestos a los otros por el juicio de los posterios, que habiendo Aristóteles, discípulo de Platón, varón de excelente ingenio, e inferior por cierto a Platón en la elocuencia, pero superando fácilmente a muchos, fundado la secta peripatética, porque acostumbraba disputar paseando, y sobresaliendo con preclara fama había congregado a muchísimos discípulos en su propia herejía viviendo aún su maestro, después de la muerte de Platón, Espeusipo, hijo de su hermana, y Jenócrates, su amado discípulo, le sucedieron en su escuela, que se llamaba Academia, y por esto tanto ellos como sus sucesores se llamaban académicos; sin embargo, los filósofos más recientes y nobleza a quienes plugo seguir a Platón, no quisieron ser llamados peripatéticos o académicos, sino platónicos. De los cuales son muy ennoblecidos los griegos Plotino, Jámblico, Porfirio: y en ambas lenguas, esto es, tanto en la griega como en la latina, Apuleyo el Africano existió como noble platónico. Pero todos estos, y los demás de esa clase, y el mismo Platón, pensa-

ron que debían hacerse sacrificios a muchísimos dioses.

CAPÍTULO XIII.

De la sentencia de Platón, por la cual definió que los dioses no son sino buenos y amigos de las virtudes.

Aunque, por lo tanto, disientan de nosotros en muchas otras y grandes cosas, sin embargo en esto que acabo de poner, porque no es cosa pequeña, y de ahí ahora es la cuestión, primero les pregunto a cuáles dioses juzgan que debe exhibirse este culto, si a los buenos, o a los malos, o tanto a los buenos como a los malos. Pero tenemos la sentencia de Platón, diciendo que todos los dioses son buenos, ni hay en absoluto ninguno de los dioses malo (Libro 10 de las Leyes, y de la República, libro 2). Es consecuente, por tanto, que se entienda que estas cosas deben exhibirse a los buenos: pues entonces se exhiben a los dioses; ya que ni serán dioses si no fueren buenos. Si esto es así (pues ¿qué otra cosa conviene creer acerca de los dioses?), queda ciertamente vacía aquella opinión por la cual algunos piensan que los dioses malos deben ser aplacados con sacrificios para que no dañen; y que los buenos deben ser invocados para que ayuden. Pues no hay ningunos dioses malos: por lo demás, el debido honor de los sacrificios, según dicen, ha de ser diferido a los buenos. ¿Quiénes son, pues, aquellos que aman los juegos escénicos, y exigen que se añadan a las cosas divinas y que se exhiban en sus honores? cuya fuerza no indica que no sean nada, sino

que aquel afecto sin duda indica que son malos. Pues qué sintió Platón acerca de los juegos escénicos, es conocido; ya que juzga que los mismos poetas, porque compusieron poemas tan indignos de la majestad y bondad de los dioses, deben ser expulsados de la ciudad. ¿Quiénes son, por tanto, estos dioses, que contienden con el mismo Platón acerca de los juegos escénicos? Él, por cierto, no sufre que los dioses sean infamados con falsos crímenes: estos mandan que sus honores se celebren con los mismos crímenes. Finalmente, estos, cuando mandaban que se instauraran los mismos juegos, pidiendo cosas torpes, incluso obraron malignamente, quitándole el hijo a Tito Latinio, e infundiéndole una enfermedad, porque había rehusado su imperio, y retirando aquella enfermedad, cuando hubo cumplido lo mandado: pero él piensa que aquellos, ni siendo tan malos, deben ser temidos, sino reteniendo constantísimamente la fuerza de su sentencia, no duda en remover de un pueblo bien instituido todas las sacrílegas naderías de los poetas, con las cuales aquellos se deleitan por una sociedad de inmundicia. Pero a este Platón, lo que ya conmemoré en el segundo libro (Capítulo 14), Labeón lo pone entre los semidioses. Este Labeón juzga que los númenes malos deben ser aplacados con víctimas cruentas y súplicas de esta clase, pero los buenos con juegos y tales cosas pertenecientes como a la alegría. ¿Qué es, pues, lo que el semidiós Platón se atreve tan constantemente a quitar aquellos deleites, porque los juzga torpes, no a los semidioses, sino a los dioses, y esto buenos? Los

cuales dioses ciertamente rebaten la sentencia de Labeón: pues se mostraron en Latinio no solo como lascivos y juguetones, sino también como saevos y terribles. Expóngannos, pues, esto los platónicos, que juzgan que todos los dioses según la sentencia de su autor son buenos y honestos y compañeros de las virtudes de los sabios, y tienen por nefas sentir de otro modo de cualquiera de los dioses. Exponamos, dicen. Escuchemos, pues, atentamente.

CAPÍTULO XIV.

Sobre la opinión de aquellos que dijeron que las almas racionales son de tres géneros, esto es, en los dioses celestiales, en los demonios aéreos y en los hombres terrenos.

1. De todos los animales, dicen, en los que hay alma racional, la división es tripartita, en dioses, hombres, demonios. Los dioses ocupan el lugar más excelso, los hombres el ínfimo, los demonios el medio. Pues la sede de los dioses está en el cielo, de los hombres en la tierra, en el aire de los demonios. Así como diversa es para ellos la dignidad de los lugares, así también de las naturalezas. Por consiguiente, los dioses son más potentes que los hombres y los demonios; pero los hombres están constituidos por debajo de los dioses y los demonios, tanto por el orden de los elementos como por la diferencia de los méritos. Los demonios, pues, intermedios, así como han de ser pospuestos a los dioses, por debajo de los cuales habitan, así han de ser antepuestos a los hombres, por encima de los cuales están. Pues

tienen con los dioses común la inmortalidad de los cuerpos, pero con los hombres las pasiones de los ánimos. Por lo cual no es maravilla, dicen, si también se deleitan con las obscenidades de los juegos y los fingimientos de los poetas; puesto que son captados por los afectos humanos, de los cuales los dioses están lejos y en todos los modos ajenos. De lo cual se colige que Platón, al detestar y prohibir los fingimientos poéticos, no privó a los dioses, que todos son buenos y excelsos, del placer de los juegos escénicos, sino a los demonios.

2. Si estas cosas son así, que aunque se encuentren también en otros, sin embargo Apuleyo, platónico madaurense, de este solo asunto escribió un libro, cuyo título quiso que fuera "Sobre el dios de Sócrates": donde diserta y expone de qué género de númenes Sócrates tenía uno adjunto y conciliado por cierta amistad, por quien se dice haber solido ser amonestado para que desistiera de actuar, cuando aquello que quería actuar no iba a suceder prósperamente. Pues dice abiertamente, y afirma copiosísimamente, que aquel no fue Dios, sino demonio, tratando con diligente disputa aquella sentencia de Platón sobre la sublimidad de los dioses y la humildad de los hombres y la mediación de los demonios. Estas cosas, pues, si son así, ¿de qué modo se atrevió Platón, aunque no a los dioses, a quienes apartó de todo contagio humano, ciertamente a los mismos demonios, al expulsar a los poetas de la ciudad, quitarles los placeres teatrales, sino porque de este modo amonestó al ánimo humano, aunque toda-

vía puesto en estos miembros moribundos, para que, por el esplendor de la honestidad, desprecie los mandatos impuros de los demonios y deteste su inmundicia? Pues si Platón honestísimamente arguyó y prohibió estas cosas, ciertamente los demonios torpísimamente las pidieron y mandaron. O bien, pues, se engaña Apuleyo, y no de ese género de númenes tuvo amigo Sócrates; o siente Platón cosas contrarias entre sí, ahora honrando a los demonios, ahora removiendo sus delicias de una ciudad bien morigerada; o no es de felicitar a Sócrates por la amistad de un demonio, de la cual hasta tal punto se avergonzó el mismo Apuleyo, que prenotó el libro "Sobre el dios de Sócrates", el cual según su propia disputa, en la que tan diligente y copiosamente distingue a los dioses de los demonios, no debió llamar "Sobre el dios", sino "Sobre el demonio de Sócrates". Pero prefirió poner esto en la disputa misma que en el título del libro. Pues así por la sana doctrina que ha iluminado las cosas humanas, todos o casi todos aborrecen el nombre de demonios, de modo que quienquiera que antes de la disputa de Apuleyo, en la que se recomienda la dignidad de los demonios, leyera el título del libro "Sobre el demonio de Sócrates", de ningún modo sentiría que aquel hombre hubiera sido sano. ¿Qué encontró, pues, incluso el mismo Apuleyo que alabar en los demonios, fuera de la sutileza y firmeza de los cuerpos y el lugar más alto de la habitación? Pues de sus costumbres, cuando hablaba generalmente de todos, no solo no dijo nada bueno, sino incluso muchísimo malo. Finalmente, leído aquel

libro, absolutamente nadie se maravilla de que ellos incluso quisieran tener la torpeza escénica en las cosas divinas y, queriendo que se les crea dioses, pudieran deleitarse con los crímenes de los dioses, y que cualquier cosa que en sus ritos sagrados, sea por obscena solemnidad o torpe crueldad, o se ría o se horrorice, convenga con sus afectos.

CAPÍTULO XV.

Que ni por causa de los cuerpos aéreos, ni por causa de las habitaciones superiores los demonios aventajan a los hombres.

1. Por lo cual lejos esté que el ánimo verdaderamente religioso y sujeto al verdadero Dios, considerando estas cosas, juzgue por eso que los demonios son mejores que él mismo, porque tengan cuerpos mejores. De otro modo preferiría a sí mismo incluso a muchas bestias, que nos vencen tanto por la agudeza de los sentidos, como por el movimiento facilísimo y celérrimo, y por la valentía de las fuerzas, y por la muy añosa firmeza de los cuerpos. ¿Quién de los hombres se igualará a las águilas y buitres en el ver? ¿quién a los perros en el oler? ¿quién a las liebres, ciervos, y a todas las aves en la velocidad? ¿quién a los leones y elefantes en el valer mucho? ¿quién a las serpientes en el vivir largo tiempo, las cuales incluso se dice que al dejar la túnica dejan la vejez y vuelven a la juventud? Pero así como somos mejores que todos estos raciocinando e inteligiendo, así también debemos ser mejores que los demonios

viviendo bien y honestamente. Por esto, pues, también la divina providencia dio ciertos mejores dones de los cuerpos a aquellos de quienes consta que somos más poderosos, para que aquello por lo que les somos antepuestos nos fuera recomendado para ser cultivado con mucho mayor cuidado que el cuerpo; y aprendiéramos a despreciar la misma excelencia corporal, que supiéramos que los demonios tienen, frente a la bondad de la vida por la cual les somos antepuestos, habiendo de tener también nosotros la inmortalidad de los cuerpos, no la que la eternidad de los suplicios atormente, sino la que preceda la pureza de los ánimos.

2. Ya pues, sobre la altura del lugar, de que los demonios habitan en el aire, pero nosotros en la tierra, conmoverse así que de aquí juzguemos que ellos nos han de ser antepuestos, es del todo ridículo. Pues por este pacto nos anteponemos también a todos los volátiles. Pero los volátiles, cuando se fatigan volando, o tienen el cuerpo para ser refaccionado con alimentos, vuelven a la tierra, sea para el descanso, sea para el pasto; lo cual dicen que los demonios no hacen. ¿Acaso les place que los volátiles nos aventajen, pero los demonios incluso aventajen a los volátiles? Lo cual, si es de lo más demente opinar, no hay nada por lo que juzguemos a los demonios dignos por causa de la habitación del elemento superior, para que debamos sujetarnos a ellos con afecto de religión. Pues así como pudo suceder que las aves aéreas no solo no sean preferidas a nosotros los terrestres, sino que incluso sean sujetadas por

causa de la dignidad del alma racional que hay en nosotros; así pudo suceder que los demonios, aunque sean más aéreos, no por eso sean mejores que nosotros los terrestres, porque el aire sea superior que la tierra; sino que por eso los hombres han de ser preferidos a ellos, ya que de ningún modo se ha de comparar la desesperación de aquellos con la esperanza de los hombres piadosos. Pues incluso aquella razón de Platón, por la cual teje y ordena los cuatro elementos por proporción, intercalando así los dos medios, el aire y el agua, entre los dos extremos, el fuego movilísimo y la tierra inmóvil, de modo que cuanto es el aire a las aguas y el aire al fuego, tanto también las aguas sean superiores a las tierras; suficientemente nos amonesta a no estimar los méritos de los animales según los grados de los elementos. Y ciertamente el mismo Apuleyo con los demás llama al hombre animal terrestre, quien sin embargo es antepuesto de lejos a los animales acuáticos, aunque Platón anteponga las mismas aguas a las tierras: para que entendamos que no se ha de tener el mismo orden cuando se trata de los méritos de las almas, que el que parece ser el orden en los grados de los cuerpos; sino que puede suceder que un alma mejor habite en un cuerpo inferior, y una peor en uno superior.

CAPÍTULO XVI.

Qué sintió el platónico Apuleyo sobre las costumbres y acciones de los demonios.

Hablando, pues, el mismo platónico sobre las costumbres de los demonios, dijo que ellos son agitados por las mismas perturbaciones del ánimo que los hombres, irritados por las injurias, aplacados por los obsequios y dones, que se gozan en los honores, se deleitan con diversos ritos de los sacrificios, y si en ellos algo fuera descuidado, se conmueven (Sobre el dios de Sócrates). Entre otras cosas también dice que a ellos pertenecen las adivinaciones de los augures, de los arúspices, de los vates y de los sueños; que de estos también son los milagros de los magos (Ibíd.). Pero definiéndolos brevemente dice: los demonios son por género animales, por el ánimo pasivos, por la mente racionales, por el cuerpo aéreos, por el tiempo eternos; de estas cinco cosas, ciertamente, las tres primeras son las mismas que nosotros tenemos, la cuarta propia, la quinta la tienen común con los dioses (Ibíd.). Pero veo que de las tres superiores que tienen con nosotros, dos tienen también con los dioses. Pues dice que también los dioses son animales, el cual, distribuyendo a cada uno sus elementos, en los animales terrestres nos puso a nosotros con los demás que viven y sienten en la tierra, en los acuáticos a los peces y otros nadadores, en los aéreos a los demonios, en los etéreos a los dioses (Ibíd.). Y por esto, el que los demonios sean por género animales, no solo es común a ellos con los hombres, sino también con los dioses y las bestias; el que sean por mente racionales, con los dioses y los hombres; el que sean por el tiempo eternos, con los dioses solos; el que sean por el

ánimo pasivos, con los hombres solos; el que sean por el cuerpo aéreos, ellos lo son solos.

Por consiguiente, el que sean por género animales no es gran cosa, porque esto son también las bestias; el que sean por mente racionales no está por encima de nosotros, porque lo somos también nosotros; el que sean por el tiempo eternos, ¿qué de bueno tiene si no son bienaventurados? Pues mejor es la felicidad temporal que una eternidad miserable. El que sean por el ánimo pasivos, ¿cómo está por encima de nosotros, cuando también nosotros lo somos, ni sería así si no fuéramos miserables? El que sean por el cuerpo aéreos, ¿en cuánto se ha de estimar, cuando a todo cuerpo se prefiera la naturaleza del alma de cualquier clase que sea; y por eso el culto de la religión, que se debe desde el alma, de ningún modo se deba a aquella cosa que es inferior al alma? Además, si entre aquellas cosas que dice ser de los demonios, enumerara la virtud, la sabiduría, la felicidad, y dijera que ellos tienen estas cosas eternas y comunes con los dioses, ciertamente diría algo deseable y de gran aprecio; ni aun así, sin embargo, deberíamos adorarlos por esto como a Dios, sino más bien a aquel de quien supiéramos que ellos recibieron estas cosas. ¿Cuánto menos dignos de honor divino son ahora los animales aéreos, racionales para esto, para que puedan ser miserables, pasivos para esto, para que sean miserables, eternos para esto, para que no puedan acabar su miseria?

CAPÍTULO XVII.

Si sea digno que aquellos espíritus sean colatados por el hombre, de cuyos vicios convenga que él sea librado.

1. Por lo cual, para omitir lo demás, y tratar solo esto que dijo que los demonios tienen en común con nosotros, esto es, las pasiones del ánimo, si los cuatro elementos están llenos de sus animales, el fuego y el aire de inmortales, el agua y la tierra de mortales; pregunto ¿por qué los ánimos de los demonios son agitados por los torbellinos y tempestades de las pasiones? Pues es perturbación lo que en griego se llama páthos: de donde quiso llamarlos pasivos de ánimo; porque la palabra pasión se diría del vocablo páthos, un movimiento del ánimo contra la razón. ¿Por qué pues están estas cosas en los ánimos de los demonios, las cuales no están en las bestias? Porque, si algo semejante aparece en la bestia, no es perturbación; porque no es contra la razón, de la cual las bestias carecen. En los hombres, empero, el que existan estas perturbaciones lo hace la necedad o la miseria. Pues aún no somos bienaventurados en aquella perfección de sabiduría que se nos promete al fin, librados de esta mortalidad. Dicen que los dioses no padecen estas perturbaciones porque no solo son eternos, sino también bienaventurados. Pues refieren que ellos tienen las mismas almas racionales, pero purísimas de toda mancha y peste. Por lo cual, si por eso los dioses no son perturbados, porque son animales bienaventurados, no miserables; y por eso las bestias no son perturbadas, porque son animales que ni pueden ser bienaventurados ni miserables: resta que los demonios, al igual que los hombres, por

eso sean perturbados, porque son animales no bienaventurados, sino miserables.

2. [XVII.] ¿Por qué insapiencia, pues, o más bien demencia, somos sujetados a los demonios por alguna religión, cuando por la verdadera religión somos librados de aquella viciosidad por la cual somos semejantes a ellos? Pues cuando los demonios, lo que incluso este Apuleyo, aunque les perdona muchísimo y los juzga dignos de honores divinos, se ve sin embargo obligado a confesar, son instigados por la ira; la verdadera religión nos manda que no seamos instigados por la ira, sino que más bien le resistamos. Cuando los demonios son invitados con dones, la verdadera religión nos manda que no favorezcamos a nadie por la acepción de dones. Cuando los demonios son acariciados con honores, la verdadera religión nos manda que de ningún modo nos movamos por tales cosas. Cuando los demonios son odiadores de algunos hombres y amadores de otros, no por un juicio prudente y tranquilo, sino por un ánimo, como él mismo lo llama, pasivo; la verdadera religión nos manda que amemos incluso a nuestros enemigos (Mat. V, 44). Finalmente, todo movimiento del corazón y vaivén de la mente, y todos los torbellinos y tempestades del ánimo por los cuales afirma que los demonios hierven y fluctúan, la verdadera religión nos ordena deponer. ¿Qué causa hay, pues, sino la estulticia y el error miserable, para que te hagas humilde venerando a aquel a quien desees ser disímil viviendo; y honres con religión a quien

no quieras imitar, siendo así que la suma de la religión es imitar a quien honras!

CAPÍTULO XVIII.

Cuál sea la religión en la que se enseña que los hombres, para ser encomendados a los dioses buenos, deban usar a los demonios como abogados.

En vano, pues, Apuleyo, y cualesquiera que así sienten, les difirió este honor, constituyéndolos así medios en el aire, entre el cielo etéreo y la tierra, para que, ya que ningún dios se mezcla con el hombre (Palabras de Apuleyo), lo cual refieren que dijo Platón, estos lleven a los dioses las preces de los hombres, y de allá traigan a los hombres las cosas que piden una vez impetradas. Pues juzgaron indigno quienes creyeron estas cosas que los hombres se mezclaran con los dioses y los dioses con los hombres: pero digno que los demonios se mezclaran tanto con los dioses como con los hombres, que aleguen lo pedido de aquí, y aporten lo concedido de allá: para que, a saber, el hombre casto, y ajeno a los crímenes de las artes mágicas, emplee a aquellos patronos por los cuales los dioses le eximan, los cuales aman estas cosas que él, al no amarlas, se hace más digno de que deban exaudirle más fácil y gustosamente. Aman ellos, ciertamente, las torpezas escénicas, las cuales no ama la pudicicia: aman en los maleficios de los magos mil artes de dañar (Virgilio, Eneida, lib. 7, v. 338), las cuales no ama la inocencia. Por tanto, tanto la pudicicia como la inocencia, si quisieran impetrar algo de los

dioses, no podrán por sus méritos, sino interviniendo sus enemigos. No hay por qué este intente justificar las ficciones poéticas y los ludibrios teatrales. Tenemos contra estas cosas al maestro de ellos y a Platón, de tanta autoridad entre ellos: si es que el pudor humano tan mal merece de sí mismo, que no solo ame las cosas torpes, sino que incluso las juzgue gratas a la divinidad.

CAPÍTULO XIX.

Sobre la impiedad de la arte mágica, que se apoya en el patrocinio de los espíritus malignos.

Además, contra las artes mágicas, de las cuales a algunos demasiado infelices y demasiado impíos les place incluso gloriarse, ¿no citaré como testigo a la misma luz pública? ¿Por qué, pues, estas cosas se castigan tan gravemente con la severidad de las leyes, si son obras de númenes que deben ser colatados? ¿Acaso instituyeron los cristianos esas leyes por las cuales las artes mágicas son castigadas? Según qué otro sentido, sino que no hay duda de que estos maleficios son perniciosos para el género humano, dice el poeta clarísimo: Testor, chara, deos, et te, germana, tuumque Dulce caput, magicas invitam accingier artes? (Virgilio, Eneida, lib. 4, v. 492, 493). Aquello también que dice en otro lugar de estas artes: Atque satas alio vidi traducere messes; (Écloga 8, v. 99); por el hecho de que por esta pestífera y criminal doctrina los frutos ajenos se dice que son transferidos a otras tierras: ¿no conmemora Cicerón que está escrito en las doce Tablas, esto es,

las leyes antiquísimas de los romanos, que se estableció un suplicio para aquel que hiciera esto? Finalmente, ¿acaso Apuleyo mismo fue acusado de artes mágicas ante jueces cristianos? Las cuales ciertamente objetadas a sí, si supiera que eran divinas y piadosas, y congruentes con las obras de las potestades divinas, no solo debió confesarlas, sino incluso profesarlas, culpando más bien a las leyes por las cuales estas cosas se prohibían y se juzgaban dignas de ser condenadas, las cuales convendría que fueran tenidas por admirables y venerables. Pues así, o persuadiría a los jueces de su parecer, o, si ellos supieran según leyes inicuas y mulctaran con la muerte a quien tal predica y loa, los demonios compensarían con dignos dones a su alma, por cuyas divinas obras predicar no temería que se le quitara la vida humana. Como nuestros mártires, cuando se les objetaba como crimen la religión cristiana, por la cual sabían que se hacían salvos y gloriosísimos para la eternidad, no eligieron evadir las penas temporales negándola; sino más bien confesando, profesando, predicando, y por esta tolerando todo fiel y fuertemente, y muriendo con piadosa seguridad, obligaron a avergonzarse a las leyes por las que se prohibía, e hicieron que se cambiaran. De este filósofo platónico existe una oratión copiosísima y disertísima por la cual defiende que el crimen de las artes mágicas le es ajeno, y no quiere ser visto de otro modo inocente sino negando aquellas cosas que no pueden ser cometidas por un hombre inocente. Pero todos los milagros de los magos, a quienes rectamente siente que deben ser conde-

nados, se hacen por las doctrinas y obras de los demonios; a los cuales verá él por qué juzga que deben ser honrados, aserando que son necesarios para llevar nuestras preces a los dioses, cuyas obras debemos evitar si queremos que nuestras preces lleguen al Dios verdadero. Luego pregunto: ¿qué clase de preces de los hombres juzga que son alegadas a los dioses buenos por los demonios, las mágicas o las lícitas? Si las mágicas, no quieren tales; si las lícitas, no quieren por tales. Si empero el pecador penitente derrama preces, máxime si admitió algo mágico; ¿acaso por fin recibe el perdón intercediendo aquellos por cuyo impulso o favor llora haber caído en la culpa? ¿O acaso los mismos demonios, para que puedan merecer indulgencia para los penitentes, hacen primero ellos penitencia porque los engañaron? Esto nadie lo dijo jamás de los demonios: porque si así fuera, de ningún modo se atreverían a pedir para sí honores divinos quienes por la penitencia desearan llegar a la gracia del perdón. Allí está la detestable soberbia, aquí la humildad miserable.

CAPÍTULO XX.

Si se ha de creer que los dioses buenos se mezclan más gustosamente con los demonios que con los hombres.

Pero ciertamente una causa urgente y estrechísima obliga a los demonios a actuar como medios entre los dioses y los hombres, para que ofrezcan de parte de los hombres lo deseado, y de parte de los dioses traigan lo impetrado. ¿Cuál es, pues, esta causa, y qué tan grande nece-

sidad? Porque ningún Dios, dicen, se mezcla con el hombre. ¡Preclara, pues, la santidad de Dios, que no se mezcla con el hombre suplicante, y se mezcla con el demonio arrogante; no se mezcla con el hombre penitente, y se mezcla con el demonio engañador; no se mezcla con el hombre que se refugia en la divinidad, y se mezcla con el demonio que finge la divinidad; no se mezcla con el hombre que pide indulgencia, y se mezcla con el demonio que persuade la maldad; no se mezcla con el hombre que por libros filosóficos expele a los poetas de una ciudad bien instituida, y se mezcla con el demonio que por los príncipes y pontífices de la ciudad requiere los ludibrios de los poetas por los juegos escénicos; no se mezcla con el hombre que prohíbe fingir los crímenes de los dioses, y se mezcla con el demonio que se deleita con los falsos crímenes de los dioses; no se mezcla con el hombre que castiga los crímenes de los magos con leyes justas, y se mezcla con el demonio que enseña y cumple las artes mágicas; no se mezcla con el hombre que huye de la imitación del demonio, y se mezcla con el demonio que acecha el engaño del hombre!

CAPÍTULO XXI.

Si los dioses usan a los demonios como nuncios e intérpretes, y si o ignoran que son engañados por ellos, o quieren serlo.

1. Pero sin duda es grande la necesidad de esta tan grande absurdidad e indignidad, a saber, que a los dioses etéreos que cuidan de las cosas humanas les pasaría inadvertido qué hicieran los

hombres terrestres, si los demonios aéreos no lo anunciaran; ya que el éter está lejos de la tierra y suspendido en lo alto, y el aire es contiguo al éter y a la tierra. ¡Oh admirable sabiduría! ¿Qué otra cosa sienten estos de los dioses, a quienes todos quieren que sean óptimos, sino que cuidan de lo humano para no parecer indignos de culto, y por la distancia de los elementos ignoran lo humano, para que se crean necesarios los demonios, y por esto también se piense que ellos mismos han de ser adorados, por los cuales los dioses puedan aprender qué se hace en las cosas humanas y dónde conviene socorrer a los hombres? Si esto es así, más conocido es para estos dioses buenos el demonio por el cuerpo vecino, que el hombre por el ánimo bueno. ¡Oh necesidad muy de lamentar, o más bien vanidad que ha de ser reída o detestada, para que no sea vana la divinidad! Pues si con el ánimo libre del obstáculo del cuerpo pueden los dioses ver nuestro ánimo, no necesitan para esto de los demonios nuncios; pero si los indicios corporales de los ánimos, cuales son el rostro, el habla, el movimiento, los sienten los dioses etéreos por su propio cuerpo, y de ahí coligen lo que también los demonios anuncian, pueden también ser engañados por las mentiras de los demonios. Además, si la divinidad de los dioses no puede ser engañada por los demonios, por la misma divinidad no puede ser ignorado lo que hacemos.

2. Querría que estos me dijeran, si los demonios anunciaron a los dioses que a Platón le desagradaban las ficciones poéticas sobre los crí-

menes de los dioses, y ocultaron que a ellos les agradaban; o si ocultaron ambas cosas, y prefirieron que los dioses ignoraran todo este asunto; o si indicaron ambas, tanto la religiosa prudencia de Platón hacia los dioses, como la injuriosa libido de ellos contra los dioses; o si quisieron que la sentencia de Platón, por la cual no quiso que los dioses fueran infamados con falsos crímenes por la impía licencia de los poetas, fuera desconocida para los dioses, pero no se avergonzaron ni temieron delatar su propia maldad, con la que aman los juegos escénicos, en los que se celebran aquellos deshonras de los dioses. De estas cuatro cosas que propuse preguntando, elijan la que quieran, y en cualquiera de ellas atiendan cuánto mal piensan de los dioses buenos. Pues si eligen la primera, confesarán que no les fue lícito a los dioses buenos habitar con el bueno de Platón cuando prohibía sus injurias, y habitaron con los demonios malos cuando se regocijaban en sus injurias; puesto que los dioses buenos no conocieron a un hombre bueno puesto lejos de sí sino por los demonios malos, a quienes no pudieron conocer siendo vecinos. Si eligen la segunda, y dicen que ambas cosas fueron ocultadas por los demonios, de modo que los dioses ignoraran del todo tanto la religiosísima ley de Platón como la sacrílega delectación de los demonios; ¿qué pueden los dioses conocer útilmente en las cosas humanas por los internuncios demonios, cuando ignoran aquellas cosas que se decretan en honor de los dioses buenos por la religión de los hombres buenos contra la libido de los demonios

malos? Si eligen la tercera, y responden que tanto la sentencia de Platón que prohíbe las injurias de los dioses, como la maldad de los demonios que se regocijan en las injurias de los dioses, llegaron a conocimiento de los mismos dioses por los mismos demonios nuncios; ¿esto es anunciar, o insultar? Y los dioses así oyen ambos, así conocen ambos, que no solo no apartan de su acceso a los malignos demonios que desean y hacen cosas contrarias a la dignidad de los dioses y a la religión de Platón, sino que incluso por aquellos malos vecinos transmiten dones al bueno de Platón lejano. Pues así los ligó la serie de los elementos como encadenada, que a aquellos por quienes son criminamos, puedan unirse; a este por quien son defendidos, no puedan: sabiendo ambos, pero no pudiendo transmutar los pesos del aire y de la tierra. Ya lo que queda, si eligen la cuarta, es peor que lo demás. ¿Quién lo aguantaría si los demonios anunciaron a los dioses las criminosas ficciones de los poetas sobre los dioses inmortales y los indignos ludibrios de los teatros, y su propia ardentísima codicia y suavísimo placer en todas estas cosas, y callaron que Platón con filosófica gravedad juzgó que todas estas cosas debían ser removidas de la mejor república; para que ya los dioses buenos se vean obligados por tales nuncios a conocer los males de los peores, y no ajenos, sino de los mismos nuncios, y no se les permita conocer los bienes de los filósofos contrarios a estos, siendo aquello para injuria, y esto para honor de los mismos dioses?

CAPÍTULO XXII.

Sobre el rechazo del culto a los demonios, contra Apuleyo.

Puesto que, por tanto, nada de esas cuatro cosas se ha de elegir, para que en ninguna de ellas se piense tan mal de los dioses; resta que de ningún modo se ha de creer lo que Apuleyo intenta persuadir, y cualesquiera otros filósofos son de la misma sentencia, que así sean los demonios medios entre los dioses y los hombres como internuncios e intérpretes, que de aquí lleven nuestras peticiones, y de allá traigan los socorros de los dioses: sino que son espíritus cupidísimos de dañar, penitus ajenos a la justicia, hinchados de soberbia, lívidos de envidia, astutos en la falacia: los cuales habitan ciertamente en este aire porque, arrojados de la sublimidad del cielo superior, por el mérito de una trasgresión irreversible están precondenados en esta como cárcel congrua para sí; ni sin embargo, porque el lugar del aire esté sobre las tierras y las aguas, por eso también ellos son superiores en méritos a los hombres, quienes no por el cuerpo terreno, sino con el verdadero Dios elegido para auxilio, los superan facilísimamente con mente piadosa. Pero dominan claramente a muchos indignos de la participación de la verdadera religión, como a cautivos y súbditos: a cuya máxima parte, con señales admirables y falaces, sea de hechos, sea de predicciones, persuadieron de que ellos son dioses. A algunos, empero, que atendían un poco más atenta y diligentemente a sus vicios, no pudieron persuadir de que son dioses, y fingieron

que ellos son internuncios entre los dioses y los hombres e impetradores de beneficios: si es que sin embargo los hombres no pensaron que al menos ese honor se les debía diferir, los cuales no creían que ellos fueran dioses porque los veían malos; y querían que todos los dioses fueran buenos, ni se atrevían sin embargo a decir que eran del todo indignos de honor divino; máxime para no ofender a los pueblos, por los cuales veían que se les servía con inveterada superstición por tantos sacrificios y templos.

CAPÍTULO XXIII.

Qué sintió Hermes Trismegisto sobre la idolatría, y de dónde pudo saber que las supersticiones egipcias habían de ser quitadas.

1. Pues diversas cosas sintió y escribió de ellos Hermes el Egipcio, a quien llaman Trismegisto. Apuleyo, en efecto, niega que aquellos sean dioses; pero cuando dice que de tal modo versan en una cierta medianía entre los hombres y los dioses que parecen necesarios a los hombres ante los mismos dioses, no separa el culto de ellos de la religión de los dioses supernos. Aquel egipcio, empero, dice que unos dioses fueron hechos por el sumo Dios, y otros por los hombres. El que oye esto, tal como ha sido puesto por mí, piensa que se dice de los simulacros, porque son obras de las manos de los hombres; mas él afirma que los simulacros visibles y contrectables son como cuerpos de los dioses; y que hay en ellos ciertos espíritus invitados, que valen algo, sea para da-

ñar, sea para cumplir algunos deseos de aquellos por quienes se les difieren honores divinos y obsequios de culto. Acoplar, pues, estos espíritus invisibles por una cierta arte a las cosas visibles de materia corporal, para que sean como cuerpos animados, simulacros dedicados y súbditos a aquellos espíritus, a esto llama hacer dioses, y que los hombres recibieron esta grande y admirable potestad de hacer dioses. Pondré las palabras de este egipcio, tal como han sido interpretadas a nuestra lengua. Y puesto que, dice, se nos impone el sermón sobre la cognación y consorcio de los hombres y los dioses, conoce la potestad del hombre, oh Asclepio, y su fuerza. El Señor, dice, y Padre, o lo que es sumo, Dios, así como es el hacedor de los dioses celestiales, así el hombre es el fictor de los dioses que están en los templos contentos con la proximidad humana. Y poco después: Así la humanidad, dice, siempre memoria de su naturaleza y origen, persevera en aquella imitación de la divinidad; para que, así como el Padre y Señor, para que fueran semejantes a sí, hizo dioses eternos, así la humanidad figurara sus dioses de la similitud de su propio rostro. Aquí, habiéndole respondido Asclepio, a quien máxime hablaba, y habiéndole dicho: ¿Dices las estatuas, oh Trismegisto?, entonces él: Estatuas, dijo, oh Asclepio, ¿ves hasta qué punto tú mismo desconfías? estatuas animadas, llenas de sentido y espíritu, y que hacen tan grandes y tales cosas; estatuas prescientes de lo futuro, y que lo predicen por suerte, por vate, por sueños y por otras muchas cosas; que causan enfermedades a los

hombres y las curan, tristeza y alegría según los méritos. ¿O ignoras, oh Asclepio, que Egipto es imagen del cielo; o, lo que es más verdadero, la traslación o el descenso de todas las cosas que se gobiernan y ejercen en el cielo; y si ha de decirse, más verdaderamente nuestra tierra es el templo de todo el mundo? Y sin embargo, puesto que conviene al prudente presaberlo todo, no os es lícito ignorar esto: vendrá un tiempo futuro en el que aparezca que los egipcios en vano con mente piadosa sirvieron a la divinidad con sedula religión, y toda su santa veneración frustrada caerá en el vacío.

Luego con muchas palabras Hermes prosigue este lugar, en el que parece presagiar este tiempo en el cual la religión cristiana, cuanto es más verdadera y santa, tanto más vehemente y libremente subvierte todas las falaces ficciones; para que por la gracia del veracísimo Salvador libre al hombre de aquellos dioses que hace el hombre, y lo sujete a aquel Dios por quien fue hecho el hombre. Pero Hermes, cuando presagia estas cosas, habla como amigo de esos mismos ludibrios de los demonios, ni expresa evidentemente el nombre cristiano; sino que, como si se quitaran y borraran aquellas cosas por cuya observación se custodiaba la similitud celestial en Egipto, así deplorando estas cosas futuras, testifica con una predicación en cierto modo luctuosa. Pues era de aquellos de quienes dice el Apóstol que, conociendo a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y se oscureció su insensato cora-

zón: pues diciéndose sabios, se hicieron necios; y mudaron la gloria del Dios incorruptible en la similitud de imagen de hombre corruptible (Rom. I, 21-23): y lo demás, que es largo de conmemorar. Pues muchas cosas tales dice del único Dios verdadero fabricador del mundo, cuales tiene la verdad: y no sé cómo por aquella oscurecimiento del corazón se desliza hacia esas cosas, que quiera que los hombres siempre estén sujetos a los dioses que confiesa ser hechos por los hombres, y lamente que estas cosas hayan de ser quitadas en el tiempo futuro. Como si hubiera algo más infeliz que el hombre a quien sus propias ficciones dominan: siendo así que es más fácil que, colatando como dioses las cosas que hizo, ni él mismo sea hombre, que el que por su culto puedan ser dioses las cosas que hizo el hombre. Pues más pronto sucede que el hombre puesto en honor no entendiendo sea comparado con las bestias (Sal. XLVIII, 13), que el que a la obra de Dios hecha a su imagen, esto es, al hombre mismo, se prefiera la obra del hombre. Por lo cual, con razón el hombre desfallece de aquel que lo hizo, cuando se antepone a sí lo que él mismo hizo.

3. Estas cosas vanas, engañosas, perniciosas, sacrílegas, Hermes el Egipcio, porque sabía que vendría el tiempo en que serían quitadas, se dolía: pero se dolía tan impúdicamente como imprudentemente sabía. Pues no se las había revelado el Espíritu Santo como a los santos Profetas, que presintiendo estas cosas decían con exultación: ¿Si hará el hombre dioses, y he aquí que ellos no son dioses? (Jer. XVI, 20). Y en otro lugar:

Será en aquel día, dice el Señor, exterminaré los nombres de los simulacros de la tierra, y ya no habrá memoria de ellos (Zac. XIII, 2). Propiamente pues sobre Egipto, en lo que atañe a esta cosa, así profetiza el santo Isaías: Y se moverán las cosas manufacturadas de Egipto ante su faz, y el corazón de ellos será vencido en ellos (Is. XIX, 1): y otras cosas de este género. De cuya clase eran también aquellos que se gozan de que lo que sabían que vendría, hubiera venido: cual Simeón, cual Ana, que pronto reconocieron al nacido Jesús; cual Isabel, que lo reconoció incluso concebido en el Espíritu (Luc. II, 25-38; I, 41-45): cual Pedro, diciendo por revelación del Padre: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Mat. XVI, 16). A este egipcio, empero, aquellos espíritus le habían indicado los tiempos futuros de su propia perdición, los cuales incluso al Señor presente en la carne dijeron temblando: ¿Por qué viniste antes de tiempo a perdernos? (Mat. VIII, 29); sea porque les fue súbito lo que opinaban que sería ciertamente, pero más tarde; sea porque llamaban su perdición a esta misma cosa por la cual sucedía que conocidos fueran despreciados. Y esto era antes de tiempo, esto es, antes del tiempo del juicio, en el cual han de ser castigados con condenación eterna con todos los hombres también que son detenidos en su sociedad: como habla la religión que ni engaña ni es engañada; no como este que, como aventado por todo viento de doctrina de aquí y de allá (Ef. IV, 14), y mezclando verdades con falsedades, se duele como por una

religión que ha de perecer, la cual después confiesa ser un error.

CAPÍTULO XXIV

Cómo Hermes confesó patentemente el error de sus mayores, el cual, sin embargo, dolió que hubiera de ser destruido.

1. Pues después de muchas cosas vuelve a este mismo punto, para hablar de nuevo de los dioses que los hombres hicieron, hablando así: «Pero ya sobre tales cosas sean dichas tales cosas. De nuevo», dice, «volvamos al hombre y a la razón, por cuyo don divino el hombre es llamado animal racional. Pues menos admirables son, aunque sean admirables, las cosas que se han dicho del hombre. Pues sobrepasó la admiración de todas las maravillas el hecho de que el hombre pudo hallar la naturaleza divina y fabricarla. Puesto que, por tanto, nuestros antepasados erraban mucho acerca de la razón de los dioses, siendo incrédulos y no advirtiendo el culto y la religión divina, hallaron el arte con que fabricaran dioses. A la cual invención añadieron una virtud conveniente de la naturaleza del mundo; y mezclándola, puesto que no podían fabricar almas, evocando las almas de los demonios o de los ángeles, las introdujeron en imágenes santas y divinos misterios, por los cuales los ídolos pudieran tener fuerzas tanto de hacer bien como de hacer mal» (Pág. 99). No sé si los mismos demonios conjurados confesarían así como este confesó. «Puesto que», dice, «nuestros antepasados erraban mucho acerca de la razón de los dioses, siendo incrédulos y no

advirtiendo el culto y la religión divina, hallaron el arte con que fabricaran dioses». ¿Acaso dijo que ellos habían errado siquiera mediocremente para que hallaran este arte de fabricar dioses, o se contentó con decir «erraban», si no añadiera y dijera «erraban mucho»? Este mucho error, pues, e incredulidad de los que no advertían el culto y la religión divina, halló el arte con que fabricara dioses. Y sin embargo, lo que el mucho error y la incredulidad y la aversión del ánimo del culto y la religión divina halló, a saber, que el hombre por arte fabricara dioses, esto le duele al hombre sabio como si la religión divina hubiera de ser quitada en un tiempo futuro cierto. Ved si no es compelido tanto por fuerza divina a descubrir el error pasado de sus mayores, como por fuerza diabólica a dolerse de la pena futura de los demonios. Pues si sus antepasados, errando mucho acerca de la razón de los dioses por incredulidad y aversión del ánimo del culto y la religión divina, hallaron el arte con que fabricaran dioses, ¿qué tiene de extraño si este arte detestable, sea lo que fuere lo que hizo apartada de la religión divina, es quitado por la religión divina, cuando la verdad enmienda el error, la fe redarguye la incredulidad y la conversión corrige la aversión?

2. Pues si con las causas calladas hubiera dicho que sus antepasados habían hallado el arte con que hacían dioses, nos tocaría a nosotros ciertamente, si supiéramos algo recto y piadoso, advertir y ver que de ningún modo ellos habrían llegado a este arte por el cual el hombre hace dioses, si no erraran de la verdad, si creyeran

aquellas cosas que son dignas de Dios, si advirtieran el ánimo al culto y la religión divina. Y sin embargo, si nosotros dijéramos que las causas de este arte fueron el mucho error de los hombres y la incredulidad y la aversión del ánimo errante e infiel de la religión divina, de algún modo habría de tolerarse la impudencia de los que resisten a la verdad: pero cuando él mismo, que admira la potestad de este arte sobre todas las demás cosas en el hombre, por la cual le es concedido fabricar dioses, y se duele de que ha de venir el tiempo en que todas estas ficciones de dioses instituidas por los hombres se mande que sean quitadas incluso por las leyes; confiesa sin embargo y expresa las causas por las que se llegó a estas cosas, diciendo que sus antepasados por mucho error e incredulidad, y por no advertir el ánimo al culto y la religión divina, hallaron este arte con que hicieran dioses: ¿qué nos conviene decir o más bien qué hacer, sino dar cuantas gracias podemos al Señor Dios nuestro, que quitó estas cosas por causas contrarias a como fueron instituidas? Pues lo que instituyó la multitud del error, lo quitó el camino de la verdad; lo que instituyó la incredulidad, lo quitó la fe; lo que instituyó la aversión del culto de la religión divina, lo quitó la conversión al único Dios verdadero y santo: ni solo en Egipto, al cual solo en aquel se lamenta el espíritu de los demonios, sino en toda la tierra que canta al Señor un cántico nuevo; como las verdaderamente sagradas y verdaderamente proféticas Letras prenunciaron, donde está escrito: «Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda

la tierra» (Sal. XCV, 1). Pues el título de este salmo es: «Cuando la casa se edificaba después de la cautividad». Pues se edifica la casa al Señor, la ciudad de Dios, que es la santa Iglesia, en toda la tierra, después de aquella cautividad por la cual a aquellos hombres, de quienes creyendo en Dios como de piedras vivas se edifica la casa (I Ped. II, 5), los demonios poseían cautivos. Pues no porque el hombre hiciera dioses, por eso no era poseído por ellos el mismo que los había hecho, cuando era trasladado a su sociedad colatándolos: sociedad digo, no de ídolos estúpidos, sino de astutos demonios. Pues ¿qué son los ídolos, sino lo que la misma Escritura dice: «Tienen ojos y no ven» (Sal. CXIII, 5), y todo lo que de tal modo sobre materias aunque hábilmente efigiadas, sin embargo carentes de vida y sentido, hubo de decirse? Pero los espíritus inmundos ligados a los mismos simulacros por aquel arte nefario, habían cautivado miserablemente las almas de sus cultores reduciéndolas a su sociedad. De donde dice el Apóstol: «Sabemos que nada es el ídolo; pero lo que los gentiles inmolan, a los demonios lo inmolan, y no a Dios: no quiero que os hagáis socios de los demonios» (I Cor. X, 20). Después de esta cautividad, pues, por la cual los hombres eran tenidos por los malignos demonios, la casa de Dios se edifica en toda la tierra: de donde recibió el título aquel salmo, donde se dice: «Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra. Cantad al Señor, y bendecid su nombre; anunciad bien día tras día su salud. Anunciad entre las gentes su gloria, en todos los pueblos

sus maravillas. Porque grande es el Señor y muy loable, terrible es sobre todos los dioses. Porque todos los dioses de las gentes son demonios, el Señor empero hizo los cielos» (Sal. XCV, 1-5).

3. El que, pues, se dolió de que hubiera de venir el tiempo en que se quitara el culto de los ídolos, y sobre los que los colataban la dominación de los demonios, instigado por el mal espíritu, siempre quería que permaneciera aquella cautividad, pasada la cual el Salmo canta que se edifica la casa en toda la tierra. Aquello lo prenunciaba Hermes doliéndose; esto lo prenunciaba el Profeta gozándose. Y porque el Espíritu es vencedor, el cual cantaba estas cosas por los santos Profetas, incluso el mismo Hermes se vio obligado por modos admirables a confesar que aquellas cosas que no quería y le dolía que se quitaran, habían sido instituidas no por los prudentes y fieles y religiosos, sino por los errantes e incrédulos y los apartados del culto de la religión divina. El cual, aunque los llame dioses, sin embargo cuando dice que fueron hechos por tales hombres cuales ciertamente no debemos ser, quiera o no, muestra que no deben ser colatados por los que no son tales cuales fueron aquellos por quienes fueron hechos; esto es, por los prudentes, fieles, religiosos; demostrando al mismo tiempo que los hombres mismos que los hicieron, se atrajeron sobre sí el tener por dioses a los que no eran dioses. Pues es verdad aquel dicho profético: «¿Si hará el hombre dioses, y he aquí que ellos no son dioses?» (Jer. XVI, 20). Cuando, pues, Hermes llamó dioses tales, dioses de tales hombres, hechos por el arte; esto es,

cuando llamó dioses hechos por los hombres a los demonios ligados a los ídolos por no sé qué arte, por los vínculos de sus concupiscencias, no les dio, sin embargo, lo que el platónico Apuleyo (de lo cual ya hemos dicho bastante, y cuán inconveniente y absurdo es lo hemos mostrado), a saber, que ellos mismos fueran intérpretes e intercesores entre los dioses que hizo Dios y los hombres que hizo el mismo Dios; trayendo de aquí los votos, llevando de allá los dones. Pues es demasiado necio creer que los dioses que hicieron los hombres valen más ante los dioses que hizo Dios, que lo que valen los hombres mismos que hizo el mismo Dios. Pues el demonio ligado al simulacro por arte impía por el hombre, fue hecho dios; pero para tal hombre, no para todo hombre. ¿Qué tal es, pues, ese dios que no fabricaría el hombre sino errante e incrédulo y apartado del verdadero Dios? Por lo demás, si los demonios que son colatados en los templos, introducidos por no sé qué arte en las imágenes, esto es, en los simulacros visibles, por aquellos hombres que con este arte hicieron dioses, cuando erraban y estaban apartados del culto y la religión divina, no son mensajeros ni intérpretes entre los hombres y los dioses, tanto por sus pésimas y torpísimas costumbres, como porque los hombres, aunque errantes e incrédulos y apartados del culto y la religión divina, sin duda son mejores que ellos, a quienes ellos mismos hicieron dioses por el arte: resta que lo que pueden, lo puedan como demonios, o prestando beneficios como más nocivos porque más engañadores, o haciendo mal abiertamente. Ni

sin embargo nada de esto, sino cuando y cuanto son permitidos por la alta y secreta providencia de Dios; pero no como medios entre los hombres y los dioses por la amistad de los dioses valgan mucho entre los hombres. Pues estos a los dioses buenos, a los cuales nosotros llamamos santos ángeles y criaturas racionales de la santa habitación celestial, sea Tronos, sea Dominaciones, sea Principados, sea Potestades, amigos serles de ningún modo pueden; de los cuales tanto distan por la afección del ánimo, cuanto distan de las virtudes los vicios, y de la bondad la malicia.

CAPÍTULO XXV

De aquellas cosas que pueden ser comunes a los santos ángeles y a los hombres.

De ningún modo pues ha de ambicionarse por medio de una cuasi mediación de los demonios la benevolencia o beneficencia de los dioses, o mejor de los buenos ángeles; sino por la similitud de la buena voluntad, por la cual estamos con ellos, y con ellos vivimos, y con ellos colatamos al Dios que colatan, aunque no podamos verlos con los ojos carnales: pero en cuanto somos míseros por la disimilitud de la voluntad y la fragilidad de la enfermedad, en tanto estamos lejos de ellos por el mérito de la vida, no por el lugar del cuerpo. Pues no porque habitamos en la tierra por la condición de la carne, sino si por la inmundicia del corazón saboreamos las cosas terrenas, no nos unimos a ellos. Cuando empero somos sanados para que seamos cuales ellos son, entre tanto nos

acercamos a ellos por la fe, si creemos que por aquel somos hechos bienaventurados por el cual también ellos fueron hechos, incluso favoreciéndonos ellos mismos.

CAPÍTULO XXVI

Que toda la religión de los paganos fue cumplida en torno a hombres muertos.

1. Ciertamente ha de advertirse cómo aquel egipcio, al dolerse de que había de venir el tiempo en que aquellas cosas fueran quitadas de Egipto, las cuales confiesa que fueron instituidas por los que erraban mucho e incrédulos, y apartados del culto de la religión divina, dice entre otras cosas: «Entonces esta tierra santísima, sede de delubros y templos, estará llenísima de sepulcros y de muertos». Como si de veras, si aquello no se quitara, los hombres no hubieran de morir, o los muertos hubieran de ponerse en otro lugar que en la tierra; y ciertamente cuanto más tiempo y días transcurrieran, tanto mayor sería el número de los sepulcros, por el mayor número de los muertos. Pero esto parece dolerle: que las memorias de nuestros mártires sucedieran a sus templos y delubros, para que, a saber, los que leen estas cosas con el ánimo apartado de nosotros y perverso, piensen que por los paganos fueron colatados los dioses en los templos, y por nosotros empero son colatados los muertos en los sepulcros. Pues con tanta ceguedad los hombres impíos tropiezan en los montes, por así decir, y no quieren ver las cosas que hieren sus ojos, que no

advierten que en todas las letras de los paganos o no se hallan, o apenas se hallan dioses que no hayan sido hombres, y a los muertos se les hayan tributado honores divinos. Omito lo que dice Varrón, que todos los muertos son estimados por ellos como dioses Manes, y lo prueba por aquellos ritos sagrados que se exhiben a casi todos los muertos, donde también conmemora los juegos fúnebres, como si este fuera el máximo indicio de divinidad, que no suelan celebrarse juegos sino para los númenes.

2. El mismo Hermes, de quien ahora se trata, en ese mismo libro donde, como prenunciando las cosas futuras deplorándolas, dice: «Entonces esta tierra santísima, sede de delubros y templos, estará llenísima de sepulcros y de muertos», testifica que los dioses de Egipto fueron hombres muertos. Pues cuando hubo dicho que sus antepasados, errando mucho acerca de la razón de los dioses, incrédulos y no advirtiendo el culto y la religión divina, hallaron el arte con que fabricaran dioses; «a la cual invención», dice, «añadieron una virtud conveniente de la naturaleza del mundo, y mezclándola, puesto que no podían fabricar almas, evocando las almas de los demonios o de los ángeles, las introdujeron en imágenes santas y divinos misterios, por los cuales los ídolos pudieran tener fuerzas tanto de hacer bien como de hacer mal»; luego sigue como para probar esto con ejemplos, y dice: «Pues tu abuelo, oh Asclepio, primer inventor de la medicina, a quien le fue consagrado un templo en el monte de Libia cerca de la costa de los Cocodrilos, en el cual yace

su hombre mundano, esto es, el cuerpo; pues lo restante, o más bien todo, si todo el hombre está en el sentido de la vida, retornó mejor al cielo, prestando incluso ahora todos los auxilios a los hombres enfermos por su numen ahora, los cuales antes solía prestar por el arte de la medicina». He aquí que dijo que un muerto es colatado por dios en aquel lugar donde tenía el sepulcro: falso y engañoso en que retornó al cielo. Añadiendo luego otro: «Hermes», dice, «cuyo nombre avito me pertenece, ¿acaso consistiendo en su patria del mismo nombre, no ayuda y conserva a todos los mortales que vienen de todas partes?». Pues este Hermes el mayor, esto es, Mercurio, de quien dice que fue su abuelo, se afirma que está en Hermópolis, esto es, en la ciudad de su nombre. He aquí que dice que dos dioses fueron hombres: Esculapio y Mercurio. Pero sobre Esculapio tanto los griegos como los latinos sienten lo mismo; Mercurio empero muchos no piensan que haya sido mortal, el cual sin embargo este testifica que fue su abuelo. Pero por cierto otro es aquel, otro este, aunque sean llamados con el mismo nombre. No peleo mucho, sea aquel otro, este otro: pero también este, como Esculapio, es dios a partir de hombre según el testimonio de tan gran varón entre los suyos, este Trismegisto, su nieto.

3. Todavía añade y dice: «¿Isis empero, esposa de Osiris, cuántos bienes sabemos que presta propicia, a cuántos que daña airada?». Luego para mostrar que de este género son los dioses que los hombres hacen con aquel arte; de donde da a entender que él opina que los demonios

han existido a partir de las almas de los hombres muertos, los cuales dice que fueron introducidos en los simulacros por el arte que hallaron los hombres que erraban mucho, incrédulos e irreligiosos, porque estos que hacían tales dioses ciertamente no podían fabricar almas; cuando hubo dicho sobre Isis lo que conmemoré, «a cuántos sabemos que daña airada», añadió seguidamente: «Pues a los dioses terrenos y mundanos les es fácil airarse, como que son hechos y compuestos por los hombres de una y otra naturaleza». De una y otra naturaleza dice, de alma y cuerpo; de modo que por el alma sea el demonio, por el cuerpo el simulacro. «De donde aconteció», dice, «que estas cosas fueran llamadas por los egipcios animales sagrados, y que se colataran por sus ciudades individuales las almas de aquellos cuyas vivientes fueron consagradas, de modo que por sus leyes sean habitadas y por sus nombres sean llamadas». ¿Dónde está aquella cuasi querella luctuosa de que la tierra de Egipto santísima, sede de delubros y templos, habría de estar llenísima de sepulcros y de muertos? Por cierto el espíritu falaz, por cuyo instinto Hermes decía aquello, por él mismo se vio obligado a confesar que ya entonces aquella tierra estaba llenísima de sepulcros y de muertos, a quienes colataban por dioses. Pero el dolor de los demonios hablaba por él, los cuales se lamentaban de que sus penas futuras ante las memorias de los santos mártires fueran inminentes. Pues en muchos lugares tales son atormentados y confiesan, y son arrojados de los cuerpos poseídos de los hombres.

CAPÍTULO XXVII

Del modo del honor que los cristianos tributan a los mártires.

1. Ni empero nosotros constituimos a los mismos mártires templos, sacerdocios, ritos y sacrificios; porque no ellos, sino el Dios de ellos es para nosotros Dios. Honramos ciertamente sus memorias como de hombres santos de Dios, que hasta la muerte de sus cuerpos lucharon por la verdad, para que se diera a conocer la verdadera religión, convictas las falsas y ficticias; lo cual, incluso si algunos lo sentían antes, por temor lo reprimían. ¿Quién empero oyó alguna vez de los fieles al sacerdote en pie ante el altar, construido incluso sobre el santo cuerpo del mártir para honor y culto de Dios, decir en las preces: «Te ofrezco sacrificio, Pedro, o Pablo, o Cipriano»; siendo así que ante sus memorias se ofrece a Dios, que los hizo tanto hombres como mártires, y los asoció con sus santos ángeles en honor celestial; para que con esa celebridad tanto demos gracias al Dios verdadero por las victorias de ellos, como nosotros seamos exhortados a la imitación de tales coronas y palmas, invocado el mismo Dios en auxilio a partir de la renovación de su memoria? Cualesquiera pues obsequios de religiosos que se aplican en los lugares de los mártires, son ornamentos de las memorias, no ritos o sacrificios de muertos como de dioses. Quienesquiera también llevan allá sus banquetes, lo cual ciertamente no se hace por los cristianos mejores, y en muchísimas tierras no hay tal costumbre; sin embargo, quienesquiera que lo hacen, las cuales

cosas cuando las han puesto, oran, y las quitan para comer, o también para repartirlas entre los necesitados, quieren que se les santifiquen por los méritos de los mártires en el nombre del Señor de los mártires. Pero que aquello no son sacrificios de los mártires lo sabe quien sabe lo único que también allí se ofrece, el Sacrificio de los cristianos.

2. Nosotros, pues, a nuestros mártires ni con honores divinos ni con crímenes humanos los colatamos, como colatan aquellos a sus dioses; ni les ofrecemos sacrificios, ni sus oprobios los convertimos en ritos sagrados para ellos. Pues sobre Isis, esposa de Osiris, diosa egipcia, y sobre los padres de ellos, que todos se escribe que fueron reyes, a cuyos padres cuando ella sacrificaba, halló una mies de cebada, y de allí mostró las espigas a su marido el rey y a su consejero Mercurio, de donde quieren que ella sea también la misma que Ceres; qué y cuántos males, no por los poetas, sino por sus letras místicas, fueron encomendados a la memoria, como, por revelación del sacerdote León, escribe Alejandro a su madre Olimpia, léanlo los que quieran o puedan, y recuérdenlo los que lo leyeron; y vean a qué hombres muertos, o por qué hechos de ellos como si fueran dioses, fueron instituidos ritos sagrados. ¡Lejos de nosotros que a nuestros santos mártires, a los cuales sin embargo no tenemos por dioses, se atrevan en parte alguna a compararlos con ellos, aunque los tengan por dioses! Pues así no constituimos sacerdotes, ni ofrecemos sacrificios a nuestros mártires; porque es incongruo, inde-

bido, ilícito, y debido solamente al único Dios: de modo que ni con sus crímenes, ni con juegos torpísimos los deleitemos, donde o celebran ellos las infamias de sus dioses, si cuando eran hombres cometieron tales cosas; o deleites fingidos de demonios nocivos, si no fueron hombres. De este género de demonios Sócrates no tendría un dios si tuviera a Dios; pero tal vez a un hombre ajeno e inocente de aquel arte de fabricar dioses, le introdujeron tal dios aquellos que quisieron sobresalir en la misma arte. ¿Qué pues más? Que no han de ser colatados estos espíritus por causa de la vida bienaventurada que ha de ser en el futuro después de la muerte, ningún hombre siquiera mediocremente prudente lo duda. Pero tal vez han de decir que todos los dioses ciertamente son buenos, pero que de los demonios unos son malos, otros buenos; y pensarán que han de ser colatados aquellos por quienes lleguemos a la vida eternamente bienaventurada, a quienes opinan que son buenos. Lo que tal sea, ha de verse ya en el volumen siguiente.

LIBRO NOVENO

Después de que ha hablado en el libro anterior sobre el rechazo del culto de los demonios, puesto que ellos mismos se descubren como espíritus malos por tantos argumentos; en este libro ya Agustín sale al encuentro de aquellos que introducen una diferencia de los demonios, unos malos, otros buenos: explotada la cual diferencia por él mismo, prueba que a ningún demonio en absoluto, sino solo a Cristo, puede competerle el oficio de mediador de los hombres para la bienaventuranza.

CAPÍTULO I

A qué punto ha llegado la disputa precedente, y qué ha de discutirse sobre la cuestión restante.

Unos opinaron que hay dioses buenos y malos; otros empero, sintiendo cosas mejores de los dioses, tanto honor y alabanza les atribuyeron que no se atrevieron a creer que ningún dios fuera malo. Pero aquellos que dijeron que algunos dioses eran buenos y otros malos, llamaron también a los demonios con el nombre de dioses; aunque también a los dioses, pero más raramente, con el nombre de demonios; de modo que confiesan que el mismo Júpiter, a quien quieren que sea rey y príncipe de los demás, fue llamado demonio por

Homero. Estos empero, que asientan que todos los dioses no son sino buenos, y con mucho más excelentes por el mérito que aquellos hombres que son tenidos por buenos, se mueven por los hechos de los demonios, que no pueden negar, y pensando que aquello de ningún modo puede ser cometido por los dioses, a los cuales quieren que todos sean buenos, se ven obligados a introducir una diferencia entre los dioses y los demonios; de modo que lo que sea que con razón les disgusta en las obras o los afectos depravados, por los cuales manifiestan su fuerza los espíritus ocultos, crean que eso es de los demonios, no de los dioses. Pero porque piensan que esos mismos demonios están así constituidos medios entre los hombres y los dioses, como si ningún dios se mezclara con el hombre para que de aquí lleven las cosas deseadas y de allá traigan las alcanzadas; y esto lo sienten los platónicos, principales y más nobles de los filósofos, con los cuales, como con los más excelentes, plugo examinar esta cuestión: si el culto de muchísimos dioses aprovecha para conseguir la vida bienaventurada que ha de ser después de la muerte; en el libro anterior indagamos de qué modo los demonios, que se gozan en tales cosas cuales los hombres buenos y prudentes aborrecen y condenan, esto es, en ficciones sacrílegas, infames, facinerosas de los poetas, no sobre cualquier hombre, sino sobre los mismos dioses, y en la violencia criminal y punible de las artes mágicas, pueden, como más próximos y amigos de los dioses buenos, conciliar a los hom-

bres buenos; y se ha hallado que esto por ninguna razón puede ser.

CAPÍTULO II

Si entre los demonios, a los cuales los dioses son superiores, hay alguna parte de buenos, por cuyo auxilio la alma humana pueda llegar a la verdadera bienaventuranza.

Por consiguiente, este libro, como prometimos al final de aquel, deberá contener una disputa sobre la diferencia (si es que quieren que haya alguna), no de los dioses entre sí, a quienes llaman todos buenos; ni de la diferencia de los dioses y los demonios, de los cuales separan a aquellos lejos y extensamente de los hombres, y a estos los colocan entre los dioses y los hombres; sino sobre la diferencia de los mismos demonios, lo que pertenece a la presente cuestión.

[II.] Pues entre muchísimos es usual decir que unos demonios son buenos y otros malos; la cual opinión, ya sea de los platónicos o de cualesquiera otros, de ningún modo ha de descuidarse su discusión, para que nadie piense que ha de seguir por su parte a unos cuasi demonios buenos, por los cuales, como medios, mientras desea y estudia ser conciliado con los dioses que cree todos buenos, para poder estar como con ellos después de la muerte, enredado en la falacia y engañado por el fraude de los espíritus malignos, erre lejos del Dios verdadero, con el cual solo, y en el cual solo, y de el cual solo, la alma humana, esto es, la racional e intelectual, es bienaventurada.

CAPÍTULO III.

Qué atribuye Apuleyo a los demonios; a los cuales, aunque no les quita la razón, nada les asigna de virtud.

¿Cuál es, pues, la diferencia entre los demonios buenos y los malos? Puesto que el platónico Apuleyo, disertando universalmente sobre ellos, y hablando tanto de sus cuerpos aéreos, calló sobre las virtudes de sus ánimos, de las que estarían dotados si fuesen buenos. Calló, por tanto, la causa de la bienaventuranza; pero no pudo callar el indicio de la miseria, confesando que su mente, por la cual afirmó que eran racionales, ni siquiera estaba imbuida y fortificada por la virtud, de modo que no cediese de ningún modo a las pasiones irracionales del ánimo, sino que ella misma también, como es costumbre de las mentes necias, era agitada en cierto modo por perturbaciones tormentosas. Pues sus palabras sobre este asunto son estas: «De este número de demonios casi siempre», dice, «suelen los poetas, de ningún modo lejos de la verdad, fingir dioses como odiadores y amantes de ciertos hombres; a estos prosperar y ensalzar, a aquellos por el contrario oponerse y afligir;» Por tanto, también compadecerse, e indignarse, y angustiarse, y alegrarse, y padecer toda la faz del ánimo humano, y con similar movimiento del corazón y salo de la mente, fluctuar por todos los estuarios de los pensamientos. Todas estas «turbulentas tempestades y tormentas son desterradas lejos de la tranquilidad de los dioses celestiales» (Apuleyo en el libro Sobre el dios de Sócrates). ¿Hay en estas

palabras alguna duda de que dijo que no algunas partes inferiores de los ánimos, sino las mismas mentes de los demonios, por las cuales son animales racionales, eran turbadas como un salo proceloso por la tempestad de las pasiones? de modo que ni siquiera han de ser comparados con los hombres sabios, quienes resisten a perturbaciones de los ánimos de esta clase, de las cuales no es inmune la humana enfermedad, aun cuando las padecen por la condición de esta vida, con la mente imperturbada, no cediendo a ellas para aprobar o perpetrar algo que se desvíe del camino de la sabiduría y de la ley de la justicia: sino que, similares a los mortales necios e injustos, no en los cuerpos sino en las costumbres (por no decir peores, en aquello en que son más antiguos e incurables por la debida pena), fluctúan también en el salo de la misma mente, como aquel llamó; ni consisten en ninguna parte del ánimo en la verdad y la virtud, con la cual se resiste a las turbulentas y depravadas afecciones.

CAPÍTULO IV.

Sobre las perturbaciones que acontecen al ánimo, cuál sea la sentencia de los peripatéticos y de los estoicos.

1. Dos son las sentencias de los filósofos sobre estos movimientos del ánimo, que los griegos llaman pathē, y algunos de los nuestros, como Cicerón (Sobre los Fines, lib. 3, cap. 20; Cuestiones Tusculanas, lib. 3, cap. 4; lib. 4, caps. 5, 6, y en otras partes), llaman perturbaciones, algunos afecciones o afectos, y otros en cambio, como este

de modo más expresivo del griego, llaman pasiones. Algunos filósofos dicen que estas perturbaciones, o afecciones, o pasiones, caen incluso en el sabio, pero moderadas y sujetas a la razón, de modo que la dominación de la mente les imponga leyes, por las cuales sean reducidas a un modo necesario. Los que sienten esto son los platónicos o los aristotélicos, ya que Aristóteles fue discípulo de Platón, el cual fundó la secta peripatética. A otros, en cambio, como a los estoicos, no les place que caigan en absoluto ninguna clase de pasiones de esta clase en el sabio. Pero Cicerón, en los libros sobre los Fines de los bienes y de los males, convence a estos, esto es a los estoicos, de que luchan con palabras más que con cosas contra los platónicos o peripatéticos: puesto que los estoicos no quieren llamar bienes, sino comodidades, a las cosas del cuerpo y externas; por el hecho de que no quieren que ningún bien del hombre exista fuera de la virtud, como arte de vivir bien, la cual no está sino en el ánimo. Pero estos otros llaman a estas cosas bienes simplemente y por la común costumbre de hablar; pero en comparación con la virtud, por la cual se vive rectamente, pequeños y exiguos. De lo cual resulta que, sean llamados por unos u otros como se quiera, ya sean bienes, ya comodidades, son pesados con igual estimación, ni se deleitan los estoicos en esta cuestión sino por la novedad de las palabras. Me parece, pues, incluso en esto, donde se pregunta si acontecen al sabio pasiones del ánimo, o si es totalmente ajeno a ellas, que hacen controversia de palabras más bien que de cosas. Pues estimo que ni ellos

mismos sienten aquí otra cosa que los platónicos y peripatéticos, en cuanto atañe a la fuerza de las cosas, no al sonido de los vocablos.

2. Pues para omitir otras cosas con las cuales podría mostrarlo, para no hacerlo largo, diré una sola cosa que es evidentísima. En los libros que tienen por título Noches Áticas, escribe A. Gelio, varón de elegantísima elocuencia, y de mucha y fecunda ciencia, que navegó una vez con cierto noble filósofo estoico. Este filósofo, como cuenta A. Gelio más amplia y copiosamente (lib. 19, cap. 1), lo cual yo tocaré brevemente, cuando aquella nave era sacudida peligrosísimamente por un cielo y mar horribles, palideció por la fuerza del temor. Esto fue observado por los que estaban presentes, quienes, aunque en la vecindad de la muerte, estaban curiosísimamente atentos a si el filósofo se turbaba en su ánimo. Después, pasada la tempestad, tan pronto como la seguridad proporcionó lugar para el coloquio o incluso para la charla, uno de aquellos que aquella nave llevaba, un rico y lujoso asiático, interpela al filósofo, burlándose de que hubiera temido y palidecido, mientras que él mismo había permanecido intrépido en la destrucción que amenazaba. Pero aquel le refirió la respuesta de Aristipo el socrático, quien, habiendo oído en un caso semejante las mismas palabras de un hombre semejante, respondió que aquel, por el alma de un bribón malísimo, con razón no había estado solícito, pero que él mismo había debido temer por el alma de Aristipo. Rechazado aquel rico con esta respuesta, después preguntó A. Gelio al filósofo,

no con ánimo de hostigar, sino de aprender, cuál era aquella razón de su pavor. El cual, para enseñar a un hombre diligentemente encendido por el estudio de saber, sacó inmediatamente de su maletilla un libro del estoico Epicteto, en el cual estaban escritas aquellas cosas que concordaban con los decretos de Zenón y Crisipo, a quienes sabemos que fueron los príncipes de los estoicos. En aquel libro dice A. Gelio haber leído que a los estoicos les placía esto: que las visiones del ánimo, que llaman fantasías, no está en nuestra potestad si inciden en el ánimo y cuándo; cuando vienen de cosas terribles y formidables, es necesario que muevan incluso el ánimo del sabio; de modo que por un breve tiempo o bien tiemble de miedo, o bien se contraiga por la tristeza, como si estas pasiones se anticiparan al oficio de la mente y de la razón; mas no por eso se forma en la mente una opinión de mal, ni se aprueban estas cosas, ni se consiente en ellas. Pues quieren que esto esté en nuestra potestad, y consideran que esto interesa entre el ánimo del sabio y del necio: que el ánimo del necio cede a las mismas pasiones y acomoda el asentimiento de la mente; pero el del sabio, aunque las padece por necesidad, retiene, sin embargo, sobre aquellas cosas que racionalmente debe apetecer o huir, una verdadera y estable sentencia con la mente inconmovible. Estas cosas, como pude, no ciertamente con más comodidad que A. Gelio, sino ciertamente con más brevedad y, según pienso, con más claridad, he expuesto lo que aquel conmemora haber leído

en el libro de Epicteto, que él dijo y sintió según los decretos de los estoicos.

3. Las cuales cosas, si son así, o nada, o casi nada dista entre la opinión de los estoicos y de los otros filósofos sobre las pasiones y perturbaciones de los ánimos: pues ambos defienden la mente y la razón del sabio de la dominación de aquellas. Y por esto tal vez dicen los estoicos que ellas no caen en el sabio, porque de ningún modo anublan su sabiduría con algún error, ni la subvierten con alguna mancha, por la cual es ciertamente sabio. Pero acontecen al ánimo del sabio, salva la serenidad de la sabiduría, por aquellas cosas que llaman comodidades o incomodidades, aunque no quieran llamarlas bienes o males. Pues ciertamente, si en nada estimase aquellas cosas que sentía que iba a perder en el naufragio, como es esta vida y la salud del cuerpo; no temería tanto aquel peligro, que llegara a ser delatado incluso por el testimonio de la palidez. Sin embargo, podía tanto padecer aquella conmoción, como tener fija en la mente la sentencia de que aquella vida y salud del cuerpo, cuya pérdida amenazaba la inmensidad de la tempestad, no eran bienes que hicieran buenos a aquellos en quienes estuvieran, como hace la justicia. Pero lo que dicen, que aquellas cosas ni siquiera han de ser llamadas bienes, sino comodidades; ha de ser imputado a un certamen de palabras, no a un examen de las cosas. ¿Qué importa si más aptamente se llaman bienes, o comodidades; con tal que, sin embargo, para no ser privado de ellas, no menos el estoico que el peripatético tema

y palidezca; no llamándolas igualmente, sino estimándolas igualmente? Ambos ciertamente, si por los peligros de estos bienes o comodidades fueran impulsados a la infamia o al crimen, de modo que no pudieran retenerlas de otro modo, dicen que prefieren perder estas cosas con las cuales la naturaleza del cuerpo se mantiene salva e incólume, que cometer aquellas con las cuales se viola la justicia. Así la mente, donde está fija esta sentencia, no permite que ninguna perturbación, aunque acontezca en las partes inferiores del ánimo, prevalezca en sí contra la razón: antes bien, ella misma las domina, y no consintiendo en ellas, sino más bien resistiéndolas, ejerce el reino de la virtud. Tal describe también Virgilio a Eneas, donde dice: «La mente permanece inmóvil, las lágrimas corren vanas» (Eneida, lib. 4, vers. 449).

CAPÍTULO V.

Que las pasiones, que afectan a los ánimos cristianos, no arrastran al vicio, sino que ejercitan la virtud.

No es necesario ahora mostrar copiosa y diligentemente qué enseña sobre estas pasiones la divina Escritura, en la cual se contiene la erudición cristiana. Pues ella somete aquella misma mente a Dios para ser regida y ayudada, y a la mente las pasiones para ser de tal modo moderadas y frenadas, que se conviertan para los usos de la justicia. En fin, en nuestra disciplina no se pregunta tanto si el ánimo piadoso se aire, sino por qué se aire; ni si está triste, sino de qué está

triste; ni si teme, sino qué teme. Pues airarse con el que peca para que se corrija; entristecerse por el afligido para que sea librado; temer por el que peligra para que no perezca; no sé si alguien de sana consideración lo reprendería. Pues incluso la misericordia suelen los estoicos culpar: ¡pero cuánto más honestamente se perturbaría aquel estoico por la misericordia de un hombre que ha de ser librado, que por el temor de un naufragio! Mucho mejor y más humanamente, y más acomodadamente a los sentidos de los piadosos, habló Cicerón en la alabanza de César, donde dice: «Ninguna de tus virtudes es ni más admirable, ni más grata que la misericordia» (Oración por Q. Ligario, cap. 12). ¿Qué es, pues, la misericordia, sino una cierta compasión de la miseria ajena en nuestro corazón, por la cual ciertamente, si podemos, somos compelidos a socorrer? Pero este movimiento sirve a la razón, cuando se presta la misericordia de tal modo que se conserve la justicia, ya sea cuando se da al indigente, ya sea cuando se perdona al arrepentido. A esta Cicerón, orador egregio, no dudó en llamarla virtud, la cual los estoicos no se avergüenzan de numerar entre los vicios: quienes, sin embargo, como enseñó el libro del nobilísimo estoico Epicteto, según los decretos de Zenón y Crisipo, que tuvieron las primacías de esta secta, admiten pasiones de esta clase en el ánimo del sabio, a quien quieren libre de todos los vicios. De donde resulta consecuente que ellos mismos no piensen que estas cosas sean vicios, cuando acontecen al sabio de tal modo que nada puedan contra la

virtud de la mente y la razón, y sea una y la misma la sentencia de los peripatéticos, o incluso de los platónicos, y de los mismos estoicos: pero, como dice Tulio, una controversia de palabra atormenta ya hace tiempo a los hombrecillos griegos más deseosos de contención que de la verdad (Sobre el orador, lib. I, c. 11, § 47). Pero todavía puede preguntarse merecidamente si pertenece a la enfermedad de la vida presente el padecer afectos de esta clase incluso en cualesquiera buenos oficios: mas que los santos Ángeles tanto castiguen sin ira a los que reciben para ser castigados por la eterna ley de Dios, como socorran a los míseros sin compasión de miseria, y auxilien sin temor a los que aman cuando peligran; y sin embargo los nombres de estas pasiones se usen incluso en ellos por la costumbre de la locución humana, por cierta semejanza de las obras, no por la enfermedad de las afecciones: al igual que Dios mismo según las Escrituras se aire, y sin embargo no se turba por ninguna pasión. Pues esta palabra tomó para sí el efecto de la venganza, no el turbulento afecto de aquel.

CAPÍTULO VI.

De qué pasiones son agitados los demonios, según confesión de Apuleio, por cuya ayuda afirma que los hombres son auxiliados ante los dioses.

Diferida por el momento la cuestión sobre los santos ángeles, veamos de qué modo dicen los platónicos que los demonios, constituidos como mediadores entre los dioses y los hombres, fluc-

túan en estos oleajes de las pasiones. Pues si padecieran movimientos de esta clase estando su mente libre de ellos y dominándolos, Apuleio no diría que fluctúan con similar movimiento del corazón y mar de la mente por todas las agitaciones de los pensamientos (De deo Socratis). Por lo tanto, su misma mente, es decir, la parte superior del ánimo por la cual son racionales, en la cual residirían la virtud y la sabiduría si tuvieran alguna, dominaría las turbulentas pasiones de las partes inferiores del ánimo rigiéndolas y moderándolas; su misma mente, digo, como este platónico confiesa, fluctúa en un mar de perturbaciones. Por tanto, la mente de los demonios está sujeta a las pasiones de las libidines, de los temores, de las iras y de las demás de esta clase. ¿Qué parte en ellos es entonces libre y dueña de la sabiduría, por la cual agraden a los dioses y miren por los hombres hacia la semejanza de las buenas costumbres; cuando su mente, subyugada y oprimida por los vicios de las pasiones, dirija cuanto de razón posee naturalmente a engañar y embaucar tanto más agudamente, cuanto más la posee la codicia de dañar?

CAPÍTULO VII.

Que los platónicos afirman que los dioses son infamados por las ficciones de los poetas sobre el certamen de estudios contrarios, siendo estas partes propias de los demonios, no de los dioses.

Pero si alguien dice que no es del número de todos, sino del número de los malos demonios, a

quienes los poetas, no lejos de la verdad, fingen ser dioses que odian y aman a ciertos hombres: pues de estos dijo Apuleio que fluctúan en un mar de la mente por todas las agitaciones de los pensamientos: ¿cómo podremos entender esto, cuando, al decir esto, describía no de algunos, es decir, de los malos, sino la naturaleza media de todos los demonios a causa de sus cuerpos aéreos, entre los dioses y los hombres? Pues dice que los poetas fingen esto, que del número de aquellos demonios hacen dioses, y les imponen nombres de dioses, y distribuyen de entre estos amigos y enemigos a los hombres que quieren con la impune licencia de un canto fingido; aunque sostienen que los dioses están remotos de estas costumbres de los demonios, tanto por su lugar celestial como por la opulencia de su beatitud (De deo Socratis). Esta es, pues, la ficción de los poetas: decir que son dioses los que no son dioses, y que estos bajo los nombres de dioses deciden entre sí por causa de los hombres, a quienes aman u odian por el estudio de sus partidos. Pero dice que esta ficción no está lejos de la verdad; porque, aunque llamados con vocablos de dioses los que no son dioses, sin embargo, se describen tales demonios cuales son. En fin, dice que de aquí procede aquella Minerva homérica, que intervino en medio de las asambleas de los griegos para contener a Aquiles (Ibíd.). Que aquella fuera Minerva, pues, quiere que sea un figmento poético; porque piensa que Minerva es una diosa, y la coloca entre los dioses, a quienes cree todos buenos y bienaventurados, en la alta

sede etérea, lejos del trato de los mortales. Pero que fuera algún demonio el que favorecía a los griegos y era contrario a los troyanos, al igual que otro era auxiliador de los troyanos contra los griegos, a quien el mismo poeta conmemora con el nombre de Venus o de Marte, a los cuales este pone en las habitaciones celestiales no haciendo tales cosas; y que estos demonios lucharan entre sí por aquellos a quienes amaban, contra aquellos a quienes odiaban, confesó que los poetas dijeron esto no lejos de la verdad. Pues de estos dijeron tales cosas, de quienes testifica que fluctúan con movimiento del corazón y mar de la mente similar a los hombres por todas las agitaciones de los pensamientos, para que pudieran ejercitar amores y odios, no por la justicia, sino como el pueblo similar a ellos en los cazadores y aurigas, según los estudios de sus partidos, a favor de unos contra otros. Pues el filósofo platónico parece haber cuidado esto: que, cuando estas cosas fuesen cantadas por los poetas, no se creyera que se hacían, no por los demonios medios, sino por los mismos dioses, cuyos nombres ponen los poetas fingiendo.

CAPÍTULO VIII.

La definición de Apuleio el platónico sobre los dioses celestiales, los demonios aéreos y los hombres terrenos.

¿Qué decir de aquella misma definición de los demonios? ¿Acaso no debe considerarse un poco (donde ciertamente los incluyó a todos al definirlos), cuando dice que los demonios son animales

por género, pasivos de ánimo, racionales de mente, aéreos de cuerpo, eternos de tiempo (Ibíd.)? En estas cinco cosas conmemoradas, nada dijo en absoluto por lo cual los demonios parecieran tener en común al menos con los hombres buenos aquello que no estuviera en los malos. Pues cuando incluía a los hombres mismos describiéndolos algo más extensamente, hablando de ellos en su lugar como de los ínfimos y terrenos, después de haber hablado primero de los dioses celestiales; para que, encomendadas las dos partes extremas desde lo sumo y lo ínfimo, hablara en tercer lugar de los demonios medios: «Por tanto los hombres», dice, «célebres por la razón, poderosos en el habla, con almas inmortales, con miembros moribundos, con mentes ligeras y ansiosas, con cuerpos brutos y obedientes, con costumbres disímiles, con errores similares, con pervicaz audacia, con pertinaz esperanza, con vano trabajo, con fortuna caduca, individualmente mortales, pero todos perpetuos en su género universal, mudables por la prole que ha de ser suministrada a su vez, con tiempo volador, con lenta sabiduría, con muerte veloz, con vida querellosa, habitan las tierras» (De deo Socratis). Al decir aquí tantas cosas que pertenecen a muchísimos hombres, ¿acaso calló también aquello que sabía ser de pocos, cuando dijo «lenta sabiduría»? Lo cual si hubiera omitido, de ningún modo habría terminado rectamente el género humano con tan intensa diligencia de esta descripción. Pero cuando encomendaba la excelencia de los dioses, afirmó que en ellos destaca la misma beatitud

a la que los hombres quieren llegar por la sabiduría. Por consiguiente, si quisiera que algunos demonios fueran entendidos como buenos, pondría también algo en la descripción de ellos por lo cual se pensara que tienen en común o bien alguna parte de la beatitud con los dioses, o bien alguna clase de sabiduría con los hombres. Pero ahora no conmemoró ningún bien de ellos por el cual los buenos se distingan de los malos. Aunque también se abstuvo de expresar su malicia más libremente, no tanto por no ofenderlos a ellos, cuanto por no ofender a sus cultores, ante quienes hablaba: sin embargo, significó a los prudentes qué debían sentir de ellos; puesto que separó de todo punto a los dioses, a quienes quiso que se creyera todos buenos y bienaventurados, de sus pasiones y, como dice él mismo, de sus disturbios (turbellis), uniéndolos solo por la eternidad de los cuerpos; inculcando muy abiertamente que los demonios son similares de ánimo no a los dioses, sino a los hombres: y esto no por el bien de la sabiduría, del cual también los hombres pueden ser partícipes; sino por la perturbación de las pasiones, que domina a los estultos y a los malos, pero que es de tal modo regida por los sabios y buenos que prefieren no tenerla que vencerla. Pues si quisiera que se entendiera que los demonios tienen con los dioses la eternidad no de los cuerpos, sino de los ánimos, no separaría ciertamente a los hombres del consorcio de esta cosa: porque siente, sin duda como platónico, que las almas son inmortales también para los hombres. Por eso, cuando describía este

género de vivientes, dijo que los hombres tienen almas inmortales y miembros moribundos. Y por esto, si los hombres no tienen la eternidad común con los dioses por el hecho de que son mortales de cuerpo: por eso, pues, la tienen los demonios, porque son inmortales de cuerpo.

CAPÍTULO IX.

Si la amistad de los dioses celestiales puede procurarse al hombre por la intercesión de los demonios.

¿Qué clase de mediadores son, pues, entre los hombres y los dioses, por quienes los hombres pretendan las amistades de los dioses, quienes tienen esto peor en común con los hombres, que es lo mejor en el viviente, a saber, el ánimo; y tienen esto mejor en común con los dioses, que es lo peor en el viviente, a saber, el cuerpo? Pues constando el viviente, esto es, el animal, de alma y cuerpo, de los cuales dos el alma es ciertamente mejor que el cuerpo; aunque sea viciosa y enferma, es mejor ciertamente que el cuerpo aun el más sano y firme; porque su naturaleza es más excelente y no es pospuesta al cuerpo por la mancha de los vicios; al igual que el oro, aun sucio, se estima más caro que la plata o el plomo, aunque sean purísimos: estos mediadores de los dioses y de los hombres, por cuya interposición se unen las cosas humanas a las divinas, tienen con los dioses el cuerpo eterno, pero con los hombres el ánimo vicioso; como si la religión, por la cual quieren que los hombres se unan a los dioses por medio de los demonios, estuviera constituida en

el cuerpo, no en el ánimo. ¿Qué maldad o qué pena, en fin, tiene a estos mediadores falsos y engañosos como suspendidos cabeza abajo, de modo que tengan la parte inferior del animal, esto es, el cuerpo, con los seres superiores, pero la parte superior, esto es, el ánimo, con los inferiores, y estando unidos con los dioses celestiales en la parte sirviente, sean míseros con los hombres terrenos en la parte dominante? Pues el cuerpo es ciertamente siervo, como también dice Salustio: «Usamos más del imperio del ánimo que del servicio del cuerpo». Y añadió aquel: «Lo uno nos es común con los dioses, lo otro con las bestias» (Salust. en Catil., cap. 1): porque hablaba de los hombres, para quienes, como para las bestias, el cuerpo es mortal. Pero estos, que los filósofos nos han proporcionado como mediadores entre nosotros y los dioses, pueden ciertamente decir del ánimo y del cuerpo: «Lo uno nos es común con los dioses, lo otro con los hombres»: pero, como dije, como atados y suspendidos de forma perversa, teniendo el cuerpo siervo con los dioses bienaventurados, y el ánimo señor con los hombres míseros, exaltados por la parte inferior, abatidos por la superior. Por lo cual, aun si alguien pensara por esto que tienen la eternidad con los dioses, porque por ninguna muerte, como sucede con los animales terrenos, se sueltan sus ánimos del cuerpo: ni aun así debe considerarse su cuerpo como un vehículo eterno de los honrados, sino como una cadena eterna de los condenados.

CAPÍTULO X.

Que según la sentencia de Plotino, son menos míseros los hombres en el cuerpo mortal que los demonios en el eterno.

Plotino ciertamente, en tiempos cercanos a nuestra memoria, es alabado por haber entendido a Platón más excelentemente que los demás. Él, cuando trataba de las almas humanas, dijo: «El Padre misericordioso les hacía vínculos mortales» (Enéadas IV, libro 3, cap. 12). Así, consideró que esto mismo de que los hombres sean mortales de cuerpo pertenece a la misericordia de Dios Padre, para que no estuvieran retenidos siempre por la miseria de esta vida. De esta misericordia fue juzgada indigna la iniquidad de los demonios, la cual, en la miseria de un ánimo pasivo, recibió no un cuerpo mortal como los hombres, sino uno eterno. Serían ciertamente más felices que los hombres si tuvieran con ellos el cuerpo mortal, y con los dioses el ánimo bienaventurado. Pero serían iguales a los hombres si, con el ánimo mísero, hubieran merecido tener al menos con ellos el cuerpo mortal; siempre que adquirieran algo de piedad, para que descansaran de sus aflicciones al menos en la muerte. Pero ahora no solo no son más felices que los hombres con su ánimo mísero, sino que son incluso más míseros por el vínculo perpetuo del cuerpo. Pues no quiso que se entendiera que de demonios se hacen dioses por el aprovechamiento de alguna disciplina de piedad y sabiduría, cuando muy abiertamente dijo que los demonios son eternos.

CAPÍTULO XI.

De la opinión de los platónicos, por la cual piensan que las almas de los hombres son demonios después de los cuerpos.

Dice ciertamente que también las almas de los hombres son demonios, y que de los hombres se hacen Lares si son de buen mérito; Lémures o Larvas si de mal mérito; mas que se llaman dioses Manes si es incierto si son de buenos o de malos méritos. En esta opinión, ¡qué abismo abren para seguir costumbres perdidas, quién no lo verá si atiende aunque sea un poco? Puesto que, por muy inicuos que hayan sido los hombres, mientras piensan que se convierten en Larvas o en dioses Manes, se hacen tanto peores cuanto más codiciosos son de dañar: de modo que incluso piensan que son invitados por ciertos sacrificios como a honores divinos después de la muerte para que dañen: pues dice que las Larvas son demonios nocivos hechos de hombres. Pero de esto hay otra cuestión. Por lo demás, sostiene que los bienaventurados son llamados en griego eudaemones porque son buenos ánimos, esto es, buenos demonios; confirmando que también las almas de los hombres son demonios.

CAPÍTULO XII.

De los tres contrarios por los cuales, según los platónicos, se distingue la naturaleza de los demonios y de los hombres.

Pero ahora tratamos de aquellos a quienes describió en su naturaleza propia entre los dioses y los hombres como animales por género, racionales de mente, pasivos de ánimo, aéreos de

cuerpo, eternos de tiempo. Ciertamente, cuando primero separó a los dioses en el cielo sublime y a los hombres en la tierra ínfima, disjuntos por los lugares y por la dignidad de la naturaleza, así concluyó: «Tenéis», dice, «mientras tanto dos clases de animales; los dioses que difieren muchísimo de los hombres por la sublimidad del lugar, por la perpetuidad de la vida, por la perfección de la naturaleza; sin ninguna comunicación cercana entre sí, puesto que tanta distancia de altura separa las habitaciones sumas de las ínfimas; y la vivacidad allí es eterna e indefectible, aquí caduca y entrecortada; y aquellos ingenios están sublimados a la beatitud, estos abatidos a las miserias» (De deo Socratis). Aquí veo conmemorados tres contrarios sobre las dos partes extremas de la naturaleza, esto es, las sumas y las ínfimas. Pues las tres cosas laudables que propuso de los dioses, las mismas repitió, aunque con otras palabras, para devolverles otras tres adversas de los hombres. Estas tres de los dioses son: sublimidad del lugar, perpetuidad de la vida, perfección de la naturaleza. Estas las repitió con otras palabras de tal modo que les opusiera los tres contrarios de la condición humana: «Puesto que», dice, «tanta distancia de altura separa las habitaciones sumas de las ínfimas», porque había dicho sublimidad de lugar. «Y la vivacidad allí», dice, «sea eterna e indefectible, aquí caduca y entrecortada», porque había dicho perpetuidad de la vida. «Y aquellos ingenios», dice, «sublimados a la beatitud, estos abatidos a las miserias», porque había dicho perfección de la naturaleza. Tres cosas, por

tanto, fueron puestas por él de los dioses, a saber: lugar sublime, eternidad, beatitud; y tres cosas contrarias a estas de los hombres, a saber: lugar ínfimo, mortalidad, miseria.

CAPÍTULO XIII.

Cómo los demonios, si ni son bienaventurados con los dioses ni míseros con los hombres, son mediadores entre ambas partes sin comunión con ninguna de las dos.

1. Entre estas tres cosas de los dioses y de los hombres, puesto que puso a los demonios como mediadores, no hay controversia sobre el lugar: pues entre lo sublime y lo ínfimo, el lugar medio se tiene y se dice muy aptamente. Quedan los otros dos pares, a los cuales debe aplicarse una atención más cuidadosa, sobre cómo o bien se muestren ajenos a los demonios, o bien se les distribuyan de tal modo que la mediación parezca exigirlo. Pero no pueden serles ajenos. Pues no podemos decir rectamente que, así como decimos que el lugar medio no es ni lo sumo ni lo ínfimo, así los demonios, siendo animales racionales, no sean ni bienaventurados ni míseros, como lo son los arbustos o los ganados, que carecen de sentido o de razón. Por lo tanto, aquellos en cuyas mentes reside la razón, es necesario que sean o míseros o bienaventurados. Asimismo, no podemos decir rectamente que los demonios no son ni mortales ni eternos. Pues todos los vivientes o viven para siempre, o terminan por la muerte lo que viven. Pero ya este hombre dijo que los demonios son eternos en el tiempo. ¿Qué

queda, pues, sino que estos mediadores tengan una de las dos cosas sumas y otra de las dos ínfimas? Pues si tienen ambas de las ínfimas, o ambas de las sumas, no serán mediadores, sino que o retroceden o se inclinan hacia una u otra parte. Puesto que, por tanto, como se ha demostrado, no pueden carecer de ambas cosas, serán mediados aceptando una de cada parte. Y por esto, porque de las cosas ínfimas no pueden tener la eternidad, que no está allí, tienen esta única de las sumas; y por eso no hay otra cosa para completar su mediación, que puedan tener de las ínfimas, sino la miseria.

2. [XIII.] Hay, pues, según los platónicos, para los dioses sublimes o una bienaventurada eternidad o una eterna beatitud; para los hombres enfermos o una miseria mortal o una mortalidad mísera; pero para los demonios medios o una mísera eternidad o una eterna miseria. Pues incluso en aquellas cinco cosas que puso en la definición de los demonios, no los mostró mediadores como prometía; puesto que dijo que tienen tres cosas en común con nosotros: que son animales por género, que son racionales de mente y que son pasivos de ánimo; con los dioses, en cambio, una sola: que son eternos de tiempo; y una propia: que son aéreos de cuerpo. ¿Cómo son entonces mediadores, cuando tienen una sola con los sumos y tres con los ínfimos? ¿Quién no verá, dejada atrás la mediación, cuánto se inclinan y se deprimen hacia las cosas ínfimas? Pero claramente también allí pueden encontrarse mediadores de tal modo que tengan una cosa propia, que es el cuerpo

aéreo, al igual que aquellos de lo sumo y de lo ínfimo tienen cada uno la suya propia, los dioses el cuerpo etéreo y los hombres el terreno; pero dos cosas sean comunes a todos: que son animales por género y racionales de mente. Pues él mismo, cuando hablaba de los dioses y de los hombres, dijo: «Tenéis dos clases de animales». And these are not accustomed to maintain that the gods are anything but rational in mind. Quedan dos cosas: que son pasivos de ánimo y eternos de tiempo; de las cuales tienen una con los ínfimos y la otra con los sumos, para que la mediación, equilibrada por una razón proporcional, ni se eleve a lo sumo ni se deprima a lo ínfimo. Esa misma es la mísera eternidad o eterna miseria de los demonios. Pues el que dijo «pasivos de ánimo», también habría dicho «míseros», si no se hubiera avergonzado ante sus cultores. Por lo demás, porque el mundo no se rige por una fortuita temeridad, como incluso ellos mismos confiesan, sino por la providencia del Dios sumo, nunca existiría esa eterna miseria de ellos si no existiera una gran malicia.

3. Si, por tanto, los bienaventurados son llamados rectamente eudaemones, no son eudaemones los demonios a quienes estos han colocado en medio entre los hombres y los dioses. ¿Cuál es, pues, el lugar de los buenos demonios que, sobre los hombres e ínfimos respecto a los dioses, presten a aquellos auxilio y a estos servicio? Pues si son buenos y eternos, ciertamente son también bienaventurados. Pero la eterna beatitud no permite que sean mediadores, porque los asimila mucho a los dioses y los

separa mucho de los hombres. Por lo cual en vano intentarán estos mostrar de qué modo los buenos demonios, si son inmortales y bienaventurados, se constituyen rectamente como mediadores entre los dioses inmortales y bienaventurados y los hombres mortales y míseros. Pues teniendo ambas cosas con los dioses, a saber, la beatitud y la inmortalidad, pero ninguna de estas con los hombres míseros y mortales; ¿cómo no están más bien remotos de los hombres y unidos a los dioses, que constituidos como mediadores entre ambos? Pues entonces serían mediadores si tuvieran ellos mismos también dos cosas suyas propias, no comunes con los dos pares de cada uno, sino con una sola de cada uno: al igual que el hombre es un ser medio, pero entre las bestias y los ángeles; de modo que, porque la bestia es un animal irracional y mortal, el ángel en cambio racional e inmortal, el hombre fuera medio, inferior a los ángeles, superior a las bestias, teniendo con las bestias la mortalidad, la razón con los ángeles, siendo un animal racional mortal. Así, pues, cuando buscamos un medio entre los bienaventurados inmortales y los míseros mortales, debemos encontrar esto: aquello que o bien sea mortal bienaventurado, o bien sea inmortal mísero.

CAPÍTULO XIV.

Si los hombres, siendo mortales, pueden ser felices con la verdadera beatitud.

Si un hombre puede ser a la vez bienaventurado y mortal es una gran cuestión entre los hombres. Pues algunos han considerado su condición más humildemente y han negado que el hombre pueda ser capaz de la beatitud mientras vive mortalmente; pero otros se han ensalzado y se han atrevido a decir que, siendo dueños de la sabiduría, los mortales pueden ser bienaventurados. Pero si esto es así, ¿por qué no se constituyen ellos mismos más bien como mediadores entre los mortales míseros y los inmortales bienaventurados, teniendo la beatitud con los inmortales bienaventurados y la mortalidad con los mortales míseros? Pues ciertamente, si son bienaventurados, no envidian a nadie (¿pues qué hay más mísero que la envidia?); y por eso miran por los mortales míseros, en cuanto pueden, para la consecución de la beatitud; para que también ellos puedan ser inmortales después de la muerte y unirse a los ángeles inmortales y bienaventurados.

CAPÍTULO XV.

Sobre el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús.

1. Si, por el contrario, como se disputa con mucha más credibilidad y probabilidad, todos los hombres, mientras son mortales, es necesario que sean también míseros, se debe buscar un medio que sea no solo hombre, sino también Dios; para que la beata mortalidad de este medio, interviniendo, conduzca a los hombres de la miseria

mortal a la beata inmortalidad. A este ni le convenía no hacerse mortal, ni permanecer mortal. Ciertamente se hizo mortal, no por debilidad de la divinidad del Verbo, sino por haber asumido la debilidad de la carne; pero no permaneció mortal en esa misma carne, a la cual resucitó de entre los muertos: puesto que el fruto mismo de su mediación es que ni siquiera aquellos para cuya liberación se hizo mediador permanecieran en la muerte perpetua, ni siquiera la de la carne. Por consiguiente, convenía que el mediador entre nosotros y Dios tuviera una mortalidad transitoria y una beatitud permanente: para que por aquello que transita, se ajustara a los que han de morir; y hacia aquello que permanece, los trasladara de entre los muertos. Los ángeles buenos, por tanto, no pueden ser medios entre los mortales míseros y los inmortales beatos, porque ellos también son a la vez beatos e inmortales; pero pueden ser medios los ángeles malos, porque son inmortales con aquellos y míseros con estos. Contrario a estos es el Mediador bueno, quien, frente a la inmortalidad y miseria de aquellos, quiso tanto ser mortal por un tiempo, como pudo persistir beato en la eternidad: y así a ellos, inmortales soberbios y míseros nocivos, para que no sedujeran con la jactancia de la inmortalidad hacia la miseria, los destruyó con la humildad de su muerte y la benignidad de su beatitud en aquellos cuyos corazones, purificando por su fe, libró de la inmundísima dominación de aquellos.

2. El hombre, pues, mortal y mísero, alejado por mucho de los inmortales y beatos, ¿qué me-

dio elegirá por el cual se acople a la inmortalidad y a la beatitud? Lo que puede deleitar en la inmortalidad de los demonios es mísero; lo que puede ofender en la mortalidad de Cristo ya no existe. Allí, por tanto, debe evitarse la miseria sempiterna; aquí no debe temerse la muerte, que no pudo ser sempiterna, y debe amarse la beatitud sempiterna. Ciertamente, para esto se interpone el medio inmortal y mísero: para no permitir el paso a la inmortalidad beata, puesto que persiste lo que impide, esto es, la miseria misma; para esto, en cambio, se interpuso el mortal y beato: para que, pasada la mortalidad, hiciera inmortales de entre los muertos, lo cual mostró resurgiendo en sí mismo, y de los míseros hiciera beatos, de donde él mismo nunca se alejó. Uno es, pues, el medio malo, que separa a los amigos; otro el bueno, que reconcilia a los enemigos. Y por eso son muchos los medios separadores, porque la multitud que es beata se hace beata por la participación de un solo Dios; de cuya privación de participación se hace beata la mísera multitud de los ángeles malos, la cual se opone más bien como impedimento que se interpone como ayuda para la beatitud, e incluso con su misma multitud estorba de algún modo para que no se pueda llegar a aquel único bien beatífico, al cual, para que fuéramos conducidos, no hacía falta muchos, sino un solo mediador; y esto por aquel mismo por cuya participación somos beatos, esto es, el Verbo de Dios no hecho, por quien fueron hechas todas las cosas. Sin embargo, no por esto es mediador porque es el Verbo: pues el Verbo, supremamente

inmortal y supremamente beato, está lejos de los mortales míseros; sino que es mediador en cuanto hombre: mostrando ciertamente por esto mismo que hacia aquel bien no solo beato, sino también beatífico, no conviene buscar otros mediadores por los cuales juzguemos que debemos construir los grados de llegada; porque el Dios beato y beatífico, hecho partícipe de nuestra humanidad, ofreció el compendio para participar de su divinidad. Pues no librándonos de la mortalidad y de la miseria nos conduce a los ángeles inmortales y beatos de tal modo que por su participación también nosotros seamos inmortales y beatos; sino a aquella Trinidad, por cuya participación también los ángeles son beatos. Por eso, cuando en forma de siervo (Filip. II, 7), para ser mediador, quiso estar por debajo de los ángeles, en forma de Dios permaneció por encima de los ángeles: el mismo es camino de vida en las cosas inferiores, el que es vida en las superiores.

CAPÍTULO XVI.

Si razonablemente los platónicos definieron que los dioses celestiales, declinando los contagios terrenos, no se mezclan con los hombres, a quienes los demonios favorecen para la amistad con los dioses.

Pues no es verdad lo que aquel mismo platónico dice que dijo Platón: "Ningún dios se mezcla con el hombre". Y dice que esta es la principal muestra de su sublimidad: que no se contaminan con ningún contacto de los hombres (Apuleyo, Sobre el dios de Sócrates). Por tanto, confiesa

que los demonios se contaminan: y por eso no pueden limpiar a aquellos por quienes son contaminados, y todos se vuelven igualmente inmundos: tanto los demonios por el contacto de los hombres, como los hombres por el culto a los demonios. O bien, si los demonios pueden ser tocados y mezclarse con los hombres y, sin embargo, no contaminarse, son ciertamente mejores que los dioses: porque aquellos, si se mezclaran, se contaminarían. Pues se dice que lo principal de los dioses es que, estando ellos sublimemente separados, el contacto humano no pueda contaminarlos. Afirma que el Dios sumo, creador de todas las cosas, al que nosotros llamamos el verdadero Dios, es predicado así por Platón: que él es el único que no puede ser comprendido ni siquiera mínimamente por cualquier oración, debido a la penuria del lenguaje humano; y que apenas a los hombres sabios, cuando se han alejado del cuerpo con el vigor del ánimo cuanto les fue posible, les llega el entendimiento de este Dios, y eso también a veces como si en las altísimas tinieblas brillara una luz cándida con un rapidísimo resplandor (Sobre el dios de Sócrates). Si, pues, sobre todas las cosas el verdaderamente sumo Dios está presente a las mentes de los sabios con una presencia inteligible e inefable —aunque sea a veces, aunque sea como una luz cándida que brilla con un rapidísimo resplandor— cuando se han alejado del cuerpo cuanto les fue posible, y no puede ser contaminado por ellos; ¿por qué estos dioses son constituidos por eso en un lugar lejano y sublime, para no ser contaminados por

el contacto humano? Como si fuera otra cosa ver esos cuerpos etéreos que bastara, con cuya luz la tierra es ilustrada cuanto basta. Además, si los astros no se contaminan cuando son vistos —a los cuales llama a todos dioses visibles—, tampoco los demonios se contaminan por el aspecto de los hombres, aunque sean vistos de cerca. ¿Acaso se contaminarían por las voces humanas los que no se contaminan por la agudeza de los ojos, y por eso tienen a los demonios como medios, por los cuales se les anuncien las voces de los hombres, de quienes están lejos, para perseverar incontaminadísimos? ¿Qué diré ya de los demás sentidos? Pues ni olfateando podrían contaminarse los dioses si estuvieran presentes, ni pueden los demonios cuando están presentes, por los vapores de los cuerpos humanos vivos, si no se contaminan con tantos olores cadavéricos de los sacrificios. En cuanto al sentido del gusto, no son urgidos por ninguna necesidad de reparar la mortalidad para que, acosados por el hambre, busquen alimentos de los hombres. El tacto, en verdad, está en su poder. Pues aunque de ese sentido principalmente parezca derivarse la palabra "contacto" (contrectatio), hasta ahora, sin embargo, si quisieran, se mezclarían con los hombres para ver y ser vistos, oír y ser oídos: ¿pero qué necesidad hay de tocar? pues ni los hombres se atreverían a desear eso cuando disfrutaran de la vista o el coloquio de los dioses o de los demonios buenos: y si la curiosidad progresara tanto que quisieran, ¿de qué modo podría

alguien tocar a un dios o demonio invitado, si no se puede tocar ni a un gorrión si no es capturado?

2. Por tanto, viendo y ofreciéndose a la vista, y hablando y oyendo, los dioses podrían mezclarse corporalmente con los hombres. Ahora bien, si los demonios se mezclan de este modo, como he dicho, y no se contaminan, pero los dioses se contaminarían si se mezclaran, entonces dicen que los demonios son incontaminables y los dioses contaminables. Pero si también los demonios se contaminan, ¿qué beneficio aportan a los hombres para la vida beata después de la muerte, a quienes, estando ellos mismos contaminados, no pueden limpiar para poder unirlos limpios a los dioses incontaminados, entre los cuales y aquellos han sido constituidos como medios? O si no les confieren este beneficio, ¿de qué sirve a los hombres la mediación amistosa de los demonios? ¿Acaso para que después de la muerte los hombres no pasen a los dioses por medio de los demonios, sino que vivan ambos juntos contaminados y, por tanto, ninguno de los dos sea beato? A menos que alguien diga que, al modo de las esponjas o cosas semejantes, los demonios limpian a sus amigos para volverse ellos mismos tanto más sucios cuanto más limpios se vuelven los hombres por ellos, como si estos los limpiaran. Y si esto es así, los dioses se mezclan con demonios más contaminados, ellos que, para no contaminarse, evitaron la cercanía y el contacto con los hombres. ¿O acaso pueden los dioses limpiar a los demonios contaminados por los hombres sin contaminarse ellos mismos, y no podrían hacerlo

del mismo modo con los hombres? ¿Quién sentiría tales cosas, sino aquel a quien los falacísimos demonios han engañado? ¿Y qué decir de que, si ver y ser visto contaminara, los dioses son vistos por los hombres —a los cuales llama dioses visibles—, las clarísimas lumbreras del mundo y los demás astros; y estarían más seguros los demonios de esa contaminación de los hombres, ellos que no pueden ser vistos si no quieren? O si no ser visto, sino ver contaminara, que nieguen que los hombres son vistos por esas clarísimas lumbreras del mundo, a las que consideran dioses, cuando extienden sus rayos hasta las tierras. Sin embargo, sus rayos, difundidos por cualquier inmundicia, no se contaminan: ¿y se contaminarían los dioses si se mezclaran con los hombres, aunque el contacto fuera necesario para socorrer? Pues con los rayos del sol y de la luna se toca la tierra, y eso no contamina esta luz.

CAPÍTULO XVII.

Que para conseguir la vida beata, la cual consiste en la participación del sumo bien, el hombre no necesita un mediador tal como es el demonio, sino tal cual es únicamente Cristo.

Me maravillo sobremanera de que hombres tan doctos, que juzgaron que todas las cosas corpóreas y sensibles deben ser pospuestas a las incorpóreas e inteligibles cuando se trata de la vida beata, hagan mención de los contactos corporales. ¿Dónde está aquello de Plotino, donde dice: "Se debe huir, pues, a la patria queridísima, y allí está el padre, y allí todo"? "¿Qué flota,

pues, o qué huida?", dice, "hacerse semejante a Dios" (Enéada I, lib. 6, cap. 8; lib. 2, cap. 3). Si, pues, cuanto más semejante a Dios, tanto más próximo se hace cada uno, no hay de él otra lejanía que su desemejanza. Ciertamente, el alma del hombre es tanto más desemejante a aquel incorpóreo eterno e inconmutable cuanto más codiciosa es de las cosas temporales y mudables. [XVII.] Para que esto sane, puesto que a la inmortalidad pura que está en lo sumo no pueden convenirle las cosas mortales e inmundas que están en lo ínfimo, es necesario ciertamente un mediador; pero no uno tal que tenga ciertamente un cuerpo inmortal próximo a los sumos, pero un ánimo mórbido semejante a los ínfimos, por cuya enfermedad nos envidie más bien que sanemos antes que ayudarnos a sanar; sino uno tal que, habiéndose acoplado a nosotros los ínfimos por la mortalidad del cuerpo, por la inmortal justicia del espíritu —por la cual permaneció en lo sumo no por distancia de lugares, sino por excelencia de semejanza— ofrezca un socorro verdaderamente divino para purificarnos y librarnos. El cual, siendo Dios incontaminable, lejos esté de temer la contaminación del hombre de quien se revistió, o de los hombres entre quienes convivió en cuanto hombre. Pues no son pequeñas estas dos cosas que entretanto mostró saludablemente por su encarnación: que ni la verdadera divinidad puede ser contaminada por la carne, ni por eso se ha de pensar que los demonios son mejores que nosotros porque no tienen carne. Este es, como lo predica la sagrada Escritura: "Mediador de Dios y

de los hombres, el hombre Cristo Jesús" (I Tim. II, 5), de cuya divinidad, por la que es siempre igual al Padre, y de su humanidad, por la que se hizo semejante a nosotros, no es este el lugar para hablar competentemente según nuestra facultad.

CAPÍTULO XVIII.

Que la falacia de los demonios, mientras promete por su intercesión el camino hacia Dios, se esfuerza en esto: en apartar a los hombres del camino de la verdad.

Pero esos falsos y falaces mediadores demonios, quienes, aunque por la inmundicia del espíritu se muestran míseros y malignos en muchos efectos, sin embargo, a través de los intervalos de los lugares corporales y por la ligereza de los cuerpos aéreos, se esfuerzan por distraernos y apartarnos del progreso de las almas, no ofrecen el camino hacia Dios; sino que impiden que el camino sea seguido. Puesto que incluso en ese mismo camino corporal, que es falsísimo y está llenísimo de error, por el cual no transita la justicia —ya que no por la altitud corporal, sino por la similitud espiritual, esto es, incorpórea, debemos ascender a Dios—, en ese mismo camino corporal que los amigos de los demonios ordenan por los grados de los elementos, habiendo constituido a los demonios aéreos como medios entre los dioses etéreos y los hombres terrenos, opinan que los dioses tienen esto de principal: que por este intervalo de lugares no se contaminan con el contacto humano. Así, creen que los demonios son más bien contaminados por los hombres que los

hombres limpiados por los demonios, y que los mismos dioses habrían podido ser contaminados si no estuvieran protegidos por la altitud del lugar. ¿Quién es tan infeliz que piense que puede ser limpiado por este camino, donde se predica que los hombres contaminan a los demonios contaminados y que los dioses son contaminables; y no elija más bien el camino donde se eviten más a los demonios contaminantes, y por el Dios incontaminable sean los hombres limpiados de la contaminación para entrar en la sociedad de los ángeles incontaminados?

CAPÍTULO XIX.

Que la apelación de demonios ya ni siquiera entre sus propios cultores se asume con una significación de algo bueno.

Pero para que no parezca que también nosotros luchamos por las palabras, puesto que algunos de esos, por así decirlo, demonícolas, entre los cuales está también Labeón, sostienen que por otros son llamados ángeles los mismos a quienes ellos denominan demonios, veo que ya debo disertar algo sobre los ángeles buenos, los cuales aquellos no niegan que existan, pero prefieren llamarlos demonios buenos antes que ángeles. Nosotros, sin embargo, según habla la Escritura, por la cual somos cristianos, leemos ciertamente que los ángeles son en parte buenos y en parte malos, pero nunca leemos "demonios buenos"; sino que en cualquier lugar de aquellas Letras donde se encuentra puesto este nombre, ya se digan "demonios" o "demonios" (daemones

o daemonia), no se significan sino espíritus malignos. Y esta costumbre de hablar la han seguido los pueblos en tal medida y por todas partes, que incluso entre aquellos que son llamados paganos y sostienen que se debe dar culto a muchos dioses y demonios, casi no hay nadie tan literato y docto que se atreva a decir como alabanza, ni siquiera a su siervo: "Tienes un demonio"; sino que a cualquiera que quisiera decirle esto, no podría dudar de que no sería recibido de otro modo que como si hubiera querido maldecirlo. ¿Qué causa, pues, nos compele a que, después de la ofensa de tantos oídos —que ya son casi los de todos— que se han acostumbrado a no oír esta palabra sino en mala parte, nos veamos obligados a exponer lo que hemos dicho, cuando podemos, empleando el nombre de ángeles, evitar esa misma ofensa que podía producirse con el nombre de demonios?

CAPÍTULO XX.

Sobre la calidad de la ciencia que hace soberbios a los demonios.

Aunque también el origen mismo de este nombre, si miramos los Libros divinos, aporta algo dignísimo de conocimiento. Pues se llaman daemones (demonios) —puesto que el vocablo es griego— nombrados así por su ciencia (daēmōn, sabio). Pero el Apóstol, hablando por el Espíritu Santo, dice: "La ciencia infla, pero la caridad edifica" (I Cor. VIII, 1). Lo cual rectamente no se entiende de otro modo sino que la ciencia aprovecha entonces cuando la caridad

está presente; pero sin esta, infla, esto es, eleva a la soberbia de una vanísima y como ventosa hinchazón. Hay, pues, en los demonios ciencia sin caridad, y por eso están tan inflados, esto es, son tan soberbios, que se han esforzado para que se les exhibieran a ellos los honores divinos y la servidumbre de la religión que saben que se debe al verdadero Dios, y cuanto pueden, y ante quienes pueden, todavía lo hacen. Por lo demás, contra la soberbia de los demonios, por la cual el género humano era poseído según sus méritos, las almas de los hombres, infladas con la inmundicia de la elación, no saben cuánta virtud tiene la humildad de Dios, que apareció en forma de siervo, siendo semejantes a los demonios en la soberbia, no en la ciencia.

CAPÍTULO XXI.

De qué modo quiso el Señor darse a conocer a los demonios.

Los mismos demonios también saben esto de tal modo que dijeron al mismo Señor revestido de la debilidad de la carne: "¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido antes de tiempo a perdernos?" (Mc I, 24; y Mt VIII, 29). Está claro en estas palabras que en ellos había tanta ciencia como faltaba la caridad. Ciertamente temían su castigo por parte de Él, no amaban en Él la justicia. Se les dio a conocer tanto cuanto quiso: y quiso tanto cuanto convino. Pero se dio a conocer no como a los ángeles santos, quienes disfrutan de su eternidad participada según lo que es el Verbo de Dios; sino como debió darse

a conocer a aquellos que debían ser aterrados, de cuya potestad, en cierto modo tiránica, iba a librar a los predestinados para su reino y gloria siempre veraz y verazmente sempiterna. Se dio a conocer, pues, a los demonios, no por aquello que es vida eterna y luz inconmutable que ilumina a los piadosos, para cuya visión por la fe que está en Él se limpian los corazones; sino por ciertos efectos temporales de su virtud y signos ocultísimos de su presencia, que para los sentidos angélicos, incluso de los espíritus malignos, antes que para la debilidad de los hombres, podrían ser conspicuos. Finalmente, cuando juzgó que debían ser un poco suprimidos, y se ocultó algo más profundamente, el príncipe de los demonios dudó de Él y le tentó, explorando si era el Cristo, tanto cuanto Él mismo permitió ser tentado, para atemperar al hombre que llevaba al ejemplo de nuestra imitación. Pero después de aquella tentación, cuando los ángeles, como está escrito, le servían (Mt IV, 3-11) —buenos ciertamente y santos, y por eso temibles y tremendos para los espíritus inmundos—, más y más se daba a conocer a los demonios cuán grande era, de modo que ninguno se atreviera a resistirle cuando Él mandaba, aunque en Él pareciera despreciable la debilidad de la carne.

CAPÍTULO XXII.

Qué diferencia hay entre la ciencia de los santos ángeles y la ciencia de los demonios.

Para estos ángeles buenos, pues, toda ciencia de las cosas corporales y temporales, con la cual se inflan los demonios, es vil: no porque las ignoren, sino porque para ellos es querida la caridad de Dios, por la cual son santificados; ante cuya belleza, no solo incorpórea sino también inconmutable e inefable, por cuyo santo amor arden, todas las cosas que están debajo, y que no son lo que ella es, las desprecian, y a sí mismos entre ellas, para disfrutar totalmente de que son buenos por aquel Bien del cual son buenos. Y por eso conocen también con más certeza estas cosas temporales y mudables, porque ven sus causas principales en el Verbo de Dios, por quien fue hecho el mundo: en cuyas causas algunas cosas son aprobadas, otras reprobadas, y todas ordenadas. Los demonios, en cambio, no contemplan en la Sabiduría de Dios las causas eternas y en cierto modo cardinales de los tiempos; sino que, por una mayor experiencia de ciertos signos para nosotros ocultos, prevén mucho más que los hombres las cosas futuras. A veces también anuncian de antemano sus propias disposiciones. Finalmente, estos a menudo se engañan, aquellos nunca en absoluto. Pues una cosa es conjeturar lo temporal por lo temporal y lo mudable por lo mudable, e insertar en ello el modo temporal y mudable de su voluntad y facultad —lo cual ha sido permitido a los demonios con cierta razón —; y otra cosa es prever en las leyes eternas e inconmutables de Dios, que viven en su Sabiduría, las mutaciones de los tiempos, y conocer por la participación de su Espíritu la voluntad de Dios,

que es la más cierta y potente de todas; lo cual ha sido dado a los santos ángeles con recta discreción. Por tanto, no solo son eternos, sino también beatos. Y el Bien por el cual son beatos es para ellos Dios, por quien fueron creados. Ciertamente disfrutan de su participación y contemplación de manera indeclinable.

CAPÍTULO XXIII.

Que el nombre de dioses se atribuye falsamente a los dioses de las naciones, el cual, sin embargo, es común tanto a los santos ángeles como a los hombres justos según la autoridad de las divinas Escrituras.

1. Si los platónicos prefieren llamar a estos dioses en vez de demonios, y contarlos entre aquellos que su autor y maestro Platón escribe que fueron creados dioses por el Dios sumo (En el Timeo), que digan lo que quieran; pues no hay que fatigarse con ellos en una controversia de palabras. Pues si los llaman así inmortales de modo que, sin embargo, hayan sido hechos por el Dios sumo, y sean beatos no por sí mismos, sino adhiriéndose a aquel por quien fueron hechos, dicen lo mismo que decimos nosotros, llámenlos con cualquier nombre. Que esta es la sentencia de los platónicos, ya sea de todos o de los mejores, puede encontrarse en sus letras. Pues incluso sobre el nombre mismo por el cual llaman dioses a una criatura inmortal y beata de esta clase, casi no hay ninguna disensión entre nosotros y ellos, porque también en nuestras sagradas Letras se lee: "El Dios de los dioses, el Señor, ha hablado"

(Sal XLIX, 1); y en otra parte: "Confesad al Dios de los dioses" (Sal CXXXV, 2). Y en otra parte: "Rey grande sobre todos los dioses" (Sal XCIV, 3). Pero aquello donde está escrito: "Terrible es sobre todos los dioses", se muestra a continuación por qué se dijo. Pues sigue: "Porque todos los dioses de las naciones son demonios, pero el Señor hizo los cielos" (Sal XCV, 4, 5). Dijo, pues, "sobre todos los dioses", pero "de las naciones", esto es, los que las naciones tienen por dioses, los cuales son demonios; por eso es "terrible", ¿bajo cuyo terror decían al Señor: "Has venido a perdernos" (Mc I, 24)? En cambio, aquello donde se dice "Dios de los dioses", no puede entenderse "Dios de los demonios"; y "Rey grande sobre todos los dioses", lejos esté que se diga "Rey grande sobre todos los demonios". Pero también a los hombres en el pueblo de Dios la misma Escritura los llama dioses. "Yo —dice— dije: Dioses sois, e hijos del Excelso todos" (Sal LXXXI, 6). Puede, por tanto, entenderse el Dios de estos dioses, el cual fue llamado "Dios de los dioses"; y sobre estos dioses el Rey grande, que fue llamado "Rey grande sobre todos los dioses".

2. Sin embargo, cuando se nos pregunta: si los hombres han sido llamados dioses porque están en el pueblo de Dios, al cual Dios habla por medio de ángeles o de hombres, ¿cuánto más dignos de ese nombre son los inmortales que disfrutan de aquella beatitud a la cual los hombres desean llegar dando culto a Dios? ¿Qué responderemos, sino que no en vano en las sagradas Escrituras se ha llamado más expresamente dioses a los

hombres que a aquellos inmortales y beatos a los cuales se promete que seremos iguales en la resurrección? ¿Acaso para que, debido a la excelencia de aquellos, la infiel debilidad no se atreviera a constituir a alguno de ellos como dios para nosotros? Lo cual es fácil de evitar en el hombre. Y más evidentemente debieron llamarse dioses los hombres en el pueblo de Dios, para que se hicieran ciertos y confiados de que aquel es su Dios, el que fue llamado "Dios de los dioses"; porque, aunque se llamen dioses aquellos inmortales y beatos que están en los cielos, no han sido llamados, sin embargo, "dioses de los dioses", esto es, dioses de los hombres constituidos en el pueblo de Dios, a quienes se dijo: "Yo dije: Dioses sois, e hijos del Excelso todos". De aquí es lo que dice el Apóstol: "Aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo o en la tierra, como hay muchos dioses y muchos señores; para nosotros, sin embargo, hay un solo Dios Padre, de quien proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un solo Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por medio de él" (I Cor VIII, 5, 6).

3. No hay, por tanto, que disputar mucho sobre el nombre, cuando la cosa misma es tan clara que es ajena a cualquier escrúpulo de duda. Pero aquello que nosotros decimos, que del número de aquellos inmortales y beatos fueron enviados ángeles para anunciar a los hombres la voluntad de Dios, no les agrada a ellos, porque creen que este ministerio se realiza no por aquellos a quienes llaman dioses, esto es, inmortales y beatos, sino

por los demonios, a quienes se atreven a llamar solo inmortales, pero no también beatos; o al menos tan inmortales y beatos que, sin embargo, sean demonios buenos, no dioses colocados en lo alto y alejados del contacto humano. Aunque parezca una controversia de nombre, sin embargo, es tan detestable el nombre de los demonios que debemos alejarnos de él por todos los medios junto con los santos ángeles. Ahora pues, ciérrese este libro de modo que sepamos que los seres inmortales y beatos —llámense como se quiera — que, sin embargo, han sido hechos y creados, no son mediadores para conducir a los míseros mortales a la inmortal beatitud, de la cual están separados por ambas diferencias. Pero los que son mediadores por tener la inmortalidad común con los superiores y la miseria con los inferiores, puesto que son míseros por mérito de su malicia, pueden más bien envidiarnos la beatitud que no tienen que proporcionárnosla. Por lo cual, los amigos de los demonios no tienen nada digno que ofrecernos por lo cual debamos darles culto como a ayudantes, a quienes más bien debemos evitar como a engañadores. Pero en cuanto a aquellos que piensan que deben ser venerados como buenos, y por tanto no solo inmortales, sino también beatos, bajo el nombre de dioses, con ritos y sacrificios para alcanzar la vida beata después de la muerte —cualesquiera que ellos sean y de cualquier nombre que sean dignos—, discutiremos más diligentemente en el libro siguiente, con la ayuda de Dios, que ellos no quieren que por tal obsequio de religión se dé culto sino a un solo

Dios, por quien fueron creados y de cuya participación son beatos.

Libro D

ÉCIMO.

En el cual Agustín enseña que los ángeles buenos no quieren que el honor divino, que se llama culto de latría y se realiza mediante sacrificios, se rinda sino a un solo Dios, a quien ellos mismos sirven. Luego disputa sobre el principio y el camino de purificación y liberación del alma contra Porfirio.

CAPÍTULO PRIMERO. — Que la verdadera beatitud, ya sea a los ángeles o a los hombres, se atribuye por un solo Dios, lo cual también definieron los platónicos; pero se debe investigar si estos, a quienes por esto mismo piensan que se debe dar culto, quieren que se sacrifique a un solo Dios solamente, o también a sí mismos.

1. Es sentencia cierta de todos los que pueden usar de la razón de cualquier modo, que todos los hombres quieren ser beatos. Pero quiénes sean, o de dónde se hagan, mientras lo investiga la debilidad de los mortales, se han suscitado muchas y grandes controversias, en las cuales los filósofos han desgastado sus estudios y sus ocios; traerlas a colación y discutirlas es a la vez largo y no necesario. Pues si el que lee esto recuerda lo que hicimos en el libro octavo al elegir los filósofos con quienes se trataría esta cuestión sobre la vida

beata, que ha de ser en el futuro después de la muerte, si podemos llegar a ella sirviendo con religión y sacrificios a un solo Dios verdadero, que es también el hacedor de los dioses, o a muchísimos dioses; no espera que aquí se repitan las mismas cosas, sobre todo cuando puede ayudar a su memoria leyendo de nuevo si acaso se ha olvidado. Pues elegimos a los platónicos como los más nobles de todos los filósofos: porque así como pudieron comprender que el alma inmortal y racional o intelectual del hombre no puede ser beata sino participando de la luz de aquel Dios por quien ella misma y el mundo fueron hechos; así niegan que vaya a conseguir aquello que todos los hombres apetecen, esto es, la vida beata, aquel que no se haya adherido con la pureza de un casto amor a aquel solo óptimo, que es el Dios inconmutable. Pero porque ellos también, ya sea cediendo a la vanidad y al error de los pueblos, o, como dice el Apóstol, "desvaneciéndose en sus pensamientos" (Rom I, 21), pensaron que se debía dar culto a muchos dioses, o quisieron que así se pensara, de modo que algunos de ellos incluso juzgaran que se debían rendir honores divinos de ritos y sacrificios a los demonios, a los cuales ya hemos respondido en gran parte: ahora se debe ver y discutir, según Dios lo conceda, cómo se ha de creer que los seres inmortales y beatos constituidos en las sedes celestiales, dominaciones, principados, potestades —a los cuales ellos llaman dioses, y de los cuales a algunos llaman o demonios buenos o, con nosotros, ángeles— quieren que se guarde por nosotros la religión y

la piedad; esto es, para decirlo más claramente, si les place que hagamos ritos y sacrifiquemos también a ellos mismos, o solamente a su Dios, que es también el nuestro, o si debemos consagrar con ritos de religión algunas cosas nuestras o a nosotros mismos.

2. Este es, en efecto, el culto debido a la divinidad o, para decirlo más expresamente, a la deidad; para significar el cual con una sola palabra, puesto que no se me ocurre ninguna latina suficientemente idónea, insinúo por medio del griego lo que quiero decir donde es necesario. Pues los nuestros, dondequiera que se ha puesto en las sagradas Escrituras, han interpretado *latreía* como Servidumbre. Pero aquella servidumbre que se debe a los hombres, según la cual el Apóstol manda que los siervos deben estar sujetos a sus señores (Ef VI, 5), suele denominarse con otro nombre en griego; en cambio, la *latreía*, según la costumbre con que hablaron quienes nos compusieron los divinos elocuentes, o siempre, o tan frecuentemente que casi siempre, se llama aquella servidumbre que pertenece al culto de Dios. Por consiguiente, si se dice solamente "culto" (*cultus*) mismo, no parece deberse solo a Dios. Pues decimos que damos culto (*colere*) incluso a los hombres, a quienes frecuentamos ya sea con un recuerdo honroso o con nuestra presencia. Y no solo se dice que damos culto a aquellas cosas a las que nos sujetamos con religiosa humildad, sino también a algunas que están sujetas a nosotros. Pues de este verbo se llaman tanto los agricultores (*agricolae*) como los

colonos (*coloni*) y los habitantes (*incolae*); y a los mismos dioses no los llaman celícolas por otra razón sino porque habitan (*colant*) el cielo; no ciertamente venerándolo, sino habitándolo; como si fueran ciertos colonos del cielo: no como se llaman colonos los que deben su condición al suelo natal para la agricultura bajo el dominio de los poseedores; sino, como dice un gran autor de la elocuencia latina: "Hubo una ciudad antigua, que habitaron colonos tirios". Pues por habitar (*incolendo*) los llamó colonos, no por la agricultura. De aquí que también las ciudades fundadas por ciudades mayores como por enjambres de pueblos se llamen colonias (*coloniae*). Y por esto, aunque es totalmente verdaderísimo que el culto ciertamente no se debe sino a Dios por una cierta noción propia de esta palabra, sin embargo, porque se habla del culto de otras cosas, el culto debido a Dios no puede significarse en latín con una sola palabra.

3. Pues también la Religión misma, aunque parezca significar más distintamente no cualquier culto, sino el culto de Dios —por lo cual los nuestros han interpretado con este nombre lo que en griego se llama *thrēskeia*—, sin embargo, porque por la costumbre latina de hablar, no de los ignorantes, sino incluso de los más doctos, se dice que se debe mostrar religión a los parentescos humanos y afinidades y a cualquier clase de necesidades, no se evita la ambigüedad con ese vocablo cuando se trata la cuestión sobre el culto de la divinidad, de modo que podamos decir con confianza que la religión no es sino el culto de

Dios; puesto que este vocablo parece ser arrebatado de significar la observancia del parentesco humano de un modo insólito.

También la Piedad suele entenderse propiamente como el culto de Dios, la cual los griegos llaman *eusebeia*. Esta, sin embargo, se dice que se tiene también hacia los padres. Pero por la costumbre del vulgo, este nombre también se frecuenta en las obras de misericordia: lo cual pienso que ha sucedido porque Dios manda especialmente que se hagan estas cosas, y testifica que le placen ya sea en lugar de los sacrificios o por encima de ellos. De esta costumbre de hablar se ha derivado que incluso el mismo Dios sea llamado piadoso; al cual ciertamente los griegos por ningún uso de su lenguaje llaman *eusebein*, aunque el vulgo de ellos también usurpe *eusebeia* por misericordia. Por lo cual, en algunos lugares de las Escrituras, para que apareciera una distinción más cierta, prefirieron decir no *eusebeia*, que suena a "buen culto", sino *theosebeia*, que suena a "culto de Dios". Pero nosotros no podemos enunciar cualquiera de estas en una sola palabra. Por lo tanto, lo que se llama *latreía* en griego y en latín se interpreta como Servidumbre, pero aquella con la que damos culto a Dios; o lo que se llama *thrēskeia* en griego, y en latín Religión, pero aquella que tenemos hacia Dios; o lo que ellos llaman *theosebeia*, y nosotros no podemos expresar en una sola palabra, pero podemos llamar Culto de Dios; decimos que esto se debe solo a aquel Dios que es el Dios verdadero, y que hace dioses a sus adoradores (Sal LXXXI, 6;

Jn X, 34, 35). Quienquiera, pues, que sean inmortales y beatos en las habitaciones celestiales, si no nos aman ni quieren que seamos beatos, ciertamente no deben ser adorados. Pero si nos aman y nos quieren beatos, seguramente lo quieren de donde ellos mismos lo son: ¿o acaso son ellos beatos de una parte y nosotros de otra?

CAPÍTULO II.

Qué sintió el platónico Plotino sobre la iluminación superna.

Pero no tenemos ningún conflicto con estos filósofos más excelentes en esta cuestión. Pues vieron, y encomendaron a sus letras de muchos modos y con muchísima abundancia, que ellos se hacen beatos de donde mismo nosotros, por la presencia de una cierta luz inteligible, que es Dios para ellos, y es otra cosa que ellos, por la cual son ilustrados para que brillen, y por cuya participación subsisten perfectos y beatos. Con frecuencia y largamente Plotino afirma, explicando el sentido de Platón, que ni siquiera aquella que creen que es el alma del universo es beata de otra parte sino de donde la nuestra; y que esa es la luz que ella misma no es, sino por la cual fue creada, y por cuya iluminación inteligible brilla inteligiblemente. Da también una semejanza para aquellas cosas incorpóreas de estos cuerpos celestiales conspicuos y grandes, como si aquel fuera el sol y ella fuera la luna. Pues piensan que la luna se ilumina por la presencia del sol. Dice, pues, aquel gran platónico que el alma racional (o más bien debe decirse intelectual, en cuyo género también

comprende que son las almas de los seres inmortales y beatos, los cuales no duda que habitan en las sedes celestiales) no tiene sobre sí otra naturaleza sino la de Dios, que fabricó el mundo, por quien ella también fue hecha; ni se proporciona a aquellos seres supernos la vida beata y la luz de la inteligencia de la verdad sino de donde se nos proporciona a nosotros; concordando con el Evangelio, donde se lee: "Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan; este vino para testimonio, para que diera testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino para que diera testimonio de la luz. Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo". En cuya diferencia se muestra suficientemente que el alma racional o intelectual, tal como era en Juan, no puede ser luz para sí misma, sino que brilla por la participación de otra luz verdadera. Esto también lo confiesa el mismo Juan, donde dándole testimonio dice: "Todos nosotros recibimos de su plenitud" (Jn I, 6-9, 16).

CAPÍTULO III.

Sobre el verdadero culto de Dios, del cual los platónicos, aunque comprendieron al creador del universo, se desviaron dando culto a los ángeles, ya sean buenos o malos, con honor divino.

Siendo así las cosas, si los platónicos, o cualesquiera otros que hayan sentido estas cosas, conociendo a Dios, le hubieran glorificado como a Dios y le hubieran dado gracias, no se habrían

desvanecido en sus pensamientos, ni se habrían convertido en parte en autores de los errores de los pueblos, ni en parte habrían dejado de atreverse a resistirlos; seguramente confesarían que tanto para aquellos seres inmortales y beatos como para nosotros mortales y míseros, a fin de que podamos ser inmortales y beatos, se debe dar culto a un solo Dios de los dioses, que es tanto nuestro como de ellos.

Ya, pues, al que sabe amarse a sí mismo, cuando se le manda sobre amar al prójimo como a sí mismo, ¿qué otra cosa se le manda sino que le encomiende, cuanto pueda, el amar a Dios? 2. A Él debemos aquella servidumbre que se llama *latreía* en griego, ya sea en algunos sacramentos o en nosotros mismos. Pues todos nosotros juntos somos su templo, y cada uno de nosotros somos templos (I Cor III, 16, 17); porque se digna habitar tanto en la concordia de todos como en cada uno. No es mayor en todos que en cada uno; puesto que ni se extiende por la mole ni se disminuye por la partición. Cuando nuestro corazón está hacia Él en lo alto, su altar es nuestro corazón; le aplacamos con su Unigénito como sacerdote; le inmolamos víctimas cruentas cuando combatimos por su verdad hasta la sangre; le quemamos el suavísimo incienso cuando ardemos en su presencia con piadoso y santo amor; a Él le prometemos y le devolvemos sus dones en nosotros y a nosotros mismos; a Él le dedicamos y consagramos la memoria de sus beneficios en las solemnidades festivas y días señalados, para que por el transcurso de los tiempos no se introduzca

el olvido ingrato; a Él le sacrificamos la víctima de la humildad y de la alabanza en el ara del corazón con el fuego de la ferviente caridad. Para verle a Él, según puede ser visto, y para adherirnos a Él, somos limpiados de toda mancha de pecados y de malos deseos, y somos consagrados en su nombre. Pues Él mismo es la fuente de nuestra beatitud, Él es el fin de todo apetito. Eligiendo a este, o más bien reeligiéndolo —pues lo habíamos perdido por negligencia—; reeligiéndolo, pues, de donde se dice que se deriva la palabra religión, tendemos hacia Él con el amor, para que llegando descansemos: por eso somos beatos, porque somos perfeccionados por aquel fin. Pues nuestro bien, sobre cuyo fin hay una gran contienda entre los filósofos, no es ningún otro sino adherirse a Él: por cuyo único abrazo incorpóreo, si puede decirse así, el alma intelectual se llena y se fecunda con verdaderas virtudes. Se nos manda amar este bien con todo el corazón, con toda el alma y con toda la virtud. A este bien debemos ser conducidos por aquellos por quienes somos amados, y conducir a aquellos a quienes amamos. Así se cumplen aquellos dos preceptos en los cuales pende toda la Ley y los Profetas: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente"; y, "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mt XXII, 37-40). Pues para que el hombre supiera amarse a sí mismo, se le estableció un fin al cual refiriera todas las cosas que hiciera, para que fuera beato. Pues quien se ama a sí mismo, no quiere otra cosa que ser beato. Y este fin es adherirse a Dios (Sal LXXII, 28). Este

es el culto de Dios, esta la verdadera religión, esta la recta piedad, esta la servidumbre debida solo a Dios. Cualquier potestad inmortal, pues, dotada de cualquier virtud, si nos ama como a sí misma, quiere que estemos sujetos a aquel a quien ella misma, estando sujeta, es beata. Si, por tanto, no da culto a Dios, es mísera, porque está privada de Dios; pero si da culto a Dios, no quiere ser adorada en lugar de Dios. Pues más bien apoya aquella divina sentencia y favorece las fuerzas del amor con que está escrito: "El que sacrifique a los dioses será exterminado, sino solo al Señor" (Ex XII, 20).

CAPÍTULO IV.

Que el sacrificio se debe a un solo Dios verdadero.

Pues, para callar ahora otras cosas que pertenecen al obsequio de la religión con que se da culto a Dios, ciertamente no hay ningún hombre que se atreva a decir que el sacrificio se debe sino a Dios. Finalmente, muchas cosas fueron usurpadas del culto divino para ser rendidas a los honores humanos, ya sea por una humildad excesiva o por una adulación pestífera; de tal modo, sin embargo, que aquellos a quienes se rendían fueran tenidos por hombres, a quienes se dice que hay que dar culto y venerar; pero si se les añade mucho, incluso que hay que adorar: pero ¿quién juzgó que se debía sacrificar sino a aquel a quien o conoció, o pensó, o fingió que era Dios? Por lo demás, cuán antiguo sea el culto de Dios en el sacrificar, lo indican suficientemente aquellos dos

hermanos Caín y Abel, de los cuales Dios reprobó el sacrificio del mayor y miró el del menor.

CAPÍTULO V.

Sobre los sacrificios que Dios no requiere, pero quiso que se observaran para significación de aquellos que requiere.

Pero ¿quién será tan necio que piense que son necesarias para algunos usos de Dios las cosas que se ofrecen en los sacrificios? Puesto que la divina Escritura lo atestigua en muchos lugares, para no hacerlo largo, bastará conmemorar aquel breve pasaje del Salmo: "Dije al Señor: Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes" (Sal XV, 2). No solo, pues, de ganado, o de cualquier otra cosa corruptible y terrena, sino que ni siquiera de la misma justicia del hombre debe creerse que Dios tiene necesidad, y que todo lo que rectamente se da culto a Dios, aprovecha al hombre, no a Dios. Pues nadie diría que ha aprovechado a la fuente si bebe, o a la luz si ve. Ni debe entenderse otra cosa sino que aquellos sacrificios fueron hechos por los antiguos padres en víctimas de ganados —los cuales ahora el pueblo de Dios lee, pero no realiza— porque por aquellas cosas se significaban estas cosas que se hacen en nosotros, para este fin de que nos adhiramos a Dios, y miremos por el prójimo para el mismo fin. El sacrificio visible, por tanto, es sacramento, esto es, signo sagrado, del sacrificio invisible. Por lo cual aquel penitente en el profeta, o el profeta mismo buscando tener a Dios propicio para sus pecados: "Si hubieras querido sacrificio —dice—,

ciertamente lo habría dado; no te deleitarás con holocaustos. El sacrificio para Dios es un espíritu atribulado; un corazón contrito y humillado Dios no lo despreciará" (Sal L, 18, 19). Consideremos de qué modo donde dijo que Dios no quiere el sacrificio, allí mismo mostró que Dios quiere el sacrificio. No quiere, pues, el sacrificio del ganado degollado, sino que quiere el sacrificio del corazón contrito. Por aquello, pues, que dice que no quiere, se significa esto que añadió que sí quiere. Así, pues, dijo que Dios no quiere aquellas cosas, del modo que por los necios se cree que son queridas por Él, como por causa de su propio placer. Pues si no quisiera que aquellos sacrificios que sí quiere —de los cuales este es uno: el corazón contrito y humillado por el dolor de arrepentirse— fueran significados por aquellos sacrificios que se pensó que deseaba como si fueran deleitables para Él, ciertamente no habría mandado sobre el ofrecimiento de estos en la Ley antigua. Y por eso debían ser cambiados en un tiempo ya oportuno y cierto, para que no se creyeran deseables para Dios mismo, o al menos aceptables en nosotros, y no más bien las cosas que por ellos fueron significadas. De aquí también en otro lugar de otro salmo: "Si tuviere hambre —dice—, no te lo diré a ti; pues mío es el orbe de la tierra y su plenitud. ¿Acaso comeré las carnes de los toros o beberé la sangre de los machos cabríos?" (Sal XLIX, 12 y 13); como si dijera: "Ciertamente si me fueran necesarias, no te las pediría a ti, las cuales tengo en mi potestad". Luego añadiendo lo que aquellas significan: "Inmola —dice— a Dios sacrificio de ala-

banza, y rinde al Altísimo tus votos. E invócame en el día de la tribulación, y te libraré, y me glorificarás" (Ibíd., 14, 15). Igualmente en otro profeta: "¿Con qué —dice— aprehenderé al Señor, alcanzaré a mi Dios excelso? ¿Si lo aprehenderé en holocaustos, en becerros de un año? ¿si el Señor aceptará en miles de carneros, o en diez miles de machos cabríos pingües? ¿si daré mis primogénitos por mi impiedad, el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma? ¿si se te ha anunciado, hombre, lo bueno, o qué el Señor requiere de ti, sino hacer juicio, y amar la misericordia, y estar preparado para ir con el Señor tu Dios?" (Miqueas VI, 6-8). Y en las palabras de este profeta ambas cosas están distinguidas, y suficientemente declarado, que Dios no requiere por sí mismos aquellos sacrificios, por los cuales se significan estos sacrificios que Dios requiere. En la Epístola que se inscribe a los Hebreos: "No olvidéis —dice — hacer el bien y ser comunicadores: pues con tales sacrificios se aplaca a Dios" (Heb XIII, 16). Y por esto donde está escrito: "Misericordia quiero más que sacrificio" (Oseas VI, 6); no debe entenderse ninguna otra cosa sino que un sacrificio es preferido a otro sacrificio: puesto que aquello que por todos es llamado sacrificio, es signo del verdadero sacrificio. Por lo demás, la misericordia es el verdadero sacrificio: por lo cual se dijo lo que recordé hace poco: "Pues con tales sacrificios se aplaca a Dios". Cualesquiera cosas, pues, que en el ministerio del tabernáculo o del templo se leen haber sido divinamente mandadas de muchos modos sobre los sacrificios, se refieren a significar

el amor de Dios y del prójimo. "Pues en estos dos preceptos —como está escrito— pende toda la Ley y los Profetas" (Mt XXII, 40).

CAPÍTULO VII.

Que tal es el amor de los santos Ángeles hacia nosotros, que quieren que seamos adoradores no de ellos, sino del único Dios verdadero.

Con razón aquellos constituidos en las sedes celestiales, inmortales y bienaventurados, que se regocijan juntos por la participación de su Creador, por cuya eternidad están firmes, por cuya verdad están ciertos, por cuyo don son santos; puesto que nos aman misericordiosamente a nosotros, mortales y miserables, para que seamos inmortales y bienaventurados, no quieren que les sacrifiquemos a ellos, sino a Aquel de quien ellos mismos saben que son sacrificio junto con nosotros. Pues con ellos somos una sola ciudad de Dios, a la cual se dice en el Salmo: "Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios" (Sal LXXXVI, 3): una parte de la cual peregrina en nosotros, y otra parte auxilia en ellos. Ciertamente de aquella ciudad superna, donde la voluntad de Dios es ley inteligible e inconmutable —de aquella superna corte, por así decir (pues allí se tiene cuidado de nosotros)—, descendió hasta nosotros, administrada por los Ángeles, aquella santa Escritura donde se lee: "El que sacrifique a los dioses será erradicado, sino solo al Señor" (Exod XXII, 20). A esta Escritura, a esta ley, a tales preceptos, se han atestiguado tan grandes

milagros, que aparece suficientemente a quién quieren que sacrifiquemos aquellos inmortales y bienaventurados, que quieren que seamos para nosotros lo que ellos son para sí mismos.

CAPÍTULO VIII.

De los milagros que Dios, para corroborar la fe de los piadosos, incluso por el ministerio de los Ángeles, se dignó añadir a sus promesas.

Pues si conmemorara cosas demasiado antiguas, me parecería revolver más de lo que es suficiente qué milagros se hicieron atestiguando las promesas de Dios, por las cuales hace miles de años predijo a Abrahán que en su descendencia todas las naciones habrían de tener bendición (Gén XVIII, 18). ¿Quién, en efecto, no se maravillaría de que una esposa estéril diera a luz un hijo al mismo Abrahán en aquel tiempo de la vejez en el que ya ni una fecunda podía parir (Id. XXI, 2); y que en el sacrificio del mismo Abrahán una llama hecha del cielo corriera entre las víctimas divididas (Id. XV, 17); y que fuera predicho al mismo Abrahán por los Ángeles el incendio celestial de los sodomitas, a cuyos Ángeles había recibido como huéspedes semejantes a hombres, y por medio de ellos había mantenido las promesas de Dios sobre la descendencia venidera (Id. XVIII, 20, 14); e estando ya inminente el incendio mismo, la admirable liberación de Sodoma por los mismos Ángeles de Lot, hijo de su hermano; cuya esposa, mirando hacia atrás en el camino, y convertida de repente en sal (Id. XIX, 17, 26),

amonestó con un gran sacramento que nadie en el camino de su liberación debe desear las cosas pasadas? Aquellas cosas, en verdad, ¿qué y cuán grandes son, las que ya por medio de Moisés fueron realizadas admirablemente a favor del pueblo de Dios para sacarlos del yugo de la servidumbre en Egipto, donde los magos del Faraón, esto es, del rey de Egipto, que oprimía a aquel pueblo con dominación, fueron permitidos para hacer ciertas cosas admirables con el fin de que fueran vencidos más admirablemente? Pues ellos las hacían con veneficios e incantaciones mágicas, a las cuales están entregados los ángeles malos, esto es, los demonios: Moisés, en cambio, tanto más poderosamente cuanto más justamente en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra, sirviendo los Ángeles, los superó fácilmente (Exod VII-VIII, 7). Finalmente, fallando los magos en la tercera plaga, diez plagas fueron completadas por medio de Moisés con una gran disposición de misterios; por las cuales, para dejar ir al pueblo de Dios, cedieron los duros corazones del Faraón y de los egipcios (Id. VIII-XII). Y pronto se arrepintió, y cuando intentaban alcanzar a los hebreos que se marchaban, pasando ellos por lo seco por el mar dividido, fueron cubiertos y oprimidos por la onda volviendo sobre sí misma de una parte y de otra (Id. XIV). ¿Qué diré de aquellos milagros que, cuando el mismo pueblo era conducido en el desierto, se multiplicaron con estupenda divinidad; que las aguas que no podían beberse, arrojado en ellas un madero como Dios había mandado, carecieron de amar-

gura y saciaron a los sedientos (Id. XV, 23-25): que el maná vino del cielo para los hambrientos; y habiendo sido establecida una medida para los que lo recogían, cualquier cosa de más que cada uno había recogido se pudrió al surgir gusanos; pero antes del día del sábado se recogió el doble, porque no era lícito recoger en sábado, y no fue violado por ninguna podredumbre: que para los que deseaban comer carne, la cual parecía que ninguna podía bastar para tan gran pueblo, se llenó el campamento de aves, y el ardor de la codicia se extinguió por el hastío de la saciedad (Exod XVI; Num XI, 31-34): que los enemigos que salían al paso y prohibían el tránsito y combatían, orando Moisés y extendidas sus manos en figura de cruz, fueron postrados sin que cayera ninguno de los hebreos (Exod XVII, 8-16): que los sediciosos en el pueblo de Dios, y los que se dividían de la sociedad divinamente ordenada, para ejemplo visible de la pena invisible, fueron sumergidos vivos al abrirse la tierra (Num XVI, 23-34): que la peña herida por la vara vertió abundantes torrentes para tan gran multitud (Exod XVII, 6, 7; Num XX, 8-11): que las mordeduras mortíferas de las serpientes, pena justísima de los pecados, fueron sanadas al ser exaltada en un madero y contemplada una serpiente de bronce, para que se socorriera al pueblo afligido y, destruida la muerte por la muerte, se señalara como con la semejanza de una muerte crucificada (Num XXI, 6-9)? Cuya serpiente, ciertamente reservada para memoria del hecho, cuando después el pueblo errante comenzó a darle culto como a un ídolo,

el rey Ezequías, sirviendo a Dios con religiosa potestad, la trituró con gran alabanza de piedad (IV Reg XVIII, 4).

CAPÍTULO IX.

De las artes ilícitas sobre el culto de los demonios, en las cuales Porfirio el Platónico se ocupa, aprobando unas cosas y desaprobando otras como si tal cosa.

1. Estas y otras muchas cosas de este género, todas las cuales es demasiado largo conmemorar, se hacían para encomendar el culto del único Dios verdadero y prohibir el de los muchos y falsos. Se hacían, sin embargo, con fe sencilla y confianza de piedad, no con encantamientos y cánticos compuestos por el arte de una nefasta curiosidad, a la que llaman o magia, o con nombre más detestable goecia, o con nombre más honorable teúrgia, quienes intentan como discernir estas cosas y quieren que unos parezcan condenables, entregados a artes ilícitas, a los cuales el vulgo llama también maléficos (pues dicen que estos pertenecen a la goecia); a otros, en cambio, quieren que parezcan loables, a los cuales atribuyen la teúrgia; cuando ambos están ligados a los ritos falaces de los demonios bajo los nombres de ángeles.

2. Pues también Porfirio promete una cierta como purgación del alma por medio de la teúrgia, aunque con vacilación y en una disputa de algún modo vergonzosa; pero niega que este arte proporcione a nadie el retorno a Dios: para que veas que él fluctúa con sentencias alternas entre

el vicio de la sacrílega curiosidad y la profesión de la filosofía. Pues ahora advierte que este arte debe evitarse como falaz y peligroso en su misma acción y prohibido por las leyes: pero ahora, como cediendo a sus alabadores, dice que es útil para limpiar la parte del alma, no ciertamente la intelectual, por la que se percibe la verdad de las cosas inteligibles, que no tienen ninguna semejanza de cuerpos; sino la espiritual, por la que se captan las imágenes de las cosas corporales. Pues dice que esta, por medio de ciertas consagraciones teúrgicas que llaman ritos sagrados (teletae), se hace idónea y apta para la recepción de espíritus y Ángeles, y para ver a los dioses. De cuyos ritos teúrgicos confiesa, sin embargo, que no accede ninguna purgación al alma intelectual que la haga idónea para ver a su Dios y percibir aquellas cosas que verdaderamente son. Por lo cual puede entenderse de qué clase de dioses o qué clase de visión dice que se hace por las consagraciones teúrgicas, en la cual no se ven aquellas cosas que verdaderamente son. Finalmente, dice que el alma racional, o lo que más ama decir, la intelectual, puede escapar a las cosas supernas, aunque lo que es su parte espiritual no haya sido purgado por ningún arte teúrgico: por lo demás, sin embargo, la parte espiritual es purgada por el teúrgo hasta el punto de que no por esto llega a la inmortalidad y eternidad. Aunque, por tanto, distingue a los Ángeles de los demonios, discurriendo que los lugares aéreos son de los demonios, y los etéreos o empíreos de los Ángeles, y advierte que debe usarse la amistad de algún

demonio, por cuya elevación pueda cada uno ser elevado un poco desde la tierra después de la muerte, pero sostiene que hay otro camino para los consorcios supernos de los Ángeles: sin embargo, testifica que la sociedad de los demonios debe ser evitada con una confesión de algún modo expresa, donde dice que el alma, después de la muerte, pagando las penas, horroriza el culto de los demonios por los cuales era circunvenida; y la misma teúrgia, que recomienda como conciliadora de Ángeles y dioses, no pudo negar que actúa entre tales potestades que, o ellas mismas envidian la purgación del alma, o sirven a las artes de los envidiosos, exponiendo la queja de no sé qué caldeo sobre este asunto: "Se queja —dice — un hombre bueno en Caldea, de que en el gran esfuerzo por purgar el alma se le han frustrado los éxitos, cuando un hombre poderoso para las mismas cosas, tocado por la envidia, había ligado las potestades conjuradas por preces sagradas, para que no concedieran lo pedido". Por lo tanto, "aquel ligó —dice— y este no desató". Con cuyo indicio dijo que aparece que la teúrgia es una disciplina tanto para hacer el bien como el mal, tanto ante los dioses como ante los hombres; y que también los dioses padecen y son conducidos a aquellas perturbaciones y pasiones que Apuleio atribuyó comúnmente a los demonios y a los hombres, separando, sin embargo, a los dioses de ellos por la altura de la sede etérea, y afirmando la sentencia de Platón en aquella distinción.

CAPÍTULO X.

De la teúrgia, que promete una falsa purgación a las almas por la invocación de los demonios.

He aquí ahora otro Platónico, al que dicen más docto, Porfirio, quien por no sé qué disciplina teúrgica dice que incluso los mismos dioses están ligados por pasiones y perturbaciones: puesto que pudieron ser conjurados y aterrorizados por preces sagradas para que no prestaran la purgación al alma, y ser tan aterrorizados por aquel que mandaba el mal, que no pudieran ser desatados de aquel temor por aquel que pedía el bien mediante la misma arte teúrgica, ni ser liberados para dar el beneficio. ¿Quién no verá que todas estas cosas son ficciones de los demonios falaces, a no ser que sea su más miserable esclavo y ajeno a la gracia del verdadero Liberador? Pues si estas cosas se hicieran ante dioses buenos, allí valdría más ciertamente un purgador de almas beneficiente que un impedidor malévolo. O si a los dioses justos el hombre, por quien se actuaba, les parecía indigno de purgación, ciertamente debieron negarlo por libre juicio, no aterrorizados por un envidioso ni, como él mismo dice, impedidos por el miedo de un numen más potente. Es de maravillar, sin embargo, que aquel benigno caldeo, que deseaba purgar el alma con ritos teúrgicos, no encontrara algún dios superior que, o aterrorizara más y obligara a los dioses aterrorizados a hacer el bien, o contuviera al que los aterrorizaba para que hicieran el bien libremente: si es que al buen teúrgo le faltaron ritos sagrados con los cuales purgara primero a los mismos dioses, a quienes invocaba como purgadores del alma, de

aquella peste del temor. Pues ¿cuál es la causa de por qué pueda aducirse un dios más potente por el cual sean aterrorizados, y no pueda uno por el cual sean purgados? ¿O se encuentra un dios que escuche al envidioso e infunda temor a los dioses para que no hagan el bien; y no se encuentra un Dios que escuche al benevolente y quite el temor a los dioses para que hagan el bien? ¡Oh preclara teúrgia! ¡oh purgación del alma digna de predicarse! donde manda más la inmunda envidia de lo que impetra la pura beneficencia: más bien, falacia de los espíritus malignos que debe evitarse y detestarse, y doctrina saludable que debe ser escuchada. Pues el hecho de que quienes operan estas sórdidas purgaciones con ritos sacrílegos vean ciertas imágenes maravillosamente bellas, como este conmemora, o de Ángeles o de dioses, como si fuera con el espíritu purgado (si es que ven algo semejante), es aquello que el Apóstol dice, que "Satanás se transfigura como ángel de luz" (II Cor XI, 14). Suyos son, en efecto, aquellos fantasmas, pues deseando enredar a las almas miserables con ritos falaces de muchos y falsos dioses, y apartarlas del verdadero culto del verdadero Dios, por el cual solo son limpiadas y sanadas, como se ha dicho de Proteo, "Se vuelve en todas las formas" (Virgilio, Geórgicas, lib. 4, v. 411), persiguiendo hostilmente, socorriendo falazmente, dañando en ambos casos.

CAPÍTULO XI.

De la epístola de Porfirio a Anebón el Egipcio, en la cual pide que se le enseñe sobre la diversidad de los demonios.

1. Mejor sintió aquel Porfirio cuando escribió a Anebón el Egipcio, donde, a semejanza de quien consulta y pregunta, delata las artes sacrílegas y las destruye. Y allí ciertamente reprueba a todos los demonios, de los cuales dice que por su imprudencia atraen el vapor húmedo, y que por eso no están en el éter, sino en el aire bajo la luna, e incluso en el globo mismo de la luna: sin embargo, no se atreve a atribuir a todos los demonios todas las falacias, malicias e ineptitudes por las que con razón se siente movido. Pues llama a algunos demonios benignos a la manera de otros, aunque confiesa que todos en general son imprudentes. Se maravilla, además, de que los dioses no solo sean atraídos por las víctimas, sino incluso compelidos y obligados a hacer lo que los hombres quieren: y si los dioses se distinguen de los demonios por el cuerpo y la incorporeidad, cómo ha de pensarse que son dioses el sol y la luna, y los demás seres visibles en el cielo, los cuales no duda que son cuerpos; y si son dioses, cómo se dice que unos son benéficos y otros maléficos; y cómo se unen a las cosas incorpóreas, siendo ellos corpóreos. Pregunta también, como dudando, si en los que adivinan y hacen algunas cosas admirables las almas son más potentes, o si algunos espíritus vienen de fuera, por medio de los cuales valen estas cosas. Y conjetura más bien que vienen de fuera, por el hecho de que, aplicadas piedras y hierbas, tanto ligan a algunos como abren puertas cerradas, u operan algo de este género maravillosamente. Por lo cual dice que otros opinan que hay un cierto género, cuya propiedad

es escuchar, falaz por naturaleza, omniforme, multiforme, que simula ser dioses, demonios y almas de difuntos; y que esto es lo que realiza todas estas cosas que parecen ser buenas o depravadas; por lo demás, que en nada auxilia en lo que es verdaderamente bueno, sino que ni siquiera lo conoce, sino que aconseja mal e insinúa e impide a veces a los diligentes seguidores de la virtud, y que está lleno de temeridad y soberbia, que se goza en los olores, que se deja atrapar por las adulaciones, y otras cosas que no confirma como persuadido de ellas sobre este género de espíritus falaces y malignos que vienen al alma desde fuera y delatan los sentidos humanos, ya sea dormidos o despiertos, sino que sospecha o duda tan tenuemente que afirma que otros opinan estas cosas. Fue difícil, en efecto, para tan gran filósofo, o conocer o argüir con confianza contra toda la sociedad diabólica, la cual cualquier ancianita cristiana no duda en conocer y detesta con toda libertad. A no ser que, tal vez, le dé vergüenza ofender tanto al mismo Anebón al que escribe, como a un preclaro pontífice de tales ritos, como a otros admiradores de tales obras como si fueran divinas y pertenecientes al culto de los dioses.

2. Prosigue, sin embargo, y conmemora, como quien inquiere, aquellas cosas que, consideradas con sobriedad, no pueden atribuirse sino a potestades malignas y falaces. Pregunta, en efecto, por qué, como si se invocara a los mejores, se les manda como si fueran peores, para que ejecuten los injustos preceptos de un hombre; por qué no escuchan al que suplica si ha tenido contacto

sexual, cuando ellos mismos no se demoran en conducir a cualesquiera a cualesquier concúbitos incestuosos; por qué denuncian que sus pontífices deben abstenerse de los animales, para no contaminarse ciertamente con los vapores corpóreos, mientras ellos mismos son atraídos por otros vapores y por el olor de las víctimas; y prohibiéndosele al inspector el contacto con un cadáver, la mayoría de las veces aquellas cosas se celebran con cadáveres; qué es aquello de que, no a un demonio o a alguna alma de un difunto, sino al mismo sol y a la luna o a cualquiera de los seres celestiales, el hombre, sujeto a cualquier vicio, dirija amenazas y los aterrice falsamente para extorsionarles la verdad. Pues también amenaza con que hará chocar el cielo, y otras cosas semejantes imposibles para el hombre, para que aquellos dioses, como niños necios, aterrados por falsas y ridículas amenazas, realicen lo que se les manda. Dice también que escribió un tal Queremón, perito en tales ritos sagrados o más bien sacrilegios, que aquellas cosas que se celebran entre los egipcios por rumores, ya sea sobre Isis o sobre Osiris su marido, tienen la máxima fuerza para obligar a los dioses a que hagan lo mandado, cuando aquel que obliga con encantamientos amenaza con delatarlos o destruirlos, donde incluso dice terriblemente que disipará los miembros de Osiris si descuidan hacer lo mandado.

De estas y de semejantes cosas vanas e insanas, de que un hombre amenace a los dioses, y no a unos cualquiera, sino a los mismos celes-

tiales y a los que brillan con luz sidérea, y no sin efecto, sino obligándolos con violenta potestad, y conduciéndolos con estos terrores a hacer lo que quisiere, con razón se maravilla Porfirio; o más bien, bajo la apariencia de quien se maravilla y requiere las causas de tales cosas, da a entender que aquellos espíritus realizan estas cosas, cuyo género describió arriba bajo la opinión de otros, falaces no, como él mismo puso, por naturaleza, sino por vicio, los cuales simulan ser dioses y almas de difuntos, pero a los demonios no los simulan, como él mismo dice, sino que lo son claramente. Y lo que le parece a él que se fabrica en la tierra por los hombres con hierbas y piedras y animales y ciertos sonidos y voces, y figuraciones y ficciones, observados también ciertos movimientos de los astros en la conversión del cielo, como potestades idóneas para ejecutar varios efectos; todo esto pertenece a esos mismos demonios, burladores de las almas que les están sometidas, y que exhiben para sí juegos voluptuosos de los errores de los hombres. O bien, por tanto, Porfirio, dudando e inquiriendo verdaderamente estas cosas, conmemora, sin embargo, aquellas por las que sean convencidos y refutados, y se demuestre que no pertenecen a aquellas potestades que nos favorecen para alcanzar la vida bienaventurada, sino a los demonios engañadores; o bien, para que sospechemos cosas mejores del filósofo, quiso de ese modo no ofender al hombre egipcio entregado a tales errores, y que opinaba que sabía algunas cosas grandes, con la soberbia autoridad como de un maestro, ni turbarlo con

la altercación de quien se opone abiertamente, sino, con la humildad de quien pregunta y desea aprender, convertirlo a pensar en esas cosas y mostrar cuán despreciables o incluso evitables son. Finalmente, cerca del fin de la epístola, pide que se le enseñe por él cuál sea el camino hacia la bienaventuranza según la sabiduría egipcia. Por lo demás, de aquellos para quienes la conversación con los dioses fuera para esto, para que, por encontrar a un fugitivo o comprar un predio, o por causa de nupcias o de comercio o algo de este género, inquietaran la mente divina, dice que parece que en vano cultivaron la sabiduría. Aquellas mismas deidades con las que conversaban, aunque predijeran cosas verdaderas sobre lo demás, puesto que, sin embargo, nada advertían de cierto ni bastante idóneo sobre la bienaventuranza, ni eran aquellos dioses, ni demonios benignos, sino o aquel que se dice falaz, o todo un comentario humano.

CAPÍTULO XII.

De los milagros que el Dios verdadero obra por el ministerio de los santos Ángeles.

Pero porque se realizan tales y tan grandes cosas por estas artes que exceden toda la medida de la facultad humana: ¿qué queda, sino que aquellas cosas que parecen ser predichas o hechas maravillosamente como si fueran divinas, y que sin embargo no se refieren al culto del único Dios, al cual adherirse simplemente (confesándolo también los platónicos y testificándolo en

muchísimas cosas) es el único bien beatífico, sean prudentemente entendidas como burlas de los demonios malignos e impedimentos seductores, que deben ser evitados con verdadera piedad?

Por lo demás, cualesquiera milagros, ya sea por medio de los Ángeles, ya sea de cualquier modo que se hagan divinamente de tal manera que recomienden el culto y la religión del único Dios, en quien solo está la vida bienaventurada, debe creerse que aquellos son hechos verdaderamente por aquellos o a través de aquellos que nos aman según la verdad y la piedad, operando Dios mismo en ellos. Pues tampoco hay que escuchar a quienes niegan que el Dios invisible obra milagros visibles; cuando Él mismo, incluso según ellos, hizo el mundo, el cual ciertamente no pueden negar que sea visible. Por lo tanto, cualquier cosa admirable que sucede en este mundo es ciertamente menor que todo este mundo, es decir, el cielo y la tierra y todas las cosas que hay en ellos, que ciertamente Dios hizo. Pero así como el mismo que lo hizo, así el modo en que lo hizo es oculto e incomprensible para el hombre. Por lo tanto, aunque los milagros de las naturalezas visibles se hayan envilecido por la asiduidad de verlos; sin embargo, cuando los contemplamos sabiamente, son mayores que las cosas más inusitadas y raras. Pues el hombre es un milagro mayor que cualquier milagro que se hace por el hombre. Por lo cual Dios, que hizo el cielo y la tierra visibles, no se digna a hacer milagros visibles en el cielo o en la tierra, con los cuales excite al alma todavía entregada a las cosas visibles al

culto de sí mismo, que es invisible; pero dónde y cuándo lo haga, el consejo inmutable está en Él, en cuya disposición ya están hechos los tiempos que han de ser futuros. Pues moviendo las cosas temporales, no se mueve temporalmente; ni conoce las cosas que se han de hacer de otro modo que las ya hechas; ni escucha a los que le invocan de otro modo que como ve a los que le han de invocar. Pues incluso cuando sus Ángeles escuchan, Él mismo escucha en ellos, como en su templo verdadero y no hecho por manos, al igual que en sus hombres santos; y sus mandatos se realizan temporalmente, habiendo sido contemplados en su ley eterna.

CAPÍTULO XIII.

Del Dios invisible, que a menudo se mostró visible, no según lo que es, sino según lo que podían soportar los que lo veían.

Ni debe inquietar que, siendo invisible, se recuerde que a menudo apareció visiblemente a los Padres. Pues así como el sonido por el cual se oye la sentencia constituida en el silencio de la inteligencia no es lo que ella misma es; así también la especie con la que fue visto Dios, constituido en su naturaleza invisible, no era lo que Él mismo era. Sin embargo, Él mismo era visto en la misma especie corporal, así como aquella sentencia misma es oída en el sonido de la voz: ni ignoraban ellos que veían al Dios invisible en una especie corporal que Él mismo no era. Pues Moisés también hablaba con el que hablaba, y sin embargo le decía: «Si he hallado gracia ante ti,

muéstrame a ti mismo, para que te vea con conocimiento» (Éx. XXXIII, 13). Puesto que, por tanto, convenía que la ley de Dios se diera terriblemente en los edictos de los Ángeles, no a un solo hombre o a unos pocos sabios, sino a toda una nación y a un pueblo inmenso, ante el mismo pueblo se hicieron grandes cosas en el monte donde la ley se daba a través de uno, contemplando la multitud las cosas temibles y tremendas que se hacían. Pues el pueblo de Israel no creyó así a Moisés, como los lacedemonios a su Licurgo, que hubiera recibido de Júpiter o de Apolo las leyes que fundó. Pues cuando se daba la ley al pueblo, por la cual se mandaba adorar a un solo Dios, a la vista del mismo pueblo, cuanto la divina providencia juzgaba suficiente, se aparecía por medio de admirables signos y movimientos de las cosas, sirviendo la criatura al Creador para dar la misma ley.

CAPÍTULO XIV.

De que debe adorarse a un solo Dios, no solo por los beneficios eternos, sino también por los temporales, porque todas las cosas consisten en la potestad de su providencia.

Pero así como la recta educación de un solo hombre, así la del género humano, en lo que pertenece al pueblo de Dios, ha progresado a través de ciertos artículos de los tiempos como por los accesos de las edades, para que se subiera de las cosas temporales a la captación de las eternas, y de las visibles a las invisibles; de tal manera, ciertamente, que incluso en aquel tiempo en que se prometían divinamente premios visibles,

se recomendaba, sin embargo, adorar a un solo Dios, para que la mente humana, ni siquiera por esos mismos beneficios terrenos de la vida transitoria, se sometiera a nadie sino al verdadero Creador y Señor del alma. Pues quienquiera que niegue que todas las cosas que pueden prestar a los hombres o los Ángeles o los hombres están en la potestad del único Omnipotente, está loco. Sobre la providencia ciertamente disputa Plotino el platónico, y comprueba que ella llega desde el sumo Dios, cuya es la inteligible e inefable belleza, hasta estas cosas terrenas e ínfimas, por la belleza de las florecillas y de las hojas: todas las cuales, como cosas añadidas y que perecen velocísimamente, confirma que no podrían tener los números decosísimos de sus formas, si no fueran formadas desde donde la forma inteligible e inmutable, teniendo todas las cosas a la vez, persevera (Enéadas 3 lib. 2, cap. 13). Esto lo mostró el Señor Jesús allí donde dice: «Considerad los lirios del campo, no trabajan ni hilan. Pero os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Pues si al heno del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios lo viste así, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?» (Mat. VI, 28-30). Óptimamente, por tanto, el alma humana todavía débil por los deseos terrenos, se acostumbra a esperar esas mismas cosas que desea temporalmente, bienes ínfimos y terrenos necesarios para esta vida transitoria, y despreciables frente a los beneficios sempiternos de aquella vida, sin embargo no sino de un solo Dios, para que no se aparte de su culto ni siquiera

en el deseo de aquellas cosas, al cual llegue por el desprecio de ellas y por la aversión a ellas.

CAPÍTULO XV.

Del ministerio de los santos Ángeles, por el cual sirven a la providencia de Dios.

Así, pues, plugo a la divina providencia ordenar el curso de los tiempos, para que, como he dicho y se lee en los Hechos de los Apóstoles, se diera la ley en los edictos de los Ángeles sobre el culto del único Dios verdadero (Hch. VII, 53). En los cuales también la persona del mismo Dios, no ciertamente por su sustancia, la cual siempre permanece invisible para los ojos corruptibles, sino por ciertos indicios a través de la criatura sujeta al Creador, apareciera visiblemente. Y hablara por las voces de la lengua humana, sílaba por sílaba a través de los transitorios espacios de los tiempos, Aquel que en su naturaleza habla no corporalmente, sino espiritualmente; no sensiblemente, sino inteligiblemente; no temporalmente, sino, por así decirlo, eternalmente, ni comienza a hablar ni cesa; lo cual escuchan ante Él más sinceramente, no con el oído del cuerpo sino de la mente, sus ministros y mensajeros, que disfrutan inmortalmente bienaventurados de su verdad inmutable; y lo que escuchan que debe hacerse de modos inefables, y que debe conducirse hasta estas cosas visibles y sensibles, lo realizan sin demora y sin dificultad. Pero esta ley fue dada por la distribución de los tiempos, la cual primero tuviera, como se ha dicho, promesas

terrenas, con las cuales, sin embargo, se significaran las eternas, que muchos celebrarían con sacramentos visibles, pero pocos entenderían. Sin embargo, el culto de un solo Dios se prescribe allí por la más abierta contestación tanto de las voces como de todas las cosas, no de uno de la turba, sino del que hizo el cielo y la tierra, y toda alma, y todo espíritu que no es lo que Él mismo es. Pues Él hizo, estas cosas fueron hechas; y para que sean y estén bien, tienen necesidad de Aquel por quien fueron hechas.

CAPÍTULO XVI.---Si sobre alcanzar la vida bienaventurada debe creerse a estos ángeles que exigen que se les adore con honor divino; o más bien a aquellos que mandan que se sirva con santa religión no a ellos, sino a un solo Dios.

1. ¿A qué Ángeles, pues, pensamos que debe creerse sobre la vida bienaventurada y sempiterna? ¿A los que quieren ser adorados con los ritos de la religión, exigiendo que los mortales les ofrezcan cosas sagradas y sacrificios; o a los que dicen que todo este culto se debe a un solo Dios creador de todas las cosas, y mandan que se le rinda con verdadera piedad, de cuya contemplación ellos mismos son bienaventurados, y prometen que nosotros lo seremos? Pues aquella visión de Dios es una visión de tan gran belleza, y dignísima de tanto amor, que sin ella, aunque se esté dotado y se abunde de cualesquiera otros bienes, Plotino no duda en llamar infelicísimo a quien carezca de ella (Enéadas 1 lib. 6, cap. 7). Cuando, por tanto, algunos Ángeles nos excitan con signos admirables al culto de este único Dios,

y otros al culto de sí mismos mediante la latría; y esto de tal manera que aquellos prohíben que estos sean adorados, pero estos no se atreven a prohibir a Aquel; a quiénes deba creerse más bien, respondan los platónicos, respondan cualesquiera filósofos, respondan los teurgos, o más bien periurgos: pues todas esas artes son más dignas de este nombre. Finalmente, respondan los hombres, si algún sentido de su naturaleza, por la cual fueron creados racionales, vive en ellos en alguna parte: respondan, digo, si debe sacrificarse a los dioses o ángeles que mandan que se les sacrifique, o a Aquel solo a quien mandan estos que lo prohíben tanto para sí mismos como para estos. Si ni aquellos ni estos hicieran milagro alguno, sino que solo mandaran, unos ciertamente que se les sacrificara, y otros en cambio lo vetaran pero lo mandaran solo para el único Dios; bastante debería discernir la misma piedad qué de esto descendía de la soberbia del fasto, y qué de la verdadera religión. Diré más aún: si solo movieran las mentes humanas con hechos admirables aquellos que pretenden sacrificios para sí, y en cambio aquellos que lo prohíben y mandan sacrificar solo al único Dios no se dignaran en absoluto a hacer estos milagros visibles; ciertamente su autoridad debería anteponerse no por el sentido del cuerpo, sino por la razón de la mente; pero habiendo hecho Dios esto para recomendar las palabras de su verdad, que a través de estos mensajeros inmortales, que no predican su propio fasto sino la majestad de Aquel, hiciera milagros mayores, más ciertos y más claros, para que a los

débiles piadosos aquellos que pretenden sacrificios para sí no les persuadieran más fácilmente de una falsa religión por el hecho de que mostraran a sus sentidos algunas cosas estupendas; ¿a quién, finalmente, le placería ser tan necio que no elija lo verdadero para seguirlo, donde encuentra también cosas más amplias para maravillarse?

2. Pues aquellos milagros de los dioses de los gentiles que la historia recomienda —no digo aquellos que en intervalos de tiempos por causas ocultas del mismo mundo, sin embargo constituidas y ordenadas bajo la divina providencia, acontecen monstruosamente; cuales son los partos inusitados de los animales, y la apariencia insólita de las cosas en el cielo y en la tierra, ya sea solo aterradora, ya sea también nociva, que se dicen ser procuradas y mitigadas por ritos demoníacos por la falacísima astucia de ellos—: sino que digo aquellos que aparece bastante evidentemente que se hacen por la fuerza y potestad de ellos, como es que se refiere que las efigies de los dioses Penates, que Eneas trajo huyendo de Troya, migraron de lugar en lugar; que Tarquino cortó una piedra de afilar con una navaja; que la serpiente de Epidauro se adhirió como compañera a Esculapio cuando navegaba hacia Roma; que una nave en la que se transportaba el simulacro de la madre frigia, habiéndose vuelto inmóvil por tan grandes esfuerzos de hombres y bueyes, una mujercilla, habiéndola ligado con su ceñidor, la movió y arrastró para testimonio de su pudicicia; que una virgen vestal, sobre cuya corrupción se ventilaba una cuestión, habiendo llenado una

criba con agua del Tíber, y no filtrándose esta, eliminó la controversia. Estas cosas, por tanto, y otras de este género de ninguna manera deben compararse en virtud y magnitud con aquellas que leemos que se hicieron en el pueblo de Dios: cuánto menos aquellas que por las leyes de aquellos mismos pueblos, que adoraron a tales dioses, fueron juzgadas como dignas de ser prohibidas y castigadas, a saber, las mágicas o teúrgicas. La mayoría de las cuales engañan los sentidos de los mortales en cuanto a la apariencia por una burla imaginaria, como es el bajar la luna, «hasta que», como dice Lucano, «más cercana, espume sobre las hierbas puestas debajo» (Fars. l. 6, v. 503); pero algunas cosas, aunque parezcan igualarse en la obra a algunos hechos de los piadosos, el fin mismo por el que se distinguen muestra que estas nuestras sobresalen incomparablemente. Pues a aquellos, muchos deben ser tanto menos adorados con sacrificios cuanto más pretenden estos; pero a estos se les recomienda el único Dios, el cual demuestra que no necesita de tales cosas, tanto por el testimonio de sus Escrituras como por la posterior eliminación de esos mismos sacrificios. Si, pues, los ángeles pretenden para sí el sacrificio, deben anteponerse a ellos aquellos que lo pretenden no para sí, sino para Dios creador de todas las cosas, a quien sirven. Pues de aquí muestran con cuán sincero amor nos aman, cuando por el sacrificio quieren someternos no a ellos, sino a Aquel de cuya contemplación ellos mismos son bienaventurados, y que nosotros lleguemos a Aquel de quien ellos mismos no se han

apartado. Pero si los ángeles que quieren que se hagan sacrificios no a uno, sino a muchísimos, los quieren no para sí, sino para aquellos dioses de los cuales son ángeles; aun así deben anteponerse a ellos los que son Ángeles del único Dios de los dioses, al cual mandan sacrificar de tal manera que lo prohíben para cualquier otro; siendo que ninguno de aquellos lo prohíbe para Aquel, a quien solo estos mandan sacrificar. Por lo demás si, lo cual indica más su soberbia falacia, no son ni buenos ni ángeles de dioses buenos, sino demonios malos, que quieren que no el único y sumo Dios, sino ellos mismos sean adorados con sacrificios; ¿qué mayor protección debe elegirse contra ellos que la del único Dios, al cual sirven los Ángeles buenos, que nos mandan servir con sacrificio no a ellos, sino a Él, cuyo sacrificio debemos ser nosotros mismos?

CAPÍTULO XVII.

Del arca del Testamento y de los milagros de los signos que se hicieron divinamente para recomendar la autoridad de la Ley y de la promesa.

Por tanto, la ley de Dios, que fue dada en los edictos de los Ángeles, en la cual se mandó adorar con la religión de los ritos sagrados a un solo Dios de los dioses, y se prohibieron cualesquiera otros, fue puesta en el Arca, la cual fue llamada Arca del testimonio. Con cuyo nombre se significa bastante que Dios, que era adorado a través de todas aquellas cosas, no solía ser circunscrito ni contenido en un lugar, aunque sus respuestas y

ciertos signos se dieran a los sentidos humanos desde el lugar de aquella Arca, sino que desde aquí se daban testimonios de su voluntad. Porque también la misma ley estaba escrita en tablas de piedra, y puesta en el Arca, como he dicho; la cual en el tiempo de la peregrinación en el desierto, junto con el Tabernáculo que similarmente fue llamado Tabernáculo del testimonio, los sacerdotes la portaban con la debida veneración: y era signo que de día aparecía una nube, la cual brillaba como fuego de noche (Éx. XIII, 21), la cual nube cuando se movía, se movían los campamentos; y donde se detenía, se ponían los campamentos (Id. XL, 34, 35). Se dieron además testimonios de gran milagro a aquella ley, además de estos que he dicho, y además de las voces que se emitían desde el lugar de aquella Arca. Pues cuando al entrar en la tierra de promisión la misma Arca cruzaba el Jordán, deteniéndose el río por la parte superior y corriendo por la inferior, ofreció un lugar seco para cruzar tanto a ella como al pueblo (Josué III, 16, 17). Después, habiendo dado siete vueltas la misma Arca a la ciudad que primero se opuso hostilmente, que adoraba a muchísimos dioses según la costumbre de las Gentes, los muros cayeron de repente, no atacados por mano alguna, ni golpeados por ariete alguno (Id. VI, 20). Después de estas cosas incluso cuando ya estaban en la tierra de promisión, y la misma Arca por los pecados de ellos hubiera sido capturada por los enemigos, estos que la habían tomado la colocaron honoríficamente en el templo de su dios, al que adoraban sobre los demás, y

al retirarse la cerraron, y habiéndola abierto al día siguiente, hallaron el simulacro al que suplicaban caído y deformemente roto. Después ellos mismos, movidos por prodigios y castigados más deformemente, devolvieron el Arca del testimonio divino al pueblo de donde la habían tomado. ¿Y cómo fue esa devolución? La pusieron sobre un carro, y le uncieron vacas jóvenes a las que habían quitado sus terneros lactantes, y las dejaron ir a donde quisieran, deseando también por esto explorar la fuerza divina. Pero ellas, sin guía ni rector humano, caminando tenazmente por el camino hacia los hebreos, y no siendo reclamadas por los mugidos de sus hijos hambrientos, reportaron un gran sacramento a sus adoradores (I Rey. IV-VI). Estas cosas y las de este género son pequeñas para Dios, pero grandes para aterrar saludablemente y instruir a los mortales. Pues si los filósofos, y principalmente los platónicos, son alabados por haber sido más sabios que los demás, como recordé hace poco, porque enseñaron que la divina providencia administra también estas cosas débiles y terrenas, por el testimonio de las numerosas bellezas que se engendran no solo en los cuerpos de los animales, sino incluso en las hierbas y el heno: cuánto más evidentemente atestiguan estas cosas a la divinidad, las cuales se hacen a la hora de su predicación, donde se recomienda aquella religión que prohíbe sacrificar a todos los seres celestiales, terrestres e infernales, mandándolo solo al único Dios, el cual solo, amando y siendo amado, hace bienaventurados, y prefijando los tiempos mandados de aquellos

sacrificios, y prediciendo que habrían de ser cambiados para mejor por medio de un mejor sacerdote, testifica que no pretende aquellas cosas, sino que por estas significa otras mejores; no para que Él mismo sea sublimado con estos honores, sino para que nosotros seamos excitados a adorarle y a adherirnos a Él, encendidos por el fuego de su amor, lo cual es un bien para nosotros, no para Él.

CAPÍTULO XVIII.

Contra aquellos que, respecto a los milagros con que fue instruido el pueblo de Dios, niegan que deba creerse a los Libros eclesiásticos.

¿Dirá alguien que aquellos son milagros falsos, y que no fueron hechos, sino escritos mentirosamente? Quienquiera que diga esto, si niega que deba creerse en absoluto a letras algunas sobre estas cosas, puede decir también que ningún dios cuida de las cosas mortales. Pues no persuadieron de que debían ser adorados de otro modo, sino por los efectos de obras admirables, de las cuales también la historia de las gentes es testigo, cuyos dioses pudieron mostrarse admirables más bien que mostrarse útiles. Por lo cual en esta obra nuestra, de la cual tenemos ya este décimo libro en las manos, no hemos emprendido refutar a aquellos que o niegan que haya fuerza divina alguna, o sostienen que no cuida de las cosas humanas; sino a aquellos que anteponen sus dioses a nuestro Dios, fundador de la santa y gloriosísima ciudad, ignorando que Él mismo es también

el fundador invisible e inmutable de este mundo visible y mudable, y el veracísimo dador de la vida bienaventurada no de aquellas cosas que fundó, sino de sí mismo. Pues su veracísimo profeta dice: «Para mí, en cambio, adherirme a Dios es mi bien» (Sal. LXXII, 28). Pues sobre el fin del bien se pregunta entre los filósofos, a cuya consecución deben referirse todos los deberes. Y no dijo aquel: «Para mí, en cambio, abundar en riquezas es mi bien»; o ser distinguido con la púrpura y el cetro, o sobresalir con la diadema; o, lo que algunos incluso de los filósofos no se avergonzaron de decir: «El placer del cuerpo es mi bien»; o, lo que mejor parecieron decir los que eran como mejores: «La virtud de mi ánimo es mi bien»; sino: «Para mí —dice— adherirme a Dios es mi bien». Esto le había enseñado Aquel a quien solo debe sacrificarse, como también sus santos Ángeles advirtieron incluso con la atestación de milagros. Por lo cual también él mismo se había convertido en su sacrificio, por cuyo fuego inteligible ardía arrebatado, y era llevado por un santo deseo hacia su inefable e incorpóreo abrazo. Por lo demás, si los adoradores de muchos dioses (cualesquiera que juzguen que son sus dioses) creen que por ellos se han hecho milagros, sea en la historia de las cosas civiles, sea en los libros mágicos o, lo que juzgan más honroso, teúrgicos; ¿qué causa hay para que no quieran creer que se han hecho aquellas cosas en esas Letras a las cuales se debe tanto mayor fe, cuanto es grande sobre todos Aquel a quien solo mandan sacrificar?

CAPÍTULO XIX.

Cuál es la razón del sacrificio visible, que la verdadera religión enseña que debe ofrecerse al único Dios verdadero e invisible.

Pero los que piensan que estos sacrificios visibles convienen a otros dioses, pero a Él, como invisible, los invisibles, y los mayores al mayor, y los mejores al mejor, cuales son los oficios de una mente pura y de una buena voluntad; ciertamente ignoran que estos son así signos de aquellos, como las palabras sonoras son signos de las cosas. Por lo cual, así como al orar y alabar dirigimos voces significantes a Aquel a quien ofrecemos en el corazón las cosas mismas que significamos: así al sacrificar debemos saber que no debe ofrecerse sacrificio visible a otro sino a Aquel cuyo sacrificio invisible debemos ser nosotros mismos en nuestros corazones. Entonces nos favorecen y se congojan con nosotros, y nos ayudan para esto mismo según sus fuerzas, todos los Ángeles y las Virtudes superiores y los más potentes por la misma bondad y piedad. Pero si quisiéramos ofrecerles estas cosas a ellos, no las reciben de buen grado, y cuando son enviados a los hombres de tal manera que se sienta su presencia, lo prohíben clarísimamente. Hay ejemplos en las Letras sagradas. Algunos pensaron que debía tributarse a los Ángeles el honor, ya sea adorando o sacrificando, que se debe a Dios, y por la amonestación de ellos fueron prohibidos, y mandados tributar esto a Aquel a quien solo sabían que era lícito (Jueces XIII, 16; Apoc. XXII, 8, 9). Han imitado a

los Ángeles santos también los hombres santos de Dios. Pues Pablo y Bernabé en Licaonia, hecho un cierto milagro de sanación, fueron tenidos por dioses, y los licaonios quisieron inmolarles víctimas; lo cual rechazando de sí con humilde piedad, les anunciaron al Dios en quien creyeran (Hch. XIV). Ni por otra cosa aquellos engañadores exigen esto para sí con soberbia, sino porque saben que se debe al Dios verdadero. Pues no se gozan en realidad, como dice Porfirio y algunos piensan, en los olores de los cadáveres, sino en los honores divinos. Pues tienen gran abundancia de olores por todas partes, y si quisieran más, ellos mismos podrían ofrecérselos. Aquellos espíritus, por tanto, que se arrogan la divinidad, no se deleitan con el humo de cualquier cuerpo, sino con el ánimo del suplicante, al cual dominen engañado y sometido, cerrando el camino hacia el Dios verdadero, para que el hombre no sea sacrificio de Él, mientras se sacrifica a cualquiera fuera de Él.

CAPÍTULO XX.

Del sumo y verdadero sacrificio, que el mismo Mediador de Dios y de los hombres se ha hecho.

Por lo cual aquel verdadero Mediador, en cuanto tomando la forma de siervo (formam servi) se hizo mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, aunque en la forma de Dios (forma Dei) recibe el sacrificio con el Padre, con el cual es también un solo Dios, sin embargo, en la forma de siervo prefirió ser sacrificio que recibirlo, para que ni por esta ocasión alguien pensara

que se debía sacrificar a cualquier criatura. Por esto es también sacerdote, él mismo oferente, él mismo también la oblación. De cuya realidad quiso que el sacrificio cotidiano de la Iglesia fuera el sacramento: la cual, siendo el cuerpo de la misma Cabeza, aprende a ofrecerse a sí misma por medio de él. De este verdadero sacrificio eran signos múltiples y variados los antiguos sacrificios de los santos, cuando esta única cosa era figurada por medio de muchos, como si por muchas palabras se dijera una sola cosa, para que se recomendara mucho sin fastidio. Ante este sumo y verdadero sacrificio todos los falsos sacrificios han cedido.

CAPÍTULO XXI.

Del modo de la potestad dada a los demonios para glorificar a los santos por la tolerancia de las pasiones, los cuales vencieron a los espíritus aéreos no aplacándolos, sino permaneciendo en Dios.

En tiempos moderados y predefinidos, también se permite potestad a los demonios, para que, excitados los hombres que poseen, ejerzan tiránicamente enemistades contra la Ciudad de Dios (civitas Dei), y reciban para sí sacrificios no solo de quienes los ofrecen y los pidan a quienes están dispuestos, sino que incluso los extorsionen violentamente de los que no quieren mediante la persecución; esto no solo no resulta pernicioso, sino que incluso se encuentra útil para la Iglesia, para que se complete el número de los mártires (martyrum): a quienes la Ciudad

de Dios tiene por ciudadanos tanto más preclaros y honrados cuanto más fuertemente luchan incluso hasta la sangre contra el pecado de la impiedad. A estos, si la costumbre eclesiástica de hablar lo permitiera, los llamaríamos con mucha más elegancia nuestros Héroes. Pues se dice que este nombre se deriva de Juno, porque en griego Juno se llama Hera (Ἥra); y por eso no sé qué hijo suyo, según las fábulas de los griegos, fue llamado Héroe: significando esta fábula algo así como místico, porque el aire se asigna a Juno, donde quieren que los héroes habiten con los demonios, con cuyo nombre llaman a las almas de los difuntos de algún mérito. Pero, al contrario, nuestros mártires serían llamados héroes si, como dije, el uso del lenguaje eclesiástico lo admitiera; no porque tuvieran sociedad con los demonios en el aire, sino porque vencieron a esos mismos demonios, es decir, a las potestades aéreas; y en ellos a la misma Juno, sea lo que sea lo que se piense que significa, la cual es introducida no del todo inconvenientemente por los poetas como enemiga de las virtudes y envidiosa de los hombres fuertes que buscan el cielo. Pero de nuevo Virgilio sucumbe infelizmente y le cede el paso, de modo que cuando en su obra ella dice: «¡Soy vencida por Eneas!» aconseja al mismo Eneas a través de Heleno como por un consejo religioso, y dice: «Canta de grado votos a Juno, y vence a la poderosa señora con dones suplicantes». De esta opinión Porfirio, aunque no según su propio sentir sino por el de otros, dice que un dios o genio bueno no entra en el hombre a menos que

el malo haya sido aplacado antes: como si las divinidades malas fueran más fuertes entre ellos que las buenas; puesto que las malas impiden los auxilios de las buenas, a menos que, aplacadas, les den lugar, y las buenas no pueden aprovechar a las malas que no quieren; pero las malas pueden dañar, no valiendo las buenas para resistirles. No es esa la vía de la verdadera y verdaderamente santa religión: no es así como nuestros mártires vencen a Juno, es decir, a las potestades aéreas envidiosas de las virtudes de los piadosos. De ninguna manera, si pudiera decirse usualmente, nuestros héroes superan a Hera con dones suplicantes, sino con virtudes divinas. Pues Escipión el Africano fue denominado más convenientemente así porque venció a África por la virtud, que si hubiera aplacado a los enemigos con dones para que le perdonaran.

CAPÍTULO XXII.

De dónde viene a los santos la potestad contra los demonios, y de dónde la verdadera purificación del corazón.

Con verdadera piedad, los hombres de Dios expulsan la potestad aérea, enemiga y contraria a la piedad, exorcizándola, no aplacándola; y vencen todas las tentaciones de su adversidad orando, no a ella, sino a su Dios contra ella. Pues no vence ni subyuga a nadie sino por la sociedad del pecado. En su nombre, por tanto, es vencida, el cual asumió al hombre y actuó sin pecado, para que en el mismo sacerdote y sacrificio se hiciera la remisión de los pecados, es decir, por medio

del Mediador de Dios y de los hombres (Mediator Dei et hominum), el hombre Cristo Jesús, por quien, hecha la purificación de los pecados, somos reconciliados con Dios. Porque no sino por los pecados se separan los hombres de Dios, cuya purificación en esta vida no se hace por nuestra virtud, sino por la divina misericordia; por la indulgencia de él, no por nuestra potencia. Porque también esa virtud, por pequeña que sea, que se dice nuestra, nos ha sido concedida por su bondad. Mucho nos atribuiríamos en esta carne, si no viviéramos bajo el perdón hasta su deposición. Por eso, se nos ha prestado la gracia por medio del Mediador, para que, manchados por la carne de pecado, fuéramos limpiados por la semejanza de la carne de pecado. Por esta gracia de Dios, por la cual nos muestra su gran misericordia, en esta vida somos regidos por la fe, y después de esta vida seremos conducidos a la perfección más plena por la misma visión de la verdad inmutable.

CAPÍTULO XXIII.

De los principios en los cuales los platónicos profesan que consiste la purificación del alma.

Dice también Porfirio que fue respondido por los oráculos divinos que no somos purificados por los ritos sagrados (teletae) de la luna y del sol: para que de aquí se mostrara que por los ritos de ningún dios puede el hombre ser purificado. ¿Qué ritos purifican, si los de la luna y del sol no purifican, a quienes tienen por principales entre los dioses celestiales? Finalmente,

dice que en el mismo oráculo se expresó que los principios (principia) pueden purificar; no fuera que, habiéndose dicho que no purifican los ritos del sol y de la luna, se creyera que los ritos de algún otro dios de la multitud valían para purificar. Pero cuáles dice que son los principios como platónico, lo sabemos. Dice, en efecto, que hay un Dios Padre y un Dios Hijo, al cual en griego llama intelecto paterno o mente paterna; pero sobre el Espíritu Santo, o no dice nada, o no dice algo claramente: aunque no entiendo a quién otro llame medio de estos. Pues si quisiera que se entendiera como tercera la naturaleza del alma, como Plotino donde disputa sobre las tres sustancias principales, ciertamente no diría que es el medio de estos, esto es, el medio del Padre y del Hijo. Porque Plotino pospone la naturaleza del alma al intelecto paterno; este, en cambio, cuando dice medio, no la pospone, sino que la interpone. Y sin duda dijo esto como pudo, o como quiso, lo que nosotros decimos del Espíritu Santo: que no es Espíritu solo del Padre, ni solo del Hijo, sino de ambos. Pues los filósofos hablan con palabras libres, y en cosas muy difíciles de entender no temen la ofensa de los oídos religiosos. A nosotros, sin embargo, nos es lícito hablar según una regla cierta, para que la licencia de las palabras no engendre una opinión impía incluso sobre las cosas que por ellas se significan.

CAPÍTULO XXIV.

Del único y verdadero principio, que solo él purifica y renueva la naturaleza humana.

Nosotros, por tanto, no decimos dos o tres principios cuando hablamos de Dios, así como tampoco nos es lícito decir dos o tres dioses: aunque hablando de cada uno, ya sea del Padre, ya del Hijo, ya del Espíritu Santo, confesemos también que cada uno por separado es Dios; pero no decimos lo que dicen los herejes sabelianos (Sabelliani), que el Padre es el mismo que es también el Hijo, y el mismo Espíritu Santo que es el Padre y el Hijo; sino que el Padre es el Padre del Hijo, y el Hijo el Hijo del Padre, y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo no es ni Padre ni Hijo. Verdaderamente se dijo, pues, que el hombre no es purificado sino por el principio, aunque por ellos se hayan dicho los principios en plural. Pero Porfirio, sometido a las potestades envidiosas, de las cuales se avergonzaba y a las que temía refutar libremente, no quiso entender que el Señor Cristo es el principio, por cuya encarnación somos purificados. Pues lo despreció en esa misma carne que asumió para el sacrificio de nuestra purificación; no entendiendo, por cierto, aquel gran sacramento por esa soberbia que Él, verdadero y benigno Mediador (Mediador), derribó con su humildad, mostrándose en aquella mortalidad a los mortales, la cual los malignos y falaces mediadores, al no tenerla, ensalzaron con más soberbia, y prometieron un auxilio engañoso a los hombres miserables como si fueran inmortales a los mortales. El buen y verdadero Mediador mostró, pues, que el pecado es el mal, no la sustancia o naturaleza de la carne; la cual, con el alma del hombre, pudo tanto ser recibida sin pecado, como ser tenida, y ser dejada en

la muerte, y ser cambiada a mejor en la resurrección: ni que la muerte misma, aunque fuera pena del pecado, la cual sin embargo Él mismo pagó por nosotros sin pecado, deba evitarse pecando; sino más bien, si se da la facultad, debe tolerarse por la justicia. Pues pudo borrar los pecados muriendo por esta razón, porque también murió, y no por su pecado. Aquel platónico no lo conoció como principio; pues de lo contrario conocería el purgatorio. Porque ni la carne es el principio, ni el alma humana; sino el Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas. No purifica, pues, la carne por sí misma, sino por el Verbo por el cual fue asumida, cuando el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Pues hablando místicamente de comer su carne, cuando los que no entendieron se retiraron ofendidos, diciendo: «Duro es este lenguaje, ¿quién puede escucharlo?», respondió a los demás que se quedaban: «El Espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada». El principio, por tanto, habiendo asumido alma y carne, purifica tanto el alma como la carne de los creyentes. Por eso, a los judíos que preguntaban quién era, respondió que él era el principio. Lo cual, ciertamente, nosotros, carnales, débiles, sujetos a los pecados y envueltos en las tinieblas de la ignorancia, de ninguna manera podríamos percibir, si no fuéramos purificados y sanados por Él, por aquello que éramos y no éramos. Pues éramos hombres, pero no éramos justos; en cambio, en su encarnación la naturaleza humana existía, pero era justa, no pecadora. Esta es la mediación por la cual se tendió la mano a los caídos y pos-

trados: esta es la semilla dispuesta por medio de los Ángeles, en cuyos edictos también se daba la ley, por la cual se mandaba adorar a un solo Dios y se prometía este Mediador que habría de venir.

CAPÍTULO XXV.

Que todos los santos, tanto en el tiempo de la Ley como en los siglos anteriores, fueron justificados en el sacramento y en la fe de Cristo.

Con la fe de este sacramento (sacramenti) también los antiguos justos pudieron purificarse viviendo piadosamente, no solo antes de que se diera la ley al pueblo hebreo (pues no les faltó Dios como predicador ni los Ángeles), sino también en los tiempos de la misma ley, aunque pareciera tener promesas carnales en figuras de cosas espirituales, por lo cual se llama Antiguo Testamento (vetus Testamentum). Porque también entonces había Profetas, por los cuales, como por los Ángeles, se predicaba la misma promesa: y de su número era aquel cuya tan grande y divina sentencia sobre el fin del bien humano conmemoré hace poco: «Para mí, en cambio, adherirme a Dios es bueno». En cuyo salmo ciertamente está suficientemente declarada la distinción de los dos Testamentos, que se llaman antiguo y nuevo (vetus et novum). Pues a causa de las promesas carnales y terrenas, cuando las veía abundar en los impíos, dice que sus pies casi se habían conmovido, y que sus pasos casi se habían derramado en la caída, como si en vano hubiera servido él a Dios, al ver que los despreciadores de

Él florecían con aquella felicidad que él esperaba de Él; y que había trabajado en la investigación de este asunto, queriendo comprender por qué era así, hasta que entró en el santuario de Dios y comprendió el final de aquellos que le parecían felices mientras erraba. Entonces comprendió que en aquello en que se ensalzaron, como él dice, fueron derribados, y desfallecieron y perecieron a causa de sus iniquidades; y toda aquella cumbre de felicidad temporal se les volvió como el sueño de quien despierta, que de repente se encuentra privado de sus goces engañosos que soñaba. Y puesto que en esta tierra o ciudad terrena (civitate terrena) se creían grandes, «Señor», dice, «en tu ciudad reducirás a la nada la imagen de ellos». Que, sin embargo, le fuera útil buscar incluso aquellas cosas terrenas solamente del único Dios verdadero, en cuya potestad están todas las cosas, lo muestra suficientemente cuando dice: «Fui hecho como una bestia ante ti, y yo siempre contigo». Dijo «como una bestia», por cierto, no entendiendo. Pues aquellas cosas debí desear de ti que no pueden serme comunes con los impíos; no aquellas que, al ver que abundaban en ellos, pensé que en vano te había servido, cuando también tenían estas cosas los que no habían querido servirte. Sin embargo, «yo siempre contigo», que incluso en el deseo de tales cosas no busqué a otros dioses. Y por esto sigue: «Sostuviste la mano de mi derecha, y en tu voluntad me condujiste, y con gloria me acogiste»; como si a la izquierda pertenecieran todas aquellas cosas que, al verlas abundar entre los impíos, casi des-

falleció. «Pues, ¿qué hay para mí», dice, «en el cielo? ¿Y de ti qué he querido sobre la tierra?». Se reprendió a sí mismo, y justamente se desagradó a sí mismo: porque teniendo tan gran bien en el cielo (que comprendió después), buscó una felicidad transitoria, frágil y, en cierto modo, de lodo de su Dios en la tierra. «Desfalleció», dice, «mi corazón y mi carne, Dios de mi corazón»; con un desfallecimiento ciertamente bueno de las cosas inferiores a las celestiales. Por lo cual en otro salmo se dice: «Desea y desfallece mi alma por los atrios del Señor». Asimismo en otro: «Desfalleció mi alma por tu salvación». Sin embargo, habiendo hablado de ambos, esto es, del desfallecimiento del corazón y de la carne, no añadió «Dios de mi corazón y de mi carne», sino «Dios de mi corazón». Porque por el corazón se purifica la carne. Por lo cual dice el Señor: «Limpiad lo que está dentro, y lo que está fuera estará limpio». Dice luego que Dios mismo es su porción, no algo de Él, sino Él mismo: «Dios», dice, «de mi corazón, y mi porción Dios por los siglos»; porque entre muchas cosas que son elegidas por los hombres, Él mismo le complació para ser elegido. «Porque he aquí», dice, «que los que se alejan de ti perecerán; destruiste a todo el que comete fornicación lejos de ti»; esto es, el que quiere ser el lupanar de muchos dioses. Por lo cual sigue aquello por lo cual pareció que debían decirse las demás cosas del mismo salmo: «Para mí, en cambio, adherirme a Dios es bueno»; no ir lejos, no fornicar por medio de muchísimas cosas. Por otra parte, adherirse a Dios será entonces perfecto cuando todo lo

que debe ser liberado haya sido liberado. Ahora, en cambio, se hace lo que sigue: «Poner en Dios mi esperanza. Porque la esperanza que se ve no es esperanza: pues lo que uno ve, ¿por qué lo espera?», dice el Apóstol. «Si, en cambio, esperamos lo que no vemos, por la paciencia esperamos». En esta esperanza, pues, constituidos ahora, hagamos lo que sigue, y seamos nosotros también según nuestra medida ángeles de Dios, esto es, mensajeros suyos, anunciando su voluntad y alabando su gloria y su gracia. Por lo cual, habiendo dicho: «Poner en Dios mi esperanza», dice: «para que anuncie todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion». Esta es la gloriosísima Ciudad de Dios (civitas Dei); esta conoce y adora a un solo Dios: los Ángeles santos la anunciaron, los cuales nos invitaron a su sociedad y quisieron que fuéramos ciudadanos suyos en ella; a los cuales no les place que los adoremos como a nuestros dioses, sino con ellos a su Dios y al nuestro; ni que les sacrifiquemos, sino que con ellos mismos seamos sacrificio para Dios. Por tanto, no dudando nadie que considere estas cosas dejando de lado la maligna obstinación, todos los inmortales bienaventurados, que no nos envidian (pues no serían bienaventurados si envidiaran), sino que más bien nos aman para que también nosotros seamos bienaventurados con ellos, más nos favorecen, más nos ayudan cuando adoramos a un solo Dios con ellos, Padre e Hijo y Espíritu Santo, que si los adoráramos a ellos mismos mediante sacrificios.

CAPÍTULO XXVI.

De la inconstancia de Porfirio, que fluctúa entre la confesión del Dios verdadero y el culto a los demonios.

No sé cómo (según me parece), Porfirio se avergonzaba ante sus amigos teurgos. Pues en estas cosas era sabio a su manera, pero no se defendía libremente contra el culto a los muchos dioses. Pues dijo que hay unos ángeles que, descendiendo hacia abajo, anuncian cosas divinas a los hombres teúrgicos; y otros que en la tierra declaran lo que es del Padre, y su altura y profundidad. ¿Acaso, pues, debe creerse que estos ángeles, cuyo ministerio es declarar la voluntad del Padre, quieran que estemos sometidos sino a Aquel cuya voluntad nos anuncian? Por lo cual, muy bien amonesta el mismo platónico que ellos deben ser imitados más bien que invocados. No debemos, pues, temer que ofendamos a los inmortales y bienaventurados sometidos al único Dios por no sacrificarles. Porque lo que saben que no se debe sino al único Dios verdadero, por cuya adhesión ellos mismos son bienaventurados, sin duda no quieren que se les exhiba a ellos ni por ninguna figura significante, ni por la misma realidad que se significa en los sacramentos. Esta es arrogancia de los demonios soberbios y miserables, de quienes es muy diversa la piedad de los que están sometidos a Dios, y no son bienaventurados por otra cosa sino por estar unidos a Él. Para percibir cuyo bien conviene que también ellos nos favorezcan con sincera benignidad, y que no se arroguen aquello por lo cual les estaríamos

sometidos; sino que anuncien a Aquel bajo el cual nos asociemos con ellos en paz. ¿Por qué todavía tiemblas, oh filósofo, de tener una voz libre contra las potestades envidiosas tanto de las verdaderas virtudes como de los dones del verdadero Dios? Ya has distinguido a los ángeles que anuncian la voluntad del Padre de aquellos ángeles que descienden hacia los hombres teurgos, atraídos por no sé qué arte. ¿Por qué todavía los honras, de modo que digas que pronuncian cosas divinas? ¿Qué cosas divinas pronuncian, finalmente, los que no anuncian la voluntad del Padre? Ciertamente son aquellos a quienes un envidioso ligó con preces sagradas para que no prestaran la purificación del alma; y no pudieron ser soltados de aquellos vínculos y restituidos a su propia potestad por uno bueno que deseara purificar, según tú dices. ¿Aún dudas que estos sean demonios malignos; o finges quizás no saberlo, mientras no quieres ofender a los teurgos, por quienes, engañado por la curiosidad, aprendiste estas cosas perniciosas e insanas como un gran beneficio? ¿Te atreves a elevar al cielo a esta envidiosa, no diré potestad, sino peste, y no diré señora, sino, como tú confiesas, más bien esclava de los envidiosos, una vez trascendido este aire, y a colocarla entre vuestros dioses siderales, o a infamar incluso a los mismos astros con estos oprobios?

CAPÍTULO XXVII.

De la impiedad de Porfirio, por la cual supera incluso el error de Apuleyo.

¡Cuánto más humana y tolerablemente erró tu colega platónico Apuleyo, quien solo confesó —honrándolos por cierto, pero queriendo o sin querer— que los demonios ordenados de la luna para abajo son agitados por las enfermedades de las pasiones y los disturbios (turbellis) de la mente; sin embargo, separó a los dioses superiores del cielo, pertenecientes a los espacios etéreos —ya fueran visibles, a quienes veía brillar conspicuamente, el sol y la luna y las demás lumbreras del mismo lugar, o invisibles, los que él pensaba — de toda mancha de estas perturbaciones con cuanta disputa pudo! Tú, en cambio, aprendiste esto no de Platón, sino de tus maestros caldeos, para elevar a las sublimidades etéreas o empíreas del mundo y a los firmamentos celestiales los vicios humanos, para que vuestros dioses pudieran pronunciar cosas divinas a los teurgos (theurgis): por cuyas cosas divinas, sin embargo, te haces superior mediante la vida intelectual, de modo que a ti, como filósofo, las purificaciones del arte teúrgica no te parecen de ninguna manera necesarias; pero, no obstante, las impones a otros, para devolver esta como recompensa a tus maestros: que seduces a los que no pueden filosofar hacia estas cosas, que confiesas que te son inútiles como capaz de cosas superiores; para que, a saber, quienes están alejados de la virtud de la filosofía, que es demasiado ardua y de pocos, por tu autoridad busquen a los hombres teurgos, por quienes sean purificados, no por cierto en el alma intelectual (anima intellectualis), sino al menos en el alma espiritual (anima spiritualis); y puesto

que la multitud de aquellos a quienes les hastía filosofar es incomparablemente mayor, más se vean obligados a acudir a tus maestros secretos e ilícitos que a las escuelas platónicas. Esto, en efecto, te prometieron los demonios más inmundos, fingiendo ser dioses etéreos, de los cuales te has convertido en predicador y ángel: que purificados en el alma espiritual por el arte teúrgica, no regresan por cierto al Padre, sino que habitarán sobre las regiones aéreas entre los dioses etéreos. No oye esas cosas la multitud de los hombres, por cuya causa vino Cristo (Christus) para liberarlos del dominio de los demonios. Pues en Él tienen la purificación más misericordiosa tanto de su mente como de su espíritu y de su cuerpo. Por eso, en efecto, asumió al hombre entero sin pecado, para sanar todo de lo que consta el hombre de la peste de los pecados. A quien ojalá tú también hubieras conocido, y te hubieras encomendado más seguramente a Él para ser sanado que a tu propia virtud —que es humana, frágil y débil— o a tu perniciosísima curiosidad. Pues no te habría engañado Aquel a quien vuestros oráculos, según tú mismo escribes, confesaron santo e inmortal. De quien también el poeta más noble dijo poéticamente, por cierto, porque en la persona adumbrada de otro, pero verazmente si lo refieres a Él: «Siendo tú guía, si quedan algunos vestigios de nuestro crimen, irritos librarán a las tierras de un perpetuo temor». Dijo, en efecto, aquellas cosas que incluso de los que aprovechan mucho en la virtud de la justicia pueden, por la debilidad de esta vida, aunque no crímenes, quedar sin

embargo vestigios de crímenes, los cuales no se sanan sino por aquel Salvador de quien se expresó este verso. Pues que no dijo esto de sí mismo, Virgilio lo indica casi en el cuarto verso de la misma Égloga, donde dice: «Ya llegó la última edad del canto de Cumas». Por lo cual aparece sin duda que esto fue dicho por la Sibila de Cumas. Pero aquellos teurgos, o más bien demonios, fingiendo especies y figuras de dioses, manchan más bien que purifican el espíritu humano con la falsedad de las fantasías y la burlas engañosas de formas vanas. ¿Cómo, pues, purificarían el espíritu del hombre los que tienen inmundo el suyo propio? De otro modo, de ninguna manera serían ligados por los cantos de un hombre envidioso, y o bien presionarían por el miedo, o negarían por una envidia similar, aquel mismo beneficio vano que parecían estar por prestar. Basta que digas que por la purificación teúrgica no puede ser purificada el alma intelectual, esto es, nuestra mente, y confiesas que la misma espiritual, esto es, la parte de nuestra alma inferior a la mente —la cual afirmas que puede ser purificada por tal arte—, sin embargo no puede hacerse inmortal y eterna por este arte. Cristo, en cambio, promete la vida eterna: por lo cual el mundo, aunque vosotros os indignéis, pero maravillado y estupefacto, concurre a Él. ¿De qué sirve que no pudieras negar que los hombres yerran en la disciplina teúrgica, y que muchísimos se engañan por una opinión ciega e insensata, y que es un error certísimo acudir a los príncipes y ángeles mediante ritos y súplicas; y de nuevo, como para no parecer

haber perdido el tiempo aprendiendo estas cosas, envíes a los hombres a los teurgos, para que por ellos sea purificada el alma espiritual de aquellos que no viven según el alma intelectual?

CAPÍTULO XXVIII.

Por qué persuasiones el cegado Porfirio no pudo reconocer la verdadera sabiduría, que es Cristo.

Envías, pues, a los hombres a un error certísimo. Ni te avergüenzas de tan gran mal, cuando te profesas amante de la virtud y de la sabiduría. Si verdaderamente y fielmente la hubieras amado, habrías conocido a Cristo (Christus), virtud de Dios y sabiduría de Dios, ni habrías retrocedido, hinchado por el tumor de la vana ciencia, de su salubérrima humildad. Confiesas, sin embargo, que incluso el alma espiritual (anima spiritualis) puede ser purificada por la virtud de la continencia sin las artes teúrgicas y sin los ritos (teletae), en cuyo aprendizaje te has esforzado en vano. A veces también dices que los ritos no elevan el alma después de la muerte; de modo que ya ni siquiera parecen aprovechar en nada después del fin de esta vida a esa misma alma que llamas espiritual: y, sin embargo, das vueltas a esto de muchos modos y lo repites, para nada más, según creo, sino para parecer como perito también en tales cosas, y agradar a los curiosos de las artes ilícitas, o tú mismo hacerlos curiosos hacia ellas. Pero está bien que digas que esta arte es de temer, o por los peligros de las leyes, o de la misma acción. Y ojalá al menos los miserables oyeran esto

de ti, y se apartaran de allí para no ser absorbidos, o no se acercaran allí en absoluto. Dices ciertamente que la ignorancia, y por ella muchos vicios, no se purifican por ningún rito, sino solo por el patrikós nous, esto es, la mente o intelecto paterno, que es consciente de la voluntad paterna. Pero no crees que este sea Cristo; pues lo desprecias por el cuerpo recibido de una mujer y por el oprobio de la cruz, siendo idóneo, por cierto, con excelsa sabiduría, despreciadas y desechadas las cosas ínfimas, para tomar de las superiores. Pero Él cumple lo que los santos Profetas predijeron verazmente de Él: «Perderé la sabiduría de los sabios, y reprobaré la prudencia de los prudentes» (Is. 29, 14). Pues no pierde ni reprueba en ellos la suya, que Él mismo dio; sino la que se arrogan para sí los que no tienen la suya. Por lo cual, conmemorado aquel testimonio profético, sigue y dice el Apóstol: «¿Dónde está el sabio? ¿dónde el escriba? ¿dónde el buscador de este siglo?» ¿No ha hecho Dios estúpida la sabiduría de este mundo? Porque puesto que en la sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, plugo a Dios por la estulticia de la predicación (stultitia praedicationis) salvar a los creyentes. Puesto que ciertamente los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría: nosotros, sin embargo —dice —, predicamos a Cristo crucificado; para los judíos, por cierto, escándalo, y para los gentiles, estulticia; pero para los mismos llamados, judíos y griegos, Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios: porque lo estulto de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que

los hombres» (1 Cor. 1, 19-25). Esto, como estulto y débil, lo desprecian como sabios y fuertes por su propia virtud. Pero esta es la gracia (gratia), que sana a los enfermos, que no jactan soberbiamente su falsa bienaventuranza, sino que más bien confiesan humildemente su verdadera miseria.

CAPÍTULO XXIX.

De la encarnación de nuestro Señor Jesucristo (Jesus Christus), la cual la impiedad de los platónicos se avergüenza de confesar.

1. Predicas al Padre y a su Hijo, a quien llamas intelecto o mente paterna; y al medio de estos, que pensamos que tú llamas Espíritu Santo (Spiritus sanctus), y según vuestra costumbre llamas tres dioses. En lo cual, aunque uséis palabras indisciplinadas, veis sin embargo de cualquier modo y como por ciertas sombras de una tenue imaginación, a dónde se debe tender: pero la encarnación (incarnatio) del inconmutable Hijo de Dios, por la cual somos salvados, para que podamos llegar a aquellas cosas que creemos, o entendemos de cualquier pequeñísima parte, no queréis reconocerla. Así pues, veis de algún modo, aunque de lejos, aunque con la vista nublada, la patria en la que se ha de permanecer; pero el camino por donde se ha de ir, no lo tenéis. Confiesas, sin embargo, la gracia (gratia), puesto que ciertamente dices que a pocos les es concedido llegar a Dios por la virtud de la inteligencia. Pues no dices: Plugo a pocos; o: Pocos quisieron; sino que al decir que es concedido, sin

duda confiesas la gracia de Dios, no la suficiencia del hombre. Usas también esta palabra más abiertamente donde, siguiendo la sentencia de Platón, ni tú mismo dudas de que en esta vida el hombre de ninguna manera llega a la perfección de la sabiduría, pero que para los que viven según el intelecto, todo lo que falta puede completarse después de esta vida por la providencia (providentia) de Dios y la gracia. ¡Oh, si hubieras conocido la gracia de Dios por Jesucristo (Jesus Christus) nuestro Señor, y hubieras podido ver que su misma encarnación, por la cual asumió el alma y el cuerpo del hombre, es el sumo ejemplo de la gracia! Pero ¿qué haré? Sé que hablo en vano a un muerto: en lo que a ti respecta; pero en cuanto a los que te tienen en gran aprecio y te aman, sea por cualquier amor a la sabiduría o por curiosidad de las artes que no debiste aprender, a quienes más bien hablo al interpelarte a ti, tal vez no sea en vano. La gracia de Dios no pudo ser encomendada más graciosamente que el que el mismo Hijo único de Dios, permaneciendo inconmutable en sí mismo, se vistiera de hombre y diera esperanza de su amor a los hombres, mediante el hombre mediador, por el cual se llegara a Él desde los hombres; Él, que estaba tan lejos, inmortal de los mortales, inconmutable de los conmutables, justo de los impíos, bienaventurado de los miserables. Y porque naturalmente nos insertó el que deseemos ser bienaventurados e inmortales, permaneciendo Él bienaventurado y asumiendo lo mortal para darnos lo que amamos,

padeciendo nos enseñó a despreciar lo que tememos.

2. Pero para que pudierais asentir a esta verdad, era necesaria la humildad, la cual muy difícilmente puede ser persuadida a vuestra cerviz. Pues ¿qué cosa increíble se dice, especialmente a vosotros que sabéis tales cosas, por las cuales debierais amonestaros a vosotros mismos a creer esto; qué, digo, se os dice de increíble, cuando se dice que Dios asumió un alma y un cuerpo humanos? Vosotros ciertamente atribuís tanto al alma intelectual (anima intellectualis), la cual es ciertamente alma humana, que decís que puede hacerse consubstancial (consubstantialis) con aquella mente paterna que confesáis ser el Hijo de Dios. ¿Qué hay, pues, de increíble si una sola alma intelectual fue asumida de un modo inefable y singular para la salvación de muchos? Pero que el cuerpo sea coherente al alma, para que sea un hombre total y pleno, lo conocemos por el testimonio de nuestra misma naturaleza. Lo cual, si no fuera lo más usual, ciertamente sería más increíble: pues más fácilmente se ha de recibir en la fe, aunque lo humano a lo divino, aunque lo conmutable a lo inconmutable, sin embargo el espíritu al espíritu, o, para usar las palabras que tenéis en uso, lo incorpóreo a lo incorpóreo, que el cuerpo a lo incorpóreo. ¿O tal vez os ofende el inusitado parto de un cuerpo de una virgen? Ni esto debe ofender, sino que más bien debe conducir a emprender la piedad el que el admirable naciera admirablemente. ¿O acaso el que ese mismo cuerpo, dejado por la muerte y mudado

a mejor por la resurrección (resurrectio), ya incorruptible (incorruptibilis) y no mortal, lo subiera a lo alto? Tal vez os negáis a creer esto, mirando a Porfirio en estos mismos libros —de los cuales puse muchas cosas— que escribió sobre el regreso del alma, prescribiendo tan frecuentemente que se ha de huir de todo cuerpo para que el alma pueda permanecer bienaventurada con Dios. Pero más bien él mismo, sintiendo tales cosas, debía ser corregido, especialmente cuando sobre el alma de este mundo visible y de tan ingente mole corpórea sabéis cosas tan increíbles. Pues con Platón como autor (In Timaeo), decís que el mundo es un animal, y un animal muy bienaventurado, que queréis que sea también sempiterno. ¿Cómo, pues, ni nunca se soltará del cuerpo, ni nunca carecerá de bienaventuranza, si para que el alma sea bienaventurada se ha de huir de todo cuerpo? Ese sol también y los demás astros, no solo en vuestros libros confesáis que son cuerpos —lo cual todos los hombres con vosotros no dudan en ver y decir—, sino que también con más alta pericia, según pensáis, afirmáis que estos son animales muy bienaventurados, y sempiternos con estos cuerpos. ¿Qué es, pues, que cuando se os persuade la fe cristiana (fides christiana), entonces os olvidáis, o fingís ignorar, lo que soléis disputar o enseñar? ¿Qué causa hay por la cual, por vuestras opiniones, que vosotros mismos combatís, no queréis ser cristianos, sino porque Cristo vino humildemente y vosotros sois soberbios? De qué clase hayan de ser los cuerpos de los santos en la futura resurrección, puede a

veces disputarse más escrupulosamente entre los más doctos de las Escrituras (Scripturarum) cristianas; sin embargo, que han de ser sempiternos de ningún modo lo dudamos; y que han de ser tales cual Cristo demostró el ejemplo con su propia resurrección. Pero sean cuales fueren, puesto que se predica que serán totalmente incorruptibles e inmortales, y que en nada impedirán la contemplación del alma con la que se fija en Dios; y que vosotros también decís que hay en las regiones celestiales cuerpos inmortales de los inmortales bienaventurados: ¿qué es eso de que para que seamos bienaventurados opinéis que se ha de huir de todo cuerpo, para que parezca que huís de la fe cristiana como racionalmente; sino porque es aquello que digo de nuevo: Cristo es humilde, vosotros soberbios? ¿O tal vez os da vergüenza ser corregidos? Y este vicio no es sino de los soberbios. Da vergüenza, a saber, a hombres doctos de los discípulos de Platón hacerse discípulos de Cristo (Christi), quien enseñó a un pescador por su Espíritu a saber y decir: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios: esto era en el principio junto a Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada fue hecho. Lo que fue hecho, en Él era vida; y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron». El cual inicio del santo Evangelio —cuyo nombre es Según Juan (Joannem)—, cierto platónico, como solíamos oír del santo anciano Simpliciano —que después presidió como obispo (episcopus) la Iglesia de Milán (Mediolanensis Ecclesia)—,

decía que debía escribirse con letras de oro y proponerse en todas las Iglesias en los lugares más eminentes. Pero por eso aquel Dios y maestro se hizo vil para los soberbios, porque «el Verbo se hizo carne (caro factum est) y habitó entre nosotros» (Jn. 1, 1-5. 14): de modo que poco es para los miserables el que estén enfermos, si no se ensalzan incluso en esa misma enfermedad, y se avergüenzan de la medicina por la cual podrían ser sanados. Pues no hacen esto para ser erigidos, sino para que cayendo sean más gravemente afligidos.

CAPÍTULO XXX.

Cuántas cosas del dogma platónico refutó Porfirio, y disintiendo las corrigió.

Si después de Platón se considera indigno enmendar algo, ¿por qué el mismo Porfirio enmendó algunas cosas y no pequeñas? Pues es certísimo que Platón escribió que las almas de los hombres después de la muerte se revuelven hasta los cuerpos de las bestias. Esta sentencia la mantuvo el maestro de Porfirio, Plotino (Enneadis 3, lib. 4, cap. 2): sin embargo, con razón le desagradó a Porfirio. Juzgó que las almas humanas regresan a cuerpos humanos, no a los suyos que habían dejado, sino a otros nuevos. Le dio vergüenza, por cierto, creer aquello, no fuera que tal vez la madre, revuelta en mula, cargara a su hijo: y no le dio vergüenza creer esto otro, donde la madre, revuelta en niña, se casara tal vez con su hijo. ¿Cuánto más honestamente se cree lo que los santos y

veraces Ángeles enseñaron, lo que los Profetas hablaron movidos por el Espíritu de Dios, lo que Él mismo —a quien los mensajeros enviados predijeron como el Salvador que habría de venir —, lo que los Apóstoles enviados que llenaron el orbe de las tierras con el Evangelio? ¿Cuánto más honestamente, digo, se cree que las almas regresan una sola vez a sus propios cuerpos, que regresar tantas veces a diversos? No obstante, como dije, en gran parte fue corregido Porfirio en esta opinión, de modo que al menos sintiera que las almas humanas pueden ser precipitadas solo en hombres; pero no dudara en absoluto en destruir las cárceles de las bestias. Dice también que Dios dio el alma al mundo para esto: para que conociendo los males de la materia, recurriera al Padre, ni fuera ya retenida alguna vez por el contagio contaminado de tales cosas. Donde, aunque en algo no piensa convenientemente (pues más bien fue dada al cuerpo para que hiciera cosas buenas; pues no aprendería los males si no los hiciera), sin embargo, en eso enmendó la opinión de los otros platónicos, y no en cosa pequeña: porque confesó que el alma purificada de todos los males y constituida con el Padre, nunca más habría de padecer los males de este mundo. Con cuya sentencia ciertamente quitó lo que más se afirma ser platónico: que así como los muertos se hacen de los vivos, así los vivos siempre se hacen de los muertos (Platón en el Fedón): y mostró ser falso lo que platónicamente parece haber dicho Virgilio, que las almas purificadas enviadas a los campos Elíseos (campos Elysios) (con cuyo

nombre como por fábula parecen significarse los gozos de los bienaventurados), son llamadas al río Leteo (fluvius Letheus), esto es, al olvido de las cosas pasadas: «A saber, para que sin memoria revisiten las cimas convexas y empiecen de nuevo a querer regresar a los cuerpos» (Eneid. lib. 6, vers. 750, 751). Con razón desagradó esto a Porfirio: porque en verdad es necio creer que desde aquella vida —que no podrá ser muy bienaventurada si no fuera muy cierta de su eternidad — deseen las almas la mancha de los cuerpos corruptibles, y de allí regresen a estas cosas, como si la suma purificación hiciera esto para que se requiera la inquinación. Pues si el que se purifiquen perfectamente causa esto, que se olviden de todos los males, y el olvido de los males causa el deseo de los cuerpos, donde de nuevo se impliquen en los males: ciertamente la suma felicidad será causa de infelicidad; y la perfección de la sabiduría, causa de estulticia; y la suma limpieza, causa de inmundicia. Ni será allí bienaventurada el alma por la verdad, por mucho tiempo que sea, donde conviene que sea engañada para que sea bienaventurada. Pues no será bienaventurada si no es segura. Para que sea segura, pensará falsamente que siempre será bienaventurada, puesto que alguna vez será también miserable. Para quien, por tanto, la falsedad sea causa de gozo, ¿cómo se gozará de la verdad? Vio esto Porfirio, y dijo que el alma purificada regresa por esto al Padre, para que nunca más sea retenida por el contagio contaminado de los males.

[XXXI.] Falsamente, pues, fue creído por algunos platónicos como necesario aquel círculo de irse de las mismas cosas y regresar a las mismas. Lo cual, incluso si fuera verdad, ¿de qué serviría saberlo, a no ser que tal vez por ello se atrevieran los platónicos a preferirse a nosotros, porque nosotros en esta vida ya no supiéramos aquello que ellos mismos, en otra vida mejor, purificadísimos y sapientísimos, no habrían de saber, y habrían de ser bienaventurados creyendo algo falso? Pero si es absurdísimo y neciatísimo decir esto, ciertamente se ha de preferir la sentencia de Porfirio a la de aquellos que sospecharon los círculos de las almas (circuli animarum) por la alternancia siempre de la bienaventuranza y la miseria. Y si es así, he aquí que un platónico disiente para mejor de Platón: he aquí que vio lo que aquel no vio, ni después de tal y tan gran maestro rehuyó la corrección, sino que antepuso la verdad al hombre.

CAPÍTULO XXXI.

Contra el argumento de los platónicos, por el cual afirman que el alma humana es coeterna con Dios.

¿Por qué, pues, no creemos más bien a la divinidad sobre estas cosas, que no podemos investigar por el ingenio humano, la cual dice que la misma alma tampoco es coeterna (coaeterna) con Dios, sino creada, la cual no existía? Pues para que los platónicos no quisieran creer esto, les parecía ciertamente que traían esta causa idónea: que a menos que siempre hubiera existido antes, no podría ser sempiterna en adelante. Aunque

tanto sobre el mundo como sobre aquellos dioses que Platón escribe que fueron hechos por Dios en el mundo (In Timaeo), dice muy abiertamente que empezaron a ser y que tienen un principio (initium), pero afirma que no habrán de tener fin (finem), sino que permanecerán en la eternidad por la voluntad poderosísima del Creador (Conditor). Pero cómo entiendan esto, lo han encontrado: que esto no es, a saber, del tiempo, sino un principio de sustitución. «Como, por ejemplo —dicen—, si un pie (pes) hubiera estado siempre desde la eternidad en el polvo (pulvere), siempre estaría bajo él la huella (vestigium); la cual huella, sin embargo, nadie dudaría que fue hecha por el que pisa (calcante), ni sería uno previo al otro, aunque uno fuera hecho por el otro: así —dicen —, tanto el mundo como los dioses creados en él, siempre existieron existiendo siempre el que los hizo, y sin embargo fueron hechos». ¿Acaso, pues, si el alma siempre existió, también se ha de decir que su miseria siempre existió? Además, si algo en ella, que no fue desde lo eterno, empezó a ser desde el tiempo, ¿por qué no pudo hacerse que ella misma fuera desde el tiempo, la cual antes no existía? Luego, su bienaventuranza también, después de la experiencia de los males, más firme y que ha de permanecer sin fin, como este confiesa, sin duda empezó desde el tiempo, y sin embargo siempre existirá, cuando antes no existía. Por lo tanto, queda disuelta toda aquella argumentación por la cual se piensa que nada puede ser sin fin del tiempo (finis temporis), sino lo que no tiene principio del tiempo (initium

temporis). Pues se ha encontrado la bienaventuranza del alma, la cual, habiendo tenido principio del tiempo, no tendrá fin del tiempo. Por lo cual, ceda la debilidad humana a la autoridad divina, y creamos a aquellos bienaventurados e inmortales sobre la verdadera religión, los cuales no buscan para sí el honor que saben que se debe a su Dios, que es también el nuestro; ni mandan que hagamos sacrificio sino solo a Él, de quien también nosotros con ellos —como a menudo dije y a menudo se ha de decir— debemos ser sacrificio, para ser ofrecidos por aquel sacerdote que, en el hombre que asumió —según el cual también quiso ser sacerdote—, se dignó hacerse sacrificio por nosotros incluso hasta la muerte.

CAPÍTULO XXXII.

De la vía universal de la liberación del alma, la cual Porfirio buscando mal no encontró, y la cual solo la gracia (gratia) cristiana ha abierto.

1. Esta es la religión (religio) que contiene la vía universal (universalis via) de la liberación del alma; puesto que ninguna puede ser liberada sino por esta. Esta es, en efecto, de cierto modo la vía real (regalis via), la única que conduce al reino, no vacilante por una altura temporal, sino seguro por la firmeza de la eternidad. Mas cuando Porfirio dice en el primer libro cerca del fin del Regreso del alma, que aún no se ha recibido una cierta secta que contenga la vía universal de la liberación del alma, sea de alguna filosofía verísima, o de las costumbres y disciplina de

los indios (Indorum), o de la inducción de los caldeos (Chaldaeorum), o por cualquier otra vía, y que aún no ha llegado a su noticia esa misma vía por el conocimiento historial (historialis cognitio); sin duda confiesa que existe alguna, pero que aún no ha llegado a su noticia. Así, no le bastaba cuanto sobre la liberación del alma había aprendido estudiadísimamente, y le parecía a él —o más bien a otros— saber y poseer. Pues sentía que aún le faltaba alguna autoridad prestantísima, a la cual convendría seguir en materia tan grande. Mas cuando dice que ni de alguna filosofía verísima ha llegado aún a su noticia una secta que contenga la vía universal de la liberación del alma; muestra bastante, según creo, o que aquella filosofía en la que él mismo filosofó no es la verísima, o que en ella no se contiene tal vía. ¿And cómo puede ser ya la verísima aquella en la que no se contiene esta vía? Pues ¿qué otra vía es universal para la liberación del alma, sino aquella por la que todas las almas son liberadas, y por ello sin ella ninguna alma es liberada? Mas cuando añade y dice: «O de las costumbres y disciplina de los indios, o de la inducción de los caldeos, o por cualquier otra vía»; atestigua con voz manifiestísima que ni en aquellas cosas que había aprendido de los indios, ni en aquellas que de los caldeos, se contiene esta vía universal de la liberación del alma; y ciertamente no pudo callar que él había tomado de los caldeos oráculos divinos, de los cuales hace asidua conmemoración. ¿Qué vía universal, pues, de liberación del alma quiere que se entienda como aún no recibida, sea

de alguna filosofía verísima o de las doctrinas de aquellas naciones que eran tenidas como grandes en las cosas divinas porque en ellas valió más la curiosidad de conocer y cultivar a cualesquiera ángeles, y que aún no ha llegado a su noticia por conocimiento historial? ¿Cuál es esa vía universal, sino aquella que no es propia de cada nación para sí, sino que fue divinamente impartida para que fuera común a todas las naciones? La cual ciertamente este hombre, dotado de un ingenio no mediocre, no duda que existe. Pues no cree que la divina providencia (providentia) haya podido dejar al género humano sin esta vía universal de liberar el alma. Pues no dice que no existe, sino que este tan gran bien y tan gran auxilio aún no ha sido recibido, aún no ha llegado a su noticia: y no es de extrañar. Pues Porfirio estaba entre los asuntos humanos en aquel tiempo en que esta vía universal de liberar el alma —que no es otra que la religión cristiana— era permitido que fuera combatida por los cultores de los ídolos y los demonios y por los reyes terrenos, para afirmar y consagrar el número de los mártires (martyrum), esto es, de los testigos de la verdad, por los cuales se mostrara que todos los males corporales deben ser tolerados por la fe de la piedad y la recomendación de la verdad. Veía, pues, estas cosas Porfirio, y que por tales persecuciones esa vía perecería pronto, y por eso pensaba que ella no era la vía universal de liberar el alma, no entendiendo que esto que lo movía, y que temía padecer en su elección, pertenecía más bien a su confirmación y a su más robusta recomendación.

2. Esta es, pues, la vía universal (universalis via) de la liberación del alma, esto es, concedida a todas las naciones por la divina misericordia (divina miseratio); cuyo conocimiento ciertamente ya ha llegado a quienesquiera, y ha de llegar a quienesquiera, ni debió ni deberá decírsele: ¿Por qué ahora? ¿y por qué tarde?, puesto que el consejo del que envía no es penetrable por el ingenio humano. Lo cual sintió también este cuando dijo que aún no se había recibido este don de Dios, y que aún no había llegado a su noticia. Pues no por eso juzgó que no fuera verdadero, porque aún no hubiera sido recibido en su fe, o aún no hubiera llegado a su noticia. Esta es, digo, la vía universal de los creyentes que han de ser liberados, sobre la cual el fiel Abrahán (fidelis Abraham) recibió el oráculo divino: «En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones» (Gén. 22, 18). El cual fue ciertamente caldeo de nación, pero para que percibiera tales promesas, y de él se propagara la semilla dispuesta por medio de Ángeles en la mano del Mediador (Mediatoris) (Gál. 3, 19), en quien estuviera esta vía universal de la liberación del alma —esto es, dada a todas las naciones—, se le mandó salir de su tierra y de su parentela y de la casa de su padre (Gén. 12, 1). Entonces él, primeramente liberado de las supersticiones de los caldeos, dio culto siguiendo al único Dios verdadero, a quien creyó fielmente cuando le prometía estas cosas. Esta es la vía universal sobre la cual se dijo en la santa profecía: «Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga; ilumine su rostro sobre nosotros y tenga misericordia de

nosotros: para que conozcamos en la tierra tu camino, en todas las naciones tu salud» (Sal. 66, 2 y 3). Por lo cual, tanto tiempo después, asumida la carne de la descendencia de Abrahán, el mismo Salvador (Salvator) dice de sí mismo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (Jn. 14, 6). Esta es la vía universal sobre la cual tanto tiempo antes se profetizó: «Será en los últimos días manifiesto el monte de la casa del Señor, preparado en la cumbre de los montes, y será ensalzado sobre las colinas; y vendrán a él todas las naciones, y entrarán muchos pueblos, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob; y nos anunciará su camino, y entraremos en él. Pues de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén» (Is. 2, 2 y 3). Esta vía, pues, no es de una sola nación, sino de todas las naciones. And la ley y la palabra del Señor no permaneció en Sion y Jerusalén, sino que de allí procedió para difundirse por todas partes. Por lo cual el mismo Mediador, después de su resurrección, dijo a sus discípulos temblorosos: «Convenía que se cumpliera lo que estaba escrito en la Ley, y en los Profetas y en los Salmos sobre mí. Entonces les abrió el sentido para que entendieran las Escrituras (Scripturas), y les dijo: «Que convenía que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día, y que se predicara en su nombre la penitencia y la remisión de los pecados por todas las naciones, empezando por Jerusalén» (Lc. 24, 44-47). Esta es, por tanto, la vía universal de la liberación del alma, la cual los santos Ángeles y los santos Profetas significaron primero en

unos pocos hombres donde pudieron encontrar la gracia de Dios, y especialmente en la nation hebrea (Hebraea gente) —cuya misma república era de cierto modo sagrada (sacrata respublica) —, en profecía y prenuncio de la ciudad de Dios (civitatis Dei) que habría de ser congregada de todas las naciones, tanto por el tabernáculo como por el templo y el sacerdocio y los sacrificios, y predijeron por algunas expresiones manifiestas y muchísimas místicas; pero presente en la carne el mismo Mediador y sus bienaventurados Apóstoles, revelando ya más abiertamente la gracia del Nuevo Testamento (novum Testamentum), indicaron aquellas cosas que algo más ocultamente fueron significadas en los tiempos anteriores, según la distribución de las edades del género humano; tal como plugo al Dios sabio ordenarlo, atestiguándolo las señales de las maravillosas obras divinas, de las cuales ya puse unas pocas arriba. Pues no solo aparecieron visiones angélicas y sonaron solo las palabras de los ministros celestiales, sino que también, obrando hombres por la palabra de Dios de simple piedad, fueron expulsados los espíritus inmundos (spiritus immundi) de los cuerpos y sentidos de los hombres; fueron sanados los vicios del cuerpo y las enfermedades; los animales feroces de las tierras y de las aguas, las aves del cielo, los maderos, los elementos, los astros, cumplieron los mandatos divinos, cedieron los infiernos, los muertos revivieron: exceptuados los milagros propios y singulares del mismo Salvador, especialmente el del nacimiento y la resurrección; en uno de los cuales

demostró solo el sacramento (sacramentum) de la virginidad materna, pero en el otro demostró también el ejemplo de los que han de resucitar al fin. Esta vía purifica al hombre entero y prepara para la inmortalidad al mortal en todas las partes de que consta. Pues para que no se buscara una purificación para aquella parte que Porfirio llama intelectual, otra para la que llama espiritual y otra para el cuerpo mismo, por eso el veracísimo y poderosísimo purificador y salvador (mundator atque salvator) asumió el todo. Fuera de esta vía —que nunca faltó al género humano, en parte cuando se prenunciaban estas cosas que habrían de ser, en parte cuando se anuncian como hechas— nadie ha sido liberado, nadie es liberado, nadie será liberado.

3. Mas en cuanto a que Porfirio dice que la vía universal (universalis via) de la liberación del alma aún no ha llegado a su noticia por conocimiento historial (historialis cognitione): ¿qué puede encontrarse o más ilustre que esta historia, que ha obtenido el orbe universo con tal cima de autoridad, o más fiel, en la cual de tal modo se narran las cosas pasadas que también se predicen las futuras; muchas de las cuales vemos cumplidas, por lo cual esperemos sin duda que se han de cumplir las que restan? Pues no puede Porfirio, o cualesquiera platónicos, despreciar incluso en esta vía —como de cosas terrenas y pertenecientes a esta vida mortal— la adivinación y la predicción: lo cual con razón hacen en otros vaticinios (vaticinationibus) y adivinaciones de cualesquiera modos o artes. Pues niegan que estas

cosas deban ser estimadas o de grandes hombres, o como grandes: y con razón. Pues o bien se hacen por la presensión de causas inferiores, como por el arte de la medicina se prevén muchas cosas que han de suceder a la salud por ciertos signos antecedentes; o bien los espíritus inmundos prenuncian sus propios hechos dispuestos, cuyo derecho tanto en las mentes como en los deseos de los inicuos para conducirlos a hechos congruentes con cada uno, de cierto modo se arrogan, y en la materia ínfima de la fragilidad humana. No tales cosas cuidaron de profetizar como grandes los hombres santos que caminan en esa vía universal de las almas que han de ser liberadas: aunque también aquellas cosas no se les escaparon, y a menudo fueron predichas por ellos para dar fe de aquellas que no podían ser intimadas a los sentidos de los mortales, ni llevadas a la experiencia con rápida facilidad. Pero eran otras cosas verdaderamente grandes y divinas las que, cuanto se daba, conocida la voluntad de Dios, anunciaban como futuras. Cristo (Christus) ciertamente por venir en la carne, y aquellas cosas que en Él tan claras fueron perfeccionadas y cumplidas en su nombre: la penitencia de los hombres y la conversión de las voluntades (conversio voluntatum) a Dios, la remisión de los pecados, la gracia de la justicia, la fe de los piadosos y por el orbe universo la multitud de los creyentes en la verdadera divinidad, la subversión del culto de los simulacros y de los demonios y el ejercicio por las tentaciones, la purificación de los que aprovechan y la liberación de todo mal, el día del juicio

(judicii dies), la resurrección de los muertos, la eterna condenación de la sociedad de los impíos (societatis impiorum), y el reino eterno de la gloriosísima ciudad de Dios (civitatis Dei) gozando inmortalmente de su presencia, fueron predichas y prometidas en las Escrituras (Scripturis) de esta vía: tantas de las cuales vemos cumplidas, que con recta piedad confiamos en que las demás han de ser. La rectitud de esta vía hasta ver a Dios y coherir con Él por la eternidad, en la verdad de las santas Escrituras por la cual es predicada y afirmada, quienesquiera que no creen, y por ello ni entienden, pueden combatirla, pero no pueden vencerla.

4. Por lo cual, en estos diez libros, aunque menos de lo que la intención de algunos esperaba de nosotros, sin embargo hemos satisfecho al estudio de algunos, cuanto el verdadero Dios y Señor se dignó ayudarnos, refutando las contradicciones de los impíos, que anteponen sus dioses al Creador (Conditori) de la ciudad santa sobre la cual instituimos disputar. De los cuales diez libros, los cinco anteriores fueron escritos contra aquellos que piensan que los dioses han de ser adorados por los bienes de esta vida; mas los cinco posteriores contra aquellos que estiman que el culto de los dioses debe ser mantenido por la vida que ha de ser después de la muerte. En adelante, por tanto, tal como prometimos en el primer libro, despacharé, cuanto sea divinamente ayudado, lo que juzgo que debe decirse sobre el origen (exortu), el progreso (procursu) y los fines debidos (debitis finibus) de las dos ciudades, las

cuales dijimos que en este siglo están enredadas y mutuamente mezcladas.

LIBRO UNDÉCIMO.

Comienza la segunda parte de esta obra, que trata del origen (exortu), progreso (procursu) y fines debidos (debitis finibus) de las dos ciudades, la terrena y la celestial. En este primer libro demuestra Agustín cómo precedieron los comienzos (exordia) de dichas ciudades en la distinción de los ángeles buenos y malos, y con esa ocasión trata de la constitución del mundo, que se describe en las Sagradas Letras al principio del libro del Génesis.

CAPÍTULO PRIMERO.

Sobre aquella parte de la obra en la que comienzan a demostrarse los inicios y los fines de las dos ciudades, a saber, la celestial y la terrena.

Llamamos ciudad de Dios (civitatem Dei) a aquella de la cual es testigo esa Escritura que, no por fortuitos movimientos de los ánimos, sino claramente por la suma disposición de la providencia (providentiae) sobre todas las letras de todas las gentes, sometió a sí todos los géneros de ingenios humanos, sobresaliendo por su autoridad divina. Allí, en efecto, está escrito: Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios (Salmo 86, 3). Y en otro salmo se lee: Grande es el Señor, y muy digno de alabanza en la ciudad

de nuestro Dios, en su monte santo, dilatando las exaltaciones de toda la tierra. Y poco después en el mismo salmo: Tal como oímos, así también vimos, en la ciudad del Señor de las virtudes, en la ciudad de nuestro Dios; Dios la fundó para la eternidad (Salmo 46, 2, 3, 9). Igualmente en otro: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios, el Altísimo santificó su tabernáculo; Dios está en medio de ella, no será conmovida (Salmo 44, 5 y 6). Por estos y otros testimonios semejantes, que sería demasiado largo conmemorar todos, hemos aprendido que existe una cierta ciudad de Dios, de la cual deseamos ardientemente ser ciudadanos con aquel amor que su Creador (Conditor) nos inspiró. A este Creador de la ciudad santa, los ciudadanos de la ciudad terrena (terrenae civitatis) anteponen sus dioses, ignorando que Él es el Dios de los dioses, no de los dioses falsos, esto es, impíos y soberbios, quienes, privados de su luz inconmutable y común a todos, y por ello reducidos a una cierta potestad indigente, persiguen de algún modo sus potencias privadas y buscan honores divinos de sus súbditos engañados; sino de los dioses piadosos y santos, que prefieren someterse ellos mismos a uno solo antes que muchos a ellos, y prefieren adorar a Dios antes que ser adorados por Dios. Pero a los enemigos de esta ciudad santa, en los diez libros superiores respondimos, cuanto pudimos, con la ayuda de nuestro Señor y Rey. Ahora bien, reconociendo lo que ya se espera de mí, y no olvidando mi deuda, comenzaré a disputar, cuanto sea capaz, apoyado en todas partes por el auxilio de ese mismo

Señor y Rey nuestro, sobre el origen (exortu), el transcurso (excursu) y los fines debidos (debitis finibus) de las dos ciudades, a saber, la terrena y la celestial, las cuales dijimos que en este tiempo intermedio están de algún modo enredadas y mutuamente mezcladas; y primero diré cómo precedieron los comienzos (exordia) de estas dos ciudades en la diversidad de los ángeles.

CAPÍTULO II.

Sobre el conocimiento de Dios, a cuya noticia ningún hombre llega sino por el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Jesucristo.

Es cosa grande y muy rara exceder con la intención de la mente toda la criatura corpórea e incorpórea, considerada y hallada mudable, y llegar hasta la inconmutable sustancia de Dios, y allí aprender de Él mismo que toda la naturaleza que no es lo que Él es, no la hizo sino Él. Pues así Dios no habla con el hombre por alguna criatura corporal, sonando en los oídos corporales para que entre el que suena y el que oye se batan los espacios aéreos; ni por una criatura espiritual de tal clase que se figure con semejanzas de cuerpos, como en los sueños o de cualquier otro modo semejante; pues también así habla como a los oídos del cuerpo, porque habla como por medio del cuerpo y como con un intervalo interpuesto de lugares corporales; pues tales visiones son muy semejantes a los cuerpos: sino que habla por la verdad misma, si alguno es idóneo para oír con la mente, no con el cuerpo. Pues habla así a aquello

del hombre que es mejor en el hombre que las demás cosas de que el hombre consta, y respecto de lo cual solo Dios mismo es mejor. Pues entendiéndose el hombre rectísimamente, o si esto no puede ser, al menos creyéndose hecho a imagen de Dios; ciertamente por aquella parte suya es más cercano al Dios superior por la cual supera a sus partes inferiores, las cuales tiene comunes incluso con las bestias. Pero porque la misma mente, en la cual están naturalmente la razón y la inteligencia, está debilitada por ciertos vicios tenebrosos y antiguos, no solo para adherirse gozando, sino incluso para soportar la luz inconmutable, hasta que renovada y sanada de día en día se haga capaz de tanta felicidad, primero debía ser imbuida y purificada por la fe. Para que en ella caminara con más confianza hacia la verdad, la verdad misma, Dios Hijo de Dios, asumiendo al hombre sin consumir a Dios, constituyó y fundó esa misma fe, para que el camino del hombre hacia el Dios del hombre fuera para el hombre por el hombre Dios. Pues este es el mediador (mediator) de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús. Pues es mediador por aquello por lo que es hombre; por ello es también el camino (via). Porque si entre el que tiende y aquello hacia lo que tiende hay un camino intermedio, hay esperanza de llegar; pero si falta, o se ignora por dónde se ha de ir, ¿qué aprovecha saber a dónde se ha de ir? Mas la única vía segurísima contra todos los errores es que el mismo sea Dios y hombre: a donde se va, Dios; por donde se va, hombre.

CAPÍTULO III.

Sobre la autoridad de la Escritura canónica fundada por el Espíritu divino.

Él, habiendo hablado primero por los Profetas, después por sí mismo, y luego por los Apóstoles, cuanto juzgó que era suficiente, fundó también la Escritura que se llama canónica, de eminentísima autoridad, a la cual prestamos fe sobre aquellas cosas que no conviene ignorar, ni somos idóneos para conocer por nosotros mismos. Pues si pueden conocerse por nuestro propio testimonio aquellas cosas que no están remotas de nuestros sentidos, ya sean interiores o exteriores (de donde también se llaman presentes, porque están tan a la mano de los sentidos como está a la mano de los ojos lo que está ante la cara); ciertamente sobre aquellas cosas que están remotas de nuestros sentidos, puesto que no pueden conocerse por nuestro testimonio, buscamos otros testigos, y creemos a aquellos de cuyos sentidos no creemos que estén o hayan estado remotas. Así, pues, tal como en las cosas visibles que no vimos creemos a los que las vieron; así en aquellas cosas que se sienten con el ánimo, si también ellas están remotas de nuestros sentidos, conviene que creamos a aquellos que las vieron dispuestas en aquella luz incorpórea, o las ven en ella igualmente.

CAPÍTULO IV.

Sobre la condición del mundo: que ni es atemporal, ni fue ordenado por un nuevo consejo de Dios, como si después hubiera querido lo que antes no quiso.

1. De todas las cosas visibles, la mayor es el mundo; de todas las invisibles, la mayor es Dios. Pero vemos que el mundo existe, y creemos que Dios existe. Mas que Dios hizo el mundo, a nadie lo creemos con más seguridad que al mismo Dios. ¿Dónde lo oímos? En ninguna parte mejor por ahora que en las Sagradas Escrituras (Scripturis sanctis), donde dijo su profeta: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra (Gén. 1, 1). ¿Acaso estuvo allí aquel profeta cuando Dios hizo el cielo y la tierra? No; pero allí estuvo la Sabiduría de Dios, por la cual fueron hechas todas las cosas, la cual se transfiere también a las almas santas, constituye a los amigos de Dios y a los Profetas (Sab. 7, 27), y les narra interiormente sus obras sin estrépito. Les hablan también los Ángeles de Dios, que siempre ven la faz del Padre (Mat. 18, 10), y anuncian su voluntad a quienes conviene. De estos era uno aquel profeta que dijo y escribió: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra. El cual es testigo tan idóneo por quien se ha de creer a Dios, que por el mismo Espíritu de Dios, por el cual conoció que estas cosas le eran reveladas, predijo también con tanta antelación nuestra misma fe futura.

2. Pero, ¿por qué plugo al Dios eterno hacer entonces el cielo y la tierra, que antes no había hecho? Quienes dicen esto, si quieren que el mundo parezca eterno sin ningún inicio, y por tanto ni siquiera hecho por Dios, están demasiado alejados de la verdad y deliran por la enfermedad letal de la impiedad. Pues, exceptuadas las voces proféticas, el mundo mismo, con su ordenadísima mutabilidad y movilidad y con la hermosísima

especie de todas las cosas visibles, proclama de algún modo tácitamente tanto que ha sido hecho, como que no pudo ser hecho sino por un Dios inefable e invisiblemente grande e inefable e invisiblemente hermoso. Mas quienes confiesan que fue hecho por Dios, pero no quieren que tenga un inicio de tiempo, sino de su creación, de modo que por un modo apenas inteligible haya sido hecho siempre, dicen ciertamente algo por lo cual les parece defender a Dios como de una temeridad fortuita, para que no se crea que súbitamente le vino a la mente lo que nunca antes le había venido, a saber, hacer el mundo, y que le sobrevino una voluntad nueva, siendo que en nada es en absoluto mudable: pero no veo cómo esa razón pueda subsistir para ellos en las demás cosas, y máximamente en el alma, la cual, si pretendieren que es coeterna con Dios, de ningún modo podrán explicar de dónde le sobrevino una nueva miseria que nunca antes tuvo por la eternidad. Pues si dijeren que siempre se alternaron su miseria y su bienaventuranza, es necesario que digan que también siempre se alternarán; de donde les seguirá aquel absurdo de que, incluso cuando se dice bienaventurada, no sea ciertamente bienaventurada en esto si prevé su futura miseria y torpeza; mas si no la prevé, ni piensa que ha de ser torpe y mísera, sino que se estima siempre bienaventurada, sería bienaventurada por una falsa opinión, lo cual es lo más necio que puede decirse. Pero si piensan que siempre, por siglos infinitos hacia atrás, se alternó la miseria del alma con la bienaventuranza, pero que ahora ya en

adelante, una vez que haya sido liberada, no ha de volver a la miseria, no obstante son convencidos de que nunca fue verdaderamente bienaventurada, sino que empieza a serlo después con una cierta bienaventuranza nueva y no falaz; y por esto confesarán que le sucede algo nuevo, y esto grande y preclaro, que nunca antes por la eternidad le habría sucedido. Si niegan que la causa de esta novedad estuviera en el consejo eterno de Dios, negarán al mismo tiempo que Él sea el autor de su bienaventuranza, lo cual es de una impiedad nefanda; mas si dicen que Él mismo la pensó por un nuevo consejo para que en adelante el alma sea bienaventurada por la eternidad, ¿cómo lo mostrarán ajeno a esa mutabilidad que a ellos también les desagrada? Por lo demás, si confiesan que fue creada en el tiempo, pero que en ningún tiempo posterior ha de perecer, como un número, que tiene inicio pero no tiene fin, y por esto, habiendo experimentado una vez las miserias, si fuera liberada de ellas, nunca después ha de ser mísera, ciertamente no dudarán que esto sucede permaneciendo la inconmutabilidad del consejo de Dios. Si, pues, creen esto, crean también que el mundo pudo ser hecho en el tiempo, sin que por ello Dios cambiara su consejo y voluntad eternos al hacerlo.

CAPÍTULO V.

No se debe pensar tanto en los infinitos espacios de los tiempos antes del mundo, como tampoco en los infinitos de los lugares.

Después, se debe ver por parte de estos que consienten en que Dios es el creador del mundo, y sin embargo preguntan qué responderemos sobre el tiempo del mundo, qué responden ellos mismos sobre el lugar del mundo. Pues así se pregunta por qué más bien entonces y no antes fue hecho, de la misma manera que puede preguntarse por qué aquí más bien donde está y no en otra parte. Pues si piensan en infinitos espacios de tiempo antes del mundo, en los cuales no les parece que Dios haya podido cesar de su obra, igualmente piensen en infinitos espacios de lugares fuera del mundo, en los cuales, si alguno dijera que el Omnipotente no pudo estar ocioso, ¿acaso no será consecuente que se vean obligados a soñar innumerables mundos con Epicuro? Con la sola diferencia de que aquel afirma que ellos son engendrados y se disuelven por fortuitos movimientos de los átomos, mientras que estos habrán de decir que fueron hechos por la obra de Dios, si no quisieran que Él estuviera ocioso por la interminable inmensidad de los lugares que se extienden por todas partes fuera del mundo, ni que esos mismos mundos, como sienten también de este, puedan disolverse por causa alguna. Pues tratamos con estos que sienten con nosotros que Dios es incorpóreo y creador de todas las naturalezas que no son lo que Él es; pues a otros es demasiado indigno admitirlos a esta disputa de la religión: máxime porque entre aquellos que piensan que debe rendirse el obsequio de los sacrificios a muchos dioses, estos vencieron a los demás filósofos en nobleza y autoridad, no por

otra cosa sino porque, aunque por un largo intervalo, sin embargo están más próximos a la verdad que los restantes. ¿O acaso habrán de decir que la sustancia de Dios, a la cual ni incluyen ni determinan ni distienden en el lugar, sino que confiesan que es toda entera en todas partes por su presencia incorpórea (como es digno sentir de Dios), está ausente de tan grandes espacios de lugares fuera del mundo, y ocupada solo en uno, y en comparación de aquella infinitud tan exiguo lugar, en el cual está el mundo? No opino que ellos hayan de progresar en estas vanilocuencias. Por tanto, cuando dicen que un solo mundo, de ingente masa corpórea ciertamente, pero sin embargo finito y determinado en su lugar, ha sido hecho por la operación de Dios: lo que responden sobre los infinitos lugares fuera del mundo, por qué en ellos cesa Dios de su obra, eso mismo respóndanse sobre los infinitos tiempos antes del mundo, por qué en ellos cesó Dios de su obra. Y así como no es consecuente que Dios haya constituido el mundo en este lugar en que está y no en otro, más bien por azar que por razón divina (siendo que, con infinitos lugares abiertos por todas partes, no podría elegirse este por ningún mérito más excelente, aunque ninguna razón humana pueda comprender esa misma razón divina por la que se hizo); así tampoco es consecuente que estimemos que a Dios le sucedió algo fortuito porque fundó el mundo en aquel tiempo más bien que en uno anterior, siendo que igualmente los tiempos anteriores habrían pasado por un espacio infinito hacia atrás, ni habría habido alguna

diferencia por la que se antepusiera un tiempo a otro al elegirlo. Mas si dicen que son vanas las cogitaciones de los hombres por las que se imaginan infinitos lugares, cuando no hay lugar alguno fuera del mundo; se les responde que de ese modo vanamente los hombres cogitan tiempos pasados de vacación de Dios, cuando no hay tiempo alguno antes del mundo.

CAPÍTULO VI.

Que la creación del mundo y de los tiempos tienen un mismo principio, y que uno no es prevenido por el otro.

Pues si se distinguen rectamente la eternidad y el tiempo, porque el tiempo no existe sin alguna mudanza móvil, mientras que en la eternidad no hay mudanza alguna; ¿quién no verá que los tiempos no habrían existido si no se hiciera la criatura que mudara algo con algún movimiento, de cuyo movimiento y mudanza, al ceder y sucederse una cosa y otra (que no pueden existir simultáneamente), el tiempo seguiría en intervalos de demoras más breves o más prolongados? Por tanto, siendo Dios, en cuya eternidad no hay absolutamente mudanza alguna, el creador y ordenador de los tiempos, no veo cómo se diga que creó el mundo después de los espacios de los tiempos; a no ser que se diga que antes del mundo ya había existido alguna criatura por cuyos movimientos corrieran los tiempos. Por lo demás, si las Letras sagradas (Litterae sacrae) y máximamente veraces dicen así: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra (Gén. 1, 1), de modo que se entienda

que no hizo nada antes, porque esto más bien se diría haberlo hecho en el principio si hubiera hecho algo antes de todas las demás cosas que hizo; sin duda alguna el mundo no fue hecho en el tiempo, sino con el tiempo. Pues lo que se hace en el tiempo, se hace tanto después de algún tiempo como antes de algún tiempo; después de lo que es pasado, antes de lo que es futuro: mas no podía haber ningún pasado, porque no había ninguna criatura por cuyos mudables movimientos se llevara a cabo. Mas el mundo fue hecho con el tiempo, si en su condición fue hecho el movimiento mudable, tal como parece tenerse también aquel orden de los primeros seis o siete días, en los cuales se nombran tanto la mañana como la tarde, hasta que todas las cosas que Dios hizo en estos días se perfeccionan en el sexto día, y en el séptimo se recomienda la vacación de Dios en un gran misterio. Qué clase de días sean estos, nos es o muy difícil o incluso imposible de pensar; ¿cuánto más de decir?

CAPÍTULO VII.

Sobre la calidad de los primeros días, que se narra que tuvieron tarde y mañana antes de que se hiciera el sol.

Vemos ciertamente que estos días conocidos no tienen tarde sino por el ocaso del sol, ni mañana sino por el orto del sol; mas los tres primeros días de aquellos transcurrieron sin sol, el cual se refiere haber sido hecho en el cuarto día. Y primariamente fue hecha la luz por la palabra de Dios, y se narra que Dios separó entre ella y

las tinieblas, y llamó día a esa misma luz, y noche a las tinieblas (Gén. 1, 4); pero qué clase de luz sea aquella, y con qué movimiento alternante, y qué tarde y mañana haya hecho, está remoto de nuestros sentidos; ni puede ser entendido por nosotros tal como es, lo cual sin embargo debe creerse sin vacilación alguna. Pues o es alguna luz corpórea, ya sea en las partes superiores del mundo lejos de nuestra vista, o de donde después se encendió el sol; o bajo el nombre de luz se significó la ciudad santa (sancta civitas), en los santos Ángeles y espíritus bienaventurados, de la cual dice el Apóstol: La que está arriba es Jerusalén, nuestra madre eterna en los cielos (Gál. 4, 26). Pues dice también en otro lugar: Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas (1 Tes. 5, 5). Si sin embargo podemos entender de algún modo congruentemente tanto la tarde como la mañana de este día. Porque la ciencia de la criatura, en comparación con la ciencia del Creador, de algún modo atardece; e igualmente amanece y se hace mañana cuando ella misma se refiere a la alabanza y amor del Creador; ni se declina hacia la noche donde el Creador no es abandonado por el amor a la criatura. Finalmente, la Escritura, al numerar aquellos días por orden, en ninguna parte interpuso el vocablo de noche. Pues no dice en ningún lugar: Se hizo la noche; sino: Se hizo tarde y se hizo mañana, un día (Gén. 1, 5). Así el día segundo, y los restantes. Ciertamente el conocimiento de la criatura en sí misma es más descolorido, por así decir, que cuando se conoce en la Sabiduría de

Dios, como en el arte por la que fue hecha. Por ello puede decirse tarde más congruentemente que noche; la cual sin embargo, como dije, cuando se refiere a alabar y amar al Creador, recurre en mañana. Y cuando esto hace en el conocimiento de sí misma, es el día primero; cuando en el conocimiento del firmamento, que fue llamado cielo entre las aguas inferiores y superiores, el día segundo; cuando en el conocimiento de la tierra y del mar y de todos los seres vivientes que están unidos a la tierra por sus raíces, el día tercero; cuando en el conocimiento de las lumbreras mayor y menor y de todos los astros, el día cuarto; cuando en el conocimiento de todos los animales que nadan y vuelan procedentes de las aguas, el día quinto; cuando en el conocimiento de todos los animales terrenos y del hombre mismo, el día sexto.

CAPÍTULO VIII.

Qué y de qué clase deba entenderse el descanso de Dios, por el cual descansó en el séptimo día tras las obras de seis días.

Mas cuando en el día séptimo Dios descansa de todas sus obras y lo santifica, de ningún modo ha de aceptarse puerilmente, como si Dios hubiera trabajado operando, quien dijo y fueron hechas (Salmo 148, 5) con palabra inteligible y sempiterna, no sonora y temporal. Sino que el descanso de Dios significa el descanso de aquellos que descansan en Dios; así como la alegría de una casa significa la alegría de aquellos que se alegran en la casa, aunque no sea la casa misma sino alguna

otra cosa la que los hace alegres. Cuánto más si esa misma casa por su belleza hiciera alegres a los moradores, de modo que no solo se diga alegre por aquel modo de hablar por el cual significamos por lo que contiene lo contenido; como: los teatros aplauden, los prados mugen, cuando en ellos los hombres aplauden y en estos los bueyes mugen: sino también por aquel modo por el cual se significa por el eficiente lo que se efectúa; como se dice una carta alegre, significando la alegría de aquellos a quienes hace alegres al leerla. Así pues, muy convenientemente, cuando la autoridad profética narra que Dios descansó, se significa el descanso de aquellos que descansan en Él, y a quienes Él mismo hace descansar. Esto mismo se promete por la profecía a los hombres a quienes habla y por quienes ciertamente fue escrita: que también ellos mismos, después de las buenas obras que en ellos y por ellos opera Dios, si antes se hubieren acercado a Él de algún modo en esta vida por la fe, tendrán en Él el descanso sempiterno. Pues esto también se figuró con la vacación del sábado (sabbati) por precepto de la ley en el antiguo pueblo de Dios, sobre lo cual juzgo que se ha de disertar más diligentemente en su lugar.

CAPÍTULO IX.

Qué debe sentirse sobre la condición de los ángeles según los testimonios divinos.

Ahora, puesto que he comenzado a hablar del origen de la santa ciudad, y he pensado que pri-

mero se debe tratar lo que pertenece a los santos ángeles, que son una gran parte de esta ciudad, y tanto más dichosos por cuanto nunca han peregrinado, procuraré explicar, en cuanto parezca suficiente, concediéndolo Dios, qué testimonios divinos se hallan sobre esto.

Donde las Sagradas Letras hablan de la constitución del mundo, no se dice evidentemente si o en qué orden fueron creados los ángeles; pero si no han sido omitidos, se significan o con el nombre de cielo, donde se dice: "Al principio hizo Dios el cielo y la tierra" (Gén. 1, 1); o más bien por medio de esta luz de la que hablo. No creo, sin embargo, que hayan sido omitidos, por lo que está escrito que Dios descansó en el séptimo día de todas sus obras que hizo; habiendo comenzado el libro mismo así: "Al principio hizo Dios el cielo y la tierra", de modo que antes del cielo y la tierra no parece haber hecho ninguna otra cosa. Habiendo, pues, comenzado por el cielo y la tierra, y siendo la misma tierra que hizo primero, como la Escritura relata a continuación, invisible y desordenada, y no habiéndose hecho aún la luz, ciertamente habría tinieblas sobre el abismo, esto es, sobre una cierta confusión indistinta de tierra y agua (porque donde no hay luz, es necesario que haya tinieblas); después fueron dispuestas todas las cosas mediante la creación, las cuales se narran como consumadas en seis días: ¿cómo podrían ser omitidos los ángeles, como si no estuvieran en las obras de Dios de las que descansó en el séptimo día?

Que los ángeles son obra de Dios, aunque aquí no se haya omitido, no se expresa sin embargo con evidencia; pero en otra parte la Sagrada Escritura lo testifica con voz clarísima. Pues también en el himno de los tres varones en el horno, habiéndose dicho antes: "Bendecid, todas las obras del Señor, al Señor", en la enumeración de esas mismas obras, también fueron nombrados los ángeles (Dan. 3, 57, 58). Y en el Salmo se canta: Alabad al Señor desde los cielos, alabadle en las alturas. Alabadle, todos sus ángeles; alabadle, todas sus virtudes. Alabadle, sol y luna; alabadle, todas las estrellas y la luz. Alabadle, cielos de los cielos; y las aguas que están sobre los cielos, alaben el nombre del Señor. Porque Él lo dijo, y fueron hechos; Él lo mandó, y fueron creados (Sal. 148, 1-5). También aquí se ha dicho divinamente con toda claridad que los ángeles fueron hechos por Dios, pues habiéndolos mencionado entre las demás cosas celestiales, se añade para todo: "Él lo dijo, y fueron hechos". ¿Quién, pues, se atreverá a opinar que, después de todas estas cosas que fueron enumeradas en seis días, fueron hechos los ángeles? Pero incluso si alguien es tan necio, rebate esa vanidad aquella Escritura de igual autoridad, donde Dios dice: "Cuando fueron hechas las estrellas, me alabaron con gran voz todos mis ángeles" (Job 38, 7, según los LXX). Ya existían, pues, los ángeles cuando fueron hechas las estrellas. Pero fueron hechas en el cuarto día. ¿Diremos acaso que fueron hechos en el tercer día? Lejos de nosotros tal idea. Pues está a la vista qué se hizo en aquel día. Ciertamente la tierra fue sepa-

rada de las aguas, y estos dos elementos tomaron especies distintas de su propio género, y la tierra produjo todo lo que a ella se adhiere por sus raíces. ¿Acaso en el segundo? Ni siquiera esto: pues entonces fue hecho el firmamento entre las aguas superiores e inferiores, y fue llamado cielo; en cuyo firmamento fueron hechas las estrellas en el cuarto día.

Sin duda, por tanto, si los ángeles pertenecen a las obras de Dios de esos días, ellos son aquella luz que recibió el nombre de día, cuya unidad, para que fuera encomendada, no se llamó día primero, sino día uno. Ni es otro el día segundo, o el tercero, o los demás: sino que el mismo uno se repitió para cumplir el número seis o siete, a causa del conocimiento senario o septenario; senario, a saber, de las obras que hizo Dios, y septenario del descanso de Dios. Pues cuando dijo Dios: "Hágase la luz, y la luz fue hecha", si rectamente se entiende en esta luz la creación de los ángeles, ciertamente fueron hechos partícipes de la luz eterna, que es la misma Sabiduría inconmutable de Dios, por la cual fueron hechas todas las cosas, a quien llamamos el Hijo unigénito de Dios; para que iluminados por aquella luz por la cual fueron creados, se hicieran luz, y fueran llamados día por la participación de la luz y el día inconmutable, que es el Verbo de Dios, por el cual tanto ellos como todas las cosas fueron hechos. Pues la "Luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (Juan 1, 9), esta ilumina también a todo ángel puro, para que sea luz no en sí mismo, sino en Dios: de quien si el ángel se aparta, se hace

impuro; como son todos los que se llaman espíritus impuros, y ya no son luz en el Señor, sino en sí mismos tinieblas, privados de la participación de la luz eterna. Pues del mal no hay ninguna naturaleza; sino que la pérdida del bien recibió el nombre de mal.

CAPÍTULO X.

De la simple e inconmutable Trinidad, del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, un solo Dios: para quien no es una cosa la cualidad y otra la sustancia.

1. Existe, por tanto, un solo bien simple, y por esto solo inconmutable, que es Dios. Por este bien han sido creadas todas las cosas buenas, pero no simples, y por esto mudables. Creadas ciertamente, digo, esto es, hechas, no engendradas. Pues lo que ha sido engendrado del bien simple es igualmente simple, y es lo mismo que aquello de lo cual ha sido engendrado; a los cuales dos llamamos el Padre y el Hijo; y ambos a dos con el Espíritu Santo son un solo Dios: el cual Espíritu del Padre y del Hijo es llamado Espíritu Santo por una cierta noción propia de este nombre en las Sagradas Letras. Pero es otro que el Padre y el Hijo, porque ni es el Padre ni es el Hijo: pero he dicho "otro" (Alius), no "otra cosa" (Aliud); porque también este es igualmente simple e igualmente el bien inconmutable y coeterno. Y esta Trinidad es un solo Dios: ni por ser Trinidad deja de ser simple. Pues no llamamos simple a esta naturaleza del bien porque en ella esté solo el Padre, o solo el Hijo, o solo el Espíritu Santo; o bien que esta

sea solo una Trinidad de nombre sin la subsistencia de las personas, como pensaron los herejes sabelianos; sino que se llama simple porque lo que tiene, eso es, excepto lo que cada persona se dice relativamente a la otra. Pues ciertamente el Padre tiene un Hijo, y sin embargo él mismo no es el Hijo; y el Hijo tiene un Padre, y sin embargo él mismo no es el Padre. En lo que, pues, se dice respecto de sí mismo, y no respecto de otro, eso es lo que tiene: como se dice respecto de sí mismo "viviente", teniendo ciertamente vida, y él mismo es esa misma vida.

2. Por esto, por tanto, se llama simple a la naturaleza a la cual no le sea propio tener algo que pueda perder; o donde sea una cosa el que tiene y otra lo que tiene; como el vaso posee algún licor, o el cuerpo el color, o el aire la luz o el calor, o el alma la sabiduría. Pues nada de esto es aquello que posee: porque ni el vaso es el licor, ni el cuerpo el color, ni el aire la luz o el calor, ni el alma es la sabiduría. De aquí es que también pueden ser privados de las cosas que poseen, y convertirse y cambiarse en otros hábitos o cualidades, de modo que el vaso se vacíe del humor de que está lleno, y el cuerpo pierda su color, y el aire se oscurezca o se enfríe, y el alma se vuelva necia.

Pero aun cuando el cuerpo sea incorruptible, cual se promete a los santos en la resurrección, tiene ciertamente la cualidad inadmisible de esa misma incorrupción, pero permaneciendo la sustancia corporal, no es lo mismo que la misma incorrupción. Pues aquella incorrupción está también toda por cada una de las partes del cuerpo, y

no es mayor en un lugar y menor en otro; porque ninguna parte es más incorrupta que otra: pero el cuerpo mismo es mayor en el todo que en la parte; y cuando una parte en él es más amplia y otra menor, la que es más amplia no es más incorrupta que la que es menor. Es, pues, una cosa el cuerpo, que no está todo él en todas partes de sí mismo; y otra la incorrupción, que está toda en todas sus partes; porque cada parte del cuerpo incorruptible, aun siendo desigual a las demás, está igualmente incorrupta. Pues no porque, por ejemplo, el dedo sea menor que toda la mano, es por eso la mano más incorrupta que el dedo. Así, siendo desiguales la mano y el dedo, es igual sin embargo la incorruptibilidad de la mano y del dedo. Y por esto, aunque la incorruptibilidad sea inseparable del cuerpo incorruptible, es sin embargo una cosa la sustancia por la que se llama cuerpo, y otra su cualidad por la que se denomina incorruptible. Y por tanto, aun así no es aquello que tiene. El alma misma también, aunque siempre sea sabia, como lo será cuando sea liberada para la eternidad, será sabia sin embargo por la participación de la inconmutable sabiduría, que no es lo que ella misma es. Porque si el aire nunca fuera abandonado por la luz infundida, no por eso dejaría de ser una cosa él mismo y otra la luz por la que es iluminado. Ni diría yo esto como si el aire fuera el alma, lo cual pensaron algunos que no pudieron concebir una naturaleza incorpórea. Pero tienen estas cosas, aun en medio de una gran disparidad, una cierta similitud con aquellas otras, de modo que no inconvenientemente se diga que el alma

incorpórea es iluminada por la luz incorpórea de la simple sabiduría de Dios, del mismo modo que el cuerpo del aire es iluminada por la luz corpórea; y así como el aire se oscurece abandonado por esta luz (pues no son otra cosa lo que se llaman tinieblas de cualesquiera lugares corporales que el aire carente de luz), así se oscurece el alma privada de la luz de la sabiduría.

3. Según esto, pues, se llaman simples aquellas cosas que son principal y verdaderamente divinas, porque en ellas no es una cosa la cualidad y otra la sustancia, ni son divinas, o sabias, o bienaventuradas por participación de otros. Por lo demás, en las Sagradas Escrituras se llama al Espíritu de la sabiduría múltiple (Sab. 7, 22), porque tiene muchas cosas en sí: pero lo que tiene, eso mismo es, y todas esas cosas son uno solo. Porque no hay muchas sabidurías, sino una sola sabiduría, en la cual hay ciertos tesoros inmensos e infinitos de cosas inteligibles, en los cuales están todas las razones invisibles e inconmutables de las cosas, incluso de las visibles y mudables, que por ella han sido hechas. Puesto que Dios no hizo nada ignorándolo, lo cual ni siquiera de cualquier hombre artífice se puede decir con rectitud; además, si hizo todas las cosas sabiéndolas, ciertamente hizo aquellas que conocía. De donde ocurre al ánimo algo admirable, pero sin embargo verdadero: que este mundo no podría sernos conocido si no existiera; pero para Dios, si no fuera conocido, no podría existir.

CAPÍTULO XI.

Si debe creerse que también aquellos espíritus que no permanecieron en la verdad fueron partícipes de aquella bienaventuranza que los santos ángeles siempre tuvieron desde su principio.

Siendo esto así, de ningún modo fueron primero tinieblas según algún espacio de tiempo aquellos espíritus que llamamos ángeles; sino que al mismo tiempo que fueron hechos, fueron hechos luz: no solo creados de tal modo que de cualquier manera existieran y de cualquier manera vivieran, sino también iluminados para que vivieran sabia y bienaventuradamente. Apartados de esta iluminación ciertos ángeles, no obtuvieron la excelencia de la vida sabia y bienaventurada, la cual sin duda alguna no es sino eterna y cierta y segura de su propia eternidad; pero poseen la vida racional, aunque sea insipiente, de tal modo que no pueden perderla ni aunque quieran. Pero ¿hasta qué punto fueron partícipes de aquella sabiduría antes de que pecaran, quién puede definirlo? Sin embargo, ¿cómo hemos de decir que fueron iguales en su participación a aquellos que por eso son verdadera y plenamente bienaventurados, porque de ningún modo se engañan sobre la eternidad de su bienaventuranza? Pues si hubieran sido iguales en ella, también estos habrían permanecido igualmente bienaventurados en su eternidad, porque estarían igualmente ciertos. Porque la vida, por larga que sea, no podrá llamarse verdaderamente vida eterna si ha de tener fin; puesto que la vida se denomina solamente por vivir, pero la eterna por no tener fin. Por lo cual, aunque no todo lo que es

eterno sea continuamente bienaventurado (pues también se dice que el fuego penal es eterno); sin embargo, si la vida verdadera y perfectamente bienaventurada no es sino eterna, no era tal la de estos, que había de cesar alguna vez, y por tanto no era eterna, ya fuera que lo supieran o que, ignorándolo, pensaran otra cosa: porque el temor a los que sabían, y el error a los que ignoraban, ciertamente no les permitía ser bienaventurados. Pero si de tal modo ignoraban esto que no confiaran en cosas falsas o inciertas, sino que no se inclinaran con firme asentimiento hacia ninguna de las dos partes sobre si su bien había de ser sempiterno o había de tener fin alguna vez, esa misma vacilación sobre tan gran felicidad no poseía aquella plenitud de la vida bienaventurada que creemos estar en los santos ángeles. Porque no contraemos el vocablo de vida bienaventurada a tan estrechas significaciones que digamos que solo Dios es bienaventurado; el cual, sin embargo, es de tal modo verdaderamente bienaventurado que no puede haber mayor bienaventuranza; en comparación de la cual, ¿qué o cuánto es lo que los ángeles son bienaventurados con su propia suma bienaventuranza, cuanta puede haber en los ángeles?

CAPÍTULO XII.

De la comparación de la bienaventuranza de los justos, que aún no tienen el premio de la promesa divina, y de los primeros hombres en el paraíso antes del pecado.

Ni pensamos que solo ellos, en lo que pertenece a la criatura racional o intelectual, deban ser llamados bienaventurados. Pues ¿quién se atreverá a negar que aquellos primeros hombres en el paraíso fueron bienaventurados antes del pecado, aunque estuvieran inciertos de cuán duradera o si sería eterna su bienaventuranza (la cual habría sido eterna si no hubieran pecado); cuando hoy no llamamos impudentemente bienaventurados a quienes vemos pasar esta vida justa y piadosamente con la esperanza de la futura inmortalidad, sin un crimen que les devaste la conciencia, alcanzando fácilmente la divina misericordia por los pecados de esta flaqueza? Los cuales, aunque estén ciertos del premio de su perseverancia, se hallan sin embargo inciertos de su misma perseverancia. Pues ¿qué hombre sabe que ha de perseverar en la acción y el progreso de la justicia hasta el fin, a no ser que sea hecho cierto por alguna revelación de Aquel que, con un juicio justo y oculto, no instruye a todos sobre esta materia, pero a nadie engaña? Por tanto, en cuanto pertenece al deleite del bien presente, era más bienaventurado el primer hombre en el paraíso que cualquier justo en esta flaqueza mortal; pero en cuanto a la esperanza de lo futuro, es más bienaventurado cualquiera, en cualesquiera tormentos del cuerpo, a quien le es manifiesto, no por opinión, sino por verdad cierta, que ha de tener sin fin una sociedad de ángeles carente de toda molestia en la participación del sumo Dios, de lo que era aquel hombre incierto de su caída en aquella gran felicidad del paraíso.

CAPÍTULO XIII.---Si de tal modo fueron creados todos los ángeles en una sola felicidad, que ni los que habían de caer pudieran saber que caerían, y después de la ruina de los que cayeron recibieran la presciencia de su perseverancia los que permanecieron.

Por lo cual a cualquiera se le ocurre ya sin dificultad que, unidas ambas cosas, se efectúa la bienaventuranza que la naturaleza intelectual desea con recto propósito; esto es, que disfrute sin molestia alguna del bien inconmutable, que es Dios, y que no vacile con duda alguna, ni se engañe con error alguno, sobre que ha de permanecer en él para siempre. Que los ángeles de luz tienen esto lo creemos con piadosas fe; que los ángeles pecadores, que por su propia maldad fueron privados de aquella luz, no tuvieron esto ni aun antes de caer, lo colegimos por razón consecuente; sin embargo, debe creerse ciertamente que tuvieron alguna bienaventuranza, aunque no fuera presciente, si llevaron vida antes del pecado. O si parece duro creer que, cuando fueron hechos los ángeles, unos fueran hechos de tal modo que no recibieran la presciencia ni de su perseverancia ni de su caída, y otros de tal modo que conocieran con verdad certísima la eternidad de su bienaventuranza; sino que todos fueron creados de igual felicidad desde el principio, y así permanecieron hasta que estos que ahora son malos hubieran caído de aquella luz de bondad por su propia voluntad: sin duda es mucho más duro pensar ahora que los santos ángeles están inciertos de su eterna bienaventuranza, y

que ellos mismos ignoran de sí mismos lo que nosotros hemos podido saber de ellos por las Sagradas Escrituras. Pues ¿qué cristiano católico ignora que ningún nuevo diablo ha de surgir en adelante de los buenos ángeles; como tampoco este ha de volver en adelante a la sociedad de los buenos ángeles? Porque la Verdad en el Evangelio promete a los santos y fieles que serán iguales a los ángeles de Dios (Mt. 22, 30): a los cuales también se les promete que irán a la vida eterna (Mt. 25, 46). Además, si nosotros estamos ciertos de que nunca hemos de caer de aquella inmortal felicidad, pero ellos no están ciertos; ya seremos superiores, no iguales a ellos. Pero como de ningún modo la Verdad engaña, y seremos iguales a ellos, ciertamente también ellos están ciertos de su propia felicidad eterna. De la cual aquellos otros no estuvieron ciertos; porque no era su felicidad eterna de la que pudieran estar ciertos, la cual había de tener fin: resta que o fueran desiguales, o si fueron iguales, después de la ruina de aquellos les llegara a estos el conocimiento cierto de su sempiterna felicidad. A no ser que tal vez alguien diga que lo que el Señor dijo del diablo en el Evangelio: "Él era homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad" (Jn. 8, 44); debe entenderse de modo que no solo fuera homicida desde el principio, esto es, desde el principio del género humano, desde que ciertamente fue hecho el hombre a quien pudiera matar engañándole; sino que también desde el principio de su condición no permaneció en la verdad; y por tanto nunca fue bienaventurado con los santos

ángeles, rehusando estar sometido a su Creador, y gozándose por la soberbia en su propia potestad como privada, y por esto falso y engañoso; porque nunca escapa a la potestad del Omnipotente, y el que por piadosa sujeción no quiso tener lo que verdaderamente es, afecta por soberbia elación simular lo que no es: para que así se entienda también lo que dice el bienaventurado apóstol Juan: "Desde el principio el diablo peca" (1 Jn. 3, 8); esto es, desde que fue creado rehusó la justicia, la cual no puede tener sino una voluntad piadosa y sometida a Dios. Quienquiera que asiente a esta sentencia no piensa con aquellos herejes, esto es, los maniqueos, y si hay algunas otras pestes que así piensan, que el diablo tiene una cierta naturaleza propia del mal como procedente de un cierto principio contrario; los cuales desvarían con tanta vanidad que, teniendo con nosotros en autoridad estas palabras evangélicas, no advierten que no dijo el Señor: "Fue ajeno a la verdad", sino: "En la verdad no permaneció", donde quiso que se entendiera una caída de la verdad, en la cual ciertamente si hubiera permanecido, hecho partícipe de ella, permanecería bienaventurado con los santos ángeles.

CAPÍTULO XIV.

Por qué género de locución se ha dicho del diablo que no permaneció en la verdad, porque la verdad no está en él.

Además, añadió un indicio, como si hubiéramos preguntado por qué se muestra que no permaneció en la verdad, y dijo: "Porque no hay

verdad en él". Pero la verdad estaría en él si hubiera permanecido en ella. Pero se dijo con una locución menos usual. Pues así parece sonar: "En la verdad no permaneció, porque no hay verdad en él" (Jn. 8, 44), como si esa fuera la causa de que no permaneciera en la verdad, el que en él no haya verdad; cuando más bien esa es la causa de que en él no haya verdad, el que no permaneció en la verdad. Esta locución está también en el Salmo: "Yo clamé, porque me has oído, Dios" (Sal. 16, 6); cuando parece que debería haberse dicho: "Me has oído, Dios, porque he clamado". Pero habiendo dicho: "Yo clamé", como si se le preguntara por qué mostraba que había clamado, por el efecto de habérsele oído muestra el afecto de su clamor; como si dijera: Por esto muestro que he clamado, porque me has oído.

CAPÍTULO XV.

Qué debe sentirse sobre lo que está escrito: "Desde el principio el diablo peca".

Aquello también que dice Juan sobre el diablo: "Desde el principio el diablo peca" (1 Jn. 3, 8); no entienden que, si es natural, de ningún modo es pecado. Pero ¿qué se responde a los testimonios proféticos, ya sea lo que dice Isaías, señalando al diablo bajo la persona figurada del príncipe de Babilonia: "¿Cómo cayó Lucero, que nacía por la mañana?" (Is. 14, 12); o lo que dice Ezequiel: "¿En las delicias del paraíso de Dios estuviste, de toda piedra preciosa estás adornado?"; donde se entiende que estuvo alguna vez sin pecado.

Pues se le dice más expresamente poco después: "Caminaste en tus días sin falta" (Ez. 28, 13. 14). Las cuales cosas, si no pueden entenderse más convenientemente de otro modo, conviene que también aquello que se dijo: "En la verdad no permaneció", lo tomemos de modo que estuvo en la verdad, pero no permaneció en ella. Y aquello de que "desde el principio el diablo peca", no debe pensarse que peca desde el principio desde que fue creado, sino desde el principio del pecado, porque el pecado comenzó a ser por su propia soberbia. Ni aquello que está escrito en el libro de Job, cuando se hablaba del diablo: "Este es el principio de la creación del Señor, que hizo para que fuera burlado por sus ángeles" (Job 40, 14, según los LXX); con lo cual parece concordar también el Salmo donde se lee: "Este dragón que formaste para burlarte de él" (Sal. 103, 26); debe entenderse de modo que pensemos que fue creado tal desde el principio para que fuera burlado por los ángeles, sino que fue ordenado a esta pena después del pecado. Su principio, pues, es creación del Señor: pues no hay ninguna naturaleza, ni siquiera en las últimas y más ínfimas bestezuelas, que no haya constituido Aquel de quien procede todo modo, toda especie, todo orden, sin los cuales nada de las cosas puede hallarse ni pensarse: ¿cuánto más la criatura angélica, que precede en dignidad de naturaleza a todas las demás cosas que Dios crió?

CAPÍTULO XVI.

De los grados y diferencias de las criaturas, que de un modo tasa el uso de la utilidad y de otro el orden de la razón.

En estas cosas, pues, que existen de cualquier modo, y no son lo que es Dios por quien han sido hechas, se anteponen las vivientes a las no vivientes; como aquellas que tienen fuerza de engendrar o también de desear, a las que carecen de ese movimiento. Y en las que viven, se anteponen las que sienten a las que no sienten, como los animales a los árboles. Y en las que sienten, se anteponen las inteligentes a las no inteligentes, como los hombres a las bestias. Y en las que entienden, se anteponen las inmortales a las mortales, como los ángeles a los hombres. Pero estas cosas se anteponen por el orden de la naturaleza; pero hay uno y otro modo de tasación según el uso de cada cual, por el cual sucede que anteponemos algunas cosas carentes de sentido a algunas que sienten, hasta tal punto que, si estuviera en nuestra mano, querríamos quitarlas del todo de la naturaleza de las cosas, ya sea ignorando qué lugar ocupan en ella, o incluso si lo sabemos, posponiéndolas a nuestras conveniencias. ¿Quién no preferiría tener en su casa pan que ratones, o monedas que pulgas? Pero ¿qué tiene de extraño cuando, por la tasación de los mismos hombres, cuya naturaleza es ciertamente de tanta dignidad, con frecuencia se compra más caro un caballo que un siervo, o una gema que una criada? Así, en la libertad de juzgar, dista muchísimo la razón del que considera de la necesidad del indigente, o del placer del que desea, puesto que aquella piensa qué pesa cada cosa por sí mis-

ma en los grados de las cosas, y la necesidad qué busca para qué fin; y aquella inquiere qué parece verdadero a la luz de la mente, y el placer qué halaga como agradable a los sentidos del cuerpo. Pero tanto vale en las naturalezas racionales un cierto como peso de la voluntad y del amor, que aunque por el orden de la naturaleza los ángeles se anteponen a los hombres, sin embargo por la ley de la justicia los hombres buenos son preferidos a los ángeles malos.

CAPÍTULO XVII.

Que el vicio de la malicia no es naturaleza, sino contra naturaleza, para lo cual no es causa de pecar el Creador, sino la voluntad.

Por la naturaleza, pues, no por la malicia del diablo, entendemos que se dijo con rectitud: "Este es el principio de la creación del Señor" (Job 40, 14, según los LXX); porque sin duda donde hubiera un vicio de malicia, precedió una naturaleza no viciada. El vicio, empero, es de tal modo contra la naturaleza, que no puede sino dañar a la naturaleza. Por tanto, no sería vicio el apartarse de Dios, si a la naturaleza de la que es vicio no le competiera más bien el estar con Dios. Por lo cual también la voluntad mala es un gran testimonio de la naturaleza buena. Pero Dios, así como es óptimo creador de las naturalezas buenas, así es justísimo ordenador de las voluntades malas; para que, cuando aquellas usan mal de las naturalezas buenas, él use bien incluso de las voluntades malas. Así, pues, hizo que el diablo,

bueno por su institución y malo por su propia voluntad, ordenado en las partes inferiores fuera burlado por sus ángeles, esto es, que sus tentaciones aprovechen a los santos, a quienes él desea que dañen. Y puesto que Dios, cuando le creaba, no ignoraba ciertamente su futura malignidad, y preveía qué bienes había él mismo de hacer de sus males, por eso dice el Salmo: "Este dragón que formaste para burlarte de él" (Sal. 103, 26), para que en aquello mismo que le formó, aunque bueno por su bondad, se entienda que ya por su presciencia había preparado cómo usaría de él incluso siendo malo.

CAPÍTULO XVIII.

De la hermosura del universo, la cual por la ordenación de Dios se hace más lucida incluso por la oposición de los contrarios.

Porque Dios no crearía a ninguno, no digo de los ángeles, sino ni siquiera de los hombres, de quien hubiera prescrito que había de ser malo, si no supiera igualmente para qué usos de bienes los había de acomodar, y de este modo honrara el orden de los siglos como un bellísimo poema con ciertas como antítesis. Pues las que se llaman antítesis son muy decorosas en los ornamentos de la elocución, las cuales en latín se llaman opuestos (opposita), o lo que se dice más expresamente, contrapuestos (contraposita). No hay entre nosotros costumbre de este vocablo, cuando sin embargo el habla latina usa de estos mismos ornamentos de locución, más aún, las

lenguas de todas las naciones. Con estas antítesis también el apóstol Pablo, en la segunda Epístola a los Corintios, explica suavemente aquel lugar donde dice: «Por las armas de la justicia a derecha y a izquierda, por la gloria e ignominia, por la infamia y buena fama; como seductores y veraces; como quienes somos ignorados y somos conocidos; como quienes mueren y he aquí que vivimos; como castigados y no muertos; como tristes, pero siempre gozosos; como indigentes, pero enriqueciendo a muchos; como quienes nada tienen y todo lo poseen» (2 Cor 6, 7-10). Así como, pues, estos contrarios opuestos a contrarios devuelven la hermosura del habla; así, por una cierta elocuencia, no de palabras, sino de cosas, se compone la hermosura del siglo por la oposición de los contrarios. Muy abiertamente se puso esto en el libro del Eclesiástico de este modo: «Contra el mal está el bien, y contra la muerte la vida; así contra el piadoso el pecador. Y así mira en todas las obras del Altísimo, de dos en dos, una contra otra» (Ecli 33, 15).

CAPÍTULO XIX.

Qué parece que debe sentirse sobre aquello que está escrito: «Dividió Dios entre la luz y las tinieblas».

Por lo cual, aunque la oscuridad del habla divina sea útil incluso para esto, para que para más sentencias de verdad y las produzca a la luz de la noticia, mientras uno lo entiende así y otro así; de tal modo, sin embargo, que lo que se entiende en un lugar oscuro se afirme o por el testimonio

de las cosas manifiestas, o por otros lugares mínimamente dudosos; ya sea que cuando se tratan muchas cosas, se llegue también a aquello que sintió el que escribió; o ya sea que aquello ciertamente permanezca oculto, pero con ocasión de tratar la profunda oscuridad se digan algunas otras cosas verdaderas: no me parece una sentencia absurda de las obras de Dios si, cuando se hizo aquella primera luz, se entiende que fueron creados los ángeles, y que entre los ángeles santos y los inmundos hubo distinción donde se dijo: «Y dividió Dios entre la luz y las tinieblas; y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche». Pues solo aquel pudo distinguir estas cosas, que pudo también antes de que cayeran prescribir a los que habían de caer, y que, privados de la luz de la verdad, habían de permanecer en su tenebrosa soberbia. Pues entre este día y noche muy conocidos por nosotros, esto es, entre esta luz y estas tinieblas, mandó que dividieran las lumbreras del cielo muy vulgares a nuestros sentidos: «Haya —dijo— lumbreras en el firmamento del cielo para que luzcan sobre la tierra y dividan entre el día y la noche». Y poco después: «Y hizo —dijo— Dios dos lumbreras grandes; la lumbrera mayor para el principio del día, y la lumbrera menor para el principio de la noche; y las estrellas: y las puso Dios en el firmamento del cielo para lucir sobre la tierra, y presidir al día y a la noche, y dividir entre la luz y las tinieblas» (Gén 1, 4, 5, 14, 16-18). Pero entre aquella luz, que es la santa sociedad de los ángeles que brilla inteligiblemente por la ilustración de la verdad, y las tinieblas contrarias a

ella, esto es, las tetérrimas mentes de los ángeles malos apartados de la luz de la justicia, él mismo pudo dividir, para quien incluso el mal futuro, no de la naturaleza, sino de la voluntad, no pudo ser oculto o incierto.

CAPÍTULO XX.

Sobre lo que se dijo tras la discreción de la luz y las tinieblas: «Y vio Dios la luz, que era buena».

Finalmente, tampoco debe pasarse en silencio aquello de que donde dijo Dios: «Hágase la luz, y la luz se hizo», continuamente se añadió: «Y vio Dios la luz, porque es buena»; no después de que separó entre la luz y las tinieblas, y llamó a la luz Día y a las tinieblas Noche, para que no pareciera haber dado testimonio de su beneplácito juntamente con la luz también a tales tinieblas. Pues donde las tinieblas son inculpables, entre las cuales y esta luz conspicua a estos ojos dividen las lumbreras del cielo, no antes, sino después se añade: «Y vio Dios que era bueno». «And las puso —dice— en el firmamento del cielo para lucir sobre la tierra, y presidir al día y a la noche, y separar entre la luz y las tinieblas. Y vio Dios que era bueno». Pues ambos placieron, porque ambos están sin pecado. Pero donde dijo Dios: «Hágase la luz, y la luz se hizo. Y vio Dios la luz, porque es buena»; y posteriormente se añade: «Y separó Dios entre la luz y las tinieblas; y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche» (Gén 1, 3-5, 17, 18): no se añadió en este lugar: «Y vio Dios que era bueno»; para que no se llamaran ambos

buenos, cuando uno de estos era malo, por vicio propio, no por naturaleza. Y por ello solo la luz plugo allí al Criador; pero las tinieblas angélicas, aunque debían ser ordenadas, no debían, sin embargo, ser aprobadas.

CAPÍTULO XXI.

Sobre la eterna e inconmutable ciencia de Dios y su voluntad, por la cual siempre le pluguieron todas las cosas que hizo para ser hechas, tal como fueron hechas.

¿Qué otra cosa, pues, ha de entenderse en aquello que se dice por todas las cosas, «Vio Dios que era bueno», sino la aprobación de la obra hecha según el arte, que es la Sabiduría de Dios? Pero Dios no aprendió que era bueno solo cuando fue hecho, pues nada de aquello se haría si le hubiera sido incógnito. Mientras, pues, ve que es bueno lo que, si no hubiera visto antes de que se hiciera, ciertamente no se haría; enseña que es bueno, no lo aprende. Y Platón ciertamente se atrevió a decir más, a saber, que Dios se elevó de gozo al quedar perfeccionada la universidad del mundo (En el Timeo). Donde él mismo no desvariaba tanto como para pensar que Dios se hiciera más bienaventurado por la novedad de su obra; sino que así quiso mostrar que al artífice le plugo ya hecho lo que le había placido en su arte para ser hecho; no porque de algún modo se varíe la ciencia de Dios, de suerte que en ella hagan una cosa las que aún no son, otra las que ya son, y otra las que fueron. Pues no a nuestro modo él o prospecta lo que ha de ser, o aspecta lo que es

presente, o respecta lo que es pretérito; sino de otro modo cierto, lejos y profundamente diverso de la costumbre de nuestros pensamientos. Pues él no ve por un pensamiento cambiado de esto a aquello, sino que ve de modo totalmente inconmutable; de suerte que aquellas cosas que ciertamente se hacen temporalmente, y las futuras aún no son, y las presentes ya son, y las pretéritas ya no son, él mismo comprenda todas estas cosas con una estable y sempiterna presencia: ni de un modo con los ojos y de otro con la mente, pues no consta de alma y cuerpo; ni de un modo ahora, de otro antes y de otro después; puesto que no como la nuestra, así también su ciencia se cambia por la variedad de los tres tiempos, a saber, del presente y del pretérito o futuro; en quien no hay mudanza, ni sombra de variación (Sant 1, 17). Porque tampoco su intención pasa de pensamiento en pensamiento, en cuyo incorpóreo contuitor están presentes a la vez todas las cosas que conoce; puesto que conoce los tiempos de tal modo sin nociones temporales suyas, tal como mueve las cosas temporales sin movimientos temporales suyas. Allí, pues, vio que era bueno lo que hizo, donde vio que era bueno para hacerlo. Ni porque lo vio hecho duplicó su ciencia, o la aumentó en alguna parte, como si hubiera sido de menor ciencia antes de que hiciera lo que viera; quien no obraría tan perfectamente si no fuera con tan perfecta ciencia, a la cual nada se añadiría de sus obras. Por lo cual, si solamente se nos hubiera de insinuar quién hizo la luz, bastaría decir: Dios hizo la luz. Pero si no solo quién la hizo, sino

también por medio de qué la hizo, bastaría que se enunciara así: «Y dijo Dios: Hágase la luz, y la luz se hizo»; para que supiéramos que no solo Dios, sino también por el Verbo hizo la luz. Pero porque nos convino que se nos intimaran tres cosas máximamente sabederas sobre la criatura: quién la hizo, por medio de qué la hizo, por qué la hizo: «Dijo Dios —dice—: Hágase la luz, y la luz se hizo. Y vio Dios la luz, porque es buena». Si, pues, preguntamos quién la hizo, es «Dios». Si por medio de qué la hizo, «Dijo: Hágase, y se hizo». Si por qué la hizo, «Porque es buena». Ni hay autor más excelente que Dios, ni arte más eficaz que el Verbo de Dios, ni causa mejor que el que lo bueno fuera creado por un Dios bueno. Esta causa dice también Platón que es la más justa para fundar el mundo: que de un Dios bueno se hicieran obras buenas (En el Timeo); ya sea que leyera estas cosas, o por acaso las conociera por quienes las habían leído; o por su agudísimo ingenio contemplara las cosas invisibles de Dios, entendidas por las que han sido hechas, o él mismo lo aprendiera de quienes habían contemplado estas cosas.

CAPÍTULO XXII.

Sobre aquellos a quienes en la universidad de las cosas bien fundadas por un buen Creador les desplacen algunas cosas, y piensan que existe alguna naturaleza mala.

Sin embargo, esta causa, esto es, la bondad de Dios para crear cosas buenas; esta causa, digo, tan justa e idónea, la cual, considerada diligentemente y pensada piadosamente, termi-

na todas las controversias de quienes buscan el origen del mundo, algunos herejes no la vieron; porque a su necesitada y frágil mortalidad, que ya viene de un justo suplicio, mientras no les convienen, les ofenden muchísimas cosas, como el fuego, o el frío, o la fiera bestia, o algo de este género. Ni atienden a cuán bien vigoran en sus lugares y naturalezas, y se disponen en un hermoso orden; y cuánto decoro confieren a la universidad de las cosas según sus porciones, como en una república común, o cuánta comodidad nos atribuyen a nosotros mismos si usamos de ellas congruente y sabedoramente; de suerte que los venenos mismos, que por inconveniencia son perniciosos, aplicados convenientemente se vuelven en saludables medicamentos; y cómo, al contrario, incluso estas cosas en las que se deleitan, como la comida y la bebida y esta luz, se sienten nocivas por un uso inmoderado e inoportuno. De donde nos amonesta la divina providencia a no vituperar las cosas insensatamente, sino a inquirir diligentemente la utilidad de las cosas; y donde nuestro ingenio o nuestra flaqueza desfallece, creer que está oculta, tal como había algunas cosas que apenas pudimos encontrar; porque incluso esa misma ocultación de la utilidad o es un ejercicio de humildad o un desgaste de la soberbia; puesto que de ningún modo naturaleza alguna es un mal, y este nombre no es sino de la privación del bien; sino que desde las terrenas hasta las celestiales, y desde las visibles hasta las invisibles, son unos bienes mejores que otros; desiguales para esto: para que

fueran todas. Pero Dios es de tal modo un artífice grande en las cosas grandes, que no es menor en las pequeñas; las cuales cosas pequeñas no han de medirse por su propia grandeza (pues ninguna es), sino por la sabiduría del artífice; como en la especie del hombre visible, si se rapa una sola ceja, cuán casi nada se quita al cuerpo y cuánto se quita a la hermosura; puesto que no consiste en el bulto, sino en la paridad y dimensión de los miembros. Ni por cierto es mucho de maravillar que estos que piensan que existe alguna naturaleza mala originada y propagada de un cierto principio contrario suyo, no quieran aceptar esta causa de la creación de las cosas, a saber, que un Dios bueno fundara cosas buenas; creyendo que él fue más bien conducido por una extrema necesidad a estos esfuerzos mundanos para repeler el mal que se rebelaba contra él, y que mezcló su propia naturaleza buena para cohibir y superar al mal, la cual, torpísimamente polucionada y crudelísimamente cautivada y oprimida con gran trabajo, apenas limpia y libera, aunque no toda; sino que lo que de ella no pudo purgarse de aquella inquinación, será cobertura y vínculo del enemigo vencido e incluido. Pero los maniqueos no desvariarían, o más bien no estarían locos de este modo, si creyeran que la naturaleza de Dios es, tal como es, inconmutable y totalmente incorruptible, a la cual ninguna cosa puede dañar; y si sintieran con sanidad cristiana que el alma, la cual pudo por la voluntad cambiarse a peor y corromperse por el pecado, y así ser privada de la luz de la verdad inconmutable, no es parte de

Dios, ni de aquella naturaleza que es de Dios, sino que fue fundada por él muy dispar del Criador.

CAPÍTULO XXIII.

Sobre el error en el que se culpa la doctrina de Orígenes.

1. Pero es mucho más de maravillar que incluso algunos que creen con nosotros que existe un solo principio de todas las cosas, y que naturaleza alguna que no sea lo que Dios es no puede existir sino por aquel fundador, no quisieran sin embargo creer bien y simplemente esa causa tan buena y simple de fabricar el mundo, a saber: que un Dios bueno fundara cosas buenas, y que hubiera tras Dios cosas que no fueran lo que Dios es, pero bienes sin embargo que no haría sino un Dios bueno. Sino que dicen que las almas, no ciertamente partes de Dios, sino hechas por Dios, pecaron apartándose del Criador; y por diversos progresos según la diversidad de los pecados, desde los cielos hasta las tierras, merecieron diversos cuerpos como vínculos; y que este es el mundo, y que esa fue la causa de haber de hacer el mundo: no para que se fundaran cosas buenas, sino para que se cohibieran las malas. De aquí que Orígenes sea justamente culpado. Pues en los libros que llama Peri Archōn, esto es, de los Principios, esto sintió, esto escribió. Donde más de lo que puede decirse, me maravillo de que un hombre tan docto y ejercitado en las letras eclesiásticas no atendiera, primero, a cuán contrario era esto a la intención de esta Escritura de tanta autoridad, la cual, subañadiendo por todas las

obras de Dios: «Y vio Dios que era bueno»; e infiriendo, completadas todas las cosas: «Y vio Dios todas las cosas que hizo, y he aquí que eran muy buenas» (Gén 1), no quiso que se entendiera otra causa de hacer el mundo sino que de un Dios bueno se hicieran cosas buenas. Donde, si nadie hubiera pecado, de solo naturalezas buenas estaría adornado y lleno el mundo; y porque se ha pecado, no por eso todas las cosas se han llenado de pecados, cuando un número mucho mayor de buenos en las partes celestiales guarda el orden de su naturaleza. Ni la voluntad mala, porque no quiso guardar el orden de la naturaleza, por eso escapó de las leyes del Dios justo que lo ordena todo bien. Puesto que, así como una pintura con el color negro puesta en su lugar, así la universidad de las cosas, si alguien pudiera contemplarla, incluso con los pecadores es hermosa, aunque considerados por sí mismos su deformidad los afee.

2. Luego debió ver Orígenes, y quienesquiera que así sienten, que si esta opinión fuera verdadera, y el mundo se hubiera hecho para esto, para que las almas, según los méritos de sus pecados, recibieran cuerpos como ergástulas en las que fueran penadamente incluidas —las superiores y más leves los que menos pecaron, las inferiores y más graves los que pecaron más—, los demonios, de quienes nada hay peor, debieron haber tenido cuerpos térreos, de los cuales nada hay más bajo y más grave, más bien que los hombres incluso malos. Pero ahora, para que entendiéramos que los méritos de las almas no han de pesarse por

las calidades de los cuerpos, el demonio pésimo es aéreo, pero el hombre, aunque ahora sea malo, de una malicia mucho menor y más mansa, y ciertamente antes del pecado, recibió sin embargo un cuerpo de lodo. ¿Y qué cosa más estúpida puede decirse sino que, por este sol, para que en un mundo hubiera uno solo, el artífice Dios no consultó al decoro de la hermosura, o incluso a la salud de las cosas corporales, sino que esto sucedió más bien porque una sola alma había pecado de tal modo que mereciera ser incluida en tal cuerpo? Y por esto, si hubiera sucedido que no una, sino dos, más aún, no dos, sino diez o cien, hubieran pecado similar e igualmente, cien soles tendría este mundo. Lo cual, para que no sucediera, no se consultó por la admirable provisión del artífice a la salud y decoro de las cosas corporales, sino que sucedió más bien por tanto progreso de una sola alma pecadora que ella sola mereciera tal cuerpo. No llanamente de las almas, de las cuales no saben lo que hablan, sino de aquellos mismos que así sienten, ha de ser cohibido el progreso muy lejos de la verdad y del mérito. Estas tres cosas, pues, que arriba encomendé, cuando se requieren en cada criatura —quién la hizo, por medio de qué la hizo, por qué la hizo— para que se responda: Dios, por el Verbo, Porque es buena; si por una altura mística se nos intima la Trinidad misma, esto es, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, o si ocurre algo que en este lugar de las Escrituras prohíba que se acepte eso, es cuestión de mucho habla, ni ha de urgirse que lo expliquemos todo en un solo volumen.

CAPÍTULO XXIV.

Sobre la divina Trinidad, la cual por todas sus obras esparció los indicios de su significación.

Creemos, y tenemos, y fielmente predicamos, que el Padre engendró al Verbo, esto es, la Sabiduría por la cual fueron hechas todas las cosas, el Hijo unigénito, uno de uno, eterno de coeterno, sumamente bueno de igualmente bueno; y que el Espíritu Santo es a la vez Espíritu del Padre y del Hijo, y él mismo consubstancial y coeterno a ambos: y que todo esto es tanto Trinidad por la propiedad de las personas, como un solo Dios por la inseparable divinidad, así como un solo omnipotente por la inseparable omnipotencia; de tal modo, sin embargo, que incluso cuando se pregunta por cada uno, se responda que cada uno de ellos es tanto Dios como omnipotente; pero cuando se trata de todos a la vez, no tres dioses o tres omnipotentes, sino un solo Dios omnipotente; tanta es allí en los tres la inseparable unidad, la cual así quiso ser predicada. Pero si el Espíritu Santo del Padre bueno y del Hijo bueno, porque es común a ambos, puede llamarse rectamente bondad de ambos, no me atrevo a precipitar una sentencia temeraria; no obstante, me habré atrevido más fácilmente a llamarlo santidad de ambos, no como cualidad de ambos, sino él mismo también substancia y tercera persona en la Trinidad. Pues a esto me conduce más probablemente el que, siendo tanto el Padre espíritu como el Hijo espíritu, y el Padre santo como el Hijo santo, propiamente sin embargo él se llama

Espíritu Santo, como santidad substancial y consubstancial de ambos. Pero si la bondad divina no es otra cosa que la santidad, por cierto también aquello es diligencia de la razón, no audacia de presunción, que en las obras de Dios, por un cierto modo secreto de hablar por el cual se ejercite nuestra intención, se nos entienda insinuada la misma Trinidad en cada criatura: quién la hizo, por medio de qué la hizo, por qué la hizo. Pues se entiende el Padre del Verbo, que dijo: «Hágase». Pero lo que se hizo diciendo él, sin duda alguna se hizo por el Verbo. En aquello, empero, que se dice: «Vio Dios que era bueno», suficientemente se significa que Dios por ninguna necesidad, por ninguna indigencia de utilidad alguna suya, sino por sola bondad hizo lo que se hizo, esto es, porque es bueno; lo cual por eso se dice después de que se hizo, para que la cosa que se hizo se indique que congruye con la bondad por la cual se hizo. La cual bondad, si rectamente se entiende el Espíritu Santo, toda la Trinidad se nos intima en sus obras. De allí es tanto el origen como la información y la bienaventuranza de la ciudad santa, la cual está arriba en los santos ángeles. Pues si se pregunta de dónde es, Dios la fundó; si de dónde es sabia, por Dios es iluminada; si de dónde es feliz, de Dios goza: subsistiendo es modificada, contemplando es ilustrada, inheriendo es alegrada; es, ve, ama; en la eternidad de Dios vigora, en la verdad de Dios luce, en la bondad de Dios se goza.

CAPÍTULO XXV.

Sobre la tripartita disciplina de toda la filosofía.

Según se da a entender, de aquí quisieron los filósofos que la disciplina de la sabiduría fuera tripartita; más aún, pudieron advertir que era tripartita (pues ellos mismos no instituyeron que así fuera, sino que más bien la hallaron ser así): de la cual una parte se llamaría física, otra lógica y la tercera ética. Cuyos nombres latinos ya han sido frecuentados por las letras de muchos, de suerte que se llamaran natural, racional y moral; las cuales también tocamos brevemente en el libro octavo (Cap. 4 y ss.). No porque sea consecuente que estos pensaran algo de la Trinidad según Dios en estas tres cosas. Aunque se dice que Platón fue el primero en hallar y encomendar esa distribución, a quien no se le vio otro autor de todas las naturalezas sino Dios, ni otro dador de la inteligencia, ni otro inspirador del amor por el cual se vive bien y dichosamente. Pero ciertamente, aunque sobre la naturaleza de las cosas, y sobre la razón de indagar la verdad, y sobre el fin del bien al que debemos referir todo lo que hacemos, diversos sientan diversas cosas: en estas tres grandes y generales cuestiones, sin embargo, se versa toda su intención. Así, cuando en cada una de ellas lo que cada cual sigue es una múltiple discrepancia de opiniones, nadie duda sin embargo que exista alguna causa de la naturaleza, forma de la ciencia, suma de la vida. Tres son también las cosas que se espectan en cada hombre artífice para que efectúe algo: naturaleza, doctrina y uso; la naturaleza ha de ser juzgada por el ingenio,

la doctrina por la ciencia, el uso por el fruto. Ni ignoro que propiamente el fruto es del que goza, y el uso del que usa; y que esto parece interesar: que se dice que gozamos de aquella cosa que nos deleita por sí misma sin haber de ser referida a otra; pero que usamos de aquella cosa que buscamos por causa de otra. De donde las cosas temporales más han de ser usadas que gozadas, para que merezcamos gozar de las eternas. No como los perversos, que quieren gozar de la moneda, pero usar de Dios; puesto que no expenden la moneda por causa de Dios, sino que cultivan a Dios por causa de la moneda. No obstante, por aquel modo de hablar que más obtuvo la costumbre, tanto usamos de los frutos como gozamos de los usos. Pues también los frutos ya se llaman propiamente de los campos, de los cuales por cierto todos usamos temporalmente. De este modo, pues, diría yo «uso» en estas tres cosas que conmemoré que han de espectarse en el hombre, que son naturaleza, doctrina y uso. De estas, para obtener la vida bienaventurada, fue hallada por los filósofos una tripartita disciplina, como dije: la natural por causa de la naturaleza, la racional por causa de la doctrina, la moral por causa del uso. Si, pues, nuestra naturaleza fuera de nosotros, por cierto también habríamos engendrado nuestra propia sabiduría, ni cuidaríamos de percibirla por la doctrina, esto es, aprendiendo de otra parte; y nuestro amor, procediendo de nosotros y referido a nosotros, bastaría para vivir dichosamente, ni necesitaría de otro bien de que gozáramos; pero ahora, porque nuestra naturaleza, para que fuera,

tiene a Dios por autor, sin duda alguna para que sepamos cosas verdaderas debemos tenerlo a él por doctor; y a él mismo para que seamos bienaventurados, como larguitor de la suavidad íntima.

CAPÍTULO XXVI.

Sobre la imagen de la suma Trinidad, la cual se halla según un cierto modo en la naturaleza incluso del hombre aún no beatificado.

Y nosotros ciertamente en nosotros, aunque no igual, más aún, muy y lejanamente distante, ni coeterna, y para decir todo más brevemente, no de la misma substancia de la que es Dios, sin embargo aquello a lo que nada es por naturaleza más cercano a Dios en las cosas hechas por él, reconocemos la imagen de Dios, esto es, de aquella suma Trinidad, todavía por ser perfeccionada por la reformación para que sea incluso próxima en la similitud. Pues tanto somos, como nos conocemos ser, y amamos ese ser y ese conocer. En estas tres cosas, empero, que dije, ninguna falsedad verosímil nos turba. Pues no las tocamos, como a aquellas que están fuera, con sentido alguno del cuerpo, como sentimos los colores viendo, los sonidos oyendo, los olores oliendo, los sabores gustando, las cosas duras y blandas palpando, de cuyas cosas sensibles también tratamos en el pensamiento imágenes muy similares a ellas, ya no corpóreas, las retenemos en la memoria, y por ellas somos incitados a los deseos de aquellas; sino que, sin ninguna imaginación ludificatoria

de fantasías o fantasmas, me es certísimo que yo soy, y que conozco y amo esto. Ningún argumento de los académicos temo en estas verdades, que dicen: «¿Qué si te engañas?». Pues si me engaño, soy. Pues quien no es, por cierto ni puede engañarse; y por esto soy, si me engaño. Puesto que, pues, soy si me engaño, ¿cómo me engaño en que soy, cuando es cierto que soy si me engaño? Puesto que, por tanto, yo sería el que se engañara, aunque se engañara, sin duda alguna en aquello que me conozco ser, no me engaño. Es consecuente, empero, que también en aquello que me conozco conocer, no me engañe. Pues así como conozco que soy, así conozco también esto mismo: que conozco. Y cuando amo esas dos cosas, a esas cosas que conozco adjunto el mismo amor como un cierto tercero, y no de desigual estimación. Pues tampoco me engaño en que amo, cuando en aquellas cosas que amo no me engaño; aunque, aun si aquellas fueran falsas, sería verdadero que yo amaba cosas falsas. Pues ¿de qué modo sería yo rectamente reprendido y rectamente prohibido del amor de las falsas, si fuera falso que yo las amaba? Pero cuando aquellas son también verdaderas y ciertas, ¿quién dudará que de ellas, cuando se aman, también el amor mismo sea verdadero y cierto? Además, nadie hay que no quiera ser, tal como nadie hay que no quiera ser bienaventurado. Pues ¿cómo puede ser bienaventurado si nada es?

CAPÍTULO XXVII.

Sobre la esencia y la ciencia, y el amor de ambas.

1. De tal modo, pues, por una cierta fuerza natural el ser mismo es jocundo, que no por otra cosa incluso estos que son míseros no quieren perecer, y cuando se sienten ser míseros, no quieren que ellos mismos sean quitados de las cosas, sino más bien que su miseria sea quitada. Incluso a aquellos que tanto a sí mismos les parecen misérrimos, y llanamente lo son, y son juzgados míseros no solo por los sabios, por cuanto son necios, sino también por estos que se piensan bienaventurados, porque son pobres y mendigos, si alguien les diera la inmortalidad por la cual ni la misma miseria muriera, propuesto a ellos que si no quisieran estar siempre en la misma miseria, ningunos y en ninguna parte habrían de ser, sino que habrían de perecer de todo modo, por cierto exultarían de alegría, y así elegirían siempre ser que no ser de ningún modo. Testigo de esta cosa es el notidísimo sentido de aquellos. Pues ¿de dónde temen morir, y prefieren vivir en aquella tribulación que terminarla con la muerte, sino porque suficientemente aparece cuánto refugia la naturaleza el no ser? Y por ello, cuando se conocen haber de morir, desean que se les impenda como un gran beneficio esta misericordia: que vivan algo más prolijamente en la misma miseria, y mueran más tarde. Sin duda alguna, pues, indican con cuánta gratulación recibirían al menos tal inmortalidad que no tuviera fin de la mendicidad. ¿Qué? ¿Acaso todos los animales incluso irracionales, a quienes no se les ha dado el pensar estas cosas, desde los inmensos dragones hasta los exiguos gusanillos, no indican que

quieren ser, y por ello huyen del exterminio con todos los movimientos que pueden? ¿Qué? ¿Acaso los arbustos y todos los matorrales, a quienes no hay sentido alguno para evitar la perdición con un movimiento manifiesto, no para que emitan al aire un brote seguro de su cima, fijan más profundamente las raíces en la tierra, por donde atraigan el alimento, y así conserven en cierto modo su ser? Finalmente, los cuerpos mismos, a los cuales no solo no hay sentido, sino ni siquiera alguna vida al menos seminal, de tal modo empero o saltan a las partes supernas, o descienden a las ínfimas, o se libran en las medias, que custodien su esencia donde según la naturaleza pueden estar.

2. Ya en verdad cuánto se ame el conocer, y cuánto la naturaleza humana no quiera engañarse, incluso de aquí puede entenderse: que cada cual de mente sana prefiere lamentarse que alegrarse en la demencia. Cuya fuerza grande y admirable en los animales mortales no existe fuera del hombre; aunque a algunos de ellos para contemplar esta luz les sea mucho más acre el sentido de los ojos que a nosotros; pero no pueden tocar aquella luz incorpórea por la cual nuestra mente en cierto modo es irradiada para que podamos juzgar rectamente sobre todas estas cosas. Pues en cuanto la captamos, en tanto podemos eso. No obstante, existe en los sentidos de los animales irracionales, aunque de ningún modo la ciencia, al menos ciertamente una cierta similitud de la ciencia. Las demás cosas, empero, de las cosas corporales, no porque sientan, sino

porque son sentidas, han sido llamadas sensibles. De las cuales en los arbustos esto es similar a los sentidos: que se nutren y engendran. No obstante, tanto estas como todas las cosas corporales tienen causas latentes en la naturaleza; pero ofrecen sus formas, por las cuales la estructura de este mundo visible es hermosa, para ser sentidas por los sentidos, para que por aquello que no pueden conocer, parezcan como querer darse a conocer. Pero el conocerlas por el sentido del cuerpo de tal modo lo captamos que no juzgamos sobre ellas por el sentido del cuerpo. Tenemos, pues, otro sentido del hombre interior mucho más excelente que este, por el cual sentimos lo justo y lo injusto: lo justo, por la especie inteligible; lo injusto, por la privación de ella. Al oficio de este sentido no accede la agudeza de la pupila, ni el agujero de la oreja, ni los espiráculos de las narices, ni el gusto de las fauces, ni tacto corpóreo alguno. Allí estoy cierto tanto de que soy como de que conozco esto, y amo estas cosas y estoy similarmente cierto de que las amo.

CAPÍTULO XXVIII.

Si también debemos amar al mismo amor por el cual amamos tanto el ser como el conocer, por lo cual nos aproximamos más a la imagen de la divina Trinidad.

Pero sobre aquellas dos cosas, a saber, la esencia y la noticia, cuánto se amen en nosotros, y de qué modo también en las demás cosas que están abajo se encuentre una cierta similitud de ellas, aunque diferente, ya hemos dicho bastante,

según pareció postular la razón de esta obra emprendida: pero sobre el amor por el cual son amadas, si también el amor mismo es amado, no se ha dicho. Pero es amado: y de aquí lo probamos, porque en los hombres que más rectamente son amados, él mismo es más amado. Pues ni se dice meritoriamente varón bueno el que sabe lo que es bueno, sino el que lo ama. ¿Por qué no sentimos también en nosotros mismos que amamos nuestro mismo amor, con el cual amamos cualquier cosa de bien que amamos? Pues existe también el amor por el cual se ama también lo que no debe ser amado: y ese amor lo odia en sí quien ama aquel por el cual se ama lo que debe ser amado. Pues pueden ambos estar en un solo hombre, y esto es bueno para el hombre, para que, aprovechando aquel por el cual vivimos bien, desfallezca este por el cual vivimos mal, hasta que todo lo que vivimos sea sanado para lo perfecto y sea conmutado en bien. Pues si fuéramos brutos, amaríamos la vida carnal y lo que es según el sentido de ella; y eso sería nuestro bien suficiente, y según esto, cuando estuviéramos bien, no buscaríamos ninguna otra cosa. Asimismo, si fuéramos árboles, nada ciertamente podríamos amar con un movimiento que siente, no obstante parecería que apetecemos aquello por lo cual fuéramos más feraces y más uberrimamente fructuosos. Si fuéramos piedras, o flujos, o viento, o llama, o algo de ese tipo, sin sentido alguno ciertamente ni vida, no nos faltaría empero como un cierto apetito de nuestros lugares y de nuestro orden. Pues como si fueran amores de los cuerpos son los mo-

mentos de los pesos, ya se esfuercen hacia abajo por la gravedad, ya hacia arriba por la levedad. Pues así el cuerpo es llevado por el peso, como el ánimo es llevado por el amor a dondequiera que es llevado. Puesto que, por tanto, somos hombres, creados a imagen de nuestro Creador, de quien es la verdadera eternidad, la eterna verdad, la eterna y verdadera caridad, y es ella misma la eterna y verdadera y cara Trinidad, ni confusa ni separada; en estas cosas ciertamente que están debajo de nosotros, puesto que incluso ellas mismas ni de ningún modo serían, ni se contendrían en alguna especie, ni apetecerían o tendrían algún orden, si no hubieran sido hechas por aquel que sumamente es, que sumamente es sabio, que sumamente es bueno: como si corriendo por todas las cosas que hizo con admirable estabilidad, recojamos como ciertas vestigias de él impresas más en unas partes, menos en otras; pero contemplando en nosotros mismos su imagen, como aquel hijo menor evangélico vueltos a nosotros mismos levantémonos, para que volvamos a aquel de quien pecando nos habíamos apartado. Allí nuestro ser no tendrá muerte, allí nuestro conocer no tendrá error, allí nuestro amar no tendrá ofensa. Pero ahora, aunque estas tres cosas nuestras las tengamos por ciertas, y no las creamos por otros testigos, sino que nosotros mismos las sintamos presentes y las cernamos con un aspecto interior veracísimo, sin embargo, cuánto han de ser en el futuro, o si nunca han de faltar, y a dónde han de llegar si se actúan bien, y a dónde si mal, puesto que por nosotros mismos no podemos conocerlo,

buscamos o tenemos de aquí otros testigos; sobre cuya fe por qué no deba haber duda alguna, no es este el lugar, sino que será un lugar posterior para disertar más diligentemente. Pero en este libro sobre la ciudad de Dios, que no peregrina en la mortalidad de esta vida, sino que es siempre inmortal en los cielos, esto es, sobre los ángeles santos coherentes a Dios, que ni fueron nunca ni han de ser desertores, entre los cuales y aquellos que desertando la luz eterna se hicieron tinieblas, ya dijimos que Dios dividió primeramente, expliquemos como podamos, ayudando él lo que comenzamos.

CAPÍTULO XXIX.

Sobre la ciencia de los santos ángeles, por la cual conocieron a la Trinidad en su misma deidad, y por la cual intuyen las causas de las obras primero en el arte del que opera que en las mismas obras del artífice.

Aquellos santos ángeles, ciertamente, no aprenden a Dios por palabras sonantes; sino por la misma presencia de la inconmutable verdad, esto es, su Verbo unigénito: y conocen de tal modo al mismo Verbo y al Padre y al Espíritu Santo de ellos, y que esa es la Trinidad inseparable, y que cada una de las personas en ella es una sola substancia, y sin embargo que todos no son tres dioses sino un solo Dios, que estas cosas les son más conocidas que lo que nosotros mismos nos somos conocidos a nosotros. También conocen allí mejor a la criatura misma, esto es, en la sabiduría de Dios, como en el arte por la cual fue

hecha, que en ella misma: y por esto se conocen incluso a sí mismos allí mejor que en sí mismos, aunque no obstante también en sí mismos. Pues fueron hechos, y son algo distinto que aquel que los hizo. Allí, pues, como en el conocimiento diurno; en sí mismos, empero, como en el vespertino, según ya dijimos arriba. Pues mucho difiere si algo se conoce en aquella razón según la cual fue hecho, o en sí mismo. Así como de un modo se conoce la rectitud de las líneas o la verdad de las figuras cuando se contempla entendida, de otro modo cuando se escribe en el polvo; y de un modo la justicia en la verdad inconmutable, de otro modo en el alma del justo. Así después lo demás, como el firmamento entre las aguas superiores e inferiores, que fue llamado cielo; como abajo la congregación de las aguas y la denudación de la tierra, y la institución de las hierbas y de los leños; como la condición del sol y de la luna y de las estrellas; como de las aguas los animales, a saber, de las volátiles y de los peces y de las bestias nadantes; como de cualesquiera cosas que caminan y reptan en la tierra, y del hombre mismo, que habría de sobresalir a todas las cosas en la tierra. Todas estas cosas de un modo se conocen en el Verbo de Dios por los ángeles, donde tienen sus causas y razones, esto es, según las cuales fueron hechas, permaneciendo inconmutablemente; de otro modo en sí mismas; allá con un conocimiento más claro, aquí con uno más oscuro, como si fuera del arte y de las obras: cuyas obras, empero, cuando se refieren a la alabanza y veneración del

mismo Creador, como que amanece en las mentes de los que contemplan.

CAPÍTULO XXX.

Sobre la perfección del número senario, que es el primero que se completa por la cantidad de sus partes.

Estas cosas, empero, por la perfección del número senario, repetido seis veces el mismo día, se narran perfeccionadas en seis días: no porque le fuera necesaria a Dios la mora de los tiempos, como quien no hubiera podido crear todas las cosas a la vez, las cuales después los tiempos recorrieran con movimientos congruos; sino porque por el número senario fue significada la perfección de las obras. Pues el número senario es el primero que se completa con sus partes, esto es, con su sexta parte, y la tercera, y la mitad, que son uno, y dos, y tres: las cuales, llevadas a la suma, se hacen seis. Pero en esta consideración de los números han de entenderse aquellas partes de las que puede decirse qué cuota son: como la mitad, la tercera, la cuarta, y en adelante denominadas por algún número. Pues ni, verbigracia, porque en el número novenario el cuatro sea alguna parte de él, por ello puede decirse qué cuota sea de él: pero el uno sí puede, pues es la novena de él; y el tres puede, pues es la tercera de él. Pero juntas estas dos partes de él, a saber la novena y la tercera, esto es, el uno y el tres, están lejos de su suma total, que es nueve. E igualmente en el denario el cuaternario es alguna parte de él; pero qué cuota sea no puede decirse: el uno empero

sí puede, pues es la décima parte de él. Tiene también la quinta, que son dos: tiene también la mitad, que son cinco. Pero estas tres partes de él, la décima y la quinta y la mitad, esto es uno y dos y cinco, sumadas juntas no completan diez: pues son ocho. Pero las partes del número duodenario, llevadas a la suma, lo sobrepasan: pues tiene la dozava, que es uno; tiene la sexta, que son dos; tiene la cuarta, que son tres; tiene la tercera que son cuatro; tiene también la mitad, que son seis: pero uno y dos y tres y cuatro y seis no se hacen doce, sino más, esto es, dieciséis. Esto pensé que debía conmemorarse brevemente para encomendar la perfección del número senario, que es el primero, como dije, que por sus partes redactadas a la suma él mismo se perfecciona: en el cual perfeccionó Dios sus obras. Por lo cual no debe despreciarse la razón del número, la cual en muchos lugares de las sagradas Escrituras, cuán digna de estimarse sea, reluce a los que diligentemente la consideran. Ni en vano se dijo en las alabanzas de Dios: "Todo lo dispusiste en medida y número y peso" (Sab. XI, 21).

CAPÍTULO XXXI.

Sobre el día séptimo, en el cual se encomienda la plenitud y el descanso.

En el séptimo día, empero, esto es, repetido siete veces el mismo día, cuyo número también él mismo por otra razón es perfecto, se encomienda el descanso de Dios, en el cual primeramente suena la santificación. De tal modo no quiso Dios

santificar ese día en algunas de sus obras, sino en su descanso, que no tiene tarde: pues ni existe criatura alguna para que ella misma, conocida de un modo en el Verbo de Dios y de otro en sí misma, haga una noticia como diurna y otra como vespertina. Por lo demás, sobre la perfección del número septenario ciertamente pueden decirse más cosas: pero incluso este libro ya es prolijo; y temo que, hallada la ocasión, parezcamos querer jactar nuestra pequeña ciencia más ligera que útilmente. Se ha de tener, pues, razón de moderación y gravedad, no sea que tal vez cuando hablamos mucho sobre el número, se juzgue que descuidamos la medida y el peso. Sea, pues, bastante advertir esto: que el primer número impar todo es el ternario, el primer par todo el cuaternario: de los cuales dos consta el septenario. Por ello a menudo se pone por el universo, así como es: "Siete veces caerá el justo y resurgirá" (Prov. XXIV, 16): esto es, cuantas veces cayere, no perecerá. Lo cual no quiso que se entendiera sobre las iniquidades, sino sobre las tribulaciones que conducen a la humildad. Y: "Siete veces al día te alabaré" (Psal. CXVIII, 164). Lo cual en otra parte se dijo de otro modo: "Siempre su alabanza en mi boca" (Psal. XXXIII, 2). Y muchas cosas de este tipo se encuentran en las autoridades divinas, en las cuales el número septenario, como dije, suele ponerse por la totalidad de cualquier cosa. Por esto con el mismo número a menudo se significa al Espíritu Santo, de quien dice el Señor: "Él os enseñará toda la verdad" (Juan XVI, 13). Allí está el descanso de Dios, por el cual se descansa en

Dios. Pues en el todo, esto es, en la plena perfección, está el descanso; en la parte, empero, el trabajo. Por ello trabajamos mientras conocemos en parte; pero cuando viniere lo que es perfecto, lo que es en parte será evacuado (I Cor. XIII, 9, 10). De aquí es que también escudriñamos estas Escrituras con trabajo. Pero los santos ángeles, por cuya sociedad y congregación suspiramos en esta peregrinación laboriosísima, así como tienen la eternidad de permanecer, así tienen la facilidad de conocer y la felicidad de descansar. Pues sin dificultad nos ayudan, por cuanto no trabajan en movimientos espirituales puros y libres.

CAPÍTULO XXXII.

Sobre la opinión de aquellos que quieren que la creación de los ángeles sea anterior que la del mundo.

No sea que alguien contienda, y diga que no fueron significados los santos ángeles en aquello que está escrito: "Hágase la luz, y fue hecha la luz"; sino que o piense o enseñe que entonces primeramente fue hecha cualquier luz corpórea: pero que los ángeles fueron hechos antes, no solo antes del firmamento que, hecho entre las aguas y las aguas, fue llamado cielo, sino antes de aquello que se dijo: "En el principio hizo Dios el cielo y la tierra"; y que aquello que se dijo: "En el principio", no fue dicho así como si esto hubiera sido hecho primero, habiendo hecho antes a los ángeles; sino porque todas las cosas hizo en la sabiduría, que es su Verbo, y la Escritura lo nominó principio; así como él mismo en

el Evangelio a los judíos que preguntaban quién era, respondió que él era el principio (Juan VIII, 25). No referiré en contrario una contención, sobre todo porque esto me deleita muchísimo: que incluso en el sumo exordio del santo libro del Génesis se encomienda la Trinidad. Pues cuando se dice así: "En el principio hizo Dios el cielo y la tierra", para que se entienda que el Padre hizo en el Hijo, como atestigua el Salmo donde se lee: "¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! Todas las cosas hiciste en la sabiduría" (Psal. CIII, 24): muy convenientemente poco después se conmemora también al Espíritu Santo. Pues habiéndose dicho qué clase de tierra hizo Dios primeramente, o qué mole o materia de la futura construcción del mundo llamó con el nombre de cielo y tierra, subyugando y añadiendo: "La tierra empero era invisible e incompuesta, y las tinieblas estaban sobre el abismo": luego, para que se completara la conmemoración de la Trinidad: "Y el espíritu", dice, "de Dios se sobrefería sobre el agua" (Gen. I, 1-3). Por tanto, acéptelo cada cual como quiera, lo cual es tan profundo que para ejercitación de los que leen, no berrando de la regla de la fe, puede generar muchas sentencias: con tal que empero nadie dude que los santos ángeles están en las sedes sublimes, no ciertamente coeternos con Dios, pero sin embargo seguros y ciertos de su sempiterna y verdadera felicidad. El Señor, enseñando que sus pequeñuelos pertenecen a la sociedad de ellos, no solo dijo aquello: "Serán iguales a los ángeles de Dios" (Matth. XXII, 30): sino que también mostró de qué contemplación

gozan, donde dice: "Ved que no despreciéis a uno de estos pequeñuelos: pues os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre la faz de mi Padre, que está en los cielos" (Id. XVIII, 10).

CAPÍTULO XXXIII.

De las dos sociedades de ángeles diversas y disparatadas, que no incongruentemente se entienden llamadas con los nombres de luz y tinieblas.

Que algunos ángeles pecaron y fueron arrojados a lo más bajo de este mundo, que les sirve de cárcel, hasta la futura condensación última en el día del juicio, lo muestra clarísimamente el apóstol Pedro, diciendo que Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que, empujándolos a las cárceles de la calígine del infierno, los entregó para ser reservados para el castigo en el juicio (II Ped. II, 4). Entre estos, pues, y aquellos, ¿quién dudará que Dios los dividió ya sea por presciencia o por obra? ¿Y quién contradirá que aquellos son llamados luz con razón? Puesto que nosotros, viviendo aún en la fe y esperando todavía su igualdad, aunque aún no poseyéndola, ya somos llamados luz por el Apóstol: Fuisteis, dice, en algún tiempo tinieblas, pero ahora luz en el Señor (Efes. V, 8). Pero que estos desertores son llamados tinieblas muy manifiestamente, de cierto lo advierten quienes o entienden o creen que son peores que los hombres infieles. Por lo cual, aunque otra luz ha de entenderse en este lugar de este libro, donde leemos: Dijo Dios: Hágase la luz, y la luz fue hecha; y otras tinieblas fueron significadas

en lo que está escrito: Dividió Dios entre la luz y las tinieblas (Gén. I, 3, 4): nosotros, sin embargo, estas dos sociedades angélicas, una que goza de Dios, la otra hinchada de soberbia (*typhus*): una a la que se dice: Adoradle, todos sus ángeles (Sal. XCVI, 8); otra cuyo príncipe dice: Todo esto te daré si postrado me adorares (Mat. IV, 9): una que arde en el santo amor de Dios, la otra que humea con el inmundo amor de su propia alteza: y puesto que, como está escrito, Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Sant. IV, 6; I Ped. V, 5), aquella que habita en los cielos de los cielos, esta arrojada de allí y alborotando en este ínfimo cielo aéreo: aquella tranquila con luminosa piedad, esta turbulenta con tenebrosas codicias: aquella que socorre clementemente por el mandato de Dios y venga justamente; esta que hierve con su propio orgullo de someter y con el deseo de dañar: aquella que, para consultar tanto cuanto quiere, es ministra de la bondad de Dios; esta que, para que no dañe tanto cuanto quiere, es frenada por la potestad de Dios: aquella que se burla de esta, para que le aproveche sin querer con sus persecuciones; esta que envidia a aquella cuando reúne a sus peregrinos: nosotros, pues, estas dos sociedades angélicas dispares y contrarias entre sí, una buena por naturaleza y recta por voluntad; pero la otra buena por naturaleza, pero perversa por voluntad, declaradas por otros testimonios más manifiestos de las divinas Escrituras, estimamos que también en este libro, cuyo nombre es Génesis, fueron significadas con los vocablos de luz y de tinieblas, aunque acaso sin-

tiera otra cosa en este lugar quien lo escribió, no ha sido inútilmente tratada la oscuridad de esta sentencia: porque aunque no pudimos indagar la voluntad del autor de este libro, sin embargo no hemos berrado de la regla de la fe, que por otras sagradas Letras de la misma autoridad es bastante conocida para los fieles. Pues aunque aquí se conmemoran las obras corporales de Dios, tienen sin duda alguna semejanza con las espirituales, según la cual dice el Apóstol: Pues todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas (I Tes. V, 5). Si además esto sintió también aquel que escribió, nuestra intención llega a un fin más perfecto de la disputa: para que no se crea de ningún modo que el hombre de Dios, de tan eximia y divina sabiduría, o mejor, el Espíritu de Dios a través de él, al conmemorar las obras de Dios, todas las cuales dice que fueron perfeccionadas en el sexto día, omitió a los ángeles: ya sea que esté escrito: En el principio, porque los hizo primero; o lo que más convenientemente se entiende: En el principio, porque los hizo en el Verbo unigénito, hizo Dios el cielo y la tierra en el principio: con cuyos nombres se significó la criatura universal, o espiritual y corporal, lo cual es más creíble; o las dos grandes partes del mundo, en las cuales se contienen todas las cosas que han sido creadas, para que primeramente la propusiera toda entera y después prosiguiera sus partes según el místico número de los días.

CAPÍTULO XXXIV.

De aquello que algunos piensan, que en la condición del firmamento los ángeles fueron significados con el nombre de las aguas discretas, y que algunos estiman que las aguas no fueron creadas.

Aunque algunos hayan pensado que con el nombre de aguas se significaron de algún modo los pueblos de los ángeles; y que esto sea lo que se dijo: Hágase el firmamento entre agua y agua (Gén. I, 6): de modo que sobre el firmamento se entiendan los ángeles, y abajo o estas aguas visibles, o la multitud de los ángeles malos, o las gentes de todos los hombres. Lo cual, si es así, no aparece allí donde fueron hechos los ángeles, sino donde fueron divididos. Aunque también algunos nieguen que las aguas fueron hechas por Dios, lo cual es de una perversísima e impía vanidad, porque en ningún lugar está escrito: Dijo Dios: Háganse las aguas. Lo cual pueden decir con similar vanidad también de la tierra: pues en ningún lugar se lee: Dijo Dios: Hágase la tierra. Pero, dicen, está escrito: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra. Allí, pues, también ha de entenderse el agua: pues con un solo nombre se comprendió lo uno y lo otro. Pues suyo es el mar, como se lee en el Salmo, y él mismo lo hizo, y sus manos formaron la tierra árida (Sal. XCIV, 5). Pero estos que en el nombre de las aguas que están sobre los cielos quieren que se entiendan los ángeles, se mueven por los pesos de los elementos, y por eso no piensan que la naturaleza fluida y pesada de las aguas pudo haber sido constituida en los lugares superiores del mundo: quienes, según sus propias razones, si ellos mismos pu-

dieran hacer un hombre, no le pondrían en la cabeza la pituita, que en griego se llama phlegma (φλέγμα), y que como si fuera en los elementos de nuestro cuerpo obtiene el lugar de las aguas. Pues allí está la sede del flema, según la obra de Dios ciertamente muy aptamente: según empero la conjetura de estos tan absurdamente que, si no supiéramos esto y en este libro estuviera escrito de igual modo que Dios puso el humor fluido y frío, y por esto pesado, en la parte superior a todas las demás del cuerpo humano, estos pesadores de los elementos de ningún modo lo creerían; y si estuvieran sujetos a la autoridad de la misma Escritura, juzgarían que otra cosa debía entenderse de esto. Pero puesto que, si escudriñamos y tratamos diligentemente cada cosa de las que están escritas en aquel divino libro sobre la constitución del mundo, habría mucho que decir y habría que desviarse lejos del propósito de la obra instituida; y ya sobre estas dos sociedades de ángeles diversas y contrarias entre sí, en las cuales están ciertos comienzos de las dos ciudades también en las cosas humanas, sobre las cuales instituí decir a continuación, hemos disputado tanto cuanto pareció ser suficiente, cerremos también alguna vez este libro.

Libro D

UODÉCIMO.

En el cual primero ciertamente inquiere Agustín sobre los ángeles, de dónde a saber a unos la buena voluntad, a otros la mala, y cuál fue la causa de la bienaventuranza de los buenos, cuál la causa de la miseria de los ángeles malos.

Después empero trata de la institución del hombre, y enseña que fue fundado no desde la eternidad, sino en el tiempo, y no por otro autor que por Dios.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la única naturaleza de los ángeles buenos y malos.

1. Antes que hable de la institución del hombre, donde aparecerá el exordio de las dos ciudades en cuanto pertenece al género de los racionales mortales, como ya parece haber aparecido en los ángeles en el libro anterior; veo que primero han de ser dichas por mí ciertas cosas sobre los mismos ángeles, con las cuales se demuestre, cuanto puede ser por nosotros, cuán no inconveniente ni incongrua se dice ser la sociedad de los hombres y de los ángeles: para que no se diga que hay cuatro ciudades, a saber, dos de ángeles y otras tantas de hombres, sino más bien

dos ciudades, esto es, sociedades, con razón; una constituida en los buenos, otra en los malos, no solo de los ángeles, sino también de los hombres.

2. Que los apetitos contrarios de los ángeles buenos y malos existieron no por naturalezas y principios diversos, habiendo creado a ambos Dios, el bueno autor y fundador de todas las substancias, sino por las voluntades y codicias, no es lícito dudar; mientras que unos persisten constantemente en el bien común a todos, que es el mismo Dios para ellos, y en su eternidad, verdad y caridad; otros, deleitados más bien por su propia potestad, como si ellos mismos fueran su propio bien para sí, refluyeron del superior bien común beatífico de todos a lo propio; y teniendo el orgullo de la elación por la excelentísima eternidad, la astucia de la vanidad por la certísima verdad, los estudios de las partes por la caridad indivisa, se volvieron soberbios, falaces y envidiosos. La causa, pues, de la bienaventuranza de aquellos es adherirse a Dios. Por lo cual, la causa de la miseria de estos ha de entenderse por el contrario, que es no adherirse a Dios. Por lo cual, si cuando se pregunta por qué aquellos son bienaventurados, rectamente se responde: porque se adhieren a Dios; y cuando se pregunta por qué estos son míseros, rectamente se responde: porque no se adhieren a Dios: no hay bien de la criatura racional o intelectual por el cual sea bienaventurada, sino Dios. Así, aunque no toda criatura puede ser bienaventurada (pues no alcanzan ni captan este don las fieras, los maderos, las piedras, y si hay algo de este género), sin embargo aquella que

puede, no puede por sí misma, porque fue creada de la nada; sino por aquel por quien fue creada. Pues por este alcanzado es bienaventurada, por el cual perdido es mísera. Pero aquel que es bienaventurado no por otro bien, sino por sí mismo, por eso él mismo no puede ser mísero, porque no puede perderse a sí mismo.

3. Decimos, por tanto, que no hay bien inconmutable sino el único, verdadero y bienaventurado Dios; pero las cosas que él hizo son ciertamente buenas, porque son de él; sin embargo, son mutables, porque no fueron hechas de él, sino de la nada. Aunque, por tanto, no sean los sumos bienes, para los cuales Dios es un bien mayor, sin embargo son grandes bienes mutables aquellos que pueden adherirse, para ser bienaventurados, al bien inconmutable; el cual es hasta tal punto bien de ellos que sin él es necesario que sean míseros. Ni por eso las demás cosas en esta universalidad de la criatura son mejores, porque no pueden ser míseras. Pues no ha de decirse que los demás miembros de nuestro cuerpo son por eso mejores que los ojos, porque no pueden ser ciegos. Así como empero es mejor la naturaleza que siente incluso cuando le duele, que la piedra que de ningún modo puede doler; así la naturaleza racional es más excelente incluso siendo mísera, que aquella que está falta de razón o de sentido, y por eso no cae en ella la miseria. Siendo esto así, para esta naturaleza que fue creada en tanta excelencia que, aunque ella misma sea mutable, sin embargo, inheriendo al bien inconmutable, esto es, al sumo Dios, consiga la bienaventuranza, y

no llene su indigencia sino ciertamente siendo bienaventurada, y para llenarla no le baste sino Dios, de cierto no adherirse a él es un vicio. Todo vicio empero daña a la naturaleza, y por esto es contra la naturaleza. De aquella naturaleza, pues, que se adhiere a Dios, no difiere esta por naturaleza, sino por vicio; por el cual vicio, sin embargo, se muestra que la misma naturaleza es muy grande y muy digna de alabanza. Pues de quien rectamente se vitupera el vicio, sin duda alguna se alaba la naturaleza. Pues la recta vituperación del vicio es que por él se deshonra la naturaleza laudable. Así como, por tanto, cuando se dice que la ceguera es un vicio de los ojos, se muestra con ello que la vista pertenece a la naturaleza de los ojos; y cuando se dice que la sordera es un vicio de los oídos, se demuestra que el oído pertenece a la naturaleza de ellos; así, cuando se dice que es un vicio de la criatura angélica que no se adhiere a Dios, de aquí se declara muy abiertamente que a su naturaleza le conviene adherirse a Dios. Por lo demás, ¿cuán grande sea la alabanza de adherirse a Dios, para que para él viva, de él sea sabia, en él se goce, y de tan gran bien sin muerte, sin error, sin molestia disfrute, quién podría dignamente pensarlo o expresarlo? Por lo cual, también por el vicio de los ángeles malos, por el cual no se adhieren a Dios, puesto que todo vicio daña a la naturaleza, se manifiesta suficientemente que Dios creó tan buena naturaleza de ellos, para la cual sea nocivo no estar con Dios.

CAPÍTULO II.

Que ninguna esencia es contraria a Dios, porque de aquel que es sumamente y siempre es, todo esto que no es parece ser diverso.

Díganse estas cosas para que nadie, cuando hablamos de los ángeles apóstatas, piense que ellos pudieron tener otra naturaleza como de otro principio, y que Dios no fue el autor de su naturaleza. Cada cual carecerá de la impiedad de este error tanto más expedita y fácilmente cuanto más perspicazmente pueda entender lo que Dios dijo por medio del ángel, cuando enviaba a Moisés a los hijos de Israel: "Yo soy el que soy" (Éx. III, 14). Pues siendo Dios la suma esencia, esto es, siendo sumamente, y por ello siendo inconmutable; a las cosas que creó de la nada les dio el ser, pero no el ser sumamente, como él mismo es; y a unas les dio el ser más ampliamente, a otras menos; y así ordenó las naturalezas por grados de esencias. Pues así como de lo que es saber (sapere) se llama sabiduría (sapientia); así de lo que es ser (esse) se llama esencia (essentia): con un nombre nuevo ciertamente, del cual no usaron los antiguos autores de la lengua latina, pero ya usado en nuestros tiempos, para que no faltara también a nuestra lengua lo que los griegos llaman ousia. Pues esta palabra fue expresada palabra por palabra, para que se dijera esencia. Y por esto, para aquella naturaleza que es sumamente, por cuya acción son cualesquiera cosas que son, no hay naturaleza contraria, sino la que no es. Pues a lo que es, lo contrario es el no ser. Y por tanto, para Dios, esto es, para la suma esencia y autor

de todas las esencias de cualquier clase, ninguna esencia es contraria.

CAPÍTULO III.

Sobre los enemigos de Dios, no por naturaleza, sino por una voluntad contraria, la cual, al dañarlos a ellos, daña ciertamente a una naturaleza buena: porque si el vicio no daña, no es tal.

Se llaman empero en las Escrituras enemigos de Dios aquellos que se oponen a su imperio no por naturaleza, sino por los vicios: no pudiendo dañarlo a él en nada, sino a sí mismos. Pues son enemigos por la voluntad de resistir, no por la potestad de herir. Porque Dios es inconmutable y en todo modo incorruptible. Por eso el vicio por el cual resisten a Dios los que son llamados sus enemigos, no es un mal para Dios, sino para ellos mismos. Ni esto por otra causa sino porque corrompe en ellos el bien de la naturaleza. La naturaleza, por tanto, no es contraria a Dios, sino el vicio. Porque lo que es malo es contrario a lo bueno; ¿y quién negará que Dios es sumamente bueno? El vicio, por tanto, es contrario a Dios, como el mal al bien. Además, también es buena la naturaleza que vicia; de donde también es ciertamente contraria a este bien: pero para Dios solamente como el mal al bien; para la naturaleza empero que vicia, no solo es mal, sino también nocivo. Pues ningunos males son nocivos para Dios, sino para las naturalezas mutables y corruptibles, que sin embargo son buenas por el testimonio de sus mismos vicios. Pues si no

fueran buenas, los vicios no podrían dañarlas. Pues ¿qué les hacen al dañarlas, sino quitarles la integridad, la hermosura, la salud, la virtud, y cualquier bien de la naturaleza que por el vicio suele ser retirado o disminuido? Que si falta del todo, al no quitar nada de bien no daña, y por esto ni siquiera es vicio. Pues no puede ser vicio y no dañar. De donde se colige que, aunque el vicio no pueda dañar al bien inconmutable, sin embargo no puede dañar sino a un bien: porque no está sino donde daña. Esto también puede decirse de este modo: que el vicio ni puede estar en el sumo bien, ni sino en algún bien. Por tanto, solo los bienes pueden estar en alguna parte, y solo los males en ninguna: puesto que incluso aquellas naturalezas que por el vicio de una mala voluntad han sido viciadas, en cuanto son viciosas, son malas; en cuanto empero son naturalezas, son buenas. Y cuando una naturaleza viciosa está en las penas, excepto aquello que es naturaleza, también esto es allí un bien, que no quede impune. Pues esto es justo, y todo lo justo es sin duda alguna bueno. Pues nadie sufre penas por los vicios naturales, sino por los voluntarios. Incluso aquel vicio que, robustecido por la costumbre o por un progreso excesivo, ha crecido como naturalmente, tomó su inicio de la voluntad. Pues ahora hablamos de los vicios de aquella naturaleza en la cual hay una mente capaz de luz inteligible, por la cual se discierne lo justo de lo injusto.

CAPÍTULO IV.

Sobre la naturaleza de las cosas irracionales, o de las que carecen de vida, la cual en su propio género y orden no discrepa del decoro del universo.

Por lo demás, es ridículo pensar que sean condenables los vicios de los ganados y de los árboles, y de las otras cosas mutables y mortales, que carecen o de intelecto, o de sentido, o de vida del todo, por los cuales su naturaleza disoluble se corrompe: habiendo estas criaturas recibido aquel modo por la voluntad del Creador, para que, cediendo y sucediéndose, completen la ínfima hermosura de los tiempos en su género, de acuerdo con las partes de este mundo. Pues ni las cosas terrenas debían ser igualadas a las celestiales, ni por eso debieron faltar estas al universo, porque aquellas sean mejores. Cuando, por tanto, en estos lugares donde era conveniente que tales cosas estuvieran, unas surgen al faltar otras, y las menores sucumben a las mayores, y las vencidas se convierten en las cualidades de las que prevalecen, es el orden de las cosas transeúntes. El decoro de este orden no nos deleita por esta causa: porque, entretejidos en una parte de él según la condición de nuestra mortalidad, no podemos sentir el universo, con el cual las partículas que nos ofenden concuerdan bastante apta y decentemente. De donde, para nosotros, en quienes somos menos idóneos para contemplarlo, se nos manda rectísimamente creer en la providencia del Creador, para que no nos atrevamos a reprender la obra de tan gran artífice en nada por la vanidad de la temeridad humana. Aunque también los vicios de las cosas terrenas,

ni voluntarios ni penales, encomiendan las naturalezas mismas (de las cuales no hay ninguna en absoluto de la que Dios no sea autor y fundador) si atendemos prudentemente, por la misma razón: porque también en ellas nos disgusta que se nos quite por el vicio aquello que nos place en la naturaleza: sino que a los hombres incluso las naturalezas mismas frecuentemente les disgustan cuando les resultan nocivas, no considerándolas a ellas, sino a su propia utilidad; como aquellos animales por cuya abundancia fue azotada la soberbia de los egipcios. Pero de este modo pueden también vituperar al sol; puesto que algunos que pecan, o que no pagan sus deudas, son mandados por los jueces a ser puestos al sol. No, por tanto, por nuestra conveniencia o inconveniencia, sino considerada por sí misma, la naturaleza da gloria a su artífice. Así también la naturaleza del fuego eterno es sin duda alguna laudable, aunque haya de ser penal para los impíos condenados. Pues ¿qué hay más hermoso que el fuego llameante, vigoroso, luciente? ¿qué más útil que el que calienta, cura, cocina? aunque nada sea más molesto que el que quema. Lo mismo, pues, aplicado de otro modo es pernicioso, lo cual, empleado convenientemente, se encuentra ser comodísimo. Pues ¿quién basta para explicar con palabras sus utilidades en todo el mundo? Ni se ha de escuchar a quienes alaban en el fuego la luz, pero vituperan el ardor: a saber, no por su naturaleza, sino por su conveniencia o inconveniencia. Pues quieren ver, pero no quieren quemarse. Pero poco atienden a que esa misma luz, que ciertamente les place,

daña a los ojos enfermos por la inconveniencia; y en aquel ardor que les disgusta, algunos animales viven saludablemente por la conveniencia.

CAPÍTULO V.

Que el Creador es laudable en toda especie y modo de naturaleza.

Todas las naturalezas, por tanto, puesto que son, y por eso tienen su modo, su especie y una cierta paz propia consigo mismas, son ciertamente buenas. Y cuando están allí donde deben estar según el orden de la naturaleza, conservan su ser según lo han recibido. Y aquellas que no han recibido el ser siempre, según el uso y movimiento de las cosas a las cuales están sometidas por la ley del Creador, se mudan en mejor o en peor, tendiendo por la divina providencia a aquel fin que incluye la razón de gobernar el universo: de tal modo que ni siquiera una corrupción tan grande como la que conduce a las naturalezas mutables y mortales hasta la destrucción, hace de tal modo que no sea lo que era, que no se haga de ello consecuentemente lo que debe ser. Siendo esto así, Dios, que es sumamente, y por esto por él fue hecha toda esencia que no es sumamente (porque no debía ser igual a él la que fue hecha de la nada); ni de ningún modo podría ser si no hubiera sido hecha por él: no ha de ser vituperado por la ofensa de ningunos vicios, y ha de ser alabado por la consideración de todas las naturalezas.

CAPÍTULO VI.

Cuál sea la causa de la bienaventuranza de los ángeles buenos, y cuál la causa de la miseria de los ángeles malos.

Por lo tanto, la causa más verdadera de la bienaventuranza de los ángeles buenos se encuentra en esto: en que se adhieren a aquel que es sumamente. Mas cuando se busca la causa de la miseria de los ángeles malos, ocurre merecidamente esta: que, apartados de aquel que es sumamente, se convirtieron a sí mismos, que no son sumamente: ¿y cómo se llama este vicio sino soberbia? Pues «el inicio de todo pecado es la soberbia» (Eclo X, 15). No quisieron, pues, guardar su fortaleza para él (Sal LVIII, 10): y los que habrían sido más si se hubieran adherido a aquel que es sumamente, al preferirse a sí mismos a él, prefirieron aquello que es menos. Este fue el primer defecto, la primera indigencia y el primer vicio de aquella naturaleza que fue de tal modo creada que no fuera sumamente, y sin embargo, para poseer la bienaventuranza, pudiera gozar de aquel que es sumamente, de quien apartada, no fuera ciertamente nada, pero fuera sin embargo menos, y por esto se hiciera mísera.

Si de esta mala voluntad se busca además la causa eficiente, nada se encuentra. Pues ¿qué es lo que hace mala a la voluntad, cuando ella misma hace la obra mala? Y por esto la voluntad mala es eficiente de la obra mala, mas de la voluntad mala nada es eficiente. Puesto que si alguna cosa es, o tiene o no tiene alguna voluntad: si la tiene, o ciertamente la tiene buena, o mala: si buena,

¿quién sería tan necio que dijera que la buena voluntad hace la mala voluntad? Pues si es así, la buena voluntad será causa del pecado: de lo cual nada más absurdo puede pensarse. Pero si esa cosa que se piensa que hace la mala voluntad, ella también tiene una mala voluntad, pregunto consecuentemente también por aquella que la hizo; y para que haya algún límite en el preguntar, inquiero por la causa de la primera mala voluntad. Pues no es la primera voluntad mala la que hizo una voluntad mala, sino que aquella es la primera que ninguna voluntad hizo. Pues si precedió una por la cual se hiciera, aquella es anterior que hizo a la otra. Si se responde que ninguna cosa la hizo, y por tanto siempre fue, pregunto si estuvo en alguna naturaleza. Pues si no estuvo en ninguna, no fue en absoluto; pero si estuvo en alguna, la viciaba y la corrompía, y le era nociva, y por esto la privaba del bien. Y por tanto, en una naturaleza mala no podía estar la voluntad mala, sino en una buena, aunque mutable, a la cual este vicio pudiera dañar. Pues si no dañó, ciertamente no fue vicio; y por esto ni siquiera ha de decirse que fue voluntad mala. Además, si dañó, dañó ciertamente quitando o disminuyendo el bien. No pudo, pues, ser sempiterna la voluntad mala en aquella cosa en la cual había precedido un bien natural, que la voluntad mala pudiera quitar dañándolo. Si, por tanto, no era sempiterna, pregunto quién la hizo. Resta que se diga que hizo la mala voluntad aquella cosa en la cual no hubo voluntad alguna. Inquiero si esta es superior, o inferior, o igual. Pero si es superior,

ciertamente es mejor: ¿cómo, pues, será causa de ninguna voluntad, y no más bien de una buena? Lo mismo ciertamente ocurre con la igual. Pues dos cosas, mientras son igualmente de buena voluntad, una no hace en la otra una voluntad mala. Queda que una cosa inferior, a la cual ninguna voluntad pertenece, hizo la mala voluntad a la naturaleza angélica que pecó primero. Pero incluso la cosa misma, cualquiera que sea inferior hasta la ínfima tierra, puesto que es naturaleza y esencia, es sin duda alguna buena, teniendo su modo y especie en su género y orden. ¿Cómo, pues, una cosa buena es eficiente de una mala voluntad? ¿Cómo, digo, el bien es causa del mal? Pues cuando la voluntad, dejado lo superior, se convierte a las cosas inferiores, se hace mala: no porque sea malo aquello a lo que se convierte, sino porque es perversa la conversión misma. Por tanto, no la cosa inferior hizo la mala voluntad, sino que la cosa inferior la apeteció depravada y desordenadamente aquella misma naturaleza que fue hecha. Pues si dos cualesquiera, igualmente afectados en el ánimo y en el cuerpo, ven la hermosura de un solo cuerpo, vista la cual uno de ellos se mueve a gozar de ella ilícitamente, mientras el otro persevera estable en una voluntad púdica; ¿qué pensamos que sea la causa para que en aquel se haga, y en este no se haga la voluntad mala? ¿Qué cosa la hizo en aquel en quien se hizo? Pues no aquella hermosura del cuerpo; pues no la hizo en ambos, puesto que se presentó a los ojos de ambos no desigualmente. ¿Acaso la carne del que mira es la causa? ¿Por qué no también la del

otro? ¿O acaso el ánimo? ¿Por qué no el de ambos? Pues dijimos antes que ambos estaban igualmente afectados en el ánimo y en el cuerpo. ¿O se ha de decir que uno de ellos fue tentado por la oculta sugerencia de un espíritu maligno? como si no hubiera consentido a la misma sugerencia y a cualquier persuasión por su propia voluntad. Buscamos, pues, qué cosa hizo en él este consentimiento, esta mala voluntad que aplicó al que mal le persuadía. Pues para que también este impedimento se quite de esta cuestión, si ambos son tentados por la misma tentación, y uno cede a ella y consiente, mientras el otro persevera tal cual era; ¿qué otra cosa aparece sino que uno quiso y el otro no quiso faltar a la castidad? ¿De dónde, sino de la propia voluntad, donde había sido la misma afección de cuerpo y de ánimo en ambos? A los ojos de ambos se presentó igualmente la misma hermosura, sobre ambos instó igualmente la oculta tentación: a los que quieren saber, pues, qué cosa hizo en uno de ellos la propia voluntad mala, si bien lo miran, nada se les ocurre. Pues si dijéramos que él mismo la hizo, ¿qué era él mismo antes de la mala voluntad sino una naturaleza buena, cuyo autor es Dios, que es el bien inconmutable? El que dice, pues, que el que consintió al que le tentaba y persuadía (a quien no consintió el otro) para usar ilícitamente del cuerpo hermoso que estuvo presente para que ambos lo vieran por igual, siendo que antes de aquella visión y tentación ambos fueron semejantes en el ánimo y en el cuerpo, se hizo a sí mismo la mala voluntad, porque ciertamente era bueno antes de la mala

voluntad; pregunte por qué la hizo, si porque es naturaleza, o porque fue hecha de la nada: y encontrará que la mala voluntad comienza a ser no por aquello que es naturaleza, sino por aquello que la naturaleza fue hecha de la nada. Pues si la naturaleza es causa de la mala voluntad, ¿qué otra cosa nos vemos obligados a decir sino que del bien se hace el mal, y que el bien es causa del mal? puesto que de una naturaleza buena se hace la voluntad mala. ¿De dónde puede ser esto, que la naturaleza buena, aunque mutable, antes de tener la voluntad mala, haga algo de mal, esto es, la misma voluntad mala?

CAPÍTULO VII.

Que no se ha de buscar la causa eficiente de la mala voluntad.

Nadie, por tanto, busque la causa eficiente de la mala voluntad: pues no es eficiente, sino deficiente; porque ni aquella es una efeción, sino una defección. Pues defallecer de aquello que es sumamente hacia aquello que es menos, esto es comenzar a tener una mala voluntad. Querer además encontrar las causas de estas defecciones, no siendo eficientes, como dije, sino deficientes, es tal como si alguien quisiera ver las tinieblas o oír el silencio: lo cual, sin embargo, nos es conocido a ambos; aquello no sino por los ojos, esto no sino por los oídos; no ciertamente en su especie, sino en la privación de la especie. Nadie, pues, busque saber de mí lo que sé que no sé, a no ser tal vez para que aprenda a no saber lo que se debe saber que no puede saberse. Pues aquellas

cosas que se conocen no en su especie, sino en la privación de ella, si puede decirse o entenderse, de algún modo se conocen no conociendo, para que conociendo no se conozcan. Pues cuando la agudeza incluso del ojo corporal recorre las especies corporales, en ninguna parte ve las tinieblas sino donde ha comenzado a no ver. Así también a ningún otro sentido, sino a solos los oídos pertenece sentir el silencio: el cual, sin embargo, de ningún modo se siente sino no oyendo. Así nuestra mente ciertamente contempla las especies inteligibles entendiendo; pero donde faltan, aprende no sabiendo. Pues «¿quién entiende los pecados?» (Sal XVIII, 13).

CAPÍTULO VIII.

Del amor perverso, por el cual la voluntad deserta del bien inconmutable hacia el bien conmutable.

Esto sé, que la naturaleza de Dios nunca, en ninguna parte, ni en ninguna porción puede fallar; y que pueden fallar aquellas cosas que fueron hechas de la nada. Las cuales, sin embargo, cuanto más son y hacen cosas buenas (pues entonces hacen algo), tienen causas eficientes: pero en cuanto fallan, y por esto hacen cosas malas (¿pues qué hacen entonces sino cosas vanas?), tienen causas deficientes. E igualmente sé que en aquel en quien se produce una mala voluntad, esto sucede en él porque, si no quisiera, no sucedería: y por tanto, no a los fracasos necesarios, sino a los voluntarios, les sigue una justa pena. Pues se deserta no hacia cosas malas, sino mala-

mente; es decir, no hacia naturalezas malas, sino por eso malamente, porque es contra el orden de las naturalezas, desde aquello que es sumamente hacia aquello que es menos. Porque la avaricia no es un vicio del oro, sino del hombre que ama perversamente el oro, abandonada la justicia, que incomparablemente debió ser antepuesta al oro. Ni la lujuria es un vicio de los cuerpos hermosos y suaves, sino del alma que ama perversamente los placeres corporales, descuidada la templanza, por la cual nos adaptamos a cosas espiritualmente más hermosas e incorruptiblemente más suaves. Ni la jactancia es un vicio de la alabanza humana, sino del alma que ama perversamente ser alabada por los hombres, despreciado el testimonio de la conciencia. Ni la soberbia es un vicio del que da el poder, ni tampoco del mismo poder, sino del alma que ama perversamente su propio poder, despreciada la justicia del más poderoso. Y por esto, quien ama perversamente el bien de cualquier naturaleza, aunque lo consiga, él mismo se vuelve malo en el bien, y miserable, privado de un bien mejor.

CAPÍTULO IX.

Si los santos ángeles, que tienen a Dios como creador de su naturaleza, tienen al mismo como autor de su buena voluntad por el Espíritu Santo, difundida la caridad en ellos.

Puesto que, por tanto, no hay ninguna causa eficiente natural o, si puede decirse, esencial de la mala voluntad; pues de ella ciertamente comienza el mal de los espíritus mudables, por el cual

se disminuye y deprava el bien de la naturaleza, ni hace tal voluntad sino la defección por la cual se deserta de Dios, cuya causa de defección también ciertamente falla: si dijéramos que no hay ninguna causa eficiente incluso de la buena voluntad, se debe tener cuidado de que no se crea que la buena voluntad de los buenos ángeles no fue hecha, sino que es coeterna con Dios. Puesto que, por tanto, ellos mismos fueron hechos, ¿cómo se dirá que aquella voluntad no fue hecha? Además, porque fue hecha, ¿se hizo con ellos, o estuvieron sin ella primero? Pero si se hizo con ellos, no hay duda de que fue hecha por aquel por quien también ellos lo fueron; y al mismo tiempo que fueron hechos, se adhirieron a aquel por quien fueron hechos, con el amor con que fueron hechos. Y por esto están estos separados de la sociedad de aquellos, porque estos permanecieron en la misma buena voluntad, aquellos se mudaron defalleciendo de ella, a saber, con una mala voluntad, por esto mismo que defallecieron de la buena: de la cual no habrían defallecido, si ciertamente no hubieran querido. Pero si los buenos ángeles fueron primero sin buena voluntad, y ellos mismos la hicieron en sí mismos sin que Dios obrara; entonces fueron hechos mejores por sí mismos que por él. Lejos sea. Pues ¿qué eran sin buena voluntad, sino malos? O si no malos por eso, porque no había en ellos mala voluntad (pues no habían defallecido de ella, que aún no habían comenzado a tener), ciertamente aún no eran tales, aún no tan buenos, como comenzaron a ser con la buena voluntad. O si no pudieron

hacerse a sí mismos mejores de lo que él los había hecho, que nadie hace nada mejor que él; ciertamente tampoco podrían tener la buena voluntad, por la cual serían mejores, a no ser que obrara el auxilio del Creador. Y habiendo actuado su buena voluntad para que se convirtieran no a sí mismos, que eran menos, sino a aquel que es sumamente, y adhiriéndose a él fueran más, y por su participación vivieran sabia y bienaventuradamente; ¿qué otra cosa se muestra sino que cualquier voluntad buena habría sido indigente y habría permanecido solo en el deseo, si aquel que de la nada había hecho una buena naturaleza capaz de él, no la hiciera mejor llenándola de sí mismo, haciéndola primero más ávida excitándola?

2. Porque también esto debe discutirse: si los buenos ángeles mismos hicieron en sí mismos la buena voluntad, si la hicieron por alguna voluntad o por ninguna. Si por ninguna, ciertamente no la hicieron. Si por alguna, si por una mala o por una buena. Si por una mala, ¿cómo pudo la mala voluntad ser la creadora de la buena voluntad? Si por una buena, entonces ya la tenían. ¿Y quién había hecho aquella sino aquel que los creó con buena voluntad, esto es, con amor casto por el cual se adhirieran a él, a la vez fundándoles la naturaleza y otorgándoles la gracia? Por lo cual se ha de creer que sin buena voluntad, esto es, el amor de Dios, nunca han estado los santos ángeles. Pero aquellos que, aunque fueron creados buenos, sin embargo son malos por su propia mala voluntad, la cual no hizo la buena naturaleza sino cuando defalleció del bien espontánea-

mente, de modo que la causa del mal no es el bien, sino el defecto del bien; o recibieron una menor gracia del amor divino que aquellos que persistieron en la misma; o si ambos fueron creados igualmente buenos, cayendo estos por la mala voluntad, aquellos, más ampliamente ayudados, llegaron a aquella plenitud de bienaventuranza por la cual se harían certísimos de que nunca caerían: como ya tratamos en el libro que sigue a este (Cap. XIII). Se debe confesar, por tanto, con la debida alabanza del Creador, que no pertenece solo a los santos hombres, sino que también de los santos ángeles puede decirse que la caridad de Dios está difundida en ellos por el Espíritu Santo que les ha sido dado (Rom V, 5); y que no solo de los hombres, sino primordial y principalmente de los ángeles es el bien que está escrito: «Para mí, en cambio, adherirme a Dios es bueno» (Sal LXXII, 28). Para quienes este bien es común, tienen tanto con aquel a quien se adhieren como entre sí una sociedad santa, y son una ciudad de Dios, y ella misma es su sacrificio vivo y su templo vivo. Cuya parte, que se congrega de los hombres mortales para ser unida a los ángeles inmortales, y ahora peregrina mortalmente en las tierras, o descansa en aquellos que fallecieron por la muerte en los secretos receptáculos y sedes de las almas—cómo surgió por la creación del mismo Dios, como se dijo de los ángeles, veo que ya debe decirse. Pues de un solo hombre, a quien Dios primero fundó, tomó su inicio el género humano, según la fe de la Sagrada Escritura, la cual tiene no inmerecidamente una admirable autoridad en

el orbe de las tierras y en todas las naciones, las cuales predijo con verdadera divinidad que creerían en ella, entre otras cosas verdaderas que dijo.

CAPÍTULO X.

De la falsedad de aquella historia que adscribe muchos miles de años a los tiempos pasados.

1. Omitamos, por tanto, las conjeturas de los hombres que no saben lo que dicen sobre la naturaleza o la institución del género humano. Pues algunos, como creyeron sobre el mundo mismo, opinan que siempre ha habido hombres. Por lo cual dice también Apuleyo, cuando describía este género de seres animados: «Individualmente mortales, pero perpetuos como un todo en su género universal» (En el libro sobre el dios de Sócrates). Y cuando se les ha dicho que, si siempre existió el género humano, de qué modo es verdadera su historia, que narra quiénes fueron los inventores de qué cosas, quiénes los primeros institores de las disciplinas liberales y de otras artes, o por quiénes primero comenzó a ser habitada esta o aquella región y parte de las tierras, esta o aquella isla: responden que por diluvios y conflagraciones, por ciertos intervalos de tiempos, no ciertamente todas las cosas, sino la mayoría de las tierras son de tal modo devastadas que los hombres son reducidos a una exigua escasez, de cuya progenie de nuevo se repara la multitud pristina, y así una y otra vez se repara e instituye como si fuera la primera vez, cuando más bien se restauran las cosas que habían sido

interrumpidas y extinguidas por aquellas excesivas devastaciones; por lo demás, que el hombre no puede existir en absoluto sino del hombre. Pero dicen lo que piensan, no lo que saben.

2. Los engañan también ciertos escritos mentirosísimos que pretenden que en la historia de los tiempos se contienen muchos miles de años: cuando por las Sagradas Letras computamos que aún no se han completado seis mil años desde la institución del hombre. Por lo cual, para no disputar largamente cómo se refuta la vanidad de aquellos escritos en los que se refieren muchos más miles de años, y no se encuentra en ellos ninguna autoridad idónea para este asunto; aquella epístola de Alejandro Magno a su madre Olimpia, que escribió insinuando la narración de un cierto sacerdote egipcio, que produjo de los escritos que se tenían por sagrados entre ellos, conteniendo los reinos que también la historia griega conoce: en los cuales el reino de los asirios en la misma epístola de Alejandro excede los cinco mil años; pero en la historia griega tiene cerca de mil trescientos desde el principado del mismo Belo, a quien aquel egipcio pone también en el exordio del mismo reino. En cuanto al imperio de los persas y de los macedonios hasta el mismo Alejandro, a quien hablaba, aquel lo constituyó en más de ocho mil años: cuando entre los griegos los macedonios hasta la muerte de Alejandro se encuentran cuatrocientos ochenta y cinco; de los persas, en cambio, hasta que se terminó por la victoria del mismo Alejandro, se computan doscientos treinta y tres. Por tanto, estos números

de años son mucho menores que aquellos de los egipcios, ni se igualarían a ellos aunque se computaran por triplicado. Pues se dice que los egipcios antiguamente tuvieron años tan breves que se terminaban en cuatro meses. Por lo cual un año más pleno y verdadero, cual ahora es para nosotros y para ellos, comprendía tres de sus años antiguos. Pero ni aun así, como dije, concuerda la historia griega con la egipcia en el número de los tiempos. Y por eso se debe dar fe más bien a la griega: porque no excede la verdad de los años que se contienen en nuestras Letras, que son verdaderamente sagradas. Además, si esta epístola de Alejandro, que es muy conocida, discrepa mucho en los espacios de los tiempos de la fe probable de las cosas; ¿cuánto menos se ha de creer a aquellos escritos que, llenos de antigüedades como fabulosas, han querido presentar contra la autoridad de los libros divinos y conocidísimos, que predijeron que todo el orbe creería en ellos, y a los cuales todo el orbe, como fue predicho por ellos, creyó; los cuales muestran que narraron verdades del pasado por aquellas cosas que prenunciaron como futuras, cuando se cumplen con tanta verdad?

CAPÍTULO XI.

De aquellos que ciertamente no piensan que este mundo sea sempiterno, sino que opinan o que hay innumerables mundos, o que este mismo uno, por una cierta conclusión de los siglos, siempre nace y se resuelve.

Pero otros que no consideran que este mundo sea sempiterno, ya sea que opinen que no es el solo, sino que hay innumerables, o bien que es el solo, pero que nace y muere innumerables veces por ciertos intervalos de siglos; es necesario que confiesen que el género de los hombres existió antes de que hubiera hombres engendradores. Pues ni como por los aluviones e incendios de las tierras, los cuales ellos no piensan que ocurran en todo el orbe por completo, y por eso sostienen que siempre permanecen unos pocos hombres de los cuales se repare la multitud pristina, así también estos pueden pensar que algunos de los hombres queden en el mundo cuando el mundo perece: sino que, así como piensan que el mundo mismo renace de su propia materia, así en él, de sus elementos, piensan que brota el género humano, y después de los padres la progenie de los mortales, como la de los demás animales.

CAPÍTULO XII.

Qué se debe responder a aquellos que alegan que la primera condición del hombre fue tardía.

En cuanto a lo que respondimos, cuando se trataba la cuestión del origen del mundo, a aquellos que no quieren creer que no siempre fue, sino que comenzó a ser, como también Platón confiesa abiertamente (En el Timeo), aunque algunos crean que sintió de modo contrario a lo que dice: esto mismo respondería sobre la primera condición del hombre, por causa de aquellos que de modo semejante se mueven por qué el hombre

no fue creado por innumerables e infinitos tiempos retroactivos, y fue fundado tan tarde que se encuentra en las Sagradas Letras que hace menos de seis mil años comenzó a ser. Pues si la brevedad del tiempo los ofende, porque les parecen tan pocos años desde que el hombre fue instituido según se lee en nuestras autoridades; consideren que nada es duradero en lo que hay algo extremo, y que todos los espacios definidos de los siglos, si se comparan con la eternidad interminable, no deben ser estimados como exiguos, sino como nada. Y por esto, si no se dijeran cinco o seis mil, sino incluso sesenta mil, o seiscientos mil, o sesenta veces, o seiscientas veces, o seiscientas mil veces mil años; o del mismo modo si se multiplicara esta suma tantas veces por otras tantas, donde ya no tuviéramos nombre para el número, desde que Dios hizo al hombre; de modo semejante podría preguntarse por qué no lo hizo antes. Pues el cese de Dios de la creación del hombre hacia atrás, eterno y sin inicio, es tan grande que si se le compara cualquier numerosa cantidad de tiempos, por grande e inefable que sea, que sin embargo esté concluida por el fin de un cierto espacio, ni siquiera debería parecer tan grande como si comparáramos una brevísima gota de humedad con el mar universal, incluso con cuanto el Océano circunda: puesto que de estos dos, uno ciertamente es pequeñísimo y el otro incomparablemente grande, pero ambos son finitos; en cambio, aquel espacio de tiempo que progresa desde algún inicio y se coarta por algún término, por mucha magnitud que se extienda,

comparado con aquel que no tiene inicio, no sé si debe ser reputado como mínimo o más bien como nada.

Pues si desde aquí, desde el fin, se restaran uno por uno incluso los momentos más breves, decreciendo el número, aunque sea tan ingente que no encuentre nombre al volver hacia atrás; tal como si restas los días del hombre desde aquel en que ahora vive hasta aquel en que nació: en algún momento aquella resta será conducida al inicio. Pero si se restan hacia atrás en el espacio que no comenzó por ningún exordio, no digo uno por uno los minutos momentos, o las cantidades de horas o de días o de meses o de años; sino espacios tan grandes como aquella suma de años comprende, que ya no puede decirse por cualesquiera computadores, la cual sin embargo se consume por la resta de momentos minuciosamente; y si se restan estos espacios tan grandes, no una vez y otra y más veces, sino siempre: ¿qué pasa, qué sucede, cuando nunca se llega al inicio, que no es absolutamente ninguno? Por lo cual, lo que nosotros ahora preguntamos después de cinco mil y pico de años, también los pósteros podrían requerir con la misma curiosidad incluso después de seiscientas mil veces seiscientos mil años, si en tanto perseverara esta mortalidad de los hombres surgiendo y falleciendo, y la imperita flaqueza. También pudieron mover esta cuestión los que fueron antes de nosotros, en los mismos tiempos recientes del hombre creado. Finalmente, el primer hombre mismo, o al día siguiente, o el mismo día después de que fue hecho, pudo

inquirir por qué no fue hecho antes. Y en cualquier momento que antes hubiera sido hecho, no encontraría entonces y ahora, o también después, otras y otras fuerzas esta controversia sobre el inicio de las cosas temporales.

CAPÍTULO XIII.

De la revolución de los siglos, por la cual algunos filósofos creyeron que, concluidos estos con un fin cierto, todas las cosas siempre han de volver al mismo orden y a la misma especie.

1. Pero los filósofos de este mundo no pensaron que pudieran o debieran resolver esto de otro modo, sino induciendo circuitos de tiempos por los cuales aseveraran que las mismas cosas siempre habían sido renovadas y repetidas en la naturaleza de las cosas, y que así en adelante serían los volúmenes de los siglos venideros y pasados sin cesar: ya sea que estos circuitos se hicieran en un mundo permanente, o que el mundo, naciendo y muriendo por ciertos intervalos, exhibiera siempre las mismas cosas como nuevas, las que ya pasaron y las que han de venir. De este ludibrio ciertamente no pueden liberar al alma inmortal, incluso cuando ha percibido la sabiduría, yendo sin cesar a una falsa bienaventuranza y volviendo sin cesar a una verdadera miseria. Pues ¿cómo es verdadera bienaventuranza aquella de cuya eternidad nunca se confía, mientras el alma o ignorantísimamente en la verdad no sabe la miseria venidera, o infelicísimamente en la bienaventuranza la teme? O si, para no volver nunca más a

las miserias, de estas pasa a la bienaventuranza; se produce, por tanto, algo nuevo en el tiempo que no tiene fin de tiempo. ¿Por qué no, entonces, también el mundo? ¿Por qué no también el hombre hecho en el mundo? Para que aquellos no sé qué falsos circuitos, descubiertos por falsos y falaces sabios, sean evitados en la doctrina sana por la senda de un camino recto.

2. Pues algunos también quieren que se entienda que lo que se lee en el libro de Salomón, que se llama Eclesiastés, ¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Y qué es lo que se hizo? Lo mismo que se hará: y no hay nada nuevo bajo el sol. ¿Quién hablará y dirá: He aquí que esto es nuevo? Ya fue en los siglos que fueron antes de nosotros (Ecl I, 9, 10); por causa de estos circuitos que vuelven a las mismas cosas y revocan todas las cosas a lo mismo, quieren que se entienda dicho: lo cual él dijo o de estas cosas de las que hablaba arriba, esto es, de unas generaciones que pasan y otras que vienen, de los rodeos del sol, de las caídas de los torrentes; o ciertamente de los géneros de todas las cosas que nacen y mueren. Pues hubo hombres antes de nosotros, los hay con nosotros y los habrá después de nosotros; así cualesquiera seres animados o arboledas. Los mismos monstruos que nacen inusitadamente, aunque sean diversos entre sí y se narre que algunos de ellos ocurrieron una sola vez, sin embargo, según aquello de que son generalmente milagros y monstruos, ciertamente tanto fueron como serán; ni es reciente ni nuevo que nazca un monstruo bajo el sol. Aunque algunos enten-

dieron estas palabras como si el sabio hubiera querido que se entendiera que todas las cosas ya habían sido hechas en la predestinación de Dios, y por eso nada es nuevo bajo el sol. Lejos esté, sin embargo, de la recta fe que creamos que con estas palabras de Salomón se significan aquellos circuitos por los cuales ellos piensan que se repiten de tal modo los mismos volúmenes de los tiempos y de las cosas temporales que, verbigracia, así como en este siglo el filósofo Platón enseñó a sus discípulos en la ciudad de Atenas y en aquella escuela que se llamó Academia, así por innumerables siglos pasados, con intervalos ciertamente muy prolongados pero ciertos, tanto el mismo Platón como la misma ciudad y la misma escuela y los mismos discípulos se repitieron, y han de repetirse por innumerables siglos en adelante: lejos esté, digo, que creamos estas cosas. Pues una sola vez murió Cristo por nuestros pecados; resurgiendo, en cambio, de los muertos ya no muere, y la muerte no tendrá más dominio sobre él (Rom VI, 9): y nosotros después de la resurrección estaremos siempre con el Señor (I Tes IV, 16), a quien ahora decimos lo que el sagrado Salmo amonesta: «Tú, Señor, nos guardarás y nos custodiarás de esta generación para siempre». Pienso, además, que les conviene bastante lo que sigue: «En circuito caminan los impíos» (Sal XI, 8, 9): no porque su vida haya de retornar por los círculos que imaginan, sino porque tal es ahora la vía de su error, esto es, la falsa doctrina.

CAPÍTULO XIV.

De la condición temporal del género humano, la cual Dios no constituyó ni por un nuevo consejo ni por una voluntad mudable.

¿Qué maravilla es, entonces, si errando en estos circuitos, no encuentran ni entrada ni salida? Porque no saben ni con qué inicio comenzó el género humano y esta mortalidad nuestra, ni con qué fin se cerrará; puesto que ciertamente no pueden penetrar la altura de Dios: porque aunque él mismo sea eterno y sin inicio, sin embargo desde algún inicio dio comienzo a los tiempos, e hizo en el tiempo al hombre que nunca antes había hecho, no sin embargo por un consejo nuevo y repentino, sino por uno inconmutable y eterno. ¿Quién podrá investigar esta altura investigable y escudriñar esta inescrutable, según la cual Dios fundó en el tiempo al hombre temporal, antes del cual nunca hubo ningún hombre, no por voluntad mudable, y multiplicó el género humano de uno solo? Puesto que ciertamente el mismo Salmo, habiendo premisado y dicho: «Tú, Señor, nos guardarás y nos custodiarás de esta generación para siempre»; y después habiendo rebatido a aquellos en cuya necia e impía doctrina no se preserva ninguna eternidad de liberación y bienaventuranza del alma, subyugando inmediatamente: «En circuito caminan los impíos»; como si se le dijera a él: ¿Qué crees tú entonces, qué sientes, qué entiendes? ¿Acaso se ha de pensar que de repente le plugo a Dios hacer al hombre, a quien nunca antes había hecho en la infinita eternidad retroactiva, a quien nada nuevo puede sucederle, en quien no hay nada mudable? inme-

diatamente respondió hablando al mismo Dios: «Según tu altura multiplicaste a los hijos de los hombres» (Ibíd.). Sientan los hombres lo que piensan, dice, y opinen y disputen lo que les plazca: «Según tu altura», que ningún hombre puede conocer, «multiplicaste a los hijos de los hombres». Pues es sumamente alto tanto que Dios haya sido siempre, como que haya querido hacer primero desde algún tiempo al hombre temporal, a quien nunca había hecho, ni cambió su consejo y voluntad.

CAPÍTULO XVI.

Cómo se debe entender la vida eterna prometida por Dios al hombre antes de los tiempos eternos.

Confieso que ignoro qué siglos transcurrieron antes de que se instituyera el género humano; sin embargo, no dudo que nada de lo creado es en absoluto coeterno con el Creador. Dice también el Apóstol «tiempos eternos», y no los futuros, sino, lo que es más de admirar, los pasados. Pues así dice: «En la esperanza de la vida eterna, la cual prometió Dios, que no miente, antes de los tiempos eternos; pero manifestó en sus tiempos su Verbo» (Tit. 1, 2 y 3). He aquí que dijo que hubo tiempos eternos hacia atrás, los cuales sin embargo no fueron coeternos con Dios. Si en verdad él no solo era antes de los tiempos eternos, sino que también prometió la vida eterna, la cual manifestó en sus tiempos, es decir, en los congruos, ¿qué otra cosa sino su Verbo? Pues esto es la vida eterna. Pero ¿cómo prometió, habiendo

ciertamente prometido a los hombres, que aún no existían antes de los tiempos eternos; a no ser porque en su propia eternidad, y en su mismo Verbo coeterno con él, ya estaba fijado por la predestinación lo que había de ser en su tiempo?

CAPÍTULO XVII.---Qué defiende la fe sana acerca del consejo o voluntad inconmutable de Dios, contra las razonamientos de aquellos que quieren que las obras de Dios, repetidas desde la eternidad, vuelvan siempre por los mismos circuitos de los siglos.

1. Tampoco dudo de esto, que antes de que el primer hombre fuera creado, nunca hubo ningún hombre; ni ese mismo, revuelto por no sé qué circuitos, no sé cuántas veces, ni ningún otro semejante por naturaleza. Ni me disuaden de esta fe los argumentos de los filósofos, de los cuales se piensa que es el más agudo aquel que dicen, que ninguna cosa infinita puede ser comprendida por ciencia alguna; y por esto, dicen, Dios tiene ante sí todas las razones finitas de todas las cosas finitas que hace. Pero su bondad nunca se ha de creer que estuvo vacía, para que su operación no sea temporal, de la cual hacia atrás hubo una cesación eterna, como si se hubiera arrepentido de su previa vacación sin inicio, y por ello hubiera emprendido el inicio de su obra. Y por eso es necesario, dicen, que siempre se repitan las mismas cosas, y que siempre habiendo de repetirse transcurran: ya sea permaneciendo el mundo de modo mudable, el cual aunque nunca dejó de ser, sin embargo fue hecho sin inicio de tiempo; o también su origen y ocaso siempre repetido

por aquellos circuitos, y siempre habiendo de repetirse: para que, a saber, si alguna vez se dice que las obras de Dios comenzaron por primera vez, se crea que de algún modo condenó como inerte y ociosa su previa vacación sin inicio, y por eso desagradable para sí, y por esto la cambió. Pero si se afirma que siempre obró cosas temporales, pero unas tras otras, y así alguna vez llegó también a hacer al hombre, a quien nunca antes había hecho: parecería que hizo lo que hizo no por ciencia, por la cual piensan que no pueden comprenderse cualesquiera cosas infinitas, sino como por el momento, según le venía a la mente, por una cierta inconstancia fortuita. Además, si se admiten aquellos circuitos, dicen, por los cuales, ya sea permaneciendo el mundo, o insertando él mismo sus orígenes y ocasos revolubles en los mismos circuitos, se repiten las mismas cosas temporales, ni se atribuye a Dios un ocio ignavo, especialmente de tan larga duración sin inicio, ni una temeridad imprevista de sus obras. Porque si no se repitieran las mismas cosas, no podrían, variadas por una diversidad infinita, ser comprendidas por ciencia o presciencia alguna suya.

2. Estas argumentaciones, por las cuales los impíos intentan desviar nuestra sencilla piedad del camino recto para que caminemos con ellos en circuito, si la razón no pudiera refutarlas, la fe debería burlarse de ellas. A esto se añade que, con la ayuda del Señor nuestro Dios, la razón manifiesta rompe estos círculos volubles que la opinión finge. Pues en esto yerran principalmen-

te estos hombres, que prefieren caminar en un circuito falso antes que por el camino verdadero y recto, porque miden la mente divina, totalmente inconmutable, capaz de cualquier infinitud y que numera todas las cosas innumerables sin alternancia de pensamiento, por la suya humana, mudable y estrecha. Y les sucede lo que dice el Apóstol: «comparándose, en efecto, a sí mismos consigo mismos, no entienden» (2 Cor. 10, 12). Pues porque cualquier cosa nueva que les viene a la mente para ser hecha, la hacen por un nuevo consejo (pues llevan mentes mudables); de seguro, no pensando en Dios, a quien no pueden concebir, sino pensando en sí mismos en lugar de él, no lo comparan a él sino a sí mismos, ni con él, sino con ellos mismos. Pero a nosotros no nos es lícito creer que Dios es afectado de un modo cuando está en vacación y de otro cuando obra: porque no se ha de decir que es afectado, como si ocurriera algo en su naturaleza que antes no hubiera sido. Pues padece quien es afectado, y es mudable todo lo que padece algo. No se piense, pues, en su vacación la ignavia, la desidia o la inercia; así como tampoco en su obra el trabajo, el esfuerzo o la industria. Sabe actuar descansando y descansar actuando. Puede aplicar a una obra nueva un consejo no nuevo, sino sempiterno; ni comenzó a hacer lo que no había hecho arrepintiéndose porque antes hubiera cesado. Pero aunque antes cesara y después obrara (lo cual no sé de qué modo pueda ser entendido por el hombre), esto que se dice «antes» y «después» estuvo sin duda en las cosas que antes no existían y des-

pués existieron. Pero en él no cambió ni quitó una voluntad subsiguiente a otra precedente, sino que por una misma, sempiterna e inconmutable voluntad hizo que las cosas que fundó primero no fueran, mientras no fueron, y que después fueran, cuando comenzaron a ser: mostrando de este modo quizá maravillosamente a quienes pueden ver tales cosas, cómo no tuvo necesidad de ellas, sino que las fundó por gratuita bondad, pues sin ellas permaneció desde la eternidad que carece de inicio en una bienaventuranza no menor.

CAPÍTULO XVIII.

Contra aquellos que dicen que las cosas que son infinitas no pueden ser comprendidas ni siquiera por la ciencia de Dios.

Pero aquello otro que dicen, que las cosas que son infinitas no pueden ser comprendidas ni siquiera por la ciencia de Dios; les queda que se atrevan a decir, y que se sumerjan en este profundo abismo de impiedad, que Dios no conoce todos los números. Pues que ellos son infinitos, es certísimo: puesto que en cualquier número que pienses que se ha de poner un límite, ese mismo puede ser aumentado, no digo añadiendo uno, sino por grande que sea y por vasta multitud que contenga en la misma razón y ciencia de los números, puede ser no solo duplicado, sino incluso multiplicado. Así, en verdad, cada número está terminado por sus propias propiedades, de modo que ninguno de ellos puede ser igual a cualquier otro. Por tanto, son tanto dispares entre sí como diversos, y cada uno de ellos es finito, y todos

son infinitos. ¿Acaso por la infinitud no conoce Dios todos los números; y la ciencia de Dios llega hasta una cierta suma de números e ignora los demás? ¿Quién, aun el más demente, diría esto? Ni se atreverán aquellos a despreciar los números y a decir que no pertenecen a la ciencia de Dios, entre quienes Platón encomienda a Dios con gran autoridad fabricando el mundo por medio de números (En el Timeo): ¿y entre nosotros se lee dicho a Dios: «Todo lo dispusiste en medida, número y peso» (Sab. 11, 21)? De quien dice también el profeta: «El cual saca el siglo por número» (Is. 40, 26, sec. LXX). Y el Salvador en el Evangelio dice: «Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados» (Mt. 10, 30). Lejos esté, pues, que dudemos que le es conocido todo número, «de cuya inteligencia», como se canta en el Salmo, «no hay número» (Sal. 146, 5). Por tanto, la infinitud del número, aunque no haya número de los números infinitos, no es sin embargo incomprensible para aquel de cuya inteligencia no hay número. Por lo cual, si todo lo que se comprende por la ciencia es terminado por la comprensión del que conoce; ciertamente también toda infinitud es de un cierto modo inefable finita para Dios, porque no es incomprensible para su ciencia. Por lo cual, si la infinitud de los números no puede ser infinita para la ciencia de Dios, por la cual es comprendida; ¿quiénes somos nosotros, hombrecillos, para presumir fijar límites a su ciencia, diciendo que, si no se repitieran las mismas cosas temporales por los mismos circuitos de los tiempos, Dios no puede ni conocer de antemano todas las cosas

que hizo para hacerlas, ni conocerlas cuando las haya hecho? cuya sabiduría, simplemente múltiple y uniformemente multiforme, comprende todas las cosas incomprensibles con una comprensión tan incomprensible, que si siempre quisiera hacer cosas nuevas y disímiles consecuentes a las precedentes, no podría tenerlas desordenadas e imprevistas; ni las prevería desde un tiempo cercano, sino que las contendría en su eterna presciencia.

CAPÍTULO XIX.

De los siglos de los siglos.

Si acaso lo hace así, y se acoplan con conexión continuada los que se llaman siglos de los siglos, unos tras otros sin embargo, transcurriendo con una disimilitud ordenada, permaneciendo sin fin en su bienaventurada inmortalidad al menos aquellos que son liberados de la miseria; o si se llaman siglos de los siglos de modo que se entiendan como los siglos que permanecen con inconmovible estabilidad en la sabiduría de Dios, como causas eficientes de estos que pasan con el tiempo, no me atrevo a definirlo. Pues tal vez pueda decirse «siglo» lo que son «siglos»; de modo que no se afirme otra cosa por «siglo del siglo» que «siglos de los siglos»: así como no se dice otra cosa por «cielo del cielo» que «cielos de los cielos». Pues Dios llamó cielo al firmamento sobre el cual están las aguas (Gén. 1, 8), y sin embargo el Salmo dice: «Y las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor» (Sal.

148, 4). Cuál de estas dos cosas sea, o si además de estas dos pueda entenderse alguna otra cosa de los siglos de los siglos, es una cuestión profundísima: ni impide esto que ahora tratamos si se difiere mientras tanto sin discutir; ya sea que podamos definir algo en ella, ya sea que el trato más diligente nos haga más cautos, para que en tanta oscuridad de las cosas no nos atrevamos a afirmar nada temerariamente. Pues ahora disputamos contra la opinión por la cual se aseveran aquellos circuitos, por los cuales se piensa que es necesario que siempre se repitan las mismas cosas por intervalos de tiempos. Pero cualquiera de aquellas sentencias sobre los siglos de los siglos que sea verdadera, nada pertenece a estos circuitos: puesto que, ya sea que haya siglos de los siglos, no repetidos los mismos, sino procediendo uno de otro con conexión ordenadísima, permaneciendo certísima la bienaventuranza de los liberados sin ningún recurso de miserias; o ya sea que los siglos de los siglos sean los eternos de las cosas temporales como dominantes de sus súbditos, aquellos circuitos que revuelven las mismas cosas no tienen lugar, a los cuales refuta principalmente la vida eterna de los santos (Mt. 25, 46).

CAPÍTULO XX.

De la impiedad de aquellos que asertan que las almas partícipes de la suma y verdadera bienaventuranza, una y otra vez por los circuitos de los tiempos volverán a las mismas miserias y trabajos.

Pues ¿qué oídos de piadosos soportarían que, después de una vida medida por tantas y tan grandes calamidades (si es que ha de llamarse vida esta que es más bien muerte, tan grave que la muerte que de esta libera es temida por el amor de esta muerte), después de tan grandes males y tan muchos y horrendos, por fin alguna vez por la verdadera religión y sabiduría expiados y terminados, se llegue así al conspecto de Dios, y así se haga uno bienaventurado por la contemplación de la luz incorpórea por la participación de su inmutable inmortalidad, para cuya obtención nos inflamamos de amor, que sea necesario alguna vez desampararla, y los que la desamparan, derribados de aquella eternidad, verdad y felicidad, se vean implicados en la mortalidad tartárea, en la torpe estulticia, en miserias execrables, donde se pierda a Dios, donde se tenga en odio la verdad, donde por inmundas maldades se busque la bienaventuranza; y esto una y otra vez sin ningún fin de los anteriores y posteriores por ciertos intervalos y dimensiones de los siglos hecho y por hacer; y esto para que puedan ser conocidas sus obras por Dios, yendo y volviendo siempre los circuitos definidos por nuestras falsas bienaventuranzas y verdaderas miserias, alternativamente por cierto, pero sempiternas por revolución incesante; ¿puesto que ni pueda descansar de hacer, ni pueda, conociendo, indagar aquellas cosas que son infinitas? ¿Quién oiría estas cosas? ¿Quién las creería? ¿Quién las soportaría? Las cuales, si fueran verdaderas, no solo se callarían más prudentemente, sino que también (para decir como

puedo lo que quiero) más doctamente se ignorarían. Pues si no tendremos estas cosas allí en la memoria, y por eso seremos bienaventurados, ¿por qué aquí por su ciencia se grava más nuestra miseria? Pero si allí necesariamente hemos de saberlas, al menos aquí no las sepamos, para que aquí sea más feliz la expectación que allí la obtención del sumo bien: cuando aquí se espera conseguir la vida eterna; allí, en cambio, se conoce que la vida bienaventurada, pero no eterna, alguna vez ha de perderse.

Pero si dicen que nadie puede llegar a aquella bienaventuranza si no hubiere conocido en la erudición de esta vida estos circuitos, donde la bienaventuranza y la miseria alternan por turno; ¿cómo, pues, confiesan que cuanto más cada uno hubiere amado a Dios, tanto más fácilmente llegará a la bienaventuranza, los que enseñan aquellas cosas por las cuales el amor mismo se entorpezca? Pues ¿quién no amaría más remisa y tibiamente a aquel a quien piensa que necesariamente ha de desamparar, y ha de sentir contra su verdad y sabiduría, y esto cuando hubiere llegado a su noticia plena según su capacidad por la perfección de la bienaventuranza; cuando ni siquiera a un hombre amigo pueda cada uno amar fielmente, de quien supiere que ha de ser enemigo? Pero lejos esté que sean verdaderas las cosas que nos amenazan con una verdadera miseria que nunca ha de terminarse, sino que por interposiciones de falsa bienaventuranza ha de romperse a menudo y sin fin. Pues ¿qué hay más falso y falaz que aquella bienaventuranza

donde, o no sepamos en tanta luz de la verdad que habremos de ser miserables, o lo temamos en la suma alcázar de la felicidad? Pues si hemos de ignorar la calamidad venidera, más perita es aquí nuestra miseria, donde conocemos la bienaventuranza venidera. Pero si allí no nos ha de estar oculta la ruina inminente, más bienaventuradamente pasa los tiempos el alma misera por los cuales, una vez pasados, sea elevada a la bienaventuranza, que la bienaventurada por los cuales, una vez pasados, sea revuelta a la miseria. Y así la esperanza de nuestra infelicidad es feliz, y la de nuestra felicidad, infeliz. De donde resulta que, porque aquí padecemos males presentes, allí tememos los inminentes, siempre podamos ser más verdaderamente míseros que alguna vez bienaventurados.

3. Pero puesto que estas cosas son falsas clamando la piedad y convenciendo la verdad (puesto que se nos promete verdaderamente aquella verdadera felicidad, cuya cierta seguridad habrá de ser siempre retenida y por ninguna infelicidad rota); siguiendo la vía recta, que para nosotros es Cristo, con él como guía y salvador apartemos el camino de la fe y la mente del vano e inepto circuito de los impíos. Pues si sobre estos circuitos y las idas y vueltas de las almas que alternan sin cesar Porfirio el platónico no quiso seguir la opinión de los suyos, ya sea movido por la vanidad de la cosa misma, ya sea respetando ya los tiempos cristianos; y como conmemoré en el libro décimo (cap. 30), prefirió decir que el alma fue entregada al mundo para conocer los males,

para que, liberada y purgada de ellos, cuando haya vuelto al Padre, nada más sufra de tal clase: ¿cuánto más nosotros debemos detestar y evitar esa falsedad enemiga de la fe cristiana? Pero evacuados y frustrados estos circuitos, ninguna necesidad nos compele a pensar por ello que el género humano no tiene un inicio de tiempo desde el cual comenzó a ser, porque por no sé qué circuitos nada haya nuevo en las cosas que no haya sido también antes por ciertos intervalos de tiempos, y haya de ser después. Pues si el alma es liberada para no volver a las miserias, como nunca antes fue liberada, se hace en ella algo que antes nunca se hizo, y esto ciertamente muy grande, es decir, una felicidad eterna que nunca cese. Pero si en una naturaleza inmortal se hace tan gran novedad, no repetida por ningún circuito, ni que haya de repetirse, ¿por qué se contiende que en las cosas mortales no pueda hacerse? Si dicen que no se hace en el alma una novedad de bienaventuranza, puesto que vuelve a aquella en que siempre estuvo, ciertamente la misma liberación se hace nueva, cuando es liberada de la miseria en que nunca estuvo, y esa misma novedad de la miseria se hizo en ella, la cual nunca fue. Pero esta novedad, si no viene al orden de las cosas que son gobernadas por la divina providencia, sino que sucede más bien por azar, ¿dónde están aquellos circuitos determinados y medidos en los cuales nada nuevo se hace, sino que se repiten las mismas cosas que fueron? Pero si también esta novedad no es excluida de la ordenación de la providencia, ya sea que haya sido

dada al alma, ya sea que haya caído, pueden hacerse cosas nuevas que ni antes se hayan hecho, ni sin embargo sean ajenas al orden de las cosas. Y si el alma pudo por imprudencia hacerse una nueva miseria, que no fuera imprevista para la divina providencia, para incluir esta también en el orden de las cosas, y no imprevistamente liberarla de esta; ¿con qué temeridad de la vanidad humana, por fin, nos atrevemos a negar que la divinidad puede hacer cosas, nuevas no para sí, sino para el mundo, que ni antes haya hecho, ni nunca haya tenido imprevistas? Pero si dicen que las almas liberadas ciertamente no volverán a la miseria, pero cuando esto se hace, nada nuevo se hace en las cosas, puesto que siempre otras y otras han sido liberadas, y son liberadas, y serán liberadas: concedan ciertamente esto, si es así, que se hacen nuevas almas, para las cuales haya tanto una nueva miseria como una nueva liberación. Pues si dicen que son antiguas, y sempiternas hacia atrás, de las cuales diariamente se hacen nuevos hombres, de cuyos cuerpos, si hubieren vivido sabiamente, sean liberadas de tal modo que nunca sean revueltas a las miserias, consecuentemente habrán de decir que son infinitas. Pues por grande que hubiese sido un número finito de almas, no podría bastar para infinitos siglos hacia atrás, para que de él siempre se hicieran hombres, cuyas almas hubiesen de ser liberadas siempre de esta mortalidad, para nunca más volver a ella. Ni explicarán de ningún modo cómo, en las cosas que quieren que sean finitas para que puedan ser

conocidas por Dios, sea infinito el número de las almas.

4. Por lo cual, puesto que ya han sido explotados aquellos circuitos por los cuales se pensaba que el alma habría de volver necesariamente a las mismas miserias; ¿qué resta más conveniente a la piedad que creer que no es imposible para Dios tanto hacer cosas nuevas que nunca haya hecho, como por inefable presciencia no tener una voluntad mudable? Por lo demás, si el número de las almas liberadas que no habrán de volver más a las miserias puede siempre aumentarse, véanlo ellos, que tan sutilmente disputan sobre la cohibición de la infinitud de las cosas: nosotros, en verdad, terminamos nuestro raciocinio por ambos lados. Pues si puede, ¿qué causa hay para que se niegue que pudo ser creado lo que nunca antes había sido creado, si el número de las almas liberadas, que nunca antes fue, no solo se hizo una vez, sino que nunca dejará de hacerse? Pero si es oportuto que sea cierto algún número de almas liberadas que nunca vuelvan a la miseria, ni ese número se aumente más; incluso él mismo, sin duda, cualquiera que sea, antes ciertamente nunca fue: el cual por cierto no podría crecer y llegar al término de su cuantidad sin algún inicio; cuyo inicio de ese modo antes nunca fue. Para que esto, pues, fuese, fue creado el hombre, antes del cual no hubo ninguno.

CAPÍTULO XXI.

De la condición del único primer hombre, y en él del género humano.

Explicada, pues, cuanto pudimos, esta dificilísima cuestión sobre la eternidad de Dios que crea cosas nuevas sin ninguna novedad de voluntad, no es arduo ver que fue mucho mejor lo que se hizo, que de un solo hombre a quien primero fundó, multiplicase el género humano, que si lo hubiese comenzado de muchos. Pues habiendo instituido a los otros animales, unos solitarios y en cierto modo vagabundos de la soledad, esto es, que más apetecen la soledad, como son las águilas, los milanos, los leones, los lobos, y los que son así; otros gregarios, que prefieren vivir congregados y en greyes, como son las palomas, los estorninos, los ciervos, las gamas, y los demás de esta clase: sin embargo, no propagó ambos géneros de individuos singulares, sino que mandó que existiesen varios a la vez. Al hombre, en cambio, cuya naturaleza fundaba en cierto modo media entre los ángeles y las bestias, de tal manera que, si estando súbdito a su Creador como a verdadero Señor custodiase su precepto con piadosa obediencia, pasase al consorcio angélico, habiendo conseguido una bienaventurada inmortalidad sin ningún término y sin muerte media; pero si, usando soberbia y desobedientemente de su libre voluntad, ofendiese al Señor su Dios, adicto a la muerte viviese bestialmente, siervo de la líbido y destinado al eterno suplicio después de la muerte; a él lo creó uno y solo, no ciertamente para ser dejado solo sin sociedad humana, sino para que de ese modo se le recomendase más vehementemente la unidad de la misma sociedad y el vínculo de la concordia, si los hombres se enlasen no solo por

la similitud de la naturaleza, sino también por el afecto del parentesco; puesto que ni siquiera a la misma mujer que había de ser acoplada al varón le plugo crearla como a él, sino de él, para que todo el género humano se difundiese de un solo hombre.

CAPÍTULO XXII.---Que Dios presupo que el hombre, a quien primero fundó, habría de pecar; y al mismo tiempo previó qué tan gran pueblo de piadosos de su género habría de trasladar al consorcio angélico por su gracia.

Ni ignoraba Dios que el hombre habría de pecar, y siendo ya obnoxio a la muerte habría de propagar a hombres que habrían de morir, y que hasta tal punto progresarían los mortales en la inmensidad del pecar, que más segura y pacíficamente vivirían entre sí las bestias de su género, carentes de voluntad racional, cuyo exordio brotó de las aguas y las tierras en mayor número, que los hombres, cuyo género es propagado de uno para recomendar la concordia. Pues nunca entre sí los leones, o entre sí los dragones, han librado tales guerras como los hombres. Pero preveía también por su gracia que un pueblo de piadosos habría de ser llamado a la adopción, y justificado por el Espíritu Santo, perdonados los pecados, habría de ser asociado a los santos ángeles en paz eterna, destruida la última enemiga, la muerte: a cuyo pueblo habría de serle provechosa la consideración de este hecho, que Dios había instituido el género humano de un solo hombre para recomendar a los hombres cuán grata le es incluso en muchos la unidad.

CAPÍTULO XXIII.

De la naturaleza del alma humana creada a imagen de Dios.

Hizo, pues, Dios al hombre a su imagen. Pues tal alma le creó, por la cual por la razón y la inteligencia fuese superior a todos los animales terrestres y nadadores y volátiles, que no tuviesen una mente de esta clase. Y habiendo formado al varón del polvo terreno, y habiéndole indultado soplando un alma tal cual dije, ya sea la que ya había hecho, o más bien la hubiese hecho soplando, y hubiese querido que aquel hálito que hizo soplando (pues ¿qué otra cosa es soplar, sino hacer un hálito?) fuese el alma del hombre, también le hizo una cónyuge en ayuda de la generación, habiendo extraído un hueso de su costado, como Dios. Pues estas cosas no han de ser pensadas por la costumbre carnal, como solemos ver a los artífices fabricando de cualquier materia terrena con los miembros corporales lo que pudieron por la industria del arte. La mano de Dios es la potencia de Dios, que también obra las cosas visibles invisiblemente. Pero juzgan que estas cosas son fabulosas más bien que verdaderas aquellos que miden la virtud y la sabiduría de Dios, por la cual conoce y puede incluso sin semillas hacer las mismas semillas, por estas obras usuales y cotidianas; pero aquellas cosas que fueron instituidas primigeniamente, puesto que no las conocieron, las piensan infielmente: como si estas mismas cosas que conocieron sobre los conceptos y partos humanos, si se narrasen a los inexpertos, no fuesen más increíbles; aunque

también esas mismas cosas muchos las asignen más a las causas corporales de la naturaleza que a las obras de la mente divina.

CAPÍTULO XXIV.

Si de alguna, aun de la mínima criatura, pueden decirse creadores los ángeles.

Pero con estos no tenemos ningún negocio en estos libros, los cuales no creen que la mente divina haga o cuide de estas cosas. Pero aquellos que creen a su Platón, que no por aquel sumo Dios que fabricó el mundo, sino por otros menores, a los cuales él ciertamente creó, por su permiso o mandato fueron hechos todos los animales mortales, en los cuales el hombre tuviese el lugar principal y emparentado con los mismos dioses (En el Timeo); si careciesen de superstición, por la cual buscan de dónde justamente parezcan hacer ritos sagrados y sacrificios como a sus fundadores, fácilmente carecerán también del error de esta opinión. Pues no es lícito creer ni decir que el creador de cualquier naturaleza por mínima y mortal que sea sea nadie sino Dios, incluso antes de que pueda ser entendido. Pero los ángeles, a quienes ellos llaman más gustosamente dioses, aunque empleen su operación, ya mandados ya permitidos, en las cosas que se engendran en el mundo, sin embargo, tanto no los llamamos creadores de los animales, como tampoco a los agricultores de los frutos y los árboles.

CAPÍTULO XXV.

Que toda naturaleza y toda especie de la criatura universal no se forma sino por la obra de Dios.

Pues siendo una la especie que se aplica desde fuera a cualquier materia corporal, como obran los hombres alfareros y herreros y los artífices de esa clase, que también pintan y fingen formas similares a los cuerpos de los animales; otra, en cambio, la que tiene las causas eficientes desde dentro del secreto y oculto arbitrio de una naturaleza viviente e inteligente, la cual no solo hace las especies naturales de los cuerpos, sino también las mismas almas de los vivientes, mientras no es hecha: aquella especie sobredicha tribúyase a cualesquiera artífices; esta otra, en cambio, no sino al único artista creador y fundador Dios, que hizo el mundo mismo y a los ángeles sin ningún mundo y sin ningún ángel. Pues por qué fuerza divina, y, por así decirlo, efectiva, que no sabe ser hecha, sino hacer, recibió especie, cuando se hacía el mundo, la redondez del cielo y la redondez del sol; por esa misma fuerza divina y efectiva, que no sabe ser hecha, sino hacer, recibió especie la redondez del ojo y la redondez del fruto, y las demás figuras naturales que vemos en cualesquiera cosas que nacen, que no se aplican desde fuera, sino por la íntima potencia del Creador, que dijo: 'Yo lleno el cielo y la tierra' (Jer. 23, 24): y de quien es la sabiduría que 'alcanza de fin a fin fuertemente, y lo dispone todo suavemente' (Sab. 8, 1). Por consiguiente, hechos primigeniamente los ángeles, qué clase de ministerio prestaron al Creador que hacía lo demás, no lo sé; ni me atrevo a atribuirles lo que tal vez no pueden, ni debo

derogar lo que pueden. Sin embargo, la creación y condición de todas las naturalezas, por la cual resulta que sean enteramente naturalezas, se la atribuyo a aquel Dios, aun favoreciéndolo ellos, a quien ellos mismos también saben que deben lo que son con acción de gracias. No solo, pues, no llamamos a los agricultores creadores de cualesquiera frutos, cuando leemos: 'Ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios que da el incremento' (1 Cor. 3, 7): sino ni siquiera a la misma tierra, aunque parezca madre fecunda de todas las cosas, que promueve lo que irrumpe en gérmenes y lo contiene fijo por las raíces, cuando leemos igualmente: 'Dios le da cuerpo como quiso, y a cada una de las semillas su propio cuerpo' (1 Cor. 15, 38). Así ni debemos llamar a la mujer creadora de su parto, sino más bien a aquel que dijo a cierto siervo suyo: 'Antes que te formase en el útero, te conocí' (Jer. 1, 5). Aunque el alma de la gestante, afectada de tal o cual modo, pueda como vestir de algunas cualidades al feto, como hizo Jacob con las varas variadas para que las reses naciesen de color variado (Gén. 30, 37); sin embargo, aquella naturaleza que nace, tanto no la hizo ella misma, como ni ella misma se hizo a sí misma. Cualesquiera que sean, pues, las causas corporales o seminales que se apliquen para engendrar las cosas, ya por las operaciones de los ángeles o de los hombres, o de cualesquiera animales, ya por las mezclas de machos y hembras; cualesquiera que sean también los deseos o movimientos del alma de la madre que puedan salpicar algo de los lineamientos o colores en los

tiernos y blandos conceptos, las mismas naturalezas enteramente, que de tal o cual modo sean afectadas en su género, no las hace sino el sumo Dios: cuya oculta potencia penetrando todo por una incontaminable presencia hace que sea lo que de cualquier modo es, en cuanto que es; porque si no lo hiciese él, no sería tal o cual, sino que no podría ser en absoluto. Por lo cual, si en aquella especie que desde fuera imponen los artífices a las cosas corporales, decimos que la ciudad de Roma y la ciudad de Alejandría tuvieron por fundadores no a los herreros y arquitectos, sino a los reyes por cuya voluntad, consejo y mando fueron fabricadas, aquella a Rómulo, aquella a Alejandro: cuánto más no debemos llamar sino a Dios fundador de las naturalezas, que ni hace nada de aquella materia que él mismo no haya hecho, ni tiene operarios sino a los que él mismo creó; y si sustrajese su potencia, por así decirlo, fabricatoria de las cosas, tanto no serán, como no fueron antes de que fuesen hechas? Pero digo antes en la eraernidad, no en el tiempo. ¿Quién otro es el creador de los tiempos, sino quien hizo aquellas cosas por cuyos movimientos corriesen los tiempos?

CAPÍTULO XXVI.

De la opinión de los platónicos, por la cual pensaron que los ángeles ciertamente fueron fundados por Dios, pero que ellos mismos son los fundadores de los cuerpos humanos.

Así ciertamente Platón quiso que los dioses menores y hechos por el sumo Dios fuesen los

efectores de los demás animales, de tal modo que tomasen de él la parte inmortal, pero ellos mismos tejiesen la mortal (En el Timeo). Por consiguiente, no quiso que fuesen ellos los creadores de nuestras almas, sino de los cuerpos. De donde, puesto que Porfirio dice que por la purgación del alma debe huirse de todo cuerpo, y al mismo tiempo siente con su Platón y otros platónicos que aquellos que vivieron inmoderada y deshonestamente vuelven a cuerpos mortales para pagar las penas, Platón ciertamente incluso a los de las bestias, Porfirio solamente a los de los hombres; se sigue para ellos que digan que ese dioses, a quienes quieren que adoremos como a nuestros padres y fundadores, no son otra cosa que herreros de nuestros grillos o cárceles; y no nuestros institutores, sino nuestros inclusores y ligadores en ergástulas penosas y gravísimos vínculos. O, pues, dejen los platónicos de conminar las penas de las almas de estos cuerpos; o no nos prediquen que han de ser adorados esos dioses, cuya operación en nosotros nos exhortan a que, cuanto podemos, huyamos y evadamos; siendo, sin embargo, ambas cosas falsísimas. Pues ni así pagan las penas las almas cuando son revueltas de nuevo a esta vida; y de todos los vivientes, sea en el cielo o en la tierra, no hay ningún fundador sino aquel por quien fueron hechos el cielo y la tierra. Pues si no hay ninguna causa de vivir en este cuerpo sino por causa de vergonzosos suplicios; ¿cómo dice el mismo Platón que de otro modo no pudo hacerse el mundo hermosísimo y óptimo, sino llenándose de los géneros de todos

los animales, esto es, de inmortales y mortales (En el Timeo)? Pero si nuestra institución, por la cual fuimos fundados incluso como mortales, es un don divino; ¿cómo es una pena retornar a estos cuerpos, esto es, a los beneficios divinos? Y si Dios, como asiduamente conmemora Platón, así como del universo mundo, así contenía en su inteligencia eterna las especies de todos los animales, ¿cómo no fundaba él mismo todas las cosas? ¿O querría no ser artífice de algunos, de cuya efectuación tuviese el arte su mente inefable e inefablemente loable?

CAPÍTULO XXVII.

Que en el primer hombre surgió toda la plenitud del género humano, en la cual previó Dios qué parte había de ser honrada con el premio, cuál condenada con el suplicio.

1. Con mérito, pues, la verdadera religión reconoce y predica como fundador del universo mundo a aquel que lo es también de todos los animales, esto es, tanto de las almas como de los cuerpos. Entre las cuales cosas terrenas, el hombre, el principal, fue hecho uno por él a su imagen por aquella causa que dije, y si alguna otra mayor tal vez se oculta, pero no fue dejado solo. Pues nada hay tanto como este género tan discordioso por el vicio, tan social por la naturaleza. Ni más cómodamente hablaría la naturaleza humana, ya para precaver que no existiese el vicio de la discordia, ya para sanarlo cuando hubiese existido, que por el recuerdo de aquel progenitor a quien por eso quiso Dios crear uno, de quien

se propagase la multitud, para que con esta amonestación se conservase incluso en muchos la unidad concorde. Lo que, en verdad, la mujer le fue hecha de su costado, también de aquí se significó bastante cuán cara debe ser la conjunción del marido y la esposa. Estas obras de Dios son ciertamente inusitadas porque son las primeras. Pero los que no creen estas cosas no deben creer ningún prodigio de los que han sido hechos: pues ni ellos mismos, si se engendrasen por el curso acostumbrado de la naturaleza, se llamarían prodigios. Pero ¿qué se engendra en vano bajo tan gran gobierno de la divina providencia, aunque su causa se oculte? Dice un cierto salmo sagrado: 'Venid y ved las obras del Señor, qué prodigios ha puesto sobre la tierra' (Sal. 45, 9). Por qué, pues, del costado del varón fue hecha la mujer, y qué prefiguró este primer prodigio, por así decirlo, lo diré en otro lugar, cuanto Dios me ayudare.

2. Ahora, puesto que este libro ha de ser cerrado, en este primer hombre que fue fundado primigeniamente, no todavía ciertamente según la evidencia, pero ya sin embargo según la presciencia de Dios, estimemos que surgieron en el género humano las sociedades como dos ciudades. Pues de aquel habían de ser los hombres, unos para ser asociados con los ángeles malos en el suplicio, otros con los buenos en el premio, aunque por el oculto pero sin embargo justo juicio de Dios. Pues habiendo sido escrito: 'Todas las vías del Señor son misericordia y verdad' (Sal. 24, 10): ni su gracia puede ser injusta, ni su justicia cruel.

Libro D

ECIMOTERCERO.

En el cual se enseña que la muerte en los hombres es penal, y que surgió del pecado de Adán.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la caída del primer hombre, por la cual se contrajo la mortalidad.

Despachadas las dificilísimas cuestiones sobre el surgimiento de nuestro siglo y sobre el inicio del género humano, el orden de las cosas exige ahora de nosotros la institución de una disputa sobre la caída del primer hombre, o más bien de los primeros hombres, y sobre el origen y la propagación de la muerte humana. Pues no de aquel modo en que a los ángeles, había Dios creado a los hombres; para que aun si pecasen, no pudiesen morir en absoluto: sino de tal modo que a los que cumpliesen con el deber de la obediencia siguiese, sin la intervención de la muerte, la inmortalidad angélica y la bienaventurada eternidad; pero a los inobedientes castigase la muerte con una condenación justísima: lo cual también dijimos ya en el libro anterior (cap. 21).

CAPÍTULO II.

De aquella muerte que puede acontecer al alma que ha de vivir siempre de algún modo, y de aquella a la que el cuerpo está sujeto.

Pero sobre el mismo género de muerte veo que debo disertar un poco más diligentemente. Pues aunque el alma humana sea verdaderamente llamada inmortal, tiene sin embargo también ella misma una cierta muerte suya. Pues por eso se dice inmortal, porque de un cierto modo, por pequeño que sea, no deja de vivir y sentir: pero el cuerpo por eso es mortal, porque puede ser abandonado por toda vida, ni vive por sí mismo en modo alguno. La muerte, pues, del alma sucede cuando Dios la abandona: así como la del cuerpo, cuando el alma lo abandona. Por tanto, la muerte de ambas cosas, esto es, de todo el hombre, es cuando el alma, abandonada por Dios, abandona el cuerpo. Pues así ni ella vive de Dios, ni el cuerpo de ella. Pero a tal muerte de todo el hombre sigue aquella que la autoridad de las divinas elocuciones llama muerte segunda (Apoc. 2, 11; 21, 8). El Salvador significó esta, donde dice: "Temed a aquel que tiene potestad de perder el cuerpo y el alma en la gehena" (Mat. 10, 28). Lo cual, como no suceda antes de que el alma haya sido de tal modo copulada al cuerpo que no se separen por ninguna división; puede parecer admirable de qué modo se dice que el cuerpo es matado por aquella muerte por la cual no es abandonado por el alma, sino que, animado y sintiendo, es atormentado. Pues en aquella pena última y sempiterna, sobre la cual se ha de disertar más diligentemente en su lugar, rectamente se dice

muerte del alma, porque no vive de Dios; pero ¿de qué modo muerte del cuerpo, cuando vive del alma? pues no puede de otro modo sentir los mismos tormentos corporales que han de ser después de la resurrección. ¿O porque la vida de cualquier clase es algún bien, pero el dolor un mal, por eso ni se ha de decir que vive el cuerpo en el cual el alma no es causa de vivir, sino de dolerse? Vive, pues, el alma de Dios cuando vive bien; pues no puede vivir bien si Dios no opera en ella lo que es bueno: pero vive el cuerpo del alma cuando el alma vive en el cuerpo; ya viva ella misma, ya no viva de Dios. Pues la vida de los impíos en sus cuerpos no es vida de las almas, sino vida de los cuerpos: la cual pueden conferirles las almas incluso muertas, esto es, abandonadas por Dios, por cuanto no cesa su propia vida, por pequeña que sea, por la cual también son inmortales. Pero en la condenación novísima, aunque el hombre no deje de sentir, sin embargo, porque el sentido mismo ni es suave por el placer, ni salubre por el reposo, sino penal por el dolor, no sin mérito ha sido llamada muerte más bien que vida. Y por eso segunda, porque es después de aquella primera por la cual se hace la división de las naturalezas coherentes, ya sea de Dios y el alma, ya sea del alma y el cuerpo. De la primera muerte del cuerpo, por tanto, se puede decir que es buena para los buenos, mala para los malos. La segunda, en verdad, sin duda como no es de ningún bien, así para nadie es buena.

CAPÍTULO III.

Si la muerte, que por el pecado de los primeros hombres pasó a todos los hombres, es también para los santos pena del pecado.

No se ha de disimular, sin embargo, la cuestión que nace: si en verdad la muerte por la cual se separan el alma y el cuerpo es buena para los buenos. Porque si es así, ¿de qué modo podrá sostenerse que ella misma es también pena del pecado? Pues los primeros hombres, si no hubiesen pecado, no la habrían padecido ciertamente. ¿De qué manera, pues, puede ser buena para los buenos la que no podría acontecer sino a los malos? Pero, de nuevo, si no pudiese acontecer sino a los malos, no debería ser buena para los buenos, sino nula. Pues ¿por qué habría de haber alguna pena en quienes no hubiese nada que castigar? Por lo cual se ha de confesar que los primeros hombres fueron instituidos de tal modo que, si no hubiesen pecado, no experimentarían ningún género de muerte: pero que los mismos primeros pecadores fueron de tal modo multados con la muerte, que también todo lo que hubiese surgido de su estirpe estuviese sujeto a la misma pena. Pues no nacería de ellos otra cosa que lo que ellos mismos habían sido. Ciertamente, por la magnitud de aquella culpa la condenación mudó la naturaleza a peor; para que lo que precedió penalmente en los primeros hombres pecadores, siguiese también naturalmente en los demás que nacen. Pues no así el hombre del hombre, como el hombre del polvo. Ciertamente el polvo fue materia para hacer al hombre: pero el hombre progenitor para engendrar al hombre. Por tanto,

lo que es la tierra no es esta carne, aunque de la tierra haya sido hecha la carne. Pero lo que es el hombre progenitor, esto es también el hombre prole. En el primer hombre, pues, por la mujer, había de pasar a la progenie el universo género humano, cuando aquella cópula de los cónyuges recibió la divina sentencia de su condenación: y lo que el hombre se hizo, no cuando fue creado, sino cuando pecó y fue castigado, esto engendró, en cuanto atañe al origen del pecado y de la muerte. Pues no a la hebetud e infirmitad infantil del ánimo y del cuerpo, que vemos en los párvulos, fue reducido aquel por el pecado o la pena: las cuales quiso Dios que fuesen como los primordios de los cachorros, cuyos padres había arrojado a la vida y muerte bestial; como está escrito: "El hombre, estando en honor, no entendió; fue comparado a los jumentos no inteligentes, y se hizo semejante a ellos" (Sal. 48, 13). Sino que vemos a los infantes incluso más débiles en el uso y movimiento de los miembros y en el sentido de apetecer y evitar, de lo que son los más tiernos fetos de los otros animales: como si tanto más excelentemente se alzase la fuerza humana sobre los demás seres animados, cuanto más hubiese diferido su ímpetu, como la saeta cuando el arco es extendido, habiéndolo retirado hacia atrás. No, pues, a esos rudimentos infantiles cayó o fue impulsado el primer hombre por la presunción ilícita y la justa condenación: sino que hasta tal punto la naturaleza humana fue viciada y mudada en él, que padeciese en sus miembros una inobediencia repugnante de la concupiscencia, y

estuviese ligado por la necesidad de morir; y así engendrase aquello que por vicio y pena se hizo, esto es, seres sujetos al pecado y a la muerte. De cuyo vínculo del pecado, si los infantes son soltados por la gracia del Mediador, solo pueden padecer esta muerte que separa el alma del cuerpo: pero a aquella segunda muerte penal sin fin, liberados de la obligación del pecado, no pasan.

CAPÍTULO IV.

Por qué a aquellos que por la gracia de la regeneración han sido absueltos del pecado, no se les quita la muerte, esto es, la pena del pecado.

Si a alguien, en verdad, le mueve por qué padecen incluso ella misma, si también es pena del pecado, aquellos cuyo reato es abolido por la gracia; ya esta cuestión en otra obra nuestra que escribimos sobre el Bautismo de los párvulos, ha sido tratada y resuelta: donde se dijo que para esto se deja al alma el experimento de la separación del cuerpo, aunque quitado ya el nexo del crimen; puesto que, si al Sacramento de la regeneración siguiese de continuo la inmortalidad del cuerpo, la fe misma se enervaría, la cual entonces es fe, cuando se espera en esperanza lo que en la realidad todavía no se ve. Mas por la fortaleza y el certamen de la fe, al menos en las edades mayores, también el temor de la muerte había de ser superado, lo cual en los santos mártires máximamente sobresalió: de cuyo certamen ciertamente no habría ninguna victoria, ninguna gloria; porque ni siquiera podría ser certamen en absoluto,

si tras el lavacro de la regeneración ya los santos no pudiesen padecer la muerte corporal. Con los párvulos, por su parte, que han de ser bautizados, ¿quién no correría a la gracia de Cristo más bien por esto, para no ser soltado del cuerpo? Y así no por un premio invisible sería probada la fe; sino que ya ni sería fe, buscando y tomando al punto la merced de su propia obra. Pero ahora por una mayor y más admirable gracia del Salvador la pena del pecado ha sido convertida en usos de la justicia. Pues entonces se le dijo al hombre: "Morirás si pecares"; ahora se le dice al mártir: "Muere para no pecar". Entonces se dijo: "Si el mandato transgrediereis, de muerte moriréis" (Gén. 2, 17); ahora se dice: "Si la muerte rechazareis, el mandato transgrediréis". Lo que entonces había de ser temido para que no se pecase, ahora ha de ser asumido para que no se peque. Así por la inefable misericordia de Dios, incluso la pena de los vicios pasa a ser armas de la virtud, y se hace mérito del justo incluso el suplicio del pecador. Pues entonces la muerte fue adquirida pecando, ahora se cumple la justicia muriendo. Pero esto en los santos mártires, a quienes una de las dos cosas es propuesta por el perseguidor: o que deserten de la fe, o que sufran la muerte. Pues los justos prefieren padecer creyendo lo que los primeros inicuos padecieron no creyendo. Pues si no hubiesen pecado aquellos, no morirían; pero pecarán estos si no mueren. Murieron, pues, aquellos porque pecaron; no pecan estos porque mueren. Se hizo por la culpa de aquellos que se viniese a la pena; se hace por la pena de estos que

no se venga a la culpa; no porque la muerte se haya hecho algún bien, la cual antes fue un mal; sino que tanta gracia otorgó Dios a la fe, que la muerte, la cual consta ser contraria a la vida, se hiciese instrumento por el cual se pasase a la vida.

CAPÍTULO V.

Que así como los inicuos usan mal la ley, que es buena, así también los justos usan bien la muerte, que es mala.

El Apóstol, queriendo mostrar cuánto valía el pecado para dañar, no socorriendo la gracia, no dudó en decir que incluso la misma ley por la cual se prohíbe el pecado es la fuerza del pecado. "El aguijón de la muerte es el pecado", dijo; "pero la fuerza del pecado, la ley" (1 Cor. 15, 56). Muy verdaderamente por completo. Pues la prohibición aumenta el deseo de la obra ilícita, cuando la justicia no es de tal modo amada que la codicia de pecar sea vencida por su delectación. Mas para que sea amada y deleite la verdadera justicia, no socorre sino la divina gracia. Pero para que no por eso se pensase que la ley es un mal por haber sido llamada fuerza del pecado; por eso él mismo en otro lugar, tratando una cuestión de esta clase, dice: "La ley ciertamente es santa, y el mandato santo y justo y bueno." ¿Acaso, pues, lo que es bueno", dice, "se ha hecho muerte para mí? ¡Ni pensarlo! Sino el pecado, para que aparezca pecado, por medio de lo bueno me ha operado la muerte, para que se haga sobremanera pecador o pecado por medio del mandato" (Rom. 7, 12, 13). "Sobremanera", dijo; porque también se añade la

prevaricación, cuando con la aumentada libido de pecar incluso la misma ley es contemnada. ¿Por qué hemos pensado que esto había de ser conmemorado? Porque, a saber, así como la ley no es un mal cuando aumenta la concupiscencia de los que pecan; así ni la muerte es un bien cuando aumenta la gloria de los que la padecen: cuando o aquella es desertada por la iniquidad, y hace prevaricadores; o esta es asumida por la verdad, y hace mártires. Y por esto la ley ciertamente es buena, porque es prohibición del pecado; pero la muerte mala, porque es estipendio del pecado: pero del mismo modo que los injustos usan mal no solo de los males, sino también de los bienes; así los justos usan bien no solo de los bienes, sino también de los males. De aquí se sigue que también los malos usan mal la ley, aunque sea la ley un bien; y los buenos mueren bien, aunque sea la muerte un mal.

CAPÍTULO VI.

Del mal de la muerte general, por la cual se separa la sociedad del alma y del cuerpo.

Por lo cual, en lo que atañe a la muerte del cuerpo, esto es, la separación del alma del cuerpo, cuando la padecen los que son llamados moribundos, para nadie es buena. Pues tiene un sentido áspero y contra la naturaleza la fuerza misma por la cual ambos son desgarrados, que habían estado en el viviente conjuntados y trabados, mientras permanece, hasta que se quita todo sentido que había en ello por el complejo mismo

del alma y la carne. Toda la cual molestia a veces un solo golpe del cuerpo o el rapto del alma intercepta, ni permite que sea sentida por la celeridad que la previene. Así, aunque por la perpetuada propagación del primer hombre sea la muerte sin duda pena del que nace; sin embargo, si se paga por la piedad y la justicia, se hace gloria del que renace: y siendo la muerte retribución del pecado, a veces impetra que nada se retribuya al pecado. Sea lo que fuere, sin embargo, aquello que en los moribundos quita el sentido con un sentido grave, tolerándolo piadosa y fielmente aumenta el mérito de la paciencia, no quita el vocablo de pena.

CAPÍTULO VII.

De la muerte que padecen los no regenerados por la confesión de Cristo.

Pues quienesquiera que incluso, no habiendo percibido el lavacro de la regeneración, mueren por la confesión de Cristo, tanto les vale para el perdón de los pecados como si fuesen lavados en la sagrada fuente del Bautismo. Pues el que dijo: "Si alguno no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos" (Juan 3, 5); por otra sentencia hizo exceptuados a estos, donde dijo no menos generalmente: "Quien me confesare delante de los hombres, le confesaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos" (Mat. 10, 32); y en otro lugar: "Quien perdiere su alma por mí, la hallará" (Mat. 16, 25). De aquí es que está escrito: "Preciosa es en la

presencia del Señor la muerte de sus santos" (Sal. 115, 15). Pues ¿qué hay más precioso que la muerte por la cual se hace que tanto se perdonen todos los delitos como se aumenten los méritos más cumulativamente? Pues no son de tanto mérito los que, no pudiendo diferir la muerte, fueron bautizados, y borrados todos los pecados emigraron de esta vida, como son estos que no difirieron la muerte pudiendo hacerlo, porque prefirieron acabar la vida confesando a Cristo que llegar a su Bautismo negándole. Lo cual ciertamente si hubiesen hecho, también esto se les perdonaría en aquel lavacro, el haber negado a Cristo por temor de la muerte; en el cual lavacro también a aquellos les fue perdonado un crimen tan inmenso que habían matado a Cristo. Pero ¿cuándo sin la abundancia de la gracia de aquel Espíritu que sopla donde quiere (Juan 3, 8), podrían amar tanto a Cristo que no pudiesen negarle en tan gran peligro de la vida bajo tan gran esperanza de perdón? La muerte preciosa de los santos, por tanto, a quienes con tanta gracia ha sido premisa y prorrogada la muerte de Cristo, para que para adquirirle a él no dudasen en impender la suya, mostró haber sido reducida a aquellos usos que antes habían sido constituidos para pena del pecador, para que de ahí naciese un fruto más abundante de la justicia. La muerte, pues, no por eso debe parecer un bien, porque haya sido convertida en tan gran utilidad no por su fuerza, sino por la divina ayuda; de modo que lo que entonces fue propuesto como temible para que no se cometiese el pecado, ahora se proponga como

asumible para que el pecado no se cometa, y lo cometido se borre, y se devuelva la debida palma de la justicia a una gran victoria.

CAPÍTULO VIII.

Que en los santos la aceptación de la muerte primera por la verdad es la absolución de la muerte segunda.

Pues si consideramos más diligentemente, incluso cuando alguien muere fiel y laudablemente por la verdad, se evita la muerte. Pues precisamente por eso se asume algo de ella, para que no ocurra en su totalidad, y sobrevenga además la segunda, que nunca termine. Pues se asume la separación del alma del cuerpo, para que, estando Dios separado del alma, esta misma no sea también separada del cuerpo, y así, completada la muerte primera de todo el hombre, lo reciba la segunda sempiterna. Por lo cual la muerte ciertamente, como dije, cuando la padecen los que mueren, y cuando actúa en ellos para que mueran, a nadie es buena, sino que se tolera laudablemente para retener o alcanzar un bien. Pero cuando están en ella quienes ya son llamados muertos, no absurdamente se dice que es mala para los malos y buena para los buenos. Pues en descanso están las almas de los piadosos separadas del cuerpo; las de los impíos, en cambio, sufren penas: hasta que los cuerpos de aquellas revivan para la vida eterna, y los de estas para la muerte eterna, que se llama segunda.

CAPÍTULO IX.

Si el tiempo de la muerte, en el cual se quita el sentido de la vida, se ha de decir que está en los que mueren o en los muertos.

Pero ese tiempo en que las almas separadas del cuerpo están o en bienes o en males, ¿ha de decirse más bien después de la muerte, o en la muerte? Pues si es después de la muerte, ya no es la muerte misma, que ha transcurrido y pasado, sino que después de ella la vida presente del alma es buena o mala. Pero la muerte entonces les era mala cuando era, esto es, cuando la padecían, al morir: puesto que en ellos había un sentido grave y molesto; mal del cual usan bien los buenos. Pero acabada la muerte, ¿de qué modo es o buena o mala la que ya no existe? Además, si todavía atendemos más diligentemente, ni siquiera aparecerá ser aquella muerte el sentido que dijimos ser grave y molesto en los que mueren. Pues mientras sienten, todavía ciertamente viven; y si todavía viven, han de decirse estar antes de la muerte más bien que en la muerte: porque aquella, cuando llegue, quita todo sentido del cuerpo, el cual es molesto al acercarse ella. Y por esto, es difícil explicar cómo llamamos moribundos a los que aún no han muerto, sino que ya son sacudidos por una extrema y mortífera aflicción ante la inminencia de la muerte: aunque estos sean llamados rectamente moribundos; porque cuando la muerte que ya pende sobre ellos llegue, no se llaman moribundos, sino muertos. Ninguno, pues, está muriendo sino el que vive; puesto que cuando está en tanta extremidad de vida, en la cual están los que decimos que entregan el

alma, ciertamente el que aún no careció de alma todavía vive. El mismo, por tanto, es a la vez moribundo y viviente: pero acercándose a la muerte, alejándose de la vida; todavía sin embargo en la vida, porque el alma está en el cuerpo; pero no aún en la muerte, porque todavía no se ausentó del cuerpo. Pero si cuando se haya ausentado, tampoco entonces estará en la muerte, sino más bien después de la muerte; ¿quién dirá cuándo está en la muerte? Pues ni habrá nadie moribundo, si nadie puede ser a la vez moribundo y viviente: puesto que mientras el alma está en el cuerpo, no podemos negar al viviente. O si más bien ha de decirse moribundo aquel en cuyo cuerpo ya se actúa para que muera, y nadie puede ser a la vez viviente y moribundo; no sé cuándo sea viviente.

CAPÍTULO X.

De la vida de los mortales, que más bien ha de decirse muerte que vida.

Pues desde que cada uno empieza a estar en este cuerpo que ha de morir, nunca deja de actuarse en él para que la muerte venga. Pues su mutabilidad durante todo el tiempo de esta vida (si es que ha de llamarse vida) actúa para que se llegue a la muerte. Pues no hay nadie que no esté más cerca de ella después de un año de lo que estuvo un año antes, y mañana que hoy, y hoy que ayer, y poco después que ahora, y ahora que un poco antes. Puesto que todo el tiempo que se vive, se resta del espacio de vivir; y diariamente se hace menos y menos lo que resta: de modo que

el tiempo de esta vida no es otra cosa sino una carrera hacia la muerte, en la cual a nadie se le permite pararse ni un poquito, ni ir algo más despacio: sino que todos son urgidos con igual movimiento, ni son impulsados con distinto avance. Pues ni aquel cuya vida fue más breve pasó el día más rápidamente que aquel cuya vida fue más larga: sino que, arrebatándose por igual e iguales momentos para ambos, uno lo tuvo más cerca, otro más remoto, hacia lo cual ambos corrían con no desigual velocidad. Pero una cosa es haber recorrido más del camino, y otra haber caminado más despacio. El que, por tanto, pasa espacios de tiempo más dilatados hasta la muerte, no camina más lentamente, sino que realiza más jornada. Además, si cada uno empieza a morir, esto es, a estar en la muerte, desde que en él empieza a actuarse la muerte misma, esto es, la detracción de la vida; porque, cuando por la detracción haya terminado, ya será después de la muerte, no en la muerte: ciertamente desde que empieza a estar en este cuerpo, está en la muerte. ¿Qué otra cosa se actúa en cada día, hora y momento, hasta que, consumida la vida, se cumpla esa muerte que se actuaba; y empiece ya a ser el tiempo después de la muerte, el cual, cuando se detraía la vida, estaba en la muerte? Nunca, por tanto, está el hombre en la vida desde que está en este cuerpo más bien muriendo que viviendo, si no puede estar a la vez en la vida y en la muerte. ¿O más bien está a la vez en la vida y en la muerte: en la vida, a saber, en la cual vive hasta que sea detraída toda; y en la muerte, por la cual ya muere cuando se detrae

la vida? Pues si no está en la vida, ¿qué es lo que se detrae hasta que ocurra su perfecta consumación? Pero si no está en la muerte, ¿qué es la detracción misma de la vida? Pues no en vano, cuando la vida haya sido detraída totalmente del cuerpo, ya se dice después de la muerte, sino porque era muerte cuando se detraía. Pues si detraída aquella no está el hombre en la muerte, sino después de la muerte; ¿cuándo, sino cuando se detrae, estará en la muerte?

CAPÍTULO XI.

Si alguien puede ser a la vez viviente y muerto.

1. Pero si es absurdo que digamos que un hombre, antes de llegar a la muerte, ya está en la muerte; (pues ¿a quién se acerca pasando los tiempos de su vida, si ya está en ella?) máxime porque es demasiado insólito que se diga ser a la vez viviente y moribundo, puesto que no se puede estar a la vez vigilante y durmiendo: ha de preguntarse cuándo será moribundo. Porque antes que la muerte venga, no es moribundo, sino viviente: mas cuando la muerte haya venido, será muerto, no moribundo. Aquello es todavía antes de la muerte, esto ya después de la muerte. ¿Cuándo, pues, está en la muerte? (pues entonces es moribundo:) para que, así como son tres cosas cuando decimos: Antes de la muerte, en la muerte, después de la muerte; así se asignen tres a cada una: Viviente, moribundo y muerto. Cuándo, pues, sea moribundo, esto es, en la muerte, donde no sea ni viviente, que es antes

de la muerte, ni muerto, que es después de la muerte, sino moribundo, esto es, en la muerte, se define dificultosísimamente. Pues mientras el alma está en el cuerpo, máxime si también está presente el sentido, sin duda vive el hombre, que consta de alma y cuerpo; y por esto ha de decirse que está todavía antes de la muerte, no en la muerte: mas cuando el alma se haya ausentado, y haya quitado todo sentido del cuerpo, ya se le considera después de la muerte y muerto. Perece, pues, entre ambos estados aquello por lo que sea moribundo o esté en la muerte: puesto que si todavía vive, está antes de la muerte; si dejó de vivir, ya está después de la muerte. Nunca, por tanto, se le comprende como moribundo, esto es, en la muerte. Así también en el transcurso de los tiempos se busca el presente y no se halla: porque carece de espacio alguno por el cual se pase del futuro al pasado. ¿No habrá que ver, pues, si por esta razón se diga que la muerte del cuerpo no es nada? Pues si es, ¿cuando es ella, que no está en nadie, y en la cual nadie puede estar? Puesto que si se vive, todavía no es; porque esto es antes de la muerte, no en la muerte: mas si ya se ha cesado de vivir, ya no es; porque también esto es después de la muerte, no en la muerte. Pero, por otra parte, si no hay ninguna muerte antes o después, ¿qué es lo que se llama antes de la muerte o después de la muerte? pues también esto se dice en vano si la muerte no es nada. Y ojalá en el paraíso, viviendo bien, hubiéramos actuado de modo que verdaderamente no hubiera muerte alguna. Pero ahora no sólo existe, sino que es tan molesta que ni puede

explicarse con locución alguna, ni evitarse con razón alguna.

2. Hablemos, pues, según la costumbre; porque no debemos hacerlo de otro modo: y digamos: "Antes de la muerte", antes de que la muerte ocurra; como está escrito: "Antes de la muerte no alabes a hombre alguno" (Ecli 11, 30). Digamos también cuando haya ocurrido: "Después de la muerte" de tal o cual se hizo tal o cual cosa. Digamos también del tiempo presente como podemos, como cuando hablamos así: "Muriendo aquel testó, y muriendo dejó a tales y cuales tal y cual cosa": aunque esto no podría hacerlo en absoluto sino viviendo, y más bien lo hizo antes de la muerte, no en la muerte. Hablemos también como habla la divina Escritura, la cual no duda en decir que los muertos también están no después de la muerte, sino en la muerte. Pues de aquí es aquello: "Porque no hay en la muerte quien se acuerde de ti" (Sal 6, 6). Pues hasta que revivan, rectamente se dice que están en la muerte; como se dice que cada uno está en el sueño hasta que despierte: aunque a los puestos en el sueño los llamamos durmientes, mas no podemos de ese modo llamar moribundos a los que ya están muertos. Pues ya no mueren los que, en lo que atañe a la muerte del cuerpo, de la que ahora tratamos, ya están separados de sus cuerpos. Pero esto es lo que dije que no puede explicarse con locución alguna, de qué modo o bien los moribundos se diga que viven, o bien los ya muertos incluso después de la muerte se diga que todavía están en la muerte. ¿Pues cómo después de la

muerte si todavía en la muerte? Especialmente cuando no los llamamos moribundos, así como a los que están en el sueño los llamamos durmientes; y a los que en la flaqueza, flacos; y a los que en el dolor, ciertamente dolientes; y a los que en la vida, vivientes: mas en verdad los muertos, antes de que resuciten, se dice que están en la muerte, pero no pueden ser llamados moribundos. Por lo cual pienso que ha sucedido no inoportuna ni incongruentemente, si no por industria humana, tal vez por juicio divino, que este verbo que es "moritur" (muere), en la lengua latina ni los gramáticos hayan podido declinarlo por aquella regla por la cual se declinan los demás tales verbos. Pues de aquello que es "oritur" (nace), se forma el verbo del tiempo pasado, "ortus est" (ha nacido): y si hay algunos similares, se declinan por los participios del tiempo pasado. Mas de aquello que es "moritur", si buscamos el verbo del tiempo pasado, suele responderse "mortuus est", con la letra "u" duplicada. Pues se dice "mortuus" así como "fatuus", "arduus", "conspicuus", y si hay algunos similares, que no son del tiempo pasado, sino que porque son nombres, se declinan sin tiempo. Mas aquello, como para que se decline lo que no puede declinarse, se pone el nombre en lugar del participio del tiempo pasado. Convenientemente, pues, sucedió que, así como lo que significa no puede estar en el actuar, así el verbo mismo no pueda ser declinado en el hablar. Puede sin embargo actuarse con el auxilio de la gracia de nuestro Redentor, para que al menos podamos declinar la muerte segunda. Pues aquella es más

grave, y la peor de todos los males, la cual no ocurre por la separación del alma y del cuerpo, sino más bien por el abrazo de ambos para la pena eterna. Allí, por el contrario, no estarán los hombres antes de la muerte y después de la muerte, sino siempre en la muerte: y por esto nunca vivientes, nunca muertos, sino muriendo sin fin. Pues nunca le irá peor al hombre en la muerte que donde la muerte misma sea sin muerte.

CAPÍTULO XII.

Qué muerte amenazó Dios a los primeros hombres si trasgredían su mandato.

Cuando, pues, se pregunta qué muerte amenazó Dios a los primeros hombres si trasgredían el mandato recibido de Él y no guardaban la obediencia; si la del alma, o la del cuerpo, o la de todo el hombre, o aquella que se llama segunda: ha de responderse que todas. Pues la primera consta de dos; la segunda es total de todas. Pues como toda la tierra consta de muchas tierras, y toda la Iglesia consta de muchas iglesias; así toda la muerte consta de todas. Puesto que la primera consta de dos, una del alma, otra del cuerpo: de modo que sea la primera muerte de todo el hombre cuando el alma sin Dios y sin el cuerpo sufre penas por un tiempo; la segunda en cambio, donde el alma sin Dios con el cuerpo sufre penas eternas. Cuando, por tanto, dijo Dios a aquel primer hombre a quien había puesto en el paraíso, sobre la comida prohibida: "Cualquier día que comiereis de ella, moriréis de muerte" (Gén 2, 17): aquella amenaza

no sólo comprendió la parte anterior de la muerte primera, donde el alma es privada de Dios; ni sólo la posterior, donde el cuerpo es privado del alma; ni sólo la misma primera en su totalidad, donde el alma separada tanto de Dios como del cuerpo es castigada: sino que todo lo que hay de muerte hasta la novísima, que se llama segunda, de la cual no hay ninguna posterior, lo comprendió aquella amenaza.

CAPÍTULO XIII.

Cuál fue la primera pena que sintió la prevaricación de los primeros hombres.

Pues después de que se realizó la trasgresión del precepto, al punto, al abandonarlos la gracia divina, se confundieron por la desnudez de sus cuerpos. Por lo cual también con hojas de higuera, que por acaso fueron las primeras halladas por ellos en su perturbación, cubrieron sus vergüenzas (Gén 3, 7): los cuales antes eran los mismos miembros, pero no eran vergonzosos. Sintieron, pues, un nuevo movimiento de su carne inobediente, como una pena recíproca a su propia inobediencia. Pues ya ciertamente el alma, deleitada con su propia libertad perversa, y desdeñando servir a Dios, se veía privada del antiguo servicio del cuerpo: y porque había abandonado a su Señor superior por su propio arbitrio, no mantenía al siervo inferior a su propio arbitrio: ni tenía de modo absoluto a la carne sometida, como siempre hubiera podido tenerla si ella misma hubiera permanecido sometida a Dios.

Entonces, pues, comenzó la carne a codiciar contra el espíritu (Gál 5, 17): con cuya controversia hemos nacido, arrastrando el origen de la muerte, y llevando en nuestros miembros y en nuestra naturaleza viciada su contienda o su victoria de la primera prevaricación.

CAPÍTULO XIV.

Cuál hombre fue hecho por Dios, y en qué suerte cayó por el arbitrio de su propia voluntad.

Pues Dios creó al hombre recto, siendo autor de las naturalezas, no ciertamente de los vicios: mas él, depravado espontáneamente y justamente condenado, engendró a depravados y condenados. Pues todos estuvimos en aquel solo, cuando todos fuimos aquel uno, que cayó en el pecado por la mujer, la cual fue hecha de él antes del pecado. Todavía no nos había sido creada y distribuida individualmente la forma en la cual viviéramos cada uno; mas ya existía la naturaleza seminal de la cual habríamos de ser propagados: la cual, viciada ciertamente por el pecado, y ligada por el vínculo de la muerte, y justamente condenada, no nacería hombre de hombre de otra condición. Y por esto, del mal uso del libre arbitrio surgió la serie de esta calamidad, la cual conduce al género humano, con su origen depravado, como con una raíz corrupta, hasta el exterminio de la muerte segunda, que no tiene fin, exceptuados solos aquellos que por la gracia de Dios son liberados, mediante una conexión de miserias.

CAPÍTULO XV.

Que Adán, al pecar, antes abandonó a Dios que fuera abandonado por Dios; y que la primera muerte del alma fue apartarse de Dios.

Por lo cual, aunque en aquello que fue dicho: "Moriréis de muerte", puesto que no se dijo "de muertes", entendamos aquella sola que ocurre cuando el alma es abandonada por su propia vida, que es Dios para ella: (pues no fue abandonada para que ella abandonara, sino que ella abandonó para ser abandonada: pues para su mal es anterior su propia voluntad; mas para su bien es anterior la voluntad de su Creador, ya sea para hacerla cuando era nada, ya sea para rehacerla cuando caída había perecido): aunque, por tanto, entendamos que Dios denunció esta muerte en aquello que dijo: "El día que comiereis de ello, moriréis de muerte"; como si dijera: "El día que me abandonéis por la inobediencia, os abandonaré por la justicia": ciertamente en aquella muerte también fueron denunciadas las demás, que sin duda habrían de seguirse. Pues en el hecho de que surgió un movimiento inobediente en la carne del alma inobediente, por el cual cubrieron sus vergüenzas, se sintió una muerte en la que Dios abandonó al alma. Aquella fue significada por sus palabras, cuando dijo al hombre que se escondía con demente temor: "Adán, ¿dónde estás?" (Gén 3, 9): no ciertamente buscando por ignorancia, sino amonestando al reprender, para que advirtiera dónde estaba aquel en quien no estaba Dios. Mas cuando el alma misma abando-

nó al cuerpo corrompido por la edad y consumido por la vejez, llegó a la experiencia la otra muerte, de la cual Dios, castigando todavía el pecado, había dicho al hombre: "Tierra eres, y a la tierra irás" (Ibid. 19): para que de estas dos se completara aquella muerte primera, que es de todo el hombre, a la cual sigue la segunda al final, si el hombre no es liberado por la gracia. Pues ni el cuerpo que es de la tierra volvería a la tierra, sino por su propia muerte, que le sobreviene cuando es abandonado por su vida, esto es, el alma. Por donde consta entre los cristianos que mantienen verdaderamente la fe católica, que incluso la misma muerte del cuerpo nos fue infligida no por ley de la naturaleza, por la cual Dios no hizo muerte alguna para el hombre, sino por el mérito del pecado: puesto que Dios, vengando el pecado, dijo al hombre, en quien entonces todos estábamos: "Tierra eres, y a la tierra irás".

CAPÍTULO XVI.—De los filósofos que no piensan que la separación del alma del cuerpo sea penal, aunque Platón introduce al Dios sumo prometiendo a los dioses menores que nunca habrán de ser despojados de sus cuerpos.

1. Pero los filósofos, contra cuyas calumnias defendemos la Ciudad de Dios, esto es, su Iglesia, les parece que sabiamente se burlan de lo que decimos, que la separación del alma del cuerpo ha de ser contada entre sus penas: porque, a saber, piensan que su perfecta bienaventuranza le ocurre entonces, cuando, despojada de todo cuerpo en absoluto, regrese a Dios simple y sola y en cierto modo desnuda. Donde, si no hallara nada

en sus escritos por lo que se refutara esa opinión, tendría que disputar más laboriosamente para demostrar que no es el cuerpo lo que es gravoso para el alma, sino el cuerpo corruptible. De donde es aquello que de nuestras Escrituras conmemoramos en el libro anterior: "Porque el cuerpo corruptible agrava al alma" (Sab 9, 15). Al añadir ciertamente "corruptible", indicó que el alma era agravada no por cualquier tipo de cuerpo, sino por tal como fue hecho por el pecado y la subsiguiente venganza. Lo cual, aunque no lo hubiera añadido, no deberíamos entender otra cosa. Pero como Platón abiertamente predica que los dioses hechos por el Dios sumo tienen cuerpos inmortales, e introduce al mismo Dios por quien fueron hechos prometiéndoles como un gran beneficio que permanecerán eternamente con sus cuerpos, ni por muerte alguna serán disueltos de ellos: ¿por qué es que estos, para hostigar la fe cristiana, fingen no saber lo que saben; o incluso prefieren hablar contra sí mismos, siendo repugnantes a sí mismos, mientras no cesan de contradecirnos? Ciertamente estas son palabras de Platón, tal como Cicerón las vertió al latín, con las cuales introduce al Dios sumo dirigiéndose a los dioses que hizo y diciendo: "Vosotros que habéis nacido de la estirpe de los dioses, atended a las obras de las cuales yo soy padre y ejecutor. Estas son indisolubles contra mi voluntad: aunque todo lo ligado puede ser disuelto. Pero de ningún modo es propio de un ser bueno querer disolver lo que está ligado por la razón. Mas puesto que habéis nacido, inmortales e indisolubles ciertamente no

podéis ser: sin embargo de ningún modo seréis disueltos, ni ninguna suerte de muerte os destruirá, ni serán más poderosas que mi consejo, el cual es un vínculo mayor para vuestra perpetuidad que aquellos por los cuales fuisteis ligados entonces cuando erais engendrados". He aquí que Platón dice que los dioses son mortales por la ligazón de cuerpo y alma, y sin embargo inmortales por la voluntad y el consejo de Dios por quien fueron hechos. Si, por tanto, es pena para el alma estar ligada en cualquier cuerpo, ¿qué es lo que, dirigiéndose a ellos Dios como a preocupados de que tal vez mueran, esto es, sean disueltos del cuerpo, los hace seguros de su inmortalidad; no por su naturaleza, que sea compuesta y no simple, sino por su voluntad invictísima, por la cual es poderoso para hacer que ni lo nacido perezca, ni lo conexo se disuelva, sino que persevere incorruptiblemente?

2. Y esto ciertamente, si Platón dice la verdad sobre los astros, es otra cuestión: pues no se le ha de conceder inmediatamente que esos globos de luces o esferillas que brillan con luz corpórea sobre las tierras, ya de día, ya de noche, vivan por ciertas almas propias suyas, y estas intelectuales y bienaventuradas, lo cual también afirma insistentemente del mismo universo mundo, como de un animal máximo, por el cual todos los demás animales fueran contenidos. Pero esta, como dije, es otra cuestión, la cual no hemos asumido ahora para ser discutida. Esto solo pensé que debía conmemorarse contra estos que se glorían de ser llamados o ser platónicos, por la soberbia de cuyo

nombre se avergüenzan de ser cristianos, no sea que un vocablo común con el vulgo haga vil la exigua escasez de los que visten el palio, tanto más inflada cuanto más pequeña: y buscando qué reprochar en la doctrina cristiana, hostigan la eternidad de los cuerpos, como si estas cosas fueran contrarias entre sí, que busquemos la bienaventuranza del alma y queramos que ella esté siempre en el cuerpo, como ligada por un vínculo calamitoso: cuando su autor y maestro Platón dice que un don fue concedido por el Dios sumo a los dioses hechos por él, para que nunca mueran, esto es, se separen de los cuerpos a los cuales los conectó.

CAPÍTULO XVII.

Contra los que asienten que los cuerpos terrenos no pueden hacerse incorruptibles y eternos.

1. También estos sostienen que los cuerpos terrestres no pueden ser sempiternos, cuando no dudan que la misma tierra entera es un miembro puesto en medio y sempiterno de su dios, no ciertamente del sumo, pero sí de uno grande, esto es, de todo este mundo. Si, pues, aquel Dios sumo les hizo otro al que consideran dios (Platón en el Timeo), es decir, este mundo, preferible a los demás dioses que están debajo de él, y consideran que este mismo es un ser viviente, con alma a saber, como afirman, racional o intelectual incluida en tan gran masa de su cuerpo; y de su mismo cuerpo, como miembros puestos y distribuidos en sus lugares, constituyó los cuatro elementos,

cuya juntura quieren insoluble y sempiterna, para que nunca muera su dios tan grande: ¿qué causa hay para que en el cuerpo de un viviente mayor sea eterna la tierra como miembro medio, y los cuerpos de los otros vivientes terrestres, si Dios así lo quiere, no puedan ser eternos? Pero a la tierra, dicen, debe devolverse la tierra, de donde fueron tomados los cuerpos terrestres de los animales: de lo cual resulta, dicen, que sea necesario que ellos se disuelvan y mueran; y de ese modo sean restituidos a la tierra estable y sempiterna de donde habían sido tomados. Si alguien afirmara esto también del fuego de modo similar, y dijera que deben ser devueltos al fuego universal los cuerpos que de allí fueron tomados para que se hicieran animales celestiales; ¿no caerá la inmortalidad que Platón prometió a tales dioses, como si hablara el Dios sumo, como por la violencia de esta disputa? ¿O acaso allí no sucede por eso, porque Dios no quiere, cuya voluntad, como dice Platón, ninguna fuerza vence? ¿Qué prohíbe, pues, que esto también pueda Dios efectuarlo respecto de los cuerpos terrestres, siendo así que Platón confiesa que Dios puede hacer que ni lo nacido perezca, ni lo que está unido se disuelva, ni lo que ha sido tomado de los elementos sea devuelto, y que las almas constituidas en los cuerpos nunca los desamparen, y con ellos disfruten plenamente de la inmortalidad y la bienaventuranza sempiterna? ¿Por qué, pues, no ha de poder que tampoco lo terrestre muera? ¿Acaso Dios no es potente hasta donde los cristianos creen, sino hasta donde los platónicos quieren? ¿Ciertamen-

te los filósofos pudieron conocer el consejo de Dios y su potestad, y no pudieron los profetas? cuando más bien, por el contrario, el Espíritu de Dios enseñó a sus profetas para anunciar su voluntad, cuanto se dignó; mientras que a los filósofos, en el conocimiento de ella, la conjetura humana los engaó.

2. Pero no debieron ser engañados hasta tal punto, no sólo por ignorancia, sino más bien por terquedad, de modo que se contradicen a sí mismos clarísimamente, sosteniendo con gran fuerza de disputas que el alma, para poder ser bienaventurada, debe huir no sólo del cuerpo terreno, sino de todo cuerpo; y diciendo por otra parte que los dioses tienen almas bienaventuradísimas y sin embargo ligadas a cuerpos eternos, los celestiales ciertamente a cuerpos ígneos, y la misma alma de Júpiter, a quien consideran este mundo, incluida en todos los elementos corpóreos por los cuales toda esta mole surge desde la tierra hasta el cielo. Pues Platón opina que esta alma se difunde y extiende por medio de números musicales desde el íntimo medio de la tierra, que los geómetras llaman centro, por todas sus partes hasta lo más alto y extremo del cielo, para que este mundo sea un animal máximo, bienaventuradísimo, sempiterno, cuya alma poseyera la perfecta felicidad de la sabiduría y no abandonara su propio cuerpo; y cuyo cuerpo viviera de ella por siempre y no pudiera entorpecerla ni retardarla, aunque no fuera simple, sino compactado de tantos y tan grandes cuerpos. Si, pues, permiten estas cosas a sus sospechas, ¿por

qué no quieren creer que por la voluntad y potencia divina pueden hacerse inmortales los cuerpos terrenos, en los cuales las almas, no separadas de ellos por muerte alguna ni agravadas por ninguna carga de los mismos, vivan sempiterna y felizmente; lo cual aseguran que pueden sus dioses en cuerpos ígneos, y el mismo Júpiter, rey de ellos, en todos los elementos corpóreos? Porque si para que el alma sea bienaventurada debe huir de todo cuerpo, huyan sus dioses de los globos de los astros, huya Júpiter del cielo y de la tierra: o si no pueden, sean juzgados miserables. Pero ninguna de las dos cosas quieren estos, que ni se atreven a dar a sus dioses la separación de los cuerpos, para no parecer que adoran a mortales; ni la privación de la bienaventuranza, para no confesar que ellos son infelices. No deben, pues, huirse todos los cuerpos para alcanzar la bienaventuranza; sino los corruptibles, molestos, pesados, moribundos; no cuales los hizo la bondad de Dios para los primeros hombres, sino cuales los obligó a ser la pena del pecado.

CAPÍTULO XVIII.

De los cuerpos terrenos, que los filósofos afirman que no pueden estar en las cosas celestiales; porque lo que es terreno, por peso natural es atraído hacia la tierra.

Pero es necesario, dicen, que el peso natural de los cuerpos terrenos o los mantenga en la tierra, o los obligue hacia la tierra: y por tanto no pueden estar en el cielo. Ciertamente aquellos primeros hombres estaban en la tierra arbolada y fructuo-

sa que obtuvo el nombre de paraíso: pero como también se debe responder a esto, ya sea por el cuerpo de Cristo con el cual ascendió al cielo, ya sea por los de los santos cuales han de ser en la resurrección futura, consideren un poco más atentamente los mismos pesos terrenos. Pues si el arte humano logra que de metales, que puestos en las aguas continuamente se sumergen, puedan también flotar vasos fabricados de ciertos modos; ¿cuánto más creíble y eficazmente algún modo oculto de la operación de Dios, por cuya voluntad omnipotentísima dice Platón que ni lo nacido perece ni lo ligado puede ser disuelto, siendo que mucho más admirablemente se acoplan las cosas incorpóreas a las corpóreas que cualesquiera corpóreas a cualesquiera cuerpos, puede conceder a las moles terrenas que por ningún peso sean deprimidas hacia lo profundo; y a las mismas almas perfectamente bienaventuradas que, aunque terrenos, pongan sus cuerpos ya incorruptibles donde quieran y los lleven a donde quieran, con situación y movimiento facilísimos? ¿O acaso si los ángeles hicieran esto y arrebataran cualesquiera animales terrestres de donde les plazca y los situaran donde les plazca, se ha de creer que no pueden hacerlo sin trabajo o que sienten las cargas? ¿Por qué, pues, no creeremos que los espíritus perfectos y bienaventurados de los santos pueden por don divino llevar sus cuerpos sin ninguna dificultad a donde quisieren y detenerlos donde quisieren? Pues aunque en los cuerpos terrenos, según acostumbramos sentir las cargas al llevarlas, cuanto mayor es la cantidad tanto

mayor sea también la gravedad, de modo que más libras presionen más que menos; sin embargo, el alma lleva los miembros de su propia carne más leves cuando están robustos en la salud, que en la languidez cuando están flacos. Y siendo que para otros que lo llevan es más oneroso el sano y válido que el exiguo y morboso; sin embargo, él mismo es más ágil para mover y llevar su propio cuerpo cuando en la buena salud tiene más masa, que cuando en la peste o el hambre tiene el mínimo vigor. Tanto vale, aun en el tener cuerpos terrenos aunque todavía corruptibles y mortales, no el peso de la cantidad, sino el modo de la temperación. ¿Y quién explicaría con palabras cuánto dista entre la presente salud, que así llamamos, y la inmortalidad futura? No refuten, pues, nuestra fe los filósofos por el peso de los cuerpos. Pues no quiero preguntar por qué no creen que un cuerpo terreno pueda estar en el cielo, cuando la tierra entera se equilibra sobre la nada. Pues tal vez sobre el mismo lugar medio del mundo, por el hecho de que hacia él concurren todas las cosas más pesadas, se tenga también una argumentación más verosímil. Digo esto: si los dioses menores, a quienes Platón encomendó hacer al hombre entre los demás animales terrestres (en el Timeo), pudieron, como él dice, quitar al fuego la cualidad de quemar y dejarle la de lucir para que brillara por los ojos; ¿acaso dudaremos conceder al Dios sumo, a cuya voluntad y potestad concedió Platón que no mueran las cosas nacidas, y que cosas tan diversas y tan disímiles, esto es, corpóreas e incorpóreas, conectadas entre sí, por

ninguna disolución puedan separarse, que de la carne del hombre a quien dona la inmortalidad, quite la corrupción, deje la naturaleza, mantenga la congruencia de la figura y de los miembros, y reste la tardanza del peso? Pero sobre la fe de la resurrección de los muertos, y sobre sus cuerpos inmortales, se ha de disertar más diligentemente, si Dios quisiere, al final de esta obra.

CAPÍTULO XIX.

Contra los dogmas de aquellos que no creen que los primeros hombres, si no hubieran pecado, habrían de ser inmortales.

Ahora expliquemos lo que nos propusimos sobre los cuerpos de los primeros hombres: puesto que ni esa muerte, que se tiene por buena para los buenos, y conocida no sólo por unos pocos inteligentes o creyentes, sino por todos, por la cual se produce la separación del alma del cuerpo, por la cual ciertamente el cuerpo del viviente, que evidentemente vivía, evidentemente muere, podría haberles sucedido a ellos, si no siguiera el mérito del pecado. Pues aunque no es lícito dudar que las almas de los justos y piadosos difuntos viven en el descanso, sin embargo les sería tanto mejor vivir con sus cuerpos sanos, que incluso aquellos que consideran que estar sin cuerpo de todos modos es lo más bienaventurado, se convencen de esta opinión suya por una sentencia que se les opone. Pues ninguno de ellos se atreverá a anteponer a los hombres sabios, ya sea que hayan de morir o ya muertos, esto es, o carentes de cuerpos o que han de dejar los cuerpos, a los dioses inmortales,

a quienes el Dios sumo en Platón promete un don inmenso, a saber, la vida indisoluble, esto es, el consorcio eterno con sus cuerpos. Pero el mismo Platón juzga que se trata óptimamente con los hombres si, no obstante, hubieran pasado esta vida piadosa y justamente, de modo que separados de sus cuerpos sean recibidos en el seno de los mismos dioses, que nunca abandonan sus cuerpos (en el Fedón y el Fedro): "Para que, ciertamente, olvidados vuelvan a ver las bóvedas superiores, y comiencen de nuevo a querer volver a los cuerpos" (Virgilio, Eneida, lib. 6, vers. 750, 751). Lo cual se alaba que Virgilio dijo a partir del dogma platónico. Así pues, Platón piensa que las almas de los mortales ni pueden estar siempre en sus cuerpos, sino que se disuelven por la necesidad de la muerte; ni durar perpetuamente sin cuerpos, sino que por turnos alternantes piensa que incesantemente se hacen vivos de los muertos, y de los vivos muertos: de modo que los sabios parezcan diferenciarse de los demás hombres en esto, en que después de la muerte son llevados a los astros, para que cada uno descanse algo más de tiempo en el astro que le es congruo, y de allí de nuevo olvidado de la miseria antigua y vencido por el deseo de tener cuerpo, vuelva a los trabajos y calamidades de los mortales; pero aquellos que hubieran llevado una vida necia, sean revueltos próximamente a cuerpos debidos a sus méritos, ya sea de hombres o de bestias (en el Fedro). En esta durísima condición, pues, constituyó incluso a las almas buenas y sabias, a quienes no les fueron distribuidos tales cuerpos

con los cuales vivieran siempre e inmortalmente, de modo que ni pueden permanecer en los cuerpos, ni pueden durar sin estos en la pureza eterna. Sobre cuyo dogma platónico ya dijimos en los libros superiores (especialmente en el lib. 10, cap. 30) que Porfirio se avergonzó en tiempo cristiano, y no sólo quitó de las almas humanas los cuerpos de las bestias, sino que incluso quiso que las almas de los sabios fueran liberadas de los nexos corpóreos de tal modo que, huyendo de todo cuerpo, sean tenidas bienaventuradas ante el Padre sin fin. Por tanto, para no parecer vencido por Cristo que promete la vida perpetua a los santos, él mismo constituyó a las almas purificadas en la eterna felicidad sin ningún regreso a las miserias antiguas: y para oponerse a Cristo, negando la resurrección de los cuerpos incorruptibles, afirmó que ellas habrían de vivir por siempre no sólo sin cuerpos terrenos, sino sin cuerpos ningunos en absoluto. Y sin embargo, con esa opinión cual fuese, no prescribió al menos que no se sometieran a los dioses corporados con el obsequio de la religión. ¿Por qué esto, sino porque aunque no asociadas a cuerpo alguno, no creyó que ellas fueran mejores que aquellos? Por lo cual, si no se atreverán estos, como no juzgo que se han de atrever, a anteponer las almas humanas a los dioses bienaventuradísimas y no obstante constituidos en cuerpos eternos; ¿por qué les parece absurdo lo que la fe cristiana predica, que también los primeros hombres fueron así creados que, si no hubieran pecado, por ninguna muerte se soltarían de sus cuerpos, sino que donados con

la inmortalidad por los méritos de la obediencia guardada, vivieran con ellos para siempre; y que tales cuerpos habrán de tener los santos en la resurrección, aquellos mismos en los cuales aquí trabajaron, que ni a su carne pueda sucederle algo de corrupción o dificultad, ni a su bienaventuranza algo de dolor e infelicidad?

CAPÍTULO XX.

Que la carne de los santos, que ahora descansa en esperanza, ha de ser reparada en mejor calidad que la que tuvo la de los primeros hombres antes del pecado.

Por tanto, ahora las almas de los santos difuntos no tienen por eso una muerte grave, por la cual han sido separadas de sus cuerpos, porque su carne descansa en esperanza, cualesquiera que sean las contumelias que parezca haber recibido ya sin sentido alguno. Pues no desean los cuerpos por el olvido, como le pareció a Platón; sino más bien, porque se acuerdan de lo que les ha sido prometido por Aquel que a nadie engaña, el cual les dio seguridad incluso sobre la integridad de sus cabellos (Luc. XXI, 18), esperan deseable y pacientemente la resurrección de los cuerpos en los cuales padecieron muchas durezas, no habiendo de sentir en ellos nada tal en adelante. Pues si no odiaban su propia carne (Efhes. V, 29) cuando la coaccionaban con derecho espiritual mientras ella resistía a su mente por la enfermedad, ¿cuánto más la aman habiendo ella de ser también espiritual? Pues así como el espíritu que sirve a la carne se llama no incongruentemente

carnal, así la carne que sirve al espíritu se llamará rectamente espiritual; no porque se convierta en espíritu, como algunos piensan a partir de lo que está escrito: "Se siembra cuerpo animal, resurgirá cuerpo espiritual" (I Cor. XV, 42); sino porque se someterá al espíritu con suma y admirable facilidad de obedecer, hasta la segurísima voluntad de la inmortalidad indisoluble, quitado todo sentido de molestia, toda corruptibilidad y tardanza. Pues no sólo no será tal cual es ahora en cualquier óptima salud, sino ni siquiera tal cual fue en los primeros hombres antes del pecado. Los cuales, aunque no habrían de morir si no hubieran pecado, sin embargo usaban alimentos como hombres, gestando cuerpos terrenos todavía animales, no espirituales. Los cuales, aunque no envejecieran por la senectud para ser conducidos a la muerte por necesidad (cuyo estado se les prestaba por la admirable gracia de Dios del árbol de la vida, que estaba en medio del paraíso junto con el árbol prohibido), sin embargo tomaban también otros alimentos fuera del único árbol que había sido interdicto, no porque él mismo fuera un mal, sino por encomendar el bien de la pura y simple obediencia, la cual es gran virtud de la criatura racional constituida bajo el Señor Creador. Pues donde no se tocaba ningún mal, ciertamente si se tocaba lo prohibido, se pecaba por sola la inobediencia. Se alimentaban, pues, de las otras cosas que tomaban, para que los cuerpos animales no sintieran algo de molestia por el hambre y la sed; pero del árbol de la vida se gustaba por esto, para que la muerte no les sobre-

viniera de ninguna parte, o murieran consumidos por la vejez al transcurrir los espacios de los tiempos: como si las otras cosas fueran para alimento, y aquello para sacramento; de modo que así se entienda que fue el árbol de la vida en el paraíso corporal, como en el paraíso espiritual, esto es, inteligible, la Sabiduría de Dios, de la cual está escrito: "Árbol de vida es para los que la abrazan" (Prov. III, 18).

CAPÍTULO XXI.

Sobre el paraíso en el que estuvieron los primeros hombres, que por su significación puede entenderse rectamente algo espiritual, salvaguardando la verdad de la narración histórica sobre el lugar corporal.

Por lo cual, algunos refieren todo ese paraíso, donde las Sagradas Escrituras narran con verdad que estuvieron los primeros hombres, padres del género humano, a cosas inteligibles, y convierten aquellos árboles y maderos frutales en virtudes de la vida y costumbres: como si aquellas cosas visibles y corporales no hubieran existido, sino que hubieran sido dichas o escritas de ese modo por causa de significar cosas inteligibles. Como si por eso no pudiera haber sido un paraíso corporal, porque también puede entenderse uno espiritual: como si por eso no hubieran existido dos mujeres, Agar y Sara, y de ellas dos hijos de Abraham, uno de la esclava y otro de la libre, porque el Apóstol dice que en ellas están figurados dos Testamentos (Gál. IV, 22-24); o por eso no brotó agua de ninguna piedra al golpearla Moisés

(Exod. XVII, 6; Núm. XX, 11), porque allí puede entenderse también a Cristo en significación figurada, diciendo el mismo Apóstol: "Y la roca era Cristo" (I Cor. X, 4). Nadie, pues, prohíbe entender por paraíso la vida de los bienaventurados; por sus cuatro ríos, las cuatro virtudes: prudencia, fortaleza, templanza y justicia; por sus árboles, todas las disciplinas útiles; por los frutos de los árboles, las costumbres de los piadosos; por el árbol de la vida, a la sabiduría misma, madre de todos los bienes; y por el árbol de la ciencia del bien y del mal, la experiencia del mandato transgredido. Pues ciertamente Dios estableció bien la pena para los pecadores, porque es justa, pero el hombre no la experimenta para su bien. Estas cosas también pueden entenderse en la Iglesia, para que las recibamos mejor como indicios proféticos que preceden a las cosas futuras: a saber, el paraíso como la Iglesia misma, tal como se lee de ella en el Cantar de los Cantares (Cant. IV, 13); los cuatro ríos del paraíso como los cuatro Evangelios; los árboles frutales como los santos; sus frutos como sus obras; el árbol de la vida como el Santo de los santos, ciertamente Cristo; el árbol de la ciencia del bien y del mal como el propio arbitrio de la voluntad. Porque, en efecto, el hombre, despreciada la voluntad divina, no puede usarse a sí mismo sino perniciosamente; y así aprende qué diferencia hay entre adherirse al bien común de todos o deleitarse en el propio. Pues el que se ama a sí mismo es entregado a sí mismo, para que, lleno entonces de temores y tristezas, cante en el Salmo, si es que siente sus

males: "Mi alma está turbada en mí" (Sal. XLI, 7); y ya corregido diga: "Mi fortaleza guardaré para ti" (Sal. LVIII, 10). Estas cosas, y cualesquiera otras que puedan decirse más convenientemente sobre el entendimiento espiritual del paraíso, dígase sin que nadie lo prohíbe; con tal de que, sin embargo, se crea la verdad de aquella historia, recomendada por la narración fidelísima de los hechos realizados.

CAPÍTULO XXII.

Sobre los cuerpos de los santos después de la resurrección, los cuales serán espirituales de tal modo que la carne no se convierta en espíritu.

Por tanto, los cuerpos de los justos que serán en la resurrección no necesitarán de ningún madero para que no mueran por ninguna enfermedad o vejez consumada; ni de ningún otro alimento corporal con el que se evite cualquier molestia de hambre y sed: porque serán revestidos con el don de la inmortalidad, cierto y de todo punto inviolable, de modo que, si no quieren, no coman, por posibilidad, no por necesidad. Lo cual también hicieron los ángeles al aparecer visible y palpablemente, no porque lo necesitaran, sino porque querían y podían, para conformarse a los hombres por una cierta humanidad de su ministerio. Pues no ha de creerse que los ángeles comieron en fantasma cuando los hombres los recibieron en su hospitalidad (Gén. XVIII y Tob. XI): aunque a quienes ignoraban que eran ángeles les pareciera que comían por una necesidad

semejante a la nuestra. De donde es lo que dice el ángel en el libro de Tobías: "Me veíais comer, pero lo veíais con vuestra visión" (Tob. XII, 19): es decir, pensabais que yo tomaba alimento por necesidad de reparar el cuerpo, como hacéis vosotros. Pero si tal vez puede disputarse algo más creíble sobre los ángeles, ciertamente la fe cristiana no duda sobre el mismo Salvador, que incluso después de la resurrección, ya en carne espiritual, pero verdadera, tomó comida y bebida con los discípulos (Luc. XXIV). Pues no se quitará a tales cuerpos la potestad, sino la necesidad de comer y beber. Por lo cual también serán espirituales; no porque dejen de ser cuerpos, sino porque subsistirán por el espíritu vivificante.

CAPÍTULO XXIII.

Qué debe entenderse por cuerpo animal y por cuerpo espiritual; o quiénes mueren en Adán y quiénes son vivificados en Cristo.

1. Pues así como estos cuerpos, que tienen un alma viviente, pero todavía no un espíritu vivificante, se llaman cuerpos animales; y sin embargo no son almas, sino cuerpos: así aquellos se llaman cuerpos espirituales; pero lejos de nosotros el creer que han de ser espíritus, sino que tendrán la sustancia de los cuerpos de carne, pero no padecerán ninguna lentitud ni corrupción carnal por el espíritu vivificante. Entonces ya no será un hombre terreno, sino celestial: no porque el cuerpo que fue hecho de la tierra no sea el mismo; sino porque por don celestial será ya tal, que sea

apto incluso para habitar en el cielo, no perdida su naturaleza, sino cambiada su cualidad. Pero el primer hombre, de la tierra, terreno (I Cor. XV, 47), fue hecho en alma viviente, no en espíritu vivificante, lo cual se le reservaba por el mérito de la obediencia. Por eso su cuerpo, que necesitaba de comida y bebida para no padecer hambre y sed, y era preservado de la necesidad de la muerte no por aquella inmortalidad absoluta e indisoluble, sino por el árbol de la vida, y se mantenía en la flor de la juventud, no hay duda de que fue animal y no espiritual: de ningún modo, sin embargo, habría de morir, si no hubiera caído delinquiendo contra la sentencia de Dios que lo predecía y amenazaba. Y aunque no se le negaron los alimentos incluso fuera del paraíso, sin embargo, prohibido del árbol de la vida, habría sido entregado al tiempo y a la vejez para ser acabado, al menos en aquella vida que, aunque en cuerpo animal, hasta que se hiciera espiritual por el mérito de la obediencia, podría haber tenido perpetua en el paraíso si no hubiera pecado. Por lo cual, aunque entendamos que aquella muerte manifiesta, por la cual se produce la separación del alma del cuerpo, fue significada al mismo tiempo en lo que Dios había dicho: "El día que comiereis de él, moriréis de muerte" (Gén. II, 17); no por eso debe parecer absurdo porque no fueran desatados del cuerpo precisamente aquel día en que tomaron el alimento prohibido y mortífero. Pues aquel día, cambiada la naturaleza a peor y viciada, y por la separación justísima del árbol de la vida, se hizo en ellos la necesidad de la muerte incluso corpo-

ral, con la cual necesidad hemos nacido nosotros. Por lo cual el Apóstol no dice: El cuerpo ciertamente ha de morir por el pecado; sino que dice: "El cuerpo ciertamente está muerto por el pecado, pero el espíritu es vida por la justicia". Luego añade: "Pero si el Espíritu de aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos habita en vosotros; el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales, por su Espíritu que habita en vosotros" (Rom. VIII, 10, 11). Entonces, pues, será el cuerpo en espíritu vivificante, lo que ahora es en alma viviente; y sin embargo el Apóstol lo llama muerto, porque ya está constreñido por la necesidad de morir. Pero entonces era en alma viviente, aunque no en espíritu vivificante, de tal modo que, sin embargo, no podría llamarse muerto con rectitud; porque a no ser por la perpetración del pecado no podría tener necesidad de morir. Pero cuando Dios, tanto al decir: "Adán, ¿dónde estás?", significó la muerte del alma, que se produjo al abandonarle él; como al decir: "Tierra eres y a la tierra irás" (Gén. III, 9, 19), significó la muerte del cuerpo, que le sucede al apartarse el alma: por eso no debe creerse que no dijo nada sobre la muerte segunda, porque quiso que fuera oculta por la dispensación del Nuevo Testamento, donde la muerte segunda se declara clarísimamente; para que primero se manifestara que esta muerte primera, que es común a todos, procedió de aquel pecado que en uno se hizo común a todos: pero la muerte segunda no es ciertamente común a todos, por causa de aquellos "que según su propósito son llamados",

"a los cuales antes conoció y predestinó", como dice el Apóstol, "conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos" (Rom. VIII, 28 y 29), a los cuales la gracia de Dios por el Mediador libró de la muerte segunda.

2. Que el primer hombre fue hecho en cuerpo animal, así lo dice el Apóstol. Pues queriendo distinguir esto que ahora es animal de lo espiritual que ha de ser en la resurrección: "Se siembra", dice, "en corrupción, resurgirá en incorrupción; se siembra en ignominia, resurgirá en gloria; se siembra en debilidad, resurgirá en virtud; se siembra cuerpo animal, resurgirá cuerpo espiritual". Luego, para probar esto: "Si hay", dice, "cuerpo animal, hay también espiritual". Y para mostrar qué era el cuerpo animal: "Así", dice, "está escrito: Fue hecho el primer hombre en alma viviente". De este modo, pues, quiso mostrar qué es el cuerpo animal, aunque la Escritura no dijo del primer hombre, que es llamado Adán, cuando le fue creada el alma por el soplo de Dios: "Y fue hecho el hombre en cuerpo animal"; sino: "Fue hecho el hombre en alma viviente" (Gén. II, 7). En aquello, pues, que está escrito: "Fue hecho el primer hombre en alma viviente", quiso el Apóstol que se entendiera el cuerpo animal del hombre. Pero cómo debía entenderse el espiritual, lo mostró añadiendo: "Mas el postrer Adán en espíritu vivificante": significando sin duda a Cristo, que ya resucitó de entre los muertos de tal modo que ya no puede morir en absoluto. Finalmente sigue y dice: "Pero no es primero lo que es espiritual,

sino lo que es animal; después, lo espiritual". Donde declaró mucho más abiertamente que había insinuado el cuerpo animal en aquello que está escrito, que el primer hombre fue hecho en alma viviente; y el espiritual en aquello que dice: "El postrer Adán en espíritu vivificante". Pues primero es el cuerpo animal, cual lo tuvo el primer Adán, aunque no habría de morir si no hubiera pecado; cual tenemos ahora también nosotros, habiendo sido su naturaleza cambiada y viciada hasta el punto en que se efectuó en él después que pecó, de donde tendría ya la necesidad de morir; cual también Cristo se dignó tener primeramente por nosotros, no ciertamente por necesidad, sino por potestad: pero después el espiritual, cual ya precedió en Cristo como en nuestra cabeza, y ha de seguir en sus miembros en la última resurrección de los muertos.

3. Añade luego el Apóstol la evidentísima diferencia de estos dos hombres, diciendo: "El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial. Cual el terreno, tales también los terrenos; cual el celestial, tales también los celestiales. Y como vestimos la imagen del terreno, vistamos también la imagen de aquel que es del cielo (I Cor. XV, 47-49). Esto lo puso el Apóstol de modo que ahora ciertamente se realice en nosotros según el Sacramento de la regeneración; como dice en otro lugar: "Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido" (Gál. III, 27): pero en la realidad misma se perfeccionará entonces, cuando lo que en nosotros es animal por el nacimiento, se haya

hecho espiritual por la resurrección. Pues, para usar de nuevo sus palabras: "En esperanza hemos sido salvados" (Rom. VIII, 24). Pero vestimos la imagen del hombre terreno por la propagación de la prevaricación y de la muerte, que nos trajo la generación; pero vestimos la imagen del hombre celestial por la gracia del perdón y de la vida perpetua, lo cual nos presta la regeneración, no sino por el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5): al cual quiere que se entienda como hombre celestial, porque vino del cielo para vestirse con el cuerpo de la mortalidad terrena, al cual vestiría con la inmortalidad celestial. Pero llama celestiales también a los otros por esto, porque se hacen miembros suyos por la gracia, para que con ellos sea un solo Cristo, como cabeza y cuerpo. Esto lo pone más evidentemente en la misma Epístola así: "Por el hombre la muerte, y por el hombre la resurrección de los muertos. Pues como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados" (I Cor. XV, 21 y 22). Ya ciertamente en cuerpo espiritual, que será en espíritu vivificante. No porque todos los que mueren en Adán hayan de ser miembros de Cristo (pues de ellos muchos más serán castigados con la muerte segunda para siempre); sino que por eso se dijo "todos" y "todos", porque así como nadie muere en cuerpo animal sino en Adán, así nadie es vivificado en cuerpo espiritual sino en Cristo. Por tanto, de ningún modo ha de pensarse que en la resurrección habremos de tener un cuerpo tal cual lo tuvo el primer hombre antes del pecado. Ni aquello que se dijo: "Cual el

terreno, tales también los terrenos", ha de entenderse según aquello que se hizo por la admisión del pecado. Pues no ha de estimarse que él, antes de haber pecado, tuviera cuerpo espiritual, y por el mérito del pecado fuera cambiado en animal. Pues para que se piense esto, se atienden poco las palabras de tan gran doctor, que dice: "Si hay cuerpo animal, hay también espiritual; como está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán en alma viviente". ¿Acaso se hizo esto después del pecado, siendo esta la primera condición del hombre, de la cual el beatísimo Apóstol, para mostrar el cuerpo animal, asumió este testimonio de la Ley?

CAPÍTULO XXIV.

De qué modo ha de entenderse tanto aquella insuflación en la cual el primer hombre fue hecho en alma viviente, como aquella que hizo el Señor diciendo: "Recibid el Espíritu Santo".

1. De donde también aquello les ha parecido a algunos con poca consideración, en lo que se lee: "Inspiró Dios en su rostro aliento de vida, y fue hecho el hombre en alma viviente" (Gén. II, 7), que entonces no se dio por primera vez el alma al primer hombre, sino que la que ya estaba en él fue vivificada por el Espíritu Santo. Pues les mueve el que el Señor Jesús, después que resucitó de entre los muertos, sopló diciendo a sus discípulos: "Recibid el Espíritu Santo" (Juan XX, 22). De donde piensan que se hizo algo semejante a lo que se hizo entonces: como si también aquí el

Evangelista hubiera seguido diciendo: Y fueron hechos en alma viviente. Lo cual, si ciertamente se hubiera dicho, entenderíamos esto: que la vida de las almas es el Espíritu de Dios, sin el cual las almas racionales han de ser consideradas muertas, aunque los cuerpos parezcan vivir por su presencia. Pero no se hizo así cuando fue creado el hombre, como lo testifican las mismas palabras del libro, que dicen así: "Y formó Dios al hombre polvo de la tierra". Lo cual algunos, pensando que debía interpretarse más claramente, dijeron: "Y fingió Dios al hombre del limo de la tierra". Puesto que arriba se había dicho: "Mas una fuente subía de la tierra, e irrigaba toda la faz de la tierra" (Gén. II, 7, 6): de modo que por esto pareciera que debía entenderse el limo, a saber, concretado por el humor y la tierra. Pues donde se dijo esto, sigue inmediatamente: "Y formó Dios al hombre polvo de la tierra": como tienen los códices griegos, de donde esta Escritura fue vertida a la lengua latina. Pero ya sea que "formó" o "fingió", cualquiera que se quiera decir, lo que en griego se dice "éplasen", nada importa para el caso: sin embargo, más propiamente se dice "fingió". Pero les pareció que debía evitarse la ambigüedad a los que prefirieron decir "formó", por el hecho de que en la lengua latina prevaleció más la costumbre de que se diga que "fingen" aquellos que componen algo con mentira simulada. A este hombre, pues, formado del polvo de la tierra, o del limo (pues era polvo humedecido); a este, digo, para hablar más expresamente, como habló la Escritura, "polvo de la tierra", enseña el Apóstol que fue hecho cuerpo

animal cuando recibió el alma. Y fue hecho este hombre en alma viviente: es decir, aquel polvo formado fue hecho en alma viviente.

2. Ya, dicen ellos, tenía alma, de lo contrario no sería llamado hombre; puesto que el hombre no es solo el cuerpo, ni solo el alma, sino el que consta de alma y cuerpo. Esto es ciertamente verdad, que no todo el hombre, sino la parte mejor del hombre es el alma; ni todo el hombre es el cuerpo, sino la parte inferior del hombre: pero cuando ambos están unidos a la vez, tiene el nombre de hombre; el cual, sin embargo, no pierden las partes singulares, incluso cuando hablamos de cada una de ellas. ¿Quién prohíbe decir, por una cierta ley del habla cotidiana: Aquel hombre ha muerto, y ahora está en descanso o en penas; cuando esto puede decirse solo de la alma? ¿Y: En tal o cual lugar aquel hombre fue sepultado; cuando esto no puede entenderse sino solo del cuerpo? ¿O dirán que la divina Escritura no suele hablar así? Al contrario, ella nos lo atestigua de tal modo en esto, que incluso cuando estos dos están unidos y vive el hombre, sin embargo también llama a cada uno de ellos con el vocablo de hombre; a saber, llamando a la alma hombre interior, y al cuerpo hombre exterior (II Cor. IV, 16), como si fueran dos hombres, siendo ambos a la vez un solo hombre. Pero ha de entenderse según qué se dice el hombre a imagen de Dios, y el hombre tierra y que ha de ir a la tierra. Pues aquello se dice según el alma racional, tal cual Dios dio al hombre, esto es, al cuerpo del hombre, insuflando, o, si se dice más convenientemente, inspirando: pero

esto según el cuerpo, cual hombre fingió Dios del polvo, al cual le fue dada la alma para que se hiciera cuerpo animal, esto es, el hombre en alma viviente.

3. Por lo cual, en aquello que hizo el Señor cuando sopló diciendo: "Recibid el Espíritu Santo", sin duda quiso que se entendiera que el Espíritu Santo no es solo del Padre, sino también del mismo Unigénito. Pues el mismo Espíritu es del Padre y del Hijo, con quienes el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son la Trinidad, no criatura, sino Creador. Ni aquel soplo corpóreo que procedía de la boca de carne era la sustancia y naturaleza del Espíritu Santo, sino más bien una significación por la que entendiéramos, como dije, que el Espíritu Santo es común al Padre y al Hijo: porque no tienen cada uno el suyo, sino que uno es de ambos. Siempre, además, este Espíritu es llamado en las Sagradas Escrituras con el vocablo griego "pneuma", como el Señor lo llamó también en este lugar cuando, significándolo con el soplo de su boca corporal, lo dio a sus discípulos: y en todos los lugares de los divinos elocuentes, no me ocurre que sea nombrado de otro modo. Pero aquí, donde se lee: "Y fingió Dios al hombre polvo de la tierra, e insufló", o "inspiró en su rostro aliento de vida"; el griego no dice "pneuma", que suele llamarse Espíritu Santo, sino "pnoe": nombre que se lee más frecuentemente en la criatura que en el Creador: por lo cual algunos latinos, por la diferencia, prefirieron llamar a este vocablo no espíritu, sino flato (soplo). Pues esto mismo hay en el griego también en aquel lugar de Isaías,

donde dice Dios: "Yo hice todo soplo" (Isa. LVII, 16, según los LXX), significando sin duda toda alma. Por tanto, lo que en griego se dice "pnoe", los nuestros lo han interpretado unas veces como flato, otras como espíritu, otras como inspiración o aspiración, incluso cuando se dice de Dios: "pneuma", en cambio, nunca sino como espíritu; ya sea del hombre, de quien dice el Apóstol: "¿Pues quién de los hombres sabe las cosas que son del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?" (I Cor. II, 11); ya sea de la bestia, como está escrito en el libro de Salomón: "¿Quién sabe si el espíritu del hombre sube arriba al cielo, y el espíritu de la bestia baja abajo a la tierra?" (Ecl. III, 21); ya sea este corpóreo, que también se llama viento: pues este es su nombre donde se canta en el Salmo: "Fuego, granizo, nieve, hielo, espíritu de tempestad" (Sal. CXLVIII, 8); ya sea no el creado, sino el Creador, como es aquel de quien dice el Señor en el Evangelio: "Recibid el Espíritu Santo"; significándolo con el soplo de su boca corpórea. Y donde dice: "Id, bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mat. XXVIII, 19): donde la misma Trinidad es recomendada excelentísima y evidentísimamente. Y donde se lee: "Dios es espíritu" (Juan IV, 24). Y en otros muchísimos lugares de las sagradas Letras. Pues en todos estos testimonios de las Escrituras, en cuanto a lo que toca a los griegos, no vemos que esté escrito "pnoe", sino "pneuma"; y en cuanto a los latinos, no flato, sino espíritu. Por lo cual, en aquello que está escrito: "Inspiró", o si debe decirse más propiamente, "Insufló en

su rostro aliento de vida"; si el griego no hubiera puesto "pnoe", como allí se lee, sino "pneuma", ni aun así sería consecuente que nos viéramos obligados a entender al Espíritu Creador, que propiamente se llama Espíritu Santo en la Trinidad: puesto que es manifiesto que "pneuma", como se ha dicho, suele decirse no solo del Creador, sino también de la criatura.

4. Pero al haber dicho "espíritu", dicen ellos, no añadiría "de vida", si no quisiera que se entendiera allí el Espíritu Santo; y al haber dicho: "Fue hecho el hombre en alma", no añadiría "viviente", si no significara la vida del alma que le es impartida divinamente por el don del Espíritu de Dios. Pues viviendo el alma, dicen, a su propio modo de vida, ¿qué necesidad había de añadir "viviente", sino para que se entendiera aquella vida que se le da por el Espíritu Santo? ¿Qué otra cosa es esto, sino contender diligentemente por una sospecha humana, y atender negligentemente a las Sagradas Escrituras? Pues ¿qué cosa tan grande era no ir más lejos, sino leer en el mismo libro un poco más arriba: "Produzca la tierra alma viviente" (Gén. I, 24), cuando fueron creados todos los animales terrestres? Luego, interpuestas algunas cosas, en el mismo libro sin embargo, ¿qué cosa tan grande era advertir lo que está escrito: "Y todas las cosas que tienen espíritu de vida, y todo el que estaba sobre la tierra seca, murió" (Gén. VII, 22), cuando insinuaba que todas las cosas que vivían en la tierra perecieron por el diluvio? Si, pues, encontramos tanto "alma viviente" como "espíritu de vida" incluso en las bestias, según

acostumbra hablar la divina Escritura; y puesto que también en este lugar, donde se lee: "Todas las cosas que tienen espíritu de vida", el griego no dijo "pneuma", sino "pnoe": ¿por qué no decimos: qué necesidad había de que añadiera "viviente", cuando el alma no puede existir si no vive? ¿o, qué necesidad había de que añadiera "de vida", cuando había dicho "espíritu"? Sino que entendemos que la Escritura dijo "espíritu de vida" y "alma viviente" a su manera, cuando quería que se entendieran los animales, esto es, los cuerpos animados, en los cuales estuviera presente por el alma este sentido también manifiesto del cuerpo. Pero en la condición del hombre olvidamos cómo suele hablar la Escritura, cuando habló de todo punto a su manera: por la cual insinuaría que el hombre, incluso recibida el alma racional, la cual quiso que se entendiera creada no como las otras carnes por la producción de las aguas y la tierra, sino por el soplo de Dios; sin embargo se hizo así, que viviera en un cuerpo animal, que se hace por el alma que vive en él, tal como vivían aquellos animales de los cuales dijo: "Produzca la tierra alma viviente": y que igualmente dice que tenían en sí el espíritu de vida; donde también en el griego no dijo "pneuma", sino "pnoe": no expresando ciertamente al Espíritu Santo, sino el alma de ellos con tal nombre.

5. Pero es que el soplo de Dios, dicen ellos, se entiende que salió de la boca de Dios, el cual si creemos que es el alma, será consecuente que confesemos que es de la misma sustancia, e igual a aquella Sabiduría que dice: "Yo salí de la boca

del Altísimo" (Ecli. XXIV, 5). Ciertamente la Sabiduría no dijo que ella hubiera sido exhalada por la boca de Dios, sino que procedió de su boca. Pero así como nosotros podemos hacer un soplo cuando soplamos, no de nuestra naturaleza por la que somos hombres, sino de este aire circundante que atraemos y devolvemos al respirar y espirar: así el Dios omnipotente, no de su naturaleza, ni de una criatura subyacente, sino incluso de la nada pudo hacer el soplo, el cual, insertándolo en el cuerpo del hombre, se dice muy convenientemente que lo inspiró o insufló, lo incorpóreo en lo incorpóreo, pero lo inmutable en lo mutable; porque lo increado lo creó. No obstante, para que sepan estos que quieren hablar de las Escrituras y no advierten las locuciones de las Escrituras, que no solo se dice que sale de la boca de Dios lo que es igual y de la misma naturaleza, oigan o lean lo que está escrito diciendo Dios: "Puesto que eres tibio, y ni frío ni caliente, empezaré a vomitarte de mi boca" (Apoc. III, 16).

6. No hay, pues, causa alguna por la que nos resistamos al Apóstol que habla tan claramente, donde distinguiendo el cuerpo animal del cuerpo espiritual, esto es, de aquel en que hemos de estar, este en que ahora estamos, dice: "Se siembra cuerpo animal, resurgirá cuerpo espiritual; si hay cuerpo animal, hay también espiritual, como está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán en alma viviente, el postrer Adán en espíritu vivificante. Pero no es primero lo que es espiritual, sino lo que es animal; después, lo que es espiritual. El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo

hombre del cielo, celestial. Cual el terreno, tales también los terrenos; cual el celestial, tales también los celestiales. Y como vestimos la imagen del terreno, vistamos también la imagen de aquel que es del cielo (I Cor. XV, 44-49). Sobre todas estas palabras apostólicas hemos hablado arriba. El cuerpo animal, por tanto, en el cual dice el Apóstol que fue hecho el primer hombre Adán, fue hecho así no para que no pudiera morir en absoluto, sino para que no muriera si el hombre no hubiera pecado. Pues aquello que por el espíritu vivificante será espiritual e inmortal, no podrá morir en absoluto. Así como el alma fue creada inmortal, la cual, aunque se diga muerta por el pecado al carecer de una cierta vida suya, esto es, del Espíritu de Dios, por el cual podía también vivir sabia y bienaventuradamente, sin embargo no deja de vivir con una cierta vida propia, aunque miserable, porque fue creada inmortal. Así como también los ángeles desertores, aunque en cierto modo estén muertos por el pecado, porque desertaron de la fuente de vida, que es Dios, de la cual bebiendo podían vivir sabia y bienaventuradamente, sin embargo no pudieron morir de tal modo que dejaran del todo de vivir y de sentir, puesto que fueron creados inmortales; y así serán precipitados a la muerte segunda después del último juicio, de modo que ni allí carezcan de vida, puesto que tampoco carecerán de sentido cuando hayan de estar en dolores. Pero los hombres pertenecientes a la gracia de Dios, ciudadanos de los santos ángeles que permanecen en la vida bienaventurada, serán revestidos de cuerpos espiri-

tuales de tal modo que ni pequen más ni mueran; revestidos, sin embargo, de aquella inmortalidad que, como la de los ángeles, no pueda ser quitada ni por el pecado; permaneciendo ciertamente la naturaleza de la carne, pero no permaneciendo en absoluto ninguna corruptibilidad o lentitud carnal.

7. Sigue, además, una cuestión que necesariamente ha de ser tratada y, con la ayuda del Señor Dios de la verdad, resuelta. Si la libido de los miembros inobedientes surgió del pecado de inobediencia en aquellos primeros hombres cuando los había abandonado la gracia divina; por lo cual abrieron sus ojos a su desnudez, esto es, la advirtieron con más curiosidad, y porque el movimiento impúdico resistía al arbitrio de la voluntad, cubrieron sus partes vergonzosas: ¿de qué modo habrían de propagar hijos si, como habían sido creados, hubieran permanecido sin prevaricación? Pero porque también este libro ha de cerrarse, y no ha de constreñirse tan gran cuestión en las angosturas de un discurso, difiérase para el que sigue con una disposición más conveniente.

Libro D

ECIMOCUARTO.

De nuevo sobre el pecado del primer hombre, del cual enseña Agustín que fluyó la causa de la vida carnal y de los afectos viciosos; pero especialmente muestra que el mal de la libido vergonzosa es la pena recíproca de la inobediencia, e inquiere de qué modo, si el hombre no hubiera pecado, habría de propagar los hijos sin libido.

CAPÍTULO PRIMERO.

Que todos habrían de precipitarse en la perpetuidad de la muerte segunda por la inobediencia del primer hombre, si la gracia de Dios no librara a muchos.

Ya hemos dicho en los libros anteriores que Dios quiso instituir a los hombres a partir de un solo hombre, no solo para ser asociados por la semejanza de la naturaleza, sino también para ser unidos en una unidad concorde por el vínculo de la paz mediante una cierta necesidad de parentesco; ni este género habría de morir en cada uno de los individuos si los dos primeros, de los cuales uno fue creado de nadie, la otra de aquel, no lo hubieran merecido por la inobediencia: por los cuales fue admitido tan grande pecado, que por él la naturaleza humana se mudó a peor, transmi-

tiéndose incluso a los pósteros la obligación del pecado y la necesidad de la muerte. Mas el reino de la muerte dominó de tal modo sobre los hombres, que a todos arrastraría como pena debida incluso a la muerte segunda, de la cual no hay fin, si de allí la indebida gracia de Dios no librara a algunos. Y por esto se ha hecho que, aunque tantas y tan grandes gentes que viven por el orbe de la tierra con diversos ritos y costumbres, estén distinguidas por una múltiple variedad de lenguas, armas y vestidos, sin embargo no existieran más que dos ciertos géneros de sociedad humana, a las que meritoriamente podemos llamar dos ciudades según nuestras Escrituras. Pues una es de los hombres que quieren vivir según la carne, la otra según el espíritu, en la paz de cada uno de su género; y cuando alcanzan lo que pretenden, viviendo en la paz de cada uno de su género.

CAPÍTULO II.

De la vida carnal, que ha de entenderse no solo por los vicios del cuerpo, sino también por los del alma.

1. Primero, pues, se ha de ver qué es vivir según la carne y qué según el espíritu. Pues cualquiera que inspeccione a primera vista lo que hemos dicho, o bien no recordando o bien no advirtiendo cómo hablan las sagradas Escrituras, puede pensar que los filósofos epicúreos viven ciertamente según la carne, porque pusieron el sumo bien del hombre en el deleite del cuerpo; y si hay algunos otros que opinaron que el bien del cuerpo, de cualquier modo, es el sumo bien del hombre; y

todo el vulgo de ellos, que no filosofan por algún dogma o de aquel modo, sino que inclinados a la libido, no saben gozar sino de los placeres que perciben por los sentidos corpóreos: mas que los estoicos, que ponen el sumo bien del hombre en el alma, viven según el espíritu; porque ¿qué es el alma del hombre sino espíritu? Pero, como habla la divina Escritura, ambos se muestran vivir según la carne. Pues llama carne no solo al cuerpo del ser vivo terreno y mortal, como cuando dice: "No toda carne es la misma carne, sino que una es la carne del hombre, otra la carne de la bestia, otra la de las aves, otra la de los peces" (I Cor. XV, 39); sino que usa el significado de este nombre de otros muchos modos, entre los cuales variados modos de locución a menudo llama carne incluso al hombre mismo, esto es, a la naturaleza del hombre, por un modo de locución de la parte por el todo, cual es: "Por las obras de la ley no será justificada ninguna carne" (Rom. III, 20). ¿Pues qué quiso que se entendiera sino todo hombre? Lo cual dice un poco después más claramente: "En la ley nadie es justificado" (Gálat. III, 11); y a los Gálatas: "Sabiendo que el hombre no será justificado por las obras de la ley" (Id. II, 16). Según esto se entiende: "Y el Verbo se hizo carne" (Juan I, 14); esto es, hombre. No recibiendo lo cual rectamente algunos, pensaron que a Cristo le faltó el alma humana. Pues así como de la totalidad se toma la parte, donde se leen las palabras de María Magdalena en el Evangelio diciendo: "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto" (Id. XX, 13); aunque hablaba solo de la carne de Cristo, la

cual pensaba que había sido quitada del sepulcro donde fue sepultada: así también por la parte el todo, nombrada la carne se entiende el hombre, como son aquellas cosas que arriba conmemoramos.

2. Puesto que, por tanto, la divina Escritura nombra la carne de muchos modos, los cuales es largo escudriñar y recoger: para que podamos indagar qué es vivir según la carne (lo cual ciertamente es un mal, aunque la naturaleza de la carne misma no sea un mal), inspeccionemos diligentemente aquel lugar de la Epístola del apóstol Pablo que escribió a los Gálatas, donde dice: "Manifiestas son, además, las obras de la carne, que son adulterios, fornicaciones, inmundicias, lujurias, servidumbre de los ídolos, veneficios, enemistades, contiendas, emulaciones, animosidades, disensiones, herejías, envidias, embriagueces, comilonas y cosas semejantes a estas; las cuales os predigo, como también predije, que quienes tales cosas hacen, no poseerán el reino de Dios" (Gálat. V, 19-21). Todo este pasaje de la Epístola apostólica, considerado en cuanto parezca ser suficiente para el asunto presente, podrá disolver esta cuestión de qué es vivir según la carne. Pues en las obras de la carne, que dijo ser manifiestas y que habiéndolas conmemorado condenó, no encontramos solo aquellas que pertenecen al deleite de la carne, como son las fornicaciones, inmundicias, lujurias, embriagueces, comilonas; sino también aquellas por las que se demuestran los vicios del alma ajenos al deleite de la carne. ¿Pues quién no entendería

que la servidumbre que se exhibe a los ídolos, los veneficios, las enemistades, las contiendas, las emulaciones, las animosidades, las disensiones, las herejías, las envidias, son vicios del alma más bien que de la carne? Puesto que puede suceder que, por causa de la idolatría o del error de alguna herejía, uno se abstenga de los placeres de la carne: y, sin embargo, incluso entonces el hombre, aunque parezca contener y cohibir las libidos de la carne, es convencido de vivir según la carne por esta autoridad apostólica; y en aquello que se abstiene de los placeres de la carne, se demuestra que realiza obras condenables de la carne. ¿Quién no tendría las enemistades en el alma? ¿O quién hablaría de tal modo que dijera a su enemigo, o a quien piensa que es enemigo: "Tienes mala carne", y no más bien: "Tienes mal ánimo contra mí"? Finalmente, así como si alguien hubiera oído "carnalidades", por así decirlo, no habría dudado en atribuirlas a la carne; así nadie duda que las animosidades pertenecen al alma: ¿por qué, pues, el Doctor de las Gentes en la fe y en la verdad llama a todas estas cosas y a las semejantes obras de la carne, sino porque por aquel modo de locución por el cual se significa el todo por la parte, quiere que el hombre mismo sea entendido por el nombre de carne?

CAPÍTULO III.

Que la causa del pecado procedió del alma, no de la carne, y que la corrupción contraída por el pecado no es pecado, sino pena.

1. Pero si alguien dice que la carne es la causa de cualesquiera vicios en las malas costumbres, por el hecho de que el alma afectada por la carne vive así, ciertamente no advierte diligentemente la naturaleza universal del hombre. Pues ciertamente "el cuerpo corruptible agrava el alma" (Sab. IX, 15). Por lo cual también el mismo Apóstol, tratando de este cuerpo corruptible, del cual poco antes había dicho: "Aunque nuestro hombre exterior se corrompa" (II Cor. IV, 16): "Sabemos", dice, "que si nuestra casa terrena de habitación se disuelve, tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos. Pues en esto gemimos, deseando ser sobrevestidos con nuestro habitáculo que es del cielo; si es que, incluso vestidos, no seamos hallados desnudos. Pues quienes estamos en esta habitación, gemimos agravados, porque no queremos ser despojados, sino sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida" (II Cor. V, 1-4). Y somos agravados, por tanto, por el cuerpo corruptible, y conociendo que la causa de esa misma agravación no es la naturaleza y substancia del cuerpo, sino su corrupción, no queremos ser despojados del cuerpo, sino ser vestidos de su inmortalidad. Pues entonces también existirá [el cuerpo], pero porque no será corruptible, no agravará. "Agrava", pues, ahora "el cuerpo corruptible al alma, y la habitación terrena deprime el sentido que piensa muchas cosas" (Sab. IX, 15). Sin embargo, quienes piensan que todos los males del alma han ocurrido por el cuerpo, están en error.

2. Pues aunque Virgilio parece explicar la sentencia platónica con lucientes versos, diciendo: "Ígneo es en ellos el vigor y celestial el origen a las semillas, en cuanto no los retardan los cuerpos nocivos ni los embotan los miembros terrenos y los miembros moribundos"; y queriendo que se entienda que todas aquellas cuatro muy conocidas perturbaciones del alma —el deseo, el temor, la alegría, la tristeza— como orígenes de todos los pecados y vicios, ocurren por el cuerpo, subyace y dice: "De aquí temen y desean, se duelen y se gozan, ni miran a las brisas, cerrados en las tinieblas y en una cárcel ciega" (Eneida, lib. 6, vers. 730-734); sin embargo, de otro modo se tiene nuestra fe. Pues la corrupción del cuerpo, que agrava el alma, no es la causa del primer pecado, sino la pena; ni la carne corruptible hizo al alma pecadora, sino que el alma pecadora hizo que la carne fuera corruptible. De la cual corrupción de la carne, aunque existan ciertos incitamentos a los vicios y los mismos deseos viciosos, sin embargo no todos los vicios de la vida inicua han de ser atribuidos a la carne, para no purgar de todos estos al diablo, que no tiene carne. Pues aunque no pueda decirse que el diablo sea fornicario o borracho, o si hay algo de este género de mal que pertenece a los deleites de la carne, puesto que es también el persuasor e instigador oculto de tales pecados, es, sin embargo, máximamente soberbio e envidioso. La cual viciosidad de tal modo lo obtuvo, que por ella estuviera destinado al suplicio eterno en las cárceles de este aire caliginoso. Mas estos vicios que tienen el principado

en el diablo, los atribuye el Apóstol a la carne, la cual es cierto que el diablo no tiene. Pues dice que las enemistades, contiendas, emulaciones, animosidades, envidias, son obras de la carne (Gálat. V, 20-21): de todos cuyos males la cabeza y el origen es la soberbia, que sin carne reina en el diablo. ¿Pues quién es más enemigo de los santos que aquel? ¿Quién contra ellos se encuentra más contencioso, animoso y más emulo e envidioso? Y teniendo todas estas cosas sin carne, ¿cómo son esas obras de la carne, sino porque son obras del hombre, a quien, como dije, llama con el nombre de carne? Pues no por tener carne, la cual no tiene el diablo, sino por vivir según sí mismo, esto es, según el hombre, el hombre se hizo semejante al diablo; porque también aquel quiso vivir según sí mismo cuando no permaneció en la verdad, para hablar la mentira no de lo de Dios, sino de lo suyo, quien no solo es mentiroso, sino incluso el padre de la mentira (Juan VIII, 44). Pues él es el primero que mintió, y de quien empezó el pecado, de aquel empezó a ser la mentira.

CAPÍTULO IV.

Qué es vivir según el hombre, y qué según Dios.

1. Cuando, por tanto, el hombre vive según el hombre, no según Dios, es semejante al diablo. Porque ni el ángel debió vivir según el ángel, sino según Dios, para permanecer en la verdad y hablar la verdad de lo de Aquél, no la mentira de lo suyo. Pues también sobre el hombre dice en otro lugar el mismo Apóstol: "Mas si la verdad de Dios

abundó en mi mentira" (Rom. III, 7). Llamó "mi mentira" a la verdad de Dios. Así pues, cuando el hombre vive según la verdad, no vive según sí mismo, sino según Dios. Pues Dios es quien dijo: "Yo soy la verdad" (Juan XIV, 6). Pero cuando vive según sí mismo, esto es, según el hombre, no según Dios, ciertamente vive según la mentira: no porque el hombre mismo sea mentira, siendo su autor y creador Dios, que no es ciertamente autor y creador de la mentira; sino porque el hombre fue hecho tan recto que no viviera según sí mismo, sino según Aquel por quien fue hecho; esto es, que hiciera la voluntad de Aquel más bien que la suya: mas no vivir así como fue hecho para vivir, esto es la mentira. Pues quiere ser bienaventurado, incluso no viviendo de modo que pueda serlo. ¿Qué es más mentira que esta voluntad? Por lo cual no en vano puede decirse que todo pecado es mentira. Pues no se comete pecado sino con aquella voluntad por la cual queremos que nos vaya bien, o no queremos que nos vaya mal. Por tanto, es mentira que, cuando se hace para que nos vaya bien, de aquí más bien nos vaya mal; o cuando se hace para que nos vaya mejor, de aquí más bien nos vaya peor. ¿De dónde esto, sino porque de Dios puede irle bien al hombre, a quien deserta delinquiendo; no de sí mismo, según el cual vive delinquiendo?

2. Lo que, por tanto, dijimos, que de aquí existieron dos ciudades diversas entre sí y contrarias, porque unos vivían según la carne y otros según el espíritu, puede también decirse de este modo: que unos viven según el hombre y otros según

Dios. Muy claramente dice Pablo ciertamente a los Corintios: "Pues habiendo entre vosotros emulación y contienda, ¿no sois carnales y andáis según el hombre?" (I Cor. III, 3). Lo que, por tanto, es andar según el hombre, esto es ser carnal; porque por la carne, esto es, por la parte del hombre, se entiende el hombre. A esos mismos llamó arriba animales, a los que después llamó carnales, hablando así: "¿Pues quién de los hombres", dice, "sabe las cosas que son del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Así también las cosas que son de Dios nadie las sabe sino el Espíritu de Dios. Mas nosotros", dice, "no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que sepamos las cosas que nos han sido donadas por Dios; las cuales también hablamos, no con palabras enseñadas de sabiduría humana, sino enseñadas por el Espíritu, comparando las cosas espirituales con las espirituales. Mas el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, pues le son necedad" (I Cor. II, 11-14). A tales, por tanto, esto es, a los animales, dice un poco después: "Y yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales" (Id. III, 1). Y aquello se entiende por este mismo modo de locución, esto es, el todo por la parte. Pues tanto por el alma como por la carne, que son partes del hombre, puede significarse el todo, que es el hombre; y así no es una cosa el hombre animal y otra el carnal, sino que ambos son lo mismo, esto es, el hombre que vive según el hombre. Como no se significan otra cosa que hombres, sea donde se lee: "Por las obras

de la ley no será justificada toda carne" (Rom. III, 20), sea lo que está escrito: "Setenta y cinco almas descendieron con Jacob a Egipto" (Gén. XLVI, 27). Pues allí por "toda carne" se entiende todo hombre, y allí por "setenta y cinco almas" se entienden setenta y cinco hombres. Y lo que se dijo: "No con palabras enseñadas de sabiduría humana", pudo decirse: "No de sabiduría carnal"; como lo que se dijo: "Andáis según el hombre", pudo decirse: "Según la carne". Pero esto apareció más en lo que añadió: "Pues cuando alguno dice: Yo soy de Pablo; mas otro: Yo de Apolo, ¿no sois hombres?" (I Cor. III, 4). Lo que decía: "Sois animales" y "Sois carnales", lo dijo más expresamente: "Sois hombres"; que es: "Vivís según el hombre, no según Dios"; según el cual, si vivierais, seríais dioses.

CAPÍTULO V.---Que la opinión de los platónicos sobre la naturaleza del cuerpo y del alma es ciertamente más tolerable que la de los maniqueos, pero también ellos son reprobados porque adscriben las causas de los vicios a la naturaleza de la carne.

No es necesario, pues, en nuestros pecados y vicios acusar a la naturaleza de la carne con injuria del Creador, la cual en su género y orden es buena; sino que, desertado el Creador bueno, vivir según el bien creado no es bueno, sea que cada uno elija vivir según la carne, sea según el alma, sea según todo el hombre, que consta de alma y carne (por lo cual puede ser significado tanto por el nombre de sola el alma como por el nombre de sola la carne). Pues quien alaba la

naturaleza del alma como si fuera el sumo bien y acusa la naturaleza de la carne como si fuera un mal, ciertamente tanto apetece carnalmente el alma como huye carnalmente de la carne, puesto que siente eso por vanidad humana, no por verdad divina. No desvarían ciertamente los platónicos como los maniqueos, de modo que detesten los cuerpos terrenos como si fueran la naturaleza de un mal, ya que atribuyen todos los elementos de que este mundo visible y tangible está compactado, y sus cualidades, a Dios artífice. Sin embargo, opinan que las almas son de tal modo afectadas por los miembros terrenos y los miembros moribundos, que de aquí les vienen las enfermedades de los deseos y de los temores y de la alegría o la tristeza; en las cuales cuatro, o bien "perturbaciones", como las llama Cicerón (Tuscul. quaest. lib. 4, cap.), o bien "pasiones", como la mayoría expresan palabra por palabra del término griego, se contiene toda la viciosidad de las costumbres humanas. Pero si es así, ¿qué es lo que Eneas en Virgilio, al haber oído de su padre entre los de abajo que las almas habrían de volver de nuevo a los cuerpos, se maravilla de esta opinión, exclamando: "Oh padre, ¿acaso ha de pensarse que algunas almas sublimes van de aquí al cielo y de nuevo vuelven a los lentos cuerpos? ¿Qué deseo tan funesto de la luz tienen los míseros?" (Eneida, lib. 6, vers. 719-721). ¿Acaso este deseo tan funesto procedente de los miembros terrenos y los miembros moribundos está todavía en aquella muy predicada pureza de las almas? ¿No afirma que están purgadas de todas las pestes

corpóreas de este género, como dice, cuando de nuevo empiezan a querer volver a los cuerpos? De donde se colige que, aunque así fuera —lo cual es del todo vanísimo—, la limpieza e inquinación de las almas que van y vuelven alternativa e incesantemente, no habría podido decirse con verdad que todos los movimientos culpables y viciosos de las almas les nacen de los cuerpos terrenos; puesto que, según ellos, aquel "deseo funesto", como dice el noble orador, de tal modo no es del cuerpo, que a la misma alma, purgada de toda peste corpórea y constituida fuera de todo cuerpo, la impele a estar en el cuerpo. Por lo cual también, confesándolo ellos, no solo por la carne es afectada el alma para que desee, tema, se alegre o se entristezca, sino que también por sí misma puede ser agitada por estos movimientos.

CAPÍTULO VI.

De la calidad de la voluntad humana, bajo cuyo juicio las afecciones del alma se consideran o bien depravadas o bien rectas.

Importa, además, de qué tipo sea la voluntad del hombre, porque si es perversa, tendrá estos movimientos perversos; mas si es recta, serán no solo inculpables, sino incluso loables. Pues la voluntad está en todos ellos; más aún, todos no son otra cosa que voluntades. ¿Pues qué es el deseo y la alegría sino la voluntad en el consentimiento de aquellas cosas que queremos? ¿Y qué es el temor y la tristeza sino la voluntad en el disentimiento de aquellas cosas que no queremos? Pero

cuando consentimos apeteciendo aquellas cosas que queremos, se llama deseo; mas cuando consentimos gozando de aquellas cosas que queremos, se llama alegría. Igualmente, cuando disentimos de aquello que no queremos que suceda, tal voluntad es temor; mas cuando disentimos de aquello que sucede a los que no quieren, tal voluntad es tristeza. Y del todo, según la variedad de las cosas que se apetecen y se huyen, según que la voluntad del hombre es atraída u ofendida, así se cambia y se vuelve en estas o aquellas afecciones. Por lo cual, el hombre que vive según Dios, no según el hombre, conviene que sea amador del bien; de donde se sigue que odie el mal. Y puesto que nadie es malo por naturaleza, sino que quienquiera que sea malo es malo por el vicio, debe un odio perfecto (Sal. CXXXVIII, 22) a los malos quien vive según Dios; de modo que ni por el vicio odie al hombre, ni ame el vicio por el hombre, sino que odie el vicio y ame al hombre. Pues sanado el vicio, todo lo que debe amar, y nada que deba odiar, permanecerá.

CAPÍTULO VII.

Que el amor y la dilección se encuentran indiferentemente tanto en lo bueno como en lo malo en las sagradas Letras.

1. Pues aquel cuyo propósito es amar a Dios, y amar al prójimo como a sí mismo no según el hombre sino según Dios, sin duda por este amor se dice que es de buena voluntad, la cual más usualmente en las sagradas Escrituras se llama caridad; pero también se llama amor según las

mismas sagradas Letras. Pues también el Apóstol dice que debe ser amador del bien aquel que prescribe elegir para regir al pueblo (I Tim. III, 1-10). Y el mismo Señor interrogando al apóstol Pedro, habiendo dicho: "¿Me amas [*diligis*] más que estos?", él respondió: "Señor, tú sabes que te amo [*amo*]". Y de nuevo el Señor preguntó no si lo amaba [*amaret*], sino si lo amaba [*diligeret*]; pero él respondió de nuevo: "Señor, tú sabes que te amo [*amo*]". Mas en la tercera interrogación el mismo Señor tampoco dijo: "¿Me amas [*diligis*]?", sino: "¿Me amas [*amas*]?"; donde el Evangelista añadió a continuación: "Se entristeció Pedro porque le dijo por tercera vez: ¿Me amas [*amas*]?", aunque el Señor no dijo por tercera vez, sino una sola: "¿Me amas [*amas*]?", y dos veces había dicho: "¿Me amas [*diligis*]?". De donde entendemos que incluso cuando el Señor decía: "¿Me amas [*diligis*]?", no decía otra cosa que: "¿Me amas [*amas*]?". Pedro, además, no cambió la palabra para esta sola cosa, sino que incluso la tercera vez dijo: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo [*amo*]" (Juan XXI, 15-17).

2. He pensado que esto debía ser conmemorado por la razón de que algunos juzgan que una cosa es la dilección o caridad y otra el amor. Pues dicen que la dilección ha de tomarse en lo bueno y el amor en lo malo. Pero es certísimo que ni los mismos autores de las letras seculares han hablado así. Mas vean los filósofos si disciernen estas cosas o por qué razón lo hacen. Sin embargo, sus libros hablan suficientemente de que ellos

estiman mucho el amor en las cosas buenas y hacia el mismo Dios. Pero hubo de ser insinuado que las Escrituras de nuestra religión, cuya autoridad anteponemos a cualesquiera otras letras, no dicen que una cosa sea el amor y otra la dilección o caridad. Pues ya mostramos que el amor se dice en lo bueno. Pero para que nadie piense que el amor se dice ciertamente tanto en lo bueno como en lo malo, mas la dilección no sino en lo bueno, atienda a lo que está escrito en el Salmo: "Mas el que ama [*diligit*] la iniquidad, odia su propia alma" (Sal. X, 6). Y aquello del apóstol Juan: "Si alguno amare [*dilexerit*] al mundo, la dilección del Padre no está en él" (I Juan II, 15). He aquí en un solo lugar la dilección tanto en lo bueno como en lo malo. Mas para que nadie pida el amor en lo malo (puesto que ya lo mostramos en lo bueno), lea lo que está escrito: "Pues habrá hombres amantes de sí mismos [*se ipsos amantes*], amadores del dinero" (II Tim. III, 2). Así pues, la voluntad recta es un amor bueno, y la voluntad perversa un amor malo. El amor, pues, que anhela tener lo que se ama, es deseo; mas teniéndolo y gozando de ello, es alegría; huyendo de lo que le es adverso, es temor; y sintiéndolo si sucede, es tristeza. Por tanto, estas cosas son malas si el amor es malo; buenas, si es bueno. Lo que decimos, probémoslo por las Escrituras. El Apóstol desea [*concupiscit*] ser disuelto y estar con Cristo (Filip. I, 23); y: "Codició [*concupivit*] mi alma desear tus juicios", o si se dice más adecuadamente: "Deseó mi alma codiciar [*concupiscere*] tus juicios" (Sal. CXVIII, 20); y: "La concupis-

cencia de la sabiduría conduce al reino" (Sab. VI, 21). Sin embargo, prevaleció la costumbre de hablar de modo que si se dice deseo [*cupiditas*] o concupiscencia [*concupiscentia*], y no se añade de qué cosa es, no pueda entenderse sino en lo malo. La alegría está en lo bueno: "Alegraos en el Señor y exultad, justos" (Sal. XXXI, 11); y: "Diste alegría en mi corazón" (Sal. IV, 7); y: "Me llenarás de alegría con tu rostro" (Sal. XV, 11). El temor está en lo bueno en el Apóstol, donde dice: "Con temor y temblor obrad vuestra propia salvación" (Filip. II, 12); y: "No quieras saber cosas altas, sino teme" (Rom. XI, 20); y: "Mas temo que, como la serpiente sedujo a Eva con su astucia, así también vuestras mentes se corrompan de la castidad que está en Cristo" (II Cor. XI, 3). Sobre la tristeza ciertamente, a la que Cicerón llama más bien pesadumbre [*aegritudinem*], mas Virgilio dolor [*dolorem*] cuando dice: "Se duelen y se gozan" (pero preferí decir tristeza [*tristitiam*] porque pesadumbre o dolor se dice más usualmente en los cuerpos), hay una cuestión más escrupulosa de si puede encontrarse en lo bueno.

CAPÍTULO VIII.

De las tres perturbaciones que los estoicos quisieron que estuvieran en el alma del sabio, excluido el dolor o la tristeza, que la virtud del alma no debe sentir.

1. Pues aquellas que los griegos llaman *eupatheiai* [*εὐπαθείας*], y que Cicerón en latín nombró "constancias", los estoicos quisieron que fueran tres, en lugar de tres perturbaciones en

el alma del sabio: en lugar del deseo [*cupiditate*], la voluntad [*voluntatem*]; en lugar de la alegría [*laetitia*], el gozo [*gaudium*]; en lugar del temor [*metu*], la cautela [*cautionem*]. Mas en lugar de la pesadumbre [*aegritudine*] o el dolor [*dolore*], que nosotros, por evitar la ambigüedad, preferimos llamar tristeza [*tristitiam*], negaron que pudiera haber algo en el alma del sabio. Pues la voluntad, dicen, apetece el bien, lo cual hace el sabio; el gozo es por el bien alcanzado, lo cual el sabio alcanza en todas partes; la cautela evita el mal, lo cual el sabio debe evitar. Por lo demás, porque la tristeza es por el mal que ya ha sucedido, y ellos estiman que ningún mal puede sucederle al sabio, dijeron que nada podía haber en su alma en lugar de ella. Así, pues, hablan ellos, de modo que niegan que el querer, el gozar y el precaver pertenezcan sino al sabio; mas que el necio no hace sino desear, alegrarse, temer y entristecerse. Y que aquellas tres son "constancias", mas estas cuatro "perturbaciones" según Cicerón, o según la mayoría, "pasiones". En griego, además, aquellas tres, como dije, se llaman *eupatheiai*; mas estas cuatro, *pathe* [*πάθη*]. Si esta forma de hablar concuerda con las sagradas Escrituras, al buscarlo cuanto pude diligentemente, encontré aquello que dice el Profeta: "No hay gozo para los impíos, dice el Señor" (Is. LVII, 21, según la LXX); como si los impíos pudieran alegrarse [*laetari*] más bien que gozar [*gaudere*] de los males, porque el gozo [*gaudium*] es propiamente de los buenos y de los piadosos. Igualmente aquello

en el Evangelio: "Todas las cosas que queráis [*vultis*] que los hombres os hagan, hacedlas vosotros también a ellos" (Mat. VII, 12), parece dicho así como si nadie pudiera querer [*velle*] algo mal o torpemente, sino desearlo [*cupere*]. Finalmente, por la costumbre de hablar, algunos intérpretes añadieron "cosas buenas", y así interpretaron: "Todas las cosas buenas que queráis que los hombres os hagan". Pues pensaron que debía precaverse que alguien quiera que se le hagan cosas deshonestas por los hombres, por no hablar de otras más torpes, ciertamente banquetes lujuriosos, en los que juzgue que va a cumplir este precepto si él también hace cosas semejantes a ellos. Pero en el Evangelio griego, de donde se tradujo al latín, no se lee "cosas buenas", sino: "Todas las cosas que queráis que los hombres os hagan, hacedlas vosotros también a ellos"; creo que por la razón de que en aquello que dijo "queráis" [*vultis*], ya quiso que se entendieran las cosas buenas. Pues no dijo: "Deseáis" [*cupitis*].

2. Sin embargo, no siempre nuestra habla debe ser frenada por estas propiedades, sino que a veces se debe usar de ellas; y cuando leemos a aquellos a cuya autoridad no es lícito oponerse, allí deben entenderse donde el sentido recto no puede encontrar otra salida, como son estas cosas que, a modo de ejemplo, hemos conmemorado en parte del Profeta y en parte del Evangelio. Pues ¿quién no sabe que los impíos se exaltan con alegría [*laetitia*]? Y, sin embargo, «no hay gozo [*gaudere*] para los impíos, dice el Señor». ¿De dónde esto, sino de que gozar es otra cosa cuando

esta palabra se pone de manera propia y señalada? Asimismo, ¿quién negará que no se manda rectamente a los hombres que todo lo que deseen [*cupiunt*] que otros les hagan, eso mismo les hagan ellos a aquellos, no sea que se deleiten mutuamente con la torpeza del placer ilícito? Y, sin embargo, es un precepto saludabilísimo y verdaderísimo: «Todas las cosas que queráis [*vultis*] que los hombres os hagan, esas mismas hacedlas vosotros también a ellos». ¿Y esto de dónde, sino de que en este lugar, de un modo cierto y propio, se ha puesto la «voluntad» [*voluntas*], que no puede recibirse en mal sentido? Pero en el habla más usual, que frecuenta sobre todo la costumbre del lenguaje, ciertamente no se diría: «No quieras [*velle*] mentir mentira alguna» (Ecli. VII, 14), si no hubiera también una voluntad mala, de cuya depravación se distingue aquella que los ángeles proclamaron diciendo: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (Luc. II, 14). Pues de sobra se añadió «buena», si no puede ser sino buena. ¿Y qué cosa grande habría dicho el Apóstol en las alabanzas de la caridad, que «no se goza [*gaudeat*] sobre la iniquidad» (I Cor. XIII, 6), sino porque la maldad se goza así? Pues también entre los autores de las letras seculares se encuentra tal indiferencia de estas palabras. Pues dice Cicerón, orador amplísimo: «Deseo [*cupio*], padres conscriptos, ser clemente» (Cat. I, 2). Porque puso esa palabra en buen sentido, ¿quién existiría tan perversamente instruido que sostuviera que no debió decir «deseo» [*cupio*], sino más bien «quiero» [*vo-

lo*]? Además, en Terencio, un joven escandaloso ardiendo en loca pasión [*cupidine*] dice: «No quiero [*volo*] otra cosa sino a Filumena». Que aquella voluntad era libido, la respuesta que allí se introduce de su siervo anciano lo indica suficientemente. Pues dice a su señor: «¡Cuánto más satisfactorio es que pongas tu empeño en aquello por lo que apartes ese amor de tu alma, que hablar aquello con que más se enciende tu libido [*libido*] en vano!» (Andr. II, 1). Mas que ellos también pusieron el «gozo» [*gaudium*] en mal sentido, aquel mismo verso virgiliano es testigo, donde comprendió estas cuatro perturbaciones con suma brevedad: «De aquí temen y desean, se duelen y gozan [*gaudent*]» (Eneida VI, 733). Dijo también el mismo autor: «Los malos gozos [*gaudia*] de la mente» (Ibíd. VI, 278, 279).

3. Por consiguiente, tanto los buenos como los malos quieren, precaven y gozan; y para que enunciemos lo mismo con otras palabras, tanto los buenos como los malos desean, temen y se alegran: pero aquellos bien, estos mal, según los hombres tengan una voluntad recta o perversa. También la tristeza misma, por la cual los estoicos pensaron que nada podía encontrarse en el alma del sabio, se encuentra en el bueno, y especialmente entre los nuestros. Pues el Apóstol alaba a los corintios porque se entristecieron según Dios. Pero quizás alguien diga que el Apóstol los felicitó porque se entristecieron al arrepentirse: tal tristeza no puede ser sino de aquellos que hayan pecado. Pues dice así: «Veo que aquella epístola, aunque por un momento os entristeció,

ahora me gozo, no porque os hayáis entristecido, sino porque os habéis entristecido para arrepentimiento. Pues os habéis entristecido según Dios, para que en nada padezcáis detrimento de nuestra parte. Pues la tristeza que es según Dios obra el arrepentimiento para la salvación de la que no hay que arrepentirse; mas la tristeza del mundo obra la muerte. Pues ved cuánto ha obrado en vosotros esto mismo de entristecerse según Dios» (II Cor. VII, 8-11). Y por esto los estoicos pueden responder por su parte que la tristeza parece ser útil para esto, para que uno se arrepienta de haber pecado; mas en el alma del sabio no puede haberla por esto, porque ni el pecado cae sobre él, de cuyo arrepentimiento se entristezca, ni ningún otro mal que deba padecer y sentir para estar triste. Pues también cuentan de Alcibíades (si la memoria no me falla sobre el nombre del hombre) que, pareciéndole que era feliz, al disputar Sócrates y demostrarle cuán miserable era por ser necio, lloró. Para este, pues, la necedad fue causa incluso de esta útil y deseable tristeza, por la que el hombre se duele de ser lo que no debe ser. Pero los estoicos dicen que no el necio, sino el sabio no puede estar triste.

CAPÍTULO IX.

De las perturbaciones del alma, cuyos afectos tiene rectos la vida de los justos.

1. Pero a estos filósofos, en lo que atañe a esa cuestión sobre las perturbaciones del alma, ya les respondimos en el libro noveno de esta obra,

mostrando que son más deseosos de contienda que de verdad, no tanto sobre las cosas como sobre las palabras. Pero entre nosotros, según las sagradas Escrituras y la sana doctrina, los ciudadanos de la santa ciudad de Dios, que viven según Dios en la peregrinación de esta vida, temen y desean, se duelen y gozan. Y porque su amor es recto, tienen todos estos afectos rectos. Temen la pena eterna, desean la vida eterna: se duelen en la realidad, porque ellos mismos todavía gimen en su interior, esperando la adopción, la redención de su cuerpo (Rom. VIII, 23); gozan en la esperanza, porque se cumplirá «la palabra que está escrita: Absorbida es la muerte en victoria» (I Cor. XV, 54). Igualmente temen pecar, desean perseverar: se duelen en los pecados, gozan en las obras buenas. Pues para que teman pecar, oyen: «Porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos» (Mat. XXIV, 12). Para que deseen perseverar, oyen lo que está escrito: «El que perseverare hasta el fin, este será salvo» (Íd. X, 22). Para que se duelan en los pecados, oyen: «Si dijéramos que no tenemos pecado, nos seducimos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (I Juan I, 8). Para que gozen en las obras buenas, oyen: «Al dador alegre ama Dios» (II Cor. IX, 7). Asimismo, según se encuentre su debilidad o su firmeza, temen ser tentados, desean ser tentados: se duelen en las tentaciones, gozan en las tentaciones. Pues para que teman ser tentados, oyen: «Si alguien fuere sorprendido en algún delito, vosotros que sois espirituales, instruid al tal en espíritu de mansedumbre; conside-

rándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado» (Gál. VI, 1). Pero para que deseen ser tentados, oyen a un hombre fuerte de la ciudad de Dios que dice: «Pruébame, Señor, y tiéntame; quema mis riñones y mi corazón» (Sal. XXV, 2). Para que se duelan en las tentaciones, ven a Pedro llorando (Mat. XXVI, 75): para que gozen en las tentaciones, oyen a Santiago diciendo: «Tened por sumo gozo, hermanos míos, cuando cayereis en diversas tentaciones» (Sant. I, 2).

2. Mas no solo por causa de sí mismos se mueven por estos afectos, sino también por causa de aquellos a quienes desean que sean liberados, y de quienes temen no sea que perezcan, y por quienes se duelen si perecen, y en quienes gozan si son liberados. Pues a aquel óptimo y fortísimo hombre, que se gloría en sus debilidades (II Cor. XII, 5), para conmemorarlo a él especialmente, nosotros que hemos venido a la Iglesia de Cristo de entre los gentiles, el Doctor de los gentiles en la fe y en la verdad, que también trabajó más que todos sus coapóstoles (I Cor. XV, 10), e instruyó a los pueblos de Dios con más Epístolas, no solo a los que eran vistos por él como presentes, sino también a aquellos que se preveían como futuros; a aquel hombre, digo, atleta de Cristo, enseñado por Él, ungido de Él (Gál. I, 12), crucificado con Él (Íd. II, 19), glorioso en Él, en el teatro de este mundo, para el cual fue hecho espectáculo tanto para los ángeles como para los hombres (I Cor. IV, 9), combatiendo legítimamente una gran agonía, y siguiendo la palma de la vocación suprema en lo que está delante (Fil. III, 14), lo contemplan de

muy buena gana con los ojos de la fe; gozando con los que gozan, llorando con los que lloran (Rom. XII, 15), teniendo combates por fuera, temores por dentro (II Cor. VII, 5); deseando ser disuelto y estar con Cristo (Fil. I, 23); deseando ver a los romanos, para tener algún fruto también en ellos, como también en las demás naciones (Rom. I, 11, 13); celando a los corintios, y por ese mismo celo temiendo que sus mentes sean seducidas de la castidad que está en Cristo (II Cor. XI, 2, 3); teniendo gran tristeza y continuo dolor de corazón por los israelitas (Rom. IX, 2), porque, ignorando la justicia de Dios y queriendo establecer la suya propia, no se sujetaron a la justicia de Dios (Íd. X, 3); y no solo anunciando su dolor, sino incluso su luto por algunos que pecaron antes y no hicieron penitencia sobre su inmundicia y fornicaciones (II Cor. XII, 21).

3. Estos movimientos, estos afectos que vienen del amor al bien y de la santa caridad, si han de ser llamados vicios, permitamos que aquello que son verdaderamente vicios sean llamados virtudes. Pero como estas afecciones siguen la recta razón cuando se emplean donde conviene, ¿quién se atrevería entonces a llamarlas enfermedades o pasiones viciosas? Por lo cual también el mismo Señor, habiéndose dignado llevar una vida humana en forma de siervo, pero no teniendo pecado alguno, las empleó donde juzgó que debían emplearse. Pues ni en Aquel en quien había un verdadero cuerpo de hombre y una verdadera alma de hombre, era falso el afecto humano. Cuando, pues, se refieren de Él estas cosas en el

Evangelio: que se entristeció con ira por la dureza del corazón de los judíos (Mc. III, 5); que dijo: «Me gozo por vosotros, para que creáis» (Jn. XI, 15); que estando por resucitar a Lázaro también derramó lágrimas (Ibíd. 35); que deseó comer la pascua con sus discípulos (Lc. XXII, 15); que al acercarse la pasión estuvo triste su alma (Mt. XXVI, 38), ciertamente no se refieren falsamente. Pero Él asumió estos movimientos en su alma humana por la gracia de una cierta dispensación cuando quiso, así como cuando quiso se hizo hombre.

4. Por consiguiente, según debe confesarse, incluso cuando tenemos estos afectos como rectos y según Dios, pertenecen a esta vida, no a aquella que esperamos como futura, y a menudo cedemos a ellos incluso contra nuestra voluntad. Por tanto, a veces, aunque seamos movidos no por un deseo culpable sino por una caridad laudable, incluso cuando no queremos, lloramos. Los tenemos, pues, por la debilidad de la condición humana; pero no así el Señor Jesús, cuya debilidad también fue por su poder. Pero mientras llevamos la debilidad de esta vida, si no tuviéramos ninguno de ellos en absoluto, entonces más bien no viviríamos rectamente. Pues el Apóstol vituperaba y detestaba a algunos de quienes incluso dijo que estaban «sin afecto» (Rom. I, 31). También el sagrado Salmo censuró a aquellos de quienes dice: «Esperé a quien se entristeciera conmigo, y no hubo nadie» (Sal. LXVIII, 21). Pues el no dolerse en absoluto mientras estamos en este lugar de miseria, ciertamente, como alguien

incluso de entre los literatos de este mundo sintió y dijo, no sucede sin un gran precio: de inhumanidad en el alma y de estupor en el cuerpo. Por lo cual, aquello que se llama *apatheia* en griego, que si se pudiera poner en latín se llamaría «impasibilidad», si ha de entenderse así (pues se toma en el alma, no en el cuerpo) que se viva sin estos afectos que suceden contra la razón y perturban la mente, es claramente bueno y sumamente deseable; pero ni siquiera ella pertenece a esta vida. Pues no es voz de hombres cualesquiera, sino sobre todo de los piadosos y muy justos y santos: «Si dijéramos que no tenemos pecado, nos seducimos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (I Juan I, 8). Entonces, por tanto, habrá esa *apatheia*, cuando no haya ningún pecado en el hombre. Mas ahora se vive bastante bien si se vive sin crimen; pero el que piensa que vive sin pecado, no hace que no tenga pecado, sino que no reciba el perdón. Además, si ha de llamarse aquella *apatheia* cuando ningún afecto puede tocar el alma en absoluto, ¿quién no juzgaría este estupor como peor que todos los vicios? Puede, pues, decirse no absurdamente que la perfecta bienaventuranza será sin el aguijón del temor y sin ninguna tristeza; mas ¿quién diría que allí no habrá amor y gozo, sino quien estuviera excluido de todo punto de la verdad? Pero si aquella *apatheia* es donde ni ningún temor aterra ni ningún dolor angustia, ha de ser rehuida en esta vida si queremos vivir rectamente, esto es, según Dios; mas en aquella bienaventurada, que

se promete eterna, claramente ha de ser esperada.

5. Pues aquel temor de que dice el apóstol Juan: «El temor no está en la caridad, sino que la perfecta caridad echa fuera el temor, porque el temor tiene pena; y el que teme no es perfecto en la caridad» (I Juan IV, 18), no es un temor de aquel género con el que el apóstol Pablo temía no sea que los corintios fueran seducidos por la astucia de la serpiente (II Cor. XI, 3); pues la caridad tiene este temor, o más bien nadie sino la caridad lo tiene; mas es de aquel género de temor que no está en la caridad, del cual el mismo apóstol Pablo dice: «Pues no recibisteis otra vez el espíritu de servidumbre para el temor» (Rom. VIII, 15). Mas aquel «temor casto, que permanece por los siglos de los siglos» (Sal. XVIII, 10), si ha de estar también en el siglo futuro (pues ¿de qué otro modo puede entenderse que permanece por los siglos de los siglos?), no es un temor que aterra por un mal que pueda suceder, sino que mantiene en el bien que no puede perderse. Pues donde el amor del bien alcanzado es inconmutable, ciertamente, si puede decirse, el temor de precaver el mal está seguro. Pues con el nombre de temor casto se significa aquella voluntad por la cual nos será necesario no querer pecar, y no por la solicitud de la debilidad, no sea que por ventura pequemos, sino por la tranquilidad de la caridad precaver el pecado. O si ningún género de temor podrá estar en aquella certísima seguridad de perpetuos y felices gozos, se dijo «el temor del Señor casto, que permanece por los siglos de los

siglos», del mismo modo que se dijo: «La paciencia de los pobres no perecerá para siempre» (Sal. IX, 19). Pues ni la paciencia misma será eterna, la cual no es necesaria sino donde han de tolerarse los males; mas será eterno aquello a lo que se llega por la paciencia. Así, quizás se dijo que el temor casto permanece por los siglos de los siglos porque permanecerá aquello a lo que el temor mismo conduce.

6. Siendo esto así, porque se ha de llevar una vida recta por la que se ha de llegar a la bienaventurada, la vida recta tiene todos estos afectos rectos, y la perversa, perversos. Mas la bienaventurada, y ella misma eterna, tendrá el amor y el gozo no solo rectos, sino también ciertos; pero ningún temor y ningún dolor. De donde ya aparece de algún modo cómo deben ser en esta peregrinación los ciudadanos de la ciudad de Dios, viviendo según el espíritu, no según la carne, esto es, según Dios, no según el hombre: y cómo han de ser en aquella inmortalidad a la que tienden. Por lo demás, la ciudad, esto es, la sociedad de los impíos que no viven según Dios sino según el hombre, y en el mismo culto de la falsa divinidad y desprecio de la verdadera, siguiendo doctrinas de hombres o de demonios, es sacudida por estos afectos perversos como por enfermedades y perturbaciones. Y si tiene algunos ciudadanos que parezcan moderar tales movimientos y como templarlos, de tal modo están soberbios y engreídos por la impiedad, que por eso mismo son mayores en ellos los tumores, por cuanto son menores los dolores. Y si algunos, con una vanidad

tanto más monstruosa cuanto más rara, amaren esto en sí mismos, que por ningún afecto sean en absoluto erigidos y excitados, ni por ninguno sean inclinados y doblegados, más bien pierden toda la humanidad que consiguen la verdadera tranquilidad. Pues no porque algo sea duro es por eso recto; o porque sea estúpido es por eso sano.

CAPÍTULO X.

Si ha de creerse que los primeros hombres constituidos en el paraíso no estuvieron afectados por ninguna perturbación antes de que delinquieran.

Pero si el primer hombre o los primeros hombres (pues era el matrimonio de dos) tenían esos afectos en el cuerpo animal antes del pecado, tales como no los tendremos en el cuerpo espiritual, purgado y acabado todo pecado, no sin razón se pregunta. Pues si los tenían, ¿cómo eran bienaventurados en aquel memorable lugar de bienaventuranza, esto es, el paraíso? ¿Quién, en fin, puede ser llamado absolutamente bienaventurado que es afectado por el temor o por el dolor? Pero ¿qué podían temer o por qué dolerse aquellos hombres en tanta abundancia de tantos bienes, donde ni se temía la muerte, ni ninguna mala salud del cuerpo; ni faltaba nada que la buena voluntad alcanzara, ni había nada que ofendiera la carne o el alma del hombre que vivía felizmente? El amor era imperturbable hacia Dios, y entre sí de los cónyuges que vivían en fiel y sincera sociedad, y de este amor un gran gozo, no faltando lo que se amaba para gozarlo. Había una

tranquila evitación del pecado, permaneciendo la cual ningún mal de otra parte irrumpía en absoluto que entristeciera. ¿O acaso deseaban tocar el árbol prohibido para comer, pero temían morir; y por esto tanto el deseo como el temor ya entonces perturbaba a aquellos hombres incluso en aquel lugar? Lejos esté de nosotros pensar que esto fue así, donde no había pecado alguno. Pues no es ningún pecado el codiciar aquellas cosas que la ley de Dios prohíbe, y abstenerse de ellas por temor a la pena, no por amor a la justicia. Lejos esté, digo, que antes de todo pecado hubiera ya allí tal pecado, que admitieran esto sobre el árbol, lo cual dice el Señor sobre la mujer: «Si alguien viere a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón» (Mt. V, 28). Cuán felices eran, pues, los primeros hombres, y no eran agitados por ninguna perturbación de los ánimos, ni eran heridos por ninguna incomodidad de los cuerpos: tan feliz sería toda la sociedad humana, si ni ellos hubieran cometido el mal, que también trasvasaron a la posteridad, ni nadie de su estirpe cometiera la iniquidad que recibiera condenación: y permaneciendo esta felicidad, hasta que por aquella bendición por la que se dijo: «Cresced y multiplicaos» (Gén. I, 28), se completara el número de los santos predestinados, se daría otra mayor, que fue dada a los bienaventuradísimos ángeles: donde ya habría la seguridad cierta de que nadie pecaría y nadie moriría: y tal sería la vida de los santos, después de ningún experimento de trabajo, dolor o muerte, cual será después de todas estas cosas en la incorrupción

de los cuerpos devuelta por la resurrección de los muertos.

CAPÍTULO XI.

De la caída del primer hombre, en el cual la naturaleza fue bien fundada, ni puede ser reparada sino por su Autor.

1. Pero porque Dios conoció todas las cosas de antemano, y por eso no pudo ignorar que el hombre también había de pecar; según aquello que previó y dispuso debemos afirmar la ciudad santa, no según aquello que no pudo llegar a nuestro conocimiento, porque no estuvo en la disposición de Dios. Pues ni el hombre con su pecado pudo perturbar el divino consejo, como si obligara a Dios a cambiar lo que había decretado: habiéndose anticipado Dios al conocer de antemano ambas cosas, esto es, tanto al hombre, a quien Él mismo creó bueno, cuán malo había de ser, como qué bien incluso así había de hacer Él mismo de él. Pues aunque se diga que Dios cambia sus decretos (de donde por una locución trópica en las sagradas Escrituras incluso se lee que Dios se arrepintió [Gén. VI, 6; I Rey. XV, 11]), se dice según aquello que el hombre había esperado, o el orden de las causas naturales llevaba; no según aquello que el Omnipotente había conocido de antemano que Él mismo había de hacer. Hizo, pues, Dios al hombre recto, como está escrito (Ecl. VII, 30): y por esto de buena voluntad. Pues no sería recto si no tuviera buena voluntad. La buena voluntad, por tanto, es obra de Dios: pues con ella ciertamente fue hecho el

hombre por Él. Mas la primera mala voluntad, puesto que precedió a todas las malas obras en el hombre, fue más bien una cierta defección de la obra de Dios hacia sus propias obras, que obra alguna. Y por eso obras malas, porque son según sí mismo, no según Dios: de modo que de esas obras, como de frutos malos, la voluntad misma fuera como un árbol malo, o el hombre mismo en cuanto es de mala voluntad. Por lo demás, la mala voluntad, aunque no sea según la naturaleza, sino contra la naturaleza, porque es un vicio; sin embargo, es de aquella naturaleza de la que es vicio, el cual no puede estar sino en una naturaleza: pero en aquella que creó de la nada, no la que el Creador engendró de sí mismo, como engendró al Verbo, por quien fueron hechas todas las cosas. Porque aunque Dios formó al hombre del polvo de la tierra, esa misma tierra y toda la materia terrena es enteramente de la nada, y dio al cuerpo un alma hecha de la nada cuando fue hecho el hombre. Pero hasta tal punto las cosas malas son vencidas por las buenas, que aunque se permita que existan para demostrar cuán bien puede usar incluso de ellas la justicia providentísima del Creador; sin embargo, las cosas buenas pueden existir sin las malas, como Dios mismo verdadero y sumo, como toda criatura celestial invisible y visible sobre este aire tenebroso; mas las cosas malas no pueden existir sin las buenas, puesto que las naturalezas en las que están, en cuanto son naturalezas, son ciertamente buenas. Se quita, pues, el mal, no por alguna naturaleza que hubiera sobrevenido o quitada alguna parte

de ella, sino siendo sanada y corregida la que había sido viciada y depravada. El arbitrio de la voluntad, por tanto, es entonces verdaderamente libre, cuando no sirve a los vicios y pecados. Tal fue dado por Dios: el cual perdido por el propio vicio, no puede ser devuelto sino por quien pudo ser dado. Por lo cual dice la Verdad: «Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Juan VIII, 36). Es lo mismo que si dijera: Si el Hijo os salvare, entonces seréis verdaderamente salvos. De allí es, pues, libertador, de donde es salvador.

2. Vivía, pues, el hombre según Dios en el paraíso, tanto corporal como espiritual. Pues ni el paraíso era corporal por los bienes del cuerpo y no era espiritual por los de la mente; o bien era espiritual de donde el hombre gozara por los sentidos interiores y no era corporal de donde gozara por los exteriores. Era claramente lo uno y lo otro por causa de lo uno y lo otro. Pero después que aquel ángel soberbio, y por ello envidioso, vuelto por esa misma soberbia de Dios hacia sí mismo, eligiendo gozar de los súbditos con una cierta arrogancia tiránica más bien que ser súbdito, cayó del paraíso espiritual (de cuya caída y la de sus compañeros, que de ángeles de Dios fueron hechos sus ángeles, he disputado bastante en los libros undécimo y duodécimo de esta obra, cuanto pude), pretendiendo reptar con astucia persuasiva en los sentidos del hombre, a quien ciertamente envidiaba mientras estaba en pie porque él mismo había caído, eligió en el paraíso corporal, donde con aquellos dos hombres, varón y hembra, los demás animales terrestres

también andaban súbditos e inofensivos, un animal a saber lúbrico y móvil con tortuosas vueltas, apto para su obra, por el cual hablara; y estando aquel sujeto a él por la presencia angélica y su naturaleza más excelente por la malicia espiritual, y usándolo como instrumento, habló falazmente a la mujer: empezando a saber por la parte inferior de aquella pareja humana, para llegar gradualmente al todo; no pensando que el hombre fuera fácilmente crédulo, ni que pudiera ser engañado errando, sino mientras cede al error ajeno. Pues así como Aarón no consintió al pueblo errante para la fabricación de un ídolo inducido, sino que cedió obligado (Éx. XXXII, 3-5); ni es creíble que Salomón pensara por error que se debía servir a los ídolos, sino que fue compelido a aquellos sacrilegios por blandicias femeninas (III Rey. XI, 4): así ha de creerse que aquel hombre a su mujer, uno a una, hombre a hombre, cónyuge a cónyuge, para transgredir la ley de Dios, no creyó seducido como si dijera la verdad, sino que obedeció a una necesidad social. Pues no en vano dijo el Apóstol: «Mas Adán no fue seducido, pero la mujer fue seducida» (I Tim. II, 14): sino porque ella aceptó lo que la serpiente le habló como si fuera verdad, mas él no quiso ser apartado de su único consorcio, ni siquiera en la comunión del pecado; ni por eso fue menos culpable, sino que pecó sabiendo y con prudencia. De donde también el Apóstol no dice: «No pecó»; sino: «No fue seducido». Pues ciertamente a él lo muestra donde dice: «Por un hombre entró el pecado en el mundo»; y poco después más claramente: «En semejanza», dice,

«de la prevaricación de Adán» (Rom. V, 12, 14). Mas quiso que se entendieran como seducidos aquellos que no piensan que lo que hacen sea pecado; mas él lo supo. De otro modo, ¿cómo será verdad: «Adán no fue seducido»? Pero inexperto en la severidad divina, pudo engañarse en esto, en creer que se había cometido algo venial. Y por esto, en aquello en que la mujer fue seducida, no fue él seducido, sino que le engañó cómo había de juzgarse lo que había de decir: «La mujer que me diste por compañera, ella me dio y comí» (Gén. III, 12). ¿Qué más, pues? Aunque por creer no fueron ambos engañados, sin embargo, pecando ambos fueron capturados e implicados en los lazos del diablo.

2. Por lo tanto, en aquel pecado manifiesto y abierto, donde se hizo lo que Dios había prohibido hacer, el diablo no habría capturado al hombre si este no hubiera comenzado ya a complacerse a sí mismo. Pues de aquí también deleitó lo que fue dicho: «Seréis como dioses» (Gén. III, 5). Lo cual podrían ser mejor adhiriéndose al sumo y verdadero principio por la obediencia, no existiendo para sí mismos como su propio principio por la soberbia. Pues los dioses creados no son dioses por su propia verdad, sino por la participación del Dios verdadero. Pero al apetecer más, se es menos: quien, mientras ama bastarse a sí mismo, desfallece de Aquel que verdaderamente le basta. Por tanto, aquel mal por el cual el hombre se complace a sí mismo como si él mismo fuera también luz, se aparta de aquella luz que, si le pluguiera, él mismo también se haría luz: aquel mal, digo,

precedió en lo oculto, para que siguiera este mal que fue perpetrado en lo abierto. Pues es verdad lo que está escrito: «Antes de la ruina se ensalza el corazón, y antes de la gloria se humilla» (Prov. XVI, 18). Aquella ruina que sucede en lo oculto precede ciertamente a la ruina que sucede en lo manifiesto, mientras que aquella no se piensa que sea ruina. ¿Quién piensa que la exaltación sea ruina, cuando ya hay allí un defecto por el cual ha sido abandonado el Excelso? ¿Pero quién no vería que es ruina cuando ocurre una evidente e indudable transgresión del mandato? Por esto Dios prohibió aquello que, una vez admitido, no pudiera defenderse por ninguna imaginación de justicia. Y me atrevo a decir que a los soberbios les es útil caer en algún pecado abierto y manifiesto, de donde se desagraden a sí mismos, ellos que ya habían caído por complacerse a sí mismos. Pues más saludablemente se desagradó Pedro cuando lloró, que se complació cuando presumió (Mat. XXVI, 75, 33). Esto dice también el sagrado Salmo: «Llena sus rostros de ignominia, y buscarán tu nombre, Señor» (Sal. LXXXII, 17): esto es, para que Tú les plazcas a ellos que buscan tu nombre, quienes se complacieron buscando el suyo.

CAPÍTULO XIV.

De la soberbia de la transgresión, que fue peor que la misma transgresión.

Pero hay una soberbia peor y más condenable, por la cual incluso en los pecados manifiestos se busca el refugio de la excusa: como aquellos

primeros hombres, de los cuales ella dijo: «La serpiente me engañó y comí»; y él dijo: «La mujer que me diste por compañera, ella me dio del árbol y comí» (Gén. III, 13, 12). En ninguna parte suena aquí la petición de perdón, en ninguna parte la imploración de medicina. Pues aunque estos no nieguen lo que cometieron como Caín (Id. IV, 9), todavía la soberbia busca referir a otro lo que hizo mal: la soberbia de la mujer, a la serpiente; la soberbia del varón, a la mujer. Pero es más bien acusación que verdadera excusa donde hay una abierta transgresión del mandato divino. Pues no por eso dejaron de hacerlo porque la mujer lo cometió por persuasión de la serpiente, y el varón por indicación de la mujer; como si algo hubiera debido anteponerse a Dios, a quien o bien se le debía creer o bien se le debía ceder.

CAPÍTULO XV.

De la justicia de la retribución que los primeros hombres recibieron por su inobediencia.

1. Puesto que, por tanto, fue despreciado Dios al mandar, Él que había creado, que había hecho según su imagen, que había antepuesto a los demás animales, que había establecido en el paraíso, que había suministrado abundancia de todas las cosas y de salud, que no había gravado con preceptos ni muchos, ni grandes, ni difíciles, sino que había auxiliado con uno brevísimo y ligerísimo para la salubridad de la obediencia, por el cual recordaba a aquella criatura, a quien le convenía una libre servidumbre, que Él era el

Señor: siguió una justa condenación, y tal condenación que el hombre, que guardando el mandato habría de ser espiritual incluso en la carne, se hizo carnal incluso en la mente; y el que por su propia soberbia se había complacido a sí mismo, por la justicia de Dios se le entregó a sí mismo; mas no de modo que estuviera en su propia potestad de todas las maneras, sino que también disintiendo de sí mismo, bajo aquel a quien pecando consintió, en lugar de la libertad que deseó, llevara una dura y miserable servidumbre; muerto en el espíritu por su voluntad, y habiendo de morir en el cuerpo contra su voluntad: desertor de la vida eterna, condenado incluso a la muerte eterna, si la gracia no lo liberara. Quienquiera que piense que tal condenación es excesiva o injusta, ciertamente no sabe medir cuán grande fue la iniquidad al pecar, donde había tanta facilidad de no pecar. Pues así como de Abraham no sin mérito se pregona su gran obediencia, porque se le mandó una cosa dificilísima, que matara a su hijo (Gén. XXII, 2): así en el paraíso tanto mayor fue la inobediencia cuanto aquello que se mandó no fue de ninguna dificultad. Y así como la obediencia del segundo hombre es tanto más pregonable cuanto se hizo obediente hasta la muerte (Fil. II, 8): así la inobediencia del primer hombre es tanto más detestable cuanto se hizo inobediente hasta la muerte. Pues donde se ha propuesto una gran pena de la inobediencia, y el Creador ha mandado una cosa fácil, ¿quién explicará bastante cuán gran mal es no obedecer en una cosa fácil, y ante

el imperio de tan gran potestad, y con tan gran castigo que aterra?

2. En fin, para decirlo brevemente, en la pena de aquel pecado, ¿qué se retribuyó a la inobediencia sino la inobediencia? Pues ¿cuál otra es la miseria del hombre sino la inobediencia contra sí mismo, de modo que, puesto que no quiso lo que pudo, quiera lo que no puede? Pues en el paraíso, aunque no podía todas las cosas antes del pecado, sin embargo, lo que no podía, no lo quería; y por eso podía todas las cosas que quería. Mas ahora, como conocemos en su estirpe y la divina Escritura atestigua, «el hombre ha sido hecho semejante a la vanidad» (Sal. CXLIII, 4). Pues ¿quién enumera cuántas cosas que no puede quiere, mientras que él mismo, esto es, su voluntad, no le obedece a él mismo, esto es, a su ánimo, y a su carne inferior? Pues aun contra su voluntad, el ánimo muchas veces se turba, y la carne duele, y envejece, y muere; y cualquier otra cosa que padecemos, que no padeceríamos contra nuestra voluntad si nuestra naturaleza obedeciera a nuestra voluntad de todo modo y en todas sus partes. Pero la carne padece algo por lo cual no se le permite servir. ¿Qué importa de dónde, con tal que por la justicia del Dios dominante, a quien siendo súbditos no quisimos servir, nuestra carne, que había sido súbdita, nos sea molesta al no servirnos; aunque nosotros, al no servir a Dios, hayamos podido ser molestos para nosotros mismos, no para Él? Pues Él no necesita tanto de nuestro servicio como nosotros necesitamos del servicio del cuerpo: y por eso es

nuestra la pena que recibimos, no suya la que hicimos. Por lo demás, los dolores que se dicen de la carne son del alma en la carne y a partir de la carne. ¿Qué duele o qué apetece la carne por sí misma sin el alma? Pero el que se diga que la carne apetece o duele, o es el hombre mismo, como hemos discutido; o es algo del alma a lo cual afecta la pasión de la carne, sea áspera para causar dolor, sea suave para causar placer. Pero el dolor de la carne es solamente una ofensa del alma a partir de la carne, y una cierta disensión de su pasión: así como el dolor del alma, que se llama tristeza, es una disensión de aquellas cosas que nos han sucedido sin quererlo nosotros. Pero a la tristeza muchas veces la precede el temor, que también está en el alma, no en la carne. Al dolor de la carne, en cambio, no lo precede ningún cuasi temor de la carne, que se sienta en la carne antes del dolor. Pero al placer lo precede un cierto apetito que se siente en la carne como su concupiscencia, como el hambre y la sed, y lo que más usualmente se llama libido en los genitales, siendo este un término general de todo deseo. Pues los antiguos definieron que la misma ira no es otra cosa que la libido de vengarse: aunque a veces el hombre, donde no hay ningún sentido de venganza, se irrite incluso contra las cosas inanimadas, de modo que rompa el estilo que escribe mal o quiebre la pluma irritado. Pero incluso esto, aunque sea más irracional, es una cierta libido de vengarse, y no sé qué sombra de retribución, por así decirlo, para que los que hacen mal padezcan males. Hay, pues, una libido de

vengarse, que se llama ira; hay una libido de tener dinero, que es la avaricia; hay una libido de vencer de cualquier modo, que es la pervicacia; hay una libido de gloriarse, que se llama jactancia. Hay muchas y variadas libidos, de las cuales algunas tienen también nombres propios, pero otras no. ¿Quién dirá fácilmente cómo se llama la libido de dominar, la cual, sin embargo, los mismos guerra civiles testifican que vale muchísimo en los ánimos de los tiranos?

CAPÍTULO XVI.

Del mal de la libido, cuyo nombre, aunque concuerda con muchos vicios, se adscribe propiamente a los movimientos obscenos del cuerpo.

Puesto que, por tanto, hay libidos de muchas cosas, sin embargo, cuando se dice libido y no se añade de qué cosa sea la libido, no suele ocurrir al ánimo sino aquella por la cual se excitan las partes obscenas del cuerpo. Esta, además, se reivindica para sí no solo todo el cuerpo, ni solo exteriormente, sino también interiormente, y conmueve a todo el hombre, estando el afecto del ánimo unido y mezclado al mismo tiempo con el apetito de la carne, de modo que siga aquel placer del cual no hay ninguno mayor entre los placeres del cuerpo: de tal manera que en el mismo momento de tiempo en que se llega a su extremo, casi toda la agudeza y como la vigilia del pensamiento queda abrumada. ¿Pero quién que sea amigo de la sabiduría y de los gozos santos, llevando una vida conyugal, pero, como

advirtió el Apóstol, «sabiendo poseer su vaso en santificación y honor, no en enfermedad de deseo, como también las gentes que no conocen a Dios» (I Tes. IV, 4, 5), no preferiría, si pudiera, procrear hijos sin esta libido; para que también en este oficio de sembrar la prole, aquellas partes que fueron creadas para esta obra sirvieran a su mente de la misma manera que los demás miembros distribuidos cada uno a sus obras, actuando por el mandato de la voluntad, no incitados por el calor de la libido? Pero ni los mismos amadores de este placer son conmovidos cuando quieren, ya sea para los concúbitos conyugales, ya sea para las inmundicias de los pecados; sino que a veces aquel movimiento es importuno sin que nadie lo pida, mas a veces desampara al que lo anhela, y mientras la concupiscencia hierve en el ánimo, se enfría en el cuerpo; y así, de modo admirable, la libido no sirve no solo a la voluntad de engendrar, sino tampoco a la libido de lascivia; y aunque la mayoría de las veces se opone a la mente que la cohíbe, a veces incluso se divide contra sí misma, y estando conmovido el ánimo para conmover el cuerpo, no se sigue a sí misma.

CAPÍTULO XVII.

De la desnudez de los primeros hombres, que después del pecado vieron como torpe y vergonzosa.

Con razón se avergüenza uno al máximo de esta libido, con razón también los mismos miembros, a los cuales ella mueve o no mueve por un cierto derecho suyo, por así decirlo, y no de todo

modo al arbitrio nuestro, se llaman pudendos, lo cual no fueron antes del pecado del hombre. Pues como está escrito: «Estaban desnudos y no se avergonzaban» (Gén. II, 25): no porque su desnudez les fuera incógnita, sino que la desnudez torpe aún no existía; porque aún la libido no movía aquellos miembros fuera del arbitrio, ni aún la carne daba testimonio de algún modo con su propia inobediencia para redargüir la inobediencia del hombre. Pues tampoco habían sido creados ciegos, como opina el vulgo inexperto; puesto que él vio los animales a los cuales impuso nombres (Ib. 20); y de ella se lee: «Vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos para ver» (Ib. III, 6). Por tanto, sus ojos estaban abiertos, pero para esto no estaban abiertos, esto es, no atentos, para que conocieran qué se les suministraba por el indumento de la gracia, cuando sus miembros no sabían repugnar a la voluntad. Retirada la cual gracia, para que la inobediencia fuera castigada con una pena recíproca, existió en el movimiento del cuerpo una cierta novedad impúdica, de donde hubiera una desnudez indecente; y los hizo atentos y los volvió confusos. De aquí es que, después que violaron el mandato de Dios con una abierta transgresión, está escrito de ellos: «Y se abrieron los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos, y cosieron hojas de higuera, y se hicieron campestria» (Ibíd. 7). «Se abrieron», dice, «los ojos de ambos», no para ver (pues también antes veían), sino para discernir entre el bien que habían perdido y el mal en el que habían caído.

De donde también el mismo árbol, por el hecho de que causara aquel discernimiento si se tocara para comer contra lo prohibido, recibió el nombre de aquel hecho, para que se llamara árbol de la ciencia del bien y del mal. Pues experimentada la molestia de la enfermedad, se hace más evidente también la alegría de la salud. «Conocieron», pues, «que estaban desnudos»: despojados a saber de aquella gracia por la cual se hacía que ninguna desnudez del cuerpo los confundiera con ninguna ley del pecado que repugnara a su mente. Esto, pues, conocieron, lo cual más felizmente ignorarían si, creyendo y obedeciendo a Dios, no cometieran lo que los obligara a experimentar qué daño hacían la infidelidad y la inobediencia. Por consiguiente, confusos por la inobediencia de su carne, como por un testigo de la pena de su propia inobediencia, «cosieron hojas de higuera y se hicieron campestria», esto es, ceñidores de los genitales. Pues algunos intérpretes pusieron «succinctoria». Por lo demás, «campestria» es ciertamente una palabra latina, pero llamada así por el hecho de que los jóvenes, que se ejercitaban desnudos en el campo (campus), cubrían sus partes pudendas: de donde a los que están así ceñidos, el vulgo los llama «campestratos». Así pues, lo que la libido movía inobedientemente contra la voluntad condenada por la culpa de la inobediencia, la vergüenza lo cubría pudorosamente. Por esto todas las naciones, puesto que han sido procreadas de aquella estirpe, mantienen hasta tal punto el hábito inserto de velar las partes pudendas, que algunos bárbaros no tienen

aquellas partes del cuerpo desnudas ni siquiera en los baños, sino que se lavan con sus coberturas. También por las opacas soledades de la India, cuando algunos filosofan desnudos, de donde son llamados gimnosofistas, aplican sin embargo coberturas a los genitales, de las cuales carecen por los demás miembros.

CAPÍTULO XVIII.

Del pudor del concúbito, no solo vulgar, sino también conyugal.

Pero la misma obra que se realiza con tal libido, no solo en cualesquiera estupros, donde se requieren escondrijos para eludir los juicios humanos; sino incluso en el uso de las meretrices, lo cual la ciudad terrena convirtió en una torpeza lícita, aunque se haga aquello que ninguna ley de esa ciudad castiga, sin embargo, la libido aun permitida e impune evita la mirada pública; y por vergüenza natural los mismos lupanares tienen previsto el secreto, y más fácilmente pudo la impudicia no tener vínculos de prohibición, que la impudencia retirar los escondrijos de aquella fealdad. Pero incluso los mismos torpes llaman a esto torpeza: de la cual, aunque sean amadores, no se atreven a ser ostentadores. ¿Qué decir del concúbito conyugal, que según las prescripciones de las tablas matrimoniales se hace por causa de procrear hijos? ¿Acaso no requiere él mismo, aunque sea lícito y honesto, un dormitorio retirado de los testigos? ¿Acaso no manda fuera a todos los criados, e incluso a los mismos paraninfos, y

a quienesquiera que cualquier necesidad hubiera permitido entrar, antes de que el cónyuge empiece siquiera a acariciar al cónyuge? Y puesto que, como dice cierto autor máximo de la elocuencia romana, todas las cosas rectamente hechas quieren colocarse a la luz, esto es, apetecen ser sabidas: este hecho recto apetece ser sabido de tal modo que, sin embargo, se avergüenza de ser visto. Pues ¿quién no sabe qué hacen entre sí los cónyuges para que se procreen hijos? Puesto que para que eso se haga se enseña a las esposas con tanta solemnidad: y sin embargo, cuando se hace aquello de donde nacen los hijos, ni siquiera los mismos hijos, si algunos han nacido ya de allí, se permite que sean testigos. Pues así este hecho recto apetece para su noticia la luz de los ánimos, de tal modo que, sin embargo, huye de la de los ojos. ¿De dónde esto, sino porque así se gestiona lo que es decente por naturaleza, de modo que también lo que es vergonzoso lo acompañe por la pena?

CAPÍTULO XIX.

Que las partes de la ira y de la libido se mueven tan viciosamente que es necesario que sean frenadas por los frenos de la sabiduría, las cuales no estuvieron en aquella sanidad de la naturaleza antes del pecado.

De aquí es que incluso aquellos filósofos que se acercaron más a la verdad confesaron que la ira y la libido eran partes viciosas del alma, por el hecho de que se movían turbia y desordenadamente, incluso hacia aquellas cosas que la

sabiduría no prohíbe perpetrar; y por esto tienen necesidad de una mente y una razón moderadora. La cual tercera parte del alma afirman que está colocada como en una cierta ciudadela para regir a aquellas; para que, mandando ella y sirviendo aquellas, pueda conservarse en el hombre la justicia en cada parte del alma. Estas partes, pues, que confiesan ser viciosas incluso en el hombre sabio y templado, para que la mente, compeliendo y cohibiendo, las refrene y las revoque de aquellas cosas hacia las cuales se mueven injustamente, y las permita para aquellas que están concedidas por la ley de la sabiduría; como la ira para ejercer una justa coerción, como la libido para el oficio de propagar la prole: estas partes, digo, en el paraíso antes del pecado no eran viciosas. Pues no se movían hacia nada contra la recta voluntad, de donde fuera necesario abstenerlas por la razón como por frenos regidores. Pues el que ahora se muevan así, y por parte de quienes viven templada, justa y piadosamente, unas veces más fácil y otras más difícilmente, sean sin embargo modificadas cohibiéndolas y refrenándolas, no es ciertamente sanidad por naturaleza, sino languidez por la culpa. Pero el que la vergüenza no esconda así las obras de la ira y de otras afecciones en cualesquiera dichos y hechos, como esconde las obras de la libido que se hacen con los miembros genitales, ¿qué causa hay, sino porque en los demás miembros del cuerpo no las mueven las afecciones mismas, sino que, cuando ha consentido con ellas, las mueve la voluntad, la cual domina totalmente en el uso de ellos? Pues

quienquiera que emite una palabra airado, o incluso golpea a alguien, no podría hacer esto si la lengua y la mano no se movieran mandándolo de algún modo la voluntad; cuyos miembros, incluso cuando no hay ninguna ira, se mueven por la misma voluntad. Pero verdaderamente la libido ha mancipado de tal modo las partes genitales del cuerpo a su propio derecho, que no pueden moverse si ella falta, y a no ser que ella misma se levante espontáneamente o excitada. Esto es lo que avergüenza, esto es lo que huye de los ojos de los que miran ruborizándose; y más tolera el hombre una multitud de espectadores cuando se irrita injustamente contra un hombre, que la mirada de uno solo incluso cuando se une lícitamente a su esposa.

CAPÍTULO XX.

Sobre la vanísima torpeza de los cínicos.

Aquellos filósofos caninos, esto es, los cínicos, no vieron esto, profiriendo contra el pudor humano, ¿qué otra cosa sino una canina, esto es, una inmunda e impudente sentencia? A saber, que puesto que es justo lo que se hace con la esposa, no avergüence hacerlo públicamente; ni se evite el concúbito conyugal en cualquier calle o plaza. Venció, sin embargo, el pudor natural a la opinión de este error. Pues aunque afirman que Diógenes hizo esto alguna vez jactanciosamente, pensando así que su secta sería más noble si su impudencia quedara fijada más señaladamente en la memoria de los hombres: después, sin embargo, dejó

de hacerse por los cínicos; y pudo más el pudor, de modo que los hombres se ruborizaran ante los hombres, que el error, de modo que los hombres pretendieran ser semejantes a los perros. Por lo cual también a aquel o a aquellos que se refiere haber hecho esto, más bien pienso que dieron a los ojos de los hombres los movimientos de los que yacen juntos, ignorando los hombres qué se hacía bajo el palio, que el que pudiera llevarse a cabo aquel placer bajo el apremio de la mirada humana. Pues allí los filósofos no se avergonzaban de parecer que querían yacer juntos, donde la libido misma se avergonzaría de levantarse. Y ahora vemos que todavía hay filósofos cínicos; pues estos son los que no solo se visten con el palio, sino que también llevan una clava: ninguno de ellos, sin embargo, se atreve a hacer esto; porque si algunos se hubieran atrevido, por no decir que con los golpes de los que apedrean, ciertamente serían abrumados por las salivas de los que escupen. Se avergüenza, pues, de esta libido la naturaleza humana sin duda alguna, y con razón se avergüenza. En su inobediencia, que sometió los miembros genitales del cuerpo a sus solos movimientos y los arrebató al poder de la voluntad, se muestra suficientemente qué se le retribuyó al hombre por aquella primera inobediencia: lo cual convino que apareciera principalmente en aquella parte por la cual se genera la naturaleza misma, que por aquel primer y gran pecado fue mudada a peor: de cuyo vínculo nadie es rescatado, a no ser que aquello que, estando todos en uno, fue perpetrado para la perdición

común, y vindicado por la justicia de Dios, sea expiado por la gracia de Dios en cada uno.

CAPÍTULO XXI.

Sobre la bendición de multiplicar la fecundidad humana antes del pecado, la cual la prevaricación no quitaría, y a la cual se ha añadido la enfermedad de la libido.

Lejos esté, pues, que creamos que aquellos cónyuges establecidos en el paraíso habrían de cumplir, por medio de esta libido, por la cual cubrieron ruborizándose esos mismos miembros, lo que Dios dijo en su bendición: «Creced y multiplicaos, y llenad la tierra» (Gén. I, 28). Pues después del pecado nació esta libido; después del pecado la naturaleza, no impúdica [antes], perdida la potestad a la cual el cuerpo servía en cada parte, la sintió, la advirtió, se ruborizó, la cubrió. Aquella bendición de las nupcias, para que los casados crecieran y se multiplicaran y llenaran la tierra, aunque permaneció incluso en los delincuentes; sin embargo, antes de que delinquieran, fue dada, para que se conociera que la procreación de los hijos pertenecía a la gloria del connubio, no a la pena del pecado. Pero ahora los hombres, por cierto ignorantes de aquella felicidad que hubo en el paraíso, no piensan que pudieran engendrarse hijos sino por aquello que han experimentado, esto es, por la libido, de la cual vemos que incluso la honestidad de las nupcias se ruboriza; algunos no aceptando de ningún modo las Divinas Escrituras, donde se lee que después del pecado se avergonzaron de la desnu-

dez, y que las partes pudendas fueron cubiertas, sino burlándose de ellas infielmente; otros, en cambio, aunque las aceptan y honran, sin embargo no quieren que aquello que se dijo, «Creced y multiplicaos», se entienda según la fecundidad carnal; porque también según el alma se lee haber sido dicho algo semejante: «Me multiplicarás en mi alma por tu virtud» (Sal. CXXXVII, 4): de modo que lo que sigue en el Génesis, «Y llenad la tierra y dominadla», entiendan que la tierra es la carne, la cual llena el alma con su presencia, y sobre la cual domina principalmente cuando se multiplica en la virtud. Pero piensan que los fetos carnales no pudieron nacer entonces sin la libido, la cual después del pecado nació, fue inspeccionada, confundida y velada, como tampoco pueden ahora; ni habrían de ser en el paraíso, sino fuera, como de hecho sucedió. Pues después de que fueron despedidos de allí, se unieron para engendrar hijos, y los engendraron.

CAPÍTULO XXII.

Sobre la cópula conyugal instituida y bendecida por Dios desde el principio.

Nosotros, sin embargo, de ningún modo dudamos que el crecer y multiplicarse y llenar la tierra, según la bendición de Dios, es don de las nupcias, las cuales Dios constituyó desde el principio antes del pecado del hombre, creando al varón y a la mujer: cuyo sexo es ciertamente evidente en la carne. Pues a esta obra de Dios se le añadió también la bendición misma. Porque

habiendo dicho la Escritura: «Varón y mujer los hizo», inmediatamente añadió: «Y los bendijo Dios, diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y dominadla» (Gén. I, 27, 28), y lo demás. Aunque todas estas cosas no inconvenientemente puedan referirse también al entendimiento espiritual, sin embargo es de gran absurdo resistirse a que el varón y la mujer fueron creados de tal modo que, engendrando prole, crecieran y se multiplicaran y llenaran la tierra, como evidentísimamente aparece en los cuerpos de distinto sexo; no como algo semejante que pueda entenderse incluso en un solo hombre, porque a saber en él hay una cosa que rige y otra que es regida. Pues no sobre el espíritu que manda y la carne que obedece; o sobre el alma racional que rige y la concupiscencia irracional que es regida; o sobre la virtud contemplativa que sobresale y la activa que se somete; o sobre el intelecto de la mente y el sentido del cuerpo: sino abiertamente sobre el vínculo conyugal, por el cual cada sexo se liga recíprocamente al otro, el Señor, preguntado si era lícito por cualquier causa despedir a la esposa, puesto que por la dureza del corazón de los israelitas Moisés permitió dar libelo de repudio, respondió y dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo desde el principio, varón y mujer los hizo, y dijo: Por esto dejará el hombre al padre y a la madre, y se adherirá a su mujer, y serán dos en una sola carne? Así que ya no son dos, sino una sola carne. Lo que, pues, Dios unió, no lo separe el hombre» (Mat. XIX, 4-6). Es cierto, por tanto, que el varón y la mujer fueron así instituidos desde el

principio, como ahora vemos y conocemos a dos hombres de distinto sexo: pero que se diga uno, sea por la conjunción, o sea por el origen de la mujer, que fue creada del costado del varón. Pues también el Apóstol, por medio de este primer ejemplo que precedió por institución de Dios, amonesta a cada uno para que los maridos amen a sus mujeres (Ef. V, 25 y Col. III, 19).

CAPÍTULO XXIII.

Si también en el paraíso se habría de engendrar si nadie hubiera pecado; o si allí la tradición de la castidad habría de luchar contra el acto de la libido.

1. Pero quienquiera que dice que no habrían de unirse ni habrían de engendrar si no hubieran pecado, ¿qué dice sino que por la numerosidad de los santos fue necesario el pecado del hombre? Pues si no pecando permanecieran solos, porque, como piensan, si no hubieran pecado no podrían engendrar; ciertamente, para que no pudieran ser solo dos hombres justos, sino muchos, fue necesario el pecado. Lo cual, si es absurdo creerlo, aquello más bien ha de creerse: que existiera un número de santos tan grande cuanto basta para completar aquella beatísima ciudad, aunque nadie hubiera pecado, tan grande como ahora se recoge por la gracia de Dios de la multitud de los pecados, mientras los hijos de este siglo engendran y son engendrados (Luc. XX, 34).

2. Y por tanto, aquellas nupcias dignas de la felicidad del paraíso si el pecado no hubiera existido, tanto engendrarían una prole amada como

no tendrían una libido vergonzosa. Pero cómo pudiera hacerse eso, ahora no hay ejemplo por el cual se demuestre. Ni por eso, sin embargo, debe parecer increíble que también aquel solo [miembro] pudiera servir a la voluntad sin esa libido, al cual tantos miembros sirven ahora. ¿Acaso movemos las manos y los pies cuando queremos para aquellas cosas que han de hacerse con estos miembros, sin ninguna resistencia, con tanta facilidad cuanta vemos tanto en nosotros como en otros, especialmente en los artesanos de cualesquiera obras corporales, donde a la naturaleza más débil y lenta se ha añadido una industria más ágil para ejercitarla; y no creemos que para la obra de la generación de los hijos, si no hubiera existido la libido, que fue retribuida al pecado de la inobediencia, aquellos miembros hubieran podido servir obedientemente a los hombres al menor indicio de la voluntad, de modo semejante a los demás? ¿Acaso Cicerón, en sus libros sobre la República, cuando disputaba sobre la diferencia de los imperios y tomaba la semejanza de este hecho de la naturaleza del hombre, no dijo que se manda a los miembros del cuerpo como a hijos por la facilidad de obedecer: pero que las partes viciosas del alma son coercidas como esclavos por un imperio más áspero? Y ciertamente por orden natural el alma se antepone al cuerpo, y sin embargo el alma misma manda al cuerpo más fácilmente que a sí misma. No obstante, esta libido de la que ahora disertamos, existe tanto más para avergonzarse cuanto que el alma en ella ni se manda eficazmente a sí misma para que no le

apetezca en absoluto; ni del todo al cuerpo para que la voluntad, más bien que la libido, mueva los miembros pudendos: lo cual, si así fuera, no serían pudendos. Pero ahora le avergüenza al alma que el cuerpo, que le está sujeto por una naturaleza inferior, se le resista. Pues en otras afecciones, cuando se resiste a sí misma, por eso se avergüenza menos porque, cuando es vencida por sí misma, ella misma se vence; aunque desordenada y viciosamente, porque es por aquellas partes que deben estar sujetas a la razón; sin embargo, es vencida por sus propias partes, y por esto, como se ha dicho, se vence por sí misma. Pues cuando el alma se vence ordenadamente, de modo que sus movimientos irracionales se sometan a la mente y a la razón (si sin embargo también ella está sometida a Dios), es de alabanza y de virtud. Se avergüenza menos, sin embargo, cuando el alma no se obedece a sí misma por sus partes viciosas, que cuando el cuerpo, que es otra cosa distinta de ella y está por debajo de ella, y cuya naturaleza no vive sin ella, no cede a sus deseos y mandatos.

3. Pero como los demás miembros son retenidos por el mandato de la voluntad, sin los cuales aquellos que son excitados por la libido contra la voluntad no pueden cumplir lo que desean; se custodia la pudicicia, no habiéndose perdido, sino no habiéndose permitido la delectación del pecado. Esta resistencia, esta repugnancia, esta riña de la voluntad y de la libido, o ciertamente la indigencia de la libido para la suficiencia de la voluntad, sin duda alguna no la tendrían las nupcias en el paraíso, a no ser que la inobediencia

culpable fuera castigada con una inobediencia penal; sino que aquellos miembros, como todos los demás, servirían a la voluntad. Así el campo genital (Virgilio, Geórgicas, lib. III, v. 136), vaso creado para esta obra, sembraría como ahora la mano siembra la tierra. Y el que ahora, queriendo nosotros disputar más diligentemente sobre este asunto, la vergüenza se resista y nos compela a pedir perdón con el honor ya mencionado a los oídos púdicos, no habría causa alguna para que así se hiciera: sino que en todas las cosas que tocaran el sentido del que piensa sobre miembros de esta clase, se llevaría un lenguaje libre sin ningún temor de obscenidad: ni habría palabras mismas que se llamaran obscenas; sino que cualquier cosa que de allí se dijera, sería tan honesta como cuando hablamos de otras partes del cuerpo. Quienquiera, pues, que se acerque a estas letras impúdicamente, huya de la culpa, no de la naturaleza; denote los hechos de su torpeza, no las palabras de nuestra necesidad; en las cuales muy fácilmente me perdona el púdico y religioso lector u oyente, hasta que refute la infidelidad, que argumenta no por la fe de las cosas no experimentadas, sino por el sentido de las experimentadas. Pues lee estas cosas sin ofensa quien no se horroriza del Apóstol reprendiendo las horrendas torpezas de las mujeres, que «mudaron el uso natural en aquel uso que es contra naturaleza» (Rom. I, 26): principalmente porque nosotros no conmemoramos ni reprendemos ahora una obscenidad condenable, como él, sino que al explicar, cuanto podemos, los efectos

de la generación humana, evitamos sin embargo, como él, las palabras obscenas.

CAPÍTULO XXIV. --- Que los hombres inocentes, permaneciendo en el paraíso por el mérito de la obediencia, habrían usado los miembros genitales para la generación de la prole, como los demás, al arbitrio de la voluntad.

1. Sembraría, pues, la prole el varón, y la recibiría la mujer con los miembros genitales cuando hubiera necesidad de ello, y cuanta necesidad hubiera, movidos por la voluntad, no excitados por la libido. Pues no movemos a nuestro antojo solo aquellos miembros que están articulados con huesos firmes, como los pies, las manos y los dedos; sino que también movemos aquellos que están relajados con nervios blandos, agitándolos cuando queremos, y los extendemos estirándolos, y los doblamos retorciéndolos, y los endurecemos apretándolos; como son aquellos que en la boca y en el rostro mueve la voluntad cuanto puede. Finalmente, los mismos pulmones, las más blandas de todas las vísceras, excepto la médula, y por esto protegidos en el hueco del pecho, sirven a la voluntad para atraer y soltar el aliento y para emitir o modificar la voz, como los fuelles de los herreros o de los órganos, para quien sopla, respira, habla, grita o canta. Omito el hecho de que a ciertos animales les ha sido dado naturalmente el mover el tegumento con que está vestido todo su cuerpo solo en aquel lugar donde sienten que deben ahuyentar algo, si lo sienten en cualquier parte; y sacudir no solo las moscas que se posan, sino aun las lanzas que se clavan, por

un temblor de la piel. ¿Acaso porque el hombre no puede esto, no pudo por eso el Creador dárselo a los vivientes que quiso? Así, pues, también el hombre mismo pudo tener la obediencia aun de los miembros inferiores, que perdió por su propia inobediencia. Pues no fue difícil para Dios criarlo de tal modo que en su carne también aquello se moviera solamente por su voluntad, lo que ahora no se mueve sino por la libido.

2. Pues también conocemos las naturalezas de ciertos hombres muy diferentes de los demás, y maravillosas por su misma rareza, haciendo con su cuerpo cosas que otros de ningún modo pueden, y que apenas se creen al oírlas. Hay, en efecto, quienes mueven las orejas, o una sola o ambas a la vez. Hay quienes, sin mover la cabeza, bajan todo el cuero cabelludo hacia la frente y lo retiran cuando quieren, en todo el espacio que ocupan los cabellos. Hay quienes, de las cosas que han tragado, increíblemente muchas y variadas, con una ligera presión en el estómago, sacan lo que quieren perfectamente íntegro, como de un saco. Algunos imitan y expresan de tal modo las voces de las aves, de los ganados y de cualesquiera otros hombres, que si no son vistos, no pueden distinguirse en absoluto. Algunos producen por la parte inferior, sin hedor alguno, sonidos tan numerosos a su arbitrio que parecen cantar por esa parte. Yo mismo he experimentado que un hombre solía sudar cuando quería. Es sabido que algunos lloran cuando quieren, y derraman lágrimas copiosamente. Pero aquello es mucho más increíble que muchos hermanos han experi-

mentado en memoria muy reciente. Hubo un presbítero llamado Restituto en la parroquia de la Iglesia de Calama, quien, cuando le pluguiese (y se le pedía que hiciera esto por parte de aquellos que deseaban conocer el hecho maravilloso en persona), imitando las voces como de alguien que se lamenta, de tal modo se retiraba de sus sentidos y yacía muy semejante a un muerto, que no solo sentía mínimamente los pellizcos y pinchazos, sino que a veces, aplicado fuego, se quemaba sin sensación alguna de dolor, excepto después por la herida. Que no moviera el cuerpo no por oponer resistencia, sino por no sentir, se probaba por el hecho de que no se hallaba aliento alguno en él, como en un difunto; sin embargo, refería después que oía las voces de los hombres, si hablaban más alto, como desde lejos. Puesto que, por tanto, el cuerpo sirve maravillosamente a algunos incluso ahora, aunque llevan esta vida azarosa en carne corruptible, en muchos movimientos y afectos fuera del modo usual de la naturaleza; ¿qué razón hay para que no creamos que antes del pecado de inobediencia y del suplicio de la corrupción, los miembros humanos pudieron servir a la voluntad humana para propagar la prole sin ninguna libido? El hombre fue entregado a sí mismo porque desertó de Dios al complacerse a sí mismo; y no obedeciendo a Dios, no pudo obedecerse tampoco a sí mismo. De aquí la más evidente miseria, por la cual el hombre no vive como quiere. Pues si viviera como quisiera, se juzgaría bienaventurado; pero ni aun así lo sería si viviera torpemente.

CAPÍTULO XXV.

De la verdadera bienaventuranza, que la vida temporal no alcanza.

Aunque si atendemos más diligentemente, nadie vive como quiere sino el bienaventurado; y ninguno es bienaventurado sino el justo. Pero aun el mismo justo no vive como quiere sino cuando llegue allí donde de ningún modo pueda morir, ser engañado ni ser ofendido, y le sea cierto que así será siempre. Pues esto es lo que la naturaleza apetece; ni será plena y perfectamente bienaventurada sino habiendo conseguido lo que apetece. Pero ahora, ¿qué hombre puede vivir como quiere, cuando el mismo vivir no está en su potestad? Pues quiere vivir, y es obligado a morir. ¿Cómo, pues, vive como quiere quien no vive cuanto tiempo quiere? Que si quisiera morir, ¿cómo puede vivir como quiere quien no quiere vivir? Y si por eso quisiera morir, no porque no quiera vivir, sino para que después de la muerte viva mejor: todavía no vive como quiere, sino cuando llegue muriendo a aquello que quiere. Pero he aquí que viva como quiere, puesto que se ha violentado y se ha mandado a sí mismo no querer lo que no puede, y querer esto que puede; como dice Terencio: «Puesto que no puede hacerse lo que quieres, quieras lo que pueda hacerse»: ¿acaso por eso es bienaventurado, porque es pacientemente miserable? Pues la vida bienaventurada si no se ama, no se tiene. Por lo demás, si se ama y se tiene, es necesario que se ame más excelentemente que todas las otras cosas; puesto

que por esta se ha de amar cualquier otra cosa que se ame. Por lo demás, si se ama tanto cuanto es digna de ser amada (pues no es bienaventurado aquel por quien la misma vida bienaventurada no es amada como es digna), no puede ser que el que así la ama no la quiera eterna. Entonces, pues, será bienaventurada cuando sea eterna.

CAPÍTULO XXVI.

Que se ha de creer que la felicidad de los que vivían en el paraíso pudo cumplir el oficio de generar sin el vergonzoso apetito.

Vivía, pues, el hombre en el paraíso como quería, mientras quería esto que Dios había mandado: vivía gozando de Dios, de cuyo bien era bueno: vivía sin ninguna necesidad, teniendo en su potestad el vivir siempre así. El alimento estaba presente para que no tuviera hambre; la bebida, para que no tuviera sed; el árbol de la vida, para que la vejez no lo disolviera. Ninguna corrupción en el cuerpo ni del cuerpo infligía molestia alguna a ninguno de sus sentidos. Ninguna enfermedad interna, ningún golpe externo se temía. Había suma salud en la carne, y en el alma toda tranquilidad. Así como en el paraíso no había calor ni frío, así en su habitante ninguna ofensa a la buena voluntad surgía del deseo o del temor. Nada en absoluto era triste, nada era vanamente alegre: el gozo verdadero se perpetuaba de Dios, en quien ardía la caridad de un «corazón puro y de una conciencia buena y de una fe no fingida» (1 Tim 1, 5): y entre los esposos había

una sociedad fiel de honesto amor, una concorde vigilancia de la mente y del cuerpo, y la custodia del mandamiento sin trabajo. El cansancio no fatigaba al ocioso, ni el sueño oprimía al que no quería. En tanta facilidad de cosas y felicidad de hombres, lejos esté de nosotros sospechar que no pudiera sembrarse la prole sin la enfermedad de la libido: sino que por aquel antojo de la voluntad se moverían aquellos miembros por el que los demás, y sin el estímulo seductor del ardor, con tranquilidad de mente y de cuerpo, sin ninguna corrupción de la integridad, se infundiría el marido en el regazo de la esposa.

Pues no porque no pueda probarse por la experiencia, se ha de dejar de creer por ello; cuando aquellas partes del cuerpo no las movería un calor turbulento, sino que una potestad espontánea las emplearía según fuera necesario, entonces pudo infundirse el semen viril en el útero de la esposa a salvo la integridad del genital femenino, así como ahora puede, a salvo la misma integridad, emitirse desde el útero de una virgen el flujo de la sangre menstrual. Pues por la misma vía podría aquello ser inyectado por la que esto puede ser eyectado. Pues así como para parir no los gemidos de dolor, sino el impulso de la madurez relajaría las vísceras femeninas: así para engendrar y concebir no el apetito de la libido, sino un uso voluntario uniría ambas naturalezas. Hablamos ahora de cosas vergonzosas: y por eso, aunque antes de que causaran vergüenza conjeturamos como podemos cuáles pudieron ser; sin embargo, es necesario que nuestra disputa sea

más frenada por aquel pudor que nos retrae que ayudada por la elocuencia, de la que poco disponemos. Pues como esto que digo ni ellos mismos lo experimentaron, quienes pudieron experimentarlo (puesto que preocupándoles el pecado, merecieron el exilio del paraíso antes de que convinieran entre sí con tranquilo arbitrio en la obra de sembrar la prole), ¿cómo ahora, cuando estas cosas se conmemoran, ocurren a los sentidos humanos, sino por la experiencia de la libido turbulenta, y no por la conjetura de una plácida voluntad? De aquí es que el pudor impide al que habla, aunque no falte la razón al que piensa. Pero para el Dios omnipotente, sumo y sumamente bueno Creador de todas las naturalezas, ayudador y remunerador de las buenas voluntades, pero abandonador y condenador de las malas, ordenador de unas y otras, no faltó por cierto un consejo por el cual cumpliera el número cierto de ciudadanos predestinado en su sabiduría incluso de entre el género humano condenado para su ciudad: discerniéndolos no ya por los méritos, puesto que toda la masa fue condenada como en una raíz viciada, sino por la gracia; y mostrando en los liberados no solo de ellos mismos, sino también de los no liberados, qué les otorga. Pues no por una debida, sino por una gratuita bondad se reconoce entonces cada uno rescatado de los males, cuando se hace inmune del consorcio de aquellos hombres con los cuales le sería común una justa pena. ¿Por qué, pues, no criaría Dios a los que presabía que habían de pecar; puesto que en ellos y de ellos podía mostrar tanto lo que su

culpa merecía como lo que su gracia otorgaba, ni bajo aquel Creador y Dispositor la perversa inordinación de los delincuentes pervertiría el recto orden de las cosas?

CAPÍTULO XXVII.

De los pecadores, ángeles y hombres, cuya perversidad no perturba la providencia de Dios.

Por lo tanto, los pecadores, tanto ángeles como hombres, nada hacen por lo que se impidan las «grandes obras del Señor, exquisitas en todas sus voluntades» (Sal 110, 2). Porque quien providente y omnipotentemente distribuye a cada uno lo suyo, sabe usar bien no solo de los buenos, sino también de los malos. Y por esto, usando bien del ángel malo, tan condenado y endurecido por el mérito de su primera mala voluntad que ya no tuviera más una buena voluntad, ¿por qué no permitiría Dios que el primer hombre, que había sido criado recto, esto es, de buena voluntad, fuera tentado por él? Puesto que había sido así instituido que, si el hombre bueno fiara del auxilio de Dios, vencería al ángel malo; pero si desertara soberbiamente de Dios su Creador y Ayudador complaciéndose a sí mismo, sería vencido: teniendo buen mérito en la voluntad recta ayudada divinamente, pero malo en la voluntad perversa que desierta de Dios. Porque incluso el fiar del auxilio de Dios, no podría ciertamente hacerlo sin el auxilio de Dios; y sin embargo, no por eso dejaba de estar en su potestad el retirarse de estos beneficios de la divina gracia compla-

ciéndose a sí mismo. Pues así como vivir en esta carne sin los auxilios de los alimentos no está en la potestad, pero sí lo está el no vivir en ella, lo que hacen los que se matan a sí mismos: así vivir bien sin el auxilio de Dios, aun en el paraíso, no estaba en la potestad; pero sí estaba en la potestad el vivir mal, aunque con una bienaventuranza que no había de permanecer, y una poquísima y justísima pena que había de seguir. Siendo, pues, Dios no ignorante de este futuro caso humano, ¿por qué no permitiría que fuera tentado por la malignidad del ángel envidioso? De ningún modo estando incierto de que sería vencido; sino no obstante presabiendo que de su simiente, ayudada por su gracia, el mismo diablo había de ser vencido con mayor gloria de los santos. Así se hizo para que nada de lo futuro estuviera oculto a Dios, ni por presaberlo obligara a nadie a pecar; y demostrara por la consiguiente experiencia a la criatura racional angélica y humana qué diferencia había entre la propia presunción de cada uno y su tutela. ¿Pues quién se atrevería a creer o a decir que no estuvo en la potestad de Dios el que ni el ángel ni el hombre cayeran? Pero prefirió no quitar esto de su potestad; y así mostrar cuánto podía el mal de su soberbia y cuánto el bien de su gracia.

CAPÍTULO XXVIII.

De la cualidad de las dos ciudades, la terrena y la celestial.

Dos amores, pues, hicieron dos ciudades: la terrena, el amor de sí hasta el desprecio de Dios;

la celestial, el amor de Dios hasta el desprecio de sí. En fin, aquella en sí misma, esta en el Señor se gloría. Pues aquella busca de los hombres la gloria: para esta, sin embargo, Dios, testigo de la conciencia, es la máxima gloria. Aquella en su gloria ensalza su cabeza: esta dice a su Dios: «Gloria mía, y el que ensalza mi cabeza» (Sal 3, 4). En aquella domina la libido de mandar en sus príncipes o en las naciones que subyuga: en esta se sirven mutuamente en la caridad, tanto los superiores aconsejando como los súbditos obedeciendo. Aquella en sus potentes ama su propia virtud: esta dice a su Dios: «Te amaré, Señor, virtud mía» (Sal 17, 2). Y por eso en aquella sus sabios, viviendo según el hombre, buscaron los bienes o del cuerpo o de su alma, o de ambos; o los que pudieron conocer a Dios, «no como a Dios le honraron ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y se oscureció su insipiente corazón.» Diciéndose ser sabios, esto es, ensalzándose en su sabiduría dominándoles la soberbia, se hicieron estultos; e inmutaron la gloria del incorruptible Dios en la semejanza de la imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de serpientes: pues para adorar semejantes simulacros o fueron guías de los pueblos o seguidores. Y dieron culto y sirvieron a la criatura más que al Creador, el cual es bendito por los siglos (Rom 1, 21-25). En esta, sin embargo, no hay sabiduría del hombre sino la piedad, por la cual se da culto rectamente al verdadero Dios, esperando aquel premio en la sociedad de los santos, no solo de los hombres sino también de

los ángeles, «para que sea Dios todo en todas las cosas» (1 Cor 15, 28).

Libro D

ECIMOQUINTO.

Después de haber tratado en los cuatro libros inmediatamente precedentes del origen de las dos ciudades, la terrena y la celestial, añade Agustín otros tantos libros sobre el transcurso de las mismas ciudades, y aborda ese argumento de tal modo que trata los principales capítulos de la historia sagrada que miran a lo mismo, primeramente por cierto en este libro decimoquinto lo que se lee en el Génesis desde Caín y Abel hasta el diluvio.

CAPÍTULO PRIMERO.

De los dos órdenes de la generación humana que desde el principio transcurren hacia diversos fines.

1. Sobre la felicidad del paraíso, o sobre el mismo paraíso, y sobre la vida allí de los primeros hombres, y su pecado y suplicio, muchos sintieron muchas cosas, dijeron muchas cosas, mandaron muchas cosas a las letras. Nosotros también según las Sagradas Escrituras, o lo que en ellas leemos, o lo que de ellas pudimos entender, congruentes con su autoridad, de estas cosas dijimos en los libros superiores. Mas si se buscan estas cosas más minuciosamente, producen múltiples

y multiformes disputas, que han de entretejerse en más volúmenes de los que esta obra y tiempo piden. El cual no tenemos tan largo que en todas las cosas que pueden requerir los ociosos y escrupulosos, más prontos a preguntar que capaces de entender, nos convenga demorarnos. Estimo sin embargo que ya hemos cumplido con las grandes y dificilísimas cuestiones sobre el inicio o del mundo, o del alma, o del mismo género humano: al cual distribuimos en dos géneros; uno de los que viven según el hombre, otro de los que viven según Dios. A las cuales también místicamente llamamos las dos ciudades, esto es, las dos sociedades de hombres: de las cuales hay una que está predestinada a reinar eternamente con Dios; la otra, a sufrir eterno suplicio con el diablo. Pero este es el fin de ellas, del cual se ha de hablar después. Ahora bien, puesto que sobre el origen de ellas, ya en los ángeles, cuyo número ignoramos, ya en los dos primeros hombres, se ha dicho bastante, ya me parece que se ha de acometer su transcurso, desde que aquellos dos comenzaron a generar hasta que los hombres cesen de generar. Pues todo este tiempo, o siglo, en el cual ceden los que mueren y suceden los que nacen, es el transcurso de estas dos ciudades de que disputamos.

2. Nació, pues, primero Caín de aquellos dos padres del género humano, perteneciente a la ciudad de los hombres; después Abel, perteneciente a la ciudad de Dios. Porque como en un solo hombre experimentamos lo que dijo el Apóstol, que «no primero lo que es espiritual, sino lo que es animal, después lo espiritual» (1 Cor 15, 46):

de donde cada uno, puesto que nace de una progenie condenada, primero es necesario que sea malo y carnal por Adán. Pero si progresara renaciendo en Cristo, después será bueno y espiritual: así en todo el género humano, cuando primero comenzaron estas dos ciudades a transcurrir naciendo y muriendo, primero nació el ciudadano de este siglo; después, sin embargo, el peregrino en este siglo, y perteneciente a la ciudad de Dios, predestinado por la gracia, elegido por la gracia, peregrino abajo por la gracia, ciudadano arriba por la gracia. Pues por lo que a él mismo atañe, nace de la misma masa que originalmente está toda condenada; pero como el alfarero Dios (pues esta similitud no imprudentemente, sino prudentemente la introduce el Apóstol) de la misma masa «hizo un vaso para honra y otro para deshonra» (Rom 9, 21). Primero, empero, se hizo el vaso para deshonra, después el otro para honra: porque también en el hombre mismo, como ya dije, primero es lo réprobo, de donde es necesario que empecemos y donde no es necesario que permanezcamos; después lo probo, adonde lleguemos progresando y donde permanezcamos al llegar. Por lo tanto, no ciertamente todo hombre malo será bueno, nadie empero será bueno que no fuera malo: pero cuanto cada uno más pronto se muda en mejor, tanto hace que en él se nombre lo que más velozmente aprehende, y cubre con lo posterior el vocablo anterior. Escrito está, pues, de Caín que edificó una ciudad (Gén 4, 17): Abel, empero, como peregrino no la edificó. Pues la ciudad de los santos es celestial, aunque aquí en-

gendre ciudadanos en los cuales peregrina hasta que llegue el tiempo de su reino, cuando congregará a todos resucitando en sus cuerpos, cuando se les dará el reino prometido, donde reinarán con su príncipe, el Rey de los siglos, sin ningún fin del tiempo.

CAPÍTULO II.

De los hijos de la carne y de los hijos de la promesa.

Una sombra ciertamente de esta ciudad y una imagen profética sirvió para significarla más bien que para presentarla en la tierra, en aquel tiempo en que convenía que fuera demostrada, y fue llamada también ella misma ciudad santa por el mérito de la imagen significante, no de la verdad expresada, tal como ha de ser. De esta imagen servidora, y de aquella que significa la ciudad libre, así habla el Apóstol a los Gálatas: «Decidme —dice—, los que queréis estar bajo la ley, ¿no habéis oído la ley? Pues escrito está que Abrahán tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre. Pero aquel por cierto que de la esclava, nació según la carne; el que de la libre, por la promesa: lo cual es una alegoría. Pues estos son los dos testamentos; uno por cierto desde el monte Sinaí engendrando para la servidumbre, que es Agar. Pues el Sinaí es un monte en Arabia, que está unido a esta Jerusalén que ahora es: pues sirve con sus hijos. La que sin embargo es la Jerusalén de arriba, es libre, la cual es madre de todos nosotros. Pues escrito está: Alégrate, estéril, que no pares; rompe y clama, que no estás de parto: porque muchos

son los hijos de la desierta, más que de la que tiene marido. Nosotros, sin embargo, hermanos, según Isaac somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que había nacido según la carne, perseguía al que según el espíritu; así también ahora. Pero ¿qué dice la Escritura? Echa a la esclava y a su hijo: pues no será heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre. Nosotros, empero, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre, con la libertad con que Cristo nos libertó» (Gál 4, 21-31). Esta forma de entender descendiendo de la autoridad apostólica nos abre el lugar de cómo debemos recibir las Escrituras de los dos Testamentos, el Viejo y el Nuevo. Pues una cierta parte de la ciudad terrena fue hecha imagen de la ciudad celestial, no significándose a sí misma sino a la otra; y por tanto servidora. Pues no por sí misma, sino por otra que había de significar fue instituida; y precediendo otra significación, ella misma prefigurando fue prefigurada. Pues Agar la esclava de Sara, y su hijo, fueron una cierta imagen de esta imagen.

Y puesto que habían de pasar las sombras viniendo la luz, por eso dijo la libre Sara, que significaba la ciudad libre, a la cual para ser significada de otro modo servía también aquella sombra: «Echa a la esclava y a su hijo; pues no será heredero el hijo de la esclava con mi hijo Isaac», lo cual dice el Apóstol «con el hijo de la libre». Hallamos, pues, en la ciudad terrena dos formas; una demostrando su propia presencia, la otra sirviendo por su presencia para significar la ciudad celestial. Engendra, empero, los ciuda-

danos de la ciudad terrena la naturaleza viciada por el pecado; mas los ciudadanos de la ciudad celestial los engendra la gracia que libra a la naturaleza del pecado: de donde aquellos se llaman vasos de ira, estos vasos de misericordia (Rom 9, 22. 23). Se significó esto también en los dos hijos de Abrahán, que uno, Ismael, nació según la carne de la esclava que se llamaba Agar, mas el otro, Isaac, nació según la promesa de Sara libre. Uno y otro por cierto de la simiente de Abrahán: mas a aquel lo engendró demostrando la costumbre la naturaleza, a este empero lo dio la promesa significando la gracia. Allí se muestra el uso humano, aquí se encomienda el beneficio divino.

CAPÍTULO III.

De la esterilidad de Sara, a quien la gracia de Dios fecundó.

Sara por cierto era estéril, y por la desesperación de la prole, deseando tener al menos de su esclava lo que de sí misma veía que no podía, la dio para ser fecundada al varón de quien había querido parir y no había podido. Exigió, pues, aun así el débito del marido, usando de su derecho en el útero ajeno. Nació, pues, Ismael, como nacen los hombres, por la mezcla de ambos sexos, por la ley acostumbrada de la naturaleza. Por eso se dijo «según la carne»: no porque estos no sean beneficios de Dios, o no los obre Dios, cuya sabiduría artífice alcanza, como está escrito, «desde un fin hasta el otro fuertemente, y dispone todas las cosas suavemente» (Sab 8, 1): sino donde había de significarse el don de Dios, que

la gracia otorgaría gratuitamente a los hombres no debiéndoselo, así convino que se diera el hijo, de modo que no se debiera a los transcursos de la naturaleza. Pues niega la naturaleza ya hijos a tal mezcla de varón y hembra cual pudo ser la de Abrahán y Sara en aquella edad, accediendo también la esterilidad de la mujer, que ni aun entonces pudo parir cuando no faltó la edad a la fecundidad, sino la fecundidad a la edad. Lo que, pues, no se debía a la naturaleza así afectada el fruto de la posteridad, significa que la naturaleza del género humano viciada por el pecado, y por ello justamente condenada, nada de verdadera felicidad en lo futuro merecía. Rectamente, por tanto, significa Isaac nacido por la promesa a los hijos de la gracia, ciudadanos de la ciudad libre, socios de la paz eterna, donde no haya amor de la propia y privada en cierto modo voluntad, sino gozando del común y mismo inconmutable bien, y haciendo de muchos un solo corazón, esto es, perfectamente concorde, por la obediencia de la caridad.

CAPÍTULO IV.

Del concierto o de la paz de la ciudad terrena.

La ciudad terrena, por lo demás, que no será sempiterna (pues cuando sea condenada en el último suplicio, ya no será ciudad), tiene aquí su bien, en cuya sociedad se alegra, cual puede ser la alegría de tales cosas. Y puesto que no es tal bien que no cause ninguna angustia a sus amadores, por eso esta ciudad contra sí misma muchísimas

veces se divide litigando, guerreando y luchando, y buscando o victorias mortíferas o ciertamente mortales. Pues de cualquier parte de sí misma por la que se haya levantado guerreando contra otra parte de sí misma, busca ser vencedora de las naciones, siendo cautiva de los vicios. Y si por cierto cuando haya vencido, se ensalza más soberbiamente, es incluso mortífera; si por el contrario considerando la condición y los casos comunes, más se angustia por las cosas que pueden suceder adversas que se infla por aquellas que han resultado secundas, solamente es mortal aquella victoria. Pues no podrá siempre dominar permaneciendo sobre aquellos a quienes pudo subyugar venciendo.

CAPÃTULO V.---DEL PRIMER AUTOR DE LA CIUDAD TERRENA, FRATRICIDA, A CUYA IMPIEDAD EL FUNDADOR DE LA CIUDAD ROMANA RESPONDIÃ³ CON LA MUERTE DE SU HERMANO.

El primer fundador de la ciudad terrena fue, por tanto, un fratricida: pues, vencido por la envidia, matÃ³ a su hermano, ciudadano de la ciudad eterna, que peregrinaba en esta tierra. Por lo cual no es de maravillar que, tanto tiempo despuÃ©s, en la fundaciÃ³n de aquella ciudad que habÃa de ser cabeza de esta ciudad terrena de que hablamos, y que habÃa de reinar sobre tantas naciones, respondiera a este primer ejemplo y, como lo llaman los griegos, arquetipo (archetypos), una cierta imagen de su propio gÃ©nero. Pues tambiÃ©n allÃ, como un cierto poeta de

ellos conmemorÃ³ el mismo crimen: Â«Los primeros muros se empaparon de sangre fraternaÂ» (Lucano, Farsalia, Libro I, v. 95). Pues asÃ fue fundada Roma, cuando la historia romana atestigua que Remo fue muerto por su hermano RÃ³mulo: excepto que ambos eran ciudadanos de la ciudad terrena. Ambos buscaban la gloria por la instituciÃ³n de la repÃºblica romana: pero ambos no podÃan tenerla tan grande como si fuera uno solo. Pues el que querÃa gloriarse dominando, dominarÃa ciertamente menos si su potestad disminuyera con un consorte vivo. Para que, por tanto, uno solo tuviera toda la dominaciÃ³n, fue quitado el socio: y creciÃ³ para peor por el crimen lo que por la inocencia fuera menos y mejor. Mas estos hermanos CaÃn y Abel no tenÃan ambos entre sÃ un similar deseo de las cosas terrenas; ni en esto envidiÃ³ el uno al otro, porque su dominio se hiciera mÃ¡s estrecho, el que matÃ³ al otro, si ambos dominaran (pues Abel no buscaba la dominaciÃ³n en aquella ciudad que era fundada por su hermano): sino aquella envidia diabÃ³lica con la que los malos envidian a los buenos por ninguna otra causa sino porque ellos son buenos y aquellos malos. Pues de ningÃºn modo se hace menor la posesiÃ³n de la bondad con el acceso o la permanencia de un consorte; antes bien, la bondad es una posesiÃ³n que tanto mÃ¡s ampliamente posee la caridad individual de los socios cuanto mÃ¡s concordemente la poseen. Finalmente, no tendrÃ¡ esta posesiÃ³n quien no la quiera tener en comÃºn; y tanto mÃ¡s amplia la hallarÃ¡ cuanto mÃ¡s pueda amar allÃ al con-

sorte. Aquello, pues, que surgiÃ³ entre Remo y RÃ³mulo, mostrÃ³ cÃ³mo se divide contra sÃ misma la ciudad terrena; mas lo que surgiÃ³ entre CaÃn y Abel, demostrÃ³ las enemistades entre las dos ciudades mismas, la de Dios y la de los hombres. Luchan, por tanto, entre sÃ los malos y los malos: asÃ tambiÃ©n luchan entre sÃ los buenos y los malos. Mas los buenos y los buenos, si son perfectos, no pueden luchar entre sÃ: mas los que estÃ¡n progresando y aÃºn no son perfectos, pueden de tal modo que cada bueno luche contra el otro por aquella parte por la que tambiÃ©n lucha contra sÃ mismo. Pues incluso en un solo hombre Â«la carne codicia contra el espÃritu, y el espÃritu contra la carneÂ» (GÃ¡l V, 17). La concupiscencia espiritual, pues, puede luchar contra la carnal de otro, o la concupiscencia carnal contra la espiritual de otro, asÃ como luchan entre sÃ los buenos y los malos: o ciertamente las mismas concupiscencias carnales entre sÃ de dos buenos, aÃºn ciertamente no perfectos, asÃ como luchan entre sÃ los malos y los malos, hasta que la salud de los que son curados sea conducida a la victoria Ãºltima.

CAPÃTULO VI.---DE LOS LANGUORES QUE INCLUSO LOS CIUDADANOS DE LA CIUDAD DE DIOS PADECEN EN LA PEREGRINACIÃ³N DE ESTA VIDA POR LA PENA DEL PECADO, Y DE LOS CUALES SON SANADOS POR DIOS MÃ©DICO.

Es ciertamente ese languor, esto es, aquella inobediencia de que tratamos en el libro decimo-

cuarto, el suplicio de la primera inobediencia; y por tanto no naturaleza, sino vicio: por lo cual se dice a los buenos que progresan y que viven de la fe en esta peregrinaciÃ³n: Â«Llevad unos las cargas de los otros, y asÃ cumplirÃ©is la ley de CristoÂ» (GÃ¡l VI, 2). Asimismo en otra parte se dice: Â«Corregid a los inquietos, consolad a los pusilÃ¡nimes, acoged a los enfermos, sed pacientes con todos. Ved que nadie devuelva a otro mal por malÂ» (I Tes V, 14 y 15). Asimismo en otro lugar: Â«Si un hombre fuera sorprendido en algÃºn delito, vosotros que sois espirituales, instruid al tal en espÃritu de mansedumbre, considerÃ¡ndote a ti mismo, no sea que tÃº tambiÃ©n seas tentadoÂ» (GÃ¡l VI, 1). Y en otra parte: Â«No se ponga el sol sobre vuestra iraÂ» (Ef IV, 26). Y en el Evangelio: Â«Si tu hermano pecare contra ti, corrÃgele entre ti y Ã©l soloÂ» (Mt XVIII, 15). Asimismo sobre los pecados en los cuales se evita la ofensa de muchos, dice el ApÃ³stol: Â«A los que pecan, reprÃ©ndelos delante de todos, para que tambiÃ©n los demÃ¡s tengan temorÂ» (I Tim V, 20). Por esto tambiÃ©n sobre el perdÃ³n que se ha de dar mutuamente, se prescriben muchas cosas y con gran cuidado, por mantener la paz, sin la cual nadie podrÃ¡ ver a Dios (Heb XII, 14): donde estÃ¡ aquel terror cuando se manda al siervo de los diez mil talentos devolver las deudas que le habÃan sido perdonadas, puesto que no perdonÃ³ la deuda de cien denarios a su consiervo. Propuesta la cual similitud, el SeÃ±or JesÃºs aÃ±adiÃ³ y dijo: Â«AsÃ tambiÃ©n harÃ¡ con vosotros vuestro Padre celestial, si no perdonareis

cada uno a su hermano de vuestros corazonesÂ» (Mt XVIII, 35). De este modo son sanados los ciudadanos de la ciudad de Dios que peregrinan en esta tierra y suspiran por la paz de la patria celestial. Mas el EspÃritu Santo obra intrÃnsecamente para que valga algo la medicina que se aplica extrÃnsecamente. De otro modo, aunque Dios mismo, usando una criatura a Ã‰l sujeta en alguna especie humana, hablara a los sentidos humanos, ya sean estos del cuerpo, o aquellos que tenemos muy semejantes a estos en sueÃ±os, y no rigiera ni moviera la mente por la gracia interior, nada aprovecha al hombre toda la predicaciÃ³n de la verdad. Mas hace esto Dios distinguiendo los vasos de misericordia de los vasos de ira, por una dispensaciÃ³n que Ã‰l mismo conoce como muy oculta, pero sin embargo justa. Ayudando Ã‰l mismo, ciertamente, de modos admirables y latentes, cuando el pecado que habita en nuestros miembros —que es mÃ¡s bien ya pena del pecado—, segÃºn manda el ApÃ³stol, no reina en nuestro cuerpo mortal para obedecer a sus deseos, ni le ofrecemos nuestros miembros como armas de iniquidad (Rom VI, 12, 13), se vuelve a la mente que no consiente para el mal consigo misma, rigiÃ©ndola Dios; y la tendrÃ¡ rigiÃ©ndola mÃ¡s tranquilamente ahora, despuÃ©s, percibida la perfecta salud e inmortalidad, el hombre sin ningÃºn pecado reinarÃ¡ en la paz eterna.

CAPÃTULO VII.---DE LA CAUSA Y PERTINACIA DEL CRIMEN DE CAÃN, A QUIEN NI SIQUIERA LA PALABRA DE DIOS APARTÃ³ DE LA MALDAD CONCEBIDA.

1. Pero esto mismo que hemos expuesto como pudimos, habiendo hablado Dios a CaÃn de aquel modo con el que hablaba con los primeros hombres a travÃ©s de una criatura sujeta, como si fuera su socio, en una forma congruente, Â¿quÃ© le aprovechÃ³? Â¿acaso no cumpliÃ³ la maldad concebida al matar a su hermano incluso despuÃ©s de la palabra de la divina amonestaciÃ³n? Pues cuando hubo discernido los sacrificios de ambos, mirando al de aquel y despreciando el de este —lo cual no ha de dudarse que pudo conocerse por algÃºn signo visible que lo atestiguara; y esto lo habÃa hecho Dios porque eran malas las obras de este, mas las de su hermano buenas—: se entristeciÃ³ CaÃn sobremanera, y decayÃ³ su rostro. Pues asÃ estÃ¡ escrito: Â«Y dijo el SeÃ±or a CaÃn: Â¿Por quÃ© te has entristecido, y por quÃ© ha decaÃdo tu rostro? Â¿Acaso si ofreces rectamente, mas no divides rectamente, no has pecado? SosiÃ©gate: pues hacia ti es su conversiÃ³n, y tÃº dominarÃ¡s sobre Ã©lÂ» (GÃ©n IV, 6, 7, segÃºn los LXX). En esta amonestaciÃ³n que Dios dirigiÃ³ a CaÃn, aquello ciertamente que se dijo: Â«Â¿Acaso si ofreces rectamente, mas no divides rectamente, no has pecado?Â», porque no brilla por quÃ© o de dÃ³nde fue dicho, su oscuridad engendrÃ³ muchos sentidos, cuando cada tratadista de las divinas Escrituras intenta exponerlo segÃºn la regla de la fe. Pues rectamente se ofrece el sacrificio cuando se ofrece al Dios verdadero, a quien solo por cierto se ha de sacrificar. Pero no se divide rectamente mientras no se disciernen rectamente o los lugares, o los tiempos, o

las cosas mismas que se ofrecen, o el que ofrece, y a quien se ofrece, o aquellos a quienes se distribuye para comer lo que fue ofrecido: de modo que entendamos aquÃ la divisiÃ³n como discreciÃ³n; ya sea cuando se ofrece donde no conviene, o lo que no allÃ, sino en otra parte conviene; ya sea cuando se ofrece cuando no conviene, o lo que no entonces, sino en otro momento conviene; ya sea cuando se ofrece aquello que en ningÃºn lugar y nunca debiÃ³ ofrecerse en absoluto; ya sea cuando el hombre se queda para sÃ cosas mÃ¡s electas del mismo gÃ©nero de cosas que las que ofrece a Dios; o ya sea cuando de aquella cosa que fue ofrecida se hace partÃcipe un profano, o cualquiera a quien no es lÃcito hacerse tal. En cuÃ¡l de estas cosas haya disgustado CaÃn a Dios, no puede hallarse fÃ¡cilmente. Pero puesto que Juan el ApÃ³stol, cuando hablaba de estos hermanos, dijo: Â«No como CaÃn, que era del maligno, y matÃ³ a su hermano: Â¿y por razÃ³n de quÃ© lo matÃ³? Porque sus obras fueron malignas, mas las de su hermano justasÂ» (I Jn III, 12): se da a entender que por eso Dios no mirÃ³ su don, porque por eso mismo dividÃa mal, dando a Dios algo suyo, mas a sÃ mismo se daba a sÃ mismo. Lo cual hacen todos los que no siguiendo la voluntad de Dios, sino la suya, esto es, viviendo con un corazÃ³n no recto sino perverso, ofrecen sin embargo un don a Dios, con el que piensan que Ã‰l es redimido, para que no les ayude a sanar sus depravadas concupiscencias, sino a cumplirlas. Y esto es propio de la ciudad terrena, dar culto a Dios o a los dioses, con cuya ayuda

reine en victorias y paz terrena, no por caridad de consultar, sino por deseo de dominar. Pues los buenos para esto usan el mundo, para gozar de Dios: mas los malos al contrario, para gozar del mundo quieren usar de Dios; aquellos que sin embargo ya creen que Ã‰l o existe, o cuida de las cosas humanas. Pues son mucho peores los que ni siquiera creen esto. Conocido por tanto por CaÃn que sobre el sacrificio de su hermano, y no sobre el suyo, habÃa mirado Dios, ciertamente mudado debiÃ³ imitar al hermano bueno, no ensoberbecido debiÃ³ emularle. Pero se entristeciÃ³ y decayÃ³ su rostro. Este pecado arguye mÃ¡ximamente Dios, la tristeza por la bondad del otro, y esto de un hermano. Esto ciertamente preguntÃ³ arguyÃ©ndole, diciendo: Â«Â¿Por quÃ© te has entristecido, y por quÃ© ha decaÃdo tu rostro? Â». Pues que envidiaba al hermano, Dios lo veÃa, y esto argÃ¼Ãa. Pues para los hombres, a los que estÃ¡ oculto el corazÃ³n de otro, podrÃa ser ambiguo y del todo incierto, si aquella tristeza doliÃ³ por su malicia, en la que habÃa aprendido que habÃa disgustado a Dios, o por la bondad del hermano, que plugo a Dios cuando mirÃ³ su sacrificio. Pero dando Dios la razÃ³n de por quÃ© no quiso recibir su oblaciÃ³n, para que Ã©l mismo mÃ¡s bien por mÃ©rito se disgustara a sÃ mismo, que a Ã©l el hermano sin mÃ©rito, siendo injusto al no dividir rectamente, esto es, al no vivir rectamente, e indigno de que se aprobara su oblaciÃ³n, cuÃ¡n mÃ¡s injusto era porque habÃa odiado al hermano justo gratuitamente, mostrÃ³.

2. Sin embargo, no dejÃ¡ndolo sin un mandato santo, justo y bueno, dijo: Â«SosiÃ©gate; pues hacia ti es su conversiÃ³n, y tÃº dominarÃ¡s sobre Ã©lÂ». Â¿Acaso del hermano? Lejos de ello. Â¿De quÃ©, pues, sino del pecado? Pues habÃa dicho: Â«Has pecadoÂ»; luego aÃ±adiÃ³: Â«SosiÃ©gate; pues hacia ti es su conversiÃ³n, y tÃº dominarÃ¡s sobre Ã©lÂ». Puede ciertamente entenderse asÃ, que la conversiÃ³n del pecado debe ser hacia el hombre mismo, para que sepa que no debe atribuir a ningÃºn otro sino a sÃ mismo lo que peca. Pues esta es la medicina de la saludable penitencia, y la peticiÃ³n de perdÃ³n no incongruente, para que donde dice: Â«Pues hacia ti es su conversiÃ³nÂ», no se sobreentienda Â«serÃ¡Â», sino Â«seaÂ»; a saber, como quien manda, no solo como quien predice. Pues entonces dominarÃ¡ cada uno al pecado, si no lo antepone a sÃ mismo defendiÃ©ndolo, sino que lo somete a sÃ mismo arrepintiÃ©ndose; de lo contrario, tambiÃ©n servirÃ¡ al que domina, si aplica patrocinio al que acontece. Pero para que se entienda el pecado como la concupiscencia carnal misma, de la cual dice el ApÃ³stol: Â«La carne codicia contra el espÃrituÂ» (GÃ¡lat. V, 17); en cuyos frutos de la carne conmemora tambiÃ©n la envidia, con la cual ciertamente CaÃn era estimulado e inflamado para la perdiciÃ³n de su hermano: bien se sobreentiende Â«serÃ¡Â», esto es, Â«pues hacia ti serÃ¡ su conversiÃ³n, y tÃº dominarÃ¡s sobre ellaÂ». Pues cuando se haya conmovido la parte carnal misma, a la que el ApÃ³stol llama pecado donde dice: Â«No soy yo

quien lo obra, sino el pecado que habita en mÃ-Â» (Rom. VII, 17); cuya parte del Ã¡nimo incluso los filÃ³sofos dicen que es viciosa, no la que deba arrastrar a la mente, sino sobre la cual la mente deba mandar, y refrenarla de las obras ilÃ-citas por la razÃ³n: cuando, por tanto, se haya conmovido para cometer algo errÃ³neamente, si se sosiega y se obedece al ApÃ³stol que dice: Â«Ni presentÃ©is vuestros miembros como armas de iniquidad al pecadoÂ» (Id. VI, 13); se convierte a la mente domada y vencida, para que la razÃ³n domine sobre la sujeta. Esto mandÃ³ Dios a este que se inflamaba con las teas de la envidia contra su hermano, y deseaba que aquel a quien debÃ-a haber imitado fuera quitado. Â«SosiÃ©gateÂ», dijo: contÃ©n las manos del crimen; no reine el pecado en tu cuerpo mortal para obedecer a sus deseos, ni presentes tus miembros como armas de iniquidad al pecado. Â«Pues hacia ti es su conversiÃ³nÂ»: mientras no es ayudado relajÃ¡ndolo, sino que es frenado sosiogÃ¡ndolo. Â«Y tÃº dominarÃ¡s sobre Ã©lÂ»: para que cuando no se le permite obrar exteriormente, se acostumbre, bajo la potestad de la mente que rige y es benÃ©vola, incluso a no moverse interiormente. Se dijo algo semejante en el mismo libro divino tambiÃ©n sobre la mujer, cuando, tras el pecado, interrogando y juzgando Dios, recibieron las sentencias de condenaciÃ³n, el diablo en la serpiente, y ella y su marido en sÃ mismos. Pues cuando le hubo dicho a ella: Â«Multiplicando multiplicarÃ© tus tristezas y tu gemido, y con tristezas parirÃ¡s hijosÂ»; luego aÃ±adiÃ³: Â«Y

hacia tu marido serÃ¡ tu conversiÃ³n, y Ã©l dominarÃ¡ sobre tiÂ» (GÃ©n. III, 16). Lo que se dijo a CaÃn sobre el pecado, o sobre la viciosa concupiscencia de la carne, se dice en este lugar sobre la mujer pecadora: donde se ha de entender que el marido debe ser semejante a la mente que rige la carne, para regir a la esposa. Por lo cual dice el ApÃ³stol: Â«El que ama a su mujer, a sÃ mismo se ama: pues nadie jamÃ¡s odiÃ³ a su propia carneÂ» (Efes. V, 28 y 29). Pues estas cosas se han de sanar como nuestras; no como ajenas, se han de condenar. Pero aquel precepto de Dios lo recibiÃ³ CaÃn como prevaricador. Pues prevaleciendo el vicio de la envidia, matÃ³ al hermano tras ponerle celadas. Tal era el fundador de la ciudad terrena. Pero cÃ³mo haya significado tambiÃ©n a los judÃos, por quienes Cristo fue muerto, pastor de las ovejas de los hombres, a quien Abel, pastor de las ovejas de los rebaÃ±os, prefiguraba, porque el asunto estÃ¡ en una alegorÃa profÃ©tica, dejo de decirlo ahora, y recuerdo que he dicho algunas cosas de esto contra Fausto el Maniqueo.

CAPÃ TULO VIII.---CUÃ¡L FUE LA RAZÃ³N DE QUE CAÃN, ENTRE LOS PRINCIPIOS DEL GÃ©NERO HUMANO, FUNDARA UNA CIUDAD.

1. Pero ahora me parece que se ha de defender la historia, para que no sea increÃble la Escritura, que dice que fue edificada por un solo hombre una ciudad en aquel tiempo en que no mÃ¡s de cuatro hombres, o mÃ¡s bien tres, despuÃ©s de que el hermano matÃ³ al hermano, parecen

haber estado en la tierra; esto es, el primer hombre padre de todos, y el mismo CaÃn, y su hijo Enoc, de cuyo nombre fue denominada la ciudad misma. Pero los que se mueven por esto, consideran poco que no fue necesario que el escritor de esta sagrada historia nombrara a todos los hombres que entonces pudieron existir; sino solo a aquellos que la razÃ³n de la obra emprendida postulaba. Pues el propÃ³sito de aquel escritor fue, a travÃ©s del cual el EspÃritu Santo hacÃa esto, llegar a travÃ©s de las sucesiones de ciertas generaciones propagadas de un solo hombre hasta Abraham, y luego de su simiente al pueblo de Dios: en el cual, distinto de las demÃ¡s naciones, se prefiguraran y prenunciaran todas las cosas que se preveÃan en el EspÃritu que habÃan de venir sobre la ciudad cuyo reino serÃ¡ eterno, y sobre su Rey y el mismo fundador, Cristo; de modo que ni se callara sobre la otra sociedad de hombres, que llamamos la ciudad terrena, cuanto fuera suficiente para su conmemoraciÃ³n, para que la ciudad de Dios resplandezca incluso por la comparaciÃ³n con su adversaria. Por tanto, cuando la divina Escritura, donde tambiÃ©n conmemora el nÃºmero de aÃ±os que aquellos hombres vivieron, concluye de tal modo que dice de aquel de quien hablaba: Â«Y engendrÃ³ hijos e hijas, y fueron todos los dÃas de aquelÂ», o de aquel otro, Â«que viviÃ³, tantos aÃ±os, y muriÃ³Â» (GÃ©n. V, 4, 5, y en otras partes): Â¿acaso porque no nombra a los mismos hijos e hijas, no debemos por eso entender que a travÃ©s de tantos aÃ±os en los que entonces vivÃan en esta primera edad

del mundo, pudieron nacer muchÃsimos hombres, con cuyos grupos pudieran fundarse incluso muchÃsimas ciudades? pero perteneciÃ³ a Dios, por cuya inspiraciÃ³n se escribieron estas cosas, disponer y distinguir primeramente estas dos sociedades por sus diversas generaciones: para que por separado las generaciones de los hombres, esto es, de los que viven segÃºn el hombre, y por separado las generaciones de los hijos de Dios, esto es, de los hombres que viven segÃºn Dios, se entretejieran hasta el diluvio, donde se narra la discreciÃ³n y concreciÃ³n de ambas sociedades: la discreciÃ³n ciertamente, porque se conmemoran por separado las generaciones de ambas, de la de un fratricida CaÃn, y de la del otro que se llamaba Set; pues habÃa nacido tambiÃ©n Ã©l de AdÃ¡n, en lugar de aquel a quien el hermano matÃ³. pero la concreciÃ³n, porque, declinando los buenos hacia lo peor, todos se habÃan vuelto tales que fueron borrados por el diluvio, excepto un solo justo, cuyo nombre era NoÃ©, y su esposa, y sus tres hijos, y otras tantas nueras, quienes, siendo ocho personas, merecieron escapar de aquella vasta destrucciÃ³n de todos los mortales a travÃ©s del arca.

2. Lo que, por tanto, estÃ¡ escrito: Â«Y conociÃ³ CaÃn a su mujer, y concibiendo pariÃ³ a Enoc; y estaba edificando una ciudad en nombre de su hijo EnocÂ»: no es ciertamente consecuencia que se crea que engendrÃ³ a este como primer hijo. Pues no ha de pensarse esto por el hecho de que se diga que conociÃ³ a su mujer, como si entonces se hubiera unido a ella primariamente

por el coito. Pues incluso sobre el mismo padre de todos, AdÃ¡n, no se dijo esto solo entonces cuando fue concebido CaÃn, a quien parece haber tenido como primogÃ©nito: sino que tambiÃ©n despuÃ©s la misma Escritura dice: Â«ConociÃ³ AdÃ¡n a su mujer Eva, y concibiÃ³, y pariÃ³ un hijo, y llamÃ³ su nombre SetÂ» (Id. IV, 17, 25). De donde se entiende que aquella Escritura suele hablar asÃ, aunque no siempre cuando en ella se lee que se realizaron concepciones de hombres, no sin embargo solo cuando primero se mezclan entre sÃ ambos sexos. Ni es aquello necesariamente un argumento, para que consideremos a Enoc primogÃ©nito para su padre, el que aquella ciudad fuera denominada con su nombre. Pues no es ajeno a la realidad que, por alguna causa, aunque tuviera otros, el padre lo amara mÃ¡s que a los demÃ¡s. Pues ni JudÃ¡ fue el primogÃ©nito, de quien se denominÃ³ Judea y los judÃos. Pero aunque este hijo le haya nacido primero al fundador de aquella ciudad, no por eso ha de pensarse que entonces fue impuesto su nombre a la ciudad fundada por el padre cuando naciÃ³; porque ni podÃa entonces ser constituida por uno solo una ciudad, que no es otra cosa que una multitud de hombres ligada por algÃºn vÃnculo de sociedad: sino que cuando la familia de aquel hombre creciÃ³ con tanta numerosidad que tenÃa ya la cantidad de un pueblo, entonces pudo ciertamente suceder que tanto la constituyera como impusiera el nombre de su primogÃ©nito a la ciudad constituida. Pues tan larga fue la vida de aquellos hombres, que de los allÃ conmemorados, cuyos

aÃ±os no estÃ¡n silenciados, el que menos viviÃ³ antes del diluvio llegÃ³ a los setecientos cincuenta y tres aÃ±os. Pues muchos pasaron incluso los novecientos aÃ±os, aunque nadie llegÃ³ a los mil. Â¿QuiÃ©n, por tanto, dudarÃa que a travÃ©s de la edad de un solo hombre pudo multiplicarse tanto el gÃ©nero humano que hubiera de dÃ³nde se constituyera no una, sino muchÃsimas ciudades? Lo cual puede conjeturarse fÃ¡cilmente de esto, porque de un solo Abraham, en no mucho mÃ¡s de cuatrocientos aÃ±os, se procreÃ³ una numerosidad tan grande de la naciÃ³n hebrea, que en la salida del mismo pueblo de Egipto se refiere que hubo seiscientos mil hombres de juventud bÃ©lica (Ã‰x. XII, 37), para que omitamos la naciÃ³n de los idumeos no perteneciente al pueblo de Israel, a la que engendrÃ³ su hermano EsaÃº, nieto de Abraham, y otras nacidas de la simiente del mismo Abraham, no procreadas a travÃ©s de Sara su esposa.

CAPÃ TULO IX.---SOBRE LA LARGA VIDA DE LOS HOMBRES QUE HUBO ANTES DEL DILUVIO, Y SOBRE LA MÃ¡S AMPLIA FORMA DE LOS CUERPOS HUMANOS.

Por lo cual ningÃºn prudente estimador de las cosas dudarÃa que CaÃn pudo fundar no solo alguna ciudad, sino incluso una grande, cuando se prolongaba por tan largo tiempo la vida de los mortales: a no ser que tal vez alguno de los infieles nos presente una cuestiÃ³n por esa misma numerosidad de aÃ±os en que estÃ¡ escrito en nuestros autores que vivieron entonces los hom-

bres; y niegue que esto deba creerse. AsÃ ciertamente no creen tampoco que las magnitudes de los cuerpos fueran mucho mÃ¡s amplias entonces de lo que son ahora. De donde tambiÃ©n su muy noble poeta Virgilio, sobre una ingente piedra que, fijada en el lÃmite de los campos, un varÃ³n fuerte de aquellos tiempos arrebatÃ³ mientras luchaba, y corriÃ³, y la retorciÃ³, y la enviÃ³, dice: Â«Apenas doce elegidos la sostendrÃan sobre el cuello, tales cuerpos de hombres como ahora produce la tierraÂ» (Eneida, lib. 12, v. 899-900); significando que la tierra solÃa entonces producir cuerpos mayores. Â¿CuÃ¡nto mÃ¡s, por tanto, en los tiempos mÃ¡s recientes del mundo, antes de aquel noble y difundido diluvio? Pero sobre la magnitud de los cuerpos, la mayor parte de las veces convencen a los incrÃ©dulos los sepulcros desnudados por la antigÃ¼edad o por la fuerza de los rÃos y varios azares, donde aparecieron, o de donde cayeron huesos de muertos de increÃble magnitud. Yo mismo vi, no solo, sino algunos conmigo, en el litoral uticense, un diente molar de un hombre tan ingente que, si se cortara en pedacitos segÃºn el mÃ³dulo de nuestros dientes, nos parecÃa que habrÃa podido hacer cien. Pero creerÃa que aquel fue de algÃºn gigante. Pues ademÃ¡s de que eran los cuerpos entonces mucho mayores que los nuestros, los gigantes aventajaban por mucho a los demÃ¡s. Como luego en otros y en nuestros tiempos, raros ciertamente, pero casi nunca faltaron los que excedieran por mucho la medida de los otros. Plinio el Segundo, hombre doctÃsimo, atestigua que cuanto mÃ¡s y mÃ¡s

pasa el transcurso del siglo, la naturaleza produce cuerpos menores. Lo cual tambiÃ©n conmemora que Homero a menudo lamentÃ³ en su canto, no burlÃ¡ndose de estas cosas como si fueran ficciones poÃ©ticas, sino asumiÃ©ndolas para la fe histÃ³rica como escritor de milagros naturales (Hist. natur. lib. 7, cap. 16). Pero, como dije, las magnitudes de los cuerpos de los antiguos las delatan la mayor parte de las veces los huesos hallados, puesto que son duraderos, incluso a siglos muy posteriores. Pero la numerosidad de los aÃ±os de cada hombre que hubo en aquellos tiempos, por ningunos documentos tales puede ahora venir a la experiencia. Ni sin embargo se ha de derogar por eso la fe a esta sagrada historia, cuyas cosas narradas no creemos tanto mÃ¡s impudentemente cuanto mÃ¡s ciertamente vemos cumplirse las prenunciadas. Dice sin embargo tambiÃ©n el mismo Plinio que hay todavÃa una naciÃ³n donde se vive doscientos aÃ±os. Si por tanto las dilaciones de las vidas humanas, que no hemos experimentado, se cree hoy que las tienen lugares para nosotros incÃ³gnitos, Â¿por quÃ© no se ha de creer que las tuvieron tambiÃ©n los tiempos? Â¿O es acaso creÃble que hay en alguna parte lo que no hay aquÃ, e increÃble que hubo alguna vez lo que no hay ahora?

CAPÃ TULO X.---SOBRE LA DIFERENCIA POR LA QUE LOS NÃºMEROS DE LOS AÃ±OS PARECEN DISONAR ENTRE LOS CÃ³DICES HEBREOS Y LOS NUESTROS.

Por lo cual, aunque entre los cÃ³dices hebreos y los nuestros parece haber alguna distancia sobre el nÃºmero mismo de los aÃ±os, lo cual ignoro por quÃ© razÃ³n se ha hecho: no es sin embargo tanta que disientan en que aquellos hombres fueron tan longevos. Pues el primer hombre, el mismo AdÃ¡n, antes de que engendrara al hijo que fue llamado Set, se halla en nuestros cÃ³dices que viviÃ³ doscientos treinta aÃ±os, mas en los hebreos se afirma que ciento treinta (GÃ©n. V, 3). Pero despuÃ©s de que lo engendrÃ³, se lee en los nuestros que viviÃ³ setecientos, mas en aquellos ochocientos (IbÃd., 4). Y asÃ en ambos concuerda la suma de la totalidad. Y luego por las siguientes generaciones, antes de que nazca el que se conmemora que ha nacido, el padre de este se halla entre los hebreos haber vivido cien aÃ±os menos: pero despuÃ©s de que este mismo naciÃ³, se hallan en los nuestros cien menos que en los hebreos. Y asÃ de aquÃ y de allÃ¡ la totalidad del nÃºmero consuena. Pero en la sexta generaciÃ³n en ninguna parte discrepan ambos cÃ³dices. Mas en la sÃ©ptima, donde aquel que naciÃ³ es Enoc, no muerto, sino que se narra que fue trasladado porque plugo a Dios, hay la misma disonancia que en las cinco superiores sobre los cien aÃ±os antes de que engendrara al hijo que allÃ se conmemora; y asÃ en la suma hay una consonancia semejante. Pues viviÃ³ trescientos sesenta y cinco aÃ±os antes de ser trasladado, segÃºn ambos cÃ³dices (IbÃd., 21-23). La octava generaciÃ³n tiene ciertamente alguna diversidad, pero menor, y distinta de las

demÃ¡s. Pues MatusalÃ©n, a quien engendrÃ³ Enoc, antes de engendrar al que sigue en el mismo orden, segÃºn los hebreos no viviÃ³ cien aÃ±os menos, sino veinte mÃ¡s: los cuales a su vez en los nuestros se hallan aÃ±adidos despuÃ©s de que lo engendrÃ³, y en ambos se encuentra la suma de todo el nÃºmero (IbÃd. 25-27). Solo en la novena generaciÃ³n, esto es, en los aÃ±os de Lamec hijo de MatusalÃ©n, mas padre de NoÃ©, la suma de la totalidad discrepa, pero no muchÃ-simo. Pues se halla que viviÃ³ veinticuatro aÃ±os mÃ¡s en los hebreos que en nuestros cÃ³dices. Pues antes de engendrar al hijo que fue llamado NoÃ©, tiene seis menos en los hebreos que en los nuestros: pero despuÃ©s que lo engendrÃ³, treinta mÃ¡s en los mismos que en los nuestros (IbÃd. 28-31). De donde, restados aquellos seis, quedan veinticuatro, como se ha dicho.

CAPÃ TULO XI.---SOBRE LOS AÃ±OS DE MATUSALÃ©N, CUYA EDAD PARECE EXCEDER EN CATORCE AÃ±OS AL DILUVIO.

Pero por esta discrepancia de los cÃ³dices hebreos y de los nuestros, surge aquella famosÃ-sima cuestiÃ³n, donde se computa que MatusalÃ©n viviÃ³ catorce aÃ±os despuÃ©s del diluvio, cuando la Escritura conmemora que de todos los que habÃan estado en la tierra entonces, solo ocho personas en el arca escaparon de la perdiciÃ³n del diluvio (I Pe. III, 20), entre los cuales no estuvo MatusalÃ©n. Pues segÃºn nuestros cÃ³dices MatusalÃ©n, antes de engendrar a aquel a quien llamÃ³ Lamec, viviÃ³ ciento

sesenta y siete aÃ±os; luego el mismo Lamec, antes de que de Ã©l naciera NoÃ©, viviÃ³ ciento ochenta y ocho aÃ±os, que juntos hacen trescientos cincuenta y cinco. A estos se aÃ±aden los seiscientos de NoÃ©, en cuyo aÃ±o de Ã©l se hizo el diluvio (GÃ©n. VII, 6): los cuales hacen novecientos cincuenta y cinco, desde que naciÃ³ MatusalÃ©n hasta el aÃ±o del diluvio. Mas todos los aÃ±os de la vida de MatusalÃ©n se computan novecientos sesenta y nueve: porque habiendo vivido ciento sesenta y siete aÃ±os, y habiendo engendrado al hijo que es llamado Lamec, despuÃ©s de engendrado este viviÃ³ ochocientos dos aÃ±os; todos los cuales, como dijimos, se hacen novecientos sesenta y nueve (GÃ©n. V, 25-27). De donde restados novecientos cincuenta y cinco desde el nacimiento de MatusalÃ©n hasta el diluvio, restan catorce, por los cuales se cree que viviÃ³ despuÃ©s del diluvio. Por lo cual algunos, aunque no en la tierra —donde consta que fue borrada toda carne a la que la naturaleza no permite vivir en las aguas—, piensan que estuvo algÃºn tiempo con su padre que habÃ-a sido trasladado, y que viviÃ³ allÃ hasta que pasara el diluvio; no queriendo derogar la fe a los cÃ³dices que la Iglesia recibiÃ³ en autoridad mÃ¡s cÃ©lebre, y creyendo que los judÃos mÃ¡s bien que estos no tienen lo que es verdadero. Pues no admiten que mÃ¡s bien pudiera haber aquÃ error de los intÃ©rpretes, que haber falsedad en aquella lengua de donde a la nuestra fue trasladada la Escritura misma a travÃ©s de la griega. Sino que dicen que no es creÃble que los Setenta

intÃ©rpretes, que interpretaron en un mismo tiempo y con un mismo sentido, pudieran errar, o que donde nada les iba en ello, quisieran mentir; mas que los judÃos, mientras nos envidian porque la Ley y los Profetas pasaron a nosotros por la interpretaciÃ³n, cambiaron algunas cosas en sus corazones, para que se disminuyera la autoridad a los nuestros. Reciba cada uno esta opiniÃ³n o sospecha como le parezca: es cierto sin embargo que no viviÃ³ MatusalÃ©n despuÃ©s del diluvio, sino que en el mismo aÃ±o muriÃ³, si es verdad lo que sobre el nÃºmero de los aÃ±os se halla en los cÃ³dices hebreos. Pero sobre aquellos Setenta intÃ©rpretes quÃ© me parezca, se ha de insertar mÃ¡s diligentemente en su lugar, cuando vengamos, ayudando el SeÃ±or, a conmemorar aquellos tiempos, cuanto la necesidad de esta obra postula. Pues para la presente cuestiÃ³n basta que segÃºn ambos cÃ³dices los hombres de aquella edad tuvieron vidas tan largas, que pudo por su edad uno solo —que de los dos padres que solos tenÃa entonces la tierra naciÃ³ el primero — multiplicarse el gÃ©nero humano para constituir incluso una ciudad.

CAPÃ TULO XII.---SOBRE LA OPINIÃ³N DE AQUELLOS QUE NO CREEN QUE LOS HOMBRES DE LOS PRIMEROS TIEMPOS FUERAN TAN LONGEVOS COMO SE ESCRIBE.

1. Pues de ningÃºn modo se ha de oÃr a los que piensan que los aÃ±os en aquellos tiempos se computaban de otro modo, esto es, de tanta brevedad que se crea que un aÃ±o nuestro tuvo

diez de aquellos. Por lo cual, dicen, cuando cualquiera oiga o lea que alguien viviÃ³ novecientos aÃ±os, debe entender noventa: pues aquellos diez aÃ±os son uno nuestro; y diez nuestros fueron cien de aquellos. Y por esto, segÃºn piensan, de veintitrÃ©s aÃ±os fue AdÃ¡n cuando engendrÃ³ a Set; y el mismo Set tenÃa veinte aÃ±os y seis meses cuando de Ã©l naciÃ³ EnÃ³s, a los cuales llama la Escritura doscientos cinco aÃ±os. Puesto que, como estos sospechan cuya opiniÃ³n exponemos, un aÃ±o tal como ahora tenemos lo dividÃan ellos en diez partes, y llamaban a esas mismas partes aÃ±os. De las cuales partes una tiene el cuadrado de seis, debido a que Dios perfeccionÃ³ sus obras en seis dÃas, para descansar en el sÃ©ptimo. Sobre cuya materia en el libro undÃ©cimo (Cap. 8), como pude, disputÃ©. Mas seis veces seis, cuyo nÃºmero hace el cuadrado de seis, se hacen treinta y seis dÃas: los cuales multiplicados diez veces, llegan a trescientos sesenta, esto es, doce meses lunares. Pues a causa de los cinco dÃas restantes, con los que se llena el aÃ±o solar, y del cuadrante de dÃa, por el cual tomado cuatro veces en aquel aÃ±o que llaman bisiesto se aÃ±ade un dÃa, se aÃ±adÃan por los antiguos despuÃ©s dÃas para que cuadrara el nÃºmero de los aÃ±os, cuyos dÃas los romanos llamaban intercalares. Por lo cual tambiÃ©n EnÃ³s, a quien engendrÃ³ Set, contaba diecinueve aÃ±os cuando de Ã©l naciÃ³ su hijo CainÃ¡n, cuyos aÃ±os dice la Escritura que son ciento noventa (GÃ©n. V, 9, segÃºn los LXX). Y en adelante por todas las generaciones, en las que se conmemoran los

aÃ±os de los hombres antes del diluvio, casi nadie se halla en nuestros cÃ³dices que, cuando fuera de cien aÃ±os o menos, o incluso de ciento veinte, o no mucho mÃ¡s, engendrara un hijo; sino que los que engendraron con la mÃnima edad, se refiere que fueron de ciento sesenta y lo que excede: porque ningÃºn hombre de diez aÃ±os, dicen, puede engendrar hijos, cuyo nÃºmero era llamado cien aÃ±os por aquellos hombres; sino que en los diecisÃ©is aÃ±os estÃ¡ la pubertad madura, y ya idÃ³nea para procrear prole, a los cuales aquellos tiempos llamaban ciento sesenta aÃ±os. Mas para que no sea increÃble que el aÃ±o fuera entonces computado de otro modo, aÃ±aden lo que se halla en muchÃsimos escritores de historia, que los egipcios tuvieron un aÃ±o de cuatro meses, los acarnanios de seis meses, los lavinios de trece meses. Plinio el Segundo, habiendo conmemorado que se habÃa referido en letras que alguien habÃa vivido ciento cincuenta y dos aÃ±os, otro diez mÃ¡s, otros que habÃan tenido una vida de doscientos aÃ±os, otros de trescientos, algunos que habÃan llegado a los quinientos, otros a los seiscientos, algunos incluso a los ochocientos, pensÃ³ que todas estas cosas habÃan sucedido por la ignorancia de los tiempos. Â«Unos por ciertoÂ», dice, Â«determinaban un aÃ±o por el verano, y otro por el invierno; otros por tiempos cuadripartitos, como los arcadios, cuyos aÃ±os fueron trimestralesÂ». AÃ±adiÃ³ tambiÃ©n que algunas veces los egipcios, cuyos pequeÃ±os aÃ±os de cuatro meses dijimos arriba, limitaron el aÃ±o por el fin de la

luna. Â«Y asÃ entre ellosÂ», dice, Â«se refiere que vivieron incluso miles de aÃ±os por separadoÂ».

2. Con estos como probables argumentos, algunos, no destruyendo la fe de esta sagrada historia, sino esforzÃ¡ndose en apuntalarla para que no sea increÃble que los antiguos se refiera que vivieron tantos aÃ±os, se persuadieron a sÃ mismos, y no piensan que persuaden imprudentemente, de que un espacio tan exiguo de tiempo era llamado entonces aÃ±o, que aquellos diez son uno nuestro, y diez nuestros cien de aquellos. Mas que esto es falsÃsimo se muestra por un documento evidentÃsimo. Antes de que lo haga, no me parece que deba callar cuÃ¡l podrÃa ser una sospecha mÃ¡s creÃble. PodrÃamos ciertamente refutar y convencer esta aseveraciÃ³n por los cÃ³dices hebreos, donde AdÃ¡n se halla haber sido no de doscientos treinta, sino de ciento treinta aÃ±os, cuando engendrÃ³ al tercer hijo (GÃ©n. V, 3): cuyos aÃ±os si son trece nuestros, sin duda alguna engendrÃ³ al primero cuando fue de once o no mucho mÃ¡s aÃ±os. Â¿QuiÃ©n puede engendrar en esta edad por esa ley de la naturaleza usual y para nosotros conocidÃsima? Pero omitamos a este, que tal vez tambiÃ©n cuando fue creado, pudo. Pues no es creÃble que fuera hecho tan pequeÃ±o como son nuestros infantes. Pero su hijo no fue de doscientos cinco, como nosotros leemos, sino que fue de ciento cinco cuando engendrÃ³ a EnÃ³s (IbÃd., 6): y por esto, segÃºn aquellos, aÃºn no tenÃa once aÃ±os de edad. Â¿QuÃ© dirÃ© de CainÃ¡n su hijo, quien, aunque entre nosotros se halle que fue de

ciento setenta, entre los hebreos se lee que fue de setenta cuando engendrÃ³ a Malaleel (IbÃd., 12)? Â¿QuÃ© hombre engendra siendo septenne, si entonces se llamaban setenta aÃ±os a los que fueron siete?

CAPÃ TULO XIII.---SI EN LA DINUMERACIÃ³N DE LOS AÃ±OS SE HA DE SEGUIR MÃ¡S LA AUTORIDAD DE LOS HEBREOS QUE LA DE LOS SETENTA INTÃ©RPRETES.

1. Pero cuando haya dicho esto, de continuo se referirÃ¡ aquello de que es mentira de los judÃos; sobre lo cual arriba se ha tratado suficientemente: pues que los Setenta intÃ©rpretes, varones laudablemente celebrados, no pudieron mentir. Donde si yo preguntara quÃ© es mÃ¡s creÃble: que la naciÃ³n de los judÃos, tan a lo largo y a lo ancho difundida, pudo conspirar en un solo consejo para escribir esta mentira, y mientras envidian la autoridad a otros, se quitaron a sÃ mismos la verdad; o que setenta hombres, que tambiÃ©n ellos mismos eran judÃos, puestos en un solo lugar, puesto que el rey de Egipto Tolomeo los habÃa convocado para esta obra, envidiaron la verdad misma a las naciones extranjeras, e hicieron esto con un consejo comunicado: Â¿quiÃ©n no ve quÃ© es mÃ¡s proclive y fÃ¡cil de creer? Pero lejos estÃ© que algÃºn prudente crea, o que los judÃos de cualquier perversidad y malicia pudieron tanto en cÃ³dices tan muchos y tan a lo largo y a lo ancho dispersos; o que aquellos setenta varones memorables comunicaron un solo consejo sobre envidiar la

verdad a las naciones. MÃ¡s creÃblemente, por tanto, dirÃa alguien que, cuando primero empezaron a describirse estas cosas de la biblioteca de Tolomeo, entonces pudo hacerse algo tal en un solo cÃ³dice, a saber, primariamente descrito de allÃ, de donde ya emanara mÃ¡s ampliamente, donde pudo ciertamente acontecer tambiÃ©n el error del escritor. Pero esto no es absurdo sospecharlo en aquella cuestiÃ³n sobre la vida de MatusalÃ©n; y en aquel otro caso donde, sobrando veinticuatro aÃ±os, la suma no conviene. Mas en estos casos en los que se continÃºa la semejanza de la mentira misma, de tal modo que antes de engendrado el hijo, que se inserta en el orden, en una parte sobran cien aÃ±os, en otra faltan; mas despuÃ©s de engendrado el hijo, donde faltaban, sobran; donde sobraban, faltan, para que la suma convenga; y esto se halla en la primera, segunda, tercera, cuarta, quinta, sÃ©ptima generaciÃ³n: parece tener una cierta, si puede decirse, constancia el error mismo; ni huele a azar, sino a industria.

2. Por tanto, aquella diversidad de nÃºmeros que se presentan de otro modo en los cÃ³dices griegos y latinos, y de otro modo en los hebreos, donde no hay esa paridad continuada sobre los cien aÃ±os aÃ±adidos antes y despuÃ©s restados a travÃ©s de tantas generaciones, no se atribuya ni a la malicia de los judÃos, ni a la diligencia o prudencia de los Setenta intÃ©rpretes, sino al error del escritor que recibiÃ³ primero el cÃ³dice para ser descrito de la biblioteca del sobredicho rey. Pues incluso ahora, donde los nÃºmeros no

dirigen el intento hacia algo que fÃ¡cilmente pueda entenderse, o que aparezca que Ãºtilmente se ha de aprender, tanto se describen negligentemente como se enmiendan mÃ¡s negligentemente. Â¿QuiÃ©n pues estimarÃ¡ que debe aprender cuÃ¡ntos miles de hombres pudieron tener las tribus de Israel individualmente? puesto que no se piensa que aproveche en algo: Â¿y cuÃ¡ntos hombres hay para quienes aparezca la profundidad de esta utilidad? Mas aquÃ donde a travÃ©s de tantas generaciones entretejidas cien aÃ±os en una parte estÃ¡n presentes, en otra ausentes; y despuÃ©s de nacido el hijo que habÃa de ser conmemorado, faltan donde estuvieron presentes, y estÃ¡n presentes donde faltaron, para que la suma concuerde: sin duda pues que quiso persuadir, el que hizo esto, de que por eso vivieron los antiguos numerosÃsimos aÃ±os porque los llamaban brevisÃmos; e intentara mostrar esto sobre la madurez de la pubertad, por la cual idÃ³neamente se engendraran hijos; y por eso pensara que en aquellos cien aÃ±os se debÃan insinuar a los incrÃ©dulos diez nuestros, para que no quisieran dejar de recibir en la fe que los hombres vivieran tanto tiempo; aÃ±adiÃ³ cien donde no hallÃ³ edad hÃ¡bil para engendrar hijos; y los mismos los restÃ³, tras engendrados los hijos, para que congruyera la suma. Pues asÃ quiso hacer creÃbles las conveniencias de las edades idÃ³neas para generar prole, de modo que sin embargo no defraudara en el nÃºmero las edades totales de cada uno de los vivientes. Mas el que en la sexta generaciÃ³n no hiciera esto,

es esto mismo lo que mÃ¡s mueve, que lo hizo por eso, cuando la cosa que decimos lo postulÃ³, porque no lo hizo donde no lo postulÃ³. Pues hallÃ³ en la misma generaciÃ³n entre los hebreos haber vivido Jaret, antes de engendrar a Enoc, ciento sesenta y dos aÃ±os (GÃ©n. V, 18), los cuales segÃºn aquella razÃ³n de los aÃ±os breves se hacen diecisÃ©is aÃ±os y algo menos que dos meses; cuya edad ya es apta para engendrar: y por eso aÃ±adir cien aÃ±os breves, para que se hicieran veintisÃ©is nuestros, no fue necesario; ni restarlos tras nacido Enoc, los cuales no habÃa aÃ±adido antes de nacer. AsÃ se hizo que aquÃ no hubiera ninguna variedad entre ambos cÃ³dices.

3. Pero de nuevo mueve el porquÃ© en la octava generaciÃ³n, antes de que de MatusalÃ©n naciera Lamec, cuando entre los hebreos se leen ciento ochenta y dos aÃ±os, se hallan veinte menos en nuestros cÃ³dices, donde mÃ¡s bien suelen aÃ±adirse cien; y tras engendrado Lamec se restituyen para completar la suma, que en ambos cÃ³dices no discrepa. Si pues ciento setenta aÃ±os por la madurez de la pubertad querÃa que se entendieran diecisiete, asÃ como nada debÃa aÃ±adir, asÃ nada debÃa ya restar: porque habÃa hallado edad idÃ³nea para la generaciÃ³n de hijos, por la cual en otros aÃ±adÃa aquellos cien aÃ±os donde no la hallaba. Mas esto sobre los veinte aÃ±os con mÃ©rito pensarÃamos que pudo acontecer por azar de la mentira, si no se hubiera cuidado de restituirlos despuÃ©s segÃºn los habÃa restado antes, para que concordara la integridad de la suma. Â¿O tal vez se ha de esti-

mar hecho mÃ¡s astutamente, para que aquella industria por la que suelen aÃ±adirse primero cien aÃ±os y despuÃ©s restarse, se ocultara, cuando tambiÃ©n allÃ donde no habÃa sido necesario, no ciertamente sobre cien aÃ±os, mas sin embargo sobre cualquier nÃºmero pequeÃ±o primero restado y despuÃ©s restituido, se hiciera algo tal? Pero comoquiera que se reciba eso, ya se crea que se hizo asÃ, ya no se crea; ya finalmente sea asÃ, o no sea asÃ: de ningÃºn modo dudarÃa que se hace rectamente que, cuando se halla algo diverso en ambos cÃ³dices, puesto que para la fe de las cosas hechas ambos no pueden ser verdaderos, se crea mÃ¡s bien a aquella lengua de donde se hizo por los intÃ©rpretes la traducciÃ³n a otra. Pues en ciertos tambiÃ©n tres cÃ³dices griegos, y uno latino, y tambiÃ©n uno sirio concordando entre sÃ, se hallÃ³ que MatusalÃ©n habÃa fallecido seis aÃ±os antes del diluvio.

CAPÃ TULO XIV.---SOBRE LA PARIDAD DE LOS AÃ±OS, QUE CORRIERON EN LOS MISMOS ESPACIOS QUE AHORA TAMBIÃ©N EN LOS SIGLOS ANTERIORES.

1. Veamos ya ahora de quÃ© modo puede mostrarse evidentemente que no aÃ±os tan breves, como si diez de aquellos fueran uno nuestro, sino aÃ±os de tanta prolijidad como los que ahora tenemos (los cuales por cierto completa el circuito del sol), fueron computados en la vida larguÃsima de aquellos hombres. Pues en el aÃ±o seiscientos de la vida de NoÃ© estÃ¡ escrito que se hizo el diluvio. Â¿Por quÃ© pues se lee allÃ: Y el

agua del diluvio se hizo sobre la tierra en el aÃ±o seiscientos en la vida de NoÃ©, del segundo mes, el veintisiete del mes (GÃ©n. VII, 10, 11 seg. LXX); si aquel aÃ±o mÃnimo, cuales diez hacen uno nuestro, tenÃa treinta y seis dÃas? Pues un aÃ±o tan pequeÃ±o, si recibiÃ³ este nombre segÃºn la costumbre antigua, o no tiene meses, o su mes es de tres dÃas, para que tenga doce meses. Â¿CÃ³mo pues se dijo aquÃ: En el aÃ±o seiscientos, del segundo mes, el dÃa veintisiete del mes; sino porque tales cuales son ahora, tambiÃ©n entonces eran los meses? Â¿Pues de quÃ© modo de otra manera se dirÃa que el diluvio comenzÃ³ el dÃa veintisiete del segundo mes? DespuÃ©s, mÃ¡s tarde, al fin del diluvio se lee asÃ: Y se asentÃ³ el arca en el mes sÃ©ptimo, el dÃa veintisiete del mes, sobre los montes de Ararat. Mas el agua disminuÃa hasta el undÃ©cimo mes: mas en el undÃ©cimo mes, el primer dÃa del mes, aparecieron las cimas de los montes (Id. VIII, 4, 5). Si pues tales eran los meses, tales por cierto eran tambiÃ©n los aÃ±os, cuales ahora tenemos. Pues aquellos meses triduanos no podÃan tener veintisiete dÃas. O si la trigÃ©sima parte de tres dÃas se llamaba entonces dÃa, para que todas las cosas se disminuyan en proporciÃ³n; por tanto ni en todo un cuatriduo nuestro se hizo aquel tan gran diluvio, que se memora hecho en cuarenta dÃas y noches. Â¿QuiÃ©n tolerarÃa esta absurdidad y vanidad? Por tanto, remuÃ©vase este error que por una conjetura falsa asÃ quiere apuntalar la fe de nuestras Escrituras que por otro lado la destruye. Ciertamente tambiÃ©n entonces el

dÃa fue tan grande cuanto es ahora, el cual determinan veinticuatro horas en su curso diurno y nocturno: el mes tan grande cuanto es ahora, el cual concluye la luna empezada y terminada: el aÃ±o tan grande cuanto es ahora, el cual consuman doce meses lunares, aÃ±adidos por el curso solar cinco dÃas y un cuadrante: de cuyos aÃ±os el segundo era el mes y el dÃa vigÃ©simo sÃ©ptimo de ese mes del seiscientos de la vida de NoÃ©, cuando empezÃ³ a ser el diluvio; en el cual se memoran cuarenta dÃas continuados de ingentes lluvias (GÃ©n. VII, 12), cuyos dÃas no tenÃan dos y poco mÃ¡s horas, sino veinticuatro transcurridas dÃa y noche. Y por esto aÃ±os tan grandes vivieron aquellos antiguos hasta mÃ¡s de novecientos, cuantos despuÃ©s viviÃ³ Abraham ciento setenta y cinco (Id. XXV, 7), y tras Ã©l su hijo Isaac ciento ochenta (Id. XXXV, 28), e hijo suyo Jacob cerca de ciento cincuenta (Id. XXVII, 28), y cuantos interpuesta alguna edad MoisÃ©s ciento veinte (Deut. XXXIV, 7), y cuantos tambiÃ©n ahora viven los hombres setenta u ochenta, o no mucho mÃ¡s, de los cuales se dijo: Y lo mÃ¡s de ellos es trabajo y dolor (Sal. LXXXIX, 10).

2. Mas aquella variedad de nÃºmeros, que se halla entre los cÃ³dices hebreos y los nuestros, ni disiente sobre esta longevidad de los antiguos, y si tiene algo tan diverso que no pueda ser verdadero lo uno y lo otro, la fe de las cosas hechas se ha de repetir de aquella lengua de la cual se interpretÃ³ lo que tenemos. Cuya facultad aunque estÃ© presta para los que quieran en todas

partes entre las gentes; no carece sin embargo de peso el que nadie se haya atrevido a enmendar por los cÃ³dices hebreos a los Setenta intÃ©rpretes en las muchÃsimas cosas que parecen decir diversamente. Pues no se ha pensado que aquella diversidad sea una mentira; ni yo estimo que de ningÃºn modo se deba pensar asÃ. Mas donde no es error del escritor, se ha de creer que ellos por algÃºn EspÃritu divino, donde el sentido fuera consonante con la verdad y predicara la verdad, quisieron decir de otra manera no al modo de los que interpretan, sino con la libertad de los que profetizan. De donde con mÃ©rito se halla que la autoridad apostÃ³lica usa no solo de los hebreos, sino tambiÃ©n de ellos mismos, cuando aduce testimonios de las Escrituras. Mas sobre esto en lugar mÃ¡s oportuno, si Dios ayudare, prometÃ hablar mÃ¡s diligentemente: ahora despacharÃ© lo que insta. Pues no ha de dudarse por el hombre que, por el hombre que naciÃ³ el primero del primer hombre, cuando vivÃan tanto tiempo, pudo ser constituida una ciudad, ciertamente terrena, no aquella que se llama ciudad de Dios: sobre la cual, para que escribiÃ©ramos, tomamos en las manos el trabajo de esta tan gran obra.

CAPÃ TULO XV.---SI ES CREÃBLE QUE LOS HOMBRES DEL PRIMER SIGLO SE CONTUVIERON DEL COITO HASTA AQUELLA EDAD EN LA QUE SE REFIERE QUE ENGENDRARON HIJOS.

A este siguiÃ³ Abel, a quien el hermano mayor matÃ³, quien mostrÃ³ el primero, con una cierta

prefiguraciÃ³n de la ciudad de Dios que peregrina, que habÃa de padecer injustas persecuciones de parte de los impÃos y en cierto modo terrÃgenas, esto es, los que aman el origen terreno y gozan de la felicidad terrena de la ciudad terrena.

1. DirÃ¡ pues alguien: Â¿AsÃ se ha de creer que un hombre que ha de engendrar hijos, y no teniendo propÃ³sito de continencia, haya vacado de la obra de yacer por ciento y mÃ¡s aÃ±os, o segÃºn los hebreos no mucho menos, esto es, ochenta, setenta, sesenta aÃ±os; o si no vacaba, no hubiera podido engendrar prole alguna? Esta cuestiÃ³n se resuelve de dos modos. O bien tanto mÃ¡s tardÃa fue en proporciÃ³n la pubertad, cuanto mayor era la cantidad de aÃ±os de toda la vida: o, lo que veo mÃ¡s creÃble, no se conmemoran aquÃ los hijos primogÃ©nitos, sino los que el orden de la sucesiÃ³n pedÃa, para que se llegara hasta NoÃ©, desde el cual de nuevo vemos que se llegÃ³ hasta Abraham; y despuÃ©s hasta un cierto artÃculo de tiempo, cuanto convenÃa que se señalara tambiÃ©n con las generaciones conmemoradas el curso de la gloriosÃsima ciudad que peregrina en este mundo y busca la patria celestial. Pues lo que no se puede negar, CaÃn naciÃ³ el primero de todos por la conjunciÃ³n de varÃ³n y hembra. Ni habiendo nacido aquel habrÃa dicho AdÃ¡n lo que se lee que dijo: Acquisi hominem per Deum; si a aquellos dos no se hubiera aÃ±adido Ã©l mismo naciendo como primer hombre. Mas de cuÃ¡ntos aÃ±os era AdÃ¡n cuando los engendrÃ³, no aparece. Desde entonces se disponen unas generaciones de CaÃn, otras de aquel que engen-

drÃ³ AdÃ¡n en su sucesiÃ³n, al que el hermano matÃ³, y llamÃ³ su nombre Set, diciendo segÃºn estÃ¡ escrito: Suscitavit enim mihi Deus semen aliud pro Abel, quem occidit Cain (GÃ©n. IV, 1, 25). AsÃ pues, como estas dos series de generaciones, una de Set y otra de CaÃn, insinÃºen estas dos ciudades de que tratamos en Ã³rdenes distintos, una celestial que peregrina en la tierra, la otra terrena que anhela o se adhiere a las cosas terrenas como si fueran los Ãºnicos goces; ninguno de la progenie de CaÃn, aunque se haya numerado con AdÃ¡n connumerado hasta la octava generaciÃ³n, fue expresado de cuÃ¡ntos aÃ±os era cuando engendrÃ³ al que se conmemora despuÃ©s de Ã©l. Pues no quiso el EspÃritu de Dios seÃ±alar los tiempos en las generaciones de la ciudad terrena antes del diluvio, sino que prefiriÃ³ en las de la celestial, como si fueran mÃ¡s dignas de memoria. Por lo demÃ¡s, cuando naciÃ³ Set, no ciertamente se callan los aÃ±os de su padre, mas ya habÃa engendrado a otros: Â¿y si solo a CaÃn y Abel, quiÃ©n se atreverÃa a afirmar? Pues no porque solo ellos fueron nominados por razÃ³n de los Ã³rdenes de las generaciones que convenÃa que se conmemoraran, por eso debe parecer consecuente que solo ellos fueran entonces engendrados de AdÃ¡n. Pues como, cubiertos con el silencio los nombres de todos los demÃ¡s, se lee que engendrÃ³ hijos e hijas, Â¿quiÃ©n presumirÃ¡ aseverar cuÃ¡ntas fue aquella prole suya, si evita la culpa de la temeridad? Pues pudo AdÃ¡n, divinamente amonestado, decir despuÃ©s de nacer Set: Suscitavit enim mihi Deus semen aliud

pro Abel; porque tal habÃa de ser el que llenara la santidad de aquel, no porque Ã©l mismo naciera el primero despuÃ©s de Ã©l por el orden del tiempo. DespuÃ©s, lo que estÃ¡ escrito: Vixit autem Seth quinque et ducentos annos, o segÃºn los hebreos, quinque et centum annos, et genuit Enos: Â¿quiÃ©n podrÃa, sino un inconsiderado, aseverar que este fue su primogÃ©nito? De modo que, admirados con mÃ©rito, busquemos cÃ³mo por tantos aÃ±os estuvo inmune de matrimonio sin ningÃºn propÃ³sito de continencia, o no engendrÃ³ estando casado; puesto que tambiÃ©n de Ã©l se lee: Et genuit filios et filias, et fuerunt omnes dies Seth duodecim et nongenti anni, et mortuus est (GÃ©n. V, 4-8). Y asÃ sucesivamente aquellos cuyos aÃ±os se conmemoran, ni se calla que engendraron hijos e hijas. Y por esto no aparece en absoluto si el que se nombra engendrado, fue Ã©l mismo el primogÃ©nito: mÃ¡s bien, puesto que no es creÃble que aquellos padres en edad tan larga o fueran impÃºberes o carecieran de cÃ³nyuges o hijos; ni es creÃble que aquellos hijos suyos fueran los primeros nacidos de ellos. Mas como el escritor de la sagrada historia pretendiera llegar al origen y vida de NoÃ©, en cuyo tiempo se hizo el diluvio, por las sucesiones de las generaciones con los tiempos seÃ±alados, conmemorÃ³ ciertamente aquellas, no que fueran las primeras para sus padres, sino que entraran en el orden de la propagaciÃ³n.

2. Por vÃa de ejemplo, para que esto se haga mÃ¡s patente, interpondrÃ© algo de lo cual nadie dude que pudo hacerse lo que digo. El evangelista

Mateo, queriendo encomendar a la memoria la generaciÃ³n de la carne del SeÃ±or por la serie de los padres, comenzando desde el padre Abraham e intentando llegar primeramente a David, dice: Abraham engendrÃ³ a Isaac: Â¿por quÃ© no dijo a Ismael, a quien engendrÃ³ primero? Isaac pues, dice, engendrÃ³ a Jacob: Â¿por quÃ© no dijo a EsaÃº, que fue su primogÃ©nito? Porque a la verdad por aquellos no podrÃa llegar a David. DespuÃ©s sigue: Jacob pues engendrÃ³ a JudÃ¡ y a sus hermanos: Â¿acaso fue JudÃ¡ el primogÃ©nito? JudÃ¡, dice, engendrÃ³ a Fares y a Zara (Mat. I, 2, 3): ni alguno de estos gemelos fue primogÃ©nito de JudÃ¡, sino que antes de aquellos ya habÃa engendrado a tres. A aquellos pues mantuvo en el orden de las generaciones, por los cuales llegara a David, y de ahÃ a donde habÃa intentado. Por lo cual puede entenderse que tambiÃ©n los hombres antiguos antes del diluvio no fueron los primogÃ©nitos, sino que fueron conmemorados aquellos por los cuales el orden de las generaciones sucesivas se condujera hasta el patriarca NoÃ©, para que no nos fatigue la oscura y no necesaria cuestiÃ³n de la tardÃa pubertad de aquellos.

CAPÃ TULO XVI.---SOBRE EL DERECHO DE LOS MATRIMONIOS, QUE TUVIERON LOS PRIMEROS ENLACES DESEMEJANTE A LOS MATRIMONIOS SUBSIGUIENTES.

1. Como por tanto el gÃ©nero humano, tras la primera cÃ³pula del varÃ³n hecho del polvo y de su cÃ³nyuge del costado del varÃ³n, tuviera

necesidad de la conjunciÃ³n de machos y hembras para que se multiplicara engendrando; ni hubiera hombres algunos sino los que hubieran nacido de aquellos dos; los varones recibieron a sus propias hermanas como cÃ³nyuges: lo cual por cierto cuanto es mÃ¡s antiguo compeliendo la necesidad, tanto despuÃ©s se hizo mÃ¡s condenable prohibiÃ©ndolo la religiÃ³n. Pues se tuvo una razÃ³n rectÃsima de la caridad, para que los hombres para quienes fuera Ãºtil y honesta la concordia, se anudaran por los vÃnculos de diversas necesidades; ni uno solo tuviera muchas en uno solo, sino que cada una se esparciera en cada uno; y asÃ, para ligar mÃ¡s diligentemente la vida social, muchÃsimos obtuvieran a muchÃsimos. Pues padre y suegro son nombres de dos necesidades. Para que pues cada uno tenga a uno por padre y a otro por suegro, la caridad se extiende mÃ¡s numerosamente. Mas un solo AdÃ¡n se veÃa compelido a ser ambas cosas tanto para sus hijos como para sus hijas, cuando los hermanos y las hermanas se unÃan en matrimonio. AsÃ tambiÃ©n Eva, su mujer, fue para ambos sexos de los hijos tanto suegra como madre: las cuales si hubieran sido dos mujeres, una la madre y otra la suegra, la dilecciÃ³n social se ligarÃa mÃ¡s copiosamente. Finalmente, la misma hermana, porque tambiÃ©n se hacÃa esposa, tenÃa una sola dos necesidades: las cuales distribuidas por cada una, para que una fuera la hermana y otra la esposa, se aumentarÃa por el nÃºmero de los hombres la propincuidad social. Mas no habÃa de donde se hiciera esto entonces, cuando sino

hermanos y hermanas de aquellos dos primeros no habÃa hombres algunos. DebiÃ³ pues hacerse cuando se pudo, que existiendo abundancia se trajeran de ahÃ las esposas que ya no eran hermanas; y no solo no hubiera necesidad alguna de que se hiciera aquello, sino que incluso si se hiciera, fuera un nefando. Pues si tambiÃ©n los nietos de los primeros hombres, que ya podÃan recibir a las primas como cÃ³nyuges, se unieran en matrimonio a las hermanas; ya no dos, sino tres necesidades se harÃan en un solo hombre, las cuales por razÃ³n de anudar una propincuidad mÃ¡s numerosa de la caridad, debieron diseminarse cada una por cada uno. SerÃa pues un solo hombre para sus hijos, a saber, para el hermano y la hermana cÃ³nyuges, tanto padre como suegro y tÃo: asÃ tambiÃ©n su mujer para los mismos hijos comunes tanto madre como tÃa y suegra: y los mismos hijos de ellos entre sÃ, no solo serÃan hermanos y cÃ³nyuges, sino tambiÃ©n primos; porque tambiÃ©n hijos de hermanos. Mas todas estas necesidades, que conectaban a tres hombres con un solo hombre, conectarÃan a nueve si fueran cada una en cada uno, de modo que un hombre tuviera a una por hermana, a otra por esposa, a otra por prima, a uno por padre, a otro por tÃo, a otro por suegro, a una por madre, a otra por tÃa, a otra por suegra: y asÃ el vÃnculo social se difundirÃa no coartado en la escasez, sino mÃ¡s amplia y numerosamente por propincuidades frecuentes.

2. Lo cual vemos que se observa incluso entre los impÃos cultores de dioses muchos y falsos,

al crecer y multiplicarse el gÃ©nero humano, de modo que aunque por leyes perversas se permitan los matrimonios fraternos, la mejor costumbre prefiera sin embargo horrorizarse de esa misma licencia; y habiendo sido del todo lÃcito recibir a las hermanas en matrimonio en los primeros tiempos del gÃ©nero humano, asÃ se abomine como si nunca hubiera podido ser lÃcito. Pues para atraer o para ofender el sentido humano vale mucho la costumbre. La cual, como en esta causa coercite la inmoderaciÃ³n de la concupiscencia, se juzga con mÃ©rito ser nefario que ella sea quebrantada y corrompida. Pues si es inicuo, por la avidez de poseer, trasgredir el lÃmite de los campos, Â¿cuÃ¡nto mÃ¡s inicuo es, por la libido de yacer, subvertir el lÃmite de las costumbres? Mas hemos experimentado incluso en nuestros tiempos en los matrimonios de las primas, por razÃ³n del grado de propincuidad prÃ³ximo al grado fraterno, cuÃ¡n raramente se hacÃa por las costumbres lo que por las leyes era lÃcito hacer; porque ni la ley divina lo prohibiÃ³, ni habÃa prohibido aÃºn la ley humana. No obstante, el hecho incluso lÃcito era horrorizado por la vecindad de lo ilÃcito; y lo que se hacÃa con la prima, casi parecÃa hacerse con la hermana: porque tambiÃ©n ellos mismos entre sÃ, por razÃ³n de tan prÃ³xima consanguinidad, son llamados hermanos, y son casi hermanos carnales. Mas fue para los antiguos padres de religioso cuidado que, para que esa propincuidad, separÃ¡ndose poco a poco por los Ã³rdenes de las propagaciones, no se fuera mÃ¡s lejos y dejara de

ser propincuidad, volverla a ligar por el vÃnculo del matrimonio cuando aÃºn no estaba puesta lejos, y en cierto modo revocarla cuando huÃa. De donde ya con el orbe de las tierras lleno de hombres, amaban traer esposas de su propio linaje, no ciertamente hermanas nacidas de padre o madre, o de ambos padres suyos. Mas Â¿quiÃ©n dudarÃ¡ que mÃ¡s honestamente han sido prohibidos en este tiempo tambiÃ©n los matrimonios de los primos? No solo segÃºn aquellas cosas que hemos disputado, por razÃ³n de multiplicar las afinidades, para que una sola persona no tenga dos necesidades cuando dos pueden tenerlas y aumentarse el nÃºmero de la propincuidad; sino tambiÃ©n porque no sÃ© cÃ³mo hay en la vergÃ¼enza humana algo natural y laudable, para que de aquella a quien debe por la causa de la propincuidad un honor reverendo, contenga de ella, aunque sea generatriz, sin embargo la libido, de la cual vemos avergonzarse incluso a la misma pudicicia conyugal.

3. La copulaciÃ³n pues de macho y hembra, en cuanto pertenece al gÃ©nero de los mortales, es un cierto seminario de la ciudad: mas la ciudad terrena tiene necesidad solamente de la generaciÃ³n, mas la celestial tambiÃ©n de la regeneraciÃ³n, para que evada el daÃ±o de la generaciÃ³n. Mas si hubo alguno, o si lo hubo, cuÃ¡l fue el signo corporal y visible de la regeneraciÃ³n antes del diluvio, asÃ como la circuncisiÃ³n de Abraham fue despuÃ©s mandada (GÃ©n. XVII, 10, 11), la sagrada historia calla. No calla sin embargo que sacrificaron a Dios tambiÃ©n aquellos hombres

antiquÃsimos: lo cual tambiÃ©n quedÃ³ claro en los dos primeros hermanos; y NoÃ© tras el diluvio, cuando hubo salido del arca, se lee que inmolÃ³ vÃctimas a Dios (Id. VIII, 20). Sobre cuya cosa en los libros precedentes ya hemos dicho que los demonios arrogantes, arrogÃ¡ndose la divinidad y deseando que se les crea dioses, no por otra causa piden para sÃ sacrificio y gozan de honores de este tipo, sino porque saben que el verdadero sacrificio se debe al verdadero Dios.

CAPÃ TULO XVII.---SOBRE LOS DOS PADRES Y PRÃNCIPES PROCREADOS DE UN SOLO PROGENITOR.

Como pues fuera AdÃ¡n padre de ambos gÃ©neros, esto es, tanto de cuya serie pertenece a la terrena como de cuya serie pertenece a la celestial ciudad; matado Abel, y encomendado en su muerte un admirable sacramento, fueron hechos dos padres de cada uno de los gÃ©neros, CaÃn y Set: en cuyos hijos, que convenÃa que fueran conmemorados, comenzaron a clarear mÃ¡s evidentemente los indicios de estas dos ciudades en el gÃ©nero de los mortales. CaÃn por cierto engendrÃ³ a Enoc, en cuyo nombre fundÃ³ la ciudad, terrena a saber, no peregrinando en este mundo, sino descansando en su paz y felicidad temporal. Mas CaÃn se interpreta PosesiÃ³n: de donde se dijo cuando naciÃ³, sea por su padre o por su madre: He adquirido un hombre por Dios (GÃ©n. IV, 1). Enoc empero, DedicaciÃ³n: pues aquÃ se dedica la ciudad terrena donde se funda; puesto que aquÃ tiene a aquel que intenta y apetece como

fin. Por lo demÃ¡s aquel Set se interpreta ResurrecciÃ³n, y EnÃ³s su hijo se interpreta Hombre: no como AdÃ¡n (pues tambiÃ©n ese nombre se interpreta Hombre), sino que se dice ser comÃºn en aquella lengua, esto es la hebrea, al macho y a la hembra. Pues asÃ estÃ¡ escrito de Ã©l: VarÃ³n y hembra los hizo, y los bendijo, y llamÃ³ el nombre de ellos AdÃ¡n (Id. V, 2). De donde no se duda que asÃ fue llamada la hembra Eva por su nombre propio, que sin embargo AdÃ¡n, que se interpreta Hombre, fuera nombre de ambos. Mas EnÃ³s asÃ se interpreta Hombre, que los peritos de aquella lengua aseveran que esto no puede llamarse una hembra, como hijo de la resurrecciÃ³n, donde no se casarÃ¡n ni llevarÃ¡n esposas (Luc. XX, 35). Pues no habrÃ¡ allÃ generaciÃ³n, cuando la regeneraciÃ³n haya conducido allÃ¡. Por lo cual tambiÃ©n esto no en vano juzgo que se ha de notar, que en aquellas generaciones que se propagan de aquel que es llamado Set, aunque se digan haber engendrado hijos e hijas, ninguna hembra engendrada allÃ es expresada por nombre: mas en estas que se propagan de CaÃn, en el fin mismo hasta donde se extienden, la novÃsima hembra engendrada se nombra. AsÃ pues se lee: Matusael engendrÃ³ a Lamec: y tomÃ³ para sÃ Lamec dos mujeres, el nombre de una Ada, y el nombre de la segunda Sella; y pariÃ³ Ada a Jabel: este era el padre de los que habitan en tiendas de pastores. Y el nombre de su hermano Jubal: este fue el que mostrÃ³ el salterio y la cÃtara. Sella empero pariÃ³ tambiÃ©n ella a Tubal, y era herrero y martillador de bronce y de hierro. Hermana pues

de Tubal, Noema (GÃ©n. IV, 18-22). Hasta aquÃ se extendieron las generaciones de CaÃn, que son todas ocho desde AdÃ¡n, anumerado el mismo AdÃ¡n, siete a saber hasta Lamec, que fue marido de dos mujeres: y octava es la generaciÃ³n en sus hijos, en los cuales se conmemora tambiÃ©n una hembra. Donde elegantemente se significÃ³ que la ciudad terrena hasta en su fin habrÃa de tener generaciones carnales, que provienen de la conjunciÃ³n de machos y hembras. De donde tambiÃ©n ellas mismas, lo que fuera de Eva en ningÃºn lugar se halla antes del diluvio, se expresan por nombres propios las mujeres de aquel hombre que se nombra aquÃ novÃsimo padre. Como pues CaÃn, que se interpreta PosesiÃ³n, fundador de la ciudad terrena, y su hijo en cuyo nombre fue fundada, Enoc, que se interpreta DedicaciÃ³n, indica que esta ciudad tiene tanto inicio como fin terreno; donde nada se espera mÃ¡s de lo que puede divisarse en este siglo: asÃ Set, que se interpreta ResurrecciÃ³n, siendo padre de las generaciones conmemoradas por separado, se ha de mirar quÃ© diga esta sagrada historia de su hijo.

CAPÃ TULO XVIII.---QUÃ© SE SIGNIFICÃ³ EN ABEL, Y SET, Y ENÃ³S, LO CUAL APARECE PERTENECER A CRISTO Y A SU CUERPO, ESTO ES LA IGLESIA.

Y a Set, dice, naciÃ³ un hijo, y llamÃ³ su nombre EnÃ³s: este esperÃ³ invocar el nombre del Señor Dios (GÃ©n. IV, 26). Ciertamente clama el testimonio de la verdad. En la esperanza pues vi-

ve el hombre hijo de la resurrecciÃ³n; en la esperanza vive mientras peregrina aquÃ la ciudad de Dios, que se engendra de la fe de la resurrecciÃ³n de Cristo. Pues de aquellos dos hombres, Abel, que se interpreta Llanto, y su hermano Set, que se interpreta ResurrecciÃ³n, se figura la muerte de Cristo y su vida de entre los muertos. De cuya fe se engendra aquÃ la ciudad de Dios, esto es el hombre que esperÃ³ invocar el nombre del Señor Dios. Pues en esperanza somos salvos, dice el ApÃ³stol. Mas la esperanza que se ve, no es esperanza: pues lo que alguien ve, Â¿por quÃ© lo espera? Si empero lo que no vemos, lo esperamos, por la paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24, 25). Â¿Pues quiÃ©n estimarÃa que esto estÃ¡ vacÃo de la altura del sacramento? Â¿Acaso Abel no esperÃ³ invocar el nombre del Señor Dios, cuyo sacrificio la Escritura conmemora haber sido tan acepto a Dios? Â¿Acaso el mismo Set no esperÃ³ invocar el nombre del Señor Dios, de quien se dijo: Suscitavit enim mihi Deus semen aliud pro Abel (GÃ©n. IV, 25)? Â¿Por quÃ© pues se atribuye propiamente a este lo que se entiende ser comÃºn a todos los pÃos, sino porque convenÃa que en aquel que se conmemora como el primer brotado del padre de las generaciones en la mejor parte, esto es de la ciudad superior separada, se prefigurara el hombre, esto es la sociedad de los hombres, que vive no segÃºn el hombre en la realidad de la felicidad terrena, sino segÃºn Dios en la esperanza de la felicidad eterna? Ni se dijo: Este esperÃ³ en el Señor Dios; o: Este invocÃ³ el nombre del Señor Dios: sino: Este esperÃ³, dice, invocar el nombre del

Señor Dios. Â¿QuÃ© quiere decir esto, EsperÃ³ invocar, sino porque es profecÃa de que habÃa de surgir un pueblo que segÃºn la elecciÃ³n de la gracia invocarÃa el nombre del Señor Dios? Esto es lo que, dicho por otro profeta, el ApÃ³stol entiende de este pueblo perteneciente a la gracia de Dios: Y serÃ¡, todo aquel que invocare el nombre del SeÃ±or, serÃ¡ salvo (Rom. X, 13; Joel II, 32). Pues esto mismo que se dice: Y llamÃ³ su nombre EnÃ³s, que se interpreta Hombre; y despuÃ©s se aÃ±ade: Este esperÃ³ invocar el nombre del Señor Dios: se muestra suficientemente que no en sÃ mismo debe el hombre poner la esperanza. Maldito pues todo aquel, como en otro lugar se lee, que pone su esperanza en el hombre (Jer. XVII, 5): y por esto, ni en sÃ mismo, para que sea ciudadano de la otra ciudad, la cual no se dedica en este tiempo segÃºn el hijo de CaÃn, esto es en el deslizante transcurso de este siglo mortal, sino en aquella inmortalidad de la bienaventuranza sempiterna.

CAPÃ TULO XIX.---SOBRE LA SIGNIFICACIÃ³N QUE SE MUESTRA EN LA TRASLACIÃ³N DE ENOC.

Pues tambiÃ©n aquella progenie, cuyo padre es Set, tiene en aquella generaciÃ³n el nombre de la dedicaciÃ³n, que es la sÃ©ptima desde AdÃ¡n, anumerado AdÃ¡n. Pues sÃ©ptimo desde aquel naciÃ³ Enoc, que se interpreta DedicaciÃ³n. Mas Ã©l mismo es aquel trasladado, puesto que plugo a Dios, y en nÃºmero insigne en el orden de las generaciones, por el cual el sÃ¡bado fue consa-

grado, sÃ©ptimo a saber desde AdÃ¡n. Mas desde el mismo padre de aquellas generaciones, que se disciernen de la progenie de CaÃn, esto es desde Set, es el sexto: en cuyo dÃa fue hecho el hombre y consumÃ³ Dios todas sus obras. Mas la traslaciÃ³n de este Enoc es la dilaciÃ³n prefigurada de nuestra dedicaciÃ³n. La cual por cierto ya ha sido hecha en Cristo nuestra cabeza, que asÃ resucitÃ³ que no muere mÃ¡s, sino que tambiÃ©n Ã©l mismo fue trasladado: resta empero otra dedicaciÃ³n de la casa universal, de la cual el mismo Cristo es el fundamento, la cual se difiere hasta el fin, cuando serÃ¡ la resurrecciÃ³n de todos, que ya no han de morir. Mas ya se diga casa de Dios, ya templo de Dios, ya ciudad de Dios, es lo mismo, ni se aparta de la costumbre de la elocuencia latina. Pues tambiÃ©n Virgilio llama a una ciudad imperiosÃsima casa de Asaraco, queriendo que se entiendan los romanos, que de Asaraco por los troyanos traen su origen; y casa de Eneas a los mismos (Eneida, lib. 1, v. 284; lib. 3, v. 97), porque siendo Ã©l caudillo, habiendo venido los troyanos a Italia, por ellos fue fundada Roma. Pues imitÃ³ aquel poeta a las sagradas Letras, en las cuales se dice casa de Jacob a un pueblo tan ingente de los hebreos.

CAPÍTULO XX.

De que la sucesión de Caín se cierra en ocho generaciones desde Adán, y en la posteridad del mismo padre Adán, Noé se encuentra ser el décimo.

Dirá alguno: Si la intención del escritor de esta historia al conmemorar las generaciones de Adán por su hijo Set era llegar hasta Noé, bajo el cual se produjo el diluvio, desde el cual de nuevo se entretejiera el orden de los nacientes, por el cual se llegara hasta Abraham, de quien el evangelista Mateo comienza las generaciones por las que llega hasta Cristo, Rey eterno de la Ciudad de Dios; ¿qué pretendía en las generaciones de Caín, y hasta dónde quería llevarlas? Se responde: Hasta el diluvio, por el cual todo aquel género de la ciudad terrena fue consumido, pero reparado de los hijos de Noé. Pues no podrá faltar esta ciudad terrena y sociedad de hombres que viven según el hombre hasta el fin de este siglo, del cual dice el Señor: "Los hijos de este siglo engendran y son engendrados" (Luc. XX, 34). Pero a la Ciudad de Dios que peregrina en este siglo, la regeneración la conduce al otro siglo, cuyos hijos ni engendran ni son engendrados. Aquí, por tanto, el ser engendrado y el engendrar es común a ambas ciudades: aunque la Ciudad de Dios tiene también aquí muchos miles de ciudadanos que se abstienen de la obra de engendrar; pero también aquella tiene de esos por una cierta imitación, aunque de errantes. Pues a ella pertenecen también los que, desviándose de esta fe, fundaron diversas herejías: porque viven según el hombre, no según Dios. Y los gimnosofistas de los indios, que se dice que filosofan desnudos en las soledades de la India, ciudadanos suyos son, y se cohíben de engendrar. Pues no es esto bueno, sino cuando se hace según la fe del sumo bien, que es Dios. Sin

embargo, nadie se encuentra que haya hecho esto antes del diluvio: puesto que incluso el mismo Enoc, el séptimo desde Adán, de quien se refiere que fue trasladado, no muerto, engendró hijos e hijas antes de ser trasladado; entre los cuales estuvo Matusalén, por quien transcurre el orden de las generaciones que deben conmemorarse.

¿Por qué, pues, se conmemora tan pequeña escasez de sucesiones en las generaciones de Caín, si convenía que se llevaran hasta el diluvio, y no había una edad duradera que precediera a la pubertad, que estuviera vacante de partos por cien o más años? Pues si no pretendía el autor de este libro a alguien a quien necesariamente debiera conducir la serie de las generaciones, como en aquellas que vienen de la simiente de Set pretendía llegar hasta Noé, de quien de nuevo seguiría un orden necesario; ¿qué necesidad había de omitir a los hijos primogénitos para llegar hasta Lamec, en cuyos hijos se acaba aquel tejido, a saber, en la octava generación desde Adán, la séptima desde Caín, como si hubiera de allí en adelante algo que conectar, por donde se llegara o al pueblo israelita, en el cual la Jerusalén terrena también proporcionó una figura profética a la ciudad celestial, o a Cristo según la carne, que es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos (Rom. IX, 5), fabricador y regidor de la Jerusalén superna; siendo así que toda la progenie de Caín fue borrada por el diluvio? De donde puede verse que en el mismo orden de generaciones fueron conmemorados los primogénitos. ¿Por qué, pues, son tan pocos? Pues no pudieron ser tan pocos

hasta el diluvio, no estando los padres vacantes del oficio de engendrar hasta la pubertad centenaria, si no había entonces también una pubertad tardía en proporción a aquella longevidad. Pues si fueron por igual de treinta años cuando comenzaron a engendrar hijos, ocho veces treinta (puesto que son ocho generaciones con Adán y con aquellos a quienes engendró Lamec) son doscientos cuarenta años: ¿acaso por todo el tiempo restante hasta el diluvio no engendraron? ¿Por qué causa, finalmente, el que escribió esto no quiso conmemorar las generaciones que siguen? Pues desde Adán hasta el diluvio se computan los años, según nuestros códices, dos mil doscientos sesenta y dos: según los hebreos, en cambio, mil seiscientos cincuenta y seis. Para que creamos que ese número menor es el más verdadero, detráiganse de mil seiscientos cincuenta y seis años doscientos cuarenta: ¿acaso es creíble que por mil cuatrocientos y tantos años que restan hasta el diluvio, la progenie de Caín haya podido estar vacante de generaciones?

Pero quien por esto se inquiete, recuerde que, cuando yo buscaba cómo debe creerse que aquellos hombres antiguos pudieron cesar de engendrar hijos por tantos años, aquella cuestión se resolvió de dos modos: o por la pubertad tardía, en proporción a tan larga vida; o por los hijos que se conmemoran en las generaciones, porque no habrían sido los primogénitos, sino aquellos por los cuales podía llegarse a aquel a quien pretendía el autor del libro, como hasta Noé en las generaciones de Set. Por consiguiente, en las

generaciones de Caín, si no ocurre nadie que debiera ser el término pretendido, al cual, omitidos los primogénitos, conviniera llegar por los que han sido conmemorados, quedará por entender la pubertad tardía; de modo que algo después de los cien años se hicieran púberes e idóneos para engendrar, para que el orden de las generaciones corriera por los primogénitos, y hasta el diluvio se encontrara con el número de años de tanta magnitud. Aunque puede ser que por alguna causa más secreta, que se me oculta, llegando el tejido de las generaciones hasta Lamec y sus hijos, se encomendara esta ciudad que llamamos terrena; y después cesara el escritor del libro de conmemorar las demás que pudieron existir hasta el diluvio. También puede ser aquella la causa por la que el orden de las generaciones no se llevara por los primogénitos, para que no sea necesario creer en una pubertad tan tardía en aquellos hombres, a saber, porque la misma ciudad que Caín fundó en nombre de su hijo Enoc pudo reinar a lo largo y a lo ancho, y tener reyes no muchos a la vez, sino uno solo en sus propias edades, que hubieran engendrado para sucederles a quienesquiera que hubieran reinado. El primero de estos reyes pudo ser el mismo Caín; el segundo, su hijo Enoc, en cuyo nombre, donde se reinaba, fue fundada la ciudad; el tercero, Gaidad, a quien engendró Enoc; el cuarto, Mañuhel, a quien engendró Gaidad; el quinto, Matusael, a quien engendró Mañuhel; el sexto, Lamec, a quien engendró Matusael, que es el séptimo desde Adán por Caín. Pero no era consecuencia que los primogénitos de

los reyes sucedieran a sus padres reinantes, sino aquellos a quienes el mérito de reinar por una virtud útil a la ciudad terrena, o alguna suerte encontrara, o aquel principalmente sucediera al padre por un cierto derecho hereditario de reinar, a quien hubiera amado más que a los otros hijos. Pudo, además, ocurrir que viviendo aún Lamec y reinando sobreviniera el diluvio, de modo que a él mismo, con todos los demás hombres, exceptuados los que estuvieron en el arca, lo encontrara para perderlo. Pues no hay que maravillarse si, interpuesta una variada cantidad de la numerosidad de los años, por tan larga edad desde Adán hasta el diluvio, no tuvo igual número de generaciones cada progenie, sino por Caín siete, y por Set diez: pues el séptimo es, como ya he dicho, desde Adán, Lamec, y el décimo Noé; y por eso no se conmemoró un solo hijo de Lamec, como en los demás arriba, sino varios, porque era incierto quién le habría de suceder al morir, si el tiempo de reinar entre él y el diluvio hubiera permanecido.

Pero de cualquier modo que se considere, ya sea por los primogénitos, ya sea por los reyes, el orden de las generaciones que decurre de Caín, me parece que de ningún modo debe pasarse en silencio que, habiendo sido hallado Lamec el séptimo desde Adán, fueron numerados tantos hijos suyos hasta que se completara el número once, por el cual se significa el pecado. Pues se añaden tres hijos y una hija. Las esposas, en cambio, pueden significar otra cosa, no esto que ahora parece encomendarse. Pues ahora hablamos de las generaciones: de dónde fueron ellas engendradas, se

silencia. Puesto que, por tanto, la Ley se predica con el número diez, de donde procede aquel memorable Decálogo; ciertamente el número once, puesto que traspasa al diez, significa la transgresión de la ley, y por esto, el pecado. De aquí es que en el tabernáculo del testimonio, que estaba en el camino del pueblo de Dios como un templo ambulatorio, se mandaron hacer once cortinas de cilicio (Exod. XXVI, 7). Pues en el cilicio está el recuerdo de los pecados, por los cabritos que han de estar a la izquierda: porque confesando en cilicio nos postramos, como diciendo lo que está escrito en el Salmo: "Y mi pecado está siempre delante de mí" (Salm. L, 5). La progenie, pues, de Adán por el malvado Caín se termina en el número once, por el cual se significa el pecado: y el mismo número se cierra con una mujer, por cuyo sexo se dio el inicio al pecado, por el cual todos morimos. Se cometió, además, para que también siguiera el placer de la carne, que resistiera al espíritu. Pues también la misma hija de Lamec, Noema, se interpreta Placer. En cambio, por Set desde Adán hasta Noé se insinúa el número legítimo diez. Al cual Noé se le añaden tres hijos: de donde, caído uno, dos son bendecidos por el padre, para que, removido el réprobo y añadidos al número los hijos aprobados, se intime también el número doce, que es insigne tanto en el número de los Patriarcas como en el de los Apóstoles, por las partes del siete, multiplicadas una por otra. Pues tres por cuatro, o cuatro por tres, lo hacen. Siendo esto así, veo que debe considerarse y conmemorarse cómo ambas progenies, que en distintas generaciones

insinúan dos ciudades, una de los nacidos de la tierra, otra de los regenerados, después fueron de tal modo mezcladas y confundidas que todo el género humano, exceptuados ocho hombres, mereció perecer por el diluvio.

CAPÍTULO XXI.---Por qué razón, conmemorado Enoc, que fue hijo de Caín, se continuó la narración de toda su generación hasta el diluvio; pero conmemorado Enós, que fue hijo de Set, se volvió al principio de la condición humana.

Primero debe observarse cómo, cuando se enumeraban las generaciones de Caín, conmemorado antes que a los demás descendientes aquel en cuyo nombre fue fundada la ciudad, esto es, Enoc, se entretejieron los demás hasta aquel fin de que he hablado, hasta que aquel género y toda la propago fuera borrada por el diluvio: en cambio, habiendo sido conmemorado un solo hijo de Set, Enós, no añadidos aún los demás hasta el diluvio, se interpone un cierto artículo y se dice: "Este es el libro de la natividad de los hombres, el día en que Dios hizo a Adán, a imagen de Dios lo hizo." Varón y mujer los hizo, y los bendijo, y llamó su nombre Adán, el día en que los hizo" (Gén. V, 1, 2). Lo cual me parece interpuesto para esto: para que desde aquí empezara de nuevo desde el mismo Adán la dinumeración de los tiempos, que no quiso hacer el que escribió esto en la ciudad terrena: como si Dios la conmemorara de tal modo que no la computara. Pero ¿por qué se vuelve desde aquí a esta recapitulación, después de que fue conmemorado el hijo de Set, el hombre que esperó invocar el nombre del

Señor Dios; sino porque así convenía proponer estas dos ciudades, una por un homicida hasta un homicida; pues también Lamec confiesa a sus dos mujeres que él ha perpetrado un homicidio (Gén. IV, 23): la otra por aquel que esperó invocar el nombre del Señor Dios? Pues este es en este mundo todo y el sumo negocio de la Ciudad de Dios que peregrina en esta mortalidad, el cual hubo de ser encomendado por un solo hombre, a quien ciertamente engendró la resurrección del occiso. Pues aquel solo hombre es la unidad de toda la ciudad superna; no completada aún ciertamente, sino enviada por delante para ser completada por esta prefiguración profética. Tenga, pues, el hijo de Caín, esto es, el hijo de la posesión (¿de cuál, sino de la terrena?), nombre en la ciudad terrena, que fue fundada en su nombre. Pues de estos es de quienes se canta en el Salmo: "Invocarán sus nombres en sus propias tierras" (Salm. XLVIII, 12). Por lo cual les sigue lo que está escrito en otro Salmo: "Señor, en tu ciudad reducirás a la nada su imagen" (Salm. LXXII, 20). En cambio, el hijo de Set, esto es, el hijo de la resurrección, espere invocar el nombre del Señor Dios. Pues prefigura aquella sociedad de hombres que dice: "Yo, en cambio, como oliva fructífera en la casa de Dios, esperé en la misericordia de Dios" (Salm. LI, 10). Y no busque las vanas glorias de un nombre famoso en la tierra: pues "Bienaventurado el varón cuyo nombre del Señor es su esperanza, y no miró a las vanidades y a las locuras mentirosas" (Salm. XXXIX, 5). Propuestas, pues, las dos ciudades, una en la realidad de este siglo, otra en la esperanza de

Dios, como habiendo salido por la puerta común de la mortalidad, que se abrió en Adán, para que transcurran y decurran hacia sus distintos términos propios y debidos, comienza la dinumeración de los tiempos: en la cual también se añaden otras generaciones, hecha la recapitulación desde Adán, de cuya origen condenada, como una sola masa entregada a la merecida condenación, hizo Dios unos vasos de ira para la contumelia, otros vasos de misericordia para el honor (Rom. IX, 23); devolviendo a aquellos lo que se debe en la pena, donando a estos lo que no se debe en la gracia: para que de la misma comparación de los vasos de ira, la ciudad superna aprenda, que peregrina en las tierras, a no fiar en la libertad de su albedrío, sino que espere invocar el nombre del Señor Dios. Puesto que la voluntad, en la naturaleza que fue hecha buena por el Dios bueno, pero mudable por el inmutable, porque es de la nada, puede declinar tanto de lo bueno para que haga lo malo, lo cual se hace por el libre albedrío; como de lo malo para que haga lo bueno, lo cual no se hace sin el auxilio divino.

CAPÍTULO XXII.

De la caída de los hijos de Dios capturados por el amor de las mujeres extranjeras, por lo cual también todos, exceptuados ocho hombres, merecieron perecer por el diluvio.

Progresando y creciendo, pues, el género humano por este libre albedrío de la voluntad, se hizo una mezcla, y por la iniquidad participada, una cierta confusión de ambas ciudades. El cual

mal encontró de nuevo su causa en el sexo femenino: no ciertamente de aquel modo que al principio; pues no entonces también, seducidas por el engaño de alguien, aquellas mujeres persuadieron al pecado a los hombres: sino que aquellas que desde el principio habían sido de depravadas costumbres en la ciudad terrena, esto es, en la sociedad de los nacidos de la tierra, fueron amadas por los hijos de Dios, ciudadanos a saber de la otra ciudad que peregrina en este siglo, por la hermosura del cuerpo (Gén. VI, 1 ss.). El cual bien ciertamente es un don de Dios: pero por eso lo otorga también a los malos, para que no parezca un gran bien a los buenos. Abandonado, pues, el gran bien y propio de los buenos, se hizo una caída hacia el bien mínimo, no propio de los buenos, sino común a buenos y malos: y así los hijos de Dios fueron capturados por el amor de las hijas de los hombres, y para gozar de ellas como esposas, refluyeron hacia las costumbres de la sociedad terrígena, abandonada la piedad que guardaban en la santa sociedad. Pues así la hermosura del cuerpo, cosa hecha por Dios ciertamente, pero bien temporal, carnal, ínfimo, se ama mal pospuesto Dios, bien eterno, interno, sempiterno: del mismo modo que abandonada la justicia, también el oro es amado por los avaros, por ningún pecado del oro, sino del hombre. Así se porta toda criatura. Pues siendo buena, tanto puede amarse bien como mal: bien, a saber, guardado el orden; mal, perturbado el orden. Lo cual dije brevemente en una cierta alabanza del Cirio en unos versos: "Estas cosas son tuyas, son buenas, porque tú,

bueno, creaste estas cosas. Nada nuestro hay en ellas, sino que pecamos amando, descuidado el orden, en lugar de ti, lo que por ti es fundado". Pero si el Creador se ama verazmente, esto es, si él mismo, y no otra cosa por él que no es él mismo, es amado, no puede amarse mal. Pues también el amor mismo debe amarse ordenadamente, por el cual se ama bien lo que debe amarse, para que haya en nosotros la virtud por la que se vive bien. De donde me parece que una definición breve y verdadera de la virtud es el Orden del amor: por lo cual en el santo Cantar de los cantares canta la esposa de Cristo, la Ciudad de Dios: "Ordenad en mí la caridad" (Cant. II, 4). Perturbado, pues, el orden de esta caridad, esto es, de la dilección y del amor, los hijos de Dios descuidaron a Dios, y amaron a las hijas de los hombres. Por cuyos dos nombres se discierne suficientemente cada ciudad. Pues ni siquiera aquellos no eran hijos de hombres por naturaleza: sino que habían empezado a tener otro nombre por la gracia. Pues en la misma Escritura, donde se dijo que los hijos de Dios amaron a las hijas de los hombres, los mismos fueron llamados también ángeles de Dios. Por lo cual muchos piensan que aquellos no fueron hombres, sino ángeles.

CAPÍTULO XXIII.

Si debe creerse que los ángeles de sustancia espiritual, capturados por el amor de las hermosas mujeres, contrajeron nupcias con ellas, de las cuales fueron creados los gigantes.

1. Cuya cuestión dejamos insoluta, conmemorada de paso en el tercer libro de esta obra (cap. 5): si pueden los ángeles, siendo espíritus, cohabitar corporalmente con las mujeres. Pues está escrito: "Que hace a sus ángeles espíritus" (Salm. CIII, 5): esto es, a los que por naturaleza son espíritus, los hace ser sus ángeles, imponiéndoles el oficio de anunciar. Pues el que en griego se llama ἄγγελος, cuyo nombre se expresa en la declinación latina como ángel, en lengua latina se interpreta mensajero. Pero si consecuentemente añadió sus cuerpos, diciendo: "Y a sus ministros fuego ardiente": o porque sus ministros deben arder en caridad como en un fuego espiritual, es ambiguo. Sin embargo, que los ángeles se han aparecido a los hombres en tales cuerpos que no solo pudieran verse, sino también tocarse, lo testifica la misma veracísima Escritura. Y puesto que es una fama frecuentísima, y muchos confirman haberlo experimentado, o haberlo oído de quienes lo experimentaron, de cuya fe no debe dudarse, que los Silvanos y Faunos, a quienes el vulgo llama íncubos, han existido a menudo como malvados para las mujeres, y han deseado y consumado el concúbito con ellas; y que ciertos demonios, a quienes los galos llaman Dusios, asiduamente tanto intentan como efectúan esta inmundicia, tantos y tales lo aseveran que parece de impudicia negar esto: no me atrevo a definir nada de aquí, si algunos espíritus corporados en el elemento aéreo (pues este elemento, incluso cuando se agita con un abanico, se siente por el sentido del cuerpo y por el tacto), pueden

también padecer esta libido, de modo que como pueden, se mezclen con las mujeres que lo sienten. Sin embargo, de ningún modo creería que los santos Ángeles de Dios pudieron caer en aquel tiempo de tal modo: ni que de estos dijera el apóstol Pedro: "Pues si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que entregándolos a las cárceles de la tiniebla del infierno, los entregó para ser reservados para ser castigados en el juicio" (II Ped. II, 4); sino más bien de aquellos que primero apostatando de Dios cayeron con el diablo su príncipe, el cual derribó al primer hombre por envidia con un fraude serpentino. Pero que también los hombres fueron llamados ángeles de Dios, la misma sagrada Escritura es testigo riquísimo. Pues también de Juan está escrito: "He aquí que envío a mi ángel ante tu faz, el cual preparará tu camino" (Marc. I, 2). Y el profeta Malaquías por una cierta gracia, esto es, propiamente impartida a él, fue llamado ángel (Malac. II, 7).

2. Pero esto mueve a algunos: que de aquellos que fueron llamados ángeles de Dios y de las mujeres a quienes amaron, leemos que nacieron no como hombres de nuestro género, sino gigantes. Como si ciertamente cuerpos de hombres que exceden con mucho nuestra medida, lo cual también conmemoré arriba (cap. 9), no hubieran nacido también en nuestros tiempos. ¿Acaso no hubo hace pocos años, cuando se aproximaba el exterminio de la ciudad romana que fue hecho por los godos, en Roma una mujer con su padre y con su madre, que por un cuerpo en cierto modo giganteo sobresalía mucho de los demás? Para ver

a la cual se hacía por todas partes un concurso admirable. Y esto era sobre todo de admiración: que ambos padres de ella no eran siquiera hombres tan largos como los más largos que hemos solido ver. Pudieron, pues, nacer gigantes incluso antes de que los hijos de Dios, que también fueron llamados ángeles de Dios, se mezclaran con las hijas de los hombres, esto es, de los que viven según el hombre; a saber, los hijos de Set con las hijas de Caín. Pues también la Escritura canónica habla así, en cuyo libro leemos estas cosas, cuyas palabras son estas: "Y sucedió que, después de que los hombres empezaron a ser muchos sobre la tierra y les nacieron hijas: viendo los ángeles de Dios a las hijas de los hombres que son buenas, tomaron para sí esposas de todas las que habían elegido. Y dijo el Señor Dios: No permanecerá mi espíritu en estos hombres para siempre, por cuanto son carne. Serán sus días ciento veinte años. Los gigantes, en cambio, estaban sobre la tierra en aquellos días: y después de aquello, cuando entraban los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y engendraban para sí, aquellos eran gigantes, hombres nominados desde el siglo" (Gén. VI, 1-4). Estas palabras del libro divino indican suficientemente que ya en aquellos días había gigantes sobre la tierra, cuando los hijos de Dios tomaron por esposas a las hijas de los hombres, amándolas como buenas, esto es, hermosas. Pues es costumbre de esta Escritura llamar buenos incluso a los especiosos de cuerpo. Pero también después de que esto se hizo, nacieron gigantes. Pues así dice: "Los gigantes, en

cambio, estaban sobre la tierra en aquellos días: y después de aquello, cuando entraban los hijos de Dios a las hijas de los hombres". Por tanto, tanto antes en aquellos días, como después de aquello. Pero lo que dice: "Y engendraban para sí", muestra suficientemente que antes, antes de que así cayeran los hijos de Dios, engendraban para Dios, no para sí, esto es, no dominando la libido de cohabitar, sino sirviendo el oficio de propagar; no una familia de su soberbia, sino ciudadanos de la ciudad de Dios: a los cuales anunciaran como ángeles de Dios, para que pusieran en Dios su esperanza (Salm. LXXVII, 7), semejantes a aquel que nació de Set, hijo de la resurrección, y esperó invocar el nombre del Señor Dios: en cuya esperanza fueran con sus pósteros coherederos de los bienes eternos, y bajo Dios padre hermanos de los hijos.

3. Pero que aquellos fueron ángeles de Dios de tal modo que no dejaran de ser hombres, como algunos piensan, la misma Escritura lo declara sin ambigüedad alguna. Pues habiéndose premisado que "viendo los ángeles de Dios a las hijas de los hombres que son buenas, tomaron para sí esposas de todas las que habían elegido", pronto se añadió: "Y dijo el Señor Dios: No permanecerá mi espíritu en estos hombres para siempre, por cuanto son carne." Pues por el espíritu de Dios habían sido hechos ángeles de Dios e hijos de Dios: pero declinando hacia las cosas inferiores, son llamados hombres por nombre de la naturaleza, no de la gracia; son llamados también carne, desertores del espíritu y por desertar, desertados.

Y los Setenta intérpretes ciertamente dijeron que estos eran tanto ángeles de Dios como hijos de Dios: lo cual ciertamente no todos los códices tienen; pues algunos no tienen sino hijos de Dios. Aquila, en cambio, a quien los judíos anteponen a los demás intérpretes, no interpretó ángeles de Dios ni hijos de Dios, sino hijos de los dioses. Y ambas cosas son verdaderas. Pues tanto eran hijos de Dios, bajo cuyo padre eran también hermanos de sus padres; como hijos de los dioses, puesto que habían sido engendrados por dioses, con los cuales también ellos mismos eran dioses, según aquello del Salmo: "Yo dije: Dioses sois, e hijos del Excelso todos vosotros" (Salm. LXXXI, 6). Pues merecidamente se cree que los Setenta intérpretes recibieron el espíritu profético, de modo que si algo mudaron por su autoridad, y dijeron de otro modo de como era lo que interpretaban, no se dudara de que aquello había sido dicho divinamente. Aunque se refiere que esto en el hebreo es ambiguo, de modo que pudiera interpretarse tanto hijos de Dios como hijos de los dioses.

4. Omitamos, pues, las fábulas de aquellas escrituras que se llaman apócrifas, por el hecho de que su origen oculto no fue claro para los padres, de quienes la autoridad de las veraces Escrituras llegó hasta nosotros por una certísima y conocidísima sucesión. En estos apócrifos, aunque se encuentre alguna verdad, sin embargo por las muchas cosas falsas no hay autoridad canónica alguna. Que Enoc, aquel séptimo desde Adán, escribió algunas cosas divinas, no podemos ne-

garlo, puesto que el apóstol Judas dice esto en su Epístola canónica (Judas 14). Pero no en vano no están en aquel canon de las Escrituras, que se guardaba en el templo del pueblo hebreo por la diligencia de los sucesivos sacerdotes, sino porque por su antigüedad fueron juzgadas de fe sospechosa, ni podía hallarse si estas eran las cosas que él había escrito, no profiriéndolas tales personas que se hallara que las habían guardado debidamente por la serie de la sucesión. Por lo cual aquellas cosas que se profieren bajo su nombre, y contienen estas fábulas sobre los gigantes, de que no habrían tenido hombres por padres, rectamente son juzgadas por los prudentes que no deben ser creídas como suyas; como muchas cosas bajo los nombres de otros Profetas, y otras más recientes bajo los nombres de los Apóstoles son proferidas por los herejes, todas las cuales por el nombre de apócrifos han sido removidas de la autoridad canónica por un diligente examen. Por tanto, según las Escrituras canónicas hebreas y cristianas, no es dudoso que muchos gigantes hubo antes del diluvio, y que estos fueron ciudadanos de la sociedad terrígena de los hombres; los hijos de Dios, en cambio, que según la carne fueron propagados de Set, declinaron a esta sociedad abandonada la justicia. Ni es de maravillar que también de ellos pudieron nacer gigantes. Pues no todos fueron gigantes, sino que ciertamente muchos más hubo entonces que en los demás tiempos después del diluvio. A los cuales plugo al Creador crear para que también de aquí se mostrara que no solo las hermosuras,

sino también las magnitudes y fortalezas de los cuerpos no deben ser muy estimadas por el sabio, el cual se beatifica con los bienes espirituales e inmortales, mucho mejores y más firmes y propios de los buenos, no comunes a buenos y malos. Cuya cosa encomendando otro profeta dice: "Allí estuvieron aquellos gigantes nominados, que desde el principio fueron de gran estatura, expertos en la batalla. No a estos eligió el Señor, ni les dio el camino de la ciencia: y perecieron porque no tuvieron sabiduría, perecieron por su inconsideración" (Baruc III, 26-28).

CAPÍTULO XXIV.

Cómo debe entenderse lo que el Señor dijo de los que habían de ser perdidos por el diluvio: "Sus días serán ciento veinte años".

En cuanto a lo que Dios dijo: "Sus días serán ciento veinte años" (Gén. VI, 3), no debe tomarse de tal modo como si se hubiera prenunciado que después de esto los hombres no traspasarían los ciento veinte años viviendo, siendo así que incluso después del diluvio encontramos que algunos excedieron los quinientos. Sino que debe entenderse que Dios dijo esto cuando Noé estaba cerca del fin de los quinientos años, esto es, cuando cumplía cuatrocientos ochenta años de vida, a los cuales según su costumbre la Escritura llama quinientos, significando la mayor parte por el nombre del todo frecuentemente: pues ciertamente en el año seiscientos de la vida de Noé, en el segundo mes, se produjo el diluvio (Ibíd.

VII, 11); y así fueron predichos ciento veinte años futuros de la vida de los hombres que habían de perecer, transcurridos los cuales fueran borrados por el diluvio. Ni en vano se cree que así se produjo el diluvio, no hallándose ya en la tierra quienes no fueran dignos de morir con tal muerte, por la cual se tomó venganza en los impíos: no porque aquí algo a los buenos que alguna vez han de morir tal género de muerte les haga algo que les pueda dañar después de la muerte. Sin embargo, ninguno de aquellos murió por el diluvio, a quienes la sagrada Escritura conmemora como propagados de la simiente de Set. Así, pues, se narra divinamente la causa del diluvio: "Viendo —dice— el Señor Dios que se multiplicaron las malicias de los hombres sobre la tierra, y que cada cual piensa en su corazón diligentemente sobre cosas malignas todos los días: y pensó Dios que hizo al hombre sobre la tierra, y volvió a pensar, y dijo Dios: Borraré al hombre que hice de la faz de la tierra, desde el hombre hasta el ganado, y desde los reptiles hasta las volátiles del cielo, porque estoy airado de haberlos hecho" (Ibíd. VI, 5-7).

CAPÍTULO XXV.

De la ira de Dios, que no perturba con ninguna inflamación su inmutable tranquilidad.

La ira de Dios no es una perturbación de su ánimo, sino el juicio por el cual se irroga la pena al pecado. Su pensamiento, en cambio, y su recapacitación, es la razón inmutable de las cosas que han de mudarse. Pues no como el hombre, así

Dios se arrepiente de cualquiera de sus hechos, cuya sentencia sobre todas las cosas es tan fija como cierta su presciencia. Pero si no usara la Escritura tales palabras, no se insinuaría en cierto modo más familiarmente a todo género de hombres, a los cuales quiere que se consulte, para que tanto aterrorice a los soberbios, como excite a los negligentes, y ejercite a los que buscan, y alimente a los que entienden: lo cual no haría si no se inclinara primero, y en cierto modo descendiera hacia los que yacen. En cuanto a que también denuncia el exterminio de todos los animales terrenos y volátiles, expresa la magnitud de la futura mortandad; no amenaza con la muerte a los vivientes que carecen de razón, como si ellos mismos también hubieran pecado.

CAPÍTULO XXVI.

Que el arca que se mandó hacer a Noé significa en todo a Cristo y a la Iglesia

Ya de hecho, aquello que a Noé, hombre justo, y según habla de él la verídica Escritura, perfecto en su generación (Gén. VI, 9) (no ciertamente como han de ser perfeccionados los ciudadanos de la ciudad de Dios en aquella inmortalidad por la cual serán igualados a los ángeles de Dios, sino como pueden ser perfectos en esta peregrinación), manda Dios que haga un arca en la cual, con los suyos, esto es, su esposa, sus hijos y sus nueras, y con los animales que por precepto de Dios entraron con él en el arca, fuera librado de la vastedad del diluvio; sin duda alguna es figura de

la ciudad de Dios que peregrina en este siglo, esto es, la Iglesia, que es salvada por el madero en el cual colgó el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5). Pues también las mismas medidas de su longitud, altura y latitud significan el cuerpo humano, en cuya verdad se preanunció que vendría a los hombres, y vino. Pues la longitud del cuerpo humano desde la coronilla hasta las plantas tiene seis veces tanto como la latitud, que es de un lado al otro lado; y diez veces tanto como la altura, cuya medida de altura está en el lado desde el dorso al vientre: como si midieras a un hombre yacente boca arriba o boca abajo, es seis veces tan largo de la cabeza a los pies como ancho de la derecha a la izquierda, o de la izquierda a la derecha; y diez veces tan alto desde la tierra. Por lo cual el arca fue hecha de trescientos codos de longitud, cincuenta de latitud y treinta de altura. Y que recibiera una puerta en el costado, ciertamente es aquella herida cuando el costado del crucificado fue perforado por la lanza (Juan XIX, 34): por ésta entran los que vienen a él; porque de allí manaron los Sacramentos con los que se inician los creyentes. Y que se mande hacer de maderos cuadrados, significa la vida estable de los santos por todas partes: pues hacia dondequiera que vuelvas un cuadrado, se mantendrá en pie. Y las demás cosas que se dicen en la construcción de la misma arca son signos de realidades eclesiásticas.

Pero perseguir esas cosas ahora es largo: y esto ya lo hicimos en la obra que escribimos contra Fausto el Maniqueo (lib. 12, cap. 14), quien nega-

ba que en los libros de los hebreos se hubiera profetizado algo sobre Cristo. Y ciertamente puede suceder que tanto nosotros como otro lo exponga más aptamente: con tal que todo lo que se diga se referirá a esta ciudad de Dios de la que hablamos, que peregrina en este siglo maligno como en un diluvio; si quien lo expone no quiere apartarse lejos del sentido de quien escribió estas cosas. Por ejemplo, como si alguien quisiera que lo que aquí está escrito: "Harás en ella pisos bajos de dos y tres cámaras" (Gén. VI, 16), no se entienda como yo dije en aquella obra (lib. 4, cap. 16); porque de todas las naciones se congrega la Iglesia, llamada de dos cámaras por los dos géneros de hombres, a saber, la circuncisión y el prepucio, a los cuales el Apóstol también de otro modo llama judíos y griegos (Rom. III, 9); y de tres cámaras por el hecho de que todas las naciones fueron reparadas de los tres hijos de Noé después del diluvio: sino que diga otra cosa que no sea ajena a la regla de la fe. Pues ya que no quiso que el arca tuviera mansiones sólo en las partes inferiores, sino también en las superiores, y a éstas llamó de dos cámaras; y en las superiores de las superiores, y a éstas llamó de tres cámaras: para que desde lo más bajo hacia arriba surgiera una tercera habitación. Pueden entenderse aquí también aquellas tres cosas que recomienda el Apóstol: fe, esperanza y caridad (I Cor. XIII, 13). Pueden también mucho más convenientemente entenderse aquellas tres abundancias evangélicas: el treinta, el sesenta y el ciento (Mat. XIII, 8); para que en lo más ínfimo habite la pudicia conyugal, arriba la de las viudas,

y más arriba que ésta la virginal: y si algo mejor según la fe de esta ciudad puede entenderse y decirse. Esto mismo diría de lo demás que ha de ser expuesto aquí, porque aunque no se diserten de un solo modo, deben sin embargo ser reducidas a la única concordia de la fe católica.

CAPÍTULO XXVI.---Del arca y del diluvio, que no debe consentirse ni con aquellos que reciben sólo la historia sin significación alegórica, ni con aquellos que defienden sólo las figuras habiendo repudiado la verdad histórica.

Sin embargo, nadie debe pensar, o que estas cosas fueron escritas en vano, o que sólo ha de buscarse aquí la verdad de los hechos gestados sin ninguna significación alegórica; o por el contrario, que estas cosas no sucedieron en absoluto, sino que son sólo figuras de palabras; o sea lo que fuere aquello, que de ningún modo pertenece a la profecía de la Iglesia. Pues, ¿quién sino un perverso de mente sostendría que se han escrito inútilmente libros custodiados durante tantos miles de años con tanta religión y con la observancia de tan ordenada sucesión; o que allí sólo deben considerarse los hechos gestados, donde ciertamente, por omitir otras cosas, si la multitud de animales obligaba a que se hiciera tan gran magnitud del arca, ¿qué obligaba a que se introdujeran los animales inmundos de dos en dos y los limpios de siete en siete (Gén. VII, 2), cuando ambos podían conservarse con igual número? ¿O es que acaso Dios, que mandó conservarlos para reparar el género, no era capaz de restituirlos del mismo modo en que los había instituido?

Pero los que sostienen que no son hechos gestados, sino sólo figuras de cosas que han de significarse, primero opinan que no pudo producirse un diluvio tan grande que el agua, al crecer, trascendiera quince codos por encima de los montes más altos; a causa de la cumbre del monte Olimpo, sobre la cual se dice que las nubes no pueden congregrarse, porque es tan sublime como el cielo, de modo que no hay allí ese aire más denso donde se engendran los vientos, las nieblas y las lluvias: ni advierten que allí pudo estar la tierra, que es el más denso de todos los elementos. ¿O acaso niegan que la cumbre del monte es tierra? ¿Por qué, pues, sostienen que a las tierras les fue lícito exaltarse hasta aquellos espacios del cielo, y a las aguas no les fue lícito exaltarse, cuando estos medidores y pesadores de elementos afirman que las aguas son superiores y más ligeras que las tierras? ¿Qué razón aportan, pues, por la cual la tierra, más pesada e inferior, invadió el lugar del cielo más tranquilo a través de los volúmenes de tantos años, y al agua, más ligera y superior, no se le permitió hacer esto al menos por un tiempo exiguo?

Dicen también que no pudieron caber en el arca tantos géneros de animales en ambos sexos, de dos en dos los inmundos, de siete en siete los limpios. Los cuales me parece que no computan sino los trescientos codos de longitud y los cincuenta de latitud, ni piensan que hay otro tanto en lo superior, e igualmente otro tanto en lo superior de lo superior, y que por ello, tomados tres veces aquellos codos, resultan novecientos y

ciento enviacuenta. Pero si pensamos lo que Orígenes no inelegante sostuvo (Homilía 2 sobre el Génesis), a saber, que Moisés, el hombre de Dios erudito, como está escrito, en toda la sabiduría de los egipcios (Hech. VII, 22), quienes amaron la geometría, pudo haber significado codos geométricos, donde aseguran que uno vale tanto como seis de los nuestros; ¿quién no vería cuánto de cosas pudo caber en aquella magnitud? Pues aquello que disputan, que no pudo ensamblarse un arca de tanta magnitud, lo calumnian ineptísimamente, cuando saben que se han construido ciudades inmensas, ni advierten los cien años en los que aquella arca fue fabricada: a no ser que acaso la piedra pueda adherirse a la piedra unida sólo por la cal, de modo que un muro se extienda por tantos miles, y la madera no pueda adherirse a la madera por espigas, pernos, clavos y el pegamento del betún, para que se fabrique un arca, extendida a lo largo y a lo ancho por líneas rectas, no curvas, la cual ningún esfuerzo de hombres lance al mar, sino que la ola, cuando viniera, la elevara por el orden natural de los pesos, y más por la divina providencia que por la humana prudencia gobernara su flotación, para que no incurriera en naufragio en ninguna parte.

En cuanto a lo que suele buscarse con muchísima escrupulosidad sobre las pequeñísimas bestezuelas, no sólo de qué clase son los ratones y los lagartos, sino también de qué clase las langostas, los escarabajos, y finalmente las moscas y las pulgas, si no hubo en aquella arca un número mayor que el que fue definido cuando Dios man-

dó esto: primero deben ser amonestados aquellos a quienes esto inquieta, que ha de aceptarse así lo que se dijo: "Los que se arrastran sobre la tierra"; de modo que no fuera necesario que se conservaran en el arca los que pueden vivir en las aguas, no sólo sumergidos, como los peces, sino también los que flotan sobre ellas, como muchas aves. Luego, cuando se dice: "Macho y hembra serán", ciertamente se entiende que se dice para reparar el género: y por ello ni siquiera era necesario que estuvieran allí los que pueden nacer sin apareamiento de cualesquiera cosas o de la corrupción de las cosas: o si estuvieron, como suelen estar en las casas, pudieron haber estado sin ningún número definido: o si el misterio sacratísimo que se realizaba, y la figura de tan gran realidad, incluso en la verdad del hecho, no pudiera cumplirse de otro modo sino con que estuvieran allí con aquel número cierto todos los que la naturaleza prohíbe que vivan en las aguas, no fue ésa preocupación de aquel hombre, o de aquellos hombres, sino divina. Pues Noé no los introducía capturados, sino que permitía que vinieran y entraran. Pues a esto vale lo que se dijo: "Entrarán a ti" (Gén. VI, 19, 20): no ciertamente por acto del hombre, sino por voluntad de Dios: de tal modo, ciertamente, que no ha de creerse que estuvieron allí los que carecen de sexo. Pues fue prescrito y definido: "Macho y hembra serán". Pues hay algunos que nacen de cualesquiera cosas sin apareamiento de tal modo que después se aparean y engendran, como las moscas; pero otros en los que no hay nada de macho y hembra, como las abejas. Además, aque-

llos que tienen sexo de tal modo que no tienen cría, como los mulos y las mulas, sería extraño que hubieran estado allí, y más bien pudo haber bastado que estuvieran allí sus padres, a saber, el género equino y el asnal: y si hay algunos otros que por la mezcla de diverso género engendran algún género. Pero si también esto pertenecía al misterio, allí estaban. Pues también este género tiene macho y hembra.

También suele inquietar a algunos los géneros de alimentos que allí podían tener los animales, de los que se piensa que no se alimentan sino de carne, si estuvieron allí fuera del número sin transgresión del mandato los que la necesidad de alimentar a otros hubiera obligado a incluir allí: o si, lo que es más de creer, pudo haber algunos alimentos además de las carnes que fueran convenientes para todos. Pues sabemos cuántos animales para los cuales la carne es comida se alimentan de frutos y pomos, y especialmente de higos y castañas. ¿Qué tiene pues de extraño que aquel hombre sabio y justo, incluso advertido divinamente sobre qué era congruente para cada uno, preparara y guardara alimento apto para cada género sin carnes? ¿Y qué hay que el hambre no obligue a comer? ¿O qué no podría hacer Dios dulce y saludable, quien incluso concedería con divina facilidad que vivieran sin comida, si no fuera porque también convenía a la figura de tan gran misterio que se cumpliera que fueran alimentados? Pues que tan múltiples signos de hechos gestados no pertenecen a la prefiguración de la Iglesia, a nadie se le permite opinar, a no

ser que sea contencioso. Pues ya las naciones han llenado así la Iglesia, y los limpios e inmundos, hasta que se llegue al fin cierto, están así contenidos por cierta trabazón de su unidad, que por este solo hecho manifestísimo no es lícito dudar incluso de los demás, que a veces fueron dichos más oscuramente y pueden reconocerse con más dificultad. Siendo esto así, si nadie, por duro que sea, se atreverá a pensar o que estas cosas fueron escritas en vano, o que no significan nada puesto que sucedieron, ni puede decirse probablemente que sólo las palabras fueron significativas y no los hechos, ni que son ajenas a la Iglesia que ha de significarse: sino que más bien ha de creerse que tanto fueron encomendadas sabiamente a la memoria y a las letras, como que sucedieron y significan algo, y ese algo mismo pertenece a la prefiguración de la Iglesia. Habiendo sido llevado este libro hasta este artículo, ha de cerrarse, para que el curso de ambas ciudades, a saber, la terrena que vive según el hombre y la celestial según Dios, se busque después del diluvio y en adelante en los hechos subsiguientes.

Libro D

ECIMOSEXTO.

En cuya primera parte, a saber, desde el capítulo primero hasta el duodécimo, se exhibe el progreso de ambas ciudades, celestial y terrena, según la historia sagrada desde Noé hasta Abraham; en la parte posterior, en cambio, se disputa sobre el progreso de la ciudad celestial solamente desde Abraham hasta los reyes de los israelitas.

CAPÍTULO PRIMERO.

Si después del diluvio, desde Noé hasta Abraham, se encuentran algunas familias de los que viven según Dios.

Es difícil encontrar con claridad en las Escrituras si los vestigios de la santa ciudad que prosigue después del diluvio fueron continuos, o si se interrumpieron por tiempos de impiedad intercurrentes, de modo que ningún hombre existiera como cultivador del único Dios verdadero; por lo cual en los libros canónicos, después de Noé, quien con su esposa y tres hijos e igual número de nueras mereció ser librado de la vastación del diluvio a través del arca, no encontramos la piedad de nadie elogiada por el evidente elocuio divino hasta Abraham, excepto que Noé recomienda a

sus dos hijos Sem y Jafet con una bendición profética, intuyendo y previendo lo que había de ser mucho después. De donde resultó también aquello, que a su hijo mediano, esto es, menor que el primogénito y mayor que el último, que había pecado contra su padre, no le maldijera en sí mismo, sino en su hijo, su propio nieto, con estas palabras: "Maldito sea el niño Canaán, será siervo de sus hermanos". Canaán, por lo demás, había nacido de Cam, quien no había cubierto, sino más bien delatado la desnudez de su padre durmiente. De donde también lo que añade siguiendo la bendición de los dos hijos, el mayor y el menor, diciendo: "Bendito sea el Señor Dios de Sem, y sea el niño Canaán su siervo; dilate Dios a Jafet, y habite en las casas de Sem" (Gén. IX, 25-27): así como esa misma plantación de la viña por el mismo Noé, y la embriaguez de su fruto, y la desnudez del durmiente, y las demás cosas que allí se hicieron y escribieron, están preñadas de sentidos proféticos y veladas con coberturas.

CAPÍTULO II.

Qué fue prefigurado proféticamente en los hijos de Noé.

Pero ahora, habiéndose ya seguido en la posteridad el efecto de las cosas, lo que había estado cubierto está suficientemente abierto. Pues, ¿quién que advierta esto diligente e inteligentemente no lo reconocería en Cristo? Pues Sem, de cuya semilla nació Cristo en la carne, se interpreta como "Nombrado". ¿Y qué hay más nombrado que Cristo, cuyo nombre ya fragancia por todas

partes, de modo que en el Cantar de los Cantares, incluso prediciéndolo la misma profecía, se compara con el ungüento derramado (Cant. I, 2): en cuyas casas, esto es, en las iglesias, habita la amplitud de las gentes? Pues Jafet se interpreta como "Amplitud". Por lo demás, Cam, que se interpreta como "Cálido", el hijo mediano de Noé, como distinguiéndose de ambos y permaneciendo entre ambos, ni en las primicias de los israelitas ni en la plenitud de las gentes, ¿qué significa sino el género cálido de los herejes, no por el espíritu de sabiduría, sino de impaciencia, con el cual suelen hervir los corazones de los herejes y perturbar la paz de los santos? Pero estas cosas ceden en provecho de los que progresan, según aquello del Apóstol: "Conviene que también haya herejías, para que los aprobados se hagan manifiestos entre vosotros" (I Cor. XI, 19). De donde también está escrito: "El hijo erudito será sabio, pero se servirá de un ministro imprudente" (Prov. X, 4, según los LXX). Pues muchas cosas pertenecientes a la fe católica, mientras son agitadas por la cálida inquietud de los herejes, para que puedan ser defendidas contra ellos, son tanto consideradas más diligentemente, como entendidas más claramente y predicadas con más instancia: y la cuestión movida por el adversario se convierte en ocasión de aprender. Aunque no sólo los que están muy abiertamente separados, sino también todos los que se glorían en el nombre cristiano y viven perdidamente, pueden no absurdamente verse figurados por el hijo mediano de Noé: pues la pasión de Cristo, que fue significada por la

desnudez de aquel hombre, tanto la anuncian profesándola como la deshonran actuando mal. De tales, pues, se dijo: "Por sus frutos los conoceréis" (Mat. VII, 20). Por eso Cam fue maldito en su hijo, como en su fruto, esto es, en su obra. De donde convenientemente también su hijo Canaán se interpreta como "Movimiento de ellos": lo cual, ¿qué otra cosa es sino la obra de ellos? Pero Sem y Jafet, como la circuncisión y el prepucio, o como de otro modo los llama el Apóstol, judíos y griegos, pero llamados y justificados, habiendo conocido de cualquier modo la desnudez del padre, por la cual se significaba la pasión del Salvador, tomando una vestidura, la pusieron sobre sus espaldas y entraron de espaldas y cubrieron la desnudez de su padre, y no vieron lo que cubrieron con reverencia (Gén. IX, 23). Pues en cierto modo en la pasión de Cristo honramos lo que se hizo por nosotros y aborrecemos el crimen de los judíos. La vestidura significa el sacramento; las espaldas, la memoria de las cosas pasadas: porque la Iglesia celebra la pasión de Cristo como ya transcurrida en aquel tiempo en que Jafet habita en las casas de Sem y el hermano malo en medio de ellos, y no la contempla todavía como futura.

Pero el hermano malo en su hijo, esto es, en su obra, es niño, esto es, siervo de los hermanos buenos, cuando tanto para el ejercicio de la paciencia como para el provecho de la sabiduría, los buenos usan sabiamente de los malos. Pues hay, según atestigua el Apóstol, quienes anuncian a Cristo no castamente: "Pero ya sea por ocasión", dice, "ya sea por verdad, que Cristo sea anunciado, en

esto me gozo, y aun me gozaré" (Filip. I, 18). Él mismo ciertamente plantó la viña, de la cual dice el Profeta: "La viña del Señor de los Ejércitos es la casa de Israel" (Isa. V, 7): y bebió de su vino: ya sea que aquí se entienda aquel cáliz del que dice: "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?" (Mat. XX, 22)? y: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz" (Id. XXVI, 39); con lo cual significa sin duda su pasión: o ya sea porque el vino es fruto de la viña, se signifique más bien por aquello que de esa misma viña, esto es, del género de los israelitas, asumió para nosotros carne y sangre para poder padecer: "Y se embriagó", esto es, padeció: "Y se desnudó" (Gén. IX, 21); pues allí fue desnudada, esto es, apareció su flaqueza, de la cual dice el Apóstol: "Aunque fue crucificado por flaqueza" (II Cor. XIII, 4). De donde el mismo dice: "Lo flaco de Dios es más fuerte que los hombres, y lo necio de Dios es más sabio que los hombres" (I Cor. I, 25). Pero el que, habiéndose dicho: "Y se desnudó", añadiera la Escritura: "en su casa", muestra elegantemente que había de padecer la cruz y la muerte por parte de la gente de su propia carne y los domésticos de su sangre, a saber, los judíos. Esta pasión de Cristo los réprobos la anuncian fuera sólo con el sonido de la voz: pues no entienden lo que anuncian. Los buenos, en cambio, tienen en el hombre interior tan grande misterio, y honran dentro en el corazón lo flaco y lo necio de Dios, que es más fuerte y sabio que los hombres. Figura de esto es que Cam, saliendo, anunció esto fuera; pero Sem y Jafet, para velar

esto, esto es, para honrarlo, entraron, esto es, lo realizaron interiormente.

Indagamos estos secretos de la divina Escritura como podemos, uno más o menos congruentemente que otro, pero manteniendo fielmente por cierto que aquellas cosas no fueron gestadas y escritas sin alguna prefiguración de cosas futuras, ni han de referirse sino a Cristo y a su Iglesia, que es la ciudad de Dios: de la cual desde el principio del género humano no faltó la predicación, que vemos cumplirse en todo. Benditos, pues, los dos hijos de Noé, y maldito uno en medio de ellos, de aquí en adelante hasta Abraham se guarda silencio sobre la conmemoración de algunos justos que adoraran piadosamente a Dios por espacio de más de mil años. No creería yo que faltaran: pero si se conmemoraran todos, se haría demasiado largo; y esto sería más diligencia histórica que providencia profética. Aquellas cosas, pues, prosigue el escritor de estas sagradas Letras, o más bien a través de él el Espíritu de Dios, por las cuales no sólo se narren cosas pasadas, sino que también se preanuncien las futuras, las cuales sin embargo pertenecen a la ciudad de Dios: porque también de los hombres que no son ciudadanos de ella, cualquier cosa que se diga aquí, se dice para esto, para que aquélla, por la comparación contraria, o aproveche o sobresalga. No ciertamente todo lo que se narra como gestado ha de pensarse que también significa algo: sino que por causa de aquellas cosas que significan algo, se entretejen también las que nada significan. Pues sólo con la reja se surca la tierra; pero para que

esto pueda hacerse, también son necesarios los demás miembros del arado: y sólo las cuerdas en las cítaras y en esta clase de instrumentos musicales se adaptan para el canto; pero para que puedan adaptarse, existen también otras cosas en la estructura de los instrumentos que no son pulsadas por los que cantan, sino que aquello que al ser pulsado resuena, se conecta a éstas. Así, en la historia profética se dicen también algunas cosas que nada significan, sino para que a ellas se adhieran las que significan y en cierto modo se aten.

CAPÍTULO III.

Sobre las generaciones de los tres hijos de Noé.

1. Por tanto, han de considerarse a continuación las generaciones de los hijos de Noé, y lo que parece que debe decirse sobre ellas ha de entretejerse en esta obra, por la cual se muestra el progreso de ambas ciudades, a saber, la terrena y la celestial, a través de los tiempos. Pero comenzaron a conmemorarse desde el hijo menor, que se llamó Jafet; cuyos hijos nombrados son ocho; pero los nietos siete de dos de sus hijos, tres de uno y cuatro del otro: así resultan todos quince. Mas los hijos de Cam, esto es, del hijo medio de Noé, fueron cuatro, y los nietos cinco de uno de sus hijos, y los bisnietos dos de un nieto: su suma resulta once. Enumerados éstos, se vuelve como al principio, y se dice: "Cus engendró a Nemrod: este comenzó a ser gigante sobre la tierra. Este era gigante cazador contra el Señor Dios. Por esto

dicen: Como Nemrod, gigante cazador contra el Señor. Y fue el principio de su reino Babilonia, Erec, Acad y Calne en la tierra de Sennaar. De aquella tierra salió Asur, y edificó Nínive y la ciudad de Rehobot, y Calaj y Resen entre Nínive y Calaj: esta es una ciudad grande". Además, este Cus, padre del gigante Nemrod, fue nombrado el primero entre los hijos de Cam, cuyos cinco hijos ya habían sido computados, y dos nietos. Pero a este gigante lo engendró o bien después de nacidos sus nietos; o bien, lo que es más creíble, la Escritura habló de él por separado a causa de su eminencia; puesto que también se conmemoró su reino, cuyo principio era aquella nobilísima ciudad de Babilonia, y las que se conmemoran junto a ella, ya sean ciudades o regiones. Pero lo que se dijo, que de aquella tierra, esto es, de la tierra de Sennaar, que pertenecía al reino de Nemrod, salió Asur y edificó Nínive y las otras ciudades que añadió, se hizo mucho después, lo cual tocó en esta ocasión por la nobleza del reino de los asirios, que dilató maravillosamente Nino, hijo de Belo, fundador de la gran ciudad de Nínive: de cuyo nombre se derivó el nombre de la ciudad, para que de Nino se llamara Nínive. Pero Asur, de donde proceden los asirios, no estuvo entre los hijos de Cam, el hijo medio de Noé, sino que se encuentra entre los hijos de Sem, que fue el hijo mayor de Noé. De donde aparece que de la progenie de Sem surgieron quienes después obtendrían el reino de aquel gigante, y de allí procederían y fundarían otras ciudades, la primera de las cuales fue llamada Nínive por Nino. De

aquí se vuelve a otro hijo de Cam, que se llamaba Mesraim, y se conmemoran los que engendró; no como hombres individuales, sino como siete naciones. Y de la sexta, como de un sexto hijo, se conmemora que salió una nación que se llama los filisteos; de donde resultan ocho. De allí se vuelve otra vez a Canaán, en cuyo hijo fue maldito Cam; y se nombran once que engendró. Luego se dice hasta qué términos llegaron, conmemoradas ciertas ciudades. Y por esto, computados hijos y nietos, se refieren treinta y uno nacidos de la progenie de Cam.

2. Resta conmemorar a los hijos de Sem, el hijo mayor de Noé: pues hasta él llega gradualmente la narración de esas generaciones, habiendo surgido desde el menor. Pero donde comienzan a conmemorarse los hijos de Sem, hay algo de oscuridad que ha de aclararse con la exposición: porque también pertenece mucho al asunto que investigamos. Pues así se lee: "Y le nació también a Sem el padre de todos los hijos de Heber, hermano mayor de Jafet". El orden de las palabras es: "Y le nació a Sem Heber, también a él mismo, esto es, al mismo Sem, le nació Heber, el cual Sem es padre de todos sus hijos". Quiso, pues, que Sem fuera entendido como el patriarca de todos los que surgieron de su estirpe, a los cuales ha de conmemorar, ya sean hijos, o nietos, o bisnietos, y de ahí en adelante surgidos de la misma fuente. Ciertamente Sem no engendró a este Heber: sino que se encuentra como el quinto en la serie de progenitores desde él. Pues Sem, entre otros hijos, engendró a Arfaxad, Arfaxad engendró a

Cainán, Cainán engendró a Sala, Sala engendró a Heber. No ciertamente en vano fue él mismo nombrado el primero en la progenie que venía de Sem, y preferido incluso a los hijos, siendo el quinto nieto; a no ser porque es verdad lo que se transmite, que de aquel Heber fueron denominados los hebreos, como si fuesen heberitas: aunque también pueda haber otra opinión, como la de que parezcan ser llamados hebreos por Abraham, como si se dijeran abraheos. Pero sin duda esto es verdad, que de Heber fueron llamados heberitas; y luego, quitada una letra, hebreos: cuya lengua hebrea solo el pueblo de Israel pudo conservar, en el cual la ciudad de Dios peregrinó en los santos y fue prefigurada en todo por un sacramento. Por tanto, se nombran primero seis hijos de Sem, luego de uno de ellos nacieron cuatro nietos suyos: e igualmente otro de los hijos de Sem engendró a su nieto, y de aquel nació asimismo un bisnieto, y de allí un tataranieto, que es Heber. Engendró, pues, Heber dos hijos, a uno de los cuales llamó Falec, que se interpreta como Divisor. Luego la Escritura, subyugando y dando la razón de este nombre, dice: "Porque en sus días se dividió la tierra". Pero qué sea esto, aparecerá después. Mas otro que nació de Heber engendró doce hijos: y por esto resultan todos los nacidos de Sem veintisiete. En suma, pues, todos los nacidos de los tres hijos de Noé, esto es, quince de Jafet, treinta y uno de Cam y veintisiete de Sem, resultan setenta y tres. Luego sigue la Escritura diciendo: "Estos son los hijos de Sem en sus tribus según sus lenguas, en sus regiones y en sus naciones". E igualmente

sobre todos: "Estas", dice, "son las tribus de los hijos de Noé según sus generaciones y según sus naciones. De estos se dispersaron las islas de las naciones sobre la tierra después del diluvio". De donde se colige que entonces hubo setenta y tres, o más bien (como se demostrará después) setenta y dos naciones, no hombres. Pues también antes, habiendo sido conmemorados los hijos de Jafet, así se concluyó: "De estos se segregaron las islas de las naciones en su tierra, cada uno según su lengua en sus tribus y en sus naciones".

3. Ya en los hijos de Cam, en cierto lugar, se conmemoraron más abiertamente las naciones, como mostré arriba. "Mesraim engendró a los que se llaman ludim": y del mismo modo las demás hasta siete naciones. Y enumeradas todas, concluyendo después, dice: "Estos son los hijos de Cam en sus tribus, según sus lenguas en sus regiones y en sus naciones" (Gén. X). Por tanto, no se conmemoraron los hijos de muchos por esta causa: porque al nacer se añadieron a otras naciones, pero ellos mismos no pudieron formar naciones. ¿Pues, por qué otra causa, cuando se enumeran ocho hijos de Jafet, se conmemoran hijos nacidos de solo dos de ellos; y cuando se nombran cuatro hijos de Cam, se añaden solo los que nacieron de tres; y cuando se nombran seis hijos de Sem, se entreteje la posteridad de solo dos? ¿Acaso los demás permanecieron sin hijos? Lejos de nosotros creer esto: sino que no formaron naciones por las cuales fuesen dignos de ser conmemorados; porque según nacían, se añadían a otras naciones.

CAPÍTULO IV.

Sobre la diversidad de lenguas y el principio de Babilonia.

Puesto que se refiere que estas naciones existieron en sus propias lenguas, el narrador vuelve, sin embargo, a aquel tiempo en que hubo una sola lengua para todos, y de ahí expone ya lo que sucedió para que naciera la diversidad de lenguas. "Y era", dice, "toda la tierra un solo labio y una sola voz para todos. Y sucedió que, al desplazarse ellos desde el Oriente, hallaron un campo en la tierra de Sennaar y habitaron allí. Y dijo el hombre a su prójimo: Venid, hagamos ladrillos y cozámoslos al fuego. Y se les convirtieron los ladrillos en piedra, y el betún les servía de mezcla: y dijeron: Venid y edifiquémonos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo, y hagámonos un nombre antes de que seamos dispersados por la faz de toda la tierra. Y descendió el Señor a ver la ciudad y la torre que edificaron los hijos de los hombres. Y dijo el Señor Dios: He aquí un solo género y un solo labio para todos; y esto han comenzado a hacer, y ahora no les faltará nada de lo que hayan intentado hacer: venid y, descendiendo, confundamos allí su lengua para que no oiga cada uno la voz de su prójimo. Los dispersó el Señor de allí sobre la faz de toda la tierra, y cesaron de edificar la ciudad y la torre. Por esto fue llamado su nombre Confusión; porque allí confundió el Señor los labios de toda la tierra: y de allí los dispersó el Señor Dios sobre la faz de toda la tierra" (Gén. XI, 1-9). Esta ciudad que fue llamada Confusión es la misma Babilonia, cuya

admirable construcción encomia también la historia de las Gentes. Pues Babilonia se interpreta como Confusión. De donde se colige que aquel gigante Nemrod fue su fundador, lo cual se había insinuado brevemente arriba donde, al hablar de él la Escritura, dijo que el principio de su reino fue Babilonia, esto es, la que ostentara el principado sobre las demás ciudades, donde estuviera como en una metrópoli la morada del reino: aunque no fuera perfeccionada hasta tal grado como pensaba la soberbia impiedad. Pues se disponía una altura excesiva, que se decía que llegaba hasta el cielo, ya fuera de una sola torre suya, que construían como principal entre las otras, o bien de todas las torres, que por el número singular fueron así significadas, como se dice el soldado y se entienden miles de soldados: como la rana, como la langosta; pues así fue llamada la multitud de ranas y langostas en las plagas con que fueron heridos los egipcios por medio de Moisés (Éx. X, 4, y en otros lugares; Sal. LXXVII, 45). Pero, ¿qué iba a hacer la humana y vana presunción? Por mucho que elevara la altura de una mole hacia el cielo contra Dios, ¿cuándo trascendería todos los montes? ¿Cuándo escaparía del espacio de este aire nebuloso? En fin, ¿qué dañaría a Dios cualquier elación, ya fuera espiritual o corporal? La humildad edifica un camino seguro y verdadero hacia el cielo, levantando el corazón hacia arriba, hacia el Señor, no contra el Señor: tal como fue llamado este gigante "cazador contra el Señor" (Gén. X, 9). Lo cual, no entendiéndolo algunos, fueron engañados por el ambiguo griego, de mo-

do que no interpretaron "contra el Señor", sino "ante el Señor": pues ἐναντιον significa tanto "ante" como "contra". Pues esta palabra está en el Salmo: "Y lloremos ante el Señor que nos hizo" (Sal. XCIV, 6). Y esta palabra está también en el libro de Job, donde está escrito: "En furor estallaste contra el Señor" (Job XV, 13, según los LXX). Así, pues, ha de entenderse este gigante como "cazador contra el Señor". Pero, ¿qué se significa aquí con este nombre, que es "cazador", sino el engañador, opresor y extintor de los animales nacidos de la tierra? Erigía, pues, con sus pueblos una torre contra el Señor, con la cual se significó la impía soberbia. Con razón, pues, se castiga el mal afecto, incluso aquel al que no sucede el efecto. Mas, ¿qué clase de castigo fue el género mismo? Puesto que el dominio del que manda está en la lengua, allí fue condenada la soberbia, para que no fuera entendido el que mandaba al hombre, porque no quiso entender para obedecer a Dios que manda. Así se disolvió aquella conspiración, al apartarse cada uno de aquel a quien no entendía, ni se unía sino a aquel con quien podía hablar: y por las lenguas fueron divididas las naciones y dispersadas por las tierras, según plugo a Dios, quien hizo esto de modos ocultos e incomprensibles para nosotros.

CAPÍTULO V.

Sobre el descenso del Señor para confundir la lengua de los que edificaban la torre.

Porque aquello que está escrito: "Y descendió el Señor a ver la ciudad y la torre que edificaron los hijos de los hombres"; esto es, no los hijos de Dios, sino aquella sociedad que vive según el hombre, a la que llamamos ciudad terrena: Dios no se mueve por lugar, pues siempre está todo en todas partes; sino que se dice que desciende cuando hace algo en la tierra que, hecho maravillosamente fuera del curso acostumbrado de la naturaleza, muestra en cierto modo su presencia: ni aprende viendo en el tiempo el que nunca puede ignorar nada; sino que se dice que ve y conoce en el tiempo aquello que hace que sea visto y conocido. No se veía, pues, aquella ciudad de tal modo como Dios hizo que se viera, cuando mostró cuánto le desagradaba. Aunque puede entenderse que Dios descendió a aquella ciudad porque descendieron sus ángeles en quienes habita; de modo que lo que se añade: "Y dijo el Señor Dios: He aquí un solo género y un solo labio para todos", etc.; y luego se añade: "Venid y, descendiendo, confundamos allí su lengua" (Gén. XI, 5-7); sea una recapitulación que demuestre de qué modo se hizo lo que se había dicho: "Descendió el Señor". Pues si ya había descendido, ¿qué quiere decir: "Venid y, descendiendo, confundamos" (lo cual se entiende dicho a los ángeles), sino porque descendía por medio de los ángeles el que estaba en los ángeles que descendían? Y bien dice, no: "Venid y, descendiendo, confundid"; sino: "Confundamos allí su lengua"; mostrando que de tal modo obra por sus ministros que sean también ellos mismos cooperadores de Dios: tal

como dice el Apóstol: "Pues somos cooperadores de Dios" (I Cor. III, 9).

CAPÍTULO VI.

Qué clase de locución ha de entenderse aquella por la que Dios habla a los ángeles.

1. Podía también aquello que se dijo cuando fue hecho el hombre: "Hagamos al hombre", entenderse de los ángeles, porque no dijo: "Haré"; pero como sigue: "a nuestra imagen", y no es lícito creer que el hombre fue hecho a imagen de los ángeles, o que sea la misma la imagen de los ángeles y la de Dios, por eso rectamente se entiende allí la pluralidad de la Trinidad. Cuya Trinidad, sin embargo, porque es un solo Dios, aun habiendo dicho "Hagamos", dice: "Y hizo Dios al hombre a imagen de Dios" (Gén. I, 26-27): no dijo: "Hicieron los dioses", o "a imagen de los dioses". Y aquí podría entenderse la misma Trinidad, como si el Padre dijera al Hijo y al Espíritu Santo: "Venid y, descendiendo, confundamos allí su lengua", si hubiera algo que prohibiera entender a los ángeles: a quienes más bien conviene venir a Dios por movimientos santos, esto es, por pensamientos piadosos, por los cuales es consultada por ellos la Verdad inconmutable, como ley eterna en aquella su corte celestial. Pues no son ellos mismos la verdad, sino partícipes de la Verdad creadora, hacia ella se mueven como hacia la fuente de la vida, para que lo que no tienen de sí mismos lo reciban de ella. Y es estable este movimiento suyo por el que vienen los que no se alejan. Ni habla

Dios a los ángeles como nosotros nos hablamos entre nosotros, o a Dios, o a los ángeles, o como los mismos ángeles nos hablan a nosotros, o Dios por medio de ellos a nosotros; sino a su modo inefable, aunque esto se nos indique a nosotros a nuestro modo. Pues la más sublime locución de Dios antes de su hecho es la razón inconmutable de su mismo hecho, que no tiene sonido estrepitoso y transitorio, sino una fuerza que permanece eternamente y opera temporalmente. Con esta habla a los ángeles santos, pero a nosotros, situados muy de otra manera. Mas cuando también nosotros captamos algo de tal locución con los oídos interiores, nos aproximamos a los ángeles. No he de dar, pues, asiduamente razón en esta obra sobre las locuciones de Dios. Porque, o bien la Verdad inconmutable habla por sí misma inefablemente a las mentes de la criatura racional, o habla a través de una criatura mudable, ya sea por imágenes espirituales a nuestro espíritu, ya por voces corporales al sentido del cuerpo.

2. Aquello ciertamente que se dijo: "Y ahora no les faltará nada de lo que hayan intentado hacer" (Id. XI, 6), no se dijo confirmando, sino como interrogando, tal como suele decirse por los que amenazan, según dice uno: "¿No prepararán las armas y le seguirán desde toda la ciudad?" (Virgilio, Eneida, lib. 4, v. 592). Así, pues, ha de tomarse como si hubiera dicho: "¿Acaso no les faltará todo lo que han intentado hacer?". Pero si se dice así, no expresa al que amenaza. Mas por causa de los más lentos añadimos la partícula, esto es, Ne, para que dijéramos Nonne [¿acaso no?], puesto

que no podemos escribir la voz del que pronuncia. De aquellos tres hombres, pues, hijos de Noé, setenta y tres, o más bien, como la razón ha de declarar, setenta y dos naciones y otras tantas lenguas empezaron a haber por las tierras, las cuales al crecer llenaron también las islas. Pero el número de las naciones aumentó mucho más que el de las lenguas. Pues también en África conocemos muchísimas naciones bárbaras en una sola lengua; y que los hombres, multiplicado el género humano, pudieron pasar en nave para habitar las islas, ¿quién lo dudaría?

CAPÍTULO VII.

Si todo género de bestias, aun en las islas más remotas de las tierras, las recibió de aquel número que fue preservado en el arca de la inundación del diluvio.

Pero la cuestión es sobre todo género de bestias que no están bajo el cuidado de los hombres, ni nacen de la tierra como las ranas, sino que se propagan solo por la unión de macho y hembra, como los lobos y otras cosas de esta clase, cómo pudieron estar en las islas después del diluvio, por el cual fueron destruidas todas las cosas que no estaban en el arca, si no fueron restauradas sino de estas cuyos géneros preservó el arca en ambos sexos. Puede ciertamente creerse que pasaron a las islas nadando, pero a las próximas. Hay, sin embargo, algunas situadas tan lejos de las tierras continentales que ninguna de las bestias parece haber podido nadar hasta ellas. Mas si los hombres las llevaron capturadas consigo,

y de ese modo instituyeron sus géneros donde habitaban, no es increíble que pudiera hacerse por el afán de la caza: aunque no ha de negarse que por mandato o permiso de Dios pudieron ser trasladadas también por obra de los Ángeles. Pero si surgieron de la tierra según su origen primero, cuando dijo Dios: "Produzca la tierra alma viviente" (Gén. I, 24): aparece mucho más claramente que no tanto por causa de restaurar los animales como por causa de figurar las diversas naciones por el sacramento de la Iglesia estuvieron todos los géneros en el arca, si la tierra produjo muchos animales en las islas adonde no pudieron pasar.

CAPÍTULO VIII.

Si de la estirpe de Adán o de los hijos de Noé procedieron algunos géneros de hombres monstruosos.

1. Se pregunta también si de los hijos de Noé, o más bien de aquel único hombre de quien ellos mismos existieron, ha de creerse que se propagaron ciertos géneros de hombres monstruosos que narra la historia de las naciones: como se dice que algunos tienen un solo ojo en medio de la frente; otros tienen las plantas vueltas tras las piernas; otros tienen la naturaleza de ambos sexos, y la mama derecha viril, la izquierda femenina, y en turnos alternos de coito engendran y paren; otros no tienen boca y viven solo del aliento por las narices; otros son de estatura de un codo, a los que los griegos llaman pigmeos por el codo; en otro lugar las mujeres conciben a los cinco años y no pasan del octavo año de vida. Asimismo dicen

que hay una nación donde tienen una sola pierna en sus pies, ni doblan la corva, y son de maravillosa celeridad; a los que llaman esciápodos, porque en el calor, yaciendo supinos en tierra, se protegen con la sombra de sus pies; algunos sin cuello, teniendo los ojos en los hombros; y otros géneros de hombres, o casi de hombres, que están pintados en mosaico en la plaza marítima de Cartago, tomados de libros como de una historia más curiosa. ¿Qué diré de los cinocéfalos, cuyas cabezas caninas y su mismo ladrido los confiesa más como bestias que como hombres? Pero no es necesario creer todos los géneros de hombres que se dicen existir. Mas quienquiera que nazca en cualquier parte como hombre, esto es, animal racional mortal, por muy inusitada forma de cuerpo que presente a nuestros sentidos, sea color, sea movimiento, sea sonido, o en cualquier fuerza, cualquier parte, cualquier cualidad de la naturaleza, ninguno de los fieles dudará que trae su origen de aquel único protoplasto. Aparece, sin embargo, qué ha obtenido la naturaleza en la mayoría y qué es admirable por su misma rareza.

2. Pero cual razón se da sobre los partos monstruosos entre nosotros, tal puede darse sobre ciertas naciones monstruosas. Pues Dios es el creador de todos, el cual sabe dónde y cuándo conviene o ha convenido que algo sea creado, conociendo con qué similitud o diversidad de partes teje la belleza del universo. Pero quien no puede inspeccionar el todo se ofende como por la deformidad de una parte; porque ignora con qué sea congruente y a qué se refiera. Sabemos que

nacen hombres con más de cinco dedos en manos y pies; y esta distancia es más leve que aquella otra: pero lejos esté que alguien sea tan necio que piense que el Creador erró en el número de los dedos humanos, aunque ignore por qué hizo esto. Así, aunque surja una diversidad mayor, Él sabe lo que hizo, cuyas obras nadie reprende con justicia. En Hipona Diarito hay un hombre que tiene las plantas como lunadas, y en ellas solo dos dedos, y las manos similares. Si existiera alguna nación tal, se añadiría a esa historia curiosa y admirable. ¿Negaremos acaso a este, por esto, que fue propagado de aquel único que fue creado el primero? Los andróginos, a quienes también llaman hermafroditas, aunque son muy raros, es difícil sin embargo que falten en los tiempos, en los cuales de tal modo aparecen ambos sexos que es incierto de cuál de ellos deban más bien recibir el nombre: prevaleció, no obstante, la costumbre de hablar de que fuesen llamados por el mejor, esto es, por el masculino. Pues nadie llamó jamás *androgynaecas* o *hermaphroditas*. Hace algunos años, ciertamente en nuestra memoria, nació en Oriente un hombre doble en los miembros superiores, simple en los inferiores: pues había dos cabezas, dos pechos, cuatro manos; pero un solo vientre y dos pies, como para un solo hombre; y vivió tanto tiempo que la fama atrajo a muchos para verlo. ¿Pero quién podría conmemorar todos los fetos humanos muy disímiles a aquellos de quienes es certísimo que nacieron? Como, por tanto, no puede negarse que estos traen su origen de aquel único; así cualesquiera naciones que en

las diversidades de los cuerpos se transmite que han como exorbitado del curso acostumbrado de la naturaleza, el cual mantienen los más y casi todos, si se incluyen en aquella definición de que son animales racionales y mortales, ha de confesarse que traen su estirpe de ese mismo único primer padre de todos: si es que son verdad las cosas que se transmiten sobre la variedad de aquellas naciones y tanta diversidad entre sí y con nosotros. Pues también a los simios, y a los cercopitecos, y a las esfinges, si no supiéramos que no son hombres sino bestias, podrían aquellos historiadores, gloriándose de su curiosidad, mentirnos con impune vanidad como si fueran algunas naciones de hombres. Pero si son hombres de quienes se han escrito aquellas maravillas; ¿qué, si por esto quiso Dios también crear así algunas naciones, para que en estos monstruos que consta que nacen de hombres entre nosotros, no pensáramos que su sabiduría, con la cual forma la naturaleza humana, había errado como si fuera el arte de algún artífice menos perfecto? No debe, pues, parecernos absurdo que, así como en cada una de las naciones hay ciertos monstruos de hombres, así en todo el género humano haya ciertos monstruos de naciones. Por lo cual, para concluir esta cuestión paso a paso y con cautela: o bien aquellas cosas que se han escrito tales sobre algunas naciones no son absolutamente nada; o si son, no son hombres; o proceden de Adán, si son hombres.

CAPÍTULO IX.

Si ha de creerse que la parte inferior de la tierra, que es contraria a nuestra habitación, tiene antípodas.

Pero lo que fabulan de que existen también antípodas, esto es, hombres en la parte contraria de la tierra, donde el sol sale cuando se pone para nosotros, que pisan con huellas opuestas a nuestros pies, por ninguna razón ha de creerse. Ni afirman haber aprendido esto por algún conocimiento histórico, sino que lo conjeturan como por razonamiento, por el hecho de que la tierra esté suspendida dentro de las convexidades del cielo, y el mundo ocupe el mismo lugar, tanto el ínfimo como el medio: y por esto opinan que la otra parte de la tierra, que está debajo, no puede carecer de la habitación de hombres. Ni advierten que, aunque se crea que el mundo es de figura conglobada y redonda, o se demuestre por alguna razón, no es, sin embargo, consecuencia de ello que también en aquella parte la tierra esté desnuda del montón de las aguas; luego, aunque esté desnuda, tampoco es inmediatamente necesario que tenga hombres. Puesto que de ningún modo miente esa Escritura que, narrados los hechos pasados, da fe por cumplirse sus predicciones: y es demasiado absurdo que se diga que algunos hombres pudieron navegar y llegar desde esta parte a aquella, atravesada la inmensidad del Océano, para que también allí se instituyera el género humano de aquel único primer hombre. Por lo cual, entre aquellos pueblos de hombres entonces, que se colige que estuvieron divididos en setenta y dos naciones y otras tantas lenguas, busquemos si podemos encontrar aquella ciudad

de Dios peregrina en las tierras, que fue conducida hasta el diluvio y el arca, y se muestra haber perseverado en los hijos de Noé por sus bendiciones, principalmente en el mayor, que fue llamado Sem: puesto que Jafet fue de tal modo bendito que habitara en las casas de ese mismo hermano suyo.

CAPÍTULO X.

Sobre la generación de Sem, en cuya progenie se dirige el orden de la ciudad de Dios tendiendo hacia Abraham.

1. Ha de mantenerse, pues, la serie de las generaciones desde el mismo Sem, para que ella misma muestre la ciudad de Dios después del diluvio; tal como la mostraba antes del diluvio la serie de las generaciones desde aquel que fue llamado Set. Por esto, pues, la divina Escritura, habiendo mostrado la ciudad terrena en Babilonia, esto es, en la confusión, vuelve recapitulando al patriarca Sem y comienza desde allí las generaciones hasta Abraham, conmemorado también el número de años en que cada uno perteneciente a esta serie había engendrado un hijo, y cuánto había vivido. Donde ciertamente ha de reconocerse lo que antes había prometido, para que aparezca por qué se dijo de los hijos de Heber: "El nombre de uno fue Falec, porque en sus días se dividió la tierra" (Gén. X, 25). Pues, ¿qué otra cosa ha de entenderse por que la tierra fue dividida, sino por la diversidad de las lenguas? Omitidos, pues, los demás hijos de Sem que no pertenecen a este asunto, se conectan en el

orden de las generaciones aquellos por quienes se pueda llegar a Abraham: tal como se conectaban antes del diluvio aquellos por quienes se llegaba a Noé, en las generaciones que se propagaron de aquel hijo de Adán que fue llamado Set. Así, pues, comienza esta contextura de las generaciones: "Y estas son las generaciones de Sem. Sem era hijo de cien años cuando engendró a Arfaxad, en el segundo año después del diluvio. Y vivió Sem, después de que engendró a Arfaxad, quinientos años, y engendró hijos e hijas, y murió" (Id. XI, 10, 11). Así prosigue con los demás, diciendo en qué año de su vida engendró cada uno un hijo perteneciente a ese orden de las generaciones que llega hasta Abraham; y cuántos años vivió después, insinuando que engendró hijos e hijas: para que entendamos de dónde pudieron acrecentarse los pueblos, no sea que, ocupados en los pocos hombres que se conmemoran, vacilemos puerilmente sobre de dónde pudieron llenarse tan grandes espacios de tierras y de reinos de la estirpe de Sem; especialmente por causa del reino de los asirios, de donde aquel Nino, domador de los pueblos orientales por todas partes, reinó con ingente prosperidad y propagó a sus pósteros un reino amplísimo y muy bien fundado, que se mantuviera por largo tiempo.

2. Pero nosotros, para no detenernos más de lo necesario, ponemos para ser recordado en este orden solamente no cuántos años vivió cada uno en esa serie de las generaciones, sino en qué año de su vida engendró un hijo, tanto para que recojamos el número de años desde el transcurri-

do diluvio hasta Abraham, como para que, por causa de aquellas cosas en las que la necesidad nos obliga a detenernos, toquemos otras breve y de pasada. En el segundo año, pues, después del diluvio, Sem, siendo de cien años, engendró a Arfaxad; Arfaxad, siendo de ciento treinta y cinco años, engendró a Cainán; el cual, siendo de ciento treinta, engendró a Sala. Además, también el mismo Sala era de otros tantos años cuando engendró a Heber. Pero ciento treinta y cuatro años contaba Heber cuando engendró a Falec, en cuyos días se dividió la tierra. El mismo Falec vivió ciento treinta y engendró a Ragau; y Ragau ciento treinta y dos, y engendró a Serug; y Serug ciento treinta y engendró a Nacor; y Nacor setenta y nueve y engendró a Taré; y Taré setenta y engendró a Abram (Gén. XI, 10-26): al cual después Dios, cambiado el nombre, llamó Abraham (Id. XVII, 5). Resultan, pues, desde el diluvio hasta Abraham mil setenta y dos años, según la edición Vulgata, esto es, de los Setenta intérpretes. Pero en los códices hebreos refieren que se encuentran muchos menos años: de lo cual no dan razón alguna, o una muy difícil.

3. Cuando, pues, buscamos la ciudad de Dios en aquellas setenta y dos naciones, no podemos afirmar que en aquel tiempo, en que tenían un solo labio (Id. XI, 1), esto es, un solo habla, el género humano estuviera ya alienado del culto del verdadero Dios, de modo que la verdadera piedad permaneciera solo en estas generaciones que descienden de la estirpe de Sem por Arfaxad y llegan hasta Abraham: sino que desde aquella

soberbia de edificar la torre hasta el cielo, por la cual se significa una impía elación, apareció la ciudad, esto es, la sociedad de los impíos. Si, por tanto, antes no existía, o si estaba oculta, o si más bien permanecían ambas, a saber, la piadosa en los dos hijos de Noé que fueron bendecidos, y en sus pósteros; y la impía en aquel que fue maldito, y en su progenie, donde también surgió el gigante cazador contra el Señor, no es de fácil discernimiento. Pues tal vez, lo cual es ciertamente más creíble, también en los hijos de aquellos dos ya entonces, antes de que Babilonia comenzara a ser instituida, hubo despreciadores de Dios, y en los hijos de Cam, cultores de Dios: sin embargo, ha de creerse que ambos géneros de hombres nunca han faltado en las tierras. Pues aun cuando se dijo: "Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno"; en ambos Salmos, donde están estas palabras, también se lee esto: "¿Acaso no conocerán todos los que obran la iniquidad, los que devoran a mi pueblo como comida de pan?". Había, pues, también entonces un pueblo de Dios. Por lo cual, aquello que se dijo: "No hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno", se dijo de los hijos de los hombres, no de los hijos de Dios. Pues se antepuso: "Dios miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si hay quien entienda o busque a Dios" (Sal. XIII, 3, 4, 2; Sal. LII, 4, 5, 3): y luego se añadieron aquellas cosas que demuestran que todos los hijos de los hombres, esto es, los pertenecientes a la ciudad que vive según el hombre, no según Dios, son réprobos.

CAPÍTULO XI.

Que aquella lengua estuvo originalmente en el uso de los hombres, la cual después fue llamada hebrea por el nombre de Heber, y en cuya familia permaneció cuando se hizo la diversidad de las lenguas.

1. Por lo cual, así como cuando había una sola lengua para todos, no por eso faltaron los hijos de la pestilencia; pues también antes del diluvio había una sola lengua y, sin embargo, todos excepto la única casa del justo Noé merecieron ser borrados por el diluvio: así, cuando por el mérito de una impiedad más elevada las naciones fueron castigadas y divididas por la diversidad de las lenguas, y la ciudad de los impíos recibió el nombre de la confusión, esto es, fue llamada Babilonia, no faltó la casa de Heber, donde permaneciera aquella que antes fue la lengua de todos. Por lo cual, como mencioné arriba, cuando comenzaron a enumerarse los hijos de Sem, cada uno de los cuales procreó naciones individuales, Heber fue conmemorado primero, aunque es su biznieto, esto es, se encuentra que surgió como el quinto desde él. Porque, pues, en su familia permaneció esta lengua, estando las demás naciones divididas por otras lenguas, la cual lengua no inmerecidamente se cree que fue antes común al género humano, por eso de allí en adelante fue llamada hebrea. Pues entonces era necesario que ella se distinguiera de las otras lenguas por un nombre propio, tal como las otras también fueron llamadas con nombres propios. Pero cuando era una sola, no se llamaba de otra manera sino

lengua humana, o habla humana, con la cual sola hablaba todo el género humano.

2. Alguien dirá: Si en los días de Falec, hijo de Heber, se dividió la tierra por las lenguas, esto es, los hombres que entonces estaban en la tierra; por su nombre más bien debió llamarse aquella lengua que fue antes común a todos. Pero ha de entenderse que el mismo Heber impuso por eso tal nombre a su hijo, para que se llamara Falec, que se interpreta División, porque le nació entonces, cuando por las lenguas se dividió la tierra, esto es, en aquel mismo tiempo, para que sea esto lo que se dijo: "En sus días se dividió la tierra" (Gén. X, 25). Pues si Heber no viviera todavía cuando se hizo la multitud de las lenguas, la lengua no recibiría el nombre de su nombre, la cual pudo permanecer con él. Y por esto ha de creerse que ella fue aquella primera común: puesto que de la pena vino aquella multiplicación y cambio de las lenguas; y ciertamente fuera de esta pena debió estar el pueblo de Dios. Ni en vano es esta lengua la que mantuvo Abraham, ni pudo transmitirla a todos sus hijos, sino solo a aquellos que, propagados por Jacob y uniéndose más notable y eminentemente en el pueblo de Dios, pudieron tener los Testamentos de Dios y la estirpe de Cristo. Ni el mismo Heber volcó la misma lengua en toda su progenie; sino solo en aquella cuyas generaciones se conducen hasta Abraham. Por lo cual, aun cuando no se haya expresado evidentemente que hubo algún género piadoso de hombres cuando Babilonia era fundada por los impíos; esta oscuridad no valió para esto, para que se

defraudara la intención del que busca, sino más bien para que se ejercitara. Pues cuando se lee que hubo una sola lengua originalmente de todos, y antes de todos los hijos de Sem se recomienda a Heber, aunque surge como el quinto desde aquel; y se llama hebrea la lengua que la autoridad de los Patriarcas y Profetas custodió no solo en sus sermones, sino también en las Letras sagradas: ciertamente cuando se busca en la división de las lenguas dónde pudo permanecer aquella lengua que fue antes común; la cual, sin duda alguna, donde permaneció, allí no estuvo aquella pena que se hizo por el cambio de las lenguas; ¿qué otra cosa ocurre, sino que permaneció en la nación de este, de cuyo nombre recibió el nombre; y que esto apareció como un no pequeño vestigio de la justicia de esta nación, el que, cuando otras naciones eran castigadas con el cambio de las lenguas, no llegara a esta tal suplicio?

3. Pero todavía nos mueve esto: ¿cómo pudieron Heber y su hijo Falec formar naciones individuales, si una sola lengua permaneció para ambos? Y ciertamente una sola es la nación hebrea propagada desde Heber hasta Abraham, y por medio de él en adelante, hasta que el pueblo de Israel se hiciera grande. ¿Cómo, pues, todos los hijos de los tres hijos de Noé que son conmemorados formaron naciones individuales, si Heber y Falec no las formaron? Sin duda es más creíble que aquel gigante Nemrod también él mismo formara su propia nación, pero por la excelencia de su dominio y de su cuerpo fue nombrado aparte más eminentemente, para que

permanezca el número de setenta y dos naciones y lenguas. Pero Falec fue conmemorado por esta razón, no porque formara una nación (pues la suya es esa misma nación hebrea, y la misma lengua); sino por el tiempo notable, porque en sus días se dividió la tierra. Ni debe movernos cómo el gigante Nemrod pudo llegar a aquella edad en que Babilonia fue fundada, y se hizo la confusión de las lenguas, y de aquí la división de las naciones. Pues no porque Heber sea el sexto desde Noé, y aquel el cuarto, por eso no pudieron coincidir viviendo en aquel tiempo. Pues esto sucedió, viviendo ellos más tiempo, donde hay menos generaciones, y menos donde hay más; o habían nacido más tarde donde hubo menos, y más temprano donde hubo más. Ciertamente ha de entenderse que, cuando la tierra se dividió, no solo ya habían nacido los demás hijos de los hijos de Noé que se conmemoran como padres de las naciones, sino también que eran de tal edad que tenían numerosas familias, las cuales habrían sido dignas de los nombres de naciones. Por lo cual de ninguna manera ha de pensarse que fueron engendrados en aquel orden en que se leen conmemorados. De lo contrario, ¿cómo pudieron los doce hijos de Jectán, que era otro hijo de Heber, hermano de Falec, formar ya naciones, si Jectán nació después de su hermano Falec, tal como fue conmemorado después de él: siendo así que en el tiempo en que nació Falec se dividió la tierra? Por lo tanto, ha de entenderse que aquel fue ciertamente nombrado primero, pero que nació mucho después de su hermano Jectán, cuyos doce hijos

de Jectán tendrían ya tan grandes familias que pudieran dividirse en lenguas propias. Pues así pudo ser conmemorado primero quien era posterior en edad; tal como primero fueron conmemorados los hijos de Jafet procreados de los tres hijos de Noé, el cual era el menor de ellos; luego los hijos de Cam, que era el del medio; finalmente los hijos de Sem, que era el primero y mayor. Pero de aquellas naciones los vocablos en parte permanecieron, de modo que hoy también aparece de dónde fueron derivados; como de Asur los asirios, y de Heber los hebreos: en parte han sido cambiados por la antigüedad del tiempo, de modo que apenas hombres muy doctos que escudriñan las historias más antiguas han podido encontrar los orígenes de las naciones, no de todas, sino de algunas de estas. Pues en cuanto al hecho de que se refiere que los egipcios surgieron del hijo de Cam que se llamaba Mesraim, aquí no resuena ningún origen del vocablo: como tampoco de los etíopes, que se dice pertenecen a aquel hijo de Cam que fue llamado Cus. Y si se consideran todas las cosas, aparecen más nombres cambiados que permanentes.

CAPÍTULO XII.

Sobre el punto de tiempo en Abraham, desde el cual se teje el nuevo orden de la santa sucesión.

Ahora veamos ya el progreso de la ciudad de Dios, también desde aquel punto de tiempo que se dio en el Padre Abraham, desde donde comienza a ser más evidente su noticia, y donde

se leen más claros los anuncios divinos que ahora vemos cumplirse en Cristo. Según, pues, hemos aprendido por indicación de la sagrada Escritura, Abraham nació en la región de los caldeos (Gén. XI, 28): cuya tierra pertenecía al reino de los asirios. Pero entre los caldeos ya también entonces prevalecían impías supersticiones, al igual que por las demás naciones. Una sola, pues, era la casa de Taré, de la cual nació Abraham, en la que el culto del único Dios verdadero, y según es creíble, en la que ya sola también había permanecido la lengua hebrea; aunque ella misma, tal como ya el más manifiesto pueblo de Dios en Egipto, así se refiere que en Mesopotamia sirvió a dioses extraños, según lo relata Josué, hijo de Nun (Josué XXIV, 2); fluyendo los demás de la progenie de aquel Heber poco a poco hacia otras lenguas y hacia otras naciones. Por lo tanto, así como por el diluvio de las aguas una sola casa de Noé había permanecido para reparar el género humano, así en el diluvio de muchas supersticiones por todo el mundo una sola había permanecido la casa de Taré, en la cual fue custodiada la plantación de la ciudad de Dios. Finalmente, así como allí, enumeradas arriba las generaciones hasta Noé junto con los números de años, y expuesta la causa del diluvio, antes de que Dios comenzara a hablar a Noé sobre la fabricación del arca, se dice: "Estas son, pues, las generaciones de Noé" (Gén. VI, 9): así también aquí, enumeradas las generaciones desde aquel que fue llamado Sem, hijo de Noé, hasta Abraham, luego se pone similarmente un punto notable, para que se diga: "Estas son las

generaciones de Taré. Taré engendró a Abram, a Nacor y a Arán: y Arán engendró a Lot. Y murió Arán delante de Taré, su padre, en la tierra en que nació, en la región de los caldeos. Y Abram y Nacor tomaron para sí esposas: el nombre de la esposa de Abram era Sarai, y el nombre de la esposa de Nacor Melca, hija de Arán" (Gén. XI, 27-29). Aquel Arán fue padre de Melca y padre de Jesca, la cual Jesca se cree que es ella misma también Sara, la esposa de Abraham.

CAPÍTULO XIII.

Qué razón parece haber hecho que en la transmigración de Taré, por la cual dejando a los caldeos pasó a Mesopotamia, no se hiciera mención alguna de su hijo Nacor.

Luego se narra cómo Taré con los suyos dejó la región de los caldeos, y vino a Mesopotamia, y habitó en Carrán: pero se calla sobre uno de sus hijos, que se llamaba Nacor, como si no lo hubiera llevado consigo. Pues se narra así: "Y tomó Taré a Abram su hijo, y a Lot hijo de Arán, el hijo de su hijo, y a Sarai su nuera, esposa de Abram su hijo, y los sacó de la región de los caldeos para ir a la tierra de Canaán: y vino a Carrán, y habitó allí" (Ibid., 31). En ninguna parte fue nombrado aquí Nacor, ni su esposa Melca. Pero encontramos después, cuando Abraham enviaba a su siervo para tomar esposa para su hijo Isaac, escrito así: "Y tomó el mozo diez camellos de los camellos de su señor, y de todos los bienes de su señor consigo, y levantándose partió hacia Mesopotamia a la ciudad de Nacor" (Id. XXIV, 10). Por este y otros

testimonios de esta sagrada historia se muestra que también Nacor, hermano de Abraham, salió de la región de los caldeos, y estableció sus sedes en Mesopotamia, donde Abraham había habitado con su padre. ¿Por qué, pues, la Escritura no lo conmemoró cuando Taré partió con los suyos de la nación caldea y habitó en Mesopotamia, donde no solo Abraham su hijo, sino también Sarai su nuera y Lot su nieto son conmemorados, porque los llevó consigo? ¿Por qué, pensamos, sino tal vez porque había desertado de la piedad paterna y fraterna, y se había adherido a la superstición de los caldeos, y después de allí, ya sea arrepintiéndose, o habiendo sufrido persecución porque se le tenía por sospechoso, también él mismo emigró? Pues en el libro que se titula Judit, cuando Holofernes, enemigo de los israelitas, preguntaba qué nación era aquella, si se debía guerrear contra ella, así le respondió Aquior, jefe de los amonitas: "Escuche nuestro señor la palabra de la boca de su mozo, y te referiré la verdad sobre el pueblo que habita junto a ti en esta montaña, y no saldrá mentira de la boca de tu siervo. Pues esta progenie es del pueblo de los caldeos, y antes habitaron Mesopotamia, porque no quisieron seguir a los dioses de sus padres, que fueron gloriosos en la tierra de los caldeos, sino que se desviaron del camino de sus padres y adoraron al Dios del cielo, al cual conocieron, y los arrojaron de la presencia de sus dioses, y huyeron a Mesopotamia, y habitaron allí muchos días. Y les dijo su Dios que salieran de su habitación e fueran a la tierra de Canaán; y allí habitaron" (Judit V, 5-9): y lo

demás que narra Aquior el amonita. De donde es manifiesto que la casa de Taré sufrió persecución por parte de los caldeos por la verdadera piedad, por la cual el único y verdadero Dios era adorado por ellos.

CAPÍTULO XIV.

Sobre los años de Taré, quien cumplió el tiempo de su vida en Carrán.

Habiendo muerto Taré en Mesopotamia, donde se refiere que vivió doscientos cinco años, ya comienzan a indicarse las promesas de Dios hechas a Abraham, pues está escrito así: "Y fueron los días de Taré en Carrán doscientos cinco años, y murió en Carrán" (Gén. XI, 32). Pero no ha de tomarse así, como si hubiera pasado todos estos días allí; sino porque allí completó todos los días de su vida, que fueron doscientos cinco años: de lo contrario, no se sabría cuántos años vivió Taré, ya que no se lee en qué año de su vida vino a Carrán; y es absurdo estimar en esa serie de las generaciones, donde se conmemora diligentemente cuántos años vivió cada uno, que el número de los años de la vida de este solo no haya sido encomendado a la memoria. Pues el hecho de que se callen los años de algunos a quienes la misma Escritura conmemora, es porque no están en este orden en que la enumeración de los tiempos se teje por la desaparición de los que engendran y la sucesión de los engendrados. Pero este orden, que se dirige desde Adán hasta Noé, y

desde allí hasta Abraham, no contiene a nadie sin el número de los años de su vida.

CAPÍTULO XV.

Sobre el tiempo de la partida de Abraham, por la cual según el precepto de Dios salió de Carrán.

1. Pero en cuanto al hecho de que, conmemorada la muerte de Taré el padre de Abraham, luego se lee: "Y dijo el Señor a Abram: Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre", y lo demás; no porque esto siga en el discurso del libro, ha de pensarse que también siga en el tiempo de los hechos realizados. Pues si es así, habrá una cuestión insoluble. Pues después de estas palabras de Dios, que fueron hechas a Abraham, la Escritura habla así: "Y salió Abram, tal como le habló el Señor, y se fue con él Lot. Pero Abram era de setenta y cinco años cuando salió de Carrán" (Id. XII, 1, 4). ¿Cómo puede ser esto verdad, si salió de Carrán después de la muerte de su padre? Pues siendo Taré de setenta años, como se insinuó arriba, engendró a Abraham: a cuyo número sumados los setenta y cinco años que contaba Abraham cuando salió de Carrán, resultan ciento cuarenta y cinco años. De tantos años era, pues, Taré cuando Abraham salió de aquella ciudad de Mesopotamia: pues contaba el año septuagésimo quinto de su edad; y por esto su padre, que lo había engendrado en su año septuagésimo, contaba, como se ha dicho, el centésimo cuadragésimo quinto. No salió, pues, de allí después de la muerte de su padre, esto es,

después de los doscientos cinco años que vivió su padre: sino que el año de su partida de aquel lugar, puesto que era el suyo septuagésimo quinto, sin duda alguna se deduce que fue el centésimo cuadragésimo quinto de su padre, que lo había engendrado en su año septuagésimo. Y por esto ha de entenderse que la Escritura, según su costumbre, volvió al tiempo que aquella narración ya había pasado: tal como arriba, cuando hubo conmemorado a los hijos de los hijos de Noé, dijo que habían estado en sus naciones y lenguas (Gén. X, 31), y sin embargo después, como si esto también siguiera en el orden de los tiempos: "Y era", dice, "toda la tierra de un solo labio, y una sola voz para todos" (Id. XI, 1). ¿Cómo, pues, estaban según sus naciones y según sus lenguas, si había una sola para todos; sino porque la narración ha vuelto recapitulando a aquello que ya había pasado? Así, pues, también aquí, habiéndose dicho: "Y fueron los días de Taré en Carrán doscientos cinco años, y murió Taré en Carrán" (Ibid., 31): luego la Escritura, volviendo a aquello que por eso había omitido, para que primero se completara lo que se había iniciado sobre Taré: "Y dijo", dice, "el Señor a Abram: Sal de tu tierra", y lo demás. Después de cuyas palabras de Dios se añade: "Y salió Abram, tal como le habló el Señor, y se fue con él Lot: pero Abram era de setenta y cinco años cuando salió de Carrán". Entonces, pues, sucedió, cuando su padre contaba el centésimo cuadragésimo quinto año de su edad: pues entonces fue el septuagésimo quinto de este. Pero se solucionó aquella cuestión también de otra manera, para

que los setenta y cinco años de Abraham, cuando salió de Carrán, se computaran desde aquel momento en que fue librado del fuego de los caldeos, no desde que nació, como si entonces más bien hubiera de tenérsele por nacido.

2. Pero el bienaventurado Esteban, en los Hechos de los Apóstoles, cuando narraba estas cosas, dice: "El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes de que habitara en Carrán, y le dijo: Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré". Según estas palabras de Esteban, Dios no habló a Abraham después de la muerte de su padre, el cual ciertamente murió en Carrán, donde habitó también el mismo hijo con él; sino antes de que habitara en la misma ciudad, aunque ya cuando estaba en Mesopotamia. Ya, pues, había salido de los caldeos. Por lo cual, lo que añade Esteban: "Entonces salió Abraham de la tierra de los caldeos y habitó en Carrán", no demuestra qué se hizo después de que Dios le habló (pues no salió de la tierra de los caldeos después de aquellas palabras de Dios, ya que dice que Dios le habló cuando estaba en Mesopotamia), sino que pertenece a todo aquel tiempo de lo que dice: "Entonces", esto es, desde que salió de los caldeos y habitó en Carrán. Asimismo lo que sigue: "Y de allí, después de que su padre murió, lo colocó en esta tierra en que vosotros habitáis ahora, y vuestros padres" (Hech. VII, 2-4): no dice: "Después de que su padre murió, salió de Carrán"; sino que de allí lo colocó aquí, después de que su padre

murió. Ha de entenderse, pues, que Dios había hablado a Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes de que habitara en Carrán; pero que él llegó a Carrán con su padre, habiendo retenido consigo el precepto de Dios, y de allí salió en su año septuagésimo quinto, pero en el centésimo cuadragésimo quinto año de su padre. Dice, pues, que su colocación en la tierra de Canaán, no su partida de Carrán, se hizo después de la muerte de su padre; porque ya había muerto su padre cuando compró la tierra, de la cual allí comenzó ya a ser poseedor de su propiedad. Pero en cuanto al hecho de que a él, ya establecido en Mesopotamia, esto es, habiendo salido ya de la tierra de los caldeos, Dios le dice: "Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre"; se dice no para que expulsara de allí su cuerpo, lo cual ya había hecho, sino para que arrancara su ánimo. Pues no había salido de allí en su ánimo si estaba retenido por la esperanza de volver y por el deseo, cuya esperanza y deseo, mandándolo y ayudando Dios, y obedeciendo él, debían ser amputados. No ciertamente de manera increíble se piensa que, cuando Nacor hubo seguido después a su padre, entonces Abraham cumplió el precepto del Señor, para que con Sara su esposa y Lot el hijo de su hermano saliera de Carrán.

CAPÍTULO XVI.

Del orden y calidad de las promesas de Dios que fueron hechas a Abraham.

Ahora deben considerarse las promesas de Dios hechas a Abraham. Pues en estas comenzaron a aparecer oráculos más claros de nuestro Dios, es decir, del Dios verdadero, sobre el pueblo de los piadosos, al cual la autoridad profética anunció de antemano.

La primera de estas se lee así: "Y dijo el Señor a Abram: Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ve a la tierra que yo te mostraré; y te convertiré en una gran nación, y te bendeciré, y magnificaré tu nombre, y serás bendito, y bendeciré a los que te bendigan, y maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán benditas todas las tribus de la tierra." Se debe advertir, por tanto, que dos cosas fueron prometidas a Abraham: una, a saber, que su descendencia poseería la tierra de Canaán, lo cual se significa donde se dice: "Ve a la tierra que yo te mostraré, y te convertiré en una gran nación"; y otra ciertamente mucho más excelente, no sobre la descendencia carnal, sino sobre la espiritual, por la cual es padre, no de una sola nación israelita, sino de todas las naciones que siguen las huellas de su fe, lo cual comenzó a prometerse con estas palabras: "Y en ti serán benditas todas las tribus de la tierra." Eusebio piensa que esta promesa fue hecha en el año setenta y cinco de la edad de Abraham, como si Abraham hubiera salido de Carrán tan pronto como fue hecha: porque no se puede contradecir a la Escritura, donde se lee: "Abram tenía setenta y cinco años cuando salió de Carrán" (Gén. 12, 1-4). Pero si en aquel año se hizo esta promesa, ciertamente Abraham ya permanecía en Carrán con su padre.

Pues no podría salir de allí si antes no hubiera habitado allí. ¿Acaso se contradice entonces a Esteban cuando dice: "El Dios de gloria se apareció a nuestro padre Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes de que habitara en Carrán" (Hech. 7, 2)? Pero debe entenderse que todas las cosas se hicieron en el mismo año, tanto la promesa de Dios antes de que Abraham habitara en Carrán, como su habitación en Carrán y su partida de allí: no solo porque Eusebio en sus Crónicas computa desde el año de esta promesa y muestra que después de cuatrocientos treinta años fue la salida de Egipto cuando se dio la ley; sino también porque el apóstol Pablo conmemora esto (Gál. 3, 17).

CAPÍTULO XVII.

De los tres reinos más excelentes de las naciones, de los cuales uno, es decir, el de los asirios, ya sobresalía más sublimemente cuando nació Abraham.

Por el mismo tiempo había reinos eminentes de las naciones, en los cuales la ciudad de los nacidos de la tierra, esto es, la sociedad de los hombres que viven según el hombre, sobresalía más notablemente bajo el dominio de los ángeles desertores; a saber, tres reinos: el de los sicionios, el de los egipcios y el de los asirios. Pero el de los asirios era mucho más poderoso y sublime. Pues aquel rey Nino, hijo de Belo, exceptuando la India, había subyugado a los pueblos de toda el Asia. Digo Asia ahora, no aquella parte que es una provincia de esta Asia mayor, sino aquella que es llamada Asia entera, la cual algunos pusieron en

una de las dos partes de todo el orbe, pero la mayoría en la tercera parte, de modo que sean todas: Asia, Europa y África: lo cual no hicieron con una división igual. Porque esta que es llamada Asia llega desde el mediodía por el oriente hasta el septentrión: Europa ciertamente desde el septentrión hasta el occidente; y desde allí África desde el occidente hasta el mediodía. Por lo cual parece que dos partes, Europa y África, ocupan la mitad del orbe, y Asia sola la otra mitad. Pero aquellas dos partes se hicieron porque entre ambas entra desde el Océano cuanta agua baña las tierras, y esto forma para nosotros el mar grande. Por lo cual, si divides el orbe en dos partes, de Oriente y de Occidente, Asia estará en una, y en la otra Europa y África. Por lo cual, de los tres reinos que entonces sobresalían, el de los sicionios no estaba bajo los asirios, porque están en Europa; pero el de los egipcios, ¿cómo no les estaba sujeto, siendo que por ellos era poseída toda el Asia, exceptuados los indios, según se cuenta? En Asiria, por tanto, había prevalecido el dominio de la ciudad impía: la cabeza de esta era aquella Babilonia, cuyo nombre es el más apto para la ciudad nacida de la tierra, esto es, Confusión. Allí reinaba ya Nino después de la muerte de su padre Belo, quien primero había reinado allí sesenta y cinco años. Su hijo Nino, que sucedió al padre difunto en el reino, reinó cincuenta y dos años, y estaba en el cuadragésimo tercer año de su reino cuando nació Abraham, que fue aproximadamente el año mil doscientos antes de la fundación de Roma, como si fuera otra Babilonia en el Occidente.

CAPÍTULO XVIII.

Del repetido coloquio de Dios con Abraham, por el cual se le promete a él y a su descendencia la tierra de Canaán.

Habiendo salido, pues, Abraham de Carrán en el año setenta y cinco de su edad, y en el ciento cuarenta y cinco de la de su padre, partió con Lot, el hijo de su hermano, y Sara su esposa, hacia la tierra de Canaán, y llegó hasta Siquem, donde de nuevo recibió un oráculo divino, del cual está escrito así: "Y se apareció el Señor a Abraham, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra" (Gén. 12, 7). Nada se prometió aquí sobre aquella descendencia en la cual fue hecho padre de todas las naciones; sino solo sobre aquella de la cual es padre de la única nación israelita; pues por esta descendencia fue poseída aquella tierra.

CAPÍTULO XIX.

De la castidad de Sara custodiada por Dios en Egipto, a quien Abraham había dicho que no era su esposa, sino su hermana.

Después, habiendo edificado allí un altar e invocado a Dios, Abraham partió de allí y habitó en el desierto, y desde allí fue compelido por la necesidad del hambre a ir a Egipto. Allí dijo que su esposa era su hermana (Gén. 12, 7-19), no mintiendo en nada. Pues también era esto, porque era parienta de sangre: así como Lot, por el mismo parentesco, siendo hijo de su hermano, fue llamado su hermano. Por tanto, calló que era su esposa, no lo negó, encomendando a Dios la

custodia de la castidad de su cónyuge, y como hombre precaviéndose de las acechanzas humanas; ya que si no se precaviera del peligro cuanto podía precaverse, más bien tentaría a Dios que esperaría en Dios. Sobre la cual cosa hemos dicho bastante contra las calumnias de Fausto el maniqueo (Lib. 22, cap. 36). Finalmente, se hizo lo que Abraham presumió del Señor. Pues Faraón, rey de Egipto, que la había tomado para sí por esposa, gravemente afligido, la devolvió a su marido (Gén. 12, 20). Donde lejos de nosotros esté el creer que fue manchada por el concúbito ajeno; porque es mucho más creíble que a Faraón no le fue permitido hacer esto por las grandes aflicciones.

CAPÍTULO XX.

De la separación de Lot y Abraham, que les plugo a salvo de la caridad.

Vuelto, pues, Abraham de Egipto al lugar de donde había venido, entonces Lot, el hijo de su hermano, se apartó de él hacia la tierra de Sodoma, a salvo de la caridad. Pues se habían hecho ricos, y habían comenzado a tener muchos pastores de ganados, quienes riñendo entre sí, evitaron de ese modo la discordia pugnaz de sus familias. Pues podría de aquí, como son las cosas humanas, surgir alguna riña incluso entre ellos mismos. Por tanto, las palabras de Abraham a Lot, precaviendo este mal, son estas: "No haya riña entre mí y ti, y entre mis pastores y tus pastores, porque somos hombres hermanos; ¿no está, pues, toda la tierra ante ti? Apártate de mí:

si tú vas a la izquierda, yo a la derecha; o si tú a la derecha, yo a la izquierda" (Id. 13, 8 y 9). De aquí tal vez se estableció entre los hombres la costumbre pacífica de que, cuando algo de las cosas terrenas debe ser repartido, el mayor divida y el menor elija.

CAPÍTULO XXI.

De la tercera promesa de Dios, por la cual se promete la tierra de Canaán a Abraham y a su descendencia para siempre.

Habiéndose, pues, apartado, y habitando separadamente Abraham y Lot por la necesidad de sustentar a su familia, no por la torpeza de la discordia, y estando Abraham en la tierra de Canaán, pero Lot en Sodoma, en un tercer oráculo dijo el Señor a Abraham: "Alzando tus ojos mira desde el lugar en que ahora estás, al Aquilón, y al Mediodía, y al Oriente, y al Mar; porque toda la tierra que tú ves, te la daré a ti, y a tu descendencia para siempre, y haré tu descendencia como la arena de la tierra." Si alguien puede contar la arena de la tierra, también tu descendencia será contada. Levantándote recorre la tierra en su longitud, y en su latitud, porque a ti te la daré (Gén. 13, 14-17). En esta promesa, si está también aquella por la cual fue hecho padre de todas las naciones, no aparece evidentemente. Pues puede parecer que pertenece a esto: "Y haré tu descendencia como la arena de la tierra"; lo cual se dijo con aquella locución que los griegos llaman hipérbole; la cual ciertamente es trópica, no propia. De qué modo, sin embargo, la Escritura suele usar otros tropos,

ninguno que la haya estudiado lo duda. Este tropo, es decir, modo de locución, se produce cuando lo que se dice es mucho más amplio que lo que se significa con dicho dicho. Pues ¿quién no ve cuán incomparablemente más amplio es el número de la arena de lo que puede ser el de todos los hombres desde el mismo Adán hasta el fin del siglo? ¡Cuánto más, por tanto, que la descendencia de Abraham; no solo la que pertenece a la nación israelita, sino también la que es, y ha de ser, según la imitación de la fe, en todo el orbe de la tierra en todas las naciones! Cuya descendencia, en comparación con la multitud de los impíos, ciertamente se halla en unos pocos. Aunque esos mismos pocos hagan su multitud innumerable, la cual fue significada según la hipérbole por la arena de la tierra. Ciertamente aquella multitud que se promete a Abraham no es innumerable para Dios, sino para los hombres; pues para Dios ni siquiera la arena de la tierra lo es. Por tanto, porque no solo la nación israelita, sino toda la descendencia de Abraham, donde está también la promesa, no según la carne, sino según el espíritu de muchos hijos, se compara más congruentemente a la multitud de la arena; puede entenderse aquí hecha la promesa de ambas cosas. Pero por eso dijimos que no aparecía evidentemente, porque también la multitud de aquella sola nación, que nació según la carne de Abraham por su nieto Jacob, creció tanto que llenó casi todas las partes del orbe. Y por eso pudo también ella ser comparada según la hipérbole a la multitud de la arena; porque también esta sola es innumera-

ble para el hombre. Ciertamente nadie duda que se significó solo aquella tierra que fue llamada Canaán. Pero lo que se dijo: "Te la daré a ti, y a tu descendencia para siempre"; puede inquietar a algunos si entienden "para siempre" (usque in saeculum) como eternamente. Pero si en este lugar toman "para el siglo" (in saeculum) del modo en que fielmente sostenemos, que el comienzo del siglo futuro arranca del fin del presente, nada les inquietará; porque aunque los israelitas hayan sido expulsados de Jerusalén, permanecen sin embargo en otras ciudades de la tierra de Canaán, y permanecerán hasta el fin; y cuando toda aquella tierra es habitada por cristianos, es también la misma descendencia de Abraham.

CAPÍTULO XXII.

De los enemigos de Sodoma vencidos por Abraham, cuando también rescató a Lot de la cautividad, y fue bendecido por el sacerdote Melquisedec.

Habiendo recibido esta respuesta de la promesa, Abraham se trasladó y habitó en otro lugar de la misma tierra, esto es, junto a la encina de Mamre, que era Hebrón (Gén. 13, 18). Después, de los enemigos que habían irrumpido en Sodoma, cuando cinco reyes hacían la guerra contra cuatro, y vencidos los sodomitas también Lot había sido capturado, Abraham lo liberó, habiendo llevado consigo a la batalla a trescientos dieciocho de sus criados nacidos en su casa; y obtuvo la victoria para los reyes de Sodoma, y no quiso llevarse nada de los despojos, aunque el rey por quien ha-

bía vencido se lo había ofrecido. Pero claramente entonces fue bendecido por Melquisedec, que era sacerdote del Dios Altísimo (Id. 14, 1-20): sobre el cual en la Epístola que se titula a los Hebreos, que muchos dicen que es del apóstol Pablo, pero algunos lo niegan, se han escrito muchas y grandes cosas (Heb. 7). Allí ciertamente apareció primero el sacrificio que ahora es ofrecido a Dios por los cristianos en todo el orbe de la tierra, y se cumple aquello que mucho tiempo después de este hecho se dice por el profeta a Cristo, que aún había de venir en la carne: "Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec" (Sal. 110, 4). No ciertamente según el orden de Aarón: el cual orden debía ser quitado al alborear las cosas que por aquellas sombras se prefiguraban.

CAPÍTULO XXIII.—De la palabra del Señor a Abraham, por la cual se le promete una posteridad que ha de multiplicarse según la multitud de las estrellas; creyendo la cual fue justificado, estando aún en el prepucio.

También entonces se dirigió la palabra del Señor a Abraham en una visión. Cuando le prometía protección y una recompensa muy grande; él, solícito por su posteridad, dijo que un cierto Eliezer, su criado nacido en casa, sería su heredero; y al punto le fue prometido un heredero, no aquel criado, sino el que había de salir del mismo Abraham; y de nuevo una descendencia innumerable, no como la arena de la tierra, sino como las estrellas del cielo (Gén. 15, 1-5): donde me parece que se prometió más bien una posteridad sublime en la felicidad celestial. Pues en lo que

toca a la multitud, ¿qué son las estrellas del cielo comparadas con la arena de la tierra, a no ser que alguien diga que esta comparación es semejante en tanto en cuanto tampoco las estrellas pueden contarse? Porque no debe creerse que todas ellas puedan verse. Pues cuanto más agudamente mira cada uno, tanto más ve; por lo cual se piensa con razón que algunas están ocultas incluso para los que ven con más agudeza, exceptuadas aquellas estrellas que se dice que salen y se ponen en otra parte del mundo muy remota de nosotros. Finalmente, cualesquiera que se jactan de haber comprendido y descrito el número universal de las estrellas, como Arato o Eudoxo, o si hay algunos otros, la autoridad de este libro los desprecia. Aquí ciertamente se pone aquella sentencia que el Apóstol menciona para encomendar la gracia de Dios: "Creyó Abraham a Dios, y le fue reputado para justicia" (Gén. 15, 6; Rom. 4, 3 y Gál. 3, 6): para que la circuncisión no se gloriara, y no quisiera admitir a las naciones incircuncisas a la fe de Cristo. Pues cuando esto se hizo, que se reputara la fe de Abraham para justicia, aún no había sido circuncidada.

CAPÍTULO XXIV.

De la significación del sacrificio que se mandó ofrecer a Abraham, habiendo pedido que se le instruyera sobre las cosas que había creído.

1. En la misma visión, cuando Dios hablaba con él, también le dijo esto: "Yo soy el Dios que te saqué de la región de los caldeos, para darte

esta tierra, para que seas su heredero". Donde, habiendo preguntado Abraham por qué medio sabría que sería su heredero, Dios le dijo: "Toma para mí una becerra de tres años, y una cabra de tres años, y un carnero de tres años, y una tórtola, y una paloma". Tomó, pues, todas estas cosas para Él, y las dividió por la mitad, y las puso una frente a otra, una contra otra; pero las aves no las dividió. Y descendieron, como está escrito, aves sobre los cuerpos que habían sido divididos, y Abram se sentó con ellos. Pero hacia el ocaso del sol, un pavor cayó sobre Abram, y he aquí que un gran temor tenebroso le sobrevino; y se le dijo a Abram: Sabiendo sabrás que tu descendencia será peregrina en tierra no propia, y los reducirán a servidumbre, y los afligirán por cuatrocientos años; pero a la nación a la que sirvan, yo la juzgaré. Después de estas cosas ciertamente saldrán de aquí con muchos enseres. Tú, por tu parte, irás a tus padres en paz, alimentado en una buena vejez. Pero en la cuarta generación volverán acá. Porque aún no se han completado los pecados de los amorreos hasta ahora. Cuando ya el sol se ponía, se produjo una llama, y he aquí un horno humeante y lámparas de fuego, que pasaron por medio de aquellas mitades divididas. En aquel día el Señor Dios dispuso un testamento con Abram, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el gran río Éufrates: a los ceneos, y a los ceneceos, y a los cedmoneos, y a los heteos, y a los fereceos, y a los rafaítas, y a los amorreos, y a los cananeos, y a los heveos, y a los gergeseos, y a los jebuseos.

2. Todas estas cosas fueron hechas y dichas divinamente en una visión, sobre cada una de las cuales disertar detalladamente sería largo, y excede la intención de esta obra. Debemos conocer, por tanto, lo que es suficiente: después de que se dijo que Abraham creyó a Dios y le fue reputado para justicia, no desfalleció él en la fe para decir: "Señor Dios, ¿por qué medio sabré que seré su heredero?" (Gén. 15, 7-21); pues la herencia de aquella tierra le había sido prometida. Porque no dijo: "¿De dónde lo sabré?", como si aún no creyera; sino que dijo: "¿Por qué medio lo sabré?", para que a aquella cosa que había creído se le aplicara alguna semejanza por la cual se reconociera su modo. Así como no es desconfianza de la virgen María el que diga: "¿Cómo se hará esto, pues no conozco varón?". Porque estando cierta de que habría de ser, preguntaba el modo en que se haría. Y habiendo preguntado esto, oyó: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra" (Luc. 1, 34, 35). Finalmente, también aquí se dio una semejanza tomada de los animales: una becerra, una cabra y un carnero, y dos aves, una tórtola y una paloma; para que según estas cosas supiera lo que habría de ser, lo cual ya no dudaba que sería. Sea, pues, que por la becerra se significó al pueblo puesto bajo el yugo de la ley, por la cabra al mismo pueblo que habría de ser pecador, por el carnero al mismo pueblo que también habría de reinar (animales que por eso se dicen de tres años, porque habiendo artículos notables de los tiempos desde Adán hasta Noé, y de allí hasta Abraham, y de allí

hasta David, quien, reprobado Saúl, fue el primero fundado en el reino de la nación israelita por voluntad del Señor; en este tercer orden, que se extiende desde Abraham hasta David, aquel pueblo creció como llevando una tercera edad); o sea que estas cosas signifiquen algo más conveniente; de ningún modo dudaría que los espirituales fueron prefigurados en ella por el aditamento de la tórtola y de la paloma. Y por eso se dijo: "Pero a las aves no las dividió"; porque los carnales se dividen entre sí, pero los espirituales de ningún modo; ya sea que se retiren de las ruidosas conversaciones de los hombres, como la tórtola; o ya sea que vivan entre ellas, como la paloma; ambas aves son, sin embargo, simples e inofensivas; significando también en el mismo pueblo israelita, al cual se le debía dar aquella tierra, que habría futuros hijos individuales de la promesa y herederos del reino que permanecerían en la felicidad eterna. Pero las aves que descendían sobre los cuerpos que habían sido divididos no indican algo bueno, sino a los espíritus de este aire, que buscan un cierto pasto suyo en la división de los carnales. Pero el hecho de que Abraham se sentara con ellas significa que también entre aquellas divisiones de los carnales habría fieles verdaderos que perseverarían hasta el fin. Y el que hacia el ocaso del sol cayera un pavor sobre Abraham, y un gran temor tenebroso, significa hacia el fin de este siglo una gran perturbación y tribulación futura de los fieles; de la cual dijo el Señor en el Evangelio: "Habrá entonces una gran tribulación, cual no la hubo desde el principio" (Mat. 24, 21).

3. En cuanto a lo que se dijo a Abraham: "Sabiendo sabrás que tu descendencia será extranjera en tierra no propia, y los reducirán a servidumbre, y los afligirán por cuatrocientos años", se profetizó muy claramente sobre el pueblo de Israel, que había de estar sirviendo en Egipto. No porque aquel pueblo hubiera de pasar cuatrocientos años en esa misma servidumbre bajo los egipcios que lo afligían; sino que se anunció que esto sucedería dentro de esos mismos cuatrocientos años. Pues así como está escrito de Taré, padre de Abraham: "Y fueron los días de Taré en Carrán doscientos cinco años" (Gén. 11, 32); no porque todos se pasaran allí, sino porque allí se completaron: así también aquí se interpuso por eso: "Y los reducirán a servidumbre, y los afligirán por cuatrocientos años"; porque ese número se completó en esa misma aflicción, no porque allí se pasara todo entero. Ciertamente se dicen cuatrocientos años por la plenitud del número, aunque sean algo más; ya sea que se cuenten desde este tiempo en que estas cosas se prometían a Abraham, o desde que nació Isaac, por causa de la descendencia de Abraham, de la cual se predicen estas cosas. Pues se cuentan, como ya dijimos arriba, desde el año setenta y cinco de Abraham, cuando se le hizo la primera promesa, hasta la salida de Israel de Egipto, cuatrocientos treinta años; de los cuales el Apóstol hace mención así: "Digo pues esto", dice, "el testamento confirmado por Dios, la ley que fue hecha después de cuatrocientos treinta años, no lo debilita para anular la promesa" (Gál. 3, 17). Ya pues estos

cuatrocientos treinta años podían llamarse cuatrocientos, porque no son mucho más; cuánto más habiendo pasado ya algunos de ese número cuando aquellas cosas fueron mostradas y dichas a Abraham en la visión; o cuando nació Isaac a su padre centenario, veinticinco años después de la primera promesa, cuando ya de aquellos cuatrocientos treinta restaban cuatrocientos cinco, a los cuales Dios quiso nombrar cuatrocientos, y las demás cosas que siguen en las palabras de Dios que lo prenuncia, nadie dudaría que pertenecen al pueblo israelita.

4. Lo que se añade: "Y cuando ya el sol estaba al ocaso, se hizo una llama, y he aquí un horno humeante, y lámparas de fuego, que pasaron por medio de aquellas partes divididas", significa que ya al fin del siglo los carnales han de ser juzgados por el fuego. Pues así como la aflicción de la ciudad de Dios, cual no la hubo antes nunca, la cual se espera que habrá bajo el Anticristo, se significa por el temor tenebroso de Abraham hacia el ocaso del sol, es decir, acercándose ya el fin del siglo; así hacia el ocaso del sol, es decir, hacia el mismo fin, se significa por aquel fuego el día del juicio que discierne a los carnales que han de ser salvados por el fuego y condenados en el fuego. Después, el testamento hecho a Abraham manifiesta propiamente la tierra de Canaán, y nombra en ella a once naciones desde el río de Egipto hasta el gran río Éufrates. No, pues, desde el gran río de Egipto, esto es, el Nilo; sino desde el pequeño, que divide entre Egipto y Palestina, donde está la ciudad de Rinocorura.

CAPÍTULO XXV.

De Agar, la esclava de Sara, a quien la misma Sara quiso que fuera concubina de Abraham.

Ya desde aquí siguen los tiempos de los hijos de Abraham, uno de Agar la esclava, el otro de Sara la libre, de los cuales ya hablamos en el libro anterior (cap. 3). En cuanto a lo que atañe al hecho mismo, de ningún modo ha de marcarse como crimen de Abraham lo referente a esta concubina. Pues hizo uso de ella para engendrar prole, no para saciar la libido; ni insultando, sino más bien obedeciendo a su esposa, la cual creyó que sería un consuelo para su esterilidad si hacía suyo por voluntad el fecundo vientre de la esclava, ya que la naturaleza no podía, y por aquel derecho por el cual dice el Apóstol: "Del mismo modo también el varón no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer" (1 Cor. 7, 4), usara la mujer al varón para parir de otra lo que no podía de sí misma. No hay aquí ningún deseo de lascivia, ninguna torpeza de maldad. Por la esposa, por causa de la prole, la esclava es entregada al marido; por el marido, por causa de la prole, es recibida: por ambos se busca no el lujo de la culpa, sino el fruto de la naturaleza. Finalmente, cuando la esclava encinta, siendo la señora estéril, se ensoberbeció, y Sara por sospecha mujeril imputó esto más bien al marido, también allí demostró Abraham que no había sido un amante esclavo, sino un libre progenitor, y que en Agar había guardado el pudor para Sara su esposa; y que había cumplido no su propio placer, sino la

voluntad de ella: habiendo recibido, no pedido; habiendo accedido, no quedado; habiendo sembrado, no amado. Pues dice: "He aquí tu esclava en tus manos, úsala como te plazca" (Gén. 16, 6). ¡Oh varón que varonilmente usa de las mujeres, de la esposa con templanza, de la esclava con obediencia, de ninguna con destemplanza!

CAPÍTULO XXVI.

Del testimonio de Dios a Abraham, por el cual promete al mismo anciano un hijo de la estéril Sara, y lo establece padre de las naciones, y sella la fe de la promesa con el sacramento de la circuncisión.

1. Después de estas cosas nació Ismael de Agar, en quien pudo pensar cumplido lo que se le había prometido, cuando había querido adoptar a su siervo nacido en casa, diciendo Dios: "No será este tu heredero; sino el que saliere de ti, ese será tu heredero" (Gén. 15, 4). Para que, pues, no pensara cumplida esta promesa en el hijo de la esclava, ya cuando era de noventa y nueve años, se le apareció el Señor y le dijo: "Yo soy Dios, agrada en mi presencia y sé sin queja, y pondré mi testamento entre mí y ti, y te colmaré sobremanera". Y Abram cayó sobre su rostro. Y habló Dios con él, diciendo: "Y yo, he aquí mi testamento contigo; y serás padre de una multitud de naciones: y no se llamará ya más tu nombre Abram, sino que será tu nombre Abraham; porque te he puesto por padre de muchas naciones: y te aumentaré sobremanera, y te pondré en naciones, y reyes saldrán de ti: estableceré mi testamento entre mí

y ti, y entre tu descendencia después de ti en sus generaciones para un testamento eterno, para serte a ti por Dios y a tu descendencia después de ti." Y te daré a ti y a tu descendencia después de ti la tierra en la que eres morador, toda la tierra de Canaán en posesión eterna, y seré para ellos Dios". Y dijo Dios a Abraham: "Tú, pues, guardarás mi testamento, tú y tu descendencia después de ti en sus linajes. Y este es el testamento que guardarás entre mí y vosotros, y entre tu descendencia después de ti en sus generaciones. Se circuncidará todo varón vuestro, y circuncidaréis la carne de vuestro prepucio: y será por señal del testamento entre mí y vosotros. And a boy of eight days shall be circumcised, every male of yours in your progenies. El nacido en casa y el comprado de cualquier hijo extranjero, que no es de tu descendencia, será circuncidado con la circuncisión: el nacido en tu casa y el comprado. Y estará mi testamento en vuestra carne para un testamento eterno. Y el que no fuere circuncidado, el varón que no se circuncidare la carne de su prepucio al octavo día, perecerá aquella alma de su linaje; porque disipó mi testamento". Y dijo Dios a Abraham: "Sara tu mujer, no se llamará su nombre Sara, sino que Sarra será su nombre. And I will bless her, and I will give to you from her a son: and I will bless him; and he shall be into nations, and kings of nations shall be from him." Y cayó Abraham sobre su rostro; y se rió, y dijo en su ánimo, diciendo: "¿Si a mí, teniendo cien años, me nacerá un hijo, y si Sarra de noventa años parirá?". Dijo pues Abraham a Dios: "Viva

este Ismael en tu presencia". Dijo pues Dios a Abraham: "Así, he aquí que Sara tu mujer te parirá un hijo, y llamarás su nombre Isaac: y estableceré mi testamento con él para un testamento eterno, para serle Dios, y a su descendencia después de él. Pero de Ismael, he aquí que te he oído: he aquí que lo he bendecido, y lo ampliaré, y lo multiplicaré sobremanera. Doce naciones engendrará: y lo daré para una gran nación. Pero mi testamento lo estableceré con Isaac, a quien te parirá Sara en este tiempo para el año siguiente" (Gén. 17, 1-21).

2. Aquí las promesas son más claras sobre la vocación de las gentes en Isaac, es decir, en el hijo de la promesa, por quien se significa la gracia, no la naturaleza: porque de un anciano y de una anciana estéril se promete un hijo. Pues aunque Dios opera también el curso natural de la procreación: sin embargo, donde la obra de Dios es evidente, estando viciada y cesando la naturaleza, allí se entiende más claramente la gracia. Y porque esto había de ser no por generación, sino por regeneración, por eso ahora se mandó la circuncisión, cuando se prometió el hijo de Sara. Y el que mande circuncidar a todos, no sólo a los hijos, sino también a los siervos nacidos en casa y a los comprados, testifica que esa gracia pertenece a todos. ¿Pues qué otra cosa significa la circuncisión, sino la naturaleza renovada, despojada de la vejez? ¿And qué otra cosa sino a Cristo significa el octavo día, el cual, completada la semana, esto es, después del sábado, resucitó? Se cambian también los nombres de los padres, todas las cosas resuenan novedad, y en el Testamento Viejo se

ensombrece el Nuevo. ¿Pues qué es lo que se llama Testamento Viejo, sino la ocultación del Nuevo? ¿And qué otra cosa es lo que se llama Nuevo, sino la revelación del Viejo? El risa de Abraham es la exultación del que se congratula, no la irrisión del que desconfía. También aquellas palabras suyas en su ánimo: "¿Si a mí, teniendo cien años, me nacerá un hijo, y si Sarra de noventa años parirá?", no son de quien duda, sino de quien se admira. Si a alguien le mueve lo que se dijo: "Y te daré a ti y a tu descendencia después de ti la tierra en la que eres morador, toda la tierra de Canaán en posesión eterna"; cómo se ha de entender cumplido, o si aún se espera por cumplir, ya que cualquier posesión terrena no puede ser eterna para ninguna nación: sepa que eterno es interpretado por los nuestros lo que los griegos llaman aiónion (αἰώνιον), lo cual se deriva de aión (αἰών): pues aión se llama en griego siglo (saeculum). Pero no se atrevieron los latinos a decir a esto secular, para no desviar el sentido hacia otra cosa. Pues se dicen seculares muchas cosas que en este siglo se actúan de tal modo que pasan incluso en breve tiempo: pero lo que se llama aiónion, o no tiene fin, o se extiende hasta el fin de este siglo.

CAPÍTULO XXVII.

Del varón que, si al octavo día no fuere circuncidado, perece su alma, porque disipó el testamento de Dios.

Del mismo modo puede mover a duda cómo conviene entender lo que aquí se dijo: "El varón que no se circuncidare la carne de su prepucio

al octavo día, perecerá aquella alma de su linaje, porque disipó mi testamento"; siendo así que esto no es culpa ninguna del párvulo, de quien dijo que perecería el alma; ni él mismo ha disipado el testamento de Dios, sino los mayores que no cuidaron de circuncidarlo: a no ser porque también los párvulos, no según la propiedad de su propia vida, sino según el origen común del género humano, todos en aquel solo hombre disiparon el testamento de Dios, en el cual todos pecaron (Rom. 5, 12). Pues se llaman muchos testamentos de Dios, exceptuando aquellos dos grandes, el viejo y el nuevo, lo cual le es lícito a cualquiera conocer leyendo. Pero el testamento primero, que se hizo al primer hombre, ciertamente es aquel: "El día que comiereis, moriréis de muerte" (Gén. 2, 17). Por lo cual está escrito en el libro que se llama Eclesiástico: "Toda carne como un vestido envejece. Pues el testamento desde el siglo es: Morirás de muerte" (Ecli. 14, 18, según los LXX). Pues habiéndose dado después una ley más evidente, y diciendo el Apóstol: "Donde no hay ley, tampoco hay prevaricación" (Rom. 4, 15): ¿de qué modo es verdad lo que se lee en el Salmo: "Prevaricadores estimé a todos los pecadores de la tierra" (Sal. 118, 119); sino porque todos son reos de alguna ley prevaricada, los que están ligados por algún pecado? Por lo cual, si también los párvulos, según sostiene la verdadera fe, nacen no propiamente sino originalmente pecadores, por lo cual confesamos que les es necesaria la gracia de la remisión de los pecados; ciertamente del modo en que son pecadores, se reconocen

también como prevaricadores de aquella ley que fue dada en el paraíso; para que sea verdad lo uno y lo otro que está escrito, tanto: "Prevaricadores estimé a todos los pecadores de la tierra", como: "Donde no hay ley, tampoco hay prevaricación". Y por esto, porque la circuncisión fue signo de regeneración, y no sin mérito la generación perderá al párvulo por el pecado original, por el cual se disipó el primer testamento de Dios, a no ser que la regeneración lo libre: así se han de entender estas divinas palabras, como si se dijera: El que no fuere regenerado, perecerá aquella alma de su pueblo, porque disipó el testamento de Dios, cuando en Adán con todos también él mismo pecó. Pues si hubiera dicho: Porque disipó *este* mi testamento; no obligaría a entenderlo sino de esta circuncisión: pero ahora, puesto que no expresó de qué clase de testamento disipó el párvulo, es libre entenderlo dicho de aquel testamento cuya disipación puede pertenecer al párvulo. Pero si alguien sostiene que esto no se ha dicho sino de esta circuncisión, que en ella disipó el párvulo el testamento de Dios, porque no fue circuncidado; busque algún modo de hablar por el cual pueda entenderse no absurdamente que por eso disipó el testamento, porque aunque no fue por él, sin embargo en él fue disipado. Pero así también debe advertirse que por ninguna negligencia propia perece injustamente el alma del párvulo incircunciso, sino por la obligación del pecado original.

CAPÍTULO XXVIII.

De la mudanza de los nombres de Abraham y Sara, quienes, no pudiendo engendrar por la esterilidad de la una y por la senectud de ambos, recibieron el don de la fecundidad.

Hecha, pues, una promesa tan grande y tan clara a Abraham, a quien se le dijo muy evidentemente: "Te he puesto por padre de muchas naciones; y te aumentaré sobremanera, y te pondré en naciones, y reyes saldrán de ti; y te daré de Sara un hijo, y lo bendeciré, y será para naciones, y reyes de naciones saldrán de él"; cuya promesa vemos ahora cumplida en Cristo: desde entonces en adelante aquellos cónyuges no son llamados en las Escrituras como antes eran llamados, Abram y Sara; sino como nosotros los hemos llamado desde el principio, puesto que ya así son llamados por todos, Abraham y Sarra. Pero por qué fue cambiado el nombre de Abraham, se dio la razón: "Porque", dice, "te he puesto por padre de muchas naciones". Esto, pues, ha de entenderse que significa Abraham: pero Abram, como se llamaba antes, se interpreta "Padre excelso". Pero del nombre cambiado de Sarra no se dio la razón; pero, según dicen quienes han escrito las interpretaciones de los nombres hebreos que se contienen en estas sagradas Letras, Sara se interpreta "Princesa mía", pero Sarra "Virtud" (o fuerza). Por lo cual está escrito en la Epístola a los Hebreos: "Por la fe también la misma Sarra recibió virtud (fuerza) para la emisión de la semilla" (Heb. 11, 11). Pero ambos eran ancianos, como la Escritura testifica; pero ella además estéril, y ya privada del flujo menstrual; por lo cual ya no podría parir, aunque no hubiera sido estéril. Ade-

más, si una mujer es de edad tan avanzada que aún le fluyen las cosas habituales de las mujeres, puede parir de un joven, pero de un anciano no puede; aunque aquel anciano aún podría, pero engendrar de una jovencita, como Abraham pudo de Cetura después de la muerte de Sara, porque encontró su edad lozana. Esto es, pues, lo que el Apóstol encomia como maravilloso, y para esto dice que el cuerpo de Abraham ya estaba muerto (Rom. 4, 19); puesto que no de toda mujer a quien le quedara aún algún tiempo extremo de parir, podría él mismo generar en aquella edad todavía. Pues debemos entender el cuerpo muerto para algo, no para todo. Pues si para todo, ya no es senectud de vivo, sino cadáver de muerto. Aunque también suele resolverse esta cuestión diciendo que Abraham engendró después de Cetura porque el don de engendrar que recibió del Señor permaneció incluso después del fallecimiento de su esposa. Pero por eso me parece preferible aquella solución de esta cuestión que hemos seguido, porque un anciano centenario, pero de nuestro tiempo, de ninguna mujer puede engendrar; no entonces, cuando aún vivían tanto tiempo que cien años no hacían todavía a un hombre de decrépita senectud.

CAPÍTULO XXIX.

De los tres varones o ángeles, en los cuales se indica que el Señor se apareció a Abraham junto a la encina de Mamre.

Asimismo Dios se apareció a Abraham junto a la encina de Mamre en tres varones, de quienes no

debe dudarse que fueron Ángeles; aunque algunos piensen que uno de ellos era el Señor Cristo, afirmando que Él era visible aun antes del revestimiento de la carne. Es ciertamente propio de la potestad divina, y de una naturaleza invisible, incorpórea e inconmutable, el aparecerse incluso a las miradas mortales sin mutación alguna de sí misma, no por lo que es, sino por algo que le está sometido. ¿And qué cosa no le está sometida? No obstante, si por esto confirman que alguno de estos tres era Cristo, porque habiendo visto a tres, habló al Señor en singular; pues así está escrito: "Y he aquí tres varones estaban sobre él, y viéndolos corrió a su encuentro desde la puerta de su tienda, y adoró sobre la tierra, y dijo: Señor, si he hallado gracia ante ti" (Gén. 18, 1-3), y lo demás: ¿por qué no advierten también aquello, que dos de ellos vinieron para que los sodomitas fueran borrados, cuando aún hablaba Abraham con uno, llamándolo Señor, e intercediendo para que no perdiera al justo con el impío juntamente en Sodoma? A aquellos dos, en cambio, los recibió Lot de tal modo que también él mismo en su coloquio con ellos llamó al Señor en singular. Pues habiéndoles dicho en plural: "He aquí, señores, desviaos a la casa de vuestro siervo", y lo demás que allí se dice: después, sin embargo, se lee así: "Y tomaron los Ángeles su mano, y la mano de su mujer, y las manos de sus dos hijas, en cuanto que el Señor le perdonaba. Y sucedió que, tan pronto como lo sacaron fuera, dijeron: Salva tu alma, no mires atrás, ni te detengas en toda la región: sálvate en el monte, no sea que seas alcanzado.

Dijo pues Lot a ellos: Ruego, Señor, porque tu siervo ha hallado misericordia ante ti", y lo que sigue. Luego, después de estas palabras, también el Señor le respondió en singular, estando en los dos Ángeles, diciendo: "He aquí que he admirado tu rostro" (Gén. 19, 2-21), y lo demás. Por lo cual es mucho más creíble que tanto Abraham en los tres como Lot en los dos varones reconocían al Señor, al cual hablaban por el número singular, aun cuando los juzgaran ser hombres; pues no por otra causa los recibieron de tal modo que les sirvieron como a mortales y necesitados de humana refacción: sino que había ciertamente algo por lo cual de tal modo sobresalían, aunque como hombres, que quienes les exhibían hospitalidad no podían dudar que en ellos estaba el Señor, como suele estar en los Profetas; y por eso tanto a ellos a veces en plural, como al Señor en ellos a veces en singular llamaban. Que fueran Ángeles, por lo demás, la Escritura lo testifica, no sólo en este libro del Génesis, donde se narran estos hechos; sino también en la Epístola a los Hebreos, donde, al alabarse la hospitalidad: "Por ésta", dice, "también algunos sin saberlo recibieron a Ángeles en hospitalidad" (Heb. 13, 2). Por aquellos tres varones, por tanto, cuando de nuevo se prometía a Abraham el hijo Isaac de Sara, se dio también tal respuesta divina que se dijera: "Abraham será para una nación grande y mucha, y en él serán benditas todas las naciones de la tierra" (Gén. 18, 18). Y aquí aquellas dos cosas brevísimamente y plenísimamente son prometi-

das: la nación de Israel según la carne, y todas las naciones según la fe.

CAPÍTULO XXX.

De Lot librado de Sodoma, y de la consumación de los mismos por el fuego celestial; y de Abimelec, cuya concupiscencia no pudo dañar la castidad de Sara.

Después de esta promesa, habiendo sido librado Lot de Sodoma, y viniendo una lluvia de fuego del cielo, toda aquella región de la ciudad impía se convirtió en ceniza, donde los estupros con varones habían cobrado tanta fuerza por la costumbre, cuanta licencia suelen dar las leyes para otros hechos. Pero también este suplicio de ellos fue una muestra del futuro juicio divino. ¿A qué atañe el que se les prohibiera mirar atrás a los que eran librados por los Ángeles, sino a que no se debe volver con el ánimo a la antigua vida de la cual se despoja el regenerado por la gracia, si pensamos en evadir el último juicio? Finalmente, la mujer de Lot, donde miró atrás, permaneció; y convertida en sal (Gén. 19), proporcionó a los hombres fieles un cierto condimento con el que saboreen algo para que se evite aquel ejemplo. De allí nuevamente hizo Abraham en Gerara ante el rey de aquella ciudad, Abimelec, lo que había hecho en Egipto sobre su cónyuge, y de igual modo le fue devuelta intacta. Donde ciertamente Abraham, al rey que le increpaba por qué había callado que era su esposa y había dicho que era su hermana, manifestando qué había temido, añadió también esto: "Porque verdaderamente es

hermana mía por parte de padre, pero no por parte de madre" (Gén. 20, 2): porque era hermana de Abraham por su padre, de quien era pariente cercana. Pues fue de tanta belleza que aun en aquella edad podía ser amada apasionadamente.

CAPÍTULO XXXI.

De Isaac nacido según la promesa, a quien se le puso el nombre por la risa de ambos padres.

Después de estas cosas le nació a Abraham, según la promesa de Dios, un hijo de Sara, y lo llamó Isaac, que se interpreta "Risa". Pues se había reído el padre cuando se le prometió, admirándose en el gozo; se había reído también la madre cuando por aquellos tres varones se le prometió de nuevo, dudando en el gozo; aunque el ángel le reprochó que aquella risa, aun siendo de gozo, no era sin embargo de plena fe (Gén. 18, 12-15). Después por el mismo ángel fue también confirmada en la fe. De esto, pues, recibió el nombre el niño. Pues que aquella risa no pertenecía a un oprobio de burla, sino a la celebración del gozo, lo demostró Sara una vez nacido Isaac y llamado con ese nombre; pues dice: "Risa me ha hecho el Señor; pues quienquiera que lo oyere, se alegrará conmigo" (Gén. 21, 6). Pero después de un poco de tiempo la esclava es echada de casa con su hijo, y se significan aquellos dos Testamentos según el Apóstol, el viejo y el nuevo: donde aquella Sara lleva la figura de la Jerusalén celestial, esto es, de la ciudad de Dios (Gál. 4, 26).

CAPÍTULO XXXII.

De la obediencia y fe de Abraham, por la cual fue probado mediante la oblación del hijo que debía ser inmolado, y de la muerte de Sara.

1. Entre estas cosas, todas las cuales conmemorar es demasiado largo, Abraham es tentado sobre la inmolación de su carísimo hijo Isaac, para que su piadosa obediencia fuera probada, para ser presentada a la noticia de los siglos, no de Dios. Pues no toda tentación es de culpar: porque incluso debe congratularse aquella por la cual se hace la prueba. Y por lo general, de otro modo el ánimo humano no puede darse a conocer a sí mismo si no responde a sí mismo sobre sus propias fuerzas, no con la palabra, sino con el experimento, interrogando en cierto modo la tentación: donde si reconociere el don de Dios, entonces es piadoso, entonces se consolida con la firmeza de la gracia, no se infla con la vacuidad de la jactancia. Jamás creería ciertamente Abraham que Dios se deleitara con víctimas humanas; aunque, al tronar el precepto divino, se debe obedecer, no disputar. No obstante, Abraham debe ser alabado por haber creído que su hijo, una vez inmolado, resucitaría al punto. Pues le había dicho Dios, cuando él no quería cumplir la voluntad de su cónyuge sobre echar fuera a la esclava y a su hijo: "En Isaac será llamada tu descendencia". Y ciertamente allí sigue y se dice: "Pero al hijo de esta esclava lo haré una gran nación, porque es descendencia tuya" (Gén. 21, 12. 13). ¿Cómo, pues, se dijo: "En Isaac será llamada tu descendencia",

habiendo llamado Dios también a Ismael descendencia suya? Exponiendo, por su parte, el Apóstol qué es: "En Isaac será llamada tu descendencia": "Es decir", dice, "not los que son hijos de la carne, estos son hijos de Dios; sino los hijos de la promesa son contados como descendencia" (Rom. 9, 8). Y por esto los hijos de la promesa, para que sean descendencia de Abraham, son llamados en Isaac, esto es, son congregados en Cristo por la gracia que llama. Esta promesa, pues, teniéndola fielmente el piadoso padre, porque por medio de este convenía que se cumpliera, a quien Dios mandaba matar, no dudó que le podía ser devuelto inmolado quien le pudo ser dado no esperado. Así se entendió también en la Epístola a los Hebreos, y así se expuso: "Por la fe", dice, "precedió Abraham, tentado en Isaac; y ofreció al unigénito, quien recibió las promesas, a quien se le dijo: En Isaac será llamada tu descendencia; pensando que Dios puede incluso resucitar de entre los muertos". Por lo cual añadió: "Por esto también lo trajo incluso a una semejanza" (Heb. 11, 17-19). ¿Semejanza de quién, sino de Aquel de quien dice el mismo Apóstol: "El cual no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" (Rom. 8, 32)? Por eso también Isaac, así como el Señor llevó su cruz, así él mismo llevó para sí la leña al lugar de la víctima, sobre la cual debía ser puesto. Finalmente, porque no convenía que Isaac fuera muerto, después de que se prohibió al padre herirlo, ¿quién era aquel carnero por cuya inmolación se completó con sangre significativa el sacrificio? Sin duda cuando lo vio Abraham, es-

taba trabado por los cuernos en un zarzal. ¿Quién, pues, era figurado por él, sino Jesús, antes de ser inmolado, coronado con las espinas judaicas?

2. Pero escuchemos mejor las palabras divinas a través del Ángel. Pues dice la Escritura: Y extendió Abraham su mano para tomar el cuchillo y matar a su hijo. Y el Ángel del Señor le llamó desde el cielo y dijo: ¡Abraham! Y él dijo: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ahora he conocido que temes a Dios, y no perdonaste a tu hijo amado por mi causa. "Ahora he conocido", se dice, es decir, "ahora he hecho que se conozca": pues Dios no ignoraba todavía esto. Luego, habiendo sido inmolado aquel carnero en lugar de Isaac su hijo, llamó Abraham, según se lee, el nombre de aquel lugar: El Señor ha visto; de modo que dicen hoy: En el monte el Señor se ha aparecido. Así como se dijo: "Ahora he conocido", por aquello que es: "Ahora he hecho que se conozca"; así aquí: "El Señor ha visto"; por aquello que es: "El Señor se ha aparecido"; esto es, se hizo ver. Y el Ángel del Señor llamó a Abraham por segunda vez desde el cielo, diciendo: Por mí mismo he jurado, dice el Señor, por cuanto has hecho esta palabra, y no perdonaste a tu hijo amado por mi causa, de cierto bendiciendo te bendeciré, y multiplicando multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está junto al labio del mar. Y tu descendencia poseerá por herencia las ciudades de los adversarios; y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra; por cuanto obedeciste a mi voz. De este

modo, después del holocausto con el que fue significado Cristo, quedó confirmada incluso por el juramento de Dios aquella promesa sobre la vocación de las naciones en la descendencia de Abraham. Pues a menudo había prometido, pero nunca había jurado. ¿Y qué es el juramento del Dios verdadero y veraz, sino la confirmación de lo prometido y una cierta reprensión de los infieles?

3. Después de estas cosas murió Sara, en el año ciento veintisiete de su vida, y en el ciento treinta y siete de su marido. Pues él la precedía en edad por diez años; como él mismo dijo cuando se le prometió un hijo de ella: "¿Acaso me nacerá un hijo de cien años, y Sara, que tiene noventa años, dará a luz?". Entonces compró Abraham un campo en el que sepultó a su mujer. Entonces, pues, según el relato de Esteban, fue colocado en aquella tierra, puesto que comenzó a ser poseedor allí; a saber, después de la muerte de su padre, de quien se deduce que había fallecido dos años antes.

CAPÍTULO XXXIII.

De Rebeca, sobrina de Nacor, a quien Isaac tomó por esposa.

Luego Isaac, cuando tenía cuarenta años, tomó por esposa a Rebeca, sobrina de su tío Nacor, a saber, en el año ciento cuarenta de la vida de su padre, tres años después de la muerte de su madre. Pero en cuanto a tomarla, cuando el siervo fue enviado por su padre a Mesopotamia, ¿qué otra cosa se demostró, cuando dijo Abraham al mismo siervo: "Pon tu mano bajo mi muslo, y te

juramentaré por el Señor Dios del cielo y Señor de la tierra, que no tomes para mi hijo Isaac esposa de las hijas de los cananeos", sino que el Señor Dios del cielo y Señor de la tierra había de venir en la carne, la cual se derivaba de aquel muslo? ¿Acaso son estos pequeños indicios de la verdad prenunciada, la cual vemos cumplida en Cristo?

CAPÍTULO XXXIV.

Qué ha de entenderse en el hecho de que Abraham, después de la muerte de Sara, tomara por esposa a Cetura.

¿Y qué quiere decir que Abraham, después de la muerte de Sara, tomara por esposa a Cetura? Lejos de nosotros sospechar incontinencia, sobre todo en aquella edad ya, y en aquella santidad de fe. ¿O es que aún se buscaba procrear hijos, cuando ya por la promesa de Dios se poseía por fe probadísima tan gran multiplicación de hijos de Isaac como las estrellas del cielo y la arena de la tierra? Pero ciertamente, si Agar e Ismael, según enseña el Apóstol, significaron a los carnales del Antiguo Testamento; ¿por qué no han de significar también Cetura y sus hijos a los carnales que creen pertenecer al Nuevo Testamento? Pues ambas fueron llamadas tanto esposas como concubinas de Abraham: pero Sara nunca fue llamada concubina. Pues también cuando fue dada Agar a Abraham, así se escribió: "Y tomó Sarra, mujer de Abram, a Agar la egipcia, su sierva, después de diez años que había habitado Abram en la tierra de Canaán, y la dio a su marido Abram por mujer". Sobre Cetura, a quien tomó

después del fallecimiento de Sara, así se lee: "Y añadiendo Abraham tomó una mujer, cuyo nombre era Cetura". He aquí que ambas son llamadas esposas: además se descubre que ambas fueron concubinas, diciendo después la Escritura: "Y dio Abraham toda su hacienda a su hijo Isaac, y a los hijos de sus concubinas dio Abraham donaciones, y los despidió de junto a su hijo Isaac, viviendo él aún, hacia el Oriente, a la tierra del Oriente". Tienen, pues, algunos dones los hijos de las concubinas, pero no llegan al reino prometido, ni los herejes ni los judíos carnales: porque fuera de Isaac no hay heredero; y "no los que son hijos de la carne, estos son hijos de Dios; sino que los hijos de la promesa son contados como descendencia", de quien se dijo: "En Isaac te será llamada descendencia". Pues no veo por qué incluso Cetura, tomada tras la muerte de la esposa, fuera llamada concubina, sino por este misterio. Pero quien no quiera aceptar estas cosas en estas significaciones, no calumnie a Abraham. ¿Y si también se previó esto contra los futuros herejes adversarios de las segundas nupcias, para que en el mismo padre de muchas naciones se demostrara que volver a casarse después del fallecimiento del cónyuge no es pecado? Y murió Abraham cuando tenía ciento setenta y cinco años. Dejó, pues, a su hijo Isaac de setenta y cinco años, a quien engendró siendo centenario.

CAPÍTULO XXXV.

Qué indicó la respuesta divina sobre los gemelos aún encerrados en el vientre de su madre Rebeca.

Veamos ya desde aquí cómo transcurren los tiempos de la ciudad de Dios a través de los descendientes de Abraham. Así pues, desde el primer año de la vida de Isaac hasta el sexagésimo, en el que le nacieron hijos, es memorable aquello de que habiéndole concedido el Señor lo que pedía al rogar a Dios que pariera su mujer, que era estéril, y teniendo ella un concepto, forcejeaban los gemelos aún encerrados en su vientre. Angustiada por esta molestia, interrogó al Señor y recibió la respuesta: "Dos naciones hay en tu vientre, y dos pueblos se separarán de tus entrañas, y un pueblo superará al otro pueblo, y el mayor servirá al menor". Lo cual el apóstol Pablo quiere que se entienda como un gran documento de la gracia: porque no habiendo nacido aún ellos, ni haciendo nada bueno o malo, sin ningún mérito bueno es elegido el menor, reprobado el mayor: cuando sin duda alguna, en lo que respecta al pecado original, ambos eran iguales; y en cuanto al propio, no había ninguno de ninguno de ellos. Pero la razón de la obra instituida no permite ahora decir algo más extensamente sobre este asunto, por lo cual ya hemos dicho muchas cosas en otros lugares. Pero en cuanto a lo que se dijo: "El mayor servirá al menor", casi ninguno de los nuestros lo ha entendido de otro modo sino que el pueblo mayor de los judíos serviría al pueblo menor cristiano. Y en verdad, aunque en la nación de los idumeos, que nació del mayor, el cual tenía dos nombres (pues se llamaba tanto Esaú como Edom, de donde vienen los idumeos), pueda parecer cumplido esto; porque después había de ser

superada por el pueblo que surgió del menor, es decir, el israelita, y le había de estar sujeta: sin embargo, se cree más convenientemente que esta profecía, por la que se dijo: "Un pueblo superará al otro pueblo, y el mayor servirá al menor", estaba encaminada a algo mayor. ¿Y qué es esto sino lo que se cumple evidentemente en los judíos y los cristianos?

CAPÍTULO XXXVI.

Del oráculo y la bendición que recibió Isaac no de otro modo que su padre, amado por el mérito del mismo.

Recibió también Isaac un oráculo tal cual algunas veces había recibido su padre. Sobre el cual oráculo así está escrito: "Y hubo hambre sobre la tierra, además del hambre que hubo antes en tiempo de Abraham. Y se fue Isaac a Abimelec, rey de los filisteos, en Gerara. Y se le apareció el Señor y dijo: No desciendas a Egipto; habita en la tierra que yo te diré, y mora en esta tierra; y yo estaré contigo y te bendeciré. Pues a ti y a tu descendencia daré toda esta tierra: y estableceré mi juramento que juré a Abraham tu padre; y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia toda esta tierra, y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeció Abraham tu padre a mi voz, y guardó mis preceptos, y mis mandatos, y mis justificaciones, y mis leyes". Este patriarca no tuvo otra mujer ni ninguna concubina, sino que estuvo contento con la posteridad de dos gemelos procreados de un solo concúbito.

Ciertamente temió él también el peligro por la hermosura de su cónyuge mientras habitaba entre extraños, e hizo lo que su padre, diciendo que era su hermana y callando que era su mujer: pues le era cercana por sangre paterna y materna; pero también ella, al saberse que era su mujer, permaneció intacta por los extranjeros. Sin embargo, no por eso debemos preferir a este sobre su padre, porque este no hubiera conocido a ninguna mujer fuera de una sola esposa. Pues sin duda eran más poderosos los méritos de la fe y obediencia paternas, tanto que por causa de él dice Dios que hace a este los bienes que hace: "En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeció Abraham tu padre a mi voz, y guardó mis preceptos, y mis mandatos, y mis justificaciones, y mis leyes". Y de nuevo en otro oráculo: "Yo soy —dice— el Dios de Abraham tu padre; no temas, pues contigo estoy, y te he bendecido, y multiplicaré tu descendencia por causa de Abraham tu padre". Para que entendamos cuán castamente hizo Abraham aquello que a los hombres impúdicis y que buscan para su maldad patrocinios de las Sagradas Escrituras les parece haber hecho por libido; luego para que también sepamos esto, no comparar a los hombres entre sí por bienes aislados, sino que consideremos en cada uno todas las cosas. Pues puede suceder que alguien tenga algo en su vida y costumbres en lo que supera a otro, y eso sea mucho más excelente que aquello en lo que es superado por el otro. Y por esto, según un juicio sano y verdadero, aunque la continencia se prefiera al matrimonio,

es mejor, sin embargo, el hombre fiel casado que el continente infiel. Pero el hombre infiel no solo es menos digno de alabanza, sino incluso sumamente detestable. Supongamos a ambos buenos; aun así, ciertamente es mejor el casado fidelísimo y obedientísimo a Dios que el continente de menor fe y menor obediencia; pero si lo demás es igual, ¿quién dudaría en preferir al continente sobre el casado?

CAPÍTULO XXXVII.

De las cosas que en Esaú y Jacob se prefiguraban místicamente.

Crecen, pues, juntos los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob. La primogenitura del mayor se transfiere al menor por un pacto y acuerdo entre ellos, debido a que el mayor codició inmoderadamente la lenteja, manjar que el menor había preparado, y por ese precio vendió su primogenitura al hermano, mediando un juramento. Donde aprendemos que en el comer no debe culparse a nadie por el género del alimento, sino por la avidez inmoderada. Envejece Isaac, y por la vejez se le quita la vista de los ojos. Quiere bendecir al hijo mayor, y sin saberlo bendice al menor en lugar de aquel, poniéndose este bajo las manos paternas por el hermano mayor, que era velludo, habiéndose aplicado pieles de cabrito como si cargara con los pecados ajenos. Para que este dolo de Jacob no se pensara que era un dolo fraudulento y no se buscara en él el misterio de una gran cosa, predijo antes la Escritura: "Era Esaú hombre

que sabía cazar, montaraz; pero Jacob era hombre sencillo, que habitaba en casa". Esto lo han interpretado algunos de los nuestros como "sin dolo". Pero ya se diga "sin dolo", o "sencillo", o más bien "sin fingimiento", que en griego es áplastos, ¿qué dolo hay en percibir esa bendición en un hombre sin dolo? ¿qué dolo hay en el sencillo, qué fingimiento en el que no miente, sino un profundo misterio de la verdad? ¿Y cómo es la bendición misma? "He aquí —dice— el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno, al cual el Señor ha bendecido. Y te dé Dios del rocío del cielo, y de la grosura de la tierra, y abundancia de trigo y vino; y sírvante las gentes, y adórente los príncipes, y sé señor de tu hermano, y te adorarán los hijos de tu padre. El que te maldijere, maldito sea; y el que te bendijere, benedito sea." La bendición de Jacob, por tanto, es la predicación de Cristo en todas las naciones. Esto sucede, esto se está haciendo: la Ley y la Profecía son Isaac; incluso por boca de los judíos, Cristo es bendecido por ella como por quien no sabe, porque Él mismo no es conocido. Con el olor del nombre de Cristo, como un campo, se llena el mundo; de Él es la bendición del rocío del cielo, esto es, de la lluvia de las palabras divinas; y de la grosura de la tierra, esto es, de la congregación de los pueblos; de Él es la abundancia de trigo y vino, esto es, la multitud que el trigo y el vino congregan en el Sacramento de su cuerpo y de su sangre. A Él le sirven las gentes, a Él le adoran los príncipes. Él es el señor de su hermano, porque su pueblo domina a los judíos. A Él le adoran los hijos de su padre, esto es, los hijos de

Abraham según la fe; porque también Él mismo es hijo de Abraham según la carne. Al que le maldijere, maldito sea; y el que te bendijere, bendito sea. Nuestro Cristo, digo, incluso por boca de los judíos, aunque errantes, pero que cantan la Ley y los Profetas, es bendecido, es decir, es nombrado con verdad; y se piensa que se bendice a otro, al cual esperan ellos en su error. He aquí que al reclamar el mayor la bendición prometida, se espanta Isaac, y reconociendo que ha bendecido a uno por otro, se maravilla y pregunta quién será aquel; sin embargo, no se queja de haber sido engañado; antes bien, revelado súbitamente en su corazón un gran sacramento, evita la indignación y confirma la bendición. "¿Quién, pues, —dice— me ha cazado una pieza y me la ha traído, y he comido de todo antes de que tú vinieras, y le he bendecido, y será bendito?". ¿Quién no esperaría aquí más bien la maldición de un airado, si estas cosas no se hicieran por inspiración celestial, sino al modo terreno? ¡Oh cosas, hechas, pero hechas proféticamente; en la tierra, pero desde el cielo; por hombres, pero divinamente! Si se examinaran una por una estas cosas fecundas en tantos misterios, habría que llenar muchos volúmenes; pero el límite que debe imponerse moderadamente a esta obra nos obliga a apresurarnos hacia otras cosas.

CAPÍTULO XXXVIII.

De Jacob enviado a Mesopotamia para tomar esposa, y de la visión que soñó en el camino, y de sus cuatro mujeres, habiendo pedido una sola esposa.

1. Jacob es enviado por sus padres a Mesopotamia para que tome allí esposa. Las palabras del padre que le envía son estas: "No tomarás esposa de las hijas de los cananeos; levantándote huye a Mesopotamia, a la casa de Batuel, padre de tu madre, y toma para ti de allí esposa de las hijas de Labán, hermano de tu madre. Y mi Dios te bendiga, y te aumente, y te multiplique; y serás en congregaciones de naciones; y te dé la bendición de Abraham tu padre, a ti y a tu descendencia después de ti, para que seas heredero de la tierra de tu peregrinación, la cual dio Dios a Abraham". Aquí entendemos ya segregada la descendencia de Jacob de la otra descendencia de Isaac, lo cual se hizo a través de Esaú. Pues cuando se dijo: "En Isaac te será llamada descendencia", perteneciendo ciertamente la descendencia a la ciudad de Dios; se separó de allí la otra descendencia de Abraham, la que estaba en el hijo de la esclava, y la que había de estar en los hijos de Cetura. Pero aún era ambiguo respecto a los dos hijos gemelos de Isaac si a ambos o a uno de ellos pertenecía aquella bendición; y si a uno, quién de ellos era. Lo cual ahora ha quedado declarado cuando Jacob es bendecido proféticamente por su padre y se le dice: "Y serás en congregaciones de naciones, y te dé la bendición de Abraham tu padre".

2. Partiendo, pues, Jacob hacia Mesopotamia, recibió en sueños un oráculo, sobre el cual así está escrito: "Y salió Jacob del Pozo del juramento, y partió hacia Carrán, y llegó a un lugar y durmió allí; pues se había puesto el sol: y tomó de las piedras del lugar y la puso a su cabecera, y dur-

mió en aquel lugar y soñó. Y he aquí una escala establecida sobre la tierra, cuya cima llegaba al cielo; y los ángeles de Dios subían y bajaban por ella; y el Señor se apoyaba sobre ella; y dijo: Yo soy el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac, no temas; la tierra en la que duermes sobre ella, a ti te la daré y a tu descendencia: y será tu descendencia como la arena de la tierra; y se dilatará sobre el Mar, y hacia el África, y hacia el Aquilón, y hacia el Oriente: y serán bendecidas en ti todas las tribus de la tierra, y en tu descendencia. Y he aquí yo estoy contigo, guardándote en todo camino por donde fueres; y te reduciré a esta tierra; porque no te desampararé hasta que haga todas las cosas que he hablado contigo. Y se levantó Jacob de su sueño y dijo: Porque el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía. Y temió y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es esto sino la casa de Dios, y esta es la puerta del cielo. Y se levantó Jacob y tomó la piedra que puso allí a la cabecera, y la erigió en título, y derramó aceite sobre su cima; y llamó Jacob el nombre de aquel lugar: Casa de Dios". Esto pertenece a la profecía; ni derramó Jacob aceite sobre la piedra al modo de la idolatría, como si la hiciera un dios; pues ni adoró la misma piedra ni le sacrificó; sino que como el nombre de Cristo viene del crisma, esto es, de la unción; ciertamente se figuró aquí algo que pertenece a un gran sacramento. Y esta escala se entiende que el mismo Salvador nos la recuerda en el Evangelio, donde habiendo dicho de Natanael: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay dolo"; porque Israel había visto esta

visión, pues él mismo es Jacob; en el mismo lugar dice: "En verdad, en verdad os digo: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre".

3. Partió, pues, Jacob hacia Mesopotamia para tomar de allí esposa. Pero cómo le sucedió tener cuatro mujeres, de las cuales procreó doce hijos y una hija, sin codiciar a ninguna de ellas ilícitamente, lo indica la divina Escritura. Pues había venido para tomar a una sola; pero habiéndosele supuesto una por otra, no despidió a aquella de quien se había servido sin saberlo en la noche, para no parecer que la había tenido en burla; y en aquel tiempo, cuando ninguna ley prohibía tener varias mujeres por causa de multiplicar la posteridad, tomó también a aquella a quien sola ya había dado palabra de futuro matrimonio. Como esta fuera estéril, dio a su marido su sierva para recibir ella misma hijos de ella; lo cual también su hermana mayor, aunque había parido, imitó, porque deseaba multiplicar la prole. No se lee que Jacob pidiera a ninguna fuera de una sola, ni usó de varias sino en el oficio de engendrar prole, guardado el derecho conyugal, de modo que ni siquiera hiciera esto si sus mujeres no hubieran exigido que se hiciera, las cuales tenían legítima potestad sobre el cuerpo de su marido. Engendró, pues, doce hijos y una hija de cuatro mujeres. Luego entró en Egipto por su hijo José, que vendido por sus envidiosos hermanos fue llevado allí, y en el mismo lugar fue sublimado.

CAPÍTULO XXXIX.

Qué razón hubo para que Jacob fuera también sobrenombrado Israel.

Pero Jacob también se llamaba Israel, como dije poco antes; cuyo nombre obtuvo más especialmente el pueblo procreado de él. Este nombre le fue impuesto por el ángel que había luchado con él en el camino de regreso de Mesopotamia, representando muy evidentemente el tipo de Cristo. Pues que Jacob prevaleciera sobre él, ciertamente queriéndolo él, para figurar un misterio, significa la pasión de Cristo, donde pareció que los judíos prevalecían sobre Él. Y sin embargo, alcanzó la bendición del mismo ángel a quien había superado; y así la imposición de este nombre fue una bendición. Se interpreta Israel: "El que ve a Dios", que será al fin el premio de todos los santos. Además, el mismo ángel le tocó, como si él prevaleciera, la anchura del muslo, y de este modo lo dejó cojo. Era, pues, uno mismo Jacob bendito y cojo; bendito en los que de aquel mismo pueblo creyeron en Cristo, y cojo en los infieles. Pues la anchura del muslo es la multitud del linaje. Porque son más en esa estirpe de quienes se predijo proféticamente: "Y cojearon de sus sendas".

CAPÍTULO XL.

Cómo se narra que Jacob entró en Egipto con setenta y cinco almas; aunque la mayoría de los que se conmemoran nacieron en un tiempo posterior.

Se refiere, pues, que entraron en Egipto junto con el mismo Jacob setenta y cinco hombres, contándose él mismo con sus hijos. En cuyo número se conmemoran solo dos mujeres, una hija y otra nieta. Pero la cosa diligentemente considerada no indica que tal número hubiera en la progenie de Jacob el día o el año en que entró en Egipto. Pues se conmemoran entre ellos incluso los bisnietos de José, los cuales de ningún modo podían estar ya entonces; puesto que entonces Jacob era de ciento treinta años, pero su hijo José de treinta y nueve; habiendo tomado esposa, según consta, en su año trigésimo o más tarde, ¿cómo pudo en nueve años tener bisnietos de los hijos que recibió de la misma esposa? No teniendo, pues, hijos Efraín y Manasés, hijos de José, sino habiéndolos encontrado Jacob al entrar en Egipto como niños menores de nueve años, ¿de qué modo no solo sus hijos, sino también sus nietos, se cuentan en aquellos setenta y cinco que entonces entraron en Egipto con Jacob? Pues se conmemora allí a Maquir, hijo de Manasés, nieto de José; y al hijo del mismo Maquir, esto es, Galaad, nieto de Manasés, bisnieto de José: allí está también el que engendró Efraín, el otro hijo de José, esto es, Sutalaam, nieto de José; y al hijo del mismo Sutalaam, Erán, nieto de Efraín, bisnieto de José; los cuales de ningún modo pudieron existir cuando Jacob vino a Egipto y encontró a los hijos de José, sus nietos, abuelos de estos, como niños de menos de nueve años. Pero sin duda la entrada de Jacob en Egipto, cuando la Escritura lo conmemora en setenta y cinco almas, no es un solo día

o un solo año, sino todo aquel tiempo mientras vivió José, por quien se hizo que entraran. Pues de José mismo habla así la misma Escritura: "Y habitó José en Egipto, él y sus hermanos, y toda la cohabitación de su padre; y vivió ciento diez años, y vio José a los hijos de Efraín hasta la tercera generación". Ese es su bisnieto, tercero desde Efraín. Pues llama tercera generación al hijo, al nieto y al bisnieto. Luego sigue: "Y los hijos de Maquir, hijos de Manasés, nacieron sobre los muslos de José". Y aquí este mismo es el nieto de Manasés, bisnieto de José. Pero se les llamó en plural, como suele la Escritura; la cual también a la única hija de Jacob llamó "hijas"; así como en la costumbre de la lengua latina se llama en plural "hijos" (filii) a los niños (liberi), aunque no sean más de uno. Siendo, pues, predicha la felicidad de José mismo porque pudo ver bisnietos, de ningún modo debe pensarse que ya existieran en el año treinta y nueve de su bisabuelo José, cuando llegó a él en Egipto su padre Jacob. Pero aquello es lo que engaña a los que miran estas cosas menos diligentemente, puesto que está escrito: "Estos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto junto con su padre Jacob". Pues esto se dijo porque se computan setenta y cinco junto con él, no porque ya estuvieran todos juntos cuando él mismo entró en Egipto; sino que, como dije, se tiene por tiempo de su entrada todo aquel en que vivió José, por quien se considera que entró.

CAPÍTULO XLI.

De la bendición que Jacob prometió en su hijo Judá.

Por tanto, a causa del pueblo cristiano, en el cual la Ciudad de Dios (civitas Dei) peregrina en la tierra, si buscamos la carne de Cristo en la descendencia de Abraham, apartados los hijos de las concubinas, ocurre Isaac; si en la descendencia de Isaac, apartado Esaú, que es también Edom, ocurre Jacob, que es también Israel; si en la descendencia de Israel mismo, apartados los demás, ocurre Judá, porque de la tribu de Judá nació Cristo. Y por esto, cuando Israel, estando para morir en Egipto, bendecía a sus hijos, escuchemos de qué modo bendijo proféticamente a Judá: "Judá", dijo, "tus hermanos te alabarán. Tus manos sobre el dorso de tus enemigos: te adorarán los hijos de tu padre. Cachorro de león es Judá: de la germinación, hijo mío, subiste: recostado dormiste como león, y como cachorro de león, ¿quién lo despertará? No faltará príncipe de Judá, ni caudillo de sus muslos, hasta que vengan las cosas que le están reservadas: y él mismo es la expectación de las gentes (exspectatio gentium); atando a la vid su pollino, y al cilicio el pollino de su asna. Lavará en vino su estola, y en la sangre de la uva su manto. Rojizos sus ojos por el vino, y sus dientes más blancos que la leche (Gén. XLIX, 8-12). Expuse estas cosas disputando contra el maniqueo Fausto (Contra Fausto Maniqueo, lib. 12, cap. 42): y juzgo que es suficiente cuanto la verdad de esta profecía resplandece; donde también se predice la muerte de Cristo con el verbo de la dormición, y no la necesidad, sino el poder en la muerte, con el nombre del león. El cual poder él mismo predica en el Evangelio, diciendo: "Tengo

poder para poner mi vida, y tengo poder para tomarla de nuevo. Nadie me la quita: sino que yo mismo la pongo, y la tomo de nuevo (Juan X, 18, 17). Así rugió el león, así cumplió lo que dijo. Pues a aquel poder pertenece lo que se añadió de su resurrección: "¿Quién lo despertará?", esto es, porque ningún hombre, sino él mismo, que también dijo de su propio cuerpo: "Destruid este templo, y en tres días lo resucitaré" (Id. II, 19). Pero el mismo género de muerte, esto es, la sublimidad de la cruz, se entiende en una sola palabra, que dice: "Subiste". Lo que en verdad añadió: "Recostado dormiste", lo explica el Evangelista donde dice: "y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu" (Id. XIX, 30). O ciertamente se reconoce su sepultura, en la cual se recostó durmiendo; y de donde ningún hombre lo despertó, como despertaron los Profetas a algunos, o como él mismo despertó a otros, sino que como de un sueño él mismo se levantó. Además, su estola que lava en vino, esto es, limpia de pecados en su propia sangre, cuyo sacramento de sangre conocen los bautizados, de donde también añade: "Y en la sangre de la uva su manto", ¿qué es sino la Iglesia? Y rojizos sus ojos por el vino: sus espirituales embriagados con su cáliz, de cual canta el Salmo: "¡Y cuán preclaro es tu cáliz embriagador!" (Salmo XXII, 5)! Y sus dientes más blancos que la leche: lo que beben los párvulos junto al Apóstol, a saber, las palabras que nutren, no siendo aún idóneos para el alimento sólido (I Cor. III, 2). Él es, por tanto, en quien estaban depositadas las promesas de Judá, las cuales hasta que vinieran,

nunca faltaron príncipes, esto es, reyes de Israel de aquella estirpe. Y él mismo es la expectación de las gentes: lo cual es más claro viéndolo que exponiéndolo.

CAPÍTULO XLII.

De los hijos de José, a quienes Jacob bendijo por la profética transmutación de sus manos.

Así como los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob, presentaron la figura de los dos pueblos en los judíos y los cristianos (aunque en lo que pertenece a la descendencia de la carne, ni los judíos vinieron de la descendencia de Esaú, sino los idumeos; ni las naciones cristianas de Jacob, sino más bien los judíos, pues para esto solo valió la figura, en lo que se dijo: "El mayor servirá al menor"); así sucedió también en los dos hijos de José: pues el mayor llevó el tipo de los judíos, y el menor el de los cristianos. A los cuales cuando Jacob bendecía, poniendo la mano derecha sobre el menor, a quien tenía a su izquierda; y la izquierda sobre el mayor, a quien tenía a su derecha: pareció grave al padre de ellos, y amonestó a su padre como corrigiendo su error, y mostrando quién de ellos era el mayor. Pero él no quiso mudar las manos, sino que dijo: "Lo sé, hijo, lo sé. También este será un pueblo, y también este será ensalzado: pero su hermano menor será mayor que él, su descendencia será una multitud de gentes (multitudinem gentium) (Gén. XLVIII, 19). También aquí demuestra aquellas dos promesas. Pues aquel "un pueblo", este "una multitud de gentes": ¿qué

hay más evidente que el que en estas dos promesas se contengan el pueblo de los israelitas y el orbe de la tierra en la descendencia de Abraham, aquel según la carne (secundum carnem), este según la fe (secundum fidem)?

CAPÍTULO XLIII.

De los tiempos de Moisés, y de Josué hijo de Nun, y de los Jueces, y desde entonces de los Reyes, de los cuales Saúl es el primero, pero David es el principal y se tiene tanto por sacramento como por mérito.

1. Muerto Jacob, muerto también José, por los restantes ciento cuarenta y cuatro años, hasta que se salió de la tierra de Egipto, aquella nación creció de un modo increíble, aun siendo desgastada por tantas persecuciones, de suerte que en cierto tiempo los varones nacidos eran matados, cuando los egipcios, admirados, se aterraban por los excesivos incrementos de aquel pueblo. Entonces Moisés, sustraído a hurtadillas de los matadores de los párvulos, llegó a la casa real, preparando Dios por él grandes cosas, y habiendo sido nutrido y adoptado por la hija de Faraón (cuyo nombre fue el de todos los reyes en Egipto), llegó a ser un varón tan grande que él mismo sacara a aquella nación maravillosamente multiplicada del durísimo y gravísimo yugo de servidumbre que allí soportaba, o más bien Dios por él, quien había prometido esto a Abraham. Pues huyendo primero de allí porque, al defender a un israelita, había matado a un egipcio y se había aterrado; después, enviado divinamente en el poder del Es-

píritu de Dios, superó a los magos de Faraón que se resistían. Entonces por él fueron inferidas a los egipcios diez memorables plagas, no queriendo ellos dejar ir al pueblo de Dios: el agua convertida en sangre, ranas y mosquitos, cinomía, muerte de los ganados, úlceras, granizo, langosta, tinieblas, muerte de los primogénitos. Al final, mientras los egipcios perseguían en el mar Rojo (mari Rubro) a los israelitas, a los cuales, quebrantados por tantas y tan grandes plagas, al fin alguna vez habían dejado ir, fueron extinguidos. Pues a aquellos que se iban, el mar dividido les hizo camino; pero a estos que los seguían, la onda volviendo sobre sí los sumergió. Después, por cuarenta años, siendo Moisés el guía, el pueblo de Dios fue conducido por el desierto, cuando fue nombrado el Tabernáculo del testimonio (Tabernaculum testimonii), donde Dios era colultado con sacrificios que prenunciaban las cosas futuras: a saber, habiendo sido ya dada la ley en el monte muy terriblemente; pues la divinidad se atestiguaba evidentísimamente con maravillosos signos y voces. Lo cual se hizo tan pronto como se salió de Egipto, y el pueblo empezó a estar en el desierto, el quincuagésimo día después de celebrada la Pascua (Pascha) por la inmolación de la oveja: la cual es hasta tal punto tipo de Cristo, prenunciando que él, por la víctima de su pasión, pasaría de este mundo al Padre (pues Pascua en lengua hebrea se interpreta Tránsito [Transitus]), que ya cuando se revelaba el Nuevo Testamento (Testamentum novum), después de que nuestra Pascua, Cristo, fue inmolado, el quincuagésimo día viniera del

cielo el Espíritu Santo: el cual fue llamado en el Evangelio dedo de Dios (digitus Dei), para que trajera nuestra recordación a la memoria del primer hecho prefigurado; porque también aquellas tablas de la ley se refiere que fueron escritas por el dedo de Dios (Éxodo XXXI, 18).

2. Muerto Moisés, Josué hijo de Nun (Jesus Nave) rigió al pueblo, y lo introdujo en la tierra de promisión, y la dividió al pueblo. Por estos dos maravillosos guías también se gestionaron guerras muy próspera y maravillosamente, atestiguando Dios que aquellas victorias les habían sobrevenido no tanto por los méritos del pueblo hebreo, cuanto por los pecados de aquellas naciones que eran combatidas. Después de estos guías, hubo Jueces, estando ya el pueblo colocado en la tierra de promisión: para que empezara entretanto a cumplirse para Abraham la primera promesa sobre una nación, esto es, la hebrea, y la tierra de Canaán (terra Chanaan); no todavía sobre todas las naciones y todo el orbe de la tierra: lo cual el advenimiento de Cristo en la carne, y no las observaciones de la antigua Ley, sino la fe del Evangelio, había de cumplir. De cuya cosa se hizo una prefiguración en que no Moisés, que había recibido la ley para el pueblo en el monte Sinaí, sino Josué (Jesus), a quien también el nombre por mandato de Dios le había sido cambiado para que se llamara Josué, introdujo al pueblo en la tierra de promisión. Pero en los tiempos de los Jueces, según se tenían tanto los pecados del pueblo como la misericordia de Dios, alternaron las cosas prósperas y adversas de las guerras.

3. De allí se llegó a los tiempos de los Reyes: de los cuales reinó primero Saúl (Saül): el cual, siendo reprobado y postrado por una matanza bélica, y rechazada su estirpe para que no nacieran de allí reyes, sucedió David en el reino, de quien Cristo fue llamado especialmente hijo. En el cual se hizo un cierto artículo y el exordio de algún modo de la juventud del pueblo de Dios: de cuyo género se conducía una cierta como adolescencia desde el mismo Abraham hasta este David. Pues no en vano el evangelista Mateo conmemoró así las generaciones, de modo que recomendó este primer intervalo con catorce generaciones, a saber, desde Abraham hasta David (Mat. I, 17). Pues desde la adolescencia empieza el hombre a poder engendrar: por eso tomó el exordio de las generaciones desde Abraham; el cual también fue constituido padre de las naciones cuando recibió el nombre mudado. Antes de este, pues, hubo como una niñez (pueritia) de este género de pueblo de Dios, desde Noé hasta el mismo Abraham: y por eso se encontró la primera lengua, esto es, la hebrea. Pues desde la niñez el hombre empieza a hablar después de la infancia (infantiam), la cual se llamó así de esto, porque no puede hablar (fari non potest). Cuya primera edad por cierto la sumerge el olvido, así como la primera edad del género humano fue borrada por el diluvio (diluvio). Pues, ¿cuántos hay que recuerden su propia infancia? Por lo cual, en este transcurso de la Ciudad de Dios, así como el libro anterior contuvo aquella una y misma primera edad, así este libro contenga dos edades, la segunda y la tercera, en la

cual tercera, por causa de la vaca de tres años, la cabra de tres años y el carnero de tres años (Gén. XV, 9), se impuso el yugo de la Ley, y apareció la abundancia de los pecados, y surgió el exordio del reino terreno, donde no faltaron hombres espirituales, cuyo sacramento fue figurado en la tórtola y la paloma (turture et columba) (Ibíd.).

Libro D

ECIMOSÉPTIMO.

En el cual se trata del transcurso de la ciudad de Dios en los tiempos de los Reyes y de los Profetas desde Samuel y David hasta Cristo, y se exponen las profecías de esos mismos tiempos que fueron encomendadas a las sagradas Letras en los libros de los Reyes, de los Salmos y de Salomón sobre Cristo y la Iglesia.

CAPÍTULO PRIMERO.

De los tiempos de los Profetas.

Las promesas de Dios que fueron hechas a Abraham, a cuya descendencia aprendimos, por promesa de Dios, que se deben tanto la nación israelita según la carne (secundum carnem) como todas las naciones según la fe (secundum fidem), la ciudad de Dios (civitas Dei) indicará cómo se cumplen transcurriendo por el orden de los tiempos. Puesto que el fin del libro anterior se hizo hasta el reino de David, ahora desde el mismo reino, en cuanto parece bastar para la obra emprendida, tocamos las demás cosas que siguen. Este tiempo, por tanto, desde el cual el santo Samuel empezó a profetizar, y de allí en adelante hasta que el pueblo de Israel fue llevado

cautivo a Babilonia, y de allí, según la profecía del santo Jeremías, después de setenta años, regresados los israelitas (Jerem. XXV, 11), fue restaurada la casa de Dios, es todo el tiempo de los Profetas. Pues aunque tanto al mismo patriarca Noé, en cuyos días toda la tierra fue borrada por el diluvio, como a otros por arriba y por abajo hasta este tiempo en que empezaron a haber reyes en el pueblo de Dios, por ciertas cosas futuras o de cualquier modo significadas por ellos, o predichas, que pertenecieran a la ciudad de Dios y al reino de los cielos, no sin mérito podamos llamarlos profetas; especialmente porque leemos que algunos de ellos fueron nombrados así más expresamente, como Abraham (Gén. XX, 7), como Moisés (Deut. XXXIV, 10): sin embargo, los días de los Profetas fueron llamados especialmente y sobre todo estos, desde que empezó a profetizar Samuel, quien también ungió primero a Saúl (Saülem), y reprobado este, al mismo David por mandato de Dios como rey, de cuya estirpe los demás habían de suceder, hasta que así conviniera que sucedieran. Por tanto, las cosas que fueron predichas por los Profetas sobre Cristo, mientras la ciudad de Dios corría por estos tiempos con sus miembros que se marchaban al morir y sucedían al nacer, si quisiera conmemorar todas, se iría a lo inmenso. Primero porque la misma Escritura, que disponiendo por orden los Reyes y sus hechos y eventos, parece como si estuviera ocupada con diligencia histórica en narrar las cosas gestadas, si se trata considerada con la ayuda del Espíritu de Dios, se encontrará intentada o más, o cierta-

mente no menos, a prenunciar las cosas futuras que a enunciar las pasadas. Y quién ignora, quien piense estas cosas aunque sea mediocremente, cuán trabajoso y prolijo es indagar esto escudriñando y mostrarlo discurriendo, y de cuántos volúmenes es digno. Luego porque esas mismas cosas que no se duda que pertenecen a la profecía, son tantas sobre Cristo y el reino de los cielos, que es la ciudad de Dios, que para abrir esto sería necesaria una disputa mayor de la que exige el modo de esta obra. Por consiguiente, así moderaré mi estilo, si pudiere, que al llevar a cabo esta obra en la voluntad de Dios, ni diga las cosas que sobren, ni pase por alto las que basten.

CAPÍTULO II.

En qué tiempo se cumplió la promesa de Dios sobre la tierra de Canaán, la cual recibió en posesión incluso el Israel carnal.

En el libro precedente dijimos que desde el principio para Abraham en las promesas de Dios dos cosas fueron prometidas: una, a saber, que su descendencia había de poseer la tierra de Canaán (terra Chanaan); lo cual se significa donde se dice: "Ve a la tierra que te mostraré, y te haré una gran nación": pero otra mucho más excelente, no de la descendencia carnal, sino de la espiritual, por la cual es padre, no de una sola nación israelita, sino de todas las naciones que siguen las huellas de su fe; lo cual empezó a prometerse en estas palabras: "Y en ti serán benditas todas las tribus de la tierra" (Gén. XII, 1-3). Y de allí

en adelante, con otros muchísimos testimonios, mostramos que estas dos cosas fueron prometidas. Estaba, pues, ya en la tierra de promisión la descendencia de Abraham, esto es, el pueblo de Israel, según la carne; y allí no solo teniendo y poseyendo las ciudades de los adversarios, sino incluso teniendo reyes, ya había empezado a reinar, cumplidas ya en gran parte las promesas de Dios sobre el mismo pueblo; no solo las que se hicieron a aquellos tres padres, Abraham, Isaac y Jacob, y cualesquiera otras en los tiempos de ellos, sino incluso las que a través del mismo Moisés, por quien el mismo pueblo fue liberado de la servidumbre egipcia, y por quien todas las cosas pasadas fueron reveladas en sus tiempos mientras conducía al pueblo por el desierto, habían sido hechas. Pero ni por el insigne caudillo Josué hijo de Nun (Jesus Nave), por quien aquel pueblo fue introducido en la tierra de promisión y, expugnadas las naciones, la dividió a las doce tribus a las cuales Dios había mandado, y murió; ni después de él en todo el tiempo de los Jueces se había cumplido la promesa de Dios sobre la tierra de Canaán "desde un cierto río de Egipto hasta el gran río Éufrates (Euphratem)" (Gén. XV, 18): ni sin embargo todavía se profetizaba como futuro, sino que se esperaba su cumplimiento. Se cumplió, en cambio, por David y su hijo Salomón (Salomonem); cuyo reino fue dilatado por tanto espacio cuanto había sido prometido: pues sometieron a todos aquellos y los hicieron tributarios. Así, pues, en la tierra de promisión según la carne, esto es, en la tierra de Canaán, bajo estos

reyes había sido constituida la descendencia de Abraham, de modo que nada quedaba después por lo cual aquella promesa terrena de Dios se completara, sino que en la misma tierra, en lo que a la prosperidad temporal atañe, permaneciera por la sucesión de la posteridad en estado inconcuso hasta el término de este siglo mortal la nación hebrea, si obedeciera a las leyes del Señor su Dios. Pero puesto que Dios sabía que ella no había de hacer esto, usó también de sus penas temporales para ejercitar en ella a sus pocos fieles, y amonestar a los que después habían de existir en todas las naciones lo que convenía que fueran amonestados, en los cuales, revelado el Nuevo Testamento (novo Testamento), por la encarnación de Cristo había de cumplir la otra promesa.

CAPÍTULO III.

De las tripartitas significaciones de los Profetas, que se refieren ahora a la Jerusalén terrena, ahora a la celestial, y ahora a ambas.

1. Por lo cual, así como aquellos oráculos divinos para Abraham, Isaac y Jacob, y cualesquiera otros signos o dichos proféticos fueron hechos en las precedentes sagradas Letras: así también las demás profecías desde este tiempo de los Reyes pertenecen en parte a la nación de la carne de Abraham, pero en parte a aquella descendencia suya en la cual son benditas todas las naciones, coherederas de Cristo por el Nuevo Testamento (Testamentum novum), para poseer la vida eter-

na y el reino de los cielos. En parte, por tanto, a la esclava (ancillam) que engendra para la servidumbre, esto es, la Jerusalén terrena (terrenam Jerusalem), que sirve con sus hijos; pero en parte a la libre ciudad de Dios (liberam civitatem Dei), esto es, la verdadera Jerusalén eterna en los cielos, cuyos hijos son hombres que viven según Dios como peregrinos en la tierra: pero hay en ellas ciertas cosas que se entienden pertenecer a ambas, a la esclava propiamente, a la libre figuradamente.

2. Así pues, se encuentran tripartitos los elocuentes dichos de los Profetas: pues algunos miran a la Jerusalén terrena, algunos a la celestial, algunos a ambas. Veo que debo probar con ejemplos lo que digo. Fue enviado el profeta Natán (Nathan) para argüir al rey David de un pecado grave, y para predecirle los males futuros que le siguieron (2 Sam. 12). ¿Quién dudaría que estas cosas y las semejantes, ya sea públicamente, esto es, por la salud o utilidad del pueblo, o privadamente, cuando cada uno por sus propios asuntos merecía los elocuentes dichos divinos por los cuales se conociera algo del futuro para el uso de la vida temporal, pertenecieron a la ciudad terrena? Pero donde se lee: "He aquí que vienen días, dice el Señor, y consumaré para la casa de Israel y para la casa de Judá un nuevo testamento (testamentum novum), no según el testamento que dispuse para sus padres en el día en que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi testamento y yo los descuidé, dice el Señor. Porque este

es el testamento que constituiré para la casa de Israel: después de aquellos días, dice el Señor, daré mis leyes en su mente y sobre sus corazones las escribiré, y los veré, y seré para ellos por Dios y ellos mismos serán para mí por pueblo" (Jer. 31, 31-33; Heb. 8, 8-10); sin duda se profetiza la Jerusalén celestial (Jerusalem superna), cuyo premio es Dios mismo, y el tenerlo a él y ser de él es allí el sumo y todo el bien (summum atque totum bonum). Pero a ambas pertenece esto mismo de que Jerusalén sea llamada ciudad de Dios, y en ella se profetice la futura casa de Dios, y esa profecía se vea cumplirse cuando el rey Salomón (Salomon) edifica aquel nobilísimo templo. Pues estas cosas tanto sucedieron en la Jerusalén terrena según la historia, como fueron figuras de la Jerusalén celestial. El cual género de profecía, como compactado y mezclado de ambos en los Libros antiguos canónicos en los que se contienen las narraciones de las cosas gestadas, vale muchísimo, y mucho ejercitó y ejercita los ingenios de los que escudriñan las Letras sagradas, para que lo que se lee históricamente predicho y completado en la descendencia de Abraham según la carne (secundum carnem), se indague también qué significa alegóricamente que ha de cumplirse en la descendencia de Abraham según la fe (secundum fidem): hasta el punto de que a algunos les ha parecido que nada hay en los mismos libros, ya sea prenunciado y efectuado, o efectuado aunque no prenunciado, que no insinúe algo que deba referirse a la celestial ciudad de Dios y a sus hijos peregrinos en esta vida por

una significación figurada. Pero si esto es así, ya serán bipartitos, no tripartitos, los elocuentes dichos de los Profetas, o más bien de todas aquellas Escrituras que se consideran bajo la apelación del Antiguo Instrumento (veteris Instrumenti). Pues nada habrá allí que pertenezca solo a la Jerusalén terrena, si lo que allí se dice y completa sobre ella o por causa de ella, significa algo que también por una prefiguración alegórica se refiera a la Jerusalén celestial: sino que habrá solo dos géneros, uno que pertenezca a la Jerusalén libre (Jerusalem liberam), y otro que pertenezca a ambas. A mí, en cambio, así como me parece que yerran mucho los que piensan que ninguna de las cosas gestadas en ese género de letras significa otra cosa fuera de que fueron gestadas de ese modo; así me parece que se atreven mucho los que sostienen que absolutamente todo allí está envuelto en significaciones alegóricas. Por eso dije que son tripartitos, no bipartitos. Pues esto estimo, aunque no culpando a los que hayan podido esculpir allí un sentido de inteligencia espiritual de cualquier cosa gestada, siempre que se conserve primero la verdad de la historia. Por lo demás, las cosas que se dicen de tal modo que no pueden convenir a las cosas gestadas o por gestarse humana o divinamente, ¿qué hombre fiel dudaría que no fueron dichas en vano? ¿quién no las revocaría a la inteligencia espiritual, si puede, o confesaría que deben ser revocadas por aquel que puede?

CAPÍTULO IV.

De la prefigurada mudanza del reino y sacerdocio israelita, y de las cosas que Ana, madre de Samuel, llevando la persona de la Iglesia, profetizó.

1. El transcurso, pues, de la ciudad de Dios, cuando llegó a los tiempos de los Reyes, cuando David, reprobado Saúl, obtuvo así el reino primero, de modo que su posteridad después reinara en la Jerusalén terrena en larga sucesión, dio una figura, significando y prenunciando por el hecho gestado lo que no debe pasarse en silencio, sobre la mudanza de las cosas futuras en lo que atañe a los dos Testamentos, el antiguo y el nuevo: donde el sacerdocio y el reino fueron mudados por el mismo sacerdote y nuevo y sempiterno rey, que es Cristo Jesús. Pues tanto Samuel, sustituido en el ministerio de Dios al ser reprobado el sacerdote Elí (Heli), habiendo desempeñado a la vez el oficio de sacerdote y de juez, como el rey David, fundado en el reino al ser desechado Saúl, figuraron esto que digo. La misma madre también de Samuel, Ana (Anna), que primero fue estéril y se alegró con una posterior fecundidad, no parece profetizar otra cosa cuando derrama su gratulación al Señor exultando: cuando devuelve al mismo niño nacido y destetado a Dios con la misma piedad con que lo había prometido. Pues dice: "Se ha confirmado mi corazón en el Señor, y se ha ensalzado mi cuerno en mi Dios. Se ha dilatado mi boca sobre mis enemigos; me he alegrado en tu salvación. Porque no hay santo como el Señor; y no hay justo como nuestro Dios; no hay santo fuera de ti. No os gloriéis soberbiamente, ni habléis cosas excelsas, ni proceda la fanfarronería

de vuestra boca. Porque el Señor es el Dios de las ciencias, y Dios que prepara sus invenciones. El arco de los potentes hizo débil, y los débiles fueron ceñidos de virtud. Los llenos de panes fueron minorados, y los hambrientos pasaron la tierra. Porque la estéril parió siete, y la que tenía muchos hijos se debilitó. El Señor da muerte y da vida; conduce a los infiernos (inferos) y hace volver. El Señor hace pobres y enriquece; humilla y ensalza. Levanta de la tierra al pobre, y del estiércol erige al indigente: para colocarlo con los potentes del pueblo, y dándoles por herencia el solio de la gloria: dando el voto al que promete, y bendijo los años del justo: porque no en su virtud es potente el varón. El Señor hará débil a su adversario, el Señor santo. No se glorie el prudente en su prudencia, y no se glorie el potente en su potencia, y no se glorie el rico en sus riquezas: sino en esto gloríese el que se gloría, en entender y conocer al Señor, y hacer juicio y justicia en medio de la tierra. El Señor ascendió a los cielos y tronó: él mismo juzgará los confines de la tierra porque es justo; y da virtud a nuestros reyes, y ensalzará el cuerno de su Cristo (Christi sui) (1 Sam. 2, 1-10, sec. LXX).

2. ¿Acaso, pues, se pensará que estas palabras son de una mujercilla que se gratula por el hijo que le ha nacido? ¿Tanto se ha apartado la mente de los hombres de la luz de la verdad que no sienta que los dichos que esta mujer derramó sobrepasan su medida? Por lo demás, quien por las cosas mismas que ya han empezado a cumplirse incluso en esta peregrinación terrena se mueve

convenientemente, ¿no atiende, y mira, y reconoce a través de esta mujer, cuyo nombre también, esto es Ana (Anna), se interpreta Su Gracia (Gratia ejus), a la misma religión cristiana, a la misma ciudad de Dios (civitas Dei), cuyo rey y fundador es Cristo, y finalmente a la misma gracia de Dios hablando así con espíritu profético, de la cual los soberbios se enajenan para que caigan, y de la cual los humildes se llenan para que se levanten, lo que principalmente resonó en este himno? A no ser que alguien por ventura vaya a decir que nada profetizó esta mujer, sino que solamente alabó a Dios con exultante predicación por el hijo que impetró rogando. ¿Qué quiere decir, pues, lo que dice: "El arco de los potentes hizo débil, y los débiles fueron ceñidos de virtud: los llenos de panes fueron minorados, y los hambrientos pasaron la tierra: porque la estéril parió siete, y la que tenía muchos hijos se debilitó"? ¿Acaso siete había parido ella, aunque hubiera sido estéril? Uno único tenía cuando decía estas cosas: pero ni después parió siete, o seis, de los cuales el séptimo fuera el mismo Samuel; sino tres varones y dos hembras (1 Sam. 2, 21). Luego en aquel pueblo, cuando todavía nadie reinaba, lo que puso al final: "Da virtud a nuestros reyes, y ensalzará el cuerno de su Cristo"; ¿de dónde lo decía, si no profetizaba?

3. Diga, pues, la Iglesia de Cristo, ciudad del gran Rey, llena de gracia, fecunda en prole; diga lo que reconoce que tanto antes fue profetizado de sí por la boca de esta piadosa madre: "Se ha confirmado mi corazón en el Señor, y se ha ensalzado mi cuerno en mi Dios". Verdaderamente está con-

firmado el corazón, y verdaderamente el cuerno ensalzado; porque no en sí, sino en el Señor su Dios. "Se ha dilatado mi boca sobre mis enemigos": porque aun en las angustias de las presiones la palabra de Dios no está ligada, ni en los predicadores ligados. "Me he alegrado", dice, "en tu salvación". Este es aquel Jesús Cristo, a quien el anciano Simeón, como se lee en el Evangelio, abrazando pequeño, reconociendo grande, dijo: "Ahora despides, Señor, a tu siervo en paz, porque han visto mis ojos tu salvación" (Luc. 2, 29 y 30). Diga, por tanto, la Iglesia: "Me he alegrado en tu salvación". "Porque no hay santo como el Señor; y no hay justo como nuestro Dios"; como santo y santificante, justo y justificante. "No hay santo fuera de ti": porque nadie lo llega a ser sino por ti. Finalmente sigue: "No os gloriéis soberbiamente, ni habléis cosas excelsas, ni salga la fanfarronería de vuestra boca. Porque el Señor es el Dios de las ciencias". Él mismo os conoce, incluso donde nadie conoce: porque "quien piensa que es algo, siendo nada, se seduce a sí mismo" (Gál. 6, 3). Estas cosas se dicen a los adversarios de la ciudad de Dios pertenecientes a Babilonia, que presumen de su virtud, gloriándose en sí mismos, no en el Señor; de los cuales son también los israelitas carnales, ciudadanos terrígenas de la Jerusalén terrena, quienes, como dice el Apóstol, "ignorando la justicia de Dios", esto es, la que Dios da al hombre, el cual solo es justo justificante; "y queriendo establecer la suya", esto es, como parida por sí mismos para sí, no impartida por aquel; "no están sujetos a la justicia de Dios" (Rom. 10, 3).

ciertamente porque siendo soberbios, pensando por lo suyo, no por lo de Dios, que pueden agradar a Dios, que es el Dios de las ciencias, y por tanto también árbitro de las conciencias, viendo allí los pensamientos de los hombres, que son vanos (Sal. 93, 11), si son de los hombres y no son de él. "Y preparando", dice, "sus invenciones". ¿Qué invenciones pensamos, sino que los soberbios caigan y los humildes se levanten? Ciertamente ejecuta estas invenciones diciendo: "El arco de los potentes se ha hecho débil, y los débiles han sido ceñidos de virtud". Se ha hecho débil el arco, esto es, la intención de aquellos que tan potentes se ven a sí mismos que sin el don y ayuda de Dios, con la suficiencia humana, piensan poder cumplir los mandatos divinos; y son ceñidos de virtud aquellos cuya voz interna es: "Ten misericordia de mí, Señor, porque soy débil" (Sal. 6, 3).

4. "Los llenos de panes", dice, "fueron minorados, y los hambrientos pasaron la tierra". ¿Quiénes deben entenderse llenos de panes, sino esos mismos como potentes, esto es, los israelitas, a quienes fueron confiados los oráculos de Dios (Rom. 3, 2)? Pero en aquel pueblo los hijos de la esclava fueron minorados: con cuya palabra, aunque menos latina, bien se expresó que de mayores fueron hechos menores: porque aun en los mismos panes, esto es, los oráculos divinos, que los israelitas solos recibieron entonces de entre todas las gentes, saborean cosas terrenas. Pero las gentes a quienes aquella ley no había sido dada, después que por el nuevo Testamento llegaron a aquellos oráculos, con mucha hambre pasaron la

tierra; porque en ellos no saborearon cosas terrenas, sino celestiales. Y esto, como si se preguntara la causa de por qué se hizo: "Porque la estéril", dice, "parió siete, y la que tenía muchos hijos se debilitó". Aquí brilló todo lo que se profetizaba para quienes reconocen el número septenario, con el cual se significa la perfección de la Iglesia universal. Por lo cual también el apóstol Juan escribe a las siete Iglesias (Apoc. 1, 4), mostrando de ese modo que escribe a la plenitud de una: y la Sabiduría prefigurando esto antes en los Proverbios de Salomón, "se edificó una casa y la sostuvo con siete columnas" (Prov. 9, 1). Pues estéril era en todas las gentes la ciudad de Dios, antes que naciera esta prole que vemos. Vemos también que la que era mucha en hijos, la Jerusalén terrena, ahora está debilitada. Porque cuantos hijos de la libre había en ella, eran su virtud; pero ahora, como allí está la letra y no está el espíritu, perdida la virtud, se ha debilitado.

5. "El Señor da muerte y da vida": mató a aquella que era mucha en hijos; y dio vida a esta estéril que parió siete. Aunque más cómodamente pueda entenderse que vivifica a los mismos que mató. Pues esto como que lo repitió añadiendo: "Conduce a los infiernos (inferos) y hace volver". Pues a quienes dice el Apóstol: "Si habéis muerto con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios" (Col. 3, 1), estos ciertamente son matados saludablemente por el Señor; a los cuales añade: "Saboread las cosas que son de arriba, no las que están sobre la tierra"; para que ellos mismos sean aque-

llos que hambrientos pasaron la tierra. "Porque habéis muerto", dice; ved cómo saludablemente mata Dios. Después sigue: "Y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Col. 3, 3); ved cómo vivifica Dios a esos mismos. ¿Pero acaso condujo a los mismos a los infiernos y los hizo volver? Ambas cosas vemos cumplidas sin controversia de los fieles más bien en aquel, a saber, nuestra Cabeza, con quien el Apóstol dijo que nuestra vida estaba escondida en Dios. Pues cuando "no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" (Rom. 8, 32), de ese modo ciertamente lo mató. Y porque lo resucitó de entre los muertos, de nuevo vivificó al mismo. Y porque en la profecía se reconoce su voz: "No dejarás mi alma en el infierno (inferno)" (Sal. 15, 10), al mismo condujo a los infiernos y lo hizo volver. Con esta pobreza suya hemos sido enriquecidos. Pues "el Señor hace pobres y enriquece". Pues para que sepamos qué sea esto, oigamos lo que sigue: "Humilla y ensalza"; ciertamente humilla a los soberbios y ensalza a los humildes. Pues lo que en otro lugar se lee: "Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes" (Sant. 4, 6); esto tiene todo el discurso de esta, cuyo nombre se interpreta Su Gracia (Gratia ejus).

6. Ya verdaderamente lo que se añade: "Levanta de la tierra al pobre"; de nadie mejor lo entiendo que de aquel que "por nosotros se hizo pobre, siendo rico, para que con su pobreza", como poco antes se ha dicho, "fuéramos enriquecidos" (2 Cor. 8, 9). Pues a él lo levantó de la tierra tan pronto que su carne no viera la corrupción.

Ni alejaré de él lo que se añadió: "Y del estiércol (stercore) erige al indigente". Pues el indigente es el mismo que el pobre. El estiércol, por cierto, de donde fue erigido, muy rectamente se entiende que son los perseguidores judíos, en cuyo número habiendo dicho el Apóstol que había perseguido a la Iglesia: "Las cosas que para mí eran ganancias", dijo, "esas las he tenido por pérdidas por Cristo; y no solo por detrimentos, sino que también las he considerado como estiércol (stercora), para ganar a Cristo" (Fil. 3, 7-8). De la tierra, pues, fue levantado aquel pobre sobre todos los ricos, y de aquel estiércol fue erigido sobre todos los opulentos aquel indigente: "para que se siente con los potentes del pueblo", a quienes dice: "Os sentaréis sobre doce tronos" (Mt. 19, 28). "Y dándoles por herencia el solio de la gloria". Pues habían dicho aquellos potentes: "He aquí que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido" (Mt. 19, 27); este voto lo habían prometido muy potentemente.

7. Pero ¿de dónde les viene esto a ellos, sino de aquel de quien se dice aquí a continuación: "Dando un voto al que promete"? De lo contrario, serían de aquellos potentes cuyo arco se debilitó. "Dando", dice, "un voto al que promete". Pues nadie prometería nada recto al Señor, sino aquel que recibiera de él lo que debe prometer. Sigue: "Y bendijo los años del justo"; para que viva, a saber, sin fin con aquel a quien se dijo: "Y tus años no faltarán" (Sal. 101, 28). Pues allí permanecen los años, pero aquí pasan, o más bien perecen; pues antes de que vengan, no son; y cuando hayan

venido, no serán, porque vienen con su propio fin. De estas dos cosas, es decir, "Dando un voto al que promete", y "bendijo los años del justo"; una es lo que hacemos, la otra lo que recibimos. Pero esta segunda no se recibe de Dios dador, sino cuando con su ayuda se realiza primero aquello: "porque no en la virtud [fuerza] es potente el varón." El Señor hará débil a su adversario: a aquel, a saber, que envidia al hombre que promete, y se le resiste para que no pueda cumplir lo que prometió. Puede entenderse por la ambigüedad del griego también como "su propio adversario". Pues cuando el Señor comienza a poseernos, ciertamente el adversario que había sido nuestro se hace suyo, y es vencido por nosotros; pero no por nuestras fuerzas: "porque no en la virtud es potente el varón." El Señor, pues, hará débil a su adversario, el Señor santo: para que sea vencido por los santos, a quienes el Señor santo de los santos hizo santos.

8. Y por esto: "No se gloríe el prudente en su prudencia, y no se gloríe el potente en su potencia, y no se gloríe el rico en sus riquezas; sino en esto gloríese el que se gloríe, en entender y conocer al Señor, y en hacer juicio y justicia en medio de la tierra". No en pequeña parte entiende y conoce al Señor quien entiende y conoce que incluso esto le es dado por el Señor, el entender y conocer al Señor. "¿Pues qué tienes", dice el Apóstol, "que no hayas recibido? Pero si también lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?" (1 Cor. 4, 7). Es decir, como si fuera de ti mismo aquello de lo que te glorías. Hace,

pues, juicio y justicia quien vive rectamente. Vive rectamente quien obedece a Dios que manda; y "el fin del precepto", es decir, aquello a lo que se refiere el precepto, "es la caridad de corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida" (1 Tim. 1, 5). Además, esa caridad, como atestigua el apóstol Juan, "es de Dios" (1 Jn. 4, 7). Hacer, por tanto, juicio y justicia es de Dios. ¿Pero qué es "en medio de la tierra"? ¿Pues acaso no deben hacer juicio y justicia los que habitan en los confines de la tierra? ¿quién diría esto? ¿Por qué, pues, se añade "en medio de la tierra"? Si no se añadiera, y solamente se dijera "hacer juicio y justicia", este precepto pertenecería más bien a ambos tipos de hombres, tanto a los de tierra adentro como a los de la costa. Pero para que nadie pensara que después del fin de la vida, que se pasa en este cuerpo, resta tiempo de hacer juicio y justicia, lo cual no hizo mientras estaba en la carne, y así se pudiera escapar del divino juicio; "en medio de la tierra" me parece dicho para cuando cada uno vive en el cuerpo. Pues en esta vida cada uno lleva consigo su propia tierra, la cual recibe la tierra común al morir el hombre, para serle devuelta ciertamente al que resucite. Por tanto, "en medio de la tierra", esto es, cuando nuestra alma está encerrada en este cuerpo terreno, se ha de hacer juicio y justicia, lo cual nos aproveche para el futuro, cuando "recibirá cada uno según lo que hizo por el cuerpo, sea bueno o sea malo" (2 Cor. 5, 10). "Por el cuerpo" dijo allí el Apóstol ciertamente por el tiempo en que vivió en el cuerpo. Pues si alguien blasfema con mente maligna e impío

pensamiento, y no lo realiza con ningún miembro del cuerpo, no por eso dejará de ser reo, porque no lo hizo por movimiento del cuerpo, siendo que lo hizo durante aquel tiempo en que también llevó el cuerpo. De este modo puede entenderse congruentemente también lo que se lee en el Salmo: "Pero Dios, rey nuestro antes de los siglos, obró la salvación en medio de la tierra" (Sal. 73, 12); para que se entienda que el Señor Jesús, Dios nuestro que es antes de los siglos, porque por él fueron hechos los siglos, obró nuestra salvación en medio de la tierra, cuando el Verbo se hizo carne y habitó en un cuerpo terreno (Jn. 1, 14).

9. Después, una vez que se profetizó en estas palabras de Ana cómo debe gloriarse el que se gloría, ciertamente no en sí mismo, sino en el Señor; a causa de la retribución que ha de ser en el día del juicio: "El Señor", dice, "subió a los cielos y tronó: él mismo juzgará los extremos de la tierra, porque es justo". Ciertamente mantuvo el orden de la confesión de los fieles. Pues subió al cielo el Señor Cristo, y de allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. ¿Pues quién subió", como dice el Apóstol, "sino el que también descendió a las partes inferiores de la tierra?" El que descendió, él mismo es también el que subió sobre todos los cielos, para que cumpliera todas las cosas (Ef. 4, 9-10). Tronó, pues, por medio de sus nubes, las cuales llenó del Espíritu Santo cuando hubo subido. Sobre las cuales amenazó a las esclavas de Jerusalén, esto es, a la viña ingrata, en el profeta Isaías, que no llovieran lluvia sobre ella (Is. 5, 6). Pero así se dijo: "Él mismo juzgará los

extremos de la tierra"; como si se dijera: Incluso los extremos de la tierra. Pues no dejará de juzgar las otras partes quien sin duda alguna juzgará a todos los hombres. Pero mejor se entienden los extremos de la tierra como los extremos del hombre; puesto que no serán juzgadas aquellas cosas que se cambian a mejor o a peor en el tiempo intermedio, sino en qué extremos fuera hallado el que será juzgado. Por lo cual se dijo: "El que perseverare hasta el fin, este será salvo" (Mt. 10, 22). El que, pues, perseverantemente hace juicio y justicia en medio de la tierra, no será condenado cuando sean juzgados los extremos de la tierra. "Y da", dice, "virtud a nuestros reyes"; para que no los condene juzgándolos. Les da virtud con la que, como reyes, gobiernen la carne, y venzan en aquel que por ellos derramó su sangre al mundo. "Y ensalzará el cuerno de su Cristo". ¿Cómo Cristo ensalzará el cuerno de su Cristo? Pues aquel de quien arriba se dijo: "El Señor subió a los cielos", y se entendió el Señor Cristo; él mismo, como aquí se dice, "ensalzará el cuerno de su Cristo". ¿Quién es, pues, el Cristo de su Cristo? ¿O ensalzará el cuerno de cada uno de sus fieles, como esta misma dice al principio de este himno: "Mi cuerno ha sido ensalzado en mi Dios"? Pues a todos los ungidos con su crisma, rectamente podemos llamarlos cristos; cuerpo que, no obstante, todo él con su cabeza es un solo Cristo. Esto profetizó Ana, madre de Samuel, varón santo y muy alabado. En el cual, por cierto, entonces fue figurada la mutación del antiguo sacerdocio, y ahora cumplida, cuando se debilitó la que era mucha

en hijos, para que tuviera un nuevo sacerdocio en Cristo la estéril que parió siete.

CAPÍTULO V.

De las cosas que el hombre de Dios habló con espíritu profético al sacerdote Helí, significando que el sacerdocio, que había sido instituido según Aarón, debía ser quitado.

1. Pero esto lo dice más evidentemente el hombre de Dios enviado al mismo sacerdote Helí, cuyo nombre por cierto se silencia, pero se entiende sin duda que es profeta por su oficio y ministerio. Pues así está escrito: "Y vino un hombre de Dios a Helí, y dijo: Esto dice el Señor: Revelándome fui revelado a la casa de tu padre, cuando estaban en la tierra de Egipto como siervos en la casa de Faraón; y elegí la casa de tu padre de entre todos los cetros de Israel para ejercer ante mí el sacerdocio, para que subieran a mi altar, e incendiaran el incienso, y portaran el Efod; y di a la casa de tu padre todas las cosas que son del fuego de los hijos de Israel para alimento. ¿Y por qué miraste mi incienso y mi sacrificio con ojo impúdico, y glorificaste a tus hijos sobre mí, para bendecir las primicias de todo sacrificio en Israel en mi presencia? Por esto, esto dice el Señor Dios de Israel: Dije: Tu casa y la casa de tu padre pasarán ante mí hasta la eternidad. Y ahora dice el Señor: De ningún modo, sino que a los que me glorifiquen, glorificaré; y el que me desprecie, será despreciado. He aquí que vienen los días, y exterminaré tu descendencia y la descendencia de la casa de tu padre, y no habrá para ti anciano

en mi casa por todos los días, y exterminaré de ti al varón de mi altar, para que fallen sus ojos y se desvanezca su alma; y todo el que sobreviva de tu casa, caerá por la espada de los hombres. Y esto te será por señal, lo que vendrá sobre estos dos hijos tuyos, Ofni y Finées; en un solo día morirán ambos. Y me suscitaré un sacerdote fiel, que haga todas las cosas que están en mi corazón y en mi alma; y le edificaré una casa fiel, y pasará ante mi Cristo todos los días. Y sucederá que el que sobreviva en tu casa, vendrá a adorarle por un óbolo de plata, diciendo: Échame en una parte de tu sacerdocio para comer pan" (1 Sam. 2, 27-36).

2. No ha de decirse que esta profecía, donde con tanta manifestación se prenunció la mutación del antiguo sacerdocio, fuera completada en Samuel. Pues aunque Samuel no fuera de otra tribu que la que había sido constituida por el Señor para servir al altar, sin embargo no era de los hijos de Aarón, cuya progenie había sido diputada para que de ella se hicieran los sacerdotes; y por esto, en aquel hecho también se adumbró la misma mutación que había de ser por Cristo Jesús: y al antiguo Testamento pertenecía propiamente, pero figuradamente al nuevo, siendo también ella misma profecía de hecho, no de palabra; significando a saber con el hecho lo que se dijo con la palabra al sacerdote Helí por medio del Profeta. Pues hubo después sacerdotes del linaje de Aarón, como Sadoc y Abiatar reinando David (2 Sam. 15), y otros sucesivamente, antes de que viniera el tiempo en que convenía que estas cosas que sobre la mutación del sacerdocio fueron

predichas tanto tiempo antes, se efectuaran por Cristo. ¿Pero quién, mirando ahora esto con ojo fiel, no vea que está cumplido? puesto que ningún tabernáculo, ningún templo, ningún altar, ningún sacrificio, y por tanto ningún sacerdote ha quedado a los judíos, a quienes, para que se ordenara de la semilla de Aarón, había sido mandado en la ley de Dios. Lo cual también se conmemoró aquí, diciendo aquel profeta: "Esto dice el Señor Dios de Israel: Dije: Tu casa y la casa de tu padre pasarán ante mí hasta la eternidad." Y ahora dice el Señor: De ningún modo, sino que a los que me glorifiquen, glorificaré; y el que me desprecie, será despreciado. Pues que nombre la casa de su padre, no lo dice de su padre próximo, sino de aquel Aarón, que fue instituido como primer sacerdote, de cuya progenie los demás seguirían, como demuestran las palabras superiores, donde dice: "Fui revelado a la casa de tu padre, cuando estaban en la tierra de Egipto como siervos en la casa de Faraón, y elegí la casa de tu padre de entre todos los cetros de Israel para ejercer ante mí el sacerdocio". ¿Quién de los padres de este estuvo en aquella servidumbre egipcia, de donde, habiendo sido liberados, fue elegido para el sacerdocio, sino Aarón? De la estirpe de este, pues, dijo en este lugar que sucedería que no fueran más sacerdotes; lo cual ya vemos cumplido. Vigile la fe, las cosas están presentes, se disciernen, se palpan, y se imponen a los ojos de los que no quieren ver. "He aquí", dice, "vienen los días, y exterminaré tu descendencia y la descendencia de la casa de tu padre, y no habrá para ti anciano

en mi casa por todos los días, y exterminaré de ti al varón de mi altar, para que fallen sus ojos y se desvanezca su alma". He aquí los días que fueron prenunciados ya vinieron. Ningún sacerdote hay según el orden de Aarón; y cualquier hombre que sea de su linaje, cuando ve que el sacrificio de los cristianos florece en todo el orbe, y que a él se le ha quitado aquel gran honor, fallan sus ojos y se desvanezca su alma por el consumo de la tristeza.

3. Pero lo que sigue pertenece propiamente a la casa de este Helí, a quien se le decía esto: "Y todo el que sobreviva de tu casa, caerá por la espada de los hombres." "Y esto te será por señal, lo que vendrá sobre estos dos hijos tuyos, Ofni y Finées; en un solo día morirán ambos." Esta señal, pues, se hizo de la mutación del sacerdocio de la casa de este, señal con la cual se significó que debía ser mudado el sacerdocio de la casa de Aarón. Pues la muerte de los hijos de este significó la muerte, no de los hombres, sino del sacerdocio mismo de los hijos de Aarón. Pero lo que sigue pertenece ya a aquel sacerdote cuya figura llevó Samuel al suceder a este. Por tanto, las cosas que siguen se dicen de Cristo Jesús, verdadero sacerdote del Nuevo Testamento: "Y me suscitaré un sacerdote fiel, que haga todas las cosas que están en mi corazón y en mi alma; y le edificaré una casa fiel". Esta es la eterna y celestial Jerusalén. "Y pasará", dice, "ante mi Cristo todos los días". "Pasará", dijo, conversará; tal como arriba había dicho de la casa de Aarón: "Dije: Tu casa y la casa de tu padre pasarán ante mí hasta la eternidad". Pero lo que dice: "ante mi Cristo pasará", ha de

entenderse ciertamente de la misma casa, no de aquel sacerdote que es Cristo mismo Mediador y Salvador. Su casa, pues, pasará ante él. También puede entenderse "pasará" de la muerte a la vida, por todos los días en que se lleva a cabo esta mortalidad hasta el fin de este siglo. Pero en cuanto a lo que dijo Dios: "Que haga todas las cosas que están en mi corazón y en mi alma", no pensemos que Dios tiene alma, siendo él el creador del alma; sino que esto se dice de Dios trópicamente, no propiamente, tal como manos y pies y otros miembros del cuerpo. Y, para que no se crea que el hombre en la efigie de esta carne fue hecho a imagen de Dios según esto, se añaden también alas, las cuales ciertamente no tiene el hombre; y se dice a Dios: "Bajo la sombra de tus alas protégeme" (Sal. 16, 8); para que entiendan los hombres que de aquella inefable naturaleza se dicen estas cosas no con vocablos propios, sino traslaticios de las cosas.

4. Pero lo que se añade: "Y sucederá que el que sobreviva en tu casa, vendrá a adorarle", no se dice propiamente de la casa de este Helí, sino de aquella de Aarón, de la cual permanecieron hombres hasta el advenimiento de Jesucristo, de cuyo género incluso hasta ahora no faltan. Pues de aquella casa de este Helí ya se había dicho arriba: "Y todo el que sobreviva de tu casa, caerá por la espada de los hombres." ¿Cómo, pues, pudo decirse aquí verdaderamente: "Y sucederá que el que sobreviva en tu casa, vendrá a adorarle", si aquello es verdad de que nadie sobrevivirá de allí por la espada vengadora; sino porque quiso

que se entendieran aquellos que pertenecen a la estirpe, pero de todo aquel sacerdocio según el orden de Aarón? Por tanto, si es de aquellas reliquias predestinadas de las cuales dijo otro profeta: "Las reliquias se salvarán" (Is. 10, 22); de donde también el Apóstol: "Así, pues", dice, "también en este tiempo las reliquias por elección de la gracia se han salvado" (Rom. 11, 5); porque de tales reliquias bien se entiende que es de quien se dijo: "El que sobreviva en tu casa"; ciertamente cree en Cristo, como en tiempos de los Apóstoles muchísimos de esa misma gente creyeron; ni faltan ahora quienes, aunque rarísimamente, sin embargo creen, y se cumple en ellos lo que este hombre de Dios a continuación añadió: "Vendrá a adorarle por un óbolo de plata". ¿A quién adorar, sino a aquel sumo sacerdote, que es también Dios? Pues en aquel sacerdocio según el orden de Aarón, no venían los hombres al templo o altar de Dios para esto, para adorar al sacerdote. ¿Pero qué es lo que dice "óbolo de plata", sino por la brevedad de la palabra de fe, de la cual conmemora el Apóstol que se dijo: "La palabra consumando y abreviando hará el Señor sobre la tierra" (Rom. 9, 28; Is. 10, 23)? Que la plata se pone por la elocuencia [palabra], el Salmo es testigo, donde se canta: "Las palabras del Señor son palabras castas, plata examinada por el fuego" (Sal. 11, 7).

5. ¿Qué dice, pues, aquel que viene a adorar al sacerdote de Dios y al sacerdote Dios? "Échame en una parte de tu sacerdocio para comer pan". No quiero ser colocado en el honor de mis padres, el cual es nulo: échame en una parte de tu sacer-

docio. "Pues elegí ser un abyecto en la casa de Dios" (Sal. 83, 11); deseo ser cualquier clase de miembro y por pequeño que sea de tu sacerdocio. Pues por sacerdocio aquí llama al pueblo mismo, de cuyo pueblo aquel sacerdote es el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús. A cuyo pueblo dice el apóstol Pedro: "Pueblo santo, real sacerdocio" (1 Pe. 2, 9). Aunque algunos interpretaron "de tu sacrificio", no "de tu sacerdocio"; lo cual no obstante significa al mismo pueblo cristiano. De donde dice el apóstol Pablo: "Un solo pan, un solo cuerpo somos muchos" (1 Cor. 10, 17). Lo que, pues, añadió: "comer pan", también expresó elegantemente el género mismo del sacrificio, del cual dice el sacerdote mismo: "El pan que yo daré es mi carne por la vida del siglo" (Jn. 6, 52). Este es el sacrificio, no según el orden de Aarón, sino según el orden de Melquisedec: quien lea, entienda. Por tanto, aquella confesión breve y saludablemente humilde con la que se dice: "Échame en una parte de tu sacerdocio para comer pan", es el mismo óbolo de plata; porque es breve y es palabra del Señor que habita en el corazón del creyente. Pues porque había dicho arriba que había dado a la casa de Aarón alimentos de las víctimas del antiguo Testamento, donde dice: "Di a la casa de tu padre todas las cosas que son del fuego de los hijos de Israel para alimento"; pues estos habían sido los sacrificios de los judíos; por eso aquí dijo: "comer pan", que es en el nuevo Testamento el sacrificio de los cristianos.

CAPÍTULO VI.

Del sacerdocio y el reino judaicos, los cuales, aunque se digan establecidos para siempre, no permanecen; para que se entiendan otros, cuya eternidad se promete.

1. Siendo, pues, que estas cosas fueron entonces prenunciadas con tanta profundidad, y ahora resplandecen con tanta manifestación; sin embargo, no en vano alguien puede conmoverse y decir: ¿Cómo confiamos en que vendrán todas las cosas que en aquellos libros se predijeron que habían de venir, si esto mismo que allí se dijo divinamente: "Tu casa y la casa de tu padre pasarán ante mí para siempre", no pudo tener efecto? Puesto que vemos que aquel sacerdocio ha sido cambiado; y lo que se prometió a aquella casa, ni se espera que alguna vez se cumpla: porque aquello que le sucede habiendo sido ella reproba y cambiada, esto más bien se predica como eterno. Quien dice esto, aún no entiende, o no recuerda, que incluso el mismo sacerdocio según el orden de Aarón fue constituido como sombra del futuro sacerdocio eterno; y por esto, cuando se le prometió la eternidad, no se le prometió a la sombra y figura misma, sino a aquello que por ella se adumbraba y figuraba. Pero para que no se pensara que la sombra misma había de permanecer, por eso también su mutación debió ser profetizada.

2. El reino también de este mismo Saúl, que ciertamente fue reprobado y rechazado, era de este modo sombra del futuro reino que ha de permanecer en la eternidad. Pues aquel aceite

con el que fue ungido, y por ese crisma fue llamado cristo, ha de recibirse místicamente y entenderse como un gran sacramento; el cual en él tanto veneró el mismo David, que se estremeció con el corazón herido cuando, oculto en una tenebrosa cueva en la que también había entrado Saúl urgido por una necesidad de la naturaleza, cortó ocultamente por detrás una pequeña partícula de su vestidura, para tener con qué mostrar cómo le había perdonado cuando podía matarlo; y así quitar de su ánimo la sospecha por la que, pensando que el santo David era su enemigo, lo perseguía vehementemente. Para no ser, pues, reo de violar tan gran sacramento en Saúl, porque incluso así tocó su vestidura, temió. Pues así está escrito: "Y hirió el corazón de David sobre él, porque quitó la punta de su clámide". Pero a los hombres que estaban con él, y que le persuadían para que matara a Saúl entregado en sus manos: "No me suceda", dijo, "de parte del Señor, si hiciera tal cosa a mi señor el cristo del Señor, de poner mi mano sobre él; porque el cristo del Señor es este" (1 Sam. 24, 6-7). A esta sombra de lo futuro, por tanto, no por ella misma, sino por aquello que prefiguraba, se le exhibía tan gran veneración. De donde también aquello que dijo Samuel a Saúl: "Puesto que no guardaste mi mandato, que te mandó el Señor; como ahora había preparado el Señor tu reino hasta la eternidad sobre Israel, y ahora tu reino no permanecerá para ti; y buscará el Señor para sí un hombre según su corazón, y le mandará el Señor ser príncipe sobre su pueblo; porque no custodiaste lo que te mandó el Señor"

(íd. 13, 13-14): no ha de recibirse como si Dios hubiera preparado al mismo Saúl para reinar eternamente, y después no hubiera querido mantener esto al pecador; pues no ignoraba él que había de pecar; sino que había preparado su reino, en el cual hubiera una figura del reino eterno. Por eso añadió: "Y ahora tu reino no permanecerá para ti". Permaneció, pues, y permanecerá lo que en él fue significado; pero no permanecerá para este, porque él mismo no había de reinar eternamente, ni su descendencia, para que al menos por los pósteros sucediéndose unos a otros pareciera cumplirse lo que se dijo: "para siempre". "And buscará", dice, "el Señor para sí un hombre"; significando o bien a David, o bien al mismo Mediador del nuevo Testamento, que era figurado en el crisma con el que también fue ungido el mismo David y su descendencia. No obstante, no como si ignorara dónde está, así busca Dios para sí un hombre; sino que habla por medio de un hombre al modo de los hombres; porque también hablando así nos busca. Pues no solo para Dios Padre, sino también para su mismo Unigénito, que vino a buscar lo que había perecido (Lc. 19, 10), hasta tal punto éramos ya conocidos que en él fuimos elegidos antes de la constitución del mundo (Ef. 1, 4). "Buscará para sí", pues, dijo: tendrá como suyo. De donde en la lengua latina este verbo recibe una preposición, y se dice "Adquiere" (Acquirit); lo cual está bastante claro qué significa. Aunque también sin la adición de la preposición, "Buscar" (Quaerere) se entienda como "Adquirir" (Acqui-

rit); de donde las ganancias se llaman lucros y "cuestiones" (quaestus).

CAPÍTULO VII.

Del desgarramiento del reino israelítico, con el cual se prefigura la perpetua división del Israel espiritual del Israel carnal.

1. De nuevo pecó Saúl por desobediencia, y de nuevo le dijo Samuel en la palabra del Señor: "Porque has despreciado la palabra del Señor, el Señor te ha despreciado para que no seas rey sobre Israel". Y de nuevo por el mismo pecado, confesándolo Saúl y pidiendo perdón, y rogando a Samuel que volviera con él para aplacar a Dios: "No volveré", dijo, "contigo; porque has despreciado la palabra del Señor, y el Señor te despreciará para que no seas rey sobre Israel. Y volvió Samuel su rostro para irse; y Saúl asió la punta de su manto (diploidis) y lo rasgó. Y le dijo Samuel: El Señor ha desgarrado hoy el reino de Israel de tu mano, y lo dará a tu prójimo bueno sobre ti, e Israel se dividirá en dos; y no se volverá, ni se arrepentirá; puesto que no es como un hombre para que se arrepienta: él mismo amenaza y no permanece (1 Sam. 15, 23-29). Este a quien se dice: "El Señor te despreciará para que no seas rey sobre Israel"; y: "El Señor ha desgarrado hoy el reino de Israel de tu mano"; reinó cuarenta años sobre Israel, a saber, tanto tiempo como el mismo David, y oyó esto en el primer tiempo de su reinado: para que entendamos que se dijo por esto, porque ninguno de su estirpe había de

reinar; y miremos a la estirpe de David, de donde surgió según la carne el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús.

2. Pero no tiene la Escritura lo que se lee en la mayoría de los códices latinos: "El Señor ha desgarrado el reino de Israel de tu mano"; sino como ha sido puesto por nosotros hallado en los griegos: "El Señor ha desgarrado el reino de Israel de tu mano"; para que se entienda esto: "de tu mano", lo cual es: "de Israel". Por tanto, este hombre llevaba figuradamente la persona del pueblo de Israel, pueblo que había de perder el reino, cuando Cristo Jesús Señor nuestro hubiera de reinar por el nuevo Testamento, no carnalmente, sino espiritualmente. De quien cuando se dice: "Y lo dará a tu prójimo", se refiere al parentesco de la carne: pues de Israel es Cristo según la carne, de donde también era Saúl. Pero lo que se añadió: "bueno sobre ti", puede ciertamente entenderse como "mejor que tú"; pues algunos así lo han interpretado; pero mejor se acepta así: "bueno sobre ti", para que porque él es bueno, por eso esté sobre ti, según aquel otro dicho profético: "Hasta que ponga a todos tus enemigos bajo tus pies" (Sal. 109, 1). Entre los cuales está también Israel, a quien, siendo su perseguidor, quitó el reino Cristo. Aunque hubo allí también un "Israel en el que no había dolo" (Jn. 1, 47), una especie de grano entre aquellas pajas. Pues ciertamente de allí eran los Apóstoles, de allí tantos mártires, de los cuales el primero fue Esteban; de allí tantas Iglesias que el apóstol Pablo conmemora, magnificando a Dios en su conversión (Gál. 1, 24).

3. Sobre la cual cosa no dudo que ha de entenderse lo que sigue: "Y se dividirá Israel en dos": a saber, en el Israel enemigo de Cristo y el Israel adherido a Cristo; en el Israel que pertenece a la esclava y el Israel que pertenece a la libre. Pues esos dos géneros primero estaban juntos, como si Abraham todavía estuviera adherido a la esclava, hasta que la estéril, fecundada por la gracia de Cristo, clamara: "Echa a la esclava y a su hijo" (Gén. 21, 10). Por el pecado de Salomón ciertamente, reinando su hijo Roboam, sabemos que Israel fue dividido en dos, y así perseveró, teniendo cada parte sus propios reyes, hasta que toda aquella nación fue subvertida y trasladada por los caldeos con una ingente devastación. Pero ¿qué tiene que ver esto con Saúl, si para amenazar algo tal, debió habérsele amenazado más bien al mismo David, de quien era hijo Salomón? Por último, ahora la nación hebrea no está dividida entre sí, sino que está dispersa indiferentemente por las tierras en la sociedad del mismo error. Pero aquella división que Dios, bajo la persona de Saúl que llevaba la figura de aquel reino y pueblo, amenazó al mismo reino y pueblo, fue significada como eterna e inmutable, por esto que se añadió: "Y no se volverá, ni se arrepentirá; puesto que no es como un hombre para que se arrepienta: él mismo amenaza y no permanece"; esto es, el hombre amenaza y no permanece; pero no Dios, de quien no se arrepiente como de un hombre. Pues donde se lee que se arrepiente, se significa una mudanza de las cosas, permaneciendo inmu-

table la divina presciencia. Donde, pues, se dice que no se arrepiente, se entiende que no cambia.

4. Vemos una sentencia totalmente indisoluble proferida divinamente por estas palabras sobre esa división del pueblo de Israel, y del todo perpetua. Pues quienesquiera que pasaron a Cristo, o pasan, o pasarán de allí, no eran de allí según la presciencia de Dios, no según la una y misma naturaleza del género humano. Totalmente, quienesquiera de los israelitas que, adhiriéndose a Cristo, perseveran en él, nunca estarán con aquellos israelitas que persisten en ser sus enemigos hasta el fin de esta vida; sino que permanecerán perpetuamente en la división que aquí se ha prenunciado. Pues nada aprovecha el antiguo Testamento del monte Sinaí que engendra para la servidumbre (Gál. 4, 24), sino porque da testimonio al nuevo Testamento. De lo contrario, mientras se lee a Moisés, un velo está puesto sobre sus corazones; pero cuando cada uno pase de allí a Cristo, se quitará el velo (2 Cor. 3, 15-16). Pues la intención misma de los que pasan se muda de lo viejo a lo nuevo; para que ya no pretenda cada uno recibir la felicidad carnal, sino la espiritual. Por lo cual el mismo gran profeta Samuel, antes de que hubiera ungido al rey Saúl, cuando clamó al Señor por Israel y lo escuchó; y cuando ofrecía un holocausto, acercándose los extranjeros para la batalla contra el pueblo de Dios, tronó el Señor sobre ellos, y se confundieron, y tropezaron ante Israel y fueron vencidos: tomó una piedra y la colocó entre la nueva y la vieja Masfat (Massephat), y llamó su nombre

Abennezer, que es en latín Piedra del ayudador; y dijo: "Hasta aquí nos ayudó el Señor" (1 Sam. 7, 5-12). Masfat (Massephat) se interpreta como Intención. Aquella piedra del ayudador es la mediación del Salvador, por quien se ha de pasar de la vieja Masfat a la nueva, esto es, de la intención por la que se esperaba en un reino carnal una falsa bienaventuranza carnal, a la intención por la que por el nuevo Testamento se espera en el reino de los cielos la más verdadera bienaventuranza espiritual; por la cual, puesto que nada es mejor, Dios nos ayuda hasta aquí.

CAPÍTULO VIII.---De las promesas hechas a David en su hijo, las cuales de ningún modo se encuentran en Salomón, sino que se encuentran plenísimamente en Cristo. 1. Ya veo que ahora debe mostrarse qué prometió Dios al mismo David, que sucedió a Saúl en el reino —cuya mudanza figuró aquella mudanza final, por cuya causa todas las cosas fueron divinamente dichas y todas escritas—, lo cual pertenece al asunto de que tratamos. Habiéndole sucedido muchas cosas prósperas al rey David, pensó hacer una casa a Dios, a saber, aquel templo excelentísimamente afamado que después fue fabricado por el rey Salomón, su hijo. Pensando él esto, se produjo la palabra del Señor al profeta Natán, para que la llevara al rey. Donde, habiendo dicho Dios que no por el mismo David se le edificaría una casa, ni durante tanto tiempo había mandado a nadie en su pueblo que se le hiciera una casa de cedro: «Y ahora —dijo—, esto dirás a mi siervo David: Esto dice el Señor omnipotente: Te tomé del redil

de las ovejas para que fueras caudillo sobre mi pueblo en Israel, y estuve contigo en todas las cosas en que entrabas, y exterminé a todos tus enemigos de tu presencia, y te hice nombrado según el nombre de los grandes que están sobre la tierra: y pondré un lugar para mi pueblo Israel, y lo plantaré, y habitará aparte, y no estará más solícito; y el hijo de la iniquidad no volverá a humillarlo, como desde el principio desde los días en que constituí jueces sobre mi pueblo Israel. Y te daré descanso de todos tus enemigos: y el Señor te anunciará que tú mismo le edificarás una casa. Y será cuando se hubieren cumplido tus días y durmieres con tus padres, y suscitaré a tu descendencia (semen) después de ti, que será de tus entrañas, y prepararé su reino. Él me edificará una casa para mi nombre, y yo enderezaré su trono hasta la eternidad. Yo le seré por padre, y él me será por hijo. Y si viniere su iniquidad, lo reprenderé con vara de hombres y con azotes de hijos de hombres; pero no apartaré de él mi misericordia, como la aparté de aquellos de quienes la aparté de mi presencia: y su casa será fiel, y su reino hasta la eternidad ante mí, y su trono estará erigido hasta la eternidad» (2 Sam. 7, 8-16).

2. Quien piensa que esta promesa tan grande se cumplió en Salomón, yerra mucho. Pues atiende a lo que se dijo: «Él me edificará una casa»; ya que Salomón construyó aquel noble templo; y no atiende a: «Su casa será fiel, y su reino hasta la eternidad ante mí». Atienda, pues, y vea la casa de Salomón llena de mujeres extranjeras que daban culto a dioses falsos, y al mismo rey,

antes sabio, seducido y derribado por ellas a la misma idolatría; y no ose pensar ni que Dios prometió esto falsamente, ni que no pudo conocer de antemano que tal sería Salomón y su casa. Pero no deberíamos dudar de esto, ni aunque no viéramos ya cumplirse estas cosas en Cristo nuestro Señor, que fue hecho de la descendencia (semen) de David según la carne (Rom. 1, 3); no sea que vana e inútilmente busquemos aquí a algún otro, como los carnales judíos. Pues aun ellos mismos entienden hasta tal punto que el hijo que leen como prometido en este lugar al rey David no fue Salomón, que, habiéndose declarado ya con tanta manifestación el que fue prometido, dicen todavía por una admirable ceguera que esperan a otro. Se hizo, ciertamente, alguna imagen de la cosa futura también en Salomón, en cuanto que edificó el templo, y tuvo paz según su nombre (pues Salomón es «Pacífico» (Pacificus) en latín), y en el comienzo de su reino fue maravillosamente loable; pero su misma persona, por la sombra de lo futuro, prenunciaba también él mismo a Cristo nuestro Señor, no lo exhibía. Por lo cual algunas cosas sobre él han sido escritas así, como si estas cosas hubieran sido predichas sobre él mismo, mientras la Sagrada Escritura, profetizando también por los hechos realizados, delinea de algún modo en él la figura de los futuros. Pues además de los libros de la historia divina, donde se narra que reinó, también el Salmo setenta y uno está inscrito con el título de su nombre; en el cual se dicen tantas cosas que de ningún modo pueden convenirle a él, pero convienen al

Señor Cristo con aptísima claridad, de modo que aparece evidentemente que en aquel se bosquejó una figura de cualquier clase, pero en este se presentó la verdad misma. Es conocido, pues, por qué términos fue cerrado el reino de Salomón; y sin embargo en aquel salmo se lee, por callar otras cosas: «Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los términos del orbe de la tierra» (Sal. 71, 8); lo cual vemos cumplirse en Cristo. Pues desde el río tomó el comienzo de su dominio, donde bautizado por Juan, empezó a ser reconocido por sus discípulos al mostrarlo este mismo, quienes lo llamaron no solo Maestro, sino también Señor.

3. Ni por otra causa comenzó Salomón a reinar viviendo aún su padre David, lo cual a ninguno de aquellos reyes sucedió, sino para que de aquí también se aclare suficientemente que no es él mismo a quien esta profecía prefigura, la cual habla a su padre diciendo: «Y será, cuando se hubieren cumplido tus días y durmieres con tus padres, y suscitaré a tu descendencia (semen) después de ti, que será de tus entrañas, y prepararé su reino». ¿Cómo, pues, por lo que sigue: «Él me edificará una casa», se pensará que este Salomón fue profetizado; y no más bien, por lo que precede: «Cuando se hubieren cumplido tus días y durmieres con tus padres, suscitaré a tu descendencia (semen) después de ti», se entiende que ha sido prometido otro pacífico, el cual fue prenunciado que habría de ser suscitado no antes, como este, sino después de la muerte de David? Pues por largo que fuera el tiempo intermedio en que viniera Jesucristo, sin duda después de la

muerte del rey David, a quien así fue prometido, convenía que viniera él, que edificaría una casa a Dios, no de madera y piedras, sino de hombres, cual nos gozamos de que él edifica. Pues a esta casa dice el Apóstol, esto es, a los fieles de Cristo: «Porque el templo de Dios santo es, el cual sois vosotros» (1 Cor. 3, 17).

CAPÍTULO IX.---De cuán semejante es en el Salmo ochenta y ocho la profecía sobre Cristo a aquellas que se prometen en los libros de los Reyes por la profecía de Natán. Por lo cual también en el Salmo ochenta y ocho, cuyo título es: «Entendimiento para el mismo Etán el israelita», se conmemoran las promesas de Dios hechas al rey David, y se dicen allí algunas cosas semejantes a estas que han sido puestas en el libro de los Reyes; como es: «Juré a David mi siervo: Hasta la eternidad prepararé tu descendencia (semen)». Y de nuevo: «Entonces hablaste en visión a tus hijos y dijiste: He puesto auxilio sobre el potente, y he exaltado al elegido de mi pueblo. Encontré a David mi siervo, con mi óleo santo lo ungí. Pues mi mano le auxiliará, y mi brazo lo confortará. No sacará ventaja el enemigo en él, y el hijo de la iniquidad no volverá a dañarlo. Y talaré a sus enemigos de su presencia, y a los que lo odian, los haré huir. Y mi verdad y mi misericordia con él, y en mi nombre será exaltado su cuerno. Y pondré en el mar su mano, y en los ríos su derecha. Él mismo me invocará: Mi Padre eres tú, mi Dios y el amparador de mi salvación. Y yo lo pondré por primogénito, excelso ante los reyes de la tierra. Para siempre le guardaré mi misericordia, y mi

testamento fiel a él. Y pondré por los siglos de los siglos su descendencia (semen), y su trono como los días del cielo» (Sal. 88, 4.5.20-30). Todas las cuales cosas se entienden del Señor Jesús, cuando se entienden rectamente, bajo el nombre de David, por la forma de siervo que el mismo Mediador tomó de la descendencia (semen) de David de la Virgen.

Continuamente también se dice de los pecados de sus hijos algo tal como lo que ha sido puesto en el libro de los Reyes, y se acepta como más propenso a Salomón. Pues allí, esto es, en el libro de los Reyes: «Y si viniere —dice— su iniquidad, lo reprenderé con vara de hombres y con azotes (tactibus) de hijos de hombres; pero no apartaré de él mi misericordia» (2 Sam. 7, 14 y 15): significando con «azotes» (tactibus) las plagas de la corrección. De donde es aquello: «No toquéis a mis ungidos (christos meos)» (Sal. 104, 15). Lo cual, ¿qué otra cosa es sino: No los dañéis? En el Salmo ciertamente, como tratara como de David, para decir algo de ese género también allí: «Si sus hijos —dice— abandonaren mi ley, y en mis juicios no caminaren; si profanaren mis justificaciones, y mis mandatos no guardaren; visitaré con vara sus iniquidades, y con flagelos sus delitos; pero no dispersaré de él mi misericordia» (Sal. 88, 31-34). No dijo: «De ellos», cuando hablaba de sus hijos, no de él mismo; sino que dijo: «de él»; lo cual, bien entendido, vale lo mismo. Pues no podrían encontrarse en el mismo Cristo, que es la cabeza de la Iglesia, ningunos pecados que fuera necesario que fueran coartados divinamente con

correcciones humanas reservada la misericordia; sino en su cuerpo y en sus miembros, que es su pueblo. Por eso en el libro de los Reyes se dice «su iniquidad»; pero en el Salmo, «de sus hijos»; para que entendamos que se dice de él de algún modo lo que se dice de su cuerpo. Por lo cual también él mismo desde el cielo, cuando Saulo perseguía a su cuerpo, que son sus fieles, dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Hech. 9, 4). Después, en lo que sigue del Salmo: «Ni dañaré —dice— en mi verdad, ni profanaré mi testamento, y lo que procede de mis labios no lo reprobaré. Una vez juré en mi santo, si a David miento»; esto es, de ningún modo mentiré a David, pues suele así hablar la Escritura. Pero qué es lo que no miente, lo añade y dice: «Su descendencia (semen) permanecerá para siempre; y su sede como el sol en mi presencia, y como la luna perfecta para siempre, y testigo fiel en el cielo» (Sal. 88, 34-38).

CAPÍTULO X.---De cuán diversas cosas sucedieron en el reino de la Jerusalén terrena de aquellas que Dios había prometido, para que se entendiera que la verdad de la promesa pertenecía a la gloria de otro Rey y de otro reino. Después de estos firmísimos apoyos de tan grande promesa, para que no se pensaran cumplidos en Salomón, como si se esperara aquello y no se encontrara: «Tú verdaderamente —dice— rechazaste y redujiste a la nada, Señor». Esto ciertamente sucedió con el reino de Salomón en sus pósteros, hasta la subversión de la misma Jerusalén terrena (terrenae Jerusalem), que fue la sede del mismo reino; y máxime la ruina del mismo templo, que había

sido construido por Salomón. Pero para que no por esto se pensara que Dios había obrado contra sus promesas, continuamente añadió: «Dilataste a tu Cristo (Christum tuum)» (Sal. 88, 39). No es, pues, aquel Salomón, pero tampoco el mismo David, si el Cristo del Señor ha sido dilatado. Pues aunque se llamaran cristos (christi) suyos todos los reyes consagrados con aquel místico crisma, no solo desde el rey David en adelante, sino también desde aquel Saúl, que fue el primer rey ungido para el mismo pueblo (1 Sam. 24, 7); pues el mismo David lo llama ungido del Señor (christum Domini): sin embargo, había un solo verdadero Cristo, cuya figura ellos llevaban por la unción profética; el cual, según la opinión de los hombres que pensaban que debía entenderse en David o en Salomón, se dilataba por mucho tiempo; pero según la disposición de Dios se preparaba para venir a su tiempo. Entretanto, mientras él se dilata, qué sucedió con el reino de la Jerusalén terrena (terrenae Jerusalem), donde ciertamente se esperaba que reinaría, lo añadió este salmo que sigue, y dijo: «Trastornaste el testamento de tu siervo, profanaste en la tierra su santidad. Destruiste todas sus cercas, pusiste sus fortificaciones en espanto. Lo saquearon todos los que pasan por el camino, se ha convertido en oprobio para sus vecinos. Exaltaste la derecha de sus enemigos, alegraste a todos sus enemigos. Apartaste el auxilio de su espada, y no lo ayudaste en la guerra. Lo disolviste de la purificación, su sede estrellaste contra la tierra. Disminuiste los días de su sede, lo inundaste de confusión»

(Sal. 88, 40-46). Todas estas cosas vinieron sobre la Jerusalén esclava (ancillam Jerusalem), en la cual reinaron también algunos hijos de la libre, teniendo aquel reino en dispensación temporal; pero teniendo en verdadera fe el reino de la Jerusalén celestial (coelestis Jerusalem), de la cual eran hijos, y esperando en el verdadero Cristo. Pero cómo vinieron estas cosas sobre aquel reino, índice es de los hechos realizados la historia, si se lee.

CAPÍTULO XI.---De la substancia del pueblo de Dios, la cual es por la asunción de la carne en Cristo; el cual solo tuvo potestad de sacar del infierno su alma. Pero después de profetizadas estas cosas, el Profeta se vuelve a suplicar a Dios; pero la misma súplica es profecía. «¿Hasta cuándo, Señor, apartas hasta el fin?» (Sal. 88, 47). Se sobrentiende «tu rostro»: como en otro lugar se dice: «¿Hasta cuándo apartas de mí tu rostro?» (Sal. 12, 1). Pues por eso algunos códices (codices) no tienen aquí «apartas» (avertis); sino «serás apartado» (averteris); aunque puede entenderse: «Apartas tu misericordia, que prometiste a David». Pero lo que dijo «hasta el fin»; ¿qué es sino «hasta el final»? El cual fin ha de entenderse como el último tiempo, cuando también aquella nación ha de creer en Cristo Jesús, antes de cuyo fin convenía que sucedieran aquellas cosas que arriba lloró como penosas. Por lo cual también aquí sigue: «Arderá como fuego tu ira. Acuérdate de cuál es mi substancia (substantia)». Nada mejor se entiende aquí que el mismo Jesús, substancia de su pueblo, del cual es la naturaleza de su

carne. «Pues no en vano —dice— constituiste a todos los hijos de los hombres» (Sal. 88, 48). Pues si no hubiera un solo Hijo del hombre (Filius hominis) como substancia de Israel, por el cual Hijo del hombre fueran liberados muchos hijos de los hombres, ciertamente en vano habrían sido constituidos todos los hijos de los hombres. Ahora, en verdad, toda la naturaleza humana por el pecado del primer hombre ha caído de la verdad a la vanidad (vanitatem), por lo cual dice otro salmo: «El hombre se ha hecho semejante a la vanidad, sus días pasan como una sombra» (Sal. 143, 4); pero no en vano Dios constituyó a todos los hijos de los hombres, porque tanto libera a muchos de la vanidad por el mediador (mediatorem) Jesús, como a los que preconoció que no habían de ser liberados, no por cierto en vano los constituyó en la hermosísima y justísima ordenación de toda la criatura racional, para utilidad de los que han de ser liberados y para comparación de las dos ciudades entre sí por lo contrario. Después sigue: «¿Quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte; sacará su alma de la mano del infierno (inferi)?» (Sal. 88, 49). ¿Quién es este sino aquella substancia de Israel de la descendencia (semen) de David, Cristo Jesús? Del cual dice el Apóstol que «resucitando de entre los muertos, ya no muere, y la muerte no lo dominará más» (Rom. 6, 9). Pues así vivirá y no verá la muerte, aunque sin embargo hubiera estado muerto; pero habrá sacado su alma de la mano del infierno, a donde por causa de desatar los vínculos del infierno de algunos había descendido; pero la habrá sacado

con aquella potestad de la cual dice en el Evangelio: «Potestad tengo de poner mi alma, y potestad tengo de tomarla de nuevo» (Juan 10, 18).

CAPÍTULO XII.---A qué persona ha de entenderse que pertenece la reclamación de las promesas, de las cuales se dice en el Salmo: «¿Dónde están tus misericordias antiguas, Señor?», etc. Pero lo restante de este salmo, que dice así: «¿Dónde están tus misericordias antiguas, Señor, que juraste a David en tu verdad? Acuérdate, Señor, del oprobio de tus siervos, que contuve en mi seno de muchas gentes: con el que vituperaron tus enemigos, Señor; con el que vituperaron la conmutación (commutationem) de tu Cristo»: si han sido dichas de la persona de aquellos israelitas que deseaban que se les restituyera la promesa hecha a David; o más bien de los cristianos, que son israelitas no según la carne, sino según el espíritu, con razón puede preguntarse. Pues estas cosas fueron dichas o escritas en el tiempo en que vivió Etán, de cuyo nombre recibió el título este salmo; y el mismo fue el tiempo del reino de David: y por esto no se diría: «¿Dónde están tus misericordias antiguas, Señor, que juraste a David en tu verdad?», si el Profeta no transfigurara en sí la persona de aquellos que habrían de ser mucho después, para quienes este tiempo fuera antiguo, cuando al rey David se le prometieron estas cosas. Puede también entenderse que muchas gentes, cuando perseguían a los cristianos, les vituperaban la pasión de Cristo, a la cual la Escritura llama «conmutación»; puesto que muriendo se hizo inmortal. Puede también la

conmutación de Cristo aceptarse según esto como vituperada a los israelitas, porque cuando se esperaba que habría de ser de ellos, se hizo de las gentes; y esto les vituperan ahora muchas gentes que han creído en él por el nuevo Testamento, permaneciendo ellos en la antigüedad: para que por eso se diga: «Acuérdate, Señor, del oprobio de tus siervos»; porque, no olvidándolos sino más bien compadeciéndolos el Señor, también ellos después de este oprobio han de creer. Pero aquel sentido que primero puse me parece más conveniente. Pues a los enemigos de Cristo, a quienes se vitupera que Cristo los dejó pasando a las gentes, incongruentemente se les adapta esta voz: «Acuérdate, Señor, del oprobio de tus siervos»; pues no han de ser llamados siervos de Dios tales judíos; sino que estas palabras competen a aquellos que, cuando padecían graves humillaciones de las persecuciones por el nombre de Cristo, pudieron recordar que un excelso reino había sido prometido a la descendencia (semen) de David; y con deseo de él decir, no desesperando, sino pidiendo, buscando, llamando: «¿Dónde están tus misericordias antiguas, Señor, que juraste a David en tu verdad? Acuérdate, Señor, del oprobio de tus siervos, que contuve en mi seno de muchas gentes»; esto es, en mi interior pacientemente soporté. Con el que vituperaron tus enemigos, Señor; con el que vituperaron la conmutación de tu Cristo»: no pensando que fuera conmutación, sino consumición.

Pero ¿qué es «Acuérdate, Señor», sino que tengas misericordia, y por mi humillación paciente-

mente tolerada, devuelvas la alteza que juraste a David en tu verdad? Pero si asignamos estas palabras a los judíos, tales cosas pudieron decir aquellos siervos de Dios que, expugnada la Jerusalén terrena, antes de que Jesucristo naciera según la humanidad, fueron llevados a la cautividad, entendiendo la conmutación (commutationem) de Cristo, porque a saber no por él se había de esperar fielmente una felicidad terrena y carnal, cual apareció en pocos años del rey Salomón, sino la celestial y espiritual; la cual ignorando entonces la infidelidad de las gentes, cuando se regocijaba e insultaba porque el pueblo de Dios estaba cautivo, ¿qué otra cosa sino la conmutación de Cristo vituperaba, aunque sin saberlo para los que sabían? Y por eso lo que sigue, donde este salmo se concluye: «Bendición del Señor para siempre: así sea, así sea (fiat, fiat)» (Sal. 88, 53); es bastante congruente para todo el pueblo de Dios que pertenece a la Jerusalén celestial, sea en aquellos que estaban ocultos en el antiguo Testamento antes de que se revelara el nuevo, sea en estos que, revelado ya el nuevo Testamento, se ve que pertenecen manifiestamente a Cristo. Pues la bendición del Señor en la descendencia (semen) de David no se ha de esperar por algún tiempo, cual apareció en los días de Salomón, sino para siempre, en la cual se dice con certísima esperanza: «Así sea, así sea (fiat, fiat)». Pues la repetición de esta palabra es la confirmación de aquella esperanza. David, pues, entendiendo esto dijo en el segundo libro de los Reyes, de donde nos desviamos a este salmo: «Y hablaste por la casa

de tu siervo para lo lejano». Por eso después de un poco dijo: «Ahora comienza, y bendice la casa de tu siervo hasta la eternidad» (2 Sam. 7, 19. 29), y lo demás; porque entonces había de engendrar un hijo, del cual su progenie fuera llevada hasta Cristo, por quien había de ser su casa eterna, y la misma casa de Dios. Pues es casa de David por el linaje de David; pero casa de Dios la misma misma por el templo de Dios, hecho de hombres, no de piedras, donde habite para siempre el pueblo con Dios y en su Dios, y Dios con el pueblo y en su pueblo; de modo que Dios sea el que llena a su pueblo, y el pueblo esté lleno de su Dios, cuando Dios sea todo en todas las cosas (1 Cor. 15, 28), él mismo el premio en la paz, quien fue la virtud en la guerra. Por eso, cuando en las palabras de Natán se dijo: «Y el Señor te anunciará que tú mismo le edificarás una casa»; después se dijo en las palabras de David: «Porque tú, Señor omnipotente, Dios de Israel, revelaste al oído de tu siervo diciendo: Una casa te edificaré» (2 Sam. 7, 11. 27). Pues esta casa también nosotros la edificamos viviendo bien, y Dios ayudándonos para que vivamos bien; porque «si el Señor no edificare la casa, en vano trabajarán los que la edifican» (Sal. 126, 1). De cuya casa cuando viniere la última dedicación, entonces se hará aquello que aquí habló Dios por Natán diciendo: «Y pondré un lugar para mi pueblo Israel, y lo plantaré, y habitará aparte, y no estará más solícito; y el hijo de la iniquidad no volverá a humillarlo, como desde el principio desde los días en que constituí jueces sobre mi pueblo Israel» (2 Sam. 7, 10 y 11).

CAPÍTULO XIII.

Si la verdad de la paz prometida puede adscribirse a aquellos tiempos que pasaron bajo Salomón.

Quienquiera que espera este bien tan grande en este siglo y en esta tierra, sabe neciamente. ¿O pensará alguien que esto se cumplió en la paz del reino de Salomón? Ciertamente la Escritura recomienda aquella paz con excelente predicación como sombra de lo futuro. Pero a esta sospecha se le salió al paso vigilantemente, cuando, después de que se dijo: «Y el hijo de la iniquidad no volverá a humillarlo», continuamente se añadió: «Como desde el principio desde los días en que constituí jueces sobre mi pueblo Israel». Pues los jueces, antes de que empezara a haber allí reyes, habían sido constituidos sobre aquel pueblo, desde que recibió la tierra de la promesa. Y ciertamente lo humillaba el hijo de la iniquidad, esto es, el enemigo extranjero, por intervalos de tiempos en los cuales se lee que las paces alternaron con las guerras; y se encuentran allí tiempos de paz más prolongados que los que tuvo Salomón, que reinó cuarenta años. Pues bajo aquel juez que fue llamado Aod, hubo ochenta años de paz (Jueces 3, 30). Lejos de nosotros, pues, que se crea que los tiempos de Salomón fueron predichos en esta promesa; mucho menos ciertamente los de cualquier otro rey. Pues ninguno de ellos reinó en tanta paz como él; ni nunca en absoluto aquella nación tuvo así el reino que no estuviera solícita de no ser sometida a los enemigos; porque en tanta mutabilidad de las cosas humanas, a nin-

gún pueblo se le concedió nunca tanta seguridad que no temiera incursiones hostiles en esta vida. El lugar, pues, que se promete de tan pacificada y segura habitación, es eterno, y se debe a los eternos en la madre Jerusalén libre, donde será verdaderamente el pueblo de Israel; pues este nombre se interpreta como «El que ve a Dios» (Videns Deum); por el deseo de cuyo premio ha de llevarse una vida piadosa por la fe en esta penosa peregrinación (peregrinatione).

CAPÍTULO XIV.

Del estudio de David en la disposición y misterio de los Salmos.

Mientras avanzaba, pues, a través de los tiempos la ciudad de Dios, primero en la sombra de lo futuro, a saber, en la Jerusalén terrenal, reinó David. Era, además, David un hombre instruido en los cánticos, que amó la armonía musical no por un placer vulgar, sino con una voluntad fiel; y con ella sirvió a su Dios, que es el Dios verdadero, con una mística figuración de una gran realidad. Pues el concierto racional y moderado de diversos sonidos insinúa, por su concordante variedad, la unidad compacta de una ciudad bien ordenada. En fin, casi toda su profecía está en los Salmos, los cuales contiene un libro de ciento cincuenta, que llamamos el de los Salmos. En ellos, algunos quieren que solo hayan sido compuestos por David los que están inscritos con su nombre. Hay también quienes piensan que no fueron hechos por él sino los que se anotan previamente como

'De David mismo' (Ipsius David); pero los que tienen en sus títulos 'Para el mismo David' (Ipsi David), fueron hechos por otros y adaptados a su persona. Esta opinión es refutada por la voz evangélica del mismo Salvador, cuando dice que el mismo David dijo en el Espíritu que Cristo era su Señor (Mat. 22, 43); puesto que el salmo ciento nueve comienza así: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies» (Sal. 109, 1). Y ciertamente este mismo salmo no tiene en el título 'De David mismo', sino 'Para el mismo David', como muchísimos otros. A mí, en cambio, me parece más creíble lo que estiman quienes atribuyen todos esos ciento cincuenta Salmos a su obra, y que él anotó algunos incluso con los nombres de otros, figurando algo que pertenece a la realidad, mientras que en los demás no quiso tener el nombre de hombre alguno en los títulos; así le inspiró el Señor la disposición de esta variedad, aunque oculta, no sin embargo vana. Ni debe mover a no creer esto el hecho de que los nombres de algunos Profetas, que fueron mucho tiempo después de los tiempos del rey David, se lean inscritos en algunos salmos de ese libro; y lo que allí se dice parece ser dicho como por ellos. Pues ni fue imposible para el Espíritu profético revelar estos nombres de los futuros Profetas al rey David cuando profetizaba, para que algo que conviniera a sus personas fuera cantado proféticamente; así como el rey Josías, que habría de surgir y reinar después de más de trescientos años, fue revelado

con su nombre a cierto profeta, que incluso predijo sus futuros hechos (1 Rey. 13).

CAPÍTULO XV.

Si todas las cosas que en los Salmos se profetizan de Cristo y de la Iglesia han de adaptarse al contexto de esta obra.

Veo que ya se espera de mí que en este lugar de este libro explique qué profetizó David en los Salmos sobre el Señor Jesucristo o su Iglesia. Pero para que no lo haga así como parece pedirlo esa misma expectativa (aunque ya lo he hecho en uno), me lo impide más la abundancia que la penuria. Pues se me prohíbe ponerlo todo por causa de evitar la prolijidad; y temo que, cuando haya elegido algunas cosas, parezca a muchos que las conocen haber pasado por alto las más necesarias; además, porque el testimonio que se aduce debe tener el apoyo del contexto de todo el Salmo (para que ciertamente no haya nada que le sea contrario, si no todo lo apoya), no sea que, a la manera de los centones, parezca que arrancamos versículos para el asunto que queremos, como de un gran poema que se encontrara escrito no sobre ese asunto, sino sobre otro muy distinto. Pero para que esto pueda mostrarse en cualquier salmo, ha que exponerlo todo; lo cual, cuán gran trabajo sea, lo indican suficientemente tanto los volúmenes de otros como los nuestros, en los que hemos hecho esto. Lea, pues, aquello quien quiera y pueda: encontrará cuántas y cuán grandes cosas el rey David, y al mismo tiempo profeta,

profetizó sobre Cristo y su Iglesia, es decir, sobre el Rey y la ciudad que fundó.

CAPÍTULO XVI.

De las cosas que en el Salmo cuarenta y cuatro, pertenecientes a Cristo y a la Iglesia, se dicen o abiertamente o de modo trópico.

1. Pues por más que las locuciones proféticas sean propias y manifiestas sobre cualquier asunto, es necesario que también se mezclen con ellas las trópicas; las cuales, principalmente por causa de los más tardos, imponen a los doctores el laborioso negocio de disputar y exponer. Sin embargo, algunas cosas muestran a Cristo y a la Iglesia a primera vista, tan pronto como se dicen; aunque queden por exponer con más calma aquellas que en ellas se entienden menos: como es aquello en el mismo libro de los Salmos: «Eructó mi corazón palabra buena; digo yo mis obras al rey.» Mi lengua es caña de escriba que escribe velozmente. Hermoso en su forma sobre los hijos de los hombres: se ha difundido la gracia en tus labios, por eso te bendijo Dios eternamente. Cíñete tu espada sobre el muslo, oh poderosísimo. Con tu esplendor y tu hermosura, tiende el arco, avanza prósperamente y reina. A causa de la verdad y la mansedumbre y la justicia; y te conducirá maravillosamente tu diestra. Tus saetas agudas son poderosísimas. Los pueblos caerán debajo de ti, en el corazón de los enemigos del rey. Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos; vara de dirección la vara de tu reino. Amaste la justicia y odiaste la

iniquidad: por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría sobre tus partícipes. Mirra y estacte y casia desde tus vestiduras, desde las casas de marfil: de las cuales te deleitaron las hijas de los reyes en tu honor (Sal. 44, 2-10). ¿Quién no reconocerá aquí a Cristo, a quien predicamos y en quien creemos, por muy tardo que sea, al oír a Dios, cuyo trono es por los siglos de los siglos; y ungido por Dios, ciertamente como Dios unge, no con un crisma visible, sino espiritual e inteligible? Pues ¿quién es tan rudo en esta religión, o tan sordo ante su fama difundida a lo largo y a lo ancho, que no sepa que Cristo ha sido llamado así por el crisma, esto es, por la unción? Reconocido, pues, el rey Cristo, ya aquel que está sometido al que reina por causa de la verdad y la mansedumbre y la justicia, investigue con calma las demás cosas que aquí se han dicho trópicamente: cómo sea hermoso en su forma sobre los hijos de los hombres, con una hermosura tanto más amable y admirable cuanto menos corpórea; cuál sea su espada, cuáles sus saetas, y las demás cosas puestas de este modo no propiamente, sino trópicamente.

2. Después contemple a su Iglesia, unida a tan gran Esposo en espiritual matrimonio y divino amor; de la cual se dice en lo que sigue: «Estuvo la reina a tu derecha con vestidura de oro, rodeada de variedad.» Oye, hija, y ve, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre. Porque el rey codició tu hermosura, porque Él es el Señor tu Dios. Y lo adorarán las hijas de Tiro con dones: suplicarán ante tu rostro los ricos del pueblo.

Toda su gloria de esa hija del rey está en el interior, en franjas de oro, rodeada de variedad. Serán traídas al rey vírgenes tras ella, sus prójimas te serán traídas. Serán traídas con alegría y regocijo: serán conducidas al templo del rey. En lugar de tus padres, te han nacido hijos: los constituirás príncipes sobre toda la tierra. Serán memoriosos de tu nombre en toda generación y generación. Por eso los pueblos te confesarán eternamente, y por los siglos de los siglos (Sal. 44, 10-18).

No pienso que nadie sea tan necio que crea que aquí se alaba y describe a una mujercilla cualquiera: a saber, la cónyuge de aquel a quien se dijo: «Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos; vara de dirección la vara de tu reino.» Amaste la justicia y odiaste la iniquidad: por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría sobre tus partícipes; Cristo ciertamente sobre los cristianos. Pues estos son sus partícipes, de cuya unidad y concordia en todas las naciones se forma esta reina: como en otro salmo se dice de ella: «Ciudad del gran Rey» (Sal. 47, 3). Ella es Sión espiritualmente: cuyo nombre interpretado al latín es Especulación (Speculatio). Pues especula el gran bien del siglo futuro: porque hacia allá se dirige su intención. Ella es también Jerusalén del mismo modo espiritualmente, de la cual ya hemos dicho muchas cosas. Su enemiga es la ciudad del diablo, Babilonia, que se interpreta Confusión (Confusio). De cuya Babilonia, sin embargo, esta reina es liberada en todas las naciones por la regeneración, y pasa del peor rey al mejor Rey, esto es, del diablo pasa a Cristo. Por lo cual se le dice:

«Olvida a tu pueblo y la casa de tu padre». Parte de esta ciudad impía son también los israelitas solo por la carne, no por la fe: enemigos incluso ellos mismos de este gran Rey y de su reina. Pues viniendo Cristo a ellos, y siendo muerto por ellos, se hizo más Rey de otros a quienes no vio en la carne. De donde por la profecía de un salmo dice nuestro mismo Rey: «Me librarás de las contradicciones del pueblo, me constituirás cabeza de las naciones.» El pueblo que no conocí me sirvió; en el oír del oído me obedeció (Sal. 17, 44-45). Este pueblo, pues, de las naciones, al cual Cristo no conoció por su presencia corporal, en el cual sin embargo creyó en Cristo que le fue anunciado, de modo que merecidamente se dijera de él: «En el oír del oído me obedeció»; porque la fe es por el oído (Rom. 10, 17); este pueblo, digo, añadido a los verdaderos israelitas tanto por la carne como por la fe, es la Ciudad de Dios, la cual también engendró al mismo Cristo según la carne, cuando estuvo solo en aquellos israelitas. Pues de allí era ciertamente la virgen María, en quien Cristo asumió la carne para ser hombre. De cuya ciudad dice otro salmo: «Madre Sión, dirá el hombre, y el hombre fue hecho en ella, y el Altísimo mismo la fundó» (Sal. 86, 5). ¿Quién es este Altísimo sino Dios? Y por esto Cristo, siendo Dios, antes de que se hiciera hombre en aquella ciudad por María, Él mismo la fundó en los Patriarcas y Profetas. Habiéndosele, pues, dicho tanto antes por profecía a esta reina Ciudad de Dios lo que ya vemos cumplido: «En lugar de tus padres te han nacido hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra» —

pues ciertamente de entre sus hijos por toda la tierra han sido puestos sus prepósitos y padres, mientras los pueblos que concurren a ella le confiesan con la confesión de alabanza eterna por los siglos de los siglos— sin duda alguna cuanto aquí se ha dicho algo oscuramente con locuciones trópicas, de cualquier modo que se entienda, debe convenir con estas cosas manifestísimas.

CAPÍTULO XVII.

De las cosas que en el Salmo ciento nueve miran al sacerdocio de Cristo, y de las que en el Salmo veintiuno miran a su pasión.

Como también en aquel salmo donde Cristo Sacerdote, al igual que aquí el Rey, es predicado abiertamente: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies». Que Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre se cree, no se ve; que también sus enemigos sean puestos bajo sus pies, aún no aparece; eso se está haciendo, aparecerá al final; esto también se cree ahora, después se verá. Pero lo que sigue: «El Señor enviará la vara de tu poder desde Sión: domina en medio de tus enemigos», es tan claro que se niega no solo infiel e infelizmente, sino incluso impudentemente. Pues hasta los mismos enemigos confiesan que desde Sión fue enviada la ley de Cristo, que nosotros llamamos Evangelio, y reconocemos como la vara de su poder. Y que Él domina en medio de sus enemigos, lo testifican esos mismos entre quienes domina, rechinando los dientes y consu-

miéndose, y no valiendo nada contra Él. Luego, lo que dice un poco después: «Juró el Señor y no se arrepentirá»; con cuyas palabras significa que será inmutable lo que añade: «Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec» (Sal. 109, 1, 2, 4) —por el hecho de que ya en ninguna parte existe el sacerdocio y el sacrificio según el orden de Aarón, y en todas partes se ofrece bajo Cristo Sacerdote lo que ofreció Melquisedec cuando bendijo a Abraham (Gén. 14, 18 ss.)— ¿a quién se le permite dudar de quién se dicen estas cosas? A estas cosas manifiestas, pues, se refieren las que se han puesto algo más oscuramente en el mismo salmo, cuando se entienden rectamente; lo cual hemos hecho en nuestros Sermones populares. Así también en aquel donde Cristo expresa por profecía la humildad de su pasión, diciendo: «Horadaron mis manos y mis pies; contaron todos mis huesos.» Ellos mismos me consideraron y me contemplaron. Con cuyas palabras ciertamente significó su cuerpo extendido en la cruz, con las manos y los pies fijados y traspasados por la transverberación de los clavos, y de ese modo se ofreció como espectáculo a los que lo consideraban y contemplaban. Añadiendo también: «Dividieron para sí mis vestiduras, y sobre mi vestidura echaron suertes» (Sal. 21, 17-19). Cuya profecía, cómo se cumplió, lo narra la historia evangélica (Mat. 27, 35). Entonces ciertamente también se entienden rectamente otras cosas que allí se dijeron menos abiertamente, cuando concuerdan con estas que han brillado con tanta manifestación; sobre todo porque también aque-

llas cosas que no creemos como pasadas, sino que contemplamos como presentes, tal como se leen predichas tanto antes en el mismo salmo, así ahora exhibidas se ven ya en todo el mundo. Pues allí se dice un poco después: «Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las patrias de las naciones; porque del Señor es el reino, y Él dominará a las naciones» (Sal. 21, 28-29).

CAPÍTULO XVIII.

Del Salmo tercero, y del cuadragésimo, y del decimoquinto, y del sexagésimo séptimo, en los cuales se profetizan la muerte y la resurrección del Señor.

1. Tampoco sobre su resurrección callaron en modo alguno los oráculos de los Salmos. Pues, ¿qué otra cosa es lo que se canta en el Salmo tercero en su persona: «Yo dormí y tomé el sueño; resucité porque el Señor me sostendrá» (Sal. 3, 6)? ¿O acaso alguien es tan necio que crea que el Profeta quiso indicarnos como algo grande que durmió y resucitó, a no ser que ese sueño fuera la muerte, y el despertar la resurrección, que así convenía que fuera profetizada sobre Cristo? Porque también en el cuadragésimo se muestra esto mucho más manifiestamente, donde en la persona del mismo Mediador, según la costumbre, se narran como pasadas las cosas que se profetizaban como futuras; porque las que habrían de venir, ya en la predestinación y presciencia de Dios estaban como hechas, porque eran ciertas. «Mis enemigos», dice, «dijeron males de mí:

¿Cuándo morirá y perecerá su nombre? Y si entraba para ver, su corazón hablaba cosas vanas, congregó iniquidad para sí. Salía fuera y hablaba al mismo tiempo. Contra mí susurraban todos mis enemigos, contra mí pensaban males para mí. Dispusieron una palabra inicua contra mí: ¿Acaso el que duerme, no volverá a levantarse?». Aquí ciertamente estas palabras están puestas de tal modo que se entiende que no dijo otra cosa que si dijera: «¿Acaso el que muere, no volverá a revivir?». Pues las palabras precedentes demuestran que sus enemigos pensaron y dispusieron su muerte, y que esto se hizo por medio de aquel que entraba para ver y salía para entregar. ¿Y a quién no se le vendrá a la mente aquí Judas, convertido en traidor de ser su discípulo? Puesto que, por tanto, iban a hacer lo que maquinaban, esto es, iban a matarlo, mostrando que ellos con vana malicia lo matarían en vano pues habría de resucitar, así añadió este verso, como si dijera: «¿Qué hacéis, vanos? lo que será vuestro crimen, será mi sueño. ¿Acaso el que duerme, no volverá a levantarse?». Y, sin embargo, que ellos no harían tan gran maldad impunemente, lo indica en los versos siguientes, diciendo: «E incluso el hombre de mi paz en quien esperé, que comía mis panes, ensanchó sobre mí el calcañar»; esto es, me pisoteó. «Tú, en cambio», dice, «Señor, ten misericordia de mí, y resucítame, y les daré el pago» (Sal. 40, 6-11). ¿Quién negará ya esto, viendo a los judíos después de la pasión y resurrección de Cristo erradicados totalmente de sus sedes por la matanza bélica y el exterminio? Pues el que

fue muerto por ellos resucitó, y les dio entretanto una disciplina temporal, excepto lo que reserva para los no corregidos, cuando juzgará a vivos y muertos. Pues el mismo Señor Jesús, señalando a este mismo traidor suyo por el pan alargado a los Apóstoles (Jn. 13, 26), también recordó este verso de este salmo, y dijo que se había cumplido en él: «El que comía mis panes, ensanchó sobre mí el calcañar». Pero lo que dice, «En quien esperé», no conviene a la cabeza, sino al cuerpo. Pues no lo ignoraba el mismo Salvador, de quien ya antes había dicho: «Uno de vosotros es un diablo» (Id. 6, 71). Pero suele transferir a sí mismo la persona de sus miembros, y atribuirse lo que era de ellos, porque la cabeza y el cuerpo son un solo Cristo: de donde es aquello en el Evangelio: «Tuve hambre, y me disteis de comer». Lo cual explicando dice: «Cuando lo hicisteis a uno de estos mis mínimos, a mí me lo hicisteis» (Mat. 25, 35. 40). Dijo, pues, que él había esperado, lo que entonces habían esperado de Judas sus discípulos, cuando fue contado entre los Apóstoles.

2. Pero los judíos no esperan que el Cristo a quien ellos esperan haya de morir. Por eso no piensan que Aquel a quien la Ley y los Profetas anunciaron sea el nuestro; sino que se forjan a no sé quién suyo, a quien fingen ajeno a la pasión de la muerte. Por eso, con admirable vanidad y ceguera, sostienen que las palabras que hemos puesto no significaron la muerte y la resurrección, sino el sueño y el despertar. Pero les clama también el Salmo decimoquinto: «Por eso se alegró mi corazón y saltó de gozo mi lengua,

además también mi carne descansará en la esperanza: porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu Santo vea la corrupción» (Sal. 15, 9-10). ¿Quién diría que su carne había descansado en esa esperanza, para que, no siendo dejada su alma en el infierno, sino volviendo pronto a ella reviviera, para no corromperse, como suelen corromperse los cadáveres, sino aquel que resucitó al tercer día? Lo cual ciertamente no pueden decir del profeta y rey David. Clama también el Salmo sexagésimo séptimo: «Nuestro Dios es el Dios de salvar, y del Señor son las salidas de la muerte» (Sal. 67, 21). ¿Qué se podría decir más claramente? Pues el Dios de salvar es el Señor Jesús, que se interpreta Salvador, o Saludable. Pues la razón de este nombre se dio así, cuando antes de que naciera de la virgen se dijo: «Parirá un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Pues Él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mat. 1, 21). En cuya remisión de los pecados, puesto que su sangre fue derramada, ciertamente no convino que tuviera otras salidas de esta vida que las de la muerte. Por eso, habiéndose dicho: «Nuestro Dios es el Dios de salvar», inmediatamente se añadió: «Y del Señor son las salidas de la muerte»; para que se mostrara que muriendo habría de salvar. Pero se dijo admirablemente: «Y del Señor»; como si se dijera: Tal es esta vida de los mortales, que ni el mismo Señor saldría de ella de otro modo sino por la muerte.

CAPÍTULO XIX.

Del Salmo sexagésimo octavo, en el cual se declara la pertinaz infidelidad de los judíos.

Pero para que los judíos no cedan en absoluto ante tan manifiestos testimonios de esta profecía, incluso habiéndose llevado las cosas a un efecto tan claro y cierto, ciertamente se cumple en ellos lo que está escrito en aquel salmo que sigue a este. Pues cuando también allí, en la persona de Cristo, se decían proféticamente las cosas que pertenecen a su pasión, se recordó lo que quedó claro en el Evangelio: «Dieron hiel para mi comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre» (Sal. 68, 22; Mat. 27, 34. 48). Y como si tras tal convite y manjares de esta clase exhibidos para sí, luego añadió: «Sea su mesa ante ellos un lazo, y una retribución, y un escándalo: oscurézcanse sus ojos para que no vean, e inclina siempre su espalda» (Sal. 68, 23. 24): y lo demás, que no se dice por vía de deseo, sino que se predice profetizando con apariencia de deseo. ¿Qué tiene, pues, de extraño si no ven estas cosas manifiestas aquellos cuyos ojos están oscurecidos para que no vean? ¿Qué tiene de extraño si no miran a lo alto de las cosas celestiales quienes, para estar propensos a las terrenales, tienen su espalda siempre encorvada? Pues con estas palabras trasladadas del cuerpo, se significan los vicios de las almas. Digamos que esto es suficiente de los Salmos, esto es, de la profecía del rey David, para que haya algún límite. Pero perdónenme quienes leen esto y conocen todas aquellas cosas; y sobre aquellas que tal vez más firmes entienden o piensan que yo he pasado por alto, no se quejen.

CAPÍTULO XX.---Del reino y del mérito de David, y de su hijo Salomón, y de aquella profecía que se encuentra perteneciente a Cristo, o en aquellos libros que se unen a sus escritos, o en aquellos que no hay duda de que son suyos.

1. Reinó, pues, David en la Jerusalén terrenal, hijo de la Jerusalén celestial, muy elogiado por el testimonio divino: porque también sus delitos fueron superados con tanta piedad, por la salubérrima humildad del arrepentimiento, que está totalmente entre aquellos de quienes él mismo dice: «Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos» (Sal. 31, 1). Después de este reinó sobre el mismo pueblo entero Salomón, su hijo, quien, como se dijo arriba, comenzó a reinar viviendo su padre. Este, con buenos comienzos, tuvo malos finales. Ciertamente la prosperidad, que fatiga los ánimos de los sabios, le fue más perjudicial que provechosa la misma sabiduría, incluso ahora y en adelante memorable, y entonces alabada a lo largo y a lo ancho. Se encuentra que también él profetizó en sus libros, de los cuales tres han sido recibidos en la autoridad canónica: Proverbios, Eclesiastés y el Cantar de los cantares. Pero los otros dos, de los cuales uno se llama Sabiduría y el otro Eclesiástico, por alguna semejanza del estilo, obtuvo la costumbre que se llamen de Salomón; pero que no son suyos, no lo dudan los más doctos; sin embargo, la Iglesia, especialmente la occidental, los recibió desde antiguo en autoridad: en uno de los cuales, que se llama Sabiduría de Salomón, se profetiza muy

abiertamente la pasión de Cristo. Pues se conmemoran sus impíos matadores diciendo: «Acechemos al justo, porque nos es insuave, y es contrario a nuestras obras, y nos reprocha los pecados de la ley, e infama en nosotros los pecados de nuestra disciplina. Promete que tiene la ciencia de Dios, y se nombra a sí mismo hijo de Dios. Ha sido hecho para nosotros para la traducción de nuestros pensamientos. Nos es grave incluso de ver, porque su vida es desemejante a la de los otros, e inmutados sus caminos. Como naderías hemos sido estimados por él, y se abstiene de nuestros caminos como de inmundicias: prefiere el fin de los justos, y se gloría de tener a Dios por padre. Veamos, pues, si sus palabras son verdaderas, y probemos qué le sucederá, y sabremos cuál será su fin. Pues si el justo es hijo de Dios, lo acogerá y lo librará de la mano de los contrarios. Con contumelia y tormento interroguémosle, para que sepamos su reverencia y probemos su paciencia. Con muerte torpísima condenémosle: pues tendrá respeto según sus palabras. Estas cosas pensaron y erraron: pues su malicia los cegó» (Sab. 2, 12-21). Pero en el Eclesiástico se predice la futura fe de las naciones de este modo: «Ten misericordia de nosotros, Dios dominador de todos, e infunde tu temor sobre todas las naciones: levanta tu mano sobre las naciones extrañas, y vean tu potencia. Como ante ellas has sido santificado en nosotros, así ante nosotros seas magnificado en ellas, para que te conozcan según que también nosotros te hemos conocido, que no hay Dios fuera de ti, Señor» (Ecli. 36, 1-5). Vemos esta profecía, con apariencia

de deseo y ruego, cumplida por Jesucristo. Pero contra los contradictores no se presentan con tanta firmeza las cosas que no están escritas en el canon de los judíos.

2. Pero en aquellos tres, que consta que son de Salomón y los judíos tienen por canónicos, para que se muestre que pertenece a Cristo y a la Iglesia lo que en ellos de esta clase se encuentra, es necesaria una laboriosa disputa, que nos extendería más de lo que conviene si ahora se emplea. Sin embargo, lo que se lee en Proverbios, que dicen los hombres impíos: «Escondamos en la tierra al hombre justo injustamente, devorémosle vivo como el infierno, y quitemos su memoria de la tierra, arrebatemos su preciosa posesión» (Prov. 1, 11-13); no es tan oscuro que no pueda entenderse de Cristo y de su posesión la Iglesia sin una laboriosa exposición. Pues algo tal mostró el mismo Señor Jesús por la parábola evangélica que habían dicho los malos colonos: «Este es el heredero; venid, matémosle, y nuestra será la herencia» (Mat. 21, 38). E igualmente aquello en el mismo libro, que ya antes tocamos brevemente, cuando tratábamos de la estéril que parió siete (Supra, cap. 4, n. 4), no suele entenderse sino de Cristo y la Iglesia tan pronto como sea pronunciado por aquellos que saben que Cristo es la Sabiduría de Dios. «La Sabiduría se edificó una casa, y apuntaló siete columnas; inmoló sus víctimas, mezcló su vino en el cráter, y preparó su mesa. Envió a sus siervos convocando con excelente predicación al cráter, diciendo: ¿Quién es insipiente? Desvíese hacia mí. Y a los faltos

de sentido dijo: Venid, comed de mis panes, y bebed el vino que os he mezclado» (Prov. 9, 1-5). Aquí ciertamente reconocemos que la Sabiduría de Dios, esto es, el Verbo coeterno al Padre, en el útero virginal se edificó para sí una casa, el cuerpo humano, y a este, como miembros a la cabeza, unió la Iglesia; inmoló las víctimas de los mártires; preparó una mesa en vino y panes, donde aparece también el sacerdocio según el orden de Melquisedec; llamó a los insipientes y faltos de sentido; porque, como dice el Apóstol, eligió lo débil de este mundo para confundir a lo fuerte (1 Cor. 1, 27). A los cuales débiles, sin embargo, dice lo que sigue: «Abandonad la insipiencia para que viváis; y buscad la prudencia para que tengáis la vida» (Prov. 9, 6). Pero hacerse partícipe de aquella mesa es empezar a tener la vida. Pues también en otro libro, que se llama Eclesiastés, donde dice: «No hay nada bueno para el hombre, sino lo que comerá y beberá» (Ecl. 8, 15); ¿qué se entiende más creíblemente que dice, sino lo que pertenece a la participación de esta mesa, que el mismo Sacerdote Mediador del Nuevo Testamento exhibe según el orden de Melquisedec de su cuerpo y sangre? Pues aquel sacrificio sucedió a todos aquellos sacrificios del Antiguo Testamento, que se inmolaban en sombra del futuro; por lo cual también reconocemos aquella voz en el Salmo trigésimo noveno del mismo Mediador hablando por profecía: «Sacrificio y oblación no quisiste, pero me perfeccionaste un cuerpo» (Sal. 39, 7). Porque por todos aquellos sacrificios y oblaciones se ofrece su cuerpo, y se suministra a los

participantes. Pues que este Eclesiastés en esta sentencia del comer y beber, que a menudo repite y mucho recomienda, no gusta los banquetes de la carnal voluptuosidad, lo muestra suficientemente aquello donde dice: «Mejor es ir a la casa del luto, que ir a la casa del beber»; y poco después: «El corazón», dice, «de los sabios está en la casa del luto, y el corazón de los insipientes en la casa de los banquetes» (Ecl. 7, 3. 5). Pero aquello más estimo que debe conmemorarse de este libro, que pertenece a las dos ciudades, una del diablo, otra de Cristo, y sus reyes el diablo y Cristo: «¡Ay de ti, tierra!», dice, «cuyo rey es un adolescente, y tus príncipes comen por la mañana. Bienaventurada tú, tierra, cuyo rey es hijo de ingenuos, y tus príncipes comen a su tiempo, en fortaleza y no en confusión» (Id. 10, 16. 17). Llamó adolescente al diablo, por la estulticia y la soberbia, y la temeridad y la petulancia, y los demás vicios que suelen abundar en esta edad; y a Cristo hijo de ingenuos, de los santos Patriarcas a saber, pertenecientes a la ciudad libre, de los cuales ha sido engendrado en la carne. Los príncipes de aquella ciudad comiendo por la mañana, esto es antes de la hora congrua; porque no esperan la oportuna, que es la verdadera, felicidad en el siglo futuro, deseando apresuradamente ser dichosos por la celebridad de este siglo. Pero los príncipes de la ciudad de Cristo esperan pacientemente el tiempo de la no falaz bienaventuranza. Esto dice, «en fortaleza y no en confusión»; porque no los engaña la esperanza, de la cual dice el Apóstol: «La esperanza, en cambio, no confunde» (Rom.

5, 5). Dice también el Salmo: «Etenim los que te esperan no serán confundidos» (Sal. 24, 3). Ya en verdad el Cantar de los cantares es una cierta espiritual voluptuosidad de las santas mentes, en el matrimonio de aquel Rey y la reina de la ciudad, que es Cristo y la Iglesia. Pero esta voluptuosidad está envuelta en velos alegóricos, para que se desee más ardientemente, y se desnude más gozosamente, y aparezca el esposo, a quien se dice en el mismo Cantar: «La equidad te amó» (Cant. 1, 3); y la esposa que allí oye: «La caridad en tus delicias» (Id. 7, 6). Pasamos por alto muchas cosas en silencio, por el cuidado de terminar esta obra.

CAPÍTULO XXI.

De los reyes después de Salomón, ya en Judá, ya en Israel.

Apenas se encuentra que los demás reyes de los hebreos después de Salomón hayan profetizado, por algunos enigmas de sus dichos o hechos, lo que pertenece a Cristo y a la Iglesia, ya en Judá, ya en Israel. Pues así fueron llamadas las partes de aquel pueblo desde que, por la ofensa de Salomón, en tiempo de su hijo Roboam, que sucedió a su padre en el reino, fue dividido por la venganza de Dios. Por consiguiente, las diez tribus que recibió Jeroboam, siervo de Salomón, constituido rey para ellas en Samaria, se llamaban propiamente Israel, aunque este fuera el nombre de aquel pueblo entero. Pero a las dos tribus, a saber, Judá y Benjamín, que por consideración a David, para que no fuera erradicado totalmente el reino

de su estirpe, habían permanecido sujetas a la ciudad de Jerusalén, les quedó el nombre de Judá; porque ella misma era la tribu de donde procedía David. Pero la otra tribu, Benjamín, perteneciente al mismo reino, como dije, era de donde fue Saúl, el rey anterior a David. Pero juntas estas dos tribus, como se ha dicho, se llamaban Judá; y con este nombre se distinguían de Israel, como se llamaban propiamente las diez tribus que tenían su propio rey. Pues la tribu de Leví, puesto que fue sacerdotal, entregada al servicio de Dios y no de los reyes, se contaba como la decimotercera. Pues José, uno de los doce hijos de Israel, no hizo una tribu, como los demás cada uno la suya, sino dos, Efraín y Manasés. No obstante, también la tribu de Leví pertenecía más al reino jerosolimitano, donde estaba el templo de Dios, al cual servía. Dividido, pues, el pueblo, primero reinó en Jerusalén Roboam, rey de Judá, hijo de Salomón; y en Samaria Jeroboam, rey de Israel, siervo de Salomón. Y queriendo Roboam perseguir con la guerra aquella parte dividida como una tiranía, se prohibió al pueblo luchar con sus hermanos, diciendo Dios por el profeta que Él había hecho esto (1 Rey. 12, 24). Por lo cual apareció que en aquel asunto no había habido pecado alguno, ni del rey de Israel ni del pueblo, sino que se había cumplido la voluntad de Dios vengador. Conocida la cual, ambas partes, pacificadas entre sí, descansaron; pues la división se había hecho no de la religión, sino del reino.

CAPÍTULO XXII.---De Jeroboam, que con la impiedad de la idolatría profanó al pueblo que

le estaba sujeto, en el cual, sin embargo, no cesó Dios de inspirar Profetas y de guardar a muchos del crimen de la idolatría.

Pero el rey de Israel, Jeroboam, con mente perversa no creyendo a Dios, a quien había probado veraz por el reino prometido y dado, temió que viniendo al templo de Dios, que estaba en Jerusalén, a donde según la ley divina debía venir toda aquella nación para sacrificar, se le sustrajera el pueblo y se restituyera a la estirpe de David como a la semilla real; e instituyó la idolatría en su reino, y engañó al pueblo de Dios ligado consigo por el culto de los ídolos con nefanda impiedad. Y, sin embargo, no cesó Dios del todo de reprender no solo a aquel rey, sino también a sus sucesores e imitadores de la impiedad, y al mismo pueblo, por medio de los Profetas. Pues allí surgieron también aquellos grandes e insignes Profetas, que también hicieron muchas maravillas, Elías y Eliseo su discípulo. Incluso allí, a Elías que decía: «Señor, han matado a tus Profetas, han socavado tus altares, y yo me he quedado solo y buscan mi vida» (1 Rey. 19, 10); se le respondió que había allí siete mil varones que no doblaron sus rodillas ante Baal.

CAPÍTULO XXIII.---Del variado estado de ambos reinos de los hebreos, hasta que ambos pueblos fueran llevados a la cautividad en diverso tiempo, habiendo sido revocado después Judá a su reino, el cual novísimamente pasó a la potestad de los romanos.

E igualmente en el reino de Judá perteneciente a Jerusalén, incluso en los tiempos de los reyes

sucesores no faltaron Profetas; según plugo a Dios enviarlos, ya para prenunciar lo que era necesario, ya para corregir los pecados y mandar la justicia. Pues también allí, aunque mucho menos que en Israel, sin embargo surgieron reyes que con sus impiedades ofendieron gravemente a Dios, y fueron castigados con moderados azotes junto con un pueblo semejante. Los méritos de los reyes piadosos son allí alabados no poco. En cambio, en Israel leemos que unos reyes más, otros menos, pero todos fueron réprobos. Ambas partes, pues, según la divina providencia mandaba o permitía, eran tanto erigidas por varias prosperidades, como oprimidas por las adversidades; y así eran afligidas no solo por guerras externas, sino incluso entre sí por guerras civiles, para que existiendo causas ciertas, se patentizara la misericordia de Dios o su ira; hasta que, creciendo su indignación, toda aquella nación, por los caldeos que les hacían la guerra, no solo fuera subvertida en sus propias sedes, sino que también fuera trasladada en su mayor parte a las tierras de los asirios, primero aquella parte que se llamaba Israel en las diez tribus; pero después también Judá, destruida Jerusalén y aquel templo nobilísimo; en cuyas tierras pasó un cautivo ocio por setenta años. Después de los cuales, dejada salir de allí, instauró el templo que había sido destruido; y aunque muchísimos de ellos moraban en tierras de extranjeros, no tuvo sin embargo en adelante dos partes del reino y dos diversos reyes en cada una de las partes; sino que en Jerusalén su príncipe era uno solo; y al templo de Dios, que

allí estaba, todos de todas partes, dondequiera que estuviesen y de dondequiera que pudiesen, venían por tiempos ciertos. Pero ni aun entonces les faltaron enemigos de otras naciones y conquistadores; pues incluso Cristo los encontró ya tributarios de los romanos.

CAPÍTULO XXIV.

De los Profetas que fueron los últimos entre los judíos, o a quienes la historia evangélica presenta cerca del tiempo del nacimiento de Cristo.

En todo aquel tiempo, desde que volvieron de Babilonia, después de Malaquías, Ageo y Zacarías, que profetizaron entonces, y Esdras, no tuvieron Profetas hasta el advenimiento del Salvador, sino a otro Zacarías padre de Juan, y a Isabel su mujer, estando ya próximo el nacimiento de Cristo; y habiendo ya nacido este, a Simeón el anciano, y a Ana la viuda y ya de gran edad, y al mismo Juan el último; el cual, joven ya, mostró al Cristo ya joven, no ciertamente como futuro, pero sí desconocido, por el conocimiento profético; por lo cual el mismo Señor dice: «La Ley y los Profetas hasta Juan» (Mat. 11, 13). Pero la profecía de estos cinco nos es conocida por el Evangelio; donde también la misma Virgen madre del Señor se encuentra que profetizó antes que Juan (Luc. 1, 46-55). Pero esta profecía de estos no la reciben los judíos réprobos; la recibieron, en cambio, los que de entre ellos, innumerables, creyeron al Evangelio. Pues entonces verdaderamente Israel fue dividido en dos, por aquella división que

por el profeta Samuel fue prenunciada inmutable al rey Saúl. Pero a Malaquías, Ageo, Zacarías y Esdras, también los judíos réprobos los tienen como los últimos recibidos en la autoridad canónica. Pues están también sus escritos, como los de otros que, en una gran multitud de Profetas, muy pocos escribieron aquellas cosas que obtuvieran la autoridad del canon. De cuyas predicciones, que pertenecen a Cristo y a su Iglesia, veo que debo poner algunas en esta obra; lo cual se hará más cómodamente, con el favor del Señor, en el libro siguiente, para no gravar más este tan prolífico.

Libro D

ECIMO OCTAVO.

Habla del decurso de la ciudad terrena desde el tiempo de Abraham hasta el fin del mundo con la misma ciudad celestial; y toca los oráculos sobre Cristo, tanto de las Sibilas como especialmente de los sagrados Profetas, que escribieron desde el comienzo del reino de los romanos, Oseas, Amós, Isaías, Miqueas y los subsiguientes.

CAPÍTULO PRIMERO.

De las cosas que han sido discutidas en diecisiete volúmenes hasta los tiempos del Salvador.

Prometí que escribiría sobre el origen, el transcurso y los fines debidos de las dos ciudades, una de las cuales es de Dios y la otra de este mundo, en la cual también aquella es ahora peregrina en lo que concierne al género humano: después de haber refutado primero, según me ayudara su gracia, a los enemigos de la Ciudad de Dios, que prefieren sus propios dioses a su fundador, Cristo, y con envidia perniciosísima para ellos envidian atrozmente a los cristianos; lo cual hice en los primeros diez volúmenes. En cuanto a esta mi tripartita promesa que acabo de mencionar, el origen de ambas fue expuesto en los siguientes

cuatro libros; luego su transcurso desde el primer hombre hasta el diluvio en un solo libro, que es el décimo quinto de esta obra; y desde allí hasta Abraham nuevamente ambas corrieron, tanto en los tiempos como en nuestras letras. Pero desde el padre Abraham hasta el tiempo de los Reyes de los israelitas, donde concluimos el décimo sexto volumen, y desde allí hasta el advenimiento del mismo Salvador en la carne, hasta donde se extiende el décimo séptimo libro, solo la Ciudad de Dios parece haber corrido en mi estilo: siendo así que en este mundo no corrió ella sola, sino que ambas ciertamente en el género humano, tal como desde el principio juntas, han variado los tiempos en su transcurso. Pero hice esto para que primero, desde que las promesas de Dios comenzaron a ser más claras hasta su natividad de la Virgen, en la cual debían cumplirse las cosas que primero se prometieron, apareciera más distintamente esta ciudad que es de Dios en su transcurso, sin interrupción por lo contrario de la otra ciudad; aunque hasta la revelación del Nuevo Testamento corrió no en la luz, sino en la sombra. Ahora, pues, lo que había omitido veo que debe hacerse, para que toque, en cuanto parezca suficiente, cómo corrió también aquella otra desde los tiempos de Abraham, a fin de que ambas puedan ser comparadas entre sí por la consideración de los lectores.

CAPÍTULO II.

De los reyes y los tiempos de la ciudad terrena, con los cuales coinciden los tiempos de los santos desde el nacimiento de Abraham.

La sociedad de los mortales, pues, difundida por todas partes por las tierras y en cualesquiera diversidades de lugares, vinculada por cierta comunión de una misma naturaleza, mientras cada uno busca sus propias utilidades y deseos —ya que lo que se apetece, o no basta para nadie, o no para todos, porque no es lo mismo— se divide por lo común contra sí misma, y la parte que prevalece oprime a la otra. Pues la vencida sucumbe ante la victoriosa, prefiriendo ciertamente a la dominación o incluso a la libertad una paz y una salud de cualquier clase: de modo que han sido motivo de gran admiración quienes prefirieron perecer antes que servir. Pues en casi todas las gentes ha resonado de algún modo aquella voz de la naturaleza, que prefirieran ser subyugados por los vencedores, a quienes les tocó ser vencidos, antes que ser borrados por la devastación bélica de todas las formas posibles. De aquí resultó que, no sin la providencia de Dios, en cuya potestad está que cualquiera sea subyugado o subyugue en la guerra, algunos estuvieran dotados de reinos y otros sometidos a los que reinan: pero entre los muchos reinos de las tierras, en los cuales está dividida la sociedad de la utilidad o del deseo terrenal (a la cual llamamos con el vocablo universal de ciudad de este mundo), vemos que dos reinos han resultado ser mucho más claros que los demás, primero el de los asirios y luego el de los romanos, ordenados y distintos entre sí

tanto en los tiempos como en los lugares. Pues del mismo modo que aquel fue anterior y este posterior; de ese modo aquel surgió en el Oriente y este en el Occidente: finalmente, en el fin de aquel estuvo inmediatamente el inicio de este. A los demás reinos y a los demás reyes los llamaría yo como apéndices de estos.

Nino, pues, era ya el segundo rey de los asirios, que había sucedido a su padre Belo, primer rey de aquel reino, cuando Abraham nació en la tierra de los caldeos. Había también en aquel tiempo el reino de los sicionios, sumamente pequeño, por el cual aquel doctísimo en todas las materias Marco Varrón comenzó, como desde un tiempo antiguo, al escribir sobre la Estirpe del pueblo romano. Pues de estos reyes de los sicionios llegó a los atenienses, de quienes a los latinos, y de allí a los romanos; pero antes de la fundación de Roma se mencionan estas cosas como pequeñísimas en comparación con el reino de los asirios. Aunque Salustio, historiador romano, confiesa que los atenienses fueron los más claros en Grecia, sin embargo lo fueron más por la fama que por la realidad misma. Pues hablando de ellos dice: «Las hazañas de los atenienses, según yo estimo, fueron bastante amplias y magníficas: pero algo menores, sin embargo, de lo que se cuentan por la fama. Pero porque surgieron allí grandes ingenios de escritores, los hechos de los atenienses se celebran por el orbe de las tierras como los máximos. Así, la virtud de los que los hicieron se tiene por tan grande como los preclaros ingenios pudieron ensalzarla con palabras» (Belli Catil., cap. 8).

Se añade a esta ciudad una gloria no pequeña también por las letras y los filósofos, porque allí florecieron principalmente tales estudios. Pues en cuanto atañe al imperio, ninguno fue mayor en los primeros tiempos que el de los asirios, ni tan amplia y extensamente difundido. Ya que allí se relata que el rey Nino, hijo de Belo, sometió a toda el Asia, que se dice ser la tercera parte de todo el orbe por el número de partes, pero se encuentra que es la mitad por la magnitud, hasta los confines de Libia. Pues no dominaba únicamente sobre los indios en las partes del Oriente: a quienes, sin embargo, fallecido él, acometió su esposa Semíramis guerreando. Así resultó que cualesquiera pueblos o reyes que había en aquellas tierras, obedecían al reino y dominio de los asirios y ejecutaban cualquier cosa que se mandara. Abraham, por tanto, nació en aquel reino entre los caldeos en tiempos de Nino. Pero puesto que las cosas griegas nos son mucho más conocidas que las asirias, y a través de los griegos a los latinos, y luego a los romanos, que también ellos mismos son latinos, han deducido la serie de los tiempos quienes han escudriñado en la antigüedad de su origen la estirpe del pueblo romano; por esto debemos, donde sea necesario, mencionar a los reyes asirios: para que aparezca cómo Babilonia, como una primera Roma, transcurre con la Ciudad de Dios que es peregrina en este mundo. Pero las cosas que conviene insertar en esta obra para la comparación de ambas ciudades, a saber, la terrenal y la celestial, debemos tomarlas más de los griegos y latinos, donde

también la misma Roma es como una segunda Babilonia.

3. Cuando, pues, nació Abraham, los reyes eran los segundos: Nino entre los asirios, Europs entre los sicionios; pero los primeros fueron Belo allá y Egialeo aquí. Mas cuando Abraham salió de Babilonia, y Dios le prometió que de él saldría una gran nación y en su descendencia la bendición de todas las naciones, los asirios tenían su cuarto rey, los sicionios el quinto: pues entre aquellos reinaba el hijo de Nino después de su madre Semíramis, de quien se dice que fue muerta por él, habiéndose atrevido la madre a deshonrar al hijo con el coito incestuoso. Algunos piensan que ella fundó Babilonia, la cual ciertamente pudo restaurar. Pero cuándo o cómo fue fundada, lo dijimos en el décimo sexto libro (Cap. 4). Por lo demás, al hijo de Nino y Semíramis, que sucedió a su madre en el reino, algunos lo llaman Nino mismo, y otros Ninyas, nombre derivado del padre. Pero en aquel tiempo Telxión poseía el reino de los sicionios. Reinando el cual, hubo allí tiempos tan suaves y alegres que, una vez difunto, lo veneraron como a un dios ofreciéndole sacrificios y celebrando juegos, los cuales dicen que fueron instituidos por primera vez para él.

CAPÍTULO III.—Reinando quiénes entre los asirios y sicionios nació Isaac de la promesa para el centenario Abraham, o nacieron de Rebeca para el mismo Isaac sexagenario los gemelos Esaú y Jacob.

En los tiempos de este también nació Isaac de la promesa de Dios para el padre centenario, hijo

de Abraham de su esposa Sara, la cual, siendo estéril y ya anciana, había perdido la esperanza de tener prole. Entonces también entre los asirios el quinto rey era Arrio. Para el mismo Isaac sexagenario nacieron gemelos, Esaú y Jacob, a quienes su esposa Rebeca le parió, viviendo aún su abuelo Abraham y contando ciento sesenta años de edad: el cual murió cumplidos los ciento setenta y cinco; reinando Jerjes, aquel más antiguo, que también era llamado Baleo, entre los asirios, y Turíaco entre los sicionios, a quien algunos escriben como Turímaco, siendo los séptimos reyes. Por su parte, el reino de los argivos comenzó al mismo tiempo que los nietos de Abraham, donde reinó primero Ínaco. Ciertamente, lo cual no debió pasarse por alto, refiere Varrón que los sicionios solían sacrificar también ante el sepulcro de su séptimo rey Turíaco. Además, reinando los octavos reyes, Armamitre de los asirios, Leucipo de los sicionios, e Ínaco el primero de los argivos, Dios habló a Isaac y le prometió también a él aquellas mismas dos cosas que a su padre, a saber: la tierra de Canaán para su descendencia, y en su descendencia la bendición de todas las naciones. Estas mismas cosas fueron prometidas también a su hijo, nieto de Abraham, que fue llamado primero Jacob y después Israel, cuando ya reinaba Beloco como noveno rey entre los asirios, y Foroneo, hijo de Ínaco, segundo entre los argivos, permaneciendo aún Leucipo entre los sicionios. En estos tiempos Grecia se hizo más ilustre bajo el rey argivo Foroneo por ciertas instituciones de leyes y juicios: sin embargo, habiendo

muerto Fego, hermano menor de este Foroneo, se constituyó un templo ante su sepulcro en el cual fuera venerado como dios y se le inmolaran bueyes. Creo que lo juzgaron digno de tan gran honor por esto, porque en su parte del reino (pues el padre había distribuido lugares a ambos en los cuales reinaran mientras él vivía) aquel había constituido capillas para venerar a los dioses, y había enseñado a observar los tiempos por meses y años, y hasta qué punto debían medirse y contarse cada uno de ellos. Admirando estas novedades en él, los hombres aún rudos, tras su muerte, opinaron o quisieron que se hubiera convertido en dios. Pues también se relata que Ío fue hija de Ínaco, la cual después fue llamada Isis y venerada como gran diosa en Egipto: aunque otros escriben que ella llegó de Etiopía a Egipto como reina; y porque imperó amplia y justamente, y les instituyó muchos beneficios y las letras, se le tributó este honor divino después de que murió allí, y un honor tan grande que cualquiera que dijera que ella había sido un ser humano era reo de un crimen capital.

CAPÍTULO IV.

De los tiempos de Jacob y de su hijo José.

Reinando Baleo como décimo rey de los asirios, y el noveno de los sicionios, Mesapo, a quien también algunos llaman Cefiso (si es que fue un solo hombre de dos nombres, y no pensaron más bien que era un solo hombre por otro quienes pusieron el otro nombre en sus escritos), siendo

Apis el tercer rey de los argivos, murió Isaac a los ciento ochenta años, y dejó a sus gemelos de ciento veinte años: de los cuales el menor, Jacob, perteneciente a la Ciudad de Dios sobre la cual escribimos, habiendo sido el mayor ciertamente réprobo, tenía doce hijos; a uno de los cuales, llamado José, sus hermanos lo habían vendido a unos mercaderes que pasaban a Egipto, viviendo aún su abuelo Isaac. José, pues, estuvo ante el Faraón, cuando fue ensalzado desde la humildad que padeció, teniendo treinta años: porque, habiendo interpretado divinamente los sueños del rey, anunció que vendrían siete años de abundancia, cuya abundancia sobresaliente habían de consumir otros siete años estériles subsiguientes; y por esto el rey lo puso al frente de Egipto, tras ser liberado de la cárcel a la que lo había arrojado la integridad de su castidad; la cual conservando valerosamente ante una señora que amaba mal y un señor crédulo al mal que iba a mentir, huyendo incluso dejando su ropa en manos de la que lo arrastraba, no consintió en el estupro. Pero en el segundo año de los siete años estériles, Jacob vino a Egipto con todos los suyos hacia su hijo, contando ciento treinta años, tal como él mismo respondió al rey que le preguntaba (Gén. XLVII, 9); teniendo José treinta y nueve años, sumados ciertamente a los treinta que tenía cuando fue honrado por el rey, los siete de abundancia y los dos de hambre.

CAPÍTULO V.

Del rey de los argivos, Apis, a quien los egipcios veneraron con honor divino bajo el nombre de Serapis.

En estos tiempos Apis, rey de los argivos, trasladado en naves a Egipto, habiendo muerto allí, se convirtió en Serapis, el máximo dios de todos los egipcios. En cuanto a la razón de este nombre, por qué no fue llamado Apis incluso después de muerto, sino Serapis, Varrón dio una explicación muy fácil. Porque el arca en la que se pone al muerto, que todos llaman ya sarcófago, se dice «sorós» en griego; y allí habían comenzado a venerarlo sepultado, antes de que se construyera su templo: como si fuera «Sorós» y «Apis», primero «Sorapis», y luego, cambiada una letra como suele ocurrir, fue llamado «Serapis». Y se decretó también sobre él que cualquiera que dijera que había sido un hombre pagara la pena capital. Y puesto que en casi todos los templos donde se veneraba a Isis y Serapis había también una imagen que, con el dedo apretado sobre los labios, parecía advertir que se guardara silencio, el mismo Varrón estima que esto significa que se callara que ellos habían sido hombres. Pero aquel buey que Egipto, engañado por una admirable vanidad, criaba en su honor con delicias abundantes, puesto que lo veneraban vivo sin sarcófago, era llamado Apis, no Serapis. Muerto este buey, como se buscaba y se encontraba un ternero del mismo color, esto es, distinguido de modo semejante con ciertas manchas blancas, creían que era algo admirable y procurado para ellos divinamente. Pues no era gran cosa para los demonios, a fin de engañarlos, mostrar a la vaca concipiente y pre-

ñada el fantasma de tal toro, que solo ella viera, de donde la libido de la madre atrajera lo que ya apareciera corporalmente en su feto: tal como Jacob logró con las varas jaspeadas que nacieran ovejas y cabras manchadas (Gén. XXX, 37-42). Pues lo que los hombres pueden hacer con colores y cuerpos verdaderos, los demonios pueden muy fácilmente exhibirlo a los animales que conciben mediante figuras fingidas.

CAPÍTULO VI.

Bajo qué rey entre los argivos, o bajo cuál entre los asirios, murió Jacob en Egipto.

Apis, pues, rey no de los egipcios sino de los argivos, murió en Egipto. Le sucedió en el reino su hijo Argo, de cuyo nombre fueron llamados tanto Argos como, a partir de esto, los argivos; pues bajo los reyes anteriores ni el lugar ni la nación tenían aún este nombre. Reinando este, pues, entre los argivos, y Erato entre los sicionios, pero permaneciendo aún Baleo entre los asirios, murió Jacob en Egipto a los ciento cuarenta y siete años, habiendo bendecido antes de morir a sus hijos y a sus nietos de parte de José, y habiendo profetizado clarísimamente a Cristo, diciendo en la bendición de Judá: «No faltará príncipe de Judá, ni caudillo de sus muslos, hasta que vengan las cosas que le están reservadas; y él mismo será la expectación de las naciones» (Gén. XLIX, 10). Reinando Argo comenzó Grecia a usar sus propios frutos y a tener cosechas en la agricultura, habiéndose traído semillas de otra parte. También

Argo comenzó a ser tenido por dios después de su muerte, honrado con templo y sacrificios. Este honor, reinando él, le fue tributado antes que a él a un hombre privado herido por el rayo, llamado Homogiro, porque fue el primero que unió los bueyes al arado.

CAPÍTULO VII.

En tiempo de qué reyes murió José en Egipto.

Reinando Mamito, el duodécimo de los asirios, y Plemneo, el undécimo de los sicionios, y permaneciendo aún Argo en Argos, murió José en Egipto a los ciento diez años (Gén. L. 25). Después de su muerte, el pueblo de Dios, creciendo admirablemente, permaneció en Egipto ciento cuarenta y cinco años, tranquilamente al principio hasta que murieron aquellos a quienes José fue conocido; después, porque se envidiaban sus incrementos y eran sospechosos, hasta que fuera liberado de allí, fue oprimido con persecuciones (entre las cuales, sin embargo, crecía con una multiplicación fecundada divinamente) y con los trabajos de una servidumbre intolerable. Por su parte, en Asiria y Grecia durante el mismo tiempo permanecían los mismos reinos.

CAPÍTULO VIII.

En qué edad de reyes nació Moisés, y de qué dioses surgió la religión en esos mismos tiempos.

Reinando, pues, Safro como el decimocuarto rey de los asirios, y Ortópolis el duodécimo de los

sicionios, y Criaso el quinto de los argivos, nació en Egipto Moisés, por quien el pueblo de Dios fue liberado de la servidumbre egipcia, en la cual convenía que fuera así ejercitado para desear el auxilio de su Creador. Reinando los mencionados reyes, algunos creen que existió Prometeo; de quien dicen que por esto formó a los hombres de lodo, porque se relata que fue un excelente doctor de la sabiduría: pero no se muestra quiénes fueron los sabios en sus tiempos. Su hermano Atlas se dice que fue un gran astrólogo: de donde la fábula halló ocasión para fingir que él sostiene el cielo; aunque un monte es llamado con su nombre, por cuya altura más bien parece haber llegado a la opinión del vulgo el sostenimiento del cielo. También muchas otras cosas fabulosas comenzaron a fingirse en Grecia desde aquellos tiempos: pero hasta Cécrope, rey de los atenienses, reinando el cual aquella misma ciudad recibió tal nombre, y bajo cuyo reinado Dios sacó de Egipto a su pueblo por medio de Moisés, fueron incluidos en el número de los dioses algunos difuntos por la ciega y vana costumbre y superstición de los griegos. Entre los cuales estuvieron Melantomice, esposa del rey Criaso, y Forbas, hijo de ambos, que después de su padre fue el sexto rey de los argivos, e Iaso, hijo del séptimo rey Tríopas, y el noveno rey Estenelao, o Esteneleo, o Estenelo, pues se encuentra de varios modos en diversos autores. En estos tiempos se relata que también existió Mercurio, nieto de Atlas por su hija Maya, lo cual proclaman incluso las letras más comunes. Por lo demás, destacó como perito

en muchas artes que también transmitió a los hombres: por cuyo mérito quisieron que fuera dios después de muerto, o incluso lo creyeron. De Hércules se dice que fue posterior, perteneciendo sin embargo a aquellos tiempos de los argivos: aunque algunos lo anteponen a Mercurio en tiempo; a los cuales estimo que se equivocan. Pero en cualquier tiempo que hayan nacido, consta entre los historiadores graves que han confiado estas cosas antiguas a las letras que ambos fueron hombres, y que porque confirieron muchos beneficios a los mortales para llevar esta vida más cómodamente, merecieron de ellos honores divinos. Pero Minerva fue mucho más antigua que estos. Pues en tiempos de Ogigio se dice que apareció en edad virginal junto al lago que se llama Tritón; de donde fue también llamada Tritonia: inventora ciertamente de muchas obras; y tanto más prontamente creída diosa cuanto menos se conoció su origen. Pues aquello de que nació de la cabeza de Júpiter debe aplicarse a los poetas y las fábulas, no a la historia y a los hechos realizados. Aunque cuándo existió el mismo Ogigio, en cuyos tiempos ocurrió también un gran diluvio —no aquel máximo del cual ningún hombre escapó excepto los que pudieron estar en el arca, el cual no conoce la historia de las naciones ni griega ni latina, pero sin embargo mayor que el que ocurrió después en tiempo de Deucalión—, no hay acuerdo entre los escritores de historia. Pues Varrón comenzó desde allí el libro del cual hice mención arriba, y no se propone nada más antiguo para llegar a las cosas romanas que el

diluvio de Ogigio, esto es, el ocurrido en tiempos de Ogigio. Pero los nuestros que escribieron Crónicas, primero Eusebio y después Jerónimo, que ciertamente siguieron a algunos historiadores precedentes en esta opinión, mencionan que el diluvio de Ogigio ocurrió más de trescientos años después, reinando ya Foroneo como segundo rey de los argivos. Pero en cualquier tiempo que fuera, Minerva ya era venerada como diosa reinando Cécrope entre los atenienses, bajo cuyo rey dicen también que la misma ciudad fue o restaurada o fundada.

CAPÍTULO IX.

Cuándo fue fundada la ciudad de los atenienses, y qué causa asigna Varrón para su nombre.

En efecto, para que se llamara Atenas, cuyo nombre ciertamente viene de Minerva, que en griego se dice Atenea, Varrón indica esta causa. Habiendo aparecido allí de repente un olivo y habiendo brotado agua en otro lugar, estos prodigios conmovieron al rey, y envió al Apolo Délfico a preguntar qué debía entenderse y qué debía hacerse. Él respondió que el olivo significaba a Minerva, la onda a Neptuno, y que estaba en la potestad de los ciudadanos por el nombre de cuál de los dos dioses, cuyos signos eran aquellos, se llamaría la ciudad. Recibido este oráculo, Cécrope convocó a todos los ciudadanos de ambos sexos (pues era costumbre entonces en aquellos lugares que también las mujeres intervinieran en las consultas públicas) para emitir su sufragio.

Consultada, pues, la multitud, los varones dieron sus votos por Neptuno, las mujeres por Minerva; y porque se halló una mujer más, venció Minerva. Entonces Neptuno, airado, asoló las tierras de los atenienses con oleadas marinas desbordadas; pues no es difícil para los demonios esparcir extensamente cualesquiera aguas. Para que se aplacara su ira, dice el mismo autor que las mujeres fueron castigadas por los atenienses con una triple pena: que en adelante no emitieran ningún sufragio, que ninguno de los nacidos recibiera el nombre materno y que nadie las llamara atenienses. Así, aquella ciudad madre y nodriza de las doctrinas liberales y de tantos y tan grandes filósofos, de la cual nada tuvo Grecia más ilustre ni más noble, por la burla de los demonios sobre el pleito de sus dioses, macho y hembra, y sobre la victoria de una hembra por medio de las hembras, recibió el nombre de Atenas; y herida por el vencido, se vio obligada a castigar la victoria misma de la vencedora, temiendo más las aguas de Neptuno que las armas de Minerva. Pues en las mujeres que fueron así castigadas, también Minerva, que había vencido, resultó vencida; ni auxilió a sus sufragantes para que, perdida ya la potestad de los sufragios y alienados los hijos de los nombres de las madres, al menos se les permitiera llamarse atenienses y merecer el nombre de aquella diosa a la cual habían hecho vencedora sobre un dios varón emitiendo su sufragio. ¡Qué y cuántas cosas podrían decirse de esto, si el discurso no se apresurara hacia otros asuntos!

CAPÍTULO X.

Lo que Varrón relata sobre la denominación del Areópago, y sobre el diluvio de Deucalión.

Sin embargo, Marco Varrón no quiere dar crédito a ficciones fabulosas contra los dioses, para no sentir nada indigno de la dignidad de su majestad. Y por eso no quiere que el Areópago, donde el apóstol Pablo disputó con los atenienses (Hech. XVII, 19 ss.), de cuyo lugar fueron llamados areopagitas los curiales de la misma ciudad, haya recibido su nombre de esto: que Marte, que en griego se llama Ares, al ser hecho reo del crimen de homicidio, fue absuelto por seis votos juzgando doce dioses en aquel pago (pagus); porque donde los votos fueran de número igual, solía anteponerse la absolución a la condena. Pero contra esta opinión, que es mucho más celebrada, intenta aducir otra causa de este nombre a partir del conocimiento de letras oscuras, para que no se crea que los atenienses llamaron al Areópago por el nombre de Marte y del pago, como si fuera el 'pago de Marte'; a saber, en injuria de las deidades, de quienes estima ajenos los litigios o juicios: aseverando que esto que se dice de Marte es no menos falso que aquello que se dice de las tres diosas, a saber, Juno, Minerva y Venus, de las cuales se narra que por obtener la manzana de oro compitieron ante el juez Paris por la excelencia de la belleza; y para aplacar con juegos a los dioses, que se deleitan con estos crímenes suyos, sean verdaderos o falsos, se cantan y se bailan entre aplausos teatrales. Estas cosas Varrón no

las cree, para no creer cosas incongruentes con la naturaleza o las costumbres de los dioses: y sin embargo, rindiendo no una razón fabulosa, sino histórica, sobre el nombre de Atenas, inserta en sus escritos tan gran pleito de Neptuno y Minerva, por el nombre de cuál de ellos se llamaría más bien aquella ciudad, que, compitiendo con la ostentación de prodigios, ni el consultado Apolo se atrevió a juzgar entre ellos, sino que para que se terminara la rencilla de los dioses, así como Júpiter envió a Paris la de las tres diosas mencionadas, así este envió aquella a los hombres, donde Minerva venció por los sufragios, y fue vencida en la pena de sus sufragantes, ella que pudo obtener Atenas contra sus varones adversarios, y no pudo tener a sus amigas mujeres como atenienses. En estos tiempos, según escribe Varrón, reinando sobre los atenienses Cranao, sucesor de Cécrope, pero según nuestros Eusebio y Jerónimo, permaneciendo todavía el mismo Cécrope, hubo un diluvio, que fue llamado de Deucalión, por el hecho de que él mismo reinaba en aquellas partes de las tierras donde ocurrió principalmente. Este diluvio, por lo demás, de ninguna manera llegó a Egipto ni a sus regiones vecinas.

CAPÍTULO XI.

En qué tiempo Moisés sacó al pueblo de Egipto; y sobre Josué (Jesús Nave), que le sucedió, en la edad de qué reyes murió.

Sacó, pues, Moisés al pueblo de Dios de Egipto en el último tiempo de Cécrope, rey de los atenienses, cuando entre los asirios reinaba

Ascatades, entre los sicionios Marato, y entre los argivos Triopas. Y habiendo sacado al pueblo, le entregó la ley recibida divinamente en el monte Sinaí: la cual se llama Antiguo Testamento, porque tiene promesas terrenas; y por Jesucristo habría de haber un Nuevo Testamento, por el cual se prometiera el reino de los cielos. Pues convenía que se guardara este orden, tal como en cada hombre que progresa en Dios se hace aquello que dice el Apóstol: que no es primero lo espiritual, sino lo animal, y después lo espiritual; porque, como dice, y es verdad, «el primer hombre es de la tierra, terreno; el segundo hombre es del cielo, celestial» (1 Cor. XV, 46 y 47). Gobernó, además, Moisés al pueblo durante cuarenta años en el desierto; y murió de edad de ciento veinte años, habiendo él mismo profetizado a Cristo por las figuras de las observancias carnales en el tabernáculo, y en el sacerdocio, y en los sacrificios, y en otros muchos mandatos místicos. A Moisés sucedió Josué hijo de Nun (Jesús Nave), quien colocó al pueblo introducido en la tierra de promisión, después de haber sometido por autoridad divina a las gentes por las cuales eran ocupados aquellos mismos lugares. El cual, habiendo gobernado al pueblo después de la muerte de Moisés durante veintisiete años, también él falleció, reinando entre los asirios Amintas el decimoctavo, entre los sicionios Córace el decimosexto, entre los argivos Dánao el décimo, y entre los atenienses Erictonio el cuarto.

CAPÍTULO XII.

Sobre los ritos de los falsos dioses, que los reyes de Grecia instituyeron en aquellos tiempos, los cuales se enumeran desde la salida de Israel de Egipto hasta la muerte de Josué (Jesús Nave).

Por estos tiempos, es decir, desde la salida de Israel de Egipto hasta la muerte de Josué (Jesús Nave), por medio de quien el mismo pueblo recibió la tierra de promisión, fueron instituidos ritos a los falsos dioses por los reyes de Grecia, los cuales evocaban con solemne celebridad la memoria del diluvio, y de la liberación de los hombres de él, y de la vida entonces azarosa de los que emigraban ya a las alturas, ya a los llanos. Pues así interpretan el ascenso y descenso de los Lupercos por la vía sacra, que dicen que por ellos se significan los hombres que, a causa de la inundación del agua, buscaron las cimas de los montes, y de nuevo, al descender esta, regresaron a lo bajo. En estos tiempos dicen que Dioniso, que también fue llamado el padre Líber y tenido por dios después de su muerte, mostró la vid en la tierra Ática a su huésped. Entonces se instituyeron juegos musicales al Apolo Délfico, para que se aplacara su ira, con la cual pensaban que habían sido afligidas con esterilidad las regiones de Grecia, porque no defendieron su templo, al cual el rey Dánao, habiendo invadido aquellas mismas tierras en guerra, prendió fuego. Para que instituyeran estos juegos fueron amonestados por su oráculo. Pero en el Ática, el rey Erictonio fue el primero que le instituyó juegos: y no solo a él, sino también a Minerva, donde se ponía aceite como premio a los vencedores, porque cuentan

que Minerva fue la inventora de su fruto, como Líber lo fue del vino. Por aquellos años se relata que Europa fue raptada por el rey Janto de los cretenses, cuyo nombre encontramos que es otro según otros autores, y que de ella nacieron Radamanto, Sarpedón y Minos, de quienes es más divulgado que fueron hijos de Júpiter de la misma mujer. Pero los cultores de tales dioses atribuyen aquello que dijimos del rey de los cretenses a la verdad histórica; mas esto que los poetas cantan de Júpiter, los teatros resuenan y los pueblos celebran, lo imputan a la vanidad de las fábulas, para que hubiera de donde se hicieran juegos para aplacar a las deidades incluso con sus falsos crímenes. En estos tiempos Hércules era tenido por famoso en Tiro; pero sin duda otro, no aquel de quien hablamos arriba. Pues en una historia más secreta se dice que hubo varios padres Líberes y Hércules. A este Hércules, cuyos doce ingentes hechos enumeran, entre los cuales no conmemoran la muerte del africano Anteo, porque ese hecho pertenece al otro Hércules, refieren en sus escritos que se incineró a sí mismo en el monte Oeta, al no poder soportar con aquella virtud con la que había sometido a los monstruos, la enfermedad de la que languidecía. En aquel tiempo, o bien un rey, o más bien el tirano Busiris, inmolaba a sus huéspedes a sus dioses, de quien dicen que fue hijo de Neptuno y de su madre Libia, hija de Épafo. Pero no se crea que Neptuno perpetró este estupro, para que los dioses no sean acusados; sino atribúyanse estas cosas a los poetas y a los teatros, para que haya con qué aplacarlos. De

Erictonio, rey de los atenienses, en cuyos últimos años se halla que murió Josué (Jesús Nave), se dice que fueron padres Vulcano y Minerva. Pero como quieren que Minerva sea virgen, dicen que en la contienda de ambos, Vulcano, excitado, derramó su semen en la tierra, y que de allí nació un hombre al cual por esa causa se le puso tal nombre. Pues en lengua griega eris es contienda y chthōn es tierra; de estas dos palabras se compone el nombre Erictonio. Pero, lo que hay que confesar, los más doctos refutan y alejan de sus dioses estas cosas, y dicen que esta opinión fabulosa surgió de aquí: porque en el templo de Vulcano y Minerva, que ambos tenían como uno solo en Atenas, fue hallado expuesto un niño envuelto por un dragón, el cual significó que habría de ser grande, y por el templo común, al ser sus padres desconocidos, se dijo que era hijo de Vulcano y Minerva; sin embargo, aquella fábula más bien que esta historia designa el origen de su nombre. Pero ¿qué a nosotros? Que aquello instruya a los hombres religiosos en los libros veraces, que esto deleite a los demonios impuros en los juegos engañosos; a los cuales, sin embargo, aquellos religiosos adoran como dioses; y cuando niegan estas cosas de ellos, no pueden purgarlos de todo crimen, puesto que exhiben los juegos a petición de ellos, donde se representan torpemente las cosas que, por así decirlo, se niegan sabiamente, y con estas cosas falsas y torpes se aplaca a los dioses, donde aunque la fábula cante un crimen falso de las deidades, sin embargo, deleitarse con un crimen falso es un crimen verdadero.

CAPÍTULO XIII.

Qué clase de ficciones fabulosas surgieron en el tiempo en que los Jueces empezaron a presidir a los hebreos.

Después de la muerte de Josué (Jesús Nave), el pueblo de Dios tuvo Jueces, en cuyos tiempos alternaron entre ellos tanto las humillaciones de los trabajos por sus pecados, como las prosperidades de los consuelos por la misericordia de Dios. En estos tiempos se inventaron fábulas sobre Triptólemo, que por mandato de Ceres, llevado por serpientes aladas, llevó volando el trigo a las tierras necesitadas; sobre el Minotauro, que fue una bestia encerrada en el Laberinto, en el cual, habiendo entrado los hombres, por un error inextricable, no podían salir de allí; sobre los Centauros, que se unió la naturaleza de caballos y de hombres; sobre Cerbero, que es el perro de tres cabezas de los infiernos; sobre Frixo y Hele su hermana, que volaron llevados por un carnero; sobre la Gorgona, que estuvo crinada de serpientes y convertía en piedras a los que la miraban; sobre Belerofonte, que fue llevado por un caballo que volaba con alas, el cual caballo fue llamado Pegaso; sobre Anfión, que con la dulzura de su cítara acarició y atrajo las piedras; sobre el artesano Dédalo y su hijo Ícaro, que volaron con alas adaptadas a sí mismos; sobre Edipo, que a un cierto monstruo que se llamaba Esfinge, cuadrúpedo con rostro humano, resuelta la cuestión que por ella solía proponerse como insoluble, le obligó a perecer por su propio precipicio; sobre Anteo, a quien mató Hércules, que fue hijo de la

Tierra, por lo cual al caer en tierra solía levantarse más fuerte; y si por ventura omití algunas otras cosas. Estas fábulas, hasta la guerra de Troya, donde Marco Varrón terminó el segundo libro sobre la estirpe del pueblo romano, fueron de tal modo inventadas por los ingenios de los hombres con ocasión de las historias que contienen hechos verazmente gestados, que no estén ligadas a los oprobios de las deidades. Por lo demás, quienesquiera que fingieron que el hermosísimo niño Ganimedes fue raptado por Júpiter para el estupro, cuya maldad hizo el rey Tántalo y la fábula la atribuyó a Júpiter; o que apeteció el concúbito de Dánae por medio de una lluvia de oro, donde se entiende que la pudicia de la mujer fue corrompida por el oro; cuyas cosas en aquellos tiempos o fueron hechas o fueron fingidas, o hechas por otros y fingidas de Júpiter, no puede decirse cuánto mal presumieron de los corazones de los hombres, para que pudieran soportar pacientemente estas mentiras, las cuales, sin embargo, incluso abrazaron de buena gana: quienes ciertamente cuanto más devotamente adoran a Júpiter, tanto más severamente debieron castigar a los que se atrevieron a decir estas cosas de él. Ahora bien, no solo no están airados con los que inventaron estas cosas, sino que temieron tener a los mismos dioses más bien airados si no se representaban tales ficciones incluso en los teatros. En estos tiempos Latona parió a Apolo, no aquel cuyos oráculos decíamos arriba que solían ser consultados, sino aquel que con Hércules sirvió a Admeto; quien, sin embargo, fue de tal modo

creído dios, que muchísimos y casi todos opinan que fue uno y el mismo Apolo. Entonces también el padre Líber guerreó en la India, el cual tuvo muchas mujeres en su ejército, que fueron llamadas Bacantes, no tanto nobles por su virtud como por su furor. Algunos, por cierto, escriben incluso que este Líber fue vencido y encadenado; algunos también que fue muerto en la batalla por Perseo, y no callan dónde fue sepultado; y, sin embargo, en su nombre, como si fuera de un dios, por medio de los demonios impuros se instituyeron los ritos de las Bacanales, o más bien sacrilegios; de cuya rabiosa torpeza, después de tantos años, el senado se avergonzó de tal modo que prohibió que existieran en la ciudad de Roma. Por aquellos tiempos, Perseo y su mujer Andrómeda, después que murieron, de tal modo creyeron que fueron recibidos en el cielo, que no se avergonzó ni temió designar sus imágenes con las estrellas y llamarlas por sus nombres.

CAPÍTULO XIV.

Sobre los poetas teólogos.

Por el mismo intervalo de tiempo existieron poetas, que también eran llamados teólogos, porque hacían cantos sobre los dioses: pero sobre tales dioses que, aunque fueron hombres grandes, sin embargo fueron hombres; o son elementos de este mundo que el verdadero Dios hizo; o están ordenados en principados y potestades según la voluntad del Creador y sus propios méritos. Y si algo cantaron sobre el único Dios verdadero entre

muchas cosas vanas y falsas, al adorar con Él a otros que no son dioses, y al exhibirles el servicio que se debe a uno solo Dios, ciertamente no le sirvieron a Él debidamente, ni pudieron ellos mismos abstenerse del fabuloso desdoro de sus dioses: Orfeo, Museo, Lino. Pero estos teólogos adoraron a los dioses, no fueron adorados como dioses; aunque de algún modo la ciudad de los impíos suele poner a Orfeo al frente de los ritos infernales, o más bien sacrilegios. Por lo demás, la mujer del rey Atamante, que se llamaba Ino, y su hijo Melicertes, perecieron por un precipicio espontáneo en el mar, y por la opinión de los hombres fueron referidos entre los dioses; al igual que otros hombres de sus tiempos, Cástor y Pólux. A aquella madre de Melicertes los griegos la llamaron Leucotea, los latinos Matuta; pensando ambos, sin embargo, que era una diosa.

CAPÍTULO XV.

Sobre el ocaso del reino de los argivos, tiempo en el cual Pico, hijo de Saturno, recibió primero el reino de su padre entre los laurentes.

Por aquellos tiempos se terminó el reino de los argivos, trasladado a Micenas, de donde fue Agamemnón: y surgió el reino de los laurentes, donde Pico, hijo de Saturno, recibió primero el reino, juzgando entre los hebreos la mujer Débora: pero a través de ella el Espíritu de Dios hacía aquello: pues también era profetisa, cuya profecía (Jueces V) es menos abierta de lo que podemos demostrar

que fue proferida acerca de Cristo sin una larga exposición.

Ya, pues, reinaban los laurentes ciertamente en Italia, de quienes se deriva más evidentemente el origen romano después de los griegos: y sin embargo todavía permanecía el reino de los asirios, donde el rey vigésimo tercero era Lampares, cuando Pico había comenzado a ser el primero de los laurentes. Sobre el padre de este Pico, Saturno, vean qué sienten los cultivadores de tales dioses, que niegan que haya sido hombre: sobre el cual también otros escribieron que él mismo reinó en Italia antes que su hijo Pico; y Virgilio dice en letras más conocidas: 'Él compuso a un género indócil y disperso por los altos montes, y les dio leyes, y prefirió que se llamara Lacio, ya que se había ocultado seguro en estas orillas; y los siglos de oro, según cuentan, fueron bajo aquel rey'. (Eneida, lib. 8, vers. 321-325.)

Pero piensen que estas cosas son ficciones poéticas, y aseveren que el padre de Pico fue más bien Esterces, por quien, peritísimo agricultor, cuentan que se inventó que los campos se fecundaran con el estiércol de los animales, lo cual por su nombre fue llamado stercus (estiércol): cuentan que este fue llamado por algunos Estercucio. Por cualquier causa, sin embargo, que hayan querido llamarlo Saturno, ciertamente sin embargo hicieron a este Esterces o Estercucio dios por mérito de la agricultura. De manera semejante recibieron a su hijo Pico en el número de tales dioses, de quien aseguran que fue un preclaro augur y guerrero. Pico engendró a Fauno, segundo

rey de los laurentes: también este es, o fue, dios para ellos. Antes de la guerra de Troya tributaron estos honores divinos a hombres muertos.

CAPÍTULO XVI.

Sobre Diomedes, referido entre los dioses después de la destrucción de Troya, cuyos socios se cuenta que fueron convertidos en aves.

Subvertida verdaderamente Troya por aquel exterminio en todas partes cantado y conocidísimo por los niños, que tanto por su propia magnitud como por las excelentes lenguas de los escritores ha sido notablemente difamado y divulgado, y llevado a cabo reinando ya Latino, hijo de Fauno, de quien comenzó a llamarse el reino de los latinos y cesó el de los laurentes: los griegos vencedores, abandonando la Troya destruida y regresando a lo suyo, fueron lacerados y quebrantados por diversos y horrendos desastres; y sin embargo, incluso de entre ellos aumentaron el número de sus dioses.

Pues también hicieron a Diomedes dios, de quien cuentan que no regresó a los suyos por una pena divinamente impuesta; y confirman por atestación histórica, no por mentira fabulosa y poética, que sus compañeros fueron convertidos en aves: a los cuales, ni el que según piensan se hizo dios, pudo él mismo revocarles la naturaleza humana, o ciertamente lo obtuvo de su rey Júpiter como novicio habitante del cielo. Más aún, dicen que su templo está en la isla Diomedea, no lejos del monte Gargano, que está en Apulia,

y que estas aves vuelan alrededor y habitan este templo con tan admirable obsequio, que llenan el pico de agua y la rocían: y si allí vinieran griegos, o descendientes de la estirpe de los griegos, no sólo están quietas, sino que además los adulan; pero si vieren extranjeros, vuelan hacia sus cabezas y los hieren con golpes tan graves que incluso los matan. Pues se cuenta que están armadas con picos duros y grandes, suficientes para estas batallas.

CAPÍTULO XVII.

Sobre las increíbles conmutaciones de los hombres, qué es lo que transmitió Varrón.

Para apoyar esto, Varrón conmemora otras cosas no menos increíbles sobre aquella famosísima maga Circe, que también mudó a los socios de Ulises en bestias, y sobre los arcadios que, echados a suerte, atravesaban a nado un estanque y allí se convertían en lobos, y vivían con fieras semejantes por los desiertos de aquella región. Pero si no se alimentaban de carne humana, de nuevo después de nueve años, habiendo vuelto a nadar por el mismo estanque, se reformaban en hombres. Finalmente, incluso expresó nominalmente a un cierto Demeneto, que habiendo gustado del sacrificio que los arcadios solían hacer a su dios Liceo inmolando a un niño, fue mudado en lobo, y en el décimo año, restituido a su propia figura, se ejercitó en el pugilato y venció en el certamen olímpico. Ni por otra cosa piensa el mismo historiador que en Arcadia se haya puesto tal nombre a Pan Liceo y a Júpiter Liceo, sino por esta mudanza

de hombres en lobos, porque no pensaban que ello pudiera hacerse sino por fuerza divina. Pues lobo en griego se dice lykos (λύκος), de donde el nombre de Liceo aparece flexionado. Dice que también los Lupercos romanos surgieron como de la semilla de aquellos misterios.

CAPÍTULO XVIII.

Qué es lo que debe creerse sobre las transformaciones que por arte de los demonios parecen suceder a los hombres.

1. Pero sobre esta tan grande ludificación de los demonios, qué es lo que digamos, quizás esperen quienes lean estas cosas. ¿Y qué diremos, sino que se debe huir de en medio de Babilonia? El cual precepto profético (Is. XLVIII, 20) se entiende espiritualmente de modo que de la ciudad de este siglo, que ciertamente es sociedad de ángeles y hombres impíos, huyamos con los pasos de la fe, que obra por la caridad, aprovechando en Dios vivo. Pues cuanto mayor vemos que es la potestad de los demonios en estas cosas ínfimas, tanto más tenazmente debemos adherirnos al Mediador, por quien ascendemos de lo ínfimo a lo sumo. Pues si dijéramos que aquellas cosas no deben ser creídas, no faltan incluso ahora quienes aseguran haber oído algunas cosas de esta clase como certísimas, o incluso haberlas experimentado ellos mismos. Pues también nosotros, cuando estábamos en Italia, oíamos tales cosas de una cierta región de aquellas partes, donde decían que unas mujeres estableras imbuidas en estas malas artes, solían dar en queso a los viajeros que querían

o podían, por lo cual al punto se convertían en jumentos y portaban todas las cosas necesarias, y después de las obras cumplidas de nuevo volvían a sí mismos; y sin embargo en ellos no se hacía mente bestial, sino que se conservaba la racional y humana, tal como Apuleyo, en los libros que inscribió con el título de 'El asno de oro', o indicó o fingió que le había sucedido a sí mismo, que habiendo tomado un veneno, permaneciendo el ánimo humano, se hiciera asno.

2. Estas cosas o son falsas, o tan inusitadas que con mérito no se creen. Firmísimamente, sin embargo, se debe creer que Dios omnipotente puede hacer todas las cosas que quisiere, ya sea castigando, ya sea concediendo; ni que los demonios obran algo según la potencia de su naturaleza (porque también ella misma es criatura angélica, aunque por su propio vicio sea maligna), sino lo que Él permitiere, cuyos juicios ocultos son muchos, injustos ninguno. Ni por cierto los demonios crean naturalezas, si hacen algo tal, sobre cuyos hechos se versa esta cuestión; sino que conmutan sólo en apariencia las cosas que han sido creadas por el verdadero Dios, para que parezcan ser lo que no son. No por tanto creería yo por ninguna razón que no sólo el ánimo, sino ni siquiera el cuerpo pueda verdaderamente convertirse por arte o potestad de los demonios en miembros y lineamientos bestiales; sino que lo fantástico del hombre, que también pensando o soñando se varía por innumerables géneros de cosas, y aunque no sea cuerpo, sin embargo toma formas semejantes a los cuerpos

con maravillosa celeridad, estando adormecidos u oprimidos los sentidos corpóreos del hombre, puede por algún modo inefable ser llevado al sentido de otros con figura corpórea: de modo que los cuerpos mismos de los hombres yazgan en algún lugar, viviendo por cierto, pero mucho más grave y vehementemente que en el sueño con sus sentidos cerrados; pero que aquel fantástico, como corporado en la efigie de algún animal, aparezca a los sentidos ajenos, y tal le parezca al hombre ser también él mismo, tal como tal podría parecérsele a sí mismo en sueños, y llevar cargas: cuyas cargas, si son verdaderos cuerpos, son portadas por los demonios, para que se ilusione a los hombres, viendo en parte verdaderos cuerpos de cargas, en parte falsos de jumentos. Pues un cierto hombre de nombre Prestancio indicaba que le había acontecido a su padre que tomó aquel veneno por el queso en su casa, y yació en su lecho como durmiendo, el cual sin embargo de ningún modo podía ser despertado. Después de algunos días decía que él como que despertó, y narró como sueños lo que padeció, a saber, que se había hecho caballo, y que entre otros jumentos había llevado para los soldados la provisión de grano que se llama Rética, porque se transporta a las Retias. Lo cual se comprobó que había sido hecho así como narró; cosas que, sin embargo, le parecían a él sueños suyos. E indicó otro que en su casa por la noche, antes de que descansara, vio venir a sí a un cierto filósofo conocidísimo suyo, y que le expuso algunas cosas platónicas que antes, habiéndosele pedido, no había querido exponer.

Y habiéndosele preguntado al mismo filósofo por qué hizo en su casa lo que había negado al que se lo pedía en la suya: 'No lo hice', dijo, 'sino que soñé que lo había hecho'. Y por esto se exhibió a uno mientras estaba despierto, a través de una imagen fantástica, lo que el otro vio en sueños.

3. Estas cosas nos han llegado no por cualesquiera, a quienes juzgáramos indignos de creer, sino por aquellos que las referían, de quienes no pensaríamos que nos hubieran mentido. Por lo cual, lo que se dice de los hombres, y está encomendado a las letras, que suelen ser convertidos en lobos por los dioses o más bien demonios de los arcadios, y que con sus Cantos Circe mudó a los socios de Ulises (Virgilio, Égl. 8, v. 70), me parece que pudo hacerse según aquel modo que dije; si es que se hizo.

Pero en cuanto a las aves diomedeas, puesto que se cuenta que su género dura por la sucesión de la prole, creo que no fueron hechas de hombres mudados, sino que fueron suplantadas tras haber sido retirados los hombres; tal como la cierva por Ifigenia, hija del rey Agamemnón. Ni pudieron ser difíciles tales prestigios para los demonios permitidos por el juicio de Dios: pero porque aquella virgen después fue hallada viva, fácilmente se conoció que la cierva fue suplantada por ella. Pero los socios de Diomedes, porque en ninguna parte comparecieron de repente, y después en ningún lugar aparecieron, perdiéndolos los ángeles malos vengadores, se cree que fueron convertidos en aquellas aves que, desde otros lugares donde existe este género de aves, fueron conducidas y

suplantadas de repente por ellos ocultamente. Lo que, por lo demás, traen agua en sus picos al templo de Diomedes y la rocían, lo que adulan a los de origen griego y persiguen a los extranjeros, no es de admirar que se haga por instinto de los demonios; a quienes les interesa persuadir que Diomedes se ha hecho dios, para engañar a los hombres, de modo que adoren a muchos falsos dioses con injuria del verdadero Dios, y sirvan a hombres muertos, que ni cuando vivían vivieron verdaderamente, con templos, aras, sacrificios y sacerdotes (todas las cuales cosas, cuando son rectas, no se deben sino al único Dios vivo y verdadero).

CAPÍTULO XIX.

Que en aquel tiempo vino Eneas a Italia, cuando Labdón, el Juez, presidía a los hebreos.

En aquel tiempo, después de tomada y destruida Troya, Eneas vino a Italia con veinte naves, en las que se transportaban las reliquias de los troyanos, reinando allí Latino, y entre los atenienses Menesteo, entre los sicionios Polífides, entre los asirios Tautanes; entre los hebreos, por su parte, el Juez fue Labdón. Muerto Latino, reinó Eneas tres años, permaneciendo los reyes en los mismos lugares arriba mencionados, a excepción de que ya Pelasgo era el de los sicionios, y Sansón el Juez de los hebreos: quien, siendo maravillosamente fuerte, fue tenido por Hércules.

Pero a Eneas, puesto que cuando murió no compareció, los latinos lo hicieron dios para sí.

Los sabinos también refirieron a su primer rey Sanco, o como algunos lo llaman, Sancto, entre los dioses. Por el mismo tiempo Codro, rey de los atenienses, se ofreció desconocido para ser muerto por los peloponesios, enemigos de la misma ciudad: y así se hizo. De este modo proclaman que él liberó a su patria. Pues los peloponesios habían recibido respuesta de que sólo entonces vencerían, si no mataban a su rey. Los engañó, pues, apareciendo con hábito de pobre y provocándolos a su propia muerte mediante una riña. De donde dice Virgilio: 'Y las riñas de Codro' (Égl. V, v. 11). Y a este los atenienses lo adoraron con el honor de los sacrificios como si fuera un dios.

Siendo el cuarto rey de los latinos Silvio, hijo de Eneas —no de Creúsa, de quien fue Ascanio, que reinó allí el tercero, sino de Lavinia, hija de Latino, a quien se dice que Eneas tuvo como póstumo—; además, Oneo fue el vigésimo noveno de los asirios y Melanto el decimosexto de los atenienses. Siendo Juez de los hebreos el sacerdote Helí, se consumió el reino de los sicionios, el cual se cuenta que se prolongó a través de novecientos cincuenta y nueve años.

CAPÍTULO XX.

Sobre la sucesión del orden regio entre los israelitas después de los tiempos de los Jueces.

Pronto, reinando los mismos por los lugares mencionados, el reino de los israelitas, acabado el tiempo de los Jueces, tomó su exordio del rey Saúl: tiempo en el cual fue el profeta Samuel. Des-

de aquel tiempo, pues, comenzaron a ser estos reyes de los latinos a quienes apellidaban Silvios: pues desde aquel que, como hijo de Eneas, fue llamado primero Silvio, a los demás subsiguientes tanto se les imponían nombres propios como no les faltaba este apellido; al igual que mucho después fueron apellidados Césares los que sucedieron a César Augusto.

Reprobado Saúl para que nadie de su estirpe reinara, y habiendo este fallecido, David sucedió en el reino después de cuarenta años desde el imperio de Saúl. Entonces los atenienses dejaron de tener reyes tras la muerte de Codro, y comenzaron a tener magistrados para administrar la república. Después de David, quien también él mismo reinó cuarenta años, su hijo Salomón fue rey de los israelitas, el cual edificó aquel nobilísimo templo de Dios en Jerusalén. En su tiempo fue fundada Alba entre los latinos, de donde en adelante comenzaron a ser llamados reyes no de los latinos, sino de los albanos, aunque en el mismo Lacio. A Salomón le sucedió su hijo Roboam, bajo el cual aquel pueblo se dividió en dos reinos, y cada una de las partes comenzó a tener sus propios reyes.

CAPÍTULO XXI.

Sobre los reyes del Lacio, de los cuales el primero, Eneas, y el duodécimo, Aventino, fueron hechos dioses.

El Lacio después de Eneas, a quien habían hecho dios, tuvo once reyes, de los cuales ninguno fue hecho dios. Pero Aventino, que sigue a Eneas

en el duodécimo lugar, habiendo sido postrado en la guerra y sepultado en aquel monte que aún ahora se denomina con su nombre, fue añadido al número de tales dioses como se hacían para sí. Otros, por cierto, no quisieron escribir que fuera muerto en la batalla, sino que dijeron que no compareció; pero ni que el monte fuera llamado por su nombre, sino que el Aventino fue llamado por el advenimiento de las aves. Después de este no fue hecho dios en el Lacio sino Rómulo, fundador de Roma.

Entre aquel y este se encuentran dos reyes: de los cuales el primero es, para hablar de él con un verso virgiliano: 'Próximo aquel Procas, gloria de la gente troyana'. (Eneida, lib. 6, vers. 767.) En cuyo tiempo, porque ya de algún modo Roma estaba de parto, aquel máximo de todos los reinos, el de los asirios, recibió el fin de tan larga duración. Pues fue trasladado a los medos después de casi mil trescientos cinco años, si se computan también los tiempos de Belo, que engendró a Nino y, contento allí con un pequeño imperio, fue el primer rey.

Procas, por su parte, reinó antes que Amulio. Además, Amulio había hecho virgen vestal a la hija de su hermano Numítor, de nombre Rea, que también era llamada Ilia, madre de Rómulo; a la cual quieren que haya concebido gemelos de Marte, honrando o excusando de este modo su estupro y aduciendo el argumento de que una loba amamantó a los infantes expuestos. Pues piensan que este género de bestia pertenece a Marte, para que, a saber, por eso se crea que

la loba acercó las tetas a los pequeños porque reconoció a los hijos de su señor Marte: aunque no faltan quienes dicen que, cuando yacían llorando expuestos, fueron primero recogidos por una cierta meretriz y mamaron sus primeros pechos (a las meretrices, por cierto, las llamaban lobas, de donde incluso ahora sus torpes lugares se denominan lupanares), y que ellos después llegaron al pastor Fástulo y fueron criados por su mujer Aca. Aunque si para argüir al hombre rey, que había mandado cruelmente arrojarlos al agua, habiendo sido librados del agua divinamente aquellos infantes por quienes se había de fundar tan gran ciudad, Dios quiso socorrerlos por medio de una fiera lactante, ¿qué tiene de admirable? A Amulio le sucedió en el reino lacio su hermano Numítor, abuelo de Rómulo, en cuyo primer año de Numítor fue fundada Roma; y por esto reinó en adelante con su nieto, esto es, con Rómulo.

CAPÍTULO XXII.

Que en aquel tiempo fue fundada Roma, cuando cayó el reino de los asirios, y cuando Ezequías reinaba en Judá.

Para no demorarme con muchas palabras, fue fundada la ciudad de Roma como si fuera otra Babilonia, y como si fuera hija de la anterior Babilonia, a través de la cual plugo a Dios someter en guerra al orbe de las tierras, y pacificarlo a lo largo y a lo ancho habiéndolo conducido a una sola sociedad de república y de leyes. Pues ya había pueblos válidos y fuertes, y gentes ejercitadas en

las armas, que no cederían fácilmente, y a las cuales sería necesario superar con ingentes peligros y una devastación no pequeña por ambas partes y con horrendo trabajo.

Pues cuando el reino de los asirios subyugó casi toda el Asia, aunque se hizo guerreando, sin embargo no pudo hacerse con guerras muy ásperas y difíciles, porque las gentes eran todavía rudas para resistir, ni tantas ni tan grandes; puesto que ciertamente después de aquel máximo y universal diluvio, cuando sólo ocho hombres escaparon en el arca de Noé, no habían pasado muchos más de mil años cuando Nino subyugó toda el Asia, exceptuada la India. Roma, por el contrario, no dominó con aquella celeridad y facilidad a tantas gentes tanto del Oriente como del Occidente, las cuales vemos súbditas al imperio romano; puesto que creciendo poco a poco las encontró robustas y belicosas por cualquier parte hacia donde se dilataba.

En el tiempo, pues, en que fue fundada Roma, el pueblo de Israel llevaba en la tierra de promisión setecientos dieciocho años. De los cuales veintisiete pertenecen a Josué hijo de Nun, después al tiempo de los Jueces trescientos veintinueve. Desde que, por su parte, allí comenzaron a ser los reyes, los años eran trescientos sesenta y dos. Y el rey entonces era en Judá, cuyo nombre era Acaz o, como otros computan, el que le sucedió, Ezequías, de quien consta por cierto que fue un rey óptimo y piadosísimo y que reinó en los tiempos de Rómulo. En aquella parte, por su

parte, del pueblo hebraico que se llamaba Israel, había comenzado a reinar Oseas.

CAPÍTULO XXIII.

Sobre la Sibila Eritrea, que entre las otras sibilas es reconocida por haber cantado muchas cosas evidentes sobre Cristo.

1. En el mismo tiempo algunos cuentan que profetizó la Sibila Eritrea. Varrón, por su parte, transmitió que hubo varias sibilas, no una sola. Esta Sibila Eritrea escribió ciertamente algunas cosas manifiestas sobre Cristo: las cuales también nosotros leímos primero en lengua latina en versos mal latinos y que no se sostenían, por la impericia de no sé qué intérprete, como después supimos. Pues el clarísimo varón Flacciano, que también fue procónsul, hombre de facílisima elocuencia y de mucha doctrina, hablando nosotros sobre Cristo, nos presentó un códice griego diciendo que eran cantos de la Sibila Eritrea, donde mostró en un cierto lugar, en las cabeceras de los versos, el orden de las letras de tal modo que se leían en él estas palabras: Ἰησοῦς Χρειστὸς Θεοῦ Υἱὸς Σωτὴρ: que es en latín, Jesus Christus Dei Filius Salvator. Estos versos, por su parte, cuyas primeras letras rinden aquel sentido que dijimos, tal como alguien los interpretó en versos latinos y que se sostienen, contienen esto: El signo del juicio: la tierra se humedecerá con sudor. Del cielo vendrá el Rey que ha de ser por los siglos: A saber, presente en la carne para que juzgue al orbe. De donde discernirán a Dios el incrédulo y el fiel Excelso con los santos, ya en el término mismo del

siglo. Así las almas con la carne estarán presentes, a las cuales Él mismo juzga: Cuando yace inculto el orbe entre densas zarzas. Rechazarán los hombres los ídolos, también todo el tesoro: Abrasará las tierras el fuego, y el mar y el polo Escudriñando, romperá las puertas del negro Averno. Pero ciertamente para los santos será entregada la luz libre A toda carne, la llama eterna quemará a los culpables. Revelando los actos ocultos, entonces cada cual hablará Sus secretos, y Dios abrirá los pechos a la luz. Entonces habrá también llanto, todos crujirán con los dientes. Se arrebata el resplandor del sol, y el coro perece de los astros. Se envolverá el cielo, el esplendor lunar fenecerá. Derribará las colinas, ensalzará los valles desde lo profundo. No habrá en las cosas de los hombres nada sublime o alto. Ya se igualan a los llanos los montes, y las cosas azules del mar Todas cesarán, la tierra quebrantada perecerá. Así igualmente se agostan las fuentes, y los ríos por el fuego. Pero la trompeta entonces emitirá un sonido triste desde el alto Orbe, gimiendo por el hecho miserable y los varios trabajos: Y la tierra abriéndose mostrará el caos tartáreo. Y aquí ante el Señor los reyes se presentarán hasta el último Caerá de los cielos un río de fuego y de azufre.

En estos versos latinos traducidos del griego de cualquier modo, no pudo ocurrir allí aquel sentido que se produce cuando se conectan las letras que están en sus cabeceras, donde en el griego está puesta la letra Y; porque no pudieron encontrarse palabras latinas que empezaran por la misma letra y cuadraran con la sentencia. Estos

son, por su parte, los versos tres, el quinto, y el decimoctavo y decimonoveno. Finalmente, si conectando las letras que están en las cabeceras de todos los versos, no leemos de estos tres las que están escritas, sino que en su lugar recordamos la letra Y como si ella misma estuviera puesta en los mismos lugares, se expresa en cinco palabras: Jesus Christus Dei Filius Salvator; pero cuando esto se dice en griego, no en latín. Y son veintisiete versos, cuyo número rinde un cuadrado ternario sólido. Pues tres multiplicados por tres se hacen nueve; y esos mismos nueve, si se multiplican por tres para que de lo ancho surja la figura hacia lo alto, llegan a veintisiete. De estas cinco palabras griegas, por su parte, que son Ἰησους Χρειστὸς Θεοῦ Υἱὸς Σωτερ, que es en latín Jesus Christus Dei Filius Salvator, si unes las primeras letras, será Ἰχθύς, esto es, Pez, en cuyo nombre se entiende místicamente Cristo, por el hecho de que pudo estar vivo, esto es, sin pecado, en el abismo de esta mortalidad como en la profundidad de las aguas.

2. Esta Sibila, por su parte, sea la Eritrea o, como algunos creen más, la Cumana, nada tiene en todo su poema, del cual esta pequeña porción es una parte, que pertenezca al culto de los dioses falsos o fabricados; al contrario, habla de tal modo contra ellos y contra sus adoradores, que parece que debe ser contada en el número de aquellos que pertenecen a la ciudad de Dios. Lactancio inserta también en su obra ciertas profecías de la Sibila sobre Cristo, aunque no expresa de cuál. Pero las que él puso por separado, yo he

juzgado que debían ponerse juntas, como si fuera una sola extensa, las que él mencionó como varias y breves. «En manos inicuas —dice— de infieles vendrá después: darán bofetadas a Dios con manos incestuosas, y con boca impura escupirán venenosos esputos: pero Él dará sencillamente su espalda santa a los azotes. Y recibiendo bofetones callará, para que nadie reconozca qué palabra o de dónde viene para que hable a los infiernos, y sea coronado con corona de espinas. Para alimento dieron hiel, y para la sed vinagre: mostrarán esta mesa de inhospitalidad. Pues tú misma, empezando, no entendiste a tu Dios, que juega con las mentes de los mortales; sino que lo coronaste de espinas, y mezclaste la hórrida hiel. El velo del templo se rasgará: y en medio del día habrá una noche excesivamente tenebrosa durante tres horas. Y morirá de muerte por tres días, habiendo emprendido el sueño: y entonces, regresando de los infiernos a la luz, vendrá el primero, habiendo mostrado a los llamados el principio de la resurrección». Estos testimonios sibilinos los aplicó Lactancio por fragmentos a través de los intervalos de su disputa, según parecían exigirlo las cosas que había intentado probar; nosotros, sin interponer nada, sino poniéndolos conectados en una sola serie, hemos procurado distinguirlos solo por los encabezamientos, si es que los copistas en adelante no descuidan conservarlos. Algunos ciertamente escribieron que la Sibila Eritrea no existió en tiempos de Rómulo, sino en el tiempo de la guerra de Troya.

CAPÍTULO XXIV.—Que reinando Rómulo florecieron los siete Sabios, en cuyo tiempo las diez tribus que se llamaban Israel fueron llevadas en cautiverio por los caldeos, y el mismo Rómulo, muerto, fue dotado de honor divino.

Reinando el mismo Rómulo, se dice que existió Tales de Mileto, uno de los siete Sabios, quienes después de los poetas teólogos, entre los cuales Orfeo fue el más ennoblecido de todos, fueron llamados Σοφοί, que es en latín Sabios. Por el mismo tiempo, las diez tribus que en la división del pueblo fueron llamadas Israel, vencidas por los caldeos, fueron llevadas cautivas a aquellas tierras, permaneciendo en la tierra de Judea aquellas dos tribus que se llamaban con el nombre de Judá, y tenían la sede de su reino en Jerusalén. Los romanos incluyeron al muerto Rómulo entre los dioses, puesto que él mismo no había aparecido, lo cual es muy conocido por el vulgo; cosa que ya había dejado de suceder hasta tal punto, ni se hizo después sino por adulación, no por error, en tiempos de los Césares, que Cicerón atribuye a grandes alabanzas de Rómulo el que mereciera estos honores no en tiempos rudos e ignorantes, cuando los hombres eran fácilmente engañados, sino en tiempos ya pulidos y eruditos; aunque todavía no había hervido ni brotado la sutil y aguda locuacidad de los filósofos. Pero aunque los tiempos posteriores no instituyeron como dioses a hombres muertos, sin embargo no cesaron de adorar y tener como dioses a los instituidos por los antiguos: es más, incluso aumentaron el atractivo de la vana e im-

pía superstición con simulacros, que los antiguos no tenían, efectuando esto los demonios inmundos en sus corazones, engañando también por medio de oráculos falaces, de modo que incluso los fabulosos crímenes de los dioses, que ya en un siglo más refinado no se fingían, se representaban sin embargo vergonzosamente a través de los juegos en obsequio de esas mismas falsas divinidades. Reinó después Numa después de Rómulo, quien habiendo pensado que aquella ciudad debía ser ciertamente fortalecida con una multitud de dioses falsos, muerto él mismo no mereció ser incluido en aquella misma turba, como si se pensara que había atestado tanto el cielo con la multitud de divinidades que no pudo encontrar lugar allí. Reinando este en Roma, y entre los hebreos al comienzo del reinado de Manasés, por cuyo impío rey se dice que fue muerto el profeta Isaías, cuentan que existió la Sibila Samia.

CAPÍTULO XXV.

Qué filósofos destacaron reinando entre los romanos Tarquinio Prisco, y entre los hebreos Sedequías, cuando Jerusalén fue capturada y el templo destruido.

Reinando entre los hebreos Sedequías, y entre los romanos Tarquinio Prisco, que había sucedido a Anco Marcio, fue llevado cautivo a Babilonia el pueblo de los judíos, habiendo sido destruida Jerusalén y aquel templo construido por Salomón. Pues los profetas, reprendiéndolos por sus iniquidades e impiedades, les habían predicho que les vendrían estas cosas, especialmente Jeremías,

quien incluso definió el número de años (Jer. XXV, 11). En aquel tiempo se dice que existió Pítaco de Mitilene, otro de los siete Sabios. Y los otros cinco, que para que se cuenten siete se añaden a Tales, a quien mencionamos arriba, y a este Pítaco, escribe Eusebio que existieron en aquel tiempo en que el pueblo cautivo de Dios era retenido en Babilonia. Estos son: Solón de Atenas, Quilón de Lacedemonia, Periandro de Corinto, Cleóbulo de Lindos, Bias de Priene. Todos estos llamados los siete Sabios destacaron después de los poetas teólogos, porque sobresalían ante los demás hombres por un cierto género de vida laudable, y compendiaron algunos preceptos de moral con brevedad de sentencias. Sin embargo, nada de monumentos, en lo que a las letras se refiere, dejaron a la posteridad, excepto que se cuenta que Solón dio algunas leyes a los atenienses; Tales, por su parte, fue físico y dejó libros de sus dogmas. En aquel tiempo del cautiverio judaico, destacaron también Anaximandro, Anaxímenes y Jenófanes, físicos. Entonces también Pitágoras, a partir del cual empezaron a llamarse filósofos.

CAPÍTULO XXVI.

Que en aquel tiempo, cuando cumplidos setenta años se terminó el cautiverio de los judíos, los romanos también fueron liberados del dominio real.

Por el mismo tiempo Ciro, rey de los persas, que también mandaba a los caldeos y asirios, relajado en parte el cautiverio de los judíos, hizo

que cincuenta mil hombres de entre ellos regresaran para restaurar el templo. Por los cuales solo se construyeron los primeros cimientos empezados y el altar. Pero, como los enemigos hacían incursiones, de ningún modo pudieron progresar edificando, y la obra fue aplazada hasta Darío. Por el mismo tiempo también se hicieron aquellas cosas que están escritas en el libro de Judit; el cual, ciertamente, se dice que los judíos no recibieron en el canon de las Escrituras. Bajo Darío, pues, rey de los persas, cumplidos los setenta años que el profeta Jeremías había predicho, se restituyó la libertad a los judíos, disuelto el cautiverio, reinando el séptimo rey de los romanos, Tarquinio. Expulsado este, también ellos mismos empezaron a ser libres de la dominación de sus reyes. Hasta este tiempo tuvo el pueblo de Israel profetas, de los cuales, aunque fueron muchos, se conservan los escritos canónicos de pocos tanto entre los judíos como entre nosotros. De los cuales prometí que pondría algunas cosas en este libro, cuando cerré el anterior, lo cual veo que ya debe hacerse.

CAPÍTULO XXVII.

Sobre los tiempos de los profetas, cuyos oráculos se tienen en libros; y los cuales entonces cantaron muchas cosas sobre la vocación de los gentiles, cuando comenzó el reino romano y el asirio desfalleció.

Para que podamos, pues, advertir sus tiempos, retrocedamos un poco a las cosas anteriores. En el encabezamiento del libro del profeta Oseas, que

es puesto el primero entre los doce, está escrito así: «Palabra del Señor que fue hecha a Oseas en los días de Ozías, de Jotán, de Acaz y de Ezequías, reyes de Judá» (Oseas I, 1). Amós también escribe que profetizó en los días del rey Ozías; añade también a Jeroboam, rey de Israel, que existió por los mismos días (Amós I, 1). Asimismo Isaías, hijo de Amós, sea del susodicho profeta o, como más se cuenta, de otro que no era profeta, llamado con el mismo nombre, pone a los mismos cuatro reyes que puso Oseas al comienzo de su libro, en cuyos días manifiesta antes que él profetizó. Miqueas también menciona los mismos tiempos de su profecía después de los días de Ozías. Pues nombra a los tres reyes que siguen, a los que también nombró Oseas: Jotán, Acaz y Ezequías (Miqueas I, 1). Estos son los que se descubre por sus escritos que profetizaron juntos al mismo tiempo. A estos se añade Jonás, reinando el mismo rey Ozías, y Joel, cuando ya había reinado Jotán, que sucedió a Ozías. Pero los tiempos de estos dos profetas pudimos encontrarlos en las Crónicas, no en sus libros, puesto que guardan silencio sobre sus días. Se extienden, por su parte, estos días desde el rey de los latinos Proca, o el anterior Aventino, hasta el rey Rómulo, ya de los romanos, o incluso hasta los comienzos del reinado de su sucesor Numa Pompilio: pues Ezequías, rey de Judá, reinó hasta aquel punto; y por ello, por aquellos tiempos, aquellos como fuentes de profecía brotaron a la par, cuando el reino asirio desfalleció y comenzó el romano: para que, a saber, así como en el primer tiempo del reino de los asirios existió

Abraham, a quien se le hicieron promesas clarísimas en su descendencia de la bendición de todas las naciones; así en el exordio de la Babilonia occidental, bajo cuyo mando había de venir Cristo, en quien se cumplirían aquellos oráculos prometidos de los profetas, no solo de los que hablaban, sino también de los que escribían, se soltaran en testimonio de tan gran acontecimiento futuro. Pues habiendo no faltado casi nunca profetas al pueblo de Israel, desde que empezaron a haber allí reyes, fueron solo para su uso, no para el de las naciones; pero cuando se fundaba más manifiestamente aquella escritura profética que algún día aprovecharía a las naciones, entonces convenía que empezara, cuando se fundaba esta ciudad que había de mandar a las naciones.

CAPÍTULO XXVIII.

Sobre aquellas cosas que pertenecen al Evangelio de Cristo, lo que Oseas y Amós profetizaron.

El profeta Oseas, por tanto, cuanto más profundamente habla, tanto más laboriosamente se penetra. Pero algo debe tomarse de allí y ponerse aquí según nuestra promesa. «Y será —dice— en el lugar donde se les dijo: "Vosotros no sois mi pueblo", ellos mismos también serán llamados hijos del Dios vivo» (Oseas I, 10). Este testimonio profético sobre la vocación del pueblo de los gentiles, que antes no pertenecía a Dios, también lo entendieron los Apóstoles (Rom. IX, 26). Y porque el mismo pueblo de los gentiles está también espiritualmente en los hijos de Abraham, y por ello

es llamado rectamente Israel, por eso sigue y dice: «Y se congregarán los hijos de Judá y los hijos de Israel en eso mismo, y se pondrán para sí mismos un solo mando, y subirán de la tierra» (Oseas I, 11). Si quisiéramos explicar todavía esto, se embotará el sabor del elocuente profeta. Recuérdese, sin embargo, aquella piedra angular, y aquellas dos paredes, una de los judíos y otra de los gentiles (Ef. II, 14, 15, 20-22); aquella con el nombre de hijos de Judá, esta con el nombre de hijos de Israel, apoyándose en el mismo único mando suyo en eso mismo, y sean reconocidos ascendiendo de la tierra. Además, el mismo profeta atestigua que aquellos israelitas carnales, que ahora no quieren creer en Cristo, creerán después, esto es, sus hijos (pues ciertamente estos pasarán muriendo a su propio lugar), diciendo: «Porque por muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, sin sacerdocio, sin manifestaciones». ¿Quién no ve que ahora los judíos están así? Pero oigamos lo que añade: «Y después —dice— volverán los hijos de Israel y buscarán al Señor su Dios y a David su rey; y se asombrarán en el Señor y en sus bienes en los últimos días» (Oseas III, 4-5, según la LXX). Nada es más manifiesto que esta profecía, ya que por el nombre del rey David se entiende significado Cristo, que fue hecho, como dice el Apóstol, «de la descendencia de David según la carne» (Rom. I, 3). Este profeta también anunció que la resurrección de Cristo sería al tercer día, como convenía que fuera anunciada con altura profética, donde dice: «Nos sanará después de dos días, al tercer

día resurgiremos» (Oseas VI, 3). Según esto, en efecto, nos dice el Apóstol: «Si habéis resurgido con Cristo, buscad las cosas que son de arriba» (Col. III, 1). Amós también profetiza así sobre tales cosas: «Prepárate —dice— para invocar a tu Dios, Israel; porque he aquí que yo soy el que afirma el trueno, crea el espíritu y anuncia a su Cristo entre los hombres» (Amós IV, 12-13, según la LXX). Y en otro lugar: «En aquel día —dice— resucitaré el tabernáculo de David que cayó, y reedificaré lo que de él cayó, y resucitaré sus ruinas, y las reedificaré como los días del siglo; de modo que me busquen los restos de los hombres y todas las naciones en las cuales ha sido invocado mi nombre sobre ellos, dice el Señor que hace estas cosas» (Amós IX, 11-12, según la LXX).

CAPÍTULO XXIX.

Qué cosas fueron predichas por Isaías sobre Cristo y la Iglesia.

1. El profeta Isaías no está en el libro de los doce profetas, que por eso son llamados menores, porque sus discursos son breves en comparación con aquellos que por eso son llamados mayores, porque compusieron volúmenes prolijos: de los cuales es este Isaías, al que añado a los dos susodichos por los mismos tiempos de la profecía. Isaías, por tanto, entre aquellas cosas en las que reprendió las iniquidades, y mandó cosas justas, y predijo males futuros al pueblo pecador, profetizó también sobre Cristo y la Iglesia —esto es, sobre el Rey y la ciudad que él fundó— muchas más cosas que los demás: de modo que por algu-

nos era llamado más bien evangelista que profeta. Pero por razón de terminar la obra, pondré un solo pasaje de muchos en este lugar. Hablando, en efecto, desde la persona de Dios Padre: «He aquí —dice— que mi siervo entenderá, y será ensalzado y glorificado sobremanera. Del mismo modo que muchos se asombrarán sobre ti, así tu aspecto será privado de gloria entre los hombres, y tu gloria entre los hombres: así se maravillarán muchas naciones sobre él, y los reyes cerrarán su boca; porque verán aquellos a quienes no se les ha anunciado sobre él, y entenderán los que no han oído. Señor, ¿quién creyó a nuestro oído, y a quién ha sido revelado el brazo del Señor? Lo anunciamos ante él, como un niño, como una raíz en tierra sedienta: no hay aspecto en él, ni gloria. Y lo vimos, y no tenía aspecto ni hermosura; sino que su aspecto era sin honor, desfalleciendo ante todos los hombres. Hombre puesto en la llaga, y sabiendo soportar la enfermedad: porque su rostro fue apartado: fue deshonrado, ni fue tenido en gran estima. Este lleva nuestros pecados, y por nosotros se duele; y nosotros pensamos que él estaba en el dolor, y en la llaga, y en la aflicción. Pero él fue herido por nuestras iniquidades, y fue debilitado por nuestros pecados. El castigo de nuestra paz está en él: por su cardenal hemos sido sanados. Todos nosotros como ovejas erramos, el hombre erró de su camino: y el Señor lo entregó por nuestros pecados; y él, por lo cual fue afligido, no abrió su boca. Como oveja al sacrificio fue llevado, y como cordero ante el que lo trasquila, sin voz, así no abrió su boca. En la humildad

su juicio fue quitado. Su generación, ¿quién la narrará? Porque su vida será quitada de la tierra. Por las iniquidades de mi pueblo fue llevado a la muerte. Y daré a los malignos por su sepultura, y a los ricos por su muerte. Porque no hizo iniquidad, ni hubo dolo en su boca; y el Señor quiere purificarlo de la llaga. Si diereis vuestra alma por el pecado, veréis una descendencia longeva: y el Señor quiere quitar de su alma el dolor, mostrarle la luz, y formar el entendimiento, justificar al justo que sirve bien a muchos; y él mismo llevará los pecados de ellos. Por eso él mismo heredará a muchos, y repartirá los despojos de los fuertes: por lo cual su alma fue entregada a la muerte; y fue contado entre los inicuos, y él mismo llevó los pecados de muchos, y por los pecados de ellos fue entregado (Is. LII, 13-15; LIII, 1-12, según la LXX). Esto sobre Cristo.

2. Ya en verdad sobre la Iglesia, oigamos lo que sigue: «Alégrate —dice—, estéril que no parías; rompe y clama, tú que no estabas de parto: porque muchos más son los hijos de la abandonada que de la que tiene marido.» «Ensancha el lugar de tu tabernáculo y de tus cortinas; fija, no escatimes, prolonga tus cuerdas y fortalece tus estacas; extiéndete todavía hacia la derecha y hacia la izquierda.» «Y tu descendencia heredará las naciones; y habitarás las ciudades desiertas.» «No temas, porque fuiste confundida; ni te avergüences, porque fuiste reprochada: porque olvidarás la confusión eterna, y no te acordarás del oprobio de tu viudez.» «Porque el Señor que te hizo, el Señor de los Ejércitos es su nombre: y el que

te rescató, el mismo Dios de Israel será llamado Dios de toda la tierra» (Id. LIV, 1-5), y lo demás. Verdaderamente basten estas cosas: y en ellas hay algunas que deben ser explicadas; pero juzgo que bastan las que son tan manifiestas, que incluso los enemigos se ven obligados a entenderlas contra su voluntad.

CAPÍTULO XXX.

Qué cosas profetizaron Miqueas, Jonás y Joel congruentes con el Nuevo Testamento.

1. El profeta Miqueas, poniendo a Cristo bajo la figura de una cierta gran montaña, dice estas cosas: «Sucederá en los últimos días que será manifiesto el monte del Señor, preparado sobre las cumbres de los montes; y será ensalzado sobre las colinas.» Y correrán a él los pueblos, e irán muchas naciones y dirán: Venid, subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob, y nos mostrará su camino, e iremos por sus sendas; porque de Sión procederá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén. Y juzgará entre muchos pueblos, y reprenderá a naciones poderosas hasta lo lejos (Miqueas IV, 1-3). Prediciendo este profeta también el lugar en el que nació Cristo: «Y tú —dice—, Belén, casa de Efrata, eres pequeña para estar entre los miles de Judá; de ti me saldrá el que ha de ser el príncipe de Israel; y su salida es desde el principio y desde los días de la eternidad.» Por eso los entregará hasta el tiempo en que la que está de parto dé a luz, y el resto de sus hermanos se convertirán a los hijos de Israel. Y estará, y

verá, y apacentará su rebaño con la fortaleza del Señor, y en el honor del nombre del Señor su Dios estarán; porque ahora será engrandecido hasta el extremo de la tierra (Miqueas V, 2-4, según la LXX).

2. Jonás, por su parte, profetizó a Cristo no tanto con el discurso como con una cierta pasión suya, ciertamente más abiertamente que si clamara su muerte y resurrección con la voz. ¿Pues para qué fue recibido por el vientre del monstruo marino y devuelto al tercer día, sino para que significara que Cristo había de volver de lo profundo del infierno al tercer día?

3. Joel obliga a que todas las cosas que profetiza sean explicadas con muchas palabras, para que se aclaren las que pertenecen a Cristo y a la Iglesia. Sin embargo, no pasaré por alto una cosa, que también los Apóstoles conmemoraron cuando el Espíritu Santo vino de arriba sobre los creyentes congregados, como había sido prometido por Cristo (Hechos II, 17-18). «Y será —dice — después de estas cosas, y derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; y vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones; e incluso sobre mis siervos y mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu» (Joel II, 28-29).

CAPÍTULO XXXI.

Qué cosas se encuentran predichas en Abdías, en Nahúm y en Habacuc sobre la salvación del mundo en Cristo.

1. Tres profetas de los menores, Abdías, Nahúm y Habacuc, ni dicen ellos mismos sus tiempos, ni se encuentra en las Crónicas de Eusebio y de Jerónimo cuándo profetizaron. Pues Abdías es puesto ciertamente por ellos con Miqueas, pero no en aquel lugar donde se anotan los tiempos, cuando consta por sus escritos que Miqueas profetizó; lo cual pienso que ocurrió por error de los que describen negligentemente los trabajos ajenos. Pero a los otros dos mencionados en los códices de las Crónicas que tuvimos, no pudimos encontrarlos; sin embargo, porque están contenidos en el canon, no conviene que nosotros mismos los pasemos por alto. Abdías, en cuanto atañe a su escrito, el más breve de todos los profetas, habla contra Idumea, a saber, la nación de Esaú, de los dos hijos gemelos de Isaac, nietos de Abraham, el mayor de los cuales fue reprobado. Además, si aceptamos que Idumea ha sido puesta por las naciones por el modo de hablar por el que se entiende el todo por la parte: podemos reconocer sobre Cristo lo que dice entre otras cosas: «Pero en el monte Sión estará la salvación, y será santo». Y poco después, al final de la misma profecía: «Y subirán —dice — los salvados del monte Sión para defender el monte Esaú, y el reino será del Señor» (Abdías 17, 21, según la LXX). Aparece, en efecto, que esto se cumplió cuando los salvados del monte Sión —esto es, de Judea— creyendo en Cristo, los cuales son reconocidos principalmente como los Apóstoles, subieron para defender el monte Esaú. ¿Cómo lo defenderían, sino haciendo salvos por

la predicación del Evangelio a los que creyeron, para que fueran rescatados de la potestad de las tinieblas y fueran trasladados al reino de Dios? Lo cual expresó consecuentemente añadiendo: «Y el reino será del Señor». Pues el monte Sión significa Judea, donde fue predicha la futura salvación, y el santo, que es Cristo Jesús; pero el monte Esaú es Idumea, por la cual es significada la Iglesia de las naciones, la cual defendieron, como he expuesto, los salvados del monte Sión, para que el reino fuera del Señor. Esto era oscuro antes de que ocurriera; pero, ¿qué fiel no lo reconocería habiendo ocurrido?

2. Nahúm el profeta, o más bien Dios por medio de él: «Exterminaré —dice— las esculturas y las fundiciones: pondré tu sepultura; porque son veloces sobre los montes los pies del que evangeliza y anuncia la paz.» «Celebra, Judá, tus días festivos, cumple tus votos; porque ya no añadirán más que pasen a la antigüedad.» «Consumado está, consumido está, quitado está. Sube el que sopla en tu cara, rescatándote de la tribulación» (Nahúm I, 14-15; 2, 1, según la LXX). Recoja quien recuerda el Evangelio quién subió de los infiernos y sopló en la cara de Judá —esto es, de los discípulos judíos— el Espíritu Santo. Pues al Nuevo Testamento pertenecen aquellos cuyos días festivos son así renovados espiritualmente que no pueden pasar a la antigüedad. Además, ya vemos exterminadas por el Evangelio las esculturas y las fundiciones —esto es, los ídolos de los dioses falsos— y entregadas al olvido como a una sepul-

tura; y conocemos que también esta profecía se ha cumplido en este asunto.

3. ¿De quién otro sino sobre el advenimiento de Cristo, que había de ser, se entiende que dice Habacuc: «Y el Señor me respondió y dijo: Escribe la visión claramente en una tablilla de boj; para que la alcance el que la leyere; porque todavía la visión es para un tiempo, y brotará al final, y no en vano; si tardare, espéralo; porque viniendo vendrá, y no tardará» (Habacuc II, 2-3)?

CAPÍTULO XXXII.

Sobre la profecía que se contiene en la Oración y el Cántico de Habacuc.

En su Oración, en efecto, con el Cántico, ¿a quién dice, sino al Señor Cristo: «Señor, he oído tu voz y he temido; Señor, he considerado tus obras y me he espantado»? ¿Pues qué es esto sino una inefable admiración de la salvación de los hombres, preconocida, nueva y repentina? «En medio de dos animales serás conocido», ¿qué es esto sino o en medio de los dos Testamentos, o en medio de los dos ladrones, o en medio de Moisés y Elías hablando con él en el monte? «Mientras se acercan los años, serás conocido; en el advenimiento del tiempo serás mostrado», ni ha de ser explicado. «En aquello mientras mi alma hubiere sido turbada, en la ira te acordarás de la misericordia», ¿qué es esto sino que transfiguró en sí a los judíos, de cuya nación fue, los cuales, turbados con gran ira, crucificaban a Cristo, y él, acordándose de la misericordia, dijo: «Padre, perdó-

nalos, porque no saben lo que hacen» (Lc. XXIII, 34)? «Dios vendrá de Temán, y el santo del monte sombrío y espeso». Lo que aquí se ha dicho, «vendrá de Temán», otros lo han interpretado «del Austro» o «del África», por lo cual se significa el mediodía, esto es, el fervor de la caridad y el esplendor de la verdad. Pero el monte sombrío y espeso, aunque de muchos modos puede entenderse, más gustosamente lo aceptaría como la altura de las divinas Escrituras, por las cuales fue profetizado Cristo. Pues hay allí muchas cosas sombrías y espesas que ejercitan la mente del que busca. Pero de allí viene cuando lo encuentra allí el que entiende. «Su virtud cubrió los cielos, y la tierra está llena de su alabanza», ¿qué es esto sino lo que también se dice en el Salmo: «Exáltate sobre los cielos, oh Dios, y sobre toda la tierra tu gloria» (Sal. LVI, 6)? «Su esplendor será como la luz», ¿qué es sino que su fama iluminará a los creyentes? «Cuernos hay en sus manos», ¿qué es sino el trofeo de la cruz? «Y puso una firme caridad de su fortaleza», ni ha de ser explicado. «Ante su faz irá la palabra, y saldrá al campo tras sus pies», ¿qué es sino que tanto antes de que viniera aquí fue anunciado, como después de que volvió de aquí fue anunciado? «Estuvo en pie y la tierra se conmovió», ¿qué es sino que estuvo en pie para socorrer y la tierra se conmovió para creer? «Miró y las naciones se deshicieron»: esto es, tuvo misericordia e hizo a los pueblos penitentes. «Se quebrantaron los montes con violencia»: esto es, por los milagros que hacían fuerza, se quebrantó la soberbia de los encumbrados. «Fluyeron los

collados eternos»: esto es, fueron humillados por un tiempo para que fueran ensalzados para la eternidad. «Vi sus entradas eternas por los trabajos»: esto es, no sin la recompensa de la eternidad contemplé el trabajo de la caridad. «Se espantarán los tabernáculos de los etíopes y los tabernáculos de la tierra de Madián»: esto es, las naciones, de repente aterradas por el anuncio de tus maravillas, incluso las que no están bajo el derecho romano, estarán en el pueblo cristiano. «¿Acaso contra los ríos te airaste, Señor, o en los ríos fue tu furor, o en el mar tu ímpetu?». Esto se dijo por eso, porque no vino ahora para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él (Jn. III, 17). «Porque subirás sobre tus caballos; y tu cabalgata es salvación»: esto es, tus evangelistas te llevarán, los cuales son regidos por ti; y tu Evangelio es salvación para los que creen en ti. «Tensando tensarás tu arco sobre los cetros, dice el Señor»: esto es, amenazarás con tu juicio incluso a los reyes de la tierra. «Por los ríos se hendirá la tierra»: esto es, por los fluyentes discursos de los que te predican, se abrirán para confesar los corazones de los hombres, a los que se dijo: «Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos» (Joel II, 13). ¿Qué es «Te verán y se dolerán los pueblos», sino para que llorando sean bienaventurados? ¿Qué es «Dispersando las aguas con su paso», sino que caminando en los que te anuncian por todas partes, por aquí y por allá dispersas los torrentes de la doctrina? ¿Qué es «El abismo dio su voz»? ¿Acaso la profundidad del corazón humano expresó lo que le parecía? «La altura de

su fantasía», como si fuera la exposición del verso superior; pues la altura es el abismo. Pero lo que dice «de su fantasía», debe sobrentenderse «dio su voz»: esto es, lo que dijimos, expresó lo que le parecía. Pues la fantasía es una visión que no retuvo, no cubrió, sino que confesando eructó. «Se elevó el sol y la luna estuvo en su orden»: esto es, subió Cristo al cielo y fue ordenada la Iglesia bajo su rey. «Hacia la luz irán tus dardos»: esto es, no a lo oculto, sino a lo manifiesto serán enviadas tus palabras. «Hacia el esplendor del relámpago de tus armas»: debe sobrentenderse «irán tus dardos». Pues había dicho a los suyos: «Lo que os digo en las tinieblas, decidlo en la luz» (Mt. X, 27). «En la amenaza minorarás la tierra»: esto es, amenazando humillarás a los hombres. «Y en el furor derribarás a las naciones»: porque a los que se ensalzan, los quebrantarás vengando. «Saliste para la salvación de tu pueblo, para hacer salvos a tus cristos; enviaste a las cabezas de los inicuos la muerte»: nada de esto ha de ser explicado. «Excitaste cadenas hasta el cuello». Y aquí pueden entenderse las buenas cadenas de la sabiduría, para que se echen los pies en sus grillos y el cuello en su collar. «Cortaste en el estupor de la mente»: sobrentendamos «las cadenas»; pues excitó las buenas, cortó las malas, de las que se le dice: «Rompiste mis cadenas» (Sal. CXV, 16); y esto «en el estupor de la mente», esto es, maravillosamente. «Las cabezas de los poderosos se moverán en ella»: en aquella admiración, a saber. «Abrirán sus mordeduras como el pobre que come a escondidas». Pues algunos poderosos de los judíos

venían al Señor maravillados de sus hechos y palabras, y hambrientos comían el pan de la doctrina a escondidas por el miedo a los judíos, como los delató el Evangelio (Jn. XIX, 38). «Y enviaste al mar tus caballos turbando muchas aguas»: las cuales no son otra cosa que muchos pueblos. Pues ni unos se convertirían por el temor, ni otros perseguirían por el furor, si todos no fueran turbados. «Observé y se aterró mi vientre por la voz de la oración de mis labios; y entró el temblor en mis huesos, y debajo de mí se turbó mi hábito». Atendió a las cosas que decía, y él mismo se aterró por su oración, que derramaba proféticamente y en la cual divisaba las cosas futuras. Pues turbados muchos pueblos, vio las tribulaciones inminentes a la Iglesia, y al punto se reconoció miembro de ella y dijo: «Descansaré en el día de la tribulación», como perteneciendo a los que están gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación (Rom. XII, 12). «Para que suba —dice — al pueblo de mi peregrinación», apartándose ciertamente del pueblo maligno de su parentesco carnal, no peregrino en esta tierra ni buscador de la patria celestial. «Puesto que la higuera —dice — no dará frutos y no habrá nacimientos en las viñas; mentirá la obra del olivo y los campos no harán comida. Faltaron de la comida las ovejas y no quedan bueyes en los pesebres.» Vio a aquella nación que había de matar a Cristo a punto de perder la abundancia de los recursos espirituales, que figuró por la fecundidad terrena al modo profético. Y porque aquella nación padeció tal ira de Dios por eso, porque ignorando la justicia de

Dios quiso constituir la suya (Id. X, 3), este al punto dice: «Yo, por mi parte, me regocijaré en el Señor, me alegraré en Dios mi salvador». «El Señor Dios es mi fortaleza, fijará mis pies para la consumación; sobre las alturas me pondrá para que venza en su cántico» (Habacuc III), a saber, aquel cántico del que se dicen algunas cosas similares en el Salmo: «Fijó sobre piedra mis pies y enderezó mis pasos; y puso en mi boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios» (Sal. XXXIX, 3-4). Vence, pues, en el cántico del Señor el que place en su alabanza, no en la suya, para que «el que se gloría, se gloríe en el Señor» (1 Cor. I, 31). Mejor, sin embargo, me parece que tienen algunos códices: «Me alegraré en mi Dios Jesús», que aquellos que, queriendo ponerlo en latín, no pusieron el nombre mismo, que nos es más amigo y dulce de nombrar.

CAPÍTULO XXXIII.

Sobre Cristo y la vocación de los gentiles, cosas que Jeremías y Sofonías predijeron por el Espíritu profético.

1. El profeta Jeremías es de los mayores, como Isaías; no de los menores, como los demás, de cuyos escritos ya he puesto algunas cosas. Profetizó, por su parte, reinando Josías en Jerusalén, y entre los romanos Anco Marcio, acercándose ya la cautividad de los judíos. Extendió, además, la profecía hasta el quinto mes de la cautividad, como encontramos en sus escritos. Sofonías, por su parte, uno de los menores, se le añade. Pues también él mismo dice que profetizó en los días

de Josías (Sof. I, 1); pero hasta cuándo, no lo dice. Profetizó, pues, Jeremías no solo en los tiempos de Anco Marcio, sino también de Tarquinio Prisco, a quien los romanos tuvieron por quinto rey. Pues él mismo, cuando se realizó aquella cautividad, ya había empezado a reinar. Profetizando, pues, sobre Cristo, Jeremías: «El Espíritu de nuestra boca —dice—, el Señor Cristo, fue atrapado en nuestros pecados» (Lam. IV, 20); mostrando así brevemente que Cristo es tanto nuestro Señor como que padeció por nosotros. Asimismo en otro lugar: «Este es mi Dios —dice—, y no será estimado otro en comparación con él; el cual encontró todo camino de prudencia, y lo dio a Jacob su siervo, y a Israel su amado; después de esto fue visto en la tierra, y conversó con los hombres» (Baruc III, 36-38). Algunos atribuyen este testimonio no a Jeremías, sino a su escriba, que se llamaba Baruc; pero se tiene más célebremente como de Jeremías. De nuevo el mismo profeta sobre él: «He aquí que vienen días, dice el Señor, y suscitaré a David un germen justo, y reinará un rey, y será sabio, y hará juicio y justicia en la tierra.» «En aquellos días Judá será salvo, e Israel habitará confiadamente; y este es el nombre que le llamarán: El Señor justo nuestro» (Jer. XXIII, 5, 6). Sobre la vocación de las naciones también, que había de ser (y ahora la vemos cumplida), así habló: «Señor, Dios mío y refugio mío en el día de los males, a ti vendrán las naciones desde el extremo de la tierra y dirán: Verdaderamente mentiras adoraron nuestros padres, ídolos, y no hay en ellos utilidad» (Jer. XVI, 19). Pero porque

no lo habían de reconocer los judíos, por los cuales también convenía que fuera matado, así lo significa el mismo profeta: «Grave es el corazón en todo, y es hombre, ¿y quién lo conocerá?» (Jer. XVII, 9, según la LXX). De él es también aquello que puse en el libro decimoséptimo sobre el Nuevo Testamento, del cual Cristo es el mediador. Pues el mismo Jeremías dice: «He aquí que vienen días, dice el Señor, y consumaré sobre la casa de Jacob un Nuevo Testamento» (Jer. XXXI, 31), y lo demás que allí se lee.

2. De Sofonías el profeta, por su parte, que profetizaba con Jeremías, pondré entre tanto estas cosas predichas sobre Cristo: «Espérame, dice el Señor, en el día de mi resurrección, para el futuro; porque mi juicio es para que congregue a las naciones y reúna a los reinos» (Sof. III, 8). Y de nuevo: «Horrible —dice— es el Señor sobre ellos, y exterminará a todos los dioses de la tierra; y lo adorará cada hombre desde su lugar, todas las islas de las naciones» (Sof. II, 11). Y poco después: «Entonces —dice— volveré hacia los pueblos una lengua, y hacia su descendencia, para que todos invoquen el nombre del Señor y le sirvan bajo un solo yugo; desde los confines de los ríos de Etiopía me traerán hostias.» «En aquel día no serás confundida por todas tus invenciones con las que obraste impíamente contra mí; porque entonces quitaré de ti las depravaciones de tu injuria; y ya no añadirás más para ser engrandecida sobre mi santo monte; y dejaré en ti un pueblo manso y humilde; y temerán del nombre del Señor los que fueren el resto de Israel» (Sof. III, 9-13,

según la LXX). Estas son las reliquias, sobre las cuales se profetiza en otra parte, lo cual también el Apóstol conmemora: «Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, las reliquias serán salvas» (Is. X, 22; Rom. IX, 27). Pues estas reliquias de aquella nación creyeron en Cristo.

CAPÍTULO XXXIV.

Sobre la profecía de Daniel y de Ezequiel, que concuerda en Cristo y en la Iglesia.

1. Además, en la misma cautividad de Babilonia profetizaron primero Daniel y Ezequiel, a saber, otros dos de los profetas mayores. De los cuales Daniel incluso definió por el número de años el tiempo en el que Cristo había de venir y de padecer; lo cual es largo de mostrar computando, y ha sido hecho por otros antes de nosotros. Sobre su potestad y gloria, por su parte, así habló: «Veía —dice— en una visión de la noche, y he aquí que con las nubes del cielo venía uno como el Hijo del hombre, y llegó hasta el Anciano de días; y fue presentado en su presencia; y a él le fue dado el principado, y el honor, y el reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán.» «Su potestad es una potestad perpetua, que no pasará; y su reino no será corrompido» (Dan. VII, 13-14).

2. Ezequiel también, significando a Cristo a través de David al modo profético, porque asumió carne de la descendencia de David; por cuya forma de siervo, por la que fue hecho hombre, el mismo Hijo de Dios es llamado también siervo de Dios; así lo anuncia profetizando desde la per-

sona de Dios Padre: «Y suscitaré —dice— sobre mis ovejas un solo pastor que las apaciente, a mi siervo David; y él mismo las apacentará, y él mismo será para ellas pastor.» «Yo, por mi parte, el Señor, seré para ellos Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos; yo, el Señor, he hablado» (Ez. XXXIV, 23-24). Y en otro lugar: «Y habrá un solo rey mandando a todos; y no serán más dos naciones, ni se dividirán más en dos reinos; ni se contaminarán más en sus ídolos, y en sus abominaciones, y en todas sus iniquidades.» «Y los haré salvos de todos sus asientos en los que pecaron, y los limpiaré; y serán para mí un pueblo, y yo seré para ellos Dios; y mi siervo David rey sobre ellos, y habrá un solo pastor de todos ellos» (Id. XXXVII, 22-24),

CAPÍTULO XXXV.

Sobre la profecía de los tres profetas, esto es, Ageo, Zacarías y Malaquías.

1. Quedan tres profetas menores, que profetizaron al final de la cautividad: Ageo, Zacarías y Malaquías. De los cuales, Ageo profetiza a Cristo y a la Iglesia con esta más abierta brevedad: «Esto dice el Señor de los ejércitos: Todavía un poco, y yo conmoveré el cielo, y la tierra, y el mar, y la tierra seca, y conmoveré a todas las naciones; y vendrá el Deseado de todas las naciones» (Ageo II, 7-8). Esta profecía se ve en parte ya cumplida, y en parte se espera que se cumpla al final. Pues conmovió el cielo con el testimonio de los ángeles y de las estrellas, cuando Cristo se encarnó. Con-

movió la tierra con un gran milagro, por el mismo parto de la virgen. Conmovió el mar y la tierra seca, cuando Cristo es anunciado tanto en las islas como en todo el orbe. Así vemos conmoverse a todas las naciones hacia la fe. Ya en verdad lo que sigue, «Y vendrá el Deseado de todas las naciones», se espera sobre su último advenimiento. Pues para que fuera deseado por los que lo esperaban, primero convino que fuera amado por los que creían en él.

2. Zacarías sobre Cristo y la Iglesia: «Alégrate mucho —dice—, hija de Sión; jubila, hija de Jerusalén: he aquí que tu Rey vendrá a ti, justo y salvador; él mismo pobre, y subiendo sobre una asna, y sobre un pollino hijo de asna: y su potestad desde el mar hasta el mar, y desde los ríos hasta los confines de la tierra» (Zacarías IX, 9-10). Cuándo se hizo esto, que el Señor Cristo usara un jumento de este género en su camino, se lee en el Evangelio, donde también se conmemora esta profecía en parte, cuanto pareció que bastaba para aquel lugar (Mt. XXI). En otro lugar, hablando en el Espíritu de profecía al mismo Cristo sobre la remisión de los pecados por su sangre: «Tú también —dice—, en la sangre de tu testamento, sacaste a tus cautivos del lago en el que no hay agua» (Zacarías IX, 11). Sobre qué quiera que se entienda por este lago, pueden sentirse diversas cosas, incluso según la recta fe. Sin embargo, a mí me parece que no se significa mejor por él sino, en cierto modo, la profundidad seca y estéril de la miseria humana, donde no hay torrentes de justicia, sino el lodo de la iniquidad. Sobre esto,

en efecto, también se dice en el Salmo: «Y me sacó del lago de la miseria y del lodo del légamo» (Sal. XXXIX, 3).

3. Malaquías, profetizando la Iglesia que vemos propagada por Cristo, dice muy abiertamente a los judíos desde la persona de Dios: «No tengo voluntad en vosotros, y no recibiré don de vuestra mano.» «Pues desde el orto del sol hasta el ocaso, grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrificará y se ofrecerá a mi nombre una oblación pura; porque grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor» (Mal. I, 10). Este sacrificio por el sacerdocio de Cristo según el orden de Melquisedec, puesto que ya vemos que se ofrece a Dios en todo lugar desde el orto del sol hasta el ocaso, mientras que el sacrificio de los judíos —a los que se dijo: «No tengo voluntad en vosotros, ni recibiré de vuestras manos don»— no pueden negar que ha cesado; ¿por qué esperan todavía a otro Cristo, cuando esto que leen profetizado y ven cumplido, no ha podido cumplirse sino por él? Pues dice poco después sobre él desde la persona de Dios: «Mi testamento era con él de vida y de paz; y le di que me temiera con temor, y que reverenciara ante la faz de mi nombre.» «La ley de la verdad estaba en su boca, caminando conmigo en paz me dirigió, y a muchos convirtió de la iniquidad; porque los labios del sacerdote custodiarán la ciencia, y de su boca inquirirán la ley; porque es el ángel del Señor omnipotente» (Mal. II, 5-7). Ni es de maravillar que Cristo Jesús fuera llamado ángel del Dios omnipotente. Pues así como es siervo por la forma de

siervo en la que vino a los hombres, así también es ángel por el Evangelio que anunció a los hombres. Pues si interpretáramos esas palabras griegas, tanto Evangelio es buena noticia, como ángel es mensajero. Sobre él, en efecto, dice de nuevo: «He aquí que envío a mi ángel, y divisará el camino ante mi faz; y súbitamente vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del testamento a quien vosotros queréis.» «He aquí que viene, dice el Señor omnipotente; ¿y quién sostendrá el día de su entrada? ¿o quién resistirá en su aspecto?» (Mal. III, 1-2) En este lugar predijo tanto el primero como el segundo advenimiento de Cristo: el primero, a saber, de aquel que dice: «Y súbitamente vendrá a su templo», esto es, a su carne, de la cual dijo en el Evangelio: «Destruid este templo, y en tres días lo resucitaré» (Jn. II, 19); el segundo, en cambio, donde dice: «He aquí que viene, dice el Señor omnipotente, ¿y quién sostendrá el día de su entrada, o quién resistirá en su aspecto?» Pero lo que dice, «El Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del testamento a quien vosotros queréis», significó ciertamente que también los judíos, según las Escrituras que leen, buscan y quieren a Cristo. Pero muchos de ellos no reconocieron que había venido aquel a quien buscaron y quisieron, cegados en sus corazones por sus méritos precedentes. Lo que ciertamente nombra aquí testamento, o arriba, donde dice: «Mi testamento era con él», o aquí, donde lo llamó ángel del testamento: debemos aceptar sin duda el Nuevo Testamento, donde están las cosas sempiternas; no el viejo, donde se

prometen las temporales; las cuales, teniéndolas por grandes muchísimos débiles, y sirviendo al Dios verdadero por la recompensa de tales cosas, se turban cuando ven que los impíos abundan en ellas. Por lo cual el mismo profeta, para distinguir la bienaventuranza eterna del Nuevo Testamento, que no se dará sino a los buenos, de la felicidad terrena del viejo, que frecuentemente se da también a los malos: «Agravasteis sobre mí vuestras palabras, dice el Señor, y dijisteis: ¿En qué hemos hablado mal de ti?» «Dijisteis: Vano es todo el que sirve a Dios; ¿y qué más, porque hemos custodiado sus observancias, y porque hemos caminado suplicantes ante la faz del Señor omnipotente?» «Y ahora nosotros llamamos bienaventurados a los ajenos, y se reedifican todos los que hacen cosas inicuas; y se opusieron a Dios y fueron hechos salvos.» «Estas cosas hablaron los que temían al Señor, cada uno a su prójimo; y advirtió el Señor y oyó; y escribió un libro de memoria en su presencia, para los que temen al Señor y reverencian su nombre.» Por este libro fue significado el Nuevo Testamento. Finalmente lo que sigue, oigamos: «Y serán para mí, dice el Señor omnipotente, en el día en que yo actúo, para adquisición; y los elegiré como el hombre elige a su hijo que le sirve; y os convertiréis y veréis entre el justo y el injusto, y entre el que sirve a Dios y el que no le sirve.» «Porque he aquí que viene el día ardiendo como un horno, y los consumirá; y serán todos los ajenos y todos los que hacen iniquidad rastrojo, y los encenderá el día que vendrá, dice el Señor omnipotente; y no se dejará de ellos raíz

ni sarmiento.» «Y nacerá para vosotros, los que teméis mi nombre, el Sol de justicia, y la sanidad en sus alas; y saldréis y saltaréis como becerros sueltos de las ataduras; y hollaréis a los inicuos, y serán ceniza bajo vuestros pies en el día en que yo actúo, dice el Señor omnipotente» (Mal. III, 13-18; IV, 1-3). Este es el que se llama día del juicio: sobre el cual en su lugar, si Dios quisiere, hablaremos más abundantemente.

CAPÍTULO XXXVI.

Sobre Esdras y los libros de los Macabeos.

Después de estos tres profetas, Ageo, Zacarías y Malaquías, durante el mismo tiempo de la liberación del pueblo de la servidumbre babilónica, escribió también Esdras, quien fue considerado más un escritor de hechos realizados que un profeta: como también es el libro llamado Ester, cuyos hechos realizados para la alabanza de Dios se encuentran no lejos de estos tiempos: a menos que tal vez deba entenderse que Esdras profetizó a Cristo en esto, que entre ciertos jóvenes surgió una cuestión sobre qué tenía más fuerza en las cosas; habiendo dicho uno que los reyes, otro que el vino, el tercero que las mujeres, que la mayoría de las veces imperan sobre los reyes: sin embargo, el mismo tercero demostró que la verdad (veritas) es victoriosa sobre todas las cosas (III Esdras, III, 9 ss.). Además, consultando el Evangelio, conocemos que Cristo es la verdad. Desde este tiempo, restaurado el templo entre los judíos, no hubo reyes, sino príncipes hasta Aristóbulo: cuyo

cómputo de los tiempos no se encuentra en las santas Escrituras que se llaman canónicas, sino en otras, entre las cuales están también los libros de los Macabeos, que no los judíos, sino la Iglesia tiene por canónicos, a causa de las pasiones vehementes y admirables de ciertos Mártires, quienes, antes de que Cristo viniera en la carne, lucharon hasta la muerte por la ley de Dios, y soportaron males gravísimos y horribles.

CAPÍTULO XXXVII.

Que la autoridad profética se encuentra más antigua que todo origen de la filosofía gentil.

En el tiempo, pues, de nuestros Profetas, cuyos escritos han llegado ya a noticia de casi todas las naciones, no existían aún los filósofos de las naciones, que fueran llamados también con este nombre, el cual comenzó desde Pitágoras el Samio, quien comenzó a sobresalir y a ser conocido en aquel tiempo en que se disolvió el cautiverio de los judíos. Mucho más, por lo tanto, se encuentran los demás filósofos habiendo sido después de los Profetas. Pues el mismo Sócrates el Ateniense, maestro de todos los que entonces especialmente brillaron, teniendo en aquella parte que se llama moral o activa el principado, se encuentra en las Crónicas después de Esdras. No mucho después nació también Platón, quien aventajó por mucho a los demás discípulos de Sócrates. A los cuales si añadimos también a los superiores, que aún no se llamaban filósofos, a saber, los siete Sabios, y luego a los físicos que su-

cedieron a Tales, habiendo imitado su estudio en investigar la naturaleza de las cosas, a saber, Anaximandro y Anaxímenes y Anaxágoras, y algunos otros, antes de que Pitágoras se profesara primero filósofo, tampoco ellos preceden en antigüedad de tiempo a todos nuestros Profetas: puesto que Tales, después de quien existieron los demás, se dice que floreció reinando Rómulo, cuando de las fuentes de Israel en aquellas letras que manarían por todo el orbe, brotó el río de la profecía. Por tanto, solos aquellos poetas teólogos, Orfeo, Lino, Museo, y si algún otro hubo entre los griegos, se encuentran anteriores en años a estos Profetas hebreos cuyos escritos tenemos en autoridad. Pero ni siquiera ellos precedieron en tiempo a nuestro verdadero teólogo Moisés, quien predicó verdaderamente a un solo Dios verdadero, cuyos escritos son ahora los primeros en el canon de autoridad: y por esto, en cuanto a los griegos atañe, en cuya lengua las letras de este siglo especialmente hirvieron, nada tienen de qué jactar su sabiduría, para que nuestra religión, donde está la verdadera sabiduría, si no superior, al menos parezca más antigua. En verdad, lo que debe confesarse, no ciertamente en Grecia, sino en las naciones bárbaras, como en Egipto, ya había habido antes de Moisés alguna doctrina que se llamara sabiduría de ellos: de otro modo no estaría escrito en los Libros sagrados que Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios (Hechos VII, 22), entonces ciertamente cuando nació allí, y habiendo sido adoptado y criado por la hija de Faraón, fue también educado liberalmente.

Pero ni siquiera la sabiduría de los egipcios pudo anteceder en tiempo a la sabiduría de nuestros Profetas, puesto que también Abraham fue profeta (Gén. XX, 7). ¿Qué sabiduría, además, pudo haber en Egipto antes de que Isis, a quien muerta pensaron que debía ser colada como gran diosa, les entregara las letras? Isis, además, se cuenta haber sido hija de Ínaco, quien primero comenzó a reinar sobre los argivos, cuando ya se encuentran nacidos los nietos de Abraham.

CAPÍTULO XXXVIII.

Que el canon eclesiástico no recibió ciertos escritos de los santos a causa de su excesiva antigüedad, para que por ocasión de ellos no se insertaran cosas falsas entre las verdaderas.

Ya en verdad, si repitiera cosas mucho más antiguas, aun antes de aquel gran diluvio era ciertamente nuestro el patriarca Noé, a quien no sin mérito llamaría también profeta: si es que la misma arca que hizo, y en la cual escapó con los suyos, fue una profecía de nuestros tiempos. ¿Qué decir de Enoc, el séptimo desde Adán?, ¿acaso no se proclama también que profetizó en la epístola canónica del apóstol Judas (Judas 14)? El que sus escritos no estuvieran en autoridad entre los judíos y entre nosotros, lo causó su excesiva antigüedad, por la cual parecían deber ser tenidos por sospechosos, no fuera que se presentaran cosas falsas por verdaderas. Pues también se presentan algunas que se dicen ser de ellos por quienes creen por todas partes, según su propio sentido, lo que quieren. Pero la castidad del canon no

las recibió, no porque se repruebe la autoridad de aquellos hombres que agradaron a Dios, sino porque no se cree que esas cosas sean de ellos. Ni debe parecer admirable que se tengan por sospechosas las cosas que se presentan bajo el nombre de tanta antigüedad; puesto que en la misma historia de los reyes de Judá y de los reyes de Israel, que contiene los hechos realizados sobre los cuales creemos a la misma Escritura canónica, se conmemoran muchísimas cosas que allí no se explican, y se dice que se encuentran en otros libros que escribieron los Profetas, y en algunos lugares no se callan los nombres de aquellos Profetas (1 Crón. XXIX, 29; 2 Crón. IX, 29); sin embargo, no se encuentran en el canon que recibió el pueblo de Dios. De cuya cosa, confieso, la causa me es oculta; sino que estimo que también ellos mismos, a quienes el Espíritu Santo revelaba ciertamente aquellas cosas que debían estar en la autoridad de la religión, pudieron escribir unas cosas como hombres con diligencia histórica, otras como Profetas por inspiración divina; y que estas estuvieran de tal modo distinguidas, que aquellas se juzgaran deber ser atribuidas a ellos mismos, pero estas ciertamente a Dios hablando por ellos; y así aquellas pertenecieran a la abundancia del conocimiento, estas a la autoridad de la religión: en cuya autoridad se custodia el canon, fuera del cual si se presentan ya algunos escritos aun bajo el nombre de los antiguos Profetas, ni valen para la misma copia de la ciencia, puesto que es incierto si son de ellos de quienes se dicen ser; y por esto no se les tiene fe, especialmente a aquellos en los

cuales se leen algunas cosas aun contra la fe de los libros canónicos, por lo cual aparece que aquellas no son de ningún modo de ellos.

CAPÍTULO XXXIX.

Sobre las letras hebreas, que nunca faltaron en la propiedad de su propia lengua.

No debe, pues, creerse, lo que algunos juzgan, que solo la lengua hebrea fue conservada por aquel que se llamaba Heber, de donde viene el vocablo de los hebreos, y que las letras hebreas comenzaron desde la ley que fue dada por Moisés; sino más bien que por aquella sucesión de los padres, la mencionada lengua fue custodiada con sus letras. Finalmente, Moisés estableció en el pueblo de Dios a quienes presidieran la enseñanza de las letras, antes de que conocieran letras algunas de la ley divina. A estos los llama la Escritura grammatoeisagogeis, que en latín pueden llamarse litterarum inductores o introductores (introductores de las letras), por aquello de que las introducen, esto es, las introducen de algún modo en los corazones de los que aprenden, o más bien a ellos mismos a quienes enseñan en ellas. Ninguna nación, por lo tanto, se jactará con vanidad alguna de la antigüedad de su sabiduría sobre nuestros Patriarcas y Profetas, en quienes estaba la divina sabiduría; cuando ni siquiera se encuentra Egipto, que suele gloriarse falsa y vanamente de la antigüedad de sus doctrinas, habiendo precedido con cualquier sabiduría suya a la sabiduría de nuestros Patriarcas en su tiem-

po. Pues nadie se atreverá a decir que ellos fueron peritísimos en disciplinas admirables antes de que conocieran las letras, esto es, antes de que Isis hubiera venido allí y las hubiera enseñado allí. Además, aquella memorable doctrina de ellos, que fue llamada sabiduría, ¿qué era sino máximo la astronomía, y si algo otro de tales disciplinas suele valer más para ejercitar los ingenios que para iluminar las mentes con la verdadera sabiduría? Pues por lo que atañe a la filosofía, que profesa enseñar algo por lo cual los hombres se hagan bienaventurados, alrededor de los tiempos de Mercurio, a quien llamaron Trimegisto, florecieron en aquellas tierras estudios de esa clase: mucho antes ciertamente que los sabios o filósofos de Grecia, pero sin embargo después de Abraham, e Isaac, y Jacob, y José; sin duda también después del mismo Moisés. En aquel tiempo, en efecto, en que nació Moisés, se encuentra que existió aquel Atlas, gran astrólogo, hermano de Prometeo, abuelo materno del Mercurio mayor, cuyo nieto fue este Mercurio Trimegisto.

CAPÍTULO XL.

Sobre la mendacísima vanidad de los egipcios, que adscribe cien mil años a la antigüedad de su ciencia.

En vano, pues, parlotean algunos con vanísima presunción, diciendo que desde que Egipto comprendió la razón de los astros, se numeran más de cien mil años. ¿En qué libros, en efecto, recogieron ese número, ellos que aprendieron las letras siendo Isis su maestra no mucho antes de

hace dos mil años? Pues no es pequeño autor en la historia Varrón, quien transmitió esto, lo cual no disuena de la verdad de las letras divinas. Pues como desde el mismo primer hombre, que fue llamado Adán, aún no se completan seis mil años, ¿cómo no han de ser aquellos más bien reídos que refutados, quienes intentan persuadir de un espacio de tiempos tan diverso y tan contrario a esta verdad explorada? ¿A quién, en efecto, creemos mejor narrando las cosas pasadas que a aquel que también predijo las futuras, que ya vemos presentes? Pues también la misma disonancia de los historiadores entre sí nos ofrece abundancia, para que debamos creer más bien a aquel que no repugna a la historia divina que tenemos. Por lo demás, los ciudadanos de la ciudad impía, difundidos por todas partes por las tierras, cuando leen a hombres doctísimos, de ninguno de los cuales parezca deber despreciarse la autoridad, discrepando entre sí sobre los hechos realizados remotísimos de la memoria de nuestra edad, no encuentran a quién deban creer más bien. Nosotros, en cambio, en la historia de nuestra religión, apoyados en la autoridad divina, no dudamos que sea falsísimo todo lo que a ella resiste, de cualquier modo que se tengan las demás cosas en las letras seculares; las cuales, ya sean verdaderas o falsas, nada de importancia aportan para que vivamos recta y bienaventuradamente.

CAPÍTULO XLI.

Sobre las disensiones de las opiniones filosóficas, y la concordia de las Escrituras canónicas ante la Iglesia.

1. Para que omitamos ya el conocimiento de la historia, los mismos filósofos, desde los cuales progresamos a estas cosas, quienes no parecen haber trabajado en sus estudios sino para encontrar cómo se debía vivir para alcanzar la bienaventuranza, ¿por qué disintieron tanto los discípulos de los maestros como entre sí los condiscípulos, sino porque como hombres buscaron estas cosas con los sentidos humanos y los raciocinios humanos? Donde, aunque pudo haber también afán de gloria, por el cual cada uno desea parecer más sabio y agudo que otro, no de algún modo adicto a la opinión ajena, sino inventor de su propio dogma y opinión: sin embargo, para que conceda que algunos o incluso muchísimos de ellos fueron aquellos a quienes el amor de la verdad separó de sus doctores o compañeros de aprendizaje, para que lucharan por aquello que pensaban ser la verdad, ya fuera esta o no lo fuera; ¿qué hace, o a dónde o por dónde se extiende la infelicidad humana para que se llegue a la bienaventuranza, si la autoridad divina no guía? Finalmente, lejos de nuestros autores, en quienes no en vano se fija y termina el canon de las sagradas letras, el disentir entre sí por razón alguna. Por lo cual no sin mérito, cuando escribían aquellas cosas, creyeron que Dios les hablaba a ellos o por ellos, no unos pocos charlatanes en las escuelas y gimnasios con disputas litigiosas, sino en los campos y en las ciudades tantos y tan grandes pueblos, con sabios e ignorantes. Ellos ciertamente debieron ser pocos, para que no se envileciera por la multitud lo que debía ser de

la religión en ellas: sin embargo, no tan pocos que no sea de admirar su consenso. Pues en la multitud de filósofos, que dejaron también por el trabajo literario monumentos de sus dogmas, no encontrará uno fácilmente a aquellos entre quienes convengan todas las cosas que sintieron: lo cual mostrar en esta obra es largo.

2. ¿Quién, además, autor de cualquier secta, fue de tal modo aprobado en esta ciudad adoradora de demonios (daemonicola civitate), que los demás, que sintieron cosas diversas y adversas, fueran reprobados? ¿Acaso no brillaban en Atenas tanto los Epicúreos, afirmando que las cosas humanas no pertenecen al cuidado de los dioses, como los Estoicos, que sintiendo lo contrario, disputaban que aquellas eran regidas y protegidas por dioses ayudantes y tutores? Por lo cual me admiro de por qué Anaxágoras fue hecho reo porque dijo que el sol es una piedra ardiente, negando por cierto que fuera Dios, cuando en la misma ciudad floreció en gloria Epicuro, y vivió seguro, no solo no creyendo que el sol o alguno de los astros fuera Dios, sino contendiendo que ni Júpiter, ni ninguno de los dioses en absoluto habitan en el mundo para que a ellos lleguen los ruegos y súplicas de los hombres. ¿Acaso no Aristipo, poniendo el sumo bien en la voluptuosidad del cuerpo, y allá Antístenes, aseverando que el hombre se hace bienaventurado más bien por la virtud del ánimo—dos filósofos nobles y ambos socráticos—colocando la suma de la vida en fines tan diversos y entre sí contrarios (de los cuales aquel también decía que la república debía

ser evitada por el sabio, y este que debía ser administrada), congregaba cada cual discípulos para seguir su propia secta? Sin duda abiertamente en el conspicuo y notabilísimo pórtico, en los gimnasios, en los huertos, en los lugares públicos y privados, combatían por bandadas cada cual por su opinión: unos aseverando un solo mundo, otros innumerables mundos; y aquel mismo uno, unos que había nacido, otros en verdad que no tenía principio; unos que perecería, otros que siempre sería; unos que era movido por la mente divina, otros por el azar y por los casos: unos que las almas son inmortales, otros mortales; y los que decían inmortales, unos que volvían a los animales, otros de ningún modo; los que en verdad decían mortales, unos que perecían pronto tras el cuerpo, otros que vivían incluso después o un poco, o más tiempo, pero no siempre: unos constituyendo el fin del bien en el cuerpo, otros en el alma, otros en ambos, otros añadiendo incluso bienes situados extrínsecamente al alma y al cuerpo: unos pensando que debía creerse siempre a los sentidos del cuerpo, otros no siempre, otros nunca. Estas y otras casi innumerables disensiones de los filósofos, ¿qué pueblo alguna vez, qué senado, qué potestad o dignidad pública de la ciudad impía cuidó de juzgar, y unas de aprobar y recibir, otras de reprobar y repudiar, y no tuvo por todas partes sin juicio alguno y confusamente en su regazo tantas controversias de hombres disidentes, no sobre campos y casas, o sobre cualquier razón pecuniaria, sino sobre estas cosas por las cuales o se vive miserable o

bienaventuradamente? Donde, aunque se decían algunas cosas verdaderas, con la misma licencia se decían también las falsas; de tal modo que no en vano tal ciudad recibió el nombre místico de Babilonia. Babilonia, en efecto, se interpreta como Confusión, lo cual recordamos haber dicho ya (Libro 16, cap. 4, y en otros lugares). Ni le importa al diablo, rey de ella, por cuán contrarios errores riñan entre sí, a quienes posee por igual por el mérito de mucha y variada impiedad.

3. Pero en verdad aquella nación, aquel pueblo, aquella ciudad, aquella república, aquellos israelitas, a quienes fueron confiados los oráculos de Dios (eloquia Dei), de ningún modo confundieron a los seudoprofetas con los verdaderos Profetas con la misma licencia: sino concordes entre sí y en nada disidentes, los veraces autores de las sagradas Letras eran reconocidos y tenidos por ellos. Ellos mismos eran para ellos los filósofos, esto es, los amantes de la sabiduría, ellos mismos los sabios, ellos mismos los teólogos, ellos mismos los profetas, ellos mismos los doctores de la probidad y de la piedad. Quienquiera que según ellos sintió y vivió, no según los hombres, sino según Dios, que habló por ellos, sintió y vivió. Allí, si se prohibió el sacrilegio, Dios lo prohibió. Si se dijo: «Honra a tu padre y a tu madre», Dios lo mandó. Si se dijo: «No cometerás adulterio, No matarás, No hurtarás» (Éxodo XX, 12-15), y otras cosas de esta clase, no estas bocas humanas, sino los oráculos divinos las vertieron. Todo lo que algunos filósofos entre las cosas falsas que opinaron pudieron ver de verdadero, y se

esforzaron por persuadir con laboriosas disputas, que Dios hizo este mundo y que Él mismo providentísimo lo administra, sobre la honestidad de las virtudes, sobre el amor a la patria, sobre la fidelidad de la amistad, sobre las buenas obras y todas las cosas pertenecientes a las costumbres probas, aunque ignorando a qué fin y de qué modo debían referirse todas aquellas cosas, por voces proféticas, esto es divinas, aunque por medio de hombres, fueron recomendadas al pueblo en aquella ciudad, no inculcadas por los certámenes de las argumentaciones; para que no el ingenio del hombre, sino el oráculo de Dios temiera despreciar quien las conociera.

CAPÍTULO XLII.

Por qué dispensación de la providencia de Dios las sagradas Escrituras del Antiguo Testamento fueron traducidas de la lengua hebrea a la griega, para que llegaran a conocimiento de las Gentes.

Estas sagradas Letras también uno de los Ptolomeos, reyes de Egipto, procuró conocer y tener. Pues después de la maravillosísima y mínimamente duradera potencia de Alejandro el Macedonio, quien también fue llamado Magno, por la cual había sometido a toda Asia, es más, a casi todo el orbe, en parte por la fuerza y las armas, en parte por el terror, cuando entre otras cosas del Oriente también entró y obtuvo Judea; muerto él, sus compañeros, como no hubieran dividido aquel amplísimo reino para poseerlo pacíficamente entre sí, sino que más bien lo hu-

bieran disipado, para asolarlo todo con guerras, Egipto comenzó a tener a los Ptolomeos como reyes: el primero de los cuales, hijo de Lago, trasladó muchos cautivos de Judea a Egipto. Pero sucediendo a este otro Ptolomeo, que fue llamado Filadelfo, permitió que todos aquellos que el otro había traído subyugados regresaran libres: además también envió dones reales al templo de Dios, y pidió a Eleazar, entonces sumo sacerdote, que se le dieran las Escrituras, las cuales sin duda había oído por la fama que las proclamaba divinas; y por eso había deseado tenerlas en la biblioteca que había hecho nobilísima. Habiéndole enviado estas el mismo sumo sacerdote en hebreo, después pidió también intérpretes; y fueron dados setenta y dos, seis hombres de cada una de las doce tribus, doctísimos en ambas lenguas, a saber, la hebrea y la griega. Cuya interpretación, para que se llame de los Setenta (Septuaginta), ya obtuvo la costumbre. Se cuenta por cierto que tan admirable y estupendo y plenamente divino consenso hubo en sus palabras, que habiéndose sentado cada uno por separado para esta obra (pues así plugo a Ptolomeo explorar la fidelidad de ellos), en ninguna palabra, que significara lo mismo y valiera tanto, o en el orden de las palabras, discrepó el uno del otro: sino que como si fuera un solo intérprete, así lo que todos interpretaron era uno solo: puesto que en verdad el Espíritu era uno en todos. Y por esto habían recibido tan admirable don de Dios, para que la autoridad de aquellas Escrituras, no como humanas sino como eran, como divinas, se

recomendara también de este modo, habiendo de aprovechar a las naciones que algún día creerían, lo cual ya vemos efectuado.

CAPÍTULO XLIII.

Sobre la autoridad de los Setenta (Septuaginta) intérpretes, la cual, a salvo el honor del estilo hebreo, ha de ser preferida a todos los intérpretes.

Pues aunque ha habido otros intérpretes que tradujeron de la lengua hebrea a la griega aquellas sagradas palabras, como Aquila, Símaco y Teodoción; como también existe aquella interpretación cuyo autor no aparece, y por esto, sin nombre del intérprete, se llama la Quinta edición: sin embargo, esta que es la de los Setenta, la Iglesia la ha recibido como si fuera la única, y de ella usan los pueblos cristianos griegos, la mayoría de los cuales ignora si existe alguna otra. De esta versión de los Setenta se tradujo también a la lengua latina lo que mantienen las Iglesias latinas. Aunque no ha faltado en nuestros tiempos el presbítero Jerónimo, hombre doctísimo y perito en las tres lenguas, que convirtió las mismas Escrituras al lenguaje latino no del griego, sino del hebreo. Pero aunque los judíos confiesan que su tan literario trabajo es veraz, mientras sostienen que los Setenta intérpretes erraron en muchas cosas; sin embargo, las Iglesias de Cristo juzgan que a nadie se debe anteponer a la autoridad de tantos hombres, elegidos entonces por el pontífice Eleazar para tan gran obra: porque aunque no hubiera aparecido en ellos un solo Espíritu, sin

duda divino, sino que los setenta doctos hubieran cotejado entre sí las palabras de su traducción al modo de los hombres, para que permaneciera lo que a todos hubiera pluguiera, ningún intérprete único debió serles antepuesto; pero cuando apareció en ellos tan gran signo de divinidad, ciertamente cualquier otro intérprete de aquellas Escrituras del hebreo a cualquier otra lengua que sea veraz, o concuerda con aquellos Setenta intérpretes, o si no parece concordar, se ha de creer que hay allí una profundidad profética. Pues el Espíritu que estaba en los profetas cuando dijeron aquellas cosas, era el mismo también en los setenta varones cuando las interpretaron: el cual ciertamente por autoridad divina pudo decir también otra cosa, como si aquel profeta hubiera dicho ambas, porque el mismo Espíritu diría ambas; y esto mismo de otro modo, para que si no las mismas palabras, sin embargo el mismo sentido resplandeciera para los que bien entienden; y omitir algo, y añadir algo, para que también por aquí se mostrara que no hubo en aquella obra una servidumbre humana, que el intérprete debía a las palabras, sino más bien una potestad divina, que llenaba y regía la mente del intérprete.

Algunos, sin embargo, pensaron que los códices griegos de la versión de los Setenta debían ser enmendados a partir de los códices hebreos: mas no se atrevieron a quitar lo que los hebreos no tenían y los Setenta pusieron; sino que solamente añadieron lo que, hallado en los hebreos, no estaba entre los Setenta; y lo anotaron al principio de los mismos versículos con ciertos signos hechos

a modo de estrellas, los cuales signos llaman asteriscos. Pero aquello que no tienen los hebreos, y tienen los Setenta, igualmente lo señalaron al principio de los versículos con virgulillas yacentes, como se escriben las onzas. Y muchos códices que tienen estas notas están difundidos por todas partes, incluso latinos. Pero aquellas cosas que no han sido omitidas ni añadidas, sino dichas de otro modo, ya sea que produzcan otro sentido no ajeno al mismo, o se muestre que explican el mismo sentido de otro modo, no pueden hallarse sino inspeccionados ambos códices.

Si, por tanto, como conviene, no miramos ninguna otra cosa en aquellas Escrituras sino lo que por medio de hombres dijo el Espíritu de Dios, cualquier cosa que está en los códices hebreos y no está entre los intérpretes Setenta, el Espíritu de Dios no quiso decirla por medio de estos, sino por medio de aquellos profetas. Pero cualquier cosa que está entre los Setenta, y no está en los códices hebreos, el mismo Espíritu prefirió decirla por medio de estos más que por medio de aquellos, mostrando así que ambos fueron profetas. Pues de este modo dijo unas cosas por Isaías, otras por Jeremías, otras por uno y otro profeta, o de otro modo lo mismo por este y por aquel, según quiso. Por lo demás, cualquier cosa que se halla entre ambos, el mismo y único Espíritu quiso decirla por medio de ambos; pero de tal modo que aquellos precedieran profetizando, y estos siguieran interpretándolos proféticamente: porque así como en aquellos hubo un solo Espíritu de paz para los que decían cosas verdaderas

y concordes; así también en estos que no conferenciaban entre sí, y sin embargo interpretaban todo como con una sola boca, apareció el mismo y único Espíritu.

CAPÍTULO XLIV.---Qué debe entenderse sobre el exterminio de los ninivitas, cuya denuncia en el hebreo se extiende a un espacio de cuarenta días, pero en los Setenta se concluye en la brevedad de tres días. Pero dice alguien: ¿Cómo sabré lo que Jonás el profeta dijo a los ninivitas, si "Tres días, y Nínive será destruida"; o "Cuarenta días" (Jonás III, 4)? Pues ¿quién no ve que no pudieron decirse ambas cosas entonces por el profeta, que había sido enviado para aterrar a la ciudad con la conminación de un inminente exterminio? Si su destrucción había de ser al tercer día, ciertamente no al cuadragésimo; si al cuadragésimo, ciertamente no al tercero. Si, por tanto, se me pregunta cuál de estas cosas dijo Jonás, pienso que más bien aquello que se lee en el hebreo: "Cuarenta días, y Nínive será destruida". Pues los Setenta, habiendo traducido mucho tiempo después, pudieron decir otra cosa que, sin embargo, perteneciera al asunto y concurriera en uno y el mismo sentido, aunque bajo otra significación; y amonestara al lector, no despreciada ninguna de las dos autoridades, a elevarse de la historia a buscar aquellas cosas para cuya significación fue escrita la historia misma. Pues aquellas cosas se realizaron en la ciudad de Nínive, pero también significaron algo que excede la medida de aquella ciudad: así como se realizó que el mismo profeta estuviera en el vientre de la ballena tres días, y

sin embargo significó a otro que había de estar en lo profundo del infierno tres días, que es el Señor de todos los profetas. Por lo cual, si por aquella ciudad se entiende rectamente la Iglesia de las naciones figurada proféticamente, destruida ciertamente por la penitencia, para que ya no fuera lo que había sido; puesto que esto se realizó por medio de Cristo en la Iglesia de las naciones, de la cual aquella Nínive llevaba la figura, ya sea por los cuarenta días, ya sea por los tres días, el mismo Cristo es significado; por los cuarenta, ciertamente, porque tantos días pasó con sus discípulos después de la resurrección y ascendió al cielo; por los tres días, en cambio, porque resucitó al tercer día: como si los Setenta intérpretes, siendo ellos mismos profetas, hubieran despertado del sueño al lector que deseaba adherirse a nada más que a la historia de los hechos realizados, para escudriñar la profundidad de la profecía, y en cierto modo hubieran dicho: Búscalo a él mismo en los cuarenta días, en quien también pudieras hallar los tres días; aquello lo encontrarás en su ascensión, esto en su resurrección. Por lo cual convenientísimamente pudo significarse con ambos números, uno de los cuales dijo el mismo y único Espíritu por medio de Jonás el profeta, y el otro por la profecía de los Setenta intérpretes. Evito la prolijidad para no demostrar esto por medio de muchas cosas en las cuales se piensa que los Setenta intérpretes discrepan de la verdad hebrea, y bien entendidos se hallan concordes. Por lo cual también yo, siguiendo según mi pequeña medida las huellas de los Apóstoles,

porque ellos también pusieron testimonios proféticos de ambos, esto es, de los hebreos y de los Setenta, he pensado que se ha de usar ambas autoridades, puesto que ambas son una y divina. Pero ahora prosigamos lo que queda, como podamos.

CAPÍTULO XLV.---Que después de la restauración del templo los judíos dejaron de tener profetas, y desde entonces hasta el nacimiento de Cristo fueron afligidos por continuas adversidades, para que se probara que la edificación de otro templo había sido prometida por las voces proféticas. 1. Después de que la nación judía empezó a no tener profetas, sin duda se hizo peor, a saber, en aquel tiempo en que esperaba que, restaurado el templo tras la cautividad que fue en Babilonia, sería mejor. Pues así entendía aquel pueblo carnal lo que fue prenunciado por el profeta Ageo diciendo: "Grande será la gloria de esta última casa, más que la de la primera". Lo cual demostró un poco más arriba que se dijo sobre el Nuevo Testamento, donde dice abiertamente, prometiendo a Cristo: "Y moveré todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones" (Ageo II, 10, 8). En cuyo lugar los Setenta intérpretes, por autoridad profética, dijeron otro sentido más conveniente al cuerpo que a la cabeza, esto es, más a la Iglesia que a Cristo: "Vendrán las cosas elegidas del Señor de todas las naciones", esto es, los hombres, sobre los cuales el mismo Jesús dice en el Evangelio: "Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos" (Mat. XXII, 14). Pues con tales elegidos de las naciones se edifica la casa

de Dios por el Nuevo Testamento con piedras vivas, mucho más gloriosa de lo que fue aquel templo que fue construido por el rey Salomón y restaurado después de la cautividad. Por esto, pues, ni tuvo profetas aquella nación desde aquel tiempo, y fue afligida con muchos desastres por reyes extranjeros y por los mismos romanos, para que no opinara que esta profecía de Ageo se había cumplido en aquella restauración del templo.

2. Pues no mucho después, llegando Alejandro, fue subyugada; cuando, aunque no se hizo ninguna devastación porque no se atrevieron a resistirle y por tanto lo recibieron muy fácilmente pacificado como súbditos, no era, sin embargo, la gloria de aquella casa tan grande como fue bajo la libre potestad de sus propios reyes. Ciertamente Alejandro inmoló hostias en el templo de Dios, no convertido a su culto por verdadera piedad, sino pensando por impía vanidad que debía ser adorado junto con los dioses falsos. Después Tolomeo, hijo de Lago, lo cual recordé arriba, tras la muerte de Alejandro trasladó cautivos de allí a Egipto, a quienes su sucesor Tolomeo Filadelfo puso en libertad muy benévolamente; por medio del cual se hizo lo que narré poco antes, que tuviéramos las Escrituras de los Setenta intérpretes. Después fueron quebrantados por las guerras que se explican en los libros de los Macabeos. Después de estas cosas fueron capturados por el rey de Alejandría Tolomeo, que fue llamado Epífanes; de allí, por Antíoco rey de Siria, fueron compelidos con muchos y gravísimos males a adorar ídolos, y el mismo templo fue llenado con las sacrílegas

supersticiones de las naciones, el cual, sin embargo, su esforzadísimo jefe Judas, que también fue llamado Macabeo, expulsados los generales de Antíoco, lo purificó de toda aquella contaminación de idolatría.

3. No mucho después, un tal Álcimo, por ambición, siendo ajeno al linaje sacerdotal, lo cual era un nefasto, fue hecho pontífice. De aquí ya, después de casi cincuenta años, en los cuales sin embargo no tuvieron paz, aunque también realizaron algunas cosas prósperamente, el primero entre ellos, Aristóbulo, asumida la diadema, fue hecho rey y pontífice. Pues antes, desde que regresaron de la cautividad de Babilonia y fue restaurado el templo, no tuvieron reyes, sino jefes o príncipes: aunque también el que es rey puede llamarse príncipe por el principado de mandar, y jefe por ser el conductor del ejército; pero no inmediatamente quienesquiera que son príncipes o jefes pueden también llamarse reyes, lo cual fue este Aristóbulo. A este le sucedió Alejandro, también él mismo rey y pontífice, de quien se dice que reinó cruelmente sobre los suyos. Después de este, su esposa Alejandra fue reina de los judíos, desde cuyo tiempo y en adelante les siguieron males más graves. Pues los hijos de esta Alejandra, Aristóbulo e Hircano, disputando entre sí por el imperio, provocaron a las fuerzas romanas contra la nación israelita. Pues Hircano pidió auxilio a ellos contra su hermano. Entonces ya Roma había subyugado África, había subyugado Grecia, y mandando ampliamente también en otras partes del orbe, como si no pudiera soportarse a sí

misma, en cierto modo se había quebrado por su propia magnitud. Pues había llegado a graves sediciones domésticas, y de allí a guerras sociales, y pronto a civiles, y tanto se había desmenuzado y desgastado, que le era inminente el cambio de estado de la república, por el cual fuera regida por reyes. Pompeyo, pues, el más ilustre príncipe del pueblo romano, entrando en Judea con el ejército, toma la ciudad, abre el templo, no por devoción de suplicante, sino por derecho de vencedor, y accede al lugar santísimo, donde no era lícito entrar sino al sumo sacerdote, no como venerador, sino como profanador; y confirmado el pontificado de Hircano, e impuesto a la nación subyugada como custodio Antípater, a quienes entonces llamaban procuradores, lleva consigo encadenado a Aristóbulo. Desde entonces los judíos empezaron también a ser tributarios de los romanos. Después Casio también despojó el templo. Luego, tras pocos años, merecieron tener también a Herodes, rey extranjero, bajo cuyo reinado nació Cristo. Pues ya había llegado la plenitud del tiempo significada por el Espíritu profético por la boca del patriarca Jacob, cuando dice: "No faltará príncipe de Judá, ni jefe de sus muslos, hasta que venga aquel para quien está guardado, y él será la expectación de las naciones" (Gén. XLIX, 10). No faltó, pues, un príncipe de los judíos de entre los judíos hasta este Herodes, a quien primero recibieron como rey extranjero. Era el tiempo, pues, de que viniera aquel para quien estaba guardado lo que se prometió en el Nuevo Testamento, para que él mismo fuera la expectación de las naciones. Pero

no podría ser que las naciones esperaran que él viniera, como vemos que se le espera, para que venga a hacer juicio en la claridad de la potencia, si antes no creyeran en él cuando vino a sufrir el juicio en la humildad de la paciencia.

CAPÍTULO XLVI.---Sobre el nacimiento de nuestro Salvador, según que el Verbo se hizo carne; y sobre la dispersión de los judíos por todas las naciones, como había sido profetizado. Reinando, pues, Herodes en Judea, habiendo cambiado ya el estado de la república entre los romanos, imperando el César Augusto y estando pacificado el orbe por él, nació Cristo según la profecía precedente (Miqueas V, 2) en Belén de Judea, hombre manifiesto de hombre virgen, Dios oculto de Dios Padre. Pues así lo había predicho el profeta: "He aquí que una virgen concebirá en su vientre, y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que es interpretado, Dios con nosotros" (Isa. VII, 14; Mat. I, 23; Luc. I, 31). El cual, para recomendar a Dios en sí mismo, realizó muchos milagros; de los cuales la Escritura evangélica contiene algunos, cuantos se vio que bastaban para predicarle. De los cuales el primero es que nació tan admirablemente; y el último, que con su cuerpo resucitado de entre los muertos ascendió al cielo. Pero los judíos, que lo mataron y no quisieron creer en él, porque convenía que él muriera y resucitara, devastados más infelizmente por los romanos y erradicados fundamentalmente de su propio reino, donde ya les dominaban los extranjeros, y dispersos por las tierras (puesto que en todas partes se hallan),

son para nosotros testimonio por medio de sus Escrituras de que no hemos fingido las profecías sobre Cristo; las cuales considerando muchos de ellos, tanto antes de la pasión como máximamente después de su resurrección, creyeron en él, de los cuales se predijo: "Si el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, las reliquias se salvarán" (Isa. X, 22). Los demás, en cambio, fueron cegados, de los cuales se predijo: "Hágase su mesa ante ellos como un lazo, y como retribución y como escándalo. Oscurézcanse sus ojos para que no vean; y encorva siempre su espalda" (Sal. LXVIII, 23-24). Por tanto, cuando no creen en nuestras Escrituras, se cumplen en ellos las suyas, que ciegos leen; a no ser que acaso alguien diga que los cristianos fingieron aquellas profecías sobre Cristo que se profieren bajo el nombre de la Sibila o de otros, si hay algunas que no pertenecen al pueblo de los judíos. A nosotros ciertamente nos bastan aquellas que se profieren de los códices de nuestros enemigos, a quienes reconocemos por este testimonio que nos dan aun sin querer al tener y conservar los mismos códices, estando ellos mismos dispersos por todas las naciones, por dondequiera que se dilata la Iglesia de Cristo. Pues la profecía en los Salmos, que también ellos leen, fue enviada de antemano sobre este asunto, donde está escrito: "Mi Dios, su misericordia me prevendrá. Mi Dios me ha mostrado en mis enemigos: no los mates, no sea que alguna vez olviden tu ley; dispérsalos en tu virtud" (Sal. LVIII, 11-12). Mostró, pues, Dios a la Iglesia en sus enemigos los judíos la gracia de

su misericordia, puesto que, como dice el Apóstol, el delito de ellos es la salud de las naciones (Rom. XI, 11). Y por esto no los mató, esto es, no perdió en ellos el que sean judíos, aunque fueron vencidos y oprimidos por los romanos; no fuera que, olvidada la ley de Dios, nada valieran para este testimonio de que tratamos. Por eso fue poco que dijera: "No los mates, no sea que alguna vez olviden tu ley"; si no añadiera también: "Dispérsalos"; puesto que si con este testimonio de las Escrituras estuvieran solamente en su tierra y no en todas partes, ciertamente la Iglesia que está en todas partes no podría tenerlos como testigos de las profecías que sobre Cristo fueron enviadas de antemano en todas las naciones.

CAPÍTULO XLVII.---Si antes de los tiempos cristianos hubo algunos fuera del linaje israelita que pertenecieran al consorcio de la ciudad celestial. Por lo cual, cualquier extranjero, esto es, no nacido de Israel, ni recibido por aquel pueblo en el canon de las sagradas letras, de quien se lea que haya profetizado algo sobre Cristo, si llega o llegara a nuestra noticia, puede ser conmemorado por nosotros para mayor abundamiento: no porque sea necesario, aunque falte, sino porque no incongruentemente se cree que hubo también en otras naciones hombres a quienes fue revelado este misterio, y que también fueron impulsados a predecir esto, ya sea que fueran partícipes de la misma gracia, o que careciendo de ella fueran enseñados por malos ángeles, de quienes sabemos que confesaron a Cristo presente, a quien los judíos no reconocían. Ni estimo que los mismos

judíos se atrevan a contender que nadie perteneció a Dios fuera de los israelitas, desde que empezó a existir la progenie de Israel, reprobado su hermano mayor. Pues pueblo en verdad que propiamente se llamara pueblo de Dios, no hubo ningún otro; pero no pueden negar que hubo algunos hombres pertenecientes a los verdaderos israelitas, ciudadanos de la patria superna, en otras naciones también, no por sociedad terrena, sino celestial: porque si lo niegan, son facilísimamente convencidos por el santo y admirable varón Job, que no fue ni indígena ni prosélito, esto es, advenedizo del pueblo de Israel; sino trayendo su linaje de la nación idumea, allí nació y allí mismo murió: el cual es de tal modo alabado por el divino elocuencia, que en lo que a la justicia y piedad toca, ningún hombre de sus tiempos se le iguala (Job I; Ez. XIV, 20). Los cuales tiempos suyos, aunque no los hallamos en las Crónicas, colegimos sin embargo de su libro, el cual por su propio mérito recibieron los israelitas en la autoridad canónica, que fue posterior a Israel por tres generaciones. No dudo que fue divinamente provisto para que por este solo caso supiéramos que también por otras naciones pudo haber quienes vivieron según Dios y le plugueron, pertenecientes a la Jerusalén espiritual. Lo cual ha de creerse que a nadie fue concedido sino a aquel a quien le fue revelado divinamente el único mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús: el cual era así prenunciado a los antiguos santos como habiendo de venir en carne, del mismo modo que a nosotros nos ha

sido anunciado como habiendo venido, para que una misma fe por él conduzca a Dios a todos los predestinados a la Ciudad de Dios, a la casa de Dios, al templo de Dios. Pero cualesquiera profecías de otros que se proferen sobre la gracia de Dios por Jesucristo, pueden ser pensadas por los cristianos como fingidas. Por tanto, nada hay más firme para convencer a cualesquiera extraños, si contendieran sobre este asunto, y para hacerlos nuestros si rectamente entendieran, que el que se profieran aquellas predicciones divinas sobre Cristo que están escritas en los códices de los judíos: los cuales, arrancados de sus propias sedes y dispersos por todo el orbe por causa de este testimonio, hicieron que la Iglesia de Cristo creciera por todas partes.

CAPÍTULO XLVIII.---Que la profecía de Ageo, en la que dijo que sería mayor la gloria de la casa de Dios que la que había sido al principio, se cumplió no en la reedificación del templo, sino en la Iglesia de Cristo. Esta casa de Dios es de mayor gloria que la que fue aquella primera construida con maderas y piedras, y otras cosas preciosas y metales. No se cumplió, pues, la profecía de Ageo en la restauración de aquel templo. Pues desde que fue restaurado, nunca se muestra que haya tenido tanta gloria como tuvo en tiempo de Salomón; antes bien se muestra primero que por la cesación de la profecía fue disminuida la gloria de aquella casa, y luego por tantos desastres de la nación misma hasta el último exterminio, que fue realizado por los romanos, como atestiguan aquellas cosas que arriba se han recordado. En

cambio, esta casa perteneciente al Nuevo Testamento es ciertamente de tanto mayor gloria cuanto mejores son las piedras vivas con que es construida por los creyentes y renovados. Pero por esto fue significada por la restauración de aquel templo, porque la misma renovación de aquel edificio significa en el lenguaje profético el otro Testamento, que se llama nuevo. Lo que Dios dijo, pues, por el mencionado profeta: "Y daré paz en este lugar" (Ageo II, 10); por el lugar que significa, debe entenderse aquel que por él es significado: para que, porque con aquel lugar restaurado fue significada la Iglesia, que había de ser edificada por Cristo, no se entienda otra cosa lo que se dijo: "Daré paz en este lugar", sino: Daré paz en el lugar que significa este lugar. Puesto que todas las cosas significantes parecen en cierto modo sostener las personas de aquellas cosas que significan: como fue dicho por el Apóstol: "La roca era Cristo" (I Cor. X, 4); puesto que aquella roca de la cual se dijo esto, significaba ciertamente a Cristo. Es, pues, mayor la gloria de esta casa del Nuevo Testamento que la gloria de la casa anterior del Antiguo Testamento; y entonces aparecerá mayor, cuando sea dedicada. Pues entonces "vendrá el Deseado de todas las naciones" (Ageo II, 8), como se lee en el hebreo. Pues antes su advenimiento aún no era deseado por todas las naciones. Pues no sabían a quién debían desear, en quien no habían creído. Entonces también según los Setenta intérpretes (porque también él mismo es sentido profético), "vendrán las cosas que son elegidas del Señor de todas las naciones".

Pues entonces verdaderamente no vendrán sino los elegidos, de los cuales dice el Apóstol: "Como nos eligió en él antes de la constitución del mundo" (Ef. I, 4). Pues el mismo Arquitecto, que dijo: "Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos" (Mat. XXII, 14), ha de mostrar la casa edificada no de aquellos que llamados vinieron de tal modo que fueran arrojados del convite, sino de los elegidos, la cual casa no temerá en adelante ruina alguna. Ahora, en cambio, cuando también llenan las iglesias aquellos a quienes la ventilación separará como en la era, no aparece tanta gloria de esta casa como aparecerá entonces, cuando quienquiera que esté allí, estará siempre.

CAPÍTULO XLIX.

Sobre la indiscreta multiplicación de la Iglesia, por la cual en este siglo muchos réprobos se mezclan con los elegidos.

En este mundo maligno, pues, en estos días malos, donde por la humildad presente prepara la Iglesia la futura alteza, y es instruida por los estímulos de los temores, los tormentos de los dolores, las molestias de los trabajos, los peligros de las tentaciones, gozándose solo en la esperanza, cuando se goza rectamente, muchos réprobos se mezclan con los buenos; y ambos son recogidos como en una red evangélica (Mat. XIII, 47); y en este mundo, como en el mar, ambos incluidos en las redes nadan indistintamente, hasta que se llegue a la orilla, donde los malos sean segregados de los buenos, y en los buenos, como en su templo, sea Dios todo en todas las cosas (I Cor. XV,

28). Por consiguiente, reconocemos ahora que se cumple la voz de aquel que hablaba en el Salmo y decía: "Anuncié y hablé, se han multiplicado sobre el número" (Sal. XXXIX, 6). Esto sucede ahora, desde que primero por la boca de su precursor Juan, y luego por su propia boca, anunció y habló diciendo: "Haced penitencia, pues se ha acercado el reino de los cielos" (Mat. III, 2; IV, 17). Eligió discípulos, a quienes también llamó Apóstoles (Luc. VI, 13), humildemente nacidos, sin honores, iliteratos; para que cualquier cosa grande que fueran y hicieran, él mismo estuviera y lo hiciera en ellos. Tuvo entre ellos a uno del cual, usando bien del mal, cumpliera el designio de su pasión y ofreciera a su Iglesia un ejemplo de tolerancia de los malos. Sembrado el santo Evangelio, cuanto convenía por su presencia corporal, padeció, murió, resucitó: mostrando con la pasión qué debemos sostener por la verdad, y con la resurrección qué debemos esperar en la eternidad; exceptuada la profundidad del sacramento, por el cual su sangre fue derramada para la remisión de los pecados. Conversó en la tierra cuarenta días con sus discípulos, y viéndolo ellos ascendió al cielo, y después de diez días envió el Espíritu Santo prometido: de cuya llegada a los que habían creído fue entonces señal máxima y muy necesaria el que cada uno de ellos hablara en las lenguas de todas las naciones; significando así la unidad de la Iglesia católica que había de ser por todas las naciones, y que así hablaría en todas las lenguas.

CAPÍTULO L.

Sobre la predicación del Evangelio, la cual por las pasiones de los que lo predicaban se hizo más clara y potente.

Después, según aquella profecía: "De Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén" (Isa. II, 3); y según lo predicho por el mismo Señor Cristo, donde después de la resurrección, a sus discípulos estupefactos, les abrió el sentido para que entendieran las Escrituras y les dijo: "Que así está escrito, y así convenía que el Mesías padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día, y que se predicara en su nombre la penitencia y la remisión de los pecados por todas las naciones, empezando desde Jerusalén" (Luc. XXIV, 46, 47); y donde de nuevo, a ellos que le preguntaban sobre su último advenimiento, respondió y dijo: "No es vuestro saber los tiempos o momentos que el Padre puso en su propia potestad; sino que recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra" (Hech. I, 7, 8): primero se difundió la Iglesia desde Jerusalén, y habiendo creído muchísimos en Judea y Samaría, se pasó a las otras naciones, anunciando el Evangelio aquellos a quienes él, como luminares, había aptado con la palabra e inflamado con el Espíritu Santo. Pues les había dicho: "No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma" (Mat. X, 28). Para que no estuvieran fríos de temor, ardían con el fuego de la caridad. Finalmente por ellos, no solo los que lo habían visto y oído antes de la

pasión y después de la resurrección, sino también después del óbito de ellos por sus pósteros, entre horrendas persecuciones y varios tormentos y muertes de mártires, se predicó en todo el orbe el Evangelio, testificando Dios con signos y prodigios y varias virtudes y dones del Espíritu Santo: para que los pueblos de las naciones, creyendo en aquel que por su redención fue crucificado, veneraran con amor cristiano la sangre de los mártires que derramaron con furor diabólico; y los mismos reyes, por cuyas leyes era devastada la Iglesia, se sometieran saludablemente a aquel nombre que intentaron quitar cruelmente de la tierra, y empezaran a perseguir a los falsos dioses, por cuya causa los cultivadores del Dios verdadero habían sido antes perseguidos.

CAPÍTULO LI.

Que incluso por las disensiones de los herejes se fortalece la fe católica.

Viendo, pues, el diablo que los templos de los demonios eran abandonados y que el género humano corría al nombre del Mediador liberador, incitó a los herejes para que, bajo el nombre cristiano, resistieran a la doctrina cristiana, como si pudieran ser tenidos indiferentemente sin ninguna corrección en la Ciudad de Dios, así como la ciudad de la confusión tuvo indiferentemente a filósofos que sentían cosas diversas y adversas entre sí. Los que, por tanto, en la Iglesia de Cristo sienten algo mórbido y depravado, si corregidos para que sientan lo sano y recto, resisten contu-

mazmente y no quieren enmendar sus pestíferos y mortíferos dogmas, sino que persisten en defenderlos, se hacen herejes y, saliendo fuera, son tenidos entre los enemigos que ejercitan. Pues aun así aprovechan con su mal a aquellos verdaderos miembros católicos de Cristo, mientras Dios usa bien incluso de los malos, y "para los que le aman todas las cosas cooperan para el bien" (Rom. VIII, 28). Pues todos los enemigos de la Iglesia, por cualquier error que sean cegados o por cualquier malicia depravados, si reciben potestad de afligir corporalmente, ejercitan su paciencia; si solo por sentir mal se oponen, ejercitan su sabiduría; pero para que incluso los enemigos sean amados, ejercitan su benevolencia, o incluso beneficencia, ya sea que se actúe con ellos con doctrina persuasiva o con terrible disciplina. Y por esto al diablo, príncipe de la ciudad impía, moviendo sus propios vasos contra la Ciudad de Dios que peregrina en este mundo, no se le permite dañarla en nada. A la cual sin duda tanto el consuelo en las cosas prósperas, para que no se quebrante con las adversas, como el ejercicio en las adversas, para que no se corrompa con las prósperas, se le procura por la divina providencia; y así se templa lo uno con lo otro, de modo que en el Salmo reconocemos que aquella voz no nació de otra parte: "Según la multitud de mis dolores en mi corazón, tus consolaciones alegraron mi alma" (Sal. XCIII, 19). De aquí es también aquello del Apóstol: "Gozosos en la esperanza, sufridos en la tribulación" (Rom. XII, 12).

2. Pues aquello que dice el mismo doctor: "Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo padecerán persecución" (2 Tim. 3, 12), no debe pensarse que pueda faltar en ningún tiempo. Porque aun cuando parece haber tranquilidad por parte de los que están fuera al no ensañarse, y en verdad la hay, y aporta muchísimo consuelo, especialmente a los débiles; sin embargo, no faltan, antes bien son muchos los que están dentro, que torturan los corazones de los que viven piadosamente con sus costumbres perdidas: ya que por ellos es blasfemado el nombre cristiano y católico: el cual, cuanto más querido es para los que quieren vivir piadosamente en Cristo, tanto más les duele que por los malos puestos dentro suceda que sea menos amado de lo que desean las mentes de los piadosos. También los mismos herejes, cuando se considera que tienen el nombre y los sacramentos cristianos, y las Escrituras, y la profesión, causan un gran dolor en los corazones de los piadosos: porque muchos que quieren ser cristianos se ven obligados a dudar por causa de sus disensiones, y muchos maldicientes encuentran también en ellos materia para blasfemar el nombre cristiano; porque también ellos son llamados cristianos de algún modo. Con estas y semejantes costumbres depravadas y errores de los hombres padecen persecución los que quieren vivir piadosamente en Cristo, aun cuando nadie hostigue ni veje su cuerpo. Padecen, en efecto, esta persecución no en sus cuerpos, sino en sus corazones. De donde es aquella voz: "Según la multitud de mis dolores en mi corazón". Pues no

dijo: "En mi cuerpo". Pero de nuevo, puesto que se consideran las inmutables promesas divinas, y lo que dice el Apóstol: "Conoce el Señor a los que son suyos" (2 Tim. 2, 19): "Porque a los que antes conoció, también los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo" (Rom. 8, 29); de estos ninguno puede perecer; por eso sigue en aquel salmo: "Tus consolaciones alegraron mi alma". Mas el dolor mismo, que se produce en los corazones de los piadosos, a quienes persiguen las costumbres de los cristianos malos o falsos, aprovecha a los que se duelen; puesto que desciende de la caridad, por la cual no quieren que ellos perezan, ni impidan la salvación de otros. Finalmente, se producen grandes consuelos también de las correcciones de ellos, las cuales bañan las almas de los piadosos con tanta alegría, con cuantos dolores las torturaron por su perdición. Así en este siglo, en estos día malos, no solo desde el tiempo de la presencia corporal de Cristo y de sus Apóstoles, sino desde el mismo Abel, a quien siendo el primer justo mató su impío hermano, y de ahí en adelante hasta el fin de este siglo, peregrinando corre la Iglesia entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios.

CAPÍTULO LII.

Si se debe creer lo que algunos piensan, que cumplidas las diez persecuciones que hubo, ya no queda ninguna más que la undécima, que será en el tiempo mismo del Anticristo.

1. Por lo cual, ni siquiera creo que deba decirse o creerse temerariamente lo que a algunos les ha

parecido o parece, que la Iglesia no ha de padecer más persecuciones hasta el tiempo del Anticristo que las que ya ha padecido, es decir, diez, para que la undécima y novísima sea la del Anticristo. Cuentan, en efecto, la primera que se hizo bajo Nerón, la segunda bajo Domiciano, la tercera bajo Trajano, la cuarta bajo Antonino, la quinta bajo Severo, la sexta bajo Maximino, la séptima bajo Decio, la octava bajo Valeriano, la novena bajo Aureliano, la décima bajo Diocleciano y Maximiano. Pues las plagas de los egipcios, puesto que fueron diez, antes de que el pueblo de Dios comenzara a salir de allí, piensan que deben referirse a este sentido, de modo que la última persecución del Anticristo parezca semejante a la undécima plaga, por la cual los egipcios, mientras seguían hostilmente a los hebreos, perecieron en el mar Rojo, pasando el pueblo de Dios por lo seco. Pero yo no juzgo que por aquel hecho realizado en Egipto hayan sido significadas proféticamente estas persecuciones: aunque a los que así lo piensan, les parezca que aquellas cosas singulares han sido comparadas con estas singulares exquisita e ingeniosamente, no por el Espíritu profético, sino por conjetura de la mente humana, la cual a veces llega a la verdad, y a veces se engaña.

2. Pues ¿qué dirán los que esto sienten de la persecución por la cual el mismo Señor fue crucificado? ¿En qué número la pondrán? Pero si piensan que, exceptuada esta, debe computarse como si solo debieran numerarse aquellas que pertenecen al cuerpo, no aquella por la cual la misma

Cabeza fue acometida y muerta; ¿qué harán de aquella que, después que Cristo ascendió al cielo, se hizo en Jerusalén, donde el bienaventurado Esteban fue lapidado, donde Jacobo el hermano de Juan fue degollado con la espada, donde el apóstol Pedro fue encerrado para ser muerto y liberado por un Ángel, donde los hermanos fueron ahuyentados y dispersos de Jerusalén, donde Saulo, que después fue hecho el apóstol Pablo, asolaba la Iglesia? donde él mismo también, ya evangelizando la fe que perseguía, padeció cosas tales como las que hacía, ya fuera por Judea, ya por otras naciones, por dondequiera que predicaba a Cristo fervorosísimamente? ¿Por qué, pues, les parece que debe comenzarse por Nerón, habiendo llegado la Iglesia creciendo a los tiempos de Nerón entre atrocísimas persecuciones, de las cuales es demasiado largo decirlo todo? Pero si piensan que en el número deben estar las persecuciones hechas por reyes; rey fue Herodes, quien también después de la ascensión del Señor hizo una gravísima. Luego, ¿qué responden también de Juliano, a quien no cuentan en las diez? ¿Acaso él no persiguió a la Iglesia, el cual prohibió a los cristianos enseñar y aprender las letras liberales? Bajo el cual Valentiniano el mayor, que fue el tercer emperador después de él, existió como confesor de la fe cristiana y fue privado de la milicia. Por no mencionar lo que había comenzado a hacer en Antioquía, a no ser que se hubiera horrorizado y temido avergonzarse más deformemente en los demás al admirar la libertad y alegría de un joven fidelísimo y constantísimo,

que, habiendo sido apresados muchos para ser atormentados, fue el primero en ser atormentado durante todo un día entre los garfios y suplicios, salmeando. Finalmente, en nuestra memoria, Valente el arriano, hermano del sobredicho Valentiniano, ¿no asoló con una gran persecución la Iglesia católica por las partes del Oriente? Pero ¿qué cosa es no considerar que la Iglesia, fructificando y creciendo por todo el mundo, puede en algunas naciones padecer persecución por parte de los reyes, aun cuando en otras no la padece? ¿A no ser que acaso no deba computarse como persecución cuando el rey de los godos en la misma Gotia persiguió a los cristianos con una crueldad admirable, cuando no había allí sino católicos, de los cuales muchísimos fueron coronados con el martirio: según oímos a algunos hermanos que entonces habían sido niños allí y recordaban sin vacilación haber visto estas cosas? ¿Qué decir ahora en Persia? ¿No se encendió así la persecución contra los cristianos (si es que ya ha cesado), que algunos huyendo de allí llegaron hasta las ciudades romanas? Pensando yo estas y semejantes cosas, no me parece que deba definirse el número de las persecuciones por las cuales conviene que la Iglesia sea ejercitada. Pero, por otra parte, afirmar que ha de haber algunas futuras por parte de los reyes, además de aquella novísima de la cual ningún cristiano duda, no es de menor temeridad. Por tanto, dejamos esto en medio, no afirmando ni destruyendo ninguna de las dos partes de esta cuestión, sino solo retiran-

do de la audaz presunción de afirmar cualquiera de estas cosas.

CAPÍTULO LIII.

Del tiempo oculto de la novísima persecución.

Aquella novísima persecución, que ha de ser por el Anticristo, la extinguirá Jesús mismo con su presencia. Pues así está escrito, que "le matará con el espíritu de su boca, y le anulará con el resplandor de su presencia" (2 Tes. 2, 8). Aquí se suele preguntar: ¿Cuándo será esto? De modo totalmente inoportuno. Pues si nos aprovechara saber esto, ¿por quién mejor se diría que por el mismo Dios Maestro a los discípulos que le preguntaban? Pues no callaron sobre ello ante Él; sino que le preguntaron estando presente, diciendo: "Señor, ¿te presentarás en este tiempo, y cuándo será el reino de Israel?". Pero Él dijo: "No os toca a vosotros saber los tiempos, que el Padre puso en su potestad" (Hech. 1, 6. 7). No le preguntaron ciertamente por la hora, o el día, o los años, sino por el tiempo, cuando recibieron esta respuesta. En vano, pues, intentamos computar y definir los años que quedan a este siglo, cuando oímos de la boca de la Verdad que saber esto no es nuestro. Los que, sin embargo, unos dijeron que podían cumplirse en cuatrocientos, otros en quinientos, otros incluso en mil años desde la ascensión del Señor hasta su último advenimiento. Mas de qué modo cada uno de ellos fundamente su opinión, es largo de demostrar, y no necesario. Pues usan conjeturas humanas, y nada cierto se

presenta por ellos de la autoridad de la Escritura canónica. Verdaderamente suelta los dedos y manda callar de todos los que calculan sobre esta cosa aquel que dice: "No os toca a vosotros saber los tiempos, que el Padre puso en su potestad".

2. Pero como esta es una sentencia evangélica, no es de maravillar que los adoradores de muchos y falsos dioses no fueran reprimidos por ella para fingir con respuestas de los demonios, a quienes adoran como dioses, que estaba definido por cuánto tiempo había de durar la religión cristiana. Pues como vieran que ni con tantas y tan grandes persecuciones había podido ser consumida, sino que más bien de estas había tomado admirables incrementos, idearon no sé qué versos griegos, como vertidos por un oráculo divino a alguien que consultaba, donde ciertamente hacen a Cristo inocente de este como crimen de sacrilegio; pero añaden que Pedro había hecho por hechicerías que el nombre de Cristo fuera adorado por trescientos sesenta y cinco años, y que luego, cumplido el mencionado número de años, tendría fin sin demora. ¡Oh corazones de hombres doctos! ¡Oh ingenios literatos dignos de creer estas cosas sobre Cristo, que no queréis creer en Cristo: que su discípulo Pedro no aprendió artes mágicas de Él, pero que siendo su maestro inocente fue sin embargo su hechicero y prefirió que el nombre de aquel, antes que el suyo, fuera adorado por sus artes mágicas, con sus grandes trabajos y peligros, y finalmente incluso con la efusión de su sangre! Si Pedro por hechicería hizo que el mundo amara así a Cristo: ¿qué

hizo el inocente Cristo para que Pedro le amara así? Respóndanse, pues, a sí mismos y, si pueden, entiendan que por aquella gracia superna se hizo que el mundo amara a Cristo por la vida eterna, por cuya gracia se hizo que Pedro amara a Cristo tanto por recibir de Él la vida eterna como por padecer por Él hasta la muerte temporal. Luego, ¿quiénes son estos dioses, que pueden predecir estas cosas y no pueden evitarlas, sucumbiendo así a un solo hechicero y a un solo crimen mágico, por el cual un niño de un año, según dicen, fue muerto, y despedazado, y sepultado con rito nefario, para que permitieran que una secta adversaria a ellos se fortaleciera por tan largo tiempo, que superara las horrendas crueldades de tantas y tan grandes persecuciones, no resistiendo sino padeciendo, y que llegara a la subversión de sus propios ídolos, templos, ritos y oráculos? Finalmente, ¿quién es el dios, no nuestro ciertamente, sino de ellos mismos, que o fue atraído por tan gran crimen o fue impulsado a prestar estas cosas? Pues no a algún demonio, sino a un dios dicen aquellos versos que Pedro definió estas cosas por arte mágica. Tal dios tienen los que no tienen a Cristo.

CAPÍTULO LIV.

De la estultísima mentira de los paganos, por la cual fingieron que la religión cristiana no había de durar más de trescientos sesenta y cinco años.

1. Estas y otras muchas cosas semejantes recogería si aún no hubiera pasado aquel mismo

año que la fingida adivinación prometió y la engañada vanidad creyó. Mas como desde que el culto del nombre de Cristo fue instituido por su presencia en la carne y por los Apóstoles, hace ya algunos años que se cumplieron los trescientos sesenta y cinco años, ¿qué otra cosa buscamos para refutar esta falsedad? Pues para que no pongamos el inicio de esta cosa en el nacimiento de Cristo, porque siendo infante y niño no tenía discípulos, sin embargo, cuando comenzó a tenerlos, sin duda entonces se dio a conocer por su presencia corporal la doctrina y religión cristiana, esto es, después que fue bautizado en el río Jordán por el ministerio de Juan. Pues por esto había precedido sobre Él aquella profecía: "Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los términos del orbe de la tierra" (Sal. 71, 8). Pero puesto que antes de que hubiera padecido y resucitado de entre los muertos, aún no había sido definida la fe para todos; en la resurrección de Cristo ciertamente fue definida (pues así habla el apóstol Pablo a los atenienses diciendo: "Ya ahora anuncia a los hombres que todos en todas partes se arrepientan, por cuanto ha establecido un día para juzgar al orbe con equidad, por el varón en quien definió la fe a todos, resucitándole de entre los muertos" [Hech. 17, 30. 31]): mejor tomamos el inicio para resolver esta cuestión desde ahí; especialmente porque entonces fue dado también el Espíritu Santo, como convenía que se diera después de la resurrección de Cristo en aquella ciudad de la cual debió comenzar la segunda ley, esto es, el Nuevo Testamento. Pues

la primera fue desde el monte Sinaí por Moisés, cuyo Testamento se llama viejo. Mas de esta que había de ser dada por Cristo, se predijo: "De Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén" (Is. 2, 3). De donde también Él mismo dijo que convenía que se predicara en su nombre la penitencia por todas las naciones, pero comenzando desde Jerusalén (Luc. 24, 47). Allí, pues, comenzó el culto de este nombre, para que se creyera en Cristo Jesús, que había sido crucificado y había resucitado: allí esta fe se encendió con inicios tan insignes, que algunos miles de hombres convertidos al nombre de Cristo con admirable alacridad, vendidas sus cosas para que se distribuyeran a los necesitados, por un propósito santo y ardentísima caridad llegaron a la pobreza voluntaria, y entre los bramantes Judíos sedientos de sangre, se prepararon para luchar por la verdad hasta la muerte, no con potencia armada, sino con una paciencia más potente. Si esto se hizo sin ningunas artes mágicas, ¿por qué dudan en creer que pudo hacerse por todo el mundo con la misma virtud divina con que se hizo esto? Pero si para que así se encendiera en Jerusalén hacia el culto del nombre de Cristo tanta multitud de hombres, que o le habían fijado en la cruz después de apresarle, o se habían reído de Él ya fijado, ya había hecho Pedro aquella hechicería, debe buscarse desde aquel mismo año cuándo se cumplieron los trescientos sesenta y cinco. Murió, pues, Cristo siendo cónsules los dos Géminos, el octavo día antes de las calendas de abril. Resucitó al tercer día, como los Apóstoles probaron incluso con

sus propios sentidos. Luego, después de cuarenta días, ascendió al cielo: después de diez días, esto es, en el quincuagésimo día después de su resurrección, envió el Espíritu Santo. Entonces tres mil hombres creyeron al predicarles los Apóstoles. Entonces, pues, comenzó el culto de aquel nombre, según nosotros creemos y la verdad tiene, por la eficacia del Espíritu Santo; mas según fingió la impía vanidad o pensó, por las artes mágicas de Pedro. Poco después, hecho también un signo admirable, cuando a la palabra del mismo Pedro un cierto mendigo cojo desde el útero materno de modo que era llevado por otros y puesto a la puerta del templo para pedir limosna, saltó sano en el nombre de Jesucristo, cinco mil hombres creyeron: y de ahí en adelante creció la Iglesia con otros y otros accesos de creyentes. Y por esto se colige también el día desde el cual el año mismo tomó inicio, a saber, cuando fue enviado el Espíritu Santo, esto es, por los idus de mayo. Numerados, por tanto, los cónsules, se encuentran cumplidos los trescientos sesenta y cinco años por los mismos idus, en el consulado de Honorio y Eutiquiano. Por lo demás, en el año siguiente, siendo cónsul Malio Teodoro, cuando ya según aquel oráculo de los demonios o ficción de los hombres no debía haber ninguna religión cristiana, qué se haya hecho quizá por otras partes de las tierras no fue necesario inquirirlo. Entretanto, lo que sabemos es que en la ciudad notabilísima y eminente de Cartago de África, Gaudencio y Jovio, condes del emperador Honorio, el decimocuarto día antes de las calendas de

abril, destruyeron los templos de los falsos dioses y rompieron los ídolos. Desde lo cual hasta este tiempo, por casi treinta años, ¿quién no ve cuánto ha crecido el culto del nombre de Cristo, especialmente después que muchos de ellos se hicieron cristianos, los cuales eran como apartados de la fe por aquella supuesta verdadera adivinación, y la vieron, cumplido el mismo número de años, vana y digna de risa? Nosotros, pues, que somos y somos llamados cristianos, no creemos en Pedro, sino en aquel en quien creyó Pedro; edificados por los sermones de Pedro sobre Cristo, no envenenados por sus cánticos; ni engañados por sus hechicerías, sino ayudados por sus beneficios. Aquel Maestro de Pedro, Cristo, en la doctrina que conduce a la vida eterna, Él mismo es también nuestro Maestro.

2. Pero concluyamos ya de una vez este libro, habiendo disertado hasta aquí y demostrado cuanto pareció suficiente, cuál es el transcurso mortal de las dos ciudades, la celestial y la terrenal, mezcladas desde el principio hasta el fin. De las cuales, la que es terrenal se hizo para sí los falsos dioses que quiso, de dondequiera, o incluso de entre los hombres, a los cuales sirviera sacrificando: mas la que es celestial, peregrina en la tierra, no hace falsos dioses, sino que ella misma es hecha por el verdadero Dios, del cual ella misma sea el verdadero sacrificio. Ambas, sin embargo, usan igualmente de los bienes temporales, o son igualmente afligidas por los males, con diversa fe, diversa esperanza, diverso amor, hasta que sean separadas por el último juicio, y perciba cada una

su propio fin, del cual no hay fin: sobre cuyos fines de ambas se debe disertar a continuación.

Libro D

ECIMONOVENO.

En el cual se disputa sobre los fines de ambas ciudades, la terrenal y la celestial. Se revisan las opiniones de los filósofos sobre los fines de los bienes y de los males, los cuales en vano intentaron hacerse para sí mismos la bienaventuranza en esta vida: mientras estos son refutados con más esmero, se demuestra cuál es la bienaventuranza y la paz de la misma ciudad celestial, o del pueblo cristiano, y de qué clase puede tenerse aquí, o esperarse en el futuro.

CAPÍTULO PRIMERO.

Que en la cuestión que la discusión filosófica ha ventilado sobre los fines de los bienes y de los males, Varrón percibió que podía haber doscientas ochenta y ocho sectas.

1. Puesto que veo que debo disertar a continuación sobre los fines debidos de ambas ciudades, a saber, la terrenal y la celestial; primero deben exponerse, en cuanto lo permite la razón de terminar esta obra, los argumentos de los mortales con los que intentaron hacerse para sí mismos la bienaventuranza en la infelicidad de esta vida, para que quede claro en qué se diferencia de sus cosas vanas nuestra esperanza,

que Dios nos ha dado, y la cosa misma, esto es, la verdadera bienaventuranza que dará, no solo por la autoridad divina, sino aplicando también la razón, tal como la podemos aplicar por causa de los infieles. Pues sobre los fines de los bienes y de los males los filósofos han disputado mucho y de múltiples maneras entre sí: tratando esta cuestión con la máxima intención, intentaron encontrar qué es lo que hace al hombre dichoso. Pues aquello es el fin de nuestro bien, por causa de lo cual deben desearse las demás cosas, pero él mismo por sí mismo; y aquello el fin del mal, por causa de lo cual deben evitarse las demás cosas, pero él mismo por sí mismo. Llamamos ahora fin del bien, por tanto, no a aquello por lo que se consume para que no sea, sino a aquello por lo que se perfecciona para que sea pleno; y fin del mal, no a aquello por lo que deja de ser, sino hasta dónde conduce dañando. Estos fines son, por tanto, el sumo bien y el sumo mal. En encontrar estos, y en alcanzar el sumo bien en esta vida, y en evitar el sumo mal, trabajaron mucho, como dije, los que profesaron el estudio de la sabiduría en la vanidad de este siglo: y sin embargo, el límite de la naturaleza no les permitió, aunque errando de diversos modos, desviarse tanto del camino de la verdad que unos no pusieran los fines de los bienes y de los males en el alma, otros en el cuerpo, y otros en ambos. De esta distribución como tripartita de las sectas generales, Marco Varrón, en su libro sobre la Filosofía, habiendo escudriñado diligente y sutilmente tan gran variedad de dogmas, advirtió que podía llegar muy fácilmen-

te a doscientas ochenta y ocho sectas, no que ya existieran, sino que pudieran existir, aplicando ciertas diferencias.

2. Para mostrar esto brevemente, conviene que comience por aquello que él mismo advirtió y puso en el mencionado libro: que hay cuatro cosas que los hombres, sin maestro, sin ningún apoyo de doctrina, sin industria o arte de vivir, que se llama virtud y sin duda se aprende, desean como naturalmente; o el placer, por el cual se mueve deleitablemente el sentido del cuerpo; o la quietud, por la cual sucede que nadie padezca ninguna molestia del cuerpo; o ambas cosas, que sin embargo Epicuro llama con el único nombre de placer; o universalmente las primicias de la naturaleza, en las cuales están estas y otras, o en el cuerpo, como la integridad de los miembros y su salud e incolumidad; o en el alma, como son aquellas cosas que, pequeñas o grandes, se encuentran en los ingenios de los hombres. Estas cuatro cosas, pues, esto es, placer, quietud, ambas, primicias de la naturaleza, están de tal modo en nosotros que o bien la virtud, que después inserta la doctrina, ha de ser deseada por causa de estas, o estas por causa de la virtud, o ambas por sí mismas: y por esto se originan de aquí doce sectas: pues por esta razón cada una se triplica; lo cual, una vez que lo haya demostrado en una, no será difícil encontrarlo en las demás. Cuando, pues, el placer del cuerpo o se somete a la virtud del alma, o se le antepone, o se le une, se varía por una tripartita diversidad de sectas. Se somete a la virtud cuando se asume para el uso de la

virtud. Pertenece, en efecto, al oficio de la virtud tanto vivir para la patria como procrear hijos por causa de la patria: ninguna de las cuales cosas puede hacerse sin el placer del cuerpo. Pues sin él ni se toma comida ni bebida para vivir, ni hay cohabitación para que se propague la generación. Mas cuando se antepone a la virtud, él mismo es deseado por sí mismo, y se cree que la virtud debe ser asumida por causa de él, esto es, que la virtud nada haga sino para conseguir o conservar el placer del cuerpo: cuya vida es ciertamente deforme, puesto que en ella la virtud sirve a la señora placer; aunque de ningún modo debe llamarse a esto virtud: pero sin embargo, incluso esta horrible torpeza tuvo algunos filósofos como patronos y defensores suyos. Además, el placer se une a la virtud cuando ninguna de ellas se desea por causa de la otra, sino que ambas se desean por sí mismas. Por lo cual, así como el placer, ya sea sometido, antepuesto o unido a la virtud, hace tres sectas; así la quietud, así ambas, así las primicias de la naturaleza se encuentra que producen otras tres cada una. Pues según la variedad de las opiniones humanas, a veces se someten a la virtud, a veces se le anteponen, a veces se le unen, y así se llega al número duodenario de doce sectas. Pero este número también se duplica aplicando una diferencia, a saber, la de la vida social: puesto que quienquiera que sigue alguna de estas doce sectas, ciertamente o lo hace solo por sí mismo, o también por causa del socio, a quien debe querer esto mismo que para sí. Por lo cual, hay doce de aquellos que piensan que cada

una debe ser tenida solo para sí; y otras doce de aquellos que decretan que debe filosofarse de tal o cual modo no solo por sí mismo, sino también por los demás, cuyo bien desean como el suyo propio. Estas veinticuatro sectas se duplican de nuevo, añadida la diferencia de los Nuevos Académicos, y resultan cuarenta y ocho. Pues cada una de aquellas veinticuatro sectas puede uno sostenerla y defenderla como cierta, al modo como la defendieron los estoicos, de que el bien del hombre, por el que fuera dichoso, consistía solo en la virtud del alma: otro puede tenerla como incierta, como la defendieron los Nuevos Académicos, porque les parecía que si no era cierto, era al menos verosímil. Veinticuatro, pues, resultan por los que las siguen como ciertas por causa de la verdad, y otras veinticuatro por los que piensan que las mismas deben seguirse, aunque inciertas, por causa de la verosimilitud. De nuevo, porque cada una de estas cuarenta y ocho sectas puede uno seguirla con el hábito de los demás filósofos, e igualmente puede otro seguirla con el hábito de los cínicos, por esta diferencia también se duplican y resultan noventa y seis. Luego, porque cada una de ellas pueden los hombres defenderlas y seguirlas de tal modo que o amen la vida ociosa, como estos que solo quisieron y pudieron vacar a los estudios de la doctrina; o la vida negociosa, como estos que, aunque filosofaban, sin embargo estuvieron ocupadísimos en la administración de la república y en regir los asuntos humanos; o templada de ambos géneros, como estos que atribuyeron tiempos alternos de su vida en parte al

ocio erudito y en parte al negocio necesario: por estas diferencias puede también triplicarse este número de sectas, y elevarse a doscientas ochenta y ocho.

3. Estas cosas del libro de Varrón las he expuesto, en cuanto pude, breve y claramente, explicando sus sentencias con mis propias palabras. Pero de qué modo, refutadas las demás, elige una, que quiere que sea la de los antiguos Académicos, de quienes quiere que parezca que tuvieron dogmas ciertos desde que fueron instituidos por Platón hasta Polemón, que fue el cuarto desde aquel en ocupar su escuela, la cual fue llamada Academia; y por esto los distingue de los nuevos Académicos, para quienes todas las cosas son inciertas, cuyo género de filosofía comenzó con Arcesilao, sucesor de Polemón; y por qué considera que esa secta, es decir, la de los antiguos Académicos, carece de todo error así como de toda duda, sería largo de demostrar por entero: sin embargo, no debe omitirse el asunto en todas sus partes. Elimina, pues, primero todas aquellas diferencias que multiplicaron el número de las sectas: las cuales piensa que deben eliminarse porque en ellas no está el fin del bien. Pues no estima que deba llamarse ninguna secta de filosofía aquella que no diste de las demás en que tenga diversos fines de bienes y de males. Puesto que no hay para el hombre ninguna causa de filosofar sino para ser feliz; y lo que le hace feliz es el mismo fin del bien: no hay, por tanto, ninguna causa de filosofar sino el fin del bien: por lo cual, la que no sigue ningún fin del bien, no

debe llamarse secta de filosofía ninguna. Cuando, por tanto, se pregunta sobre la vida social, si debe ser mantenida por el sabio, de modo que quiera y cuide el sumo bien, por el cual el hombre se hace feliz, tanto para su amigo como para sí mismo, o si hace lo que hace solo por causa de su propia felicidad; no es la cuestión sobre el mismo sumo bien, sino sobre el asumir o no asumir un socio para la participación de este bien, no por sí mismo, sino por el mismo socio, para que goce de su bien así como goza del suyo propio. Igualmente, cuando se pregunta sobre los nuevos Académicos, para quienes todas las cosas son inciertas, si las cosas en las cuales se ha de filosofar deben tenerse así, o si, como plugo a otros filósofos, debemos tenerlas por ciertas; no se pregunta qué debe seguirse como fin del bien, sino sobre la verdad del bien mismo, que parece que debe seguirse, si se ha de dudar o no: esto es, para decirlo más claramente, si ha de seguirse de tal modo que quien lo sigue diga que es verdadero; o de tal modo que quien lo sigue diga que le parece verdadero, aunque por casualidad sea falso; sin embargo, ambos siguen uno y el mismo bien. En aquella diferencia también que se aplica del hábito y costumbre de los cínicos, no se pregunta cuál sea el fin del bien, sino si se ha de vivir en aquel hábito y costumbre por aquel que sigue el verdadero bien, sea cual sea el bien que le parezca verdadero y deba seguirse. Finalmente, hubo algunos que, aunque seguían diversos bienes finales, unos la virtud, otros el placer, mantenían sin embargo el mismo hábito y costumbre, por lo

cual eran llamados cínicos. Así, aquello sea lo que sea, por lo que los filósofos cínicos se distinguen de los demás, para elegir y mantener el bien por el que se hicieran felices, ciertamente no valía nada. Porque si algo interesara para esto, seguramente el mismo hábito obligaría a seguir el mismo fin, y el hábito diverso no permitiría seguir el mismo fin.

CAPÍTULO II.

Cómo, eliminadas todas las diferencias que no son sectas sino cuestiones, llega Varrón a la tripartita definición del sumo bien, de las cuales, sin embargo, una debe ser elegida.

En aquellos tres géneros de vida también —uno a saber, no perezosamente, sino en la contemplación o investigación de la verdad, ocioso; el otro en la gestión de los asuntos humanos, negocioso; el tercero templado de ambos géneros — cuando se pregunta cuál de estos es preferible elegir, no tiene la controversia el fin del bien; sino qué de estos tres aporta dificultad o facilidad para conseguir o retener el fin del bien, es lo que se trata en esa cuestión. Porque el fin del bien, cuando alguien llega a él, al punto lo hace feliz. Pero en el ocio literario, o en el negocio público, o cuando ambos se ejercen por turnos, no cualquiera es feliz de continuo. Pues muchos, ciertamente, en cualquiera de estos tres pueden vivir, y errar en el apetecer el fin del bien por el cual el hombre se hace feliz. Otra es, por tanto, la cuestión sobre los fines de los bienes y de los males, que hace a cada una de las sectas de los

filósofos; y otras son las cuestiones sobre la vida social, sobre la duda de los Académicos, sobre el vestido y alimento de los cínicos, sobre los tres géneros de vida: ocioso, activo y el modificado de ambos; en ninguna de las cuales se disputa sobre los fines de los bienes y de los males. Por lo cual, puesto que Marco Varrón, aplicando estas cuatro diferencias —esto es, de la vida social, de los nuevos Académicos, de los cínicos, de ese género de vida tripartito— llegó a doscientas ochenta y ocho sectas, y si algunas otras pueden añadirse de modo semejante; eliminadas todas ellas, puesto que no infieren ninguna cuestión sobre el seguimiento del sumo bien, y por eso ni son sectas ni deben llamarse tales, vuelve a aquellas doce en las que se pregunta cuál es el bien del hombre, el cual conseguido se hace feliz, para mostrar de entre ellas que una es verdadera y las demás falsas. Pues eliminado aquel género tripartito de vida, se quitan dos partes de este número, y quedan noventa y seis sectas. Pero eliminada la diferencia añadida de los cínicos, se reducen a la mitad y resultan cuarenta y ocho. Quitemos también lo que se aplicó de los nuevos Académicos, y de nuevo queda la mitad, esto es, veinticuatro. Sobre la vida social también, lo que se había añadido quítese de igual modo, y quedan las doce restantes, que esa diferencia había duplicado para que resultaran veinticuatro. Sobre estas doce, por tanto, nada puede decirse por qué no deban tenerse por sectas. Pues nada más se busca en ellas que los fines de los bienes y de los males. Encontrados, pues, los fines de los bienes, por el contrario están

los de los males. Pero para que estas resulten doce sectas, aquellas cuatro se triplican: el placer, la quietud, ambos, y las primicias de la naturaleza, que Varrón llama primordiales. Pues estas cuatro, mientras unas veces se subordinan a la virtud individualmente, de modo que parezcan apetecibles no por sí mismas sino por el oficio de la virtud; otras veces se prefieren, de modo que la virtud se piense necesaria no por sí misma sino para conseguir o conservar estas; otras veces se unen, de modo que se crea que deben apetecerse por sí mismas tanto la virtud como estas; vuelven triple el número cuaternario, y llegan a doce sectas. Pero de aquellas cuatro cosas, Varrón quita tres: a saber, el placer, y la quietud, y ambos; no porque los repruebe, sino porque aquellas cosas primordiales de la naturaleza tienen en sí tanto el placer como la quietud. ¿Qué necesidad hay, pues, de hacer de estas dos cosas tres ciertas —a saber, dos mientras se apetecen individualmente el placer o la quietud, y la tercera cuando ambos a la vez— puesto que las primicias de la naturaleza contienen tanto a ellas como, además de ellas, otras muchas cosas? Sobre tres sectas, por tanto, le place tratar diligentemente, cuál deba elegirse preferentemente. Pues la verdadera razón no permite que más de una sea verdadera, sea en estas tres o en alguna otra parte, lo cual veremos después. Mientras tanto, discutamos cómo Varrón elige una de estas tres, en cuanto podamos breve y claramente. Estas tres sectas, ciertamente, se forman así: cuando o las primicias de la naturaleza han de buscarse por causa de la virtud, o la

virtud por causa de las primicias de la naturaleza, o ambas —esto es, tanto la virtud como las primicias de la naturaleza— por sí mismas.

CAPÍTULO III.

De las tres sectas que buscan el sumo bien del hombre, cuál defina Varrón que debe elegirse, siguiendo la sentencia de la antigua Academia, por autoridad de Antíoco.

1. Cuál, pues, de estas tres sea verdadera y deba seguirse, intenta persuadirlo de este modo. Primero, porque el sumo bien en la filosofía no se busca para el árbol, ni para el ganado, ni para el dios, sino para el hombre, piensa que debe preguntarse qué sea el hombre mismo. Siente, por cierto, que en su naturaleza hay dos cosas, cuerpo y alma: y de estas dos no duda en absoluto que el alma es mejor y mucho más excelente; pero si el alma sola es el hombre, de modo que el cuerpo sea para ella como el caballo para el caballero. Pues el caballero no es el hombre y el caballo, sino el hombre solo: sin embargo, por eso se llama caballero, porque de algún modo se relaciona con el caballo. O si el cuerpo solo es el hombre, relacionándose de algún modo con el alma, como el vaso con la bebida: pues no se llama copa al cáliz y a la bebida que contiene el cáliz conjuntamente, sino al cáliz solo; sin embargo, por eso, porque está acomodado para contener la bebida. O si, por el contrario, ni el alma sola, ni solo el cuerpo, sino ambos a la vez son el hombre, de quien sea una parte o el alma o el cuerpo, pero aquel todo conste de ambos para que sea hombre: como a dos caba-

llos unidos llamamos biga, de los cuales sea el derecho o el izquierdo es parte de la biga, pero a uno de ellos, de cualquier modo que se relacione con el otro, no lo llamamos biga, sino a ambos a la vez. Pero de estas tres elige esta tercera, y arbitra que el hombre no es ni el alma sola, ni solo el cuerpo, sino el alma y el cuerpo a la vez. Por tanto, dice que el sumo bien del hombre, por el cual se hace feliz, consta de los bienes de ambas cosas, a saber, del alma y del cuerpo. Y por esto estima que aquellas primicias de la naturaleza deben apetecerse por sí mismas, y la misma virtud, que la doctrina inserta como un arte de vivir, la cual es el bien más excelente en los bienes del alma. Por lo cual, la misma virtud, esto es, el arte de dirigir la vida, cuando haya recibido las primicias de la naturaleza, que estaban sin ella, pero sin embargo estaban aun cuando todavía les faltaba la doctrina, apetece todas las cosas por sí misma, y a la vez también a sí misma: y usa de todas a la vez y de sí misma, con el fin de deleitarse y disfrutar de todas, más o menos, según sean cada una mayores o menores entre sí, gozando sin embargo de todas, y despreciando algunas menores, si la necesidad lo postula, por causa de conseguir o mantener las mayores. Pero de todos los bienes, sea del ánimo o del cuerpo, la virtud nada se antepone a sí misma en absoluto. Pues esta usa bien tanto de sí misma como de los demás bienes que hacen feliz al hombre. Pero donde ella misma no está, por muchos que sean los bienes, no son para bien de aquel de quien son; y por esto ya ni deben llamarse bienes de aquel a quien, usándolos mal,

no le pueden ser útiles. Esta vida del hombre, por tanto, que disfruta de la virtud y de otros bienes del ánimo y del cuerpo, sin los cuales la virtud no puede ser, se dice que es feliz: pero si también de otros, sin los cuales puede ser la virtud, o algunos o muchos, más feliz: pero si por completo de todos, de modo que no falte ningún bien en absoluto, sea del ánimo o del cuerpo, felicísima. Pues no es lo mismo la vida que la virtud; puesto que no toda vida, sino la vida sabia es virtud: y sin embargo, una vida cualquiera puede ser sin ninguna virtud; pero la virtud no puede ser sin ninguna vida. Esto también diría de la memoria y de la razón, y si hay alguna otra cosa tal en el hombre. Pues estas están incluso antes de la doctrina, y sin estas no puede haber ninguna doctrina: y por esto tampoco la virtud, que ciertamente se aprende. Pero correr bien, ser hermoso de cuerpo, prevalecer con fuerzas ingentes, y otras cosas semejantes de este tipo son tales que la virtud puede estar sin ellas, y ellas sin la virtud: son bienes, sin embargo; y según estos también la misma virtud los ama por sí mismos, y los usa y disfruta de ellos, como conviene a la virtud.

2. También afirman que esta vida feliz es social, la cual ama los bienes de los amigos por sí mismos como los suyos propios, y quiere para ellos por causa de ellos mismos lo que para sí; ya estén en la casa, como el cónyuge y los hijos y cualesquiera domésticos; ya en el lugar donde está su casa, como es la ciudad, como son estos que se llaman ciudadanos; ya en todo el orbe, como son las gentes, a las cuales la sociedad humana

le une; ya en el mismo mundo, que se define con el nombre de cielo y tierra, como dicen que son los dioses, a quienes quieren que sean amigos del hombre sabio, a quienes nosotros más familiarmente llamamos Ángeles. Pero sobre los fines de los bienes y por el contrario de los males, niegan que se deba dudar de ningún modo, y afirman que esta es la distancia entre ellos y los nuevos Académicos; ni les importa nada si cualquiera filosofa con el hábito y modo de vida cínico o con cualquier otro en estos fines que piensan que son verdaderos. Además, de aquellos tres géneros de vida, el ocioso, el activo y el que está compuesto de ambos, aseguran que este tercero les place. Varrón afirma que los antiguos Académicos sintieron y enseñaron estas cosas, por autoridad de Antíoco, maestro de Cicerón y suyo, a quien ciertamente Cicerón quiere que parezca haber sido en más cosas estoico que antiguo Académico. Pero, ¿qué nos importa a nosotros, que más bien debemos juzgar sobre las cosas mismas, que saber como gran cosa qué sintió cada cual sobre los hombres?

CAPÍTULO IV.

Qué sienten los cristianos sobre el sumo bien y el sumo mal contra los filósofos, que dijeron que el sumo bien estaba en sí mismos para sí.

1. Si, por tanto, se nos preguntara qué respondería la Ciudad de Dios interrogada sobre cada una de estas cosas, y primero qué siente sobre los fines de los bienes y de los males, responderá que

la vida eterna es el sumo bien, y la muerte eterna el sumo mal: que para alcanzar aquella y evitar esta, debemos vivir rectamente. Por lo cual está escrito: "El justo vive de la fe" (Hab. II, 4; Gál. III, 11): puesto que todavía no vemos nuestro bien, de donde conviene que lo busquemos creyendo; ni el mismo vivir rectamente es de nosotros para nosotros, a no ser que, creyendo y orando, nos ayude Aquel que dio la misma fe con la que creamos que debemos ser ayudados por Él. Pero aquellos que pensaron que los fines de los bienes y de los males estaban en esta vida, poniendo el sumo bien o en el cuerpo, o en el ánimo, o en ambos; y, para decirlo más explícitamente, o en el placer, o en la virtud, o en ambos; o en la quietud, o en la virtud, o en ambos; o en el placer y la quietud a la vez, o en la virtud, o en ambos; o en las primicias de la naturaleza, o en la virtud, o en ambos: estos quisieron con admirable vanidad ser felices aquí, y hacerse felices por sí mismos. A estos se les rió la Verdad por el profeta que dice: "Conoce el Señor los pensamientos de los hombres"; o, como puso este testimonio el apóstol Pablo: "El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos" (Sal. XCIII, 11; I Cor. III, 20).

2. ¿Pues quién es suficiente, con cualquier río de elocuencia que sea, para explicar las miserias de esta vida? Las cuales lamentó Cicerón en la Consolación por la muerte de su hija, como pudo: pero, ¿cuánto es lo que pudo? Pues aquellas cosas que se llaman primicias de la naturaleza, ¿cuándo, dónde, cómo pueden estar tan bien en esta vida que no fluctúen bajo casos inciertos? ¿Qué

dolor contrario al placer, qué inquietud contraria a la quietud, no puede caer en el cuerpo del sabio? Ciertamente, la amputación o debilidad de los miembros expulsa la integridad, la deformidad la belleza, la imbecilidad la salud, el cansancio las fuerzas, el torpor o la tardanza la movilidad: ¿hay algo de esto que no pueda irrumpir en la carne del sabio? El estado también del cuerpo y el movimiento, cuando son decentes y congruentes, se cuentan entre las primicias de la naturaleza: pero, ¿qué si alguna mala salud sacude los miembros con un temblor? ¿qué si la espina del dorso se curva hasta poner las manos en la tierra, y hace al hombre en cierto modo cuadrúpedo? ¿no pervertirá toda la apariencia y decoro de la postura y movimiento del cuerpo? ¿Qué de los bienes primordiales del mismo ánimo que se llaman así, donde ponen los dos primeros por causa de la comprensión y percepción de la verdad, el sentido y el intelecto? Pero, ¿qué tal y qué tan grande permanece el sentido si, por callar lo demás, se vuelve el hombre sordo y ciego? La razón y la inteligencia, ¿adónde se retirarán, dónde se adormecerán, si por alguna enfermedad se vuelve insano? Los frenéticos, cuando dicen o hacen muchas cosas absurdas, la mayoría de las veces ajenas a su buen propósito y costumbres, más aún, contrarias a su propio buen propósito y costumbres, ya sea que pensemos en aquellas cosas o las veamos, si las consideramos dignamente, apenas podemos contener las lágrimas, o quizá no podemos. ¿Qué diré de estos que padecen las incursiones de los demonios? ¿dónde tienen

escondida o sepultada su inteligencia, cuando el espíritu maligno usa según su voluntad tanto su alma como su cuerpo? ¿Y quién confía que este mal no puede suceder en esta vida al sabio? Luego, la percepción de la verdad en esta carne, ¿cuál o cuánta es, cuando, como leemos en el veraz libro de la Sabiduría: "El cuerpo corruptible agrava el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa muchas cosas" (Sab. IX, 15)? Además, el ímpetu o apetito de acción —si de este modo se llama rectamente en latín a lo que los griegos llaman hormē—, puesto que también lo computan entre los primeros bienes de la naturaleza, ¿no es él mismo con el que se realizan también aquellos miserables movimientos de los insanos, y hechos que horrorizamos, cuando se pervierte el sentido y se adormece la razón?

3. Además, la virtud misma, que no está entre las primicias de la naturaleza, puesto que sobreviene a ellas después por la introducción de la enseñanza, aunque reclama para sí la cumbre de los bienes humanos, ¿qué hace aquí sino guerras perpetuas con los vicios, no exteriores, sino interiores; no ajenos, sino plenamente nuestros y propios; sobre todo aquella que se llama en griego sōphrosynē y en latín temperancia, con la que se frenan las libidines carnales, para que no arrastren a la mente que consiente a cualesquiera flagicios? Pues no es ningún vicio cuando, como dice el Apóstol: "La carne codicia contra el espíritu" (Gál. V, 17): a cuyo vicio es contraria la virtud, cuando, como dice el mismo: "El espíritu codicia contra la carne". "Pues estas cosas —dice

— se oponen entre sí; para que no hagáis lo que queréis" (Gál. V, 17). Pero, ¿qué queremos hacer, cuando queremos perfeccionar el fin del sumo bien, sino que la carne no codicie contra el espíritu, ni esté en nosotros este vicio contra el cual codicie el espíritu? Lo cual, aunque lo queramos en esta vida, puesto que no somos capaces de hacerlo, hagamos al menos esto con la ayuda de Dios: que no cedamos sucumbiendo el espíritu a la carne que codicia contra el espíritu, y seamos arrastrados por nuestro consentimiento a perpetrar el pecado. Lejos esté, por tanto, que mientras estamos en esta guerra intestina, creamos que ya hemos alcanzado la bienaventuranza a la que queremos llegar venciendo. ¿Y quién es hasta tal punto sabio que no tenga conflicto alguno contra las libidines?

4. ¿Qué de aquella virtud que se llama prudencia? ¿Acaso no discierne con toda su vigilancia los bienes de los males, para que no se introduzca ningún error al desear aquellos y evitar estos? Y por esto ella misma testifica que nosotros estamos en medio de los males, o que los males están en nosotros. Pues ella misma nos enseña que es un mal consentir a la libido para pecar, y que es un bien no consentir a la libido para pecar. Sin embargo, aquel mal al que la prudencia nos enseña a no consentir, lo trata la temperancia, y ni la prudencia ni la temperancia lo quitan de esta vida. ¿Qué de la justicia, cuyo oficio es dar a cada uno lo suyo (de donde surge en el hombre mismo un cierto orden justo de la naturaleza, de modo que el alma se someta a Dios y la carne al alma,

y por esto tanto el alma como la carne a Dios), acaso no demuestra que ella todavía trabaja en esa obra, más bien que descansar ya en el fin de esta obra? Pues tanto menos se somete el alma a Dios cuanto menos concibe a Dios en sus mismos pensamientos; y tanto menos se somete la carne al alma cuanto más codicia contra el espíritu. Mientras, por tanto, nos habite esta enfermedad, esta peste, este lánguido estado, ¿cómo nos atreveremos a decir que ya estamos salvos; y si aún no salvos, cómo ya bienaventurados con aquella bienaventuranza final? Ya verdaderamente aquella virtud cuyo nombre es fortaleza, en cualquier sabiduría que sea, es un testigo evidentísimo de los males humanos, que se ve compelida a tolerar con paciencia. Los cuales males me maravillo con qué frente los filósofos estoicos pretenden que no son males, ante los cuales confiesan que, si fueren tan grandes que el sabio o no pueda o no deba sostenerlos, sea compelido a inferirse la muerte a sí mismo y a emigrar de esta vida. Pero es tan grande el estupor de la soberbia en estos hombres, que piensan que tienen aquí el fin del bien y que se hacen bienaventurados por sí mismos; de modo que su sabio, esto es, tal como lo describen con admirable vanidad, aunque quede ciego, ensordezca, enmudezca, se debilite en sus miembros, sea atormentado por dolores, y si cualquier otro de tales males puede decirse o pensarse, incida en él, por lo cual sea compelido a inferirse la muerte a sí mismo, no se avergüenzan de llamar bienaventurada a esta vida constituida en estos males. ¡Oh vida bienaventurada, que

para que se acabe, busca el auxilio de la muerte! Si bienaventurada es, permanézcase en ella: pero si por causa de estos males se huye de ella, ¿cómo es bienaventurada? ¿O cómo no son males estos que vencen el bien de la fortaleza, y compelen a la misma fortaleza no solo a ceder ante ellos, sino incluso a delirar, de modo que a la misma vida tanto la llame bienaventurada como persuada que debe ser huida? ¿Quién es hasta tal punto ciego que no vea que, si fuera bienaventurada, no debería ser huida? Pero si por el peso de la enfermedad con que es oprimida confiesan que esta debe ser huida, ¿qué causa hay, por tanto, para que no confiesen también que es miserable, rota la cerviz de su soberbia? ¿Acaso aquel Catón, os ruego, se quitó la vida con paciencia, o más bien con impaciencia? Pues no habría hecho esto si no hubiera llevado con impaciencia la victoria de César. ¿Dónde está la fortaleza? Ciertamente cedió, ciertamente sucumbió, ciertamente fue vencida hasta tal punto que abandonó, desertó, huyó de la vida bienaventurada. ¿O acaso ya no era bienaventurada? Era miserable, entonces. ¿Cómo, por tanto, no eran males los que hacían la vida miserable y digna de ser huida?

5. Por lo cual incluso ellos mismos, que han confesado que estas cosas son males, como los peripatéticos y los antiguos académicos, cuya secta defiende Varrón, hablan ciertamente de modo más tolerable: pero el error de ellos es también admirable, porque pretenden que en estos males, aunque sean tan graves que deban ser huidos mediante la muerte inferida por el mismo

que los padece, la vida es, sin embargo, bienaventurada. "Son males —dice— los tormentos y crujicidios del cuerpo; y son tanto peores cuanto mayores pudieren ser; para carecer de los cuales se debe huir de esta vida". ¿De qué vida, os ruego? "De esta —dice— que se agrava con tan grandes males". ¿Ciertamente, pues, es bienaventurada en esos mismos males por causa de los cuales dices que debe ser huida? ¿O acaso por esto la llamas bienaventurada, porque te es lícito apartarte de estos males mediante la muerte? ¿Qué pasaría si en ellos fueras retenido por algún juicio divino, y ni se te permitiera morir, ni se te dejara estar nunca sin ellos? Ciertamente entonces al menos llamarías miserable a tal vida. No es, por tanto, no miserable por esto, porque se deje pronto: puesto que si fuera sempiterna, incluso por ti mismo sería juzgada miserable. No por eso, pues, porque sea breve, debe parecer ninguna miseria; o, lo que es más absurdo, porque sea breve la miseria, por eso también llamarse bienaventuranza. Grande es la fuerza en esos males que compelen al hombre —según ellos mismos incluso al sabio — a quitarse a sí mismo el ser hombre: cuando dicen, y dicen la verdad, que esta es en cierto modo la primera y máxima voz de la naturaleza: que el hombre se concilie consigo mismo, y por eso huya naturalmente de la muerte; de tal modo amigo de sí mismo, que quiera ser un ser viviente, y vivir en esta conjunción de cuerpo y alma, y lo desee vehementemente. Grande es la fuerza en esos males con los que se vence ese sentido de la naturaleza, por el cual la muerte se evita de todos

modos con todas las fuerzas y conatos; y de tal modo se vence, que lo que se evitaba se opte, se desee, y, si no pudiere suceder de otra parte, se infiera por el mismo hombre a sí mismo. Grande es la fuerza en esos males que hacen a la fortaleza homicida: si es que todavía ha de llamarse fortaleza la que de tal modo es vencida por estos males que al hombre, al que, como virtud, tomó para regir y proteger, no solo no puede custodiarlo mediante la paciencia, sino que ella misma además sea compelida a matarlo. Debe ciertamente incluso el sabio llevar la muerte pacientemente, pero la que sucede de otra parte: mas según estos, si él mismo se ve compelido a inferírsela a sí mismo, de seguro deben confesar que no solo son males, sino incluso males intolerables, los que le compelen a perpetrar esto. La vida, por tanto, que o es oprimida por las cargas de estos tan grandes y tan graves males, o está sujeta a sus casos, de ningún modo se llamaría bienaventurada si los hombres que dicen esto, así como vencidos por los males agravantes, cuando se infieren la muerte, ceden a la infelicidad, así vencidos por razones ciertas, cuando buscan la vida bienaventurada, se dignaran ceder a la verdad, y no pensaran que en esta mortalidad se debe gozar del fin del sumo bien; donde las virtudes mismas, de las cuales ciertamente nada mejor ni más útil se encuentra en el hombre aquí, cuanto mayores son los auxilios contra la fuerza de los peligros, trabajos y dolores, tanto más fieles testimonios son de las miserias. Pues si son verdaderas virtudes, que no pueden existir sino en aquellos en quienes habita

la verdadera piedad; no profesan poder esto: que los hombres en quienes están no padezcan ninguna miseria; pues no son mentirosas las verdaderas virtudes para profesar esto; sino para que la vida humana, que por tantos y tan grandes males de este siglo se ve obligada a ser miserable, por la esperanza del siglo futuro sea bienaventurada, como también salva. ¿Pues cómo es bienaventurada la que aún no es salva? Por lo cual también el apóstol Pablo, no sobre hombres imprudentes, impacientes, intemperantes e inicuos, sino sobre estos que vivieran según la verdadera piedad, y por eso las virtudes que tuvieran las tuvieran verdaderas, dice: "Pues por la esperanza hemos sido salvados." Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: pues lo que alguien ve, ¿qué espera? Pero si lo que no vemos esperamos, por la paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24 y 25). Así como, por tanto, hemos sido salvados por la esperanza, así hemos sido hechos bienaventurados por la esperanza: y así como la salud, así la bienaventuranza, no la tenemos ya presente, sino que la aguardamos futura: y esto "por la paciencia"; porque estamos en los males, que debemos tolerar pacientemente, hasta que vengamos a aquellos bienes donde estarán todas las cosas con las que nos deleitemos inefablemente; y no habrá nada que ya debamos tolerar. Tal salud, que estará en el siglo futuro, esa misma será también la bienaventuranza final. La cual bienaventuranza estos filósofos, puesto que no viéndola no quieren creerla, intentan fabricarse aquí una falsísima,

con una virtud tanto más soberbia cuanto más mentirosa.

CAPÍTULO V.

Sobre la vida social, la cual, aunque sea máximamente deseable, a menudo es subvertida por muchas ofensas.

Que quieran que la vida del sabio sea social, nosotros lo aprobamos mucho más ampliamente. Pues, ¿de dónde esta ciudad de Dios, de la que he aquí que ya tratamos el decimonoveno libro de esta obra entre las manos, o comenzaría por su origen, o progresaría por su curso, o aprehendería sus debidos fines, si no fuera social la vida de los santos? Pero en la penuria de esta mortalidad, ¿quién podrá enumerar con cuántos y cuán grandes males abunda la sociedad humana? ¿quién será suficiente para estimarlos? Oigan en sus comediantes a un hombre decir con el sentido y el consenso de todos los hombres: "Tomé esposa, ¡qué miseria vi allí! Nacieron hijos, Otra preocupación". (Terencio, Adelph. acto 5, esc. 4). ¿Qué asimismo de aquellos vicios que el mismo Terencio conmemora en el amor: "injurias, sospechas, enemistades, guerra, paz de nuevo" (Eunuch. acto 1, esc. 1): acaso no han llenado por todas partes las cosas humanas? ¿acaso no ocurren la mayoría de las veces incluso en los honestos amores de los amigos? ¿acaso no están de esto por doquier llenas las cosas humanas, donde sentimos injurias, sospechas, enemistades, guerra, como males ciertos; pero la paz como un bien incierto, puesto que ignoramos los corazones de aquellos con

quienes queremos mantenerla; y si pudiéramos conocer hoy de qué clase fuesen, mañana de seguro no sabríamos de qué clase serían? ¿Quiénes, además, suelen ser más amigos entre sí, o deben serlo, que aquellos que incluso están contenidos en una sola casa? Y sin embargo, ¿quién está allí seguro, cuando tantos males a menudo han surgido de sus ocultas insidias; tanto más amargos cuanto más dulce fue la paz, que se pensó verdadera cuando era astutísimamente fingida? Por lo cual a los pechos de todos llega de tal modo que obliga al gemido lo que dice Tulio: "No hay insidias más ocultas que estas que se esconden en la simulación del oficio, o en algún nombre de necesidad. Pues a aquel que es abiertamente adversario, fácilmente podrías evitarlo precaviéndote: mas este mal oculto, intestino y doméstico, no solo existe, sino que incluso oprime antes de que hayas podido preverlo y explorarlo" (Cicerón, in Verrem acto 2, lib. 1). Por lo cual también aquella divina voz: "Y los enemigos del hombre, los de su propia casa" (Mat. X, 36), se escucha con gran dolor de corazón: porque aunque alguien sea tan fuerte que lo lleve con ánimo ecuánime; o tan vigilante que con providente consejo precava lo que contra él maquina la amistad simulada: sin embargo, por el mal de ese hombre pérfido, cuando experimenta que son pésimos, si él mismo es bueno, es necesario que se atormente gravemente; ya sea que siempre hayan sido malos y se hayan fingido buenos, o que hayan sido cambiados a esa malicia desde la bondad. Si, por tanto, la casa, común refugio en estos males del género

humano, no es segura, ¿qué de la ciudad, la cual cuanto mayor es, tanto más lleno está su foro de pleitos tanto civiles como criminales, aunque callen no solo las turbulentas, sino más a menudo incluso las sangrientas sediciones y guerras civiles, de cuyos eventos están a veces libres las ciudades, pero de los peligros nunca?

CAPÍTULO VI.

Sobre el error de los juicios humanos, cuando la verdad está oculta.

¿Qué pensamos de los mismos juicios de los hombres sobre los hombres, los cuales no pueden faltar en las ciudades que permanecen en cualquier paz que sea, de qué clase son, cuán miserables, cuán lamentables? Puesto que juzgan estos que no pueden ver las conciencias de aquellos sobre quienes juzgan. Por lo cual a menudo se ven compelidos a buscar la verdad mediante los tormentos de testigos inocentes pertenecientes a una causa ajena. ¿Qué cuando cada uno es atormentado en su propia causa; y cuando se busca si es culpable, es torturado, y siendo inocente padece penas ciertísimas por un crimen incierto; no porque se descubre que cometió aquello, sino porque se ignora que no lo cometió? Y por esto la ignorancia del juez es la mayoría de las veces la calamidad del inocente. Y lo que es más intolerable, y más digno de ser llorado, y de ser regado, si fuera posible, con fuentes de lágrimas: cuando por eso el juez tortura al acusado, para no matar ignorando al inocente, sucede por la miseria de

la ignorancia que mate tanto al torturado como al inocente, a quien había torturado para no matarlo siendo inocente. Pues si, según la sabiduría de estos, prefiriera huir de esta vida que sostener por más tiempo aquellos tormentos, dice que cometió lo que no cometió. Condenado y muerto el cual, todavía no sabe el juez si mató a un culpable o a un inocente, a quien torturó para no matarlo siendo inocente sin saberlo: y por esto tanto lo torturó para saberlo, como lo mató mientras lo ignoraba. En estas tinieblas de la vida social, ¿se sentará aquel juez sabio, o no se sentará? Se sentará claramente. Pues lo constriñe y lo arrastra a este oficio la sociedad humana, la cual juzga que es nefasto desertar. Pues no juzga que sea nefasto que los testigos inocentes sean torturados en causas ajenas; que estos que son acusados, vencidos la mayoría de las veces por la fuerza del dolor, y habiendo confesado cosas falsas sobre sí mismos, sean incluso castigados siendo inocentes, cuando ya hubieran sido torturados siendo inocentes; que aunque no sean castigados con la muerte, la mayoría de las veces mueran en los mismos o por los mismos tormentos; que a veces incluso estos mismos que acusan, deseando tal vez ser útiles a la sociedad humana para que los crímenes no queden impunes, y mintiendo los testigos, y durando el mismo reo inmensamente contra los tormentos y no confesando, no pudiendo probar lo que objetan, aunque hayan objetado cosas verdaderas, sean condenados por el juez que lo ignora. Estos tantos y tan grandes males no los computa como pecados: pues no

hace esto el juez sabio con voluntad de dañar, sino por la necesidad de ignorar; y sin embargo, porque la sociedad humana lo compele, también por la necesidad de juzgar. Esta es, por tanto, la que decimos miseria ciertamente del hombre, aunque no malicia del sabio. ¿O acaso por la necesidad de ignorar y de juzgar tortura a los inocentes, castiga a los inocentes, y le parece poco que no sea reo, si no fuera además también bienaventurado? ¡Cuánto más consideradamente y más dignamente de un hombre reconoce en esa necesidad la miseria, y la odia en sí mismo; y, si es piadosamente sabio, clama a Dios: "De mis necesidades líbrame" (Sal. XXIV, 17)!

CAPÍTULO VII.

Sobre la diversidad de lenguas, por la cual la sociedad de los hombres se divide; y sobre la miseria de las guerras, incluso de aquellas que se llaman justas.

Después de la ciudad o pueblo sigue el orbe de la tierra, en el cual ponen el tercer grado de la sociedad humana, comenzando desde la casa, y viniendo de allí a la ciudad, después progresando hasta el orbe: el cual ciertamente, como una masa de aguas, cuanto mayor es, tanto más lleno de peligros. En el cual primero la diversidad de lenguas enajena al hombre del hombre. Pues si dos se encuentran recíprocamente, y se ven compelidos por alguna necesidad no a pasar de largo sino a estar juntos, ninguno de los cuales conozca la lengua del otro; más fácilmente se asocian entre sí los animales mudos, incluso de diverso

género, que ellos, aun siendo ambos hombres. Pues cuando no pueden comunicar entre sí lo que sienten, por la sola diversidad de la lengua, nada aprovecha para asociar a los hombres tan grande similitud de naturaleza: de modo que más gustosamente está un hombre con su perro que con un hombre extraño. Pero ciertamente se puso empeño para que la ciudad imperiosa impusiera no solo el yugo, sino incluso su lengua a las naciones domadas por la paz de la sociedad; por la cual no faltara, antes bien abundara incluso la copia de intérpretes. Es verdad: pero ¿con cuántas y con cuán grandes guerras, con cuánta matanza de hombres, con cuánta efusión de sangre humana se consiguió esto? Pasadas las cuales, no se acabó sin embargo la miseria de esos mismos males. Pues aunque no hayan faltado ni falten enemigos en las naciones extrañas, contra las cuales siempre se han gestado y se gestan guerras: sin embargo, también la misma latitud del imperio parió guerras de peor género, a saber, sociales y civiles; por las cuales es sacudido más miserablemente el género humano, ya sea cuando se guerrea para que alguna vez descansen, ya sea cuando se teme que de nuevo surjan. De cuyos males las muchas y múltiples calamidades, las duras y diras necesidades, si quisiera expresarlas como es digno, aunque de ningún modo podría como la realidad lo postula; ¿cuál será el límite de una prolija disputa? Pero el sabio, dicen, ha de gestar guerras justas. Como si, si se recuerda hombre, no le dolerá mucho más que le haya surgido la necesidad de guerras justas; porque si

no fueran justas, no deberían ser gestadas por él, y por esto no habría ninguna guerra para el sabio. Pues la iniquidad de la parte adversa impone guerras justas para ser gestadas por el sabio: la cual iniquidad ciertamente ha de ser dolida por el hombre, porque es de hombres, aunque ninguna necesidad de guerrear naciera de ella. Así pues, estos males tan grandes, tan horrendos, tan saevos, quienquiera que los considera con dolor, confiese la miseria. Pero quienquiera que o los padece sin dolor de ánimo, o los piensa, mucho más miserablemente por eso se piensa bienaventurado, porque también perdió el sentido humano.

CAPÍTULO VIII.

Que la amistad de los buenos no puede ser segura, mientras sea necesario temblar por los peligros que hay en esta vida.

Mas si no sucede una cierta ignorancia semejante a la demencia, la cual sin embargo sucede a menudo en la miserable condición de esta vida, de modo que se crea o que es amigo el que es enemigo, o enemigo el que es amigo; ¿qué nos consuela en esta sociedad humana, llenísima de errores y penurias, sino la fe no fingida y el mutuo afecto de los verdaderos y buenos amigos? A los cuales, cuantos más tenemos y en más lugares, tanto más larga y ampliamente tememos que les suceda algo malo de los tan grandes montones de males de este siglo. Pues no solo estamos solícitos de que no sean afligidos por el hambre, por las guerras, por las enfermedades, por los cautiverios, de que en esa misma servidumbre

no padezcan tales cosas cuales ni siquiera somos suficientes para pensar: sino también, donde el temor es mucho más amargo, de que no sean cambiados a la perfidia, a la malicia y a la iniquidad. Y cuando estas cosas suceden (tantas más ciertamente cuanto ellos son más, y en más lugares) y llegan a nuestra noticia, ¿con qué azotes se quema nuestro corazón, quién puede, sino el que siente tales cosas, advertirlo? Por cierto, preferiríamos oír que han muerto: aunque tampoco esto podamos oírlo sin dolor. Pues de aquellos cuya vida nos deleitaba por los consuelos de la amistad, ¿de dónde puede ser que su muerte no nos infiera ninguna tristeza? Quien prohíba esto, prohíba, si puede, los coloquios amistosos, interdigua o corte el afecto amistoso, rompa los vínculos de todas las necesidades humanas con un cruel estupor de la mente; o juzgue que se debe usar de ellos de tal modo que ninguna dulzura inunde el ánimo por ellos. Lo cual si de ningún modo puede hacerse, ¿de qué modo también sucederá que no sea para nosotros amarga la muerte de aquel cuya vida es dulce? Pues de aquí es también el luto, una cierta como herida o úlcera de un corazón no inhumano, para cuya sanación se aplican los oficiosos consuelos. Pues no por eso deja de haber algo que sanar, porque cuanto mejor es el ánimo, tanto más pronto y fácilmente se sana en él. Cuando, por tanto, incluso por las muertes de los más caros, sobre todo de aquellos cuyos oficios son necesarios para la sociedad humana, ahora más suave, ahora más ásperamente se aflige la vida de los mortales; sin

embargo, preferiríamos oír o ver muertos a aquellos que amamos, que caídos o de la fe o de las buenas costumbres, esto es, muertos en la misma alma: de cuya ingente materia de males está llena la tierra; por lo cual está escrito: "¿Acaso no es una tentación la vida humana sobre la tierra?" (Job VII, 1). Y por lo cual el mismo Señor dice: "¡Ay del mundo por los escándalos!" (Mat. XVIII, 7): y otra vez: "Porque abundó —dice— la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos" (Id. XXIV, 12). De donde sucede que nos congratulamos por los buenos amigos muertos, y aunque su muerte nos entristezca, ella misma nos consuela más ciertamente: puesto que carecieron de los males por los cuales en esta vida incluso los hombres buenos o son desgastados, o son depravados, o peligran en ambas cosas.

CAPÍTULO IX.---Sobre la amistad de los santos ángeles, la cual no puede ser manifiesta al hombre en este mundo, por causa de la falacia de los demonios, en los cuales incidieron los que pensaron que debían ser venerados por ellos muchos dioses.

En la sociedad ciertamente de los santos ángeles, a la cual aquellos filósofos, que quisieron que los dioses fueran nuestros amigos, constituyeron en el cuarto lugar, como viniendo al universo desde el orbe de las tierras, para que así en cierto modo abarcaran también el cielo; de ningún modo tememos que tales amigos nos entristezcan o por su muerte o por su depravación. Pero porque no se mezclan con nosotros con esa familiaridad con que lo hacen los hombres (lo cual también

eso mismo pertenece a las penurias de esta vida) y a veces Satanás, como leemos, se transfigura como ángel de luz (2 Cor. XI, 14), para tentar a aquellos a quienes así o es necesario instruir, o es justo engañar; la gran misericordia de Dios es necesaria, para que nadie, cuando piensa que tiene a los buenos ángeles como amigos, tenga a los malos demonios como amigos fingidos, y los padezca como enemigos tanto más nocivos cuanto más astutos y falaces. ¿A quién es necesaria esa gran misericordia de Dios, sino a la gran miseria humana, que es oprimida por tan grande ignorancia que fácilmente es engañada por la simulación de estos? Y que aquellos filósofos en la ciudad impía, que dijeron que los dioses eran sus amigos, incidieron en demonios malignos, es certísimo, a los cuales toda esa misma ciudad está sometida, habiendo de tener con ellos eterno suplicio. Pues por sus ritos sagrados, o más bien sacrilegios, con los que pensaron que debían ser venerados, y por los juegos, inmundísimos, donde se celebran sus crímenes, con los que pensaron que debían ser aplacados, siendo ellos mismos los autores y exactores de tales y tan grandes deshonras, está suficientemente abierto por ellos quiénes son los que son venerados.

CAPÍTULO X.

Qué fruto está preparado para los santos por la superada tentación de esta vida.

Pero ni los santos y fieles cultivadores del único Dios verdadero y sumo están seguros de

las falacias de ellos y de la multiforme tentación. Pues en este lugar de enfermedad y en los días malignos incluso esta solicitud no es inútil, para que aquella seguridad, donde la paz es plenísima y certísima, se busque con deseo más ferviente. Pues allí estarán los dones de la naturaleza, esto es, los que son dados a nuestra naturaleza por el Creador de todas las naturalezas, no solo buenos, sino incluso sempiternos; no solo en el ánimo, que se sana por la sabiduría, sino incluso en el cuerpo, que será renovado por la resurrección. Allí las virtudes, no luchando contra ningún vicio o males cualesquiera, sino teniendo como premio de la victoria la paz eterna, a la cual ningún adversario inquiete. Pues esa es la bienaventuranza final, el mismo fin de la perfección, que no tiene un fin que consuma. Mas aquí somos llamados ciertamente bienaventurados cuando tenemos paz, por pequeña que aquí pueda tenerse en una vida buena: pero esta bienaventuranza, comparada con aquella bienaventuranza que llamamos final, se encuentra que es del todo miseria. Esta paz, por tanto, tal como puede ser aquí, cuando los hombres mortales la tenemos en las cosas mortales, si vivimos rectamente, la virtud usa rectamente de sus bienes: mas cuando no la tenemos, la virtud usa bien incluso de los males que el hombre padece. Pero entonces es verdadera virtud, cuando refiere tanto todos los bienes de los que usa bien, como lo que hace en el buen uso de bienes y males, y a sí misma también, a aquel fin donde habrá para nosotros tal y tan grande paz, que no pueda haber otra mejor ni mayor.

CAPÍTULO XI.

Sobre la bienaventuranza de la paz eterna, en la cual está el fin de los santos, esto es, la verdadera perfección.

Por lo cual podemos decir que el fin de nuestros bienes es la paz, así como dijimos que es la vida eterna: sobre todo porque a la misma ciudad de Dios, sobre la que tenemos esta laboriosísima disputa, se dice en el santo Salmo: "Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba a tu Dios, Sión." "Porque ha reforzado los cerrojos de tus puertas, ha bendecido a tus hijos en ti, el cual ha puesto tus confines en paz" (Sal. CXLVII, 12-14). Pues cuando hayan sido reforzados los cerrojos de sus puertas, ya nadie entrará en ella, ni de ella saldrá nadie. Y por esto debemos entender aquí sus confines como aquella paz que queremos demostrar como final. Pues también el nombre místico de la misma ciudad, esto es, Jerusalén, lo que ya dijimos antes, se interpreta como "Visión de paz". Pero puesto que el nombre de paz se frecuenta también en estas cosas mortales, donde ciertamente no hay vida eterna; por eso preferimos conmemorar el fin de esta ciudad, donde estará su sumo bien, como vida eterna más bien que como paz. Sobre cuyo fin dice el Apóstol: "Pero ahora liberados del pecado, y hechos siervos de Dios, tenéis vuestro fruto en la santificación, y por fin la vida eterna" (Rom. VI, 22). Pero de nuevo, porque la vida eterna puede ser tomada incluso como la vida de los malos por estos que no tienen familiaridad con las Sagradas Escrituras; ya sea según algunos filósofos también, por causa de la inmortalidad del

alma; o también según nuestra fe, por causa de las penas interminables de los impíos, los cuales ciertamente no podrán ser atormentados eternamente si no vivieran también eternamente: por tanto, el fin de esta ciudad, en el cual tendrá el sumo bien, ha de decirse o la paz en la vida eterna, o la vida eterna en la paz, para que pueda ser entendido más fácilmente por todos. Tan grande es, en efecto, el bien de la paz, que incluso en las cosas terrenas y mortales nada suele oírse con más agrado, nada desearse con más anhelo, nada finalmente puede encontrarse mejor. Sobre la cual, si quisiéramos hablar algo más largamente, no seremos, según creo, gravosos a los lectores, tanto por el fin de esta ciudad, sobre la que es nuestro discurso, como por la misma dulzura de la paz que es cara a todos.

CAPÍTULO XII.

Que incluso la saña de los que guerrean y todas las inquietudes de los hombres desean llegar al fin de la paz, sin cuyo apetito no existe naturaleza alguna.

1. Pues lo que cualquiera que de algún modo contempla los asuntos humanos y la naturaleza común reconoce conmigo es que, así como no hay nadie que no quiera gozar, así no hay nadie que no quiera tener paz. Puesto que incluso aquellos mismos que quieren guerras, no quieren otra cosa sino vencer; desean, por tanto, llegar a una paz gloriosa guerreando. Pues ¿qué otra cosa es la victoria sino la sujeción de los que se resisten? Y cuando esto se haya hecho, habrá paz. Por

tanto, las guerras se libran con la intención de la paz, incluso por aquellos que se esmeran en ejercitar la virtud bélica mandando y luchando. De donde consta que la paz es el fin deseable de la guerra. Pues todo hombre busca la paz incluso guerreando; pero nadie busca la guerra pacificando. Pues incluso aquellos que quieren que la paz en la que están sea perturbada, no odian la paz, sino que desean que sea cambiada según su propio arbitrio. No quieren, por tanto, que no haya paz, sino que haya la que ellos quieren. Finalmente, aunque se hayan separado de otros por sedición, si no mantienen con aquellos mismos conjurados o aliados suyos al menos alguna apariencia de paz, no logran lo que pretenden. Por consiguiente, los mismos ladrones, para ser más vehemente y seguramente hostiles a la paz de los demás, quieren tener la paz de sus socios. Pero aunque hubiera uno tan prepotente en fuerzas y tan precavido de cómplices que no se confiara a ningún socio, y solo acechando y prevaleciendo, tras oprimir y aniquilar a quienes pudiera, hiciera presa, ciertamente mantiene alguna sombra de paz con aquellos a quienes no puede matar, y de quienes quiere que se oculte lo que hace. En su propia casa, además, con su esposa y con sus hijos, y si tiene allí a otros cualesquiera, procura ciertamente estar en paz; pues sin duda se deleita con aquellos que obedecen a su voluntad. Pues si no se hace, se indigna, reprende, castiga; y compone la paz de su casa, si así es necesario, incluso ensañándose; la cual siente que no puede ser si no están sujetos a un cierto principio, que

es él mismo en su casa, todos los demás en esa misma sociedad doméstica. Y por eso, si se le ofreciera la servidumbre de muchos, o de una ciudad o nación, de modo que le sirvieran así como quería que se le sirviera en su casa; ya no se escondería como ladrón en las guaridas, sino que se ensalzaría como rey conspicuo, permaneciendo en él el mismo deseo y malicia. Así, pues, todos desean tener paz con los suyos, a quienes quieren que vivan según su arbitrio. Pues incluso con aquellos con quienes hacen la guerra, quieren hacerlos suyos, si pueden, e imponerles las leyes de su propia paz una vez sujetos.

2. Pero imaginemos a alguien tal como lo canta la narración poética y fabulosa; a quien tal vez, por su misma ferocidad insociable, prefirieron llamar semihombre que hombre. Aunque, pues, el reino de este fuera la soledad de una espantosa cueva, y su malicia tan singular que de aquí se le inventó el nombre; pues "malo" en griego se dice kakos, que era como se llamaba: ninguna esposa le traería ni le devolvería una palabra halagüeña, con ningún hijo pequeño jugaría, ni mandaría a los más grandecitos, de ningún coloquio de amigo gozaría, ni siquiera de su padre Vulcano, de quien solo en esto fue no poco más infeliz, porque él mismo no engendró tal monstruo: nada daría a nadie, sino que de quien pudiera quitaría lo que quisiera, y cuando pudiera, y cuanto quisiera: sin embargo, en su misma cueva solitaria, cuyo suelo, según se describe, siempre estaba tibio por la reciente matanza, no quería otra cosa que la paz, en la cual nadie le fuera molesto, ni la fuerza

o el terror de nadie turbara su quietud. Con su cuerpo, finalmente, deseaba tener paz: y cuanto la tenía, tanto bien le iba. Puesto que mandaba a sus miembros obedientes; y para apaciguar con cuanta rapidez pudiera su mortalidad, que se rebelaba contra él por la indigencia, y la sedición del hambre, que incitaba al alma a disociarse y ser excluida del cuerpo, arrebataba, mataba, devoraba; y aunque fuera inmenso y fiero, sin embargo, inmensa y fieramente miraba por la paz de su vida y de su salud: y por esto, si quisiera tener también con otros aquella paz que se esmeraba en tener en su cueva y en sí mismo, no sería llamado ni malo, ni monstruo, ni semihombre. O si la forma de su cuerpo y el vómito de negros fuegos ahuyentaba de él la sociedad de los hombres, tal vez se ensañaba no por deseo de dañar, sino por necesidad de vivir. Pero o este no existió, o, lo que es más de creer, no fue tal cual se describe por la vanidad poética: pues si Caco no fuera excesivamente acusado, Hércules sería poco alabado. Un hombre tal, pues, o semihombre, mejor se cree, como dije, que no existió, como muchas ficciones de los poetas. Pues las mismas fieras más sañudas, de las cuales él tuvo parte de su ferocidad (pues también fue llamado semifiero), custodian su propio género con una cierta paz, cohabitando, engendrando, pariendo, fomentando y nutriendo a sus fetos, aunque la mayoría sean insociables y vaguen solas: no ciertamente como las ovejas, los ciervos, las palomas, los estorninos, las abejas; sino como los leones, las zorras, las águilas, los búhos. Pues ¿qué tigresa no murmura

suavemente a sus hijos, y halaga con pacificada ferocidad? ¿Qué milano, por muy solitario que vuele en sus rapiñas, no se une en matrimonio, construye el nido, fomenta los huevos, alimenta a los polluelos, y conserva la sociedad doméstica con su ama de casa, por así decir, con cuanta paz puede? Cuánto más es llevado el hombre en cierto modo por las leyes de su naturaleza a entablar sociedad y paz con los hombres, cuanto está en él, con todos: cuando incluso los malos guerrean por la paz de los suyos, y quieren hacer suyos a todos, si pueden, para que todos y todas las cosas sirvan a uno solo; ¿de qué modo, sino consintiendo en su paz, ya sea amando o temiendo? Pues así la soberbia imita perversamente a Dios. Pues odia la igualdad con los socios bajo Él: pero quiere imponer a los socios su propia dominación en lugar de Él. Odia, por tanto, la justa paz de Dios y ama su propia paz inicua: sin embargo, no puede de ningún modo dejar de amar alguna clase de paz. Pues ningún vicio es tan contrario a la naturaleza que borre incluso los últimos vestigios de la naturaleza.

3. Así, pues, ve la paz de los inicuos en comparación con la paz de los justos, y que no debe llamarse paz, aquel que sabe anteponer las cosas rectas a las depravadas y las ordenadas a las perversas. Pero lo que es perverso, también es necesario que esté pacificado en alguna parte, y por alguna parte, y con alguna parte de las cosas en las que está, o de las que consta; de otro modo no sería nada en absoluto. Como si alguien colgara con la cabeza hacia abajo, ciertamente

es perversa la posición del cuerpo y el orden de los miembros; porque lo que la naturaleza exige que esté arriba está abajo, y lo que ella quiere que esté abajo se ha puesto arriba; esta perversidad ha perturbado la paz de la carne, y por eso es molesta: sin embargo, el alma está pacificada con su propio cuerpo, y se afana por su salud, y por eso hay quien se duele; la cual, si excluida por sus molestias se marchara, mientras permanece la trabazón de los miembros, no carece de una cierta paz de las partes lo que queda, y por eso todavía hay algo que cuelga. Y porque el cuerpo terreno tiende hacia la tierra, y se resiste al vínculo por el cual está suspendido, tiende al orden de su propia paz, y pide en cierto modo con la voice del peso el lugar donde descanse, y ya exánime y sin sentido alguno, no se aparta, sin embargo, de la paz natural de su orden, ya sea cuando la mantiene, ya sea cuando es llevado hacia ella. Pues si se aplicaran medicamentos y una curación que no permitiera que la forma del cadáver se disolviera y se deshiciera, todavía una cierta paz une las partes con las partes, y aplica toda la mole a algo terreno y conveniente, y por esto a un lugar pacificado. Pero si no se aplica ningún cuidado de embalsamar, sino que se deja a su curso natural, durante tanto tiempo está como en tumulto por las exhalaciones disidentes e inconvenientes para nuestro sentido: pues eso es lo que se siente en el hedor, hasta que convenga con los elementos del mundo, y se marche a la paz de ellos partícula a partícula y poco a poco. De ningún modo, sin embargo, se sustrae de allí

algo a las leyes de aquel sumo Creador y Ordenador, por quien se administra la paz del universo: porque aunque del cadáver de un animal mayor nazcan animales diminutos, por la misma ley del Creador esos mismos cuerpecillos sirven a sus almitas en la paz de la salud: y aunque las carnes de los muertos sean devoradas por otros animales, encuentran las mismas leyes difundidas por todas las cosas para la salud de cada género de los mortales, pacificando lo congruo con lo congruo, por dondequiera que sean arrastradas, y a cualesquiera cosas sean unidas, y en cualesquiera cosas sean convertidas y cambiadas.

CAPÍTULO XIII.---Sobre la paz universal, que entre cualesquiera perturbaciones no puede ser privada de la ley de la naturaleza, mientras bajo un juez justo llega cada uno por ordenación a aquello que mereció por voluntad.

1. La paz del cuerpo, por tanto, es la temperatura ordenada de las partes. La paz del alma irracional, el reposo ordenado de los apetitos. La paz del alma racional, la concordancia ordenada del conocimiento y la acción. La paz del cuerpo y del alma, la vida y salud ordenada del ser viviente. La paz del hombre mortal y de Dios, la obediencia ordenada en la fe bajo la ley eterna. La paz de los hombres, la concordia ordenada. La paz de la casa, la concordia ordenada de mandar y obedecer de los que cohabitan. La paz de la ciudad, la concordia ordenada de mandar y obedecer de los ciudadanos. La paz de la ciudad celestial, la sociedad ordenadísima y concordadísima de gozar de Dios y mutuamente en Dios. La

paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden. El orden es la disposición de cosas iguales y desiguales que atribuye a cada una su lugar. Por consiguiente los miserables, porque, en cuanto son miserables, ciertamente no están en paz, carecen en verdad de la tranquilidad del orden, donde no hay perturbación alguna: sin embargo, porque son merecida y justamente miserables, en esa misma miseria suya tampoco pueden estar fuera del orden; no ciertamente unidos a los bienaventurados, pero sí separados de ellos por la ley del orden. Los cuales, cuando están sin perturbación, se acoplan a las cosas en las que están por alguna congruencia: y por esto hay en ellos alguna tranquilidad del orden: hay, por tanto, alguna paz. Pero por eso son miserables, porque, aunque no se duelan en alguna seguridad, no están, sin embargo, allí donde deberían estar seguros y no dolerse: pero son más miserables si no tienen paz con esa misma ley por la cual se administra el orden natural. Pero cuando se duelen, por aquella parte por la que se duelen, se ha producido una perturbación de la paz: pero en aquella todavía hay paz, en la cual ni el dolor abrasa, ni la misma trabazón se disuelve. Así como, por tanto, hay una cierta vida sin dolor, pero el dolor no puede existir sin alguna vida: así hay una cierta paz sin guerra alguna, pero la guerra no puede existir sin alguna paz; no según aquello que es guerra, sino según aquello que se hace por aquellos o en aquellas cosas que son algunas naturalezas: las cuales de ningún modo existirían si no subsistieran por alguna clase de paz.

2. Por lo cual existe una naturaleza en la que no hay mal alguno, o incluso en la que no puede haber mal alguno: pero no puede existir una naturaleza en la que no haya bien alguno. Por consiguiente, ni siquiera la naturaleza del mismo diablo, en cuanto es naturaleza, es un mal: sino que la perversidad la hace mala. Por tanto, no permaneció en la verdad, pero no escapó al juicio de la verdad: no permaneció en la tranquilidad del orden, y no por eso huyó de la potestad del Ordenador. El bien de Dios, que tiene en su naturaleza, no lo sustrae a la justicia de Dios, por la cual es ordenado en la pena: ni Dios persigue allí el bien que creó, sino el mal que aquel cometió. Pues ni quita todo lo que dio a la naturaleza; sino que quita algo, deja algo, para que haya quien se duele de lo que quita. Y el mismo dolor es testimonio del bien quitado y del bien dejado. Pues si no se hubiera dejado un bien, no podría dolerse del bien perdido. Pues el que peca es peor si se alegra en el daño de la equidad. Pero el que es atormentado, si no adquiere de allí nada de bien, se duele del daño de la salud. Y puesto que la equidad y la salud son ambas un bien, y por la pérdida de un bien se ha de doler uno más bien que alegrarse (siempre que no haya compensación de algo mejor, pero mejor es la equidad del ánimo que la sanidad del cuerpo), ciertamente más convenientemente se duele el injusto en el suplicio de lo que se alegró en el delito. Así como, por tanto, la alegría por el bien abandonado en el pecado es testigo de una voluntad mala; así el dolor por el bien perdido en el suplicio es testigo de una naturaleza buena.

Pues el que se duele de la paz perdida de su naturaleza, se duele de ello por algunos restos de paz, por los cuales ocurre que la naturaleza sea amiga de sí misma. Pero esto ocurre rectamente en el suplicio extremo, que los inicuos e impíos lloren los daños de los bienes naturales en sus tormentos, sintiendo que su quitador es el justísimo Dios, a quien despreciaron como benignísimo dador. Dios, pues, sapientísimo fundador de todas las naturalezas y justísimo ordenador, que instituyó el mortal género humano como el máximo de los ornamentos terrenos, dio a los hombres ciertos bienes congruos a esta vida, esto es, la paz temporal según el módulo de la vida mortal en la misma salud e incolumidad y sociedad de su género, y cualesquiera cosas necesarias para proteger o recuperar esta paz, como aquellas cosas que de modo apto y conveniente están adyacentes a los sentidos, la luz, la noche, los aires respirables, las aguas potables, y cuanto conviene para alimentar, cubrir, cuidar y adornar el cuerpo: con aquel pacto equitativo de que el mortal que hubiere usado rectamente de tales bienes acomodados a la paz de los mortales, reciba otros más amplios y mejores, a saber, la misma paz de la inmortalidad, y la gloria y honor convenientes a ella en la vida eterna para gozar de Dios y del prójimo en Dios: pero el que los use perversamente, ni reciba aquellos y pierda estos.

CAPÍTULO XIV.

Sobre el orden y la ley, ya sea celestial o terrena, por la cual se mira por la sociedad humana incluso dominando, a la cual también mirando por ella se sirve.

Todo uso de las cosas temporales, por tanto, se refiere al fruto de la paz terrena en la ciudad terrena: pero en la ciudad celestial se refiere al fruto de la paz eterna. Por lo cual, si fuéramos animales irracionales, nada apeteceríamos fuera de la temperatura ordenada de las partes del cuerpo y el reposo de los apetitos: nada, por tanto, fuera de la quietud de la carne y la abundancia de placeres, para que la paz del cuerpo aprovechara a la paz del alma. Pues si falta la paz del cuerpo, se impide también la paz irracional del alma; porque no puede alcanzar el reposo de los apetitos. Pero ambas cosas a la vez aprovechan a aquella paz que tienen entre sí el alma y el cuerpo, esto es, de la vida y salud ordenadas. Pues así como los animales muestran que aman la paz del cuerpo cuando huyen del dolor; y la paz del alma cuando, por cumplir las indigencias de los apetitos, siguen el placer: así, huyendo de la muerte, indican suficientemente cuánto aman la paz por la que se concilian el alma y el cuerpo. Pero porque en el hombre hay alma racional, todo esto que tiene en común con las bestias lo somete a la paz del alma racional, para que contemple algo con la mente y según esto haga algo, de modo que haya en él una concordancia ordenada de conocimiento y acción, que habíamos llamado paz del alma racional. Pues para esto debe querer ni ser molestado por el dolor, ni ser perturbado por el deseo, ni ser disuelto por la muerte, para conocer

algo útil y según ese conocimiento componer su vida y costumbres. Pero para que por el mismo estudio del conocimiento no incurra en la peste de algún error por causa de la enfermedad de la mente humana, tiene necesidad del magisterio divino, al que obedezca con certeza, y del auxilio, para que obedezca con libertad. Y puesto que, mientras está en este cuerpo mortal, peregrina fuera del Señor; camina por la fe, no por la visión: y por esto toda paz, ya sea del cuerpo, o del alma, o a la vez del cuerpo y del alma, la refiere a aquella paz que el hombre mortal tiene con el Dios inmortal; para que haya en él una obediencia ordenada en la fe bajo la ley eterna. Ya en verdad, porque el maestro Dios enseña dos preceptos principales, esto es, el amor a Dios y el amor al prójimo, en los cuales encuentra el hombre tres cosas que amar: a Dios, a sí mismo y al prójimo; y no yerra en amarse a sí mismo el que ama a Dios: se sigue que también mire por el prójimo para que ame a Dios, al cual se le manda amar como a sí mismo. Así a la esposa, así a los hijos, así a los domésticos, así a los demás hombres que pudiere; y para esto quiera que su prójimo mire por él, si acaso lo necesita: y por esto estará en paz, en cuanto esté en él, con todo hombre, por la paz de los hombres, esto es, la concordia ordenada: de la cual este es el orden, primero que a nadie dañe, después que también aproveche a quien pudiere. Primordialmente, pues, hay en él el cuidado de los suyos: pues a ellos tiene un acceso más oportuno y fácil de mirar por ellos, ya sea por el orden de la naturaleza, ya sea de

la misma sociedad humana. De donde dice el Apóstol: "Pero si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo" (1 Tim. V, 8). De aquí, por tanto, nace también la paz doméstica, esto es, la concordia ordenada de mandar y obedecer de los que cohabitan. Pues mandan los que miran por los demás: como el marido a la esposa, los padres a los hijos, los señores a los siervos. Pero obedecen aquellos por quienes se mira: como las mujeres a los maridos, los hijos a los padres, los siervos a los señores. Pero en la casa del justo que vive de la fe, y todavía peregrina fuera de aquella ciudad celestial, incluso los que mandan sirven a aquellos a quienes parecen mandar. Pues no mandan por deseo de dominar, sino por el deber de mirar por los demás; ni por la soberbia de mandar, sino por la misericordia de proveer.

CAPÍTULO XV.---Sobre la libertad natural, y sobre la servidumbre, cuya causa primera es el pecado, por la cual el hombre de mala voluntad, aunque no sea mancipio de otro hombre, es siervo de su propia libido.

Esto prescribe el orden natural; así fundó Dios al hombre. Pues, "Domine", dice, "a los peces del mar, y a los volátiles del cielo, y a todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra" (Gén. I, 26). Al que hizo racional a su imagen no quiso que dominara sino a los irracionales: no el hombre al hombre, sino el hombre al ganado. De ahí que los primeros justos fueron constituidos pastores de ganados más bien que reyes de hombres: para que incluso así insinuara Dios qué pide el

orden de las criaturas, qué exige el mérito de los pecados. Pues la condición de la servidumbre se entiende impuesta con derecho al pecador. Por consiguiente, en ninguna parte de las Escrituras leemos "siervo" antes de que el justo Noé castigara con este vocablo el pecado de su hijo (Gén. IX, 25). Ese nombre, por tanto, lo mereció la culpa, no la naturaleza. Pero el origen del vocablo de los siervos en la lengua latina se cree derivado de esto, que aquellos que por ley de guerra podrían ser muertos, al ser conservados por los vencedores se hacían siervos (servi), llamados así por conservar (servando); lo cual tampoco carece de mérito de pecado. Pues incluso cuando se libra una guerra justa, se lucha por el pecado y por la parte contraria: y toda victoria, aun cuando acontece a los malos, humilla por juicio divino a los vencidos, ya sea enmendando los pecados, ya sea castigándolos. Testigo es el hombre de Dios, Daniel, cuando puesto en cautividad, confiesa sus pecados y los pecados de su pueblo a Dios, y con piadoso dolor atestigua que esta es la causa de aquella cautividad (Dan. IX, 5-19). La causa primera de la servidumbre, por tanto, es el pecado; para que el hombre fuera sometido al hombre por el vínculo de la condición: lo cual no ocurre sino por juicio de Dios, en quien no hay iniquidad, y que sabe distribuir diversas penas a los méritos de los delincuentes. Pero como dice el Señor celestial: "Todo el que hace pecado, siervo es del pecado" (Juan VIII, 34): y por esto muchos religiosos sirven ciertamente a señores inicuos, pero no libres: "pues por quien uno es vencido, a este

también se le adjudica como siervo" (2 Ped. II, 19). Y ciertamente más felizmente se sirve al hombre que a la libido; cuando con saquísimo dominio devasta los corazones de los mortales, por omitir otras cosas, la misma libido de dominar. Pero a los hombres en aquel orden de paz por el cual unos están sujetos a otros, así como la humildad aprovecha a los que sirven, así la soberbia daña a los que dominan. Pero nadie por naturaleza, en la cual Dios primero fundó al hombre, es siervo del hombre o del pecado. Pero también la servidumbre penal se ordena por aquella ley que manda conservar el orden natural y prohíbe perturbarlo: porque si no se hubiera hecho contra esa ley, nada habría que coaccionar con la servidumbre penal. Y por eso el Apóstol también amonesta a los siervos a estar sometidos a sus señores, y a servirles de corazón con buena voluntad (Ef. VI, 5): para que, a saber, si no pueden ser hechos libres por sus señores, ellos mismos hagan su servidumbre en cierto modo libre; sirviendo no con temor engañoso, sino con fiel amor, hasta que pase la iniquidad y se evacue todo principado y potestad humana, y sea Dios todo en todas las cosas.

CAPÍTULO XVI.

Sobre el derecho equitativo de dominar.

Por lo cual, aunque nuestros padres justos tuvieron siervos, administraban de tal modo la paz doméstica que, según estos bienes temporales, distinguían la suerte de los hijos de la condición de los siervos; pero para el culto a Dios, en quien

se han de esperar los bienes eternos, miraban por todos los miembros de su casa con igual amor. Lo cual prescribe de tal modo el orden natural, que el nombre de padres de familia (patrumfamilias) nació de aquí, y se divulgó tan ampliamente que incluso los que dominan inicuamente se gozan de ser llamados así. Pero los que son verdaderos padres de familia miran por todos en su familia como por hijos para el culto y el merecimiento de Dios; deseando y anhelando llegar a la casa celestial, donde no sea necesario el oficio de mandar a los mortales, porque no será necesario el oficio de mirar por los que ya son felices en aquella inmortalidad: hasta que se llegue a ese lugar, más deben los padres tolerar que dominan, que los siervos que sirven. Pero si alguno en la casa por inobediencia es adverso a la paz doméstica, es corregido, ya sea de palabra, ya sea con azote, ya sea con cualquier otro género de pena justa y lícita, cuanto la sociedad humana concede, para utilidad del que es corregido, para que se acople a la paz de la que se había apartado. Pues así como no es de la beneficencia, por ayudar, hacer que se pierda el bien que es mayor; así no es de la inocencia, por perdonar, permitir que se incida en un mal más grave. Pertenece, por tanto, al oficio del hombre inocente no solo no inferir mal a nadie, sino también cohibir del pecado, o castigar el pecado; para que o el mismo que es castigado sea corregido por la experiencia, o otros sean aterrorizados por el ejemplo. Porque, por tanto, la casa del hombre debe ser el inicio o una partícula de la ciudad, además todo inicio se refiere a algún fin

de su propio género, y toda parte a la integridad del todo del cual es parte: aparece suficientemente ser consecuente que la paz doméstica se refiera a la paz cívica, esto es, que la concordia ordenada de mandar y obedecer de los que cohabitan se refiera a la concordia ordenada de mandar y obedecer de los ciudadanos. Así ocurre que conviene que el padre de familia tome los preceptos de la ley de la ciudad, con los cuales rija su casa de modo que esté acomodada a la paz de la ciudad.

CAPÍTULO XVII.

De dónde la sociedad celestial tenga paz con la ciudad terrena, y de dónde discordia.

Pero la casa de los hombres que no viven de la fe, sigue la paz terrena a partir de las cosas y comodidades de esta vida temporal. Pero la casa de los hombres que viven de la fe, espera aquellas cosas que han sido prometidas como eternas para el futuro, y usa de las cosas terrenas y temporales como peregrina, no para dejarse atrapar y desviar de donde tiende hacia Dios, sino para sustentarse para tolerar más fácilmente y aumentar mínimamente las cargas del cuerpo corruptible, que agrava al alma (Sab. IX, 15). Por eso el uso de las cosas necesarias para esta vida mortal es común a ambos hombres y a ambas casas; pero el fin de usarlas es propio de cada uno, y muy diverso. Así también la ciudad terrena, que no vive de la fe, apetece la paz terrena; y en eso fija la concordia de mandar y obedecer de los ciudadanos, para que haya en ellos sobre las cosas pertenecientes

a la vida mortal una cierta composición de las voluntades humanas. Pero la ciudad celestial, o más bien la parte de ella que peregrina en esta mortalidad y vive de la fe, también es necesario que use de esta paz, hasta que pase la misma mortalidad para la cual tal paz es necesaria. Y por esto, mientras lleva en la ciudad terrena una vida cautiva de su peregrinación, habiendo recibido ya la promesa de la redención y el don espiritual como prenda, no duda en obedecer a las leyes de la ciudad terrena con las cuales se administran estas cosas que están acomodadas para sustentar la vida mortal: para que, puesto que es común la misma mortalidad, se conserve en las cosas pertenecientes a ella la concordia entre ambas ciudades. Pero porque la ciudad terrena tuvo algunos sabios suyos, a los cuales reprueba la disciplina divina, que ya sea sospechando o engañados por los demonios creyeran que muchos dioses debían ser conciliados para los asuntos humanos, a cuyos diversos oficios, por así decir, pertenecieran diversos subordinados—a uno el cuerpo, a otro el alma, y en el mismo cuerpo a uno la cabeza, a otro el cuello, y lo demás individualmente a individuos; de igual modo en el alma a uno el ingenio, a otro la doctrina, a otro la ira, a otro la concupiscentia; y en las mismas cosas adyacentes a la vida, a uno el ganado, a otro el trigo, a otro el vino, a otro el aceite, a otro los bosques, a otro el dinero, a otro la navegación, a otro las guerras y victorias, a otro los matrimonios, a otro los partos y la fecundidad, y a otros otras cosas; pero la ciudad celestial conociera que un solo Dios debe ser adorado,

y que a Él solo se debe servir con aquella servidumbre que en griego se llama latreia y no se debe sino a Dios, juzgara con fiel piedad: ocurrió que no pudiera tener comunes las leyes de la religión con la ciudad terrena, y por estas tuviera necesidad de disentir de ella, y de ser una carga para los que sentían de modo diverso, y de sostener sus iras y odios e ímpetus de persecuciones, a no ser cuando repeliera los ánimos de los adversarios alguna vez por el terror de su multitud, y siempre por el auxilio divino. Esta ciudad celestial, por tanto, mientras peregrina en la tierra, convoca a ciudadanos de todas las gentes y reúne en todas las lenguas una sociedad peregrina; sin cuidar lo que haya de diverso en las costumbres, leyes e instituciones con las cuales se adquiere o se mantiene la paz terrena; nada de ello rescindiendo ni destruyendo, antes bien incluso conservándolo y siguiéndolo: lo cual, aunque diverso en diversas naciones, se endereza sin embargo a un mismo y único fin de la paz terrena, si no impide la religión por la cual se enseña que se ha de adorar a un solo Dios sumo y verdadero. Usa, pues, también la ciudad celestial en esta su peregrinación de la paz terrena, y sobre las cosas pertenecientes a la naturaleza mortal de los hombres, protege y apetece la composición de las voluntades humanas, en cuanto se concede salva la piedad y la religión, y refiere esa paz terrena a la paz celestial: la cual verdaderamente es de tal modo paz, que solo ella debe tenerse y llamarse la paz de la criatura racional, a saber, la sociedad ordenadísima y concordadísima de gozar de Dios y mutuamente

en Dios; a donde cuando se llegue, no habrá una vida mortal, sino plenamente y ciertamente vital; ni un cuerpo animal, que mientras se corrompe agrava al alma, sino uno espiritual sin ninguna indigencia, sometido en toda parte a la voluntad. Esta paz la tiene mientras peregrina en la fe; y por esta fe vive justamente, cuando refiere a la consecución de aquella paz cuanto de buenas acciones realiza para con Dios y el prójimo, puesto que la vida de la ciudad es ciertamente social.

CAPÍTULO XVIII.

En qué se diferencia la ambigüedad de la nueva Academia de la constancia de la fe cristiana.

En lo que respecta a aquella diferencia que Varro aplicó sobre los nuevos Académicos, para quienes todas las cosas son inciertas, la ciudad de Dios detesta totalmente tal duda como una demencia, poseyendo sobre las cosas que comprende con la mente y la razón un conocimiento certísimo, aunque sea pequeño a causa del cuerpo corruptible que agrava el alma, ya que, como dice el Apóstol: 'En parte conocemos' (1 Cor. 13, 9); y cree a los sentidos en la evidencia de cada cosa, de los cuales el alma se sirve a través del cuerpo: pues se engaña más miserablemente quien piensa que nunca se debe creer en ellos. Cree también en las Sagradas Escrituras, tanto antiguas como nuevas, que llamamos Canónicas, de donde se ha concebido la fe misma por la cual el justo vive (Hab. 2, 4); por la cual caminamos sin duda mientras peregrinamos lejos del Señor

(2 Cor. 5, 6): permaneciendo esta fe salva y cierta, dudamos sin justa reprensión sobre ciertas cosas que no hemos percibido ni por el sentido ni por la razón, ni nos han sido aclaradas por la Escritura canónica, ni han llegado a nuestro conocimiento por testigos a quienes no creer sea absurdo.

CAPÍTULO XIX.

Del hábito y costumbres del pueblo cristiano.

Ciertamente, nada importa a esa ciudad qué hábito o costumbre de vivir siga cada uno, si no es contra los preceptos divinos, con tal que profese esa fe por la cual se llega a Dios: por lo cual a los mismos filósofos, cuando se hacen cristianos, no los obliga a cambiar de hábito o costumbre de vida, que en nada impide a la religión, sino a cambiar sus falsos dogmas. Por tanto, no se cuida en absoluto de aquella diferencia que Varro aplicó de los Cínicos, si uno no hace nada torpe o intemperadamente. De aquellos tres géneros de vida —el otioso, el actuoso y el compuesto de ambos—, aunque salvando la fe cada uno pueda llevar su vida en cualquiera de ellos y llegar a los premios eternos, importa, sin embargo, qué se tenga por amor a la verdad y qué se emplee en el deber de la caridad. Nadie debe estar tan otioso que en ese mismo ocio no piense en la utilidad del prójimo; ni tan actuoso que no busque la contemplación de Dios. En el ocio no debe deleitar una vacación inerte, sino o la investigación o el hallazgo de la verdad: para que en ella cada uno aproveche, y retenga lo que haya hallado, y no

tenga envidia de otro. En la acción, sin embargo, no se debe amar el honor en esta vida ni el poder, pues todas las cosas son vanas bajo el sol: sino la obra misma que se hace mediante ese mismo honor o poder, si se hace recta y útilmente, esto es, de modo que valga para aquella salvación de los súbditos que es según Dios; sobre lo cual ya hemos disputado anteriormente (Cap. 6). Por lo cual dice el Apóstol: 'El que desea el episcopado, buena obra desea' (1 Tim. 3, 1). Quiso exponer qué es el episcopado; porque es nombre de una obra, no de un honor. Es, pues, griego, y de allí se deriva el vocablo, porque el que es puesto al frente, superintendente a aquellos a quienes preside, teniendo el cuidado de ellos: pues epi significa sobre, y skopos es intención: por tanto, episkopein, si queremos, podemos decir en latín que es superintendere; para que entienda que no es obispo quien ha amado presidir y no procrear. Así pues, a nadie se le prohíbe el estudio de conocer la verdad, que pertenece a un ocio laudable: pero el lugar superior, sin el cual el pueblo no puede ser regido, aunque sea poseído y administrado como conviene, se apetece, sin embargo, indecentemente. Por lo cual, el ocio santo busca la caridad de la verdad: el negocio justo lo asume la necesidad de la caridad. Si nadie impone esa carga, hay que vacar a percibir e intuir la verdad; pero si se impone, ha de ser asumida por la necesidad de la caridad: pero ni aun así debe abandonarse de todo punto el deleite de la verdad, no sea que se retire aquella suavidad y oprima esta necesidad.

CAPÍTULO XX.

Que los ciudadanos de los santos son bienaventurados en esperanza durante el tiempo de esta vida.

Por lo cual, siendo el sumo bien de la ciudad de Dios la paz eterna y perfecta, no aquella por la cual pasan los mortales naciendo y muriendo, sino en la cual permanecen los inmortales no padeciendo absolutamente nada adverso; ¿quién hay que o niegue que aquella vida es bienaventuradísima, o, en comparación con ella, no juzgue esta vida que aquí se lleva, por muy llena que esté de bienes del alma y del cuerpo y de cosas externas, como misérrima? Sin embargo, cualquiera que tiene esta vida de tal modo que refiere su uso al fin de aquella que ama ardientísimamente y espera fidelísimamente, puede ser llamado bienaventurado aun ahora sin absurdo, más bien por aquella esperanza que por esta realidad. Pero esta realidad sin aquella esperanza es una bienaventuranza falsa y una gran miseria: pues no usa los verdaderos bienes del alma. Porque no es verdadera sabiduría la que no dirige su intención hacia aquel fin donde Dios será todo en todas las cosas (1 Cor. 15, 28), con eternidad cierta y paz perfecta, aunque discierna prudentemente en aquellas cosas que gestiona con fortaleza, contiene con templanza y distribuye con justicia.

CAPÍTULO XXI.

Si según las definiciones de Escipión, que están en el diálogo de Cicerón, hubo alguna vez una república romana.

1. Por tanto, ahora es el lugar para que explique, lo más breve y claramente que pueda, lo que prometí demostrar en el segundo libro de esta obra (Cap. 21, n. 4), que según las definiciones de las que Escipión usa en los libros de Cicerón Sobre la República, nunca hubo una república romana. Pues define brevemente la república como la 'cosa del pueblo'. Si esta definición es verdadera, nunca hubo república romana: porque nunca fue cosa del pueblo, definición que él quiso que fuera la de la república. Definió, pues, al pueblo como una 'muchedumbre asociada por el consenso del derecho y la comunión de la utilidad'. Lo que entiende por 'consenso del derecho' lo explica disputando, mostrando por ello que la república no puede gestionarse sin justicia: donde, por tanto, no hay verdadera justicia, no puede haber derecho. Pues lo que se hace por derecho, ciertamente se hace con justicia; pero lo que se hace injustamente, no puede hacerse por derecho. Porque no se deben llamar ni considerar derechos los estatutos inicuos de los hombres, cuando ellos mismos dicen que el derecho es aquello que emana de la fuente de la justicia; y que es falso lo que suelen decir algunos que no sienten rectamente, que 'derecho es lo que es útil al que más puede'. Por lo cual, donde no hay verdadera justicia, no puede haber una junta de hombres asociada por el consenso del derecho, y por tanto tampoco un pueblo, según aquella definición de Escipión o de Cicerón: y si no hay pueblo, tampoco hay 'cosa del pueblo', sino de una muchedumbre cualquiera que no es digna del nombre de pueblo. Y por

esto, si la república es la 'cosa del pueblo', y no es pueblo el que no está asociado por el consenso del derecho, y no hay derecho donde no hay justicia, se concluye sin duda que donde no hay justicia no hay república. Además, la justicia es aquella virtud que distribuye a cada uno lo suyo. ¿Qué justicia es, pues, la del hombre que arrebata al hombre mismo del Dios verdadero y lo somete a demonios inmundos? ¿Es esto distribuir a cada uno lo suyo? ¿O es injusto el que quita un campo a aquel por quien fue comprado y lo entrega a quien no tiene derecho en él, y es justo el que se quita a sí mismo del Dios que lo domina, por quien fue hecho, y sirve a espíritus malignos?

2. Se disputa ciertamente con gran agudeza y fortaleza en esos mismos libros Sobre la República contra la injusticia a favor de la justicia. Y puesto que, habiéndose tratado antes a favor de la parte de la injusticia contra la justicia, y habiéndose dicho que la república no puede mantenerse ni aumentarse sino por la injusticia, se puso esto como el argumento más válido: que es injusto que los hombres sirvan a hombres que los dominan; injusticia que, sin embargo, si la ciudad imperial, cuya república es grande, no sigue, no puede mandar en las provincias. Se respondió de parte de la justicia que, por tanto, es justo porque para tales hombres es útil la servidumbre, y que se hace por su utilidad cuando se hace rectamente, esto es, cuando se quita a los malvados la licencia de las injurias; y los domados se hallarán mejor, porque indomados se hallaron peor. Y para que se confirmara esta razón, se tomó como de la

naturaleza un noble ejemplo, y se dijo: '¿Por qué, pues, Dios manda al hombre, el alma al cuerpo, la razón a la libido y a las demás partes viciosas del alma?'. Claramente con este ejemplo se ha enseñado suficientemente que para algunos es útil la servidumbre; y que a todos les es útil servir a Dios. El alma, pues, sirviendo a Dios, manda rectamente al cuerpo, y en la misma alma la razón, sometida al Señor Dios, manda rectamente a la libido y a los demás vicios. Por lo cual, donde el hombre no sirve a Dios, ¿qué se ha de pensar que hay en él de justicia, cuando, no sirviendo a Dios, de ningún modo puede el alma mandar justamente al cuerpo, ni la razón humana a los vicios? Y si en tal hombre no hay justicia alguna, sin duda tampoco en la junta de hombres que de tales hombres consta. No existe aquí, por tanto, aquel consenso del derecho que hace pueblo a la muchedumbre de hombres, cuya cosa se dice que es la república. Pues, de la utilidad, ¿qué diré?, por cuya comunión también se llama pueblo a la junta de hombres, según tiene esta definición. Porque aunque, si atiendes diligentemente, no hay utilidad alguna de los que viven impíamente, como vive todo el que no sirve a Dios y sirve a los demonios, tanto más impíos cuanto más a sí mismos, siendo espíritus inmundísimos, quieren que se les sacrifique como a dioses. Sin embargo, lo que hemos dicho del consenso del derecho creo que es suficiente para que aparezca que por esta definición no hay pueblo cuya república se diga que es, en el cual no hay justicia. Pues si dicen que los romanos en su república no sirvieron a espí-

ritus inmundos, sino a dioses buenos y santos, ¿acaso hay que repetir tantas veces lo mismo que ya hemos dicho suficientemente, o más que suficientemente? ¿Pues quién ha llegado a este lugar por los libros superiores de esta obra que pueda dudar todavía de que los romanos sirvieron a demonios malos e impuros, si no es o demasiado estólido o impudentísimamente contencioso? Pero, por no decir nada de cómo son aquellos a quienes honraban con sacrificios, en la ley del Dios verdadero está escrito: 'El que sacrifique a los dioses será exterminado, sino al Señor solo' (Éxodo 22, 20). No quiso, pues, que se sacrificara ni a los dioses buenos ni a los malos el que mandó esto con tanta conminación.

CAPÍTULO XXII.

Si es el Dios verdadero aquel a quien sirven los cristianos, al cual solo debe sacrificarse.

Pero puede responderse: ¿Quién es ese Dios, o por qué se prueba que es digno de que los romanos deban obedecerle, para que no honren con sacrificios a ningún otro dios fuera de Él? Es de una gran ceguera preguntar todavía quién sea ese Dios. Él es el Dios cuyos profetas predijeron estas cosas que vemos. Él es el Dios de quien Abraham recibió la respuesta: 'En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones' (Gén. 22, 18). Lo cual se cumple en Cristo, quien según la carne nació de aquella descendencia, como los mismos que han permanecido enemigos de este nombre, quieran o no, lo reconocen. Él es el Dios

cuyo Espíritu divino habló por aquellos cuyas predicciones y cumplimientos por la Iglesia, que vemos difundida por todo el orbe, he puesto en los libros anteriores. Él es el Dios a quien Varro, el más docto de los romanos, piensa que es Júpiter, aunque sin saber lo que dice: lo cual, sin embargo, he pensado que debía conmemorarse porque un varón de tanta ciencia ni pudo estimar que ese Dios fuera nada, ni que fuera vil. Pues creyó que Él era aquel a quien pensó que era el sumo Dios. Finalmente, Él es el Dios a quien el más docto de los filósofos, aunque acérrimo enemigo de los cristianos, Porfirio, confiesa que es el Dios grande, incluso por los oráculos de aquellos que él piensa que son dioses.

CAPÍTULO XXIII.

Qué dice Porfirio que son las respuestas de los oráculos de los dioses sobre Cristo.

1. Pues en los libros que llama De la filosofía por los oráculos, en los cuales expone y escribe como respuestas divinas cosas pertenecientes a la filosofía, para poner sus mismas palabras tal como han sido interpretadas de la lengua griega a la latina: 'Al que preguntaba —dice— a qué dios aplacando podría apartar a su mujer del cristianismo, dijo estas cosas Apolo en versos'. Luego, estas son como palabras de Apolo: 'Quizá podrás más fácilmente escribir con letras impresas en el agua, o volando como un ave soplar sobre leves plumas por el aire, que apartar el sentido de una mujer poluta e impía'. Vaya como quiera,

perseverando en vanas falacias, y cantando con lamentaciones falacísimas a un Dios muerto, al cual jueces que sentían rectamente perdieron, y a quien la peor muerte, atada con hierro a la vista de todos, mató. Luego, después de estos versos de Apolo, que fueron interpretados en latín sin mantener el metro, añadió y dijo: 'En estas cosas manifestó ciertamente la tergiversación de su irremediable sentencia, diciendo que los judíos reciben a Dios más que estos'. Ved aquí donde, descolorando a Cristo, antepuso a los judíos a los cristianos, confesando que los judíos reciben a Dios. Pues así expuso los versos de Apolo, donde dice que Cristo fue muerto por jueces que sentían rectamente, como si, juzgando ellos justamente, hubiera sido castigado merecidamente. Vea él qué dijo de Cristo el vate mentiroso de Apolo, y qué creyó aquel, o quizá él mismo fingió que el vate dijo lo que no dijo: cuán coherente sea consigo mismo, o haga convenir entre sí a los oráculos mismos, lo veremos después. Aquí, sin embargo, dice que los judíos, como receptores de Dios, juzgaron rectamente de Cristo, al considerar que debía ser atormentado con la muerte peor. El Dios de los judíos, por tanto, a quien él da testimonio, debió ser escuchado cuando dice: 'El que sacrifique a los dioses será exterminado, sino al Señor solo' (Éxodo 22, 20). Pero vengamos a cosas más manifiestas, y oigamos cuán grande dice que es el Dios de los judíos. Igualmente, a lo que preguntó a Apolo, qué era mejor, si la palabra o la razón, o la ley; 'respondió —dice— diciendo esto en versos'. Y luego añade los versos de Apolo,

en los cuales están también estos, para que de allí extraiga cuanto es suficiente: 'En Dios —dice — el generador, y en el rey ante todas las cosas, a quien tiemblan el cielo, y la tierra, y el mar, y los escondrijos de los infiernos, y las mismas divinidades (numina) se horrorizan: cuya ley es el Padre, a quien honran los muy santos hebreos'. Con tal oráculo de su dios Apolo, Porfirio dijo que el Dios de los hebreos es tan grande que incluso las divinidades se horrorizan de Él. Habiendo dicho, pues, este Dios: 'El que sacrifique a los dioses será exterminado', me maravillo de que el mismo Porfirio no se haya horrorizado, y no haya temido ser exterminado sacrificando a los dioses.

2. Dice también cosas buenas este filósofo sobre Cristo, como olvidado de aquella contumelia suya de la que hablamos poco antes; o como si en sueños sus dioses hubieran maldecido a Cristo, y al despertar hubieran reconocido que era bueno, y lo hubieran alabado dignamente. Finalmente, como quien va a proferir algo admirable e increíble, dice: 'Fuera de toda expectativa parecerá ciertamente a algunos lo que vamos a decir. Pues los dioses han pronunciado que Cristo fue piadosísimo y hecho inmortal, y lo mencionan con buena predicación; pero dicen que los cristianos son polutos y contaminados, y están implicados en el error; y usan muchas de tales blasfemias contra ellos'. Luego añade como oráculos de los dioses que blasfeman de los cristianos. Y después de esto, dice: 'Sobre Cristo, a los que preguntaban si es Dios, dice Hécate: Puesto que ciertamente sabes cómo camina el alma inmortal tras el cuer-

po, pero separada de la sabiduría siempre yerra, de un varón preclaro por su piedad es aquella alma, a esta la honran alejados ellos mismos de la verdad'. Luego, después de las palabras de este como oráculo, entretejiendo las suyas propias, dice: 'Piadosísimo varón, por tanto, dijo que era él, y que su alma, al igual que las de otros piadosos, fue dotada de inmortalidad tras la muerte, y que a esta la honran los cristianos ignorantes'. Y a los que preguntaban: '¿Por qué, pues, fue condenado?', respondió la diosa por el oráculo: 'El cuerpo ciertamente estuvo siempre expuesto a tormentos debilitantes; pero el alma de los piadosos reside en la sede celestial'. Aquella alma, sin embargo, dio fatalmente a otras almas, a quienes los hados no concedieron obtener los dones de los dioses ni tener el conocimiento de Júpiter inmortal, el estar implicadas en el error. Por eso, pues, son odiados por los dioses: porque a quienes no fue por el hado conocer a Dios ni recibir dones de los dioses, a estos aquel les dio fatalmente el estar implicados en el error. Él mismo, sin embargo, fue piadoso y marchó al cielo, como los piadosos. Así pues, a este ciertamente no lo blasfemarás, sino que compadecerás la demencia de los hombres: por él hay en ellos un peligro fácil y precipitado.

3. ¿Quién es tan necio que no entienda que, o bien por un hombre astuto y acérrimo enemigo de los cristianos fueron fingidos estos oráculos, o bien por un consejo similar de los demonios inmundos fueron dadas estas respuestas; para que, precisamente porque alaban a Cristo, por eso se crea que vituperan verazmente a los cristianos;

y así, si pudieran, cerraran el camino de la salvación eterna en el cual cada uno se hace cristiano? Sienten ciertamente que no es contrario a su astucia multiforme de dañar si se les cree cuando alaban a Cristo, con tal que se les cree también cuando vituperan a los cristianos; para que al que creyere ambas cosas, lo hagan tal alabador de Cristo que no quiera ser cristiano: y así, aunque alabado por aquel, Cristo no lo libre del dominio de estos demonios. Especialmente porque de tal modo alaban a Cristo que, cualquiera que creyere en Él tal cual es predicado por ellos, no sea un verdadero cristiano, sino un hereje fotiniano, que solo conoce a Cristo como hombre, no también como Dios: y por tanto no pueda ser salvo por Él, ni evitar o deshacer los lazos de estos demonios mentirosos. Nosotros, sin embargo, ni a Apolo vituperando a Cristo, ni a Hécate alabándolo, podemos aprobar. Aquel ciertamente quiere que se crea que Cristo es inicuo, al cual dice que fue muerto por jueces que sentían rectamente; esta, que es un varón piadosísimo, pero solo un hombre. Una es, sin embargo, la intención de aquel y de esta: que no quieran que los hombres sean cristianos; porque a menos que sean cristianos, no podrán ser arrancados de su potestad. Pero este filósofo, o más bien quienes creen en tales como oráculos contra los cristianos, hagan primero, si pueden, que entre sí Hécate y Apolo concuerden sobre el mismo Cristo, y que o ambos lo condenen o ambos lo alaben juntos. Si hubieran podido hacer eso, nada menos evitaríamos nosotros a los demonios falaces, tanto vitupera-

dores como alabadores de Cristo. Pero cuando su dios y su diosa disienten entre sí sobre Cristo, aquel vituperando, esta alabando; ciertamente a ellos blasfemando de los cristianos no les creen los hombres, si ellos mismos sienten rectamente.

Ciertamente alabando a Cristo, ya sea Porfirio o Hécate, aunque diga que él mismo dio fatalmente a los cristianos el estar implicados en el error, expone sin embargo las causas de ese mismo error, según él piensa. Antes de que las exponga según sus palabras, pregunto primero: Si Cristo dio fatalmente a los cristianos la implicación del error, ¿lo dio queriendo o sin querer? Si queriendo, ¿cómo es justo? Si sin querer, ¿cómo es bienaventurado? Pero oigamos ya las causas del error mismo. 'Existen —dice— espíritus terrenales mínimos en cierto lugar sujetos a la potestad de los malos demonios. De estos, los sabios de los hebreos, de los cuales uno fue también este Jesús, como has oído de las cosas divinas de Apolo que se dijeron arriba; de estos demonios, por tanto, los hebreos prohibían a los religiosos y les vedaban vacar a ellos: antes bien, venerar a los dioses celestiales, y más aún venerar a Dios Padre. Esto mismo —dice— también los dioses lo mandan, y en lo anterior hemos mostrado cómo advierten que se convierta el alma a Dios, y mandan honrarlo en todas partes. Pero los indoctos y de naturaleza impía, a quienes verdaderamente el hado no concedió obtener dones de los dioses ni tener la noción de Júpiter inmortal, no escuchando ni a los dioses ni a los varones divinos, rechazaron ciertamente a todos los dioses, pero a

los demonios prohibidos no solo no los odiaron, sino que los reverenciaron. Fingiendo, sin embargo, honrar a Dios, no hacen aquellas solas cosas por las cuales Dios es adorado. Pues Dios ciertamente, como Padre de todos, de nada necesita; pero nos va bien a nosotros cuando lo adoramos mediante la justicia y la castidad y las demás virtudes, haciendo de la vida misma una oración hacia Él mediante la imitación y la investigación sobre Él. Pues la investigación purga —dice—: la imitación deifica el afecto obrando hacia Él'. Bien ha predicado ciertamente a Dios Padre, y ha dicho con qué costumbres debe ser honrado. De cuyos preceptos están llenos los libros proféticos de los hebreos, cuando la vida de los santos es o vituperada o alabada. Pero en los cristianos tanto yerra, o tanto calumnia, cuanto quieren los demonios a quienes opina que son dioses; como si a cualquiera le fuera difícil recordar qué cosas torpes, qué cosas decorosas se hacían en los teatros y templos hacia el obsequio de los dioses; y atender a lo que se lee, se dice, se oye en las iglesias, o lo que se ofrece al Dios verdadero; y de aquí entender dónde está el edificio y dónde la ruina de las costumbres. ¿Pero quién dijo o inspiró a este una mentira tan vana y abierta, sino un espíritu diabólico, de que los cristianos reverencian más bien que odian a los demonios cuya adoración fue prohibida por los hebreos? Pero aquel Dios a quien honraron los sabios de los hebreos, también prohíbe que se sacrifique incluso a los celestiales santos ángeles y virtudes de Dios, a quienes veneramos y amamos como

bienaventuradísimos ciudadanos en esta nuestra peregrinación mortal, tronando en su ley que dio a su pueblo hebreo, y diciendo con gran amenaza: 'El que sacrifique a los dioses será exterminado'. Y para que nadie pensara que se había mandado que no se sacrificara solo a los demonios pésimos y espíritus terrenales, a los que aquel llama mínimos o menores; porque también ellos mismos en las Sagradas Escrituras son llamados dioses, no de los hebreos, sino de las gentes; lo cual pusieron evidentemente los setenta intérpretes en el Salmo, diciendo: 'Porque todos los dioses de las gentes son demonios' (Salmo 95, 5): para que nadie, por tanto, pensara que a estos demonios ciertamente se prohibía, pero que a los celestiales o a todos o a algunos se permitía sacrificar, pronto añadió: 'sino al Señor solo', esto es, sino al Señor únicamente: no sea que por ventura en aquello que dice, 'sino al Señor solo' (nisi Domino soli), crea alguien que el Señor es el Sol (solem), al cual piensa que se debe sacrificar: lo cual se halla muy fácilmente en las Escrituras griegas que no ha de entenderse así.

5. El Dios de los hebreos, por tanto, a quien incluso este filósofo tan grande da un testimonio tan notable, dio una ley a su pueblo hebreo, escrita en lengua hebrea, no oscura e incógnita, sino ya divulgada entre todas las gentes, en la cual ley está escrito: 'El que sacrifique a los dioses será exterminado, sino al Señor solo'. ¿Qué necesidad hay de buscar muchas cosas en esta su ley y en sus profetas sobre esta materia? Antes bien, no de buscar, pues no son abstrusas ni raras, sino

de recoger las abiertas y frecuentes, y ponerlas en esta mi disputa: por las cuales aparece más claro que la luz que el Dios verdadero y sumo no quiso que se sacrificara a nadie en absoluto sino solo a Él mismo. He aquí que esto solo, dicho brevemente, o mejor dicho grandiosamente, con amenaza, pero con verdad, por aquel Dios a quien sus más doctos varones tan excelentemente predican, sea oído, temido y cumplido, no sea que a los inobedientes siga el exterminio. 'El que sacrifique —dice— a los dioses será exterminado, sino al Señor solo': no porque necesite de cosa alguna, sino porque nos conviene a nosotros que seamos cosa suya. Pues de aquí se canta en las sagradas letras de los hebreos: 'Dije al Señor: Mi Dios eres Tú, porque no necesitas de mis bienes' (Salmo 15, 2). El sacrificio más preclaro y óptimo de este somos nosotros mismos, esto es, su ciudad, cuyo misterio celebramos con nuestras oblaciones, las cuales son conocidas por los fieles, como hemos disputado en los libros precedentes (Lib. 10, cap. 6, y en otros lugares). Pues que habían de cesar las víctimas que los judíos ofrecían en sombra de lo futuro, y que las gentes habían de ofrecer un solo sacrificio desde la salida del sol hasta su ocaso, como ya vemos que se hace, lo han tronado los oráculos divinos por los profetas hebreos: de los cuales, cuanto ha parecido suficiente, hemos presentado algunos y los hemos esparcido ya en esta obra. Por lo cual, donde no existe esta justicia de que, según su gracia, Dios uno y sumo mande a la ciudad obediente para que no sacrifique a los dioses sino solo a Él; y por esto, en todos los hombres

pertenecientes a la misma ciudad y obedientes a Dios, el alma también mande al cuerpo, y la razón a los vicios, con orden legítimo y fielmente; para que, así como el justo individual, así la junta y el pueblo de los justos viva de la fe, que obra por la dilección con la que el hombre ama a Dios como Dios debe ser amado, y al prójimo como a sí mismo: donde, por tanto, no existe esta justicia, ciertamente no hay junta de hombres asociada por el consenso del derecho y la comunión de la utilidad. Lo cual, si no existe, ciertamente no hay pueblo, si es verdadera esta definición de pueblo. Por tanto, tampoco hay república: porque no hay cosa del pueblo donde el pueblo mismo no existe.

CAPÍTULO XXIV.

Por qué definición consta que el nombre de pueblo y de república se lo reivindican rectamente no solo los romanos, sino también otros reinos.

Pero si el pueblo se define no de aquel modo, sino de otro, como si se dijera: «Pueblo es la junta de una multitud racional, asociada por la comunión concordante de las cosas que ama»: ciertamente, para ver qué tal sea cada pueblo, se deben considerar aquellas cosas que ama. Sin embargo, cualesquiera que sean las cosas que ame, si es una junta de una multitud, no de ganados, sino de criaturas racionales, y está asociada por la comunión concordante de las cosas que ama, no absurdamente se denomina pueblo; tanto mejor ciertamente, cuanto sea concorde en cosas mejores; y tanto peor, cuanto sea concorde en cosas

peores. Según esta nuestra definición, el pueblo romano es pueblo; y su cosa es sin duda una república. Pero qué haya amado aquel pueblo en sus primeros tiempos, o qué en los siguientes, y con qué costumbres —llegando a sediciones sangrientísimas, y de ahí a guerras sociales y civiles — haya roto y corrompido la misma concordia, que es en cierto modo la salud del pueblo, la historia lo atestigua: sobre lo cual hemos puesto muchas cosas en los libros precedentes. Mas no por eso diría yo que el pueblo mismo no existe, o que su cosa no es una república, mientras permanezca cualquier junta de una multitud racional, asociada por la comunión concordante de las cosas que ama. Pero lo que he dicho de este pueblo y de esta república, entiéndase que lo he dicho y sentido de los atenienses o de cualesquiera otros griegos, de los egipcios, de aquella primera Babilonia de los asirios, cuando en sus asuntos públicos tuvieron imperios ya pequeños ya grandes, y de cualquier otra de las demás naciones. Pues, en general, la ciudad de los impíos, a la cual no manda Dios obedeciéndole ella, para que no ofrezca sacrificio sino solo a Él, y por esto en ella tanto el alma mande al cuerpo como la razón a los vicios recta y fielmente, carece de la verdad de la justicia.

CAPÍTULO XXV.

Que no pueden existir allí verdaderas virtudes donde no existe la verdadera religión.

Pues por más que parezca que el alma manda al cuerpo y la razón a los vicios de modo loable; si el alma y la razón misma no sirven a Dios, tal como Dios mismo mandó que se le sirviera, de ningún modo mandan rectamente al cuerpo y a los vicios. Pues, ¿qué clase de señora del cuerpo y de los vicios puede ser una mente ignorante del Dios verdadero, y no subyugada a su imperio, sino prostituida a los viciosísimos demonios corruptores? Por consiguiente, las virtudes que parece tener para sí, por las cuales manda al cuerpo y a los vicios para alcanzar o poseer cualquier cosa, si no las refiere a Dios, también ellas son más bien vicios que virtudes. Pues aunque algunos piensen que son virtudes verdaderas y honestas cuando se refieren a sí mismas y no se buscan por otra cosa, aun entonces están infladas y soberbias; y por tanto, no deben juzgarse como virtudes, sino como vicios. Porque así como lo que hace vivir a la carne no es de la carne, sino superior a ella, así lo que hace vivir al hombre bienaventuradamente no es del hombre, sino superior a él; y no solo al hombre, sino también a cualquier Potestad y Virtud celestial.

CAPÍTULO XXVI.

De la paz del pueblo ajeno a Dios, de la cual usa para la piedad el pueblo de Dios, mientras es peregrino en este mundo.

Por lo cual, así como la vida de la carne es el alma, así la vida bienaventurada del hombre es Dios, de quien dicen las sagradas letras de los

hebreos: «Bienaventurado el pueblo cuyo Señor es su Dios» (Salmo 143, 15). Miserable es, por tanto, el pueblo ajeno a este Dios. Sin embargo, él mismo ama también una cierta paz suya, no reprobable, la cual ciertamente no tendrá al final, porque no usa bien de ella antes del fin. Pero el que tenga esta paz interinamente en esta vida, también nos interesa a nosotros: puesto que mientras ambas ciudades están mezcladas, también nosotros usamos de la paz de Babilonia; de la cual el pueblo de Dios se libera de tal modo por la fe, que entre tanto peregrina en ella. Por lo cual también el Apóstol amonestó a la Iglesia para que orara por sus reyes y por los que están en eminencia, añadiendo y diciendo: «para que pasemos una vida quieta y tranquila con toda piedad y caridad» (1 Timoteo 2, 2). Y el profeta Jeremías, cuando vaticinaba al antiguo pueblo de Dios la cautividad venidera, y mandaba por inspiración divina que fueran obedientemente a Babilonia, sirviendo a su Dios también con aquella paciencia, él mismo amonestó también que se orara por ella, diciendo: «porque en su paz está vuestra paz» (Jeremías 29, 7), ciertamente la paz temporal interina, que es común a buenos y malos.

CAPÍTULO XXVII.

De la paz de los que sirven a Dios, cuya perfecta tranquilidad no puede alcanzarse en esta vida temporal.

Pero nuestra paz propia es aquí con Dios por la fe, y será eternamente con Él por la visión. Pero

aquí, ya sea aquella paz común, ya sea la nuestra propia, tal es la paz que es más bien consuelo de la miseria que gozo de la bienaventuranza. También nuestra misma justicia, aunque sea verdadera por el fin del verdadero bien al que se refiere, es sin embargo tal en esta vida, que consiste más bien en la remisión de los pecados que en la perfección de las virtudes. Testigo es la oración de toda la ciudad de Dios que peregrina en la tierra. Pues por todos sus miembros clama a Dios: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mateo 6, 12). Y esta oración no es eficaz para aquellos cuya fe sin obras está muerta (Santiago 2, 17, 26), sino para aquellos cuya fe obra por el amor (Gálatas 5, 6). Porque como la razón, aunque ciertamente está sujeta a Dios, en esta condición mortal y con el cuerpo corruptible que agrava al alma (Sabiduría 9, 15), no manda perfectamente a los vicios, por eso es necesaria a los justos tal oración. Pues ciertamente, aunque se mande, de ningún modo se manda a los vicios sin conflicto. Y ciertamente algo de flaqueza se desliza en este punto incluso para el que lucha bien, o para el que domina a tales enemigos vencidos y sometidos, de donde, si no por una acción fácil, ciertamente por una palabra resbaladiza o un pensamiento fugaz se peca. Y por tanto, mientras se manda a los vicios, no hay paz plena: porque tanto las cosas que resisten se vencen en peligrosa batalla, como las que han sido vencidas aún no se triunfan en ocio seguro, sino que todavía son oprimidas por un mando solícito. En estas tentaciones, por tanto, sobre todas

las cuales se ha dicho brevemente en las divinas palabras: «¿No es una tentación la vida humana sobre la tierra?» (Job 7, 1, sec. LXX); ¿quién presumiría vivir de tal modo que no tenga necesidad de decir a Dios: «Perdónanos nuestras deudas», sino el hombre engreído? Ni en verdad grande, sino inflado y tumefacto, a quien por la justicia resiste aquel que otorga la gracia a los humildes. Por lo cual está escrito: «Dios resiste a los soberbios, pero da la gracia a los humildes» (Santiago 4, 6; 1 Pedro 5, 5). Aquí, pues, la justicia consiste en cada uno en que Dios mande al hombre obediente, el alma al cuerpo, y la razón a los vicios aun cuando se oponen, ya sea sometiéndolos o resistiéndoles; y en que se pida al mismo Dios tanto la gracia de los méritos como el perdón de los delitos, y se rinda la acción de gracias por los bienes recibidos. Pero en aquella paz final, a la cual debe referirse y por cuya consecución debe tenerse esta justicia, puesto que la naturaleza, sanada por la inmortalidad e incorrupción, no tendrá vicios, ni nada resistirá a cada uno de nosotros ni por parte de otro ni de sí mismo, no habrá necesidad de que la razón mande a los vicios, que no existirán; sino que Dios mandará al hombre, y el alma al cuerpo; y habrá allí tanta suavidad y facilidad de obedecer, cuanta felicidad de vivir y de reinar. Y esto será allí eterno en todos y en cada uno, y será cierto que es eterno; y por tanto, la paz de esta bienaventuranza, o la bienaventuranza de esta paz, será el sumo bien.

CAPÍTULO XXVIII.

A qué fin ha de llegar la salida de los impíos.

Pero de aquellos que no pertenecen a esta ciudad de Dios, habrá por el contrario una miseria sempiterna, que también se llama muerte segunda (Apocalipsis 2, 11; 20, 6; 21, 8): porque ni se ha de decir que allí vive el alma, que estará ajena a la vida de Dios; ni el cuerpo, que estará sujeto a dolores eternos. Y por esto, tanto más dura será esta muerte segunda cuanto que no podrá terminarse con la muerte. Pero como así como la miseria es contraria a la bienaventuranza y la muerte a la vida, así la guerra parece ser contraria a la paz; con razón se pregunta, así como la paz en los fines de los buenos ha sido predicada y alabada, qué o cuál guerra puede entenderse, por el contrario, en los fines de los malos. Pero quien esto pregunta, atienda a lo que hay de nocivo y pernicioso en la guerra, y verá que no es otra cosa que la adversidad y el conflicto de las cosas entre sí. ¿Qué guerra, pues, puede pensarse más grave y amarga que aquella donde la voluntad es tan adversa a la pasión, y la pasión a la voluntad, que con la victoria de ninguna de ellas se terminen tales enemistades; y donde de tal modo lucha con la misma naturaleza del cuerpo la fuerza del dolor, que ninguno de los dos ceda al otro? Pues aquí, cuando sucede este conflicto, o el dolor vence y la muerte quita el sentido, o la naturaleza vence y la salud quita el dolor. Pero allí tanto el dolor permanece para afligir, como la naturaleza perdura para sentir; porque ambos no faltan para que no falte la pena. Pero hacia estos fines de los

buenos y de los malos, aquellos para ser buscados y estos para ser evitados —puesto que por el juicio pasarán los buenos a aquellos y los malos a estos—, sobre este juicio, cuanto Dios me concediere, disputaré en el volumen siguiente.

LIBRO VIGÉSIMO. Del juicio novísimo, y de los testimonios tanto del Nuevo como del Viejo Testamento, por los cuales se anuncia para el futuro.

CAPÍTULO PRIMERO.

Que aunque Dios juzga en todo tiempo, sin embargo en este libro se ha de disputar propiamente sobre su juicio novísimo.

1. Habiendo de hablar del día del último juicio de Dios —el cual Él mismo me concediere— y habiéndolo de defender contra los impíos e incrédulos, debemos poner primero los testimonios divinos como en el fundamento de un edificio. Aquellos que no quieren creer en ellos, intentan contravenirlos con raciocinios humanos falsos y falaces, con el fin de pretender o bien que el testimonio que se aduce de las Sagradas Letras significa otra cosa, o bien negar del todo que haya sido dicho por inspiración divina. Pues no estimo que haya mortal alguno que, cuando haya entendido estas cosas tal como han sido dichas, y haya creído que han sido dichas por el sumo y verdadero Dios por medio de almas santas, no ceda y consienta a ellas: ya sea que lo confiese también de palabra, o ya sea que por algún vicio se avergüence o tema confesarlo; o incluso por una pertinacia semejante a la locura, se esfuerce en defender muy contenciosamente lo que sabe o

cree ser falso contra lo que sabe o cree ser verdadero.

2. Aquello, pues, que toda la Iglesia del Dios verdadero mantiene en su confesión y profesión, a saber, que Cristo ha de venir del cielo para juzgar a los vivos y a los muertos, lo llamamos el último día del juicio divino, esto es, el tiempo novísimo. Pues por cuántos días se extienda este juicio es incierto; pero que por la costumbre de las Sagradas Escrituras suele ponerse el día por el tiempo, nadie que haya leído aquellas letras, por descuidadamente que sea, lo ignora. Y por eso, cuando decimos el día del juicio de Dios, añadimos el último o el novísimo; porque también juzga ahora, y juzgó desde el principio del género humano, echando del paraíso y separando del árbol de la vida a los primeros hombres perpetradores de un gran pecado; e incluso cuando no perdonó a los ángeles pecadores (2 Pedro 2, 4), cuyo príncipe, subvertido él mismo, subvirtió a los hombres por envidia, juzgó sin duda alguna. Ni sin su alto y justo juicio es misérrima la vida tanto en este cielo aéreo como en la tierra, tanto de los demonios como de los hombres, llenísima de errores y de trabajos. Pero aunque nadie hubiera pecado, no sin un buen y recto juicio retendría en la bienaventuranza eterna a toda la criatura racional que perseverara muy constantemente unida a Él, su Señor. Juzga también, no solo universalmente sobre el género de los demonios y de los hombres, para que sean miserables por el mérito de los primeros pecados; sino también sobre las obras propias de cada uno, que realizan

por el albedrío de la voluntad. Pues también los demonios ruegan para no ser atormentados (Mateo 8, 29); ni ciertamente de modo injusto se les perdona o se les atormenta a cada uno según su maldad. Y los hombres frecuentemente de modo abierto, siempre de modo oculto, pagan divinamente las penas por sus hechos, ya sea en esta vida, ya después de la muerte; aunque ningún hombre actúe rectamente si no es ayudado por el auxilio divino, y ningún demonio o hombre actúe inicuamente si no es por el mismo y justísimo juicio divino que lo permite. Pues como dice el Apóstol: «No hay iniquidad en Dios» (Romanos 9, 14); y como él mismo dice en otro lugar: «Inescrutables son los juicios de Dios, e investigables sus caminos» (Romanos 11, 33). No disputaré, pues, en este libro sobre aquellos primeros ni sobre estos medios juicios de Dios, sino sobre el mismo juicio novísimo, cuanto Él me concediere, cuando Cristo ha de venir del cielo para juzgar a vivos y muertos. Aquel día ciertamente se llama ya propiamente «día del juicio», por el hecho de que no habrá allí lugar alguno para la queja ignorante de por qué aquel injusto es feliz, y por qué aquel justo es infeliz. Pues entonces aparecerá la verdadera y plena felicidad de todos los que no sean sino buenos, y la digna y suma infelicidad de todos los que no sean sino malos.

CAPÍTULO II.

De la variedad de las cosas humanas, de la cual no puede decirse que falte el juicio de Dios, aunque no pueda rastrearse.

Pero ahora aprendemos tanto a soportar con ánimo sereno los males que padecen también los buenos, como a no tener en mucho los bienes que alcanzan también los malos. Y por esto, incluso en aquellas cosas en las que no aparece la justicia divina, es saludable la doctrina divina. Pues no sabemos por qué juicio de Dios aquel hombre bueno es pobre y aquel malo es rico; que se alegre este, a quien juzgamos que debió ser atormentado con pesares por sus costumbres perdidas; que se entristezca aquel, a quien su vida laudable nos persuade de que debió alegrarse; que salga del juicio no solo sin venganza, sino incluso condenado un inocente, o bien oprimido por la iniquidad del juez, o bien abrumado por falsos testimonios; por el contrario, que su malvado adversario, no solo impune, sino incluso vindicado, lo insulte; que el impío goce de perfecta salud y el piadoso languidezca en la enfermedad; que cometan latrocinios jóvenes sanísimos, y que niños que ni siquiera con la palabra pudieron dañar a nadie, sean afligidos por la atrocidad de diversas enfermedades; que el que es útil para las cosas humanas sea arrebatado por una muerte prematura, y que aquellos que parecen no haber debido ni nacer, vivan además larguísimamente; que el hombre lleno de crímenes sea elevado con honores, y que las tinieblas de la innobleza oculten al hombre sin queja; y otras cosas de este género, ¿quién las recoge, quién las enumera? Las cuales, si tuvieran una constancia en su misma absurdidad, de modo que en esta vida, en la cual el hombre —como dice el sagrado Salmo— se ha hecho

semejante a la vanidad y sus días pasan como una sombra (Salmo 143, 4), no alcanzaran sino los malos estos bienes transitorios y terrenos, ni padecieran sino los buenos tales males, podría esto referirse al juicio justo de Dios, o incluso benigno; de modo que los que no habían de alcanzar los bienes eternos que hacen bienaventurados, o bien fueran engañados por los temporales por su malicia, o bien fueran consolados con bienes por la misericordia de Dios; y los que no habían de padecer tormentos eternos, fueran afligidos por los temporales ya sea por sus pecados cualesquiera y por pequeños que fueran, o bien fueran ejercitados por los males para el cumplimiento de las virtudes. Pero ahora, cuando no solo los buenos están en el mal y los malos en el bien, lo cual parece injusto; sino que también frecuentemente tanto a los malos les suceden males como a los buenos les sobrevienen bienes: más inescrutables se vuelven los juicios de Dios (Romanos 11, 33), e investigables sus caminos. Aunque, por tanto, no sepamos por qué juicio Dios hace estas cosas o permite que se hagan —en quien está la suma virtud y la suma sabiduría, la suma justicia, ninguna flaqueza, ninguna temeridad, ninguna iniquidad—, sin embargo saludablemente aprendemos a no tener en mucho ya sean los bienes o los males que vemos ser comunes a buenos y malos; y a buscar aquellos bienes que son de los buenos, y a huir máximamente de aquellos males que son propios de los malos. Pero cuando hayamos llegado a aquel juicio de Dios, cuyo tiempo se llama ya propiamente día del juicio, y a veces

día del Señor; no solo cualesquiera cosas que entonces se juzguen, sino incluso cualesquiera que desde el principio se juzgaron y cualesquiera que hasta aquel tiempo aún han de ser juzgadas, aparecerán como justísimas. Donde se manifestará también esto: con qué justo juicio de Dios sucede que ahora tantos y casi todos los justos juicios de Dios estén ocultos a los sentidos y mentes de los mortales; aunque, sin embargo, en este punto no se le oculte a la fe de los piadosos que es justo lo que está oculto.

CAPÍTULO III.

Qué disputó Salomón en el libro del Eclesiastés sobre las cosas que en esta vida son comunes a buenos y malos.

Ciertamente Salomón, sapientísimo rey de Israel, que reinó en Jerusalén, comenzó así el libro que se llama Eclesiastés, y que también los judíos tienen en el canon de las Sagradas Letras: «Vanidad de vanidades, dijo el Eclesiastés; vanidad de vanidades, y todo es vanidad. ¿Qué abundancia tiene el hombre en todo su trabajo con que trabaja bajo el sol?» (Eclesiastés 1, 2 y 3). Y al conectar lo demás con esta sentencia, conmemorando los trabajos y errores de esta vida, y los transcursos de los tiempos que entre tanto se desvanecen, donde nada sólido, nada estable se retiene; en esa vanidad de las cosas bajo el sol, deplora también en cierto modo que, aunque haya abundancia de sabiduría sobre la insapiencia, como abundancia de luz sobre las tinieblas, y los ojos del sabio estén en su cabeza, mientras el necio camina

en tinieblas; sin embargo, un mismo suceso les sucede a todos (Eclesiastés 2, 13, 14), ciertamente en esta vida que se pasa bajo el sol: significando, a saber, aquellos males que vemos ser comunes a buenos y malos. Dice también aquello de que tanto los buenos padecen males como si fueran malos, como los malos alcanzan bienes como si fueran buenos, hablando así: «Hay —dice— una vanidad que se hace sobre la tierra; porque hay justos sobre los cuales viene como si fuera el hecho de los impíos; y hay impíos sobre los cuales viene como si fuera el hecho de los justos. Dije que esto también es vanidad» (Eclesiastés 8, 14). En esta vanidad —a cuya manifestación, cuanto pareció suficiente, dedicó aquel varón sapientísimo todo este libro— no ciertamente por otra cosa sino para que deseemos aquella vida que no tiene vanidad bajo este sol, sino verdad bajo aquel que hizo este sol: en esta vanidad, pues, ¿acaso se desvanecería el hombre hecho semejante a la misma vanidad sino por el justo y recto juicio de Dios? Sin embargo, en los días de su vanidad importa muchísimo si resiste o si obedece a la verdad, y si es ajeno a la verdadera piedad o partícipe: no por causa de adquirir los bienes de esta vida o de evitar los males que pasan desvaneciéndose; sino por causa del juicio futuro, por el cual habrá bienes para los buenos y males para los malos, que han de permanecer sin fin. Finalmente, este sabio concluyó así este libro, diciendo: «Teme a Dios y guarda sus mandamientos; porque esto es todo el hombre: porque toda esta obra la traerá Dios a juicio sobre todo lo despreciado, ya sea

bueno, ya sea malo» (Eclesiastés 12, 13, 14). ¿Qué pudo decirse más breve, más verdadero, más saludable? «Teme a Dios —dice— y guarda sus mandamientos; porque esto es todo el hombre». Pues quienquiera que sea, es esto, a saber, guardador ciertamente de los mandamientos de Dios: puesto que el que no es esto, nada es. Pues no se reforma a la imagen de la verdad, permaneciendo en la semejanza de la vanidad. «Porque toda esta obra», esto es, lo que hace el hombre en esta vida, «ya sea bueno, ya sea malo, Dios la traerá a juicio, sobre todo lo despreciado», esto es, sobre todo hombre incluso que aquí parece despreciable, y por eso ni se le ve: puesto que Dios también lo ve a él, ni lo desprecia, ni cuando juzga lo pasa por alto.

CAPÍTULO IV.

Que para tratar del último juicio de Dios, ha de presentar primero los testimonios del Nuevo Testamento, y después los del Viejo.

Así pues, los testimonios de este último juicio de Dios de las Sagradas Escrituras que me he propuesto poner, deben elegirse primero de los libros del Nuevo Testamento, y después de los del Viejo. Pues aunque los antiguos sean anteriores en el tiempo, los nuevos deben sin embargo anteponerse en dignidad; puesto que aquellas cosas antiguas son pregoneras de las nuevas. Por tanto, se pondrán primero las nuevas, para cuya prueba más firme se tomarán también las antiguas. En las antiguas se contienen la Ley y los Profetas; en

las nuevas, el Evangelio y las Letras apostólicas. Dice, pues, el Apóstol: «Porque por la ley viene el conocimiento del pecado. Pero ahora, sin la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la Ley y los Profetas: la justicia de Dios, por la fe de Jesucristo en todos los que creen» (Romanos 3, 20-22). Esta justicia de Dios pertenece al Nuevo Testamento, y tiene testimonio de los libros antiguos, esto es, de la Ley y los Profetas. Primero, pues, debe ponerse la causa misma, y después introducir a los testigos. Demostrando que este orden debe guardarse, el mismo Jesucristo dijo: «El escriba instruido en el reino de Dios es semejante a un hombre padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas» (Mateo 13, 52). No dijo: «Viejas y nuevas»; lo cual ciertamente habría dicho si no hubiera preferido guardar el orden de los méritos antes que el de los tiempos.

CAPÍTULO V.

Por qué sentencias del Señor Salvador se declara que el juicio divino ha de venir al fin del siglo.

1. Así pues, el mismo Salvador, cuando reprendía a las ciudades en las que había hecho grandes milagros y no habían creído, y les anteponía a los extranjeros, dijo: «En verdad os digo que en el día del juicio será más tolerable para Tiro y Sidón que para vosotras». Y poco después a otra ciudad: «Amén os digo que en el día del juicio será más tolerable para la tierra de los sodomitas que para ti» (Mateo 11, 22. 24). Aquí predica evidentísimamente que el día del juicio ha de venir. Y en otro

lugar: «Los hombres ninivitas —dice— surgirán en el juicio con esta generación y la condenarán; porque hicieron penitencia por la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás aquí. La reina del Austro surgirá en el juicio con esta generación y la condenará; porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón aquí» (Id. 12, 41-42). Dos cosas aprendemos en este lugar: tanto que el juicio ha de venir, como que vendrá con la resurrección de los muertos. Pues cuando decía estas cosas de los ninivitas y de la reina del Austro, sin duda hablaba de los muertos, de quienes sin embargo predijo que resucitarían en el día del juicio. Ni dijo «condenarán» porque ellos mismos hayan de juzgar, sino porque por la comparación con ellos estos otros serán merecidamente condenados.

2. De nuevo en otro lugar, cuando hablaba de la mezcla actual de hombres buenos y malos y de su posterior separación, que ciertamente ha de ser en el día del juicio, empleó la semejanza del trigo sembrado y la cizaña sobresembrada, y explicándola a sus discípulos: «El que siembra —dice— la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino; la cizaña son los hijos inicuos; el enemigo que la sembró es el diablo; la mies es la consumación del siglo, y los segadores son los ángeles. Como, pues, se recoge la cizaña y se quema al fuego, así será en la consumación del siglo. El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos y a los que obran la iniquidad, y los arrojarán al horno de

fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, que oiga» (Mateo 13, 37-43). Aquí por cierto no nombró el juicio ni el día del juicio, pero lo expresó mucho más claramente por las mismas cosas y predijo que sería en el fin del siglo.

3. Asimismo a sus discípulos: «Amén —dice— os digo que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en la sede de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce sedes, juzgando a las doce tribus de Israel» (Id. 19, 28). Aquí aprendemos que Jesús juzgará con sus discípulos. Por lo cual también dijo en otra parte a los judíos: «Si yo expulso los demonios por Beelzebub, vuestros hijos ¿por quién los expulsan? Por eso ellos mismos serán vuestros jueces» (Id. 12, 27). Ni porque diga que han de sentarse sobre doce sedes debemos pensar que solo doce hombres han de juzgar con él. Pues con el número doce se significó una cierta multitud universal de los que juzgan, por las dos partes del número siete, con el que se significa frecuentemente la universalidad; cuyas dos partes, esto es, tres y cuatro, multiplicada una por la otra hacen doce. Pues tanto cuatro veces tres como tres veces cuatro son doce; y si se encuentra alguna otra razón de este número doce que valga para esto. De lo contrario, puesto que leemos que en lugar del traidor Judas fue ordenado el apóstol Matías (Hechos 1, 26), el apóstol Pablo, que trabajó más que todos ellos (1 Cor. 15, 10), no tendría dónde sentarse para juzgar; el cual ciertamente

demuestra que pertenece al número de los jueces con los otros santos cuando dice: «¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles?» (Id. 6, 3). Sobre los mismos que han de ser juzgados hay una causa similar en este número doce. Pues no porque se haya dicho «juzgando a las doce tribus de Israel» la tribu de Leví, que es la decimotercera, dejará de ser juzgada por ellos, o juzgarán solo a aquel pueblo y no también a las demás naciones. Pero lo que dice «en la regeneración», sin duda quiso que por el nombre de regeneración se entendiera la resurrección de los muertos. Pues así nuestra carne será regenerada por la incorrupción, del mismo modo que nuestra alma ha sido regenerada por la fe.

4. Paso por alto muchas cosas que parecen decirse del juicio final de tal manera que, consideradas diligentemente, se encuentran ambiguas, o más bien pertenecientes a otra cosa; ya sea, a saber, a aquel advenimiento del Salvador por el cual viene durante todo este tiempo en su Iglesia, esto es, en sus miembros, partícula a partícula y poco a poco, puesto que toda ella es su cuerpo; o bien a la destrucción de la Jerusalén terrenal: porque también cuando habla de aquello, la mayoría de las veces habla así, como si hablara del fin del siglo y de aquel día del juicio novísimo y grande; de modo que no puede distinguirse en absoluto, a menos que todas aquellas cosas que han sido dichas de manera similar entre los tres evangelistas, Mateo, Marcos y Lucas, sobre este asunto, sean cotejadas entre sí. Pues algunas cosas uno las explica más oscuramente, otro más

claramente; para que aparezca desde dónde se dicen aquellas cosas que se mencionan como pertenecientes a una sola cosa. Lo cual he procurado hacer de algún modo en una epístola que escribí en respuesta al varón de bendita memoria Hesiquio, obispo de la ciudad de Salona, cuyo título de la epístola es: Sobre el fin del siglo (Epístola 199).

5. Por tanto, diré ya aquí aquello que se lee en el Evangelio según Mateo sobre la separación de los buenos y de los malos por el juicio presentísimo y novísimo de Cristo. «Cuando pues viniere —dice— el Hijo del hombre en su majestad, y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre la sede de su majestad, y se congregarán ante él todas las naciones, y los separará a unos de otros, como el pastor segrega las ovejas de los cabritos; y situará a las ovejas ciertamente a su derecha, y a los cabritos a la izquierda. Entonces dirá el Rey a estos que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la constitución del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era huésped, y me recogisteis; estaba desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estaba en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces le responderán los justos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo pues te vimos huésped y te recogimos, o desnudo y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey les dirá: Amén os digo, que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos mínimos, a mí me lo hi-

cisteis. Entonces dirá —dice— también a los que estarán a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles». Luego, de igual modo, también a estos les enumera que no hicieron aquellas cosas que recordó que habían hecho los de la derecha. Y de igual modo a los que preguntan cuándo le vieron constituido en la indigencia de estos: responde que lo que no se hizo a sus mínimos, no se le hizo a él; y concluyendo su sermón: «Y estos —dice— irán al suplicio eterno, pero los justos a la vida eterna» (Mateo 25, 31-46). Pero Juan el evangelista narra clarísimamente que él predijo que el juicio sería en la resurrección de los muertos. Pues habiendo dicho: «Porque ni el Padre juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo, así como honran al Padre; el que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió»; inmediatamente añadió: «Amén, amén os digo, que el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a juicio, sino que pasó de la muerte a la vida» (Juan 5, 22-24). He aquí que aquí dijo que sus fieles no vienen a juicio. ¿Cómo, pues, por el juicio serán separados de los malos y estarán a su derecha, sino porque en este lugar puso «juicio» por «condenación»? Pues a tal juicio no vendrán los que oyen su palabra y creen al que le envió.

CAPÍTULO VI.

Cuál sea la primera resurrección, cuál la segunda.

1. Luego añade y dice: «Amén, amén os digo, que viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. Como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener vida en sí mismo» (Juan 5, 25 y 26). Todavía no habla de la segunda resurrección, esto es, de los cuerpos, que ha de ser al fin; sino de la primera, que es ahora. Pues para distinguir esta, dijo: «Viene la hora, y ahora es». Pero esta no es de los cuerpos, sino de las almas. Pues tienen también las almas su muerte en la impiedad y los pecados: según la cual muerte están muertos aquellos de quienes el mismo Señor dice: «Deja que los muertos sepulten a sus muertos» (Mateo 8, 22); para que, a saber, muertos en el alma, sepultaran a los muertos en el cuerpo. Por causa de estos, pues, muertos en el alma por la impiedad y la iniquidad, dijo: «Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán». Dijo «los que oyeren», los que obedecieren, los que creyeren y perseveraren hasta el fin. Ni hizo aquí ninguna diferencia de buenos y malos. Pues para todos es bueno oír su voz y vivir, pasando a la vida de piedad desde la muerte de la impiedad. De cuya muerte dice el apóstol Pablo: «Luego todos murieron, y por todos murió uno, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió por ellos y resucitó» (2 Corintios 5, 14. 15). Todos, pues, murieron en los pecados, sin excepción de nadie en absoluto, ya sea en los originales, o también añadidos por la voluntad, ya ignorando, ya sabiendo y no haciendo lo que

es justo; y por todos los muertos murió uno vivo, esto es, no teniendo ningún pecado en absoluto; para que los que viven por la remisión de los pecados ya no vivan para sí, sino para aquel que por todos murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación; para que, creyendo en aquel que justifica al impío, justificados de la impiedad, como vivificados de la muerte, podamos pertenecer a la primera resurrección, que es ahora. Pues a esta primera no pertenecen sino los que serán bienaventurados eternamente; pero a la segunda, de la cual pronto ha de hablar, enseñará que pertenecen tanto los bienaventurados como los míseros. Aquella es de misericordia, esta de juicio. Por lo cual está escrito en el Salmo: «Misericordia y juicio te cantaré, Señor» (Salmo 100, 1).

2. De cuyo juicio consecuentemente añadió y dijo: «Y le dio potestad de hacer juicio, porque es el Hijo del hombre». Aquí muestra que en aquella carne vendrá a juzgar en la que había venido a ser juzgado. Para esto, pues, dijo: «porque es el Hijo del hombre». Y luego subyugando aquello de lo que tratamos: «No os maravilléis de esto —dijo—, porque vendrá la hora en que todos los que están en los monumentos oirán su voz; y procederán los que hicieron cosas buenas a la resurrección de la vida; pero los que hicieron cosas malas, a la resurrección del juicio» (Juan 5, 27-29). Este es aquel juicio que poco antes, como ahora, había puesto por condenación, diciendo: «El que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna y no vendrá a juicio, sino que pasó de la muerte a la vida» (Ibíd., 24): esto

es, perteneciendo a la primera resurrección, por la cual se pasa ahora de la muerte a la vida, no vendrá a la condenación, que significó con la apelación de juicio, como también en este lugar, donde dice: «Pero los que hicieron cosas malas, a la resurrección del juicio», esto es, de la condenación. Resurja, pues, en la primera el que no quiere ser condenado en la segunda resurrección. Pues «viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán» (Ibíd., 25), esto es, no vendrán a la condenación, que se llama muerte segunda; a la cual muerte, después de la segunda resurrección, que ha de ser de los cuerpos, serán arrojados los que no resucitan en la primera, que es de las almas. Pues «vendrá la hora» (donde no dice «y ahora es», porque será al fin del siglo, esto es, en el último y máximo juicio de Dios), «cuando todos los que están en los monumentos oirán su voz y procederán» (Ibíd., 28). No dijo como en la primera: «y los que oyeren vivirán». Pues no todos vivirán, a saber, con aquella vida que, por ser bienaventurada, sola debe llamarse vida. Pues ciertamente no podrían oír sin alguna clase de vida, y proceder de los monumentos resurgiendo la carne. Por qué, pues, no todos vivirán, lo enseña en lo que sigue: «Los que hicieron cosas buenas —dice— a la resurrección de la vida», estos son los que vivirán; «pero los que hicieron cosas malas, a la resurrección del juicio», estos son los que no vivirán, porque morirán con la muerte segunda. Pues hicieron cosas malas porque vivieron mal; y vivieron mal porque en la primera resurrección

de las almas, que es ahora, no revivieron, o en lo que habían revivido no permanecieron hasta el fin. Como, pues, hay dos regeneraciones de las que ya hablé arriba, una según la fe, que se hace ahora por el Bautismo; otra según la carne, que se hará en su incorrupción e inmortalidad por el juicio grande y novísimo: así hay también dos resurrecciones, una la primera, que es también ahora y es de las almas, la cual no permite venir a la muerte segunda; otra la segunda, que ahora no es, sino que ha de ser al fin del siglo, y no es de las almas, sino de los cuerpos, la cual por el último juicio enviará a unos a la muerte segunda, a otros a aquella vida que no tiene muerte.

CAPÍTULO VII.

Qué está escrito en el Apocalipsis de Juan sobre las dos resurrecciones y sobre los mil años, y qué se piensa racionalmente sobre ellos.

1. De estas dos resurrecciones el mismo Juan evangelista habló en el libro que se llama Apocalipsis, de tal modo que la primera de ellas, no entendida por algunos de los nuestros, fue además incluso convertida en algunas fábulas ridículas. Pues dice en el mencionado libro el apóstol Juan: «Y vi a un ángel descendiendo del cielo, que tenía la llave del abismo y una cadena en su mano, y sujetó a aquel dragón, la serpiente antigua, que es sobrenombrado diablo y satanás, y lo ató por mil años, y lo envió al abismo; y cerró, y selló sobre él, para que ya no sedujera a las naciones hasta que se acaben los mil años; después de esto es nece-

sario que sea soltado por un breve tiempo. Y vi tronos y a los que se sentaban sobre ellos, y les fue dado el juicio. Y las almas de los degollados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y si algunos no adoraron a la bestia ni a su imagen, ni recibieron la inscripción en su frente o en su mano, y reinaron con Jesús mil años; los demás de ellos no vivieron hasta que se acaben los mil años. Esta es la resurrección primera. Bienaventurado y santo es el que tiene parte en esta primera resurrección. En estos la muerte segunda no tiene potestad; sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años» (Apocalipsis 20, 1-6). Los que, por estas palabras de este libro, sospecharon que la primera resurrección había de ser corporal, se conmovieron entre otras cosas sobre todo por el número de mil años, como si fuera necesario que se hiciera entre los santos una especie de sabatismo de tanto tiempo, en una vacación santa, a saber, después de los trabajos de seis mil años desde que fue creado el hombre, y por el mérito de aquel gran pecado fue despedido de la felicidad del paraíso a las penurias de esta mortalidad, para que, puesto que está escrito: «Un día ante el Señor es como mil años, y mil años como un día» (2 Pedro 3, 8), cumplidos seis milenios de años como seis días, siga como un séptimo sábado en los mil años postreros, para celebrar, a saber, este sábado por los santos que resurgieran. Cuya opinión sería de algún modo tolerable si se creyera que algunas delicias espirituales han de estar presentes para los santos en aquel sábado por la presencia del Señor. Pues

también nosotros opinamos esto alguna vez. Pero como dicen que los que entonces hayan resurgido han de vacar a immoderadísimos banquetes carnales, en los cuales hay tanto de comida y de bebida que no solo no mantienen ninguna modestia, sino que exceden también el modo de la misma incredulidad; de ningún modo pueden ser creídas estas cosas sino por hombres carnales. Pero estos que son espirituales llaman a los que creen estas cosas quiliastas con vocablo griego; a los cuales, expresando palabra por palabra, nosotros podemos llamar milenarios. Pero es largo refutarlos en cada punto; sino que más bien ya debemos mostrar cómo debe aceptarse esta Escritura.

2. Dice el mismo Señor Jesucristo: «Nadie puede entrar en la casa de un fuerte y arrebatar sus vasos, si primero no atare al fuerte» (Marcos 3, 27): queriendo que se entienda por el fuerte al diablo, porque él pudo tener cautivo al género humano; pero sus vasos, que él había de arrebatar, a sus futuros fieles, a los cuales aquel poseía en diversos pecados e impiedades. Para que fuera atado este fuerte, por eso vio este apóstol en el Apocalipsis «un ángel descendiendo del cielo, que tenía la llave del abismo y una cadena en su mano. Y sujetó —dice— al dragón, aquella serpiente antigua, que es sobrenombrado diablo y satanás, y lo ató por mil años», esto es, cohibió y frenó su potestad de seducir y poseer a aquellos que habían de ser liberados. Pero los mil años pueden entenderse, según se me ocurre, de dos modos: o porque en los últimos mil años se hace

esta cosa, esto es, en el sexto milenio de años como en el sexto día, cuyos espacios posteriores transcurren ahora; siguiendo luego el sábado, que no tiene tarde, a saber, el descanso de los santos, que no tiene fin: de modo que llamó mil años a la parte novísima de este milenio como de un día, la cual restaba hasta el término del siglo; por aquel modo de hablar por el cual se significa la parte por el todo: o ciertamente puso mil años por todos los años de este siglo; para que con el número perfecto se notara la plenitud misma del tiempo. Pues el número milenario rinde el cuadrado sólido del número diez. Pues diez multiplicados diez veces resultan cien; que ya es figura cuadrada, pero plana. Pero para que surja a la altura y se haga sólida, de nuevo cien se multiplican diez veces y son mil. Además, si cien mismo se pone alguna vez por la universalidad, ¿qué tal es aquello que el Señor prometió al que deja todas sus cosas y le sigue, diciendo: «Recibirá el céntuplo en este siglo» (Mateo 19, 29; Marcos 10, 30): lo cual exponiendo de algún modo el Apóstol, dice: «Como no teniendo nada y poseyéndolo todo» (2 Corintios 6, 10); porque también antes ya se había dicho: «Del hombre fiel es todo el mundo de las riquezas»: ¿cuánto más mil se ponen por la universalidad, donde está la solidez de la misma cuadratura denaria? De donde tampoco se entiende mejor aquello que se lee en el Salmo: «Se acordó para siempre de su testamento, de la palabra que mandó a mil generaciones» (Salmo 104, 8), esto es, a todas.

3. «Y lo envió —dice— al abismo»: ciertamente envió al diablo al abismo. Con cuyo nombre se significa la multitud innumerable de los impíos, cuyos corazones son muy profundos en la maldad contra la Iglesia de Dios; no porque el diablo no estuviera allí antes, sino que por eso se dice que fue enviado allí, porque, excluido de los creyentes, comenzó a poseer más a los impíos. Pues es más poseído por el diablo quien no solo está enajenado de Dios, sino que incluso odia gratuitamente a los que sirven a Dios. «Y cerró —dice— y selló sobre él, para que ya no sedujera a las naciones hasta que se acaben los mil años». Se dijo «cerró sobre él», le prohibió que pueda salir, esto es, transgredir lo prohibido. «Selló», empero, lo que añadió, me parece que significó que quiso que fuera oculto quiénes pertenecen a la parte del diablo y quiénes no pertenecen. Pues en este siglo esto está del todo oculto; porque es incierto tanto de quien parece estar de pie, si ha de caer, como de quien parece estar echado, si ha de levantarse. Pero el diablo es prohibido y cohibido de seducir a aquellas naciones por el vínculo y el encierro de este entredicho, las cuales, pertenecientes a Cristo, seducía antes o poseía. Pues a estas eligió Dios antes de la constitución del mundo para rescatarlas de la potestad de las tinieblas (Efesios 1, 4) y trasladarlas al reino del Hijo de su caridad (Colosenses 1, 13), como dice el Apóstol. Pues ¿qué fiel ignora que él seduce a las naciones incluso ahora, y las arrastra consigo al suplicio eterno, pero a las no predestinadas a la vida eterna? Ni mueva el que a menudo el diablo seduce incluso

a aquellos que, ya regenerados en Cristo, entran en los caminos de Dios. Pues «conoce el Señor a los que son suyos» (2 Timoteo 2, 19): de estos a nadie seduce él a la condenación eterna. Pues así los conoce el Señor, como Dios, a quien nada se le oculta incluso de las cosas futuras; no como hombre, que ve al hombre al presente (si es que ve a aquel cuyo corazón no ve), pero qué clase de hombre ha de ser después, ni de sí mismo lo ve. Para esto, pues, fue atado el diablo e incluido en el abismo, para que ya no seduzca a las naciones de las que consta la Iglesia, a las cuales antes tenía seducidas, antes de que fuera la Iglesia. Pues ni se dijo que no sedujera a nadie, sino: «para que ya no sedujera —dice— a las naciones»; en las cuales sin duda quiso que se entendiera la Iglesia: «hasta que se acaben —dice— los mil años», esto es, o lo que resta del sexto día, que consta de mil años, o todos los años en que de ahí en adelante este siglo ha de ser recorrido.

4. Ni ha de entenderse así lo que dice: «para que ya no sedujera a las naciones hasta que se acaben los mil años», como si después fuera a seducir a aquellas naciones al menos de las que consta la Iglesia predestinada, de seducir a las cuales fue prohibido por aquel vínculo y encierro. Sino que o se dijo con aquella locución que se encuentra algunas veces en las Escrituras, cual es en el Salmo: «Así nuestros ojos al Señor Dios nuestro, hasta que se compadezca de nosotros» (Salmo 122, 2); pues ni cuando se haya compadecido no estarán los ojos de sus siervos al Señor Dios su Dios: o ciertamente este es el orden de

las palabras: «Y cerró y selló sobre él hasta que se acaben los mil años»; lo que empero interpuso: «para que ya no sedujera a las naciones», así se tiene que es libre de la conexión de este orden, y ha de entenderse por separado, como si después se añadiera, para que así se tuviera toda la sentencia: «Y cerró y selló sobre él hasta que se acaben los mil años, para que ya no sedujera a las naciones»; esto es, por eso cerró hasta que se acaben los mil años, para que ya no sedujera a las naciones.

CAPÍTULO VIII.

De la atadura y la soltura del diablo.

1. «Después de esto —dice— es necesario que sea soltado por un breve tiempo» (Apocalipsis 20, 3). Si esto es para el diablo ser atado e incluido, no poder seducir a la Iglesia; ¿esta será pues su soltura, que pueda? Lejos de ello: pues nunca la Iglesia predestinada y elegida antes de la constitución del mundo, de la cual se dijo: «Conoce el Señor a los que son suyos» (2 Timoteo 2, 19), será seducida por él; y sin embargo estará aquí también en aquel tiempo en que el diablo ha de ser soltado, así como desde que fue instituida estuvo aquí y estará en todo tiempo, en los suyos a saber que se suceden naciendo a los que mueren. Pues poco después dice que el diablo soltado atraerá a las naciones seducidas de todo el orbe de la tierra a la guerra contra ella, cuyo número de enemigos será como la arena del mar. «Y subieron —dice — sobre la latitud de la tierra, y rodearon los

campamentos de los santos y la ciudad amada; y descendió fuego del cielo de parte de Dios y los devoró; y el diablo que los seducía fue enviado al estanque de fuego y azufre, donde están también la bestia y el pseudoprofeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 20, 8-10). Pero esto ya pertenece al juicio novísimo, el cual ahora por eso pensé que debía conmemorar, para que nadie piense que en aquel mismo pequeño tiempo en que será soltado el diablo, no habrá de estar la Iglesia en esta tierra, no encontrándola él aquí cuando fuere soltado, o consumiéndola cuando la hubiere perseguido de todos modos. No por tanto por todo este tiempo que este libro comprende, desde el primer advenimiento de Cristo a saber hasta el fin del siglo, en que será su segundo advenimiento, de tal modo es atado el diablo que sea esta misma su atadura, por este intervalo que llama con el número de mil años, no seducir a la Iglesia; puesto que a ella ni soltado ciertamente la ha de seducir. Pues de cierto si para él ser atado es no poder seducir, o no serle permitido; ¿qué será ser soltado sino poder seducir, o serle permitido? Lo cual lejos esté que se haga; sino que la atadura del diablo es no serle permitido ejercer toda la tentación que puede o por la fuerza o por el dolo para seducir a los hombres, obligándolos violentamente a su parte, o engañándolos fraudulentamente. Lo cual si se le permitiera en tan largo tiempo y tanta enfermedad de muchos, a muchísimos tales cuales Dios no quiere que padezcan esto, tanto derribaría a

los fieles como impediría que creyeran; para que no hiciera lo cual, fue atado.

2. Entonces empero será soltado, cuando también será el breve tiempo. Pues en tres años y seis meses se lee que ha de sañarse con todas sus fuerzas y las de los suyos; y tales serán aquellos con quienes ha de guerrear, que no puedan ser vencidos por tan gran ímpetu suyo y por sus insidias. Si empero nunca fuera soltado, menos aparecería su maligna potencia, menos sería probada la fidelísima paciencia de la ciudad santa; menos finalmente se percibiría cuán bien usó el Omnipotente de tan gran mal suyo: el cual ni lo quitó del todo de la tentación de los santos, aunque expulsado de sus hombres interiores donde se cree en Dios, para que por fuera con su impugnación aprovecharan; y en aquellos que son de parte de él mismo lo ató, para que derramando y ejerciendo cuanta malicia pudiera, no disuadiera de la fe de la piedad a innumerables enfermos de los cuales convenía que la Iglesia se multiplicara y llenara, a unos que habrían de creer, a otros ya creyentes, o a estos los quebrantara; y lo soltará al fin, para que la ciudad de Dios vea con cuán fuerte adversario ha vencido, con la ingente gloria de su redentor, ayudador y liberador. En comparación de aquellos santos y fieles que entonces han de ser, ciertamente ¿qué somos nosotros? puesto que para probar a aquellos será soltado tan gran enemigo, con el cual nosotros atado luchamos con tantos peligros. Aunque también en este intervalo de tiempo no es dudoso que algunos soldados de Cristo han sido y son tan prudentes

y fuertes, que incluso si entonces vivieran en esta mortalidad cuando él sea soltado, tanto se guardarían sapientísimamente de todas sus asechanzas e ímpetus como los sostendrían pacientísimamente.

3. Esta atadura empero del diablo no solo se hizo desde que comenzó la Iglesia a dilatarse por otras y otras naciones fuera de la tierra de Judea; sino que también ahora se hace, y se hará hasta el término del siglo, en que ha de ser soltado. Porque también ahora los hombres se convierten de la infidelidad, en la cual él mismo los poseía, a la fe, y hasta aquel fin sin duda se convertirán; y de cierto a cada uno este fuerte es entonces atado cuando de él como vaso suyo es arrebatado; y el abismo donde fue incluido no se consumió en aquellos cuando murieron, los cuales estaban entonces cuando comenzó a ser incluido; sino que les sucedieron otros naciendo, y suceden, hasta que se acabe este siglo, que odien a los cristianos, en cuyos corazones ciegos y profundos sea cada día incluido como en un abismo. Si empero también en aquellos últimos tres años y seis meses, cuando soltado ha de sañarse con todas sus fuerzas, alguno ha de acceder a la fe en la que no había estado, no es pequeña cuestión. ¿Cómo pues estará firme lo que se dijo: «¿Quién entra en la casa del fuerte para arrebatar sus vasos, si primero no atare al fuerte?» (Mateo 12, 29); si también al soltado se le arrebatan? Y por esto parece obligar aquella sentencia a esto, a que creamos que en aquel tiempo, aunque exiguo, nadie ha de acceder al pueblo cristiano, sino que el diablo ha de luchar

con aquellos que ya fueren hallados cristianos; de los cuales aunque algunos vencidos le siguieren, no pertenecen ellos al número predestinado de los hijos de Dios. Pues ni en vano el mismo apóstol Juan, que también escribió este Apocalipsis, dice en su epístola de algunos: «De nosotros salieron, pero no eran de nosotros; pues si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido de cierto con nosotros» (1 Juan 2, 19). ¿Pero qué se hará de los párvulos? Pues es demasiado increíble que ningunos hijos de cristianos ya nacidos y aún no bautizados sean sorprendidos infantes en aquel tiempo, ningunos también les nazcan en aquellos mismos días; o si los hubiere, que no sean por sus padres conducidos al lavacro de la regeneración de cualquier modo. Lo cual si se hiciere, ¿de qué modo al diablo ya soltado se le arrebatarán estos vasos, en cuya casa nadie entra para arrebatar sus vasos si primero no lo atare? Antes bien eso es más bien de creer, que ni los que caigan de la Iglesia ni los que accedan a la Iglesia han de faltar en aquel tiempo; sino que de cierto tan fuertes serán tanto los padres por bautizar a sus párvulos, como estos que entonces primeramente han de creer, que venzan a aquel fuerte incluso no atado, esto es, que acechando con cualesquiera artes antes nunca vistas, o apremiando con fuerzas, tanto vigilantemente entiendan como tolerantemente sufran; y así de él incluso no atado sean arrebatados. Ni por eso será falsa aquella sentencia evangélica: «¿Quién entra en la casa del fuerte para arrebatar sus vasos si primero no lo atare?». Pues según la verdad de su sentencia, se guardó

este orden, que primero se atara al fuerte, y arrebatados sus vasos, se multiplicara la Iglesia a lo largo y a lo ancho en todas las naciones de firmes y enfermos, para que de la misma robustísima fe de las cosas divinamente predichas y cumplidas, pueda quitar vasos incluso al soltado. Como pues ha de confesarse que se enfría la caridad de muchos al abundar la iniquidad (Mateo 24, 12), y que por las inusitadas y máximas persecuciones y falacias del diablo ya soltado, muchos de los que no están escritos en el libro de la vida han de ceder; así ha de pensarse que no solo a los buenos fieles que aquel tiempo hallare, sino que a algunos que todavía estuvieren fuera, ayudando la gracia de Dios por la consideración de las Escrituras, en las cuales tanto otras cosas como el fin mismo se ha prenunciado, el cual ya sienten venir, han de ser más firmes para creer lo que no creían, y más fuertes para vencer al diablo incluso no atado. Lo cual si así fuere, por eso ha de decirse que precedió su atadura, para que siguiera el despojo tanto del atado como del soltado; puesto que de esta cosa se dijo: «¿Quién entrará en la casa del fuerte para arrebatar sus vasos si primero no atare al fuerte?».

CAPÍTULO IX.

Cuál sea el reino de los santos con Cristo por mil años, y en qué se distinga del reino eterno.

1. Entretanto, mientras por mil años está atado el diablo, reinan los santos con Cristo también por esos mismos mismos mil años, sin duda en-

tendidos del mismo modo, esto es, en este tiempo ya de su primer advenimiento. Pues exceptuando aquel reino del cual ha de decir al fin: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros» (Mateo 25, 34), si no de algún otro modo, lejos por cierto desigual, ya ahora no reinaran con él sus santos, a quienes dice: «He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo» (Id. 28, 20); por cierto no se llamaría también ahora la Iglesia reino de él, o reino de los cielos. Pues ciertamente en este tiempo es instruido en el reino de Dios aquel escriba que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mateo 13, 52), de quien arriba hablamos. And de la Iglesia han de recoger la cizaña aquellos segadores, la cual permitió crecer junto con el trigo hasta la mies: lo cual exponiendo dice: «La mies es el fin del siglo; los segadores empero son los ángeles. Como pues se recoge la cizaña y se quema al fuego, así será en la consumación del siglo: enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos» (Ibíd., 39-41). ¿Acaso de aquel reino donde no hay ningunos escándalos? De este reino suyo, pues, que es aquí la Iglesia, serán recogidos. Asimismo dice: «El que soltare uno de estos mandamientos mínimos y enseñare así a los hombres, mínimo será llamado en el reino de los cielos; el que empero hiciere y así enseñare, grande será llamado en el reino de los cielos» (Mateo 5, 19). A ambos los dice en el reino de los cielos, tanto al que no hace los mandamientos que enseña —esto es pues soltar: no guardar, no hacer— como a aquel que hace y así enseña; pero

a aquel mínimo, a este grande. Y de continuo siguiendo añade: «Digo pues a vosotros, que si no abundare vuestra justicia sobre la de los escribas y fariseos», esto es, sobre la justicia de aquellos que sueltan lo que enseñan. Pues de los escribas y fariseos dice en otro lugar: «Puesto que dicen y no hacen» (Mateo 23, 3). Si no pues sobre ellos abundare vuestra justicia, esto es, para que vosotros no soltéis, sino que hagáis más bien lo que enseñáis, «no entraréis —dice— en el reino de los cielos» (Id. 5, 20). De otro modo por tanto ha de entenderse el reino de los cielos donde están ambos, a saber tanto el que suelta lo que enseña como el que hace; pero aquel mínimo, este grande: de otro modo empero se dice el reino de los cielos al que no entra sino el que hace. Y por esto donde está uno y otro género, es la Iglesia cual es ahora; donde empero aquel solo estuviere, es la Iglesia cual será entonces, cuando el malo no esté en ella. Luego la Iglesia también ahora es el reino de Cristo y el reino de los cielos. Reinan por tanto con él también ahora sus santos, de otro modo por cierto que como entonces reinarán; ni sin embargo reina con él la cizaña, aunque en la Iglesia con el trigo crezca. Reinan pues con él los que hacen lo que dice el Apóstol: «Si habéis resucitado con Cristo, saboread las cosas que están arriba, donde Cristo está a la diestra de Dios sentado; buscad las cosas que están arriba, no las que están sobre la tierra» (Colosenses 3, 1 y 2). De tales cuales asimismo dice que su conversación está en los cielos (Filipenses 3, 20). Finalmente reinan con él los que de tal modo están en su reino

que sean ellos mismos también su reino. ¿Cómo empero son reino de Cristo los que, por callar otras cosas, aunque allí estén hasta que se recojan al fin del siglo de su reino todos los escándalos, sin embargo allí buscan sus propias cosas, no las que son de Jesucristo (Id. 2, 21)?

2. De este reino pues de milicia, en el cual todavía se lucha con el enemigo, y a veces se resiste a los vicios que resisten, a veces se manda a los que ceden, hasta que se venga a aquel pacatísimo reino donde se reinará sin enemigo; y de esta primera resurrección que es ahora, así habla este libro. Pues habiendo dicho que el diablo es atado por mil años y después soltado por un breve tiempo; luego recapitulando qué haga la Iglesia o qué se haga en ella en estos mil años: «Y vi —dice — tronos y a los que se sentaban sobre ellos, y les fue dado el juicio». No ha de pensarse que esto se diga del juicio final; sino que han de entenderse los tronos de los prelados y los mismos prelados, por los cuales ahora es gobernada la Iglesia. El juicio empero dado no parece que se acepte mejor que aquello que se dijo: «Lo que ligareis en la tierra, será ligado también en el cielo; y lo que soltareis en la tierra, será soltado también en el cielo» (Mateo 18, 18). De donde el Apóstol: «¿Qué pues me importa a mí —dice— juzgar de los que están fuera? ¿no juzgáis vosotros de los que están dentro?» (1 Corintios 5, 12). «Y las almas —dice— de los degollados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios»: se sobrentiende lo que después ha de decir: «reinaron con Jesús mil años» (Apocalipsis 20, 4), las almas a saber de los már-

tires no habiéndoles sido restituidos todavía sus cuerpos. Pues ni las almas de los piadosos muertos se separan de la Iglesia, la cual también ahora es el reino de Cristo. De otro modo ni se haría en el altar de Dios memoria de ellos en la comunicación del cuerpo de Cristo; ni aprovecharía nada correr en los peligros a su Bautismo para que no se acabe esta vida sin él; ni a la reconciliación, si por caso por la penitencia o la mala conciencia alguien está separado del mismo cuerpo. ¿Por qué pues se hacen estas cosas sino porque los fieles, incluso difuntos, son miembros de él? Aunque por tanto todavía no con sus cuerpos, ya sin embargo sus almas reinan con él mientras estos mil años transcurren. De donde en este mismo libro y en otra parte se lee: «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor; desde ahora ya dice el Espíritu que descansen de sus trabajos, pues sus obras los siguen» (Id. 14, 13). Reina por tanto con Cristo ahora primeramente la Iglesia en los vivos y los muertos. «Pues además —como dice el Apóstol— murió Cristo para dominar tanto a los vivos como a los muertos» (Romanos 14, 9). Pero por eso conmemoró solo las almas de los mártires, porque ellos principalmente reinan muertos, los cuales lucharon por la verdad hasta la muerte. Pero por la parte el todo también entendemos a los demás muertos pertenecientes a la Iglesia, que es el reino de Cristo.

3. Lo que empero sigue: «Y si algunos no adoraron a la base ni a su imagen, ni recibieron la inscripción en la frente o en su mano»; debemos aceptarlo simultáneamente de vivos y muertos.

Además, qué sea por cierto esta bestia, aunque ha de ser más diligentemente inquirido, sin embargo no aborrece de la recta fe que se entienda la misma ciudad impía, y el pueblo de los infieles contrario al pueblo fiel y a la ciudad de Dios. Su imagen empero me parece que es su simulación, en aquellos hombres a saber que profesan como si fuera la fe y viven infielmente. Pues fingen ser lo que no son, y se llaman cristianos no por una verdadera efigie, sino por una falaz imagen. Pues a la misma bestia pertenecen no solo abiertamente los enemigos del nombre de Cristo y de su gloriosísima ciudad, sino también la cizaña que de su reino, que es la Iglesia, ha de ser recogida al fin del siglo. ¿Y quiénes son los que no adoran a la bestia ni a su imagen sino los que hacen lo que dice el Apóstol: «No seáis yugo que arrastra con los infieles» (2 Corintios 6, 14)? Pues no adoran, esto es, no consienten, no se sujetan; ni reciben la inscripción, la nota a saber del crimen, en la frente por la profesión, en la mano por la operación. Ajenos por tanto de estos males, ya sea todavía viviendo en esta carne mortal, ya sea difuntos, reinan con Cristo ya ahora, de algún modo congruo a este tiempo, por todo este intervalo que se significa con el número de mil años.

4. «Los demás de ellos —dice— no vivieron». Pues la hora es ahora, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren, vivirán: pero los demás de ellos no vivirán (Juan 5, 25). Lo que empero añadió, «hasta que se acaben los mil años», ha de entenderse que en aquel tiempo no vivieron cuando debieron vivir, a saber, pasando

de la muerte a la vida. Y por tanto, cuando venga el día en que se haga también la resurrección de los cuerpos, no saldrán de los monumentos a la vida, sino al juicio; a la condenación a saber, que se llama muerte segunda. Pues hasta que se acaben los mil años, quienquiera que no hubiere vivido, esto es, en todo este tiempo en que se actúa la primera resurrección, no hubiere oído la voz del Hijo de Dios y pasado de la muerte a la vida; ciertamente en la segunda resurrección, que es de la carne, pasará a la muerte segunda con la misma carne. Sigue pues y dice: «Esta es la resurrección primera. Bienaventurado y santo el que tiene parte en esta primera resurrección» (Apocalipsis 20, 5-6), esto es, es partícipe de ella. Es empero partícipe de ella aquel que no solo revive de la muerte que está en los pecados, sino que además permanecerá en aquello en que revivió. «En estos —dice— la muerte segunda no tiene potestad». La tiene por tanto en los demás, de los cuales arriba dijo: «Los demás de ellos no vivieron hasta que se acaben los mil años»; porque en todo este intervalo de tiempo que llama mil años, por más que cada uno de ellos vivió en el cuerpo, no revivió de la muerte en la que lo tenía la impiedad, para que así reviviendo se hiciera partícipe de la primera resurrección y no tuviera en él potestad la muerte segunda.

CAPÍTULO X.

Qué se debe responder a los que piensan que la resurrección pertenece solo a los cuerpos, no también a las almas.

Hay quienes piensan que la resurrección no puede decirse sino de los cuerpos; y por eso sostienen que esta primera también ha de ser en los cuerpos. Pues de aquellos —dicen— cuya es el caer, de ellos es el resurgir: caen empero los cuerpos al morir, pues aun del caer (cadendo) se llaman cadáveres (cadavera). No puede pues —dicen— haber resurrección de las almas, sino de los cuerpos. Pero ¿qué dicen contra el Apóstol, que la llama resurrección? Pues ciertamente según el hombre interior, no según el exterior, habían resurgido aquellos a quienes dice: «Si habéis resurgido con Cristo, saboread las cosas que son de arriba» (Colosenses 3, 1). Sentido que puso en otras palabras en otra parte, diciendo: «Para que así como Cristo resurgió de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en novedad de vida» (Romanos 6, 4). De aquí es también aquello: «Levántate, tú que duermes, y surge de entre los muertos, y te iluminará Cristo» (Efesios 5, 14). Lo que empero dicen, que no pueden resurgir sino los que caen, y por eso piensan que la resurrección pertenece a los cuerpos, no a las almas, porque de los cuerpos es el caer: ¿por qué no oyen: «No os apartéis de él, para que no caigáis» (Eclesiástico 2, 7); y: «Para su señor está en pie o cae» (Romanos 14, 4); y: «El que piensa que está en pie, mire que no caiga» (1 Corintios 10, 12)? Pues pienso que en el alma, no en el cuerpo, ha de evitarse esta caída. Si por tanto de los que caen es la resurrección, y caen también las almas; ciertamente ha de confesarse que las almas también resurgen. Lo que empero

habiendo dicho: «En estos la muerte segunda no tiene potestad», adjuntó y dijo: «Sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años»; no ciertamente se dijo solo de los obispos y presbíteros, que propiamente ya son llamados en la Iglesia sacerdotes; sino que así como llamamos a todos cristianos por el místico crisma (mysticum chrisma), así a todos sacerdotes, puesto que son miembros de un solo Sacerdote. De los cuales el apóstol Pedro: «Pueblo santo —dice—, sacerdocio real» (1 Pedro 2, 9). Ciertamente, aunque brevemente y de paso, insinuó que Cristo es Dios al decir: «Sacerdotes de Dios y de Cristo», esto es, del Padre y del Hijo; aunque por la forma de siervo, como hijo del hombre, así también Cristo fue hecho sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Salmo 109, 4). De cuya cosa en esta obra no una sola vez hemos hablado.

CAPÍTULO XI.

De Gog y Magog, a quienes el diablo, soltado cerca del fin del siglo, incitará para perseguir a la Iglesia de Dios.

«Y cuando se hubieren acabado los mil años —dice—, será soltado Satanás de su custodia, y saldrá a seducir a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, Gog y Magog, y los arrastrará a la guerra, cuyo número es como el arena del mar». Para esto pues entonces seducirá, para arrastrarlos a esta guerra. Pues también antes seducía por los modos que podía, por muchos y variados males. Pero «saldrá» se ha dicho

porque de los escondrijos de los odios irrumpirá en abierta persecución. Pues esta será la novísima persecución, estando inminente el novísimo juicio, la cual padecerá la santa Iglesia en todo el orbe de la tierra, a saber, la ciudad universal de Cristo por la ciudad universal del diablo, por grande que sea cada una sobre la tierra. Ciertamente estas gentes que llama Gog y Magog no han de aceptarse así como si fueran algunos bárbaros constituidos en alguna parte de las tierras, ya sea los que algunos sospechan que son los Getas y Massagetas por las primeras letras de estos nombres, ya sea algunos otros extranjeros y separados del derecho romano. Pues en todo el orbe de la tierra se significó que están estos cuando se dijo: «Las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra»; y a ellas las sujetó a ser Gog y Magog. Cuya interpretación de los nombres hemos hallado que es Gog «techo» (tectum), Magog «del techo» (de tecto): como si fuera la casa, y el mismo que procede de la casa. Son por tanto las gentes en las cuales entendíamos arriba que el diablo estaba incluido como en el abismo; y él mismo de ellas de algún modo elevándose y procediendo: para que ellas sean el techo, él del techo. Si empero referimos ambos a las gentes, no uno de estos a ellas y el otro al diablo; entonces ellas mismas son el techo, porque en ellas ahora es incluido y de algún modo cubierto el enemigo antiguo; y ellas mismas serán del techo cuando han de irrumpir de lo cubierto en el odio abierto. Lo que empero dice: «Y subieron sobre la latitud de la tierra, y cercaron el campamento de los san-

tos y la ciudad amada» (Apocalipsis 20, 7-8): no ciertamente se significó que han venido o han de venir a un solo lugar, como si en algún solo lugar hubieran de estar el campamento de los santos y la ciudad amada; no siendo esta sino la Iglesia de Cristo difundida por todo el orbe de la tierra: y por esto dondequiera que entonces estuviere, la cual estará en todas las naciones (lo que se significó con el nombre de latitud de la tierra), allí estará el campamento de los santos, allí estará su ciudad amada de Dios; allí será cercada por la inmanidad de aquella persecución por todos sus enemigos, porque también ellos mismos estarán con ella en todas las naciones, esto es, será estrechada en las angustias de la tribulación, urgida, encerrada; ni desertará su milicia, la cual fue llamada con el vocablo de campamento (castrorum).

CAPÍTULO XII.

Si pertenece al último suplicio de los impíos lo que se menciona de que descendió fuego del cielo y los consumió.

Lo que empero dice: «Y descendió fuego del cielo y los consumió» (Apocalipsis 20, 9): no ha de pensarse que sea aquel extremo suplicio que será cuando se diga: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno» (Mateo 25, 41). Entonces ciertamente ellos mismos serán arrojados al fuego, no el fuego del cielo vendrá sobre ellos. Aquí empero bien se entiende el «fuego del cielo» de la misma firmeza de los santos, por la cual no han de ceder a los que se enfurecen para hacer su voluntad. Pues el firmamento es el cielo, por

cuya firmeza ellos serán atormentados con un ardentísimo celo; puesto que no podrán atraer a las partes del Anticristo a los santos de Cristo. Y él mismo será el fuego que los consumirá, y esto «de Dios»: porque por don de Dios los santos se hacen insuperables, de donde son atormentados los enemigos. Pues así como en buen sentido se ha puesto: «El celo de tu casa me consumió» (Salmo 68, 10); así por el contrario: «El celo ocupó al pueblo ignorante, y ahora el fuego consumirá a los contrarios» (Isaías 26, 11, según la Septuaginta). Y «ahora» ciertamente, exceptuando a saber el fuego de aquel último juicio. O si llamó fuego descendente del cielo y consumiéndolos a aquella plaga con la cual han de ser heridos los perseguidores de la Iglesia, viniendo ya Cristo, a los cuales hallará viviendo sobre la tierra cuando mate al Anticristo con el espíritu de su boca (2 Tesalonicenses 2, 8), tampoco este será el último suplicio de los impíos, sino aquel que han de padecer hecha la resurrección de los cuerpos.

CAPÍTULO XIII.

Si el tiempo de la persecución del Anticristo ha de ser contado en los mil años.

Esta novísima persecución, que ha de ser por el Anticristo (como ya hemos dicho, porque se ha puesto tanto en este libro arriba [Apocalipsis 10 y 11], como en el profeta Daniel [Daniel 12]), será por tres años y seis meses. Tiempo el cual, aunque exiguo, se duda merecidamente si pertenece a los mil años en los cuales dice que tanto el diablo es

atado como que los santos reinan con Cristo; o si a los mismos años se superañade este pequeño espacio y está fuera. Porque si dijéramos que esto pertenece a los mismos años, se hallará que el reino de los santos con Cristo se extiende no por tanto tiempo, sino por uno más prolongado que el que el diablo es atado. Pues ciertamente los santos con su Rey reinarán aun en aquella misma persecución principalmente venciendo males tan grandes, cuando ya el diablo no estará atado para que pueda perseguirlos con todas sus fuerzas. ¿Cómo pues esta Escritura determina ambos por los mismos mil años, a saber la atadura del diablo y el reino de los santos; cuando por el intervalo de tres años y seis meses cesa antes la atadura del diablo que el reino de los santos en estos mil años con Cristo? Si empero dijéramos que este pequeño espacio de esta persecución no ha de ser computado en los mil años, sino más bien que ha de añadirse cumplidos estos; para que propiamente pueda entenderse que habiendo dicho: «Los sacerdotes de Dios y de Cristo reinarán con él mil años», añadió: «Y cuando se hubieren acabado los mil años, será soltado Satanás de su custodia»; pues de este modo significa que tanto el reino de los santos como el vínculo del diablo han de cesar a la vez, para que de ahí se crea que el tiempo de aquella persecución ni pertenece al reino de los santos ni a la custodia de Satanás (ambos los cuales están en los mil años), sino que es superañadido y ha de ser computado fuera: nos veremos compelidos a confesar que los santos en aquella persecución no han de reinar con Cristo.

Pero ¿quién osaría decir que entonces no han de reinar con él sus miembros, cuando a él máxima y fuertísimamente han de estar unidos, y en cuyo tiempo cuanto más acre sea el ímpetu de la guerra, tanto mayor será la gloria de no ceder, tanto más densa la corona del martirio? O si por las tribulaciones que han de padecer no se ha de decir que han de reinar; será consecuente que también en los días anteriores en los mismos mil años quienesquiera de los santos que eran atribulados, se diga que en aquel mismo tiempo de su tribulación no reinaron con Cristo: y por esto también aquellos cuyas almas escribe el autor de este libro que vio de los degollados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, no reinaban con Cristo cuando padecían la persecución; y ellos mismos no eran el reino de Cristo, a los cuales Cristo poseía más excelentemente. Absurdo por cierto es eso y de todo punto ha de ser rechazado. Pero ciertamente las almas vencedoras de los gloriosísimos mártires, superados y terminados todos los dolores y trabajos, después que depusieron los miembros mortales, con Cristo ciertamente reinaron y reinan hasta que se acaben los mil años, para que después recibidos también los cuerpos ya inmortales reinen. Por tanto, en aquellos tres años y medio, las almas de los degollados por su martirio, tanto las que antes salieron de los cuerpos como las que en esa misma novísima persecución han de salir, reinarán con él hasta que se acabe el siglo mortal y se pase a aquel reino donde no habrá muerte. Por lo cual los años de los santos que reinan con Cristo serán más que

los del vínculo y custodia del diablo: porque ellos con su rey el Hijo de Dios, ya no estando atado el diablo, reinarán incluso por aquellos tres años y medio. Queda por tanto que cuando oímos: «Los sacerdotes de Dios y de Cristo reinarán con él mil años, y cuando se hubieren acabado los mil años, será soltado Satanás de su custodia»; o no entendamos que se acaban los mil años de este reino de los santos, sino los del vínculo y custodia del diablo; para que los mil años, esto es, todos sus años, cada parte los tenga que acabar con diversas y propias prolixidades, con un reino más amplio de los santos y un vínculo más breve del diablo: o ciertamente, puesto que tres años y seis meses es un espacio brevísimo, se crea que no se quiso que fuera computado, ya sea porque el vínculo de Satanás parece tener menos o el reino de los santos tener más: como disputé de los cuatrocientos años en el decimosexto volumen de esta obra (cap. 24); puesto que eran algo más, y sin embargo fueron llamados cuatrocientos: y tales cosas se hallan a menudo en las Sagradas Letras, si alguien advierte.

CAPÍTULO XIV.

De la condensación del diablo con los suyos, y por recapitulación de la resurrección corpórea de todos los muertos, y del juicio de la última retribución.

Después empero de esta conmemoración de la novísima persecución, brevemente abraza el todo lo que en el último juicio ya el diablo, y con su príncipe la ciudad enemiga, ha de padecer. Dice

pues: «Y el diablo que los seducía fue arrojado al estanque de fuego y azufre, donde están la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 20, 9 y 10). Que la bestia bien se entiende como la misma ciudad impía, ya arriba dijimos. Su falso profeta empero o es el Anticristo o aquella imagen, esto es, la ficción de que allí hablamos. Después de estas cosas, narrando por recapitulación el mismo novísimo juicio, que será en la segunda resurrección de los muertos (que es de los cuerpos), cómo le fue revelado: «Y vi —dice — un trono grande y blanco, y al que se sentaba sobre él, de cuya faz huyó el cielo y la tierra, y no fue hallado lugar de ellos» (Ibíd., 11). No dijo: «Vi un trono grande y blanco y al que se sentaba sobre él, y de su faz huyó el cielo y la tierra»; porque no se hizo entonces, esto es, antes de que se hubiera juzgado de vivos y muertos: sino que dijo que lo vio sentado en el trono, de cuya faz huyó el cielo y la tierra; pero después. Realizado ciertamente el juicio, entonces dejará de ser este cielo y esta tierra cuando empiece a ser el cielo nuevo y la tierra nueva. Pues por mutación de las cosas, no de todo punto por exterminio, pasará este mundo. De donde también dice el Apóstol: «Pasa pues la figura de este mundo, quiero que estéis sin solicitud» (1 Corintios 7, 31 y 32). La figura pues pasa, no la naturaleza. Habiendo pues dicho Juan que vio al que estaba sentado sobre el trono, de cuya faz (lo que ha de ser después) huyó el cielo y la tierra: «Y vi —dice— a los muertos grandes y pequeños; y fueron abiertos los libros; y otro libro

fue abierto, que es de la vida de cada uno; y fueron juzgados los muertos por las mismas escrituras de los libros según sus hechos» (Apocalipsis 20, 12). Dijo que los libros fueron abiertos, y el libro: pero qué tipo de libro no calló; «que es —dice — de la vida de cada uno». Por tanto aquellos libros que puso en primer lugar han de entenderse los santos, tanto antiguos como nuevos, para que en ellos se mostrara qué mandatos suyos Dios hubiera ordenado que se hicieran: en aquel empero que es de la vida de cada uno, qué de estas cosas cada cual no hubiera hecho, o hubiera hecho. Libro el cual, si se piensa carnalmente, ¿quién podrá estimar su magnitud o longitud? ¿o en cuánto tiempo podrá leerse el libro en el cual están escritas las vidas universales de todos? ¿O asistirá tal número de ángeles como será el de los hombres, y cada cual oirá su vida recitada por el ángel que le sea aplicado? No habrá pues un solo libro de todos, sino individuales de cada uno. Esta Escritura empero queriendo que se entienda uno solo: «Y otro —dice— libro fue abierto». Cierta fuerza divina por tanto ha de entenderse, por la cual se hará que a cada uno sus obras, ya sean buenas o malas, todas se le revoquen a la memoria y se vean con una celeridad maravillosa por la intuición de la mente; para que la ciencia acuse o excuse a la conciencia; y así a la vez todos e individuales sean juzgados. Fuerza divina la cual, sin duda, tomó el nombre de libro. Pues en ella de algún modo se lee cuanto por su acción se recuerda. Para mostrar empero qué muertos han de ser juzgados, los pequeños y los grandes, por

recapitulación dice como volviendo a aquello que había pasado por alto o más bien diferido: «Y el mar entregó los muertos que en él estaban, y la muerte y el infierno entregaron los muertos que en sí tenían» (Ibíd., 13). Esto sin duda se hizo antes de que fueran juzgados los muertos: y sin embargo aquello se dijo antes. Esto es pues lo que dije, que por recapitulación él volvió a lo que había interrumpido. Ahora empero guardó el orden, y para que se explicara el orden mismo, más cómodamente también sobre los muertos juzgados, lo que ya había dicho, lo repitió en su lugar. Pues habiendo dicho: «Y el mar entregó los muertos que en él estaban, y la muerte y el infierno entregaron los muertos que en sí tenían»; luego añadió lo que poco antes había puesto: «Y fueron juzgados cada uno según sus hechos». Pues esto es lo que arriba había dicho: «Y fueron juzgados los muertos según sus hechos».

CAPÍTULO XV.

Quiénes son los muertos que el mar entregó para el juicio, o los que la muerte y los infiernos restituyeron.

Pero ¿quiénes son los muertos que el mar entregó, los que en él estaban? Pues ni los que mueren en el mar no están en el infierno, o sus cuerpos se conservan en el mar; o lo que es más absurdo, el mar tenía a los muertos buenos y el infierno a los malos. ¿Quién pensara esto? Pero ciertamente convenientemente algunos en este lugar aceptan el mar por este siglo. Habiendo pues significado que también aquellos que Cristo

hallará constituidos en el cuerpo aquí han de ser juzgados a la vez con los que han de resurgir, también a ellos mismos los llamó muertos, tanto a los buenos a quienes se dice: «Pues muertos estáis, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Colosenses 3, 3); como a los malos de quienes se dice: «Deja que los muertos entierren a sus muertos» (Mateo 8, 22). Pueden llamarse muertos también por esto, porque llevan cuerpos mortales; de donde el Apóstol: «El cuerpo ciertamente —dice— está muerto por el pecado; el espíritu empero es vida por la justicia» (Romanos 8, 10): demostrando que ambos están en el hombre que vive y que está constituido en este cuerpo, tanto el cuerpo muerto como el espíritu vida. Y sin embargo no dijo cuerpo mortal, sino muerto; aunque a los mismos poco después también los llame cuerpos mortales (Ibíd. 11), como más usualmente se llaman. A estos muertos pues entregó el mar que en él estaban, esto es, entregó este siglo a los hombres, quienesquiera que en él estaban, porque todavía no habían muerto. «Y la muerte y el infierno —dice— entregaron los muertos que en sí tenían». El mar entregó porque según fueron hallados asistieron; la muerte empero y el infierno entregaron porque los revocaron a la vida de la cual ya habían salido. Y no en vano tal vez no bastó que dijera muerte o infierno, sino que ambos se dijeron: la muerte por los buenos, que solo pudieron padecer la muerte, no también el infierno; el infierno empero por los malos, que también pagan penas entre los ínferos. Pues si no absurdamente parece creerse

que también los antiguos santos, que tuvieron la fe del Cristo venidero, estuvieron en lugares ciertamente remotísimos de los tormentos de los impíos pero entre los ínferos, hasta que la sangre de Cristo y su descenso a aquellos lugares los rescatara, ciertamente de ahí en adelante los buenos fieles ya redimidos derramado aquel precio, ignoran por completo los infiernos hasta que, recibidos también los cuerpos, reciban los bienes que merecen. Habiendo empero dicho: «Y fueron juzgados cada uno según sus hechos», brevemente sujetó de qué modo fueron juzgados: «Y la muerte y el infierno —dice— fueron arrojados al estanque de fuego»: significando con estos nombres al diablo, puesto que es autor de la muerte y de las penas infernales, y a la sociedad universal de los demonios a la vez. Pues esto es lo que arriba más evidentemente preocupando ya había dicho: «y el diablo que los seducía fue arrojado al estanque de fuego y azufre». Lo que allí empero más oscuramente había adjuntado diciendo: «Donde tanto la bestia como el falso profeta»; aquí más abiertamente: «Y los que no fueron —dice— hallados escritos en el libro de la vida, fueron arrojados al estanque de fuego» (Apocalipsis 20, 14, 15). No conmemora a Dios este libro para que no sea engañado por el olvido; sino que significa la predestinación de aquellos a quienes se dará la vida eterna. Pues ni los ignora Dios y lee en este libro para saber; sino más bien su misma presciencia sobre ellos, la cual no puede ser engañada, es el libro de la vida en el cual están escritos, esto es, preconocidos antes.

CAPÍTULO XVI.

Del cielo nuevo y la tierra nueva.

Terminado empero el juicio por el cual preanunció que han de ser juzgados los malos, resta que también hable de los buenos. Pues ya explicó lo que brevemente fue dicho por el Señor: «Irán estos al suplicio eterno»; sigue que explique lo que también allí se conecta: «Los justos empero a la vida eterna» (Mateo 25, 46). «Y vi —dice— un cielo nuevo y una tierra nueva. Pues el primer cielo y la primera tierra se retiraron, y el mar ya no es» (Apocalipsis 21, 1). Por aquel orden se hará lo que arriba preocupando ya dijo, que había visto sentado sobre el trono a aquel de cuya faz huyó el cielo y la tierra. Juzgados ciertamente estos que no están escritos en el libro de la vida y arrojados al fuego eterno (fuego el cual de qué tipo y en qué parte del mundo o de las cosas haya de ser, pienso que hombre ninguno lo sabe, sino tal vez aquel a quien el Espíritu divino se lo mostrare), entonces la figura de este mundo pasará por la conflagración de los fuegos mundanos, así como se hizo el diluvio por la inundación de las aguas mundanas. Aquella por tanto, como dije, conflagración mundana, las cualidades de los elementos corruptibles que eran con nuestros cuerpos corruptibles, ardiendo perecerán del todo; y la misma sustancia tendrá aquellas cualidades que convengan a los cuerpos inmortales por una maravillosa mutación: para que a saber el mundo innovado para mejor, aptamente se acomode a los hombres también en la carne innovados para

mejor. Lo que empero dice: «Y el mar ya no es», si por aquel máximo ardor se seque, o si también él mismo se vierta para mejor, no fácilmente lo diría. Pues leemos que ha de haber cielo nuevo y tierra nueva; sobre el mar nuevo empero no recuerdo haber leído yo algo en parte alguna, sino lo que en este mismo libro se halla: «como un mar de vidrio semejante al cristal» (Apocalipsis 4, 6; 15, 2). Pero entonces no hablaba de este fin del siglo; ni parece haber dicho mar propiamente, sino «como mar». Aunque también ahora, así como ama la locución profética mezclar lo trasladado con las palabras propias, y así de algún modo velar lo que se dice, pudo decir de aquel mar: «Y el mar ya no es»; de aquel sobre el cual arriba había dicho: «Y el mar entregó los muertos que en él estaban». Pues ya entonces no será este siglo turbulento y proceloso por la vida de los mortales, lo cual figuró con el nombre del mar.

CAPÍTULO XVII.

De la glorificación de la Iglesia sin fin después del fin.

«Y a la ciudad grande —dice—, la nueva Jerusalén vi descendiendo del cielo de Dios, preparada como una nueva novia adornada para su marido. Y oí una gran voz del trono diciendo: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos, y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios estará con ellos. Y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y la muerte ya no será, ni luto, ni clamor, pero ni dolor alguno, porque las cosas anteriores pasaron. Y dijo el que se sentaba

en el trono: He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Id. 21, 2-5).

Del cielo se dice que desciende esta ciudad puesto que es celestial la gracia por la cual Dios la hizo. Por lo cual le dice también por Isaías: «Yo soy el Señor que te hace» (Isaías 45, 8). Y del cielo ciertamente desde su inicio descendió, desde el cual por el tiempo de este siglo, viniendo la gracia de Dios de lo alto por el lavacro de la regeneración en el Espíritu Santo enviado del cielo, sucesivamente sus ciudadanos se acrecientan. Pero por el juicio de Dios, que será el novísimo por su Hijo Jesucristo, tanta y tan nueva claridad por don de Dios aparecerá, que no queden vestigios de antigüedad: puesto que también los cuerpos a la incorrupción y a la inmortalidad nueva de la vieja corrupción y mortalidad pasarán. Pues aceptar esto de este tiempo en que reina con su Rey mil años, me parece de excesiva impudencia; cuando abiertísimamente dice: «Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y la muerte ya no será, ni luto, ni clamor, pero ni dolor alguno». ¿Quién empero sea tan absurdo, y por una obstinadísima contienda vesánico, que ose afirmar en las miserias de esta mortalidad, no digo al pueblo santo, sino a cada uno de los santos que o lleve, o haya de llevar, o haya llevado esta vida, no teniendo lágrima ninguna ni dolores; cuando más bien cuanto cada uno es más santo y más lleno de santo deseo, tanto sea su llanto en el orar más abundante? ¿Acaso no es voz de un ciudadano de la Jerusalén superna: «Se han hecho para mí mis lágrimas pan día y noche» (Salmo 41, 4)? y: «La-

varé por cada noche mi lecho, con mis lágrimas mi estrado regaré» (Salmo 6, 7)? y: «Mi gemido no está escondido de ti» (Salmo 37, 10)? y: «Mi dolor se ha renovado» (Salmo 38, 3)? ¿O es que no son hijos de ella los que gimen gravados, en lo que no quieren ser despojados sino sobrevestidos, para que sea absorbido lo mortal por la vida (2 Corintios 5, 4)? ¿No son ellos mismos los que teniendo las primicias del Espíritu, en sí mismos gimen, esperando la adopción, la redención de su cuerpo (Romanos 8, 23)? ¿Acaso el mismo apóstol Pablo no era jerosolimitano superno, o no mucho más era esto cuando por los israelitas sus hermanos carnales tenía una tristeza grande y continuo dolor en su corazón (Romanos 9, 2)? ¿Cuándo empero no será la muerte en aquella ciudad sino cuando se diga: «¿Dónde está, muerte, tu contienda? ¿donde está, muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte empero es el pecado» (1 Corintios 15, 55 y 56)? Lo cual entonces ciertamente no será cuando se diga: «¿Dónde está?». Ahora empero no cualquier ínfimo ciudadano de aquella ciudad, sino el mismo Juan en su Epístola clama: «Si dijéramos que pecado no tenemos, nos seducimos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1 Juan 1, 8). Y en este libro ciertamente, cuyo nombre es Apocalipsis, oscuramente muchas cosas se dicen para que ejerciten la mente del que lee, y pocas hay en él por cuya manifestación se indaguen las demás con trabajo: máxime porque así repite las mismas cosas de muchos modos que parece decir unas y otras cosas; cuando de otros y otros modos se rastrea que dice estas

mismas cosas. Pero en estas palabras, donde dice: «Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y la muerte ya no será, ni luto, ni clamor, pero ni dolor alguno»: con tanta luz han sido dichas del siglo futuro y de la inmortalidad y eternidad de los santos (pues entonces solo, y allí solo estas cosas no serán), que ninguna cosa manifiesta debemos en las Sagradas Letras buscar o leer, si estas las pensáramos oscuras.

CAPÍTULO XVIII.

Lo que el apóstol Pedro predicó sobre el juicio novísimo de Dios.

Ahora ya veamos qué escribió también el apóstol Pedro sobre este juicio: «Vendrán —dice — en el último de los días, burladores con burla, andando según sus propias concupiscencias y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su presencia? Pues desde que los padres durmieron, así todas las cosas perseveran desde el principio de la criatura. Pues se les oculta esto queriendo ellos, que los cielos eran antiguamente y la tierra de agua, y por el agua constituida por el verbo de Dios; por las cuales cosas el mundo que entonces era, inundado por el agua, pereció. Pero los cielos y la tierra que ahora son, por el mismo verbo han sido repuestos, reservados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Pero una cosa no se les oculte, carísimos, que un día ante el Señor es como mil años, y mil años como un día. No tarda el Señor la promesa, como algunos consideran la tardanza: sino que

trata pacientemente por causa de ustedes, no queriendo que alguno perezca, sino que todos se conviertan a la penitencia. Vendrá empero el día del Señor como ladrón, en el cual los cielos con gran ímpetu pasarán: los elementos empero ardientes se disolverán; y la tierra y las obras que en ella hay se quemarán. Pereciendo pues todas estas cosas, ¿cuáles conviene que sean ustedes en santas conversaciones, esperando y apresurándose a la presencia del día del Señor, por la cual los cielos ardientes se disolverán y los elementos con el ardor del fuego se derretirán? Pero nuevos cielos y tierra nueva, según sus promesas, esperamos, en los cuales la justicia habita» (2 Pedro 3, 3-13).

Nada dijo aquí sobre la resurrección de los muertos: pero ciertamente bastante sobre la perdición de este mundo. Donde también, conmemorando el hecho antes del diluvio, parece haber amonestado de algún modo hasta qué punto debemos creer que este mundo ha de perecer al fin de este siglo. Pues también en aquel tiempo dijo que había perecido el mundo que entonces era: y no solo el orbe de la tierra, sino también los cielos, los cuales ciertamente entendemos que son estos aéreos, cuyo lugar y espacio entonces el agua creciendo había superado. Por tanto, todo o casi todo este aire ventoso (que llama cielo o más bien cielos, pero estos ciertamente ínfimos, no aquellos supremos donde el sol y la luna y los astros están constituidos), había sido convertido en una cualidad húmeda; y de este modo había perecido con la tierra, de la cual tierra ciertamente la faz

anterior había sido borrada por el diluvio. «Pero los cielos y la tierra que ahora son —dice— por el mismo verbo han sido repuestos, reservados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos». Por consiguiente, los cielos y la tierra, esto es, el mundo, que en lugar de aquel mundo que pereció por el diluvio fue repuesto de la misma agua, él mismo se reserva para el fuego novísimo en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Pues también de los hombres, por causa de una cierta gran conmutación, no duda decir que habrá una perdición futura; aunque su naturaleza, aunque en penas eternas, ha de permanecer. Pregunte quizá alguno, si después de hecho el juicio arderá este mundo antes de que por él se reponga el cielo nuevo y la tierra nueva, en aquel mismo tiempo de su conflagración dónde estarán los santos, siendo así que teniéndolos cuerpos en algún lugar corporal es necesario que estén. Podemos responder que han de estar ellos en las partes superiores, a donde no ascenderá la llama de aquel incendio, del mismo modo que tampoco la onda del dilvuvio. Tales por cierto habrán en ellos cuerpos, que estén allí donde hubieren querido estar. Pero ni temerán el fuego de aquella conflagración hechos inmortales e incorruptibles: como los cuerpos corruptibles y mortales de los tres varones pudieron vivir ilesos en el camino ardiente (Daniel 3, 24).

CAPÍTULO XIX.---Lo que el apóstol Pablo escribió a los tesalonicenses sobre la manifestación del Anticristo, a cuyo tiempo seguirá el día del Señor. 1. Veo que debo pasar por alto muchas

sentencias evangélicas y apostólicas sobre este divino juicio novísimo, para que este volumen no se extienda a una longitud excesiva: pero de ningún modo debe ser pasado por alto el apóstol Pablo, quien escribiendo a los tesalonicenses dice: «Rogamos —dice— a ustedes, hermanos, por la venida de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra congregación en él, que no se muevan pronto de su sentir, ni se aterroricen, ni por espíritu, ni por palabra, ni por epístola como enviada por nosotros, como si instara el día del Señor: que nadie los seduzca de ningún modo. Porque si no viniere primero el apóstata, para que sea revelado el hombre de pecado, el hijo de perdición, que se opone y se ensalza sobre todo lo que se dice Dios o que es adorado; de modo que en el templo de Dios se siente, mostrándose como si fuera Dios. ¿No retienen en la memoria que, estando yo todavía con ustedes, les decía estas cosas? Y ahora saben lo que detiene, para que sea revelado en su tiempo. Pues ya el misterio de la iniquidad opera. Solo que el que ahora tiene, tenga, hasta que sea quitado de en medio: y entonces será revelado el inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y evacuará con la iluminación de su presencia a aquel cuya presencia es según la operación de Satanás, en toda virtud y signos y prodigios de mentira, y en toda seducción de iniquidad para aquellos que perecen; por cuanto no recibieron el amor de la verdad para que se hicieran salvos. Y por eso enviará Dios a ellos operación de error para que crean a la mentira, y sean juzgados todos los que no creyeron a la

verdad, sino que consintieron en la iniquidad» (2 Tesalonicenses 2, 1-11).

2. Nadie duda que él dijo estas cosas sobre el Anticristo; y que el día del juicio (pues a este llama día del Señor) no ha de venir a menos que aquel venga primero, a quien llama apóstata, ciertamente del Señor Dios. Lo cual, si de todos los impíos merecidamente puede decirse, ¿cuánto más de aquel? Pero en qué templo de Dios ha de sentarse es incierto: si en aquella ruina del templo que fue construido por el rey Salomón, o bien en la Iglesia. Pues el Apóstol no diría templo de Dios al templo de algún ídolo o demonio. Por lo cual algunos quieren que en este lugar se entienda por Anticristo no al príncipe mismo, sino a todo su cuerpo en cierto modo, esto es, a la multitud de hombres perteneciente a él, junto con su príncipe mismo: y piensan que más rectamente se dice incluso en latín, como está en el griego, no «en el templo de Dios», sino «hacia el templo de Dios se siente», como si él mismo fuera el templo de Dios, que es la Iglesia: como decimos, «se sienta como amigo», esto es, como si fuera amigo; o si alguna otra cosa suele decirse en este género de locución. Lo que empero dice: «Y ahora saben lo que detiene», esto es, qué está en demora, cuál sea la causa de su dilación, «para que sea revelado en su tiempo, saben»: puesto que dijo que ellos lo sabían, no quiso decir esto abiertamente. Y por eso nosotros, que no sabemos lo que ellos sabían, deseamos con trabajo llegar a lo que sintió el Apóstol, y no podemos: especialmente porque también aquellas cosas que añadió hacen este

sentido más oscuro. Pues ¿qué es «Ya pues el misterio de la iniquidad opera. Solo que el que ahora tiene, tenga, hasta que sea quitado de en medio; y entonces será revelado el inicuo»? Yo confieso que ignoro totalmente lo que dijo. Sin embargo, las sospechas de los hombres, que pude oír o leer, no las callaré.

3. Algunos piensan que esto fue dicho sobre el imperio romano; y que por eso el apóstol Pablo no quiso escribirlo abiertamente, para no incurrir, a saber, en calumnia por haber deseado mal al imperio romano, cuando se esperaba que fuera eterno: de modo que en esto que dijo: «Pues ya el misterio de la iniquidad opera», quiso que se entendiera Nerón, cuyas obras ya parecían como las del Anticristo. Por lo cual algunos sospechan que él mismo ha de resucitar y será el futuro Anticristo. Otros empero ni siquiera piensan que fue muerto, sino más bien sustraído para que se pensara que fue muerto; y que vive oculto en el vigor de aquella misma edad en la que estuvo cuando se creyó extinguido, hasta que en su tiempo sea revelado y restituido a su reino. Pero me es muy admirable tanta presunción de los que opinan estas cosas. Aquello empero que dice el Apóstol: «Solo que el que ahora tiene, tenga, hasta que sea quitado de en medio», no absurdamente se cree dicho sobre el mismo imperio romano, como si se hubiera dicho: «Solo que el que ahora manda, mande, hasta que sea quitado de en medio», esto es, sea removido de en medio. «Y entonces será revelado el inicuo»: a quien nadie duda que se significa el Anticristo. Otros empero piensan que

lo que dice: «Saben lo que detiene»; y «opera el misterio de la iniquidad», no se dice sino sobre los malos y fingidos que están en la Iglesia, hasta que lleguen a tanto número que formen un gran pueblo para el Anticristo; y que este es el misterio de la iniquidad, porque parece oculto. Que el Apóstol empero exhorta a los fieles a que en la fe que tienen tenazmente perseveren, diciendo: «Solo que el que ahora tiene, tenga, hasta que sea quitado de en medio»: esto es, hasta que salga de en medio de la Iglesia el misterio de la iniquidad que ahora está oculto. Pues consideran que al mismo misterio pertenece lo que dice en su Epístola Juan el evangelista: «Hijitos, es la última hora: y como oyeron que el Anticristo ha de venir, ahora empero muchos anticristos se han hecho: de donde conocemos que es la última hora. De nosotros salieron, pero no eran de nosotros. Que si hubieran sido de nosotros, hubieran permanecido ciertamente con nosotros» (1 Juan 2, 18 y 19). Como pues antes del fin, en esta hora que Juan llama última, salieron muchos herejes de en medio de la Iglesia, a los cuales llama muchos anticristos: así todos saldrán de allí entonces los que no pertenecerán a Cristo, sino a aquel novísimo Anticristo, y entonces será revelado.

4. Uno pues así, y otro de otro modo conjeturan las oscuras palabras del Apóstol: pero sin embargo no es dudoso que él dijo esto, que no vendrá Cristo a juzgar a los vivos y a los muertos, a menos que primero haya venido su adversario el Anticristo para seducir a los muertos en el alma; aunque ya pertenece al juicio oculto de Dios el

que por él sean seducidos. Pues su presencia será, como se dijo, «según la operación de Satanás, en toda virtud y signos y prodigios de mentira, y en toda seducción de iniquidad para aquellos que perecen». Pues entonces será soltado Satanás, y por aquel Anticristo en toda su virtud obrará maravillosamente por cierto, pero mentirosamente. Lo cual suele dudarse si por esto se llaman signos y prodigios de mentira, porque ha de engañar los sentidos mortales por fantasmas, de modo que parezca hacer lo que no hace; o porque aquellas mismas cosas, aun si fueren verdaderos prodigios, arrastrarán a la mentira a los que creerán que no pudieron hacerse sino divinamente, ignorando la virtud del diablo; máxime cuando hubiere recibido tanta potestad como nunca tuvo. Pues cuando del cielo cayó fuego y consumió a tanta familia con tantos rebaños de ganado del santo Job de un solo ímpetu, y el torbellino irrumpiendo y derribando la casa mató a sus hijos (Job 1), no fueron fantasmas: las cuales cosas sin embargo fueron obras de Satanás, a quien Dios había dado esta potestad. Por cuál de estas razones pues se digan prodigios y signos de mentira, entonces más bien aparecerá. Pero por cualquiera de estas que se haya dicho, serán seducidos por aquellos signos y prodigios los que merezcan ser seducidos: «por cuanto no recibieron el amor de la verdad —dice— para que se hicieran salvos». Ni dudó el Apóstol añadir y decir: «Por eso enviará Dios a ellos operación de error para que crean a la mentira». Pues Dios enviará, porque Dios permitirá al diablo hacer estas cosas por un justo

juicio suyo, aunque aquel lo haga con un inicuo y maligno designio. «Para que sean juzgados —dice— todos los que no creyeron a la verdad, sino que consintieron en la iniquidad». Por consiguiente, juzgados serán seducidos, y seducidos serán juzgados. Pero juzgados serán seducidos por aquellos juicios de Dios ocultamente justos, justamente ocultos, con los cuales desde el inicio del pecado de la criatura racional nunca cesó de juzgar: los seducidos empero serán juzgados por el juicio novísimo y manifiesto por Jesucristo, que ha de juzgar justísimamente, habiendo sido injustísimamente juzgado.

CAPÍTULO XX.

Lo que el mismo apóstol enseñó en la primera Epístola a los mismos sobre la resurrección de los muertos.

1. Pero aquí el Apóstol calló sobre la resurrección de los muertos: pero escribiendo a los mismos en la primera Epístola dice: «No queremos que ignoren, hermanos, sobre los que duermen, para que no se entristezcan como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó: así también Dios a los que durmieron por Jesús los traerá con él. Pues esto les decimos en palabra del Señor: que nosotros los que vivimos, los que quedamos para la venida del Señor, no precederemos a los que antes durmieron: porque el mismo Señor con mando, y con voz de arcángel y con trompeta de Dios descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero; luego nosotros los que vivimos, los que

quedamos, junto con ellos seremos arrebatados en las nubes al encuentro de Cristo en el aire; y así siempre estaremos con el Señor» (1 Tesalonicenses 4, 13-17). Estas palabras apostólicas muestran clarísimamente la resurrección futura de los muertos cuando venga el Señor Cristo, ciertamente para juzgar a los vivos y a los muertos.

Pero suele preguntarse si aquellos que Cristo ha de hallar viviendo aquí, cuya persona transfiguraba en sí el Apóstol y en aquellos que entonces vivían con él, nunca han de morir en absoluto; o si en aquel mismo punto de tiempo en que con los que resucitan serán arrebatados en las nubes al encuentro de Cristo en el aire, pasarán a la inmortalidad por la muerte con maravillosa celeridad. Pues no ha de decirse que no pueda hacerse que, mientras por el aire son llevados a lo alto, en aquel espacio mueran y revivan. Pues lo que dice: «Y así siempre estaremos con el Señor», no ha de recibirse así como si hubiera dicho que hemos de permanecer siempre con el Señor en el aire; porque ni él mismo ciertamente permanecerá allí, pues viniendo ha de pasar. Pues al que viene se le irá al encuentro, no al que permanece: sino «así estaremos con el Señor», esto es, así estaremos teniendo cuerpos sempiternos dondequiera que estuviéremos con él. A este sentido empero por el cual pensemos que también aquellos que el Señor ha de hallar vivos aquí han de padecer la muerte y recibir la inmortalidad en aquel mismo pequeño espacio, el mismo Apóstol parece urgirnos donde dice: «En Cristo todos serán vivificados» (1 Corintios 15, 22): cuando en otro lugar hablando

de la misma resurrección de los cuerpos diga: «Tú lo que siembras no se vivifica si no muere» (ibíd., 36). ¿Cómo pues los que viviendo aquí hallará Cristo serán vivificados en él por la inmortalidad, aun si no mueren, cuando vemos que por esto fue dicho: «Tú lo que siembras no se vivifica si no muere»? O si rectamente no decimos que se siembra sino aquellos cuerpos de los hombres que muriendo de cualquier modo vuelven a la tierra, tal como se tiene también aquella sentencia divinamente pronunciada contra el padre trasgresor del género humano: «Tierra eres y a la tierra irás» (Génesis 3, 19): debe confesarse que estos a quienes Cristo, cuando venga, halle no habiendo salido todavía de los cuerpos, no están sujetos ni a estas palabras del Apóstol ni a aquellas del Génesis: puesto que arrebatados arriba en las nubes, no son ciertamente sembrados; porque ni van a la tierra ni vuelven; ya sea que no experimenten muerte alguna en absoluto, ya sea que mueran un poquito en el aire.

3. Pero otra cosa de nuevo ocurre, que dijo el mismo Apóstol cuando hablaba a los corintios sobre la resurrección de los cuerpos: «Todos resucitaremos»; o, como otros códices tienen, «Todos dormiremos» (1 Corintios 15, 51). Puesto que pues ni la resurrección puede hacerse a menos que la muerte haya precedido, ni podemos entender la «dormición» en aquel lugar sino como muerte; ¿cómo todos o dormirán o resucitarán, si tantos, a quienes Cristo hallará en el cuerpo, ni dormirán ni resucitarán? Si pues a los santos que se hallaren viviendo al venir Cristo, y sean arrebatados a

su encuentro, creyéremos que en el mismo rapto han de salir de los cuerpos mortales y han de volver pronto a los mismos inmortales, no sufriremos estrechez alguna en las palabras del Apóstol, ya sea donde dice: «Tú lo que siembras no se vivifica si no muere»; ya sea donde dice: «Todos resucitaremos», o «Todos dormiremos»: porque ni aquellos serán vivificados por la inmortalidad si no mueren antes, por poco que sea; y por esto tampoco serán ajenos a la resurrección, a la cual precede la dormición, aunque brevísima, pero no nula. ¿Por qué empero nos ha de parecer increíble que aquella multitud de cuerpos sea sembrada en el aire de algún modo, y allí al punto reviva inmortal e incorruptiblemente, cuando creemos lo que el mismo Apóstol dice abiertamente, que en un abrir y cerrar de ojos será la resurrección (1 Corintios 15, 52), y que a miembros que han de vivir sin fin volverá el polvo de antiquísimos cadáveres con tanta facilidad y con tan inestimable velocidad? Ni de aquella sentencia por la cual se dijo al hombre: «Tierra eres y a la tierra irás», juzgamos que han de ser inmunes aquellos futuros santos si sus cuerpos al morir no recaen en la tierra, sino que así como morirán en el mismo rapto, así también resucitarán mientras sean llevados por el aire. Pues «a la tierra irás» es: a esto irás, perdida la vida, que eras antes de que tomaras la vida: esto es, esto serás exánime, lo que eras antes de ser animado. Pues Dios insufló en la faz de la tierra el soplo de vida cuando fue hecho el hombre en alma viviente: como si se dijera: Tierra eres animada, lo que no eras; tierra serás exánime,

como eras. Lo que son todos los cuerpos de los muertos aun antes de que se pudran: lo que serán también aquellos si murieren, dondequiera que mueran, cuando carezcan de la vida que continuamente han de recibir. Así pues irán a la tierra, porque de hombres vivos serán tierra: del mismo modo que va a la ceniza lo que se hace ceniza; va a la vejez lo que se hace viejo; va a la teja lo que de lodo se hace teja: y otras seiscientas cosas así hablamos. Cómo empero ha de ser lo que ahora según las fuerzas de nuestro pequeño raciocinio conjeturamos de algún modo, entonces será más bien para que podamos conocerlo. Pues la resurrección de los muertos ha de ser en la carne cuando Cristo venga a juzgar a los vivos y a los muertos, conviene que lo creamos si queremos ser cristianos. Pero no por eso es vana nuestra fe sobre esta cosa si no podemos comprender perfectamente de qué modo ha de ser. Pero ya, como arriba prometimos, de este juicio de Dios novísimo también qué prenunciaron los libros proféticos antiguos, cuanto parezca ser bastante, debemos mostrar: las cuales cosas, según juzgo, no será necesario tratarlas y exponerlas con tanta demora si el lector cuidare de ayudarse por estas cosas que hemos premisado.

CAPÍTULO XXI.

Lo que el profeta Isaías habló sobre la resurrección de los muertos y sobre la retribución del juicio.

1. El profeta Isaías dice: «Resucitarán los muertos, y resucitarán los que estaban en los

sepulcros: y se alegrarán todos los que están en la tierra; pues el rocío que es de ti, es sanidad para ellos: la tierra empero de los impíos caerá» (Isaías 26, 19, según LXX). Todo aquello superior pertenece a la resurrección de los bienaventurados. Lo que empero dice: «La tierra empero de los impíos caerá», bien se entiende dicho: a los cuerpos empero de los impíos la ruina de la condenación recibirá. Ya por lo demás, si de la resurrección de los buenos lo que se dijo quisiéremos mirar más diligente y distintamente, a la primera ha de referirse lo que se dijo: «Resucitarán los muertos»; a la segunda empero lo que sigue: «y resucitarán los que estaban en los sepulcros». Ya si también inquiriéremos por aquellos santos que el Señor ha de hallar viviendo aquí, a ellos congruentemente se les asignará lo que añadió: «Y se alegrarán todos los que están en la tierra; pues el rocío que es de ti, es sanidad para ellos». Sanidad en este lugar, rectísimamente entendemos la inmortalidad. Pues esa es la sanidad plenísima, que no se repara con alimentos como con medicamentos cotidianos. Asimismo sobre el día del juicio, dando primero esperanza a los buenos, luego aterrando a los malos, el mismo profeta habla así: «Esto dice el Señor: He aquí yo desvío hacia ellos como un río de paz, y como un torrente que inunda la gloria de las gentes. Sus hijos serán llevados sobre los hombros, y sobre las rodillas serán consolados. Del mismo modo que si a alguien una madre consuela, así yo les consolaré; y en Jerusalén serán consolados: y verán, y se alegrará su corazón, y sus huesos

como hierba nacerán. Y se conocerá la mano del Señor para los que le dan culto: y amenazará a los contumaces. Pues he aquí el Señor como fuego vendrá, y como tempestad su carro, para devolver en indignación la venganza, y la vastación en llama de fuego. Pues en el fuego del Señor será juzgada toda la tierra, y en su espada toda carne: muchos heridos serán por el Señor» (Is. 66, 12-16, según LXX). En la promesa de los buenos, el río de paz por cierto debemos entenderlo como la abundancia de aquella paz, mayor que la cual no pueda haber alguna. Por esta ciertamente al fin seremos regados: sobre la cual en el libro precedente abundantemente hablamos. Dice que desvía este río hacia aquellos a quienes promete tanta beatitud, para que entendamos que en la región de aquella felicidad que está en los cielos, con este río todas las cosas se sacian. Pero porque también a los cuerpos terrenales la paz de la incorrupción y de la inmortalidad desde allí fluirá, por eso dice que desvía este río para que de las cosas supernas de algún modo también las inferiores bañe, y haga a los hombres iguales a los ángeles. Jerusalén también, no aquella que sirve con sus hijos, sino la libre madre nuestra entendamos, según el Apóstol, eterna en los cielos (Gálatas 4, 26). Allí después de los trabajos de las miserias y cuidados mortales seremos consolados, como sus párvulos llevados en hombros y rodillas. Pues rudos y nuevos nos recibirá aquella beatitud para nosotros insólita con blandísimos auxilios. Allí veremos, y se alegrará nuestro corazón. Ni expresó qué veremos: pero ¿qué sino a Dios? para que

se cumpla en nosotros la promesa evangélica: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mateo 5, 8); y todas aquellas cosas que ahora no vemos, creyéndolas empero según el módulo de la capacidad humana, mucho menos de lo que son e incomparablemente las pensamos. «Y verán —dice— y se alegrará su corazón». Aquí creen, allí verán.

2. Pero como dijo: «Y se alegrará su corazón», para que no pensáramos que aquellos bienes de Jerusalén pertenecen solo a nuestro espíritu; «Y sus huesos —dice— como hierba nacerán»: donde tocó la resurrección de los cuerpos, como devolviendo lo que no había dicho: pues no se hará cuando lo veamos, sino cuando se haya hecho, lo veremos. Pues también sobre el cielo nuevo y la tierra nueva ya arriba había dicho, mientras decía aquellas cosas que se prometen a los santos al fin, a menudo y multiformemente: «Será —dice— el cielo nuevo y la tierra nueva, y no serán memoriosos de las cosas anteriores, ni subirán al corazón de ellos: sino alegría y exultación hallarán en ella. He aquí yo haré a Jerusalén exultación, y a mi pueblo alegría; y exultaré en Jerusalén, y me alegraré en mi pueblo; y más no se oirá en ella voz de llanto» (Isaías 65, 17-19, según LXX): y lo demás que algunos intentan referir a aquellos carnales mil años. Pues las locuciones trópicas se mezclan con las propias al modo profético: para que al entendimiento espiritual llegue la intención sobria con cierto útil y saludable trabajo: la pereza empero carnal, o la tardanza de la mente inculta e inejercitada contenta con la superficie

de la letra, nada piensa que deba requerirse interiormente. Sobre estas palabras proféticas que antes de este lugar fueron escritas, ya habré dicho bastante. En este lugar empero de donde a aquellas cosas digredimos, como hubiera dicho: «Y sus huesos como hierba nacerán», para mostrar que conmemoraba por cierto la resurrección de la carne, pero sin embargo de los buenos, añadió: «Y se conocerá la mano del Señor para los que le dan culto». ¿Qué es esto sino la mano del que distingue a sus cultivadores de sus despreciadores? Sobre los cuales entretejiendo lo siguiente: «Y amenazará —dice— a los contumaces», o como dice otro intérprete, «a los incrédulos». Ni entonces amenazará: sino que las cosas que ahora se dicen amenazadoramente, entonces eficazmente se cumplirán. «Pues he aquí el Señor —dice— como fuego vendrá, y como tempestad su carro, para devolver en indignación la venganza, y la vastación en llama de fuego. Pues en el fuego del Señor será juzgada toda la tierra, y en su espada toda carne: muchos heridos serán por el Señor». Ya sea por el fuego, ya por la tempestad, ya por la espada, significa la pena del juicio: puesto que al mismo Señor dice que ha de venir como fuego, ciertamente para aquellos para quienes será penal su advenimiento. Sus carros empero (pues se dijeron en plural) los ministerios angélicos no inconvenientemente entendemos. Lo que empero dice, que toda la tierra y toda la carne en su fuego y en su espada son juzgadas, no aquí también entendamos a los espirituales y santos, sino a los terrenales y carnales, de los cuales se dijo: «Los

que de las cosas terrenas sienten» (Filipenses 3, 19); y: «Sentir según la carne es muerte» (Romanos 8, 6): y cuales en absoluto son llamados carne por el Señor donde dice: «No permanecerá mi espíritu en estos hombres, por cuanto son carne» (Génesis 6, 3). Lo que empero aquí se ha puesto: «Muchos heridos serán por el Señor», por esta herida se hará la muerte segunda. Puede por cierto tanto el fuego como la espada y la herida recibirse en bien. Pues también el fuego dijo el Señor que quería enviar al mundo (Lucas 12, 49). Y les fueron vistas lenguas divididas como de fuego cuando vino el Espíritu Santo (Hechos 2, 3). Y: «No vine —dice el mismo Señor— a enviar paz a la tierra, sino la espada» (Mateo 10, 34). Y a la palabra de Dios llama la Escritura espada de dos filos (Hebreos 4, 12); por el doble filo de los dos Testamentos. Y en el Cantar de los Cantares, la santa Iglesia dice que está herida de caridad, como flechada por el ímpetu del amor (Cantar 2, 5, según LXX). Pero aquí cuando leemos u oímos que el Señor vengador ha de venir, de qué modo han de entenderse estas cosas, está claro.

3. Después, habiendo conmemorado brevemente a aquellos que por este juicio serán consumidos; significando bajo la figura de los manjares prohibidos en la Ley antigua, de los cuales no se abstuvieron, a los pecadores e impíos, recapitula desde el inicio la gracia del nuevo Testamento desde el primer advenimiento del Salvador hasta el último juicio del que ahora tratamos, conduciendo y terminando su discurso. Pues narra que el Señor dice que viene para congregar a todas las

naciones, y que estas han de venir y verán su gloria (Isaías 66, 17. 18). «Pues todos —como dice el Apóstol— pecaron y necesitan la gloria de Dios» (Romanos 3, 23). Y dice que ha de dejar sobre ellos signos, los cuales ciertamente admirando crean en él: y que ha de enviar de entre ellos salvados a diversas gentes y a las islas lejanas que no oyeron su nombre ni vieron su gloria; y que han de anunciar su gloria entre las gentes; y que han de traer a los hermanos de aquellos a quienes hablaba, esto es, en la fe bajo Dios Padre a los hermanos de los israelitas elegidos: y que han de traer de todas las naciones un presente al Señor en cabalgaduras y vehículos (las cuales cabalgaduras y vehículos bien se entienden como auxilios divinos por los ministerios de Dios de cualquier género, ya sean angélicos o humanos), a la ciudad santa de Jerusalén, que ahora en los santos fieles está difundida por las tierras. Pues donde son divinamente ayudados, allí creen; y donde creen, allí vienen. Comparó empero el Señor a aquellos, como por semejanza, con los hijos de Israel que le ofrecían sus víctimas con salmos en su casa; lo cual en todas partes hace ya la Iglesia; y prometió que de ellos mismos recibiría para sí Sacerdotes y Levitas; lo cual no menos vemos ahora hacerse. Pues no del género de la carne y de la sangre, como era al principio según el orden de Aarón; sino como convenía en el Testamento nuevo, donde según el orden de Melquisedec el sumo sacerdote es Cristo (Salmo 109, 4), vemos ahora elegirse Sacerdotes y Levitas según el mérito de cada uno que la gracia divina hubiere conferido en él: los cuales no por

este nombre, que a menudo alcanzan los indignos, sino por aquella santidad que no es común a los buenos y a los malos, han de ser pesados.

4. Estas cosas habiendo dicho sobre esta misericordia de Dios, clara y para nosotros conocidísima, que ahora se imparte a la Iglesia; prometió también los fines a los que por el último juicio, hecha la discreción de los buenos y de los malos, se vendrá, diciendo por el Profeta, o el mismo Profeta diciendo del Señor: «Pues como el cielo nuevo y la tierra nueva permanecerá ante mí, dijo el Señor, así estará la simiente de ustedes y el nombre de ustedes; y será mes tras mes, y sábado tras sábado. Vendrá toda carne a mi presencia a adorar en Jerusalén, dijo el Señor: y saldrán, y verán los miembros de los hombres que prevaricaron contra mí. El gusano de ellos no morirá, y el fuego de ellos no se extinguirá, y serán para visión a toda carne» (Isaías 66, 22-24, según LXX). En esto terminó este profeta su libro, en lo que terminará el siglo. Algunos ciertamente no interpretaron «miembros de los hombres», sino «cadáveres de varones», significando por los cadáveres la evidente pena de los cuerpos: aunque cadáver no suele llamarse sino a la carne exánime; aquellos empero serán cuerpos animados, de otro modo no podrán sentir tormento alguno: si no es acaso porque serán cuerpos de muertos, esto es, de los que caerán en la muerte segunda, por eso no absurdamente pueden llamarse incluso cadáveres. De donde es también aquello que del mismo profeta ya arriba puse: «La tierra empero de los impíos caerá». ¿Quién empero no vea

que de caer han sido llamados cadáveres? De los varones empero por lo que es de los hombres, es manifiesto que lo pusieron aquellos intérpretes. Pues ni alguien ha de decir que las mujeres prevaricadoras no han de estar en aquel suplicio: sino que por lo más excelente, máxime de donde la mujer fue hecha, se entiende cada sexo. Pero lo que más pertenece a la cosa, puesto que también en los buenos se dice: «Vendrá toda carne»: porque de todo género de hombres constará este pueblo; pues no todos los hombres estarán allí, cuando en las penas habrá más: sino como había comenzado a decir, puesto que tanto en los buenos se nombra la carne como en los malos los miembros o cadáveres; ciertamente después de la resurrección de la carne, cuya fe por estos nombres de las cosas totalmente se confirma, se declara que ha de ser aquel juicio por el cual los buenos y los malos en sus fines serán separados.

CAPÍTULO XXII.

Cuál ha de ser la salida de los santos para ver las penas de los malos.

Pero ¿cómo saldrán los buenos para ver las penas de los malos? ¿Acaso por movimiento del cuerpo han de dejar aquellas sedes bienaventuradas, y han de dirigirse a los lugares penales para que contemplen los tormentos de los malos con presencia corporal? Lejos de ello: sino que saldrán por la ciencia. Pues por esta palabra se significó que los que han de ser atormentados estarán fuera. Por lo cual también el Señor llama a aquellos

lugares tinieblas exteriores (Mateo 25, 30): a las cuales es contrario aquel ingreso del que se dice al siervo bueno: «Entra en el gozo de tu Señor» (ibíd. 21): para que no se piense que los malos entran allí para que sean conocidos; sino que hacia ellos más bien salga como por la ciencia, por la cual han de conocerlos, los buenos; porque lo que está fuera han de conocer. Pues los que han de estar en las penas no sabrán qué se hace dentro en el gozo del Señor: los que empero han de estar en aquel gozo, sabrán qué se hace fuera en aquellas tinieblas exteriores. Por eso se dijo: «saldrán»: porque aquellos que también han de estar fuera de ellos, ciertamente no les estarán ocultos. Pues si los Profetas pudieron conocer estas cosas todavía no hechas por lo que Dios era, por poco que fuera, en las mentes de aquellos mortales; ¿cómo los santos inmortales no sabrán las cosas ya hechas entonces, cuando Dios sea todo en todas las cosas (1 Corintios 15, 28)? Estará pues en aquella beatitud de los santos la simiente y el nombre; la simiente, a saber de la cual Juan dice: «Y su simiente permanece en él» (1 Juan 3, 9): el nombre empero del que por este Isaías se dijo: «Nombre eterno les daré» (Isaías 56, 5). «Y será para ellos mes tras mes y sábado tras sábado», como si fuera luna tras luna y descanso tras descanso: de los cuales ambos ellos mismos serán cuando de estas sombras viejas y temporales pasen a aquellas luces nuevas y sempiternas. En las penas empero de los malos, tanto el fuego inextinguible como el gusano vivacísimo, por unos y otros de otro y otro modo ha sido expuesto. Pues

unos ambos al cuerpo, otros ambos al alma los refirieron: otros propiamente al cuerpo el fuego, trópicamente al alma el gusano, lo cual parece ser más creíble. Pero ahora no es tiempo de disputar sobre esta diferencia. Pues sobre el juicio último, por el cual se hará la separación de los buenos y de los malos, este volumen llenar emprendimos: sobre los premios empero y las penas mismas, en otra parte más diligentemente se ha de disertar.

CAPÍTULO XXIII.

Qué profetizó Daniel sobre la persecución del Anticristo, y sobre el juicio de Dios, y el reino de los santos.

1. Daniel profetiza sobre este último juicio de tal modo que anuncia también que el Anticristo ha de venir primero, y conduce su narración hasta el reino eterno de los santos. Pues habiendo visto por visión profética cuatro bestias que significaban cuatro reinos; y la cuarta misma vencida por un cierto rey, que es reconocido como el Anticristo; y después de estas el reino eterno del Hijo del hombre, que se entiende ser Cristo: «Se horrorizó», dice, «mi espíritu, yo Daniel en mi hábito, y las visiones de mi cabeza me conturbaban. Y me acerqué», dice, «a uno de los que estaban allí, y buscaba la verdad de él sobre todas estas cosas: y me dijo la verdad». Luego, lo que oyó de aquel de quien sobre todas estas cosas preguntó, como si él se las expusiera, así habla: «Estas cuatro bestias grandes, cuatro reinos surgirán en la tierra, los cuales serán quitados, y recibirán el reino los santos del Altísimo: y lo obtendrán hasta el siglo

y hasta el siglo de los siglos. Y buscaba», dice, «diligentemente sobre la cuarta bestia, que era diferente de toda bestia, más terrible: sus dientes de hierro, y sus uñas de bronce, comiendo y desmenuzando, y pisoteando lo demás con sus pies: y sobre sus diez cuernos, que estaban en su cabeza, y sobre el otro que ascendió, y sacudió tres de los anteriores: aquel cuerno en el que estaban los ojos, y una boca que hablaba grandes cosas; y su aspecto mayor que los demás. Veía, y aquel cuerno hacía guerra con los santos: y prevalecía contra ellos, hasta que vino el anciano de días, y dio el reino a los santos del Altísimo: y llegó el tiempo, y los santos obtuvieron el reino». Estas cosas dijo Daniel haber buscado. Luego lo que oyó, subyugando continuamente: «Y dijo», dice, es decir, aquel a quien había preguntado, respondió, y dijo: «La cuarta bestia, el cuarto reino será en la tierra, el cual prevalecerá sobre todos los reinos; y comerá toda la tierra, y la pisoteará, y la despedazará. y sus diez cuernos, diez reyes surgirán: y después de ellos surgirá otro, que superará en males a todos los que fueron antes de él; y a tres reyes humillará, y hablará palabras contra el Altísimo: y a los santos del Altísimo quebrantará. Y sospechará cambiar los tiempos y la ley: y será entregado en su mano hasta un tiempo, y tiempos, y medio tiempo. Y el juicio se sentará, y quitarán el principado para exterminar y perder hasta el fin; y el reino, y la potestad, y la magnitud de los reyes que están bajo todo el cielo, ha sido dada a los santos del Altísimo. Y su reino es reino sempiterno: y todos los principados le servirán, y obe-

decerán». «Hasta aquí», dice, «el fin del sermón. Yo Daniel, mucho mis pensamientos me conturbaban, y mi forma se mudó sobre mí, y conservé la palabra en mi corazón». (Daniel 7, 15-28). Aquellos cuatro reinos expusieron algunos ser de los asirios, persas, macedonios y romanos. Cuán convenientemente lo hicieron, los que deseen saberlo, lean el libro del presbítero Jerónimo sobre Daniel, escrito con suficiente diligencia y erudición. Sin embargo, sobre el saquísimo reino del Anticristo contra la Iglesia, aunque ha de ser sostenido por un breve espacio de tiempo, hasta que por el último juicio de Dios los santos reciban el reino sempiterno, el que aun durmiendo lee estas cosas, no se le permite dudar. Pues «un tiempo y tiempos y medio tiempo», es un año y dos y medio, y por esto tres años y medio, lo cual también por el número de días puesto después se aclara, y a veces en las Escrituras se declara por el número de meses. Pues parecen ser dichos los tiempos indefinidamente aquí en la lengua latina: pero fueron dichos por el número dual, que los latinos no tienen. Como empero los griegos, así se dice que tienen este los hebreos. Así pues fueron dichos los tiempos, como si se dijeran dos tiempos. Confieso verdaderamente que temo no sea que en los diez reyes, que como diez hombres parece que ha de hallar el Anticristo, por ventura nos engañemos, y así aquel inopinado llegue, no existiendo tantos reyes en el orbe romano. ¿Pues qué si en ese número denario se ha significado la universalidad de los reyes, después de los cuales él ha de venir: como en el milenario, centenario,

septenario se significa frecuentemente la universalidad, y en otros y otros números que ahora no es necesario conmemorar?

2. En otro lugar el mismo Daniel dice: «Y habrá un tiempo de tribulación, cual no fue desde que nació la nación sobre la tierra hasta aquel tiempo. Y en aquel tiempo será salvado tu pueblo, todo el que fuere hallado escrito en el libro. Y muchos de los que duermen en el terraplén de la tierra resurgirán: estos para la vida eterna, y estos para el oprobio y para la confusión eterna. Y los inteligentes brillarán como la claridad del firmamento, y de los justos muchos como las estrellas por los siglos» (Daniel 12, 1-3). Y todavía este lugar es muy semejante a aquella sentencia evangélica, al menos sobre la resurrección de los cuerpos muertos. Pues los que allí se dijeron estar «en los monumentos», estos aquí «duermen en el terraplén de la tierra»; o, como otros interpretaron, «en el polvo de la tierra». Y como allí se dijo «procederán»; así aquí «resurgirán». Como allí: «Los que hicieron el bien, para la resurrección de la vida; los que empero hicieron el mal, para la resurrección del juicio»; así también en este lugar: «Estos para la vida eterna, y estos para el oprobio y para la confusión eterna» (Juan 5, 28. 29). No se piense empero diverso el que, habiéndose puesto allí: «Todos los que están en los monumentos», aquí no diga el Profeta «Todos»; sino: «Muchos de los que duermen en el terraplén de la tierra». Pues pone a veces la Escritura «muchos» por «todos». Por eso también se dijo a Abrahán: «Padre de muchas naciones te puse»; al cual sin

embargo en otro lugar dijo: «En tu simiente serán bendecidas todas las naciones» (Génesis 17, 5; 22, 18). Sobre tal resurrección también a este mismo profeta Daniel se le dice poco después: «Y tú ven, y descansa: pues todavía hay días para el cumplimiento de la consumación; y descansarás, y resurgirás en tu suerte al fin de los días» (Daniel 12, 43).

CAPÍTULO XIV.

En los Salmos Davidicos qué cosas se profeticen sobre el fin de este siglo y el juicio novísimo de Dios.

1. Muchas cosas sobre el juicio novísimo se dicen en los Salmos, pero la mayoría de ellas de paso y sucintamente. Sin embargo, esto que sobre el fin de este siglo muy abiertamente se ha dicho allí, de ningún modo lo pasaré en silencio. «Al principio tú fundaste la tierra, Señor, y obras de tus manos son los cielos. Ellos perecerán, tú empero permaneces: y todos como un vestido envejecerán, y como una cobertura los cambiarás, y se cambiarán; tú empero eres el mismo, y tus años no faltarán» (Salmo 101, 26-28). ¿Por qué es que Porfirio, aunque alaba la piedad de los hebreos, por la cual el grande y verdadero y para los mismos numina terrible Dios es cultivado por ellos, arguye a los cristianos por esto de máxima estulticia, aun por los oráculos de sus dioses, porque dicen que este mundo ha de perecer? He aquí en las letras de la piedad de los hebreos se dice a Dios, al cual, confesándolo tan gran filósofo, aun los mismos numina pavor tienen: «Obras de tus

manos son los cielos, ellos perecerán». ¿Acaso cuando los cielos perezcan, el mundo, del cual los mismos cielos son la parte superior más segura, no perecerá? Si esta sentencia desplace a Júpiter, por cuyo oráculo, como escribe ese filósofo, como de más grave autoridad se culpa en la credulidad de los cristianos; ¿por qué no similarmente culpa la sabiduría, como si fuera estulticia, de los hebreos, en cuyos libros piadosísimos se encuentra? Por lo demás, si en aquella sabiduría que a Porfirio tanto place, que la predica aun con las voces de sus dioses, se lee que los cielos han de perecer; ¿por qué hasta tal punto es vana esa falacia que en la fe de los cristianos, o entre lo demás, o antes que lo demás, detesten esto, que en ella se cree que el mundo ha de perecer, el cual ciertamente no pereciendo los cielos no puede perecer? Y en las Letras sacras, que propiamente son nuestras, no comunes a los hebreos y a nosotros, esto es, en los libros evangélicos y apostólicos se lee: «Pasa la figura de este mundo» (1 Corintios 7, 31): se lee: «El mundo transita» (1 Juan 2, 17): se lee: «El cielo y la tierra pasarán» (Mateo 24, 35). Pero pienso que «pasa», «transita», «pasarán», a veces más suavemente han sido dichos que «perecerán». En la Epístola también de Pedro apóstol, donde inundado por el agua el que entonces era se dijo haber perecido el mundo (2 Pedro 3, 6), suficientemente claro está tanto qué parte del mundo por el todo se significó, y en cuánto se dijo haber perecido, y qué cielos reposados se han de reservar para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Y en lo que poco después

dice: «Vendrá el día del Señor como ladrón, en el cual los cielos con gran ímpetu transcurrirán, los elementos empero ardientes se resolverán, y la tierra, y las que en ella están obras se quemarán»; y después añadió: «Pereciendo todas estas cosas, ¿cuáles os conviene ser» (ibíd. 10, 11)? pueden aquellos cielos entenderse que han de perecer, los cuales dijo reposados reservándose para el fuego; y aquellos elementos recibirse que han de arder, los cuales en esta ínfima parte del mundo subsisten procelosos y turbulentos, en la cual los mismos cielos dijo estar reposados, salvos aquellos superiores y permaneciendo en su integridad, en cuyo firmamento están constituidas las estrellas. Pues también aquello que está escrito, que las estrellas del cielo han de caer (Mateo 24, 29), además de que puede mucho más probablemente y de otro modo entenderse, más muestra que han de permanecer aquellos cielos: si sin embargo las estrellas de allí han de caer; puesto que o es trópica la locución, lo cual es más creíble, o en este ínfimo cielo ha de ser, ciertamente más admirablemente de lo que ahora sucede. De donde también aquella Estela virgiliana «llevando una antorcha con mucha luz corrió, y en la selva idea se escondió» (Eneida, lib. II, v. 694, 696). Esto empero que del Salmo conmemoré, ninguno de los cielos parece dejar que no haya dicho que ha de perecer. Pues donde se dice: «Obras de tus manos son los cielos, ellos perecerán»; cuanto ninguno de ellos de la obra de Dios, tan ninguno de ellos de la perdición se separa. Pues no se dignarán de la locución de Pedro apóstol, al cual

vehementemente odiaron, defender la piedad de los hebreos, aprobada por los oráculos de sus dioses; para que al menos no se crea que todo el mundo ha de perecer, así por el todo se reciba la parte en lo que se dijo: «Ellos perecerán», cuando solos los cielos ínfimos han de perecer; del mismo modo que en aquella apostólica Epístola por el todo se recibe la parte, que por el diluvio se dijo haber perecido el mundo, aunque sola su parte ínfima con sus cielos pereciera. Pero porque esto, como dije, no se dignarán, para que ni el sentido del apóstol Pedro aprueben ni tanto concedan a la conflagración novísima cuanto decimos haber valido el diluvio, los que con ningunas aguas, con ningunas llamas pretenden que todo el género humano puede perecer: resta que digan que por eso sus dioses alabaron la sabiduría hebrea, porque este Salmo no habían leído.

2. En el Salmo también cuadragésimo noveno sobre el juicio de Dios novísimo se entiende dicho: «Dios manifiesto vendrá, Dios nuestro, y no callará. El fuego en su conspecto arderá, y en su circuito tempestad válida. Convocará el cielo arriba, y la tierra para discernir a su pueblo. Congregad para él a sus justos, que disponen su testamento sobre los sacrificios» (Salmo 49, 3-5). Esto nosotros lo entendemos de nuestro Señor Jesucristo, al cual del cielo esperamos que ha de venir para juzgar a vivos y muertos. Pues manifiesto vendrá para juzgar justamente entre justos e injustos, el que antes vino oculto para ser juzgado injustamente por los injustos. Él mismo, digo, «manifiesto vendrá, y no callará», esto es, en la

voz del juez evidente aparecerá, el que antes habiendo venido oculto, ante el juez calló, cuando como oveja al sacrificio fue llevado, y como cordero ante el que lo trasquila estuvo sin voz, como de él por Isaías leemos profetizado (Isaías 53, 7), y en el Evangelio vemos cumplido (Mateo 26, 63). Sobre el fuego empero y la tempestad, cuando en la profecía de Isaías tal algo tratáramos, cómo habían de entenderse estas cosas ya dijimos (cap. 21). Lo que empero se dijo: «Convocará el cielo arriba»: puesto que los santos y justos rectamente cielo se llaman; sin duda esto es lo que dice el Apóstol: «Simultáneamente con ellos seremos arrebatados en las nubes al encuentro de Cristo en el aire» (1 Tesalonicenses 4, 16). Pues según la superficie de la letra, ¿cómo arriba se convoca el cielo, como si pudiera estar sino arriba? Lo que empero se adjuntó: «Y la tierra para discernir a su pueblo», si solamente se sobreentiende «convocará», esto es, convocará también la tierra, y no se sobreentiende «arriba», parece tener este sentido según la recta fe, que el cielo se entienda en los que con él han de juzgar, y la tierra en los que han de ser juzgados: para que «Convocará el cielo arriba», no aquí entendamos: «Arrebatará en el aire»; sino: «En las sedes judiciarias erigirá». Puede también aquello entenderse: «Convocará el cielo arriba», Convocará a los Ángeles en los superiores y excelsos lugares con los cuales descienda para hacer el juicio: «Convocará también la tierra», esto es, a los hombres en la tierra ciertamente que han de ser juzgados. Si empero ambos han de sobreentenderse cuando se dice:

«y la tierra», esto es y «convocará» y «arriba»; para que ese sea el sentido: «Convocará el cielo arriba, y convocará la tierra arriba»: nada mejor estimo entenderse que los hombres que serán arrebatados al encuentro de Cristo en el aire, pero cielo dicho por las almas, tierra por los cuerpos. «Discernir» por lo demás «a su pueblo», ¿qué es, sino por el juicio separar a los buenos de los malos, como a las ovejas de los cabritos? Luego la conversión del sermón a los Ángeles se hizo: «Congregad para él a sus justos». Profecto empero por el ministerio angélico tanta cosa ha de peragirse. Si empero buscamos qué justos le han de congregar los Ángeles: «Los que disponen», dice, «su testamento sobre los sacrificios». Esta es toda la vida de los justos, disponer el testamento de Dios sobre los sacrificios. O pues las obras de misericordia son «sobre los sacrificios», esto es, anteponiéndose a los sacrificios, según la sentencia de Dios que dice: «Misericordia quiero que sacrificio» (Oseas 6, 6): o si «sobre los sacrificios», en los sacrificios se entiende dicho, como sobre la tierra se dice hacerse lo que se hace ciertamente en la tierra: profecto las mismas obras de misericordia son sacrificios con los cuales se place a Dios como en el libro décimo de esta obra recuerdo haber disertado (cap. 6, y en otras partes): en cuyas obras disponen los justos el testamento de Dios, porque por las promesas que en su Nuevo Testamento se contienen, hacen estas cosas. De donde congregados para sí sus justos, y en su diestra constituidos, en el novísimo ciertamente juicio, ha de decir Cristo: «Venid, benditos

de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la constitución del mundo. Tuve hambre pues, y me disteis de comer» (Mateo 25, 34); y lo demás que allí se profiere de las buenas obras de los buenos, y de sus premios sempiternos por la última sentencia del que juzga.

CAPÍTULO XXV.

Sobre la profecía de Malaquías por la cual se declara el último juicio de Dios, y se dice que ha de hacerse la limpieza de algunos por penas purificatorias.

El profeta Malaquías, o Malaquías, el cual también fue llamado Ángel, el cual también se cree por algunos ser el sacerdote Esdras, cuyas otras cosas escritas en el canon han sido recibidas (pues de él esta ser la opinión de los hebreos dice Jerónimo [Prefacio a Malaquías]), el juicio novísimo profetiza, diciendo: «He aquí viene, dice el Señor omnipotente: ¿y quién sostendrá el día de su entrada, o quién podrá soportar que lo mire? Porque él mismo ingresa como fuego de fundición, y como hierba de los lavanderos: y se sentará fundiendo y limpiando, como el oro y como la plata, y limpiará a los hijos de Leví, y los derretirá como oro y plata: y serán, ofreciendo al Señor hostias en justicia. Y placerá al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalén, como en los días prístinos, y como en los años anteriores. Y accederé a vosotros en juicio, y seré testigo veloz sobre los maléficos, y sobre los adúlteros, y sobre los que juran en mi nombre mendazmente, y los que defraudan el jornal al mercenario, y oprimen por

la potencia a las viudas, y golpean a los pupilos, y pervierten el juicio del advenedizo y los que no me temen, dice el Señor omnipotente. Porque yo soy el Señor vuestro Dios, y no me mudo» (Malaquías 3, 1-6). De estas cosas que se han dicho, parece aparecer más evidentemente que en aquel juicio habrá algunas penas purgatorias de algunos. Donde pues se dice: «¿Quién sostendrá el día de su entrada, o quién podrá soportar que lo mire? Porque él mismo ingresa como fuego de fundición, y como hierba de los lavanderos: y se sentará fundiendo y limpiando, como el oro y como la plata, y limpiará a los hijos de Leví, y los derretirá como oro y plata»; ¿qué otra cosa se ha de entender? Dice tal algo también Isaías: «Lavará el Señor las suciedades de los hijos y de las hijas de Sion, y la sangre limpiará de en medio de ellos por el espíritu del juicio y el espíritu de la combustión» (Isaías 4, 4). A no ser que por ventura así se deba decir que ellos son limpiados de las suciedades, y elicuados de algún modo, cuando de ellos los malos por el juicio penal se separan, para que la segregación y condenación de aquellos sea la purgación de estos, porque sin la permistión de tales de lo demás han de vivir. Pero cuando dice: «Y limpiará a los hijos de Leví, y los derretirá como oro y plata, y serán ofreciendo al Señor hostias en justicia, y placerá al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalén», ciertamente muestra que ellos mismos, los que se limpiarán, de allí en adelante en los sacrificios de la justicia al Señor han de placer, y por esto ellos mismos de su injusticia se limpiarán, en la cual al Señor

desplacían. Las hostias por lo demás en plena y perfecta justicia, cuando hayan sido limpiados, ellos mismos serán. ¿Qué pues más acepto a Dios tales ofrecen que a sí mismos? Pero esa cuestión sobre las penas purgatorias, para que más diligentemente se pertracte, en otro tiempo se ha de diferir. A los hijos empero de Leví y de Judá y de Jerusalén, la misma Iglesia de Dios debemos recibir, no de los hebreos solamente, sino de otras también gentes congregada: ni tal cual ahora es, donde «si dijéramos que pecado no tenemos, a nosotros mismos nos seducimos, y la verdad en nosotros no está» (1 Juan 1, 8): sino cual entonces será, como el área por la ventilación, así por el juicio purgada novísimo; a ellos también por el fuego limpiados, para quienes tal mundación es necesaria; de modo que ninguno en absoluto sea el que ofrezca sacrificio por sus pecados. Pues todos los que así ofrecen, profecto en pecados están, por los cuales han de ser dimitidos ofrecen, para que cuando ofrecieran, y acepto a Dios fuera, entonces sean dimitidos.

CAPÍTULO XXVI.

Sobre los sacrificios que los santos ofrecerán a Dios así han de placer, del modo que en los días prístinos y años anteriores placieron.

1. Queriendo empero Dios mostrar que su ciudad entonces no ha de estar en esa costumbre, dijo que los hijos de Leví han de ofrecer hostias en justicia: no pues en pecado, y por esto no por el pecado. De donde puede entenderse en lo

que seguido adjuntó, y dijo: «Y placerá al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalén, como en los días prístinos, y como en los años anteriores», que en vano se prometen los judíos según la ley del Viejo Testamento los tiempos pasados de sus sacrificios. Pues no entonces en justicia, sino en pecados hostias ofrecían, cuando por los pecados principalmente y primariamente ofrecían, hasta tal punto que el sacerdote mismo, al cual debemos ciertamente creer haber sido más justo que los demás, según el mandato de Dios solía primero por sus pecados ofrecer, luego por los del pueblo (Levítico 16, 6; Hebreos 7, 27). Por lo cual nos conviene exponer cómo se ha de recibir lo que se dijo: «Como en los días prístinos, y como en los años anteriores». Por ventura pues conmemora aquel tiempo en que los primeros hombres en el paraíso estuvieron. Pues entonces puros e íntegros de toda suciedad y mancha de pecado a sí mismos a Dios hostias limpísimas ofrecían. Por lo demás, desde que por causa de la prevaricación cometida de allí fueron dimitidos, y la humana en ellos naturaleza fue condenada, exceptuado un solo Mediador, y después del lavacro de la regeneración para cualesquiera todavía párvulos: «Nadie limpio de suciedad», como está escrito, «ni el infante cuya vida es de un día sobre la tierra» (Job 14, 4, sec. LXX). Que si se responde que también ellos meritoriamente pueden decirse ofrecer hostias en justicia, los que ofrecen en la fe; «el justo» pues «de la fe vive» (Romanos 1, 17); aunque a sí mismo se seduzca si dijera que pecado no tiene (1 Juan 1, 8); y por eso no lo diga

porque de la fe vive: ¿acaso ha de decir alguien este tiempo de la fe a aquel fin haber de ser coadecuado, cuando por el fuego del juicio novísimo se limpien los que ofrezcan hostias en justicia? Y por esto, puesto que después de tal mundación ningún pecado los justos han de tener se ha de creer, profecto aquel tiempo, en cuanto atañe al no tener pecado, a ningún tiempo ha de ser comparado, sino cuando los primeros hombres en el paraíso antes de la prevaricación con inocentísima felicidad vivieron. Rectamente así pues se entiende esto haber sido significado cuando se dijo: «Como en los días prístinos, y como en los años anteriores». Pues también por Isaías después de que el cielo nuevo y la tierra nueva fue prometida, entre lo demás que allí sobre la bienaventuranza de los santos por alegorías y enigmas prosigue, a las cuales exposición congrua rendir nos prohibió el cuidado de evitar la longitud: «Según los días», dice, «del árbol de la vida serán los días de mi pueblo» (Isaías 65, 22). ¿Quién empero las sagradas Letras tocó, e ignora dónde Dios plantó el árbol de la vida, de cuyo alimento separados aquellos hombres cuando su iniquidad de paraíso los eyectó, al mismo árbol fue circumpuesta una ígnea y terrible custodia?

2. Que si alguien pretende que aquellos días del árbol de la vida, que conmemoró el profeta Isaías, son estos días de la Iglesia de Cristo que ahora se pasan, y que Cristo mismo fue dicho proféticamente árbol de la vida porque él mismo es la Sabiduría de Dios, de la cual Salomón dice: «Árbol de la vida es para todos los que la

abrazan» (Proverbios 3, 18); y que no pasaron años algunos en el paraíso aquellos primeros hombres, de donde tan pronto fueron eyectados que ningún hijo allí engendraron; y que por eso no puede entenderse aquel tiempo en lo que se dijo: «Como en los días prístinos y como en los años anteriores»: paso por alto esa cuestión, no sea que me vea obligado (lo cual es prolijo) a discutir todas las cosas, para que la verdad manifestada confirme algo de estas. Veo por cierto otro sentido, para que no creamos que los días prístinos y años anteriores de los sacrificios carnales nos fueron prometidos por el Profeta como un gran don. Pues aquellas hostias de la antigua Ley en cualesquiera ganados se mandaban ofrecer inmaculadas y sin vicio alguno en absoluto, y significaban a los hombres santos, cual solo fue hallado Cristo, sin pecado alguno en absoluto. Por lo tanto, porque después del juicio, cuando hayan sido también por el fuego limpiados los que de tal limpieza son dignos, en todos los santos ningún pecado se hallará en absoluto, y así se ofrecerán a sí mismos en justicia, que tales hostias de todo modo inmaculadas y sin vicio alguno han de ser, serán profecto como en los días prístinos y como en los años anteriores, cuando en la sombra de esta cosa futura se ofrecían hostias limpísimas. Esta será pues la limpieza entonces en la carne inmortal y mente de los santos, la cual se figuraba en los cuerpos de aquellas hostias.

3. Luego por causa de los que no de limpieza, sino de condenación son dignos: «Y accederé», dice, «a vosotros en juicio, y seré testigo veloz

sobre los maléficos y sobre los adúlteros», y lo demás, a cuyos crímenes damnables enumerados añadió: «Porque yo soy el Señor vuestro Dios, y no me mudo»: como si dijera: Cuando os haya mudado y para lo peor vuestra culpa, y para lo mejor mi gracia, yo no me mudo. Testigo empero dice que ha de ser, porque en su juicio no necesita de testigos: y a él veloz, o porque de repente ha de venir, y será el juicio por su mismo inopinado advenimiento celerrímo, que tardísimo parecía; o porque convencerá sin ninguna prolixidad de sermón las conciencias mismas. «En los pensamientos» pues, como está escrito, «del impío habrá interrogación» (Sabiduría 1, 9). Y el Apóstol: «Acusándolos sus pensamientos», dice, «o también excusándolos en el día que Dios juzgará lo oculto de los hombres, según mi Evangelio por Jesucristo» (Romanos 2, 15. 16). También así pues el Señor testigo que ha de ser ha de entenderse veloz, cuando sin demora ha de revocar a la memoria de donde convenza y castigue la conciencia.

CAPÍTULO XXVII.

Sobre la separación de los buenos y de los malos, por la cual la discreción del novísimo juicio se declara.

Aquello también que tratando otra cosa en el octavo décimo libro de este profeta puse (capítulo 35, fin), al juicio novísimo pertenece, donde dice: «Serán para mí, dice el Señor omnipotente, en el día en que yo hago para adquisición, y los elegiré como elige el hombre a su hijo que le sirve:

y os convertiréis, y veréis qué hay entre el justo y el inicuo, y entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Porque he aquí el día viene ardiente como un horno, y los quemará, y serán todos los ajenos, y todos los que hacen iniquidad, estipula: y los encenderá el día que viene, dice el Señor omnipotente: y no se dejará en ellos raíz ni ramo. Y nacerá para vosotros, los que teméis mi nombre, el sol de justicia, y la sanidad en sus alas; y saldréis, y saltaréis como los becerros de los vínculos relajados: y pisotearéis a los inicuos, y serán ceniza bajo vuestros pies, dice el Señor omnipotente» (Malaquías 3, 17. 18; 4, 1-3). Esta distancia de premios y de penas separando a los justos de los injustos, la cual bajo este sol en la vanidad de esta vida no se discierne, cuando bajo aquel sol de justicia en la manifestación de aquella vida se aclare, entonces profecto será el juicio cual nunca fue.

CAPÍTULO XXVIII.

Sobre la ley de Moisés que ha de ser entendida espiritualmente, no sea que en los damnables murmullos el sentido carnal incurra.

Lo que empero subyuga el mismo profeta: «Acordaos de la ley de Moisés siervo mío, la cual mandé a él en Horeb para todo Israel» (Malaquías 4, 4); los preceptos y juicios oportunamente conmemora, después de declarada tan grande futura discriminación entre los observadores de la ley y los despreciadores; simultáneamente también para que aprendan a entender la ley espiritualmente, y encuentren en ella a Cristo, por el cual

juez ha de hacerse entre los buenos y los malos la discreción misma. Pues no en vano el mismo Señor dijo a los judíos: «Si creyerais a Moisés, me creeríais también a mí; de mí pues él escribió» (Juan 5, 46). Carnalmente por cierto recibiendo la ley, y no sabiendo que sus promesas terrenas de las cosas celestiales figuras eran, en aquellos murmullos cayeron, de modo que decir osaran: «Vano es el que sirve a Dios: ¿y qué más, porque custodiamos sus mandatos, y porque caminamos suplicantes ante la faz del Señor omnipotente? Y ahora nosotros bienaventurados decimos a los ajenos, y se edifican todos los que hacen iniquidad» (Malaquías 3, 14 y 15). Por cuyas palabras de ellos de algún modo el profeta fue compelido a preanunciar el novísimo juicio, donde los malos ni siquiera falsamente sean bienaventurados, sino muy abiertamente aparezcan misérrimos; y los buenos por ninguna temporal al menos miseria laboren, sino de clara y sempiterna bienaventuranza perfruyan. Había dicho por cierto de ellos tales algunas palabras también más arriba diciendo: «Todo el que hace el mal, bueno es en el conspecto del Señor, y tales le placen» (ibíd. 2, 17). A estos, digo, contra Dios murmullos llegaron, recibiendo la ley de Moisés carnalmente. De donde también aquel en el Salmo septuagésimo segundo, casi conmovidos dice haber sido sus pies, y efundidos sus pasos, ciertamente en el lapso, porque celó en los pecadores, la paz de los pecadores intuyendo; de modo que entre lo demás dijera: «¿Cómo supo Dios, y si hay ciencia en el Altísimo?» dijera también: «¿Acaso en vano

justifiqué mi corazón, y lavé en los inocentes mis manos?» Para que empero solviera esta dificilísima cuestión, que se hace cuando parecen los buenos ser míseros, y felices los malos: «Esto», dice, «es trabajo ante mí, hasta que entre en el santuario de Dios, e entienda en las novísimas» (Salmo 72, 11, 13, 16, 17). En el juicio por cierto novísimo no así será: sino en la abierta de los inicuos miseria, y abierta felicidad de los justos, lejos de lo que ahora es otra cosa aparecerá.

CAPÍTULO XXIX.

Sobre el advenimiento de Elías antes del juicio, por cuya predicación, al abrirse los secretos de las Escrituras, los judíos se convertirán a Cristo.

Mas cuando hubo amonestado a que se acordaran de la ley de Moisés: porque preveía que por mucho tiempo todavía no la recibirían espiritualmente, como convenía, inmediatamente añadió: «Y he aquí que yo os enviaré a Elías el tesbita, antes de que venga el día del Señor grande e ilustre, el cual convertirá el corazón del padre al hijo, y el corazón del hombre a su prójimo, no sea que por ventura viniendo hiera la tierra totalmente» (Malaquías 4, 5, 6, según la Septuaginta). Por este Elías, grande y admirable profeta, habiéndoseles expuesto la ley, en el último tiempo antes del juicio, es celebérrimo en los sermones y corazones de los fieles que los judíos han de creer en el Cristo verdadero, esto es, en nuestro Cristo. Él mismo por cierto no inmerecidamente se espera que ha de venir antes del advenimiento del Juez

Salvador: porque también ahora no inmerecidamente se cree que vive. Pues en un carro de fuego fue arrebatado de las cosas humanas, lo cual evidentísimamente atestigua la sagrada Escritura (IV Reyes 2, 11). Cuando viniere, pues, exponiendo la ley espiritualmente, la cual ahora los judíos carnalmente saborean, «convertirá el corazón del padre al hijo», esto es, el corazón de los padres a los hijos: pues los intérpretes de la Septuaginta pusieron el singular por el número plural. Y es el sentido que también los hijos así entiendan la ley, esto es los judíos, del modo que los padres la entendieron, esto es los Profetas, en los cuales estaba también el mismo Moisés. Pues así el corazón de los padres se convertirá a los hijos, cuando la inteligencia de los padres sea conducida a la inteligencia de los hijos; «y el corazón de los hijos a sus padres», mientras que en aquello que sintieron aquellos, consientan también estos: donde los Setenta dijeron, «y el corazón del hombre a su prójimo». Son pues entre sí muy próximos los padres y los hijos. Aunque en las palabras de los setenta intérpretes, que proféticamente interpretaron, puede encontrarse otro sentido y el mismo más selecto; para que se entienda que Elías ha de convertir el corazón de Dios Padre al Hijo: no ciertamente haciendo que el Padre ame al Hijo, sino enseñando que el Padre ama al Hijo; para que también los judíos, a quien antes odiaban, amen al mismo Cristo, que es el nuestro. Pues para los judíos ahora tiene Dios el corazón aversado de nuestro Cristo, porque esto piensan. A ellos pues entonces el corazón de él

se convertirá al Hijo, cuando ellos mismos con el corazón convertido hubieren aprendido la dilección del Padre hacia el Hijo. Lo que empero sigue, «y el corazón del hombre a su prójimo», esto es, convertirá Elías también el corazón del hombre a su prójimo; ¿qué mejor se entiende que el corazón del hombre al hombre Cristo? Pues siendo en forma de Dios nuestro Dios, recibiendo la forma de siervo se dignó ser también nuestro prójimo. Esto pues hará Elías. «No sea que por ventura», dice, «venga, y hiera la tierra totalmente». Tierra son pues los que las cosas terrenas saborean; como los judíos carnales hasta ahora: de cuyo vicio aquellos murmullos contra Dios vinieron: «Porque los malos le placen»; y, «Vano es el que sirve a Dios» (Malaquías 2, 17; 3, 14).

CAPÍTULO XXX.---Que en los libros del Viejo Testamento cuando se lee que Dios ha de juzgar, no se muestre evidentemente la persona de Cristo: sino que por algunos testimonios, donde el Señor Dios habla, aparezca sin duda que él mismo es Cristo.

1. Muchos otros son los testimonios de las Escrituras divinas sobre el novísimo juicio de Dios; los cuales si todos los recojo, será demasiado largo. Baste pues que tanto en las nuevas como en las viejas Letras sagradas hemos probado que esto ha sido preanunciado. Pero que por Cristo ha de ser el juicio en las viejas, esto es, que el juez Cristo ha de venir del cielo, no está tan evidentemente expresado como en las nuevas: por esto, porque cuando allí dice el Señor Dios que él mismo ha de venir, o se dice que el Señor Dios

ha de venir, no consecuentemente se entiende Cristo. Pues el Señor Dios es y el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo: ni empero nos conviene dejar esto intestado. Primero pues ha de ser demostrado de qué modo Jesucristo hable como el Señor Dios en los libros proféticos, y sin embargo Jesucristo evidentemente aparezca: para que también cuando así no aparece, y empero para aquel último juicio el Señor Dios se dice que ha de venir, pueda Jesucristo ser entendido. Hay un lugar en el profeta Isaías que esto que digo evidentemente muestra. Pues Dios por el profeta: «Óyeme», dice, «Jacob e Israel a quien yo llamo. Yo soy el primero, y yo por siempre: y mi mano fundó la tierra, y mi diestra firmó el cielo. Los llamaré, y estarán juntos, y se congregarán todos, y oirán. ¿Quién les anunció estas cosas? Amándote, hice tu voluntad sobre Babilonia, para que quitara la simiente de los caldeos. Y hablé, y yo llamé: lo aduje, y próspero hice su camino. Acceded a mí, y oíd estas cosas. No desde el principio en lo escondido hablé: cuando se hacían, allí estaba. Y ahora el Señor Dios me envió, y su Espíritu» (Isaías 48, 12-16). Ciertamente es él mismo el que hablaba como el Señor Dios: y empero no sería entendido Jesucristo, si no hubiera añadido: «Y ahora el Señor Dios me envió, y su Espíritu». Pues esto dijo según la forma de siervo, usando del verbo de tiempo pretérito sobre cosa futura: del modo que en el mismo profeta se lee: «Como oveja a la inmolación fue conducido» (ibíd. 53, 7, según la Septuaginta). Pues no dijo: «Será conducido»; sino por aquello que había de ser futuro, puso el

verbo de tiempo pretérito. Y asiduamente la profecía así habla.

2. Hay también otro lugar en Zacarías, que esto evidentemente muestra, que al omnipotente envió el omnipotente: ¿quién a quién, sino Dios Padre a Dios Hijo? Pues así está escrito: «Estas cosas dice el Señor omnipotente: Después de la gloria me envió sobre las gentes, que os despojaron; porque el que os tocare, como el que toca la pupila del ojo de él. He aquí que yo inferiré mi mano sobre ellos, y serán despojos para estos que les habían servido; y conoceréis que el Señor omnipotente me envió» (Zacarías 2, 8 y 9). He aquí dice el Señor omnipotente que por el Señor omnipotente él ha sido enviado. ¿Quién aquí osaría entender sino a Cristo hablando, a saber a las ovejas que habían perecido de la casa de Israel? Pues dice en el Evangelio: «No soy enviado, sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel» (Mateo 15, 24): a las cuales aquí comparó con la pupila del ojo de Dios, por el excelentísimo afecto de dilección; de cuyo género de ovejas también los mismos Apóstoles fueron. Pero después de la gloria ciertamente de su resurrección, la cual antes de que se hiciera, dice el evangelista: «Jesús todavía no había sido glorificado» (Juan 7, 39); también sobre las gentes fue enviado en sus Apóstoles: y así se cumplió lo que en el Salmo se lee: «Me librarás de las contradicciones del pueblo, me constituirás en cabeza de las gentes» (Salmo 17, 44): para que los que habían despojado a los israelitas, y a los cuales los israelitas habían servido, cuando son súbditos a las gentes,

no fueran a su vez del mismo modo despojados, sino que ellos mismos se hicieran despojos de los israelitas. Pues esto a los Apóstoles había prometido, diciendo: «Os haré pescadores de hombres» (Mateo 4, 19). Y a uno de ellos: «Desde ahora ya», dijo, «serás capturando hombres» (Lucas 5, 10). Despojos pues se harían pero para bien, como arrebatados vasos a aquel fuerte, pero más fuertemente ligado (Mateo 12, 29).

3. Asimismo por el mismo profeta el Señor hablando: «Y será», dice, «en aquel día, buscaré quitar todas las gentes que vienen contra Jerusalén, y efundiré sobre la casa de David, y sobre los habitadores de Jerusalén el Espíritu de gracia y de misericordia; y mirarán hacia mí, por lo cual insultaron; y plañirán sobre él un planto casi como sobre el más carísimo, y dolerán con dolor casi como sobre el unigénito» (Zacarías 12, 9, 10). ¿Acaso no es de Dios quitar todas las gentes enemigas de la santa ciudad de Jerusalén, que «vienen contra» ella, esto es, contrarias le son, o, como otros han interpretado, «vienen sobre» ella, esto es, para que la sujeten a sí: o sobre la casa de David efundir, y sobre los habitadores de la misma ciudad el Espíritu de gracia y de misericordia? Esto ciertamente es de Dios, y desde la persona de Dios se dice por el Profeta: y sin embargo este Dios que hace estas cosas tan grandes y tan divinas Cristo se muestra a sí mismo, adjuntando y diciendo: «Y mirarán hacia mí, por lo cual insultaron; y plañirán sobre él un planto casi como sobre el más carísimo» (o, «dilecto»), «y dolerán con dolor casi como sobre el unigénito». Se arrepen-

tirán por cierto en aquel día los judíos, también aquellos que han de recibir el Espíritu de gracia y de misericordia, de que en su pasión insultaran a Cristo, cuando miren hacia él viniendo en su majestad, y conozcan que él es el que antes humilde en sus parientes ilusionaron: aunque también los mismos parientes de ellos autores de tan grande impiedad resurgiendo le verán, pero para ser castigados ya, no todavía para ser corregidos. No por tanto en este lugar ellos mismos han de ser entendidos, donde se dijo: «Y efundiré sobre la casa de David y sobre los habitadores de Jerusalén el Espíritu de gracia y de misericordia; y mirarán hacia mí, por lo cual insultaron»: sino empero viniendo de la estirpe de ellos, los cuales por Elías en aquel tiempo han de creer. Pero como decimos a los judíos: «Vosotros matasteis a Cristo», aunque los parientes de ellos esto hicieron: así también estos dolerán haber hecho de algún modo, lo que hicieron aquellos, de cuya estirpe descienden. Aunque pues recibido el Espíritu de gracia y de misericordia ya fieles no serán condenados con sus impíos parientes; dolerán sin embargo como si ellos mismos hubieran hecho, lo que por aquellos fue hecho. No por tanto dolerán por el reato del crimen, sino por el afecto de la piedad. Sane donde dijeron los setenta intérpretes: «Y mirarán hacia mí, por lo cual insultaron»; así se interpretó del hebreo: «Y mirarán hacia mí, a quien traspasaron». Por cuya palabra ciertamente Cristo más evidentemente aparece crucificado. Pero aquella insultación, que los Setenta prefirieron poner, no faltó a su universal pasión. Pues tanto detenido, y

ligado, y adjudicado, y de oprobio de ignominiosa vestidura induto, y de espinas coronado, y con caña en la cabeza percutido, e irridentemente con fijas rodillas adorado, y su cruz llevando, y en el leño ya pendiente ciertamente le insultaron. Por lo cual no siguiendo una interpretación, sino ambas juntando, cuando tanto «insultaron», como «traspasaron» leemos, más plenamente la verdad de la pasión dominical reconocemos.

4. Cuando pues en las letras proféticas para hacer el novísimo juicio se lee que Dios ha de venir, aunque de él otra distinción no se ponga; solamente por el juicio mismo Cristo debe ser entendido: porque aunque el Padre juzgará, por el advenimiento del Hijo del hombre juzgará. Pues él mismo por la manifestación de su presencia «no juzga a nadie, sino que todo el juicio dio al Hijo» (Juan 5, 22): quien se manifestará hombre para juzgar, como hombre fue juzgado. ¿Pues quién es otro, de quien asimismo Dios habla por Isaías bajo el nombre de Jacob e Israel, de cuya simiente recibió el cuerpo? lo cual así está escrito: «Jacob mi siervo, yo le ampararé: Israel mi electo, le asumió mi alma. Di mi Espíritu sobre él, juicio a las gentes proferirá. No clamará, ni cesará, ni se oirá fuera su voz. La caña cascada no quebrantará, y el lino que humea no extinguirá; sino en verdad proferirá el juicio. Refulgerá, y no será quebrantado, hasta que ponga en la tierra el juicio; y en su nombre las gentes esperarán» (Isaías 42, 1-4, según la Septuaginta). En el hebreo no se lee «Jacob» e «Israel»: sino lo que allí se lee «mi siervo», sin duda los setenta intér-

pretes queriendo amonestar hasta qué punto eso ha de ser recibido, porque a saber por la forma de siervo se dijo, en la cual el Altísimo se mostró humildísimo, el nombre del hombre mismo para significarle pusieron, de cuyo género la misma forma de siervo fue suscripta. Fue dado en él el Espíritu Santo, lo cual también en especie de paloma, el Evangelio testificando, fue mostrado (Mateo 3, 16). El juicio a las gentes profería, porque preanunció lo futuro, que a las gentes era oculto. Con mansedumbre no clamó, ni empero en predicar la verdad cesó. Pero no fue oída fuera su voz, ni se oye; puesto que por aquellos que fuera de su cuerpo han sido precisados, no se le obedece: y a sus mismos perseguidores los judíos, que a la caña cascada perdida la integridad, y al lino que humea perdido el lumbre son comparados, no contritos, ni extinguió; porque perdonó a ellos, que todavía no había venido a juzgarles, sino por ellos ser juzgado. En verdad sanamente el juicio profería, prediciéndoles cuándo habían de ser castigados, si en su malignidad persistieran. Refulgió en el monte su faz (Mateo 17, 1, 2), en el orbe su fama: ni fue quebrantado, o contrito, porque ni en sí, ni en su Iglesia, para que cesara de ser, a los perseguidores cedió. Y por eso no se ha hecho, ni se hará, lo que sus enemigos dijeron, o dicen: «¿Cuándo morirá y perecerá su nombre» (Salmo 40, 6)? «Hasta que ponga en la tierra el juicio». He aquí se ha manifestado lo que escondido buscábamos. Pues este es el novísimo juicio, que pondrá en la tierra, cuando viniere él mismo del cielo. De lo cual ya vemos cumplido, lo

que aquí último ha sido puesto: «Y en su nombre las gentes esperarán». Por esto ciertamente que no puede ser negado, también aquello se crea que impudentemente se niega. ¿Pues quién esperaría, lo que también estos que no quieren todavía creer en Cristo, ya con nosotros ven, y puesto que negar no pueden, con sus dientes rechinan, y se tabescen? ¿Quién, digo, esperaría que las gentes en el nombre de Cristo hubieran de esperar, cuando era tenido, ligado, caedido, iluso, crucificado; cuando también los mismos discípulos la esperanza habían perdido, que en él tener ya habían empezado? Lo que entonces apenas un ladrón esperó en la cruz, ahora esperan las gentes larga y latamente difundidas; y para que no en lo eterno mueran, con la misma en que él murió, cruz son signadas.

5. Ninguno, por tanto, o niega o duda, que por Jesucristo tal cual en esas sagradas Letras es preanunciado, ha de ser el novísimo juicio, sino el que en las mismas Letras, no sé con qué increíble animosidad o ceguedad, no cree, las cuales ya su verdad al orbe demostraron de las tierras. En aquel juicio pues o cerca de aquel juicio estas cosas aprendimos que han de venir: Elías el Tesbita, la fe de los judíos, el Anticristo que ha de perseguir, Cristo que ha de juzgar, la resurrección de los muertos, la diremción de los buenos y de los malos, la conflagración del mundo, y la renovación del mismo. Todas las cuales cosas por cierto que han de venir se ha de creer: pero por qué modos, y en qué orden vengan, más entonces enseñará la experiencia de las cosas, que lo

que ahora para lo perfecto la inteligencia de los hombres vale conseguir. Estimo sin embargo que en aquel en que por mí han sido conmemoradas orden han de venir.

6. Dos nos quedan para este trabajo pertenecientes libros, para que ayudando el Señor las promesas completemos: de los cuales uno será sobre el suplicio de los malos, otro sobre la felicidad de los justos: en los cuales máximamente, según Dios donare, se refutarán los argumentos humanos, que contra las predichas y prometidas divinas sabiamente para sí los míseros parecen roer, y los nutrimentos de la fe salubre como falsos y ridículos desprecian. Los que empero según Dios saborean, de todas las que increíbles parecen a los hombres, y empero en las Escrituras santas, cuya verdad ya de muchos modos ha sido asertada, se contienen, el máximo argumento tienen la veraz omnipotencia de Dios, a quien cierto tienen de ningún modo en ellas haber podido mentir, y poder hacer lo que imposible es al infiel.

Libro VI

GÉSIMO PRIMERO.

Sobre el fin debido de la ciudad del diablo, a saber, el suplicio de los condenados sempiterno, y sobre los humanos contra aquello de los incrédulos argumentos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Sobre el orden de la disputa, por la cual antes se ha de disertar sobre el perpetuo suplicio de los condenados con el diablo, que sobre la eterna felicidad de los santos.

Cuando por Jesucristo nuestro Señor, juez de vivos y muertos, a los debidos fines ambas llegaren ciudades, de las cuales una es de Dios, otra del diablo, de qué modo el suplicio haya de ser del diablo y de todos los a él pertenecientes, en este libro por nosotros, cuanto por la ayuda divina valiéremos, más diligentemente se ha de disputar. Por esto empero este orden tener preferí, para que después diserte sobre la felicidad de los santos, puesto que lo uno y lo otro con los cuerpos será; y más increíble parece ser en los eternos suplicios los cuerpos durar, que sin dolor alguno en la eterna bienaventuranza permanecer. Y por esto cuando aquel suplicio no deber ser increíble demostrare, me ayudará muchísimo,

para que mucho más fácilmente careciendo de toda molestia la inmortalidad de los cuerpos en los santos que ha de ser se crea. Ni de los divinos elocuentes este orden aborrece, donde algunas veces por cierto la bienaventuranza de los buenos primero se pone, como es aquello: «Los que cosas buenas hicieron, en la resurrección de vida; los que empero cosas malas hicieron, en la resurrección de juicio» (Juan 5, 29): pero algunas veces también después, como es: «Enviará el Hijo del hombre a sus Ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos, y los enviarán al camino de fuego ardiente, allí será el llanto y el rechinar de dientes; entonces los justos refulgirán como el sol en el reino de su Padre» (Mateo 13, 41-43); y aquello: «Así irán estos al suplicio eterno; los justos empero, a la vida eterna» (ibíd. 25, 46). Y en los Profetas, lo que conmemorar es largo, ahora aquel, ahora este orden, si alguno inspecciona, se encuentra. Pero yo por qué causa elegí este, lo dije.

CAPÍTULO II.

Si pueden los cuerpos en la combustión del fuego ser perpetuos.

¿Qué pues mostraré, de donde se convenzan los incrédulos, que pueden los cuerpos humanos animados y vivientes, no sólo nunca por la muerte ser disueltos, sino en los tormentos de los eternos fuegos también durar? Pues no quieren que esto a la potencia del Omnipotente lo refiramos, sino por algún ejemplo persuadírseles

flagitan. A los cuales si responderemos, que hay animales ciertamente corruptibles, porque mortales, que sin embargo en medio de los fuegos viven: que algún género de gusanos también en el manantial de las aguas calientes se encuentra, cuyo fervor ninguno impunemente manosea; que aquellos empero no sólo sin ninguna de sí lesión allí están, sino fuera estar no pueden: o no quieren creer, si mostrar no valemos; o si valiéremos o con los ojos demostrar las cosas mismas, o por testigos idóneos instruir, que no basta esto para ejemplo de la cosa, de la cual la cuestión es, con la misma infidelidad contenderán: porque estos animales ni siempre viven, y en aquellos hervores sin dolores viven, por cierto que por su naturaleza convenientes vegetan con aquellos, no se crucian con los elementos; casi como si no fuera más increíble vegetar, que cruciar con tales cosas. Admirable es pues, doler en los fuegos, y empero vivir: pero más admirable, vivir en los fuegos, y no doler. Si empero esto se cree, ¿por qué no también aquello?

CAPÍTULO III.

Si es consecuente que al dolor corpóreo siga el interito de la carne.

1. Pero ningún cuerpo hay, dicen, que pueda doler, y no pueda morir. ¿Y esto de dónde lo sabemos? Pues de los cuerpos de los demonios ¿quién es cierto, si en ellos duelen, cuando se confiesan ser afligidos con grandes tormentos? Que si se responde, que cuerpo terreno sólido a saber y

conspicuo ninguno hay, y para que con un nombre más bien lo explique, que ninguna hay carne que pueda doler, y morir no pueda: ¿qué otra cosa se dice, sino lo que por el sentido del cuerpo los hombres y la experiencia colectaron? Pues ninguna carne sino mortal conocen: y esta es toda la razón de ellos, que lo que no han experimentado, de ningún modo que pueda ser arbitren. ¿Pues de qué razón es hacer al dolor argumento de muerte, cuando de vida más bien sea indicio? Pues aunque busquemos, si siempre pueda vivir: cierto es sin embargo que vive todo lo que duele, y que el dolor todo sino en cosa viviente ser no puede. Necesario es pues que viva doliendo, no es necesario que mate el dolor: porque ni a estos cuerpos mortales, y ciertamente que han de morir, todo dolor mata; y para que algún dolor pueda matar, aquella causa es, puesto que así está el alma conexa a este cuerpo, que a los sumos dolores ceda, y se desceda: puesto que también la misma compago de los miembros y vitales tan ínfima es, que aquella fuerza que grande o sumo dolor hace, no vale sustentar. Entonces empero a tal cuerpo el alma y por aquel modo se conecta, que aquel vínculo como por ninguna longitud de tiempo se suelve, así por ningún dolor se rompa. Por lo cual aunque carne ahora tal ninguna es, que el sentido del dolor perpetrar pueda, y la muerte no pueda: será empero entonces tal carne, cual ahora no es; como tal será también la muerte, cual ahora no es. Pues no ninguna, sino sempiterna muerte será, cuando ni vivir el alma podrá Dios no teniendo, ni a los dolores del cuerpo carecer muriendo. La pri-

mera muerte al alma no queriendo la impele del cuerpo, la segunda muerte al alma no queriendo la tiene en el cuerpo: por ambas muertes comunmente eso se tiene, que lo que no quiere el alma, de su cuerpo padezca.

2. Advierten empero estos contradictores que ninguna hay ahora carne que pueda padecer dolor y no pueda padecer muerte; y no advierten que hay sin embargo algo tal que sea mayor que el cuerpo. Por cierto el mismo ánimo, por cuya presencia el cuerpo vive y es regido, y dolor puede padecer, y morir no puede. He aquí encontrada está la cosa, que aunque tenga sentido del dolor, es inmortal. Esto, pues, será entonces también en los cuerpos de los condenados, lo que ahora sabemos que hay en los ánimos de todos. Pero si consideramos más diligentemente, el dolor que se dice del cuerpo, más al alma pertenece. Pues del alma es el doler, no del cuerpo, aun cuando para ella existe causa de doler desde el cuerpo, cuando en aquel lugar duele donde es lesionado el cuerpo. Así como pues decimos cuerpos sintientes, y cuerpos vivientes, siendo que desde el alma es al cuerpo el sentido y la vida; así también decimos cuerpos dolientes, siendo que el dolor para el cuerpo sino desde el alma ser no puede. Duele por tanto el alma con el cuerpo en aquel lugar de él, donde algo acontece para que duela. Duele también sola, aunque esté en el cuerpo, cuando por alguna causa incluso invisible triste está ella misma estando el cuerpo incólume. Duele también no estando constituida en el cuerpo: pues ciertamente dolía aquel rico en los infiernos,

cuando decía: "Soy atormentado en esta llama" (Luc. XVI, 24). El cuerpo empero ni exánime duele, ni animado sin el alma duele. Si pues del dolor el argumento rectamente se tomara para la muerte, de modo que por eso la muerte pueda acaecer, porque pudo acaecer también el dolor, más al alma pertenecería el morir, a la cual más pertenece también el doler. Mas como aquella que más doler puede, no pueda morir, ¿qué importancia trae por qué aquellos cuerpos, puesto que han de estar en dolores, por eso también que han de morir creamos? Dijeron por cierto los Platónicos que de los cuerpos terrenos y de los miembros moribundos tienen las almas el temer, y el desear, y el doler, y el gozar. De donde Virgilio: "De aquí", dice, (esto es, de los moribundos miembros del cuerpo terreno) "temen y desean, duelen y gozan" (Eneida lib. 6, v. 733). Pero los convencimos en el décimo cuarto libro de esta obra, que tienen las almas según ellos mismos incluso purgadas de toda mancha del cuerpo, un direo deseo, por el cual de nuevo empiezan a querer volver a los cuerpos (Ibid. v. 720, 721). Donde empero puede haber deseo, por cierto también dolor puede. Pues el deseo frustrado, sea por no llegar a donde tendía, sea por perder a donde había llegado, se vierte en dolor. Por lo cual si el alma, que o sola o máximamente duele, tiene sin embargo una cierta inmortalidad suya según su modo, no por eso podrán morir aquellos cuerpos, porque dolerán. Finalmente si los cuerpos hacen que las almas duelan, ¿por qué a ellas pueden [inferir] dolor, pero la muerte por cierto inferir no

pueden, sino porque no es consecuente que haga la muerte lo que hace el dolor? ¿Por qué pues es increíble que así los fuegos a aquellos cuerpos puedan inferir dolor, no muerte, así como los mismos cuerpos doler a las almas hacen, a las cuales sin embargo no por eso a morir compelen? No pues necesario argumento de futura muerte el dolor.

CAPÍTULO IV.

De los ejemplos naturales, cuya consideración enseñe que pueden entre los tormentos los cuerpos vivientes permanecer.

1. Por lo cual si, como escribieron quienes las naturalezas de los animales más curiosamente indagaron, la salamandra en los fuegos vive; y ciertos notabilísimos montes de Sicilia, que con tanta diuturnidad de tiempo y vetustez hasta ahora y en adelante con llamas hierven, y sin embargo íntegros perseveran, bastante idóneos testigos son de que no todo lo que arde se consume; y el alma indica que no todo lo que doler puede, puede también morir: ¿por qué todavía de nosotros se piden ejemplos de las cosas, con los cuales enseñemos que no es increíble que los cuerpos de los hombres castigados con sempiterno suplicio, y en el fuego el alma no pierdan, y sin detrimento ardan, y sin ínterito duelan? Pues tendrá entonces la sustancia de la carne aquella calidad por aquel inditada, que tan miras y varias a tantas cosas inditó, las cuales vemos, para que a ellas, porque muchas son, no las admiremos. ¿Pues quién sino Dios creador de todos dio a la carne del pavo

muerto que no se pudriera? Lo cual habiéndose oído increíble pareciera, aconteció que en Cartago nos cocida se nos pusiera esta ave: de cuyo pecho de las pulpas, cuanto pareció, decerpto mandamos reservarse: lo cual después de tanto espacio de días, cuanto otra carne cualquiera cocida se pudriera, prolatado y oblato, nada de lo nuestro ofendió al olfato. E igualmente repuesto después de días más que treinta, lo mismo que era se encontró: y lo mismo después de un año, sino que algo de corpulencia más seca y más contracta fue. ¿Quién a la paja dio o tan gélida fuerza, que las sepultadas nieves conserve; o tan férvida, que las manzanas inmaduras madure?

2. Del mismo fuego ¿quién los milagros explique, por el cual cualesquiera cosas adustas se ennegrecen, siendo que él mismo sea lúcido; y casi todas las cosas que rodea y lambe, en color hermosísimo las descolora, y de brasa fúlgida un carbón tetérrimo rinde? Ni eso como regularmente definido está: pues por el contrario las piedras con fuego candente percocidas, y ellas mismas se hacen cándidas, y aunque aquel más enrojezca, aquellas albican, congruye sin embargo con la luz lo que blanco es, como lo negro con las tinieblas. Puesto que así el fuego en las leñas arda, para que las piedras cueza, contrarios tiene no en contrarias cosas efectos. Pues aunque las piedras y las leñas diversas sean; contrarias sin embargo no son, como lo blanco y lo negro, de los cuales en las piedras uno hace, el otro en las leñas, claro a aquellas clarificando, a estas ofuscando; siendo que en aquellas desfallecería, si no en estas vivie-

ra. ¿Qué en los carbones, acaso no es de admirar y tanta infirmidad, que con golpe levísimo se rompan, con presión facilísima se contieran; y tanta firmidad, que con ningún humor se corrompan, por ninguna edad se venzan, hasta tal punto que ellos substernir suelan, quienes los límites fijan, para convencer al litigador, quienquiera que después de cuantolibet tiempos existiera, y que la piedra fija no ser el límite contendiera? ¿Quién a ellos en la tierra húmeda infosos, donde las leñas se pudrieran, tanto tiempo durar incorruptiblemente poder, sino aquel corruptor de las cosas el fuego efectuó?

3. Intuyamos también el milagro de la cal, excepto aquel de que ya bastante dijimos, que con el fuego se blanquea, por el cual otras cosas se rinden tetras; también ocultísimamente del fuego el fuego concibe, y a él ya en la gleba para los tangentes fría tan latentemente conserva, que a ningún sentido nuestro prorsus aparezca, sino que comprobado por el experimento, aun mientras no aparece, se sepa estar dentro sopitado. Por lo cual a ella cal viva la llamamos, como si el mismo fuego latente fuera el alma invisible del cuerpo visible. Ya empero ¿cuán mirífico es que cuando se extingue, entonces se enciende? Pues para que del oculto fuego carezca, el agua se infunde, o con agua se perfunde; y habiendo estado antes fría, de ahí hierva, de donde todas las cosas hirvientes se enfrían. Como expirando pues aquella gleba el fuego discedente, que latía, aparece, y luego como por muerte así fría está, que adjunta la onda no ha de arder; y la que cal

llamábamos viva, llamemos extinguida. ¿Qué es lo que a este milagro añadirse poder parezca? y sin embargo se añade. Pues si no adhibes agua, sino óleo, que más es fomento del fuego, con ninguna perfusión o infusión de él hierva. Este milagro si de alguna piedra índica leyéramos, o oyéramos, y en nuestro experimento venir no pudiera, por cierto o mentira lo pensaríamos, o ciertamente grandemente nos admiraríamos. De cuyas cosas empero ante nuestros ojos cotidianos documentos se versan, no por género menos mirable, sino por la misma asiduidad se envilecen; de modo que de la misma India, que remota es parte del orbe de nosotros, dejáramos de admirar algunas cosas, que a nosotros pudieron mirables ser conducidas.

4. El diamante piedra muchos entre nosotros tienen, y máxime los aurífices e insignidores de gemas, la cual piedra ni por el hierro, ni por el fuego, ni por otra fuerza alguna, se dice sino por sangre cabruna ser vencida. Pero quienes la tienen y la conocieron, ¿acaso así se admiran, como estos a quienes primero la potencia de ella se muestra? A quienes empero no se muestra, tal vez ni creen; o si creen, las cosas inexpertas admiran; y si aconteciera experimentarlas, todavía por cierto admiran lo insólito, pero la asiduidad de experimentar paulatinamente subtrae el incitamento de la admiración. Al imán piedra conocimos mirable ser raptor del hierro: lo cual cuando primero vi, vehementemente me horroricé. Pues cernía por la piedra un anillo férreo raptado y suspenso; luego como si al hierro que había raptado,

le hubiera dado su fuerza, y la hubiera hecho común, el mismo anillo fue movido a otro, y lo suspendió, y como aquel primero a la piedra, así el otro anillo al primer anillo coherecía: accedió del mismo modo el tercero, accedió también el cuarto, y ya para sí por mutuos círculos nexos, no de los implicados intrínsecamente, sino de los extrínsecamente adherentes, como una cadena había pendido de anillos. ¿Quién aquella fuerza de la piedra no estupiera, que a ella no sólo le estaba dentro, sino que también por tantos suspensos transitaba, y con invisibles vínculos los subligaba? Pero mucho es más mirífico, lo que de mi hermano y coepíscopo Severo Milevitano de esta piedra comperí. Pues narró haberse él mismo visto, de qué modo Batanario otrora Conde de África, cuando con él convivaba el Obispo, la misma piedra prolato, y la tuvo bajo la plata, y puso el hierro sobre la plata; luego así como bajo movía la mano, con la cual la piedra tenía, así el hierro desde arriba se movía, y con la plata media y nada padeciendo, con concitadísimo curso y recurso abajo la piedra por el hombre, arriba el hierro era raptado por la piedra. Dije lo que yo mismo conspecsi, dije lo que de aquel oí, a quien como si yo mismo hubiera visto creí. ¿Qué también de este imán leyera diré? Cuando junto a él se pone el diamante, no rapta el hierro; y si ya lo había raptado, como a él se aproximara, luego lo remite. La India envía estas piedras: pero si a ellas nosotros conocidas ya desistimos de admirar, ¿cuánto más aquellos de quienes vienen, si a ellas facilísimas tienen, así tal vez las tienen como nosotros la cal,

a la cual de mirífico modo con agua hirviendo, con la cual suele el fuego extinguirse, y con óleo no hirviendo, con el cual suele el fuego encenderse, porque a la mano nos está, no nos admiramos?

CAPÍTULO V.

Cuántas sean aquellas cosas cuya razón no pueda reconocerse, y sin embargo no sea ambiguo que las mismas sean verdaderas.

1. Sin embargo los hombres infieles, que cuando los divinos milagros o pretéritos o futuros predicamos, los cuales a ellos para ser experimentados no valemos mostrar, la razón de nosotros de aquellas cosas flagitan; la cual puesto que no podemos rendir (exceden pues las fuerzas de la mente humana), estiman ser falsas las cosas que decimos; ellos mismos de tantas cosas mirables, las cuales o ver podemos, o vemos, deben rendir la razón. Lo cual si por el hombre no poder hacerse pervidieran, confesando les es, que no por eso algo no fue, o futuro no es, porque la razón de ello no puede rendirse; siendo que son aquellas de las cuales de igual modo no puede. No por tanto prosigo por muchísimas cosas que mandadas están a las letras, no gestas y transigidas, sino en los lugares cualesquiera manentes; a donde si alguno ir quisiere y pudiere, si verdaderas sean, explorará, pero pocas conmemoro. La sal agrigentina de Sicilia refieren: cuando hubiere sido admota al fuego, como en agua fluye; cuando empero al agua misma, como en fuego crepita. Entre los Garamantes cierta fuente tan

fría en los días, que no se beba; tan férvida en las noches, que no se tanga. En Epiro otra fuente, en la cual las hachas, como en las demás, se extinguen encendidas; pero, no como en las demás, se encienden extinguidas. Al asbesto, piedra de Arcadia, por eso así llamarse, porque encendido una vez ya no pueda extinguirse. El leño de cierta higuera egipcia, no como los leños demás en las aguas nade, sino se sumerja; y lo que es más mirífico, cuando en lo ínfimo algún tiempo estuviere, de ahí a la superficie del agua de nuevo emerja, cuando maduefacto debió por el peso del humor ser agravado. Manzanas en la tierra de los Sodomitas engendrarse por cierto, y a la faz de la madurez llegar; pero por el mordisco o la presión tentadas, en humo y ceniza, desfalleciendo el cuero, desvanecerse. La pirita piedra pérsica del que la tiene la mano, si vehementemente se prema, adura, por lo cual del fuego el nombre recibió. En la misma Persia engendrarse también la piedra Selenita, cuya blancura interior con la luna crece y desfallece. En Capadocia también con el viento las yeguas conciben, y los mismos fetos no más que por un trienio viven. Tilon, isla de la India, por eso anteponerse a las demás tierras, que todo árbol que en ella se engendra, nunca se desnuda del tegumento de las hojas.

2. De estas y de otras innumerables maravillas, que la historia no de hechos gestos y transigidos, sino de lugares manentes contiene, para mí empero otra cosa haciendo perseguirlas demasiado largo es, rindan razón, si pueden, los infieles estos, que no quieren a las divinas Letras

creer; ¿qué otra cosa que no pensando ellas ser divinas, por eso que tengan cosas increíbles, así como esto es de donde ahora tratamos? Pues no admite, dicen, razón alguna, que la carne arda, y no se consuma; duela, y no muera: raciocinadores a saber grandes, que de todas las cosas que consta ser mirables, puedan rendir razón. Rindan pues de estas, que pocas pusimos, las cuales sin duda si no supieran existir, y dijéramos que ellas han de ser futuras, mucho menos creerían, que lo que ahora diciendo nosotros no quieren creer que alguna vez ha de venir. ¿Pues quién de ellos nos creería, si, del modo que decimos futuros los cuerpos vivos de los hombres, que siempre han de arder y han de doler, y sin embargo nunca han de morir, así dijéramos en el futuro siglo futura la sal, la cual hiciera el fuego como en agua fluir, y a la misma hiciera el agua como en fuego crepitar; o futura la fuente, cuya agua en el refrigerio de la noche así arda, que no pueda tocarse; en los estíos empero del día así hiele, que beberse no pueda; o futura la piedra, o aquella que con su calor la mano del que la constringe aduriera, o aquella que de dondequiera encendida extinguirse de todo punto no pudiera, y lo demás que pretermitidas otras innumerables conmemorar por mientras juzgué? Estas pues en aquel siglo, que futuro es, si dijéramos futuras, y los incrédulos nos respondieran: "Si queréis que ellas creamos, de cada una rendid razón": nosotros no poder confesaríamos, por eso que con estas y semejantes obras miras de Dios la enferma raciocinación de los mortales fuera vencida; fija sin embargo

ante nosotros ser la razón, que no sin razón el Omnipotente hace, de donde el ánimo humano enfermo la razón no puede rendir: y en muchas cosas por cierto incierto sernos qué quiera; aquello sin embargo ser certísimo, nada de ello serle imposible, cualesquiera cosas hubiere querido: y a él nosotros creerle predicente, a quien ni impotente, ni mentiroso podemos creer. Estos sin embargo reprendedores de la fe, y exactores de la razón, ¿qué de estas responden, de las cuales la razón rendirse por el hombre no puede, y sin embargo son, y a la misma razón de la naturaleza parecen ser contrarias? Las cuales si dijéramos futuras ser, semejantemente de nosotros, como de aquellas que decimos futuras ser, por los infieles la razón fuera pedida. Y por esto, cuando en tales obras de Dios desfallezca la razón del corazón y del sermón humano, así como estas no por eso no son, así no por eso también aquellas no serán, puesto que la razón de ambas por el hombre no puede rendirse.

CAPÍTULO VI.

Que no todos los milagros sean naturales, sino muchísimos modificados por el ingenio humano, y muchísimos empero compuestos por el arte de los demonios.

1. Aquí tal vez respondan: "De todo punto ni existen estas cosas, ni estas cosas creemos; falsas cosas de estas se dijeron, falsas se escribieron"; y añadan raciocinando, y diciendo: "Si tales cosas han de creerse, creed también vosotros lo que en las mismas letras está relatado, que hubo o hay

un cierto fanal de Venus, y allí un candelabro, y en él una lucerna bajo el cielo así ardiendo, que a ella ninguna tempestad, ninguna lluvia extinguiera, de donde como aquella piedra, así esta λύχνος ἄσβεστος, esto es, lucerna inextinguible, fue nominada". Lo cual por eso podrán decir, para que de respondernos angustias nos ingieran: porque si dijéramos que no ha de creerse, los escritos aquellos de los milagros infirmaremos; mas si concediéramos que ha de creerse, confirmaremos los numina de los paganos. Pero nosotros, como ya en el libro decimoctavo de esta obra dije (cap. 18), no tenemos necesidad de creer todo lo que contiene la historia de las gentes, cuando también los mismos historiadores entre sí, como dice Varrón, como por obra dada y como por industria por muchas cosas disientan; sino aquellas cosas, si queremos, creemos que no son adversas a los libros, a los cuales no dudamos que nos conviene creer. De estos empero lugares de milagros, a nosotros para aquellas cosas que futuras persuadir a los incrédulos queremos, bastante aquellas sufren, las cuales nosotros cualesquiera podemos experimentar, y de ellas testigos idóneos no es difícil encontrar. De este empero fanal de Venus y lucerna inextinguible, no sólo en ningunas nos coartamos angustias, sino que también de latitud un campo se nos abre. Pues añadimos a aquella lucerna inextinguible, tanto de las humanas como de las mágicas, esto es por los hombres de las demoníacas artes, y de los mismos por sí mismos demonios muchos milagros: los cuales si negar quisiéramos, a la misma verdad de las sagradas

Letras a la cual creemos nos adversaremos. O pues en la lucerna aquella algo mecánico de piedra asbesto el arte humana molió, o por arte mágica se hizo, que los hombres en aquel templo admiraran, o un demonio cualquiera bajo el nombre de Venus con tanta eficacia se presentó, que este prodigio allí y apareciera a los hombres, y por más tiempo permaneciera. Son ilícitos empero los demonios para inhabitar por las criaturas, las cuales no ellos, sino Dios conditó, con cosas deleitables por su diversidad a diversos, no como los animales con comidas, sino como los espíritus con signos, que a la delectación de cada cual congruyen, por varios géneros de piedras, hierbas, leños, animales, cánticos, ritos. Para que empero sean ilícitos por los hombres, antes a ellos ellos mismos con astutísima callidez seducen, o inspirando a sus corazones un virus oculto, o también por falaces amistades apareciendo, y a pocos de ellos discípulos suyos hacen, y de muchísimos doctores. Pues ni pudo, sino primero ellos mismos enseñando, discirse qué cada cual de ellos apetezca, qué exhorrezca, con qué nombre sea invitado, con qué sea compelido: de donde las artes mágicas y los artífices de ellas existieron. Máximamente empero poseen los corazones de los mortales, en cuya posesión potísimamente se glorían, cuando se transfiguran en ángeles de luz (2 Cor. XI, 14). Son pues hechos de ellos muchísimos, los cuales cuanto más mirables confesamos, tanto más cautamente evitar debemos. Pero para esto de donde ahora tratamos, a nosotros también ellos mismos nos aprovechan. Pues si estas

cosas los inmundos demonios pueden, ¿cuánto más potentes son los santos ángeles, cuánto más potente es que todos estos Dios, que de tantos milagros efectores también a los mismos ángeles hizo?

2. Por lo cual si tantas y tan grandes maravillas, que μηχανήματα llaman, por las artes humanas usando la criatura de Dios se hacen, de modo que quienes las ignoran opinen ser divinas; de donde se hizo que en cierto templo, puestas piedras imanes en el suelo y en la techumbre en proporción de su magnitud, un simulacro férreo de aquel aire en medio entre ambas piedras, ignorando qué hubiera arriba y abajo, como por potestad del numen pendiera; cual algo también en aquella lucerna de Venus de piedra asbesto por un artífice haberse podido hacer ya dijimos: si las obras de los magos, a quienes nuestra Escritura venéficos e incantadores llama, en tanto los demonios pudieron extollar, que congruir con los sentidos de los hombres le pareciera a sí el noble poeta, diciendo de cierta mujer, que en tal arte pollería: "Esta se promete con cánticos soltar las mentes que quiera, mas a otros duras inmitir curas; detener el agua en los ríos, y verter los astros hacia atrás; y concita a los manes nocturnos: mugir verás bajo los pies la tierra," y descender de los montes los fresnos": (Virgilio, Eneida lib. 4, v. 487-491) ¿cuánto más Dios potente es para hacer las cosas que para los infieles son increíbles, mas para su potestad fáciles; siendo que él mismo de las piedras y de las demás cosas la fuerza y los ingenios de los hombres, que de ellas usan por

modos miros, y las naturalezas angélicas más potentes que todos los vivientes terrenos conditó, venciendo todas las maravillas con mirable virtud, y con sabiduría de obrar, mandar, y permitir, usando de todo tan miríficamente como lo creó?

CAPÍTULO VII.

Que en las cosas miras la suma razón de creer sea la omnipotencia del Creador.

1. ¿Por qué pues no pueda hacer Dios, que y resurjan los cuerpos de los muertos, y con fuego eterno sean cruciados los cuerpos de los condenados, el que hizo el mundo en el cielo, en la tierra, en el aire, en las aguas, lleno de innumerables milagros; siendo que sea para todos de los cuales está lleno sin duda mayor y más excelente también el mismo mundo un milagro? Pero estos con quienes o contra quienes tratamos, que y que Dios existe creen por quien hecho fue el mundo, y dioses por él hechos por los cuales por él es administrado el mundo, y de los milagros efectrices, sea espontáneos, sea por el culto y rito cualquiera imperados, sea también de los mágicos mundanas o no niegan, o insuper y predican las potestades, cuando a ellos la fuerza mirable proponemos de otras cosas, las cuales ni animales son racionales, ni de alguna razón preditos espíritus, como son aquellas, de las cuales pocas conmemoramos, responder suelen: "Fuerza es esa de la naturaleza, la naturaleza de ellos así se tiene, propias esas son las eficacias de las naturalezas". Toda pues la razón es, por

qué la sal agrigentina la llama haga fluir, el agua crepitar, porque esta es la naturaleza de ella. Mas esto ser más bien contra la naturaleza parece, la cual no al fuego, sino al agua dio el solver la sal; torrar empero al fuego, no al agua. Pero esa, dicen, de esta sal natural es la fuerza, que estas cosas contrarias padezca. Esta pues razón se rinde y de aquel fuente Garamántico, donde una vena hiela en los días, en las noches hierve, con fuerza ambas molesta para los tangentes. Esta y de aquel otro, que siendo para los contrectantes frío, y la hacha como las otras fuentes extinga encendida, disímilmente sin embargo y mirífica-mente el mismo enciende la extinguida. Esta y de la piedra asbesto, la cual habiendo fuego ninguno propio, aceptado sin embargo así arda ajeno, que no pueda extinguirse. Esta de las demás que pesa retexer, en las cuales aunque fuerza insólita contra la naturaleza estar dentro parezca, otra sin embargo de ellas no se rinde razón, sino para que se diga, que esta de ellas sea la naturaleza. Breve por cierto esta es la razón, confieso, y suficiente respuesta. Pero como Dios sea autor de las natu-ralezas todas, ¿por qué no quieren una más fuerte nosotros rindamos razón, cuando algo como im-posible no quieren creer, y a ellos la rendición de la razón posciendo respondemos, que esta sea la voluntad del omnipotente Dios; el cual ciertamente no por otra cosa se llama omnipotente, sino puesto que lo que quiere puede; el cual pudo crear tan muchas cosas, las cuales sino se mostraran, o por de creerse hoy también testigos se dijeran, por cierto imposibles se pensaran, no

sólo las que ignotísimas ante nosotros, sino también las que notabilísimas puse? Aquellas pues que ante nosotros fuera de ellos, de cuyos de estas libros leemos, no tienen testigo, y por ellos conscriptas son que no son divinamente enseñados y humanamente engañarse tal vez pudieron, lícito es a cualquiera sin recta reprehensión no creer.

2. Pues ni yo quiero temerariamente creerse todo lo que puse, porque ni por mí mismo así se creen como si ninguna de ellas hubiera en mi cogitación duda, exceptas estas que o yo mismo experimenté, y a cualquiera fácil es experimentar; como de la cal, que hierva en el agua, en el óleo fría esté; del imán piedra, que no sé por qué sorbición insensible la paja no mueva, y el hierro rapte; de la carne no pudresciente del pavo, cuando se pudrió y la de Platón; de la paja así frígida que fluir la nieve no deje, así caliente que madurar las manzanas compela; del fuego fúlgido, que según su fulgor las piedras cociendo blanquee, y contra el mismo su fulgor uriendo muchísimas ofusque. Tal es lo que y negras manchas se ofunden del óleo espléndido, semejantemente negras líneas del cándido se imprimen de la plata. De los carbones también, que encendiendo el fuego así se viertan en lo contrario, que de leños hermosísimos tetros, frágiles de duros, imputribiles de putribles se hagan. Estas yo mismo algunas con muchos, algunas con todos conocí, y otras muchísimas, que a este libro insertar largo fue. De estas empero que puse no expertas, sino leídas — excepto de la fuente aquella, donde las hachas se extinguen ardientes y se encienden extinguidas,

y de las manzanas de la tierra de los Sodomitas por fuera como maduras, por dentro humosas — ni testigos algunos idóneos de los cuales si verdaderas fueran oyera, pude reperir. Y aquella fuente por cierto no encontré a quienes en Epiro haberla visto se dijeran, sino a quienes en Galia una similar conocieran no lejos de la ciudad de Gratianópolis. De los frutos empero de los Sodomitas árboles, no tanto las letras de fe dignas indican, sino que también tan muchos se hablan expertos, que de aquí dudar no pueda. Las demás empero así las tengo, que ni afirmables, ni negables decreté: pero por eso también ellas mismas puse, puesto que en los historiadores de ellos, contra los cuales tratamos, leí: para mostrar qué tipo de muchas cosas, y muchos de ellos, ninguna rendida razón, en los escritos de sus literatos mandados a las letras crean, quienes a nosotros creer, cuando aquello que la experiencia de ellos y el sentido transgrede, al omnipotente Dios decimos que ha de hacer, ni rendida razón se dignan. Pues qué mejor y más válida razón de las cosas tales se rinde, que cuando el Omnipotente ellas poder hacer se perhibe, y que ha de hacer se dice, lo que haber prenunciado allí se lee, donde otras muchas prenunció, que haber hecho se muestra? Él pues mismo hará, porque que él ha de hacer predijo, las cosas que imposibles se piensan, el que prometió y hizo que por las incrédulas gentes cosas increíbles se creyeran.

CAPÍTULO VIII.

No ser contra la naturaleza, cuando en alguna cosa, cuya naturaleza innoteció, algo de aquello que era conocido, empieza a ser diverso.

1. Si empero por eso responden, ellos no creer lo que de los humanos siempre por arder y nunca por morir cuerpos decimos, porque de los humanos cuerpos la naturaleza conocemos lejos de otro modo instituida; de donde ni aquella razón de aquí rendirse puede, que de aquellas naturalezas mirables se rendía, para que decirse pueda: "Fuerza esa natural es, de la cosa esta esta la naturaleza es"; puesto que sabemos de la humana carne esta no ser la naturaleza: tenemos por cierto qué respondamos de las Letras sagradas, a esta misma a saber humana carne de otro modo instituida haber sido antes del pecado, esto es, para que pudiera nunca perpetrar la muerte; de otro modo empero después del pecado, cual en la aerumna de esta mortalidad innoteció, para que perpetua vida tener no pueda. Así pues de otro modo que a nosotros conocida es, se instituirá en la resurrección de los muertos. Pero puesto que a estas no creen letras, donde se lee cual en el paraíso viviera el hombre, y cuánto fuera de la necesidad de la muerte ajeno, a las cuales por cierto si creyeran, no con ellos de la pena de los condenados, que futura es, más operosamente trataríamos; de las letras de ellos, que doctísimos ante ellos fueron, algo profiriendo es, por lo cual aparezca poder hacerse, que de otro modo se tenga cada cual cosa, que antes en las cosas innoteciera por la determinación de su naturaleza.

2. Hay en los libros de Marco Varrón, cuya inscripción es De la gente del pueblo romano, lo que en las mismas palabras que allí se lee, también pondré aquí: «En el cielo —dice— existió un mirable portento: pues en la estrella de Venus nobilísima, que Plauto llama Vesperugo, y Homero llama Héspero, diciéndola hermosísima, Cástor escribe que existió tan gran portento, que mudó el color, la magnitud, la figura y el curso: lo cual así se hizo ni antes ni después. Este hecho en tiempo del rey Ogiges decían Adrasto el Cizicenо y Dión el Neapolitano, matemáticos nobles». Ciertamente Varrón, tan gran autor, no llamaría a esto portento, si no pareciera ser contra la naturaleza. Pues decimos que todos los portentos son contra la naturaleza; pero no lo son. ¿Cómo es, en efecto, contra la naturaleza lo que se hace por la voluntad de Dios, siendo la voluntad de tan gran Creador la naturaleza de cada cosa creada? El portento, pues, se hace no contra la naturaleza, sino contra la naturaleza que es conocida. ¿Pero quién cuenta la multitud de portentos que se contienen en la historia de las naciones? Pero atendamos ahora a este solo, que pertenece a la cosa de que tratamos. ¿Qué ha sido dispuesto así por el autor de la naturaleza del cielo y de la tierra, como el curso ordenadísimo de los astros? ¿Qué ha sido firmado por leyes tan fijas y ratas? Y sin embargo, cuando aquel quiso, que rige con el sumo imperio y potestad lo que fundó, la estrella por encima de las demás nobilísima por su magnitud y esplendor, mudó su color, magnitud, figura y (lo que es más mirable) el orden y ley de

su curso. Trastornó por cierto entonces, si ya hubo algunos cánones de los astrólogos, que tienen escritos como en inerrable computación sobre los movimientos pasados y futuros de los astros, siguiendo los cuales cánones se atrevieron a decir que esto que aconteció sobre Lucero, ni antes ni después aconteció. Nosotros empero leemos en los libros divinos que también el sol mismo se detuvo; cuando esto había pedido al Señor Dios el varón santo Josué [Jesús Nave], hasta que terminara con victoria la batalla comenzada; y que volvió hacia atrás, para que al rey Ezequías se le añadieran quince años para vivir, significándose con este prodigio adjunto la promesa de Dios. Pero estos milagros también, que han sido concedidos a los méritos de los santos, cuando estos creen que se hicieron, los atribuyen a artes mágicas. De donde es aquello que arriba conmemoré haber dicho Virgilio: «Detener el agua en los ríos, y volver los astros hacia atrás». Pues que también un río se detuvo arriba, y fluyó abajo, cuando el pueblo de Dios, bajo el guía arriba memorado Josué, emprendía el camino, y habiendo pasado el profeta Elías, y después su discípulo Eliseo leemos en las sagradas Letras haber sido hecho aquello; y haber sido vuelto hacia atrás el máximo astro reinando Ezequías, acabamos de conmemorar. Pero lo que Varrón escribió sobre Lucero, no se ha dicho allí haber sido concedido a algún hombre que lo pidiera.

3. No se hagan, pues, oscuridad a sí mismos los infieles sobre la noticia de las naturalezas, como si no pudiera hacerse divinamente en algu-

na cosa otra cosa que la que en su naturaleza por su humana experiencia conocieron; aunque también las mismas cosas que en la naturaleza de las cosas son conocidas por todos, no sean menos mirables; y serían estupendas para todos los que las consideraran, si solieran los hombres admirar lo mirable sino lo raro. ¿Pues quién, consultada la razón, no vea en la innumerable numerosidad de los hombres, y en tanta semejanza de la naturaleza, que tan mirablemente tengan cada uno cada cara, que si no fueran semejantes entre sí, no se discerniría la especie de ellos de los demás animales; y de nuevo si no fueran desemejantes entre sí, no se discerniría cada uno de los demás hombres? A los que, pues, confesamos semejantes, a los mismos encontramos desemejantes. Pero más mirable es la consideración de la desemejanza; puesto que la semejanza más justamente parece exigir la naturaleza común. Y sin embargo, puesto que las cosas que son raras, esas mismas son mirables, mucho más nos admiramos cuando encontramos a dos tan semejantes, que en discernirlos o siempre o frecuentemente erremos.

4. Pero lo que dije escrito por Varrón, aunque sea de ellos historiador y el mismo doctísimo, acaso no creen que verdaderamente se hiciera; o porque no mucho tiempo permaneció tal el curso del mismo astro, sino que se volvió al acostumbrado, menos se mueven por ese ejemplo. Tienen pues otro, que también ahora puede mostrarse, y que pienso que debe bastarles, por el cual sean amonestados, cuando advirtieran algo en alguna

institución de la naturaleza, y se la hubieran hecho a sí mismos notísima, que no de allí deben prescribir a Dios, como si no pudiera ella en lejos otro de lo que les es conocido, verter y mudar. La tierra de los sodomitas no fue por cierto como ahora es: sino que yacía con similar a las otras cara, y la misma o incluso más uberosa fecundidad polía; pues al paraíso de Dios en los divinos elocuentes comparada fue. Esta después que tocada del cielo fue, como de ellos también atestigua la historia, y ahora por los que vienen a aquellos lugares se contempla, por su prodigiosa hollín es de horror, y sus pomos incluyen interior ceniza con mentirosa superficie de madurez. He aquí no era tal, y tal es. He aquí por el Fundador de las naturalezas la naturaleza de ella en esta feísima diversidad por mirable mutación conversa fue: y lo que después de tan largo tiempo aconteció, por tan largo tiempo persevera.

5. Así pues como no fue imposible a Dios, las que quiso, instituir; así no le es imposible, en lo que quiera, las que instituyó, mudar naturalezas. De donde de aquellos también milagros la multitud silvestre se hace, que monstruos, ostentos, portentos, prodigios se llaman: los cuales si recordar y conmemorar quisiera, ¿cuál de esta obra será el fin? Monstruos sanamente dichos pretenden de monstrando (mostrando), porque algo significando demuestren; y ostentos de ostendendo (ostentando); y portentos de portendendo (portendiendo), esto es, premostrando; y prodigios, porque de lejos digan (porro dicant), esto es, futuras cosas predican. Pero vean sus

conjetores, de qué modo por ellos o se engañen, o por instinto de espíritus, a los cuales es cuidado a tales de pena dignos ánimos de los hombres en las redes de nociva curiosidad implicar, incluso verdades predican, o mucho diciendo alguna vez en algo de verdad incurran. Para nosotros empero estas cosas que como contra naturaleza se hacen, y contra naturaleza hacerse se dicen (con cuyo modo de los hombres habló también el Apóstol, diciendo: contra naturaleza en el olivo injertado el acebuche haber sido hecho partícipe de la pingüedad del olivo), y monstruos, ostentos, portentos, prodigios se llaman, esto mostrar deben, esto ostentar, o preostentar, esto predicar, que ha de hacer Dios, las que de los cuerpos de los hombres se prenunció ser por hacer, ninguna impidiendo dificultad, ninguna prescribiendo ley de la naturaleza. De qué modo empero lo prenunciara, bastante en el libro superior enseñado me estimo, decerpiendo de las Escrituras santas y nuevas y viejas, no por cierto todas a esto pertenecientes, sino las que para esta obra juzgué bastar.

CAPÍTULO IX.

De la gehenna, y de la calidad de las penas eternas.

1. Lo que pues sobre el sempiterno suplicio de los condenados por su profeta Dios dijo se hará, del todo se hará: «El gusano de ellos no morirá, y el fuego de ellos no se extinguirá». Para esto pues más vehementemente encomendarlo, también el Señor Jesús, cuando los miembros que al hombre escandalizan por estos hombres pusiera, a los

cuales como a sus miembros derechos cada uno ama, y ellos mandara amputarse: «Bueno es —dijo— para ti débil entrar en la vida, que teniendo dos manos ir a la gehenna, al fuego inextinguible, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego no se extingue». Semejantemente del pie: «Bueno es para ti —dijo— cojo entrar en la vida eterna, que teniendo dos pies ser enviado a la gehenna del fuego inextinguible, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego no se extingue». No de otro modo dijo también del ojo: «Bueno es para ti tuerto entrar en el reino de Dios, que teniendo dos ojos ser enviado a la gehenna del fuego, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego no se extingue». No le pesó en un lugar las mismas palabras tres veces decir: ¿a quién no aterre esa repetición, y de aquella pena la conminación tan vehemente por boca divina?

2. Pero uno y otro de estos, a saber el fuego y el gusano, los que quieren a las penas del ánimo, no al cuerpo pertenecer, dicen que también se queman con el dolor del ánimo tarde y infructuosamente arrepentido los que fueran del reino de Dios separados: y por eso que el fuego por aquel dolor quemante no incongruentemente pudo haber sido puesto contienden: de donde aquello del Apóstol es: «¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo?». Al mismo gusano también piensan que debe ser entendido. Pues escrito está —dicen —: «Como la polilla al vestido y el gusano a la madera, así el dolor crucifica el corazón del hombre». Pero los que no dudan que las penas tanto del ánimo como del cuerpo en aquel supli-

cio han de ser futuras, afirman que por el fuego se quema el cuerpo, el ánimo empero es roído en cierto modo por el gusano del dolor. Lo cual aunque más creíblemente se dice; porque por cierto absurdo es, que allí el dolor o del cuerpo o del ánimo haya de faltar: yo empero más fácil es que al cuerpo diga que ambos pertenecen, que a ninguno; y por eso callado en aquellas divinas de la Escritura palabras el dolor del ánimo, puesto que consecuente ser se entiende, aunque no se diga, para que doliendo así el cuerpo el ánimo también por estéril penitencia sea crucificado. Se lee por cierto también en las viejas Escrituras: «Venganza de la carne del impío, fuego y gusano». Pudo más brevemente decirse: «Venganza del impío». ¿Por qué pues se dijo «de la carne del impío», sino porque ambos, esto es, tanto fuego como gusano, pena será de la carne? O si la venganza de la carne por eso decir quiso, porque esto en el hombre se vengará, lo que según la carne viviera (por esto pues vendrá a la muerte segunda, que significó el Apóstol diciendo: «Si pues según la carne vivieris moriréis»); elija cada uno lo que le place, o el fuego atribuir al cuerpo, al ánimo el gusano: esto propiamente, aquello trópicamente; o ambos propiamente al cuerpo. Pues ya bastante arriba disputé, poder los animales incluso en los fuegos vivir, en la quema sin consunción, en el dolor sin muerte, por milagro del omnipotentísimo Creador: a quien esto ser posible quien niega, de quién sea lo que en las naturalezas todas se admira ignora. Él mismo pues es Dios, que todos en este mundo grandes y pequeños milagros que

conmemoramos, e incomparablemente más que no conmemoramos, hizo, y los mismos en este mundo uno y de todos máximo milagro incluyó. Elija pues uno de los dos cada uno lo que le place, si también el gusano al cuerpo propiamente, o al ánimo trasladado de los corporales a los incorporales el vocablo estime pertenecer. Qué empero de estos sea verdadero, la cosa misma más expeditamente indicará, cuando sea la ciencia tan grande de los santos, que para ellos de conocer aquellas penas necesaria no sea la experiencia, sino la que entonces será plena y perfecta, para esto también la sabiduría sola baste. Ahora pues en parte sabemos, hasta que venga lo que perfecto es. Mientras empero de ningún modo aquellos cuerpos tales futuros ser creamos, que por ningunos por el fuego sean afectados dolores.

CAPÍTULO X.

Si el fuego de la gehenna, si es corporal, puede a los malignos espíritus, esto es demonios incorpóreos, por su tacto quemar.

1. Aquí ocurre preguntar, si no será fuego incorpóreo, como es el dolor del ánimo, sino corporal, por el tacto nocivo, para que por él puedan los cuerpos ser crucificados; ¿cómo en él habrá también la pena de los espíritus malignos? El mismo por cierto fuego será para el suplicio a saber de los hombres atribuido y de los demonios, diciendo Cristo: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles». A no ser porque tienen ciertos sus propios también los demonios cuerpos, como a

los hombres doctos ha parecido, de este aire craso y húmedo, cuyo impulso cuando el viento sopla se siente. El cual género de elemento si nada por el fuego pudiera perpetrar, no quemaría calentado en los baños. Pues para que queme, primero es quemado, y hace lo que padece. Si empero alguno asevera no tener ningunos cuerpos los demonios, no hay que sobre esta cosa o trabajar con laboriosa inquisición, o con contenciosa disputa contender. ¿Pues por qué no digamos, aunque por mirables, sin embargo por verdaderos modos también los espíritus incorpóreos poder por la pena del corporal fuego ser afligidos, si los espíritus de los hombres, incluso ellos mismos por cierto incorpóreos, y ahora pudieron ser incluidos en corporales miembros, y entonces podrán a los vínculos de sus cuerpos indisolublemente ser ligados? Se adherirán pues, si para ellos no hay ningunos cuerpos, los espíritus de los demonios, mejor los espíritus demonios, aunque incorpóreos, a los corporales fuegos para ser crucificados: no para que los fuegos mismos, a los que se adherirán, por la junta de ellos sean inspirados, y animales se hagan, que consten de espíritu y cuerpo; sino, como dije, por mirables e inefables modos adhiriéndose, recibiendo de los fuegos la pena, no dando a los fuegos la vida. Porque también este otro modo, por el cual a los cuerpos se adhieren los espíritus, y animales se hacen, del todo mirable es, ni puede ser comprendido por el hombre, y esto mismo el hombre es.

2. Diría por cierto que así han de arder sin ningún su propio cuerpo los espíritus, como

ardía en los infiernos aquel rico, cuando decía: «Soy crucificado en esta llama»; a no ser porque convenientemente responderse viera, que tal fue aquella llama, cuales los ojos que levantó, y a Lázaro vio, cual la lengua para la cual un humor exiguo deseó ser infundido, cual el dedo de Lázaro de quien eso para sí hacerse postuló: donde sin embargo estaban sin cuerpos las almas. Así pues incorpórea tanto aquella llama en que se abrasó, como aquella gotita que pidió; cuales también son las cosas vistas de los que duermen o de los que en éxtasis contemplan cosas incorpóreas, teniendo sin embargo semejanza de cuerpos. Pues también el hombre mismo cuando con el espíritu, no con el cuerpo, está en tales visiones, así se empero entonces semejante a su cuerpo ve, que discernir del todo no pueda. Pero por cierto la gehenna aquella, que también estanque de fuego y de azufre se ha dicho, fuego corpóreo será, y crucificará los cuerpos de los condenados, o tanto de los hombres como de los demonios, los sólidos de los hombres, los aéreos de los demonios; o solo los cuerpos de los hombres con sus espíritus, los demonios empero espíritus sin cuerpos, adhiriéndose tomando la pena, no impartiendo vida a los corporales fuegos. Un uno por cierto para ambos fuego será, como la Verdad dijo.

CAPÍTULO XI.

Si esto tiene la razón de la justicia, que no sean más extensos los tiempos de las penas, que hayan sido los de los pecados.

Así empero algunos de ellos, contra los cuales defendemos la ciudad de Dios, injusto piensan, que por pecados por grandes que sean, perpetrados por cierto en pequeño tiempo, pena cada cual sea condenado eterna; como si de alguna ley la justicia nunca atendiera eso, que por tanto espacio de tiempo cada uno sea castigado, por cuanto espacio de tiempo admitió aquello por lo que fuera castigado. Ocho géneros de penas en las leyes dice Tulio que hay: daño, vínculos, azotes, talión, ignominia, exilio, muerte, servidumbre. ¿Qué de estos es lo que en breve tiempo por la celeridad de cada pecado se coarte, para que tanta morita se vengue, cuanta se deprehende perpetrado, sino acaso el talión? pues eso hace, que esto padezca cada uno lo que hizo. De donde es aquello de la Ley: «Ojo por ojo, diente por diente». Pues puede hacerse, que en tan breve tiempo cada uno pierda el ojo por la severidad de la venganza, como lo quitó él mismo a otro por la impropiedad del pecado. Por lo demás empero si un beso fijado a mujer ajena, sea de razón con azote vengar, ¿acaso el que aquello en un punto de tiempo hizo, en incomparable espacio de horas no es azotado, y la suavidad de la voluptuosidad exigua con diuturno dolor se castiga? ¿Qué? en los vínculos ¿acaso por tanto tiempo cada uno ha de ser juzgado deber estar, por cuanto tiempo hizo aquello por lo que mereció ser ligado; cuando justísimamente añosas penas el siervo en los grillos pague, el que por palabra o golpe celérrimamente pasando o provocó al señor, o lo llagó? Ya por cierto el daño, la ignominia, el exilio, la servidumbre, cuando la

mayoría de las veces así se infligen, que por ninguna venia se relajen, ¿acaso por el modo de esta vida no parecen similares a las penas eternas? Por eso por cierto eternas ser no pueden, porque ni la vida misma, que con estas se castiga, se prolonga para lo eterno: y sin embargo los pecados, que se vengan con penas de larguísimo tiempo, en brevísimo tiempo se perpetran; ni alguno existió que censara tan pronto de los nocivos deber terminarse los tormentos, cuan pronto se hizo o el homicidio, o el adulterio, o el sacrilegio, o cualquier otro crimen, no por la longitud del tiempo, sino por la magnitud de la iniquidad y de la impiedad debiendo medirse. El que empero por algún gran crimen con la muerte es multado, ¿acaso la mora por la que se mata, que es brevísima, las leyes estiman su suplicio, y no que para lo sempiterno lo quitan de la sociedad de los vivientes? Lo que es empero de esta ciudad mortal los hombres con el suplicio de la primera muerte, esto es de la ciudad aquella inmortal los hombres con el suplicio de la segunda muerte quitar. Como en efecto no efectúan las leyes de esta ciudad, que a ella cada uno sea revocado muerto; así ni las de aquella, que a la vida sea revocado eterna, por la segunda muerte condenado. ¿Cómo pues es verdadero —dicen— lo que dice vuestro Cristo: «En qué medida midiereis, en ella se os medirá», si el pecado temporal con suplicio se castiga eterno? Ni atienden, no por el igual espacio de tiempo, sino por la vicisitud del mal, esto es, para que el que males hizo, males padezca, la misma haber sido dicha medida. Aunque esto en aquella cosa

propiamente pueda recibirse, de la cual el Señor cuando esto dijera, hablaba, esto es, de los juicios y de las condenaciones. Por tanto el que juzga y condena injustamente, si es juzgado y condenado justamente, en la misma medida recibe, aunque no esto que dio. Pues con juicio hizo, con juicio padece: aunque hiciera por condenación lo que es inicuo, padece por condenación lo que es justo.

CAPÍTULO XII.

De la magnitud de la primera prevaricación, por la cual la pena eterna a todos se deba, que fuera de la gracia estuvieran del Salvador.

Pero la pena eterna por eso dura e injusta a los sentidos parece humanos, porque en esta enfermedad de los moribundos sentidos falta aquel sentido de la altísima y purísima sabiduría, por el cual sentirse pueda cuán gran nefas en aquella primera prevaricación se cometió. Pues cuanto más el hombre gozaba de Dios, con tanta mayor impiedad desamparó a Dios, y se hizo de mal digno eterno, el que esto en sí perimió bueno, que pudiera ser eterno. De aquí es toda la masa del género humano condenada: puesto que el que esto primariamente admitió, con aquella que en él había sido radicada su estirpe castigado fue, para que ninguno de este justo y debido suplicio, sino por misericordia y indebida gracia sea librado; y así se divida el género humano, para que en unos se demuestre qué vale la misericordiosa gracia, en los demás qué la justa venganza. Pues ni uno ni otro se demostraría en todos: porque si todos

permanecieran en las penas de la justa condenación, en ninguno aparecería la misericordiosa gracia del que redime; de nuevo, si todos de las tinieblas fueran transferidos a la luz, en ninguno aparecería la severidad de la venganza. En la cual por eso muchos más que en aquella están, para que así se ostente qué a todos se debía. Lo cual si a todos se rindiera, la justicia del que venga justamente nadie reprehendería: porque empero tan muchos de allí son librados, hay de donde se den las máximas gracias al gratuito don del que libra.

CAPÍTULO XIII.

Contra la opinión de los que piensan que a los criminales los suplicios después de la muerte por causa de purgación se aplican.

Los platónicos por cierto, aunque no quieran que ningún pecado quede impune, sin embargo todas las penas piensan que se aplican para la enmienda, o infligidas por las leyes humanas, o por las divinas, sea en esta vida, sea después de la muerte, si o se perdona aquí a cada cual, o de tal modo se castiga que aquí no se corrija. De aquí es aquella sentencia de Marón, donde habiendo dicho de los cuerpos terrenos y de los moribundos miembros, que las almas: «De aquí temen y desean, se duelen y gozan, ni las auras suspiran, cerradas en tinieblas y en cárcel ciega»; seguido adjuntó, y dijo: «Mas incluso cuando con la suprema luz la vida las dejó»; esto es, cuando con el día novísimo las dejó esta vida. «No sin embargo

—dice— todo el mal a las miserables, ni del todo todas las corpóreas pestes exceden, y penosamente es necesario que muchas cosas largamente concretas crezcan de modos mirables. Por tanto son ejercitadas con penas, y de los antiguos males los suplicios pagan: unas se expanden vanas suspensas a los vientos, para otras bajo el gordo vasto el infecto crimen se lava, o es quemado por el fuego». Los que esto opinan, ningunas penas sino purgatorias quieren que haya después de la muerte, para que puesto que a la tierra superiores son los elementos, agua, aire, fuego, de alguno de estos se limpie por expiatorias penas, lo que por terrena contagión fue contraído. El aire por cierto se recibe en aquello que dice: «Suspensas a los vientos»; el agua en aquello que dice: «Bajo el gordo vasto»; el fuego empero por su nombre fue expresado, cuando dijo: «O es quemado por el fuego». Nosotros empero también en esta por cierto vida mortal confesamos haber algunas penas purgatorias, no con las que son afligidos cuya vida o no de allí se hace mejor, o más bien de allí se hace peor; sino para aquellos son purgatorias, que por ellas coercidos se corrigen. Todas las demás penas, sean temporales, sean sempiternas, como cada uno por la divina providencia ha de ser tratado, se infieren, o por los pecados o pasados, o en los cuales todavía vive aquel que es castigado, o para ejercitar y declarar las virtudes, por los hombres y ángeles, sean buenos sean malos. Pues aunque alguno algo de mal por la impropiedad o error de otro padezca, peca por cierto el hombre, que o por ignorancia, o por injusticia a alguno

algo de mal hace: pero no peca Dios, que con justo, aunque oculto, juicio permite hacerse. Pero las penas temporales unos en esta vida solamente, otros después de la muerte, otros tanto ahora como entonces, sin embargo antes de aquel juicio severísimo y novísimo padecen. No empero todos vienen a las penas sempiternas, que después de aquel juicio han de ser futuras, los que después de la muerte sustentan las temporales. Pues a algunos, lo que en este mundo no se remite, remitirse en el futuro siglo (Matth. XII, 32), esto es, para que no con el eterno suplicio del futuro siglo sean castigados, ya arriba dijimos.

CAPÍTULO XIV.

De las penas temporales de esta vida, a las cuales sujeta está la humana condición.

Rarísimos son empero los que ningunas en esta vida, sino solamente después de ella las penas pagan. Haber sido sin embargo algunos, que hasta la decrépita senectud ni la más leve fiebrecita sintieron, y quieta llevaron la vida, nosotros mismos tanto conocimos como oímos: aunque la vida misma de los mortales toda sea pena, porque toda es tentación, como las sagradas Letras resuenan, donde escrito está: «¿Acaso no es tentación la vida humana sobre la tierra?». Pues no pequeña pena es la misma insapiencia, o impericia, que hasta tal punto a ser huida merecidamente se juzga, que por penas de dolores llenas los niños son coaccionados a aprender cualesquiera artificios o letras: y el mismo apren-

der, al cual por las penas son impelidos, tan penal es para ellos, que a veces las mismas penas por las cuales son compelidos a aprender, prefieren llevar, que aprender. ¿Quién empero no se horrorice, y elija morir, si se le propone, o la muerte deber ser perpetrada, o de nuevo la infancia? La cual por cierto porque no con la risa, sino con el llanto comienza esta luz, qué de males haya ingresado, no sabiendo profetiza en cierto modo. Solo, cuando nació, dicen haber reído Zoroastro, ni para él de bien algo aquel monstruoso riso portendió. Pues de las mágicas artes se pretende haber sido inventor: las cuales por cierto ni para la presente vida vana felicidad contra sus enemigos pudieron aprovecharle. Por Nino por cierto rey de los asirios, siendo él de los bactrianos, en la guerra superado fue. Absolutamente lo que escrito está: «Grave yugo sobre los hijos de Adán, desde el día de la salida del vientre de la madre de ellos, hasta el día de la sepultura en la madre de todos», hasta tal punto cumplirse es necesario, que los mismos párvulos por el lavacro de la regeneración del original pecado, por el cual solo eran tenidos, vínculo ya sueltos, males muchos padeciendo, algunos incluso incursiones de espíritus malignos a veces padezcan. Cuya pasión por cierto lejos esté que les obste, si esta vida en aquella edad, incluso con la pasión misma agravándose y excluyendo el alma del cuerpo, hubieran terminado.

CAPÍTULO XV.

Que toda obra de la gracia de Dios que nos rescata de la profundidad del viejo mal, al futuro siglo pertenece la novedad.

Sin embargo, en el grave yugo que ha sido puesto sobre los hijos de Adán, desde el día de la salida del vientre de la madre de ellos, hasta el día de la sepultura en la madre de todos, también este mal mirable se encuentra, para que seamos sobrios, y entendamos esta vida por aquel pecado demasiado nefario, que en el paraíso fue perpetrado, habérsenos hecho penal, y todo lo que con nosotros se trata por el Testamento nuevo, no pertenecer sino a la del nuevo siglo herencia nueva, para que aquí habiendo recibido la prenda, aquello de lo cual esta es prenda en su tiempo consigamos: ahora empero caminemos en la esperanza, y aprovechando de día en día, por el espíritu los hechos de la carne mortifiquemos. Pues «conoce el Señor a los que son suyos»; y: «cuantos por el Espíritu de Dios son guiados, estos hijos son de Dios». Pero por gracia, no por naturaleza. Pues el único por naturaleza Hijo de Dios, por nosotros por misericordia fue hecho hijo del hombre, para que nosotros por naturaleza hijos del hombre, hijos de Dios por él por gracia fuéramos. Permaneciendo por cierto él inmutable, la naturaleza nuestra, en la cual nos recibiera, recibió de nosotros; y tenaz de su divinidad, de nuestra enfermedad partícipe fue hecho: para que nosotros en mejor conmutados, lo que pecadores y mortales somos, por la participación de él inmortal y justo perdamos, y lo que en nuestra naturaleza bueno hizo, cumplido con el sumo bien en la bondad de su naturaleza con-

servemos. Como en efecto por un solo hombre pecando en este tan grave mal devenimos: así por un solo hombre y el mismo Dios justificando a aquel bien tan sublime vendremos. Ni alguno se debe confiar haber pasado de este a aquel, sino cuando allí estuviera, donde ninguna tentación habrá; sino la paz tuviera, que de este guerra, en la cual la carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne, por muchos y varios certámenes busca. Esta empero guerra nunca alguna sería, si la naturaleza humana por el libre arbitrio en la rectitud, en la cual fue hecha, hubiera persistido. Ahora empero la que paz feliz con Dios tener no quiso, consigo pugna infeliz, y aunque sea este mal miserable, mejor es sin embargo que las anteriores cosas de esta vida. Mejor se conflige por cierto con los vicios, que cuando sin ningún conflicto dominan. Mejor es, digo, la guerra con esperanza de la eterna paz, que sin ninguna cogitación de liberación la cautividad. Deseamos por cierto incluso de esta guerra carecer, y para captar la ordenadísima paz, donde con firmísima estabilidad a las superiores las inferiores sean sometidas, por el fuego del divino amor somos encendidos. Pero si, lo cual lejos esté, de aquel tan gran bien ninguna esperanza hubiera, deberíamos preferir en la molestia de esta conflictación permanecer, que a los vicios la dominación sobre nosotros por no resistirles permitir.

CAPÍTULO XVI.

Bajo qué leyes de la gracia todas las edades de los regenerados se tengan.

Pero tanta es la misericordia de Dios en los vasos de misericordia que preparó para la gloria, que incluso la primera edad del hombre, esto es, la infancia que sin ninguna resistencia subyace a la carne, y la segunda que puericia se llama, donde todavía la razón no recibió esta pugna, y casi bajo todas las viciosas deleitaciones yace, porque aunque ya valga para hablar, y por eso la infancia haber pasado parezca, todavía no está en ella de precepto capaz la enfermedad de la mente; si los sacramentos del Mediador recibiera, aunque esta en aquellos años vida terminara, traslada a saber de la potestad de las tinieblas al reino de Cristo, no solo para las penas no se prepare eternas, sino ni siquiera algunos después de la muerte purgatorios tormentos padezca. Pues basta sola la espiritual regeneración, para que después de la muerte no obste lo que la carnal generación con la muerte contrajo.

Cuando empero se hubiera venido a la edad, que el precepto ya capta, y sometida puede ser al imperio de la ley, de recibir es la guerra contra los vicios, y de gerir acremente, para que a los damnables pecados no conduzca. Y si por cierto todavía no por la costumbre de las victorias han sido robustecidos, más fácilmente son vencidos y ceden: si empero vencer e imperar acostumbraron, con laboriosa dificultad son superados. Ni eso se hace verazmente y sinceramente, sino por la deleitación de la verdadera justicia: esta es empero en la fe de Cristo. Pues si la ley mandando asista, y el espíritu ayudando falte, por la misma prohibición el deseo creciendo y venciendo del pecado,

incluso el reato de la prevaricación accede. A veces sanamente los apertísimos vicios por otros vicios son vencidos ocultos, que se piensan ser virtudes, en los cuales reina la soberbia y cierta de placerse a sí mismo altura ruinosa. Entonces por tanto vencidos los vicios han de ser reputados, cuando por el amor de Dios son vencidos, el cual sino Dios mismo no dona, ni de otro modo sino por el Mediador de Dios y de los hombres el hombre Jesucristo, que fue hecho partícipe de nuestra mortalidad, para que nosotros partícipes hiciera de su divinidad. Poquísimos empero son de tanta felicidad, que desde la misma entrando adolescencia ningunos damnables pecados cometan, o en flagicios, o en facinerosos, o en de nefaria de cualquiera impiedad error, sino con gran del espíritu largueza opriman, lo que para ellos pudiera por carnal deleitación dominar. Plurísimos empero el precepto de la ley recibido, cuando antes vencidos hubieran sido por prevalecientes vicios y prevaricadores de ella efectuados, entonces a la gracia confugen ayudante, por la que se hagan y más amargamente arrepintiéndose, y más vehementemente pugnando, antes a Dios súbdita, y así a la carne prepuesta la mente vencedores. Quienquiera pues desea las penas evadir sempiternas, no solo bautícese, sino también justifíquese en Cristo, y así verdaderamente pase del diablo a Cristo. Purgatorias empero penas ningunas futuras opine, sino antes de aquel último y tremendo juicio. De ningún modo sin embargo negando es, que incluso el mismo eterno fuego por la diversidad de los méritos aunque malos

para unos más leve, para otros ha de ser más grave, o la misma fuerza y ardor de él por la pena digna de cada cual se varíe, o él mismo igualmente arda, pero no con igual molestia se sienta.

CAPÍTULO XVII.

De aquellos que piensan que las penas de ningunos hombres han de permanecer para la eternidad.

Ahora ya veo que se debe tratar con nuestros misericordiosos, y disputar pacíficamente, quienes o para todos aquellos hombres, que el justísimo Juez juzgará dignos del suplicio de la gehenna, o para algunos de ellos, no quieren creer que la pena ha de ser sempiterna, sino que tras las metas de cierto tiempo, según la cuantía del pecado de cada uno más largo o más breve, estiman que han de ser librados de allí. En cuya cosa más misericordioso ciertamente fue Orígenes, que creyó que incluso al mismo diablo y a sus ángeles, tras suplicios más graves según sus méritos y más duraderos, debían ser arrancados de aquellos tormentos y asociados a los santos Ángeles. Pero a él, tanto por esto como por algunas otras cosas, y especialmente por las alternantes sin cesar bienaventuranzas y miserias, y en los estipulados intervalos de los siglos los yires y venires interminables de estas a aquellas y de aquellas a estas, no sin mérito reprobó la Iglesia: pues incluso esto que misericordioso parecía lo perdió, haciendo para los santos verdaderas miserias con las que pagaran penas, y falsas bienaventuranzas en las que no tuvieran un verdadero y seguro, esto

es, sin temor cierto gozo del bien sempiterno. Por otra parte, muy de otro modo la misericordia de estos yerra por afecto humano, que piensan que las miserias de los hombres condenados en aquel juicio son temporales, pero que la felicidad de todos los que o más pronto o más tarde son librados es eterna. Cuya sentencia, si por eso es buena y verdadera porque es misericordiosa, tanto será mejor y más verdadera cuanto más misericordiosa fuera. Extiéndase pues y profundícese la fuente de esta misericordia hasta los ángeles condenados, al menos tras muchos y prolongados cuantosquiera siglos habiendo de ser librados. ¿Por qué hasta la universal naturaleza humana emana, y cuando a la angélica se llega, pronto se seca? No se atreven sin embargo a extenderse más allá compadeciendo, y llegar también a la liberación del mismo diablo. Pero si alguien se atreve, vence por cierto a estos, y sin embargo tanto se halla que yerra más deformemente, y contra las rectas palabras de Dios más perversamente, cuanto más le parece sentir clementemente.

CAPÍTULO XVIII.

De aquellos que piensan que en el último juicio, por las intercesiones de los santos, ningún hombre ha de ser condenado.

1. Hay también algunos, tales como yo mismo he experimentado en nuestros coloquios, que aunque parecen venerar las santas Escrituras, por sus costumbres han de ser reprobados; y tratando su propia causa, mucha mayor misericordia que aquellos atribuyen a Dios para con

el género humano. Pues dicen de los hombres malos e infieles que divinamente por cierto fue predicho lo verdadero, que son dignos de pena: pero cuando al juicio se hubiera venido, la misericordia ha de superar. Pues los perdonará, dicen, el Dios misericordioso por las preces e intercesiones de sus santos. Pues si oraban por ellos, cuando los padecían enemigos, ¿cuánto más cuando los verán humildes y suplicantes postrados? Pues ni de creer es, dicen, que entonces han de perder los santos las entrañas de misericordia, cuando hubieran sido de plenísima y perfectísima santidad, de modo que quienes entonces oraban por sus enemigos, cuando también ellos mismos sin pecado no estaban, entonces no oren por sus suplicantes, cuando ninguno hubieran comenzado a tener pecado. ¿O es que Dios entonces no los oirá a tantos y tales hijos suyos, cuando en tanta santidad de ellos ningún impedimento de la oración hallará? Por cierto el testimonio del Salmo, tanto aquellos por cierto que permiten que los hombres infieles e impíos al menos por largo tiempo sean cruciados, y después de todos los males sean arrancados, pero más estos dicen que es por ellos, donde se lee: «¿Acaso se olvidará de tener misericordia Dios, o contendrá en su ira sus miseraciones?» (Sal. LXXVI, 10). Su ira es, dicen, que todos los indignos de la bienaventuranza sempiterna, juzgando él mismo sean castigados con suplicio sempiterno. Pero si o largo, o del todo permitiera que fuera alguno, ciertamente para que esto pueda hacerse, contendrá en su ira sus miseraciones, lo cual el Salmo dice que él no ha de

hacer. Pues no dice: «¿Acaso por mucho tiempo contendrá en su ira sus miseraciones?», sino que de ningún modo las contendrá, mostró.

2. Así pues estos quieren que la conminación del juicio de Dios no sea mendaz, aunque a nadie haya de condenar, del mismo modo que su conminación, por la que dijo que él habría de subvertir la ciudad de Nínive (Jonás III, 4), mendaz no podemos decir; y sin embargo no se hizo, dicen, lo que sin ninguna condición predijo. Pues no dijo: «Nínive será subvertida, si no hicieran penitencia, y se corrigieran»; sino que esto no añadido prenunció la futura subversión de aquella ciudad. Cuya conminación por eso veraz piensan, porque esto predijo Dios que verdaderamente eran dignos de padecer, aunque esto no fuera él mismo a hacer. Pues aunque a los penitentes perdonó, dicen, ciertamente a ellos que la penitencia no ignoraba que habrían de hacer, y sin embargo absoluta y definidamente su subversión futura ser predijo. Esto pues era, dicen, en la verdad de la severidad, porque aquello eran dignos; pero en la razón de la miseración no era, la cual no contendrá en su ira, para que de aquella pena a los suplicantes perdonara, la cual había conminado a los contumaces. Si pues entonces perdonó, dicen, cuando a su santo Profeta había de contristar perdonando, ¿cuánto más entonces a los más miserablemente suplicantes perdonará, cuando para que perdone todos sus santos orarán? Pero esto que ellos en sus corazones sospechan, por eso piensan que las Escrituras callaron divinas, para que muchos se corrijan, o por el

temor de las prolongadas o de las eternas penas, y sean quienes puedan orar por ellos, que no se corrigieran: ni sin embargo opinan que de todo modo eso los elocuentes divinos callaron. Pues ¿a qué pertenece, dicen, lo que escrito está: «¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que escondiste para los que te temen!» (Sal. XXX, 20), sino para que entendamos que por el temor fue escondida de la misericordia divina tan grande y secreta dulzura? Añaden también que por eso dijo el Apóstol: «Encerró pues Dios a todos en la infidelidad, para de todos tener misericordia» (Rom. XI, 32), con lo que significaría, que por él nadie será condenado. Ni estos sin embargo que esto sienten, esta opinión suya hasta la liberación o ninguna condenación del diablo y de sus ángeles extienden. Por cierto por humana hacia solos los hombres se mueven misericordia, y la causa mayormente tratan propia, por la general en el género humano casi de Dios miseración una impunidad falsa a sus perdidas costumbres prometiendo: y por esto los superarán en predicar la misericordia de Dios, quienes esta impunidad incluso al príncipe de los demonios y a sus satélites prometen.

CAPÍTULO XIX.

De aquellos que prometen impunidad de todos los pecados incluso a los herejes, por la participación del cuerpo de Cristo.

Asimismo hay otros, prometiendo la liberación del suplicio eterno, no siquiera a todos los mismos hombres, sino solamente a los lavados

con el Bautismo de Cristo, que se hacen partícipes de su cuerpo, de cualquier modo que hubieran vivido, en cualquier herejía o impiedad hubieran estado, por aquello que dice Jesús: Este es el pan que del cielo descendió, para que si alguno de él comiera, no muera. Yo soy el pan vivo, que del cielo descendí: si alguno comiera de este pan, vivirá para siempre (Juan VI, 50-52). De la muerte eterna pues, dicen, necesario es que estos sean arrancados, y a la vida eterna cuandoquiera sean conducidos.

CAPÍTULO XX.

De aquellos que no a todos, sino a estos solamente que entre los católicos han renacido, aunque después en muchos crímenes y errores prorrumpieran, la indulgencia prometen.

Asimismo hay quienes esto ni a todos los que tienen el sacramento del Bautismo de Cristo y de su cuerpo, sino a solos los católicos, aunque mal viviendo, prometen; porque no solo por el sacramento, sino por la cosa misma comieron el cuerpo de Cristo, en el mismo cuerpo de él constituidos, de lo cual dice el Apóstol: «Un solo pan, un solo cuerpo muchos somos» (I Cor. X, 17): para que aunque después en alguna herejía o incluso en la idolatría de los gentiles caídos hubieran estado, solo porque en el cuerpo de Cristo, esto es, en la Iglesia católica, recibieron el Bautismo de Cristo y comieron el cuerpo de Cristo, no mueran para siempre, sino la vida cuandoquiera consigan eterna; y que toda aquella impiedad cuanto ma-

yor fuera, no les valga para la eternidad, sino para la diuturnidad y magnitud de las penas.

CAPÍTULO XXI.

De aquellos que a los que permanecen en la fe católica, aunque pésimamente hubieran vivido, y por esto merecido ser quemados, sin embargo por el fundamento de la fe definen que han de ser salvados.

Hay empero quienes por aquello que escrito está: «El que perseverare hasta el fin, este será salvo» (Mat. XXIV, 13): no sino a los perseverantes en la Iglesia católica, aunque en ella mal viviendo, esto prometen, a saber habiendo de ser salvados por el fuego por el mérito del fundamento, de lo cual dice el Apóstol: «Pues otro fundamento nadie puede poner, fuera de aquel que puesto está, que es Cristo Jesús. Si alguno empero edifica sobre este fundamento oro, plata, piedras preciosas, maderas, feno, estípula, la obra de cada uno se manifestará. Pues el día la declarará; porque en el fuego se revelará, y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si la obra de alguno permaneciera la que sobreedificó, recibirá merced: si la obra de alguno empero se quemara, padecerá daño; él empero será salvo, así sin embargo casi por el fuego» (I Cor. III, 11-15). Dicen pues que el cristiano católico de cualquiera vida tiene a Cristo en el fundamento, cuyo fundamento ninguna herejía tiene de la unidad de su cuerpo precisada. Y por tanto por este fundamento, aunque de mala vida fuera el cristiano católico, como quien sobreedificó maderas, feno, estípula, piensan que él se

hace salvo por el fuego, esto es, después de las penas de aquel fuego ser librado, con cuyo fuego en el último juicio serán castigados los malos.

CAPÍTULO XXII.

De aquellos que piensan que aquellos crímenes, que entre las obras de las limosnas se cometen, al juicio de la condenación no se vocan.

He hallado también que algunos piensan que aquellos solamente han de arder en la eternidad de aquel suplicio, que para sus pecados hacer dignas limosnas descuidan, según aquello del apóstol Santiago: «Juicio empero sin misericordia para aquel que no hizo misericordia» (Sant. II, 13). Quien pues la hiciera, dicen, aunque las costumbres para mejor no hubiera mudado, sino entre esas mismas sus limosnas nefaria y neciamente hubiera vivido, el juicio para él con misericordia ha de ser, para que o con ninguna condenación sea castigado, o después de algún tiempo o pequeño, o prolongado, de aquella condenación sea librado. Por eso al Juez mismo de vivos y de muertos no haber querido estiman otra cosa conmemorar que él habría de decir, o a los de la derecha a quienes ha de dar la vida eterna, o a los de la izquierda a quienes con suplicio eterno ha de condenar (Mat. XXV, 33 ss.), sino las limosnas o hechas, o no hechas. A esto dicen pertenecer también en la oración dominical la postulación cotidiana: «Perdónanos nuestras deudas, así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Id. VI, 12). Quienquiera

pues a aquel que en él pecó, perdona ignorando el pecado, sin duda alguna limosna hace. Cuya cosa el Señor así él mismo recomendó, que dijera: «Pues si perdonarais los pecados a los hombres, os perdonará también vuestro Padre vuestros pecados: si empero no perdonarais a los hombres, ni vuestro Padre que está en los cielos, os perdonará» (Ibid., 14, 15). Por tanto también a este género de limosnas pertenece lo que dice el apóstol Santiago, que el juicio ha de ser sin misericordia para el que no hizo misericordia. Ni dijo el Señor, dicen, grandes o pequeñas; sino: «Os perdonará vuestro Padre vuestros pecados, si también vosotros perdonarais a los hombres». Y por esto piensan que incluso a los que perdidamente hubieran vivido, hasta que cierren el día último de esta vida, por esta oración, cualesquiera y cuan grandes fuesen, todos los cotidianos pecados se perdonan, así como la misma oración cotidianamente se frecuenta, si esto solamente se acordaran de custodiar, que cuando de ellos el perdón piden, quienes los lesionaron con cualquiera pecado, perdonen de corazón. Cuando a todas estas cosas, Dios donando, hubiera respondido, este libro ha de ser cerrado.

CAPÍTULO XXIII.

Contra la opinión de aquellos que dicen que ni del diablo, ni de los hombres malos han de ser perpetuos los suplicios.

Y primero conviene que se pregunte y se conozca por qué la Iglesia no ha podido soportar la disputa de los hombres que prometen al diablo,

incluso tras las máximas y larguísimas penas, la purga o la indulgencia. Pues ni tantos santos y en las sagradas letras del Antiguo y Nuevo Testamento eruditos, la mundación y la bienaventuranza del reino de los cielos tras cualesquiera y cuan grandes suplicios, a cualesquiera y cuantos ángeles envidiaron: sino que más bien vieron que la sentencia divina no puede ser vaciada o debilitada, la cual el Señor prenunció que en el juicio habría de proferir y decir: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y para sus ángeles» (Mat. XXV, 41). Pues así mostró que con fuego eterno el diablo y sus ángeles han de arder. Y lo que escrito está en el Apocalipsis: «El diablo que los seducía, fue enviado al estanque de fuego y de azufre, donde también la bestia y el pseudoprofeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos» (Apoc. XX, 9, 10). Lo que allí se dijo «eterno», aquí se dijo «por los siglos de los siglos»; con cuyas palabras nada la divina Escritura acostumbra significar, sino lo que no tiene fin de tiempo. Por lo cual de ningún modo ni otra causa, ni más justa y manifiesta puede hallarse, por qué por verísima piedad se tenga por fijo e inmóvil que ningún regreso a la justicia y a la vida de los santos el diablo y sus ángeles han de tener, sino porque la Escritura, que a nadie engaña, dice que Dios no les perdonó (II Ped. II, 4), y así por él haber sido ínterin precondenados, que empujados fueran entregados a las cárceles de la calígine del infierno para ser guardados, y en el último juicio ser castigados, cuando el fuego

eterno los reciba, donde serán atormentados por los siglos de los siglos. Que si así es, ¿cómo de la eternidad de esta pena, o todos, o algunos hombres tras cuantoquiera tiempo serán sustraídos, y no pronto se enervará la fe, por la que se cree que sempiterno ha de ser el suplicio de los demonios? Pues si aquellos a quienes se dirá: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y para sus ángeles» (Mat. XXV, 41), o todos o algunos de ellos no siempre allí estarán; ¿qué causa hay por qué el diablo y sus ángeles siempre allí habiendo de estar se crean? ¿Acaso la sentencia de Dios, que contra los malos y ángeles y hombres se proferirá, en los ángeles será verdadera, en los hombres falsa? Así llanamente esto será, si no lo que Dios dijo, sino lo que sospechan los hombres más valdrá. Lo cual porque hacerse no puede, no argumentar contra Dios, sino al divino más bien, mientras hay tiempo, deben obedecer precepto, quienes el sempiterno desean carecer suplicio. Luego, ¿qué cosa es estimar el eterno suplicio por fuego de largo tiempo, y creer la vida eterna sin fin, cuando Cristo en aquel mismo lugar, en una y la misma sentencia habiendo abrazado ambos, dijera: «Así irán estos al suplicio eterno; los justos empero, a la vida eterna» (Ibid. 46)? Si ambos eternos, ciertamente o ambos con fin de larga duración, o ambos sin fin perpetuos deben entenderse. Pues de igual a igual han sido referidos: de aquí el suplicio eterno, de allí la vida eterna. Decir empero en este solo y mismo sentido: «La vida eterna sin fin será, el suplicio eterno fin tendrá», es muy absurdo. De donde, porque la

vida eterna de los santos sin fin será, el suplicio también eterno para quienes sea, fin sin duda alguna no tendrá.

CAPÍTULO XXIV.

Contra el sentido de aquellos que en el juicio de Dios a todos los reos por las preces de los santos piensan que se debe perdonar.

1. Esto empero también contra aquellos vale, que tratando sus propias causas intentan contra las palabras de Dios venir, como por una misericordia mayor; para que por eso a saber sean verdaderas, porque aquellas cosas que dijo que los hombres habían de padecer, padecer son dignos, no porque han de padecer. Pues los perdonará, dicen, por las preces de sus santos, incluso entonces tanto más orantes por sus enemigos, cuanto son ciertamente más santos, y de ellos más eficaz es la oración, y de la exaudición de Dios más digna, ya ninguno teniendo en absoluto pecado. ¿Por qué pues con la misma perfectísima santidad, y pudiendo todas las cosas impetrar con mundísimas y misericordiosísimas preces, también por los ángeles no orarán, para quienes está preparado el fuego eterno, para que Dios su sentencia mitigue, y la refleje para mejor, y a ellos de aquel fuego haga ajenos? ¿O habrá por ventura alguno, que también esto haber de ser presuma, afirmando que incluso los santos Ángeles junto con los santos hombres, que entonces iguales serán a los Ángeles de Dios, por los habiendo de ser condenados tanto ángeles como hombres han de orar,

para que por misericordia no padezcan lo que por la verdad merecen padecer? Lo cual nadie de sana fe dijo, nadie lo ha de decir. De otro modo ninguna causa hay, por qué no también ahora por el diablo y por sus ángeles ore la Iglesia, a la cual el Maestro Dios por sus enemigos mandó orar. Esta causa pues, por la que se hace que ahora la Iglesia no ore por los malos ángeles, a quienes sus enemigos ser conoció, es la misma causa, por la que se hará que en aquel entonces juicio también por los hombres con fuego eterno habiendo de ser atormentados, aunque perfecta sea en santidad, no ore. Ahora pues por eso por ellos ora, a quienes en el género humano tiene enemigos, porque tiempo es de penitencia fructuosa. Pues ¿qué principalmente por ellos ora, sino «que les dé Dios», como dice el Apóstol, «arrepentimiento, y vuelvan en sí de los lazos del diablo, por quien cautivos son tenidos según la voluntad de él» (II Tim. II, 25, 26)? Finalmente si de algunos así cierta fuera, que quiénes son aquellos incluso conociera, quienes aunque todavía en esta vida estén constituidos, sin embargo predestinados están a ir al fuego eterno con el diablo; tanto por ellos no oraría, como ni por él mismo. Pero porque de ninguno es cierta, ora por todos a lo menos hombres enemigos suyos en este cuerpo constituidos: ni sin embargo por todos es oída. Pues por estos solos es oída, quienes, aunque se adversan a la Iglesia, así son sin embargo predestinados, que por ellos sea oída la Iglesia, e hijos se efectúen de la Iglesia. Si algunos empero hasta la muerte tendrán corazón impenitente, ni de enemigos se

convirtieran en hijos, ¿acaso ya por ellos, esto es, por los espíritus de tales difuntos, ora la Iglesia? ¿Por qué así, sino porque ya en la parte del diablo se computa quien, mientras estaba en el cuerpo, no fue traslada a Cristo?

2. La misma por tanto causa es, por qué no se ore entonces por los hombres con fuego eterno habiendo de ser castigados, que causa es, que ni ahora, ni entonces se ore por los ángeles malos: que asimismo causa es, que aunque por los hombres, sin embargo ya ni ahora se ore por los infieles e impíos difuntos. Pues por algunos difuntos, o de la misma Iglesia, o de algunos piadosos es oída la oración: pero por aquellos de quienes regenerados en Cristo ni hasta tal punto la vida en el cuerpo mal gestionada fue, que por tal misericordia sean juzgados dignos de no ser, ni hasta tal punto bien, que tal misericordia se hallen necesaria no tener. Así como también hecha la resurrección de los muertos no faltarán a quienes tras las penas, que padecen los espíritus de los muertos, se les imparta misericordia, para que al fuego no sean enviados eterno. Pues ni de algunos verazmente se diría, que no se les perdonará ni en este siglo, ni en el futuro (Mat. XII, 32), sino que hubiera aquellos a quienes, aunque no en este, sin embargo se perdonará en el futuro. Pero cuando dicho fuera por el Juez de vivos y de muertos: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la constitución del mundo»; y a otros por el contrario: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo, y para sus án-

geles»; y: «Irán estos al suplicio eterno, los justos empero a la vida eterna» (Id. XXV, 34, 41, 46): de demasiada presunción es decir, que para ninguno de ellos el eterno suplicio no ha de ser, a quienes Dios habiendo de ir al suplicio dijo eterno, para que por la persuasión de esta presunción hacer, que de la misma también vida o se desespere o se dude eterna.

3. Nadie por tanto así entienda al Salmo cantando: «¿Acaso se olvidará de tener misericordia Dios, o contendrá en su ira sus miseraciones?» (Sal. LXXVI, 10); para que opine de los hombres buenos verdadera, de los malos falsa, o de los buenos hombres y malos ángeles verdadera, de los malos empero hombres falsa de Dios ser la sentencia. Esto pues que dice el Salmo, a los vasos de misericordia pertenece, y a los hijos de la promesa, de los cuales era uno también el mismo Profeta; quien cuando hubiera dicho: «¿Acaso se olvidará de tener misericordia Dios, o contendrá en su ira sus miseraciones?», continuamente subyugó: «Y dije: Ahora comencé, esta es la inmutación de la diestra del Excelso» (Ibíd. 11). Expuso ciertamente qué dijera: «¿Acaso contendrá en su ira sus miseraciones?». Pues ira de Dios es también esta vida mortal, donde el hombre a la vanidad semejante hecho fue, y sus días como sombra pasan (Sal. CXLIII, 4). En cuya sin embargo ira no se olvida de tener misericordia Dios, haciendo su sol salir sobre buenos y malos, y lloviendo sobre justos e injustos; y así no contiene en su ira sus miseraciones (Mat. V, 45): y máximamente en eso que expresó aquí el Salmo,

diciendo: «Ahora comencé, esta es la inmutación de la diestra del Excelso»; puesto que en esta misma aerumnosísima vida, que ira de Dios es, a los vasos de misericordia muda para mejor, aunque todavía en la miseria de esta corrupción permanezca su ira, porque ni en su misma ira contiene sus miseraciones. Cuando pues de este modo se complete la verdad de aquel divino cántico, no es ella necesario también allí entenderse, donde los no pertenecientes a la ciudad de Dios con sempiterno suplicio serán castigados. Pero a quienes place esta sentencia hasta aquellos tormentos de los impíos protender, al menos así entiendan, que, permaneciendo en ellos la ira de Dios, la cual en el eterno fue pronunciada suplicio, no contenga Dios en esta su ira sus miseraciones, y los haga no con tanta cuanta dignos son de las penas atrocidad ser atormentados; no para que aquellas penas o nunca suban, o alguna vez terminen, sino para que aquellas más mitigadas que los méritos son de ellos y más leves las padezcan. Así pues también la ira de Dios permanecerá, y en su misma ira sus miseraciones no contendrá. Lo cual ciertamente no por eso confirmo, porque no resisto.

4. Por lo demás, a aquellos que piensan que fue dicho más bien amenazadoramente que verazmente: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno»; e, «Irán estos al suplicio eterno» (Mat. XXV, 41, 46); y, «Serán atormentados por los siglos de los siglos» (Apoc. XX, 10), y, «Su gusano no morirá, y el fuego no se extinguirá» (Is. LXVI, 24), y las demás cosas de este tipo, no tanto yo,

cuanto la misma Escritura divina muy clarísimamente y muy plenamente los redarguye y refuta. Pues los ninivitas ciertamente en esta vida hicieron penitencia (Jon. III, 7); y por tanto fructuosa, como sembrando en este campo, en el cual Dios quiso que fuera sembrado con lágrimas, lo que después con alegría se segara (Sal. CXXV, 6): y sin embargo, ¿quién negará que lo que el Señor predijo, en ellos se hubiera cumplido, a no ser que poco advierta de qué modo Dios a los pecadores no solo airado, sino también compadecido los trastorna? Pues se trastornan los pecadores de dos modos: o como los sodomitas, para que por sus pecados los mismos hombres sean castigados, o como los ninivitas, para que los mismos pecados de los hombres por el arrepentimiento sean destruidos. Se hizo pues lo que predijo Dios: fue trastornada Nínive que era mala, y una buena fue edificada que no era. Pues permaneciendo los muros y las casas, fue trastornada la ciudad en sus perdidas costumbres. Y así aunque el Profeta se hubiera entristecido, porque no se hizo lo que aquellos hombres temieron que habría de venir profetizando él (Jon. IV, 1-3): se hizo sin embargo lo que fuera por la presciencia de Dios predicho; puesto que conocía quien predijo, de qué modo para mejor se habría de cumplir.

5. Pero para que conozcan estos perversamente misericordiosos a qué pertenece lo que está escrito: «¡Cuán grande multitud de tu dulzura, Señor, la cual escondiste para los que te temen!» lean lo que sigue: «pero perfeccionaste para los que esperan en ti» (Sal. XXX, 20). ¿Qué es, «Es-

condiste para los que temen, perfeccionaste para los que esperan», sino porque para aquellos que por el temor de las penas su propia justicia quieren constituir la cual está en la ley, no es la justicia de Dios dulce (Rom. X, 3), porque no la conocen? Pues no la gustaron. Pues en sí mismos esperan, no en él: y por tanto se les esconde la multitud de la dulzura de Dios; puesto que temen ciertamente a Dios, pero con aquel temor servil, que no está en la caridad, porque la perfecta caridad echa fuera el temor (I Juan IV, 18). Por eso para los que esperan en él perfecciona su dulzura, inspirándoles su caridad, para que con temor casto —no el que la caridad echa fuera, sino el que permanece por el siglo del siglo (Sal. XVIII, 10)— cuando se glorían, en el Señor se gloríen. Pues la justicia de Dios Cristo es, quien fue hecho para nosotros, como dice el Apóstol, «sabiduría de parte de Dios, y justicia, y santificación, y redención: para que como está escrito, el que se gloría, en el Señor se gloríe» (I Cor. I, 30 y 31). Esta justicia de Dios, la cual la gracia da sin méritos, no la conocen aquellos que su propia justicia quieren constituir, y por tanto a la justicia de Dios, que Cristo es, no están sujetos (Rom. X, 3). En la cual justicia hay mucha multitud de la dulzura de Dios, por la cual se dice en el Salmo: «Gustad, y ved cuán dulce es el Señor» (Sal. XXXIII, 9). Y esta ciertamente en esta peregrinación gustándola, no para la saciedad tomándola, la hambrearemos más bien y la sedeceremos, para que con ella después seamos saciados, cuando le veamos tal como es (I Juan III, 2), y se cumplirá lo que está escrito: «Me sa-

ciaré, cuando se manifestará tu gloria» (Sal. XVI, 15). Así perfecciona Cristo la mucha multitud de su dulzura para los que esperan en él. Además, empero, si esa dulzura suya, la cual ellos piensan, Dios la esconde para los que le temen por la cual no ha de condenar a los impíos, para que ignorando esto y temiendo ser condenados vivan rectamente, y así puedan ser quienes oren por los que no rectamente viven; ¿de qué modo la perfecciona para los que esperan en él, puesto que, como sueñan, por esta dulzura no ha de condenar a aquellos que no esperan en él? Aquella por tanto dulzura suya se busque la cual perfecciona para los que esperan en él, no la que se piensa perfeccionar para los que le desprecian y blasfeman. En vano por tanto el hombre tras este cuerpo inquiere, lo que en este cuerpo para sí comparar descuidó.

6. Aquello también apostólico: «Pues concluyó Dios a todos en la infidelidad, para de todos tener misericordia», no por eso fue dicho; porque a nadie haya de condenar: sino arriba aparece de dónde fue dicho. Pues cuando de los judíos que después habrían de creer hablaba el Apóstol a los gentiles, a los cuales ciertamente ya creyentes escribía las epístolas: «Pues así como vosotros —dijo— alguna vez no creísteis a Dios, ahora empero misericordia habéis conseguido por la incredulidad de ellos; así también estos ahora no creyeron en vuestra misericordia, para que también ellos misericordia consigan» (Rom. XI, 31, 32). Después subyugó, de donde estos para sí errando se adulan, y dijo: «Pues concluyó Dios

a todos en la infidelidad, para de todos tener misericordia». ¿A quiénes todos, sino de quienes hablaba, como diciendo, tanto a vosotros como a ellos? Dios pues tanto a los gentiles como a los judíos, a quienes preconoció y predestinó conformes a la imagen de su Hijo (Ibíd. VIII, 29), a todos en la infidelidad concluyó: para que de la amargura de su infidelidad arrepintiéndose confusos, y a la dulzura de la misericordia de Dios creyendo conversos, clamaran aquello en el Salmo: «¡Cuán grande multitud de tu dulzura, Señor, la cual escondiste para los que te temen, perfeccionaste empero para los que esperan», no en sí, sino «en ti!». De todos por tanto tiene misericordia de los vasos de misericordia. ¿Qué es, «de todos»? Tanto a saber de aquellos que de los gentiles, como de aquellos que de los judíos predestinó, llamó, justificó, glorificó; a ninguno de todos estos, no de todos los hombres, habiendo de condenar.

CAPÍTULO XXV.---Si estos que entre los herejes fueron bautizados, y peores después viviendo mal se hicieron, o estos que entre los católicos renacidos a las herejías o cismas pasaron, o estos que de los católicos entre los cuales renacieron, no apartándose, criminalmente vivir persistieron, puedan por el privilegio de los Sacramentos la remisión del eterno esperar suplicio. 1. Pero ya respondamos también a aquellos, que no solo al diablo y a sus ángeles, como tampoco estos, sino ni a los mismos siquiera todos los hombres la liberación del fuego eterno prometen; sino a aquellos tanto que por el Bautismo de Cristo fueron lavados y del cuerpo de él y de

la sangre partícipes fueron hechos, de cualquier modo que hubieran vivido, en cualquier herejía o impiedad hubieran estado. Pero les contradice el Apóstol, diciendo: «Manifiestas empero son las obras de la carne, las cuales son fornicación, inmundicia, lujuria, servidumbre de ídolos, venefícios, enemistades, contenciones, emulaciones, animosidades, disensiones, herejías, envidias, ebriedades, comilonas, y a estas semejantes: las cuales os predigo, como predije, que quienes tales cosas hacen, el reino de Dios no poseerán» (Gálat. V, 19-21). Esta ciertamente apostólica falsa es la sentencia, si tales tras cualesquiera tiempos liberados el reino de Dios poseerán. Pero puesto que falsa no es, ciertamente el reino de Dios no poseerán. Y si en la posesión del reino de Dios nunca estarán, por el eterno suplicio serán retenidos: puesto que no hay lugar medio, donde no esté en suplicio, quien por aquel no fuera constituido en el reino.

Por lo cual lo que dijo el Señor Jesús: «Este es el pan que del cielo descendió, para que si alguno de él comiera, no muera. Yo soy el pan vivo, que del cielo descendí; si alguno comiera de este pan, vivirá para siempre» (Juan VI, 50-52), de qué modo haya de ser recibido, merecidamente se busca. Y de estos ciertamente a quienes ahora respondemos, este entendimiento quitan aquellos a quienes después se ha de responder: estos son empero los que esta liberación, ni a todos los que tienen el sacramento del Bautismo y del cuerpo de Cristo, sino a solos los católicos, aunque viviendo mal, prometen: porque no solo,

dicen, por el sacramento, sino por la realidad misma comieron el cuerpo de Cristo, en aquel ciertamente cuerpo de él constituidos: de cuyo cuerpo dice el Apóstol: «Un solo pan, un solo cuerpo muchos somos» (I Cor. X, 17). Quien por tanto está en la unidad de su cuerpo, esto es, en la trabazón de los miembros cristianos, de cuyo cuerpo el sacramento los fieles comunicando del altar suelen recibir, él mismo verdaderamente ha de decirse que come el cuerpo de Cristo, y bebe la sangre de Cristo. Y por esto los herejes y cismáticos de esta unidad de cuerpo separados pueden el mismo percibir sacramento, pero no para sí útil, sino más bien incluso nocivo, por el cual sean juzgados más gravemente, que o más tarde liberados. No están ciertamente en aquel vínculo de la paz, que por aquel se expresa sacramento.

Pero de nuevo también estos que rectamente entienden, que no ha de decirse que come el cuerpo de Cristo, quien en el cuerpo no está de Cristo, no rectamente prometen a aquellos que o a la herejía, o también a la superstición de los gentiles, de aquella unidad de cuerpo caen, la liberación alguna vez del castigo del fuego eterno. Primero, porque deben atender, cuán intolerable y de la sana doctrina demasiado desviado sea, que muchos y casi todos, que herejías impías fundaron saliendo de la Iglesia católica, y se hicieron heresiarcas, mejores tengan causas, que estos que nunca fueron católicos, cuando en los lazos de ellos hubieran incidido; si a aquellos heresiarcas esto los hace ser liberados del suplicio sempiterno, que en la Iglesia católica bautizados

fueron, y el sacramento del cuerpo de Cristo en el verdadero cuerpo de Cristo primariamente recibieron: cuando peor ciertamente sea el desertor de la fe y de desertor impugnador de ella hecho, que aquel que no desertó la que nunca tuvo. Después porque también a estos les sale al paso el Apóstol las mismas palabras profiriendo, y enumeradas aquellas obras de la carne con la misma verdad prediciendo: «Que quienes tales cosas hacen, el reino de Dios no poseerán» (Gálat. V, 21).

4. De donde ni aquellos en costumbres perdidas y damnables deben estar seguros, que hasta el fin ciertamente como en la comunión de la Iglesia católica perseveran, mirando lo que fue dicho: «Quien perseverare hasta el fin, este será salvo» (Mat. X, 22); y por la iniquidad de la vida, la misma justicia de la vida, que para ellos Cristo es, desertan, sea fornicando, o bien otras inmundicias de crímenes, las cuales ni el Apóstol quiso expresar, en su cuerpo perpetrando, sea por la torpeza de la lujuria desbordándose, o bien alguna otra cosa de aquellas haciendo de las cuales dice: «Puesto que quienes tales cosas hacen, el reino de Dios no poseerán». Y por esto cualesquiera que hacen tales cosas, sino en el sempiterno suplicio no estarán, porque en el reino de Dios estar no podrán. Pues en estas perseverando hasta el fin de esta vida, no ciertamente han de decirse en Cristo haber perseverado hasta el fin: porque perseverar en Cristo, es en su fe perseverar. La cual fe, como la define el mismo apóstol, «obra por la caridad» (Gálat. V, 6). La caridad empero, como él mismo

en otro lugar dice, «mal no obra» (I Cor. XIII, 4; Rom. XIII, 10). Ni estos por tanto han de decirse que comen el cuerpo de Cristo; puesto que ni en los miembros han de ser contados de Cristo. Pues para de otras cosas callar, no pueden a la vez ser y miembros de Cristo, y miembros de una meretriz (I Cor. VI, 15). Finalmente él mismo diciendo: «Quien come mi carne, y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él» (Juan VI, 57); mostró qué sea no por lo que toca al sacramento, sino por la realidad verdaderamente el cuerpo de Cristo comer, y su sangre beber: esto es pues en Cristo permanecer, para que en él permanezca también Cristo. Pues así esto dijo, como si dijera: «Quien no en mí permanece, y en quien yo no permanezco, no se diga o estime comer mi cuerpo, o beber mi sangre». No por tanto permanecen en Cristo, quienes no son miembros de él. No son empero miembros de Cristo, quienes se hacen miembros de una meretriz, a no ser que aquel mal por el arrepentimiento hubieran dejado de ser, y a este bien por la reconciliación hubieran vuelto.

CAPÍTULO XXVI.

Qué sea en el fundamento tener a Cristo, y a quiénes se les prometa la salud casi por la quemadura del fuego.

1. Pero tienen, dicen, los cristianos católicos en el fundamento a Cristo, de cuya unidad no se apartaron, aunque a este fundamento sobreedificaron cualquier pésima vida, como madera, heno, estípula (I Cor. III, 11, 12): por tanto la recta fe, por la cual Cristo es fundamento, aunque con

daño, puesto que aquellas cosas que sobreedificadas fueron se quemarán, sin embargo podrá a ellos alguna vez de la perpetuidad de aquel fuego salvarlos. Respóndales brevemente el apóstol Santiago: «¿Si alguno dijera que él fe tiene, obras empero no tenga, acaso podrá la fe salvarle?» (Sant. II, 14). ¿Y quién es, dicen, de quien dice el apóstol Pablo: «Él empero salvo será, así sin embargo casi por el fuego» (I Cor. III, 15)? A la vez quién este sea, inquiramos: que este sin embargo no es, certísimo es, para que de dos Apóstoles las sentencias no mandemos a riña, si uno dice: «Aunque malas obras alguno tuviera, le salvará la fe por el fuego»; el otro empero: «¿Si obras no tenga, acaso podrá la fe salvarle?».

2. Encontraremos por tanto quién pueda salvarse por el fuego, si primero hubiéramos encontrado qué sea tener en el fundamento a Cristo. Lo cual para que de la misma similitud cuanto antes advirtamos: Nada en el edificio se antepone al fundamento; quienquiera por tanto así tiene en el corazón a Cristo, que no le anteponga las cosas terrenas y temporales ni aquellas que lícitas son y concedidas, tiene como fundamento a Cristo. Pero si las antepone, aunque parezca tener la fe de Cristo, no es sin embargo en él fundamento Cristo, a quien tales cosas se anteponen: cuánto más, si despreciando los saludables preceptos cometiera cosas ilícitas, no haber antepuesto a Cristo, sino haberlo pospuesto se convence, a quien tuvo en menos mandando o concediendo, mientras contra sus mandatos o concesiones eligió cumplir su propia libido por los crímenes. Si

por tanto algún cristiano ama a una meretriz, y a ella adhiriéndose un solo cuerpo se hace (Ibíd. VI, 16), ya en el fundamento no tiene a Cristo. Si alguno empero ama a su mujer, si según Cristo (Efes. V, 25), ¿quién de él dude que en el fundamento está Cristo? Si verdaderamente según este siglo, si carnalmente, si en la enfermedad de las concupiscencias, como también las gentes que no conocen a Dios (I Tes. IV, 5), también esto según el perdón lo concede el Apóstol, más bien por el Apóstol Cristo. Puede por tanto también este tener en el fundamento a Cristo. Pues si a él nada de tal afecto y placer anteponga, aunque sobreedifique madera, heno, estípula, Cristo es fundamento, por esto salvo será por el fuego. Pues delicias de este tipo y amores terrenos, por la unión conyugal ciertamente no damnables, el fuego de la tribulación los quemará: a cuyo fuego pertenecen tanto las orfandades, como cualesquiera calamidades que quitan estas cosas. Y por esto para aquel que edificó, será la edificación esa dañosa; porque no tendrá lo que sobreedificó, y por la pérdida de aquellas cosas será atormentado, con cuyo disfrute ciertamente se alegraba. Pero por este fuego salvo será por el mérito del fundamento, porque aunque si se le propusiera por un perseguidor si aquello, o a Cristo preferiría tener, aquello a Cristo no se antepondría. Mira en las palabras del Apóstol al hombre edificando sobre el fundamento oro, plata, piedras preciosas: «Quien sin mujer está —dice— piensa en las cosas que son de Dios, de qué modo agrade a Dios». Mira a otro edificando madera, heno,

estípula: «Quien empero al matrimonio unido está —dice— piensa en las cosas que son del mundo, de qué modo agrade a su mujer» (I Cor. VII, 32, 33). «La obra de cada uno se manifestará: pues el día la declarará»; el día ciertamente de la tribulación: «puesto que en el fuego —dice— se revelará» (Ibíd. III, 13). A la misma tribulación fuego la llama, como en otro lugar se lee: «Los vasos del alfarero los prueba el horno, y a los hombres justos la tentación de la tribulación» (Ecli. XXVII, 6). Y: «La obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si la obra de alguno permaneciera» (permanece pues lo que cada uno piensa las cosas que son de Dios, de qué modo agrade a Dios), «la cual sobreedificó, merced recibirá»: esto es, de donde pensó, esto tomará. «Si de alguno empero la obra ardiera, daño padecerá»: puesto que lo que había amado, no lo tendrá. «Él empero salvo será»; porque ninguna tribulación le movió de la estabilidad de aquel fundamento: «así sin embargo casi por el fuego» (I Cor. III, 13-15). Lo que pues sin seductor amor no tuvo, sin ardiente dolor no lo pierde. He aquí, cuanto a mí me parece, encontrado fue el fuego, que a ninguno de ellos condene, sino a uno enriquezca, a otro dañe, a ambos pruebe.

3. Pero si aquel fuego en este lugar quisiéramos recibir, de cual el Señor dirá a los de la izquierda: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno» (Mat. XXV, 41); para que en ellos también estos se crean ser, que edifican sobre el fundamento madera, heno, estípula, y a ellos de aquel fuego tras un tiempo por los malos méritos im-

partido los libre el mérito del buen fundamento: ¿qué arbitraremos a los de la derecha a quienes se dirá: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros» (Ibíd., 34), sino a aquellos que edificaron sobre el fundamento oro, plata, piedras preciosas? Pero a aquel fuego, de cual dicho fue: «así sin embargo casi por el fuego», si de este modo ha de ser entendido, ambos han de ser enviados, tanto a saber los de la derecha, como los de la izquierda. Pues por aquel fuego ambos han de ser probados, de cual dicho fue: «Pues el día lo declarará, puesto que en el fuego se revelará, y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará» (I Cor. III, 13). Si por tanto a ambos probará el fuego, para que si la obra de alguno permaneciera, esto es, no fuera por el fuego consumida, la cual sobreedificó, merced reciba; si de alguno empero la obra ardiera, daño padezca: ciertamente no es él mismo aquel eterno fuego. Pues a aquel solos los de la izquierda con la novísima y perpetua condenación serán enviados, este empero a los de la derecha prueba. Pero a unos de ellos así prueba, que el edificio que sobre Cristo fundamento por ellos hallara haber sido construido, no lo queme y consuma: a otros empero de otro modo, esto es, que lo que sobreedificaron, arda, y daño de ello padezcan; salvos se hagan empero, puesto que a Cristo en el fundamento establemente puesto con precelente caridad tuvieron. Si empero salvos se hicieran, ciertamente también a la derecha estarán, y con los demás oirán: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros»: no a la

izquierda, donde aquellos estarán, que salvos no serán, y por tanto oirán: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno». Nadie ciertamente de aquel fuego se salvará, porque al suplicio eterno irán aquellos todos (Mat. XXV, 46), donde el gusano de ellos no morirá, y el fuego no se extinguirá (Is. LXVI, 24), por el cual serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos (Apoc. XX, 10).

4. Tras la muerte ciertamente de este cuerpo, hasta que se llegue a aquel, que tras la resurrección de los cuerpos ha de ser de la condenación y de la remuneración último día, si en este intervalo de tiempo los espíritus de los muertos se dicen padecer fuego de este tipo, el cual no sientan aquellos que no tuvieron tales costumbres y amores en la vida de este cuerpo, que la madera, heno, estípula de ellos sea consumida; otros empero lo sientan que de tal modo consigo edificios llevaron, sea allí solo, sea tanto aquí como allí, sea por eso aquí para que no allí, las cosas seculares, aunque del castigo veniales, hallen el fuego ardiente de la transitoria tribulación consumiéndolas, no lo refuto, porque tal vez es verdad. Pues puede a aquella tribulación pertenecer también la misma muerte de la carne, la cual de la perpetración del primer pecado fue concebida, para que según el edificio de cada uno el tiempo que la sigue sea por cada uno sentido. Las persecuciones también por las cuales los mártires fueron coronados, y las que padecen cualesquiera cristianos, prueban ambos edificios como el fuego, y a unos consumen con los mismos edificadores, si a Cristo en ellos no hallan fundamento; a otros

sin ellos mismos, si lo hallan, porque, aunque con daño, salvos serán ellos mismos: a otros verdaderamente no consumen, porque tales hallan que permanezcan para siempre. Habrá también al fin del siglo tribulación en el tiempo del Anticristo, cual nunca antes hubo. Cuántos habrá entonces edificios, sea áureos, sea de heno, sobre el óptimo fundamento, que es Cristo Jesús, para que aquel fuego pruebe ambos, y de unos el gozo, de otros infiera el daño; a ningunos sin embargo pierda en quienes esto hallará, por el estable fundamento. Quienquiera empero, no digo a la mujer, de la cual también por la conmixtión de la carne usa para el carnal placer, sino los mismos que de deleites de este tipo ajenos son nombres de la piedad, por humano modo carnalmente amando a Cristo antepone, no le tiene en el fundamento, y por tanto no por el fuego salvo será, sino salvo no será, porque estar con el Salvador no podrá, quien de esta cosa muy abiertamente hablando dice: «Quien ama al padre o a la madre más que a mí, no es de mí digno: y quien ama al hijo o a la hija sobre mí, no es de mí digno» (Mat. X, 37). Pero quien estas necesidades así ama carnalmente, que sin embargo ellas a Cristo Señor no anteponga, y prefiera carecer de ellas mismas que de Cristo, si a este fuera de la tentación punto conducido, por el fuego salvo será: porque de la pérdida de ellas tanto es necesario que queme el dolor, cuanto se había pegado el amor. Además quien al padre, madre, hijos, hijas según Cristo hubiera amado, para que para su reino obtener y a él adherirse a aquellos consulte, o esto en ellos

ame, que miembros son de Cristo, lejos esté que aquel amor se halle en la madera, heno y estípula habiendo de ser consumido, sino totalmente al edificio áureo, argénteo, gema deputará. ¿Cómo empero puede a ellos amar más que a Cristo a quienes ama ciertamente por causa de Cristo?

CAPÍTULO XXVII.---Contra la persuasión de aquellos que piensan que no les obstaran los pecados, en los cuales, mientras hacían limosnas, persistieron. 1. Resta responder a ellos, que dicen que con el fuego eterno aquellos solamente han de arder, que por sus pecados hacer dignas limosnas descuidan, por aquello que dice el apóstol Santiago: "Pues el juicio sin misericordia para aquel que no hizo misericordia" (Santiago II, 13). Quien pues la hizo, dicen, aunque no haya corregido sus perdidas costumbres, sino nefaria y malvadamente entre sus mismas limosnas haya vivido, con misericordia para él será el juicio, para que o no sea condenado del todo, o después de algún tiempo de la condenación novísima sea librado. Ni por otra cosa estiman que Cristo de solo el aprecio y el descuido de las limosnas la discreción entre los de la derecha y los de la izquierda ha de hacer, de los cuales a unos al reino, a otros al suplicio envíe eterno. Para que además opinen que los cotidianos para sí, los cuales de hacer del todo no cesan, cualesquiera y cuantosquiera sean, por las limosnas pueden ser perdonados los pecados, la oración que enseñó el mismo Señor, tanto como sufragadora para sí intentan emplear, como testigo. Pues así como no hay, dicen, día, en que por los cristianos esta oración no se diga:

así no hay ningún cotidiano cualisquiera pecado, que por ella no sea perdonado, cuando decimos, "Perdónanos nuestras deudas"; si lo que sigue hacer cuidamos, "así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo VI, 12). Pues no dijo el Señor, dicen, Si perdonareis los pecados a los hombres, os perdonará vuestro Padre vuestros cotidianos pequeños pecados; sino, "os perdonará", dijo, "vuestros pecados" (Ibíd., 14). Cualesquiera pues o cuantosquiera sean, aunque diariamente se perpetren, ni de ellos la vida se aparte en mejor conmutada, por la limosna del perdón no negado se remiten para sí poder presumen.

2. Pero bien, que estos dignas por los pecados advierten que limosnas han de ser hechas: puesto que si dijeran que cualesquiera limosnas por los pecados tanto cotidianos como grandes y con cualquier cuantía de crímenes por la costumbre la misericordia puede impetrar divina, para que aquella cotidiana remisión se siguiera, verían que cosa decían absurda y ridícula. Pues así serían forzados a confesar que puede hacerse, que un hombre opulentísimo con diez monedillas diarias en limosnas gastadas, los homicidios, y los adulterios, y cualesquiera hechos nefarios redimiera. Lo cual si es absurdísimo e insanísimo de decir: ciertamente si se pregunta, cuáles sean dignas por los pecados las limosnas, de las cuales también aquel precursor de Cristo decía, "Haced pues frutos dignos de penitencia" (Mateo III, 8); sin duda alguna no se hallarán hacerlas, quienes su vida hasta la muerte con la perpetración de co-

tidianos crímenes atraviesan. Primero, porque en arrebatar cosas ajenas mucho más rapiñan, de las cuales muy poco a los pobres largando, a Cristo se juzgan en esto alimentar, para que la licencia de los malhechores habiéndola de él comprado, o diariamente más bien comprar creyendo, seguros cometieran condenables tantos. Quienes si por un solo crimen todas sus cosas distribuyeran a los indigentes miembros de Cristo, a no ser que desistieran de tales hechos, teniendo la caridad, que no obra perversamente (I Cor. XIII, 4), algo aprovecharles no podría. Quien pues dignas por sus pecados limosnas hace, primero a hacerlas empiece por sí mismo. Indigno es pues, que en sí no haga quien hace en el prójimo, cuando oye al Señor diciendo, "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mateo XXII, 39). E igualmente oiga, "Ten misericordia de tu alma agradando a Dios" (Ecli. XXX, 24). Esta limosna, esto es, para que a Dios agrade, no haciendo a su alma, ¿cómo dignas por sus pecados limosnas hacer ha de ser dicho? Para esto pues también aquello fue escrito: "Quien para sí es maligno, ¿para quién será bueno?" (Ibíd. XIV, 5). Las oraciones ciertamente ayudan las limosnas. Y ciertamente ha de mirarse lo que leemos: "Hijo, pecaste, no añadas de nuevo, y de los pasados ruega, para que te sean perdonados" (Ibíd. XXI, 1). Por esto pues las limosnas han de ser hechas, para que cuando por los pasados pecados rogamos, seamos oídos, no para que en ellos perseverando, licencia de malhacer nos por las limosnas comprar creamos.

3. Por esto además el Señor tanto a los de la derecha las limosnas por ellos hechas, como a los de la izquierda las no hechas que les imputaría predijo, para que de aquí mostrara cuánto valen las limosnas para lo anterior borrar, no para perpetuos impunemente cometer pecados. Tales además limosnas no han de ser dichos hacer quienes su vida no quieren de la costumbre de los crímenes en mejor conmutar. Porque también en esto que dice, "Cuando a uno de mis mínimos no hicisteis, a mí no me hicisteis" (Mateo XXV, 45); muestra que ellos no las hacen aun cuando se juzgan hacerlas. Pues si al cristiano hambriento el pan como a cristiano dieran, ciertamente para sí el pan de la justicia, que es el mismo Cristo, no negarían: puesto que Dios, no a quién se dé, sino con qué ánimo se dé, atiende. Quien pues a Cristo ama en el cristiano, con este ánimo a él alarga la limosna con el que accede a Cristo, no con el que quiere retroceder impune de Cristo. Tanto pues más cada uno deserta de Cristo, cuanto más ama lo que reprueba Cristo. Pues ¿qué a alguien aprovecha, que sea bautizado, si no es justificado? ¿Acaso quien dijo, "A no ser que alguien renaciere del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de Dios" (Juan III, 5); él mismo también dijo, "A no ser que abundare vuestra justicia sobre la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mateo V, 20)? ¿Por qué aquello temiendo muchos corren a bautizarse, y esto no temiendo no muchos cuidan justificarse? Así pues no dice a su hermano, "Necio", quien cuando esto dice, no a la misma

fraternidad, sino al pecado de él es infenso; de otro modo reo será del fuego de la Gehena (Ibíd., 22): así por el contrario, quien alarga la limosna al cristiano, no al cristiano la alarga, quien no en él ama a Cristo; no empero ama a Cristo, quien justificarse rehúsa en Cristo. Y del modo que si alguno hubiera sido preocupado por este delito, que a su hermano diga, "Necio", esto es, no su pecado queriendo quitar le injurie injustamente; poco es para él para esto redimir limosnas hacer, a no ser que también lo que allí sigue remedio de reconciliación añada. Allí pues se sigue: "Si pues ofreces tu don al altar, y allí te hubieres acordado, que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu don ante el altar, y ve, primero reconcíliate con tu hermano, y entonces viniendo ofrecerás tu don" (Ibíd., 23, 24). Así poco es limosnas cualesquiera hacer por cualquier crimen, y en la costumbre de los crímenes permanecer.

4. La oración ciertamente cotidiana, que enseñó el mismo Señor, de donde también dominica se denomina, borra ciertamente los cotidianos pecados, cuando diariamente se dice, "Perdónanos nuestras deudas"; y aquello que sigue no solo se dice, sino también se hace, "así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Ibíd. VI, 12): pero porque se hacen pecados, por eso se dice; no para que por eso se hagan, porque se dice. Por esta pues nos quiso el Salvador mostrar, por más que justamente en la tiniebla de esta vida y flaqueza vivamos, que no nos faltan pecados por los cuales debamos rogar que sean perdonados, y a los que en nosotros pecan, para

que también a nosotros se nos perdone, perdonar. No pues por eso el Señor dijo, "Si perdonareis los pecados a los hombres, os perdonará también vuestro Padre vuestros pecados" (Ibíd., 14), para que de esta oración confiados, seguros cotidianos crímenes hiciéramos, o por la potencia por la que no temiéramos las leyes de los hombres, o por la astucia por la que a los mismos hombres engañáramos: sino para que por ella aprendiéramos, a no pensar que nosotros estamos sin pecados, aunque de los crímenes fuéramos inmunes: como también de la Ley vieja a los sacerdotes esto mismo Dios sobre los sacrificios amonestó, los cuales mandó que ellos primero por los suyos, después por los pecados del pueblo ofrecieran (Levit. XVI, 6; Hebr. VII, 27). Pues también las mismas palabras de tan gran Maestro y Señor nuestro vigilantes han de ser miradas. Pues no dijo, Si perdonareis los pecados a los hombres, también vuestro Padre os perdonará cualesquiera pecados: sino dijo, "vuestros pecados". La cotidiana ciertamente oración enseñaba, y a los justificados ciertamente discípulos hablaba. ¿Qué es pues, "vuestros pecados", sino los pecados sin los cuales ni vosotros estaréis, que justificados y santificados estáis? Donde pues aquellos, que por esta oración ocasión de perpetrar diariamente crímenes buscan, dicen que el Señor significó también los grandes pecados, puesto que no dijo, Os perdonará los pequeños, sino "vuestros pecados": allí nosotros considerando a qué tales hablaba, y oyendo lo dicho, "vuestros pecados", nada otro debemos estimar sino los pequeños, puesto que

de tales ya no eran grandes. Sin embargo ni los mismos grandes, de los cuales del todo conmutadas en mejor las costumbres se ha de apartar, se perdonan a los que oran, a no ser que se haga lo que allí se dice, "así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores". Pues si los mínimos pecados, sin los cuales no es ni la vida de los justos, de otro modo no se remiten: ¿cuánto más en muchos y grandes crímenes envueltos, aunque de perpetrarlos ya desistan, ninguna indulgencia consiguen, si para remitir a otros lo que en ellos cada uno hubiera pecado, inexorables fueran, cuando dice el Señor, "Si empero no perdonareis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará a vosotros" (Mateo VI, 15)? Para esto pues vale lo que también Santiago apóstol dijo, que el juicio ha de ser sin misericordia para aquel que no hizo misericordia (Santiago II, 13). Venir ciertamente debe a la mente también aquel siervo, a quien deudor su señor le perdonó diez mil talentos; los cuales después mandó que devolviera, porque él mismo no se compadeció de su consiervo, que le debía cien denarios (Mateo XVIII, 23 y ss.). En estos pues que hijos son de la promesa y vasos de misericordia, vale lo que dijo el mismo apóstol, consiguientemente añadiendo, "Superexalta empero la misericordia al juicio" (Santiago II, 13). Puesto que también aquellos justos que con tanta santidad vivieron, que a otros también reciban en los tabernáculos eternos, de quienes amigos se hicieron del mamón de iniquidad (Lucas XVI, 9), para que tales fueran, por la misericordia fueron librados por aquel que

justifica al impío, imputando la merced según la gracia, no según el débito. En el número de ellos ciertamente está el Apóstol, que dice: "Misericordia alcancé, para ser fiel" (I Cor. VII, 25).

5. Aquellos empero que son recibidos por tales en los tabernáculos eternos, se ha de confesar que no están de estas costumbres dotados, para que para ellos ser librados sin el sufragio de los santos pueda su vida bastar, y por esto mucho más ampliamente en ellos superexalta la misericordia al juicio. Ni sin embargo por eso se ha de pensar que cualquiera sceleradísimo de ningún modo con la vida o buena o más tolerable conmutada, sea recibido en los tabernáculos eternos, porque sirvió a los santos con el mamón de iniquidad, esto es, con el dinero, o las riquezas, que mal habían sido adquiridas; o aunque bien, no sin embargo con las verdaderas, sino las que la iniquidad piensa ser riquezas, puesto que no sabe cuáles sean las verdaderas riquezas, de las cuales aquellos abundan, que también a otros reciben en los eternos tabernáculos. Es por tanto cierto modo de vida, ni tan mala, que a los que la viven, nada aproveche para alcanzar el reino de los cielos la largueza de las limosnas, con las cuales también de los justos se sustenta la penuria, y se hacen amigos que en los tabernáculos eternos reciban; ni tan buena, que para tanta bienaventuranza conseguir a ellos ella misma baste, a no ser que por los méritos de aquellos a quienes hicieron amigos, la misericordia consigan. (Suelo empero maravillarme de que también en Virgilio esta sentencia del Señor se halle, donde dice: "Haceos amigos del mamón de

iniquidad, para que también ellos mismos os reciban en los tabernáculos eternos" (Lucas XVI, 9). Cuya es también aquella muy semejante: "Quien recibe al profeta en nombre de profeta, merced de profeta recibirá, y quien recibe al justo en nombre de justo, merced de justo recibirá" (Mateo X, 41). Pues cuando los campos Elíseos aquel poeta describía, donde piensan que habitan las almas de los bienaventurados, no solo allí puso a aquellos, que por sus propios méritos a aquellas sedes pudieron llegar, sino que añadió, y dijo: "Y quienes de sí memoriosos a otros hicieron mereciendo"; (Eneida lib. 6, vers. 664) esto es, quienes merecieron a otros, y a ellos de sí memoriosos mereciendo hicieron. Absolutamente como si a ellos dijeran, lo que se frecuenta por la boca cristiana, cuando se encomienda a cada uno de los santos cada cual humilde, y dice: Sé de mí memorioso: y para que esto ser pueda, mereciendo lo hace.)

Pero cuál sea este modo, y cuáles sean los mismos pecados, que así impiden la llegada al reino de Dios, que sin embargo por los méritos de los santos amigos impetren indulgencia, es dificilísimo de hallar, peligrosísimo de definir. Yo ciertamente hasta este tiempo cuando de ello me ocupaba, a la indagación de ellos llegar no pude. Y tal vez por eso se ocultan, para que el estudio de aprovechar para todos los pecados evitar no se entorpezca. Puesto que si se supieran cuáles o qué tales sean los delitos, por los cuales aun permaneciendo ni por el provecho de la vida mejor consumidos la intercesión haya de ser inquirida y esperada de los justos, a ellos segura se envolvería

la humana desidia, ni cuidaría de ser desenvuelta de tales implicaciones por la expedición de virtud alguna, sino solamente buscaría por los méritos de otros ser librada, a quienes amigos para sí del mamón de iniquidad con la largueza de las limosnas hubiera hecho. Ahora empero mientras de la venial iniquidad, aunque persevere, se ignora el modo, ciertamente tanto el estudio en lo mejor aprovechar instando a la oración más vigilantes se emplea, como el cuidado de hacer del mamón de iniquidad santos amigos no se desprecia.

6. Pero aquella liberación que se hace o por las propias oraciones de cada uno, o por los santos que interceden, hace que cada uno no sea enviado al fuego eterno: no que cuando hubiera sido enviado, después de cualquier tiempo de allí sea arrancado. Pues también aquellos que piensan que así se ha de entender, lo que fue escrito, que la tierra buena da fruto abundante, uno al treinta, otro al sesenta, otro al ciento (Mateo XIII, 8): de modo que los santos por la diversidad de sus méritos, unos libren a treinta hombres, otros a sesenta, otros a ciento: esto en el día del juicio suelen sospechar que ha de ser, no después del juicio. Por cuya opinión cierto hombre cuando veía a los hombres prometiéndose impunidad para sí perversísimamente, por el hecho de que todos de este modo a la liberación poder pertenecer parecieran, elegantísimamente se dice que respondió, que mejor se ha de vivir bien, para que entre aquellos cada uno se halle, que por otros han de interceder para ser librados; no sea que tan pocos sean, que pronto al número suyo

o de treinta, o de sesenta, o de ciento cada uno de ellos llegando, muchos permanezcan que ser arrancados ya de las penas por la intercesión de ellos no puedan, y en ellos se halle quienquiera que para sí la esperanza del fruto ajeno con temeridad vanísima se promete. Esto baste haberme respondido a aquellos, que de las sagradas Letras, las cuales comunes tenemos, la autoridad no desprecian, sino que mal entendiéndolas, no lo que ellas hablan, sino esto más bien piensan que ha de ser lo que ellos mismos quieren. Dada por tanto esta respuesta, el libro, como prometimos, terminamos.

Libro VI

GÉSIMO SEGUNDO.

Del fin debido de la ciudad de Dios, esto es, de la eterna felicidad de los santos. Se construye la fe de la resurrección de los cuerpos, y se explica cuál haya de ser. Luego, dicho qué han de hacer los santos en cuerpos inmortales y espirituales, se termina la obra.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la condición de los Ángeles y de los hombres.

1. Según prometimos en el próximo libro superior, este último de toda esta obra contendrá la disputa sobre la eterna bienaventuranza de la ciudad de Dios. La cual no por la longitud de la edad por muchos siglos, aunque en algún momento haya de terminarse, recibió el nombre de eternidad; sino como está escrito en el Evangelio: "De su reino no habrá fin" (Lucas I, 33). Ni de tal modo que, al retirarse unos muriendo y otros sucediendo al nacer, aparezca en ella una especie de perpetuidad, como en el árbol que se viste de fronda perenne, parece permanecer la misma vitalidad, mientras, cayendo y resbalando las hojas, enseguida otras que nacen conservan la faz de la espesura; sino que todos en ella serán ciudada-

nos inmortales, alcanzando también los hombres lo que nunca los santos ángeles perdieron. Hará esto Dios omnipotentísimo, su fundador. Pues lo prometió, y no puede mentir; y a quienes de esto también daría fe, muchas cosas suyas, tanto no prometidas como prometidas, ya hizo.

2. Pues Él mismo es quien al principio fundó el mundo, lleno de todos los bienes visibles e inteligibles, en el cual nada mejor instituyó que los espíritus, a quienes dio inteligencia, y los prestó hábiles y capaces de sí para su contemplación, y los ligó en una sola sociedad, la cual llamamos santa y suprema ciudad, en la cual la cosa por la que sean sustentados y sean bienaventurados, Dios mismo es para ellos, como vida y sustento común. Quien dio a la misma naturaleza intelectual un libre albedrío tal que, si quisiera, desertara de Dios, a saber, su bienaventuranza, siguiéndole de continuo la miseria. Quien, como presintiera que algunos ángeles por la soberbia, por la cual ellos mismos quisieran bastarse a sí mismos para la vida bienaventurada, habrían de ser desertores de tan gran bien, no les quitó esta potestad, juzgando ser más potente y mejor aun de los males hacer bien, que no permitir que los males fuesen. Los cuales en absoluto serían nada, si una naturaleza mudable, aunque buena, e instituida por el sumo Dios y el inconmutable bien, que fundó todos los bienes, pecando no los hubiera hecho para sí misma. Por cuyo pecado también se convence por su propio testimonio, que ella fue fundada como una naturaleza buena. Pues si no fuera ella misma también un gran

bien, aunque no igual al Creador, ciertamente la deserción de Dios como de su luz no podría ser su mal. Pues así como la ceguera del ojo es un vicio, y lo mismo indica que el ojo fue creado para ver la luz, y por esto aun por su mismo vicio se muestra más excelente que los demás miembros el miembro capaz de luz (pues no por otra causa sería vicio suyo carecer de luz): así la naturaleza que gozaba de Dios, enseña que fue instituida óptima aun por el mismo vicio, por el cual por eso es miseria, porque no goza de Dios; el cual ligó la caída voluntaria de los ángeles con la justísima pena de la sempiterna infelicidad, y a los demás que permanecían en aquel sumo bien, para que de su permanencia sin fin estuviesen ciertos, les dio como premio de la misma permanencia. Quien hizo al hombre mismo también recto con el mismo libre albedrío, animal terrenal ciertamente, pero digno del cielo, si fuera coherente con su autor: siguiéndole la miseria igualmente, si lo desertara, cual conveniría a una naturaleza de este modo. A quien igualmente como presintiera que había de pecar con la prevaricación de la ley de Dios por la deserción de Dios, tampoco le quitó la potestad del libre albedrío, previendo al mismo tiempo, qué de bueno de su mal habría de hacer Él mismo, que de la progenie mortal meritoria y justamente condenada recoge por su gracia tanto pueblo, para que de allí supla y restaure la parte que cayó de los ángeles; y así aquella amada y suprema ciudad no sea defraudada del número de sus ciudadanos, sino que aun tal vez se alegre con uno más abundante.

CAPÍTULO II.

De la eterna e inconmutable voluntad de Dios.

1. Pues muchas cosas se hacen ciertamente por los malos contra la voluntad de Dios: pero de tanta sabiduría es Él y de tanta virtud, que a aquellos resultados o fines que Él mismo presintió como buenos y justos, tiendan todas las cosas que parecen adversas a su voluntad. Y por esto, cuando se dice que Dios muda su voluntad, de modo que a quienes era suave, por ejemplo, se vuelva airado, ellos más bien que Él mismo se mudan, y lo hallan a Él de algún modo mudado en aquellas cosas que padecen: así como se muda el sol para los ojos heridos, y se vuelve de algún modo áspero de suave, y de deleitable se hace molesto, permaneciendo él mismo en sí mismo el mismo que era. Se dice también voluntad de Dios la que Él hace en los corazones de los que obedecen a sus mandatos, de la cual dice el Apóstol: "Porque Dios es el que obra en vosotros aun el querer" (Filipenses II, 13). Así como la justicia de Dios no solo se dice de aquella por la cual Él mismo es justo, sino también de aquella que hace en el hombre que por Él es justificado: así también se llama ley suya la que es más bien de los hombres, pero por Él dada. Pues ciertamente eran hombres a quienes dijo Jesús: "En vuestra ley está escrito" (Juan VIII, 17): cuando en otro lugar leemos: "La ley de su Dios en su corazón." (Salmos XXXVI, 31). Según esta voluntad, que Dios obra en los hombres, también se dice querer lo que Él mismo no quiere, sino que hace a los suyos queriéndolo: así

como se dice haber conocido lo que hizo para que fuese conocido por quienes era ignorado. Pues diciendo el Apóstol: "Mas ahora conociendo a Dios, o más bien conocidos por Dios" (Gálatas IV, 9), no es lícito que creamos que entonces los conoció Dios, preconocidos antes de la constitución del mundo (I Pedro I, 20): sino que entonces se dijo haberlos conocido, porque entonces efectuó que fuesen conocidos. De estos modos de locución recuerdo haber disputado ya en los libros superiores. Según esta voluntad, por tanto, por la cual decimos que Dios quiere lo que hace que otros quieran, por quienes las cosas futuras se ignoran, quiere muchas cosas y no las hace.

2. Pues muchas cosas quieren sus santos que se hagan por Él, inspiradas por aquella santa voluntad, y no se hacen; como oran por algunos piadosa y santamente, y lo que oran no lo hace, aunque Él mismo haya hecho en ellos esta voluntad de orar por su santo Espíritu. Y por esto, cuando según Dios quieren y oran los santos para que cada uno sea salvo, podemos decir por aquel modo de locución: "Dios quiere y no hace"; para que digamos que Él mismo quiere, el cual hace que estos quieran. Pero según aquella voluntad suya que con su presciencia es sempiterna, ciertamente en el cielo y en la tierra todas las cosas que quiso, no solo pasadas o presentes, sino también futuras, ya las hizo (Salmos CXIII, 3b). Pero antes de que venga el tiempo en que quiso que se hiciese, lo que antes de los tiempos todos presintió y dispuso, decimos: "Se hará cuando Dios quisiere". Si, por el contrario, ignoramos no solo

el tiempo en que ha de ser, sino aun si ha de ser, decimos: "Se hará si Dios quisiere": no porque Dios haya de tener entonces una nueva voluntad que no tuvo, sino porque aquello que desde la eternidad fue preparado en su inconmutable voluntad, entonces será.

CAPÍTULO III.

De la promesa de la eterna bienaventuranza de los santos y de los perpetuos suplicios de los impíos.

Por lo cual, para pasar por alto otras muchísimas cosas, así como ahora vemos cumplirse en Cristo lo que prometió a Abraham, diciendo: "En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones" (Génesis XXII, 18): así lo que a la misma descendencia suya prometió, se cumplirá, donde dice por el profeta: "Resucitarán los que estaban en los monumentos"; y lo que dice: "Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, y no se acordarán de los primeros, ni subirán a su corazón; sino que hallarán alegría y regocijo en ella." He aquí que yo haré a Jerusalén regocijo y a mi pueblo alegría; y me regocijaré en Jerusalén, y me alegraré en mi pueblo; y no se oirá más en ella voz de llanto (Isaías XXVI, 19, según los LXX; LXV, 17-19, según los LXX). Y por otro profeta, lo que prenunció diciendo al mismo profeta: "En aquel tiempo se salvará todo tu pueblo que fuere hallado escrito en el libro: y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra (o, como algunos interpretaron, el montón) resucitarán; estos para la vida eterna, y aquellos para el oprobio y la confusión eterna"

(Daniel XII, 1 y 2). Y en otro lugar por el mismo profeta: "Recibirán el reino los santos del Altísimo, y lo obtendrán hasta el siglo, y hasta el siglo de los siglos" (Id. VII, 18). Y poco después: "Su reino", dice, "es un reino sempiterno" (Ibíd., 27). Y otras cosas que a esto pertenecen y que puse en el libro vigésimo (cap. 21 ss.), o las que no puse, y sin embargo están escritas en las mismas Letras: vendrán también estas, así como vinieron aquellas, que los incrédulos no pensaban que habían de venir. Pues el mismo Dios prometió ambas cosas, predijo que ambas habían de venir, a quien temen las divinidades de los paganos, por testimonio también de Porfirio, nobilísimo filósofo de los paganos.

CAPÍTULO IV.

Contra los sabios del mundo, que piensan que los cuerpos terrenales de los hombres no pueden ser trasladados a la habitación celestial.

Pero claramente hombres doctos y sabios, contra la fuerza de tan gran autoridad, la cual a todos los géneros de hombres, como tanto antes predijo, convirtió a creer y esperar esto, les parece argumentar agudamente contra la resurrección de los cuerpos, y decir lo que en el tercer libro de la República fue conmemorado por Cicerón. Pues cuando aseveraba que Hércules y Rómulo de hombres fueron hechos dioses: "Cuyos cuerpos", dice, "no fueron elevados al cielo; pues la naturaleza no permitiría que lo que fuese de la tierra, permaneciera sino en la tierra". Esta es la

gran razón de los sabios, "cuyos pensamientos conoce el Señor, que son vanos" (Salmos XCIII, 11). Pues si fuéramos solamente almas, esto es, espíritus sin cuerpo alguno, y habitando en el cielo no conociéramos a los animales terrenales, y se nos dijera que habría de ser que por animar cuerpos terrenales nos ligáramos con un vínculo admirable; ¿no argumentaríamos mucho más fuertemente rehusando creerlo, y diríamos que la naturaleza no permite que una cosa incorpórea se vincule con un ligamento corpóreo? Y sin embargo llena está la tierra de almas que vegetan estos miembros terrenales, de modo admirable entre sí conexos e implicados. ¿Por qué pues, queriéndolo el mismo Dios, que hizo este animal, no podrá el cuerpo terrenal ser elevado al cuerpo celestial, si el alma, más excelente que todo cuerpo, y por esto aun que el cuerpo celestial, pudo ser ligada al cuerpo terrenal? ¿O pudo una partícula terrenal tan exigua tener consigo algo mejor que el cuerpo celestial, para que tuviese sentido y vida, y desdeñará el cielo recibirla sintiendo y viviendo, o recibida no podrá sustentarla, cuando de cosa mejor siente y vive esta, que lo que es todo cuerpo celestial? Pero por eso ahora no se hace, porque aún no es el tiempo en que quiso que se hiciese, el cual esto que por verse ya se envileció, mucho más admirable que aquello que por estos no se cree, hizo. ¿Pues por qué no más vehementemente admiramos que las almas incorpóreas, más potentes que el cuerpo celestial, se liguen a cuerpos terrenales, que el que los cuerpos, aunque terrenales, se sublimen a sedes, aunque

celestiales sin embargo corpóreas, sino porque esto estamos acostumbrados a ver, y esto somos, aquello por el contrario aún no somos, ni alguna vez lo hemos visto todavía? Pues ciertamente consultada la sobria razón, se halla ser de una obra divina más admirable atajer de algún modo lo corpóreo a lo incorpóreo, que acoplar cuerpos y cuerpos, aunque diversos, porque aquellos son celestiales y estos terrestres.

CAPÍTULO V.

De la resurrección de la carne, la cual algunos no creen creyéndola el mundo.

Pero que esto fuera increíble alguna vez: he aquí que ya el mundo creyó el cuerpo terrenal de Cristo elevado al cielo; la resurrección de la carne y la ascensión a las sedes supremas, permaneciendo poquísimos y asombrados, tanto doctos como indoctos, ya creyeron tanto doctos como indoctos. Si creyeron una cosa creíble, vean cuán necios son los que no creen: pero si una cosa increíble fue creída, también esto ciertamente es increíble, que así haya sido creído lo que es increíble. Estos dos increíbles, a saber, la resurrección de nuestro cuerpo para la eternidad, y que el mundo habría de creer una cosa tan increíble, el mismo Dios, antes de que cualquiera de estas se hiciera, predijo que ambas habrían de ser (Mateo XXVI, 13). Uno de los dos increíbles ya vemos hecho, que el mundo creyera lo que era increíble: ¿por qué se desespera de lo que resta, que también venga esto, que el mundo creyó increíble, así

como ya vino aquello, que fue igualmente increíble, que el mundo creyera una cosa tan increíble, siendo así que ambos increíbles, de los cuales vemos uno y creemos el otro, fueron predichos en las mismas Letras por las cuales el mundo creyó? Y el modo mismo por el cual el mundo creyó, si se considera, se halla más increíble. A hombres indoctos en las disciplinas liberales, y en absoluto, en cuanto pertenece a las doctrinas de aquellos, rudos, no peritos en gramática, no armados con la dialéctica, no hinchados con la retórica, envió Cristo poquísimos pescadores con las redes de la fe al mar de este siglo, y así capturó tantos peces de todo género, y tanto más admirables, cuanto más raros, aun a los mismos filósofos. A aquellos dos increíbles, si place, o más bien porque debe placer, añadamos este tercero. Ya pues son tres los increíbles, que sin embargo han sido hechos. Es increíble que Cristo resucitara en la carne, y ascendiera al cielo con la carne: es increíble que el mundo creyera una cosa tan increíble: es increíble que hombres innobles, ínfimos, poquísimos, inexpertos pudieran persuadir al mundo tan eficazmente de una cosa tan increíble, y en él aun a los doctos. El primero de estos tres increíbles no quieren creer estos con quienes tratamos; el segundo se ven obligados aun a verlo; el cual no hallan de dónde haya sido hecho, si no creen el tercero. Ciertamente la resurrección de Cristo, y la ascensión al cielo con la carne en la que resucitó, ya se predica y se cree en todo el mundo: si no es creíble, ¿de dónde en todo el orbe de las tierras ya ha sido creída? Si muchos

nobles, sublimes, doctos dijeran haberla visto, y cuidaran de divulgar lo que vieron, no es maravilla que el mundo les creyera; pero es muy duro que estos aún no quieran creer: pero si, como es verdad, a unos pocos, oscuros, mínimos, indoctos que decían y escribían haberla visto creyó el mundo: ¿por qué unos pocos obstinadísimos, que permanecieron, no creen al mismo mundo que ya cree? El cual por eso creyó al número exiguo de hombres innobles, ínfimos, inexpertos, porque en tan despreciables testigos mucho más admirablemente la divinidad se persuadió a sí misma. Pues las elocuencias de los que persuadían lo que decían, fueron hechos admirables, no palabras. Pues los que no habían visto que Cristo resucitó en la carne, y con ella ascendió al cielo, creían a los que narraban haberlo visto, no solo hablando, sino también haciendo signos admirables. Pues a hombres que sabían que habían sido de una sola, o a lo más, de dos lenguas, de repente los oían hablar maravillosamente en las lenguas de todas las naciones (Hechos II). Veían que un cojo desde los pechos de su madre a la palabra de ellos en el nombre de Cristo después de cuarenta años se puso sano; que pañuelos quitados de sus cuerpos aprovechaban para sanar a los lánguidos; que en el camino por el cual habían de pasar puestos en orden innumerables que trabajaban con varios males, para que la sombra de los que caminaban pasara sobre ellos, solían recibir de continuo la salud; y otras muchas cosas estupendas hechas por ellos en el nombre de Cristo, por último aun veían que los muertos resucitaban (ibíd. III, IV).

Las cuales si, como se leen, conceden que fueron hechas, he aquí que tantos increíbles añadimos a aquellos tres increíbles; y para que se crea un increíble, que se dice de la resurrección de la carne y de la ascensión al cielo, amontonamos tantos testimonios de muchos increíbles, y aún no doblamos a los incrédulos de su horrenda dureza para creer. Si, por el contrario, por los Apóstoles de Cristo predicando la resurrección y la ascensión de Cristo para que se les creyera, aun estos milagros no creen que fueron hechos; este solo gran milagro nos basta, que el orbe de las tierras lo creyera sin milagros algunos.

CAPÍTULO VI.

Que Roma amando a su fundador Rómulo lo hizo dios; mas la Iglesia creyendo que Cristo es Dios lo amó.

1. Recordemos también en este lugar aquello que sobre la creída divinidad de Rómulo admira Tulio. Insertaré sus palabras tal como fueron escritas: "Más es de admirar en Rómulo", dice, "que los demás que se dice haber sido hechos dioses de hombres, fueron en siglos de los hombres menos eruditos, de modo que fuese más propensa la razón de fingir, al ser los inexpertos fácilmente impulsados a creer." Pero vemos que la edad de Rómulo fue hace menos de seiscientos años, con las letras y doctrinas ya inveteradas, y quitado todo aquel antiguo error de la inculta vida de los hombres". Y poco después sobre el mismo Rómulo así habla, lo cual pertenece a este sentido: "De lo cual se puede entender", dice, "que fue

por muchísimos años antes Homero que Rómulo, de modo que ya para los hombres doctos y los tiempos mismos eruditos apenas hubiese lugar alguno para fingir." Pues la antigüedad recibió fábulas, fingidas aun a veces desordenadamente; pero esta edad ya cultivada, especialmente eludiendo todo lo que no puede hacerse, lo rechaza" (De la República, libro 2, cap. 10, de aquí suplementado). Uno del número de los hombres más doctos, y el mismo elocuentísimo de todos, M. Tulio Cicerón, por eso dice que la divinidad de Rómulo fue admirablemente creída, porque fueron ya tiempos eruditos, que no recibirían la falsedad de las fábulas. ¿Pero quién creyó a Rómulo dios sino Roma, y ella pequeña e incipiente? Luego además fue necesario que la posteridad conservara lo que había recibido de los mayores, de modo que con aquella superstición bebida en cierto modo en la leche de la madre creciera la ciudad, y llegara a tan gran imperio, que desde su fastigio como desde un lugar más alto infundiera también a otras gentes, a las cuales dominara, esta opinión suya; de modo que no ciertamente creyeran, pero sin embargo dijeran que Rómulo era dios, para no ofender a la ciudad a la que servían sobre su fundador, nombrándolo de otro modo que Roma; la cual lo había creído no por amor de este error, sino sin embargo por error de amor. Pero Cristo, aunque sea fundador de la ciudad celestial y sempiterna, no sin embargo ella lo creyó Dios porque fuera fundada por Él: sino que más bien fue de fundar porque creyó. Roma a su fundador ya construida y dedicada lo

honró como dios en el templo: mas esta Jerusalén a su fundador Cristo Dios, para que pudiese ser construida y dedicada, lo puso en el fundamento de la fe. Aquella amándolo creyó que era dios, esta creyendo que era Dios lo amó. Así como pues precedió de dónde amara aquella, y de lo amado ya de buena gana creyera aun un falso bien; así precedió de dónde creyera esta, para que con recta fe, no temerariamente lo que era falso, sino lo que era verdadero amara. Pues exceptuados tantos y tan grandes milagros, que persuadieron que Cristo es Dios, precedieron también profecías divinas dignísimas de fe, las cuales en Él no como por los padres aún se creen que han de ser cumplidas, sino que ya se demuestran cumplidas. Sobre Rómulo por el contrario, porque fundó Roma y en ella reinó, se oye o se lee lo que se hizo, no lo que antes había sido profetizado; pero que fuera recibido entre los dioses, las letras lo tienen como creído, no lo enseñan como hecho. Pues con ningunos signos de cosas admirables se muestra haberle sucedido verdaderamente aquello. Pues aquella loba nodriza, lo que parece haber existido como un gran portento, ¿qué tal o cuánto es para demostrar a un dios? Pues ciertamente aunque no fuera una meretriz aquella loba, sino una bestia, siendo común a ambos, sin embargo su hermano no es tenido por dios. ¿Pero quién fue prohibido de decir que o Rómulo, o Hércules, u otros tales hombres eran dioses, y prefirió morir que no decirlo? ¿O de veras alguna de las gentes honraría entre sus dioses a Rómulo, si no obligara el miedo del nombre romano? ¿Quién

por lo demás contará, cuántos por cualquier saña de crueldad prefirieron ser matados, que negar a Cristo Dios? Por tanto el miedo de cualquier ligera indignación, que de los ánimos de los romanos se pensaba que podía existir si no se hacía, obligaba a algunas ciudades puestas bajo el derecho romano a honrar a Rómulo como dios: mas de honrar a Cristo Dios, y aun de confesarlo, tanta multitud de mártires por el orbe de la tierra no pudo el miedo retirarla, no de una ligera ofensa de los ánimos, sino de inmensas y varias penas, y de la misma muerte, que más que las demás se teme. Ni entonces la ciudad de Cristo, aunque aún peregrinara en las tierras, y tuviera sin embargo columnas de grandes pueblos, peleó contra sus impíos perseguidores por la salud temporal; sino más bien para que obtuviera la eterna, no resistió. Eran ligados, eran encerrados, eran azotados, eran atormentados, eran quemados, eran despedazados, eran degollados, y se multiplicaban. No era para ellos pelear por la salud, sino despreciar la salud por el Salvador.

2. Sé que en el tercer libro de Cicerón, si no me engaño, De la República, se disputa que ninguna guerra se emprende por la ciudad óptima, sino o por la fe o por la salud. Pero qué diga por la salud, o qué salud quiera que se entienda, en otro lugar lo demuestra, diciendo: "Pero de estas penas que aun los más necios sienten —pobreza, exilio, vínculos, azotes— a menudo escapan los particulares por la ofrecida celeridad de la muerte. Mas para las ciudades la muerte misma es una pena, que parece reivindicar a los individuos

de la pena." Pues debe estar constituida así la ciudad, que sea eterna. Por tanto no hay ningún perecimiento natural de la república como del hombre, en el cual la muerte no solo es necesaria, sino aun deseable muchas veces. Mas la ciudad, cuando es quitada, borrada, extinguida, es de algún modo semejante (para comparar lo pequeño con lo grande) como si todo este mundo pereciera y se desplomara". Esto lo dijo Cicerón por esto, porque siente con los platónicos que el mundo no ha de perecer. Consta pues que él quiso que la guerra se emprendiera por la ciudad por aquella salud por la cual sucede que permanezca aquí la ciudad, como dice, eterna, aunque mueran y nazcan los individuos; así como es perenne la espesura del olivo o del laurel, y de los demás árboles de este modo, por la caída y nacimiento de cada uno de los retoños. La muerte, ciertamente, como dice, no es pena de los hombres individuales sino de la ciudad entera, la cual por lo general reivindica a los individuos de la pena. De donde con mérito se pregunta, si hicieron rectamente los saguntinos, cuando prefirieron que toda su ciudad pereciera, antes que romper la fe por la cual con la misma república romana estaban ligados; en cuyo hecho son alabados por los hombres ciudadanos de la república terrenal. Pero cómo pudieran obedecer a esta disputa, no lo veo, donde se dice que ninguna guerra se ha de emprender sino o por la fe o por la salud; ni se dice, si en un solo peligro así concurrieran estas dos cosas, que una no pudiera mantenerse sin la pérdida de la otra, qué haya de ser más bien ele-

gido. Pues ciertamente si los saguntinos eligieran la salud, la fe les hubiera sido de desertar; si la fe se hubiera de mantener, la salud por de contado se había de perder, como así se hizo. Mas la salud de la ciudad de Dios es tal, que con la fe y por la fe puede mantenerse, o más bien adquirirse; mas perdida la fe, nadie puede llegar a ella. Cuál pensamiento de un corazón firmísimo y pacientísimo hizo tantos y tan grandes mártires, cual no tuvo ni uno siquiera, ni pudo tener, cuando es creído dios Rómulo.

CAPÍTULO VII.

Que el que el mundo creyera en Cristo fue obra del poder divino, no de la persuasión humana.

Pero es muy ridículo hacer mención de la falsa divinidad de Rómulo cuando hablamos de Cristo. No obstante, habiendo sido Rómulo casi seiscientos años antes de Cicerón, y diciéndose que aquella edad ya estaba cultivada por las doctrinas, de modo que rechazaba todo lo que no puede hacerse: cuánto más seiscientos años después, en el tiempo del mismo Cicerón, y sobre todo después bajo Augusto y Tiberio, en tiempos ciertamente más eruditos, la mente humana no podría soportar la resurrección de la carne de Cristo y su ascensión al cielo, como aquello que no puede hacerse, y rechazándolo con burla de los oídos y los corazones, si la divinidad de la verdad misma, o la verdad de la divinidad, y los signos de los milagros que daban testimonio no mostraran que pudo hacerse y que se hizo; para que, aterrando y

contradiciendo tantas y tan grandes persecuciones, la resurrección e inmortalidad de la carne —precediendo en Cristo, y luego para seguir en los demás hacia el nuevo siglo— fuera creída fidelísimamente, y predicada intrépidamente, y para que brotara más fecundamente fuera sembrada por el orbe de la tierra con la sangre de los mártires. Pues se leían los pregones precedentes de los profetas, concurrían los prodigios de las virtudes, y se persuadía la verdad nueva a la costumbre, no contraria a la razón, hasta que el orbe de la tierra que perseguía con furor, siguiera con fe.

CAPÍTULO VIII.

De los milagros que se hicieron para que el mundo creyera en Cristo, y que no cesan de hacerse creyendo ya el mundo.

1. ¿Por qué, dicen, no se hacen ahora aquellos milagros que pregonáis que se hicieron? Podría ciertamente decir que fueron necesarios antes de que creyera el mundo, para esto, para que el mundo creyera. Quienquiera que todavía busca prodigios para creer, él mismo es un gran prodigio, que no cree creyendo ya el mundo. Pero esto lo dicen para que ni siquiera entonces se crea que se hicieron aquellos milagros. ¿De dónde, pues, es cantado Cristo por doquier con tanta fe como subido al cielo con su carne? ¿De dónde en tiempos eruditos, y que rechazan todo lo que no puede hacerse, creyó el mundo cosas increíbles de modo demasiado admirable sin ningún milagro? ¿O dirán tal vez que fueron creíbles, y que por eso fueron creídas? ¿Por qué, pues, ellos mismos

no creen? Breve es, por tanto, nuestra síntesis: O a una cosa increíble, que no se veía, otras cosas increíbles, que sin embargo se hacían y se veían, dieron fe; o ciertamente la cosa era tan creíble, que no necesitaba de ningún milagro con que se persuadiera, y esto redarguye la excesiva infidelidad de estos. Esto diría para refutar a los más vanos. Pues que se hicieron muchos milagros, que atestiguaran aquel único grande y saludable milagro por el cual Cristo subió al cielo con la carne en que resucitó, no podemos negarlo. En efecto, en los mismos veracísimos Libros están escritas todas las cosas, tanto las que se hicieron como por qué razón de creer se hicieron. Estas cosas, para que hicieran fe, se dieron a conocer; estas cosas por la fe, que hicieron, se dan a conocer mucho más claramente. Se leen ciertamente entre los pueblos para que sean creídas; ni se leerían entre los pueblos si no fueran creídas. Pues aun ahora se hacen milagros en su nombre, sea por sus sacramentos, sea por las oraciones o memorias de sus santos; pero no se ilustran con la misma claridad, para que se difundan con tanta gloria como aquellos. Pues el canon de las sagradas Letras, que convenía que estuviera definido, hace que aquellas se reciten por doquier, y que se adhieran a la memoria de todos los pueblos; mas estas dondequiera que se hacen, apenas se saben allí por toda la ciudad misma o cualquier lugar de los que allí habitan. Pues por lo general aun allí poquísimos lo saben, ignorándolo los demás, máxime si es grande la ciudad; y cuando se narran en otra parte y a otros, no las recomienda tanta

autoridad que se crean sin dificultad o duda, aunque sean indicadas a cristianos fieles por fieles.

2. El milagro que se hizo en Milán cuando estábamos allí, cuando fue iluminado el ciego, pudo llegar a noticia de muchos, porque es grande la ciudad, y allí estaba entonces el Emperador, y con un inmenso pueblo como testigo se realizó el hecho, concurriendo a los cuerpos de los mártires Protasio y Gervasio; los cuales, estando ocultos y siendo totalmente ignorados, fueron hallados revelados en sueños al obispo Ambrosio; donde aquel ciego, expulsadas las viejas tinieblas, vio el día.

3. Pero en Cartago, ¿quién sabe, fuera de poquísimos, la salud que se hizo a Inocencio, ex abogado de la prefectura vicaria, donde nosotros estuvimos presentes y vimos con nuestros propios ojos? Pues viniendo de las partes de ultramar, a mí y a mi hermano Alipio, no siendo aún clérigos, pero ya sirviendo a Dios, como era con toda su casa religiosísimo, él mismo nos había recibido, y en su casa habitábamos entonces. Era curado por médicos: las fístulas, que tuvo numerosas e intrincadas en la parte posterior e inferior del cuerpo, ya se las habían cortado, y hacían lo demás con los medicamentos de su arte. Mas había padecido en aquella sección dolores y duraderos y agudos. Pero un seno entre muchos había engañado a los médicos, y de tal modo había estado oculto, que no lo tocaron, el cual debieron abrir con el hierro. Finalmente, sanados todos los que abiertos curaban, este solo había quedado, en el cual frustradamente se empleaba el

trabajo. Teniendo él sospechosas estas demoras, y temiendo mucho que de nuevo fuera cortado, lo que le había predicho otro médico doméstico suyo, al cual no habían admitido aquellos para que al menos viera cómo lo hacían cuando primero fue cortado, y habiéndolo él arrojado de casa airado, y apenas recibido, estalló y dijo: "¿Otra vez me vais a cortar? ¿A las palabras de aquel, que no quisisteis que estuviera presente, voy a venir?" Se burlaban ellos del médico inexperto, y mitigaban el miedo del hombre con buenas palabras y promesas. Pasaron también otros muchísimos días, y nada aprovechaba todo lo que se hacía. Los médicos sin embargo persistían en su promesa, de que ellos cerrarían aquel seno no con el hierro, sino con medicamentos. Trajeron también a otro médico ya anciano, y bastante alabado en aquel arte (pues todavía vivía), Amonio, el cual inspeccionado el lugar, prometió lo mismo que aquellos por la diligencia y pericia de ellos. Hecho él seguro por esta autoridad, se burló con faceta alegría de su médico doméstico, que había predicho la otra futura sección, como ya salvo. ¿Para qué más? Pasaron tantos días después consumidos inútilmente, que cansados y confusos confesaron que él de ningún modo podía sanar sino con el hierro. Se espantó, palideció turbado por el excesivo temor: y cuando se recobró, y pudo hablar, les mandó irse y no acercarse más a él; ni otra cosa le ocurrió fatigado por las lágrimas y por aquella ya necesidad constreñido, sino que llamara a un tal alejandrino, que entonces era tenido por cirujano admirable, para que él mismo hiciera lo que

airado no quería que fuera hecho por ellos. Pero después que vino aquel, y vio el trabajo de ellos en las cicatrices como artífice, cumpliendo el oficio de hombre bueno, persuadió al hombre que más bien aquellos que tanto en él habían trabajado, cuanto él mismo inspeccionando se admiraba, gozaran del fin de su curación; añadiendo que en verdad si no fuera cortado, no podría estar sano; pero que discrepaba mucho de sus costumbres que a los hombres cuya artificiosísima obra, industria y diligencia admiraba viendo en sus cicatrices, por lo poco que quedó, les quitara la palma de tanto trabajo. Fueron restituidos a su ánimo, y plugo que asistiendo el mismo alejandrino, ellos mismos abrieran con el hierro aquel seno que ya por consenso de todos de otro modo se juzgaba incurable. Lo cual se dilató para el día siguiente. Mas cuando se fueron aquellos, por el excesivo pesar del señor se originó en aquella casa tan gran dolor, que como el llanto de un funeral apenas era reprimido por nosotros. Lo visitaban diariamente santos varones, el obispo entonces de Uzala, Saturnino de santa memoria, y el presbítero Geloso, y los diáconos de la Iglesia de Cartago: en los cuales estaba, y de los cuales solo está ahora en las cosas humanas, ya obispo para ser nombrado con el honor por nosotros debido, Aurelio, con quien recordando las maravillosas obras de Dios, de esta cosa a menudo hemos hablado, y hemos hallado que él recuerda mucho lo que conmemoramos. Quienes cuando lo visitaban, como solían, al atardecer, les rogó con miserables lágrimas que por la mañana se dignaran estar presentes en

su funeral más bien que en su dolor. Pues tanto miedo de las anteriores penas le había invadido, que no dudaba que él entre las manos de los médicos había de morir. Lo consolaron ellos, y lo exhortaron a que confiara en Dios, y llevara varonilmente su voluntad. De allí entramos a la oración: donde fijando nosotros las rodillas por costumbre, e incumbiendo en tierra, él se arrojó de tal modo, como si hubiera sido por alguno que gravemente lo impulsaba postrado, y empezó a orar: ¿por qué modos, con qué afecto, con qué movimiento de ánimo, con qué río de lágrimas, con qué gemidos y sollozos que sacudían todos sus miembros y casi le cerraban el aliento, quién lo explicaría con algunas palabras? Si oraban los otros, y no a esto se apartaba la intención de ellos, no lo sabía. Yo sin embargo de ningún modo podía orar: esto solamente brevemente dije en mi corazón, "Señor, ¿qué súplicas de los tuyos escuchas, si estas no escuchas?" Pues nada me parecía que podía ya añadirse, sino que expirara orando. Nos levantamos, y recibida del obispo la bendición nos retiramos; rogando él que por la mañana asistieran, exhortándolos ellos a que estuviera con ánimo tranquilo. Amaneció el día que se temía, estaban presentes los siervos de Dios, como habían prometido que habían de estar; entraron los médicos, se preparan todas las cosas que aquella hora pedía; se sacan las tremendas herramientas, estando todos atónitos y suspensos. Mas a los de quienes era mayor la autoridad, erigiendo el desfallecimiento de su ánimo consolándolo, para las manos se componen los miem-

bros para cortar en el lecho; se sueltan los nudos de las ligaduras, se desnuda el lugar, inspecciona el médico, y armado e intento busca aquel seno que se ha de cortar. Escruta con los ojos, y lo toca con los dedos; tienta finalmente por todos los modos: halla una firmísima cicatriz. Ya aquella alegría y alabanza y acción de gracias al misericordioso y omnipotente Dios, que fue derramada por la boca de todos con llantos de gozo, no ha de ser confiada a mis palabras: piénsese más bien, que decirse.

3. En la misma Cartago, Inocencia, mujer religiosísima de los principales de la misma ciudad, tenía un cáncer en el pecho: cosa, según dicen los médicos, no sanable con ningún medicamento. O bien, por tanto, suele cortarse y separarse del cuerpo el miembro donde nace; o, para que el hombre viva algo más de tiempo, aunque de allí la muerte haya de estar presente por lenta que sea, según la sentencia de Hipócrates, según refieren (Aforismos, sect. 6, af. 38), se ha de omitir toda curación. Esto ella lo había recibido de un perito médico y muy familiar de su casa, y se había convertido a solo Dios orando. Es amonestada en sueños, acercándose la Pascua, a que en la parte de las mujeres que observaban junto al bautisterio, cualquiera mujer bautizada que primero le saliera al encuentro, le marcara el lugar con el signo de Cristo: lo hizo, y al punto se siguió la salud. Por cierto el médico que le había dicho que no aplicara ninguna curación si quería vivir un poco más de tiempo, cuando la hubo inspeccionado después, y la hubo hallado sanísima, a quien

antes había conocido que tenía aquel mal por tal inspección, le preguntó vehementemente qué había aplicado; deseando, según se da a entender, conocer el medicamento por el cual se venciera la definición de Hipócrates. Y cuando hubo oído de ella qué se había hecho, con voz como de quien desprecia y con el rostro de tal modo que ella temió que profiriera alguna palabra injuriosa contra Cristo, se dice que respondió con religiosa urbanidad: "Pensaba —dijo— que me ibas a decir algo grande". Y horrorizándose ya ella, pronto añadió: "¿Qué cosa grande hizo Cristo al sanar un cáncer, quien resucitó a un muerto de cuatro días (Juan XI)?". Yo, cuando hube oído esto, y me indignara vehementemente de que en aquella ciudad y en aquella persona, no por cierto oscura, estuviera tan oculto tan ingente milagro, por esto pensé que ella era de amonestar y casi de reprender. Quien habiéndome respondido que ella no había callado de ello, pregunté a aquellas que por azar entonces tenía consigo como matronas muy amigas, si esto antes lo habían sabido. Respondieron que de ningún modo lo habían sabido. "He aquí —dije— cómo no callas, que ni estas oyen, que se te unen con tanta familiaridad". Y porque brevemente se lo había preguntado, hice que, oyendo ellas y admirándose mucho y glorificando a Dios, indicara todo por orden, tal como fue realizado.

4. A un cierto médico podagroso en la misma ciudad, quien habiendo dado su nombre para el Bautismo, y el día antes de que se bautizara, en sueños por unos niños negros de pelo rizado,

a quienes entendía que eran demonios, se le hubiera prohibido bautizarse en el mismo año, y no obedeciéndoles, aun pisoteándole ellos los pies en dolor acerbísimo, cual nunca experimentó, hubiera ido, y más bien venciéndolos, no hubiera dilatado ser lavado por el lavacro de la regeneración, como había votado, en el Bautismo mismo careció no solo del dolor por el que era crucificado más de lo acostumbrado, sino aun de la podagra, ni más, habiendo vivido mucho después, le dolieron los pies, ¿quién lo sabe? Nosotros sin embargo lo sabemos, y poquísimos hermanos a quienes esto pudo llegar.

5. De los mimos, uno de Curubis fue hecho sano no solo de la parálisis, sino aun de un informe peso de los genitales, cuando se bautizaba; y librado de ambas molestias, como si nada de mal hubiera tenido en el cuerpo, subió de la fuente de la regeneración. ¿Quién sabe esto fuera de Curubis, y fuera de algunos rarísimos que esto dondequiera pudieron oír? Mas nosotros, cuando hubimos comprobado esto, mandándolo el santo obispo Aurelio, aun hicimos que viniera a Cartago; aunque antes lo hubiéramos oído de tales de cuya fe no pudiéramos dudar.

6. Hesperio, varón de rango tribunicio, está con nosotros; tiene en el territorio de Fusala una finca llamada Zubedi: donde habiendo comprobado que su casa padecía la violencia nociva de espíritus malignos con la aflicción de sus animales y siervos, rogó a nuestros presbíteros, en mi ausencia, que alguno de ellos fuera allá, a cuyas oraciones cedieran. Fue uno, ofreció allí

el sacrificio del cuerpo de Cristo, orando cuanto pudo para que cesara aquella vejación: apiadándose Dios al punto, cesó. Mas había recibido de un amigo suyo tierra santa traída de Jerusalén, donde Cristo sepultado resucitó al tercer día; y la había suspendido en su dormitorio, para que ni él mismo padeciera nada de mal. Pero cuando su casa fue purgada de aquella infestación, pensaba qué se haría de aquella tierra; la cual no quería tener más tiempo en su dormitorio por causa de la reverencia. Sucedió por azar que yo y mi colega entonces, Maximino, obispo de la iglesia de Sinitum, estábamos cerca; rogó que viniéramos, y vinimos. Y habiéndonos referido todo, pidió también esto, que se enterrara en algún lugar, y que allí se hiciera lugar de oraciones, donde también pudieran congregarse los cristianos para celebrar las cosas que son de Dios. No nos opusimos: se hizo. Había allí un joven paralítico rústico: oído esto pidió a sus padres que al punto lo llevaran a aquel lugar santo. Adonde habiendo sido llevado, oró, y de allí continuo se marchó sano por sus pies.

7. Se dice Victoriana a una villa, dista de Hipona Regia menos de treinta millas. Hay allí memoria de los mártires milaneses Protasio y Gervasio. Fue llevado allí un cierto adolescente, el cual cuando al mediodía en tiempo de estío lavaba un caballo en el remanso de un río, incurrió en un demonio. Allí estando tendido o muy próximo a la muerte o muy semejante a un muerto, a los himnos y oraciones vespertinas entró allá con sus esclavas y con algunas monjas según la

costumbre la dueña de la posesión; y empezaron a cantar himnos. Con cuya voz él como herido, fue sacudido: y con un terrible bramido asido el altar, no osando o no valiendo moverlo, como si a él hubiera sido ligado o fijado, lo sostenía: y con un gran alarido rogando que se le perdonara, confesaba dónde y cuándo y cómo invadió al adolescente. Finalmente, anunciando que él había de salir, nombraba sus miembros uno por uno, que amenazaba que él había de amputar al salir: y entre estas palabras se alejó del hombre. Mas su ojo, derramado sobre la mejilla, pendía por una tenue venilla como de una raíz interior, y todo su medio, que había sido negruzco, había blanqueado. Visto lo cual los que estaban presentes (pues habían concurrido también otros llamados por sus voces, y se habían postrado todos en oración por él), aunque se alegraran de que él estuviera con mente sana, de nuevo sin embargo por causa de su ojo contristados, decían que se debía buscar un médico. Allí el marido de su hermana, que lo había llevado allá, dijo: "Poderoso es Dios por las oraciones de los santos para devolver la luz, quien ahuyentó al demonio". Entonces, como pudo, el ojo caído y pendiente, revocado a su lugar lo ligó con un pañuelo: ni pensó que se debía soltar sino después de siete días. Lo cual cuando hubo hecho, lo halló sanísimo. Sanados fueron allí también otros, de los cuales es largo hablar.

8. A una cierta virgen hiponense sé, cuando se hubo ungido con aceite, al cual orando por ella un presbítero había destilado sus lágrimas, pronto haber sido sanada de un demonio. Sé también

que un obispo una vez oró por un adolescente, a quien no vio, y que él al punto careció de demonio.

9. Había un cierto anciano Florencio hiponense nuestro, hombre religioso y pobre; se sustentaba con el arte de sastre, había perdido la casaca (casula), y de dónde se la comprara no tenía: a los Veinte Mártires, cuya memoria entre nosotros es celebérrima, con voz clara, para que fuera vestido, oró. Lo oyeron unos adolescentes, que por azar estaban presentes, burlones; y saliendo tras él lo seguían hostigándolo, como si a los mártires hubiera pedido cincuenta folles de donde comprara el vestido. Pero caminando en silencio, vio un gran pez palpitante arrojado en la orilla, y con el favor y ayuda de ellos lo aprehendió, e indicando lo que se hizo a un cierto cocinero por nombre Catoso, bien cristiano, en la cocina de condimentos, lo vendió por trescientos folles, disponiendo comprar lana de allí, para que su mujer como pudiera le hiciera con qué se vistiera. Mas el cocinero cortando el pez, halló un anillo de oro en su vientre, y pronto movido por la compasión, y aterrado por la religión, se lo devolvió al hombre, diciendo: "He aquí cómo los Veinte Mártires te han vestido".

10. En Aguas Tibilitanas trayendo el obispo Proyectó las reliquias del mártir gloriosísimo Esteban, a su memoria venía el concurso y encuentro de una gran multitud. Allí una mujer ciega rogó que fuera conducida al obispo que las llevaba: dio las flores que llevaba; las recibió, las aplicó a los ojos, al punto vio. Estupefactos los

que estaban presentes, ella iba delante exultante, recorriendo el camino, y no requiriendo más guía del camino.

11. Lucilo obispo del mismo lugar llevaba la memoria del mencionado mártir, que está situada en el castillo Sinitense, que es vecino a la colonia Hiponense, precediendo y siguiendo el pueblo. Una fístula, de cuya molestia ya hacía mucho tiempo que había trabajado, y esperaba la mano de su muy familiar médico que la cortara, por el transporte de aquella piadosa carga de repente fue sanada: pues de allí en adelante no la halló en su cuerpo.

12. Eucario es presbítero de España, habita en Calama, trabajaba con un viejo mal de cálculo; por la memoria del sobredicho mártir, que el obispo Posidio llevó allá, fue hecho sano. El mismo después prevaleciendo otra enfermedad, muerto así yacía, que ya se le ligaban los pulgares: por el auxilio del mencionado mártir, habiendo sido reportada de su memoria y echada sobre el cuerpo del yacente la túnica del mismo presbítero, fue resucitado.

13. Hubo allí un varón en su orden principal, por nombre Marcial, ya grave por la edad, y mucho aborreciendo la religión cristiana. Tenía por cierto una hija fiel, y un yerno bautizado el mismo año. Quienes cuando a él enfermo con muchas y grandes lágrimas le rogaban que se hiciera cristiano, de todo punto se negó, y los apartó de sí con turbia indignación. Le pareció a su yerno que fuera a la memoria de san Esteban, y allí por él cuanto pudiera orara, para que Dios

le diera mente buena, por la cual no dilatara creer en Cristo. Hizo esto con ingente gemido y llanto, y con sinceramente ardiente afecto de piedad: luego retirándose, algo de las flores del altar, que le salió al paso, tomó; y habiendo ya noche, se lo puso a la cabeza: entonces se durmió. Y he aquí que antes del alba clama que se corriera al obispo, que conmigo por azar estaba entonces en Hipona. Como pues hubiera oído que él estaba ausente, pidió que vinieran presbíteros. Vinieron, dijo que creía, admirándose y alegrándose todos, fue bautizado. Esto, mientras vivió, tenía en la boca: "Cristo, recibe mi espíritu"; ignorando que estas palabras del beatísimo Esteban, cuando fue lapidado por los judíos, habían sido las últimas; las cuales para este también fueron las últimas: pues no mucho después también él falleció.

14. Sanados fueron allí por el mismo mártir también dos podagras, uno ciudadano, uno peregrino; pero el ciudadano de todo punto: mas el peregrino por revelación qué aplicara cuando le doliera, oyó; y habiendo hecho esto, el dolor continuo reposa.

15. Auduro es el nombre de una finca, donde hay una iglesia, y en ella la memoria del mártir Esteban. A un niño pequeño, cuando en la era jugaba, los bueyes que tiraban del vehículo saliéndose del camino, con la rueda lo aplastaron, y al punto palpitó expirando. A este la madre habiéndolo arrebatado lo puso en la misma memoria; y no solo revivió, sino que aun ileso apareció.

16. Una monja en una posesión vecina, que se dice Caspaliana, cuando trabajaba con enferme-

dad y se desesperaba de ella, a la misma memoria fue llevada su túnica: la cual antes de que fuera reportada, ella falleció. Sin embargo con esta túnica cubrieron su cadáver los padres, y recobrado el espíritu fue hecha sana.

17. En Hipona un tal Baso sirio a la memoria del mismo mártir oraba por su hija enferma y en peligro, y con él había traído allá su vestido: cuando he aquí que corrieron los criados de casa, que le anunciaran muerta. Pero cuando, orando él, fueron recibidos por sus amigos, les prohibieron decírselo a él, para que por lo público no llorara. Quien habiendo vuelto a casa ya sonando con los alaridos de los suyos, y habiendo echado sobre ella el vestido de la hija que llevaba, fue restituida a la vida.

18. Y de nuevo allí entre nosotros de Ireneo, hijo de un recaudador, por la enfermedad fue extinguido. Y cuando el cuerpo yacía exánime, y por los que lloraban y lamentaban se preparaban las exequias, un cierto amigo de él entre las palabras de otros que consolaban sugirió que con el aceite del mismo mártir se ungiera el cuerpo. Se hizo, y revivió.

19. E igualmente entre nosotros el varón tribunicio Eleusino sobre la memoria del mártir, que está en su finca suburbana, a su hijito infante exanimado por la enfermedad lo puso: y después de la oración, que con muchas lágrimas allí derramó, lo levantó viviente.

20. ¿Qué haré? Me urge la promesa de cumplir esta obra, para que no pueda aquí conmemorar todas las cosas que sé: y sin duda muchísimos

de los nuestros, cuando lean esto, se dolerán de que yo haya pasado por alto tantas cosas, que por cierto conmigo saben. A los cuales ya desde ahora ruego que me perdonen; y piensen de cuán prolixo trabajo sea hacer lo que me obliga a no hacer aquí la necesidad de la obra emprendida. Pues si los milagros de sanidades, por callar de otros, aquellos solamente quisiera escribir que por este mártir, esto es, el gloriosísimo Esteban, se hicieron en la colonia Calamense y en la nuestra, muchísimos libros se han de completar: ni sin embargo todas las cosas podrán ser recogidas, sino solo de las cuales se han dado libelos que se recitaran entre los pueblos. Pues eso quisimos que se hiciera, cuando veíamos que signos de divinas virtudes semejantes a los antiguos se frecuentaban aun en nuestros tiempos; y que ellos no debían perecer del conocimiento de muchos. Mas no es todavía un bienio desde que en Hipona Regia empezó a estar aquella memoria, y no habiéndose dado libelos (lo que nos es certísimo) por muchos de las cosas que maravillosamente se hicieron, aquellos mismos que se dieron al número de casi setenta habían llegado cuando escribí estas cosas. En Calama por cierto, donde también la memoria misma antes empezó a estar, y se dan más frecuentemente, con incomparable multitud superan.

21. En Uzali también, colonia vecina a Útica, conocimos muchas cosas preclaras hechas por el mismo mártir: cuya memoria fue allí constituida por el obispo Evodio mucho antes que entre nosotros. Pero no es allí costumbre dar libelos,

o más bien no lo era: pues quizás ahora ya ha empezado a serlo. Pues estando nosotros allí hace poco, a Petronia, mujer clarísima, que allí fue sanada maravillosamente de una grande y larga languidez en la cual todos los auxilios de los médicos habían fallado, la exhortamos, queriendo el sobredicho obispo del lugar, a que diera un libelo que se leyera al pueblo; y ella obedeció muy cumplidamente. En el cual puso también lo que aquí no puedo callar, aunque me veo compelido a apresurarme hacia aquellas cosas que urgen esta obra. Dijo haber sido persuadida por un cierto judío a que insertara un anillo en un ceñidor de pelo, el cual se ciñera bajo toda vestidura junto al cuerpo desnudo: cuyo anillo tuviera bajo la gema una piedra hallada en los riñones de un buey. Ligada con esto como por remedio, venía a los umbrales del santo mártir. Pero habiendo partido de Cartago, cuando se había quedado en su posesión en el confín del río Bagrada, levantándose para completar el viaje, vio aquel anillo yaciendo ante sus pies, y maravillada tentó la zona de pelo con que había sido ligada. La cual habiéndola hallado del todo apretada con sus nudos firmísimos, tal como había estado, sospechó que el anillo se había quebrado y saltado: el cual habiendo sido hallado íntegro, presumió que había recibido en cierto modo una prenda de la futura salud por tan gran milagro, y soltando aquel vínculo, junto con el mismo anillo, lo arrojó al río. No creen esto quienes tampoco creen que el Señor Jesús nació conservando íntegra la virginidad de su madre, y que entró a los discípulos con las puertas

cerradas: pero busquen esto ciertamente, y si lo hallaren verdadero, crean aquello. Es mujer clarísima, noblemente nacida, noblemente casada, vive en Cartago: la amplia ciudad y la amplia persona no permiten que la cosa se oculte a quienes la buscan. Ciertamente el mismo mártir, por cuya intercesión ella fue sanada, creyó en el Hijo de la virgen permanente, creyó en aquel que entró a los discípulos con las puertas cerradas: finalmente, por lo cual todas estas cosas son dichas por nosotros, creyó en aquel que ascendió al cielo con la carne en que había resucitado; y por eso por él se hacen tantas cosas, porque por esa fe puso su vida. Se hacen, pues, aun ahora muchos milagros, haciéndolos el mismo Dios por quienes quiere y como quiere, el cual también hizo aquellos que leemos: pero estos ni se dan a conocer de igual modo, ni, para que no caigan del ánimo, son golpeados por frecuente lectura como la grava de la memoria. Pues aun donde hay diligencia, que ahora entre nosotros ha empezado a haber, para que los libelos de aquellos que perciben beneficios se lean al pueblo, una vez oyen esto los que están presentes, y muchísimos no están presentes, de modo que ni aquellos que estuvieron presentes, después de algunos días, retienen en la mente lo que oyeron, y apenas se halla alguno de ellos que indique a aquel que supiere no haber estado presente lo que oyó.

22. Una cosa se ha hecho entre nosotros, no mayor que aquellas que he dicho, sino un milagro tan claro e ilustre, que no juzgo que haya nadie de los hiponenses que no haya visto esto o lo

haya aprendido, nadie que por alguna razón haya podido olvidarlo. Diez hermanos (de los cuales siete son varones, tres mujeres) de Cesarea de Capadocia, no innobles entre sus ciudadanos, por una reciente maldición de su madre, dejada desamparada por la muerte del padre de ellos, la cual llevó muy amargamente la injuria hecha a ella por ellos, fueron por orden divina coercionados con tal pena, que todos eran horriblemente sacudidos por un temblor de los miembros: en cuya feísima apariencia, no soportando los ojos de sus ciudadanos, vagaban por casi todo el orbe romano, por donde a cada uno le pareció ir. De estos también vinieron a nosotros dos, hermano y hermana, Paulo y Paladia, ya conocidos en otros muchos lugares por la miseria que los difamaba. Vinieron, pues, unos quince días antes de la Pascua, frecuentaban la iglesia diariamente, y en ella la memoria del gloriosísimo Esteban, orando para que ya Dios se aplacara con ellos y les devolviera la salud antigua. Y allí, y por dondequiera que iban, convertían hacia sí la mirada de la ciudad. Algunos que los habían visto en otra parte, y conocían la causa de su temblor, lo indicaban a otros como cada cual podía. Vino también la Pascua, y el mismo día domingo por la mañana, estando ya presente el pueblo frecuente, y sosteniendo el mismo joven orando las cancelas del lugar santo donde estaba el martirio, de repente fue postrado, y yació muy semejante a un durmiente: pero no temblando, como solía hacer aun durante el sueño. Pasmados los que estaban presentes, y unos temerosos, otros doliéndose,

queriendo algunos levantarlo, varios lo prohibieron, y dijeron que más bien se debía esperar el desenlace. Y he aquí que se levantó, y no temblaba, porque había sido sanado, y estaba incólume, mirando a los que le miraban. ¿Quién, pues, se contuvo de las alabanzas de Dios? Con voces de los que clamaban y felicitaban se llenó la iglesia por todas partes. De allí se corre hacia mí, donde estaba sentado ya para proceder: irrumpe uno tras otro, anunciando cada posterior como nuevo lo que el otro anterior había dicho: y alegrándome yo y dando gracias a Dios en mi interior, entra también él mismo con muchos, se inclina ante mis rodillas, se levanta para mi beso. Procedemos al pueblo, llena estaba la iglesia, resonaba con voces de alegrías: «¡Gracias a Dios! ¡Alabanzas a Dios!», sin que nadie callara, clamando de aquí y de allá. Saludé al pueblo, y de nuevo clamaban lo mismo con voz más ferviente. Hecho al fin silencio, se leyeron las solemnidades de las divinas Escrituras. Mas cuando se llegó al lugar de mi sermón, dije pocas cosas según el tiempo y por la amenidad de aquel gozo. Pues permití que ellos más bien consideraran en la obra divina una cierta elocuencia de Dios, que no que la oyeran. Con nosotros comió el hombre, y diligentemente nos indicó toda la historia de su calamidad y la de su madre y hermanos. Así pues, al día siguiente, después de dado el sermón, prometí al pueblo que al día siguiente se leería el libelo de su narración (Serm. 321). Lo cual, haciéndose al tercer día del domingo de Pascua en las gradas de la exedra, en la cual hablaba yo desde un lugar superior, hice

estar de pie a ambos hermanos mientras se leía el libelo de ellos (Serm. 322). Miraba el pueblo entero de ambos sexos, a uno de pie sin deforme movimiento, a la otra temblando con todos sus miembros. Y los que no le habían visto a él, lo que en él se había hecho de la divina misericordia, lo percibían en su hermana. Pues veían por qué en él se debía felicitar, y por qué por ella se debía orar. Entre tanto, leído el libelo de ellos, mandé que se retiraran de la vista del pueblo; y había empezado a disputar algo más diligentemente sobre toda aquella causa, cuando he aquí que, disputando yo, se oyen otras voces de nueva felicitación de la memoria del mártir. Se volvieron allá los que me oían, y empezaron a concurrir. Pues ella, cuando bajó de las gradas en que había estado de pie, se había dirigido a orar al santo mártir. La cual, tan pronto como tocó las cancelas, colapsada de igual modo como en un sueño, se levantó sana. Mientras, pues, requeríamos qué se había hecho, de dónde había surgido aquel estrépito alegre, entraron con ella en la basílica donde estábamos, trayéndola sana del lugar del mártir. Entonces por cierto se originó tan gran clamor de admiración de ambos sexos, que la voz continuada con lágrimas no parecía poder terminarse (Vid. Serm. 323). Fue conducida a aquel lugar donde poco antes había estado temblando. Se regocijaban de que ella fuera semejante al hermano, por quien se habían dolido de que hubiera permanecido disímil: y veían que sus oraciones aún no derramadas por ella, pero ya sin embargo la voluntad previa, había sido tan pronto escuchada. Se regocijaban

en alabanza de Dios con voz sin palabras, con tanto estrépito, cuanto apenas podrían soportar nuestros oídos. ¿Qué había en los corazones de los que se regocijaban, sino la fe de Cristo, por la cual fue derramada la sangre de Esteban?

CAPÍTULO IX.

Que todos los milagros que se hacen por los mártires en el nombre de Cristo, dan testimonio a aquella fe por la cual los mártires creyeron en Cristo.

¿A qué, si no a esta fe, atestiguan esos milagros, en la cual se predica que Cristo resucitó en la carne, y ascendió al cielo con la carne? Porque también los mismos mártires de esta fe fueron mártires, esto es, testigos de esta fe, dando testimonio a esta fe sobrellevaron un mundo enemiguísimo y crudelísimo; y lo vencieron, no resistiendo, sino muriendo. Por esa fe murieron quienes pueden alcanzar estas cosas del Señor, por cuyo nombre fueron muertos. Por esta fe precedió la admirable paciencia de ellos, para que en estos milagros siguiera tan grande potencia. Pues si la resurrección de la carne para la eternidad o no previno en Cristo, o no ha de venir, tal como es prenunciada por Cristo, o como fue prenunciada por los profetas, por quienes fue prenunciado Cristo; ¿por qué aun los muertos pueden tanto, ellos que por aquella fe, por la cual se predica esta resurrección, fueron muertos? Pues ya sea que Dios mismo por sí mismo de modo admirable, por el cual el Eterno obra las cosas temporales, ya sea que por sus ministros haga estas cosas; y

esas mismas que hace por ministros, ya sea que algunas haga también por los espíritus de los mártires, como por hombres todavía constituidos en el cuerpo; ya sea que todas estas cosas por los ángeles, a quienes invisible, inconmutable e incorpóreamente manda, las obre; de modo que lo que se dice hacerse por los mártires, se haga orando ellos solamente y alcanzándolo, no también obrándolo; ya sea de otros modos para estos, otros para aquellos, los cuales de ningún modo pueden ser comprendidos por los mortales: sin embargo atestiguan a esta fe, en la cual se predica la resurrección de la carne para la eternidad.

CAPÍTULO X.

Cuán más dignamente son honrados los mártires, que por eso alcanzan muchas maravillas para que el Dios verdadero sea cultivado, que los demonios, que por esto hacen algunas cosas para que ellos mismos sean creídos ser dioses.

Aquí tal vez dirán que también sus dioses hicieron algunas maravillas. Bien, si ya empiezan a comparar sus dioses con nuestros hombres muertos. ¿O dirán también que tienen dioses de hombres muertos, como Hércules, como Rómulo, como otros muchos, a quienes opinan haber sido recibidos en el número de los dioses? Pero para nosotros los mártires no son dioses: porque conocemos un solo y mismo Dios tanto nuestro como de los mártires. Ni sin embargo a los milagros que se hacen por las memorias de nuestros mártires, de ningún modo han de ser comparados los milagros que se refieren hechos por los templos de

aquellos. Pero si algunos parecen semejantes, como por Moisés los magos de Faraón (Éxod. VIII), así sus dioses fueron vencidos por nuestros mártires. Hicieron, pues, aquellas cosas los demonios con aquel fasto de impura soberbia, por el cual quisieron ser los dioses de ellos: mas hacen estas cosas los mártires, o más bien Dios o por sus oraciones o cooperando ellos, para que aquella fe aproveche, por la cual creamos que ellos no son nuestros dioses, sino que tienen un solo Dios con nosotros. Finalmente, aquellos a tales dioses suyos edificaron también templos, y establecieron aras, e instituyeron sacerdotes, e hicieron sacrificios: nosotros en cambio a nuestros mártires no les fabricamos templos como a dioses, sino memorias como a hombres muertos, cuyos espíritus viven ante Dios; ni allí erigimos altares en los cuales sacrifiquemos a los mártires, sino al único Dios tanto de los mártires como nuestro: en cuyo sacrificio, como hombres de Dios que vencieron al mundo en la confesión de él, son nombrados en su lugar y orden; pero no son invocados por el sacerdote que sacrifica. Pues a Dios, no a ellos sacrifica, aunque sacrifique en la memoria de ellos: porque es sacerdote de Dios, no de ellos. El mismo sacrificio por cierto es el cuerpo de Cristo, el cual no se ofrece a ellos, porque esto son también ellos mismos. ¿A quiénes pues se ha de creer más bien cuando hacen milagros? ¿A aquellos que quieren ser tenidos por dioses por quienes les hacen esas cosas; o a aquellos que, para que se crea en Dios, lo que también es Cristo, hacen cualquier cosa admirable que hacen? ¿A aquellos que quisieron

que sus ritos sagrados fueran también sus crímenes; o a aquellos que ni sus alabanzas quieren que sean sus ritos sagrados, sino que todo lo que verazmente son alabados, aproveche para la gloria de aquel en quien son alabados? En el Señor por cierto son alabadas las almas de ellos (Sal. XXXIII, 3). Creámosles pues a ellos tanto cuando dicen verdades como cuando hacen maravillas. Pues diciendo verdades, padecieron para que pudieran hacer maravillas. Entre esas verdades es principal la de que Cristo resucitó de entre los muertos, y mostró el primero en su carne la inmortalidad de la resurrección, la cual nos prometió que nos asistiría, o al principio del siglo nuevo, o al fin de este.

CAPÍTULO XI.

Contra los platónicos, que por los pesos naturales de los elementos argumentan que un cuerpo terreno no puede estar en el cielo.

1. Contra el cual gran don de Dios estos razonadores, cuyos pensamientos conoce el Señor que son vanos (Sal. XCIII, 11), argumentan por los pesos de los elementos: porque a saber, aprendieron de su maestro Platón que los dos cuerpos máximos y extremos del mundo están acoplados y conjuntados por dos medios, a saber, el aire y el agua. Y por esto, dicen, puesto que desde aquí hacia arriba la tierra es el primero, segundo el agua sobre la tierra, tercero el aire sobre el agua, cuarto sobre el aire el cielo; no puede haber un cuerpo terreno en el cielo. Pues por sus momen-

tos propios, para que mantengan su orden, se equilibran cada uno de los elementos. He aquí con qué argumentos la humana flaqueza, a la que posee la vanidad, contradice la omnipotencia de Dios. ¿Qué hacen pues en el aire tantos cuerpos terrenos, siendo el aire el tercero desde la tierra? A menos que por azar, quien por la ligereza de las plumas y de las alas dio a los cuerpos terrenos de las aves que fueran llevados en el aire, no pueda dar a los cuerpos de los hombres hechos inmortales la virtud por la cual valgan para habitar aun en el sumo cielo. Los mismos animales terrenos también, que no pueden volar, entre los cuales están también los hombres, así como los peces bajo el agua, que son animales de las aguas, así debieron vivir bajo la tierra. ¿Por qué pues no al menos del segundo, esto es, de las aguas, sino del elemento tercero el animal terreno toma esta vida? ¿por qué perteneciendo a la tierra, si se le obliga a vivir en el segundo elemento que está sobre la tierra, al punto se sofoca, y para que viva, vive en el tercero? ¿acaso yerra aquí el orden de los elementos, o más bien falta no en la naturaleza de las cosas, sino en las argumentaciones de estos? Omito decir lo que ya en el libro decimotercero dije (cap. 18), cuántos cuerpos terrenos son pesados, como el plomo, y sin embargo reciben del artífice una forma por la cual puedan nadar sobre el agua: ¿y para que reciba una cualidad el cuerpo humano, por la cual sea llevado al cielo y pueda estar en el cielo, se contradice al Artífice omnipotente?

2. Ya en verdad, contra aquello que dije arriba, aun considerando y tratando ese orden de los elementos en el cual confían, no hallan absolutamente qué decir. Pues así es desde aquí hacia arriba: primero la tierra, segundo el agua, tercero el aire, cuarto el cielo, de modo que sobre todo esté la naturaleza del alma. Pues también Aristóteles dijo que ella es un quinto cuerpo, y Platón ninguno. Si fuera el quinto, ciertamente sería superior a los demás: pero cuando no es ninguno, mucho más supera a todos. En el cuerpo terreno, pues, ¿qué hace? en esta mole ¿qué hace ella, más sutil que todas? en este peso ¿qué hace ella, más ligera que todas? en esta tardanza ¿qué hace ella, más veloz que todas? ¿Acaso por el mérito de esta naturaleza tan excelente no podrá lograrse que su cuerpo sea levantado al cielo, y pudiendo ahora la naturaleza de los cuerpos terrenos deprimir a las almas hacia abajo, alguna vez tampoco las almas valdrán para levantar hacia arriba los cuerpos terrenos?

3. Ya si venimos a los milagros de ellos, que hechos por sus dioses oponen a nuestros mártires, ¿acaso no se hallará que ellos mismos hacen a nuestro favor y nos aprovechan del todo? Pues entre los grandes milagros de sus dioses, por cierto es grande aquel que Varrón conmemora, que una virgen vestal, cuando peligraba por falsa sospecha de estupro, llenó un criba con agua del Tíber, y la llevó ante sus jueces sin que ninguna parte de ella goteara. ¿Quién sostuvo el peso del agua sobre la criba? ¿quién con tantos agujeros patentes no permitió que nada de allí cayera a

la tierra? Van a responder: Algún dios, o algún demonio. Si es dios, ¿acaso es mayor que el Dios que hizo este mundo? Si es demonio, ¿acaso es más potente que el ángel que sirve a Dios, por quien fue hecho el mundo? Si pues un dios menor, o un ángel, o un demonio pudo así suspender el peso del elemento húmedo, que pareciera haber sido mudada la naturaleza de las aguas: ¿acaso así Dios omnipotente, que creó él mismo todos los elementos, no podrá quitar al cuerpo terreno el pesado peso, para que en el mismo elemento habite el cuerpo vivificado, en el cual quisiere el espíritu vivificante?

4. Luego, como pongan al aire como medio entre el fuego por arriba y el agua por abajo, ¿qué es lo que lo hallamos a menudo entre el agua y el agua, y entre el agua y la tierra? ¿Qué quieren, en efecto, que sean las nubes acuosas, entre las cuales y los mares se halla el aire en medio? ¿Por qué peso y orden de los elementos, pregunto, se logra que torrentes violentísimos y muy undosos, antes de que corran por las tierras bajo el aire, pendan sobre el aire en las nubes? ¿Por qué, finalmente, el aire es medio entre las cimas del cielo y las desnudas tierras, por dondequiera que se extiende el orbe, si su lugar ha sido constituido entre el cielo y las aguas, como el de las aguas entre él mismo y las tierras?

5. Por último, si así ha sido dispuesto el orden de los elementos que, según Platón, por los dos medios, esto es, aire y agua, se junten los dos extremos, esto es, fuego y tierra, y aquel obtenga el lugar de lo sumo del cielo, y esta en cambio

el de lo ínfimo, como fundamento del mundo, y por eso la tierra no puede estar en el cielo; ¿por qué está el fuego mismo en la tierra? Pues según esta razón, así debieron estar esos dos elementos en sus lugares propios, ínfimo y sumo, la tierra y el fuego, de modo que así como no quieren que pueda estar en lo sumo lo que es de lo ínfimo, así tampoco en lo ínfimo pudiera estar lo que es de lo sumo. Así como, pues, piensan que ninguna partícula de tierra ni está ni habrá de estar en el cielo, así ninguna partícula debimos ver de fuego en la tierra. Mas ahora no solo en las tierras, sino aun bajo las tierras es así, que lo eructan las cimas de los montes; fuera de que en los usos de los hombres vemos tanto que hay fuego en la tierra, como que nace de la tierra: puesto que tanto de las maderas como de las piedras nace, que son cuerpos sin duda terrenos. Pero aquel fuego, dicen, es tranquilo, puro, inofensivo, sempiterno; este en cambio es turbio, humeante, corruptible y corruptor. Ni sin embargo corrompe los montes en que continuamente hierve, y las cavernas de las tierras. Pero sea, sea este disímil a aquel, para que sea congruente con las habitaciones terrenas: ¿por qué pues no quieren que creamos que la naturaleza de los cuerpos terrenos, hecha alguna vez incorruptible, habrá de ser conveniente para el cielo, como ahora el fuego corruptible conviene a estas tierras? Nada, pues, aportan de los pesos y del orden de los elementos por lo cual prescriban a Dios omnipotente que no haga nuestros cuerpos tales que también en el cielo puedan habitar.

CAPÍTULO XII.

Contra las calumnias de los infieles, con las cuales se burlan de los cristianos por la creída resurrección de la carne.

1. Pero suelen preguntar escrupulosísimamente, y preguntando así, burlarse de la fe por la que creemos que ha de resucitar la carne: ¿Si los fetos abortivos resucitan? Puesto que el Señor dice: «Amén os digo, un cabello de vuestra cabeza no perecerá» (Luc. XXI, 18): ¿si la estatura y el vigor habrán de ser iguales para todos, o diversas las cantidades de los cuerpos? Pues si habrá igualdad de cuerpos, ¿de dónde tendrán lo que aquí no tuvieron en la mole del cuerpo aquellos abortivos, si resucitan también ellos? O si no resucitan, porque ni nacieron, sino que fueron arrojados, versan la misma cuestión sobre los párvulos, de dónde les acceda aquella medida del cuerpo que ahora vemos haber faltado, cuando mueren en esta edad. Pues no hemos de decir que no han de resucitar aquellos que son capaces no solo de generación, sino aun de regeneración. Luego interrogan qué modo habrá de tener la igualdad misma. Pues si tan grandes y tan largos habrán de ser todos, cuantos fueron cualesquiera que aquí fueron máximos y larguísimos, no solo sobre los párvulos, sino sobre muchísimos preguntan de dónde les habrá de acceder lo que aquí faltó, si cada cual ha de recibir lo que aquí tuvo. Mas si lo que dice el apóstol: «que nos hemos de encontrar todos en la medida de la edad de la plenitud de Cristo» (Ef. IV, 13); y aquel otro: «a los que predestinó conformes a la imagen de su

Hijo» (Rom. VIII, 29), ha de entenderse así, que la estatura y el modo del cuerpo de Cristo haya de ser el de todos los cuerpos humanos que habrán de estar en su reino: para muchos, dicen, se habrá de detraer de la magnitud y longitud del cuerpo: ¿y dónde estará ya el «un cabello de vuestra cabeza no perecerá», si de la misma cantidad del cuerpo tanto perecerá? Aunque también sobre los mismos cabellos pueda inquirirse si vuelve todo lo que cayó al raparse. Lo cual, si ha de volver, ¿quién no horrorizaría aquella deformidad? Pues esto también parece que ha de seguirse necesariamente de las uñas, que vuelva tanto cuanto el cuidado del cuerpo cortó. ¿Y dónde estará el decoro? el cual ciertamente mayor de lo que pudo ser en esta corrupción, deberá estar en aquella ya inmortalidad. Mas si no volverá, luego perecerá: ¿cómo pues, dicen, un cabello de la cabeza no perecerá? Sobre la flaqueza también o la gordura de igual modo disputan. Pues si todos serán iguales, no por cierto unos serán flacos y otros gordos. Accederá pues a unos algo, a otros se les disminuirá. Y por esto, no lo que se debía recibir, sino en algún lugar se ha de añadir lo que no hubo; y en algún lugar se ha de perder lo que hubo.

2. Sobre las mismas corrupciones también y dilapidaciones de los cuerpos muertos, cuando una cosa se vuelve en polvo, otra se exhala a los aires; habiendo a quienes las bestias, a quienes el fuego consuma; en naufragio o en cualesquiera aguas así algunos perezcan, que las carnes de ellos la putrefacción disuelva en humor; no medianamente se conmueven, y no creen que

todas esas cosas puedan ser recogidas en la carne y reintegradas. Persiguen también cualesquiera fealdades y vicios, ya sea que sobrevengan, ya sea que nazcan: donde también con horror y burla conmemoran partos monstruosos, y requieren cuál habrá de ser la resurrección de cada deformidad. Pues si dijéramos que nada de tal clase vuelve al cuerpo del hombre, presumen que han de refutar nuestra respuesta sobre los lugares de las llagas con las cuales predicamos que resucitó el Señor Cristo. Pero entre todas estas cosas se propone aquella cuestión dificilísima, a qué carne habrá de volver la carne con que se nutre el cuerpo de otro que come vísceras humanas compelido por el hambre. Pues se ha convertido en carne de aquel que vivió de tales alimentos; y suplió aquellos detractos que la flaqueza había mostrado. Si pues ha de volver a aquel hombre cuya carne fue antes, o más bien a aquel de quien se hizo después, para esto preguntan, para ilusionar la fe de la resurrección: y así a las almas humanas, o alternantes, como Platón, les prometan verdaderas infelicidades y falsas bienaventuranzas; o después de muchas revoluciones de igual modo por diversos cuerpos, confiesen que alguna vez al fin, como Porfirio, termina sus miserias y nunca vuelve a ellas; pero no teniendo un cuerpo inmortal, sino huyendo de todo cuerpo.

CAPÍTULO XIII.

Si los abortivos no pertenecen a la resurrección, si pertenecen al número de los muertos.

A estas cosas, pues, que de la parte contraria me parecen opuestas según me dirijo, responda yo llevando ayuda la misericordia de Dios a mis esfuerzos. A los fetos abortivos que, habiendo ya vivido en el útero, murieron allí, ni me atrevo a afirmar que han de resucitar, ni tampoco a negarlo: aunque no veo cómo no pertenezca a ellos la resurrección de los muertos, si no son eximidos del número de los muertos. Pues o no todos los muertos resucitarán, y habrá algunas almas humanas sin cuerpos para la eternidad, las cuales gestaron cuerpos humanos, aunque fuera dentro de las vísceras maternas: o si todas las almas humanas han de recibir sus cuerpos resucitados, los cuales tuvieron dondequiera que vivían y los dejaron al morir, no hallo cómo decir que no pertenecen a la resurrección de los muertos cualesquiera muertos aun en los úteros de las madres. Pero cualquiera de estas cosas que cada cual sienta, lo que dijéramos de los niños ya nacidos, esto también ha de entenderse de aquellos, si resucitan.

CAPÍTULO XIV.

Si los niños han de resucitar en aquella habitud del cuerpo que habían de tener por el acceso de la edad.

¿Qué hemos de decir, pues, de los niños, sino que no han de resucitar en aquella exigüidad de cuerpo en que murieron; sino que lo que les había de acceder más tarde por el tiempo, esto han de recibir por aquella obra de Dios admirable y celerrísima? Pues en la sentencia del Señor, donde

dice: «un cabello de vuestra cabeza no perecerá» (Luc. XXI, 18), se dijo que no faltará lo que hubo, mas no se negó que haya de asistir lo que faltó. Faltó, pues, al niño muerto la perfecta cantidad de su cuerpo: pues al niño perfecto le falta por cierto la perfección de la magnitud corporal; la cual, cuando haya accedido, ya la estatura no podrá ser más larga. Este modo de perfección todos lo tienen de tal suerte que con él son concebidos y nacen; pero lo tienen en la razón, no en la mole: como los mismos miembros ya todos están latentes en la semilla, cuando aun a los nacidos algunos todavía les faltan, como los dientes, y si hay algo de esta clase. En cuya razón de cada materia indita en lo corporal, ya en cierto modo, por así decir, parece estar tramado lo que aún no es, o mejor lo que late, pero por el acceso del tiempo será, o más bien aparecerá. En esta, pues, el niño ya es breve o largo, el que ha de ser breve o largo. Según esta razón, por cierto, en la resurrección del cuerpo no tememos los detractos del cuerpo: porque, aunque hubiera de haber igualdad de todos, de tal modo que todos llegaran hasta magnitudes gigantescas, para que aquellos que fueron máximos no tuvieran algo menos en la estatura, lo cual les perecería contra la sentencia de Cristo, que dijo que ni un cabello de la cabeza ha de perecer; al Creador, por cierto, que creó todas las cosas de la nada, ¿cómo podría faltarle de donde añadir lo que el admirable artífice supiera que debía añadirse?

CAPÍTULO XV.

Si los cuerpos de todos los muertos han de resucitar según el modo del cuerpo del Señor.

Pero por cierto Cristo resucitó en aquella medida de cuerpo en que murió, ni es lícito decir que cuando venga el tiempo de la resurrección de todos, haya de acceder a su cuerpo aquella magnitud que no tuvo cuando en ella se apareció a los discípulos, en la cual les era conocido, para que pueda hacerse igual a los más altos. Mas si dijéramos que aun los cuerpos mayores de cualesquiera han de ser reducidos al modo del cuerpo del Señor, perecerá de los cuerpos de muchos muchísimo, habiendo él mismo prometido que ni un cabello ha de perecer. Resta pues que cada cual reciba su medida, la cual o tuvo en la juventud, aunque haya muerto anciano; o había de haber tenido, si falleció antes. Y aquello que conmemoró el apóstol sobre la medida de la edad de la plenitud de Cristo (Ef. IV, 13), o entendamos que ha sido dicho por otra cosa, esto es, para que a aquella cabeza en los pueblos cristianos, accediendo la perfección de todos los miembros, se complete la medida de su edad; o, si esto ha sido dicho sobre la resurrección de los cuerpos, así aceptemos lo dicho, que ni más allá ni más acá de la forma juvenil resuciten los cuerpos de los muertos; sino en aquella edad y vigor hasta la cual conocimos que Cristo llegó aquí. Pues cerca de los treinta años definieron ser la juventud aun los hombres más doctos de este siglo: la cual cuando haya sido terminada en su espacio propio, desde allí ya el hombre declina hacia los detractos de una edad más grave y senil. Y por eso

no se dijo: «En la medida del cuerpo»; o: «En la medida de la estatura»; sino: «en la medida de la edad de la plenitud de Cristo».

CAPÍTULO XVI.

De qué clase ha de entenderse la conformación de los santos a la imagen del Hijo de Dios.

Aquello también que dice, «predestinados a ser conformes a la imagen de su Hijo» (Rom. VIII, 29), puede entenderse también según el hombre interior. De donde nos dice en otro lugar: «No os conforméis a este siglo, sino reformaos en la novedad de vuestra mente» (Ibíd. XII, 2). Donde pues somos reformados, para que no nos conformemos a este siglo, allí somos conformados al Hijo de Dios. Puede también aceptarse así, que, del mismo modo que él se nos hizo conforme en la mortalidad, así nosotros nos hagamos conformes a él en la inmortalidad: lo cual por cierto pertenece aun a la misma resurrección de los cuerpos. Pero si aun en estas palabras somos advertidos de qué forma han de resucitar los cuerpos; así como aquella medida, así también esta conformación, no ha de entenderse de la cantidad, sino de la edad. Resucitarán por tanto todos tan grandes en el cuerpo, como o eran, o habían de ser en la edad juvenil, aunque nada obstará, aunque sea la forma de un cuerpo infantil o senil, donde ni de la mente, ni del mismo cuerpo permanecerá alguna enfermedad. De donde aun si alguno contiende que cada cual ha de resucitar en aquel modo de

cuerpo en que falleció, no se ha de luchar con él con laboriosa contradicción.

CAPÍTULO XVII.

Si en su sexo han de ser resucitados y han de permanecer los cuerpos de las mujeres.

Algunos, por esto que se dijo: «Hasta que todos nos encontremos en un varón perfecto, en la medida de la edad de la plenitud de Cristo» (Ef. IV, 13); y: «conformes a la imagen del Hijo de Dios»; creen que las mujeres no han de resucitar en el sexo femenino, sino que dicen que todos han de resucitar en el varón. Porque Dios hizo solo al varón del lodo, y a la hembra del varón. Pero a mí me parece que saben mejor los que no dudan que ambos sexos han de resucitar. Pues no habrá allí libido, que es causa de confusión. Pues antes de que hubieran pecado, estaban desnudos, y no se confundían el varón y la hembra. A aquellos cuerpos, por tanto, se les quitarán los vicios, se conservará la naturaleza. No es por cierto un vicio el sexo femenino, sino naturaleza: la cual entonces ciertamente será inmune tanto del coito como del parto: habrá sin embargo miembros femeninos, no acomodados al uso antiguo, sino a un decoro nuevo, por el cual no sea atraída la concupiscencia del que mira, la cual no habrá ninguna, sino que sea alabada la sabiduría y la clemencia de Dios, que tanto hizo lo que no era, como libró de la corrupción lo que hizo. Pues para que en el principio del género humano, de la costilla quitada del lado del varón que dormía

se hiciera la mujer, convenía que ya entonces se profetizara Cristo y la Iglesia con tal hecho. Pues aquel sueño del varón (Gén. II, 21) era la muerte de Cristo, cuyo lado, pendiendo exánime en la cruz, fue perforado por la lanza, y de allí brotó sangre y agua (Juan XIX, 34): los cuales sabemos que son sacramentos con los que se edifica la Iglesia. Pues de esta misma palabra usó la Escritura, donde no se lee: «Formó», o: «Fingió»; sino: «La edificó en mujer» (Gén. II, 22): de donde también el Apóstol dice la edificación del cuerpo de Cristo (Ef. IV, 12), que es la Iglesia. Es por tanto la mujer criatura de Dios, como el varón: pero para que se hiciera del varón, se recomendó la unidad; mas para que se hiciera de aquel modo, Cristo, como se ha dicho, y la Iglesia fue figurada. El que pues instituyó ambos sexos, ambos restituirá. Finalmente, aun el mismo Jesús, interrogado por los saduceos, que negaban la resurrección, de cuál de los siete hermanos será esposa, a la que cada uno tuvo, mientras cada uno de ellos quería excitar la descendencia del difunto, como la Ley había mandado: «Erráis —dijo—, no conociendo las Escrituras ni el poder de Dios» (Mt. XXII, 29). Y siendo lugar para que dijera: «De la cual me preguntáis, varón será ella misma, no mujer»; no dijo esto: sino que dijo: «Pues en la resurrección ni se casarán, ni tomarán esposas, sino que son como los Ángeles de Dios en el cielo» (Ibíd. 30). Iguales ciertamente a los Ángeles en inmortalidad y felicidad, no en la carne: como tampoco en la resurrección, de la cual no necesitaron los Ángeles, puesto que ni pudieron morir. Por tanto

el Señor negó que hubiera de haber bodas en la resurrección, no mujeres: y allí lo negó donde tal cuestión se versaba, para que la disolviera con más rápida facilidad negando el sexo mujeril, si él conociera de antemano que allí no ha de estar: antes bien aun afirmó que ha de estar diciendo: «No se casarán», lo cual pertenece a las mujeres; «ni tomarán esposas», lo cual a los varones. Habrá pues las que o suelen casarse aquí, o tomar esposas: pero allí no harán esto.

CAPÍTULO XVIII.

Del varón perfecto, esto es Cristo, y de su cuerpo, esto es la Iglesia, que es su plenitud.

Por tanto, lo que dice el Apóstol, que todos nos hemos de encontrar en un varón perfecto, debemos considerar la circunstancia de toda la lección misma, que así se tiene: «El que descendió —dice—, es el mismo también que ascendió sobre todos los cielos, para que lo llenara todo. Y él dio a unos ciertamente Apóstoles, a otros Profetas, a otros Evangelistas, a otros pastores y doctores, para la consumación de los santos, en la obra del ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos nos encontremos en la unidad de la fe y el conocimiento del Hijo de Dios, en un varón perfecto, en la medida de la edad de la plenitud de Cristo: para que ya no seamos párvulos, sacudidos y llevados por todo viento de doctrina, en la ilusión de los hombres, en la astucia para la maquinación del error: sino haciendo la verdad en la caridad crezcamos en aquel por todo, el cual

es la cabeza Cristo; del cual todo el cuerpo conectado y compactado por todo contacto de subministración, según la operación en la medida de cada parte, hace el incremento del cuerpo para la edificación de sí mismo en la caridad» (Ef. IV, 10-16). He aquí quién es el varón perfecto, cabeza y cuerpo, el cual consta de todos los miembros, que en su tiempo se completarán. Diariamente sin embargo acceden al mismo cuerpo, mientras se edifica la Iglesia, a la cual se dice: «Vosotros sois cuerpo de Cristo y miembros» (I Cor. XII, 27). En otra parte: «Por su cuerpo —dice—, que es la Iglesia» (Col. I, 24). E igualmente en otra parte: «Un solo pan, un solo cuerpo somos muchos» (I Cor. X, 17). De cuya edificación del cuerpo también se dijo aquí: «Para la consumación de los santos, en la obra del ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo». y después se añadió el tema de que ahora tratamos: «Hasta que todos nos encontremos en la unidad de la fe y el conocimiento del Hijo de Dios, en un varón perfecto, en la medida de la edad de la plenitud de Cristo», y lo demás; hasta que la misma medida se entendiera en el cuerpo, lo mostró diciendo: «Crezcamos en aquel por todo, el cual es la cabeza Cristo; del cual todo el cuerpo conectado y compactado por todo contacto de subministración, según la operación en la medida de cada parte». Como pues es la medida de cada parte, así del todo el cuerpo, que consta de todas sus partes, es por cierto la medida de la plenitud, de la cual se dijo: «En la medida de la edad de la plenitud de Cristo». Cuya plenitud también conmemoró en aquel lugar donde dice

de Cristo: «Y a él mismo lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, la cual es su cuerpo, su plenitud, el cual se llena todo en todo» (Ef. I, 22 y 23). Pero si esto hubiera de ser referido a la forma de la resurrección en la que estará cada uno, ¿qué nos impediría entender también a la mujer al ser nombrado el varón, de modo que aceptáramos varón puesto por hombre? Como en aquello que se dijo: «Bienaventurado el varón que teme al Señor» (Sal. CXI, 1): por cierto allí están también las mujeres que temen al Señor.

CAPÍTULO XIX.---Que todos los vicios del cuerpo, que en esta vida son contrarios al decoro humano, en la resurrección no han de estar, donde permaneciendo la sustancia natural, concurrirá en una sola hermosura tanto la calidad como la cantidad.

1. ¿Qué responderé ya sobre los cabellos y las uñas? Pues una vez entendido que de tal modo nada ha de perecer del cuerpo que nada deforme haya en el cuerpo, simultáneamente se entiende que aquellas cosas que habían de hacer una deforme enormidad, han de acceder a la masa misma, no a los lugares en que la forma de los miembros se torpiera. Como si del lodo se hiciera un vaso, el cual vuelto a reducir a ese mismo lodo, todo se hiciera de nuevo de todo, no sería necesario que aquella parte del lodo que había estado en el asa, volviera al asa, o la que había hecho el fondo, ella misma de nuevo hiciera el fondo; con tal que el todo volviera al todo, esto es, todo aquel lodo retornara al vaso entero sin haber perdido parte alguna de sí. Por lo cual, si los cabellos

tantas veces cortados o las uñas podadas vuelven deformemente a sus lugares, no volverán: y sin embargo no perecerán para cada uno que resucita, porque se convertirán en la misma carne, de modo que ocupen cualquier lugar del cuerpo allí, conservada la congruencia de las partes, por la mutabilidad de la materia. Aunque lo que dice el Señor: «Un cabello de vuestra cabeza no perecerá» (Lc. XXI, 18), puede entenderse mucho más aptamente dicho no de la longitud, sino del número de los cabellos. De donde también dice en otra parte: «Los cabellos de vuestra cabeza están todos numerados» (Lc. XII, 7). Ni diría yo esto por eso, porque piense que algo ha de perecer a cuerpo alguno que naturalmente le estuviera; sino que lo que había nacido deforme (por cierto no por otra cosa sino para que de aquí también se mostrara cuán penal es esta condición de los mortales), ha de volver de tal modo que, conservada la integridad de la sustancia, perezca la deformidad. Pues si el hombre artífice puede fundir una estatua que por alguna causa había hecho deforme, y devolverla hermosísima, de modo que nada de la sustancia, sino solo la deformidad perezca, y si algo en aquella figura anterior sobresalía indecentemente ni condecía con la paridad de las partes, no cortarlo y separarlo del todo de donde lo había hecho, sino de tal modo esparcirlo por el universo y mezclarlo que ni produzca fealdad ni disminuya la cantidad; ¿qué se ha de sentir del omnipotente Artífice? ¿Acaso no podrá quitar y perder cualesquiera deformidades de los cuerpos humanos, no solo usuales, sino aun raras

y monstruosas, que condecen con esta miserable vida, pero aborrecen de aquella futura felicidad de los santos, de modo que cualesquiera de ellas que hacen, aunque naturales, sin embargo indecorosos excrementos de la sustancia corporal, sean quitados sin ninguna disminución de ella?

2. Y por esto no han de temer los flacos o los gordos, que allí hayan de ser tales cuales, si pudieran, ni aquí hubieran querido ser. Pues toda hermosura del cuerpo es una congruencia de las partes con una cierta suavidad de color. Pero donde no hay congruencia de las partes, o algo ofende porque es depravado, o porque es poco, o porque es demasiado. Por tanto, no habrá deformidad alguna que haga la incongruencia de las partes, donde también lo que es depravado será corregido; y lo que es menos de lo que conviene, de donde el Creador sabe, de allí será suplido; y lo que es más de lo que conviene, conservada la integridad de la materia, será detraído. Por lo demás, ¡cuánta será la suavidad del color, donde «los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre» (Mt. XIII, 43)! Cuya claridad en el cuerpo de Cristo, cuando resucitó, ha de creerse que más bien estuvo escondida a los ojos de los discípulos que haber faltado. Pues no la soportaría el aspecto humano y enfermo, cuando él debía ser de tal modo atendido por los suyos que pudiera ser reconocido. A lo cual perteneció también que mostrara a los que le tocaban las cicatrices de sus heridas; que aun tomara comida y bebida, no por indigencia de alimentos, sino por aquella potestad con la que también esto podía. Mas cuando

algo no se ve, aunque esté presente, por aquellos por quienes se ven otras cosas que igualmente están presentes, como decimos que aquella claridad estuvo presente no vista por aquellos por quienes se veían otras cosas, en griego se dice aorasia: lo cual no pudiendo nuestros intérpretes decirlo en latín, en el libro del Génesis interpretaron «ceguera». Pues esta padecieron los sodomitas cuando buscaban la puerta del varón justo y no podían encontrarla (Gén. XIX, 11). La cual si hubiera sido ceguera, por la cual sucede que nada pueda verse, no preguntarían por la puerta por donde entraran, sino por guías del camino por los cuales fueran alejados de allí.

3. [XX.] No sé de qué modo somos así afectados por el amor de los bienaventurados mártires, que queramos ver en aquel reino en sus cuerpos las cicatrices de las heridas que por el nombre de Cristo sobrellevaron: y tal vez las veremos. Pues no habrá en ellas deformidad, sino dignidad, y brillará una cierta hermosura de la virtud, aunque en el cuerpo, no del cuerpo. Ni por eso sin embargo, si algunos miembros fueron amputados y quitados a los mártires, estarán sin esos mismos miembros en la resurrección de los muertos, a los cuales se dijo: «Un cabello de vuestra cabeza no perecerá». Pero si conviniere en aquel nuevo siglo que los indicios de las gloriosas heridas se disciernan en aquella carne inmortal, donde los miembros fueron golpeados o cortados para que se amputaran, allí aparecerán las cicatrices, pero sin embargo restituidos los mismos miembros, no perdidos. Aunque por tanto todos los vicios

que acaecieron al cuerpo entonces no estarán, no han de ser sin embargo imputados ni llamados vicios los indicios de la virtud.

CAPÍTULO XX.

Que en la resurrección de los muertos la naturaleza de los cuerpos disipados por cualesquiera modos ha de ser revocada a lo íntegro de dondequiera.

1. Lejos esté sin embargo que para resucitar los cuerpos y devolverlos a la vida no pueda la omnipotencia del Creador revocar todas las cosas que o las bestias o el fuego consumieron, o que cayeron en polvo o ceniza, o se disolvieron en humor, o se evaporaron a las auras. Lejos esté que seno alguno y secreto de la naturaleza reciba así algo sustraído a nuestros sentidos, que o se oculte al conocimiento del Creador de todas las cosas, o escape a su potestad. Queriendo ciertamente Cicerón, tan gran autor de ellos, definir a Dios como podía: «Es —dijo— una cierta mente, suelta y libre, segregada de toda concreción mortal, que todo lo siente y mueve, y ella misma dotada de movimiento sempiterno» (Tuscul. lib. 1, cap. 27). Esto empero lo halló en las doctrinas de los grandes filósofos. Para que pues hable según ellos, ¿cómo algo o se oculta al que todo lo siente, o irrevocablemente huye del que todo lo mueve?

2. De donde ya también ha de ser resuelta aquella cuestión, que parece más difícil que las demás: donde se pregunta, cuando la carne de un hombre muerto se hace también carne de otro viviente, a cuál de ellos más bien se le restituya en

la resurrección. Pues si alguno consumido por el hambre y compelido se alimentara de los cadáveres de los hombres, el cual mal que haya acaecido algunas veces tanto lo testifica la historia antigua como lo han enseñado los infelices experimentos de nuestros tiempos; ¿acaso alguien contenderá con verídica razón que todo fue digerido por los conductos inferiores, y nada de allí se mudó y convirtió en su carne, cuando la misma flacura que fue y no es, indica suficientemente qué detractos fueron suplidos con aquellos alimentos? Ya por tanto premisé algunas cosas un poco antes, que deberán valer para resolver también este nudo. Pues cualquier carne que el hambre agotó, ciertamente se evaporó a las auras: de donde dijimos que el Dios omnipotente puede revocar lo que huyó. Se restituirá pues aquella carne al hombre en quien primero comenzó a ser carne humana. Pues de aquel otro ha de ser reputada como tomada en préstamo: la cual, como una deuda ajena (aes alienum), ha de ser devuelta a aquel de donde fue tomada. Mas la suya le será restituida a aquel a quien el hambre había vaciado, por aquel que puede también revocar lo evaporado. Aunque aun si hubiera perecido por todos los modos, ni alguna materia de ella hubiera permanecido en cualesquiera escondrijos de la naturaleza, de donde quisiera la repararía el Omnipotente. Pero por la sentencia de la Verdad, por la cual se dijo: «Un cabello de vuestra cabeza no perecerá»; es absurdo que pensemos que, no pudiendo perecer un cabello del hombre, tantas

carnes devoradas y consumidas por el hambre hubieran podido perecer.

3. Consideradas y tratadas todas estas cosas según nuestra pequeña medida, se concluye esta suma: que en la resurrección de la carne la magnitud de los cuerpos tenga para siempre aquellas medidas que la razón de la juventud, o por perfeccionarse o ya perfecta, tuviera ingerida en cada cuerpo, conservado también en los módulos de todos los miembros el congruo decoro. Para que se conserve el cual decoro, si algo hubiera sido quitado a alguna indecente grandeza constituida en alguna parte, que se esparza por el todo, para que ni aquello perezca y se mantenga en todas partes la congruencia de las partes, no es absurdo que creamos que algo de allí puede añadirse aun a la estatura del cuerpo; cuando a todas las partes, para que custodien el decoro, se distribuye aquello que, si estuviera enormemente en una sola, por cierto no condeciría. O si se contiende que cada cual ha de resucitar en aquella estatura de cuerpo en que falleció, no se ha de resistir pugnazmente; con tal que falte toda deformidad, toda enfermedad, toda lentitud y toda corrupción, y si hay alguna otra cosa que no dece ese reino en el que los hijos de la resurrección y de la promesa serán iguales a los Ángeles de Dios, si no en el cuerpo, no en la edad, ciertamente en la felicidad.

CAPÍTULO XXI.

De la novedad del cuerpo espiritual, en el cual se mudará la carne de los santos.

Se restituirá pues tanto lo que de los cuerpos vivos como lo que después de la muerte de los cadáveres pereció, y simultáneamente con aquello que permaneció en los sepulcros, resucitará mudado de la vetustez del cuerpo animal a la novedad del cuerpo espiritual, vestido de incorrupción e inmortalidad. Pero aunque sea por algún caso grave o por la crueldad de los enemigos sea totalmente triturado en polvo, y dispersado en las auras o en las aguas cuanto puede ser, de modo que no se permita estar en ninguna parte en absoluto, de ningún modo podrá ser sustraído a la omnipotencia del Creador, sino que el cabello de la cabeza en él no perecerá. Será pues la carne espiritual súbdita al espíritu, pero sin embargo carne, no espíritu: como al cuerpo fue súbdito el mismo espíritu carnal, pero sin embargo espíritu, no carne. De cuya cosa tenemos experiencia en la deformidad de nuestra pena. Pues no según la carne, sino por cierto según el espíritu eran carnales aquellos a quienes dice el Apóstol: «No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales» (I Cor. III, 1). And el hombre espiritual así se dice en esta vida, que sin embargo en el cuerpo todavía es carnal, y ve otra ley en sus miembros pugnando contra la ley de su mente (Rom. VII, 23): será empero también en el cuerpo espiritual, cuando la misma carne haya resucitado de tal modo que se haga lo que está escrito: «Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual» (I Cor. XV, 42). Cuál sea empero, y cuán grande la gracia del cuerpo espiritual, puesto que todavía no ha venido a la experiencia,

temo que sea temeraria toda elocución que sobre ella se profiera. No obstante, porque el gozo de nuestra esperanza por la alabanza de Dios no ha de ser callado, y desde las íntimas médulas del ardiente santo amor se dijo: «Señor, amé el decoro de tu casa» (Sal. XXV, 8): de sus dones que en esta penosísima vida otorga a buenos y malos, ayudando él mismo, conjeturemos como podemos cuánto sea aquello que, no habiéndolo experimentado todavía, ciertamente no valemos para decir dignamente. Pues omito cuando hizo al hombre recto; omito aquella vida de los dos esposos feliz en la fecundidad del paraíso, puesto que fue tan breve, que ni ella misma llegó al sentido de los que nacían: en esta que conocemos, en la que todavía estamos, cuyas tentaciones, antes bien cuya entera tentación, mientras estamos en ella, por mucho que aprovechemos, no cesamos de padecer, cuáles sean los indicios acerca del género humano de la bondad de Dios, ¿quién podrá explicarlo?

CAPÍTULO XXII.

De las miserias y males a los que el género humano es justamente obnoxio por el mérito de la primera prevaricación, y de los cuales nadie es librado sino por la gracia de Cristo.

1. Pues en lo que pertenece al primer origen, que toda la progenie de los mortales fue condenada, esta misma vida, si ha de decirse vida, llena de tantos y tan grandes males lo testifica. ¿Qué otra cosa indica, pues, una cierta horrenda profundidad de ignorancia, de la cual existe todo error,

que recibe a todos los hijos de Adán en un cierto seno tenebroso, de modo que el hombre no pueda ser librado de él sin trabajo, dolor y temor? ¿Qué el amor mismo de tantas cosas vanas y nocivas, y de aquí las mordaces preocupaciones, perturbaciones, pesares, temores, goces insanos, discordias, litigios, guerras, acechanzas, iras, enemistades, falacia, adulación, fraude, hurto, rapiña, perfidia, soberbia, ambición, envidia, homicidios, parricidios, crueldad, saña, nequicia, lujuria, petulancia, impudencia, impudicia, fornicaciones, adulterios, incestos, y contra la naturaleza de ambos sexos tantos estupros e inmundicias, que es torpe aun decirlas, sacrilegios, herejías, blasfemias, perjurios, opresiones de inocentes, calumnias, circunvenciones, prevaricaciones, falsos testimonios, juicios inicuos, violencias, latrocinios, y cuanto de tales males no viene a la mente, y sin embargo no se retira de esta vida de los hombres? Verdaderamente estos son de hombres malos, viniendo sin embargo de aquella raíz de error y de perverso amor con la cual todo hijo de Adán nace. Pues ¿quién ignora con cuánta ignorancia de la verdad, la cual ya en los infantes es manifiesta; y con cuánta abundancia de vana codicia, que en los niños empieza a aparecer, viene el hombre a esta vida, de modo que si se le dejara vivir como quisiera y hacer cuanto quisiera, llegara a todos o a muchos de estos delitos y bajezas que he conmemorado, y que no he podido conmemorar?

2. Pero no desamparando de todo modo el gobierno divino a los condenados, y no conteniendo Dios en su ira sus misericordias (Sal. LXXVI, 10),

en los mismos sentidos del género humano la prohibición y la erudición vigilan contra estas tinieblas con las que nacemos, y se oponen contra estos ímpetus, llenas sin embargo también ellas mismas de trabajos y dolores. ¿Qué quieren decir, pues, los multiformes temores que se aplican para cohibir las vanidades de los párvulos? ¿Qué los pedagogos, qué los maestros, qué las férulas, qué las correas, qué las varas, qué aquella disciplina con la cual la Sagrada Escritura dice que los lados del hijo amado han de ser tundidos, para que no crezca indómito, y ya endurecido apenas pueda ser domado, o tal vez ni pueda (Eclo. XXX, 12)? ¿Qué se hace con todas estas penas, sino que se debelata la impericia, y se enfrena la depravada codicia, con cuyos males vinimos a este siglo? ¿Qué es, pues, lo que con trabajo recordamos, sin trabajo olvidamos; con trabajo aprendemos, sin trabajo ignoramos; con trabajo somos diligentes, sin trabajo somos inertes? ¿Acaso no aparece de aquí a qué, como por su peso, es declive y propensa la naturaleza viciosa, y de cuánta ayuda necesita para ser librada de aquí? La desidia, la pereza, la pereza, la negligencia, son por cierto vicios por los que se huye del trabajo, siendo el trabajo mismo, aun el que es útil, una pena.

3. Pero además de las penas infantiles, sin las cuales no puede aprenderse lo que quieren los mayores, los cuales apenas quieren algo útilmente, con cuántas y cuán grandes penas es agitado el género humano, las cuales no a la malicia y nequicia de los inicuos, sino a la condición y miseria común pertenecen, ¿quién lo digiere en algún dis-

curso, quién lo comprende en algún pensamiento? ¡Cuán grande es el miedo, cuán grande la calamidad por las orfandades y el luto, por los daños y condenaciones, por los engaños y mentiras de los hombres, por las sospechas falsas, por todos los violentos crímenes y maldades ajenas! puesto que por ellos tanto la depredación, como el cautiverio, y los vínculos, y las cárceles, y los exilios, y los tormentos, y la amputación de los miembros, y la privación de los sentidos, y la opresión del cuerpo para cumplir la obscena libido del que oprime, y otras muchas cosas horrendas a menudo acontecen. ¿Qué de los innumerables casos que exteriormente se temen para el cuerpo, calores y fríos, tempestades, lluvias, aluviones, relámpagos, truenos, granizo, rayo, movimientos y aberturas de las tierras, opresiones de ruinas, por la ofensa y el pavor o incluso la malicia de los jumentos, por tantos venenos de arbustos, aguas, auras, bestias, por las mordeduras de fieras o solamente molestas o incluso mortíferas, por la rabia que acontece del perro rabioso, de modo que aun la bestia blanda y amiga de su dueño a veces es temida más vehemente y amargamente que los leones y dragones, y hace al hombre, al que por acaso ha contaminado, tan rabioso por el contagio pestífero, que es temido por sus padres, cónyuge, hijos, peor que toda bestia? ¿Qué males padecen los que navegan? ¿qué los que caminan por senderos terrenos? ¿Quién camina por cualquier parte no subyaciendo a casos inopinados? Cierto hombre, volviendo a casa del foro con sus pies sanos, cayó, se rompió el pie, y de aquella

herida terminó esta vida. ¿Qué parece más seguro que uno sentado? De la silla en que estaba sentado Heli el sacerdote cayó, y murió (I Rey. IV, 18). Los agricultores, más bien todos los hombres, ¿cuántos y cuán grandes casos temen del cielo y de la tierra, o de los animales perniciosos, para los frutos de los campos? Suelen sin embargo estar seguros por los trigos al fin recogidos y guardados. Pero a algunos, lo cual sabemos, un río imprevisto echó fuera y arrebató de los graneros el óptimo producto de los trigos, huyendo los hombres. Contra las miliformes incursiones de los demonios, ¿quién fía en su inocencia? puesto que para que nadie fiara, aun a los párvulos bautizados, para los cuales ciertamente nada es más inocente, a veces de tal modo los vejan que en ellos máximamente, permitiéndolo Dios, se muestra esta lloranda calamidad de esta vida, y la deseable felicidad de la otra. Ya ciertamente del mismo cuerpo existen tantos males de enfermedades, que ni en los libros de los médicos están todos comprendidos. En más y casi en todos los cuales aun los mismos auxilios y medicamentos son tormentos, para que los hombres sean rescatados del exterminio de las penas por un auxilio penal. ¿Acaso no condujo a esto a los hombres sedientos un ardor inmenso, para que bebieran también orina humana o incluso la suya? ¿acaso no a esto el hambre, para que de las carnes de los hombres no pudieran abstenerse, ni consumieran hombres hallados muertos, sino por esto muertos por ellos mismos, ni a cualesquiera extraños, sino que aun las madres a sus hijos con

increíble crueldad, la cual hacía el hambre rabiosa, consumieran? El mismo sueño, finalmente, que propiamente recibió el nombre de quietud, ¿quién explicará con palabras cuán inquieto es a menudo por las visiones de los sueños; y con cuán grandes, aunque de cosas falsas, terrores, los cuales de tal modo exhibe y en cierto modo expresa que no podemos discernirlos de los verdaderos, perturba el alma mísera y los sentidos? Por cuya falsedad de visiones aun los que vigilan en ciertas enfermedades y venenos son más miserablemente agitados: aunque por la multiforme variedad de la falacia los malignos demonios a veces engañan aun a hombres sanos con tales visiones, de modo que, aunque no hayan podido por estas traducirlos a lo suyo, sin embargo los sentidos de ellos con el solo apetito de persuadir la falsedad de cualquier modo los iludan.

CAPÍTULO XXIII.---De aquellas cosas que, además de aquellos males que son comunes a buenos y malos, pertenecen especialmente al trabajo de los justos. Además de estos males de esta vida comunes a buenos y malos, tienen en ella los justos también ciertos trabajos propios suyos, con los cuales militan contra los vicios, y se ven envueltos en las tentaciones y peligros de tales batallas. Pues a veces más incitadamente, a veces más remisamente, sin embargo no cesa la carne de concupiscer contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para que no hagamos las cosas que queremos (Gál. 5, 17), consumiendo toda mala concupiscencia; sino que la sometamos a nosotros, cuanto ayudados divinamente

podemos, no consintiendo a ella, velando en continuas vigilias, para que una opinión verosímil no engañe, para que un discurso versuto no decepcione, para que las tinieblas de algún error no se difundan, para que lo que es bueno no se crea malo, o lo que es malo no se crea que es bueno, para que el miedo no nos retire de las cosas que deben hacerse, para que el deseo no nos precipite en las cosas que no deben hacerse, para que sobre la ira no se ponga el sol (Ef. 4, 26), para que las enemistades no provoquen a la retribución de mal por mal, para que una tristeza deshonesta o immoderada no nos absorba, para que una mente ingrata no ingiera el torpor de los beneficios que deben impartirse, para que por los rumores maledicentes no se fatigue la buena conciencia, para que una temeraria sospecha sobre otro no nos engañe, para que una ajena falsa sobre nosotros no nos quebrante, para que no reine el pecado en nuestro cuerpo mortal para obedecer a sus deseos, para que nuestros miembros no se exhiban como armas de iniquidad al pecado (Rom. 6, 12. 13), para que el ojo no siga la concupiscencia, para que la voluntad de vengar no venza, para que en aquello que deleita malamente, o la visión o el pensamiento no se demore, para que una palabra réproba o indecente no se oiga de buena gana, para que no se haga lo que no es lícito, aunque plazca, para que en esta guerra plenísima de trabajos y peligros ni se espere la victoria que debe hacerse de nuestras fuerzas, ni se atribuya a nuestras fuerzas la victoria hecha, sino a su gracia, de quien dice el Apóstol: «Gracias sean dadas a Dios,

que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor. 15, 57). El cual también en otro lugar dice: «En todas estas cosas supervencemos por aquel que nos amó» (Rom. 8, 37). Sepamos sin embargo que con cuanta quiera que sea la virtud de pelear resistamos a los vicios, o incluso venzamos y subyuguemos los vicios, mientras estamos en este cuerpo, no puede faltarnos de donde digamos a Dios: «Perdónanos nuestras deudas» (Mat. 6, 12). Pero en aquel reino donde estaremos siempre con cuerpos inmortales, ni tendremos batalla alguna, ni deudas; las cuales en ninguna parte ni nunca existirían, si nuestra naturaleza, tal como fue creada recta, permaneciera. Y por esto también este conflicto nuestro, en el cual peligramos, y del cual deseamos ser librados por la victoria novísima, pertenece a los males de esta vida, la cual por el testimonio de tantos y tan grandes males probamos que está condenada.

CAPÍTULO XXIV.

De los bienes con los cuales el Creador llenó aun esta vida sujeta a condenación.

1. Ahora ya debe considerarse, esta misma miseria del género humano, en la cual es alabada la justicia del que castiga, con qué tales y con cuántos bienes la ha llenado la bondad del mismo que administra todas las cosas que creó. Primero, aquella bendición que había proferido antes del pecado, diciendo: «Creced y multiplicaos, y llenad la tierra» (Gén. 1, 28), ni después del pecado quiso inhibir, y permaneció en la estirpe

condenada la fecundidad donada; ni aquel vigor admirable de las semillas, más aún, más admirable por el cual se hacen también las semillas, ínsito en los cuerpos humanos y en cierto modo entretejido, pudo quitarlo el vicio del pecado, por el cual se nos impactó también la necesidad de la muerte: sino que ambos corren a la vez en este casi río y torrente del género humano; el mal que se arrastra del progenitor, y el bien que se atribuye del creador. En el mal original hay dos cosas, el pecado y el suplicio: en el bien original otras dos, la propagación y la conformación. Pero en cuanto pertenece a nuestra presente intención, sobre los males, de los cuales uno viene de nuestra audacia, esto es, el pecado, el otro del juicio de Dios, esto es, el suplicio, ya dijimos bastante. Ahora me he propuesto decir de los bienes de Dios, que él también a la naturaleza viciada y condenada confirió, o incluso hasta ahora confiere. Pues ni condenando quitó todo lo que había dado, de otro modo ni existiría en absoluto; ni la removió de su potestad, aun cuando la sometió penalmente al diablo, cuando ni al mismo diablo enajenó de su imperio; puesto que para que la naturaleza del mismo diablo subsista, lo hace aquel que es supremamente, y hace ser lo que de cualquier modo es.

2. De aquellas dos cosas, por tanto, que dijimos que los bienes aun en la naturaleza viciada por el pecado y condenada por el suplicio manan como de una cierta fuente de su bondad, la propagación la largueó en las primeras obras del mundo por la bendición, de cuyas obras descansó el

día séptimo. Pero la conformación está en aquella obra suya, por la cual hasta ahora opera (Juan 5, 17). Porque si sustrajera su eficaz potencia de las cosas, ni podrán progresar y por sus medidos movimientos terminar los tiempos, ni en absoluto en aquello que han sido creadas permanecerán de algún modo. Así pues creó Dios al hombre, que le añadiera una cierta fertilidad, por la cual propagara a otros hombres, congenerando en ellos la misma posibilidad de propagar, no la necesidad, la cual sin embargo Dios quitó a los hombres que quiso, y fueron estériles: pero no quitó al género humano la bendición de engendrar una vez dada a los dos primeros cónyuges. Esta propagación, por tanto, aunque no fue quitada por el pecado, sin embargo ni ella misma es tal cual hubiera sido si nadie hubiera pecado. Pues desde que el hombre puesto en honor, después que delinquió, fue comparado a los jumentos (Sal. 48, 13), de igual modo engendra: no sin embargo en él está extinguida del todo una cierta como centella de razón, en la cual fue hecho a imagen de Dios. A esta propagación si la conformación no se aplicara, ni ella misma procedería a las formas y modos de su género. Pues si no hubieran copulado los hombres, y no obstante Dios quisiera llenar las tierras de hombres; como creó a uno sin la conmixtión de varón y hembra, así podría a todos: pero los que copulan no pueden ser generantes sino creándolo él. Así como por tanto dice el Apóstol sobre la institución espiritual, por la cual el hombre es formado para la piedad y la justicia: «Ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios

que da el incremento» (1 Cor. 3, 7), así también aquí puede decirse: Ni el que copula, ni el que siembra, es algo; sino Dios que forma. Ni la madre que lleva el concepto, y nutre el parto, es algo; sino Dios que da el incremento. Él mismo pues con la operación, por la cual hasta ahora opera, hace que las semillas desplieguen sus números, y de unos ciertos latentes e invisibles envoltorios se evolucionen en las formas visibles de este decoro que contemplamos. Él mismo, acoplando y conectando de modos admirables la naturaleza incorpórea y la corpórea, aquella antepuesta, esta sujeta, hace al viviente. Cuya obra suya es tan grande y admirable que no solo en el hombre, que es animal racional, y por esto más excelente y prestante que todos los vivientes terrenos, sino en cualquier minutísima mosquita a quien bien lo considera le ingiera estupor de mente, y para la alabanza del Creador.

3. Él, por tanto, dio al alma humana la mente, donde la razón y la inteligencia en el infante está en cierto modo adormecida, como si nada fuera, para ser excitada ciertamente y sacada por el acceso de la edad, por la cual sea capaz de la ciencia y de la doctrina, y hábil para la percepción de la verdad y el amor del bien: por cuya capacidad beba la sabiduría y esté dotada de virtudes, con las cuales prudente, fuerte, temperante y justamente, luche contra los errores y los demás vicios ingenerados, y los venza por el deseo de ninguna cosa sino de aquel bien sumo e inconmutable. Lo cual aun si no lo hace, la misma capacidad de tales bienes en la naturaleza racional divinamen-

te instituida, cuánto sea de bien, cuán admirable obra del Omnipotente, ¿quién competentemente lo dice o lo piensa? Pues además de las artes de vivir bien y de llegar a la inmortal felicidad, que se llaman virtudes, y solo por la gracia de Dios, que es en Cristo, se dan a los hijos de la promesa y del reino, ¿acaso por el ingenio humano no han sido inventadas y ejercitadas tantas y tan grandes artes, en parte necesarias, en parte voluptuosas, para que tan excelente fuerza de la mente y de la razón en estas cosas también que apetece como superfluas, más aún e incluso peligrosas y perniciosas, cuán gran bien tenga en su naturaleza, de donde pudo o encontrar, o aprender, o ejercitar estas cosas, lo testifique? A qué obras tan admirables, tan estupendas, la industria humana ha llegado en las obras de los vestidos y de los edificios; cuánto en la agricultura, cuánto en la navegación ha aprovechado; qué cosas en la fabricación de cualesquiera vasos, o incluso en la variedad de estatuas y pinturas ha excogitado y cumplido; qué maravillas para los que las espectan, cosas increíbles para los que las oyen para ser hechas y exhibidas ha molinado en los teatros; en capturar, matar, domar los animales irracionales qué y cuántas cosas ha hallado: contra los mismos hombres tantos géneros de venenos, tantas armas, tantas máquinas, y para proteger y reparar la salud mortal cuántos medicamentos y auxilios ha comprendido: para el placer de las fauces cuántos condimentos e irritamentos de la gula ha hallado: para indicar y persuadir los pensamientos, qué multitud y variedad de

signos, donde el lugar principal las palabras y las letras tienen; para deleitar los ánimos, qué ornamentos de elocución, qué copia de diversos poemas; para suavizar los oídos, cuántos órganos músicos, qué modos de cantinela ha excogitado: cuánta pericia de dimensiones y de números, y los trayectos y órdenes de los astros con cuánta sagacidad ha comprendido: con cuánta noticia de las cosas mundanas se ha llenado, quién podría decirlo, máxime si quisiéramos no amontonar todo a montones, sino demorarnos en cada una? Finalmente, en defender los mismos errores y falsedades, cuán grandes ingenios han brillado de filósofos y de herejes, ¿quién bastará para estimarlo? Pues hablamos ahora de la naturaleza de la mente humana, por la cual esta vida mortal se adorna, no de la fe y del camino de la verdad, por el cual aquella inmortal se adquiere. Siendo ciertamente el conditor de esta tan grande naturaleza el Dios verdadero y sumo, administrando él mismo todas las cosas que hizo y teniendo la suma potestad y la suma justicia, nunca ciertamente hubiera caído en estas miserias, y de estas, fuera de aquellos solos que serán librados, no iría a las eternas, si no hubiera precedido un pecado demasiado grande en el primer hombre, del cual los demás han brotado.

4. Ya ciertamente en el mismo cuerpo, aunque nos sea común con las bestias por la mortalidad, y se encuentre más débil que muchas de ellas, ¿cuánta bondad de Dios, cuánta providencia de tan gran Creador aparece? ¿Acaso no están en él de tal modo dispuestos los lugares de los sentidos

y los demás miembros, y la misma especie y figura y estatura de todo el cuerpo de tal modo modificada, que para el ministerio del alma racional se indica haber sido hecho? Pues no como vemos que los animales expertos de razón son pronos hacia la tierra, así fue creado el hombre: sino que la erecta forma del cuerpo hacia el cielo lo amonesta a saber las cosas que están arriba. Además la admirable movilidad, que fue atribuida a la lengua y a las manos, apta y conveniente para hablar y escribir, y para cumplir las obras de plurímas artes y oficios, ¿acaso no muestra bastante a qué tal alma, para que le sirviera, tal cuerpo fuera adjunto? Aunque aun detraídas las necesidades de operar, sea de tal modo la congruencia de todas las partes numerosa, y responda con bella paridad a sí misma, que no sepas si en el condirlo fue mayor la razón tenida de la utilidad, que del decoro. Ciertamente pues nada vemos creado en el cuerpo por causa de utilidad, que no tenga también lugar de decoro. Más sin embargo se nos aparecería esto, si supiéramos los números de las medidas por las cuales todas las cosas entre sí están conexas y coaptadas: los cuales por ventura, dada la obra en estas cosas que sobresalen fuera, el ingenio humano podría investigar; pero las cosas que están cubiertas, y remotas de nuestros conspectos, como es tanta perplejidad de venas y de nervios y de vísceras, los secretos de las vitales, ninguno puede hallarlos. Porque aunque la diligencia de los médicos no algo cruel, a quienes llaman anatómicos, laceró los cuerpos de los muertos, o incluso entre las manos del que

corta y escudriña los de los murientes, y en las carnes humanas bastante inhumanamente escudriñó todas las cosas escondidas, para que qué, y cómo, en qué lugares debiera curarse aprendiera; los números sin embargo de que hablo, por los cuales la coaptación, que harmonía se dice en griego, como de un cierto órgano, extrínseca e intrínsecamente de todo el cuerpo consta, ¿qué diré?, nadie pudo hallarlos, ¿los cuales nadie se atrevió a buscar? Los cuales si hubieran podido ser conocidos, en las interiores vísceras también, que ningún decoro muestran, de tal modo deleitaría la belleza de la razón, que a toda forma aparente que place a los ojos, por el arbitrio de la misma mente que usa de los ojos, se preferiría. Son ciertamente algunas cosas de tal modo puestas en el cuerpo, que solo tengan decoro, no y uso: como tiene el pecho viril tetillas, como la faz barba, la cual que no es para protección, sino para ornamento viril, lo indican las puras faces de las mujeres, a las cuales ciertamente más débiles convendría más seguro ser protegidas. Si por tanto ningún miembro es, en estos conspicuos ciertamente (de donde nadie duda), que esté de tal modo acomodado a alguna obra, que no sea también decoroso; hay sin embargo algunos cuyo solo es el decoro, y ninguno es el uso: pienso que fácilmente se entiende que en la condición del cuerpo la dignidad fue antepuesta a la necesidad. Ha de pasar ciertamente la necesidad, y ha de venir el tiempo cuando de la sola mutua belleza sin ninguna libido perfructuemos: lo cual máxime debe ser referido a la alabanza del Conditor, a

quien se dice en el Salmo: «De confesión y decoro te has vestido» (Sal. 103, 1).

5. Ya la demás belleza y utilidad de la criatura, que al hombre, aunque a estos trabajos y miserias proyectado y condenado, para ser espectada y tomada por divina largueza le ha sido concedida, ¿en qué discurso puede terminarse? en la multiforme y varia belleza del cielo y de la tierra y del mar, en tanta copia y tan admirable especie de la misma luz, en el sol y la luna y los astros, en las opacidades de los bosques, en los colores y olores de las flores, en la diversidad y multitud de las aves gárrulas y pintadas, en la multiforme especie de tantos y tan grandes vivientes, de los cuales tienen más de admiración los que tienen mínimo de mole (pues más nos estupendizamos por las obras de las hormiguitas y de las abejitas, que por los inmensos cuerpos de las ballenas); en tan gran espectáculo también del mismo mar, cuando se viste de diversos colores como de vestidos, y a veces es verde, y esto de muchos modos, a veces purpúreo, a veces azul. Cuán deleitablemente por lo demás se especta también cuando quiera que se turba, y se hace de ahí mayor suavidad, porque así acaricia al que lo intenta que no arroja ni sacude al que lo navega. ¿Qué la copia de los alimentos por todas partes contra el hambre? ¿qué la diversidad de los sabores contra el fastidio, difundida por las riquezas de la naturaleza, no por el arte y el trabajo de los cocineros buscada? ¿Cuántos auxilios en tantas cosas para proteger y recuperar la salud? ¿Cuán grata vicisitud del día alternante y de la noche? ¿De las auras

cuán blanda templanza? ¿En los arbustos y ganados cuánta materia de confeccionar indumentos? ¿Todo conmemorarlo quién podría? Estas solas cosas, que por mí como en un cierto montón han sido coartadas, si quisiera como envueltos atados desatarlas y discutirlas, ¿cuánta demora habría para mí en cada una, en las cuales muchísimas se contienen? Y todas estas cosas son consuelos de míseros y condenados, no premios de bienaventurados. ¿Qué, por tanto, son aquellas, si tantas y tales y tan grandes son estas? ¿Qué dará a aquellos que predestinó para la vida el que dio estas incluso a aquellos que predestinó para la muerte? ¿qué bienes en aquella vida bienaventurada los hará tomar, por los cuales en esta mísera a su unigénito Hijo quiso hasta la muerte males tan grandes perferir? De donde el Apóstol hablando de los mismos predestinados en aquel reino: «El que a su propio —dice— Hijo no perdonó, sino que por todos nosotros lo entregó, ¿cómo no también con él todas las cosas nos donará?» (Rom. 8, 32). Cuando esta promesa se cumpla, ¿quién seremos?, ¿qué tales seremos? Qué bienes en aquel reino hemos de recibir, cuando habiendo muerto Cristo por nosotros ya tal prenda recibimos. Cuál será el espíritu del hombre, no teniendo ningún vicio en absoluto, ni bajo el cual yazca, ni al que ceda, ni contra el cual al menos laudablemente luche, por una pacatísima virtud perfeccionado. De todas las cosas allí cuánta, cuán especiosa, cuán cierta ciencia, sin algún error o trabajo, donde la sabiduría de Dios de su mismo fuente se beberá con suma felicidad, sin alguna dificultad.

Cuál será el cuerpo, que de todo modo sujeto al espíritu, y por él suficientemente vivificado, de ningunos alimentos indigirá. Pues no será animal, sino espiritual, teniendo ciertamente la substancia de la carne, pero sin alguna carnal corrupción.

CAPÍTULO XXV.---De la pervicacia de algunos que impugnan la resurrección de la carne, la cual, como fue predicho, todo el mundo cree. Pero sobre los bienes del ánimo, de los cuales después de esta vida el más bienaventurado perfructuará, no disienten de nosotros los filósofos nobles: sobre la resurrección de la carne contienden; esta cuanto pueden la niegan. Pero los muchos creyentes muy pocos negantes dejaron, y a Cristo, que esto que a estos parece absurdo en su resurrección mostró, con fiel corazón se han convertido, doctos e indoctos, sabios del mundo e insipientes. Esto pues creyó el mundo, lo que predijo Dios; quien también esto predijo, que el mundo había de creer esta cosa. Pues ni por los maleficios de Pedro fue compelido a prenunciarla tanto antes con la alabanza de los creyentes. Él es pues aquel Dios a quien (como ya dije algunas veces, ni me pesa conmemorarlo), confesándolo Porfirio, y deseando probarlo por los oráculos de sus dioses, las mismas numina perhorrescen: a quien de tal modo alabó, que a él tanto Dios padre como rey lo llamara. Ausente pues, que de tal modo deban entenderse las cosas que predijo como quieren estos que con el mundo no creyeron esto que él predijo que el mundo había de creer. ¿Por qué pues no más bien así, como tanto antes fue predi-

cho que el mundo había de creer, no como poquísimos charlan, que esto con el mundo, lo que fue predicho que había de creer, no quisieron creer? Pues si por esto dicen que de otro modo deben creerse, para que, si dijeran que cosas vanas fueron escritas, no hagan injuria a aquel Dios a quien tan gran testimonio perhiben; tan gran injuria ciertamente o incluso más grave le hacen, si dicen que de otro modo deben entenderse, no como el mundo las creyó, al cual el que había de creer él mismo alabó, él mismo prometió, él mismo cumplió. ¿Acaso pues no puede hacer que resurja la carne y viva eternamente; o por esto no ha de creerse que él ha de hacer esto, porque es malo y desdigno de Dios? Pero de su omnipotencia, por la cual tantas y tan grandes cosas increíbles hace, ya muchas cosas dijimos. Si quieren hallar lo que el Omnipotente no puede, lo tienen ciertamente: yo diré: Mentir no puede. Creamos pues lo que puede, no creyendo lo que no puede. No por tanto creyendo que él pueda mentir, crean que ha de hacer lo que prometió que ha de hacer: y así crean, como creyó el mundo, al cual predijo que había de creer, al cual alabó que había de creer, al cual prometió que había de creer, al cual ya mostró haber creído. Esto pues que sea malo, ¿de dónde lo demuestran? No habrá allí ninguna corrupción, que es el mal del cuerpo. Sobre el orden de los elementos ya disputamos, sobre otras conjeturas de los hombres ya dijimos bastante: cuánta ha de ser en el cuerpo incorruptible la facilidad del movimiento, por el temperamento de la presente buena salud, la cual ciertamente de ningún modo

a aquella inmortalidad ha de ser comparada, en el libro décimo tercero bastante, según opino, mostramos. Lean las cosas superiores de esta obra los que o no leyeron, o quieren recolectar lo que leyeron.

CAPÍTULO XXVI.---Cómo la definición de Porfirio, por la cual piensa que todo cuerpo debe ser huido por las almas bienaventuradas, es destruida por la sentencia del mismo Platón, quien dice que el sumo Dios prometió a los dioses que nunca serían despojados de sus cuerpos.

Pero Porfirio dice, dicen ellos, que para que el alma sea bienaventurada, todo cuerpo debe ser huido. De nada sirve, por tanto, que hayamos dicho que el cuerpo futuro será incorruptible, si el alma no será bienaventurada a menos que haya huido de todo cuerpo. Pero ya sobre esto en el libro mencionado disputé cuanto fue oportuno (capítulos 16, 17); pero aquí conmemoraré solo una cosa de allí. Enmiende sus libros Platón, maestro de todos estos, y diga que los dioses de ellos, para que sean bienaventurados, han de huir de sus propios cuerpos —es decir, que han de morir—, aquellos a quienes dijo que estaban incluidos en cuerpos celestiales; a quienes, sin embargo, Dios, por quien fueron hechos, para que pudieran estar seguros, prometió la inmortalidad —esto es, la eterna permanencia en los mismos cuerpos—, no teniendo su naturaleza aquello, sino prevaleciendo su designio. Donde también subvierte aquello que dicen, que porque es imposible, por eso la resurrección de la carne no ha de ser creída. Ciertamente con toda claridad, según

el mismo filósofo, donde el Dios no hecho prometió la inmortalidad a los dioses hechos por Él, dijo que Él haría lo que es imposible. Pues así relata Platón que Él habló: «Puesto que habéis nacido», dice, «no podéis ser inmortales e indisolubles: sin embargo no seréis disueltos, ni os destruirán ningunos hados de muerte, ni serán más poderosos que mi designio, el cual es un vínculo mayor para vuestra perpetuidad que aquellos por los cuales estáis ligados». Si no solo no son absurdos, sino que no son sordos los que oyen estas cosas, ciertamente no dudan que a los dioses hechos, por aquel Dios que los hizo, según Platón, fue prometido lo que es imposible. Pues el que dice: «Vosotros ciertamente no podéis ser inmortales, pero por mi voluntad seréis inmortales», ¿qué otra cosa dice sino aquello que no puede hacerse, «sin embargo, haciéndolo yo, lo seréis»? Aquel, pues, resucitará la carne incorruptible, inmortal, espiritual, quien según Platón prometió que Él haría aquello que es imposible. ¿Por qué todavía gritan que lo que Dios prometió, lo que el mundo ha creído a Dios que lo prometía —mundo que también él mismo fue prometido que creería— es imposible? Puesto que nosotros gritamos que Dios, que aun según Platón hace imposibles, hará eso. No es, pues, para que sean bienaventuradas las almas, que todo cuerpo deba ser huido, sino que un cuerpo incorruptible debe ser recibido. ¿En qué cuerpo incorruptible se alegrarán más convenientemente que en aquel en que, siendo corruptible, gimieron? Pues así no habrá en ellos aquel funesto deseo que puso Virgilio siguiendo

a Platón, donde dice: «Y de nuevo comiencen a querer volver a los cuerpos». (Eneida, lib. 6, vers. 751). Así, digo, el deseo de volver a los cuerpos no lo tendrán, cuando tengan consigo los cuerpos a los cuales desean volver; y de tal modo los tendrán, que nunca dejen de tenerlos, nunca los depongan del todo por ninguna muerte por ningún tiempo por breve que sea.

CAPÍTULO XXVII.

Sobre las definiciones contrarias de Platón y de Porfirio, en las cuales si cada uno cediera al otro, ninguno se desviaría de la verdad.

Ciertas cosas individuales dijeron Platón y Porfirio, las cuales si hubieran podido comunicar entre sí, se habrían hecho tal vez cristianos. Platón dijo que las almas no pueden estar sin cuerpos en la eternidad. Por eso dijo que incluso las almas de los sabios, después de cualquier largo tiempo, sin embargo han de volver a los cuerpos. Porfirio, en cambio, dijo que el alma purísima, cuando haya vuelto al Padre, nunca ha de volver a estos males del mundo. Y por esto, si Platón hubiera dado a Porfirio lo que vio de verdadero, que incluso las almas purísimas de los justos y sabios han de volver a los cuerpos humanos; a su vez, si Porfirio hubiera dado a Platón lo que vio de verdadero, que las almas santas nunca han de volver a las miserias del cuerpo corruptible: de modo que no cada uno dijera estas cosas individuales, sino que ambos y cada uno dijeran ambas cosas, pienso que verían que ya es consecuente

que las almas vuelvan a los cuerpos y reciban tales cuerpos en los cuales vivan bienaventurada e inmortalmente. Puesto que según Platón, incluso las almas santas volverán a los cuerpos humanos; según Porfirio, a los males de este mundo las almas santas no volverán. Diga, pues, con Platón Porfirio: «Volverán a los cuerpos»; diga Platón con Porfirio: «No volverán a los males»; y consentirán en volver a aquellos cuerpos en los cuales no padezcan ningún mal. Estos, pues, no serán sino aquellos que promete Dios, que ha de hacer a las almas bienaventuradas eternas con su carne eterna. Pues esto, según estimo, ya fácilmente nos lo concederían ambos: que quienes confesaban que las almas de los santos han de volver a cuerpos inmortales, les permitirían volver a los suyos propios, en los cuales sobrellevaron los males de este siglo, en los cuales adoraron piadosa y fielmente a Dios para carecer de estos males.

CAPÍTULO XXVIII.

Qué podrían haber aportado a la verdadera fe de la resurrección o Platón, o Labeón, o incluso Varrón, si sus opiniones hubieran concurrido en una sola sentencia.

Algunos de los nuestros, por cierto preclaro género de hablar, y por algunas cosas que sintió verazmente, amando a Platón, dicen que él sintió algo similar a nosotros incluso sobre la resurrección de los muertos. Lo cual ciertamente toca Tulio en los libros sobre la República, de tal modo que afirma que él quiso decirlo bromeando antes que como si aquello fuera verdad. Pues introduce

a un hombre que revivió, y narró ciertas cosas que confluían con las disputaciones platónicas. Labeón también dice que dos murieron en un solo día, y se encontraron mutuamente en cierta encrucijada, luego fueron mandados regresar a sus propios cuerpos, y establecieron entre sí que vivirían como amigos, y así se hizo, hasta que murieron después. Pero estos autores narraron que tal resurrección del cuerpo fue hecha, cual fue la de aquellos que sabemos que resucitaron, y ciertamente restituidos a esta vida, pero no de tal modo que no murieran ulteriormente. Pero algo más admirable pone Marco Varrón en los libros que escribió sobre la Estirpe del pueblo romano; cuyas palabras mismas pensé que debían ser puestas. «Ciertos genetlíacos escribieron», dice, «que hay en los hombres que han de renacer lo que los griegos llaman palingenesía: escribieron que esto se cumple en el número de cuatrocientos cuarenta años, para que el mismo cuerpo y la misma alma, que estuvieron conjuntados en un hombre alguna vez, vuelvan de nuevo a la conjunción». Este Varrón ciertamente, o aquellos genetlíacos no sé quiénes (pues no dio sus nombres, de quienes conmemoró la sentencia), dijeron algo que, aunque sea falso (pues una vez que las almas hayan vuelto a los mismos cuerpos que llevaron, nunca después han de dejarlos); sin embargo arranca y destruye muchos argumentos de aquella imposibilidad con la que aquellos charlan contra nosotros. Pues a los que sienten esto, o lo sintieron, no les pareció que no pudiera hacerse que los cadáveres disueltos en los aires,

en el polvo, en la ceniza, en los humores, en los cuerpos de las bestias que se alimentan, o de los mismos hombres también, vuelvan de nuevo a aquello que fueron. Por lo cual, si Platón y Porfirio, o más bien quienesquiera que los aman y aún viven, consienten con nosotros en que incluso las almas santas han de volver a los cuerpos, como dice Platón, y sin embargo no han de volver a ningún mal, como dice Porfirio; para que de esto se haga consecuente lo que predica la fe cristiana, que han de recibir tales cuerpos en los cuales vivan felizmente por la eternidad sin ningún mal; asuman también esto de Varrón, que vuelven a los mismos cuerpos en los que estuvieron antes; y entre ellos toda la cuestión sobre la resurrección de la carne por la eternidad será resuelta.

CAPÍTULO XXIX.

Sobre la cualidad de la visión con la cual en el siglo futuro los santos verán a Dios.

1. Ahora ya veamos, cuanto el Señor se digne ayudar, qué han de hacer los santos en los cuerpos inmortales y espirituales, no viviendo ya su carne carnalmente, sino ya espiritualmente. Y aquella acción, o más bien qué clase de quietud y ocio ha de ser, si quiero decir la verdad, lo ignoro. Pues nunca vi esto por los sentidos del cuerpo. Pero si dijera que lo he visto con la mente, esto es, con la inteligencia, ¿cuánto es, o qué es nuestra inteligencia para aquella excelencia? Allí está, pues, la «paz de Dios, la cual», como dice el Apóstol, «supera todo entendimiento» (Filip. IV,

7): ¿el entendimiento de quién sino el nuestro, o tal vez incluso el de los santos Ángeles? Pues no ciertamente el de Dios. Si, pues, los santos han de vivir en la paz de Dios, ciertamente han de vivir en aquella paz que supera todo entendimiento. Puesto que el nuestro lo supera, no hay duda: pero si supera también el de los Ángeles, de modo que no parezca haber exceptuado ni siquiera a ellos, el que dijo «todo entendimiento»; según esto debemos aceptar que ha sido dicho, porque la paz de Dios, con la cual Dios mismo está pacificado, tal como Dios la conoce, así no la podemos conocer nosotros, ni ningunos Ángeles. «Supera», pues, «todo entendimiento», sin duda excepto el suyo. Pero porque también nosotros, según nuestro modo, hechos partícipes de su paz obtendremos la suma paz en nosotros y entre nosotros y con Él, cuanto es nuestro sumo: de este modo, según su modo, la conocen los santos Ángeles, pero los hombres ahora muy por debajo, por mucho que sobresalgan en el progreso de la mente. Pues ha de considerarse cuán gran varón decía: «En parte sabemos, y en parte profetizamos, hasta que venga lo que es perfecto» (I Cor. XIII, 9, 10); y: «Vemos ahora por un espejo en enigma, entonces en cambio cara a cara» (Ibid. 12). Así ven ya los santos Ángeles, que también han sido llamados nuestros Ángeles, porque rescatados de la potestad de las tinieblas, y recibido el empeño del Espíritu traslados al reino de Cristo, a aquellos Ángeles ya comenzamos a pertenecer, con quienes tendremos aquella santa y dulcísima ciudad común de Dios mismo, de la que ya

tantos libros escribimos. Así son, pues, nuestros Ángeles, los que son Ángeles de Dios, del mismo modo que el Cristo de Dios, es el Cristo nuestro. De Dios son, porque no dejaron a Dios: nuestros son, porque empezaron a tenernos por sus ciudadanos. Dijo además el Señor Jesús: «Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeñuelos. Pues os digo que sus Ángeles en los cielos ven siempre la faz de mi Padre, que está en los cielos» (Mat. XVIII, 10). Como, pues, ellos ven, así también nosotros hemos de ver: pero todavía no vemos así. Por lo cual dice el Apóstol, lo que poco antes dije: «Vemos ahora por un espejo en enigma, entonces en cambio cara a cara». Por tanto, se nos reserva aquella visión como premio de la fe, de la cual también hablando el apóstol Juan dice: «Cuando apareciere, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es» (I Juan III, 2). Pero la faz de Dios ha de entenderse como su manifestación, no algún tal miembro cual nosotros tenemos en el cuerpo y con este nombre llamamos.

2. Por lo cual, cuando se me pregunta qué han de hacer los santos en aquel cuerpo espiritual, no digo lo que ya veo, sino que digo lo que creo: según aquello que leo en el Salmo: «Creí, por lo cual hablé» (Sal. CXV, 10). Digo, pues: Han de ver a Dios en el mismo cuerpo; pero si por él, del mismo modo que por el cuerpo ahora vemos el sol, la luna, las estrellas, el mar y la tierra, y las cosas que están en ella, es cuestión no pequeña. Pues es duro decir que los santos tendrán entonces tales cuerpos que no puedan cerrar y abrir los ojos cuando quieran. Pero más duro, que allí

el que cerrare los ojos no verá a Dios. Pues si el profeta Eliseo, ausente de cuerpo, vio a su criado Giezi recibiendo los dones que le dio Naamán el Sirio, a quien el mencionado profeta había limpiado de la deformidad de la lepra, lo cual el siervo inicuo había pensado que había hecho ocultamente no viéndolo su señor; ¿cuánto más en aquel cuerpo espiritual verán los santos todas las cosas, no solo si cierran los ojos, sino incluso de donde están ausentes de cuerpo? Pues entonces será perfecto aquello de lo que hablando el Apóstol dice: «En parte sabemos, y en parte profetizamos; pero cuando viniere lo que es perfecto, lo que es en parte será evacuado». Luego para que, como pudiese, con alguna semejanza mostrase cuánto de aquella que ha de venir dista esta vida, no de cualesquiera hombres, sino incluso de los que están dotados aquí de principal santidad: «Cuando era niño», dice, «saboreaba como niño, hablaba como niño, pensaba como niño; pero cuando me hice hombre, evacué las cosas que eran de niño». Vemos ahora por un espejo en enigma, entonces en cambio cara a cara. Ahora sé en parte, entonces en cambio conoceré tal como también soy conocido (I Cor. XIII, 11, 12). Si, pues, en esta vida, donde la profecía de hombres admirables ha de ser comparada a aquella vida como la de un niño a un joven, vio sin embargo Eliseo a su siervo recibiendo dones, donde él mismo no estaba; ¿acaso cuando viniere lo que es perfecto, y ya el cuerpo corruptible no agrave el alma, sino que el incorruptible nada impida, aquellos santos para aquellas cosas que han de ser vistas con los

ojos corporales, para las cuales Eliseo ausente no necesitó para ver a su siervo, necesitarán? Pues según los setenta intérpretes, estas son las palabras del Profeta a Giezi: «¿Acaso mi corazón no fue contigo, cuando se volvió el varón de su carro al encuentro de ti, y recibiste el dinero?» (IV Reyes V, 26), etc. Pero tal como del hebreo interpretó el presbítero Jerónimo: «¿Acaso mi corazón», dice, «estaba presente, cuando regresó el hombre de su carro al encuentro de ti?». Con su corazón dijo el Profeta que había visto esto, ayudado ciertamente de modo admirable, nadie dudando, divinamente. Pero ¿cuánto más entonces todos abundarán en este don, cuando «Dios será todo en todas las cosas» (I Cor. XV, 28)? Tendrán, sin embargo, también aquellos ojos corporales su oficio, y estarán en su lugar, y usará de ellos el espíritu por medio del cuerpo espiritual. Pues tampoco aquel Profeta, porque no necesitó de ellos para ver lo ausente, no usó de ellos para ver lo presente; las cuales cosas sin embargo podría ver con el espíritu, aunque los cerrase, tal como vio las ausentes, donde con ellos él mismo no estaba. Lejos esté, pues, que digamos que aquellos santos en aquella vida no han de ver a Dios con los ojos cerrados, a quien verán siempre con el espíritu.

3. Pero si verán también por los ojos del cuerpo, cuando los tengan abiertos, de ahí es la cuestión. Pues si solo podrán en el cuerpo espiritual de aquel modo ciertamente también los mismos ojos espirituales, cuanto pueden estos cuales ahora tenemos; sin duda alguna por ellos

Dios no podrá ser visto. Por tanto, serán de una potencia muy otra, si por ellos se ha de ver aquella naturaleza incorpórea que no es contenida por el lugar, sino que está toda en todas partes. Pues no porque decimos que Dios está tanto en el cielo como en la tierra (pues Él mismo dice por el Profeta: «El cielo y la tierra yo los lleno» [Jerem. XXIII, 24]), hemos de decir que Él tiene una parte en el cielo y otra en la tierra: sino que todo está en el cielo, todo en la tierra; no en tiempos alternos, sino ambos a la vez, lo cual ninguna naturaleza corporal puede. Por tanto, la fuerza de los ojos será más prevaleciente, no para que vean más agudamente de lo que se dice que ven ciertas serpientes o águilas (pues por mucha que sea la agudeza de discernir, los mismos animales tampoco pueden ver nada más que cuerpos): sino para que vean también las cosas incorpóreas. Y tal vez esta gran virtud de discernir fue dada por el momento incluso en este cuerpo mortal a los ojos del santo varón Job, cuando dice a Dios: «En el oír del oído te oía antes, pero ahora mi ojo te ve; por tanto me desprecié a mí mismo, y me deshice, y me estimé tierra y ceniza» (Job XLII, 5 y 6, según los LXX). Aunque aquí nada impide que se entienda el ojo del corazón, de cuyos ojos dice el Apóstol: «Tener iluminados los ojos de vuestro corazón» (Efes. I, 18). Que por ellos en cambio es visto Dios, cuando se verá, ningún cristiano duda, que fielmente acepta lo que dice aquel Dios maestro: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mat. V, 8). Pero

si también con los ojos corporales allí se vea, esto tratamos en esta cuestión.

4. Pues aquello que está escrito: «Y verá toda carne la salud de Dios» (Luc. III, 6), sin ningún nudo de dificultad así puede entenderse, como si se hubiera dicho: «Y verá todo hombre al Cristo de Dios»; quien ciertamente en el cuerpo fue visto, y en el cuerpo será visto cuando juzgue a los vivos y a los muertos. Que además Él mismo sea la salud de Dios, hay muchos y otros testimonios de las Escrituras: pero más evidentemente declaran las palabras de aquel venerable anciano Simeón, quien habiendo recibido al niño Cristo en sus manos, dice: «Ahora, Señor, dejas a tu siervo, según tu palabra, en paz; porque han visto mis ojos tu salud» (Id. II, 29, 30). Aquello también que dice el arriba mencionado Job, tal como se encuentra en los ejemplares que son del hebreo: «Y en mi carne veré a Dios» (Job XIX, 26, según la Vulgata): la resurrección ciertamente de la carne sin duda profetizó; sin embargo no dijo: «Por mi carne». Lo cual ciertamente si hubiera dicho, podría entenderse Dios Cristo, quien por la carne en la carne será visto: pero ahora puede también así aceptarse: «En mi carne veré a Dios»; como si hubiera dicho: «En mi carne estaré cuando vea a Dios». Y aquello que dice el Apóstol: «Cara a cara» (I Cor. XIII, 12), no nos obliga a creer que hemos de ver a Dios por esta cara corporal, donde están los ojos corporales, a quien veremos por el espíritu sin intermisión. Pues a menos que hubiera también cara del hombre interior, no diría el mismo Apóstol: «Pero nosotros con la cara re-

velada contemplando la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el espíritu del Señor» (II Cor. III, 18). Ni de otro modo entendemos lo que se canta en el Salmo: «Acercaos a Él y sed iluminados, y vuestras caras no se avergonzarán» (Sal. XXXIII, 6). Pues por la fe se accede a Dios, la cual consta que es del corazón, no del cuerpo. Pero porque no sabemos cuántos accesos tendrá el cuerpo espiritual (pues de cosa inexperta hablamos); donde alguna autoridad de las divinas Escrituras, que no pueda entenderse de otro modo, no ocurre ni socorre, es necesario que acontezca en nosotros lo que se lee en el libro de la Sabiduría: «Los pensamientos de los mortales son tímidos, e inciertas nuestras providencias» (Sab. IX, 14).

5. Pues aquella ratiocinación de los filósofos, con la cual disputan que las cosas inteligibles son vistas con el aspecto de la mente, y las sensibles —esto es, las corporales— con el sentido del cuerpo, de tal modo que ni las inteligibles puedan ser vistas a través del cuerpo, ni las corporales por la mente misma, si pudiera sernos certísima, ciertamente sería cierto que por los ojos del cuerpo incluso espiritual de ningún modo podría ser visto Dios. Pero tanto la verdadera razón como la profética autoridad se ríen de aquella ratiocinación. Pues ¿quién estaría tan adverso a la verdad, que se atreviera a decir que Dios ignora estas cosas corporales? ¿Acaso por tanto tiene cuerpo, por cuyos ojos pueda aprenderlas? Luego lo que poco antes dijimos del profeta Eliseo, ¿no indica bastante que incluso con el espíritu, no por el

cuerpo, pueden ser discernidas las cosas corporales? Pues cuando aquel siervo recibió los dones, ciertamente corporalmente se hizo; lo cual sin embargo el Profeta vio no por el cuerpo, sino por el espíritu. Tal como, pues, consta que los cuerpos son vistos por el espíritu; ¿qué si tanta será la potencia del cuerpo espiritual, que por el cuerpo sea visto también el espíritu? Pues Dios es espíritu. Luego su propia vida, con la cual ahora vive en el cuerpo, y vegeta estos miembros terrenos y los hace vivientes, cada uno por el sentido interior, no por los ojos corpóreos, la conoce: en cambio las vidas de los otros, aun siendo invisibles, las ve por el cuerpo. Pues ¿de dónde discernimos los cuerpos vivientes de los no vivientes, sino porque vemos a la vez los cuerpos y las vidas, las cuales no podemos ver sino por el cuerpo? Pero las vidas sin los cuerpos no las vemos con los ojos corpóreos.

6. Por lo cual puede ser, y es muy creíble, que así hemos de ver entonces los cuerpos mundanos del cielo nuevo y de la tierra nueva, que veamos a Dios presente en todas partes y gobernando también todas las cosas corporales, por los cuerpos que llevaremos, y que contemplaremos por dondequiera que dirijamos los ojos, con clarísima perspicuidad: no como ahora las cosas invisibles de Dios, por aquellas que han sido hechas, se contemplan entendidas (Rom. I, 20) por un espejo en enigma y en parte (I Cor. XIII, 12), donde más vale en nosotros la fe con la que creemos, que la especie de las cosas corporales que discernimos por los ojos corporales. Sino

que tal como a los hombres, entre los cuales viviendo y ejerciendo movimientos vitales vivimos, tan pronto como los miramos, no creemos que viven, sino que lo vemos; aunque su vida sin los cuerpos no podamos verla, la cual sin embargo en ellos por los cuerpos, removida toda ambigüedad, contemplamos: así por dondequiera que llevemos aquellas luces espirituales de nuestros cuerpos, contemplaremos al Dios incorpóreo rigiendo todas las cosas, incluso por los cuerpos. O bien, pues, por aquellos ojos será visto Dios de tal modo que tengan en tan gran excelencia algo semejante a la mente, por lo cual también la naturaleza incorpórea sea discernida, lo cual con ningunos ejemplos o testimonios de las divinas Escrituras es o difícil o imposible mostrar: o bien, lo que es más fácil de entender, Dios nos será tan conocido y conspicuo, que sea visto por el espíritu por cada uno de nosotros en cada uno de nosotros, sea visto por el uno en el otro, sea visto en sí mismo, sea visto en el cielo nuevo y en la tierra nueva, y en toda la criatura que entonces hubiere; sea visto también por los cuerpos en todo cuerpo por dondequiera que hubieren sido dirigidos los ojos del cuerpo espiritual con su alcance penetrante. Patentes serán también nuestros pensamientos mutuamente para nosotros. Pues entonces se cumplirá lo que el Apóstol habiendo dicho: «No queráis juzgar nada antes de tiempo»; pronto añadió: «hasta que venga el Señor, e ilumine los escondrijos de las tinieblas, y manifestará los pensamientos del corazón, y

entonces habrá alabanza para cada uno de parte de Dios» (I Cor. IV, 5).

CAPÍTULO XXX.

Sobre la eterna felicidad de la ciudad de Dios, y el sábado perpetuo.

1. ¡Cuán grande será aquella felicidad, donde ningún mal habrá, ningún bien estará oculto, se vacará en las alabanzas de Dios, que será todo en todas las cosas! Pues qué otra cosa se haga, donde ni se cesará por ninguna desidia, ni se trabajará por ninguna indigencia, lo ignoro. Soy amonestado también por el santo Cántico, donde leo, u oigo: «Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, por los siglos de los siglos te alabarán» (Sal. LXXXIII, 5). Todos los miembros y vísceras del cuerpo incorruptible, que ahora vemos distribuidos por diversos usos de la necesidad, puesto que entonces no habrá esa necesidad, sino plena, cierta, segura, sempiterna felicidad, progresarán en las alabanzas de Dios. Pues todos aquellos números de la armonía corporal, de los cuales ya he hablado, que ahora están ocultos, dispuestos por todas las partes del cuerpo por dentro y por fuera, no estarán ocultos; y con las demás cosas, que allí parecerán grandes y admirables, encenderán las mentes racionales en la alabanza de tan gran artífice por la delectación de la belleza racional. Qué movimientos ha de haber allí de tales cuerpos no me atrevo a definir temerariamente, porque no puedo excogitarlo. Sin embargo, tanto el movimiento como el estado, tal como la especie

misma, será decente, cualquiera que fuere, donde lo que no sea decente no existirá. Ciertamente donde quiera el espíritu, allí al punto estará el cuerpo; ni querrá nada el espíritu que no pueda ser decente ni para el espíritu ni para el cuerpo. Verdadera gloria habrá allí, donde nadie será alabado por error ni por adulación del que alaba. Verdadero honor, que a ningún digno se le negará, a ningún indigno se le deferirá; pero ni ambicionará a él ningún indigno, donde a ninguno se le permitirá estar sino al digno. Verdadera paz, donde nada adverso, ni de sí mismo ni de otro, padecerá nadie. El premio de la virtud será aquel mismo que dio la virtud, y se prometió a sí mismo a ella, que nada mejor ni mayor puede existir. Pues ¿qué otra cosa es aquello que dijo por el Profeta: «Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo» (Levit. XXVI, 12); sino: Yo seré de donde se sacien, yo seré cualquiera cosa que honestamente es deseada por los hombres: vida, y salud, y alimento, y abundancia, y gloria, y honor, y paz, y todos los bienes? Pues así también rectamente se entiende lo que dice el Apóstol: «para que sea Dios todo en todas las cosas» (I Cor. XV, 28). Él mismo será el fin de nuestros deseos, quien será visto sin fin, será amado sin fastidio, será alabado sin fatiga. Este don, este afecto, este acto ciertamente será común a todos, tal como la misma vida eterna.

2. Por lo demás, qué grados de honores y de glorias han de ser según los méritos de los premios, ¿quién es idóneo para pensarlo, cuánto más para decirlo? Que sin embargo han de existir, no ha de dudarse. Y aquella bienaventurada ciudad

verá también en sí este gran bien, que ningún inferior envidiará a ningún superior, tal como ahora no envidian a los Arcángeles los demás Ángeles; y de tal modo no querrá cada uno ser lo que no recibió, aunque esté ligado por un pacatísimo vínculo de concordia al que lo recibió, como en el cuerpo no quiere ser ojo el que es dedo, conteniendo la pacata composición de toda la carne ambos miembros. Así, pues, tendrá uno un don menor que el otro, de tal modo que tenga también este don: el de no querer más.

3. Ni por eso dejarán de tener libre albedrío, porque los pecados no puedan deleitarlos. Pues más bien será más libre, liberado desde la delectación de pecar hasta la delectación indeclinable de no pecar. Pues el primer libre albedrío, que fue dado al hombre cuando fue creado recto por primera vez, pudo no pecar, pero pudo también pecar: este último, en cambio, será tanto más potente, cuanto no podrá pecar. Pero esto también por don de Dios, no por la posibilidad de su naturaleza. Pues una cosa es ser Dios; otra, ser partícipe de Dios. Dios por naturaleza no puede pecar; pero el partícipe de Dios recibe de Él el que no pueda pecar. Debían además guardarse los grados del don divino, de modo que primero se diera el libre albedrío con el cual pudiera no pecar el hombre; el último, con el cual no pudiera pecar: y aquel perteneciera a la comparación del mérito, este a la recepción del premio. Pero porque pecó esta naturaleza cuando pudo pecar, es liberada por una gracia más abundante, para que sea conducida a aquella libertad en la que no pueda pe-

car. Pues así como la primera inmortalidad fue, la cual Adán perdió pecando: «poder no morir», la última será «no poder morir»; así el primer libre albedrío «poder no pecar», el último «no poder pecar». Pues así será inamisible la voluntad de la piedad y de la equidad, del mismo modo que lo es la de la felicidad. Pues ciertamente pecando ni la piedad ni la felicidad mantuvimos, pero la voluntad de la felicidad ni con la felicidad perdida la perdimos. Ciertamente Dios mismo, ¿acaso porque no puede pecar, por eso se le ha de negar que tiene libre albedrío? Habrá, pues, de aquella ciudad tanto una sola voluntad libre en todos, como inseparable en cada uno, liberada de todo mal, y llena de todo bien, gozando indeficientemente de la jocundidad de los gozos eternos, olvidada de las culpas, olvidada de las penas; y sin embargo no por eso olvidada de su liberación, para no ser grata a su liberador.

4. Por lo que toca a la ciencia racional, serán memoriosos incluso de sus males pasados; por lo que toca al sentido del que experimenta, totalmente inmemores. Pues también el médico peritísimo conoce casi todas las enfermedades del cuerpo tal como se conocen por el arte; pero tal como se sienten por el cuerpo, ignora muchísimas que él mismo no padeció. Como pues hay dos conocimientos de los males: uno, por el cual no están ocultos a la potencia de la mente; otro, por el cual se adhieren a los sentidos del que experimenta (pues de un modo se conocen todos los vicios por la doctrina de la sabiduría, de otro por la pésima vida del insipiente): así también

hay dos olvidos de los males. Pues de un modo los olvida el erudito y docto, de otro el experto y sufriente: aquel, si descuida la pericia; este, si carece de miseria. Según este olvido que puse en el lugar posterior, no serán los santos memoriosos de los males pasados; pues carecerán de todos, de modo que sean íntegramente borrados de sus sentidos. Sin embargo, por aquella potencia de la ciencia, que será grande en ellos, no solo lo suyo pasado, sino incluso la sempiterna miseria de los condenados no les estará oculta. De otro modo, si han de ignorar que fueron míseros, ¿cómo, según dice el Salmo, cantarán las misericordias del Señor por la eternidad (Sal. LXXXVIII, 2)? En cuyo cántico para gloria de la gracia de Cristo, por cuya sangre hemos sido liberados, nada habrá ciertamente más jocundo para aquella ciudad. Allí se perfeccionará: «Vacad y ved que yo soy Dios» (Sal. XLV, 11). Lo cual será verdaderamente el máximo sábado no teniendo tarde, el cual encomendó el Señor en las primeras obras del mundo, donde se lee: «Y descansó Dios el día séptimo de todas sus obras que hizo; y bendijo Dios el día séptimo, y lo santificó, porque en él descansó de todas sus obras que comenzó Dios a hacer» (Gén. II, 2, 3). Pues el día séptimo seremos también nosotros mismos, cuando de su bendición y santificación estemos llenos y rehechos. Allí vacantes veremos que Él mismo es Dios: lo que nosotros mismos quisimos ser para nosotros, cuando caímos de Él, oyendo al seductor: «Seréis como dioses» (Id. III, 5); y retrocediendo del verdadero Dios, por cuyo hacer seríamos dioses por su participación, no por de-

serción. Pues ¿qué hicimos sin Él sino que en su ira desfallecimos (Sal. LXXXIX, 9)? Rehechos por el cual, y por gracia mayor perfeccionados, vacaremos por la eternidad, viendo que Él mismo es Dios, de quien estaremos llenos cuando Él mismo sea todo en todas las cosas. Pues también nuestras mismas obras buenas, cuando se entienden ser de Él más bien que nuestras, entonces se nos imputan para alcanzar este sábado. Porque si nos las atribuyéramos, serían serviles; puesto que del sábado se dice: «Toda obra servil en él no haréis» (Deut. V, 14). Por lo cual también por el profeta Ezequiel se dice: «Y mis sábados les di por señal entre mí y entre ellos, para que supieran que yo soy el Señor que los santifico» (Ezec. XX, 12). Esto perfectamente sabremos entonces, cuando perfectamente vaquemos, y perfectamente veamos que Él mismo es Dios.

5. El mismo número de las edades, como si de los días, si se computara según aquellos artículos del tiempo que parecen expresados en las Escrituras, este sabatismo aparecerá más evidentemente, puesto que se encuentra ser el séptimo: de modo que la primera edad sea como el primer día desde Adán hasta el diluvio, la segunda desde allí hasta Abraham, no por igualdad de tiempos, sino por el número de las generaciones: pues se encuentra que tienen diez cada una. Desde aquí ya, tal como determina Mateo el evangelista, tres edades siguen hasta el advenimiento de Cristo, las cuales se explican cada una con catorce generaciones: desde Abraham hasta David una, otra desde allí hasta la trasmigración a Babilonia, la

tercera desde allí hasta el nacimiento carnal de Cristo. Se hacen, pues, todas cinco. La sexta ahora se actúa, por ningún número de generaciones ha de ser medida, por aquello que fue dicho: «No es vuestro conocer los tiempos, que el Padre puso en su propia potestad» (Hechos I, 7). Después de esta, como en el día séptimo descansará Dios, cuando al mismo día séptimo, que seremos nosotros, lo hará descansar en sí mismo Dios. Sobre estas por lo demás edades individuales, disputar ahora diligentemente es largo. Este séptimo, sin embargo, será nuestro sábado, cuyo fin no será la tarde, sino el día dominical como un octavo eterno, el cual fue consagrado por la resurrección de Cristo, prefigurando el descanso eterno no solo del espíritu, sino también del cuerpo. Allí vacaremos y veremos; veremos y amaremos; amaremos y alabaremos. He aquí lo que será al fin sin fin. Pues ¿qué otro es nuestro fin, sino llegar al reino del cual no hay fin?

6. Me parece habar pagado la deuda de esta ingente obra, ayudándome el Señor. A quienes es poco, o a quienes es demasiado, perdónenme; a quienes en cambio es bastante, den gracias, congratulándose no conmigo, sino con Dios conmigo. Amén.